CUADERNOS DIECIOCHISTAS

REVISTA CONSAGRADA AL ESTUDIO DE LA HISTORIA, EL PENSAMIENTO, LA LITERATURA, EL ARTE Y LA CIENCIA DEL

SIGLO XVIII

Año 2025 Vol. 26

ISSN: 1576-7914 - eISSN: 2341-1902
DOI: https://doi.org/10.14201/cuadieci202526

AUSPICIADA POR LA
SOCIEDAD ESPAÑOLA DE ESTUDIOS DEL SIGLO XVIII

EDITADA POR
EDICIONES UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

CUADERNOS DIECIOCHISTAS

ISSN: 1576-7914 - eISSN: 2341-1902 - DOI: https://doi.org/10.14201/cuadieci202526 - CDU: 940
- IBIC: Estudios literarios: c. 1500-c. 1800 (DSBD) - BIC: Literary studies: c 1500 to c 1800 (DSBD)
- BISAC: LITERARY CRITICISM / General (LIT000000) HISTORY / Modern / 18th Century (HIS037050)

Vol. 26, 2025

EDICIONES UNIVERSIDAD DE SALAMANCA
http://revistas.usal.es/index.php/1576-7914/index

DIRECTOR: *Antonio Calvo Maturana* (Universidad de Málaga)

SECRETARÍA: *M.ª Dolores Gimeno Puyol* (Universitat Rovira i Virgili)
Álvaro Molina Martín (UNED)

CONSEJO DE REDACCIÓN:

Joaquín Álvarez Barrientos (Centro de Ciencias Humanas y Sociales. CSIC); *Pedro Álvarez de Miranda* (Universidad Autónoma de Madrid y Real Academia Española); *Mónica Bolufer Peruga* (European University Institute); *Cinta Canterla* (Universidad Pablo de Olavide de Sevilla); *Marieta Cantos Casenave* (Universidad de Cádiz); *Joaquín Ocampo Suárez-Valdés* (Universidad de Oviedo); *María José Rodríguez Sánchez de León* (Universidad de Salamanca); *Alberto Romero Ferrer* (Universidad de Cádiz).

CONSEJO CIENTÍFICO:

Philip Deacon (University of Sheffield); *Klaus-Dieter Ertler* (Karl-Franzens-Universität Graz); *David T. Gies* (University of Virginia); *María Jesús García Garrosa* (Universidad de Valladolid); *Carmen Iglesias Cano* (Real Academia de la Historia); *Catherine M. Jaffe* (Texas State University); *Begoña Lolo Herranz* (Universidad Autónoma de Madrid); *M.ª Victoria López-Cordón Cortezo* (Universidad Complutense de Madrid); *Concepción Lopezosa Aparicio* (Universidad Complutense de Madrid); *Teresa Nava Rodríguez* (Universidad Complutense de Madrid); *Ofelia Rey Castelao* (Universidade de Santiago de Compostela); *Gabriel Sánchez Espinosa* (Queen's University Belfast); *Mercedes Simal López* (Universidad de Jaén); *Rafael Torres Sánchez* (Universidad de Navarra); *Inmaculada Urzainqui Miqueleiz* (Universidad de Oviedo).

SECRETARÍA DE REDACCIÓN:

Cuadernos Dieciochistas. Departamento de Historia Moderna y Contemporánea.
Facultad de Filosofía y Letras (Campus de Teatinos). Universidad de Málaga. 29010. Málaga.
Correo-e: antonio.calvo@uma.es

Cuadernos Dieciochistas se indiza en Scopus (SJR cuartil 2), Fuente Academica Plus, MLA - Modern Language Association Database, DOAJ y DIALNET. Además, es evaluada en CARHUS Plus+ 2025 (grupo A), CIRC. Clasificación integrada de revistas científicas (clasificada como A), Directory of Open Access Journals, ERIHPlus y Latindex (Catálogo). Tiene el Sello de Calidad FECYT (cuartil 2). En cuanto al auto-archivo, figura en Dulcinea (color Azul) y SHERPA/ROMEO.

MAQUETACIÓN: INTERGRAF - D. LEGAL: S. 972-2000

Ni la totalidad ni parte de esta revista puede reproducirse con fines comerciales sin permiso escrito de Ediciones Universidad de Salamanca. A tenor de lo dispuesto en la calificación *Creative Commons* CC BY-NC-SA, se puede compartir (copiar, distribuir) el contenido de esta revista siempre y cuando se reconozca y cite correctamente la autoría (BY), siempre con fines no comerciales (NC) y compartiendo la obra resultante bajo el mismo tipo de licencia (SA).

CC BY-NC-SA

CUADERNOS DIECIOCHISTAS

ISSN: 1576-7914 - e-ISSN: 2341-1902 - DOI: https://doi.org/10.14201/cuadieci202526 - CDU: 940 - IBIC: Estudios literarios: c. 1500-c. 1800 (DSBD) - BIC: Literary studies: c 1500 to c 1800 (DSBD) - BISAC: LITERARY CRITICISM / General (LIT000000) HISTORY / Modern / 18th Century (HIS037050)

Vol. 26, 2025

ÍNDICE

TEORÍA Y PRÁCTICA DE LA NOBLEZA Y LO NOBILIARIO EN EL SIGLO XVIII

PRECIOSO IZQUIERDO, Francisco, *Presentación* 7-12

CARRASCO MARTÍNEZ, Adolfo, *¿Cómo pensar en la nobleza señorial española del siglo XVIII? Una cuestión de perspectiva* 13-26

GUILLÉN BERRENDERO, José Antonio, *De virtudes, reyes de armas y tratados de nobleza en el siglo XVIII: las ediciones de tratados de nobleza como polémica sobre la virtud* 27-53

HADDAD, Élie, *Parenté, transmission et devenir social des maisons de la moyenne noblesse française au XVIII^e siècle. L'exemple des faudoas de Sérillac* 55-83

IRIGOYEN LÓPEZ, Antonio y HERNÁNDEZ FRANCO, Juan, *La virtud nobiliaria no puede ser más que virtud cristiana. Notas sobre el pensamiento eclesiástico español del siglo XVIII* 85-104

GIORGI, Arianna, *Entre la écfrasis nobiliaria y la hipotiposis del individuo finisecular: José Álvarez de Toledo y la fabricación de su identidad visual* 105-124

BELTRÁN CORBALÁN, Domingo y PRECIOSO IZQUIERDO, Francisco, *Jirones del cambio entre Fajardo y Toledo. La proyección heráldica de los marqueses de Villafranca y Vélez en el largo siglo XVIII* 125-144

ZAPATA PARRA, José Antonio, *La colección pictórica de los Marqueses de los Vélez en su palacio de Mula (Murcia) durante el siglo XVIII* 145-180

MARTÍNEZ CAVERO, Pedro, *Reclamación del patronazgo y propiedad de la capilla mayor del convento de San Ginés de la Jara por el marqués de los Vélez (siglos XVII-XIX)* 181-191

VARIA

CABEZÓN GIMÓN, Pablo, *La representación teatral de la campaña de Orán de 1732* 195-237

CAMPILLO PARDO, Alberto José, *La formación de las bibliotecas ilustradas en Nueva Granada: una donación de libros jesuitas al colegio mayor de Nuestra Señora del Rosario* 239-361

CASTELLANO QUESADA, Ángel Luis, *La polémica en torno al* Desengaño de los engaños en que viven los que ven y ejecutan las comedias *(1768), el «arte cómico» de Antonio Rezano Imperial* 263-289

DEACON, Philip, *Para la libertad de leer: Tomás de Iriarte se enfrenta a la Inquisición* 291-312

GARRIDO CONDE, Edurne, *Los límites de la monarquía hispánica y del modelo provincial vasco a finales del Antiguo Régimen: resistencias de los sectores populares de Vizcaya ante la guerra contra la Revolución francesa (1793-1795)* 313-348

LÓPEZ DURÁN, Mario Luis, *Entre la fidelidad al rey y los suplicios del combate. La trayectoria de Daniel Mahoni y su regimiento en la guerra de sucesión española (1704-1708)* 349-385

LÓPEZ SOUTO, Noelia, *Imágenes del niño en la poesía del grupo de Salamanca: el motivo de la infancia en Meléndez Valdés e Iglesias de la Casa* 387-415

MORENO LAGO, Eva, *Dramaturgias lésbicas en el siglo XVIII:* La mayor desconfianza o amar deidad a deidad *como texto subversivo* 417-441

MUÑOZ DE MORALES GALIANA, Javier, *La pena de muerte según vaca de Guzmán en su* Suplemento *al* Enrique Wanton *(1778)* 443-459

MUÑOZ RODRÍGUEZ, Julio D., *Cañones de papel. La* Gazeta de Murcia *en la propaganda borbónica durante la guerra de sucesión* 461-484

PERDICES DE BLAS, Luis y RAMOS GOROSTIZA, José Luis, *Las reflexiones socioeconómicas de Félix de Azara sobre el Virreinato del Río de la Plata* 485-508

RAMÍREZ RAYA, Carlos, *Carlos Ruta: cortesano y artista aficionado en la corte borbónica (1725-1794)* 509-537

REGALADO GONZÁLEZ-SERNA, Víctor Daniel, *Vida de* Monecillo. *Los monaguillos en las parroquias sevillanas desde mediados del siglo XVII hasta la Crisis del Antiguo régimen* 539-556

RUIZ SÁNCHEZ, María, *Exaltación dinástica en las composiciones de Juan Interián de Ayala sobre el nacimiento del príncipe Luis Fernando de Borbón* 557-578

IGNACIO VALLEJOS, Juan, *Las bailarinas trágicas del ballet de acción de Jean-Georges Noverre: subversión y espectacularidad en la construcción del cuerpo danzante femenino en la Francia del siglo XVIII* 579-596

RESEÑAS 599-643

CUADERNOS DIECIOCHISTAS

ISSN: 1576-7914 - e-ISSN: 2341-1902 - DOI: https://doi.org/10.14201/cuadieci202526 - CDU: 940 - IBIC: Estudios literarios: c. 1500-c. 1800 (DSBD) - BIC: Literary studies: c 1500 to c 1800 (DSBD) - BISAC: LITERARY CRITICISM / General (LIT000000) HISTORY / Modern / 18th Century (HIS037050)

Vol. 26, 2025

TABLE OF CONTENTS

THEORY AND PRACTICE OF NOBILITY IN THE 18TH CENTURY

PRECIOSO IZQUIERDO, Francisco, *Introduction* 7-12

CARRASCO MARTÍNEZ, Adolfo, *How to Think about the Eighteenth Century Spanish Seigneural Nobility? A Question of Perspective* 13-26

GUILLÉN BERRENDERO, José Antonio, *On Virtues, Kings of Arms and Nobility Treatises in the 18th Century: Editions of Nobility Treatises as a Polemic on Virtue* 27-53

HADDAD, Élie, *Kinship, Transmission and the Social Transformation of the Houses of the French Middle Nobility in the Eighteenth Century. The Example of the Faudoas de Sérillac* 55-83

IRIGOYEN LÓPEZ, Antonio y HERNÁNDEZ FRANCO, Juan, *Noble Virtue can only be Christian Virtue. Notes on Spanish Ecclesiastical Thought of the Eighteenth Century* 85-104

GIORGI, Arianna, *Between Noble Ekphrasis and the Hypotypes of the Fin-de-Siècle Individual: José Álvarez de Toledo and the Fabrication of his Visual Identity* 105-124

BELTRÁN CORBALÁN, Domingo y PRECIOSO IZQUIERDO, Francisco, *Reflections of Change between Fajardo and Toledo. The Heraldic Projection of the Marquises of Villafranca and Vélez in the Long Eighteenth Century* ... 125-144

ZAPATA PARRA, José Antonio, *The Pictorial Collection of the Marquises of los Vélez in their Palace of Mula during the 18th Century* 145-180

MARTÍNEZ CAVERO, Pedro, *Claim of Patronage and Ownership of the Main Chapel of the Convent of Saint Ginés de la Jara by the Marquis of Velez (17th-19th Centuries)* 181-191

VARIA

CABEZÓN GIMÓN, Pablo, *The Theatrical Representation of the Oran Campaign of 1732* 195-237

CAMPILLO PARDO, Alberto José, *The Establishment of Enlightened Libraries in New Granada: A Donation of Jesuit Books to the Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario* 239-361

CASTELLANO QUESADA, Ángel Luis, *The Polemic on the* Desengaño de los engaños en que viven los que ven y ejecutan las comedias *(1768), the «Comic Art» of Antonio Rezano Imperial* 263-289

DEACON, Philip, *For the Freedom to Read: Tomás de Iriarte Faces the Inquisition* 291-312

GARRIDO CONDE, Edurne, *The Limits of the Spanish Monarchy and of the Basque Provincial Model at the End of the Ancien Régime: Resistances of the Popular Sectors of Biscay during the War against the French Revolution (1793-1795)* 313-348

LÓPEZ DURÁN, Mario Luis, *Between Loyalty to the King and the Hardships of the Battle: The Trajectory of Daniel Mahoni and his Regiment in the War of the Spanish Succession (1704-1708)* 349-385

LÓPEZ SOUTO, Noelia, *Images of the Child in the Poetic Group of Salamanca: The Motif of Childhood in Meléndez Valdés and Iglesias de la Casa* 387-415

MORENO LAGO, Eva, *Lesbian Dramaturgies in the 18th Century:* La mayor desconfianza o amar deidad a deidad *as Subversive Text* 417-441

MUÑOZ DE MORALES GALIANA, Javier, *Death Penalty According to Vaca de Guzmán in his* Suplemento *to* Enrique Wanton *(1778)* 443-459

MUÑOZ RODRÍGUEZ, Julio D., *Paper Cannons. The* Gazeta of Murcia *in Bourbonic Propaganda during the Spanish Succession War* 461-484

PERDICES DE BLAS, Luis y RAMOS GOROSTIZA, José Luis, *The Socioeconomic Reflections of Félix de Azara on the Viceroyalty of the Río de la Plata* 485-508

RAMÍREZ RAYA, Carlos, *Carlos Ruta: Courtier and Amateur Artist at the Bourbon Court (1725-1794)* 509-537

REGALADO GONZÁLEZ-SERNA, Víctor Daniel, *The Life of an Altar Boy. Altar Attendants in Sevillian Parishes from mid-17th Century to the Crisis of the Ancient Régime* 539-556

RUIZ SÁNCHEZ, María, *Dynastic Exaltation in the Compositions of Juan Interián de Ayala on the Birth of Prince Luis Fernando de Borbón* 557-578

IGNACIO VALLEJOS, Juan, *The Tragic Female Dancers of Jean-Georges Noverre's ballet d'action: Subversion and Spectacularity in the Construction of the Female Dancing Body in 18th-Century France* 579-596

REVIEWS 599-643

TEORÍA Y PRÁCTICA DE LA NOBLEZA Y LO NOBILIARIO EN EL SIGLO XVIII

(coord. Francisco Precioso Izquierdo)

ISSN: 1576-7914 - e-ISSN: 2341-1902
DOI: https://dx.doi.org/10.14201/cuadieci202526712

PRESENTACIÓN*

Introduction

Francisco PRECIOSO IZQUIERDO

El trabajo de cualquier científico parte normalmente de un hecho cierto como es la observación. Cierto, pero no del todo inintencionado. A la hora de observar los fenómenos que pretendemos estudiar se suele (consciente o inconscientemente) discriminar unas posibilidades frente a otras, guiados normalmente por aquello que más nos interesa. Esa elección es completamente determinante. Por tanto, reconocer la relatividad de la observación debe ser inexcusable. Es importante tener esto en cuenta porque, a la hora de hacer historia, el modo de proceder no dista mucho. La observación inicial se va deslizando progresivamente sobre una muestra más o menos manejable en la que priorizamos unos objetos sobre otros, los mismos que, mediante su análisis y categorización, nos permiten concluir unos resultados concretos.

Observar, por tanto, se constituye en una de las acciones indispensables de la investigación. Observar, como sienta la primera acepción del *Diccionario de Autoridades* (tomo V, publicado en 1737), en el sentido de «Mirar, advertir con atención alguna cosa, notándola, y haciendo sobre ella reflexión». De eso trata, en parte, este número monográfico. De observar mirando, advirtiendo y reflexionando la nobleza y lo nobiliario como categorías de análisis de la sociedad española y, por tanto, europea, del siglo XVIII. Y al hacerlo, admitimos lo que de parcial tiene la decisión de canalizar nuestra mirada por medio del filtro de la nobleza, una decisión no muy frecuente para aproximarse a la historia de este siglo. De hecho, a veces, da la impresión de que si la centuria arroja un saldo positivo lo es en buena medida por lo que tiene de superación de los valores asociados a

* Número monográfico y presentación que se enmarcan en los trabajos previstos en el proyecto de investigación: *De Fajardo a Toledo: el marquesado de los Vélez en el siglo XVIII. Relaciones familiares y dominio señorial en el sureste español (1691-1814)*, financiado por la Fundación Séneca. Agencia de Ciencia y Tecnología de la Región de Murcia (21883/PI/22).

la nobleza y a lo nobiliario. De alguna manera, el auge de *nuevos* principios y la pujanza de grupos sociales de origen no privilegiado en terrenos como el político, el mercantil o las artes situarían a este siglo muy lejos de la edad de la nobleza y a los nobles cargados con una pintura cuando menos extemporánea y caricaturesca.

No dudamos de la irrupción de valores diferentes ni mucho menos de la competencia y hasta de la ventaja que a lo largo del siglo van a conocer las personas con formas de entender el mundo que se distanciaron de lo que muchos pensaban (y piensan) que podía representar la nobleza entonces. Sin embargo, nos parece muy oportuno en medio de este estado de cosas plantear precisamente lo que pudo ser o llegar a entenderse por nobleza y los valores asociados a ella en un siglo que se ha construido frecuentemente con otras claves historiográficas. ¿Qué representó la nobleza en la centuria de las *Luces*? ¿Se diferenció de la de los siglos precedentes? ¿Quiénes fueron los nobles? ¿Cómo lograron intervenir en su medio manteniendo altas cuotas de liderazgo? ¿Qué papel jugaron los valores nobiliarios en una sociedad que se pensó reformar tantas veces sobre bases tan aparentemente ajenas a ellos? Preguntas que nos remiten a una dimensión sobre la que viene trabajando la historiografía especializada en las últimas décadas y que tiene que ver con el carácter adaptativo de la nobleza y los nobles. Esa nota de flexibilidad se constituiría en una de las razones que ayudarían a explicar la pervivencia del grupo y sus valores siglo tras siglo, lo que, por otra parte, obliga a los historiadores a concretar qué nobleza en función de qué tiempo.

La manera de mirar a los privilegiados como producto de una adaptación continua puede operar con garantías en nuestro propósito de análisis de la sociedad dieciochesca. En este caso, partimos además de una serie de indicios que nos hacen entrever una relación no tan distante. Pocos investigadores que hayan estudiado el siglo XVIII pueden avanzar sin encontrarse con un noble, ya sea en un concejo, como en la alta administración del rey (aun sin estar en la primera línea), o incluso protegiendo a futuros reformistas de origen plebeyo. Un papel, el de la política, que continuaron ejerciendo a lo largo de la centuria, si bien no en términos monopolísticos, tras superar un inicio algo convulso en el trato con la nueva dinastía, cuyos titulares, como sabemos, siguieron haciendo nobles, es decir, utilizando la concesión de nuevos títulos para premiar y reconocer servicios. Roles protagonistas que mantuvieron indudablemente en la corte, lugar para la socialización de los titulados, pero que además se proyectó hacia otros ámbitos que pasaron igualmente por la reforma de este siglo como el ejército, la diplomacia, el mundo cada vez más expansivo de las ciencias, la cultura y las letras.

De puertas adentro, en el seno de los grupos familiares mejor estudiados, se han observado nuevas orientaciones que pasaron por cambios en las formas de relación entre padres e hijos, como también entre los esposos. En este sentido, se han señalado como factores determinantes la incidencia cada vez más evidente a lo largo del siglo de procesos que coexistieron con el sentido holístico del linaje como la individualización de las relaciones y el parentesco, el impacto de la carga emocional en la fijación de vínculos estables, la preocupación por la búsqueda

del yo y el reforzamiento de las esferas de acción y protagonismo de las mujeres. En la estela del cambio en el propio grupo, y en lo que a la casa noble se refiere, no podemos olvidar los procesos de modernización (entendidos en términos estamentales) emprendidos por una parte de la nobleza señorial en sus aparatos de gobierno. Estimulada por una legislación real atenta al complejo de sus derechos y privilegios, así como por un interés propio en el aumento del rendimiento de sus explotaciones agropecuarias, tales iniciativas implicaron la captación de un personal cada vez más formado, competente y capaz de aplicar principios y medidas de control y búsqueda de un beneficio fundamental para mantener el nivel que les exigía su modo de vida.

Si los nobles mantuvieron parte del liderazgo social, aunque compartiéndolo con otros agentes de origen no privilegiado, la idea de nobleza y el fundamento del ser noble también conoció durante este siglo un proceso no menor de reflexión teórica. Dicho de otra manera: siguió interesando conocer qué era la nobleza, dónde se podía encontrar, cómo se debían comportar los nobles y por qué era o tenía que ser merecido recompensar comportamientos asociados a ciertos valores nobiliarios. El pensamiento sobre la virtud nobiliaria, los debates sobre la verdadera nobleza, la disputa en torno a las armas y las letras, la potenciación del mérito, el descrédito de la sangre (no del todo completo para algunos), el encaje en todo ello de la noción de utilidad, etc., ocuparon páginas y páginas de una cuestión que fue más allá del propio grupo. Posiblemente, lo más característico del debate sobre la idea de nobleza en este siglo fue la participación en él de personas ajenas al privilegio noble, lo que contribuyó seguramente al auge de la crítica sobre determinadas actitudes y conductas que ya no se consideraban admisibles. Sin embargo, fueron pocos, realmente pocos y solo al final del setecientos, quienes pusieron en duda la necesidad de la nobleza, es decir, de contar con un grupo que vertebrara por lo alto a la sociedad. De lo que se trataba mediante el uso de la crítica era justo lo contrario: censurar a este o aquel titular por no cumplir con lo que se esperaba de ellos, y así depurar modelos de noble acordes a lo que exigía la sociedad del momento.

Al tiempo que intentamos responder qué nobleza en función de qué tiempo histórico, también es necesario descender a un segundo nivel de análisis. Ese nuevo escalón no es otro que el que nos proporcionan los casos concretos de estudio. No basta, pues, con un segmento cronológico coherente, sino que debemos enfrentar a los nobles y lo nobiliario a coyunturas concretas para analizar cómo fue su acción, reacción o transformación con todo detalle. Una parte importante de esos casos de estudio reunidos en este número monográfico proceden de los trabajados realizados en el marco en el marco del proyecto de investigación *De Fajardo a Toledo: el marquesado de los Vélez en el siglo XVIII. Relaciones familiares y dominio señorial en el sureste español (1691-1814)*. Un entorno científico en el que nos preocupamos por el estudio del que fue, sin duda, el actor nobiliario más significativo del sureste peninsular, el marquesado de los Vélez, con especial atención a la serie de transformaciones que tendrán lugar como consecuencia de

la integración de la casa de las tres ortigas en el universo de los Álvarez de Toledo a principios del siglo XVIII. Ese cambio (de Fajardo a Toledo) implicó la llegada a la cúspide de la casa de los Vélez de una familia distinta, los marqueses de Villafranca, lo que supuso, a su vez, un proceso de reorganización en el señorío, así como ciertos cambios en los mecanismos de representación de los titulares.

Para calibrar hasta qué punto la circunstancia de los nuevos marqueses de Villafranca y Vélez puede proyectarse en el conjunto de la nobleza de su tiempo hemos invitado a una serie de expertos cuyos estudios nos sirven para establecer un contexto determinado. Entre otros, el artículo firmado por Adolfo Carrasco Martínez, quien ofrece un mesurado balance sobre las posibles formas de pensar, hoy, la nobleza señorial que dejó atrás el siglo XVII: ¿se trataba del mismo régimen ancestral del siglo XVI o era un sistema diferente en el XVIII? Para dar respuesta a la pregunta, el autor repasa el impacto de la legislación borbónica, así como la capacidad de reacción y el posicionamiento más o menos homogéneo de los grupos altonobiliarios. Todo ello, incluido el ámbito señorial del poder, analizado a través de una categoría de honda raigambre sociológica como es la de dispositivo, entendida por Carrasco Martínez como un conjunto normativo, compuesto por una serie de mecanismos y organizado. José Antonio Guillén Berrendero, por su parte, estudia la evolución del concepto de nobleza y la manera en la que en el siglo XVIII lo nobiliario representó una forma de tradición y renovación. A partir del examen de los debates en torno al honor y la excelencia, así como el estudio de las diversas reimpresiones de antiguos tratados sobre nobleza que conocerá la centuria, el autor defiende que la categoría nobiliaria siguió siendo útil para premiar y reconocer la virtud. Élie Haddad baja al terreno de la práctica mediante el examen de las transformaciones sociales y de parentesco de la llamada nobleza media francesa a través del estudio de la familia Faudoas. En su artículo, Haddad destaca una variedad de cambios relacionados con el sentido de la transmisión de la casa, entendida a partir del setecientos en términos más restrictivos, como la memoria de la ascendencia patrilineal, la segmentación del linaje sobre la preeminencia de la rama principal y finalmente el efecto diverso que causó un hecho político de dimensiones tan importantes como la Revolución francesa.

Antonio Irigoyen López y Juan Hernández Franco se cuestionan la idea que, desde el otro grupo privilegiado, el eclesiástico, se consiguió fijar de la nobleza en este siglo. A través del análisis del pensamiento religioso, ambos autores destacan la serie de argumentos a favor de la nobleza virtuosa y cristiana, alejada del vicio, que emana de la mayoría de los escritos; una forma, concluyen, de reforzar el orden social. Entre la teoría y la práctica, Arianna Giorgi estudia la evolución de la imagen de José Álvarez de Toledo, marqués de Villafranca y Vélez, duque de Alba consorte, en la segunda mitad del siglo XVIII. Su planteamiento teórico parte de que el discurso visual del hombre moderno del setecientos va a estar mediatizado por la dialéctica entre lo familiar y lo personal, lo que anima una renovación de valores y pautas de comportamiento que se dejan entrever en el caso del marqués, cuya evolución refleja a un individuo de su época, alejado ya de las

prendas heroicas, guerreras y de linaje que envolvían a la nobleza en otros tiempos. De imagen versa también el trabajo de Domingo Beltrán Corbalán y Francisco Precioso Izquierdo, pero de una imagen distinta a la anterior, ya que tiene que ver con la que se irradia a través de las construcciones heráldicas por las cuales solían expresar su identidad los grupos nobiliarios. El análisis de la transformación de los escudos de armas de los marqueses de los Vélez como consecuencia de su integración en el universo de los Álvarez de Toledo permite a los autores subrayar la importancia que cobraba la heráldica como uno de los lenguajes exclusivos empleados por los privilegiados para normalizar e integrar situaciones cambiantes derivadas de la política matrimonial y las estrategias hereditarias.

Sin salir de la muestra que proporciona el caso del marquesado de los Vélez, José Antonio Zapata Parra profundiza en el rico patrimonio artístico atesorado por los titulares y custodiado en su palacio de Mula (Murcia). El interés del X marqués, Antonio Álvarez de Toledo, en lo conservado por sus antepasados dio lugar a la formación de un inventario por parte del gobernador Casanova, un informe que remitió a su señor a mediados del siglo XVIII y que es la fuente documental que explora el autor, en especial, todo lo relacionado con las pinturas de reyes y antiguos señores de la casa. Finalmente, Pedro Martínez Cavero profundiza en el patronazgo religioso de los marqueses de los Vélez a partir del expediente sobre el convento de San Ginés de la Jara (Murcia). El débil interés mostrado por los marqueses en el siglo XVIII contrasta con la reivindicación que avanzado el siglo XIX hará el titular de la casa, Pedro de Alcántara Álvarez de Toledo (XIII marqués), sobre un bien patrimonial que acababa de ser desamortizado.

Los estudios presentados en este número monográfico reflejan una pluralidad de formas historiográficas de acercarse a la nobleza y a lo nobiliario deseada e impulsada desde la coordinación. A pesar de que muchos, prácticamente todos, descienden como es lógico a casos radicados en escalas locales, regionales o monarquía, consideramos que elevan cuestiones interesantes para el debate sobre problemáticas comunes al grupo y a la sociedad del siglo XVIII más allá de la muestra concreta.

Concluimos volviendo a destacar aquello con lo que comenzábamos. La idea que funda esta propuesta no tiene nada que ver con la ley del péndulo. No se pretende ahora afirmar un siglo XVIII de nobles como única posibilidad. Al contrario, lo que hacemos es intentar afinar el análisis del componente nobiliario del siglo a partir de la experiencia que nos proporciona el marquesado de los Vélez (con Villafranca y el resto de casas anexas como observatorio principal). En última instancia, nuestro propósito es seguir avanzando en la comprensión de las transformaciones sociales a finales del Antiguo Régimen y trazar una imagen más global del lento, complejo y a veces contradictorio proceso de reemplazo de valores y de liderazgo social que anuncia el ocaso del mundo moderno. Observar el comportamiento nobiliario, su práctica, representación, ética y valores conviviendo con otras formas heredadas o nuevas que poco tenían que ver (o sí) con la nobleza. A su vez, pretendemos captar el dinamismo noble y su agencia o el

rechazo o adaptación a las transformaciones más destacadas de la centuria. Esas son solo algunas de las preocupaciones que perseguimos y que compartirnos desde ya con el lector interesado.

ISSN: 1576-7914 - e-ISSN: 2341-1902
DOI: https://dx.doi.org/10.14201/cuadieci2025261326

¿CÓMO PENSAR EN LA NOBLEZA SEÑORIAL ESPAÑOLA DEL SIGLO XVIII? UNA CUESTIÓN DE PERSPECTIVA

How to Think about the Eighteenth Century Spanish Seigneural Nobility? A Question of Perspective

Adolfo CARRASCO MARTÍNEZ
Universidad de Valladolid
adolfo.carrasco@uva.es

Fecha de recepción: 03/07/2024
Fecha de aceptación: 16/03/2025

RESUMEN: Este ensayo problematiza el encaje en el reformismo ilustrado del régimen señorial en manos de la gran nobleza española. Primero se plantean los problemas historiográficos y conceptuales existentes y se propone una perspectiva alternativa. Luego se cuestionan la intensidad y la eficacia de las medidas antiseñoriales emprendidas por la administración borbónica y se insiste en la capacidad del ámbito señorial tanto para resistir como para adaptarse a los cambios. Esta combinación de solidez con flexibilidad se explica aplicando a lo señorial el concepto de dispositivo de poder, un conjunto de estructuras y prácticas consolidado desde la época anterior que reúne en su seno relaciones informales y formales y canaliza intercambios materiales e inmateriales. Esta perspectiva explica la larga duración del señorío castellano y su vigorosa permanencia durante el siglo XVIII.

Palabras clave: régimen señorial; reformismo ilustrado; dispositivo señorial de poder; alta nobleza española.

ABSTRACT: This essay focuses on the seigneurial system of the high Spanish nobility within the Enlightenment reformism. First, the existing historiographical and conceptual problems are raised and an alternative perspective is proposed. After this, I challenge the actual intensity and effectiveness of the anti-seigneurial measures undertaken by the Bourbon Spanish administration, and I underscore the capacity

of the seigneurial system to both resist and adapt to changes. This combination of solidity and flexibility can be explained by applying to the seigneurial phenomenon the concept of *power device*, a set of structures and practices that had been consolidated since earlier times, bringing together informal and formal relationship and channelling material and immaterial exchanges. This perspective explains the long duration of the Castilian nobiliar property and its vigorous permanence during the Eighteenth Century.

Key words: seigneurial system; Enlightened reformism; seigneural power device; high Spanish nobility.

1. Inercias, paradojas y contradicciones historiográficas

Resulta curiosa la capacidad de la tradición historiográfica para digerir contradicciones e incorporarlas a su discurso explicativo del pasado. Una de estas contradicciones mayores consiste en el encaje de un siglo XVIII caracterizado por la Ilustración, en sentido amplio y no solo en términos culturales, dentro de un periodo multisecular que comprende las dos centurias anteriores, y empaquetar el conjunto etiquetándolo con el marbete de Edad Moderna. Esta construcción descansa en la premisa de que entre 1500 y el ciclo de las revoluciones atlánticas pesan más las continuidades que las rupturas, que hay, en definitiva, una coherencia estructural de larga duración, manifiesta en todos los aspectos políticos, económicos, sociales y mentales. Sin embargo, es evidente que, a poco que uno reflexione sobre la continuidad, al menos, entre los siglos XVII y XVIII, es posible encontrar no solo muchas rupturas, sino también una voluntad de cambio y transformación que entrarían en conflicto con la aparente homogeneidad en principio establecida académicamente para la primera modernidad. Entonces, estaríamos ante un problema de punto de vista o, más concretamente, un asunto que afecta al criterio con el cual se aborda una determinada investigación sobre esas épocas.

Para aclarar las posibilidades de indagación existentes, se pueden definir dos enfoques básicos: si ponemos el acento en las continuidades estaríamos privilegiando la homogeneidad de un periodo de larga duración; si por el contrario subrayamos los cambios de un lapso respecto del sucesivo –por ejemplo, un siglo y el consecutivo–, nuestra intención sería incidir en las discontinuidades, en las quiebras y en las transformaciones. Y lo cierto es que ambas perspectivas, tan distintas, son explicaciones históricas válidas, según el objetivo que nos hayamos planteado. Dejando al margen la posible discusión al respecto de las opciones posibles, de su validez explicativa o incluso acerca de su grado de compromiso con la verdad, lo que está claro es que todo agrupamiento cronológico en etapas del pasado es algo convencional, con toda la arbitrariedad que ello comporta y, al mismo tiempo, con toda la eficacia que asimismo conlleva. Así, de la contradicción pasamos a la paradoja. Es decir, podemos superar la aparente confusión de la materia del pasado porque su naturaleza compleja coincide con el sentido

ontológico de lo humano, también complejo *per se*, y accedemos al auténtico problema intelectual, esto es, explicar lo paradójico que anida en el pasado humano, una plétora de contradicciones y complejidades.

Es pertinente esta reflexión inicial como pórtico de la pregunta que da título a este ensayo: ¿cómo pensar en la nobleza señorial en el siglo XVIII? La cuestión se hace concreta enunciándola de la siguiente forma: hasta qué punto pervive en el Setecientos el marco nobiliario-señorial consolidado en los dos siglos anteriores, si perdura intacto hasta la demolición operada por los procesos revolucionarios o si, por el contrario, las décadas anteriores a esa quiebra inducida suponen una transformación profunda, aunque no tan traumática y repentina como la que luego se produjo en Francia a finales del XVIII y en España a comienzos del XIX con revoluciones y constituciones. Dicho de otra manera, si los señoríos que fueron derogados al inicio de la revolución eran los ancestrales pilares de un sistema secular, y de ahí que su abolición significara la extinción de un sistema ancestral e inmóvil –el principal aparato del odioso viejo orden que había que arrasar para construir una nueva sociedad y un Estado verdadero–. O si eso que desapareció entonces ya había experimentado tan profundas mutaciones a lo largo de los cien años inmediatamente anteriores que no es posible considerarlo un mismo régimen desde la Edad Media, inmune a dinámicas evolutivas. Como se ha dicho más arriba, la respuesta a la pregunta concreta planteada depende del enfoque que se elija y de ahí que contestarla suponga, ya en sí mismo, una toma de decisión historiográfica.

Tener en cuenta estas cuestiones en relación con el desenvolvimiento del régimen señorial de la alta nobleza española en el siglo XVIII es más conflictivo aún por cuanto forma parte de un problema historiográfico que abarca toda la Edad Moderna, que es la problemática persistencia de extensos ámbitos jurisdiccionales señoriales –nobiliarios, eclesiásticos, municipales– mientras que se está produciendo el proceso de estatalización de España pilotado por una monarquía que bien podemos considerar una de las arquitecturas políticas más robustas de Europa. Ya el mismo hecho de la existencia de un espacio señorial amplio y funcional en el seno de la Monarquía de los Austrias parece una incoherencia o una anomalía. Por eso no sorprende caer en la tentación de interpretarlo como un fenómeno retardatario del supuesto proceso lineal y progresivo que conformó los Estados, uno de cuyos éxitos más destacados habría sido la liquidación de estos poderes que competían con la autoridad regia y la limitaban, acontecimiento que, finalmente, tuvo lugar a comienzos del siglo XIX. Es decir, solo a partir de la supresión de las jurisdicciones particulares, entre ellas la señorial, fue posible hablar de Estado *sensu stricto*. Antes no habría habido tal, estiman algunos, de ahí que no haya Estado en la época de los Austrias, pero tampoco en la borbónica, si somos consecuentes; otra cosa es que se conceda que en el XVIII se produjeron algunos cambios significativos, solo la antesala de las más radicales transformaciones finiseculares, las que abrieron la puerta al Estado (Clavero, 1981: 25-48; Clavero, 1995: 43-58). Ahora bien, esta interpretación implica dar sentido a los procesos

únicamente en función de sus resultados, o explicar los procesos en razón de adónde conducen, punto de vista aceptable, quizás, si se hace desde la historia contemporánea, pero que olvida que los acontecimientos de los siglos anteriores no se produjeron en tanto que precedentes de algo, o como pasos necesarios en el tránsito hacia algo mejor, en virtud de una supuesta lógica de progreso. Si trasladamos el enfoque desde la Contemporaneidad a la convencionalmente llamada Edad Moderna, los fenómenos de larga duración de esos tres siglos dejan de tener su sentido como antecedentes de realidades posteriores y, desde luego, se despojan de una eventual estimación como ensayos titubeantes hacia formas políticas o económicas más perfectas que solo se habrían verificado en el futuro.

Lo cierto es que robustas jurisdicciones particulares convivieron con la absoluta potestad del monarca a lo largo de siglos, algo en principio de difícil comprensión con categorías rígidas o sirviéndose solo de los parámetros alumbrados en el periodo posrevolucionario, ciertamente. Es esta una realidad que sitúa al historiador delante de una complejidad que no debería ser simplificada, sino explicada en sí misma y sin apoyarse en lo que vino después. Dicho de forma más concreta, se trata de tener en cuenta los cambios que se producen en el siglo XVIII y, en todo caso, sus raíces en la época anterior, no tanto evaluar los procesos en función de dónde desembocan luego. Pues bien, como explicación general de lo que en principio se revela contradictorio, creo que sigue teniendo validez partir de la definición del Estado de los Austrias que dio en su día José Antonio Maravall, entendido como un *complejo monárquico-señorial absolutista*, sintagma que puede aplicarse también a la España borbónica. La fórmula maravalliana tenía en cuenta dos dimensiones: por un lado, la naturaleza de la soberanía y la forma de gobierno monárquico-dinástica y, por otro, la existencia de poderes señoriales bastante autónomos –no solo nobiliarios–. Lo destacado es que Maravall afrontaba la realidad jurídica, política y económica en su complejidad, la coexistencia de una concepción absolutista de la autoridad con una constelación de jurisdicciones privadas (Maravall, 1972: 11 y ss.). José Antonio Escudero, entendiendo que la raíz del problema se alojaba en la naturaleza del poder y la soberanía, explicó que la pluralidad de jurisdicciones no impedía la superioridad de la autoridad *de iure* de la Corona, esto es, la prevalencia del Estado dinástico sobre el señorío, al menos desde la teoría del derecho político y desde la concepción más asentada de la soberanía regia (Escudero, 1985). Otro historiador del derecho, Alfonso María Guilarte, dijo algo similar cuando afirmó que el régimen señorial consistía en una subrogación de funciones otorgada por la autoridad regia, es decir, la soberanía no se veía afectada por la delegación de atribuciones que su legítimo poseedor, como gracia, concedía a algunos de sus súbditos. Guilarte admitía que las atribuciones jurisdiccionales –no solo jurídicas– que conformaron la realidad del régimen señorial castellano durante toda su existencia fueron amplísimas, aun cuando el principio de subalternidad o ejercicio por delegación indefinida de los señores mantuvo la coherencia de la arquitectura de la monarquía, como entidad política cohesionada por su forma de gobierno y por el consenso de la comunidad

política (Guilarte, 1987: 11). A estos estudios que han puesto sobre todo el acento de la lógica jurisdiccional de la fábrica de la Monarquía de España y particularmente de la Corona de Castilla, pueden sumarse las aportaciones de Benjamín González Alonso (González Alonso, 1981) y Francisco Tomás y Valiente (Tomás y Valiente, 1982). Todos ellos se centraron en cómo entender lo existente, es decir, cómo dentro de una monarquía soberana, que pivota sobre la naturaleza absoluta de su poder, que lo ejerce y es reconocido como tal, tuvieron cabida otros poderes acumulados por señores nobles y eclesiásticos, que en la práctica sustraían a la Corona, tanto de hecho como de derecho, amplias parcelas de autoridad y de poder efectivo.

Nótese que los autores que he mencionado escribieron sobre estos asuntos hace más de cuarenta años, lo que podría llevarnos a pensar que los debates historiográficos acerca del encaje del régimen señorial en el Estado monárquico quedaron resueltos entonces, o también cabría considerar que a los historiadores ya no les interesa. Creo que ni lo uno ni lo otro resulta convincente para justificar un cierto desistimiento historiográfico en cuanto a repensar la cuestión de cómo comprender la convivencia de jurisdicciones en el Estado moderno y si su liquidación fue paulatina o drástica. Quizá, y sin pretender que este diagnóstico sea el único posible, pueda argüirse que, en estas últimas décadas, el Estado, como marco garante de la igualdad y la seguridad de la comunidad, viene experimentando un desprestigio progresivo en España y en el resto de naciones europeas, mientras que los particularismos de muy diversa condición y con una notable carga de emocionalidad van ganando protagonismo en la conversación académica y pública. Y esta tendencia contemporánea, como siempre ocurre, afecta a la mirada hacia el pasado. Como parte del actual desencantamiento intelectual y popular respecto del proyecto ilustrado y modernizador, la focalización en las fases iniciales de este, en los siglos XVII y XVIII, ha perdido la relevancia que antes tuvo. La desilusión de la modernidad, la confusa posmodernidad o el descrédito de las ideas de progreso y del universalismo de la razón, que conforman el marco de nuestro presente, no parecen muy propicias para pensar en los orígenes de ideas ahora devaluadas. De cualquier modo y aunque inhibirse de las más perentorias interpelaciones del presente sea incómodo, el historiador está legitimado para escabullirse de ellas; incluso diría que, a veces, es saludable que lo haga, más aún cuando el motivo para desviarse de imposiciones presentistas sea, en último término, replantear una materia que puede dar luz sobre el hoy. Quizá iluminar las confusiones del pasado propicie la claridad en el presente.

2. El reformismo borbónico frente al régimen señorial

Poner el foco en el régimen señorial del XVIII, en consecuencia con lo dicho más arriba, puede arrancar de evaluar ese mismo fenómeno en los dos siglos anteriores y, al mismo tiempo, someter a escrutinio las verdaderas dimensiones del

siglo del reformismo borbónico o absolutismo ilustrado, dejando de lado si fue o no la fase previa y necesaria para la modernización de España. Luego la cuestión nodal es valorar si realmente la nueva administración mantuvo una actitud hostil hacia las jurisdicciones privadas. Cierto es que desde principios del Setecientos se atenuó la hemorragia de mercedes otorgadas a la aristocracia territorial, también se revirtieron señoríos al dominio real y la Corona recuperó rentas fiscales enajenadas por concesión o usurpadas, pero estas medidas restrictivas se debieron más al régimen de guerra de los primeros quince años del siglo y a la reorganización de posguerra que a un programa político de debilitamiento del régimen señorial (Carrasco Martínez, 2010: 157-169). Además, afectaron únicamente a algunos Estados señoriales concretos y poco a los grandes. Prueba de que no había una intención específica de acabar con las jurisdicciones señoriales y sus haciendas es que, en algunos casos, medidas en principio confiscatorias en realidad coadyuvaron a sanear las quebradas economías de los señores, justo el efecto contrario al pretendido. Así sucedió con los decretos regios conducentes a la consunción de los censos consignativos y los de reducción de los intereses de los juros. Las principales casas señoriales habían engendrado una gran masa de deuda a largo plazo –al igual que la Corona– cuyos intereses anuales lastraban sus ingresos de forma endémica, así que las disposiciones de Felipe V para la supresión radical o reconversión a la baja de principales y tipos de interés de estos viejos instrumentos de crédito favorecieron, como efecto colateral, a los particulares que se habían endeudado masivamente en el siglo XVII (Toboso Sánchez, 1987: 217 y ss.).

Aparte de estas medidas de tipo estructural señaladas, se pueden concretar las acciones más relevantes promovidas o auspiciadas por la administración borbónica que afectaron a lo señorial en cuatro puntos. El primero corresponde a la actividad de la Junta de Incorporaciones, creada en 1706 con la misión inicial de revisar la validez de los títulos y derechos sobre rentas reales poseídas por particulares y recuperar para la Corona aquellos que no se estimasen documentalmente justificados. La Junta prolongó su existencia todo el reinado de Felipe V, aunque fue cambiando sus funciones concretas y la intensidad de su desempeño. Como balance general, sus resultados para la Real Hacienda fueron escasos y, singularmente, el saldo respecto de los grandes señores de vasallos fue mínimo. Las rentas y las jurisdicciones recuperadas se limitaron a nobles austracistas y, en el resto de casos, la Junta produjo el efecto contrario al pretendido, puesto que muchas casas españolas obtuvieron la ratificación oficial de sus rentas fiscales y derechos jurisdiccionales tras presentar sus documentos (Domínguez Ortiz, 1984: 431 y ss.).

En segundo lugar, cabe considerar los pleitos de reversión de rentas regias que incoaron los fiscales de los reales consejos. Entre ellos, destaca el fiscal del Consejo de Hacienda Francisco Carrasco de la Torre, quien durante treinta años se aplicó sin desmayo a pleitear contra señores de toda condición, pequeños y grandes tenedores, para reclamarles las alcabalas y otras rentas reales de las que disfrutaban. Para resumir su indesmayable labor en los tribunales, puede decirse que obtuvo relativo éxito sobre vínculos de menor cuantía y sobre tributos más

recientemente desgajados de la Real Hacienda, durante el siglo XVII, y que obtuvo pocos resultados respecto de las mercedes otorgadas por los reyes bajomedievales y del XVI, la parte más cuantiosa de la fiscalidad regia cedida a particulares (Moxó, 1959a: 660-668; Moxó, 1959b: 51-95). Carrasco de la Torre, como también Campomanes desde la fiscalía del Consejo Real, llevó ante los tribunales a titulados y grandes para despojarlos de sus rentas fiscales, especialmente las alcabalas y los tributos anejos, como los acrecentamientos y unos y medios unos por ciento, pero se topó siempre con obstáculos legales y extrajurídicos que le frustraron en la mayor parte de los casos. Como ejemplo de ello, cabe mencionar sus litigios contra las alcabalas en posesión de la casa ducal del Infantado, que naufragaron en 1764, cuando se le ordenó por el Consejo «perpetuo silencio»; pero no cejó en su intención y, veinte años después, volvió a intentarlo hasta que por fin, en 1788, Infantado logró una ejecutoria que confirmaba las anteriores sentencias a su favor[1].

El tercer tipo de acciones que impugnó el régimen señorial es el conjunto de pleitos promovidos por municipios para salir de la jurisdicción de un particular e ingresar en la del rey, o que con un objetivo más limitado se dirigieron a consejos y chancillerías para aliviar sus deberes fiscales, tanto los más cuantiosos, como alcabalas y acrecentamientos, como los denominados en la documentación *derechos señoriales*, impuestos de escasa cuantía que provenían de siglos atrás, cuyo pago puntual exigían los señores. Las contadurías de las grandes casas estaban muy atentas a mantener al día estas contribuciones de apenas algunos maravedíes o pocos reales en algunos casos, porque eran sabedoras de la eficaz carga simbólica de renovar todos los años estas señales de acatamiento a la autoridad del señor. Por eso se presentaron reclamaciones y por eso también los abogados señoriales no dudaron en contradecirlos con vigor, aunque los costes de las alegaciones fueran en todas las ocasiones superiores a la cuantía del impuesto en juego. Aún no disponemos de estudios sistemáticos sobre esta clase de pleitos, pero las escasas catas realizadas demuestran que estos conflictos legales se eternizaron durante décadas, precisamente porque la estrategia de los titulados consistió en retrasar las decisiones judiciales con un aluvión de voluminosas alegaciones y desmotivar a los concejos pleiteantes; los costes de abogados y el relevo en los oficiales municipales, a la larga, acababan siempre por favorecer a los señores (Carrasco Martínez, 1991: 121).

En cuarto y último lugar, el proyecto de Única Contribución y el trabajo previo llamado habitualmente *Catastro de Ensenada* contienen un sentido antiseñorial y antinobiliario que permiten incluirlo en esta relación. La gran averiguación censal y catastral emprendida a mediados del XVIII pretendía, entre otros objetivos, conocer de manera fehaciente el tamaño, la composición y el valor crematístico de los patrimonios nobiliarios del reino y, en una segunda fase, comprobar la legitimidad de su posesión. Aquí tampoco hay noticia de que a partir

1. Archivo Histórico de la Nobleza, Osuna, C. 2219, D. 7.

de la información de las encuestas realizadas en las poblaciones castellanas se produjeran enajenaciones de rentas o derechos jurisdiccionales señoriales. Y, en todo caso, sabemos que el proyecto de crear un tipo impositivo universal basado en la riqueza familiar acabó naufragando en el reinado de Carlos III, entre otras cosas por la frontal oposición de la nobleza a contribuir al Estado con impuestos directos que cuestionasen sus privilegios estamentales (Matilla Tascón, 1947; Mateos Dorado, 1981).

En conjunto, puede decirse que, pese a todas las medidas de corto y medio plazo que pueden ser tildadas de antiseñoriales, dos razones nos inclinan a considerar que el gobierno borbónico, tanto durante el reinado de Felipe V como los de sus sucesores, no erosionó sistemáticamente las bases socioeconómicas y jurisdiccionales de la aristocracia señorial. La primera es la solidez de las posiciones altonobiliarias, enraizada en la tradición de los dos siglos anteriores, sostenida por redes formales e informales que habían sabido integrar intereses diversos y una capilaridad notable para influir tanto en los territorios como en los centros de toma de decisiones; es un hecho la eficacia de las estructuras, las estrategias y los individuos incluidos en el ámbito del poder señorial, y de ahí su capacidad de resistencia ante las eventuales acciones regias tendentes a disminuir su protagonismo. La segunda reside en que hubo poca voluntad política por enfrentarse a fondo con los señores. Así fue, intermitente e inconstante, durante la guerra de Sucesión y después, entre otras cosas porque realmente no se detecta una clara postura antiseñorial de los ocupantes del trono –seguramente no podía serlo por principio–, y menos aún se percibe que los miembros de los equipos de gobierno compartieran unánimemente una manera de entender el Estado basada en una animadversión radical con respecto al fenómeno señorial, más allá de las acciones a las que nos hemos referido más arriba y los individuos que las promovieron, por muy destacados funcionarios que fuesen.

3. El ámbito señorial de poder como dispositivo dentro del Estado monárquico en la Edad Moderna

Si atendemos a la larga duración previa, es decir, si trazamos la perspectiva desde los siglos anteriores a la llegada de los Borbones, creo que puede señalarse que el Estado que denominamos Monarquía de España, a diferencia de otros Estados europeos como por ejemplo Francia, presenta la singularidad de haber despejado el conflicto teórico y el ejercicio práctico entre la soberanía del rey y las jurisdicciones particulares. Entre finales del siglo XV y las tres primeras décadas del XVI se solucionaron conflictos de modo que fue posible que en los siguientes doscientos años existiera un Estado estable, sin interferencias, limitaciones y resistencias señoriales de relieve y, al mismo tiempo, se permitió la existencia de una gran nobleza próspera, admirada y envidiada por sus hermanos de otras partes de Europa. La estabilidad del trono y de los reinos, y singularmente la identificación

de una poderosa nobleza señorial con el proyecto político de los Austrias, quedan así basadas en la compatibilidad de una Corona que conserva la integridad de su soberanía con una nobleza señorial poderosa por sus bases económicas, jurisdiccionales y sociales, y que disfruta de una notable influencia política, con límites aceptados por todos los actores la mayor parte del tiempo.

¿Se mantiene a partir de 1700 este modelo eficaz? Mi respuesta consiste en tomar en consideración el concepto de *dispositivo*, enunciado por Michel Foucault y luego por Giorgio Agamben, y emplearlo para analizar el recorrido del fenómeno señorial y su convivencia con el reformismo ilustrado. En un trabajo previo empleé esta noción ciñéndola al mundo señorial de los siglos XVI y XVII, y ahora es oportuno prolongarlo como forma de detectar continuidades y discontinuidades en la centuria siguiente (Carrasco Martínez, 2019). Entonces, ¿qué es un dispositivo para Foucault? Nunca dejó del todo claro qué entendía por ello y, como en otros casos de su producción, usa el término aquí y allá en sus textos o lo emplea en conferencias y entrevistas sin desarrollarlo de forma sistemática. La definición de dispositivo es tan difusa como otros grandes conceptos foucaultianos, como, por ejemplo, *épistémè*, otra palabra clave de su pensamiento, pero nunca acaba de concretarlos y los emplea en muy diversos contextos con significados distintos o los encaja en argumentos dispares. Este rasgo del pensamiento de Foucault, la falta de precisión y la contradicción en algunas ocasiones, es muy evidente en el caso del vocablo dispositivo. En una entrevista publicada en 1977, Foucault define el dispositivo como un conjunto heterogéneo de elementos, que incluye tanto los mecanismos institucionales como el discurso, con la función de ejercer el dominio y que tiene una estructura asimilable a una red (Foucault, 1991: 127-162). Años más tarde, Agamben partía de estas declaraciones de Foucault y de otros textos suyos donde aparece el término para, primero, someterlo a crítica y, luego, ampliar el concepto. La idea de dispositivo del filósofo italiano está relacionada con tres sentidos complementarios, que incluyen lo reglamentario (no solo lo jurídico), la organización de medios para un fin y, finalmente, la conformación de un plan de actuación y unas relaciones de ejecución (Agamben, 2015: 11-15). En español, el *Diccionario* de la RAE reconoce tres acepciones del vocablo *dispositivo* muy similares a los sentidos considerados por Agamben. Según el léxico oficial del español, dispositivo se refiere a la norma jurídica, a los mecanismos que se implementan para ejecutar una determinada acción y a la organización orientada a conseguir un determinado objetivo. Así pues, podemos sintetizar en el término dispositivo tres contenidos generales: 1) una normativa (de diverso rango), 2) una serie de mecanismos (lo institucional y lo procedimental) y 3) la organización (quienes realizan las prácticas para lograr los objetivos).

Entendido así un concepto que define un modelo, el camino para aplicarlo al ámbito nobiliario de poder puede arrancar de la consideración del régimen señorial como una subrogación de funciones en manos privadas de atribuciones de la soberanía regia, un principio del derecho bajomedieval y altomedieval que sigue vigente en el Setecientos y que, aunque conflictivo en los tribunales, como

hemos visto más arriba, sigue plenamente operativo. Es más, el término técnico-jurídico subrogación permite explicar de modo convincente la articulación del dispositivo señorial como configuración en la que desemboca el tránsito de la autoridad que va desde la soberanía al gobierno o, dicho más exactamente, que no es una simple delegación de funciones. Esta era una de las grandes cuestiones que centraron el pensamiento medieval y altomoderno, la conexión entre Dios y gobierno divino o Providencia en el esquema teológico y su traslación a la política entre la soberanía y la forma de gobierno, así que lo que estaba en juego era la legitimidad del vínculo que conecta la naturaleza del poder con su ejercicio (Agamben, 1998; Prodi, 2011). En concreto, esta específica subrogación suponía el traspaso al señor no solo de un conjunto de instrumentos, legales y extralegales, incluidos los coercitivos, sino también, en cierta medida, la transferencia de la titularidad de esas funciones por el hecho de hacerse de forma indefinida, cesiones legitimadas como gracia regia, jurídicamente o por tradición inmemorial. En la mayor parte de los casos castellanos, la subrogación puede ser estudiada en el privilegio de concesión de cada señorío y sus posteriores ratificaciones y/o ampliaciones, instrumentos legales que seguían plenamente vigentes ante los tribunales del siglo XVIII. En el privilegio de concesión cabían, como es sabido, competencias fiscales, legislativas, relacionadas con el poblamiento y las actividades económicas, en el nombramiento de los gobiernos locales, en el ejercicio de la justicia –principalmente civil–, defensivas, relativas al orden público y, por extensión, estaban comprendidos muchos otros aspectos reguladores de la vida en las comunidades rurales. Desde el punto de vista práctico, los documentos de concesión de señorío, que afectan a territorios, pobladores, actividades productivas y tributos, suponían de hecho una amplísima cesión de autoridad directa, un paquete de transferencias que construyeron un permanente paisaje en el cual el señor compartía con el monarca el ejercicio, aunque en teoría no afectase a la integridad soberana del monarca, como los juristas castellanos constantemente recordaron desde el siglo XVI (De Dios, 2016: 11-13), y lo iban a seguir haciendo en el siglo XVIII.

Resumiendo lo dicho, creo que es válido referirse al régimen señorial como un dispositivo de poder plurisecular. Como refuerzo de ello, cabe recordar la profunda coherencia del régimen señorial con los otros dos pilares sobre los que descansa eso que denominamos convencionalmente Antiguo Régimen. El régimen señorial se sitúa al lado de la concepción teológica del poder y de la doctrina de la organización estamental de la sociedad, pilares teóricos del edificio político-social. El señorío es parte constitutiva del mundo de la Edad Moderna, como lo es la naturaleza divina del poder o la perfección atribuida a la articulación social desigualitaria, y la inmovilidad de estos tres principios es garantía de seguridad. En este marco general político, social y cultural encaja el concepto de dispositivo y su capacidad para explicar su, en apariencia, conflictiva inserción en la arquitectura del Estado, tanto el austríaco como el borbónico, por cuanto la continuidad domina sobre los cambios en este aspecto, como en las otras dos bases estructurales señaladas.

Aún hay más rasgos de la realidad señorial que nos permiten caracterizarla como un dispositivo con alto grado de eficacia y, además, justifica su conservación a la larga. De lo dicho acerca del gobierno señorial como subrogación de funciones inherentes a la Corona, se desprenden varias consecuencias. La primera es que el señor disfruta de una amplísima autonomía que además está respaldada por el rey, un poder discrecional –que no arbitrario– que frecuentemente, como es conocido, iba más allá de lo marcado *sensu stricto* por el texto de la merced regia originaria. Es un hecho que el señor era habitualmente la única autoridad visible y cognoscible para la mayor parte de sus vasallos. Pero es que, además, llevándolo al campo de las percepciones y lo psicológico, hay que tener en cuenta la interiorización de lo que podríamos denominar un estado de cosas ordenado y correcto que unía lo conocido durante generaciones con el aval regio como respaldo de la acción del señor, de modo que las decisiones de este se veían reforzadas por el poder de lo simbólico. O dicho en los términos de Foucault y Agamben, el dispositivo señorial de poder es capaz de crear una subjetividad específica que refuerza sus actos. Asimismo, desde la misma perspectiva, es interesante destacar que el ámbito señorial de poder, al mismo tiempo que desarrolla su propia dinámica interna y tiende a la autarquía y la autosuficiencia, está conectado y se complementa con otros ámbitos jurisdiccionales además del realengo, como son las jurisdicciones eclesiásticas o las municipales. De este modo, entendiendo la inserción del señorío en una red, también tendría aplicación el modelo del dispositivo foucaltiano a la organización del poder en los tres siglos de la Edad Moderna.

4. Cambiar para permanecer

Definido el espacio señorial castellano como un ámbito de poder estructurado y resistente a los cambios políticos venidos de su exterior, hemos de abordar la característica interna que tiende a constituirlo como un universo autosuficiente o autárquico. ¿Cuál es, entonces, la raíz que dota de personalidad y cohesión al entramado señorial? La coincidencia de base moral en el discurso legitimador entre la condición nobiliaria y el fenómeno señorial es una sólida argamasa; me refiero al valor estructurante de lo ético y cómo este otorga sentido al ámbito señorial de poder. Esto es así si tenemos en cuenta que en el seno del dispositivo señorial se producen tanto relaciones formales como informales y que ambos tipos incluyen intercambios materiales e inmateriales, es decir, el señorío puede considerarse un ecosistema donde se puede desarrollar lo que podríamos llamar una economía moral, en el sentido de un espacio jerarquizado y ordenado para intercambios seguros, que persigue satisfacer las necesidades de sus miembros según los criterios de la justicia distributiva.

Brevemente, habría que decir que las relaciones formales son las propias del marco legal, que prescriben y ordenan los compromisos, las atribuciones, las retribuciones y los comportamientos apropiados. Es conocido que el ámbito castellano,

desde la Edad Media, mostró una acentuada inclinación a reflejar por escrito los acuerdos, la contratación de servicios, las prestaciones y las contraprestaciones de forma muy detallada, así como a dirimir ante los tribunales de justicia las diferencias de interpretación de las estipulaciones. Por consiguiente, la acumulación de jurisprudencia y de experiencia contractual, junto con una consolidada tradición de prácticas legales en torno a lo señorial, nos permite identificar un conjunto de elementos formales que, en principio, servía de marco regulador en derecho. Así lo atestiguan los aparatos de justicia de los que se dotan las administraciones señoriales (Carrasco Martínez, 2010: 280-295). Ahora bien, sin negar esto, es necesario no olvidar que, a lo largo de los siglos de vigencia del régimen señorial, nunca se llegó a completar por entero un cuerpo legal que ordenase las relaciones entre señores y vasallos ni tampoco una normativa general coherente que especificase los límites de las competencias de los poseedores de señoríos. Es decir, no se llegó a codificar un derecho positivo señorial que expresara el principio teórico general de la subrogación de funciones regias en manos particulares y proyectase las capacidades y los límites cedidos a los señores en un corpus regulador. De ahí los farragosos litigios en chancillerías y audiencias que crecen en el siglo XVIII como se ha dicho más arriba, las enormes variantes derivadas de las tradiciones locales y de la confusión que implicaba esa nebulosa. Nada ajeno, por otra parte, del frecuente recurso al pleito en la sociedad castellana y de su tradición jurídica abierta.

Las relaciones informales cubren las amplias zonas vacías dejadas por la norma. Con este término se alude a lo difuso, se quieren incluir las fórmulas de comunicación entre señor y vasallos no reguladas por el ordenamiento positivo o escrito. Se trata de un extenso espacio de contornos poco nítidos, rico en modalidades de intercambio que, por un lado, materializa categorías, igualmente imprecisas, como son la fidelidad, la lealtad, la liberalidad o la magnanimidad y, además, da satisfacción a toda una serie de necesidades de señores y patrocinados al margen de la letra de los contratos. Dentro de estas relaciones informales, lo clientelar ocupa un lugar predominante y presta al mundo nobiliario-señorial un rasgo muy característico que pervive, como praxis variable, a lo largo del tiempo. Relaciones formales e informales encajan dentro de la noción de dispositivo, por cuanto no se oponen, sino que se solapan y complementan. Por ejemplo, los contratos de servicios que se tramitaban ante escribano público entre un servidor y un señor, tan frecuentes desde el siglo XV, son informales por su contenido, pero, al mismo tiempo, formalizan intercambios de servicios y prestaciones.

O, desde otra perspectiva, podemos recurrir al concepto de relaciones clientelares, que también materializan esa definición de economía moral mencionada. Así, materializan ese carácter moral que he mencionado porque permiten ejercer virtudes propias del noble señor: la liberalidad, la magnanimidad, hasta la clemencia. Y también posibilitan al vasallo ejercer las virtudes propias: la fidelidad y la lealtad. Y, junto con ello, dan satisfacción a toda una serie de necesidades operativas del dispositivo. En la base del sistema clientelar señorial se establece una relación que es interpersonal, desigual, entre el patrono y el patrocinado, un

vínculo que puede o no estar encuadrado en la ley positiva y por escrito, que tiene intención de perdurar en el tiempo (clave es la tendencia a la estabilidad) y que puede atañer a todos los aspectos de la vida (profesionales, económicos, espirituales, de prestigio). Este dispositivo clientelar adquiere su pleno sentido en torno a dos nociones operativas: la fidelidad –valor ético– y la cualificación –la eficacia retributiva del intercambio–. Porque no olvidemos que la relación clientelar es un vehículo de intercambio de servicios y prestaciones, tangibles o inmateriales. Es una parte de esa *oekonomía* o administración señorial y por eso mismo se integra en el dispositivo, tal como lo hemos caracterizado.

En general, estas dinámicas internas del dispositivo señorial que hemos modelizado permanecen durante el siglo XVIII. Ahora bien, la clave de esta permanencia es precisamente su plasticidad para adaptarse a las circunstancias cambiantes. De ahí que el objetivo de la conservación de la eficacia del dispositivo se lograse en el Setecientos con la implantación de una combinación de reformas administrativas internas y la reformulación de los criterios de reclutamiento y promoción del personal. Estas medidas, evidentemente, fueron puestas en vigor en grado diverso en cada conjunto de Estados señoriales, es decir, no se puede hablar de cambios estratégicos homogéneos de todos los grandes señores ni tampoco de reacciones ante presiones externas, sino matizaciones para corregir ineficacias y retoques pragmáticos. A mi juicio, se han de buscar las razones de las modificaciones de los criterios de gestión y las reformas en el propio seno de las administraciones señoriales y en las decisiones de los titulares de los señoríos. El factor determinante de esta capacidad de adaptación a las circunstancias cambiantes con el objetivo de mantener o mejorar los rendimientos, tanto crematísticos como en términos jurisdiccionales, se encuentra en el interior del propio ámbito de poder del señor, esto es, en la eficacia del dispositivo.

En conclusión, durante el siglo XVIII el régimen señorial conservó una notable salud gracias a la solidez del dispositivo de poder que las grandes casas nobiliarias habían afianzado durante las centurias anteriores. Y ello no es tanto la consecuencia de su inmovilismo ni del fracaso del programa de reformismo centralizador borbónico, cuanto un éxito de su plasticidad para adaptarse a las circunstancias cambiantes. La crisis del señorío se produjo cuando el desmoronamiento del edificio del Estado antiguorregimental, del que formaba parte sustantiva, y no por un deterioro interno. La alta nobleza había sido capaz de construir un ámbito de poder de larga duración no por su rigidez, sino por su flexibilidad.

5. Bibliografía

Agamben, Giorgio (1998), *Homo Sacer I. El poder soberano y la nuda vida*, Valencia: Pre-Textos.

Agamben, Giorgio (2015), *¿Qué es un dispositivo? Seguido de El amigo y de La Iglesia y el Reino*, Barcelona: Anagrama.

Brunner, Otto (1982), *Vita nobiliare e cultura europea*, Bari: Il Mulino.

Carrasco Martínez, Adolfo (2010), *El poder de la sangre. Los duques del Infantado, 1601-1843*, Madrid: Actas.

Carrasco Martínez, Adolfo (2016), «Redes de patronazgo y clientelas señoriales en la Edad Moderna. Una reflexión», en José María Imizcoz Beunza y Andoni Artola Renedo (coords.), *Patronazgo y clientelismo en la Monarquía Hispánica (siglos XVI-XIX)*, Bilbao: Universidad del País Vasco, pp. 75-85.

Carrasco Martínez, Adolfo (2019), «El dispositivo del poder nobiliario-señorial en la Monarquía de los Austrias», *e-Spania*, 34, https://doi.org/10.4000/e-spania.32720

Clavero, Bartolomé (1981), «Institución política y derecho. Acerca del concepto historiográfico de "Estado moderno"», *Revista de Estudios Políticos*, 19, pp. 43-85.

Clavero, Bartolomé (1995), «Tejido de sueños. La historiografía jurídica española y el problema del Estado», *Historia Contemporánea*, 12, pp. 25-58.

De Dios, Salustiano (2016), *El poder del monarca en la obra de los juristas castellanos (1480-1680)*, Cuenca: Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha.

Domínguez Ortiz, Antonio (1984), *Las clases privilegiadas en el Antiguo Régimen*, Madrid: Istmo.

Escudero, José Antonio (1985), *Curso de Historia del Derecho. Fuentes e instituciones político-administrativas*, Madrid: Edisofer.

Foucault, Michel (1991), «El juego de Michel Foucault», en *Saber y verdad*, Madrid: Ediciones La Piqueta, pp. 127-162.

González Alonso, Benjamín (1981), *Sobre el Estado y la administración en la corona de Castilla en el Antiguo Régimen. Las Comunidades de Castilla y otros estudios*, Madrid: Siglo XXI.

Guilarte, Alfonso María (1987), *El régimen señorial en el siglo XVI*, Valladolid: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Valladolid.

Jaegger, Werner (1957), *Paideia: los ideales de la cultura griega*, Madrid: Fondo de Cultura Económica.

Maravall, José Antonio (1972), *Estado moderno y mentalidad social*, tomo I, Madrid: Revista de Occidente.

Mateos Dorado, Dolores (1981), «La Única Contribución y el Catastro de Ensenada (1749-1759)», en *La época de Fernando VI*, Oviedo: Centro de Estudios del siglo XVIII, pp. 227-240.

Matilla Tascón, Antonio (1947), *La Única Contribución y el Catastro de Ensenada*, Madrid: Ministerio de Hacienda.

Moxó, Salvador de (1959a), «Un medievalista en el Consejo de Hacienda: don Francisco Carrasco, marqués de la Corona (1715-1791)», *Anuario de Historia del Derecho Español*, 29, pp. 609-668.

Moxó, Salvador de (1959b), *La incorporación de los señoríos en la España del Antiguo Régimen*, Valladolid: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Valladolid.

Prodi, Paolo (2011), *El soberano pontífice: un cuerpo y dos almas. La monarquía papal en la primera Edad Moderna*, Madrid: Akal.

Toboso Sánchez, Pilar (1987), *La deuda pública castellana durante el Antiguo Régimen (juros) y su liquidación en el siglo XIX*, Madrid: Instituto de Estudios Fiscales.

Tomás y Valiente, Francisco (1982), *Gobierno e instituciones en la España del Antiguo Régimen*, Madrid: Alianza.

ISSN: 1576-7914 - e-ISSN: 2341-1902
DOI: https://dx.doi.org/10.14201/cuadieci2025262753

DE VIRTUDES, REYES DE ARMAS Y TRATADOS DE NOBLEZA EN EL SIGLO XVIII: LAS EDICIONES DE TRATADOS DE NOBLEZA COMO POLÉMICA SOBRE LA VIRTUD*

On Virtues, Kings of Arms and Nobility Treatises in the 18th Century: Editions of Nobility Treatises as a Polemic on Virtue

José Antonio GUILLÉN BERRENDERO
Universidad Rey Juan Carlos
jose.guillen@urjc.es

RESUMEN: El trabajo que aquí presentamos es un acercamiento teórico al debate sobre la nobleza y sus valores durante el siglo XVIII. Se toma como origen de la polémica el conflicto entre continuidad y discontinuidad en el concepto de nobleza para intentar evidenciar cómo lo nobiliario representó, durante el siglo ilustrado, una forma de tradición y de renovación, al poner el foco en un concepto como el de utilidad social en los valores propios del grupo noble. Analizamos la recepción de obras del siglo XVI y XVII que se volvieron a imprimir en el XVIII y la continuidad de las prácticas de los oficiales heráldicos entre los siglos XVII y XVIII.

Palabras clave: nobleza; virtud; reyes de armas; heráldica.

ABSTRACT: The work presented here is a theoretical approach to the debate on nobility and its values during the eighteenth century. We take as the origin of

* Este trabajo forma parte del Proyecto Investigación, REF. PID2022-139013NB-I00, *De Excellentia*. Teoría y Práctica de la virtud en la Monarquía de España (siglos XV-XVII) Dexvir. Financiado por el MICIU/AEI/10.13039/501100011033 y por el FSE+.

the controversy the conflict between continuity and discontinuity in the concept of nobility to try to show how the nobility represented, during the enlightened century, a form of tradition and renewal, by focusing on a concept such as the social utility of the values of the noble group. The reception of works from the sixteenth and eighteenth centuries that were reprinted in the eighteenth century and the continuity of the practices of heraldic officials between the seventeenth and eighteenth centuries are analyzed.

Key words: nobility; virtue; heralds; heraldry.

1. Introducción

En el siglo XVIII, la sociedad política buscó formas de conocimiento sobre los prestigios sociales al amparo de la luz de la razón. La producción intelectual de los hombres de letras y pensamiento en el XVIII transitó unos, cada vez más profundos, caminos de profesionalización en lo relativo a lo nobiliario y sus formas de definición y articulación de un discurso legitimador de su situación de privilegio. En el caso castellano, este proceso estaba alimentado por los complejos procesos de penetración de los hidalgos y otras realidades nobiliarias complejas que incidieron en que el secular debate sobre qué es nobleza adquiriera en el siglo XVIII una dimensión más «académica». Es, en este contexto, en el que se volvieron a editar obras que durante los siglos precedentes habían gozado de una fortuna crítica muy elocuente y que permitió evidenciar la pervivencia de determinados valores transferidos al siglo ilustrado. Nos referimos a las obras de Bernabé Moreno de Vargas y de Antonio Agustín. En ambos casos, lejos de aceptar algunas narrativas sobre la nobleza, como la que lleva a pensar que esta estaba en un ejercicio de «autocontemplación» (Aragón Mateos, 1989: 279), podemos pensar que el XVIII profesionalizó la narrativa sobre lo nobiliario. Del mismo modo, parece que la nueva dinastía que inauguraba la centuria modificaría algunas consideraciones sobre el honor (Sánchez Blanco, 2002: 571), adaptándolo a un nuevo modelo de relaciones sobre la virtud y sus recompensas.

Igualmente, como afirmó Werner Jaeger, toda alta cultura surge de una diferenciación de clases, lo que terminaba por ser una forma de diferencia entre el valor moral de las personas (Jaeger, 1996). La virtud y sus formas de narración serán las matrices de la justificación social que durante la primera modernidad acabará por imponerse y que evolucionó durante el siglo XVIII hacia una forma aparentemente racional de definir la relación entre nobleza y virtud.

El de progreso es un concepto que apela a cualquier idea sobre el siglo XVIII. Se trata de un sintagma que goza de una buena fama, y es un concepto que podemos interpretar como una guía afirmativa de un recorrido histórico y de todas las formas asociadas a un periodo. Muchos pensadores europeos insistieron en este concepto como una parte esencial del devenir de la filosofía de la historia. Los iniciales trabajos de Noblet de la Clayette (*L'origine et les progrès des arts et*

des sciences, 1740), Anne Robert Jacques Turgot (*Recherches sur les causes des progrès et de la décadence des sciences et des arts*, 1748) o la obra de Condorcet (*Esquisse d'un tableu historique des progès de l'esprit humain*, 1793) fijaron un modo de percepción del tiempo y de su narrativa que afectó a todos los sentidos de la vida, pero sobre todo a las relaciones entre los diferentes conocimientos y su operatividad social.

En el presente texto, presentamos una interpretación sobre la escatología del debate sobre el honor, la virtud y la excelencia a partir de una doble mirada (la de los teóricos y los prácticos). Entre los teóricos, la voz de tratadistas del XVIII como Mandramany, la recuperación de la obra de Antonio Agustín *Diálogos de las armas i linages de la nobleza de España* que permaneció sin publicarse hasta que Mayans lo hizo en 1734. Igualmente, consideraremos la reedición del influyente texto de Bernabé Moreno de Vargas, *Discursos de la nobleza de España*, que se publicó por primera vez en 1621 y que se reeditó en 1794.

Como complemento a esta recepción del pensamiento altomoderno, damos voz a algunos autores prácticos y de marcado carácter libresco. Es el caso de dos reyes de armas de los inicios del siglo XVIII, Guerra y Villegas y Juan Antonio Hoces Sarmiento. Ambos representan el gran salto de profesionalización del oficio que, desde la segunda mitad del XVII, se está desarrollando en la Monarquía de España y que era espejo de lo que estaba ocurriendo en Portugal o ya había ocurrido en Francia o Gran Bretaña y que contrasta con los siglos precedentes.

La polémica sobre la nobleza en el siglo XVIII, lejos de apagarse, continuó, si bien, su virulencia fue menor y se adaptó a un conjunto de nuevos presupuestos que estaban moldeados por el contexto bélico de los inicios del siglo, las corrientes ilustradas y varias formas de ocupación del espacio por parte de la nobleza-hidalguía. Como indicó Álvarez Barrientos, es evidente que durante el siglo XVIII las polémicas culturales fueron fundamentales para la construcción de naciones (Álvarez Barrientos, 2021: 10), naciones de carácter heroico en el caso de la nobleza. Lo nobiliario será el centro de una buena parte de esa construcción, puesto que, en los repertorios de saberes sobre una nación, que el enciclopedismo mantenía, vindicaba que el conocimiento sobre la nobleza era un rasgo esencial en la comunicación de las glorias de las monarquías.

Como hemos visto, durante el siglo XVIII se buscó la unificación de los discursos sobre los saberes. Y es quizá ese nuevo deseo de objetividad el que estaba tras la publicación de los repertorios enciclopédicos sobre los saberes nobiliarios que tanto proliferaron. El tema central que subyace a toda la cuestión de la nobleza estaba centrado en la idea de mérito, siempre asociada al otro concepto de merecimiento. No se escapa a los autores del XVIII que la condición de nobleza, y los valores e ideales adscritos a esta, tenía como objetivo garantizar la pervivencia de una desigualdad social de carácter legítimo que sostenía el orden social.

Así, el nobilista Jakob Wilhelm von Imhoff (1651-1728) publicó, en 1702, la monumental *Historia Italiae et Hispaniae Genealógica*, en 1712 publicó *Historische und genealogische Nachrichten von denen Grandes adoer Grossen in Spanien*

y otra obra similar, pero publicada en latín con el título *Genealogia viginti illustrium in Hispania familiarum* (Friedrich, 2023). Esta obra de carácter genealógico era heredera de otras como el nobiliario de Alfonso López de Haro y se debe relacionar con esa idea, tan propia del XVIII, de recopilar el conocimiento bibliográfico.

Como heredera de esta pulsión enciclopedista, en 1724 veía la luz la obra *Biblioteca hispánica histórico-genealógico-heráldica*, inicialmente atribuida a Gerhard Ernst Franckeneau (1676-1749), publicada en Leipzig, que representa un compendio enciclopédico sobre los saberes heráldicos de su tiempo, intentando generar una suerte de nación de autores ilustres y dignificar el oficio de genealogista. Debemos situar esta obra dentro de la nación de los genealogistas y el valor imprescindible de sus obras. Era Franckeneau –nacido en Heidelberg en 1676 y fallecido en 1749 en Viena– un diplomático interesado en la cultura española y, como otros alemanes de su tiempo, en la memoria.

El problema de estos trabajos es su originalidad. Ambos autores, en palabras de Gregorio Mayans[1], parece que robaron e hicieron pasar por suyas obras sustraídas al jurista español Juan Lucas Cortés e, incluso, fueron referidas por Luis Salazar y Castro (Benavent Montolin, 1998). La fortuna crítica de estas obras fue muy grande en su momento y recibieron elogios en la revista *Acta eruditorum*, publicada en Leipzig, y en la también célebre *Nova literaria maris Baltici* (Benavent Montolin, 1998: 34).

La obra de Franckeneau es un texto escrito en latín y ofrece la posibilidad de valorar el vasto legado escrito que sobre nobleza existía en España. Con breves notas biográficas de los distintos genealogistas y autoridades heráldicas, el texto es el punto de llegada de esa nación de nobles que se comenzó a conformar desde la Edad Media. No tenemos tiempo en estas páginas para ofrecer un detallado estudio del volumen, pues refiere un total de 1.490 registros de textos genealógicos, entre ellos la obra de Alfonso López de Haro y de Pellicer, si bien, no encontramos a Guerra y Villegas ni a Guerra y Sandoval.

Se trata de una obra escatológica que dibuja el alma de la nobleza española y sus estudios, muy en la línea de otros saberes enciclopédicos de su tiempo, y que pretende vindicar la necesidad de aglutinar todo el conocimiento sobre el grupo social más importante de su tiempo. Es también una obra descriptiva, formalmente no crítica con los textos y autores referenciados, pero que nos permite confirmar la idea con la que abríamos este texto sobre la creación de una suerte de nación de excelentes construida a partir de los textos que usan la memoria de los nobles.

1. Este publicó en 1752 un texto en el que hablaba sobre la autoría de Cortés. La obra se tituló MAYANS i SISCAR, Gregorio (1752), *Dissertatio qua Sacra Themidis Hispanae Arcana, et Bibliotheca Hispana historico-genealogico-heraldica vero suo auctori, Jo. Lucae Cortesio, vindicantur, simul plagium demonstratur Ger. Ernesti Franckenau*, Madrid. Sobre este tema del plagio José Antonio Escudero trata de enmendar los argumentos para hablar de una cierta originalidad respecto a la obra de Franckenau. Ver Escudero, 2000.

Los elementos que articulan todas las obras citadas por Franckenau e Imhof se basan en la importancia de los puntos que construyen el canon nobiliario europeo: servicio, sangre y territorio. Por ello, la amalgama de textos y autores recopilados por ambos glosaban la producción de discursos sobre lo nobiliario en atención a una serie de elementos: genealogía, doctrina normativa y tratadística nobiliaria. Ambos tenían como ejemplo la obra de Nicolás Antonio, de hecho, toman mucho de lo que allí se dice.

Las páginas que siguen representan una mirada a un mundo que podíamos denominar como lampedusiano, pues se negaba a desaparecer. Un universo teórico y de mecanismos administrativos en torno a la idea de nobleza, la práctica de la virtud y la excelencia y que se mantenía igual, pero diferente. Un escenario libresco-burocrático en el que la recuperación del pasado reflejado en las obras de Antonio Agustín o Bernabé Moreno de Vargas se entrecruzaba con la producción textual de autoridades heráldicas para ofrecer un sutil estudio pictórico de tipo velazqueño en torno a la distinción social. Veamos.

2. Virtud y excelencia en el siglo XVIII. Una polémica entre antiguos y modernos

Es muy conocida la vieja querella ilustrada entre antiguos y modernos. Se trataba de un debate entre tradición y progreso. Para el caso español, la obra seminal de José Antonio Maravall, *Antiguos y modernos*, publicada en 1966 marcaba el inicio de los estudios sobre esta realidad, que el autor situaba en el descubrimiento de América. Lo que aquí entendemos por antiguos y modernos se refiere a dos concepciones sobre lo nobiliario que convivieron desde la segunda mitad del siglo XVII y que transitó durante todo el siglo XVIII hasta vislumbrar lo epigonal del debate ya a finales del siglo XIX. Si, en ese caso, el problema estribaba en un debate entre los autores antiguos y los modernos, pensamos que las principales características de la polémica se pueden aplicar al problema de definición de lo nobiliario en el XVIII.

Si la teoría general sobre la nobleza hasta el siglo XVII gravitaba en torno al debate sangre-privilegio, las nuevas necesidades de las monarquías europeas y las dinámicas culturales hicieron evolucionar esa dupla a una nueva en la que el privilegio era sustituido por una reelaboración del concepto de mérito, de tal modo que sangre y mérito pasaban a ser los elementos de la contienda sobre la nobleza y lo nobiliario. En el fondo de este debate se debe ver la importancia de una nueva concepción de la virtud como valor hegemónico de la condición nobiliaria y cómo, desde esta reformulación, se establece una idea racional del concepto de excelencia y de quiénes pueden ser calificados como tales.

El debate sobre la nobleza en el siglo XVIII basculaba en la determinación de la utilidad del grupo dentro de una sociedad civil formada y que debía confirmar la pervivencia de un sistema de recompensas y honores que superase

el determinismo, de tal modo que las comunidades políticas y la española, en concreto, pudieran asegurar un sistema del honor que abandonase la mitografía nobiliaria que parecía dominar los siglos XV al XVII. Frente a determinadas miradas historiográficas de finales de los ochenta que derivaban de la recepción en España de la obra de E. P. Thompson (Thompson, 1979), algunas afirmaciones insisten en que el vocabulario nobiliario tenía mucho de ritual (Aragón Mateos, 1989: 279). Igualmente, este fenómeno fue motivo de ocupación de los círculos literarios, intelectuales y políticos desde el reinado de Felipe V. Prueba de ello es la polémica entre autores como Feijoo y José Antonio de Abreu o los discursos de este último, perfectamente estudiados por Precioso Izquierdo (Precioso, 2018). Es evidente que el problema de lo nobiliario durante el siglo XVIII se vio determinado por un conjunto de circunstancias que hicieron bascular el concepto hacia una nueva forma de vector de opinión. En este sentido, la aparición de la Orden de Carlos III vendría a ratificar una nueva forma de concepción de la dupla virtud-honor. Institución creada el 19 de septiembre de 1771 bajo el lema *virtuti et merito* y con el objetivo de evidenciar el interés público de los servicios en la Real Casa y en los asuntos de la Monarquía, buscaba establecer una forma de consenso sobre el siempre complicado tema del honor. De tal modo que la Corona borbónica encontró tres formas de satisfacer los anhelos de honor: las tradicionales órdenes militares, el reconocimiento de la hidalguía/armerías y la recién creada Orden de Carlos III. Esto marca una pequeña cesura en el siglo XVIII en dos periodos, el anterior a 1771, en el que aún se mantenían las instituciones tradicionales del derecho premial, y las novedades que impuso la recién creada orden a partir de ese momento (Ceballos-Escalera y Gila, 2016).

La identificación de lo nobiliario como un rasgo del carácter fue visto por los miembros de la Real Academia de la Historia, en 1739, en los siguientes términos: «[…] En quanto al Honor: *Idolatras* / En quanto à la Fama: *gentiles* / Fundan su Nobleza: *En la Antigüedad* / Su Adelantamiento: *En Armas y Letras* […]». Para afirmar que las principales virtudes eran *«Fortaleza, Prudencia y Templanza»* y que, en lo moral, practicaban: *«Magnanimidad, Modestia, Seriedad, Fidelidad, Clemencia y Secreto»* (*Fastos…*, 1739: 215-219). Este tipo de afirmaciones estaban referenciadas en los documentos que la propia institución procuró que se realizasen a partir de 1736, con el objetivo de tratar asuntos sobre los que había alguna polémica (Anes y Álvarez Castrillón, 2009: 41). Quizá alguna de las visiones que sobre lo nobiliario en el siglo XVIII se tienen vengan determinadas por lecturas algo formalistas de lo que los intelectuales indicaban. Así, se ha querido ver en la obra de autores como Cadalso una visión crítica sobre los valores nobiliarios tradicionales (Tobio, 2012).

Pero el objeto central estaría en objetivar este tipo de rasgos propios de lo español. Superar con ello determinadas polémicas literarias, intelectuales y administrativas que habían jalonado los siglos precedentes sobre lo nobiliario. Lejos quedaban ya los asuntos de los actos positivos de nobleza, la influencia de los estatutos de limpieza y otras realidades. El siglo XVIII se inicia en los reinos peninsulares con un conflicto en el que el fenómeno del ennoblecimiento vinculado

a la milicia y al servicio al monarca marcó una forma endógena de clasificación nobiliaria[2]. En este sentido, la concesión de títulos nobiliarios y su tramitación por la Cámara de Castilla estaba determinada por un tipo específico de negociado y añadía un elemento de determinismo en el gobierno del honor desde el siglo XVI (González Fuertes, 2022: 58-125). Se trataba de perfilar una forma concreta de definir qué era y cómo era la gestión del honor dentro de las prácticas sociales y los mecanismos de ennoblecimiento y, sobre todo, el modo en el que la nobleza y lo nobiliario transitaron en el siglo XVIII hacia una conciencia social más allá de la vieja concepción del honor de sí.

Guillamón Álvarez, en su tesis doctoral, *Honor y honra en la España del siglo XVIII*, defendida en 1981 en la Universidad Complutense, ya abordó de forma notable el problema del honor, la reputación y la fama y la dimensión de hecho social objetivo (Guillamón Álvarez, 1981: 42-50; Choza Armenta, 1998). Es notable que el concepto de nobleza y los valores asociados tanto al grupo como al propio concepto tenían mucho que ver con dos dimensiones fundamentales: una de carácter más filosófico y otra de un marcado carácter «nacional-nobiliario» que pretendía avanzar en la identificación de las formas de construcción de la noción de excelencia aplicable a los nobles e hidalgos. Entre los primeros podemos identificar a autores como Jovellanos, Cadalso, Olavide o Floridablanca. En el segundo grupo, una larga lista de autores más centrados en analizar el fenómeno propio de la nobleza entre los que se encuentran autores como Mariano Mandramany o el propio Mayans, mediante la publicación de obras sobre lo nobiliario, como, por ejemplo, el *Diálogo de las armas y linages de España* del obispo Antonio Agustín. Obra muy celebrada en los siglos precedentes, pero que no fue impresa hasta que Mayans puso su ojo en ella y la publicó en 1734 y sobre la que volveremos más adelante.

El siglo XVIII alumbra la llegada de un monarca «patriota» que buscó generar una nueva comunidad política. El rey Felipe V era justo (Fernández Albaladejo, 2002: 486), por lo que la gestión del honor representaba la eclosión de una concepción vinculada al, cada vez más presente, concepto de patria (Fernández Albaladejo, 2002: 489). Este tipo de ideales estaban presentes en los diferentes elogios redactados durante el reinado del primer Borbón (Alfonso Mola y Martínez Shaw, 2000-2001: 43-54) y en los sucesivos, que servían tanto para elogiar a esto como a Carlos III o Carlos IV. En ellos, parece que era evidente que el monarca era perfilado como un soberano «amoroso» (Fernández Albaladejo, 2002: 487). Es obvio que el vocabulario sobre la forma de gobierno y las cualidades que debían presidir la acción de gracia estaban preñadas, desde la Baja Edad Media, por una terminología «sentimental» en la que la nobleza, siempre argumentada como el

2. No tenemos espacio aquí para tratar este asunto que, por otra parte, ya han analizado de forma densa y brillante Felices de la Fuente, 2010, 2012 y 2016.

grupo «fiel» y «leal», participaba del liderazgo social que compartía con el monarca y la nueva dinastía.

El célebre tratadista de nobleza Mariano Mandramany publicó, en 1790, un texto titulado *Discurso sobre la nobleza de las armas y las letras*. La obra se imprimió en la imprenta de Benito Cano. El argumento central de Mandramany se basa en la necesidad de premiar los esfuerzos y formular un nuevo alegato sobre el mérito y la consideración de excelentes. La primera afirmación recurrente que encontramos en Mandramany es aquella en la que comienza a distinguir entre nobleza civil y nobleza moral. Esta segunda era para el autor «la que tiene su cuna solo en la virtud del que la adquiere y pasa a la clase civil quando un príncipe la confirma con expresa gracia y declaración o con tácito consentimiento ò por ministerio de las leyes en los especiales casos que la conceden». Pero, además de esta afirmación, parece que todavía era fundamental que la condición de noble «Sin el sello de la autoridad ò Real aprobación la nobleza moral jamás consigue los efectos civiles, aunque puede decirse con verdad que es su fundamento y su principio». Es evidente que a finales del siglo XVIII la impronta que en el sistema del honor dejó la creación de la Orden de Carlos III implicó una novedosa aportación dentro de las tipologías de órdenes del mérito e influyó en los discursos sobre el honor (Mandramany, 1790: 4-5).

Claro, para Mandramany, la polémica estribaba en recuperar el viejo dilema «armas-letras» que desde el tardohumanismo presidió la definición de la verdadera honra y que transitó hacia una pulsión política en torno a dilucidar quiénes debían gobernar. Ya la tratadística nobiliaria de los siglos XVI y XVII insistió en que las letras eran una forma legítima de servicio al reino y que eran necesarias para el interés de las monarquías. De ello, se desprende que autores como Juan Benito Guardiola en su célebre *Tratado de la nobleza, títulos i ditados que hoy en día tienen los grandes varones de Castilla*, impreso en 1591, aborde el asunto de que todas las «naciones» del mundo premiaban los servicios de letras. En este caso, Mandramany recupera esta polémica como un componente fundamental de una cartografía del honor de una notable matriz aristocratizante.

El propio autor, sin citar la procedencia, indica que «las armas y las letras dan nobleza / la conservan virtudes y riqueza» (Mandramany, 1790: 6). Se trata de unos versos que en el siglo XVI escribió Bartolomé Cairasco de Figueroa y que fueron utilizados por Bernabé Moreno de Vargas en sus *Discursos de la nobleza de España*, publicados en 1622[3]. El principio argumental de Mandramany es que las armas son útiles como elemento de garantía del orden, justicia y defensa. Además, de las armas y del ejercicio de estas se desprende la primera de las virtudes necesarias para la sociedad: el valor, la valentía, la fortaleza.

3. También lo podemos encontrar en la única obra impresa de Cairasco de Figueroa (1602 y 1603).

El tratadista aragonés vincula lo nobiliario con Roma y el modo en el que la antigüedad romana cobra actualidad en el XVIII. Recupera el viejo argumento según el cual la milicia, desde los gloriosos tiempos romanos, era una forma de ascensor social, al premiar a los excelentes. Eran la tradición y la costumbre las que legitimaban, en opinión de Mandramany, el papel de las armas, pues «eran las armas los fiadores del sosiego público, los espíritus vitales con que se mantiene el cuerpo del Estado, y tan necesarias como las manos para nuestra conservación y defensa» (Mandramany, 1790: 35). Por lo tanto, uno de los rasgos esenciales para alcanzar la excelencia en el siglo XVIII sería, para este autor, el servicio de las armas.

Sin embargo, deja una puerta abierta en aplicación de la razón, para que el ejercicio del gobierno esté en manos de las letras. De tal modo que las imperativas leyes que deben regir toda sociedad política deben ser redactadas y gobernadas por los hombres de letras. Nuevamente, la antigüedad es tomada como arsenal y encontramos a Julio César cuando, según Mandramany afirma, «se hizo esculpir sobre un globo que representaba el orbe, y con la espada en una mano, y en la otra un libro y este mote: *ex utroque Caesar*, para manifestar que por las armas y las letras había conseguido el Imperio» (Mandramany, 1790: 67).

Es este un asunto secular el que consistía en tratar cuestiones propias del gobierno y de las variables formas de explicar la preeminencia de la autoridad civil y política. Hay, en estos argumentos, un esfuerzo por crear en torno a lo nobiliario una suerte de *patria communis* sobre la nobleza, su definición y las nuevas formas de razón de Estado y razón de linaje. Mandramany escribe una memoria de la monarquía española en la que tendrá un nuevo reflejo libresco en un universo en el que lo nobiliario transitó hacia una nueva forma de legitimación de la dinastía y de un nuevo culto a la «nación de nobles» que era la Monarquía anterior y la de los borbones.

Estas ideas debemos relacionarlas con el paulatino proceso de profesionalización que, en torno a lo nobiliario, el honor y sus oficios comenzó a gestarse durante los últimos años del XVII y que recorrió todo el siglo ilustrado como una evidente forma de conocimiento, ya no endogámico de la nobleza, sino como un saber social como voluntad social. El debate sobre la nobleza y la excelencia avanzó hacia una polémica que abandonara opiniones inseguras, en muchas ocasiones huérfanas de contexto y erudición, para un camino preñado de certezas.

Lo nobiliario en el siglo XVIII se presenta como una forma de filosofía de la propia monarquía; de una conciencia nueva que avanza sobre una tradición discursiva que explicaba la virtud, el honor y el papel del soberano como gestor de la distinción. Por ello, el recurso al papel social de la nobleza apareció como un horizonte deseable que venía a recuperar ideas ya esbozadas, como la que ya trató el jesuita Juan Cortés Osorio en su reconocida obra *Constancia de la fee, y aliento de la nobleza española*, publicado en 1684.

Como decíamos, estas ideas fueron recuperadas en la obra del conocido Alonso de Acevedo, abogado de los Reales Consejos y Asistente en Sevilla, que

publicó la obra *Máximas políticas, económicas y singulares deducidas de diferentes reglas y preceptos para conservación y augmento de la nobleza*, que vio la luz en 1731. Esta obra, de marcado carácter jurídico por la propia formación de su autor, estaba dedicada al infante Felipe, hermano de la Maestranza de Sevilla.

Encontramos en ella un marcado componente moral de explicación de la nobleza desde una racionalización de las virtudes y su práctica social y con una dimensión pedagógica. Se trataría de una notable forma de expresar lo que es el mérito y cómo este preconfigura la idea de excelencia. Es evidente que el concepto de mérito y su práctica no fue nunca una excepción nobiliaria, pero resulta evidente que fueron los nobles y los procesos anexos a su reconocimiento los que determinaron, desde la Edad Media, una concepción exclusiva del término. Tomaban para ello a los historiadores romanos, puesto que es notorio que el concepto de mérito no es liberal (García Cívico, 2007: 221), y ni tan siquiera podemos afirmar que su originalidad sea meramente ilustrada pese a la notable influencia de Montesquieu o Rousseau. En el caso que nos ocupa, esta idea de mérito estaba vinculada no ya al elemento burgués, sino al estrictamente nobiliario. El cambio en su acepción, que el siglo XVIII ofreció, estaba vinculado a una racionalización del ideal de la *areté* en una renovada geografía política de la meritocracia entendida como idea e ideal. Esta se basaba en una lógica argumental de matiz platónico, según la cual los mejores deben gobernar sobre los peores. Este es un hecho indudable para las sociedades del Antiguo Régimen. De tal modo que cuando Berni Catalá publica su polémica *Creación, antigüedad y privilegios de los Títulos de España*, publicada en Valencia, 1769, se ofrece un ilustrado catálogo de quiénes son los encargados del gobierno. Es pertinente recordar, como hizo Jaeger, que en el mundo clásico, aristós y areté parecían compartir una semejante raíz (Jaeger, 1996:21). Esta circunstancia se mantuvo vigente durante toda la modernidad como rasgo inequívoco de la condición de excepción de la verdadera nobleza, ya fuera esta civil o natural. Así lo expresó fray Íñigo Gómez Barreda, benedictino como Juan Benito Guardiola, que publicó un texto titulado *El ayo de la nobleza y el noble instruido en su instancia y político en la corte sin faltar a la Virtud*, impreso en Salamanca, 1762.

En semejantes términos se expresaba, en 1781, Antonio Xavier Pérez y López. Este autor publicó un texto muy interesante sobre un salto cualitativo titulado *Discurso sobre la honra y la deshonra legal en el que se manifiesta el verdadero mérito de la nobleza de sangre*. Esta obra se imprimió en Madrid y aborda una amplia temática sobre los elementos centrales de una nueva dimensión de lo nobiliario. Para este autor, la honra es un oficio propio de los virtuosos. Se plantea con ello una nueva dimensión del mérito, del concepto de meritocracia y de los mecanismos de la excelencia. Para este jurista, la honra legal es racional, sin embargo, no tendría sentido sin la que él denomina «natural» que sería la propia del alma (Pérez y López, 1781: 2-4). Es evidente que nos encontramos ante una reinterpretación de los conceptos de nobleza civil y nobleza natural que la tratadística nobiliaria de las centurias precedentes definió. Por ello, se insiste en la necesidad

de premiar y recompensar aquellas conductas sujetas a la virtud, por lo que será necesario recompensar otro tipo de actividades más allá de las tradicionalmente nobiliarias. Para ello, citará a Campomanes en su texto sobre la educación popular de los artesanos (Rodríguez de Campomanes, 1775). El argumento central de esta obra es incidir en una dupla nobleza-verdad. Esta, durante los siglos precedentes, sirvió como material inflamable para quebrar el orden social. Si en el XVII el debate sobre lo nobiliario estaba marcado por la infamia, la duda en los procesos de ennoblecimiento y sus documentos, en el XVIII todo este capital cultural y simbólico debía estar marcado por el criterio de indudable veracidad, de tal modo que lo nobiliario como realidad sea indudable. Esto sería una de las principales razones de justicia para ponderar los beneficios e intereses que para la monarquía significaría tener unos procesos de ennoblecimiento y reconocimiento de la honra pública que fueran fidedignos.

En este caso, el debate sobre la nobleza de sangre era, para Pérez y López, un asunto relevante, pues, como era costumbre, «se recuerda que su verdadero origen son las virtudes heroicas y sociales; su esencia consiste en cierto agregado de privilegios y preeminencias que el derecho la concede […]» (Pérez y López, 1781: 30-31). ¿Quiénes tenían derecho a tener un hábito de las órdenes militares? Según la tradición, únicamente los nobles de sangre, lo que, visto desde el siglo XVIII, exigía un replanteamiento del debate sobre lo que era la verdadera nobleza. La clave estaría, para este autor, en que el honor, el mérito que se heredaba no debía ser impedimento para acrecentar lo heredado y continuar en la inercia moral (Pérez y López, 1781: 30-41); de tal modo que la vida activa que lo nobiliario representaba desde la primera modernidad seguía siendo algo vigente ya en las postrimerías del siglo ilustrado. Esta suerte de patrimonializar la virtud y el mérito en lo nobiliario tiene mucho que ver con el triunfo de la razón a la hora de organizar el sistema de recompensas. Una forma de garantizar y cifrar en la nobleza no solo el carácter utilitarista de un comportamiento concreto, sino perfilar los espacios legales del servicio público del grupo. Frente a lógicas más o menos ideales que fijaron los tratadistas de la primera modernidad, el siglo XVIII ofreció al debate sobre lo nobiliario una evidente búsqueda de racionalidad y de construcción de la individualidad.

Hay una corriente de pensamiento que contrapone la idea de mérito nobiliario (de carácter más eugenésico) frente a otro de un carácter más centrado en la posesión de talento. ¿Fue la Ilustración el origen de esta polémica? La obra de Berni y Catalá sería un rescoldo de un concepto altomoderno de nobleza frente a otros planteamientos que se pueden encontrar en moralistas. En el XVIII se considera que los valores eugenésicos como motor del mérito han comenzado un lento declinar frente al empuje de corrientes de pensamiento que buscaban dinamizar la sociedad y modificar algunos planteamientos jurídicos basados en una consideración moral de la excelencia. Si durante los primeros siglos modernos los méritos asociados a lo nobiliario estaban relacionados con una cierta idea de «méritos de servicio», ya sea religioso, regio o nobiliario; en el XVIII, el mérito

parecía abandonar la idea del bien común como ocurría anteriormente en la idea de que la posición social de cada persona determinaba su código de valores y los que la sociedad le atribuía. Esta centuria anunciaba que las cualidades naturales ya no derivaban del linaje, sino que permanecían ancladas en cada uno de los individuos.

En los casos vistos, tanto Mandramany, Acevedo o Gómez Barreda, lo que están fijando es un modelo de concepción de la idea de mérito derivada de una práctica de la virtud que legitimaba los privilegios de lo nobiliario como hecho público sustantivo. Se trataba de méritos estáticos en el tiempo y que su explicación se adaptaba a los elementos hegemónicos que el gobierno de la gracia por parte del soberano marcó. Así, a la escala de méritos fijados por la sociedad, los teóricos de la nobleza del XVIII buscaban la forma de racionalizarlos mediante una jerarquía de valores propios y exclusivos del grupo. Esto que afirmamos lo podemos rastrear en una obra que gozó de una escasa recepción, pero que podemos considerar como un punto de llegada argumental sobre alguna de las polémicas de la modernidad como la del ya citado Mandramany.

Quizá, el XVIII peninsular generó en el debate sobre lo nobiliario un modelo de articular qué es ser noble, que estaba muy circunscrito al debilitamiento de una escala de valores que parecían modular los nuevos paradigmas culturales de la Ilustración. Como ha afirmado Sloterdijk, parece que este cambio fue constante y acelerado (Sloterdijk, 2002). Lo cierto es que el XVIII continuó construyendo un discurso legitimador del gobierno de los mejores como principio para la supremacía moral. Quizá ahora esos «mejores» no eran ya únicamente los «hijos de Tubal». Podemos pensar que tanto los textos escritos *ex novo* como aquellos que significaban una recuperación de autores del XVI y del XVIII evidenciaban una cierta utopía sobre lo nobiliario que pretendía superar el itinerario conceptual que mantenía el privilegio de la sangre como elemento central de la legitimación social de la nobleza.

Que sean juristas los encargados de esta acción tiene que ver con la profesionalización de los oficios del honor y, dentro de este proceso, los oficiales heráldicos durante el XVIII comenzaron a perfilar un nuevo discurso sobre la condición de noble que mucho tiene que ver con la tensión que se vive en el XVIII entre la tradición y el cambio. Así, alguno de los marcos normativos sobre el debate de la hidalguía se publicó a finales del siglo, como por ejemplo *Apuntamientos sobre la hidalguía y colección de fórmulas de esta naturaleza*, publicado en Málaga en 1795. Se trataban los asuntos propios de la Chancillería de Granada. Su autor, Antonio Orejón y Haro, colegial de Málaga, buscaba forzar una pedagogía de la práctica normativa sobre los procesos de reconocimiento de hidalguía. Defendía la vigencia de la *Pragmática de Córdoba* de 1492 y la obra de Juan Arce de Otálora y Juan García de Saavedra. El argumento era que la hidalguía era un privilegio y una distinción social que implicaba un conjunto de formas de actitud moral, social y política. En su alegato sobre la pervivencia de determinadas formas normativas del XVI y XVII, aboga por defender la imposibilidad de que los judíos pudieran

alcanzar la hidalguía, pues «porque á la verdad, las qualidades de hidalgo y confeso pugnan entre sí de tal manera, que no pueden reunirse en un propio sujeto y hacer buena comparsa» (Orejón y Haro, 1795: 15). El resto de los argumentos insiste en reforzar el argumento de la utilidad social de la hidalguía y que el modo de adquirirla, como recompensa, derive del ejercicio de oficios honrados, por ello, replantea algunas ideas sobre los oficios mecánicos. Para evidenciar la utilidad de todos estos oficios, recurre al arsenal de historias que la antigüedad le ofrece y el modo en el que estos configuran una suerte de profesiones útiles que merecerían una recompensa (Orejón y Haro, 1795: 19, 27).

3. Continuidad y discontinuidad del debate en torno a la idea de nobleza y algunos protagonistas

Comencemos este penúltimo apartado con una pregunta ¿era la definición tradicional de nobleza un fenómeno pasado de moda en el siglo XVIII? En atención a la recuperación de las obras que aquí vamos a tratar, la respuesta sería claramente un no.

3.1. Antonio Agustín

Es muy conocida la labor de Mayans como erudito y recopilador del pensamiento político, nobiliario y social. Su labor de bibliófilo y editor le llevó a dedicarse a la reedición de la influyente, pero desconocida, obra de Antonio Agustín (1517-1586), obispo que fue de Tarragona y hombre muy influyente en los círculos humanistas de su tiempo. Se titulaba *Diálogos de las armas i linages de la nobleza de España* y Mayans la publicó en Madrid en 1734. Esta obra buscaba recuperar el humanismo y dotar a los intelectuales españoles del XVIII de una dimensión europea a la hora de interpretar lo nobiliario. Erudición al servicio de una polémica. La obra impresa en Madrid presenta en forma de diálogo la vieja polémica quinientista sobre la nobleza, la pureza de sangre y otras formas de interpretación de lo nobiliario. Fue posteriormente traducida al italiano y publicada en el volumen titulado *Antonii Augustini Opera Omnia* (Luca, 1774) y que seguro que ayudó a difundirla entre el mundo de los eruditos europeos.

Esta obra inicial de Agustín no gozó en su tiempo de una traslación impresa, si bien la fama del texto representa un hito en los estudios sobre la heráldica en España y en Europa. Hay un consenso entre los expertos que afirma que la obra del obispo se debe relacionar con la defensa de la tradición clásica (Closa Farrés, 1991: 315). Sin ninguna duda, el tema de la obra de Agustín era ya un tema de preocupación en el XVI, aquella que pretendía explicar el origen de lo heráldico en mundo antiguo. Asunto que transitó hacia el siglo XVII en una búsqueda de una renovación conceptual de la que autores como John Gibbon, Bluemanntle Poursivant, trató en su célebre obra *Introductio ad Latinam Blasoniam, an essay*

to a more correct Blason in Latine than formerly hath been used, publicada en Londres en 1682. Es precisamente esta defensa de la tradición clásica la que queremos destacar en la idea de recuperación de la antigüedad que también implicó el pensamiento político sobre la nobleza en el siglo XVIII.

Como el mismo Mayans informa, la obra está inconclusa, pero su utilidad pública era el motor definitivo que animó al erudito valenciano a su publicación. No olvida el editor que se trataba de un texto de juventud de Antonio Agustín y que recibió alguna crítica en su tiempo al atacar a los nobles de principios del XVI[4]. Es evidente que el interés por recuperar la figura del obispo estaba relacionado con la profunda calidad de su obra heráldico-nobiliaria. Trabajos como su *De Familiis Romanorum*, publicado con posterioridad a 1556, anunciaban ya la profunda erudición y conocimiento y diálogo con el mundo clásico que los textos de Agustín presentaban y que sirvieron a Mayans para actualizar un diálogo con la antigüedad. Si lo heráldico-nobiliario era tema fundamental en el tiempo del clérigo, no lo era menos en el del ilustrado. De tal suerte que el conocimiento y curiosidad que Agustín evidencia en el *íncipit* de la obra, cuando confiesa haberse pasado tiempo de lectura de textos heráldicos (Closa Farrés, 1991: 308), se insertaría dentro de una tradición de la que participaban otros autores nobiliarios como Jerónimo Gudiel.

La primera razón de la oportunidad y practicidad del texto es para Mayans la íntima relación entre la genealogía y la fundación de los mayorazgos. Pero, sin duda alguna, la pretensión última del erudito es significar la importancia del conocimiento de la verdad como imperativo propio de su tiempo. Es notorio que la obra de Agustín expone de forma clara las cuestiones que preocupaban a los europeos del XVI y cómo, en el acervo cultural de lo heráldico-nobiliario, la raigambre clásica era un factor más que notable. La connotación que estos hechos adquieren en el XVIII tiene, a nuestro modo de ver, dos dimensiones: erudición y nacionalismo intelectual. Los españoles ya habían analizado el problema de la heráldica con profundidad y rigor, y esa es la principal razón de la obra de Agustín.

La obra del obispo de Tarragona constituía una celebridad intelectual en su tiempo y Mayans buscaba perpetuar una tradición cultural hispana que incidía en la necesidad de mantener vigentes las claves del discurso sobre el honor, la nobleza y lo heráldico como lenguaje de la excelencia. La nobleza de la nación española es un asunto fundamental para ser tratado de manera especialmente erudita. El tema de la nobleza y el debate sobre lo nobiliario, tan propio de las sociedades bajomedievales y altomodernas, finalizó en el siglo XVIII en una idea de consenso, que, además de lo que hemos visto expresar a Mandramany, podemos resumir en el tópico instalado sobre vincular realidad con verdad. Por ello, cuando Agustín trata sobre el origen y el pasado de las principales familias nobles españolas, su modo de acercarse a ellas es del gusto del bibliófilo Mayans, pues

4. Mayans i Siscar, Gregorio, «Prólogo», en Agustín, 1734: XXXVII.

somete a crítica a las fuentes. Su verdad, la verosimilitud de los argumentos de Agustín, reposaba sobre la continuidad entre la nobleza peninsular y la antigüedad romana. Se redundaba de este modo en un tópico que recorrerá el siglo XVIII en torno a los orígenes romanos de la nobleza y lo nobiliario como representación de la excelencia y la socialización de las virtudes. El escepticismo de Agustín hacia la mitografía nobiliaria es evidente, al anular cualquier veracidad a las atribuciones de armerías a determinados apellidos como abstracción o armas parlantes. En este sentido, el rescate de su obra estaría inserto dentro de los esfuerzos del mundo intelectual del XVIII por superar la decadencia de las ideas en torno a lo nobiliario que tanto perjudicaban la reputación del grupo y sus valores, sobre todo en sus escalones medios y bajos. Debemos valorar en este punto que la recuperación de la obra de Agustín seguía relacionándose con la revitalización que los ilustrados como Mayans querían dar a las obras de autores que vindicasen una racionalización de los elementos propios de la cultura nobiliaria.

Este hecho tendrá su continuidad en la producción discursiva de los reyes de armas. Dos oficiales heráldicos van a ocupar ahora nuestros argumentos. Dos de los que se conserva una producción diferente: Juan de Hoces Sarmiento y Juan Alfonso de Guerra y Sandoval.

3.2. Juan de Hoces y Sarmiento

Uno de los oficiales heráldicos del reinado de Felipe V, Juan Antonio Hoces Sarmiento fue el encargado de realizar dos informes sobre la publicación de dos obras de carácter genealógico-historiográfico sobre la nación de héroes del siglo XVIII. En la primera de ellas, de 21 de mayo de 1735, titulada *Tratado de la Augustissima Casa de Borbón*, vemos su implicación y presencia fundamental dentro del ámbito de los publicistas borbónicos del XVIII. Un años después, repetía argumentos para la obra del mismo autor, *Monarquía Española y Blasón de su Nobleza*, informe que publicó el 28 de octubre de 1736. En su calidad de cronista real de Castilla afirmaba que esta obra, escrita por Juan Félix Francisco de Rivarola y Pineda, no presentaba ningún término que fuese susceptible de la censura. Sin embargo, en su labor como oficial heráldico redactó la obra *Origen ilustre, antigüedad y blasones de los ilustres apellidos de Tendillo, Arce, Marín, Simal y Ximenez cuyos encomios y explendor pertenecen a Don Jospeh Tendillo, Arce Marin*. Este texto, impreso, estaba publicado el 10 de abril de 1726 y, como todos, venía sellado con las armas del rey de armas.

Siguiendo la corriente dominante entre los heraldistas europeos, Hoces abandona la mitografía y se centra en las citas de autoridad referencial para los teóricos y juristas de su tiempo. Participa de la opinión general sobre la idea de nobleza como una reserva de vida activa. Por ello, afirma al inicio del certificado: «Alabar a vn sujeto de que tiene buena sangre (dezia el Principe de los Philosofos) es aplaudir a sus Ascendientes» (Hoces Sarmiento, 1721: s/f). Esta cita tiene que ver

con la recepción de Séneca en el siglo XVIII. Pero junto con el filósofo nacional, la cita de autoridad es Tiraquello (1549), que afirmaba que la nobleza más lustrosa es la heredada. La influencia del jurista francés fue fundamental en la tratadística nobiliaria europea de su tiempo, como una suerte de la notable influencia del humanismo jurídico galo. Junto a la obra de este, aparece citado el castellano Juan García de Saavedra (1597), verdadero referente intelectual en la tratadística nobiliaria castellana dado su conocimiento de los procesos de hidalguía.

Como elemento central de la condición nobiliaria, la hidalguía como valor es recuperada y validada como evidente manifestación de una continuidad familiar vinculada al servicio al soberano. Estos argumentos estaban reforzados con la cita de autoridad de historiadores como Prudencio de Sandoval, Esteban de Garibay o Jerónimo Zurita e ilustres nobilistas como el Conde don Pedro o Juan Argote de Molina, autores que veremos también en la producción heráldica de Guerra y Sandoval.

La narración sobre la legitimidad de los diferentes apellidos se basa en una búsqueda de los factos y el modo en que estos se pueden justificar con legislación, costumbre o la gracia del soberano. Así, tomando nuevamente a Séneca, afirma que «nadie nace bueno, y que es preciso que la virtud se aprehenda: *nemo est casu bonus, dicenda virtus est*» (Hoces, 1726: f. 9r.). Esta idea estaba reforzada con la alusión al jurista Diego Pérez de Salamanca (1574), cuando defendía la idea de la transmisión de las cualidades, y de que existe la posibilidad de seguir el claro origen de un linaje. El nexo común de toda la argumentación de Hoces sobre los diferentes apellidos es el servicio al soberano. Para ello también recurre a la labor de sus antecesores en el oficio de rey de armas, siendo Juan de Mendoza uno de ellos, al que cita por sus minutas heráldicas, «[…] según afirma el citado Don Juan de Mendoza al fol. 370 de sus Listas […]» (Hoces, 1726: f. 10r.). Otro autor muy referido es Garci Alonso de Torres, que fue celebrado escritor y regidor de Sahagún[5].

El texto de Hoces afirma que «Los blasones, que celebran la fama, no son triunfos de la Naturaleza, suelen sí (las más veces) ser esmeros del valor. La vida que se consagra a los afanes de la honra nace a perpetuas glorias del aplauso» (Hoces, 1726: f. 12r.). Incide este argumento en que lo heráldico es una señal de virtud, sobre todo por el modo de glosar un blasón, esa suerte de écfrasis al narrar el escudo de Marín y que repite adaptado a los de Simal y Xímenez. Lo que los oficiales heráldicos deben evidenciar es que los blasones y su exégesis adaptaba una forma de reconocimiento que igualaba asuntos como el tiempo, el ingenio, los esfuerzos y las virtudes propias que eran una forma bipolar de cualidades personales y heredadas. Hoces lo explica en su descripción de los blasones de los apellidos citados:

5. La obra en cuestión puede ser *Espejo de nobles*, de Garci Alonso de Torres (BNE, Mss./11423).

MARÍN	SIMAL	XIMÉNEZ
El campo primero de este Noble Escudo (que en Armería llamamos Gules) y comúnmente Rojo, representa al Fuego el más puro de los quatro elementos, denota el Ardor Noble de los Varones de este Linage y la mucha Sangre que en servicio de sus Reyes han vertido. / El castillo denota la fortaleza y valor con que constantes han tolerado los riesgos. / El León representa el arrojo y temeridad con que han acometido noblemente leales, haciendo desprecio de los peligros y abandonando los temores. / El luzero manifiesta la luzida Naturaleza de este Linage y el claro proceder de sus Ilustres Varones. / El campo de Plata (que corresponde a el Apellido de Arce) acredita la limpieza, y nobleza de esta Familia, la lealtad y Constancia de sus Ilustres Varones. / Las Flores de Lis acreditan los floridos plausibles hechos de sus Varones Ilustres. / Los Escaques de la Orla, denotan las repetidas ocasiones, en que à precio de su sangre han expuesto las vidas en servicio de sus Reyes.	El noble campo de este escudo, es el más calificante del Lustre del linaje que le vsa en sus armas no solo por simbolizar al Sol, padre de las Luzes, sino por ser Ley Aráldica, y precepto de Armería, el que solo puedan traerle en sus Escudos Familias calificadas, y Nobles de Sangre, por representar la Nobleza y lealtad, constancia y valor de sus varones. / El Sautor o Aspa, que ocupa la parte superior de este escudo acredita averse hallado algún ascendiente de este linaje en la célebre y gloriosa Batalla de las Navas de Tolosa, que por averse ganado día del Apostol San Andrés del año 1227, se presenta con el Aspa, epígrafe glorioso de su Martyrio. / Las tres Faxas del Campo inferior denotan los triunfos con igual valor han conseguido los Varones de esta familia. / La Orla de gules (que asi llamamos en Araldico estilo al color rojo) denota y acredita mucha sangre, que vertieron los Varones de este Linage en la sacra y Venerada Batalla de Clavijo el año de 825, logrando la gloria militar, baxo las órdenes del mayor General y superior a los más grandes, Santiago, lo qual representan las Veneras, o conchas que ocupan la Cinta u orla.	De color Gules (Y su Araldica representación) se habló en el Corolario de las Armas del Apellido Tendillo. También en el mismo Corolario se habla del Castillo, Las Tres cabeças de Jabalies sobre que el Castillo de estas Armas se Afixa, denota el aver minado algún varón de este linaje alguna Fortaleza a impulso de su valor y para aplauso y gloria de su soberano. / La cinta en que están las letras del Blasón, Simal, *le Será mejor le venci*, se aumentaron por orden del expresado Rey, por el glorioso epígrafe de aquel triunfo (Alonso, s. f.: f. 15v.).

Tabla de elaboración personal a partir de Hoces, 1726: ff.12r.-15v.

Las virtudes se convierten en esta écfrasis que evidencia el paralelismo entre la literatura y lo visual. En este caso, el oficial Hoces expresa el modo en el que la heráldica era una pintura de acción. Por todo ello, si tomamos la écfrasis como una descripción literaria de una obra, tal y como lo afirmaba Krieger en su explicación del escudo de Aquiles que creó Hefaistos (Krieger, 1992: XVI-XVII), podemos afirmar que lo heráldico era tomado como una forma de representación de la *vita activa*. Se enfatiza en esta descripción de Hoces la continuidad en la patrimonialización de los valores propios de lo nobiliario y su necesidad de ser presentados como una historia, un *exemplum* narrativo de los héroes de la monarquía. Se trata, como vemos, de un marco interpretativo sobre el sistema del honor que vincula los actos individuales con los de los antepasados. Un modo de entender que el tiempo revela la verdad como un hecho indubitable.

Todos estos autores, igual que ocurría con Antonio Agustín, encontraron en el mundo romano un arsenal de argumentos para reforzar los valores propios del grupo nobiliario en su utilidad social. Al ya mencionado Séneca, debemos unir autores como Plutarco, cuando, según Hoces, defendía que «La circunstancia más calificante, y la que más acredita el Explendor de un Linage es el anhelo y estímulo con que los Varones de él solícitos y aplicados a las operaciones laudables, desprecian los peligros y se arrojan a los riesgos […]» (Hoces, 1726: 12v.). La constancia y la utilidad social de practicarla vincularía este argumento con el que hemos visto en Mandramany. Sin embargo, el elemento más central que dota a esta obra de Hoces de ser considerada como un tratado de nobleza lo encontramos cuando llega al apellido Ximénez y aborda el siempre complejo asunto de las tres noblezas. Analicemos este punto como una dimensión novedosa en la producción discursiva de los reyes de armas y que, sin ninguna duda, debemos relacionar con la profesionalización de los oficios del honor que venimos indicando en los párrafos precedentes.

Hoces, heredero de la teoría nobiliaria anterior, insiste en recordar en las páginas siguientes la compleja conceptualización de las diferentes noblezas. Habla de la nobleza teológica, la natural secundaria o moral y la última de ellas, la denominada civil o política. Para este argumento, recurre a la autoridad de Jacobo Tapia de Aldana (1588). que era un autor muy frecuente entre los teóricos de la nobleza durante el siglo XVII. Para Hoces, la nobleza civil o política era aquella que derivaba de la autoridad regia. Nos encontramos, sin ninguna duda, ante una recepción de Bártolo: «Nobilitas est qualitas, per Principatum tenentem illata, qua quis vltra honestos pleveios, aceptos o stenditur» (Hoces, 1721: f. 16r.) y su notable influencia en la tratadística castellana más allá de su cardinal rechazo por parte de Mexía durante las últimas décadas del XV. El modo en el que es tratada la definición de nobleza por Hoces recoge la tradición discursiva europea de su tiempo y, sobre todo, la castellana, al resumir que el valor, prestigio y condición de excelente de un apellido se basaba en la mezcla de la idea de nobleza como un valor moral y la indudable necesidad de ejercicio de la virtud como demostración de las calidades personales. Los requisitos del honor serían, por lo tanto, la

combinación de lo moral y lo heroico dentro de los límites del bien y utilidades públicas demostradas por los largos servicios.

3.3. Juan Alfonso de Guerra y Sandoval

Otro evidente ejemplo de la paulatina profesionalización y racionalización de los oficios del honor, que la segunda mitad del XVII y todo el XVIII marcan en la Monarquía y Reino de España, lo podemos encontrar en el modo en el que se redactan las certificaciones de armas de los apellidos por parte de los oficiales heráldicos. En 1724, Guerra y Sandoval certificaba las armerías del apellido Polanco. El documento, como tantos otros, se conserva en la BNE bajo el título *Testimonio que el Rey de Armas Juan Alfonso de Guerra y Sandoval da, de la nobleza de Miguel Polanco y de su linaje*. Se trata de un pergamino, bellamente iluminado y compuesto por 41 folios. Resulta altamente interesante la narrativa de este por lo que de «discurso intelectual» presenta este documento que ahora pasamos a referenciar.

Los elogios a la «Monarquía de España» (Guerra y Sandoval, 1724: s. f.) son el espacio predilecto para recurrir a la autoridad de los miembros de la república de las letras española. Así, podemos encontrar una serie de autores de muy diversa genealogía intelectual que sirven al oficial heráldico como criterio de distinción y legitimación argumentativa. Podemos distinguir tres tipos de fuentes documentales en las que Guerra y Sandoval se basa. En primer lugar, las de orden legislativo, siendo prevalente *Las Partidas*. En un segundo lugar nos encontramos con la autoridad de los historiadores de la Corona. En este grupo, podemos incluir al permanente Esteban de Garibay, y, en tercer lugar, las evidentes referencias a los teóricos de la nobleza y otras autoridades heráldico-nobiliarias.

Sus fuentes eran Juan Suero y Tapia con su obra *Nobiliario* o el también genealogista Texero de Vargas y Sandoval y su texto *Origen y definición de armas y familias*[6]. Otro de los autores más reputados e influyentes de la tratadística nobiliaria fue Jerónimo de Aponte, que también aparece entre las autoridades referenciadas por Guerra y Sandoval para legitimar. El célebre cronista murciano Francisco Cascales y sus *Discursos históricos de la Nobleza de la Ciudad de Murcia* le permiten dotar de erudición urbana a esta certificación (Precioso Izquierdo y Hernández Franco, 2023: 68-74) Además, la obra de Diego de Mendoza *Nobiliario*, que también fue rey de armas, y la de Jorge de Montemayor, al que refiere como autoridad al hablar del linaje de los Barroso junto con el lusitano fray Antonio de Grandau (aunque alude a fray Antonio Brandão, autor y continuador de la obra *Monarchía Lusytana* que inició, en 1597, Bernardo de Brito y que a partir de 1632

6. En la Biblioteca Nacional se conserva un manuscrito que lleva por título *Linajes de Aragón, Castilla, León, Galicia, Cataluña, Navarra y Vizcaya* que perteneció a la Biblioteca de Juan Alfonso de Guerra y Sandoval. BNE, Mss. 12617. *Ibidem*, f. 391.

y hasta 1672 escribió Brandão). Los historiadores sirven a Guerra para vincular las familias y la historia de los apellidos al proyecto monárquico. En este elenco de autores fundamentales no podía faltar Argote de Molina y su inacabada *Nobleza de Andalucía*. Esta obra constituye un verdadero eje argumentativo para las diferentes historias linajistas y gozó de una notable fortuna crítica en el XVIII, quizá influidos por las palabras que autores como Salazar y Castro le dedicaron.

Entre los oficiales heráldicos, que Guerra toma como fuentes de información, podemos destacar, en primer lugar, a Diego Hernández de Mendoza y su texto *Nobiliario de casas y linages, armas y apellidos…*, rey de armas de los Reyes Católicos y Carlos I y que tuvo una notable influencia en los siguientes (Valverde Ogallar, 2002). Igualmente aparece citado un autor del entorno cultural del duque de Villahermosa, don Alonso de Aragón. Nos referimos al cronista Juan Pérez de Vargas, autor de un célebre texto titulado *Nobiliario*[7]. También encontramos a Diego de Urbina, rey de armas de Felipe II y Felipe III y que pertenecía a una familia de pintores de cierto renombre. Juan Baños de Velasco, oficial heráldico, reputado receptor de la obra de Séneca en España (Baños de Velasco, 1670) durante el siglo XVII, pero que además escribió dos obras de carácter genealógico que se conservan en la BNE con los títulos *Árboles genealógicos de Grandes y títulos de España*, escrito en 1650, y otro que llevaba por título *Genealógica verdadera de los Ilustres de España*. En ambos casos, se encuentran en la biblioteca de Guerra y Sandoval. También refiere a su progenitor, Juan Alfonso de Guerra y Villegas, rey de armas de Carlos II y Felipe V. El célebre Juan Francisco de Hita, que era miembro de una familia riojana y regidor de Santo Domingo de la Calzada (Sánchez, 2005), fue nombrado oficial de armas de Felipe IV y es referido por su obra que él titula *Espejo de nobles*. El controvertido Diego Barreiro, rey de armas de Felipe IV, también aparece entre los reseñados, lo que nos hablaría de cómo el oficio fue ganando prestigio a medida que avanzaba la modernidad y la necesidad de una objetivación en todo lo relacionado con lo nobiliario.

Sin embargo, en los argumentos de legitimación usados por Guerra y Villegas no todas las referencias de autoridad se refieren a oficiales heráldicos. En la justificación del apellido Barreiro recurre a la obra de Jerónimo Osorio, «lusitano», y su *Tratado de nobleza*. La obra de Jerónimo Osorio, publicada bajo el título *De nobilitate ciuili*, en 1542, y que gozó de un gran prestigio y difusión, plantea una visión moralizadora de la idea de nobleza como bien moral. Era Osorio un defensor del notable papel central de la nobleza en el juego de la política. Esto se debe al inusitado interés que el fenómeno comenzaba a tener durante el XVI (Prades, 2017: 93). En este caso, Guerra y Villegas se fija en el papel que el luso confiere

7. En la Biblioteca Nacional se conserva un manuscrito con el título *Nobiliario Original de Juan Pérez de Vargas*, BNE, Ms., 3061. Se trata de una obra de dos volúmenes. Igualmente se encuentra un manuscrito que con toda seguridad se trata de una copia del anterior, con el título *Nobiliario de linajes de España*, BNE, Ms. 18468.

a la virtud: «Quanto más adelante más tienen buen linaje, tanto más crezen en su honrra ó en su fidalguía, siendo la razón porque la virtud de los primitivos se va transfiriendo de vnos a otros descendientes» (Guerra y Sandoval, 1724: s/f). Siguen a Osorio el indiscutible *Nobiliario* de Fernán Mexía, para reforzar el argumento de la antigüedad como principio de la indudable nobleza, lo que estaba relacionado con la necesidad de fijar un modelo interpretativo de lo nobiliario de clara raigambre castellana.

Debemos destacar también la cita de Pedro Salazar y Mendoza y su fundamental *Origen de las dignidades seglares de Castilla y León*, Toledo, 1618. Se trataba de un texto con un marcado carácter de gestor de la imagen de los linajes (Gómez Vozmediano y Sánchez Gonzales, 2015: 201). Esta obra gozó de una notable influencia en su tiempo y durante todo el siglo XVIII, sobre todo llegando hasta la obra de Berní i Catalá. El recurso a Salazar y Mendoza está relacionado con legitimar la antigüedad y la vinculación con el servicio de los antepasados del linaje Barroso. Opinión que es reforzada con la pertinente apelación al fundamental *Nobiliario* del Conde don Pedro. Esta obra gozó de dos impresiones durante el siglo XVII. Una de ellas, la más recomendable, corrió a cargo de Juan Bautista Lavanha bajo el título de *Nobiliario de D. Pedro. Conde de Braceos. Hijo del Rey D. Dionis de Portvgal. Ordenado y ilvstrado con notas y indices por Ivan Bavtista Lavanha*, publicado por el impresor Estevan Palomino en Roma. Este cosmógrafo fue comentador del citado nobiliario y unas notas al mismo se conservan en la Biblioteca Nacional[8]. En el siglo XVIII, la autoridad y el reconocimiento de Lavanha como genealogista y cronista estaban más que contrastados, por lo que no resulta sorprendente esta cita.

Para Guerra y Sandoval, como para todos los oficiales heráldicos del XVIII, el pasado ya no es un lugar mítico. Su mirada hacia el pasado es finalista, no opinativa. Buscan en la explicación y justificación de los privilegios la vigencia de un sistema social que siempre premió la lealtad, el servicio y lo racional a la hora de configurar una idea de mérito que se apartase de lo mítico para vincular los hechos de armas a la gran historia de la nación y las dinámicas de sus héroes.

Como contraste y evolución, si nos fijamos en cómo es la narrativa y legitimación de autoridad que un rey de armas realiza en el siglo XVII, vemos que la única cita es la de Aristóteles. Esto lo encontramos en la obra de Juan Francisco de Hita, rey de armas de Felipe IV, en el *Certificado de linajes y armas de los apellidos Bohigues, Gomar, Rechs y Oliver*, dada en Madrid en 1640. Este recurso, muy habitual en la tratadística nobiliaria, no solo evidenciaría la falta de conocimientos del rey de armas, sino que confirmaba cómo este tipo de productos discursivos imponían una narrativa sobre la nobleza basada en argumentos de la tradición y su adaptabilidad a los tiempos. Lo que evidenciaba la permeabilidad de todo lo

8. Este célebre cosmógrafo redactó un texto conocido como *Árboles genealógicos de varias familias*, BNE, Ms. 11499.

nobiliario. En este caso concreto, el estagirita permite al oficial heráldico legitimar la patrimonialización de la virtud como una práctica propia del grupo nobiliario (Hita, 1640: f. 2r.).

El siglo XVIII propiciaba que lo nobiliario y las narrativas, que justificaban y legitimaban unas determinadas armerías y sus usos, debían estar basados en una realidad objetiva, veraz, puesto que el conocimiento de las familias debía ser verosímil, moral y ético. Es un método racional el que permite identificar elementos comunes como herencia, mérito y sangre dentro de los elementos básicos de la tradicional concepción de la nobleza. El debate sobre lo nobiliario pasó de los tribunales regios a los salones de sociabilidad en los que se buscaban soluciones al tradicional abandono de la nobleza de los oficios mecánicos y hacia una explicación de lo nobiliario como modo de explicar la utilidad social de la desigualdad social. Si la nobleza constituía una cualidad asociada a una persona, igualmente esta categoría estaba vinculada a los derechos honoríficos y a sus derechos históricos, por ello, quizá, la reedición de Moreno de Vargas pueda ser explicada.

Para los oficiales heráldicos, las armerías y la posesión de armas era una prueba inequívoca de nobleza. El blasón era un epítome de todas las cualidades heredadas y reconocidas por el soberano. Sobre este particular alguno de los moralistas del XVIII insistía en poner en duda esta circunstancia al dotar al concepto de nobleza de una dimensión moral. Baste citar al benedictino fray Íñigo Gómez Barreda para comprender esta concepción. Para el monje, la nobleza estaba cifrada en una interesante combinación de elementos. Sin duda alguna, se trataba de una conceptualización con un marcado carácter de palimpsesto conceptual. Heráldica, tradición, acción y memoria, refuerzan la necesidad de que la nobleza y su creación sean un hecho activo y útil, como vemos en esta cita:

> De muchos modos se dá a conocer la nobleza la Nobleza, ò por los Escudos de Armas, que se manifiestan, ò por el Empleo, que se possee, ò por el Patrimonio, que se goza: por la más fina y gloriosa, por las Hazañas, que se executan. Nacer hecho Noble, es Memoria; porque todo Nacer es pequeñez: pero hacerse, después de nacido Noble, es Grandeza. (Gómez Barreda, 1772: 210-211)

La obra de fray Íñigo, dedicada a Juan Javier de Goyeneche y Balanza, es un texto de carácter moral que adivina una concepción de la nobleza y lo nobiliario planteada en torno a las cualidades morales que deben blasonar la condición de noble. El noble es un ser mesurado, virtuoso, liberal y contenido. Es una forma de continuación del concepto de *sprezatura* reflejado en un texto de 1772.

Sin duda alguna, el debate sobre las armerías y el papel de estas como écfrasis de lo nobiliario era un lugar común en la literatura de carácter nobiliario. Pero, además, en torno a la posesión de blasones, este mismo autor explica cómo la adopción de unas u otras determinaba una actitud moral. Así lo hace al explicar cómo David reusó las armas de Saúl como timbre de su nobleza, buscando únicamente las suyas propias (Gómez Barreda, 1772: 214), e insistía en un argumento que, por manido, no dejaba de cobrar importancia: «Quien tiene valor para ilustres

hazanas no se contenta con las de sus progenitores; porque revestirse de ellas es vestirse de prestado y mejor talle hacen las propias que las agenas». El problema del mérito personal frente al heredado fue un tema común desde el siglo XV y no solo debemos relacionarlo con la recepción del pensamiento de Bártolo, sino con las formas y estructuras que la propia Monarquía estableció para favorecer fenómenos de ennoblecimiento. El eje de todo el argumento es el control de las virtudes y su práctica. Esto implica que la propia nobleza debía ejercitarse tanto en la paz como en la guerra y que en conjunto la *práxis* de la virtud estaba condicionada por la posesión de estas. Si por herencia el noble debía practicar el buen gobierno *(Eunomia)*, el resto de ellas, la templanza, la liberalidad, la fortaleza o la justicia reiteraban el carácter heroico de cada noble. En el caso de los herederos, era un modo de activar algo intrínseco mientras que, para aquellos que eran recompensados, era la confirmación de un hábito de conducta que redundaba en el bien común. Sería una forma de amor propio que detestaba la idea de fama banal.

Se pretendía superar el conflicto social que durante los siglos XVI y XVII se había generado en torno a categorías como el honor, la nobleza y la fama y que derivaba de la tensión entre opinión-realidad.

4. Conclusiones. Ideales fuera de tiempo

El inusitado optimismo antropológico de los ilustrados convocó a una cierta distopía en torno a una nueva valorización de la nobleza que culminó en el siglo XIX en una verdadera revolución del mérito como valor. El término meritocracia fue definido por primera vez en la obra de Michael Young *The Rise of Meritocracy*, que se publicó en 1958, e insistía en la idea de que el mérito era una forma concreta de poder, y quizá esto sea una derivada y herencia ilustrada.

El principio rector del concepto de nobleza durante el siglo XVIII intensificó la idea del bien común. Para ello, los intelectuales, eruditos y autoridades heráldico-nobiliarias reforzaron los argumentos que rubricaban una jerarquía de méritos y su prevalencia. Ello constituía una defensa de la tradición para evitar que un valor social tan elocuente como el honor y la práctica de la virtud mantuvieran una coherencia. Por todo ello, quizá la nueva edición de la obra de Bernabé Moreno de Vargas sea el mejor epílogo a este trabajo que aquí presentamos.

Como fase final de nuestro argumento, queremos dedicar unas líneas a un hecho libresco muy ilustrado y que, al igual que ocurrió con el ya citado Antonio Agustín, vincula la Ilustración con el Barroco. Hay que tener en cuenta cómo por Real Cédula de 18 de marzo de 1783 se declaraban honestas todas las profesiones y que habilitaban para poder alcanzar un título nobiliario (*Novísima*, VI,1,21), si bien, las noblezas buscaron defender sus posiciones mediante el mantenimiento de los mayorazgos y otros privilegios.

El Consejo de Castilla recibía un memorial en 1794, presentado por Manuel de Vallugera, para la reimpresión de la obra de Bernabé Moreno de Vargas *Discursos*

de la nobleza de España, insistiendo en que «la instrucción de ellos es mui útil a toda clase de personas con el fin de hacerla común» (AHN, Consejos, leg. 5560, exp. 5). El recurso a la utilidad pública por parte del editor no deja de ser un formulismo apelativo para dotar a su petición de una mayor capacidad de influencia, pero, intentado mirar algo más allá, podemos pensar en la permanencia que el conocimiento sobre el tema de la excelencia, el mérito y sus variantes discursivas se tornaba asunto central en la sociedad castellana durante la Edad Moderna. Además, la elección de la obra de Moreno de Vargas remite a determinados espacios de exaltación que lo nobiliario irá a experimentar a lo largo del siglo XVIII y sobre todo en el XIX. Se concedió el permiso de impresión en fecha del 20 de noviembre de 1794 (AHN, Consejos, libro 2716, 309v.). La obra se imprimió gracias a una captación pública de fondos. Estaba basada en la edición de los *Discursos* que se publicó en Madrid en 1636 y que presentaba algunas mejoras respecto a la primera de 1622. Entre los subscriptores debemos destacar al duque de Alba y Félix de Rújula, rey de armas en ese momento.

Debemos concluir que, respecto a lo nobiliario, la construcción de la modernidad comenzó en Castilla en el siglo XVI al socaire de los pensadores de la Escuela de Salamanca, los primeros modernos como Juan Huarte de San Juan, de autores nobiliarios como Bernabé Moreno de Vargas y de las preocupaciones de una Monarquía con extensas posibilidades de gestión del honor. El siglo XVIII significó una adaptación y evidenció cómo el término excelencia continuaba vinculado a valores como los reflejados en el concepto de virtud.

Pese a los debates intelectuales mantenidos desde el seno de instituciones como la RAH o las polémicas entre intelectuales de todo signo, el debate sobre lo nobiliario mantuvo una pulsión homogénea en el seno de la sociedad, pues tanto los sistema de probanzas de nobleza como los reconocimientos de armerías y la concesión de títulos continuaron premiando una forma notoria de premiar la virtud para mantener el ideal clásico *nobilitas sola est atque única, virtus,* como, en términos generales, venía a vindicar la obra de Moreno de Vargas y su útil reimpresión en un periodo de creciente proceso de alfabetización.

5. Bibliografía

5.1. Fuentes archivísticas y manuscritas

Alonso de Torres, Garci, *Espejo de nobles*, BNE, Mss./11423.
AHN, Consejos, leg. 5560, exp. 5.
AHN, Consejos, libro 2716.
Baños de Velasco y Azevedo, Juan, *Árboles genealógicos de Grandes y títulos de España*, BNE, 11662.
Baños de Velasco y Azevedo, Juan, *Genealogía verdadera de los ilustres de España*, BNE, 11658.

Baños de Velasco y Azevedo, Juan (1670), *L. Anneo Séneca ilustrado en blasones políticos y morales y su impugnador de sí mismo*, Madrid.
Guerra y Sandoval, Juan Alfonso de (1724), *Testimonio que el Rey de Armas Juan Alfonso de Guerra y Sandoval de la nobleza de Miguel Polanco y de su linaje*, Madrid, BNE.
Hita, Juan Francisco de, *Certificado de linajes y armas de los apellidos Bohigues, Gomar, Rechs y Oliver*, Madrid, 1640, BNE, Ms. 11866.
Hoces Sarmiento, Juan de, *Origen ilustre antigüedad y blasones de los ilustres apellidos de Tendillo, Arce, Marín, Simal y Ximenez cuyos encomios y explendor pertenecen a Don Jospeh Tendillo, Arce Marin*, Madrid, 1721.
Lavanha, Juan Bautista, *Árboles genealógicos de varias familias*, BNE, Ms. 11499.
Pérez de Vargas, Juan, *Nobiliario de linajes de España*, BNE, Ms. 18468.
Pérez de Vargas, Juan, *Nobiliario Original de Juan Pérez de Vargas*, BNE, Ms. 3061.

5.2. Fuentes bibliográficas

Acevedo, Alonso María de (1731), *Máximas políticas, económicas y singulares deducidas de diferentes reglas y preceptos para conservación y augmento de la nobleza*, Sevilla: Juan Francisco Blas de Quesada.
Agustín, Antonio (1734), *Diálogos de las armas i linages de la nobleza de España*, Madrid: Juan de Zúñiga.
Baños de Velasco y Azevedo, Juan, L. (1670), *Anneo Séneca ilustrado en blasones políticos y morales y su impugnador de sí mismo*, Madrid.
Cairasco de Figueroa, Bartolomé (1602-1603), *Templo militante, triumphos de virtudes, festiuidades y vidas de Santos […] compuesto por Bartolomé Cayrasco de Figueroa; primera y segunda parte*, Valladolid: Luys Sánchez.
Fastos de la Academia Real de la Historia (1739), Madrid: Antonio Sanz.
García de Saavedra, Juan (1597), *Tractatus de hispanorum nobilitate et exemptione sive ad pracmaticam cordvbensem, que est l. 8, tít. 11. li. 2 noux recopillat*, Alcalá de Henares: a costa de Juan de Sarria.
Gómez Barreda, Fray (O. S. B.) (1772), *El ayo de la nobleza, y el noble instruido en su infancia y político en la corte sin faltar a la Virtud*, Salamanca: Antonio Villagordo.
Mandramany Calatayud, Mariano (1790), *Discurso sobre la nobleza de las armas y las letras*, Madrid: Benito Cano.
Mayans, Gregorio (1752), *Dissertatio qua Sacra Themidis Hispanae Arcana, et Bibliotheca Hispana historico-genealogico-heraldica vero suo auctori, Jo. Lucae Cortesio, vindicantur, simul plagium demonstratur Ger. Ernesti Franckenau*, Madrid.
Moreno de Vargas, Bernabé (1622), *Discursos de la nobleza de España*, Madrid.
Nobiliario de D. Pedro. Conde de Braceos. Hijo del Rey D: Dionis de Portvgal. Ordenado y ilvstrado con notas y indices por Ivan Bavtista Lavanha, Roma: Estevan palomino, 1640.
Orejón y Haro, Antonio (1795), *Apuntamientos sobre la hidalguía y colección de fórmulas de esta naturaleza*, Málaga.
Pérez de Salamanca, Diego (1574), *Commentaria in quatuor posteriores libros Ordinationum Regni Castellae. Salmanticae: in aedibus Dominici a Portonarijs…*, expensis Vincentij a Portinarijs.
Pérez y López, Antonio Xavier (1781), *Discurso sobre la honra y la deshonra legal en el que se manifiesta el verdadero mérito de la nobleza de sangre*, Madrid.

Rodríguez de Campomanes, Pedro (1775), *Discurso sobre la educación popular de los artesanos y su fomento*, Madrid: Antonio de Sancha.
Salazar y Mendoza, Pedro (1618), *Origen de las dignidades seglares de Castilla y León*, Diego Rodríguez Valdiuielso, Toledo.
Tapia, Diego de (O. S. A.), 1588, *Dialogus de triplici bono et vera hominis nobilitate, qui Philemon inscribitur Iacobo Tapia Aldana authore…*, Salmanticae: excudebat Cornelius Bonardus.
Tiraquellus, André (1549), *De nobilitate et jure primogenitorum*, Paris: Jean Gemet apud Jacques Kerver.

5.3. Bibliografía

Aguilar Piñal, Francisco (1991), «Alonso María Acevedo, un sevillano ilustre del siglo XVIII», *Archivo Hispalense: Revista Histórica, Literaria y Artística*, 74(225), pp. 39-50.
Alfonso Mola, Marina y Martínez Shaw, Carlos (2000-2001), «Los elogios de Felipe V de 1779», *Trocadero*, 12-13, pp. 43-54.
Álvarez Barrientos, Joaquín (2021), «Guerras de los sabios, polémicas y nación española en el siglo XVIII. Un ensayo», *Dieciocho*, Anejo 8.
Anes y Álvarez de Castrillón, Gonzalo (2009), «Enciclopedismo en España antes de *L'Enyclopedie* de Diderot y D'Alembert», en Alfredo Alvar Ezquerra (coord.), *Las enciclopedias en España antes de l'Enciclopédie*, Madrid: CSIC, pp. 19-64.
Aragón Mateos, Santiago (1989), «La nobleza narcisista. Ideología nobiliaria en la España de la ilustración», *Meláng̀es de la Casa de Velázquez*, 25, pp. 279-301.
Benavent Montolin, Jorge F. (1998), «Gregorio Mayans y el hispanismo alemán en el siglo XVIII», *Saitabi*, 48, pp. 27-50.
Ceballos-Escalera y Gila, Alfonso de (2016), *La Real y Distinguida Orden Española de Carlos III*, Madrid: FNMT-Real Casa de la Moneda.
Choza Armenta, Jacinto (1998), *El concepto del honor en el siglo XVIII español*, Sevilla (Tesis doctoral).
Closa Farrés, Josep (1991), «La heráldica clásica griega y romana de D. Antonio Agustín a Sir Edward Gibbon», *Minerva. Revista de Filología Clásica*, 5, pp. 305-316.
Escudero, José Antonio (2000), «Tríptico escandinavo (en recuerdo de Gunnar Tilander)», *Anuario del Derecho Español*, pp. 425-448.
Felices de la Fuente, María del Mar (2010), «La Cámara de Castilla, el rey y la creación de títulos nobiliarios en la primera mitad del siglo XVIII», *Hispania*, 70, pp. 661-686.
Felices de la Fuente, María del Mar (2012), *La nueva nobleza titulada de España y América en el siglo XVIII (1701-1746). Entre el mérito y la venalidad*, Almería: Universidad de Almería.
Felices de la Fuente, María del Mar (2016), «La nobleza titulada en tiempos de Felipe V. Un balance historiográfico», *Revista de Historiografía (RevHisto)*, 24.
Fernández Albaladejo, Pablo (2002), «Dinastía y comunidad política: el momento de la patria», en Pablo Fernández Albaladejo, *Los Borbones. Dinastía y memoria de nación en la España del siglo XVIII*, Madrid: Marcial Pons, pp. 485-532.
Friedrich, Markus (2023), *The Maker of Pedigrees: Jakob Wilhelm Imhoff and the Meanings of Genealogy in Early Modern Europe*, Baltimore: Johns Hopkins University Press.

García Cívico, Jesús (2007), «La idea de mérito en la Antigüedad griega», *THÉMATA. Revista de Filosofía*, 55, pp. 219-248.

Gómez Vozmediano, Miguel F. y Sánchez González, Ramón (2015), «Pedro Salazar de Mendoza (1549-1629). Cronista nobiliario y bruñidor de linajes», *Tiempos Modernos. Revista Electrónica de Historia Moderna*, 8(31), pp. 393-422.

González Fuertes, Manuel Amador (2022), *La Cámara de Castilla y la magistratura borbónica castellana*, UCM (Tesis doctoral).

Guillamón Álvarez, Francisco J. (1981), *Honor y Honra en la España del siglo XVIII*, Tesis Doctoral, UCM, Madrid.

Jaeger, Werner (1996), *Paideia. Los ideales de la cultura griega*, México: FCE.

Krieger, Murray (1992), *Ekphrasis. The Illusion of the Natural Sign*, Baltimore/London: The John Hopkins University Press.

Nicolás Sánchez, Andrés J. (2005), «Noticias sobre el Oficio de Rey de Armas por Juan Francisco de Hita», *Revista Hidalguía*, 308, pp. 9-14.

Prades Vilar, Mario (2017), «La reivindicación del catolicismo militante en el antimaquiavelismo ibérico del siglo XVI. El *De nobilitate christiana* (1542) de Jerónimo Osorio», *RIRA*, II(1), pp. 81-119.

Precioso Izquierdo, Francisco (2018a), «Jerarquía nobiliaria e idea de nobleza en la España de mediados del siglo XVIII: el discurso de José Antonio de Abreu en la Real Academia Española (1748)», en José Ignacio Fortea Pérez *et al*. (coords.), *Monarquías en conflicto. Linajes y nobleza en la articulación de la Monarquía Hispánica*, Madrid: Universidad de Cantabria-FEHM, pp. 1017-1028.

Precioso Izquierdo, Francisco (2018b), «Un problema académico: la idea de nobleza en la primera mitad del siglo XVIII. Los discursos de Pedro Scotti y José Antonio de Abreu en la Real Academia Española», *Hispanic Research Journal*, 19(4), 345-360. https://doi.org/10.1080/14682737.2018.1492629

Precioso Izquierdo, Francisco y Hernández Franco, Juan (2023), «Un noble para la Ciudad de Murcia: La idea de nobleza en los *Discursos históricos de Francisco Cascales*», en *Francisco Cascales: Discurso y método para la historia* [Exposición], Murcia, pp. 68-74.

Sánchez Blanco, Francisco (2002), «Dinastía y política cultural», en Pablo Fernández Albaladejo, *Los Borbones. Dinastía y memoria de nación en la España del siglo XVIII*, Madrid: Marcial Pons, pp. 569-596.

Sloterdijk, Peter (2002), *El desprecio de las masas. Ensayo sobre las luchas culturales de la sociedad moderna*, Valencia: Pre-Textos.

Tobío Sala, Ana (2012), «El tema de la nobleza en las *Cartas Marruecas* de José Cadalso», en *Lea-Lingue e letterature d'Oriente e d'Occidente*, vol. I, n.º 1, pp. 341-360.

Thompson, Ernest P. (1979), *Tradición, revuelta y conciencia de clase. Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial*, Barcelona: Crítica.

Valverde Ogallar, Pedro (2002), *Manuscritos y heráldica en el tránsito a la modernidad: el libro de armería de Diego Hernández e Mendoza*, UCM, Madrid (Tesis doctoral).

ISSN: 1576-7914 - e-ISSN: 2341-1902
DOI: https://dx.doi.org/10.14201/cuadieci2025265583

PARENTÉ, TRANSMISSION ET DEVENIR SOCIAL DES MAISONS DE LA MOYENNE NOBLESSE FRANÇAISE AU XVIII[E] SIÈCLE. L'EXEMPLE DES FAUDOAS DE SÉRILLAC

Kinship, Transmission and the Social Transformation of the Houses of the French Middle Nobility in the Eighteenth Century. The Example of the Faudoas de Sérillac

Élie HADDAD
CNRS (CRH-RHiSoP, EHESS/CNRS)
elie.haddad@ehess.fr

Fecha de recepción: 28/06/2024
Fecha de aceptación: 23/09/2024

ABSTRACT: Through the example of the Faudoas family, who settled in Maine at the end of the sixteenth century, this article examines some of the consequences for the provincial military middle nobility of changes in the concept of noble kinship. The «house», which referred to a complex of ideal and material possessions united under a name that was generally that of a seigneury, all of which was transmitted in a direct line, including female line in the absence of a male heir, became synonymous with patrilineage. This was accompanied by changes in inheritance practices as well as in ways of conceiving the past and the links between the different branches of these patrilineal houses. The Faudoas of Maine shed light on the social discontinuities that appeared within the second order, masked by an apparent continuity in military careers. It also higlights the importance of the patrilineal ideology and the forms of transmission that it inspired, as well as on its limitations in the real lives of noble families and in the way they represented themselves.

Key words: nobility; France; eighteenth century; kinship; patrilineage; social history; genealogy.

RÉSUMÉ: À partir de l'exemple de la famille Faudoas, établie dans le Maine à la fin du XVI[e] siècle, cet article analyse certaines des conséquences qu'eurent les

transformations de la notion de parenté nobiliaire sur la moyenne noblesse militaire provinciale au XVIII[e] siècle. La « maison », entendue comme un ensemble complexe de biens matériels et symboliques unifiés sous un nom – le plus souvent celui d'une seigneurie – et transmise en ligne directe, y compris en ligne féminine en l'absence d'héritier mâle, tendit progressivement à se confondre avec le patrilignage. Cette évolution s'accompagna de modifications notables dans les pratiques successorales, ainsi que dans les manières de penser le passé et les relations entre les différentes branches de ces maisons désormais perçues comme patrilinéaires. Le cas des Faudoas du Maine met en évidence les discontinuités sociales survenues au sein du second ordre, masquées par une apparente continuité des trajectoires militaires; il permet également de mesurer le poids de l'idéologie patrilinéaire et des logiques de transmission qu'elle inspira, tout en révélant les limites de ce modèle dans la réalité vécue des familles nobles et dans leurs représentations d'elles-mêmes.

Mots clés: noblesse; France; dix-huitième siècle; parenté; patrilignage; histoire sociale; généalogie.

1. Introduction

En 1688 était publiée à Paris une *Histoire généalogique de la maison de Faudoas en Guyenne. En suite celle des Branches qui en descendent en ligne droite & masculine*[1]. Quoique paru anonymement, nous savons que cet ouvrage de 76 pages fut écrit par un jeune membre de cette «maison», Jean-Louis de Faudoas, dit l'abbé de Séguenville (1660-1732). Dans l'une des séries du Cabinet des titres de la Bibliothèque nationale de France, qui comprend les collections constituées par les généalogistes des Ordres du roi et les juges d'armes de France à l'occasion de leur activité de vérification des preuves de noblesse, on trouve une généalogie manuscrite conforme à celle imprimée. En tête, écrit de la main de Charles-René d'Hozier, juge d'arme de France à la fin du XVII[e] et au début du XVIII[e] siècle, figure comme titre:

> Genealogie de la maison de Faudoas en Gascogne dressée sur titres, chartes, histoires, et autres preuves, dont la plus part sont tirées des Archives du Château de Faudoas, des abbayes de Grandselve et de Belleperche, dont les seigneurs de Faudoas ont été les principaux bienfaiteurs, dressée par Jean Louis de Faudoas abé de Seguenville qui me l'a donnée au mois de juin de l'an 1690[2].

Une note en marge précise que c'est celle qui a été imprimée en 1688. Elle est accompagnée des «Titres servans à la preuve de la genealogie de la maison de

1. *Histoire généalogique de la Maison de Faudoas en Guyenne. En suite celle des Branches qui en descendent en Ligne droite & masculine. Recueillie de plusieurs Histoires, manuscrites & imprimées, Chartes d'Eglises, & des Titres publics & particuliers*, Paris: Nicolas Mazuel, 1688.

2. BNF, Cabinet de d'Hozier (Cab. H.) 135, dossier Faudoas, f. 53. Dans les Dossiers Bleus (DB), on trouve la même généalogie qui est dite «dressée par Louis de Faudoas dit l'Abé de Seguenville». BNF, DB 261, dossier Faudoas, f. 4.

Faudoas copiés par l'abé de Seguenville Faudoas et qu'il m'a donnés au mois de septembre 1699» (BNF, Cab. H. 135, dossier Faudoas, f. 12). Une lettre du religieux à D'Hozier, conservée dans les Dossiers Bleus du même Cabinet des titres, indique:

> Voilà, Monsieur, une table généalogique de la maison de Faudoas tres fidelle, mais fort abregée. Elle a esté faite sur les originaux que j'ay mis tres-longtems entre les mains de Mr du Fourny. Je vous envoie encore quelques extraits de la Branche ainée, il manque un premier cayer, pour ceux d'Avensac et de Seguenville, je ne me suis point avisé de retirer de chés Mr du Fourny. Il vous les communiquera avec plaisir […]. (BNF, DB 261, dossier Faudoas, f. 69)

Une «Table genealogique de la maison de Faudoas en Guienne dressée sur les titres originaux par Mr du Fourny auditeur des comptes» accompagne en effet la lettre. En marge, il est précisé par D'Hozier (c'est son écriture): «donné par l'Abé de Seguenville Faudoas au mois de septembre 1699» (BNF, DB 261, dossier Faudoas, f. 66). Vingt-cinq plus tard, trente-cinq ans après la publication de 1688, le même abbé fit paraître, toujours anonymement, une version largement augmentée de son *Histoire généalogique de la maison de Faudoas*, cette fois à Montauban[3]. Ses 256 pages furent donc le fruit d'un labeur qui courut durant des décennies.

Un tel investissement dans le travail généalogique, loin d'être isolé dans la noblesse de cette époque, avait évidemment une signification et une importance aux yeux de ceux qui s'y attelaient. Si ces histoires de maisons prennent exemple sur celles réalisées au début du XVII[e] siècle par André Du Chesne qui en a fourni le principal modèle (Poncet, 2014), elles appartiennent surtout, comme on le voit dans les échanges avec D'Hozier, à la séquence ouverte par les recherches de noblesse sous Louis XIV (Meyer, 1985; Pietri, 2009). Débutées dans les années 1660, elles se poursuivent dans les décennies suivantes. En outre, l'obtention de certaines places ou de certains honneurs est soumise à vérification des preuves de noblesse (Defauconprêt, 1999). Celles-ci sont toujours demandées en ligne purement masculine, selon le mode de transmission de la qualité nobiliaire dans le royaume de France, qui compte en degrés de noblesse et non en quartiers. Les enquêtes des années 1660 avaient fixé comme date de présomption de noblesse l'année 1560, au-delà de laquelle il n'était pas nécessaire de prouver l'appartenance de ses ancêtres au second ordre. Mais le soupçon portait cependant sur les prétentions nobiliaires des uns et des autres, et sur une éventuelle «usurpation» par un ancêtre, et ce alors que l'ancienneté devenait un critère central de distinction entre les familles nobles (Ruggiu, 2002). Publier

3. *Histoire genealogique de la Maison de Faudoas. Dressée sur les Titres originaux des Archives de cette Famille, sur les Registres des Chartres du Roy, du Parlement, de la Chambre des Comptes de Paris, de la Tresorerie de Montauban, & sur les Cartulaires des Abbayes d'Uzerche, de Grandselve, & de Belle-Perche, & autres Actes & Memoires recuüeillis par M. du Fourny, Auditeur en la Chambre des Comptes de Paris, & mis en lumiere par un de ses amis*, Montauban: F. Descaussat, 1724. Comme on l'a vu, l'abbé avait de longue date eu recours à cet auditeur des Comptes pour l'aider dans sa quête de preuves documentaires.

une généalogie de sa maison était alors une manière d'afficher la grandeur et l'ancienneté de celle-ci.

Comme l'indique le titre de l'ouvrage de 1688, ces histoires généalogiques suivent les branches des maisons en ligne masculine. Elles créent ainsi un artefact, le patrilignage, appelé «maison», en lui conférant une unité liée au patronyme, qui se subdivise en différentes branches, lesquelles, par leur origine commune, partagent une identité, quand bien même elles n'ont souvent plus aucune relation entre elles. Cette manière de concevoir le groupe de parenté noble est très différente de celle qui avait cours au XVI[e] siècle, période durant laquelle la notion de «maison» était associée non pas au patronyme, mais à une seigneurie identitaire qui donnait son nom à un groupe de descendance possesseur de la terre en question. La «maison» ne correspondait pas au patrilignage et pouvait même s'en autonomiser. L'importance de cette identité fondée sur la possession seigneuriale faisait qu'en cas de descendance uniquement féminine, la «maison» se perpétuait le plus souvent par le relèvement du nom et des armes de l'héritière par son époux ou par l'un de leurs enfants, parfois par transmission collatérale à un neveu, y compris utérin (Haddad, 2014).

L'évolution du sens social du mot «maison» ne fut pas liée qu'à des changements dans les représentations du groupe de parenté noble, mais aussi dans les pratiques de transmission; il procéda de transformations sociales et politiques dans l'ordre des pouvoirs sous l'action combinée de politiques monarchiques et nobiliaires, de conflits dans la définition de la noblesse pour son contrôle, de mouvements de fond affectant le second ordre et les pratiques des familles nobles (Haddad, 2024)[4]. À travers l'exemple des Faudoas de Sérillac, l'une des branches des Faudoas installée dans le Maine à la fin du XVI[e] siècle, cet article s'interroge sur les conséquences de ces changements au cours du XVIII[e] siècle, sur les modalités de la transmission dans cet horizon de pensée patrilignager, sur les éventuelles continuités dans certaines pratiques sociales au sein de la moyenne noblesse provinciale. Par là, il entend contribuer à éclairer un aspect encore peu étudié dans l'historiographie française, celui du devenir social de cette moyenne noblesse provinciale.

2. Continuité et discontinuité sociale

Les Faudoas de Sérillac, originaires de Gascogne, s'étaient installés dans le Maine à la fin du XVI[e] siècle (Figure 1). Ils avaient été précédés par Jean-François de Faudoas, devenu François d'Averton, comte de Belin, après son mariage en 1582 avec l'héritière de la maison d'Averton dont leurs enfants reprirent le nom et les armes (Haddad, 2009), suivant une pratique que l'on retrouve dans de

4. On comparera avec profit la situation française avec la situation espagnole grâce à Hernández Franco et Pérez Raimundo (2014b).

nombreux pays européens à l'époque (Stone, 1986; Gasperoni, 2009; Soria Mesa, 2009; Aguiar, 2023). Dans le sillage de son oncle, François de Faudoas (1568-1650) fut marié en 1592 à Renée de Brie, elle aussi une héritière du Maine. Mais ce mariage ne donna pas lieu à relèvement du nom: le père de Renée, Guillaume, ligueur acharné connu pour ses exactions contre les protestants et les «politiques», fut condamné à mort par le parlement en exil à Tours et la sentence fut exécutée en 1590. Quoique sa veuve, Denise de Billy, ait par la suite œuvré avec succès pour sa réhabilitation, ce qui permit de lever la confiscation des biens paternels[5], il n'était pas possible, en 1592, de relever le nom de Brie. Les clauses du contrat de mariage montrent bien la situation affaiblie dans laquelle se trouvait cette héritière d'une importante maison. Sa mère lui donnait en dot 12 000 livres tournois (lt) à prendre sur la vente de bois lui appartenant. La saisie de tous les biens de Guillaume de Brie ne laissait en effet à la mariée aucune seigneurie de son chef. Son douaire – rente laissée à la veuve en cas de veuvage – de 2 000 lt était garanti par l'oncle et la tante de son futur époux, François et Renée d'Averton, sur leurs possessions foncières. Quant au futur, aîné de la branche aînée, il était marié comme principal héritier avec promesse de recevoir les deux tiers de la succession de ses parents et 2 000 lt de rente assignée sur des terres en avancement d'hoirie[6].

L'implantation dans le Maine fut un succès. La réhabilitation posthume de Guillaume de Brie rétablissait sa fille dans ses possessions ce qui lui permit d'apporter au couple le château de Courteilles avec plusieurs fiefs et métairies, le château de la Motte-Serrant dans le Bas-Maine, vendu en 1621, à quoi s'ajouta, venant de sa mère morte en 1634, la seigneurie de Lonné dans le Perche. Lors du règlement de la succession de ses parents, François vendit sa part des seigneuries en Gascogne à son frère cadet qui poursuivit la branche des Faudoas de Sérillac dans le sud. Une clause lui permettait cependant de conserver le droit de porter lui aussi le nom de Sérillac[7]. En tant qu'aîné, il souhaitait le garder mais ne pouvait en priver son frère possesseur de la seigneurie qui en était la source. Le fruit des ventes des héritages permit au couple d'acquérir un vaste domaine autour de

5. 20 mars 1594, brevet d'Henri IV annulant la condamnation contre le sieur de la Motte-Serrant et sa fille en considération des services rendus par le sieur de Belin et le sieur de Sérillac; septembre 1594, lettres patentes d'Henri IV réhabilitant la mémoire du sieur de la Motte-Serrant et donnant mainlevée de toutes les saisies qui auraient pu être faites en raison de sa condamnation (Ledru, 1908, t. II, pp. 283-284; pp. 285-287). Le parlement n'accepta pas facilement d'être déjugé. Le 23 avril 1602, un arrêt du Grand Conseil cassait la condamnation du parlement afin de rétablir l'héritière de Brie dans ses droits (Archives nationales – désormais AN, V^5 213).

6. BNF, Carrés de d'Hozier (Car. H.) 247, dossier Faudoas, 6 septembre 1592, contrat de mariage Faudoas / Brie (copie sur l'original datée de 1705).

7. AN, Minutier central des notaires parisiens (MC), ét. CVIII 69, 16 avril 1631, vente de la seigneurie de Sérillac. Ce nom leur venait d'une maison maternelle, éteinte lors du mariage de son héritière avec leur grand-père, Olivier de Faudoas.

Courteilles, notamment la seigneurie de Chérancé et la baronnie de Juillé, achetée en 1621 pour 45 500 lt[8].

La réussite de cette implantation dans le Maine se marque aussi dans les alliances des quatre filles du couple avec des membres d'une noblesse locale, un peu inférieure à la leur, selon un système de «chaînes descendantes d'alliés» qui conférait à l'aristocratie des relais dans la «noblesse seconde»[9] et à la noblesse moyenne provinciale un contrôle local (Nassiet, 2000, p. 166). Ainsi, Renée fut mariée à René de Barat, seigneur de Saint-Germain-de-la-Coudre, dans le Perche, Catherine-Marguerite à Hervé Le Court, seigneur de Cérences, près de Coutances, Marie à Philippe de Bonenfant, seigneur de Magny-le-Freule en pays d'Auge, et enfin Françoise à Regnaud de Bellemare, seigneur de Valhébert dans le bailliage d'Évreux[10]. Quant au fils aîné, Jean III (1600-1679), seul garçon marié, il épousa en 1636 Marguerite de Piédefer, d'une famille comparable de Champagne ayant des possessions en Picardie. Elle apportait un tiers de la seigneurie de Bazoches près de Fontainebleau et 1 895 lt de rente pour un capital de 30 000 lt[11]. Cette ouverture à un espace plus large fut permise par la présence de ce fils aîné à la cour dès son jeune âge. Quant à son cadet, François, ecclésiastique, il se vit octroyer la chapellenie de Mirebeau, en l'église de Doucelles, grâce à l'entremise de l'évêque du Mans, issu de la bonne noblesse du Maine[12]. Les dots des filles, entre 20 000 et 30 000 lt chacune, furent augmentées par quelques terres après le procès qui suivit le décès des parents[13]. Jean III hérita pour sa part du principal domaine autour de Courteilles-de-Maule. Pour se conformer à la logique de la maison de l'époque,

8. 16 mars 1621, vente de la seigneurie de Juillé près de Beaumont-le-Vicomte pour 45 500 lt, dont 40 000 proviennent des deniers de la vente de la seigneurie de la Motte-Serrant (Ledru, 1908, t. II, p. 328).

9. Une logique matrimoniale que l'on retrouve en Espagne, comme le montre l'exemple des Medina Sidonia (Salas Almela, 2016).

10. BNF, Ms. Fr. 32 839, f. 117, mention du mariage de René Le Coustelier avec Renée de Faudoas le 3 septembre 1639. 15 septembre 1639, contrat de mariage entre Hervé Le Court et Marguerite de Faudoas. La dot est de 20 000 lt (Ledru, 1908, t. II, pp. 369-370). 16 juin 1642, contrat de mariage entre Philippe de Bonenfant et Marie de Faudoas. La dot est de 23 000 lt (Ledru, 1908, t. II, p. 375). 24 décembre 1647, contrat de mariage entre Regnault de Bellemare et Françoise de Faudoas (Ledru, 1908, t. II, p. 383).

11. BNF, Car. H. 247, dossier Faudoas, 8 février 1636, contrat de mariage Faudoas / Piédefer (copie).

12. 26 janvier 1629, collation de la chapelle de Mirebeau par Charles de Beaumanoir, évêque du Mans, en faveur de François de Faudoas, sous-diacre, du consentement de François de Faudoas et de Renée de Brie qui ont droit de présentation (Ledru, 1908, t. II, p. 339).

13. 27 novembre 1650, supplément de partage Faudoas. La légitime des filles a été arbitrée à 30 000 lt chacune, aussi Jean de Faudoas cède-t-il à ses sœurs la seigneurie du Petit-Courteilles (Ledru, 1908, t. II, p. 387). BNF, Cab. H. 135, dossier Faudoas, 16 septembre 1652, transaction mentionnée dans des preuves de noblesse de 1701 entre Jean de Faudoas et sa sœur Françoise, femme de messire Regnault de Bellemare. Le contrat de mariage du 24 décembre 1647 est mentionné. La dot était de 30 000 lt et a été jugée insuffisante. Jean de Faudoas lui délaisse la seigneurie de Chavenay, Vauboulon et du Rondeau venant de la succession de Renée de Brie.

qui voulait que le nom de celle-ci provienne d'une seigneurie identitaire, il obtint du roi l'érection de cet ensemble foncier en comté sous le nom de Sérillac. Les lettres royales lui furent accordées en 1653 en reconnaissance de ses services et de ceux de son père[14]. Il n'en obtint cependant pas l'enregistrement en parlement, notamment parce qu'il partit aux îles durant plusieurs années, et ce n'est qu'en 1674 que l'érection du comté de Sérillac dans le Maine fut entérinée[15].

Jean III acheta en effet l'île de la Grenade pour 100 000 lt et obtint d'en être gouverneur en 1657[16]. Il occupa la charge jusqu'en 1665, date à laquelle il vendit l'île à la Compagnie des Indes pour la même somme[17]. Il avait entre-temps laissé sa femme, Marguerite de Piédefer, qui dut gérer seule les affaires[18]. Les mauvaises relations du couple se manifestent dans le fils et la fille illégitimes qu'eut Jean III durant son séjour aux îles, dans la séparation de biens qui fut demandée par l'épouse, et dans la transaction qu'ils firent pour se partager l'éducation de leurs enfants après son retour dans le Maine que, de son côté, elle avait quitté[19]. Parmi ces enfants, les garçons poursuivirent des carrières militaires mais sans accéder à des charges comparables à celle de leur père. L'aîné, Pierre (1636-v. 1698), fut capitaine d'une compagnie de chevau-légers au régiment d'Hocquincourt tandis que le puîné, René (1646-1732), fut capitaine d'une compagnie du régiment d'infanterie de Normandie[20]. Tous les deux quittèrent l'armée et se retirèrent sur leurs terres pour vivre de leurs rentes. La continuité sociale s'accompagna donc d'un fléchissement dans les carrières. Deux autres fils entamèrent des carrières militaires mais moururent avant 1679. Le second garçon, Jean, dit l'abbé de Sérillac (1640-1687),

14. Juin 1653, lettres patentes érigeant la châtellenie de Courteilles-de-Maule et les seigneuries de Juillé, Boisrichard, la Motte-de-Beaumont et Boislandon en comté de Sérillac (Ledru, 1908, t. II, pp. 189-191).

15. BNF, Cab. H. 135, dossier Faudoas, 20 juin 1674, enregistrement des lettres royales érigeant les terres, hautes justices, fiefs et seigneuries de Charencé, Courteilles-de-Maule, les seigneuries de Juillé, Boisrichard, la Motte de Beaumont et Boislandon en comté sous le nom de Sérillac, lettres données en juin 1653 (copie).

16. BNF, Cab. H. 135, dossier Faudoas, 4 mai 1657, lettres de provisions de gouverneur et de lieutenant général de l'île de Grenade données par le roi à Jean de Faudoas, comte de Sérillac (acte mentionné dans des preuves de noblesse de 1701). BNF, Car. H. 247, dossier Faudoas, 11 juin 1657, consignation de 45 000 lt sur les 100 000 lt dues par Jean de Faudoas à Jacques Dyel, seigneur de Miromesnil, pour la vente de la seigneurie, fonds et propriété de l'île de Grenade le 30 octobre 1656.

17. BNF, Car. H. 247, dossier Faudoas, 27 août 1665, vente de l'île de Grenade par Jean de Faudoas à la compagnie des Indes occidentales moyennant 100 000 lt.

18. AN, MC, ét. CX 136, 13 décembre 1658, procuration générale de Jean de Faudoas à Marguerite de Piédefer parce qu'il part prendre possession de l'île de Grenade.

19. BNF, Cab. H. 135, dossier Faudoas, 28 mars 1668, transaction entre Jean de Faudoas et Marguerite de Piédefer pour terminer le procès entre eux au parlement de Paris (copie de 1701).

20. BNF, Car. H. 247, dossier Faudoas, 3 septembre 1674, procès-verbal de comparution pour le ban et l'arrière-ban devant Jacques Le Vayer, lieutenant général en la sénéchaussée du Maine (copie).

succéda en 1673 à son oncle comme chapelain de Mirebeau[21]. Quant aux filles, la première, Catherine-Françoise (1639-1690), demeura célibataire, la seconde, Marguerite (1641-1694), vécut toute sa vie comme religieuse dans le couvent de la Visitation de Mamers, et la troisième, fille illégitime appelée «Mademoiselle de l'Étang», épousa un petit noble du Maine, Jacques de Pillois[22].

Pierre se maria en 1679 avec Marie-Charlotte de Courtarvel (v. 1661-v. 1735), fille de René de Courtarvel, marquis de Pezé, et de Jacquine Le Gros. Les Courtarvel étaient une famille ancienne et bien implantée dans le Maine. Le père de René avait épousé une Lusignan de Saint-Gelais. L'alliance de Pierre se faisait donc avec une famille de noblesse comparable mais sur une trajectoire ascendante et qui pouvait prétendre à des charges et à une présence à la cour. La dot était de 47 000 lt en principal, 9 500 en intérêts, plus quelques petites seigneuries en Anjou[23]. René de Faudoas, quant à lui, fut marié à Renée de Carrey (1660-1720), fille de Pierre de Carrey, seigneur de Bellemare, à proximité de Mamers, et de Marie du Bois de Courceriers, seigneurie située dans l'actuelle Mayenne. Les horizons de ce mariage se réduisaient donc à l'échelle provinciale, dans une noblesse inférieure à celle des Courtarvel: la dot de la future n'était que de 18 493 lt[24].

Pierre de Faudoas et Marie-Charlotte de Courtarvel eurent cinq enfants dont deux furent mariés (Figure 2). Joseph-Omer-Anne, mort avant 21 ans, avait été fait chevalier de l'ordre de Malte tandis que Charles-René-Hubert fut abbé et récupéra à son tour la chapellenie de Mirebeau[25]. Françoise-Charlotte, la dernière-née, resta célibataire. Sa sœur aînée, Louise-Catherine (1686-1766), fut mariée en 1714 à Emmanuel-Jacques Le Silleur, seigneur de Sougé-le-Ganelon (1660-1745), d'une noblesse moyenne-inférieure du Maine, en apportant 10 000 lt de dot[26]. Elle se remaria deux fois par la suite, alors qu'elle était déjà relativement âgée et sans enfants, visiblement sans projet de succession[27]. Le fils aîné, Antoine-Jacques-Pierre (1683-1740),

21. Archives départementales (AD) Sarthe, G 364, f. 479, 21 janvier 1673, présentation de Jean de Faudoas à la chapelle Notre-Dame de Mirebeau desservie dans l'église de Doucelles et collation le 17 février suivant.

22. AD Sarthe, 6 F 14, 1.er mai 1682, Jacques de Pillois, écuyer sieur de la Gentillière, demeurant à Juillé, et Antoinette de Faudoas sa femme, vendent une parcelle de terre en cette paroisse à Pierre Champrouy, marchand. AD Sarthe, B 1799, 29 avril 1699, séparation de bien entre Antoinette de Faudoas de Lestang et Jacques de Pillois, sieur de Gentillerie, sur la demande de la première.

23. 27 août 1679, contrat de mariage Faudoas / Courtarvel (Ledru, 1908, t. III, pp. 43-44).

24. BNF, Car. H. 247, dossier Faudoas, 28 octobre 1692, contrat de mariage Faudoas / Carrey (copie).

25. AD Sarthe, G 374, f. 76, 28 avril 1701, Marie-Charlotte de Courtarvel de Pezé présente René-Charles-Hubert de Faudoas à la chapelle de Mirebeau. La collation est du 7 mai suivant.

26. 2 et 11 mars 1714, contrat de mariage Le Silleur / Faudoas (Ledru, 1908, t. III, p. 115).

27. 16 juillet 1759, contrat de mariage entre Pierre-Claude de Taillevis de Jupeaux, ancien capitaine au régiment Royal-infanterie, et Louise-Catherine de Faudoas de Sérillac, veuve en premières noces d'Emmanuel-Jacques Le Silleur et en secondes de Jacques d'Anthenaise. Les époux se marient sous le régime de la séparation de biens. La future donne au futur tous ses meubles ainsi que 20 000 lt à prendre sur ses autres biens disponibles si elle meurt avant lui. (Ledru, 1908, t. III, pp. 208-209).

s'allia en 1707 à Jeanne-Thérèse-Dorothée du Prat, fille d'un trésorier général des armées en Italie, un office de finance[28]. Le changement d'orientation sociale est frappant. Morte d'une fausse couche dès 1708 après avoir donné naissance à une fille[29], elle laissait veuf le comte de Sérillac qui se remaria dès l'année suivante avec Marie-Hervée de Carbonnel, héritière de René de Carbonnel, marquis de Canisy, lieutenant au bailliage de Cotentin et capitaine d'Avranches. Elle apportait sa part d'héritage maternel estimée à 10 000 lt et 30 000 lt de dot, mais des espérances bien plus importantes[30]. Cette alliance se faisait de nouveau dans une homogamie sociale tout en conduisant l'époux vers des horizons normands qu'il ne devait plus quitter. D'abord capitaine de cavalerie, il devint lieutenant du bailliage de Cotentin avant de succéder à son beau-père, en 1727, au gouvernement d'Avranches[31]. À partir de 1733, il habita Bayeux, se coulant dans un mode de vie urbain de plus en plus adopté alors par la noblesse moyenne provinciale (Ruggiu, 1997).

La fille issue de son premier lit, Marie-Thérèse-Dorothée, d'abord destinée à être religieuse, se maria dès qu'elle fut majeure avec Michel Éon de la Baronnie, comte de Cély-en-Bière, fils d'un président à la chambre des Comptes et d'une d'Argouges[32]. Ce mariage dans la robe était une première chez les Faudoas de Sérillac. Elle apportait en dot 57 000 lt en rentes et en monnaie, dont 20 000 après le décès de ses parents. L'alliance avec les d'Argouges fut redoublée par le mariage de Renée-Bonne-Françoise, fille aînée du second lit, qui épousa en 1736, à l'âge de 26 ans, Jean-Antoine d'Argouges, marquis de Gratot, fils du lieutenant général en Normandie. Elle recevait en dot la baronnie de Marcey[33]. Les époux vivaient à Bayeux en 1769. Sa sœur cadette, Catherine-Michelle (1712-1770), resta célibataire tandis que son frère, Marie-Charles-Antoine (1713-1784), héritier principal, marquis de Canisy, s'unit en 1734 avec Marie-Thérèse de Boran, fille de Thérèse-Élizabeth Senot de la Painterie, marquise de Castilly. La dot de la future était de 220 000 lt, l'alliance, homogame[34]. Grâce aux apports maternels et à une solide assise foncière provinciale, grâce aussi à la concentration des biens sur sa personne, Marie-Charles-Antoine retrouvait l'envergure sociale des Faudoas du temps de Jean III, mais il est frappant de constater que cela ne conduisit pas la génération suivante à une ascension dans les charges ni à une ouverture des alliances vers une noblesse courtisane supérieure.

28. 15 et 19 mars 1707, contrat de mariage Faudoas / Du Prat (Ledru, 1908, t. III, p. 98). La dot ne fut payée qu'en 1722: BNF, Pièces originales 1104, dossier Faudoas, 22 mai 1722, quittance de 30 533 lt par Antoine de Faudoas à Pierre du Prat.

29. AD Sarthe, 1 MI 1188 R1, 1.er octobre 1708, inhumation dans l'église de Sérillac de Jeanne-Thérèse-Dorothée du Prat, âgée d'environ 18 ans.

30. 24 et 26 août 1709, contrat de mariage Faudoas / Carbonnel (Ledru, 1908, t. III, p. 111).

31. 5 juillet 1727, lettre de Louis XV à René de Carbonnel, marquis de Canisy (Ledru, 1908, t. III, p. 129).

32. 15 mars 1732, contrat de mariage La Baronnie / Faudoas (Ledru, 1908, t. III, pp. 136-137).

33. 18 mai 1736, contrat de mariage d'Argouges / Faudoas (Ledru, 1908, t. III, p. 168).

34. 20 février 1734, contrat de mariage Faudoas / Boran (Ledru, 1908, t. III, pp. 161-162).

Marie-Charles-Antoine fut en effet d'abord lieutenant dans le régiment d'infanterie que commandait son oncle, le marquis de Pezé, puis il acheta la charge de cornette des chevau-légers de Bretagne avec rang de lieutenant-colonel (1733). L'année de son mariage, il acquit la sous-lieutenance des chevau-légers de la reine, devint maître de camp, avant d'accéder à la tête des chevau-légers de Bretagne. Mais il remit sa démission en 1742, faute d'argent dit-il, après avoir connu à la guerre de nombreuses pertes de chevaux des brigades[35]. Il obtint la croix de Saint-Louis et quitta le service pour succéder à son père comme lieutenant du roi au bailliage de Cotentin et gouverneur d'Avranches. Ces charges supprimées en 1776, il eut en compensation une pension du roi, accordée en 1784[36]. Quoiqu'ayant apporté des embellissements au château de Castilly, il fixa sa résidence principale à Bayeux dès 1740. La continuité sociale est donc nette avec son père et, surtout, avec la famille de sa mère: la branche aînée des Faudoas demeurait dans les principales familles de la noblesse normande.

Ce fut aussi le cas de ses six enfants parmi lesquels cinq furent mariés. L'aînée, Marie-Thérèse, épousa en 1755 Georges-René de Clérel, seigneur d'Auville et de Tocqueville, dans l'Eure actuelle, capitaine de cavalerie, avec pour dot une rente de 7 500 lt au capital de 150 000 lt[37]. Augustin-Hervé (1736-1794), l'aîné des fils, fit une carrière militaire, commençant comme mousquetaire à 15 ans et finissant sous-lieutenant des gendarmes d'Artois à 31 ans, avant de démissionner à 35 et de se retirer[38]. Il fut fait chevalier de Saint-Louis comme son père, puis obtint la lieutenance du roi au bailliage du Cotentin en 1783, au bailliage de Caen en 1784, tout en étant nommé premier échevin noble de l'hôtel de ville de Caen entre 1781 et 1787, puis commandant de la garde nationale de Caen à partir du 17 juillet 1789[39]. Il épousa en 1768 Isabelle-Jeanne de Bernières, d'une famille issue d'un secrétaire du roi et passée à la haute robe et à l'épée, bien implantée dans la ville. En attendant le partage des biens de son père, récemment décédé, avec sa sœur, la future apportait 2 000 lt de rente promise par sa mère. Par la suite, elle hérita notamment de l'hôtel de Bernières qui devait prendre le nom de Faudoas. Dénoncé comme suspect en 1793, Augustin-Hervé fut déféré à la Conciergerie en

35. 5 mars 1742, lettre de Marie-Charles-Antoine de Faudoas au ministre de la Guerre (Ledru, 1908, t. III, pp. 177-178). 11 juillet 1742, lettre de M. de Breteuil au trésorier général des troupes de la maison du roi l'autorisant à délivrer à M. de Faudoas, capitaine-lieutenant de la compagnie de chevau-légers de Bretagne, 125 000 lt pour le prix de la charge (Ledru, 1908, t. III, p. 178).

36. Brevet de pension de 530 lt pour Marie-Charles-Antoine marquis de Faudoas, pour tenir lieu des appointements de 600 lt attachés au gouvernement d'Avranches, supprimé par l'ordonnance du 18 mars 1776 (Ledru, 1908, t. III, pp. 269-170).

37. 25 avril 1755, articles du mariage entre Georges-René Clérel, seigneur d'Auville, et Marie-Thérèse de Faudoas (Ledru, 1908, t. III, pp. 203-204).

38. 18 juin 1763, état des services d'Augustin-Hervé de Faudoas. Ce dernier récupère 100 000 lt pour le prix de sa charge en quittant le service (Ledru, 1908, t. III, pp. 212-213).

39. 25 juillet 1791, Mémoire d'Augustin-Hervé de Faudoas à l'effet d'obtenir le grade de maréchal de camp, adressé à M. de Portail, ministre de la Guerre (Ledru, 1908, t. III, pp. 280-281).

juin 1794 et exécuté le 14 juillet 1794 avec sa sœur, Catherine-Michelle, qui avait été mariée en 1771 à Louis-Narcisse-Marc-Antoine de Beaurepaire avec une dot de 150 000 lt[40], et sa fille cadette âgée de 18 ans. Des lettres exprimant une opposition à la Révolution jacobine avaient été trouvées chez eux[41]. Sa fille aînée avait épousé en 1787 le comte de Kergolay, d'une famille comparable bretonne. Le couple s'exila dès juin 1789, manifestant par là une opposition radicale au changement de régime qui se profilait.

La dernière sœur de Marie-Charles-Antoine épousa en 1762 Jean-Louis, marquis de Courtarvel, un ancien capitaine d'infanterie, renouvelant l'alliance avec cette famille par l'intermédiaire d'une lignée cadette. Le montant de la dot, 150 000 lt de nouveau mais payées sous forme de rente au denier 20, dit l'aisance dans laquelle vivait la branche aînée[42]. Son frère puîné, destiné à l'ordre de Malte, mourut à 19 ans tandis que le cadet, Léonord (1737-1803), fit également une carrière militaire, devenant sous-lieutenant des gendarmes de Flandre en 1770 et quittant le service en 1772 après une attaque d'apoplexie[43]. Il se maria l'année suivante avec Marie-Gabrielle-Bernard de Boulainvilliers, fille d'un président au parlement. Ce mariage dans la robe confirme les ouvertures successives de cette branche des Faudoas vers d'autres milieux que l'épée, quoiqu'eux-mêmes restèrent tout au long du XVIII[e] siècle dans la carrière militaire, sans les passe-droits des grandes familles aristocratiques qui permettaient à celles-ci de franchir les étapes du tableau beaucoup plus rapidement (Drévillon, 2005). Interrompant leur engagement militaire sur leur âge mûr, ils bénéficièrent cependant chaque fois du remboursement de leur charge et ils purent ensuite briguer des commandements locaux. Les horizons sociaux de ces Faudoas, quoiqu'ils se traduisissent par une vie confortable et une supériorité sociale sans conteste, furent donc restreints aux provinces de l'Ouest et restèrent à l'écart de la cour, sans liens non plus avec l'aristocratie avec laquelle il ne leur était plus possible de s'allier.

René de Faudoas (1646-1732), dit le chevalier de Sérillac, qui fut le fondateur de la branche cadette de ces Faudoas du Maine (Figure 3), eut lui aussi une carrière militaire modeste, commençant comme page du prince de Condé en 1672 et finissant capitaine d'une compagnie du régiment d'infanterie de Normandie

40. 1.[er] octobre 1771, pactions du mariage Beaurepaire / Faudoas (Ledru, 1908, t. III, p. 233).

41. An II, 27 prairial (15 juin 1794), procès-verbal de la perquisition du château de Canisy par le commissaire du Comité de Sûreté générale de la Convention; 28 prairial (16 juin 1794), procès-verbal de la perquisition du château de Castilly; 11 messidor (29 juin 1794), arrêté ordonnant le transfert à la Conciergerie d'Augustin-Hervé, Éléonore et Catherine-Michelle de Faudoas; 25 messidor (13 juillet 1794), jugement du tribunal révolutionnaire les condamnant à mort (Ledru, 1908, t. III, pp. 289-303).

42. AN, T 158/33, 19 avril 1762, contrat de mariage Courtarvel / Faudoas (extrait).

43. 5 septembre 1772, lettre du marquis de Lugeac sollicitant pour Léonord de Faudoas une pension de 2 000 lt et un brevet de maître de camp à la suite de cavalerie en raison de l'obligation qu'il a de se retirer. La lettre indique que son frère aîné a dû se retirer de la gendarmerie car il est devenu sourd. Léonord obtint le brevet mais pas la pension (Ledru, 1908, t. III, p. 238).

entre 1679 et 1691. Comme nombre de cadets, il se maria sur le tard après avoir quitté le service, grâce aux biens qu'il avait reçus en donation de sa mère. Le fils unique de René et de Nicole de Carrey, Charles-René de Faudoas (1693-1768), hérita de l'ensemble des biens paternels et maternels, ce qui lui permit de nouer une alliance avec la fille d'une famille de la bonne noblesse normande implantée près d'Alençon, dont le grand-père avait été maréchal de camp et le père, le marquis de l'Isle, avait obtenu le marquisat en 1717 après avoir été commandeur de l'ordre de Saint-Louis, lieutenant général des armées du roi et commandant de la citadelle de Lille. Elle apportait deux terres estimées environ 30 000 lt tandis que le père du futur lui cédait la jouissance des deux seigneuries picardes maternelles[44]. L'alliance entre cette femme d'une maison dynamique et le rejeton d'une branche cadette n'ayant pas eu une brillante carrière était hypogamique, mais compensée par le fait que l'époux avait des espérances d'héritage importantes. S'il fit restaurer le château de Courteilles-de-Maule, devenu Sérillac, Charles-René ne l'habita pas, résidant au manoir de Livet avant d'être emprisonné dans les années 1750 et jusqu'à sa mort pour une raison que nous ignorons. Des quatre enfants du couple, un seul survécut, ce qui concentra de nouveau les héritages. Mais les problèmes avec son père ternirent sans doute les espérances auxquelles il aurait pu prétendre. Louis-Hervé-Charles-René (1725-1764) n'eut pas de carrière militaire et, après avoir obtenu en justice l'administration des biens de son père[45], il épousa en 1754 Marguerite-Louise-Gabrielle du Pont d'Aubevoye, fille du seigneur de Roussière et de l'Auberdière, d'une famille d'épée implantée près de La Flèche. Elle apportait en dot des terres venant de sa mère, le Grand et le Petit Vaucor, à Mareil-sur-Loir, estimées à 20 000 lt[46]. Les possessions de cette famille comprenaient d'autres fiefs en Anjou et en Bourgogne mais cette dot n'en était pas moins modeste par rapport à ce que son époux apportait. Louis-Hervé-Charles-René mourut avant son père, en 1764, et de son union naquirent quatre enfants, mais la dernière ne vécut que trois ans. Les deux premiers fils, nés en 1755 et 1756, firent leurs études au collège de La Flèche. L'aîné abandonna tous ses droits à son frère puîné en 1786[47], ne quittant jamais le château de Sérillac où il mourut en 1808 sans

44. BNF, Car. H. 247, dossier Faudoas, 21 août 1721, contrat de mariage Faudoas / Moulins de l'Isle (copie).

45. AD Sarthe, B 1921, 27 mars 1753, sénéchaussée de Beaumont, placets d'audience.

46. 25 décembre 1754, contrat de mariage Faudoas / Du Pont d'Aubevoye, fait sans l'accord du père qui a refusé d'y consentir malgré trois sommations respectueuses, mais du consentement des autres parents du futur époux. Le père est, à cette époque, retiré au château du Mont-Saint-Michel sur ordre du roi (Ledru, 1908, t. III, p. 202).

47. 28 juillet 1786, acte sous seing privé par lequel Louis-René-Charles de Faudoas qui, par le partage du 20 juin 1776, doit 50 300 lt (2 665 lt de rente) à M. Faudoas de Caen, 550 lt de rente au capital de 11 000 lt à Madame d'Argouges et diverses sommes, montant le tout à 73 587 lt, désirant se libérer et se procurer une vie paisible, charge son frère Marie de la somme, moyennant quoi il lui abandonne la nue-propriété du château de Sérillac sous faculté d'y faire sa demeure (Ledru, 1908, t. III, p. 273).

s'être marié. Le second, après avoir été pourvu de la chapellenie de Mirebeau[48], fut fait chevalier de l'ordre de Malte et habita également avec son frère au château de Sérillac, laissant en 1795 ses biens au dernier des frères, Armand (1760-1808), qui entra dans la marine royale à Toulon avant de revenir prendre possession des biens que lui laissaient ses frères[49]. Armand épousa en 1797 la fille d'une famille noble d'Alençon.

Malgré une fortune confortable – une estimation du comté de Sérillac en 1776 évaluait ce dernier à 355 000 lt –[50], les horizons sociaux de cette branche cadette se restreignirent donc aussi au Maine et à la Normandie, mais à un niveau social inférieur à la branche aînée, tant pour les offices militaires que pour les alliances. Leurs héritages ne furent pourtant pas négligeables, mais l'enfermement de Charles-René dut peser, de même que la mort précoce de son fils aîné. Toujours est-il que, comme dans la branche aînée, ce qui frappe, c'est la continuité sociale, dans la fortune, dans les carrières, dans les alliances locales. Cette continuité est assurée par l'apport de biens féminins, grâce aux alliances. L'importance des transmissions féminines ne diminua jamais dans la vie économique des maisons nobles (Haddad, 2015). Mais les Faudoas dans le Maine se caractérisent, de ce point de vue, par une recherche d'alliances susceptibles de leur apporter des terres qui peuvent devenir le cœur de leur patrimoine (Canisy et Castilly, deux marquisats venus en ligne maternelle), ou bien servir à assurer les héritages ou les dots de leurs propres filles, encore qu'ils essayent de privilégier des dots en argent comptant ou en rentes. Cette pratique qui consiste à doter les filles avec des terres maternelles restées à la périphérie du patrimoine ou à les vendre pour assurer des agrandissements fonciers à proximité des principaux fiefs de dignité, ou encore pour doter les filles en argent, était ancienne. En cela, les Faudoas du Maine, de la branche cadette comme de la branche aînée, qui n'investirent pas dans les rentes mises en circulation par la monarchie, par exemple, eurent un comportement conservateur.

Cette moyenne noblesse ne connaît pas d'ascension sociale à une époque où des fortunes considérables se créent dans les milieux négociants ou financiers (Chaussinand-Nogaret, 1994; Richard, 1997), où l'aristocratie de cour concentre les richesses royales (Horowski, 2019). Elle ne peut plus prétendre à marier un

48. 29 juillet 1770, lettres de Louis XV qui, sur la présentation faite par Marguerite-Louise-Gabrielle du Pont d'Aubevoye, comtesse de Sérillac, confère à Marie-Louis-Charles-Antoine-René de Faudoas, clerc tonsuré du diocèse du Mans, la chapelle de Mirebeau (Ledru, 1908, t. III, p. 230).

49. An III, 13 thermidor (31 juillet 1795), acte sous seing privé par lequel Louis-René-Charles Faudoas, voulant mener une vie aisée et tranquille, abandonne en toute propriété à Marie-Louis-Charles-Antoine-René Faudoas tout ce qui lui appartient de la succession de son père ainsi que des deux tiers du douaire de sa mère, sous la réserve d'habiter Sérillac et d'y être nourri gratuitement, outre la somme de 30 000 lt que son frère lui a payée auparavant (Ledru, 1908, t. III, p. 305).

50. 27 mai 1776, visite et estimation du comté de Sérillac à la requête de Marguerite-Louise-Gabrielle du Pont d'Aubevoye (Ledru, 1908, t. III, pp. 244-245).

de ses fils avec une fille de la haute noblesse, comme c'était le cas au XVI[e] siècle. La transformation du comportement matrimonial de l'aristocratie, passant de pratiques hypogamique à une homogamie et une hypergamie généralisées, s'alliant dans l'entre-soi ou avec des filles de riches financiers pour en capter la fortune (Le Roy Ladurie et Fitou, 1991), a coupé les relations avec la noblesse moyenne. Mais les mariages de cette frange médiane du second ordre avec la noblesse inférieure dans la province se sont elles aussi progressivement amenuisées, là encore contrairement à ce qui se passait dans la «noblesse seconde» du XVI[e] et du premier XVII[e] siècle (Constant, 2004; Bourquin, 1994; Haddad, 2009). Si le système d'échange homogame entre familles de moyenne noblesse persiste, les alliances avec la petite noblesse ont disparu. En outre, les ouvertures vers les milieux de la robe et de la finance sont rares, alors même que le mode de vie urbain marque de plus en plus les nobles, ce qui n'empêche pas, on l'a vu, certains de se retirer sur leurs terres à la fin de l'Ancien Régime. Des discontinuités sociales fortes sont donc apparues au sein du second ordre (Dewald, 2019) derrière l'apparente continuité de certains parcours sociaux.

3. Parenté, transmission et segmentation lignagère

Une autre cause de cette coupure entre les différents niveaux du second ordre tient à la baisse du nombre des enfants mariés à partir de la seconde moitié du XVII[e] siècle (Eyméoud, 2024). Les Faudoas du Maine ne se distinguent pas par rapport à ces changements dans les pratiques matrimoniales nobiliaires, visibles à partir de la génération des enfants de Jean III et de Marguerite de Piédefer: sur leurs six fils, deux seulement furent mariés, dont l'un tardivement, et une seule des trois filles, celle illégitime, qui n'empiétait que peu sur le patrimoine. Si la branche des descendants de René ne peut être prise comme exemple typique en raison de l'enfant unique survivant aux deux générations suivantes et de l'absence de volonté de se marier de la plupart d'entre eux à la troisième génération, en revanche, parmi les enfants de Pierre, un seul fils et une seule fille sont mariés. Par la suite, le nombre d'enfants diminue mais ils se marient davantage dans la seconde moitié du XVIII[e] siècle, là encore conformément au modèle général dans la noblesse. Cette baisse du nombre de mariages et la concentration de l'héritage sur un fils et une fille (généralement les aînés), fragilisaient les lignées et les laissaient isolées, rendant difficiles la constitution d'un patrilignage, sauf à remonter dans le temps et à affirmer l'identité avec des branches séparées de longue date (Delille, 2003 et 2010). Elles allaient en outre mécaniquement avec une diminution des possibilités de renchaînements d'alliance comme de celles des usages politiques du mariage (Haddad, 2024).

Ces renchaînements sont visibles lors des premières générations des Faudoas dans le Maine. Ainsi, Renée de Faudoas, fille de François et de Jean de Brie, fut mariée avec René de Barat, seigneur de Saint-Germain-de-La-Coudre. Or, la

grand-mère maternelle de Renée, Félice de Rosny, s'était remariée avec Jacques de Barat, oncle de René, renchaînement typique passant par un remariage. Ces figures disparaissent par la suite, pour laisser place à deux renouvellements d'alliances, avec les d'Argouges et avec les Courtarvel, seules figures notables. Les segmentations lignagères étaient également moins susceptibles de se produire puisque les cadets accédaient plus rarement au mariage. Mais plus encore, il faut interroger le sens social et la manière dont se faisaient ces segmentations. Le cas des Faudoas de Sérillac en donne un bon exemple.

Une fois la succession avec les cohéritiers gascons réglée, au milieu du XVII[e] siècle, ni les Faudoas du Maine ni les d'Averton n'eurent plus aucune relation avec les Faudoas restés en Gascogne[51]. Ils en conservèrent entre eux – ils étaient parfois présents lors des mariages, des baptêmes ou des tutelles par exemple, et ce jusqu'à la fin du XVII[e] siècle –[52], mais ils formèrent des maisons bien séparées qui ne nouèrent aucune alliance. La segmentation ne se faisait donc pas suivant une logique patrilignagère mais selon une logique de maison fondée sur une identité assise sur la possession seigneuriale. L'appartenance aux Faudoas était seconde, voire secondaire. D'ailleurs, les descendants du comte de Belin reprirent le nom et les armes pleines des d'Averton, abandonnant celui de Faudoas, tandis que les deux branches qui se faisaient appeler Faudoas de Sérillac, celle de Gascogne et celle du Maine, quoique de même origine, étaient entièrement séparées et ne se référaient pas l'une à l'autre. Les Faudoas du Maine travaillèrent au contraire à transformer le nom de leur principal ensemble seigneurial pour lui conférer celui de Sérillac: leur nom de maison, provenant d'un nom de famille maternel, était ainsi de nouveau assis sur une possession seigneuriale, conformément à l'idéologie qui référait les familles nobles à une origine féodale et manipulait pour ce faire les noms de famille comme les noms de terre (Haddad, 2016).

Il est intéressant de comparer cette segmentation avec celle qui eut lieu un siècle plus tard, entre la branche aînée des Faudoas-Canisy et la branche cadette des Faudoas-Sérillac. Elle se fit progressivement. René de Faudoas, le cadet, n'héritait pas de la principale terre, réservée à l'aîné, suivant la coutume du Maine, très favorable au premier né des mâles (Bourquin, 1997). Le partage des biens paternels eut lieu en 1679 et fut l'occasion de quelques contestations, Pierre, l'aîné, prétendant ne laisser à ses frères et sœurs que l'usufruit du tiers des biens dont

51. La succession fut fort longue à être entièrement réglée en raison de querelles autour du paiement des légitimes des différents frères. La dernière transaction entre les Sérillac du Maine et ceux de Gascogne date du 8 juillet 1676 (BNF, Car. H. 247, dossier Faudoas, copie d'une transaction).

52. Antoine-Jacques-Pierre de Faudoas, fils de Pierre et de Marie-Charlotte de Courtarvel de Pezé, eut ainsi pour parrain Jacques de Courarvel de Pezé, abbé de Saint-Martial à Limoges, et pour marraine Antoinette d'Averton, comtesse de Belin, arrière-petite-fille de Jean-François de Faudoas, dit d'Averton. AD Sarthe, 1 MI 1188 R1, 12 novembre 1690. Il n'est pas anodin non plus qu'Emmanuel-Jacques Le Silleur, futur époux de Louise-Catherine de Faudoas, ait eu pour parrain Emmanuel-René d'Averton, comte de Belin. AD Sarthe, 1 MI 1229 R1, 5 novembre 1662.

ils devaient hériter. Un accord fut trouvé qui laissa finalement en pleine propriété deux métairies à Catherine-Françoise et quelques fiefs et seigneuries, dont le Petit-Courteilles, à Jean et René, toutes ces terres étant tenues à foi et hommage de leur frère aîné[53]. Marguerite de Piédefer, leur mère, chercha à compenser en partie ce déséquilibre par une donation de ses terres picardes à ses deux fils cadets, le 2 novembre 1681. René reçut ainsi les seigneuries de Curlu et de Fargny[54]. Il se fit alors appeler «seigneur de Curlu et de Fargny» et demeura au château de Livet. Ce n'est que cinquante ans plus tard, en 1732, que son fils, Charles-René, unique héritier, acheta le comté de Sérillac à son cousin, Antoine-Jacques-Pierre, moyennant 177 000 lt, en grande partie grâce à l'argent obtenu de la vente des terres picardes, éloignées de son lieu de vie[55]. La cession du comté identitaire par l'aîné de la branche aînée s'explique par les suites de son alliance avec Marie-Hervée de Carbonnel. La sœur de celle-ci, qui avait hérité du marquisat de Canisy mais était restée célibataire, envisageait de transmettre cette terre identitaire des Carbonnel à son neveu. Et en effet, le 20 février 1734, le contrat de mariage entre Marie-Charles-Antoine, seul fils d'Antoine-Jacques-Pierre et de Marie-Hervée de Carbonnel, prévoyait:

> Damoiselle Catherine-Thérèse de Carbonnel de Canisy, fille majeure, demeurant à Paris en son hôtel, rue de Grenelle, paroisse Saint-Sulpice, comparant par procureur, promet conserver au futur, son neveu et présomptif héritier, le château, terre et seigneurie de Canisy, à l'exception de la seigneurie du Hommet, à condition que ledit seigneur de Faudoas, futur mari, ses enfants et descendants, écartelleront les armes de la maison de Carbonnel de Canisy avec les leurs et que dans les actes qu'ils passeront ils prendront le nom de Faudoas-Canisy[56].

La vente du comté de Sérillac était une manière d'anticiper cette transmission qui faisait reprendre partiellement, par la branche aînée, le nom et les armes de Canisy, sous la seule forme qui était devenue socialement acceptable au cours du XVII[e] siècle, c'est-à-dire en accolant les noms et en mettant les deux armes sur les armoiries, sous la forme spécifique de l'écartelé qui disait la double filiation

53 Ledru, 1908, t. III, pp. 47-48, 20 décembre 1679, partage de la succession de Jean de Faudoas, comte de Sérillac. BNF, Car. H. 247, dossier Faudoas, 23 décembre 1679, transaction Faudoas (expédition papier de 1707). Lors d'une transaction passée le 21 avril 1676, Jean Le Court, fils aîné d'Hervé Le Court et de Catherine-Marguerite de Faudoas dont il était le principal héritier, en son nom et en celui de ses frères et sœurs, pour terminer le procès avec Jean de Faudoas, comte de Sérillac, abandonna la seigneurie du Petit-Courteilles qu'il prétendait lui revenir moyennant 13 000 lt (Ledru, 1908, t. III, pp. 39-40).

54. BNF, Car. H. 247, dossier Faudoas, 2 novembre 1681, donation Piédefer / Faudoas (expédition papier de 1694).

55. AN, MC, ét. XIV 284, 28 janvier 1732, vente des seigneuries de Curlu et Fargny pour 115 000 lt; 1.[er] février 1732, vente du comté de Sérillac moyennant 177 000 lt, dont 100 000 à prendre sur le prix de la vente des seigneuries de Curlu et de Fargny.

56. Ledru, 1908, t. III, p. 161, 20 février 1734, contrat de mariage Faudoas / Boran.

(Nassiet, 1994). De cette façon, Marie-Charles-Antoine manifestait son appartenance première à la maison de Faudoas, suivant le sens que «maison» avait pris à l'époque, celui de patrilignage, tout en indiquant qu'il fondait une nouvelle branche, celle des Canisy, qui se référait à un nom de terre, et non à celui de la maison Carbonnel, mais d'une terre qui avait été identitaire de ces derniers dont les armes marquaient le paysage seigneurial (Nassiet, 1991). Ce fief de dignité, supérieur au comté de Sérillac, devenait le nouvel ancrage de l'aîné des Faudoas.

Deux points sont particulièrement intéressants à noter dans cet exemple. D'abord, la transmission en ligne maternelle et la reprise partielle de son identité allaient de pair avec un déportement de l'implantation de la branche aînée en Normandie. Ensuite, elles allaient aussi avec la volonté de maintenir la branche des Faudoas de Sérillac dans le Maine, écartant la possibilité de concentrer les héritages sur l'aîné. D'où la vente de Sérillac au cousin de la branche cadette, Charles-René, qui fut connu dès lors sous le nom de Sérillac[57]. On remarquera que, pour l'aîné, il ne fut pas question d'abandonner le nom de Faudoas et qu'il ne fut pas question non plus de transmettre la seigneurie identitaire maternelle à l'une des filles moyennant le relèvement du nom et des armes par son époux et ses enfants, ce qui aurait été la voie adoptée un siècle plus tôt. L'arrangement se fit entre mâles du patrilignage, en l'occurrence entre les deux cousins susceptibles de fonder chacun une branche. Le changement de la définition de la maison, conçue comme patrilignage, s'accompagna donc d'un réel changement dans les pratiques de transmission, en faisant primer le patrilignage sur la lignée[58]. Dans le même temps, cette noblesse aisée de province apparaît comme conservatrice des pratiques anciennes visant à maintenir les noms et les biens identitaires des maisons au sens ancien du terme.

La logique de cette segmentation était donc différente de celles qui avaient marqué les Faudoas à la fin du XVI[e] et au début du XVII[e] siècle, puisqu'elle se fit en conservant comme premier le cadre général du patrilignage[59]. Les deux branches maintinrent ainsi des relations, quoique distantes. Au contrat de mariage entre René de Faudoas et Nicole de Carrey, en 1692, Antoinette d'Averton avait signé comme cousine, mais les autres Faudoas du Maine avaient brillé par leur absence. En revanche,

57. L'opération suivait ce que Michel Nassiet appelle «l'option froide» des relèvements de noms et d'armes, qui consistait au XVI[e] siècle à maintenir une maison maternelle tombée en quenouille en la faisant relever par un fils cadet tandis que l'aîné reprenait la maison du père – comme cela avait été le cas pour les d'Averton, comtes de Belin (Nassiet, 2000; Haddad, 2009).

58. Pour une perspective comparative avec l'Espagne, Juan Hernández Franco et Rodriguez Perez, 2014a et 2014b.

59. Il est intéressant de lire ce cas en parallèle à ceux développés par Juan Hernández Franco et Sebastián Molina Puche (2010), qui insistent au contraire sur le maintien, dans l'aristocratie castillane, d'une prééminence donnée à la descendance en ligne directe, encore au début du XVIII[e] siècle. Dans la haute aristocratie espagnole, le cas des Álvarez de Toledo indique cependant que les circonstances politiques et économiques de ce XVIII[e] siècle purent inciter au regroupement d'un patrilignage depuis longtemps séparé en maisons distinctes (Franco et Izquierdo, 2020). Ce patrilignage était donc un horizon actif dans les comportements des grands nobles espagnols de l'époque.

les Faudoas de Sérillac firent appel à la branche aînée ou aux familles qui lui étaient alliées lors des baptêmes. En 1696, Charles-René eut pour parrain Louis-René de Courtarvel, marquis de Pezé, de l'importante famille de la femme de son oncle paternel, et pour marraine Françoise-Charlotte de Faudoas de Sérillac sa cousine de la branche aînée[60]. À la génération suivante, Louis-Charles-René eut pour parrain son grand-père maternel, Louis de Moulins, marquis de l'Isle, et pour marraine Charlotte de Courtarvel, veuve de son grand-oncle Pierre de Faudoas[61]. Son frère, Louis-Hervé-Charles-René, fut tenu sur les fonts en 1725 par Marie-Hervée de Carbonnel-Canisy, à cette date encore comtesse de Sérillac, épouse de son cousin[62]. François-Louis eut pour sa part comme parrain son oncle maternel François des Moulins de l'Isle, capitaine au régiment de La Fère, et pour marraine sa cousine Louise-Catherine, dame de Sougé-le-Ganelon[63]. Enfin, à la génération encore suivante, Marie-Louis-Charles-Antoine-René de Faudoas eut pour parrain Marie-Charles-Antoine, marquis de Faudoas-Canisy, son cousin au septième degré, à la tête de la branche aînée[64]. Jamais, en revanche, la branche aînée ne fit appel aux membres de la branche cadette pour tenir ses rejetons sur les fonts. La pratique apparaît donc comme une reconnaissance de la prééminence de la branche aînée du patrilignage, malgré le fait que ce fût la branche cadette qui perpétuât le nom de Sérillac. Jamais non plus ces relations ne conduisirent à des mariages entre les cousins, quel que fût l'éloignement entre eux. Les horizons sociaux des deux descendances restèrent séparés.

Un autre élément montrant le fonctionnement concret du patrilignage réside dans les dénominations prises par les différents membres de cette maison. Ces dénominations, comme ce fut le cas dans l'ensemble de la noblesse, se détachèrent des possessions réelles et des dignités qu'elles conféraient (on s'appelait comte de Sérillac parce que l'on possédait le comté de Sérillac) pour relever avant tout de la place au sein de la famille, sans nécessaire considération pour les fiefs de dignité détenus (Descimon, 2005; Haddad, 2024). Ainsi, au milieu du XVIII[e] siècle, dans la branche aînée, Marie-Charles-Antoine, qui était à sa tête, ne se faisait pas appeler «marquis de Canisy» mais «marquis de Faudoas», prenant la dignité de sa terre mais l'accolant à son nom de famille. Son fils aîné, Augustin-Hervé, qui n'avait pas encore hérité des biens de son père, se faisait appeler «comte de Faudoas», un rang de dignité en-dessous de celui-de son père, quand bien même il ne possédait pas de comté, et son frère cadet, Léonord, était appelé «vicomte de Faudoas», encore un rang en dessous, sans rapport avec la détention d'un fief de dignité. La place dans l'ordre de succession patrilignager présidait à ces titres. Dans la branche cadette, les aînés se firent appeler «comte de Sérillac», mais un religieux comme

60. AD Sarthe, 1 MI 1188 R1, 9 mai 1696, baptême de Charles-René-Hubert de Faudoas.
61. AD Sarthe, 1 MI 1185 R2, 13 décembre 1723, baptême de Louis-Charles-René de Faudoas.
62. AD Sarthe, 1 MI 1185 R2, 27 janvier 1725, baptême de Louis-Hervé-Charles-René de Faudoas.
63. AD Sarthe, 1 MI 1185 R2, 2 avril 1726, baptême de François-Louis de Faudoas.
64. AD Sarthe, 1 MI 1188 R1, 4 novembre 1756, baptême de Marie-Louis-Charles-Antoine-René de Faudoas.

Marie-Louis-Charles-Antoine-René était appelé «l'abbé de Faudoas» et le puîné de la fratrie, Armand-Henri-François-Pierre, «le baron de Faudoas», titre honorifique qui, là encore, ne renvoyait pas à la détention d'une baronnie, mais qui indique la prééminence du nom de famille, de maison, sur celui du comté de Sérillac, pourtant identitaire de cette branche.

Les évolutions de la noblesse avaient conduit à une accentuation de sa définition par le sang et au détachement relatif vis-à-vis des biens porteurs de dignité qui la soutenaient auparavant. L'énorme travail généalogique demandé par la monarchie lors des grandes enquêtes de noblesse imposa aux familles du second ordre de chercher leurs ancêtres en ligne paternelle. Tout cela contribua à modifier la manière dont elles se pensaient et à leur faire adopter des comportements en patrilignage, c'est-à-dire des pratiques qui faisaient primer les descendants masculins collatéraux sur les descendantes en ligne directe et qui reposaient sur l'idée que la segmentation lignagère n'était pas une coupure définitive. De nombreux autres exemples le prouvent, telle la maison de Mesgrigny qui était liée à la possession du marquisat du même nom. Après la mort en 1732 de Charles-Hubert, puis en 1741 celle de sa sœur Gabrielle, dernière représentante de la branche aînée de ce patrilignage, tous les deux sans descendants, le marquisat fut divisé entre les enfants de leur autre sœur, Françoise-Louise-Marie, qui était décédée en 1729 et avait épousé quarante ans plus tôt Jacques-Léon Bouthillier de Chavigny. Leur cousin au sixième degré, Louis-Marie, ne fut pas, contrairement à Charles-René de Faudoas, en capacité de leur racheter les terres en question. Il reprit néanmoins le titre de marquis de Mesgrigny et fit des terres de Villebertin et de Briel, qu'il détenait et qui étaient proches de celles composant le marquisat désormais démembré, le cœur de son patrimoine. Une autre solution adoptée consistait, le cas échéant, à marier l'héritière d'une lignée bien identifiée par un nom, souvent la lignée aînée, avec le représentant d'une branche cousine. C'est ainsi que Marie-Madeleine de Monchy, fille et héritière de Charles, marquis de Sénarpont, fut mariée avec son cousin Nicolas de Monchy, de la branche cadette des barons de Vismes, qui reprit le titre de marquis de Sénarpont. Le maintien de la topolignée (Guerreau-Jalabert, 1990) dépendait ainsi d'une alliance au sein du patrilignage, non de la seule présence d'une héritière capable, par elle-même, d'assurer la continuité de ce qui avait autrefois été considéré comme une «maison» (Haddad, 2024).

4. L'idéal et le matériel

Les généalogies publiées comme celles de l'abbé de Séguenville contribuaient puissamment à ancrer dans les représentations le patrilignage comme mode d'existence des familles nobles relevant, d'une identité commune parce qu'issues d'une origine commune. Plus cette origine était lointaine dans le temps, plus la maison en était valorisée. Séguenville faisait remonter les Faudoas au XI[e] siècle, débutant sa préface ainsi:

> L'idée que l'on a en Guienne de la Maison de Faudoas, lui est si avantageuse, qu'elle y est généralement regardée comme l'une des plus distinguées de cette Province, par l'antiquité de sa Noblesse, par ses Alliances, & par ses Emplois militaires. Cette idée est d'autant plus juste, qu'elle est fondée sur des Titres authentiques, sur le témoignage de nos historiens anciens & modernes; et en un mot, sur une tradition qui n'a jamais été contestée. C'est ce que je prouverai dans la suite de cette Genealogie […][65].

L'idéalisation est une constante de cette littérature généalogique, d'abord par l'importance accordée à l'ancienneté, manifeste dans ce passage, ensuite par la fiction d'un patrilignage stable dans le temps, alors même que la reconnaissance de parenté pouvait s'être tout à fait perdue entre les différentes branches, voire avoir été volontairement abandonnée. L'idéologie patrilignagère à l'œuvre dans ces généalogies publiées niait le fonctionnement de la parenté «à maisons» (Lévi-Strauss, 1979) qui avait eu cours aux siècles précédents. Dans la notice que Séguenville consacre à Jean-François de Faudoas, comte de Belin, il cite la clause de relèvement de nom et d'armes du contrat de mariage avec Renée de Faudoas et l'accompagne de ce commentaire:

> C'est à des conditions que se marioient presque toûjours les heritieres riches & d'illustre famille. Jalouses de leur nom, elles le conservoient dans leur posterité, & faisoient perdre celui de leurs maris, quoique d'ailleurs aussi noble & aussi ancien que le leur[66].

Pour désigner les enfants issus de ce couple, il leur donne à tous le nom de «Faudoas-Averton», refusant la continuité de la maison portée par la clause du contrat de mariage, refusant qu'une maison puisse se poursuivre par l'intermédiaire d'une transmission féminine, et donnant la prééminence au patrilignage, conformément à l'idéologie dominante de son temps. Sa généalogie intègre donc les d'Averton au patrilignage des Faudoas, désigné sous le terme de «maison», *reconfigurant le passé et les contours de ce groupe de parenté*.

Enfin, l'idéalisation du patrilignage dans la littérature généalogique passait par le caractère éminemment encomiastique du propos. Cependant, au XVIII[e] siècle, les enquêtes de noblesse avaient généralisé la nécessité de fonder les reconstitutions généalogiques sur des preuves (Piétri, 2009), à un moment où, par ailleurs, s'étendaient les méthodes de l'érudition mabillonienne. L'heure n'était plus aux «généalogies fabuleuses» (Bizzocchi, 2010) ou à la preuve coutumière qui s'accommodait sans peine de témoignages oraux et de mentions dans des ouvrages épars. Tout le monde ne voyait pas d'un bon œil ce nouvel état de fait. Les contestations de nobles contre l'injonction à apporter des preuves de noblesse pour briguer

65. *Histoire généalogique de la Maison de Faudoas […]*, Montauban, F. Descaussat, 1724, préface.
66. *Ibid.*, pp. 243-244.

des charges ou des places existent encore au XVIII[e] siècle[67]. La correspondance reçue par d'Hozier en conserve de nombreuses traces. En 1742, Charles-René de Faudoas écrivait une lettre lapidaire au juge d'armes de France:

> J'arive monsieur de chez monsieur le comte de tessé qui m'a dit de vous mander qu'il ne pouvoit recevoir mon fils page de la raine qu'il n'ut votre certificat […] il m'a dit de vous mander qu'il y avoit eu le chevalier de Serillac page de la petite ecurie il y a 35 ou 40 ans etc. voilà toute ma preuve faite[68].

Cette lettre avait été précédée de deux autres par lesquelles le comte de Sérillac avait déjà avancé l'argument selon lequel ses preuves ayant été faites, il n'avait nul besoin de présenter celles de son fils. Un agacement était nettement perceptible dans sa missive et fut perçu par d'Hozier qui dut répliquer sèchement, puisque dans une nouvelle lettre, dix jours plus tard, Charles-René de Faudoas commençait sur un tout autre ton: «Je suis bien faché monsieur que vous aié pris mal le sens de ma lettre car je n'ay point eu intention de vous faire aucune pene»[69]. Le comte de Sérillac dut envoyer les documents exigés par le juge d'armes. Dans une nouvelle lettre du 3 février 1743, il le priait de ne rien lui demander de plus, les archives familiales étant en Gascogne et, par conséquent, à lui inaccessibles. Il ajoutait avec quelque amertume et son orthographe approximative:

> Au bout du comte monsieur cela me paroit bien inutille, on *ço*it bien que nous somme de bonne maison et ce sont seux la qui n'ont point de titre ou tres peu, je vous dire que ie suis a lire un mien livre que l'on nomme les comentere de blese de monluc marechal de France qui trete de son sien cousin le capitene de Serillac en 1525 et en un autre extrait en l'anné 1534 le roy donna 1000 homme au senechal de toulouse seigneur de faudoäs[70].

La prévalence de l'ancienneté et la délimitation du groupe de parenté nobiliaire en ligne paternelle n'étaient pas mises en question par le comte de Sérillac qui acceptait cependant difficilement d'avoir à se plier à des exigences de contrôle. D'autres, en revanche, s'investirent pleinement dans ces recherches généalogiques, consultant les d'Hozier, qui jouaient le rôle d'experts en la matière. En 1757, Marie-Charles-Antoine de Faudoas écrivait de Bayeux une lettre au juge d'armes dans laquelle il lui faisait part du dessein qu'il avait «depuis longtemps de faire faire [s]a genealogie», ajoutant:

67. L'un des moyens utilisés par des noblesses provinciales pour conserver un regard sur la reconnaissance de l'appartenance au second ordre fut la commande de nobiliaires (Piétri, 2014). En Espagne aussi, la contrôle de l'appartenance à la noblesse conféra une place sociale importante à ceux qui en étaient chargés, comme au «Rey de Armas» (Berrendero, 2009).

68. BNF, Nouveau d'Hozier (NH) 129, dossier Faudoas, f. 6, 7 novembre 1742, lettre Faudoas / d'Hozier.

69. BNF, NH 129, dossier Faudoas, f. 8, 17 novembre 1742, lettre Faudoas / d'Hozier.

70. BNF, NH 129, dossier Faudoas, f. 10, 3 février 1743, lettre Faudoas / d'Hozier.

> Je travaille depuis plusieurs année a ramasser les titres de la maison et comme nous sommes de la gascongne j'ai eust un peu de peine a les recouvrir. Cependant j'en suis venu a bout et il ny a plus aujourdhuy qu'a les arranger[71].

Attitude bien différente de celle de son cousin de la branche cadette – et l'on peut aussi noter au passage la différence dans la maîtrise de l'écriture et de la graphie entre les deux hommes. Le marquis de Faudoas cherchait à savoir quelle était la vraie livrée de la maison de Faudoas et si ses membres avaient le droit de porter deux anges pour support de leurs armes, ces dernières étant selon lui une croix d'or à azur avec des fleurs de lys. Une discussion érudite s'en suivit à propos de la véracité de lettres patentes que Charles VII aurait accordées aux Faudoas en 1434 les autorisant à porter trois fleurs de lys sur leurs armes. Dans une lettre non datée, d'Hozier jugeait ces lettres «très fausses» et Du Fourny, l'auditeur des Comptes qui les lui avait envoyées, en était tombé d'accord (BNF, NH 129, dossier Faudoas, ff. 24-25). L'affaire est significative de l'importance que revêtait aux yeux de Marie-Charles-Antoine la conformité de ses armoiries et de sa livrée avec celles de la maison Faudoas entendue comme le patrilignage qui remontait au XI^{e} siècle…

La conception patrilignagère qui l'emportait dans les représentations de la parenté noble, conséquence des transformations sociales et politiques du second ordre qui lui avaient conféré une réalité concrète dans la vie des familles nobles, supposait donc un travail d'enquête important. Pour autant, cette conception que l'on a vue dans les phénomènes de transmission n'était pas homologue au résultat du travail d'investigation généalogique et tous les deux étaient porteurs de difficultés matérielles qui venaient contrarier l'idéal patrilignager. Il est par exemple remarquable que le souvenir de l'installation des Faudoas dans le Maine était relativement imprécis pour ces derniers. Charles-René, de la branche cadette, écrivait ainsi à d'Hozier:

> Notre origine est de gascogne comme vous le veré par mes genealogie que ie vous envoie ie vous en envoie une petite pour voir les blasons des armes nous ne somme etably au pais de maine a ce qui parais que depuis 1592 mais aparament que mon bisayeut avet 30 ou 40 ans quand il ce maria[72].

Quinze ans plus tard, Marie-Charles-Antoine écrivait de son côté: «Notre branche est sortye de la gascongne ou nous prenons notre origine depuis environ cent ans; et soit par negligence ou par oubli, on a fait un changement tant dans la livrée que dans les armes»[73]. Si Charles-René savait, avec quelque hésitation cependant, que son ancêtre avait dû s'installer dans le Maine en 1592, en revanche, le marquis de Faudoas situait cette arrivée environ soixante ans plus tard… Il semble par ailleurs avoir ignoré les jeux de manipulation et de changement des

71. BNF, NH 129, dossier Faudoas, f. 14, 3 mai 1757, lettre Faudoas / d'Hozier.
72. BNF, NH 129, dossier Faudoas, ff. 4-5, 24 octobre 1742, lettre Faudoas / d'Hozier.
73. BNF, NH 129, dossier Faudoas, f. 14, 3 mai 1757, lettre Faudoas / d'Hozier.

armes qui étaient fréquents. Il faut souligner l'imprécision de leur connaissance généalogique et le hiatus entre le souvenir et l'idéal généalogique patrilignager. Ces lettres sont postérieures à la publication de la généalogie de l'abbé de Ségenville, qui n'était donc pas arrivée jusqu'aux Faudoas du Maine. Ainsi, le travail de construction d'un savoir sur le patrilignage ne touchait pas tous les membres de celui-ci, il n'était pas à même, à lui seul, de surmonter les ruptures opérées par l'histoire dans cette parenté idéelle. La mémoire familiale nobiliaire, quelle que fût l'importance qui était accordée au passé, la valeur donnée à l'ancienneté et malgré les obligations de fournir ses preuves, n'était pas du même ordre que celle des généalogies publiées ou confectionnées par les hommes de l'art. Là encore, il y avait loin entre l'idéal du patrilignage et sa réalité concrète.

En outre, le rôle central de l'alliance dans la vie des maisons nobles et le caractère pleinement cognatique de la parenté faisaient que, socialement, le patrilignage n'était pas le seul à être valorisé. On trouve, dans le Cabinet des titres, plusieurs généalogies imprimées des Faudoas qui remontent en ligne féminine ou indifférenciée. L'une d'elle part dans sa partie droite de Louis-Hervé-Charles-René de Faudoas (20.e degré), fils de Charles-René comte de Sérillac et de Catherine Henriette des Moulins de l'Isle, et remonte de degré en degré à Renée de Brie, mariée à François de Faudoas (le 6 novembre 1567 selon la généalogie qui donne une date fausse), 16.e degré, puis à Jeanne de Dreux, dame de Saquenville, mariée à Jean de Brie, seigneur de Serrant, tué à la bataille de Poitiers en 1316 (7.e degré), et de là à Robert de France, comte de Dreux, 1.er degré, fils de Louis VI le Gros, ce qui permet de redescendre, dans la partie gauche, en mettant les rois de France et les grandes familles princières en parallèle de l'ascendance des Faudoas, et donc d'affirmer un lien de parenté, certes lointain, certes en passant par des maillons féminins, mais néanmoins prestigieux. Une autre généalogie fait remonter Louis-Hervé-Charles-René de Faudoas, par les Brie, à Isabeau de Maillé-Brezé, première femme de Jean de Brie, seigneur de Serrant, bailli de Senlis, mort en 1444, fille de Péan de Maillé, chambellan de René, duc d'Anjou et roi de Sicile, ce qui permet en redescendant d'arriver à Claire-Clémence de Maillé, duchesse de Fronsac, épouse du Grand Condé: était ainsi affichée une parenté avec les princes de Condé et les princes de Conti[74]. Conservées en plusieurs exemplaires dans les dossiers du Cabinet des titres, ces généalogies imprimées étaient sans doute distribuées, dans des occasions que nous ignorons encore, comme marques d'apparat par leurs commanditaires, placés tout en bas à droite. Cela laisse supposer que de telles généalogies passant par des maillons féminins faisaient sens, que la parenté par les femmes était pleinement reconnue et pouvait être valorisée, ce que bien d'autres éléments attestent par ailleurs. Si le patrilignage domina dans les représentations au XVIIIe siècle, il ne fut jamais le mode unique et absolument déterminant de

74. BNF, PO 1104, dossier Faudoas, généalogies imprimées non datées, ainsi que DB 261, dossier Faudoas, mêmes généalogies.

l'organisation domestique nobiliaire, parce que l'idéal et le matériel ne furent jamais homologues. Comme toute production culturelle, la généalogie ne peut être séparée du substrat social et politique qui lui donne sens et lui confère une forme spécifique, ni des usages qui en sont faits (Soria Mesa, 2004; Butaud et Piétri, 2006; Rouchon, 2014; Jettot et Lezowski, 2016).

5. Conclusion

Le devenir social des Faudoas du Maine ouvre sur différents éléments importants pour comprendre la noblesse moyenne au XVIII[e] siècle. Cette famille est marquée par une continuité sociale forte, celle d'une noblesse militaire qui fonde son assise économique sur la rente foncière et sur des alliances homogames, sur un contrôle strict des mariages; une noblesse qui ne peut plus rêver accéder à la cour et qui se replie donc sur un pouvoir local. Mais cette continuité sociale masque des changements profonds qui sont ceux du second ordre dans son ensemble et qui ont des répercussions importantes: les ruptures entre les différents niveaux de la noblesse, les changements dans les modalités de transmission des biens et dans la manière de concevoir le groupe de parenté noble, l'importance accrue de l'ancienneté, du sang et du patrilignage dans la distinction et l'affirmation de la supériorité nobiliaires. Ces évolutions n'allèrent pas sans tensions, notamment parce qu'elles reposaient en dernière instance sur un contrôle monarchique quant à la définition et la délimitation du second ordre (Descimon, 1999). En outre, les Faudoas appartiennent à une noblesse qui reste à l'écart des principales dynamiques de la société (grand commerce, investissements industriels, rente courtisane), ce dont ils devaient bien se rendre compte.

La Révolution française, pour cette noblesse, dut revêtir un caractère ambigu. Elle remettait en cause les fondements de sa domination qui restait seigneuriale, mais dans le même temps elle ouvrait des perspectives de changements politiques que ces familles pouvaient regarder avec intérêt à l'heure où plus grand monde ne soutenait l'absolutisme et où l'aristocratie de cour accaparait la faveur royale. Les réactions contrastées des Faudoas du Maine en 1789 sont peut-être un signe de cela: alors que certains choisirent très vite l'exil, pour ne revenir que sous l'Empire, d'autres demeurèrent, participant à la vie politique locale, y compris durant la première année de la République. Mais l'ambivalence des Faudoas restés dans le Maine est manifeste dans les lettres privées qu'ils s'échangeaient et elle fut fatale à certains d'entre eux. L'exécution d'Augustin-Hervé, de sa sœur et de sa fille ne pouvait que provoquer une rupture définitive avec la Révolution et conforter leurs parents dans leur attachement à un passé largement reconstruit, fruit des évolutions du second ordre au cours du XVIII[e] siècle.

Les Faudoas retrouvèrent leur position locale dans un monde transformé après la période révolutionnaire et impériale, laquelle paradoxalement renforça la définition d'une noblesse – désormais privée de tout substrat féodal – fondée

sur le sang, transmis en ligne paternelle, et sur l'ancienneté, ainsi que la croyance que cette définition remontait aux origines de la monarchie. Les travaux érudits du XIX[e] et du début du XX[e] siècle achevèrent de naturaliser le patrilignage comme mode d'existence évident des familles nobles depuis le haut Moyen Âge. Le chanoine Ledru, qui publia à son tour en 1908 une histoire de la maison de Faudoas, travaillant pour la comtesse de Sérillac, eut accès à son chartrier privé, aujourd'hui disparu, et poursuivit une enquête documentaire remarquable au service d'un ouvrage organisé de la même manière que celui publié deux siècles plus tôt par l'abbé de Séguenville. Il amplifiait ainsi encore «l'effet de réel» du patrilignage (Morsel, 2004) et perpétuait la fiction d'une noblesse semblable à elle-même, dans sa définition comme dans sa structure de parenté, du XI[e] au XX[e] siècle.

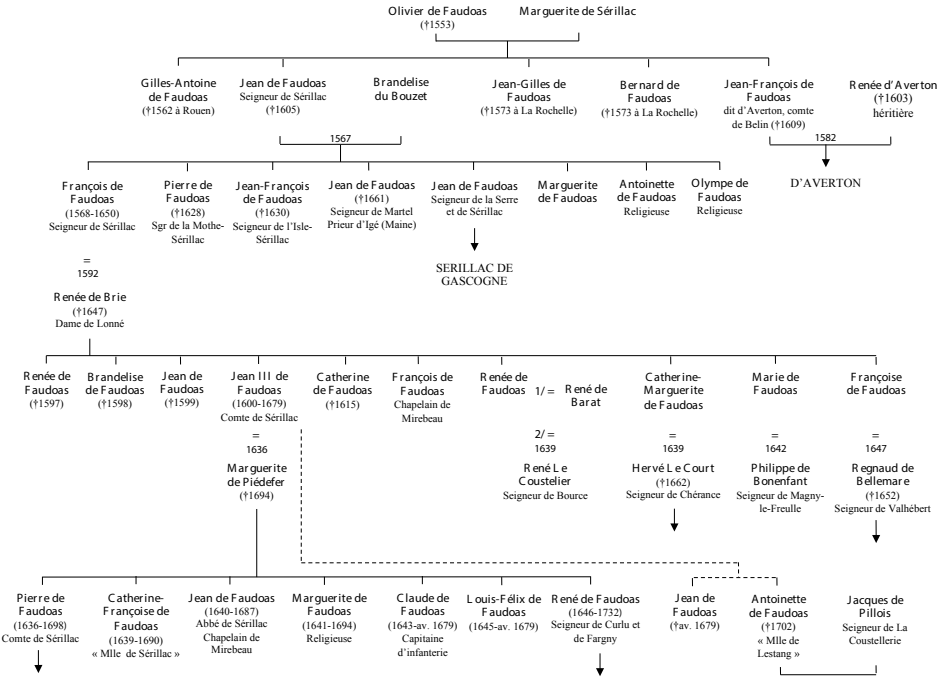


Figure 1. Généalogie des Faudoas du Maine (XVIe-XVIIe siècles)

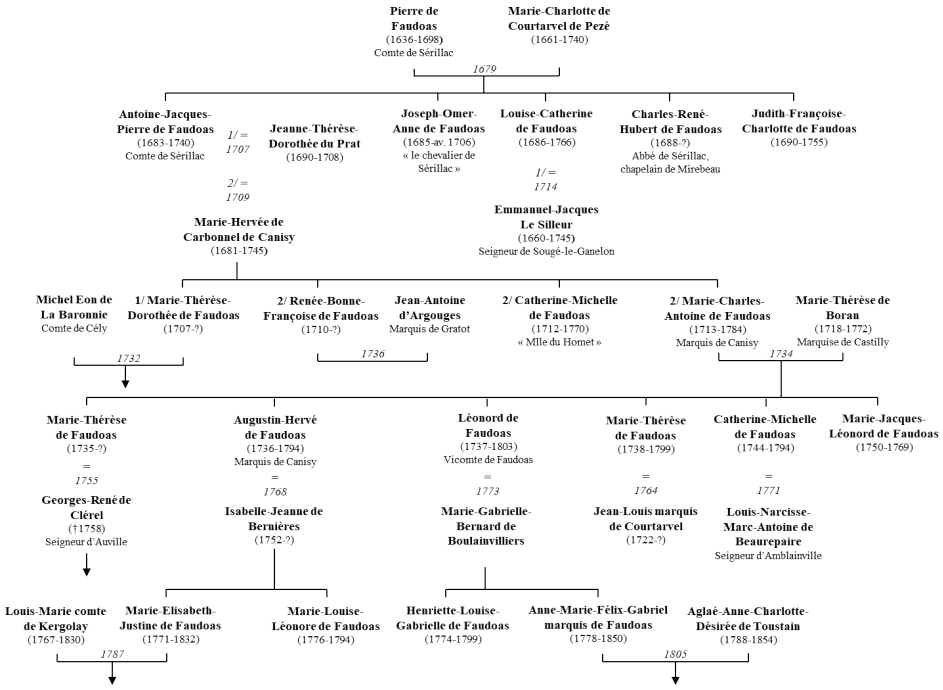


Figure 2. Généalogie des Faudoas de Canisy (XVIIIe siècle)

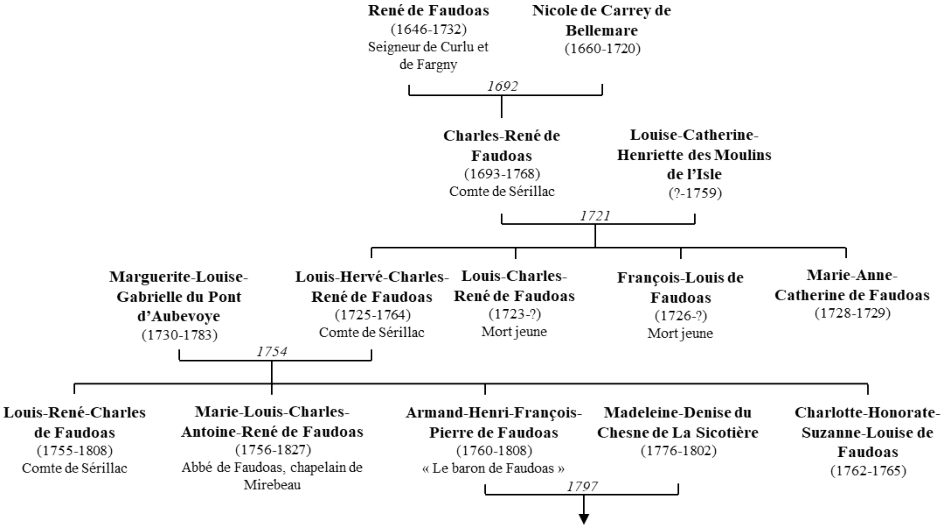


Figure 3. Généalogie des Faudoas de Sérillac (XVIIIe siècle)

6. Bibliographie

Aguiar, Miguel (2023), «Noms et armoiries: succession et héritage dans l'aristocratie portugaise à la fin du Moyen Âge», *Médiévales*, 84, pp. 133-154.

Berrendero, José Antonio Guillén (2009), «Blasones y esmaltes: Don Juan Alfonso de Guerra y Sandoval y el oficio de Rey de Armas», in Enrique Soria Mesa et Juan Jesús Bravo Caro (dirs.), *Las élites en la época moderna: La Monarquía Española. Vol. IV. La Cultura*, Córdoba: Universidad de Córdoba, pp. 185-204.

Bizzocchi, Roberto (2010), *Généalogies fabuleuses. Inventer et faire croire dans l'Europe moderne*, Paris: Éditions rue d'Ulm (éd. Italienne: 1995).

Bourquin, Laurent (1994), *Noblesse seconde et pouvoir en Champagne aux XVI^e^ et XVII^e^ siècles*, Paris: Publications de la Sorbonne.

Bourquin, Laurent (1997), «Partage noble et droit d'aînesse dans les coutumes du royaume de France à l'Époque Moderne», in *L'Identité nobiliaire. Dix siècles de métamorphoses (IX^e^-XIX^e^ siècles)*, Université du Maine: Publication du Laboratoire d'Histoire Anthropologique du Mans, pp. 136-165.

Butaud, Germain et Piétri, Valérie (2006), *Les Enjeux de la généalogie (XII^e^-XVIII^e^ siècle). Pouvoir et identité*, Paris: Autrement.

Chaussinand-Nogaret, Guy (1984), *La Noblesse au XVIII^e^ siècle. De la Féodalité aux Lumières*, 2.^e^ éd., Bruxelles: Complexe.

Constant, Jean-Marie (2004), *La Noblesse en liberté XVI^e^-XVII^e^ siècles*, Rennes: PUR.

Defauconprêt, Benoît (1999), *Les Preuves de noblesse au XVIII^e^ siècle. La réaction aristocratique. Avec un recueil de tous les ordres, honneurs, fonctions, écoles, chapitres, réservés à la noblesse*, Paris: L'intermédiaire des chercheurs et curieux.

Delille, Gérard (2003), *Le Maire et le prieur. Pouvoir central et pouvoir local en Méditerranée occidentale (XV^e^-XVIII^e^ siècle)*, Paris: Éd. de l'EHESS.

Delille, Gérard (2010), «Parenté et alliance en Europe occidentale. Un essai d'interprétation générale», *L'Homme*, 193, pp. 75-136.

Descimon, Robert (1999), «Chercher de nouvelles voies pour interpréter les phénomènes nobiliaires dans la France moderne. La noblesse, "essence" ou rapport social?», *Revue d'Histoire Moderne & Contemporaine*, 46(1), pp. 5-21.

Descimon, Robert (2005), «Un langage de la dignité. La qualification des personnes dans la société parisienne à l'époque moderne», in Fanny Cosandey (dir.), *Dire et vivre l'ordre social en France sous l'Ancien Régime*, Paris: Éd. de l'EHESS, pp. 69-123.

Dewald, Jonathan (2019), «Rethinking the 1 Percent: The Failure of the Nobility in Old Regime France», *American Historical Review*, 124(3), pp. 911-932.

Drévillon, Hervé (2005), *L'Impôt du sang. Le métier des armes sous Louis XIV*, Paris: Tallandier.

Eymeoud, Juliette (2024), *Le Siècle du célibat. Des célibataires nobles en France au XVII^e^ siècle*, Rennes: PUR.

Franco, Juan Hernández et Precioso Izquierdo, Francisco (2020), «Para más bien vincular y afianzar la unión. El largo proceso de reconstrucción de los Álvarez de Toledo en el siglo XVIII: las casas de Alba, Oropesa y Villafranca», *Hispania: Revista Española de Historia*, 80(265), pp. 439-465.

Franco, Juan Hernández et Molina Puche, Sebastián (2010), «Aristocracia, familia-linaje, mayorazgo: la casa de los marqueses de Villena en la Edad Moderna», *Historia Social*, 66, pp. 3-22.

Gasperoni, Mickaël (2009), *Popolazione, famiglie e parentela nella Repubblica di San Marino in epoca moderna*, San Marino: Centro Sanmarinese di Studi Storici.

Guerreau-Jalabert, Anita (1990), «El sistema de parentesco medieval: sus formas (real/espiritual) y su dependencia con respecto a la organización del espacio», in Reyna Pastor (dir.), *Relaciones de poder, de producción y parentesco en la Edad Media y Moderna*, Madrid: CSIC, pp. 85-105.

Haddad, Élie (2009), *Fondation et ruine d'une «maison». Histoire sociale des comtes de Belin (1582-1706)*, Limoges: PULIM.

Haddad, Élie (2014), «Qu'est-ce qu'une 'maison'? De Lévi-Strauss aux recherches anthropologiques et historiques récentes», *L'Homme*, 212, pp. 109-138.

Haddad, Élie (2015), «Kinship and Transmission within the French Nobility, Seventeenth and Eighteenth Centuries: The Case of the Vassé», *French Historical Studies*, 38(4), pp. 567-591.

Haddad, Élie (2016), «Noms de famille et noms de terre dans la noblesse française à l'époque moderne», *Annales de Démographie Historique*, 131, pp. 13-36.

Haddad, Élie (2024), *D'une noblesse l'autre. France, XVI^e^-XVIII^e^ siècle*, Ceyzérieu: Champ Vallon.

Hernández Franco, Juan et Rodríguez Pérez, Raimundo A. (2014a), «El linaje se transforma en casas: de los Fajardo a los marqueses de los Vélez y de Espinardo», *Hispania*, 247, pp. 385-410.

Hernández Franco, Juan et Rodríguez Pérez, Raimundo A. (2014b), «Formación y desarrollo de las casas nobiliarias castellanas (siglos XVI-XVII)», in Juan Hernández Franco, José A. Guillén Berrendero et Santiago Martínez Hernández (dirs.), *Nobilitas. Estudios sobre la nobleza y lo nobiliario en la Europa Moderna*, Madrid: Ediciones Doce Calles.

Horowski, Leonhard (2019), *Au cœur du palais. Pouvoir et carrière à la cour de France, 1661-1789*, trad. Serge Niémetz, Rennes: PUR.

Jettot, Stéphane et Lezowski, Marie (dirs.) (2016), *L'Entreprise généalogique. Pratiques sociales et imaginaires en Europe (XV^e^-XX^e^ siècle)*, Bruxelles: Peter Lang.

Ledru, Ambroise et Vallée, Eugène (1908), *La Maison de Faudoas. Gascogne, Maine, Normandie*, Paris: Alphonse Lemerre, 3 tomes.

Le Roy Ladurie, Emmanuel et Fitou, Jean-François (1991), «Hypergamie féminine et population saint-simonienne», *Annales ESC*, 46(1), pp. 133-149.

Lévi-Strauss, Claude (1979), «Nobles sauvages», in *Culture, science et développement: contribution à une histoire de l'homme: mélanges en l'honneur de Charles Morazé*, Toulouse: Privat, pp. 40-55.

Marraud, Mathieu (2000), *La Noblesse de Paris au XVIII^e^ siècle*, Paris: Seuil.

Meyer, Jean (1985), *La Noblesse bretonne au XVIII^e^ siècle*, 2.^e^ éd., Paris: Éd. de l'EHESS, 2 vols.

Morsel, Joseph (2004), «Le médiéviste, le lignage et l'effet de réel. La construction du *Geschlecht* par l'archive en Haute-Allemagne à partir de la fin du Moyen Âge», *Revue de Synthèse*, 125, pp. 83-110.

Nassiet, Michel (1991), «Signes de parenté, signes de seigneurie: un système idéologique (XV^e^-XVI^e^ siècle)», *Mémoires de la Société d'Histoire et d'Archéologie de Bretagne*, LXVIII, pp. 175-232.

Nassiet, Michel (1994), «Nom et blason. Un discours de la filiation et de l'alliance (XIV^e^-XVIII^e^ siècle)», *L'Homme*, 129, pp. 5-30.

Nassiet, Michel (2000), *Parenté, noblesse et États dynastiques XV^e^-XVI^e^ siècles*, Paris: Éditions de l'EHESS.

Nassiet, Michel (2006), «Les effectifs de la noblesse en France sous l'Ancien Régime», in Jaroslaw Dumanowski et Michel Figeac (dirs.), *Noblesse française et noblesse polonaise. Mémoire, identité, culture XVI^e^-XX^e^ siècles*, Pessac: MSH d'Aquitaine, pp. 19-43.

Piétri, Valérie (2009), «Bonne renommée ou actes authentiques: la noblesse doit faire ses preuves (Provence, XVII^e^-XVIII^e^ siècles)», *Genèses*, 74, pp. 5-24.

Piétri, Valérie (2014), «Les nobiliaires provinciaux et l'enjeu des généalogies collectives en France (XVII^e^-XVIII^e^ siècle)», in Olivier Rouchon (dir.), *L'Opération généalogique. Cultures et pratiques européennes entre XV^e^ et XVIII^e^ siècle*, Rennes: PUR, pp. 213-242.

Poncet, Olivier (2014), «Cercles savants et pratique généalogique en France (fin XVI^e^-milieu du XVII^e^ siècle)», in Olivier Rouchon (dir.), *L'Opération généalogique. Cultures et pratiques européennes entre XV^e^ et XVIII^e^ siècle*, Rennes: PUR, pp. 101-136.

Richard, Guy (1997), *La Noblesse d'affaires au XVIII^e^ siècle*, 2.^e^ éd., Paris: Armand Colin.

Rouchon, Olivier (dir.) (2014), *L'Opération généalogique. Cultures et pratiques européennes entre XV^e^ et XVIII^e^ siècle*, Rennes: PUR.

Ruggiu, François-Joseph (1997), *Les Élites et les villes moyennes en France et en Angleterre (XVII^e^-XVIII^e^ siècles)*, Paris: L'Harmattan.

Ruggiu, François-Joseph (2002), «Ancienneté familiale et construction de l'identité nobiliaire dans la France de la fin de l'Ancien Régime», in Josette Pontet, Michel Figeac et Marie Boisson (dirs.), *La Noblesse de la fin du XVI^e^ au début du XX^e^ siècle, un modèle social?*, Anglet: Atlantica, t. I, pp. 309-325.

Salas Almela, Luis (2016), «Estrategias económicas señoriales y matrimonio: el comportamiento nupcial de la casa de Medina Sidonia (1492-1658)», *Investigaciones Históricas: Época Moderna y Contemporánea*, 36, pp. 13-39.

Soria Mesa, Enrique (2004), «Genealogía y poder. Invención de la memoria y ascenso social en la España Moderna», *Estudis. Revista de Historia Moderna*, 30, pp. 21-55.

Soria Mesa, Enrique (2009), «Tomando nombres ajenos. La usurpación de apellidos como estrategia de ascenso social en el seno de la élite granadina durante la época moderna», in Enrique Soria Mesa, Juan Jesús Bravo Caro et José Miguel Delgado Barrado (dirs.), *Las élites en la época moderna: La Monarquía Española. Vol. I. Nuevas perspectivas*, Córdoba: Universidad de Córdoba, pp. 9-27.

Stone, Lawrence (1986), «Inheritance strategies among the English Landed elite, 1540-1880», in Bernardi, Bernardo *et al.*, *Le Modèle familial européen: normes, déviances, contrôle du pouvoir. Actes des séminaires organisés par l'École française de Rome (1984)*, Rome: École française de Rome, pp. 267-290.

Toublet E. (1912), «La famille de Courtarvel», *Revue historique et archéologique du Maine*, 71(1), pp. 121-142; 71(2), pp. 217-277; 72, pp. 51-78.

ISSN: 1576-7914 - e-ISSN: 2341-1902
DOI: https://dx.doi.org/10.14201/cuadieci20252685104

LA VIRTUD NOBILIARIA NO PUEDE SER MÁS QUE VIRTUD CRISTIANA. NOTAS SOBRE EL PENSAMIENTO ECLESIÁSTICO ESPAÑOL DEL SIGLO XVIII*

Noble Virtue can only be Christian Virtue. Notes on Spanish Ecclesiastical Thought of the Eighteenth Century

Antonio IRIGOYEN LÓPEZ
Universidad de Murcia
adiri@um.es

Juan HERNÁNDEZ FRANCO
Universidad de Murcia
jhf@um.es

Fecha de recepción: 03/07/2024
Fecha de aceptación: 26/10/2024

RESUMEN: Este trabajo tiene como objetivo principal analizar la caracterización de la nobleza que hacían los tratadistas eclesiásticos en la España del siglo XVIII. De esta forma, se propugnaba que el principal componente de este grupo social era la virtud. Pero esta, a pesar de sus orígenes clásicos, solo tenía sentido desde los fundamentos que proporcionaba la religión católica. Con ello se cimentaba la posición dominante de la nobleza en el régimen estamental, al tiempo que se justificaba el adoctrinamiento que trataba de imponer el clero en una sociedad que iba recibiendo nuevas ideas y que tendía a secularizarse.

* Este trabajo forma parte del proyecto de investigación PID2020-113509GB-I00: *Generaciones inciertas. Las familias de los influyentes españoles en tiempos de transformación (1740-1830)*, financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación, y del proyecto de investigación 21883/PI/22: *De Fajardo a Toledo: el marquesado de los Vélez en el siglo XVIII. Relaciones familiares y dominio señorial en el sureste español (1691-1814)*, financiado por la Fundación Séneca. Agencia de Ciencia y Tecnología de la Región de Murcia. En las citas textuales se ha actualizado la grafía.

Palabras clave: nobleza; virtud; pensamiento eclesiástico; mérito; vicio; pecado.

ABSTRACT: The main objective of this paper is to analyze the characterization of the nobility made by ecclesiastical writers in Eighteenth Century Spain. In this way, it was proposed that the main component of this social group was virtue. But this, despite its classical origins, could only make sense from the foundations provided by the Catholic religion. This cemented the dominant position of the nobility in the estate regime, while justifying the indoctrination that the clergy tried to impose in a society that was receiving new ideas and tending to secularize.

Key words: nobility; virtue; ecclesiastical thought; merit; vice; sin.

1. Introducción

Cuando se pretende caracterizar conceptualmente la nobleza, siempre se destacan dos componentes esenciales: honor y virtud. Es cierto que el primero es el que mayor atención historiográfica ha obtenido, si bien, ya desde los últimos años de la pasada centuria, la virtud comienza a ser valorada en su justa medida, como prueban firmemente los trabajos de Carrasco Martínez (2023, 2004, 1998) y Guillén Berrendero (2021, 2007, 2003). Precisamente, ha sido este último autor quien más se ha centrado en indagar sobre la conformación de la idea de nobleza en la España moderna, partiendo del análisis de dos tratados aparecidos a finales del siglo XVI: *Diálogos de la fantástica filosofía*, de Francisco Miranda Villafañe, publicado en 1581, y *Tratado de nobleza*, de Juan Benito Guardiola, aparecido diez años después. De este modo, ha establecido que la esencia nobiliaria descansaba en el comportamiento virtuoso, puesto de manifiesto a través de los valores con los que se identifica: fortaleza, templanza, justicia y magnanimidad (Guillén Berrendero, 2007: 239).

La evolución de este pensamiento –con los consiguientes debates entre la nobleza de sangre (heredada) y la nobleza de mérito (adquirida), y, en esta última, entre las armas y las letras– y su cristalización en el siglo XVIII han sido tratadas por Precioso Izquierdo (2022, 2020, 2018a, 2018b), también en colaboración con otros autores (Gutiérrez de Armas y Precioso Izquierdo, 2020; Hernández Franco y Precioso Izquierdo, 2019), así como por Guillén Berrendero (2020). De este modo, junto al mantenimiento de los antiguos componentes, al concepto de nobleza se añadían nuevos valores que tenían que ver con la proyección y la utilidad públicas de los individuos, preparando una transición del honor a la honradez, ya en los albores del siglo XIX (Ortega del Cerro, 2018). En cualquier caso, durante la centuria ilustrada se continuó poniendo el énfasis en la virtud como característica fundamental de la nobleza. Buena prueba de ello la encontramos en que uno de los tratadistas más destacados, José Manuel Trelles (1736: 16-20), en su obra *Asturias Ilustrada*… dedica el tercer capítulo al fundamento virtuoso de la nobleza y,

en clara relación con las propuestas aristotélicas al respecto, manifestaba que el mundo está divido entre «plebeyos y viles» y una minoría, los mejores, que son los nobles, y esa «nobleza tuvo su principio en la Virtud».

No deja de ser hasta cierto punto sorprendente que dentro de los autores que reflexionaron sobre el significado de la nobleza y establecieron relación entre nobleza y virtud, la presencia de los eclesiásticos fuera muy destacada. Entre la segunda mitad del siglo XV y la primera del XVII, Diego de Valera, Juan Benito de Guardiola, Antonio Agustín o Pedro Salazar de Mendoza, posiblemente, sean los más sobresalientes. Precisamente, en este trabajo se pretende analizar si en las concepciones que se dieron sobre nobleza en los dos primeros tercios del siglo XVIII el componente religioso aparecía y, en caso de respuesta afirmativa, si tenía notable trascendencia.

En la Edad Media, el pensamiento eclesiástico apuntaló la posición preeminente de la nobleza porque su pretensión última era el mantenimiento de la estructura privilegiada de la sociedad; a fin de cuentas, el esquema tripartito fue obra suya. En la España moderna, la alianza entre monarquía, nobleza e Iglesia contribuyó a la implantación del programa contrarreformista, así como al mantenimiento de una sociedad estamental. Con razón habla Guillén Berrendero (2007: 31) de la creación de una verdadera religión del privilegio. Todo ello tuvo, cuando menos, dos consecuencias: la religión debía seguir ocupando la centralidad de la vida social y de los comportamientos de los seres humanos y, segundo, la nobleza era el primer y principal grupo social, pero siempre que cumpliera con sus obligaciones religiosas que, ya desde sus orígenes medievales, conllevó la protección de la Iglesia.

Esto planteó no pocos problemas, no siendo el menor de ellos el desajuste de los comportamientos y actitudes de los nobles con las exigencias que implicaban los preceptos cristianos (Sosa Mayor, 2017: 18). Pero, en la España moderna, el catolicismo se convirtió en una seña de identidad social inevitable (Contreras, 1999) para todos los estamentos, de tal forma que también los nobles debieron adecuar sus comportamientos y actitudes a las directrices emanadas desde la Iglesia. Dicho de otro modo, también ellos se vieron sometidos al proceso de disciplinamiento. La recién citada obra de Igor Sosa analiza a la perfección toda esta problemática entre 1550 y 1650.

En el siglo XVIII, una vez asumida la división de la cristiandad tras el fin de la era de la confesionalización, la función religiosa de la nobleza ya no podía ser la defensa beligerante de la fe como lo fue en los siglos antecedentes: ese tiempo había pasado. Ahora, en apariencia, podría ser más sencillo, pues bastaría con destacar el peso de lo religioso en la vida de las personas y de la sociedad. Este nuevo cometido ¿tenía que ver con la necesidad de hacer frente a la difusión de nuevas ideas y valores, así como a las nuevas prácticas de sociabilidad?

Era lógico, por tanto, que los autores eclesiásticos de forma mayoritaria emprendiesen una defensa de los valores religiosos y de su papel predominante en la sociedad, la cual debían articularse en torno a ellos. ¿Tuvo esto consecuencias en

la caracterización de la nobleza durante el siglo XVIII? La hipótesis que se defiende en este trabajo es que sí. Los tratadistas insistieron en destacar la función religiosa subyacente en la esencia de la idea de nobleza. De esta manera, en tanto que estamento principal de la sociedad, la nobleza debía tener como componente principal la virtud, pero una virtud que era eminentemente cristiana porque se oponía al pecado y al vicio. Esta sería la vía más adecuada para enfrentar las transformaciones de todo tipo que se estaban propagando por la sociedad española del siglo XVIII y que estaban propiciando el arrinconamiento de las obligaciones religiosas, lo que, inevitablemente, traería desorden, caos, vicio, pecado. La sociedad estamental –y con ella los privilegios de que gozaban nobleza y clero– estaba en peligro.

2. Fuentes y metodología

Para la confección de este trabajo se procedió a buscar obras de eclesiásticos del siglo XVIII que se habían ocupado de la nobleza, recurriendo a diferentes repositorios digitales que permitían ecuaciones de búsqueda complejas. Puesto que desde el primer momento se determinó que los escritos de Feijoo serían objeto de especial atención[1], se intentó circunscribir la búsqueda a los años centrales de la centuria. Aunque aparecieron algunos resultados interesantes, se determinó que no eran suficientes, por lo que se amplió el marco temporal a todo el siglo, incluso considerando los años finales del siglo XVII, con el fin de comprobar si existía una continuidad discursiva y argumentativa. Para manejar esta documentación, la metodología utilizada ha sido el análisis del discurso, potenciando el estudio comparativo de las diferentes obras.

Como se ha indicado, la base desde la que se partió fueron los discursos de Feijoo, en concreto, dos: «Virtud y vicio», que es el segundo discurso del primer tomo del *Teatro crítico universal*, publicado en 1726, y «Valor de la nobleza, e influjo de la sangre», segundo discurso del cuarto tomo, de 1730[2]. A ellos se añadieron dos tratados que versaban sobre la educación de los nobles: *El ayo de la nobleza*, de Íñigo Gómez Barradas (1762), y *El noble bien educado*, de Antonio Vila i Camps (1776). Un tercer libro parecía que iba a ser muy significativo; se trata del *Índice de la filosofía moral, cristiano-política, dirigida a los nobles de nacimiento y espíritu*, escrito por Antonio Codorníu (1746). En realidad, es un tratado de teología moral que se dirige a todos los fieles, si bien es cierto que suelen insertarse diversos pasajes que interpelan directamente a los nobles. No obstante, hay un capítulo que se dedica a reflexionar sobre los fundamentos de la nobleza y los comportamientos exigidos a los nobles.

1. Agradecemos al Dr. Francisco Precioso Izquierdo su sugerencia de estudiar los planteamientos de Feijoo sobre las virtudes de la nobleza.

2. Se ha consultado la edición digital del *Teatro crítico universal* contenida en https://www.filosofia.org

A manera de lo que sucede con este último libro, se han utilizado otras obras que tratan sobre la nobleza únicamente en algunas de sus partes, pero que se ha considerado que condensan bien el pensamiento eclesiástico sobre el concepto de nobleza. De este modo, se han analizado algunos sermones tanto de Antonio Armañá, que fue arzobispo de Tarragona a finales del siglo XVIII, como de José Aguilar, eclesiástico de la Compañía de Jesús, que tuvo gran predicamento en el virreinato de Perú a finales del siglo XVII y principios del siglo XVIII.

De este mismo lapso, se han consultado un par de obras más. En primer lugar, la *Guirnalda mística*, de Baltasar Bosch Centellas y Cardona, de la orden de los clérigos regulares, cuya primera edición se publicó en Amberes en 1701[3], actualización de otra suya anterior, *El triunfo de los santos, formada en el círculo del año*, aparecida en la misma ciudad en 1694. En ella, se relataba brevemente la vida del santo del día, seguida de unas meditaciones y de una oración. La festividad de san Zoilo lleva una reflexión sobre la nobleza.

Otra obra también publicada en 1694 fue *Primera parte y origen del honor, con los epítetos y resplandores, que dio en todas edades la virtud a lo heroico*, escrita por Anastasio Marcelino Uberte Balaguer y publicada en Nápoles, que funciona a modo de obra histórica y nobiliario. Sin embargo, lo interesante para este trabajo son las dos aprobaciones escritas por eclesiásticos, en las que se trata el concepto de nobleza.

3. El pensamiento eclesiástico sobre la virtud

Decía Domínguez Ortiz (1979: 54) que, respecto a los siglos XVI y XVII, en lo esencial no cambiaron los aspectos sociológicos de la Iglesia hispana durante el siglo de las Luces: aunque acusarán el impacto de las nuevas ideas y del nuevo contexto político con la llegada de los Borbones, no cambiarán de modo sustancial. Sin embargo, en una cronología prácticamente coincidente con la crisis de la conciencia europea de la que, ya en 1935, hablara Paul Hazard (1988), sí que se detectan algunas transformaciones en el pensamiento eclesiástico. Por un lado, la escolástica moderna entró en crisis, iniciándose su decadencia (Ramis Barceló, 2024: 285-286); por otro, los autores eclesiásticos hispanos denunciaban los peligros del mundo, esto es, de una vida social cada vez más activa, donde lo liviano y lo superfluo, el lujo y el ocio van progresando, en detrimento, claro está, del temor religioso. El paradigma podría encontrarse en el racionero de la catedral de Zaragoza, José Boneta, cuyas obras, con un evidente propósito disciplinario (González Polvillo, 2007), enlazaban con una larga tradición de obras ascéticas, desde Diego de Estella a Juan Eusebio Nieremberg, así como con la «*vanitas*» barroca. Si se permite el juego de palabras, el mundo en el siglo XVIII era cada vez más

3. Se ha utilizado la edición de 1724.

mundano. El libro titulado *Casos raros de vicios y virtudes, para escarmiento de pecadores, y ejemplo de virtuosos*, publicado a mediados de siglo por el franciscano Juan Laguna, vendría a corroborarlo, a la par que incidía en que precisamente el estadio moral que posee el noble lo alcanza, ya que se «ejercitaba en las virtudes» (Laguna, 1745: 280).

Una de las causas del rearme moral del clero se encontraría en la introducción de nuevas ideas procedentes del extranjero, algo que no solo tenía que ver con la introducción de la nueva dinastía borbónica, sino también con el fin del aislamiento cultural postridentino (Sánchez-Blanco, 1999: 65). Fueron los momentos de la primera Ilustración española. Pero también habría que añadir la relajación que se estaba produciendo en torno a lo religioso en numerosas zonas de Europa (Munck, 2001: 52-53). La tendencia fue rápidamente advertida por la Iglesia, que trató de recuperar el fervor piadoso, por lo que articuló diferentes estrategias: desde el incentivo de las misiones populares (Rico Callado, 2006) y la predicación hasta el incremento de la producción de obras de teología moral (Vidal, 2017: 923-977) y de manuales de confesores (Morgado García, 2009).

En consecuencia, el pensamiento eclesiástico del siglo XVIII no podía sustraerse de este contexto y, para actuar en él, se valió de unos planteamientos que emanaban de santo Tomás y de san Agustín y que concebían la existencia humana como una lucha continua entre el bien y el mal. El cielo frente a la tierra, frente al mundo. Si se quiere, la aspiración, o el ideal, frente a la realidad. La perfección frente a la imperfección. La virtud frente al pecado.

Como no podía ser otra manera, el clero se valió de las coordenadas sociales y culturales en torno a las cuales giraba la vida de los fieles para movilizarlos. Una de ellas era la preeminencia de la nobleza, la cual constituía la máxima expresión del régimen estamental y, en consecuencia, el ideal al que había que aspirar. De esta forma, sin abandonar el tradicional enfrentamiento entre las esferas celestes y terrenales, al tiempo que se defendían los valores estamentales vigentes, se ofreció a los creyentes asumir una posición privilegiada: eran hijos de Dios. Pertenecían a un selecto grupo: la Iglesia católica y, por todo ello, constituían una nobleza. Se igualaba a todos por arriba, de ahí el atractivo del mensaje: «No queramos, amados oyentes, obscurecer tan excelente título con acciones viles: no queramos degenerar de la distinguida nobleza, que por especial favor del cielo hemos adquirido con el nombre y realidad de hijos de Dios» (Armañá, 1796: 301).

Si algo caracterizaba a la nobleza como grupo social eran el honor y la virtud. Pues bien, como hijos nobles de Dios, su único comportamiento posible era el ejercicio de la virtud, lo que implicaba el rechazo a los vicios y al pecado:

> Porque la verdadera nobleza es la virtud, la cual no desprecia a Dios, mas antes le ama sobre todas las cosas. No lo ilustre del linaje, sino la nobleza de las virtudes, hacen al hombre acepto, y agradable a Dios. Aquel es noble, que no sirve a ninguna torpeza y aquella es verdadera nobleza, que hace a los hombres hijos de Dios, y herederos del reino de los cielos. (Bosch Centellas, 1724: 521)

Este texto pertenece al tomo primero de la *Guirnalda mística*, de Baltasar Bosch. El día 28 de junio se celebraba a san Zoilo, mártir cordobés «de nobilísimo linaje, y desde niño cristiano». Tras la narración de su martirio acaecido en el año 300, iban unas reflexiones en forma de meditación, que versaban sobre la verdadera nobleza, para terminar con una oración: «Ruega por los que aprecian la nobleza vana» (Bosch Centellas, 1724: 520-521).

La meditación de Bosch Centellas, que no es muy larga, tiene una estructura circular, con repeticiones y juegos de palabras y, por tanto, de conceptos. Se articula en torno a una aparente sencilla premisa: «la verdadera nobleza es la virtud» (Bosch Centellas, 1724: 521). Unos años antes, fray Juan del Santísimo Sacramento en la aprobación de la obra *Parte primera del origen y grados del honor*, de Anastasio Marcelino Uberte, decía «el original de la nobleza, que es la virtud» (Uberte Balaguer, 1694: 22). ¿Estarían de acuerdo con esta afirmación los grandes tratadistas nobiliarios de la España moderna? Sí y no. Porque, seguramente, objetarían que faltaba otro componente: el honor. Con todo, como señala Guillén Berrendero (2007: 41-42), desde la segunda mitad del siglo XVI, los tratadistas, a partir de Aristóteles, Cicerón e incluso Séneca, unieron indisolublemente virtud y nobleza, dando a aquella una connotación moral y a esta, una política. Pero los autores eclesiásticos no pueden olvidar que la virtud tenía un sentido religioso.

Si se acude al *Diccionario de la Real Academia*, resulta muy ilustrativo analizar hasta las ocho acepciones que se dan al vocablo virtud, así como sus sinónimos y antónimos. En realidad, se resumen en dos significados principales. Uno remite a la acción, el otro a la moral. El primero es la capacidad de obrar, mientras que el segundo añade la necesidad de hacerlo bien. Sin embargo, esto último no es imprescindible. Quizás todo remita al cambio que se produjo en el Renacimiento, cuando Maquiavelo eliminó del concepto *virtù* la dimensión moral que había predominado durante la Baja Edad Media y que enlazaba directamente con la Antigüedad, en especial con Aristóteles, para quien la virtud era la fuente de las mejores acciones y pasiones del alma (Garcés Giraldo, 2015: 127). Santo Tomás de Aquino señalaba que había tres *actos* opuestos a la virtud: el pecado, la malicia y el vicio. Es la connotación pecadora lo que permite a la Iglesia dotar al concepto virtud de contenido religioso.

Contra esta interpretación se rebelará Maquiavelo, junto a otros humanistas como Bartolomeo Sacchi y Giovanni Pontano, que ciertamente no llegan a ofrecer un significado sistemático del vocablo, pero sí hacen uso del mismo con completa consistencia. Se vuelve a reclamar el sentido de virtud dominante en la Antigüedad clásica. Sin negarla, Maquiavelo lo derivó hacia la utilidad política, en la medida de que la entenderá como una facultad humana: la capacidad para actuar de acuerdo a las propias convicciones e intereses personales, encaminados hacia la «fama y gloria» en muy alto grado (Skinner, 1995: 50-63). Como bien indica José Abad (2008), «la *virtù* está directamente asociada con la voluntad y la inteligencia, la acción y la destreza; es conocimiento y sagacidad». Y completa su definición con la cita de Federico Chabod (1984: 254) de que «la "virtud" de

Maquiavelo no es, como para nosotros, una cualidad "moral", sino energía, facultad de querer y de hacer, prescindiendo del contenido "moral" de esta energía y facultad». A lo largo de la Edad Moderna, irá asentándose esta concepción de virtud, al insistirse en su carácter de valor social orientado al bien público (Guillén Berrendero, 2007: 56).

Sin embargo, en la España moderna, lo moral se asociaba a lo religioso, a lo católico; en palabras de Melquiades Andrés (1996: 139-140), había «una unidad proclamada entre fe, o creencia, y vida, o moral». Era la consecuencia que surgía de la implantación del programa contrarreformista y del disciplinamiento social que conllevaba. Todo lo cual contribuyó a que se mantuviera la concepción de la existencia terrenal como lucha entre el bien y el mal, entre la virtud y el pecado.

De este modo, Bosch Centellas solo podía entender la virtud desde estos parámetros: la virtud, más que una cualidad moral, era cualidad religiosa porque descansaba en un principio básico: el cumplimiento de los mandatos divinos. Lo expuso claramente a fines del siglo XVI Alonso Rodríguez (1753: 66): «Todos obraremos con la mayor perfección, si observamos dos cosas: la primera, hacer lo que Dios quiere que hagamos; la segunda, hacerlo como quiere que lo hagamos. Esto cumplen los seglares, guardando los mandamientos». Por tanto, se exige del creyente una acción consciente: «Un aviso bien observado reduce el Señor toda nuestra perfección: Lo que es bueno, y justo, dice, hacedlo bien hecho, justa, y cabalmente. No está la virtud, y la perfección en hacer las cosas, sino en hacerlas bien como se deben hacer» (Alonso Rodríguez, 1753: 64).

Lo correcto, lo bien hecho, consistía en amar a Dios y, como no podía ser menos, en rechazar el pecado. De ahí que toda la meditación de Bosch se basara en la contraposición entre lo mundano y lo espiritual. Sin dejar lugar a la duda, se sostiene que la primacía corresponde a lo segundo, de tal manera que lo primero queda supeditado a él. «La religión cristiana no mira la nobleza del cuerpo, sino la virtud del alma» (Bosch Centellas, 1724: 521).

A grandes rasgos, estos planteamientos se mantuvieron entre la mayoría de autores eclesiásticos durante la primera mitad del siglo XVIII. Entre ellos, destaca una de las figuras intelectuales de este periodo como es el padre Benito Jerónimo Feijoo quien, igualmente, se ocupó del concepto de virtud, pero lo hizo con unos planteamientos originales, en los cuales se aprecia la huella del estoicismo de Séneca, pero partiendo de la práctica cristiana de la virtud, la cual la concebía como un hábito o una disposición de ánimo (González Feijoo, 1991: 75-79).

Sus planteamientos se hallan en el discurso segundo del tomo primero del *Teatro crítico universal* (Feijoo, 1745). Reconoce sin ambages que renuncia al tratamiento religioso del problema: «mostrando que aun en esta vida, prescindiendo del premio, y castigo de la otra, es mucho más molesto, y trabajoso el abandono a los deleites, que la práctica de las virtudes morales, y cristianas» (Feijoo, 1745: 20). Lo cual, como se puede apreciar del final de la sentencia, no le impide asociar moral y religión. Con todo, señala que «me serviré de aquellos argumentos, que ofrecen la razón natural, y la experiencia, tomando poco, o nada de las sentencias

de Padres, y dichos de filósofos» (Feijoo, 1745: 20). Esta forma de proceder ha sido resaltada por Sánchez-Blanco (1999: 118).

El argumento principal de Feijoo es que los vicios esclavizan al ser humano y le impiden su desarrollo, pues su única finalidad es conseguir satisfacerlos, algo que nunca logran porque siempre se quiere más: nunca lo logrado es suficiente. A lo que se añade el remordimiento de conciencia que, según el padre benedictino, a todos llegaba:

> Tan cierta es, y tan general aquella sentencia, que pone la Sabiduría en las bocas de todos los impíos, cuando llegan a la región del desengaño: *Lassati sumus in via iniquitatis, & perditionis, & ambulavimus vias difficiles*[4]. ¡Oh cuánto nos hemos fatigado en el camino de la perdición! No fue descanso el nuestro, sino cansera: no delicia, sino congoja. ¡Ay de nosotros, que hemos continuado la carrera de la vida, no por deliciosos jardines, o amenas florestas, sí por ásperas breñas, y sendas intrincadas! Esto dicen todos los condenados: *Talia dixerunt in inferno hi, qui peccaverunt*[5]. ¿Todos? Sí: todos lo dicen; y dicen la verdad. Todos los pecadores tienen su infierno pequeño en este mundo. Todos caminan por la aspereza para el precipicio. (Feijoo, 1745: 20)

Feijoo vuelve a identificar vicio y pecado, por lo que sitúa el debate moral en el ámbito religioso, algo lógico, debido a que, por su condición de eclesiástico, era un católico convencido (González Feijoo, 1991: 42). Aunque todo esto no interfirió en su pensamiento (Sánchez-Blanco, 1999: 118), lo cierto es que, si se producía alguna contradicción entre ciencia y religión, siempre se ponía del lado de la fe (González Feijoo, 1991: 42). Sea como fuere, si procedió a equiparar vicio y pecado, se debió a que vinculaba los remordimientos con algo tan humano como es el temor a la muerte, aun despojándolo de cualquier creencia religiosa:

> Demos que sea un resuelto Ateísta, tan ciego que ni aun duda le quede de la inmortalidad del alma, y que por consiguiente no le dé la menor pena la suerte de la otra vida. Por lo menos considera en la muerte un desapiadado, y feroz tirano, que le ha de despojar de cuanto tiene, y de cuanto ama […] Todos aman con intensísimo ardor la propia felicidad, y a proporción del ardor con que se ama, es el dolor con que se pierde. Este hombre, pues, que juzga haber llegado al colmo de la dicha, ni conoce otra que la que posee; ¿con cuánta angustia estará viendo que toda, sin reservar nada, la ha de perder en un día? (Feijoo, 1745: 29)

A continuación, Feijoo reflexiona sobre la virtud y no deja de confesar que el ejercicio de la virtud es difícil, por lo que requiere esfuerzo: «Los principios de la virtud son trabajosos» (Feijoo, 1745: 31). En una imagen hermosa, Feijoo dibuja la

4. Sabiduría 5: 7: «Nos hartamos de andar por sendas de iniquidad y perdición, atravesamos desiertos intransitables»: Biblia de Jerusalén, 1995: 932.

5. Sabiduría 5: 14. La traducción literal es: «Así dijeron los que pecaron en el infierno» y como tal aparecía en la Vulgata. En la versión actual de la Biblia de Jerusalén (1995: 933) no consta.

virtud como una montaña, pero que es diferente a las demás, pues las dificultades se encuentran en su base y no en la cima: «El monte de la virtud tiene desabrida la falda, y graciosa la eminencia» (Feijoo, 1745: 32-33). Por esta razón, los que la alcanzan, esto es, los que hacen de la virtud su forma de vida, son considerados personas excepcionales, héroes, aunque él jamás utilizó esa palabra:

> Esto está oculto a los ojos del mundo; el cual, antes bien al considerarle retirado a lo alto de la montaña, le juzga metido en una arduidad inaccesible. Piensa que aquel hombre no puede tener instante de reposo, imaginando que el sitio que habita es un campo donde batallan con la mayor furia los Elementos, y adonde se arroja con mayor fuerza el rigor de las tempestades. Pero a él le sucede lo mismo que al que escaló la cumbre del Olimpo, donde se goza siempre sereno el cielo. (Feijoo, 1745: 34)

Tal esfuerzo tiene su recompensa, y no solo en la vida eterna; antes bien, en la tierra:

> Pero expongamos con más especificación las conveniencias temporales de la virtud. Lo que es de mayor momento, si no el todo, en esta parte, es que, en todas aquellas cosas que esencialmente componen la felicidad temporal, conviene a saber, vida, salud, honra, y hacienda, es muy mejorado el virtuoso, respecto del que no lo es. (Feijoo, 1745: 35)

Termina el discurso con una explicación del mensaje de Cristo en el Evangelio de San Mateo en el que señala que el camino de la perdición es fácil, a diferencia del de la salvación[6]. Feijoo vuelve, entonces, al sentido religioso de la virtud, puesto que la recompensa final de ejercitarla es la vida eterna. Y aclara que el ejercicio de la virtud es más fácil cuando se cuenta con el auxilio divino y cuando se es consciente de que los vicios no son más que tentaciones con las que el demonio pretende apartar al ser humano del camino hacia Dios. Por más que Feijoo indique que los autores clásicos, tomando como ejemplo a Virgilio, también señalasen las dificultades de la virtud y las facilidades del vicio, al final, la virtud solo tenía sentido desde su concepción religiosa. Si este era el pensamiento de un ilustrado[7], es fácil colegir que, para otros autores eclesiásticos más anclados en posiciones tradicionales, esta perspectiva se hacía más evidente. Por tanto, será esta en la que insistan cuando equiparen virtud y nobleza o cuando traten de caracterizar las virtudes que debían adornar a los nobles.

6. San Mateo 7: 13-14: «Entrad por la puerta estrecha. Porque ancha es la puerta y espacioso el camino que lleva a la perdición, y son muchos los que entran por ella; mas, ¡qué estrecha la entrada y qué angosto el camino que lleva a la vida! Y pocos son los que la encuentran»: Biblia de Jerusalén, 1995: 1397.

7. Hay que estar de acuerdo con lo señalado a este respecto por Sánchez-Blanco (1999: 119).

4. La nobleza de mérito se fundamenta en la virtud

Los autores eclesiásticos, al insistir sobre la actuación del sujeto para conseguir la salvación mediante el ejercicio de la virtud, implícitamente estaban defendiendo la nobleza de mérito frente a la de sangre, tal y como lo expresó, a fines del siglo XVII, el jesuita José Antonio Marzal en el *Parecer y Aprobación* de la obra de Uberte Balaguer antes citada: «La virtud es la basa sobre la que se levanta el gran coloso de la verdadera nobleza» (Uberte Balaguer, 1694: 28). Lo ratificaría pasada la mitad del siglo XVIII el benedictino Gómez Barradas (1762) cuando afirmaba, ya en la portada de su obra, que la mejor nobleza era la adquirida.

Sin embargo, lo anterior no significa que se desacredite el valor del linaje. Ni mucho menos, ya que, como tantas veces ha resaltado James Casey (2001: 291-331), dentro del orden de las familias nobiliarias seguía contando el honor que confería un destacado y antiguo «pariente mayor». Pero es imprescindible la correcta acción individual, que es lo que da sentido y continuidad a la nobleza. Lo expresó de forma pretendidamente poética fray Juan del Santísimo Sacramento:

> Es la *Nobleza* como la *Nube*, que herida del *Sol*, con pretender ser retrato de su luz no pierde lo *horroroso*, denegrido, y pardo. Lo claro de lo heroico, es el *Sol*, que da resplandor a la *Sangre* en los sucesores, pero si aquella claridad de la *Virtud* no se conserva en la imitación, será el descendiente, *Nube*, que intentando ser retrato de luz, se queda en esfera de *Borrón* […] Hechos son los que ocupan los largos lienzos de la eternidad; los Blasones, que celebra la fama, no son triunfos de la naturaleza, sino esmeros del valor. Los lustrosos empleos del tiempo son sepulcros del olvido; nace a perpetuas memorias la vida, que se consagra a los afanes de la honra; entierra los créditos heredados el honor, que suda acongojado entre vicios. (Uberte Balaguer, 1694: 22-23)

Por consiguiente, carece de sentido centrarlo todo en el pasado, en la herencia. Por esta razón, como bien señala Francisco Precioso (2018b: 1018), Feijoo consideraba un error común la creencia de que la cualidad de la nobleza se transmitía por la sangre. Lo dijo con su sencilla claridad: «La virtud de nuestros mayores fue suya, no es nuestra» (Feijoo IV, 1745: 28). Se unía, de este modo, al discurso eclesiástico que establecía que la nobleza era una cuestión eminentemente personal, hasta el punto de sugerir, retomando las teorías de santo Tomás de Aquino, que sin virtud no existía la nobleza (Feijoo IV, 1745: 37). Ratificaba, de este modo, lo que decía Marzal: «Glórianse muchos de nobles por los ilustres títulos que gozan; pero si les faltare la virtud, y mérito, se engañan miserablemente; porque el esclarecido título en ellos no es más que una sombra sin cuerpo, o un cuerpo sin alma» (Uberte Balaguer, 1694: 28).

Según González Feijoo (1999: 70), los planteamientos de Feijoo también enlazaban con Fenelon acerca de que la nobleza no honra por nacimiento si durante la vida no se es merecedor de tal clase. Efectivamente, para el benedictino la verdadera nobleza surgía de la virtud personal que es lo que justificaba que fuera un «género de excelencia» (Precioso Izquierdo, 2018b: 1019), posición que, unos años después,

defenderá José Antonio Abreu, segundo marqués de la Regalía, en su discurso en la Real Academia Española del año 1748: «La verdadera gloria nace de las virtudes morales y no de las armas ni de la nobleza» (Precioso Izquierdo, 2018b: 1023).

Lo que la tratadística eclesiástica propugnaba es que el comportamiento del noble debía ser notable, excepcional: tenía que destacar para así igualar, o incluso superar, los méritos de sus antepasados:

> Los que nacieron nobles en el mundo, suelen decir, que han nacido con obligaciones. Dicen bien; porque la misma nobleza con que nacieron, les impone realmente obligaciones particulares […] las de hacer acciones verdaderamente nobles, esto es, justas, virtuosas, perfectas, ejemplares, de modo que sean tan sobresalientes en sus obras, como lo son en sus títulos o prerrogativas, (Armañá, 1796: 311)

Como puede apreciarse, en el pensamiento eclesiástico no se cuestiona la nobleza de sangre, aunque se insiste que sin el mérito personal se diluye:

> ¿De qué sirve a muchos que sus abuelos hayan merecido por sus virtudes la distinción de nobles, y caballeros, si por su proceder indigno degeneran de sus ilustres antecesores? No, desengáñate en este punto: tu nobleza nada tendría de realidad, si no conservaras con tus virtudes el mismo esplendor con que naciste. (Vila Camps, 1776: 189)

Esta vinculación entre virtud y herencia puede resumirse bien en el texto del jesuita Antonio Codorníu, cuyo pensamiento es calificado de aristocrático por Sánchez-Blanco (1996: 698), quien a la vez señala que sus planteamientos éticos se basaban en el concepto de honor:

> El nacimiento Noble tiene su causa en el origen, pero su esencia en los efectos. Si estos faltan, no posee la Nobleza quien la hereda: la padece. La Sangre ilustre es un antecedente que infiere esclarecidas obras; pero si estas no lo son, todo aquel antecedente se queda sin consecuencia. Arguye mucho, pero nada concluye; y por eso mismo, más arguye que ilustra, más reprende que recomienda, al que nació de Sangre Noble. Ella es una esforzada, y clarísima voz, que se queja en lo más vivo del alma, y se lastima dolorosa de la disonancia de sus ecos. Ella clama que sus Herederos no son Sucesores, sino propiamente Descendientes, por lo que bajan del alto punto de su Nobleza. (Codorníu, 1746: 100-101)

Pese a todo, en ningún momento los autores eclesiásticos dudaron de la preeminencia social de la nobleza. Discurrían y debatían sobre la dualidad que ya habían establecido Bártolo de Sassoferrato y André Tiraqueau: sangre o mérito, pero sin exclusión de la una ni de lo otro. De hecho, ni siquiera el propio Feijoo, quien, a pesar de señalar que «la nobleza es pura denominación extrínseca: y si se quiere hacer intrínseca, será ente de razón» (Feijoo IV, 1745: 28), la justificaba por el honor de que gozaba, que nacía –se insiste una vez más– de la virtud. Para cimentar su argumento acudía a la autoridad aristotélica:

> La virtud, dice, es laudable; la riqueza, la nobleza, el poder ninguna alabanza merecen, pero son acreedores al honor. De modo, que en la nobleza no hay motivo alguno para que el noble se jacte; pero le hay para que el humilde, o el que es

> menos noble le reverencie. Con esta distinción todo se compone bien, y se la asegura a la nobleza la estimación, sin fomentarla la vanidad. (Feijoo IV, 1745: 37)

5. La virtud nobiliaria es virtud cristiana

El pensamiento eclesiástico justifica la nobleza de sangre porque ha sido la voluntad de Dios que existiera para guiar al conjunto de la sociedad con su comportamiento virtuoso: «Porque, así como Dios ha querido distinguir a los Nobles, y a los Caballeros por su nacimiento, también quiere que estos se distingan por sus virtudes, y sean como unos espejos en que se puedan mirar los demás» (Vila Camps, 1776: Prólogo).

De esta forma, la nobleza es «la mejor prenda entre las humanas, que da Dios a los hombres» (Aguilar, 1716: 298). Sin embargo, no se da a todos: «Bienes de fortuna que reparte la mano del Señor son las honras, y puestos: unos nacen, otros se adquieren; mas nacidos, y adquiridos, todos vienen de Dios» (Aguilar, 1716: 298). Por esta razón, los nobles tenían una gran responsabilidad y solo el ejercicio de la virtud justificaba su primer puesto en la sociedad: «Las prendas, que los adornan de religiosos, prudentes, verídicos, ingenuos, afables, generosos y moderados en toda especie de virtud, son el campo donde resplandece más, y más el lustre esmalte de su Nobleza» (Gómez Barreda, 1762: 1).

Todo esto legitima la autoridad social de la nobleza, y, en última instancia, todos los fundamentos sobre los que se asentaba la sociedad de la Edad Moderna: «¿Y de qué nace esta variedad? De la dignidad, y el puesto, que obtienen unos, y no consiguen otros. […] Que estas desigualdades vengan de la dignidad, y el puesto: bien» (Aguilar, 1716: 299). Los nobles adquieren, de esta forma, su carácter excepcional y diferenciado, superior:

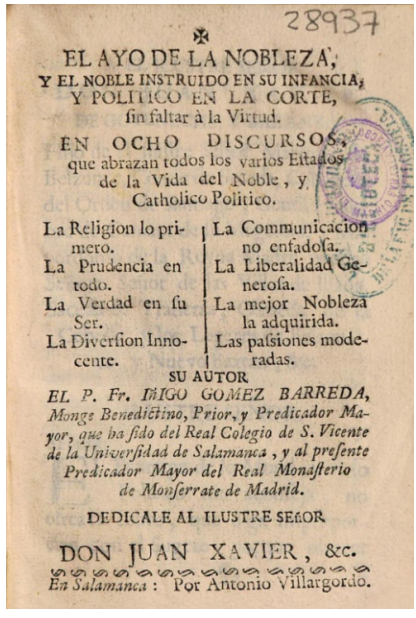
> Pues así se porta con los hombres el Señor: *Sic vos in manu mea*[8]: Coge el barro de nuestra humanidad, y de una misma masa forma a unos para cabezas, y a otros para pies de las Repúblicas; a unos para el Cetro, y a otros para la esteva; a unos para las cumbres, y a otros para los valles; a unos para la veneración, y otros para el deprecio. […] No hay otra razón, que la voluntad libre, y espontánea del Fígulo: *An non habet potestatem Figulus?*[9]. Pues veis aquí la que hay, y el misterio todo de ser unos hombres Reyes, y otros vasallos; unos Nobles, y otros plebeyos; unos Señores, y otros esclavos. Todos hombres, todos barro: *Ex eadem massa*[10]; pero un barro libre, y espontáneamente favorecido de Dios, y otro no: *Aliud vas in honorem, aliud in contumeliam*[11]. (Aguilar, 1716: 300)

8. «Entonces estás en mis manos».
9. «¿No tiene poder el alfarero?».
10. «De la misma masa».
11. «Un vaso para el honor, otro para la contumelia».

Como se aprecia, la Iglesia estaba sancionando el régimen estamental porque interpretaba que era una disposición divina. Pero tampoco se puede ignorar que en él el clero –al lado de la nobleza, no se olvide– gozaba de privilegios, pero, sobre todo, de ventajas e influencia sociales: eran los que mandaban y dominaban. ¿Todos de la misma forma? Evidentemente, no. Si la nobleza quería mantener su posición, debía actuar de forma honorable, ligarse al concepto clásico de *areté* que, aunque en principio significaba excelencia, finalmente pasa a ser una condición vinculada a lo noble (Jaeger 2010: 21; Bretoneche Gutiérrez, 2020: 83-84); esto era lo que determinaba su función social:

> Los grandes títulos, si bien se consideran, vienen a ser otros tantos cargos, que solo pueden desempeñarse dignamente con grandes acciones: la ejecutoria de la nobleza es un continuo recuerdo de los nobles procedimientos, a que debe considerarse obligado el que la goza. (Armañá, 1796: 301)

Es evidente, por tanto, que para el pensamiento eclesiástico la virtud solo tenía sentido cuando se le dotaba de sentido religioso. Sin duda, la obra que mejor recoge esta opinión es la del benedictino Íñigo Gómez Barreda, cuyo título resumido es *El ayo de la nobleza*. Si se ve la portada y se lee todo el título (Figura 1), queda de manifiesto que este fraile concebía la nobleza como la manifestación de diferentes virtudes comandadas por la religión, que es lo primero.


28937

✠

EL AYO DE LA NOBLEZA,
Y EL NOBLE INSTRUIDO EN SU INFANCIA,
Y POLITICO EN LA CORTE,
sin faltar à la Virtud.

EN OCHO DISCURSOS,
que abrazan todos los varios Estados
de la Vida del Noble, y
Catholico Politico.

La Religion lo primero.	La Communicacion no enfadosa.
La Prudencia en todo.	La Liberalidad Generosa.
La Verdad en su Ser.	La mejor Nobleza la adquirida.
La Diversion Innocente.	Las passiones moderadas.

SU AUTOR
EL P. Fr. IÑIGO GOMEZ BARREDA, Monge Benedictino, Prior, y Predicador Mayor, que ha sido del Real Colegio de S. Vicente de la Universidad de Salamanca, y al presente Predicador Mayor del Real Monasterio de Monserrate de Madrid.

DEDICALE AL ILUSTRE SEÑOR
DON JUAN XAVIER, &c.

En Salamanca: Por Antonio Villargordo.

Figura 1. Portada de *El ayo y la nobleza*, de Íñigo Gómez Barreda. Fuente Google Books..

La obra es todo un canto al orden social y político de la monarquía española; es una manifestación genuina de la justificación eclesiástica del régimen estamental, por lo que otorga a la nobleza un papel dirigente: «En toda Monarquía, los Nobles son las luces, que ilustran, y hermosean las Cortes, y los Pueblos, siendo al mismo tiempo el crédito de la Fe, de la Religión, y de todo lo Sagrado» (Gómez Barreda, 1762: 1).

Planteamientos similares dará pocos años después el presbítero Antonio Vila Camps en su obra *El noble bien educado*. De nuevo, se pondera la primacía de la nobleza, la cual se vincula con la determinación divina y, sobre todo, con el ejercicio de las virtudes: «así como Dios ha querido distinguir a los Nobles, y a los Caballeros por su nacimiento, también quiere que estos se distingan por sus virtudes, y sean como unos espejos en que se puedan mirar los demás del Pueblo para arreglar su conducta» (Vila Camps, 1776: Prólogo).

De igual forma, ambas obras se constituyen en todo un alegato en favor de la educación, de lo necesario que es el conocimiento de las ciencias y las letras para que la sociedad progrese y para que un grupo social concreto, la nobleza, pueda dirigirla: «Este es el motivo por que cuidar con más circunspección de aquellos jóvenes, en quienes habrá de resplandecer algún día su dignidad, por los buenos oficios que podrán hacer a su Rey, y a su Patria» (Vila Camps, 1776: Prólogo). Por esta razón, en la introducción de la obra Gómez Barradas realiza todo un panegírico de un centro como es el Seminario de Nobles de Madrid, destinado –como han señalado Andújar Castillo (2004: 201-225) y Chaparro Sainz y Artola Renedo (2013: 177-200)– a la educación de la nobleza: «Los frutos de esta educación los percibe ya nuestra España en Sujetos esclarecidos en virtud, armas, letras, y varias habilidades, y ejercicios propios de Caballeros, que de este Real Seminario de Nobles han salido, y salen a ilustrar, y dar honor a la Patria» (Gómez Barreda, 1762: Prefacio, 6).

A fin de cuentas, uno de los propósitos de la educación era la formación de buenos cristianos, lo que justificaba que fuera la Iglesia la que se ocupara de ella. Por esta razón, Gómez Barreda (1762: Prefacio, 7) subrayaba, una y otra vez, la administración desarrollada en el Seminario de Nobles de Madrid por «los Hijos de S. Ignacio» o la notable dirección con que las órdenes religiosas, en especial los benedictinos, conducían establecimientos similares ubicados en otras localidades (Gómez Barreda, 1762: Prefacio, 7-8). Una vez más, queda de manifiesto que la Iglesia era la guardiana de la sociedad.

El tratado de Gómez Barreda también es manifestación de un confesionalismo católico hispano que pudiera parecer anacrónico si se compara, por ejemplo, con las propuestas de Feijoo, pero que está lejos de serlo si se tiene en cuenta la producción eclesiástica posterior, germen del pensamiento reaccionario, que haría de la alianza entre Altar y Trono su piedra angular. De esta forma, se proporciona una visión providencialista de la historia de España, la cual ha gozado del favor divino porque los españoles siempre han defendido la fe católica:

> Y pienso, que lo que hace feliz a nuestra España, es aquella luz de pura Fe, en que excede a muchas Provincias del Orbe. Siempre fue la Religión verdadera la primera, y única basa de las medras de un Reino; porque es tal el obsequio, que fe hace à un Dios, que fe mira como obligado a remunerar como agradecido sus cultos. (Gómez Barreda, 1762: 50)

El aviso que se enviaba a los nobles es que la nobleza, en cuanto institución terrenal, era imperfecta, necesitaba el auxilio espiritual que daba la Iglesia, y solo mediante el ejercicio de la virtud aspiraría a la perfección, a la salvación: «No lo ilustre del linaje, sino la nobleza de las virtudes, hacen al hombre acepto, y agradable a Dios» (Bosch Centellas, 1724: 521). Los nobles eran el primer estamento, estaban en la cima de la sociedad. Pero solo podían estarlo si ejercían la virtud, lo que implicaba que debían cumplir con sus obligaciones religiosas, que consistían en buscar «la Gloria de Dios, y la conformidad, lo que su Divina Ley les ordena» (Gómez Barreda, 1762: 56). De esta forma, si a los nobles se les asociaba con toda una serie de cualidades, la razón última era porque cumplían con las prescripciones de la fe católica:

> La Guía, por donde en todo tiempo se deben gobernar los Navegantes, es la Estrella del Norte. Es la Ley de Dios esta Estrella, a que siempre el Noble debe mirar en las tormentas, borrascas de sus Empresas. Si hubiese un Piloto, que no quisiese mirar para la aguja de marear, ¿os embarcaríais en su navío? No, por cierto. Y si un Noble político no mirara para la Ley de Dios, que es el Norte, que le debe guiar en todas sus operaciones, ¿con qué seguridad podríais tomar sus consejos? (Gómez Barreda, 1762: 60)

6. Conclusión

El jesuita Marzal señalaba que «siempre la fisonomía de la Nobleza, y la de la virtud fue una misma» (Uberte Balaguer, 1694: 30). Al asociar nobleza y virtud, aquella se convertía en un concepto positivo: era una (buena) actitud, un comportamiento (correcto), una cualidad (excepcional); por esta razón, sus «generosos corazones», tendían al bien, por lo que no cabían en ellos «atroces delitos» (Uberte Balaguer, 1694: 30).

Pero nobleza también es un grupo social que se caracteriza por poseer la virtud, aunque ciertamente la virtud no solo se contemplaba como una capacidad de naturaleza religiosa. Por esta razón, a decir de Feijoo (Feijoo IV, 1745: 37), siguiendo a Aristóteles, tiene honor, es honorable. Esto es lo que le permite y capacita para ejercer el poder, tener riquezas, dominar la sociedad. Pero sus miembros solo lo lograrán si son virtuosos, si actúan movidos por el bien de la república y de la fe católica; si, desde su posición preeminente, son útiles para el progreso de la sociedad.

El corolario de que nobleza sea igual a virtud es que el vicio se identifica con rusticidad y el concepto remite, de nuevo, a la condición social: son los no nobles, los plebeyos, el estado llano, ya del mundo rural (rústicos y villanos), ya del urbano. En realidad, la diferenciación entre noble y villano procedía de la Edad

Media (López Alcaraz, 1991) y en la Edad Moderna, lejos de atenuarse, se mantuvo. Villanía es la condición de los que viven en una villa, pero pronto se le dio un carácter peyorativo, de tal forma que fue un término que se asoció a bajeza, la cual, en el siglo XVIII, era una unidad de taxonomía social, menguando la calidad, la sangre, el nacimiento y oponiéndose a nobleza: «Significa también pobreza y mezquindad en la calidad o prerrogativas de la sangre, humildad de nacimiento y falta de nobleza o villanía de linaje» (Aragón Mateos, 2021).

Nobleza igual a virtud y vicio igual a villanía. Es evidente que el referente social es la nobleza y que es el estamento que ocupa el primer lugar en la república:

> Es cierto, no sólo por la fe, sino aun por el dictamen de la Razón, que cualquiera idea, acción, o palabra viciosa es baja, y vil; luego es indigna de la Nobleza, y por consiguiente de un Hombre de obligaciones. No hallarás vicio, que no sea villano, porque o pierde el respeto a la Ley, o desacta la honra, o mancha el cuerpo, u ofende a la Justicia. (Codorníu, 1746: 100)

Se estaba defendiendo el orden social vigente, con una nobleza que debía ser virtuosa y ejemplar para comandarla y convertirse en el referente porque lo noble es distinguido. No podía ser de otra forma: «Dime, católico, si tú desprecias a Jesucristo pecando, ¿cómo puedes ser noble, si dice su Divina Majestad, que los que esto hacen no son nobles, sino rústicos?» (Bosch Centellas, 1724: 521). De esta forma, al establecer la superioridad del noble y cumplir con la función social que se le había asignado, se garantizaba la distancia social entre los estados, se mantenía la división estamental y se asentaban la desigualdad y el privilegio.

En la España moderna, la consideración de la nobleza era inseparable de su componente religioso. La virtud, que era la esencia de la nobleza, su seña de identidad, según los tratadistas religiosos, a diferencia de los de condición seglar, solo podía serlo si era una virtud de raíz cristiana. Cuando se le imbuía de carácter religioso, se acercaba a lo requerido por los mandatos divinos. Ejercer esta virtud católica predisponía al noble para alcanzar la salvación del alma; de esta forma, se transformaba en el creyente ideal: era el espejo en el que todos podían mirarse. La nobleza también en el ámbito espiritual cumplía con su misión de liderar y dirigir la sociedad, aunque fuera llevada de la mano por el clero, que le recordaba que su posición privilegiada era un designio de Dios, lo que le obligaba a tener un determinado comportamiento:

> Noble y pecado parece implicación en términos. Noble, quiere decir ilustre, agradecido, fiel, hombre de bien, constante en sus promesas: pecado, dice infamia, ingratitud, traición, deslealtad, inconstancia en lo prometido al Supremo Monarca. Luego nobleza y pecado se oponen, y se implican. Imposible, y aun más que imposible, si cabe más, había de ser el pecado en los nobles, si pensaran lo que deben por su nobleza a Dios. (Rodríguez, 1716: 296)

Todo lo anterior sugiere que, en la caracterización de la virtud nobiliaria que se hizo en los tratados eclesiásticos de la España del siglo XVIII, se potenció el

componente religioso porque la moral nunca pudo desprenderse de él. Lo cual no obsta para que la virtud no tuviera como principal finalidad encaminarse hacia el bien, hacia la utilidad pública, lo que significaba mantener la estabilidad social, es decir, el régimen estamental. ¿Se produjo este fenómeno como respuesta a las nuevas ideas de la Ilustración? ¿O, simplemente, respondía a una tradición y se abogaba, en consecuencia, por una continuación? Más bien parece esto último. No obstante, también se puede pensar que los cambios ideológicos que se estaban produciendo en Europa pudieron afectar al discurso sobre la idea de nobleza en la España del siglo XVIII, fortaleciendo, precisamente, el sentido católico de la virtud, quizás, como una respuesta, como una forma de agarrarse a las seguridades de antaño ¿y de siempre?: argumentos religiosos para el liderazgo social. El clero auxiliando a la nobleza. La nobleza virtuosa defendiendo la religión para mantener el orden social privilegiado.

7. Bibliografía

Abad, José (2008), «La "virtù" según Maquiavelo: significados y traducciones», *Tonos Digital: Revista de Estudios Filológicos*, 15, https://www.um.es/tonosdigital/znum15/secciones/estudios-1-maquiavelo.htm

Aguilar, José (1716), *Sermones varios de misión*, tomo V, Madrid: por la viuda de Tomás Blanco.

Andrés Martín, Melquiades (1996), «Pensamiento teológico y formas de religiosidad», en José María Jover Zamora (dir.), *Historia de la cultura española «Menéndez Pidal»: El siglo del Quijote (1580-1680), vol. I: Religión, filosofía, ciencia*, Madrid: Espasa Calpe, pp. 74-159.

Andújar Castillo, Francisco (2004), «El Seminario de Nobles de Madrid en el siglo XVIII. Un estudio social», *Cuadernos de Historia Moderna. Anejos*, 3, pp. 201-225.

Aragón Mateos, Santiago (2021), «Aproximación a los campos semánticos de la sociedad en la lengua del Siglo de Oro. Gente baja y gente noble en el Tesoro de la lengua castellana de Covarrubias», *Mélanges de la Casa de Velázquez*, 51(1), pp. 181-201.

Armañá, Francisco, *Sermones, tomo primero*, Tarragona: en la imprenta de Pedro Canals, 1796.

Biblia de Jerusalén (1995), Bilbao: Desclée de Brouwer.

Bosch Centellas y Cardona, Baltasar (1724), *Guirnalda mística, triunfo de los santos, formada en el círculo del año, colócanse en sus días propios, las vida, meditaciones y oraciones, que a cada uno pertenecen, a que se añaden las dominicas con reflexiones sobre los evangelios*, tomo I, Madrid: por los herederos de Antonio González de Rivas.

Bretoneche Gutiérrez, Luis Alberto (2020), «Discurso sobre la areté», *Puriq: Revista de Investigación Científica*, 2, pp. 83-88.

Carrasco Martínez, Adolfo (1998), «Herencia y virtud. Interpretaciones e imágenes de lo nobiliario en la segunda mitad del siglo XVI», en Luis Antonio Ribot García y Ernest Belenguer Cebrià (eds.), *Las sociedades ibéricas y el mar a finales del siglo XVI, vol. 4: La corona de Castilla*, Lisboa: Sociedad Estatal Lisboa'98, pp. 231-371.

Carrasco Martínez, Adolfo (2004), «La formación de los valores nobiliarios en el reinado de Isabel la Católica», *Cuadernos de Investigación Histórica*, 21, pp. 21-38.

Carrasco Martínez, Adolfo (2021), «Virtud antigua para tiempos modernos. La constancia estoica como alternativa ética en la Europa altamoderna (1580-1650)», en Gijs Versteegen

y José Antonio Guillén Berrendero (eds.), *Studies on the idea of Excellence in Europe (15th-18th centuries): Virtus vera nobilitas est*, Berlín: Peter Lang, pp. 139-160.

Carrasco Martínez, Adolfo (2023), *Pasión estoica*, Madrid: Dykinson.

Casey, James (2001), *España en la Edad Moderna. Una historia social*, Madrid: Biblioteca Nueva/Universitat de Valencia.

Chaparro Sainz, A. y Artola Renedo, A. (2013), «El entorno de los alumnos del Real Seminario de Nobles de Madrid (1727-1808). Elementos para una prosopografía relacional», en José María Imízcoz Beunza y Álvaro Chaparro Sainz (coords.), *Educación, redes y producción en el siglo XVIII*, Madrid: Silex, pp. 177-200.

Codorníu, Antonio (1746), *Índice de la filosofía moral, cristiano-política, dirigida a los nobles de nacimiento y espíritu*, Gerona: por Jaime Bro.

Contreras, Jaime (1999), «Procesos culturales hegemónicos: de religión y religiosidad en la España del Antiguo Régimen», *Historia Social*, 35, pp. 3-22.

Domínguez Ortiz, Antonio (1979), «Aspectos sociales de la vida eclesiástica de los siglos XVII y XVIII», en Antonio Mestre Sanchis (dir.), *La Iglesia en la España de los siglos XVII y XVIII, tomo IV de la Historia de la Iglesia en España, dirigida por Ricardo García Villoslada*, Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, pp. 5-72.

Gómez Barredas, Íñigo (1776), *El ayo de la nobleza, y el noble instruido en su infancia y político en la Corte, sin faltar a la virtud*, Salamanca: en la Oficina de Don Miguel Escribano.

González Polvillo, Antonio (2007), «¡Gritad, malditos, gritad! El libro "Gritos del purgatorio" de José Boneta (1689) como ejemplo de coerción simbólica de la consciencia y método disciplinario social», en Francisco Núñez Roldán (ed.), *Ocio y vida cotidiana en el mundo hispánico en la Edad Moderna*, Sevilla: Universidad de Sevilla, pp. 27-70.

Guillén Berrendero, José Antonio (2003), «Honor y virtud. Elementos culturales de una retórica de la distinción en los siglos modernos», *Logo: Revista de Retórica y Teoría de la Comunicación*, 5, pp. 127-134.

Guillén Berrendero, José Antonio (2007), *La idea de nobleza en Castilla durante el reinado de Felipe II*, Valladolid: Universidad de Valladolid.

Guillén Berrendero, José Antonio (2020), «Quo vadis nobilitas: la pervivencia de los valores nobiliarios más allá de la "Edad de la nobleza", una reflexión», en Juan Hernández Franco y Francisco Precioso Izquierdo (eds.), *Entornos sociales de cambio y ruptura de jerarquías en la nobleza española (siglos XVIII-XIX)*, Madrid: Sílex, pp. 29-49.

Guillén Berrendero, José Antonio (2021), «La cohesión fundada en la virtud. La Grandeza y sus formas de expresión en la Edad Moderna», *Magallanica: Revista de Historia Moderna*, 14, pp. 67-92.

Gutiérrez de Armas, Judit y Precioso Izquierdo, Francisco (2020), «Hacer de la necesidad virtud. Evolución de la identidad nobiliaria entre las élites canarias en la Edad Moderna: los memoriales de los Salazar de Frías», *Revista de Historia Moderna: Anales de la Universidad de Alicante*, 38, pp. 51-79.

Hazard, Paul (1988), *La crisis de la conciencia europea, 1680-1715*, Madrid: Pegaso.

Hernández Franco, Juan y Precioso Izquierdo, Francisco (2019), «¿De la cultura de las armas a la cultura de las letras? Discusión intelectual y evolución del ideal nobiliario en la España Moderna», en Raquel Sánchez García y José Antonio Guillén Berrendero (eds.), *La cultura de la espada: De honor, duelos y otros lances*, Madrid: Dykinson, pp. 185-212.

Jaeger, Werner (2010), *Paidea: los ideales de la cultura griega*, México: Fondo de Cultura Económica.

Laguna, Juan (1745*), Casos raros de vicios y virtudes, para escarmiento de pecadores, y ejemplo de virtuosos*, Barcelona: por Antonio Arroque.

Laske, Trilce (2019), «Cursus honorum y consagración profana: dos letrados jesuitas en Lima, José de Aguilar (1652-1707) y José de Buendía (1644-1727)», *Cuadernos de Historia*, 51, pp. 85-123.

López Alcaraz, Josefa (1991), «Villanía-villano: redes léxicas en los Fabliaux», *Estudios Románicos*, 7, pp. 87-114.

Morgado García, Arturo (2009). «Los manuales de confesores en la España del siglo XVIII», *Cuadernos Dieciochistas*, 5, pp. 123-145.

Munck, Thomas (2001), *Historia social de la Ilustración*, Barcelona: Crítica.

Precioso Izquierdo, Francisco (2018a), «Un problema académico: la idea de nobleza en la primera mitad del siglo XVIII. Los discursos de Pedro Scotti y José Antonio de Abreu en la Real Academia Española», *Hispanic Research Journal: Iberian and Latin American Studies*, 19, pp. 345-360.

Precioso Izquierdo, Francisco (2018b), «Jerarquía nobiliaria e idea de nobleza en la España de mediados del siglo XVIII: el discurso de José Antonio de Abreu en la Real Academia Española (1748)», en José Ignacio Fortea Pérez, Juan E. Gelabert, Roberto López Vela y Elena Postigo Castellanos (eds.), *Monarquías en conflicto: Linajes y noblezas en la articulación de la monarquía hispánica*, Santander: Universidad de Cantabria, pp. 1017-1028.

Precioso Izquierdo, Francisco (2020), «Representar la Grandeza, ilustrar la memoria. Timbre y distinción de la casa de Villena en la España de 1750», *Bulletin Hispanique*, 122(1), pp. 261-276.

Precioso Izquierdo, Francisco (2022), «Cultura y memoria de nobleza en España a finales del siglo XVIII: reflejos del individualismo noble en la laudatio funebris de José Álvarez de Toledo, duque de Alba y marqués de Villafranca», *Journal of Spanish Cultural Studies*, 23(2), pp. 117-128.

Rodríguez, Alonso (1753), *La virtud para todos estados. Compendio del ejercicio de perfección, y virtudes cristianas*, Valencia: en la imprenta de José García, plaza de Calatrava.

Sánchez-Blanco, Francisco (1999a), «Filosofía», en Francisco Aguilar Piñal (ed.), *Historia literaria de España en el siglo XVIII*, Madrid: Trotta, pp. 671-738.

Sánchez-Blanco, Francisco (1999b), *La mentalidad ilustrada*, Madrid: Taurus.

Skinner, Quentin (1995), *Maquiavelo*, Madrid: Alianza.

Sosa Mayo, Igor (2018), *El noble atribulado. Nobleza y teología moral en la Castilla moderna (1550-1650)*, Madrid: Marcial Pons.

Trelles Villademoros, José Manuel (1736), *Asturias ilustrada. Historia cronológica y genealógica del primitivo origen de la nobleza de España, su antigüedad, clases y diferencias, y con la ilustración del Principado de Asturias*, Madrid: por Joaquín Sánchez.

Uberte Balaguer, Anastasio Marcelino (1694), *Parte primera del origen y grados del honor con los epítetos y resplandores que dio en todas las edades la virtud a lo heroico, desde las conquistas de los señores reyes Don Pelayo en Asturias, y Garci Ximenez en las montañas de Jaca y Reino de Sobrarbe patrimonio primero de los serenísimos monarcas de la Celtiberia*, Nápoles: Stamperia de Gio Vernuccio y Nicola Layno.

Vila Camps, Antonio (1776), *El noble bien educado: instrucción político-moral de un maestro a su discípulo, en que en un compendio de la moral cristiana se dan solidísimos documentos para la perfecta educación de un caballero, con muchas máximas importantes y utilísimas reflexiones*, Madrid: En la Oficina de Don Miguel Escribano.

ISSN: 1576-7914 - e-ISSN: 2341-1902
DOI: https://dx.doi.org/10.14201/cuadieci202526105123

ENTRE LA ÉCFRASIS NOBILIARIA Y LA HIPOTIPOSIS DEL INDIVIDUO FINISECULAR: JOSÉ ÁLVAREZ DE TOLEDO Y LA FABRICACIÓN DE SU IDENTIDAD VISUAL*

Between Noble Ekphrasis and the Hypotypes of the Fin-de-Siècle Individual: José Álvarez de Toledo and the Fabrication of his Visual Identity

Arianna GIORGI
Universidad Rey Juan Carlos
arianna.giorgi@urjc.es

Fecha de recepción: 16/06/2024
Fecha de aceptación: 8/10/2025

RESUMEN: José Álvarez de Toledo, XI marqués de Villafranca y Grande de España de primera clase, contrajo matrimonio con la XIII duquesa de Alba en 1775. A pesar de ser una figura preeminente de la Corte y encarnar el paradigma de noble ilustrado finisecular, continúa siendo a día de hoy una figura poco estudiada por los historiadores y la crítica. Así, el objetivo de este estudio es elucidar su identidad a partir de los artefactos pictóricos creados por grandes artistas de finales del siglo XVIII que colaboraron en la creación de su identidad y su discurso visual, entre lo nobiliario y lo individual.

Palabras clave: marquesado de Villafranca; identidad; masculinidades; cultura visual; siglo XVIII.

* Este estudio ha sido realizado en el marco de los proyectos *De Fajardo a Toledo: el marquesado de los Vélez en el siglo XVIII. Relaciones familiares y dominio señorial en el sureste español (1691-1814)*, financiado por la Fundación Séneca. Agencia de Ciencia y Tecnología de la Región de Murcia (21883/PI/22) y *Conflictos Intergeneracionales y Procesos de Civilización desde la Juventud en los Escenarios Ibéricos del Antiguo Régimen*, referencia [(Fam&Civ) PID2020-113012GB-I00; MINECO, 2021-25].

ABSTRACT: José Álvarez de Toledo, 11th Marquis of Villafranca, is linked to the first-class Grandeur of Spain and his figure is associated with the 13th Duchess of Alba, whom he married in 1775. Despite being a prominent figure at court and in fin-de-siècle politics, little is known about him. Thus, the aim of this study is to elucidate his nobiliary identity on the basis of his representational practices, as well as pictorial ekphrasis and hypotypes.

Key words: XI Marquis of Villafranca; identity; masculinities; visual culture; 18th century.

> Chi vuole esser nobile adunque, Ricordi d'esser nato non all'otio,
> ma a Dio, allá Patria, a gli amici, a Parenti, alla publica honestà
> & al mantenimento delle virtù.
>
> Niccolao Graucci

La famosa imagen del marco vacío rematado por una corona ducal compuesta por florones y guarnecida de perlas era un recurso visual que Pedro Espinosa utilizaba para introducir la figura del VIII duque de Medina Sidonia en el celebérrimo *Elogio del Retrato de don Manuel Alonso Pérez de Guzmán el Bueno* (1625). Como encuadre ficticio que era (Salcedo Coronel, 1991: 91; López Estrada, 1991: 85), el recuadro permitía «sugerir al lector que se quería establecer el elogio tanto de la persona física como de sus cualidades espirituales y sus condiciones como gobernante de su estado, así como de sus virtudes familiares» (López Estrada, 1991: 85). Era, por tanto, una écfrasis y una sugerencia visual (Coussemacker y Roumier, 2020) con la que remarcar la excelencia que este noble andaluz había cimentado a partir de sus propios honores y méritos. Y así lo dejaba patente en esta descripción:

> Éste, que en el real semblante (sin ser antes visto) es luego conocido por gran señor (cuyos hermosos lineamientos i simetría corresponden a la grandeza que justamente tiene i merece), es el 8 duque de Medina Sidonia, don Manuel Alonso Pérez de Guzmán; último en tiempo i primero en valor. Pues el glorioso título de Bueno eredó i el de Mejor se ganó, que el primero fue gracia a su fortuna i el segundo de su virtud. Y si tal es lo que parece, ¿qué será lo que es? (Espinosa, 1625: sin paginar)

Estas pocas líneas le habían bastado al panegirista para superar el arquetipo de la perpetuación de la grandeza y privilegio familiar, distanciándose así de aquella tradición solariega que favorecía la dinastía en detrimento de la índole de los distintos miembros que la conformaban (Carrasco Martínez, 1998: 231-271; Guillén Berrendero, 2018: 121-132 y 2023: 205-221), de manera análoga al funcionamiento de una corporación gremial o estamental. Así, mediante figuras discursivas para la evocación de la imagen, Espinosa proyectaba el perfil del último titular de la Casa de Medina Sidonia que destacaba por la excelencia de su identidad, condición que

se sustentaba sobre la base de su formación humanista, su comportamiento y su propio merecimiento (Carrasco Martínez, 2000).

Esta cuestión era menos baladí de lo que pudiera parecer, pues era un importante giro en la cultura nobiliaria que, a finales de la Edad Moderna, se situaba entre el legado del privilegio y el nuevo descubrimiento del individuo (van Dulmen, 2000), ocasionando aquello que Adolfo Carrasco definía como «La construcción problemática del yo nobiliario» (2007: 21-44). Por lo tanto, no era un acto intelectual, sino un fenómeno propio de una sociedad que, si inicialmente había asistido al desmantelamiento de los pilares de su mundo basado en la consiguiente orientación al honor (Guillén Berrendero, 2002: 295-305), ahora comenzaba a disfrutar de una dinamización cultural con el paulatino conocimiento de sí mismos, así como de sus estilos de vida (Iglesias: 1991). En efecto, la consciencia de la propia individualidad había basculado el bien común en favor del interés propio, incrementando así la práctica de tendencias individualizadoras que –como la escritura, la lectura, pero también la vivienda y los vestidos– desempeñaban un papel cada vez más preponderante tanto para la construcción de la consciencia individual como de la imagen de uno mismo. Por tanto, de acuerdo con Goffmann (1987), se trataba de la fabricación del hombre moderno, cuya identidad se construía a partir de la dialéctica entre lo familiar y lo personal, entre las inercias tradicionales y las nuevas pautas de civilización, así como entre los conflictos y tensiones de la época.

Estas polaridades se agudizarían durante la centuria ilustrada que el diplomático José Nicolás de Azara (1780: I) resumía con estas poéticas palabras: «El nuestro quizá será distinguido en la posterioridad por el siglo de la inquietud. Las Artes, las ciencias, la poética, las fortunas de las naciones y de los particulares, hasta la vida doméstica, todo está en un continuo movimiento y agitación». Con su atmósfera incierta y bulliciosa, el *Settecento* potenciaba aún más el impulso hacia la confección de la propia identidad, ya que no se trataba solo del «fomento del saber y de la ciencia, de llevar a cabo reformas prácticas y de lograr un mayor predominio de la razón en general, sino también que uno mismo se incorpore al proceso de Ilustración» (van Dulmen, 2000: 146). En efecto, el largo siglo XVIII sería testigo de una renovación de valores y pautas de comportamiento, pero también de la evolución de la imagen y de la identidad –en especial, de los jóvenes, colectivo que en mayor medida cuestionaría el progreso transformador, llegando a proyectarse desde un constructo identitario mejor formado y educado–.

En este escenario se movía José Álvarez de Toledo y Gonzaga (1756-1796), cuya fabricación narrativa nos proponemos estudiar a partir de los discursos visuales y artefactos pictóricos del último cuarto del siglo XVIII. VIII duque de Fernandina desde su nacimiento, XI marqués de Villafranca a la muerte de su padre y XIII duque consorte de Alba a la muerte de su abuelo por su enlace matrimonial con María Pilar Teresa Cayetana (Hernández Franco y Precioso Izquierdo, 2020: 439-465; Hernández Franco, Precioso Izquierdo y Beltrán Corbalán, 2021: 175-203), pronto sería encaminado a la carrera política cortesana y desempeñaría importantes cargos durante el reinado de Carlos IV. Conocido por encarnar el

paradigma del noble ilustrado, José se entregaría al conocimiento, a la tertulia y al mecenazgo de grandes artistas prerrománticos que se movían por la Villa y Corte de Madrid (Carrasco Martínez, 2002: 19-41). A través de la mirada y la pintura de Francisco de Goya ha sido presentado como un hombre culto y refinado a quien la *civilité* había exigido transformar sus pasiones en sentimientos delicados; sin embargo, aún hoy en día, poco se conoce de su persona, que ha quedado como corolario de su esposa. De hecho, son escasos los estudios acerca de su figura (Precioso Izquierdo, 2022: 117-128), a pesar de su noble ascendencia (Salazar Acha, 1996-97: 143-182) y los numerosos textos que intelectuales les dedicaban (Salazar y Castro, 1683; Corazón de Jesús, 1783; Cernadas y Castro, 1778). No sorprende, por tanto, el comentario del historiador José M. March (1961: 10): «El Duque de Alba brillaba por su ausencia».

Con el fin de indagar la identidad que proyectaba tanto en su discurso dinástico como en su proceso de individualización, nos valdremos de la literatura existente y de los documentos históricos –procedentes de Biblioteca Nacional de España (BNE), del Archivo de Medina Sidonia (AGFCMS) y del Archivo de la Real Academia Española (ARAE)–, así como de los artefactos pictóricos que se conservan en colecciones privadas y en el Museo Nacional del Prado (MNP). Para ello, nos apoyaremos en el marco teórico creado por Carrasco Martínez (2001: 26-37; 2011: 93-118), en referencia a la representación del yo en las manifestaciones pictóricas en la modernidad hispánica; en Guillén Berrendero (2020: 533-564), quien analizaba las visiones discursivas acerca de la grandeza, y en el análisis de Sánchez García (2018: 45-66; 2019: 443-470) sobre la repercusión de elementos iconográficos en el imaginario político.

Dejando atrás el concepto simplista de identidad estática (Nassaw, 2009: 576), nos proponemos investigar el constructo visual de José Álvarez de Toledo que, a pesar de hallarse en la disyuntiva entre el discurso nobiliario y el proceso de individualización, coincidía con la masculinidad hegemónica imperante (Kimmel, 1997: 51) y era el resultado de una recreación estética personal (Greenblatt, 1980) desde la cual hacía visible su propia écfrasis nobiliaria y la hipotiposis de su identidad finisecular.

1. La naturaleza del duque de Fernandina

En la antigua calle de la Cruz de San Roque de Madrid –actual calle de las Vistillas– nacía José María Álvarez de Toledo y Gonzaga, hijo primogénito del matrimonio formado por Antonio Vicente Álvarez de Toledo y Pérez de Guzmán el Bueno, X marqués de Villafranca del Bierzo, y María Antonia Gonzaga y Caracciolo, hija del I duque de Solferino. Venía al mundo el 6 de julio de 1756 como el heredero tan ansiado para el marqués, su padre, tras un precedente enlace matrimonial con Teresa Fernández de Córdoba del cual nació una única hija, María de la Concepción de Toledo. Desde su nacimiento, el joven recibía el tratamiento de

Su Excelencia y el título nobiliario de duque de Fernandina y príncipe de Montalbán que, de origen italiano, designaba al primer varón de la Casa de Villafranca y, por tanto, sucesor del marquesado.

Con el fin de formarle para aquella «cultura de servicio al monarca que se expresaba en la semántica de las palabras que designaban diferentes oficios cortesanos» (Guillén Berrendero, 2017: 38), con apenas siete años ingresaba en la Escuela de Primeras Letras del Real Seminario de Nobles donde, de manera holística, se le instruía en lo académico, lo religioso, pero también en la cortesía y la urbanidad (Soubeyroux, 1995: 201-212). Ya desde esta primera experiencia formativa se distinguía por su carácter delicado y pausado, por lo que los estudios oficiales le caracterizaban físicamente como un joven de poca estatura, distinguido y apocado, pero también «enfermizo, pacato, de gustos delicados» (March, 1961: 216). En concreto, Ezquerra del Bayo (1959: 120-121) ahondaba aún más en la descripción de este muchacho definiéndolo «de no robusta contextura, de facciones algo cansadas de palidez verdosa, no debía disfrutar de completa salud cuando sus ocupaciones y gustos eran sedentarios para la edad que contaba». En efecto, su imagen se alejaba diametralmente de la representación ecfrástica de su padre, que se enorgullecía de su figura fuerte y grave, tal y como reproducía en el famoso *Librito Manuscrito* para su hijo:

> Fu il Duca [de Montalto] Don Antonio dotato da Dio di molti doni e parti natural cosí dell'anima e come del corpo. Fu di alta statura che accompagnava da una ben proporzionata grassezza lo rendeva assai grave e maestoso. Fu di bellissimo volto, la cui bianchezza estrema sempre di un grazioso rossore spiccava notabilmente col negro de lo occhi, dei capelli e della barba, talmente che fu giudicato sempre così come uno dei più belli signori de nostri tempi. Fu affabilissimo nel conversare e sebbe così bene accoppiare la gravità della sua persona con la piacevolezza del trattaro che fue sempre non meno amato per l'uno che rispettato per l'altra[1].

A pesar de no haber recibido la prestancia física de su progenitor, el futuro marqués de Villafranca había seguido la estela familiar y aceptado adherirse al servicio nobiliario, pues «para la nobleza, servir era el eje central de su relación con la política. La categoría principal que conformaba toda la verdad de su legitimidad y que se consagraba en la patrimonialización del concepto de virtud» (Guillén Berrendero, 2023: 211). Así, como su abuelo y su padre, con solo trece años de edad ingresaba en la corte con el cargo de gentilhombre de cámara del heredero a la Corona, el futuro rey Carlos IV.

Poco después, el 11 de octubre de 1773, el duque de Fernandina se presentaba como «un jovencito de diecisiete años, de figura distinguida, de esmerada educación, vigilada por su madre, que tenía el atavismo de una raza superior selecta» (Ezquerra del Bayo, 1959: 73) para redacción y firma de las capitulaciones

1. Archivo General Fundación Casa Ducal de Medina Sidonia (AGFCMS), L0154_006_001 ff. 26r.-27v.

matrimoniales por su enlace con la jovencísima María Teresa Cayetana de Silva Álvarez de Toledo, hija del X duque de Huéscar –Francisco de Paula de Silva y Álvarez de Toledo– y, por tanto, nieta del duque de Alba –Fernando de Silva y Álvarez de Toledo–[2]. Se trataba del contrato para el enlace concertado entre sus padres y su abuelo –también abuelo de la novia– que se rubricaba ante «el escribano de la R. I. Cámara y Sumillería de Corps del R. I. Bosque de la Casa de Campo, de la Cámara de la R. I. Junta del Bureo y uno de los de número de Madrid don Miguel Tomhás París» (Ezquerra del Bayo, 1959: 281). Por tanto, todo un acontecimiento social y político del que hasta se haría eco el propio Carlos José Gutiérrez de los Ríos y Rohan-Chabot, VI conde de Fernán Núñez, en su *Vida de Carlos III* (1898: 318-319).

Dicho acuerdo se había estipulado con el fin de devolver la antigua grandeza a la Casa de Alba, para lo que Fernando de Toledo había incluido la condición de que el novio se comprometiera a usar «con preferencia el título de Duque de Alba», accediendo a que «los primogénitos de las referidas casas ya unidos se titulen Marqueses de Villafranca y Duques de Huéscar» (Ezquerra del Bayo, 1959: 283-234). Entre las condiciones que se estipulaban en dicha escritura también se convenía

> para el Duque de Fernandina, dos ayudas de cámara, un mozo de retrete, dos lacayos, dos cocheros, un mozo de mulas y dos de caballos; y en caso de querer tener el matrimonio otra habitación separándose de sus padres, les daría el marqués para sus alimentos 8000 ducados por tercios adelantados, y de suceder a otra casa, se obliga a aumentarles con la cantidad que fuera costumbres señalar para esas necesidades a los primogénitos. (Ezquerra del Bayo, 1959: 73)

Apenas dos meses después de la firma de este contrato, el 4 de diciembre del mismo año, fallecía don Antonio Álvarez de Toledo, quien dispuso en sus últimas voluntades ser depositado primeramente en la bóveda de la Capilla de la O. F. de la Observancia de San Francisco de Madrid para luego transferirle al convento de la Encarnación de Mula[3].

2. La imagen del joven XI marqués de Villafranca

Dentro del inmóvil mundo del Antiguo Régimen, la firma de las capitulaciones matrimoniales era algo más que una simple escritura: era el trámite notarial que resquebrajaba la barrera divisoria entre una etapa y otra del curso de la vida. Si el matrimonio ponía fin a aquella etapa intermedia e indefinida llamada *juventud*, este acuerdo representaba el umbral para el comienzo de la vida adulta. Se trataba, por tanto, de uno de aquellos momentos liminales que, en opinión de Greenblatt (1980), requerían la autoconfección de una nueva identidad individual,

2. Archivo Histórico de Protocolos de Madrid (AHPM), legajo 19485, ff. 711r.-722v. AHPM.
3. Archivo General de la Fundación Casa Ducal de Medina Sidonia (AGFCMS), ES, 11032/legajo 146, f. 2v.

así como de una imagen acorde. Y, en el caso de José, esta necesidad era aún más imperiosa, ya que coincidía con su relevo en la titularidad del linaje: el joven había sucedido a su padre en calidad de XI marqués de Villafranca y heredado el patrimonio material e inmemorial de la dinastía, así como una legítima de 638.612 reales (Ezquerra del Bayo, 1959: 74).

Pedro Armero (1958: 191) señalaba que debía pertenecer a este intervalo de tiempo su retrato realizado por el pintor Anton Raphael Mengs (Figura 1) –quien también inmortalizaría entre 1774 y 1776 a su abuelo Fernando de Silva Álvarez de Toledo con la banda y cruz de la Orden del Espíritu Santo–. Opinión avalada por Mena Marqués y Mühe-Maurer (2006), para quienes era la primera vez que el joven se dejaba retratar. Pues, a diferencia de otros nobles de su entorno más cercano, no había mostrado interés en la representación de su imagen. Como si de su debut en sociedad se tratase, se presentaba a través de una sencilla imagen de tres cuartos y de carácter mundano que ofrecía introspección psicológica. Con la mirada serena y directa, el flamante marqués ostentaba una cara ovalada singularizada por unos grandes ojos marrones y unas cejas oscuras que le caracterizarían a lo largo de su discurso visual como seña de identidad personal. Al igual que otros vástagos de familias nobiliarias de la Corte, vestía a la moda inglesa con un frac confeccionado probablemente en seda lisa y de color pardo, siendo muy común el color canela en las prendas superiores de indumentaria masculina (Abad Zardoya, 2016: 24). El delantero se presentaba cruzado y con un gran cuello que caía en forma de solapa sobre los hombros, dejando entrever la chorrera que guarnecía de encaje la abertura de la camisa, de la cual destacaba el alto cuello de color blanco impoluto. Unos grandes botones adornados de brillante enriquecían su conjunto, que se completaba con una sencilla peluca que terminaba en una cola adornada con un lazo.

Actualmente este cuadro forma parte de la colección del marqués de Martorell, y es la única efigie de este joven de la época en que todavía debía estar bajo la autoridad de su madre por la curaduría (March, 1927: 32) que ejercía sobre él tras el fallecimiento de su padre, previo al matrimonio previsto con la joven María Teresa Pilar. Se trataba, por tanto, de su primera imagen que, de acuerdo con las consignas de la Ilustración, se alejaba de la grandilocuencia del aparato cortesano para introducirle desde su propia individualidad –característica que se desmarcaba de la construcción institucional de su condición nobiliaria–. De hecho, el retratado se contraponía al fondo neutro del que emergía gracias a su perfil urbano, que resaltaba aún más su imagen refinada. En efecto, ya no necesitaba de los artificios: su discurso visual se apoyaba sobre las consignas de la civilización donde, de acuerdo con Jovellanos (1984: 232), «la urbanidad es un bello barniz de la instrucción y su mayor ornamento, pero sin la instrucción no es nada, es solo apariencia. La urbanidad dora la estatua, la educación la forma».

En efecto, solo se presentaba revestido por su esmerada cultura y la prenda de abrigo que, procedente de Inglaterra, manifestaba los nuevos valores e ideales finiseculares. Su única extravagancia eran los grandes botones decorados

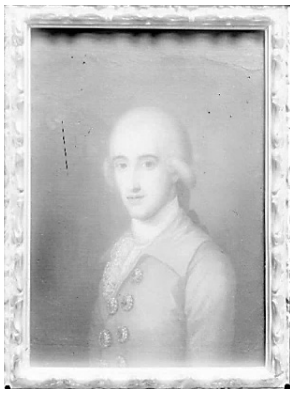


Figura 1. Anton Raphael Mengs (atribuido), *José Álvarez de Toledo y Gonzaga, marqués de Villafranca*, Colección Marqués de Martorell (Madrid), hacia 1773-74. Fuente: IPCE, Ministerio de Cultura y Deporte.

con brillantes que, en realidad, debían formar parte del conjunto de joyas recibido por su enlace con la que por entonces era Marquesa de Coria, celebrado el día 5 de enero de 1775. Si Martínez Nicolás (2009) informaba acerca de las numerosas joyas y prendas francesas con las que se agasajaba a la novia, el expurgo de la correspondencia para dicho casamiento ha revelado que José recibía de su abuelo «unas hebillas de brillantes y tres caballos, los dos con especiales jaeces»[4]. Sin embargo, merece la pena destacar el regalo de María Teresa Pilar, que consistía no solo en «dos docenas de mudas completas de ropa blanca, guarnecidas de encajes de Inglaterra, de Flandes, etc.», sino también en «Botones y hebillas de corbatín de brillantes, en tres bandejas de plata». Los mismos que aparecen reflejados en este primer retrato. A este propósito es importante remarcar que, según resulta del análisis de dicha documentación, debía existir una miniatura del marqués incrustada en una sortija para la novia que, guarecida de brillantes y esmeralda, se valoraba en 1405 reales.

3. Las aficiones del XIII duque de Alba

Si los primeros años de la vida de José Álvarez de Toledo habían sido orientados hacia una selecta instrucción y la práctica cortesana, el matrimonio con María Teresa acrecentaba y enaltecía el linaje con la incorporación de títulos. No solo había conseguido asegurar y preservar su futuro y el de la Casa, sino que también cumplía con las expectativas de los enlaces del Antiguo Régimen: por un lado, traía un patrimonio acaso no muy considerable – puesto que el X marqués de Villafranca se había visto obligado a satisfacer con sus propios bienes libres todas las deudas contraídas por su padre, IX marqués, hasta el momento de su muerte–[5], y por otro, había cumplido con la función de asegurar y consolidar la identidad dinástica.

4. AGFCMS, legajo 146.
5. AGFCMS, legajo 416.

De acuerdo con la documentación notarial, los jóvenes habían contraído matrimonio cuando reinaba Carlos III, monarca alrededor del cual orbitaban y llevaban la vida aparatosa que se estilaba en la Corte, al igual que otros nobles y cortesanos. Este comportamiento se intensificaría a la muerte de Fernando de Silva Álvarez de Toledo, XII duque de Alba, quien fallecía de hidropesía a la edad de sesenta y dos años, como consta en la *Fe de muerte y razón de su Testamento y última Voluntad*[6]. Con arreglo a las ya mencionadas capitulaciones matrimoniales, ahora José pasaba a gobernar también la Casa de Alba, comunicando así a Jerónimo Cabrer, que redactaba el día 20 de noviembre:

> Con motivo de haber sido Dios servido de llevarse para si en el día 15 del corriente al Excmo. Sr. Duque de Alba, mi muy amado abuelo, y de serme preciso tomar este título en primer lugar, en conformidad de lo dispuesto en las capitulaciones que precedieron a mi casamiento, se lo prevengo a v.m. no solo para que encomiende el alma de S.E., sino también para que en los sobrescritos de correspondencia u cualesquiera instrumentos que se ofrezcan se me nombre Duque de Alba, Marques de Villafranca, y procure V.E. que eso mismo procuren los dependientes. (March, 1961: 35)

A partir de este momento, cobraría para su bolsillo secreto 6000 reales al mes y se dedicaría al ejercicio de la liberalidad, es decir: «una cierta forma de libertad: libertad activa. Se trata de una idea de libertad que participa, por los privilegios adquiridos, de una forma asociada de excelencia social y libertades públicas. La liberalidad era, según algunos, el medio de controlar las pasiones que mediaban para los bienes útiles» (Guillen, 2024: 201). En efecto, se puede considerar la obtención del nuevo título como el momento álgido y culminante de su trayectoria personal, pues, a partir de entonces, se dedicaría activamente a sus aficiones y a la vida tranquila, tal y como comentaba su mayordomo Tomás de Berganza en una carta al administrador de la Casa de Alba:

> Este trabajo es muy llevader (sic) con el agrado que me muestra siempre mi Duque y la quietud que tenemos, pues entre los criados que somos no se oye un grito mas alto que otro, de forma que en esto y en las otras horas que tenemos tan arregladas parecemos «las fraters del Seminari» de esa ciudad, sintiendo que esto se invierta cuando venga la Duquesa al Escorial, donde habrá la bataola (sic) que sabes hacía en esa. (March, 1961: 209)

Numerosos testimonios corroboraban la predilección del duque por la lectura y las tertulias. A este respecto, famosa es la misiva fechada en 21 de enero de 1777 en la que el nuevo duque solicitaba licencia para los libros prohibidos del abuelo (Precioso Izquierdo, 2019), ya que le correspondían en calidad de sucesor con el fin de «mantenerla integra, y aun augmentarla à benef.o de sus subcesor, q.e acaso

6. AGFCMS, legajo 438.

podrán destinarla en algún tpo. A la instrucción publica» (en Mena Marqués y Mühe-Maurer, 2006: 81). Para ello, el inquisidor mayor le concedía dicha licencia el día 14 de febrero y le invitaba a guardar estas pertenencias «en cajones, ò Pieza separada cerrada con llave […] para que no pueda leerlos persona alguna que no presente Licencia del Santo Oficio […] sobre que gravamos su conciencia»[7].

Numerosos testimonios corroboraban la predilección del duque tanto por la vida tranquila como por las tertulias intelectuales y las noches en los Reales Sitios en compañía del infante (Mena Marqués y Mühe-Maurer, 2006: 81). Se le consideraba un refinado melómano que tocaba la viola y el violín, sobre todo en la comúnmente conocida como Casita de Arriba, –que contaba con una sala para conciertos con excelentes condiciones acústicas (Chueca Goitia, 2001: 39-44) que, de forma cuadrada y reducida, remataba con una cúpula octogonal. De acuerdo con March, el periodo de mayor entusiasmo sería propiamente el de 1776, cuando el profesor de música del infante, el famoso Antonio Soler, compondría seis quintetos para cuerdas y clave (Sierra Pérez, 1985: 77-82). De esta época serían los instrumentos que se reseñaban y tasaban en su inventario de bienes, siendo el Stradivarius y el Steiner los violines mejor valorados –tal y como consta en la Tabla 1–.

Comentaba malévolamente Ezquerra del Bayo (1959: 121) que, tal vez, el pasatiempo más enérgico entre las diversiones del duque fuera la equitación:

> El único empleo que podía ser activo, el de caballerizo mayor de las reales caballerizas de córdoba, por el que cobraba de sueldo 8.362 reales, no era posible que lo ejerciese en Madrid o desde los Sitios, donde, aparte de sus deberes sociales, le reclamaba su puesto de Gentilhombre de Cámara con destino al servicio de Príncipe de Asturias. Y si tales cargos no eran activos menos debían de serlo los de consiliario de la Real Academia de San Fernando y el de Hermano Mayor de la Santa y Real Hermandad del Refugio y Piedad de esta corte que desempeñó hasta su muerte.

Sin duda la hípica seguía siendo una de las diversiones preferidas de la realeza y la nobleza –al igual que las batidas de caza organizadas a diario por el monarca en los Reales Sitios (Fernán Núñez, 1893: 45)–, y era una de las actividades preferidas del duque, en la que sobresalía, pues, como primogénito del marquesado de Villafranca, era caballerizo mayor de la Maestranza de Córdoba. Su pericia atraía la atención de varios miembros de la familia real, y en numerosas ocasiones le valió invitación a que formara parte de las parejas reales, sobre todo de parte del Príncipe de Asturias, futuro Carlos IV (March, 1961: 45; Mena Marqués y Mühe-Maurer, 2006: 88). Y, por su gran afición a los caballos, a la muerte del XII duque de Alba le correspondieron los caballos procedentes de Nápoles con los que le había obsequiado en el verano de 1775.

7. Archivo de la Fundación Casa de Alba (AFCA), C-160-42.

Sin embargo, a pesar de las maledicencias, durante los últimos años de la década de los setenta el duque destacaba por sus numerosas actividades y ocupaciones, bien como hermano mayor de la Santa y Real Hermandad del Refugio y Piedad, bien como consiliario de la Real Academia de San Fernando[8], como lo fue su difunto padre antes que él.

TABLA 1. INSTRUMENTOS DE CUERDA CONTABILIZADOS EN SU INVENTARIO DE BIENES

INSTRUMENTO	REALES
Un forte-piano construido por Adam Millet, de caoba con frisado de madera de rosa	2100
Un clave inglés grande de tres cuerdas	12000
Un forte-piano inglés con los registros al pie y los pies torneados	2700
Otro organizado	5000
Un clave de pluma y su madera de aliso, construido por flores	1000
Un violín, construido por José Contreras	1500
Una viola construida por Juan Bautista Guardamini	1500
Una viola construida por Juan Guillemi	480
Una viola construida por Juan Florencio Guidante	160
Un violín construido por Antonio Stradivarius	1800
Un violín construido por Jacobo Stainer	1800
Una guitarra de seis órdenes, construida por Exea, con su caja	720

Fuente: AGFCMS, legajo 3333, documento 2.

4. EL PRÓSPERO XV DUQUE DE MEDINA SIDONIA

La muerte sin descendencia de Pedro de Alcántara Alonso de Guzmán el Bueno, XIV duque de Medina Sidonia, convertía a José Álvarez de Toledo en el XV duque de Medina Sidonia, asumiendo así la jefatura de dicha Casa, así como de los inherentes títulos de conde de Niebla y marqués de Cazaza en 1779.

8. ARABASF, Actas de las Juntas particulares de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, 1776 a 1785, junta del 18.01.1778, ff. 70 v.-71 r.

Se inauguraba así una nueva etapa de su vida que coincidía con su periodo de máximo esplendor y poder político, y no solo por reunir en su persona los linajes nobiliarios más importantes de España. En efecto, pertenecen a esta época la mayoría de los retratos conocidos del noble que se conservan en la actualidad y que atestiguan su evolución identitaria, siendo *El joven duque de Alba y marqués de Villafranca*[9] el primer cuadro que Francisco de Goya probablemente ejecutaba para su mecenas. Fechado a principios de la década de los ochenta, el pintor le representaba de perfil con facciones delicadas y ataviado con una casaca color pulga, un color amarronado procedente de Francia y muy común en las vestimentas masculinas confeccionadas en seda (Abad Zardoya, 2016: 26).

Sin embargo, el momento más álgido de su carrera llegaría el 17 de marzo de 1889, cuando el rey Carlos III –tras las necesarias pruebas–[10] le concedería el título de Caballero Gran-Cruz de su Real y Distinguida Orden[11]. Se trataba de una condecoración que se otorgaba a los incondicionales que se habían distinguido con relevantes servicios a la Corona, profesando la religión católica apostólica y romana, así como defendiendo el dogma de la Inmaculada Concepción (Ceballos-Escalera y Gila). Esta prerrogativa se acompañaba de una Gran Cruz de oro, una venera con el lema latino *Virtuti et merito*, que simbolizaba el ápice de su carrera cortesana. De hecho, a finales del mismo año –en concreto, el 28 de septiembre– participaba en la jura de don Fernando como Príncipe de Asturias, quedando representado en el cuadro de Luis Paret[12] como «Alba, el magnífico y grave» (Ezquerra del Bayo, 1958: 165). Culminaría su *cursus honorum* con la distinción del Collar de la Insigne Orden del Toisón de Oro que el rey Carlos IV le concedía en agradecimiento por sus servicios, con certificación fechada el 16 de julio de 1791[13].

Se fecharía, por tanto, entre finales de los años ochenta y principios de los noventa una de las pocas imágenes oficiales del duque (Figura 2) de la mano de Adoolf Ulrick Wertmüller –artista sueco que había cosechado grandes éxitos en Francia, donde ya había realizado varios retratos de la reina María Antonieta antes de que los acontecimientos de julio de 1789 le obligaran al exilio y a viajar a España–. De acuerdo con este nuevo momento liminal que marcaba su vida, el duque presentaba su nueva identidad y se dejaba representar enmarcado en un ambiente cortesano y sentado en una silla sin reposabrazos, para así albergar la espada que completaba su atuendo como aditamento del mismo, de la cual se vislumbraba la guarnición de lazo. Con peluca rizada, el duque vestía un traje francés completo

9. Se hace referencia al cuadro actualmente expuesto en el Museo Goya de Zaragoza. Véase: Ansón Navarro, Arturo (2022), *Retrato pintado por Goya del joven D. José Álvarez de Toledo Osorio y Gonzaga, Duque de Alba y XI Marqués de Villafranca*, Zaragoza: Fundación Ibercaja.

10. AHN, AHN//ESTADO-CARLOS_III, exp. 293.

11. AGFCMS, legajo 426, doc. 11.

12. La representación pictórica de esta celebración se realizó en 1791 y se conserva en el Museo Nacional del Prado, en la sala 039.

13. AGFCMS, legajo 426, doc. 7.



Figura 2. Adoolf Ulrick Wertmüller, *Retrato del Duque de Alba*, Procedente de Colecciones del Duque de Alba. Fuente: IPCE, Ministerio de Cultura y Deporte.

que se componía de una muy ornamentada casaca, con sus mangas de amplias vueltas con ricos botones, de las que asomaban las randas de los puños, que se coordinaban con la chorrera de la pechera, y de la que asomaba una chupa de raso decorada por delicadas flores. Sobre estas prendas superiores destacaba la banda de seda celeste con franjas blancas entrecruzada que se juntaban en un rosetón picado del cual pendía la venera de la orden. Conjuntamente, y de acuerdo con los estatutos de dicha orden, ostentaba la placa con la insignia de la Gran Cruz de la Real y Distinguida Orden de Carlos III, que reseñaba su faceta de ciudadano notable y moderno de la Monarquía Hispánica de finales del siglo XVIII. Pareja del cuadro de su mujer leyendo un libro, este cuadro reproducía su personalidad ilustrada también gracias a la sabia construcción pictórica donde la escena se componía de un tintero con la pluma sobre la mesa con cartas, una de las cuales sostenía en la mano.

No obstante, la imagen que más se ha asociado a la verdadera identidad del duque es el cuadro *José Álvarez de Toledo, XI marqués de Villafranca* (Figura 3) encargado por su madre a Goya para que formara pareja con el suyo titulad *La marquesa viuda de Villafranca*. En efecto, el retrato –cuyo título inicial era *El marqués de Villafranca*– compartía las mismas dimensiones que el de la marquesa, siendo destinado a su colección privada para el palacio del marqués de Villafranca en la calle San Pedro de Madrid. Por ende, al tratarse de una representación privada, se le representaba según la tipología de las efigies finiseculares, donde se retrataba a la alta aristocracia a través de sus pasatiempos y diversiones. Así, se insertaba al duque en un interior sobrio solo esbozado por una cortina de color aceituna claro, de acuerdo con el gusto rococó (Abad Zardoya, 2016: 34), y una mesa sobre la cual se acodaba de manera informal, sosteniendo la partitura de las *Cuatro canciones con acompañamiento de fortepiano* de Joseph Haydn[14]. Como ya hemos comentado, la pasión de Álvarez de Toledo por la música de cámara era bien notoria y venía encomendando composiciones al considerado *padre de los cuartetos de cuerdas* ya desde el año 1783 (Klauk, 2011: 163). Siempre conforme a los cánones estéticos imperantes, se presentaba la figura del noble carente de toda gala e insignias, pero ataviado con un traje de montar compuesto de una larga levita color pulga, chaleco de raso abrochado lateralmente y un calzón

14. AGFCMS, legajo 4923, Relación de pinturas, estampas y esculturas de la testamentaría del duque de Alba, don José Álvarez de Toledo, Palacio de Buenavista, pinturas [1796-1797].

color ceniza. Se trataba de un atuendo que respondía a la moda inglesa, que se completaba con botas altas con espuelas (Giorgi. 2024: en prensa) y remitía a la fase inicial de la moda currutaca que, en busca de una apariencia más desenfadada, admitía la cabellera suelta y voluminosa. La afectada posición de las piernas era un recurso visual –a imitación de los cuadros de Pompeo Batoni dedicados a los viajeros ingleses (Mangiate, 2013: 285-299)– que permitía a Goya resaltar las piernas de este experimentado caballista.

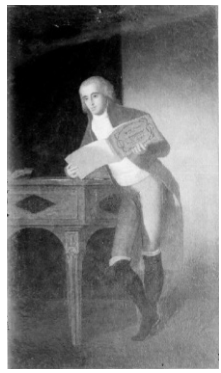


Figura 3. Goya, *El duque de Alba*, MNP, 1795. Casa Moreno-Archivo de Arte Español (1893-1953). Fuente: IPCE, Ministerio de Cultura y Deporte

A pesar de ver colmados sus máximos anhelos cortesanos, Álvarez de Toledo se vería envuelto en la conocida conspiración de Alejandro Malaspina contra Godoy, resultando apartado de la Corte. Comenzaba así su última etapa vital en la que emprendería viaje a sus estados en febrero de 1796 y del que nunca volvería. Fallecía el 9 de julio de 1796 en el palacio de Sevilla, donde sería embalsamado.

> Ante don Ramon Cabrera, prior de Arróniz y examinador sinodal del Arzobispado de Sevilla, y el mayordomo mayor, don Tomás de Berganza se puso el cuerpo en una caja de plomo con su visera de cristal, metida en otra de madera forrada de terciopelo carmesí y galón de oro que se colocó en uno de los salones bajos sobre un tablado hecho a propósito, estando las paredes tamizadas de damasco igualmente de color carmesí galoneado. (Ezquerra del Bayo, 1959: 186-87)

En una misiva de Carlos Pignatelli al duque de Granada, reproducida enteramente por Mena Marqués y Mühe-Maurer (2006: 89), se recogían las indicaciones de la duquesa acerca del vestido y peinado para una miniatura del ya difunto duque realizada posiblemente por Guillermo Ducker[15]:

> Ayer llegamos aquí y encontramos María Teresa como se puede imaginar. Me dice te escriba, y haga el siguiente encargo: que digas a mi Prima María Agustina mande hacer un Medallón del tamaño y figura del modelo q.e te remito, para lo que remitirá el Pelo q.e se ha de poner en el con el letrero q.e contenga las Yniciales del nombre de Pepe J.A.D. T.o, esto en la parte de atrás: que al mismo tiempo hagas sacar una copia // para la otra parte del medallón // por el pintor Holandés q.e hizo el retrato de tu hija la Condesa de Teba, del retrato de Pepe último que hizo Goya, y para en poder de Esteve quien estaba sacando una copia para el Conde de Miranda. Añade q.e se le ponga el vestido conforme al q.e ha de enviar; que no tenga insignia

15. Actualmente se encuentra en exposición temporal del Museo Nacional del Prado una miniatura, siempre para joyel, realizada por Charles Guillaume Alexandre Bourgeois poco antes del fallecimiento del duque.

> alguna ni tanto polvo en la cabeza; que esté sin rizos, con el pelo cortado como se usa, y un pañuelo al cuello al mismo tenor; y q.e todo se haga con la mas posible brevedad. […].

Y siempre por voluntad de la duquesa y a partir del último retrato del duque realizado por Goya, se encargaría un grabado a Manuel Salvador Carmona en 1797 con el fin de difundirlo entre sus amistades (Figura 4). Por la descripción que se da del mismo, estaba haciendo referencia al cuadro del pintor zaragozano, que actualmente se halla en el Instituto de Arte de Chicago. Se trataba de un retrato oficial de dimensiones públicas donde el duque, sentado en una silla, se mostraba de medio cuerpo y ataviado según la nueva identidad vestimentaria que imperaba a finales del siglo XIX. Con un chaleco listado en el que escondía una mano, José Álvarez de Toledo se mostraba ataviado con una levita oscura sobre la cual campeaba la pequeña insignia del Toisón de Oro en el extremo de la solapa de dicha prenda. Con la misma discreción, apenas asomaba un fragmento de la banda concedida en 1789 en calidad de caballero Gran-Cruz de la Orden de Carlos III. Se trataba de una manera más mesurada y medida de indicar sus méritos y honores de acuerdo con el nuevo dispositivo de las apariencias.

5. Conclusiones

Si bien la Casa de Villafranca del Bierzo contaba ya con casi cuatrocientos años de historia, sería con José Álvarez de Toledo y Gonzaga con quien se magnificaría, integrando los más importantes títulos nobiliarios de España. Sería gracias a él, en calidad de XIII duque de Alba, cuando se consolidaría su dinastía. Convertido en el espejo en el que la nobleza española se miraría a la temprana edad de diecisiete años, este joven asumía e incorporaba títulos, sin apenas alterar su imagen. Y a partir de esta reflexión se ha estructurado este estudio. Mediante un enfoque biográfico y gracias al expurgo de fuentes directas, pero sobre todo indirectas, se ha tratado de analizar la evolución de su identidad, forjada por artistas internacionales que construyeron su figura al margen del discurso visual del retrato de Estado.



Figura 4. Manuel Salvador Carmona, *José Álvarez de Toledo*, BNE. Fuente: IPCE, Casa Moreno-Archivo de Arte Español (1893-1953), Ministerio de Cultura y Deporte.

Nacido a principios de la segunda mitad del siglo XVIII, disfrutaría de la selecta educación impartida en el Seminario de Nobles y del proceso de civilización cortesano como todo primogénito destinado al servicio a la Corona, afinando así tanto sus virtudes aristocráticas como sus aspiraciones personales. Sin

sentir la necesidad de rescatar el antiguo ideal del héroe pretérito ni de adherirse totalmente a los nuevos perfiles hegemónicos, este aristócrata se presentaba como un individuo de su época que ni siquiera necesitaba fabricar su propia autoconfección. Así, casi anticipando la identidad artística del dandi del siglo XIX, José Álvarez de Toledo se consagraba a sí mismo, a su imagen y a su identidad.

De acuerdo con Burke y asumiendo la dificultad inherente a las imágenes –consecuencia de la distancia existente entre el creador y el espectador– se ha comprobado que su retratística –por lo menos la que se conoce en la actualidad– se alejaba también de la moderna disyuntiva construida contraponiendo el enaltecimiento de la memoria familiar al propio mérito y honor, o viceversa. No se trataba, por tanto, de un ser dominado por la inercia, sino un individuo austero privado de toda vanagloria que, como describía Escribano en su *Elogio Fúnebre* (1796: 39): «se ve brillar, en todas sus providencias, el esplendor de los Albas, la rectitud de los Villafrancas, la sencillez de los Gonzagas, y la inocencia de los Caracciolos».

6. Bibliografía

AA. VV. (1980), *El arte europeo en la Corte de España durante el siglo XVIII* [catálogo de la exposición celebrada en Madrid], Museo del Prado 1 de febrero-27 de abril de 1980, Madrid: Dirección General del Patrimonio Artístico, Archivos y Museos.

Abad Zardoya, Carmen (2016), «Ratas, cenizas y perlas: El vocabulario del color en los interiores del siglo XVIII», *Res Mobilis: Revista Internacional de Investigación en Mobiliario y Objetos Decorativos*, 5(5), pp. 21-46.

Andioc, René (2001), *Personajes y rostros de fines del XVIII: el currutaco según Goya y la literatura de su tiempo*, Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.

Ansón Navarro, Arturo (2022), *Retrato pintado por Goya del joven D. José Álvarez de Toledo Osorio y Gonzaga, Duque de Alba y XI Marqués de Villafranca*, Zaragoza: Fundación Ibercaja.

Armero, Pedro (1958), «La Duquesa Cayetana de Alba fue también duquesa de Medina-Sidonia», *Archivo Hispalense. Revista Histórica, Literaria y Artística*, 91-92, pp. 189-194.

Arriaza, Juan Bautista de (1796), *La Compasión: canto fúnebre a la muerte del Excelentísimo Señor Duque de Alba*, Madrid: Imprenta de Don Benito Cano.

Azara, José Nicolás de (1780), *Obras de D. Antonio Rafael Mengs, Primer Pintor de Cámara de Rey*, Madrid: Imprenta Real de la Gazeta.

Bolufer, Mónica (2007), «"Hombres de bien": Modelos de masculinidad y expectativas femeninas entre la ficción y la realidad», *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo*, 15, pp. 7-31.

Burke, Peter (1995), *La fabricación de Luis XIV*, San Sebastián: Nerea.

Carrasco Martínez, Adolfo (1998), «Herencia y Virtud. Representaciones e imágenes de lo nobiliario en la segunda mitad del siglo XVI», en Luis Antonio Ribot García y Ernest Belenguer Cebrià (coords.), *Las sociedades ibéricas y el mar a finales del siglo XVI: congreso internacional*, Lisboa: Sociedad Estatal Lisboa'98, pp. 231-271.

Carrasco Martínez, Adolfo (2000), *Sangre, honor y privilegio: la nobleza española bajo los Austrias*, Barcelona: Ariel.

Carrasco Martínez, Adolfo (2001), «Fisonomía de la Virtud. Gestos, movimientos y palabras en la cultura cortesana-aristocrática del siglo XVI», *Reales Sitios*, 147, pp. 26-37.

Carrasco Martínez, Adolfo (2002), «Corte, capital y ciudad. La sociedad madrileña del siglo XVIII», en Adolfo Carrasco Martínez *et al.*, *Madrid. Tres siglos de una capital, 1702-1002*, Madrid: Fundación Caja Madrid, pp. 19-41.

Carrasco Martínez, Adolfo (2007), «La construcción problemática del yo nobiliario en el siglo XVII: una aproximación», en Bernardo José García García y María Luisa Lobato López, *Dramaturgia festiva y cultura nobiliaria en el Siglo de Oro***,** Madrid: Iberoamericana Vervuert, pp. 21-44.

Carrasco Martínez, Adolfo (2011), «Apariencia y ser del honor en la España del siglo XVII. En torno al retrato del Duque de Pastrana», en Paolo Broggio y Maria Pia Paoli, *Stringere la Pace. Teorie e Pratiche dellaconciliazione nell'Europa moderna (secoli XV-XVIII)*, Roma: Viella, pp. 93-118.

Ceballos-Escalera y Gila, Alfonso (2000), *La insigne Orden del Toisón de Oro*, Madrid: Palafox y Pezuela, pp. 376-401.

Cernadas y Castro, Diego Antonio (1788), *Obras en prosa y verso del cura de Fruime Diego Antonio Cernadas y Castro, natural de Santiago de Galicia II*, Madrid: Joaquín Ibarra, Impresor de Cámara de S. M.

Chueca Goitia, Fernando (2001), *«La casa del Nuevo Rezado y otros edificios»*, en *Tesoros de la Real Academia de Historia, Catalogo de la Exposición celebrada en el Palacio Real*, abril-julio 2001, Madrid: Palacio Real, pp. 39-44.

Corazón de Jesús, Pedro del (1783), *Glorias de la beata María Ana de Jesús, mercenaria descalza, publicadas en las solemnes fiestas que a su beatificación celebró el colegio de su orden en la ciudad de Salamanca, año de 1783*, Salamanca: Oficina de la Santa Cruz.

Coussemacker, Sophie y Roumier, Julia (2020), «En guise d'introduction: Ekphrasis et hypotypose: les écritures de l'enargeia dans la péninsule Ibérique médiévale et moderne», *e-Spania* [Online], 37. DOI: https://doi.org/10.4000/e-spania.35993

Dulmen, Richard van (2000), *El descubrimiento del individuo, 1500-1800*, Madrid: Siglo XXI.

Escribano Montoya, José (1796), *Elogio fúnebre del… señor don Josef Álvarez de Toledo, Gonzaga y Caracciolo, &c. Duque de Alba, marques de Villafranca*, Madrid: Imprenta de laViuda e Hijo de Marín.

Espinosa, Pedro (1625), *Elogio del Retrato del Excelentissimo señor don Manuel Alonso de Gúzman el Bueno*, Málaga: Juan René.

Ezquerra del Bayo, Joaquín (1959), *La Duquesa de Alba y Goya. Estudio biográfico y artístico,* Madrid: Aguilar.

Gasca y Espinosa, José de la (1631), *Manual de avisos del perfecto cortesano reducido a un político de Príncipes Embajadores*, Madrid: Roque Rico de Miranda, sin paginar.

Giorgi, Arianna (2019), «Pedagogía del vestido: apariencia y distinción masculina en los siglos XVIII y XIX», en Máximo García Fernández, José Pablo Carrasco Blanco y Juan Manuel Bartolomé Bartolomé (eds.), *Una civilización juvenil en la Edad Moderna. Desigualdades de edad y contrastes generacionales*, Berlín-Bruselas-Nueva York: Peter Lang, pp. 151-163.

Giorgi, Arianna (2024), «Los pantalones: la imagen subversiva del proceso de civilización», en Máximo García Fernández y Javier E. Ochoa de Eribe, *Modelos de Vida. Proceso de civilización y emergencia del yo a finales del Antiguo Régimen*, TREA (en prensa).

Goffmann, Erving (1987), *La presentación de la persona en la vida cotidiana*, Madrid: Martínez de Murguía.

Grenblatt, Steohen (1980), *Renaissance self-fashioning: from More to Shakespeare*, Chicago: University of Chicago Press.

Guillén Berrendero, José Antonio (2017), «Honor y fama "por defecto": los gentilhombres de c*ámara y el* servicio nobiliario en el reinado de Felipe IV», en Adolfo Carrasco Martínez, (ed.), *La nobleza y los reinos: Anatomía del poder en la Monarquía de España (siglos XVI-XVII)*, Madrid: Editorial Iberoamericana/Vervuert, pp. 35-55.

Guillén Berrendero, José Antonio (2018), «"Raison du sang" et "raison de lignage". La définition de la noblesse par le roi d'armes José Alfonso de Guerra y Villegas», *Cahiers de la Méditerranée*, 97/2, pp. 121-132. DOI: https://doi.org/10.4000/cdlm.11907

Guillén Berrendero, José Antonio (2020), «La heráldica de los validos como artefacto cultural. Visiones discursivas sobre la excelencia y la grandeza durante el siglo XVII», *Cuadernos de Historia Moderna*, 45(2), pp. 533-564.

Guillén Berrendero, José Antonio (2022), «Nobleza, poder y corte en la Europa moderna», en Marcelo Luzzi, Iván Escamilla González y José A. Guillén Berrendero (eds.), *La corte y la sociedad cortesana en el mundo hispánico (siglos XVI-XVIII)*, La Plata; Universidad de la Plata, Hismundi, pp. 295-305.

Guillén Berrendero, José Antonio. (2023), «Por los grandes servicios de mi casa. Política, utilidad y nobleza en la monarquía de España durante el siglo XVII», en María Luz González Mezquita y Adolfo Carrasco Martínez (eds.), *Pensar la Monarquía y Gobernarla. Cultura Política en la Monarquía de España. Teoría y Prácticas*, La Plata: Universidad de la Plata, Hismundi, pp. 205-221.

Guillén Berrendero, José Antonio. (2024), «"Dura Memória" memoria, blasones y letras en los textos genealógicos de los siglos modernos: ¿Una nación de excelentes?», en Francisco Precioso Izquierdo y María Teresa Marín Torres, *Los Arcanos de la memoria familiar: uso y proyección del pasado en la sociedad española (1650-1850)*, Madrid: Dykinson, pp. 37-66.

Gutiérrez de los Ríos y Córdoba y Rohan-Chabot, C. J. (1898). *Vida de Carlos III*, Madrid: Librería de Fernando de Fé.

Hernández Franco, Juan y Precioso Izquierdo, Francisco (2020), «Para más bien vincular y afianzar la unión. El largo proceso de reconstrucción de los Álvarez de Toledo en el siglo XVIII: las casas de Alba, Oropesa y Villafranca», *Hispania: Revista Española de Historia*, 265, pp. 439-465. DOI: https://doi.org/10.3989/hispania.2020.012

Hernández Franco, Juan; Precioso Izquierdo, Francisco y Beltrán Corbalán, Domingo (2021), «El más grande entre los Grandes. Idea de nobleza y proyección heráldica a finales del siglo XVIII. Los XIII duques de Alba», *Magallanica: Revista de Historia Moderna*, 7(14), pp. 175-203.

Hernández González, Joaquín (2006), «Construir una identidad. Vida Juvenil y el estudio en el CCH Sur», *RMIE*, 29, pp. 459-481.

Higuera Quindós, Mariano (2017), *Documentación del marquesado de Villafranca existente en el archivo de los González (Gateras) de Villar de los Barrios*, Villafranca: Instituto de Estudios Bercianos.

Iglesias, María del Carmen (1991), *Individualismo noble, individualismo burgués*, Madrid: Real Academia de Historia.

Jovellanos, Gaspar (1984), «Memoria sobre Educación Pública», en Gaspar de Jovellanos, *Obras Completas*, Oviedo: Centro de Estudios del Siglo XVIII.

Kimmel, Michael (1997), «Homofobia, temor, vergüenza y silencio en la identidad masculina», en Teresa Valdés y José Olavarría (eds.), *Masculinidad/es. Poder y Crisis,* Santiago de Chile: Isis-Internacional/FLACSO-Chile.

Klauk, Stephanie (2011), «Dos Cuartetos de Joseph Hayden para el Duque de Alba», *Anuario Musical*, 66, pp. 159-164.

Legros, Robert (2006), «El Nacimiento del Individuo Moderno», en Bernard Foccroulle, Robert Legros y Tzvetan Todorov, *El nacimiento del individuo moderno en el arte*, Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión, pp. 124-205.

López Estrada, Francisco (1991), «Introducción Bibliográfica», en Pedro Espinosa y Francisco López Estrada, *Obra en prosa*, Málaga: Diputación de Málaga.

March, José (1961a), *La duquesa de Alba María del Pilar Teresa Cayetana y su marido el marqués de Villafranca*, Madrid: Real Academia de Historia.

March, José (1961b), «Los Duques de Alba, Marqueses de Villafranca, Don José Álvarez de Toledo y Doña María Teresa Cayetana de Silva, Señores de Palau, vistos desde Barcelona, 1775-1802», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, pp. 216-219.

Mena Marqués, Manuela B. y Mühle-Maurer, Gudrun (2006), *La duquesa de Alba, «musa» de Goya: el mito y la historia*, Madrid: Museo Nacional del Prado.

Precioso Izquierdo, Francisco (2022), «Cultura y memoria de nobleza en España a finales del siglo XVIII: reflejos del individualismo noble en la *Laudatio Funebris* de José Álvarez de Toledo, Duque de Alba y Marqués de Villafranca», *Journal of Spanish Cultural Studies*, 2, pp. 117-128. DOI: https://www.doi.org/10.1080/14636204.2022.2070700

Precioso Izquierdo, Francisco y Beltrán Corbalán, Domingo (2019), *La biblioteca de José Álvarez de Toledo, XI marqués de Villafranca y duque consorte de Alba: estudio y transcripción*, Oviedo: Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII, Gijón: Trea.

Salazar y Acha, Jaime de (1996-97), «Los Osorio, un linaje de más de mil años al servicio de la Corona», *Anales de la Real Academia Matritense de Heráldica y Genealogía,* n. 4, pp. 143-182.

Salazar y Acha, Jaime de (2012), *Los grandes de España (siglos XV-XXI)*, Madrid: Hidalguía.

Salazar y Castro, Luis (1683), *Árboles de costados de gran parte de las primeras casas de estos reynos, cuyos dueños vivían el año de 1683*, Madrid: Imprenta de Antonio Cruzado.

Salcedo Coronel, García (2018), *Retrato Panegírico al conde duque de Olivares*, ed. Jesús Ponce Cárdenas, Madrid: Giardini di Bomarzo.

Sánchez García, Raquel (2018), «El Héroe Romántico y el Mártir de la Libertad: Informal en torno al Monarca en España (1833-1885)», *Aportes. Revista de Historia Contemporánea*, 13, pp. 45-66.

Sierra Pérez, José (1985), «La música instrumental no de tecla del P. Antonio Soler: los quintetos y el acompañamiento a la música vocal», *Revista de Musicología*, 8(8), pp. 77-82.

Soubeyroux, Jacques (1995), «El Real Seminario de Nobles de Madrid y la formación de la élite en el Siglo XVIII», *Cuadernos Hispanoamericanos*, 356, pp. 201-212.

ISSN: 1576-7914 - e-ISSN: 2341-1902
DOI: https://dx.doi.org/10.14201/cuadieci202526125144

JIRONES DEL CAMBIO ENTRE FAJARDO Y TOLEDO. LA PROYECCIÓN HERÁLDICA DE LOS MARQUESES DE VILLAFRANCA Y VÉLEZ EN EL LARGO SIGLO XVIII*

Reflections of Change between Fajardo and Toledo. The Heraldic Projection of the Marquises of Villafranca and Vélez in the Long Eighteenth Century

Domingo BELTRÁN CORBALÁN
Universidad de Murcia
dbeltran@um.es

Francisco PRECIOSO IZQUIERDO
Universidad de Murcia
fpi13824@um.es

Fecha de recepción: 12/07/2024
Fecha de aceptación: 18/11/2024

RESUMEN: La evolución de los linajes y las casas de la aristocracia española en el siglo XVIII no fue lineal. La clave en su desarrollo cotidiano descansaba en la incertidumbre propia de las múltiples circunstancias que podían acabar con las estrategias pensadas en el engrandecimiento del grupo. Todos los jirones de esa realidad cambiante se reflejan en la heráldica. Nos referimos a una disciplina que no agota sus posibilidades en la descripción, sino que conecta con la evolución social y cultural de los nobles para revelarnos detalles sobre cómo se concebían y querían

* Este trabajo forma parte de los proyectos de investigación: *De Fajardo a Toledo: el marquesado de los Vélez en el siglo XVIII. Relaciones familiares y dominio señorial en el sureste español (1691-1814)*, financiado por la Fundación Séneca. Agencia de Ciencia y Tecnología de la Región de Murcia (21883/PI/22); *Generaciones inciertas. Las familias de los influyentes españoles en tiempos de transformación (1740-1830)*, financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación (PID2020-113509GB-I00).

ser reconocidos. Por medio del análisis heráldico vamos a examinar el proceso por el que los marqueses de Villafranca y Vélez, unidos desde principios del setecientos, dieron encaje a las armas procedentes de casas y linajes diferentes. Asimismo, pretendemos estudiar la proyección de esa nueva identidad noble, su jerarquización y el resultado recreado por los titulares a lo largo del setecientos.

Palabras clave: aristocracia; Fajardo; Álvarez de Toledo; heráldica; siglo XVIII.

ABSTRACT: The evolution of the lines and houses of the Spanish aristocracy in the 18th century was not linear. The key to their daily evolution lay in the uncertainty inherent in the many circumstances that could put an end to the strategies designed for the aggrandisement of the group. All the fragments of this changing reality are reflected in heraldry. We are talking about a discipline that does not exhaust its possibilities in description, but links up with the social and cultural evolution of the nobility to reveal details of how they perceived themselves and wished to be recognised. Through heraldic analysis, we will study the process by which the Marquises of Villafranca and Vélez, united since the beginning of the 17th century, brought together the coats of arms of different houses and lineages. We will also study the projection of this new aristocratic identity, its hierarchy and the results achieved by the titleholders throughout the 18th century.

Key words: aristocracy; Fajardo; Álvarez de Toledo; heraldry; 18th century.

1. De noblezas, estrategias y representación. De Fajardo a Toledo

El componente estratégico de muchas de las acciones y prácticas puestas en marcha por los grupos de la aristocracia ha sido una de las cuestiones más relevantes en la reciente historiografía de lo nobiliario[1]. Los historiadores especializados en el desarrollo de las familias y las casas aristocráticas han sabido detectar bien los cálculos que escondían decisiones trascendentales de su día a día. La herencia, por ejemplo, se antoja hoy como un momento de especial importancia en el diseño del siempre delicado relevo generacional. Su planificación, la práctica testamentaria o el éxito final de la sucesión familiar han sido cuestiones

1. Nos referimos, fundamentalmente, a esa forma de hacer historia preocupada, como señaló Dewald, en estudiar a los nobles como medio para comprender cómo dominaron durante tantos siglos las sociedades modernas, cómo se enfrentaron a los cambios y cómo lograron adaptarse a nuevos paradigmas y formas de organización hasta bien entrada la Edad Contemporánea (Dewald, 2004: 21-38). La historiografía de lo nobiliario en España fue puesta al día gracias a la obra de insignes historiadores como Antonio Domínguez Ortiz y José Antonio Maravall. Muchas de sus conclusiones, intuiciones y aproximaciones fueron desarrolladas a su vez por una nómina creciente de historiadores que han continuado ensanchando el objeto nobiliario hasta convertirlo en una categoría activa para el análisis de los cambios históricos. Para una evaluación crítica de los estudios recientes sobre nobleza en la historiografía modernista, véanse Soria Mesa, 2009: 213-241; Carrasco Martínez, 2015: 1-6.

especialmente revisadas por unos investigadores atentos a la maraña de obligaciones, a las normas que regulaban instituciones como el mayorazgo, al destino del resto de bienes no vinculados, a los beneficiarios y las beneficiarias e incluso a los cambios de última hora en la voluntad de los testadores[2].

Pero, si hay un hito en el ciclo vital de las familias aristocráticas que parece constituirse en el paradigma de todos los entresijos de la política nobiliaria, la que se practicaba de puertas hacia dentro para asegurar el gran objetivo de la reproducción del estatus y el poder perseguido por la mayoría, ese es el matrimonio. Como afirma Powis, la herencia de cada generación «estaba expuesta a una inevitable erosión conforme cada heredero principal hacía sus previsiones para las hijas e hijos menores». Además, a través de los enlaces nupciales se abrían posibilidades para tejer alianzas con nuevos grupos o reforzar las ya existentes, de ahí que la decisión del matrimonio fuera a lo largo de toda la Edad Moderna una cuestión que afectara por encima de los intereses individuales a los del colectivo, un paso importante que quedaba normalmente sometido a una particular vigilancia por los jefes o cabezas de la familia (Powis, 2007: 50-51). En consecuencia, todo lo que envolvía al matrimonio ha sido estudiado con detalle y relacionado con el fin de la anticipación ventajosa: desde la elección de cónyuge, la negociación material del acuerdo entre las dos partes, las cláusulas más variadas que servían para regular la posible sucesión, el orden de apellidos, etc.[3].

Los grupos aristocráticos tendieron a actuar minimizando los riesgos que entrañaba el futuro. Entre otras razones porque eran los que tenían más que perder en términos no solo de riqueza y poder como también de estatus y autonomía. Pero que pusieran todos los recursos a su alcance para conjugar las circunstancias del medio conforme a sus intereses y coyunturas no implica necesariamente que obtuvieran el fin esperado. La realidad, siempre, terminaba imponiéndose a cualquier cálculo. Contingencias varias como la muerte de los descendientes, una enfermedad sobrevenida, una guerra, una opción política equivocada, una mala gestión de la hacienda… podían echar abajo estrategias pensadas en el fortalecimiento de la familia y la casa y conducir a procesos de integración de unas en otras que terminaban con siglos de historia autónoma[4].

2. Como marco general remitimos a las líneas presentadas por Hernández Franco (2012: 17-28). Más concretamente sobre el grupo nobiliario, Atienza Hernández, en una de las obras más renovadoras sobre el estudio del grupo, dedicó unas interesantes páginas a la sucesión, la transmisión y los tipos de bienes que formaban las herencias de los grupos aristocráticos, véase Atienza Hernández (1987: 285-290).

3. La sanción de la mayoría de los acuerdos matrimoniales de los grupos aristocráticos ha permitido un estudio más o menos continuo de sus trayectorias nupciales. Ejemplos recientes de trabajos sobre la práctica matrimonial de las familias aristocráticas: Hernández Franco y Precioso Izquierdo (2020: 439-465); Molina Recio (2021: 140-174); Salas Almela (2016: 13-39).

4. A esta forma de entender los estudios de los linajes alejada de cualquier linealidad se refirieron desde la sociohistoria Hernández Franco y Rodríguez Pérez (2015: 7-29).

Un buen ejemplo de lo determinante de la contingencia y el azar como animadores improvisados de las trayectorias de las familias y casas de la aristocracia nos lo proporciona el caso de los Vélez. A él nos hemos referido en alguna ocasión como una «eventualidad calculada» (Precioso Izquierdo, 2023: 1509-1521). La historia de su integración en el entorno de los Álvarez de Toledo (casa de Villafranca) responde precisamente a un cúmulo de circunstancias que normalmente son difíciles de prever, pero que, de alguna manera, muchos de los protagonistas tenían seguramente en la cabeza.

Ese proceso lo conocemos relativamente bien (Precioso Izquierdo, 2022: 431-452). Se trata de una trayectoria familiar que arranca en la segunda mitad del siglo XVII, periodo en el que la casa de los Vélez va a conocer a los últimos titulares Fajardo, el linaje *oriundo* desde finales del siglo XIV. Hasta su integración en Toledo, como marqueses de Villafranca, van a mediar una serie de generaciones en las que se van a dar determinados condicionantes que explican la gran mutación de la casa velezana. La primera, la pérdida progresiva de la línea de primogenitura, una circunstancia que observamos ya en la muerte del V marqués, en 1647, y su relevo por Fernando Joaquín, un hijo segundón sobre el que recaía el foco de la jefatura de la casa y la familia tras la entrada de su hermano mayor en religión.

El nuevo marqués de los Vélez, un niño de doce años, casará en dos ocasiones, aunque de ninguno de los dos enlaces quedará descendencia[5]. Ese segundo condicionante, la falta de descendencia en el titular, provocó que la línea de sucesión girase tras el fallecimiento del VI marqués, en 1693, hasta alcanzar a su hermana, María Teresa Fajardo. El creciente protagonismo femenino de los titulares es el tercero de los condicionantes. La nueva marquesa, cuarta hija del V marqués, estaba casada con Fernando de Aragón, heredero del ducado de Montalto. La sucesión de la pareja iba a quedar reducida a una niña, Catalina, en la que recaerían juntas, en 1715, la casa de su padre y la de su madre (Precioso Izquierdo, 2022: 440-441).

La elección de pareja también iba a condicionar bastante el recorrido posterior de sus casas. Tras un primer matrimonio truncado por el fallecimiento temprano de su marido, se acordó el enlace de Catalina de Moncada con José Fadrique de Toledo, duque de Fernandina y heredero del marquesado de Villafranca, una decisión que cerraría el círculo de posibilidades de la casa velezana y la uniría ya de forma casi irremediable a esta rama del linaje Álvarez de Toledo. De hecho, el hijo mayor de Catalina y José Fadrique, de nombre Fadrique Vicente Álvarez de Toledo, se convertirá por vez primera en marqués de Villafranca, duque de Montalto y marqués de los Vélez, inaugurando así, a partir de 1728, el conocido como periodo *toledano* de los Vélez (Precioso Izquierdo, 2022: 434-442).

En esa nueva fase de la historia de la casa que cubre la mayor parte del siglo XVIII, la de Vélez aportaba siglos de antigüedad y prestigio, sin olvidar un

5. Sí tuvo, en cambio, varias hijas fuera del matrimonio a las que citará en su testamento (Precioso Izquierdo, 2022: 440).

extenso estado señorial ubicado entre las actuales provincias de Murcia y Almería que concitó la atención, más o menos frecuente, de Fadrique Vicente, así como la de sus sucesores, Antonio, José y Francisco de Borja Álvarez de Toledo, X, XI y XII marqueses. Un periodo, además, en el que se iba a producir otra vinculación en el conglomerado nobiliario, ya de por sí novedoso, que formaban Villafranca, Montalto y Vélez. Nos referimos al ducado de Medina Sidonia, incorporado por José Álvarez de Toledo a partir de 1779 (Precioso Izquierdo y Beltrán Corbalán, 2024: 47-71; Hernández Franco y Precioso Izquierdo, 2024: 92-96).

La necesidad de representación de los nuevos marqueses Toledo entre los miles de vasallos de su señorío, unido a las expectativas de sucesión y el derecho a portar nuevas armas en sus escudos, son elementos que nos ayudan a comprender la proliferación de bocetos y diseños heráldicos que encontramos con frecuencia en la cancillería marquesal a lo largo de la segunda mitad del siglo XVIII (Hernández Franco, Precioso Izquierdo y Beltrán Corbalán, 2021: 175-203). Estamos, por tanto, ante una heráldica viva, dinámica, que se adaptaría a las cambiantes circunstancias de la coyuntura, en comunión casi perfecta con las dinámicas sociales y familiares de sus protagonistas, y que exigiría toda una jerarquización de las armas, esmaltes, piezas y leyendas procedentes de diversas fuentes de legitimación (casas y linajes).

Esto último obligaba a los altos administradores y el personal de oficinas a un alto nivel de formación heráldica como parte esencial de su cometido cotidiano. En este sentido, un aspecto interesante es el análisis de las fuentes y autoridades que utilizan los oficiales del archivo y de la secretaría marquesal (Beltrán Corbalán y Precioso Izquierdo, 2023: 281-291). Los informes elaborados en la administración Villafranca durante el siglo XVIII en materia genealógica y heráldica recurren de forma principal y sistemática a tres autores. Uno es Alfonso López de Haro y su obra clásica *Nobiliario genealógico de los reyes y títulos de España* (Madrid, 1622), considerada la máxima autoridad en la materia. Otro es José Avilés y su tratado *Ciencia heroica reducida a las leyes heráldicas del blasón*, editado en Barcelona en 1725. El tercero es Antonio Agustín (1517-1586), cuya obra póstuma, *Diálogos de las armas y linajes de la nobleza en España*, fue compilada y editada por Gregorio Mayans en 1734. También se cita con frecuencia a fray Jerónimo de Sosa, autor de la obra genealógica *Noticia de la gran casa de Villafranca y su parentesco con las mayores de Europa…*, editada en Nápoles en 1676 y dedicada a Fadrique de Toledo, VII marqués de Villafranca. En relación con la casa de los Vélez es autoridad la obra de Francisco Cascales, *Discursos históricos de la muy noble y muy leal ciudad de Murcia*, editada en Murcia en 1621, y también suele haber referencias en aspectos puntuales a la *Historia general de España*, del padre Mariana[6].

6. Todas estas obras eran de fácil acceso para los oficiales del archivo, pues formaban parte de las bibliotecas de los titulares de la casa, véase Precioso Izquierdo y Beltrán Corbalán, 2019. En relación con esta cuestión pueden consultarse, entre otros, los siguientes documentos: AGFCMS, leg. 384, doc. 7; leg. 351, doc. 26; leg. 4893, docs. 23 y 24.

La premisa de la que parte este estudio conecta precisamente con lo que acabamos de afirmar, es decir, con la idea de que el cambio *de Fajardo a Toledo* tuvo una dimensión fundamental en el terreno de la representación simbólica, muy especialmente en la heráldica. Una evidencia que no nos debe extrañar si tenemos en cuenta que se trataba de un medio esencial en la manifestación del ser noble y en la expresión de su propia cultura, vía por la que muchos titulados dejaron plasmada su idea de nobleza, la de su pasado, su presente y en muchas ocasiones hasta su futuro (Guillén Berrendero, 2012).

Hoy, la disciplina heráldica ha conocido un notable proceso de renovación espoleada tanto por los heraldistas como por los historiadores de la nobleza[7]. Unos y otros han configurado una disciplina alejada de los viejos prejuicios y sumamente útil para la explicación de los procesos sociales y familiares en los que se puede naturalizar (Marí i Brull, 2006: 128-140). Como código de representación, la heráldica revela todo su potencial al ser capaz de proyectar en muy pocas líneas toda una identidad diferenciada, vinculada con categorías que remitían a la excelencia, a la antigüedad, al servicio… Un discurso visual que, como apunta Miguel Metelo de Seixas (2023: 87), estaba compuesto por diversos compartimentos que deben relacionarse entre sí, dialogar y entrelazarse para que adquieran su pleno significado.

En nuestro caso, vamos a explorar esa capacidad de entrelazamiento heráldico a partir de un planteamiento hipotético en el que afirmamos que la integración velezana en el universo de los Toledo llevó consigo una progresiva disminución de las armas del linaje Fajardo en los nuevos dispositivos de representación de los marqueses de Villafranca y Vélez en el siglo XVIII. Esa hipótesis sobre la identidad heráldica dinámica y en construcción permanente se acompaña de un doble objetivo que nos debe permitir confirmar o no nuestra aproximación. El primero consiste en analizar cómo fueron reflejados todos los jirones del cambio familiar descrito anteriormente en los escudos de los últimos marqueses Fajardo y los primeros Toledo. El segundo pretende examinar la forma en la que ellos mismos se concibieron y quisieron representarse ante los demás por medio de una prelación que dio lugar a la potenciación, por un lado, y a la postergación, por otro, de las armas a que tenían derecho. Todo ello sobre la base de unos materiales procedentes mayoritariamente de los testimonios en piedra que permanecen en las fachadas de los antiguos edificios señoriales, pero también en sellos empleados en la documentación propia del gobierno de los señoríos[8], en grabados de portadas de libros y en escudos estampados en diversos soportes.

7. Esa evolución y su incidencia en la heráldica española se puede seguir en obras significativas de autores como Pastoureau, 1979 o Menéndez-Pidal de Navascués, 1993. Un balance historiográfico de los derroteros de los estudios heráldicos y su vinculación a la historia social y cultural en Valle Porras (2017: 315-340).

8. Con este propósito hemos estudiado la serie de libros de actas capitulares del concejo del antiguo señorío de Molina entre los años 1640 y 1797. Asimismo, hemos corroborado gran parte de los datos obtenidos en los libros de actas capitulares de Mula y Alhama de Murcia.

2. De Vélez a Montalto

El planteamiento anterior tiene un primer estadio de análisis en los escudos de los tres últimos marqueses Fajardo, pues forman parte de una misma concepción heráldica, tanto en los blasones representados como en su distribución y modo de jerarquizarlos. El quinto marqués de los Vélez, Pedro Fajardo de Requesens-Zúñiga Pimentel (1602-1647), compuso unas armas que, en esencia, fueron asumidas por su hijo Fernando Joaquín, sexto marqués, y de forma muy parecida por su hija María Teresa, séptima marquesa. El escudo, de partición cuartelada, tiene dos partes claramente diferenciadas. Los dos primeros cuarteles los componen las armas del linaje titular, Fajardo, y del de su esposa, Mariana Engracia de Toledo y Portugal. Por su parte, los cuarteles tercero y cuarto contienen las armas del linaje materno de su padre, Zúñiga y Requesens, agrupadas por un escusón que representa el blasón de Quiñones, propio de su madre, María Pimentel y Vigil de Quiñones[9]. Esta es la forma en que don Pedro compuso su escudo de armas. Así se constata, por ejemplo, en la portada del libro *Excelencias del oficio divino*, de Vicencio Sellan, editado en Zaragoza en 1638 y dedicado a él (Fig. 1)[10].

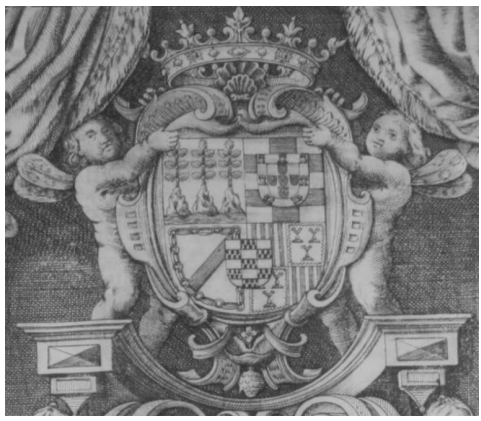


Figura 1. Escudo de Pedro Fajardo Requesens, V marqués de los Vélez, en la portada del libro *Excelencias del oficio divino*, de Vicencio Sellan (Zaragoza, 1638).

9. Para la descripción heráldica de los blasones mencionados en este trabajo remitimos a las obras de referencia al uso, como la clásica García Carraffa y García Carraffa (1920-1963).

10. Este mismo escudo fue utilizado por el marqués para sellar y validar los documentos generados por la acción de su gobierno en los señoríos jurisdiccionales, aunque también empleó escudos más sencillos, con armas menos complejas. En ocasiones utilizó un sello con dos escudetes acolados con las armas de Fajardo y Requesens. Un ejemplo lo encontramos en el Archivo Municipal de Molina de Segura (en adelante, AMM), AACC, 1, lib. 3/1643, fol. 94r. También, cuando todavía era marqués de Molina, Alonso de Castillo Solórzano le dedicó la obra *Huerta de Valencia, prosas y versos en las academias della* (1629), donde aparece grabado un blasón con las armas de Fajardo.

Resulta destacable en este escudo la presencia del apellido Quiñones, linaje materno de doña María, en lugar del paterno Pimentel. Esta era hija del octavo conde de Benavente, Juan Alonso de Pimentel y Enríquez, y de la sexta condesa de Luna, Catalina Vigil de Quiñones. La reivindicación del condado de Luna por parte de Luis Fajardo por línea de su esposa dio lugar a un largo pleito, sostenido en la Real Chancillería de Valladolid, con el hijo y sucesor del citado conde y hermano de doña María, Antonio Alonso Pimentel. La sentencia, dictada en abril de 1613, fue contraria al marqués de los Vélez, quien solicitó la revisión del pleito. Finalmente, para evitar más demoras en la resolución del conflicto, se llegó al acuerdo de casar al primogénito del conde de Luna y sucesor también de la casa de Benavente, Juan Francisco Alonso Pimentel, con su prima Mencía Fajardo Pimentel, hija de los cuartos marqueses de los Vélez Luis Fajardo y María Pimentel (Marsilla de Pascual y Beltrán Corbalán, 2006: 120).



Figura 2. Armas de Luis Fajardo y María Pimentel, IV marqueses de los Vélez, en la fachada del convento de San Luis de Vélez Blanco (Almería). (Fotografía: Ana María Sánchez Gómez).

La pretensión de los Fajardo al condado de Luna tuvo presencia en el escudo de la casa durante dos generaciones. Tanto Pedro Fajardo, quinto marqués, como sus sucesores en el título, sus hijos Fernando Joaquín y María Teresa, mantuvieron el blasón de Quiñones en su escudo. No obstante, la incorporación de este linaje a la heráldica del quinto marqués es un elemento que resulta curioso, pues su padre, que fue quien mantuvo el pleito y alcanzó un entendimiento con la parte contraria, no lo incluyó en el suyo. Las armas del cuarto marqués están representadas solamente por el apellido Fajardo, como se puede ver en numerosos documentos de gobierno rubricados y sellados por él y sus oficiales de cancillería; o bien por los apellidos del matrimonio, Fajardo y Pimentel, como se constata, por ejemplo, en los escudos de las portadas de los conventos de San Luis en Vélez

Blanco y San Ginés de la Jara en el Campo de Cartagena (Fig. 2). Quizá haya que entender la presencia del blasón de Quiñones, más que como una reclamación de los derechos de la casa, como un acto de memoria y reivindicación del linaje.

Por su parte, el sexto marqués, Fernando Joaquín Fajardo de Zúñiga y Requesens (1635-1693), mantuvo la misma estructura y contenido del escudo adoptado por su padre. Dedicó el segundo cuartel para representar las armas de su esposa y en el resto colocó los linajes de su casa paterna: Fajardo, Zúñiga, Requesens y Quiñones. Como casó dos veces, encontramos dos escudos distintos. En 1654 contrajo matrimonio con María Juana de Aragón Folch de Cardona y Sandoval, hija de los duques de Segorbe y Lerma, cuñada del influyente duque de Medinaceli y fallecida en 1686. A los mencionados linajes de Fernando Joaquín, se añaden en el segundo cuartel del escudo las armas de doña María Juana: partido de Aragón y Sandoval[11]. De este periodo conservamos varios testimonios procedentes de grabados y portadas de libros dedicados al marqués, como *Gli Eroi Fassardi*, de Bonaventura Tondi (Nápoles, 1682) (Fig. 3).

Del mismo modo sucede en el escudo que Fernando Joaquín ostentó a partir de su segundo matrimonio, con Isabel de Ayala Fajardo Mendoza, hija de Fernando de Ayala Fonseca y de su prima Catalina Fajardo Mendoza. En este caso se incluyen en el segundo cuartel las armas de su esposa, partido de Ayala y Mendoza, permaneciendo igual el resto de particiones y blasones. Así está testimoniado en sendos escudos ubicados en la portada de la iglesia del antiguo monasterio de Menores Observantes Recoletos de la Orden de San Francisco en Vélez Rubio (hoy iglesia de la Inmaculada), cuyas obras se iniciaron en 1689 con licencia y patrocinio del marqués (Ruz Márquez, 1995: 53) (Fig. 3)[12].

La misma línea de continuidad de las armas de los últimos titulares Fajardo la encontramos en el escudo de María Teresa Fajardo (1645-1715), VII marquesa de los Vélez y última que ostentó el apellido titular de la casa velezana. María Teresa fue la menor de cuatro hermanos y, por tanto, resultaba muy improbable que se convirtiera en la titular de la casa. Sin embargo, la toma del hábito del Carmelo de Pedro, su hermano mayor; la muerte en combate naval en 1670 de su otro hermano, José; y el fallecimiento sin descendencia del marqués Fernando Joaquín propiciaron su encumbramiento en 1693. Por ello, años atrás y ante esta circunstancia improbable, su madre Mariana Engracia de Toledo y Portugal había negociado su casamiento con Fernando de Aragón y Moncada, príncipe de Paternò y futuro octavo duque de Montalto (1644-1713), boda que se celebró en 1665.

11. Encontramos una pequeña variante en el escudo representado en el estandarte del sexto marqués de los Vélez conservado en Vélez Blanco (Almería). En este caso, en el segundo cuartel, solo aparecen las armas de Aragón y no las de Sandoval. Véase la ficha catalográfica de la exposición *Seda. Historias pendientes de un hilo. Murcia, siglos X al XXI*. https://www.regmurcia.com/servlet/s.Sl?sit=c,371,m,3871&r=ReP-30849-DETALLE_REPORTAJESABUELO

12. El segundo cuartel de este escudo parece terciado en palo, pero creemos que es una mala distribución del apellido Mendoza, que a su vez aquí está partido por los linajes Mendoza y Hurtado.



Figura 3. Armas de Fernando Joaquín Fajardo, VI marqués de los Vélez. En la parte superior izquierda, escudo grabado en la portada del libro *Gli Eroi Fassardi*, de Bonaventura Tondi (Nápoles, 1682). En la parte inferior, escudo bajo el retrato del sexto marqués de los Vélez, ilustración del libro *Teatro eroico, e politico de' gouerni de' vicere del regno di Napoli dal tempo del re Ferdinando il Cattolico fino al presente*, de Domenico Antonio Parrino (Nápoles, 1692). Museo Británico, 1866, 1208.947. A la derecha, escudo de la fachada del antiguo convento franciscano de Vélez Rubio (Almería). (Fotografía: Ana María Sánchez Gómez).

No hemos constatado un escudo propio y privativo de María Teresa en los veintidós años en que fue titular de la casa velezana. Sus armas quedaron integradas en el escudo familiar, encabezado por los blasones de la casa de su marido. El escudo de Fernando de Aragón fue utilizado tanto para los despachos del gobierno de los señoríos velezanos como para el adorno de edificios de titularidad o patrocinio marquesal, relegando a un segundo plano, por vez primera, los blasones y el título de María Teresa, que el duque asumió como propio. Es el caso del escudo que luce la portada del templo de San Antonio en Mazarrón, que incluye en la bordura la leyenda *FERNANDO PRÍNCIPE DUQUE DE MONTALTO MARQUÉS DE LOS VÉLEZ* (Fig. 4).

Se trata de un escudo bien estructurado, con armas complejas, partido de los linajes de las casas de Montalto y Vélez[13]. La primera partición es terciada en faja, con la presencia de Moncada en el primer cuartel (principado de Paternò); Aragón, Nápoles y Cardona en el segundo (ducado de Montalto); y en el tercero, la representación de los linajes Luna (ducado de Bivona), Peralta (condado de Caltabellotta), Sicilia, Sclafana (condado de Adernò) y Rosso (condado de Caltavuturo). La segunda partición del escudo, igualmente terciada en faja, contiene los linajes de la casa de María Teresa, que se corresponden con los que hemos estudiado anteriormente, pues, aunque con otra distribución por las características del espacio, son los mismos que los representados en el escudo de su padre, el marqués don Pedro: Fajardo partido de Toledo y Portugal en el primer cuartel; Requesens y Quiñones en el segundo; y Zúñiga en el tercero.



Figura 4. Armas de Fernando de Aragón, VIII duque de Montalto, y María Teresa Fajardo, VII marquesa de los Vélez. Sello de placa (AMM, AACC, 1, lib. 3/1706, fol. 274v.) y escudo sobre la fachada de la iglesia de San Antonio (Mazarrón). (Fotografía: Álvaro Cánovas Moreno).

3. De Montalto a Villafranca

La época de Catalina de Moncada y Aragón Fajardo (1665-1727) es menos conocida desde el punto de vista heráldico. No hemos constatado su escudo en

13. La descripción heráldica de las armas de los linajes italianos podemos encontrarla en Beltrán Corbalán y Precioso Izquierdo (2018: 115-132).

ningún edificio de los señoríos velezanos. Tan solo hemos localizado la presencia de sus armas en el sello que utilizaba para validar los oficios y provisiones propios del gobierno de sus señoríos (Fig. 5)[14]. Se trata de un escudo cuartelado que continúa la tradición de los últimos marqueses de los Vélez, con representación de los linajes Fajardo, Toledo y Portugal, Requesens, y Zúñiga, respectivamente, aunque con la ausencia del apellido Quiñones, que, como hemos visto, había sido incorporado al escudo por el marqués don Pedro.



Figura 5. Armas de Teresa Catalina de Moncada, VIII marquesa de los Vélez y IX duquesa de Montalto.

Entendemos que este sello representa las armas simplificadas de doña Catalina, a pesar de lo cual sorprende la ausencia en sus cuarteles de los linajes principales de la casa de Montalto y de Villafranca. Es posible que utilizara varios escudos, según se dirigiera a los señoríos de Vélez o a los de Montalto. En este sentido, nos ha llegado un sencillo escudo ovalado con las armas de Moncada, reproducido en la portada del sermón fúnebre que se dedicó a la marquesa en sus estados italianos con motivo de su fallecimiento en 1727 (Fig. 5)[15]. No obstante, nos faltan elementos de análisis para sustentar esta hipótesis, aunque podemos intuir una época de transición en la composición de una heráldica compleja con

14. El ejemplo que reproducimos se encuentra en AMM, AACC, 3, lib. 6/1724, fol. 175v., y está constatado en las actas capitulares del concejo molinense desde 1720 hasta 1727.

15. Sermón fúnebre de Catalina de Moncada, marquesa de Villafranca y los Vélez y duquesa de Montalto en sus estados italianos, 1727. AGFCMS, leg. 163, doc. 7.

la reunión, en un mismo escudo, de las casas de Vélez, Montalto y Villafranca, que será característica de las representaciones de los marqueses Toledo.

Un primer ejemplo lo encontramos en el hijo de la marquesa Catalina, Fadrique Vicente Álvarez de Toledo Osorio y Pimentel (1686-1753), quien heredó de su padre el marquesado de Villafranca y de su madre el ducado de Montalto y el marquesado de los Vélez, entre otros títulos y señoríos. La inclusión de estas dos casas, unidas a la de Villafranca, planteaba al marqués una importante transformación del instrumento de representación heráldica, que debía determinar la correcta distribución de las armas y sus correspondientes jerarquías. Para dar respuesta a esa identidad diferenciada, compuso un escudo con armas generales que utilizó durante todos los años de su gobierno, desde el fallecimiento de su madre en 1727 hasta el suyo en 1753. Así lo demuestran los sellos validatorios de lacre negro que encontramos entre la documentación de las actas capitulares de los concejos de sus señoríos, así como otros testimonios en piedra e, incluso, unas ordenanzas promulgadas el mismo año de su muerte (Fig. 6)[16].

Las armas generales del marqués Fadrique Vicente están contenidas en un escudo partido y medio cortado[17]. En el primer cuartel encontramos los linajes Toledo, Moncada y Aragón, Osorio y Fernández de Córdoba, los principales de las casas de Villafranca y Paternò. En el segundo cuartel aparecen las armas de Aragón, Nápoles y Cardona, en representación del ducado de Montalto. El cuartel inferior del escudo es terciado en palo. En la primera partición aparecen Luna, Peralta, Requesens y Fajardo; en la segunda, Sclafana, Rosso y Sicilia; y en la tercera, Toledo, Zúñiga y Portugal. Este tercer cuartel del escudo agrupa los linajes procedentes de la casa de los Vélez junto con el resto de casas y señoríos italianos antes mencionados que heredó don Fernando de Aragón.

Aunque destacadas en escusón, las ortigas de Fajardo quedan en este escudo postergadas a un lugar secundario, frente a la posición destacada de linajes como Toledo o Moncada, entre otros. Culmina así la transición iniciada en época de la marquesa María Teresa y la reunión de las casas de Montalto y Vélez en la persona de su hija Catalina.

16. Instrucción para los administradores de rentas del estado. 1753. AGFCMS, leg. 5654.

17. Un desglose más exhaustivo de particiones del escudo y linajes representados en él lo encontramos en Beltrán Corbalán y Precioso Izquierdo (2023: 281-291).



Figura 6. Armas de Fadrique Vicente Álvarez de Toledo, IX marqués de Villafranca y Vélez, X duque de Montalto. Escudo reproducido en la portada de la *Instrucción para los administradores de rentas del estado* del año 1753 y blasón de la fachada de la casa tercia de María (Almería). (Fotografía: Pedro Martínez Cavero).

La estructura del blasón planteado por su padre fue seguida por Antonio Álvarez de Toledo y Guzmán (1717-1773), con la misma idea de la distribución de linajes y casas y una mínima reestructuración de las particiones generales del mismo (Fig. 7). Don Antonio planteó un escudo cuartelado. En el primer cuartel mantiene las mismas armas representadas en el escudo anterior, con la única inclusión de Pimentel y la simplificación del escusón, de donde desaparece Aragón para no reduplicar este linaje: Toledo, Moncada, Osorio, Fernández de Córdoba y Pimentel. El segundo cuartel es el mismo que el de don Fadrique, con expresión de Aragón, Nápoles y Cardona. En la mitad inferior del escudo don Antonio realiza cambios formales respecto del escudo paterno, que propuso para este mismo espacio una partición terciada en palo. Ahora, los linajes italianos están agrupados todos en el tercer cuartel, junto con Fajardo y Zúñiga. Y en el cuarto creemos identificar las armas de Hurtado de Mendoza, Requesens y Córdoba, sobre las que destaca un escusón con las de Portugal.

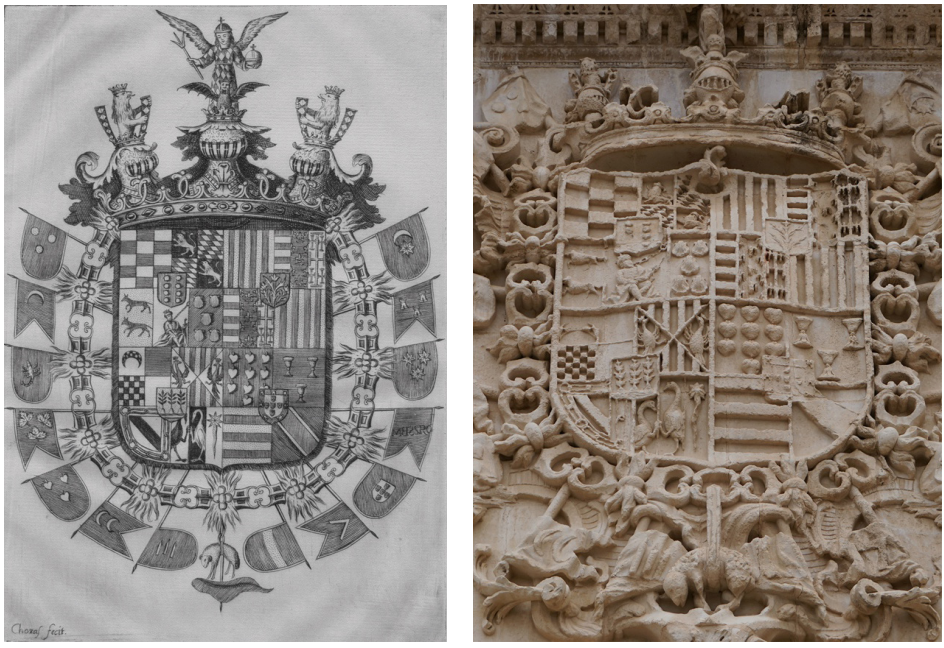


Figura 7. Armas de Antonio Álvarez de Toledo, X marqués de Villafranca y Vélez, XI duque de Montalto. Grabado y escudo con las mismas armas sobre la portada de la iglesia de la Encarnación de Vélez Rubio (Almería). (Fotografía: Pedro Martínez Cavero).

Especial interés al objeto de nuestro estudio tiene un segundo escudo utilizado por Antonio Álvarez de Toledo. Se trata de un blasón más sencillo, con armas simplificadas, que el marqués utilizó con frecuencia en los señoríos velezanos, especialmente en varios edificios de índole civil y religiosa que construyó bajo su gobierno. Es el caso de la casa tercia de Molina de Segura; de la ermita del Azaraque, en Alhama de Murcia; del Caserón de la Cañada Honda, en Librilla; de la almazara de Cantoria, hoy desparecida, o de la iglesia de la Merced de Oria (Rodríguez Pérez, Martínez Martínez y Henarejos López, 2014: 91-97 y 116-117)[18]. Está dividido en seis cuarteles con las armas de Osorio, Moncada y Aragón, Fajardo, Chacón, Requesens y Guzmán; y sobre el todo, escusón partido de Toledo y Fernández de Córdoba (Fig. 8).

18. Estas mismas armas fueron utilizadas en ocasiones como sello validatorio de documentos de gobierno. Un ejemplo lo encontramos en AMM, AACC, lib. 13/1762.



Figura 8. Armas de Antonio Álvarez de Toledo, X marqués de Villafranca y Vélez, XI duque de Montalto. Escudo procedente de la casa tercia de Molina de Segura (Murcia) y sello de placa con las mismas armas (AMM, AACC, 9, lib. 13/1762).

Es significativa la inclusión, junto a Fajardo, del apellido Chacón en una clara alusión al primer marqués de los Vélez, Pedro Fajardo Chacón, una de las personas más relevantes e ilustres de la casa velezana y beneficiario del mayorazgo instituido por sus padres. También se mantienen en este escudo las armas de Requesens, otro de los linajes más prestigiosos y antiguos que se unió a la casa Fajardo en el siglo XVI. Se manifiesta así, también a través de la heráldica, una estrategia seguida a lo largo del siglo XVIII por los marqueses Toledo que consistió en revestirse de la memoria y las glorias del pasado Fajardo en un contexto reformista de la administración y hacienda de los señoríos murcianos y almerienses (Precioso Izquierdo y Beltrán Corbalán, 2024: 47-71; Beltrán Corbalán y Precioso Izquierdo, 2024: 67-84). Este escudo era visible en algunos edificios de los pueblos de los señoríos y era más reconocible que el otro escudo compuesto por don Antonio, sin duda de más grandiosidad, pero más complejo y menos inteligible. De hecho, en todo el territorio jurisdiccional solo fue utilizado por el marqués en la portada de la imponente iglesia de la Encarnación de Vélez Rubio, construida bajo su patrocinio e inaugurada en 1769 en su presencia.

Esta estrategia en relación con el territorio velezano fue continuada por el sucesor de don Antonio, José Álvarez de Toledo y Gonzaga (1757-1796), marqués de Villafranca y Vélez, duque de Montalto y duque de Alba consorte. Por las casas reunidas en su persona y en la de su esposa, don José tuvo que componer

unas armas generales insertas en un escudo de gran complejidad[19]. Sin embargo, aunque relegado a un lugar secundario, como Fajardo, no prescindió del linaje Chacón, recuperado en el escudo familiar por su padre (Fig. 9).

Lo mismo sucede con su sucesor, su hermano Francisco de Borja, XII marqués de Villafranca y Vélez (1763-1821), duque de Medina Sidonia y de Montalto, encumbrado a la titularidad de la casa en 1796. Este marqués compuso un escudo muy bien estructurado, con representación clara, sencilla y jerarquizada de esas cuatro casas, donde la presencia de la casa velezana queda bien fijada por las armas cuarteladas de Fajardo y Chacón, tal y como se representan en tantos blasones de los siglos XV y XVI, especialmente en la emblemática capilla de San Lucas de la catedral de Murcia (Fig. 9). Su distribución es la siguiente. En primer lugar, la casa de Villafranca: Osorio y Toledo (sobre el todo); en el segundo cuartel, Guzmán, como duque de Medina Sidonia; en el tercero, la casa de los Vélez, con las armas cuarteladas de Fajardo y Chacón, sobre las que coloca un escusón con Requesens; y en el último cuartel, el ducado de Montalto, representado por las armas de Moncada, Aragón y Nápoles.

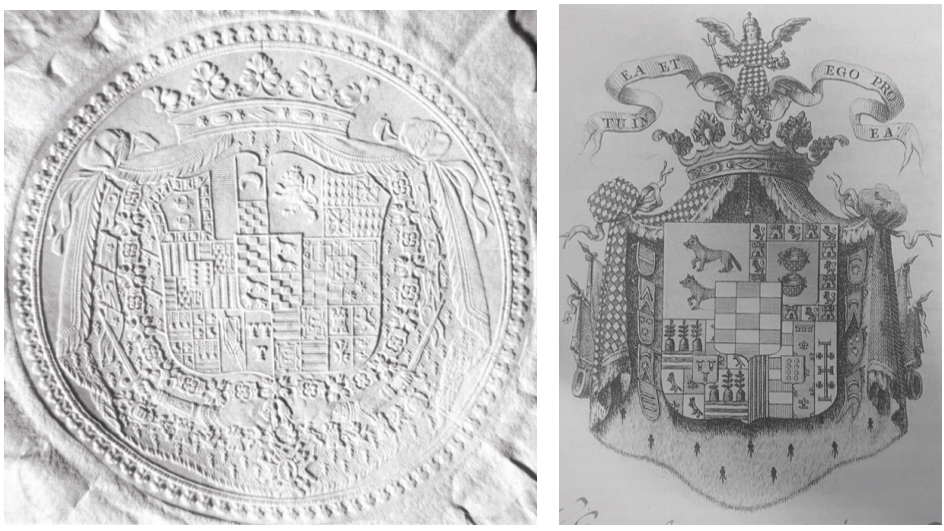


Figura 9. Sello de placa con las armas de José Álvarez de Toledo, XI marqués de Villafranca y Vélez, XII duque de Montalto, XV duque de Medina Sidonia y duque de Alba consorte (AMM, AACC, 18, lib. 26/1795); y sello impreso con el escudo de Francisco de Borja Álvarez de Toledo, XII marqués de Villafranca y Vélez, XIII duque de Montalto y XVI duque de Medina Sidonia (AMM, AACC, 20, lib. 28/1798).

19. Para un estudio pormenorizado de las armas generales de José Álvarez de Toledo véase Hernández Franco, Precioso Izquierdo y Beltrán Corbalán (2021: 176-204).

4. Conclusiones

La evolución de las armas de los marqueses de los Vélez refleja, como apuntábamos al principio, la diversidad de circunstancias matrimoniales y familiares que atravesaron los distintos titulares desde el V marqués. Al mismo tiempo, parece confirmarse la hipótesis de la progresiva reducción de la centralidad de las armas propias de los Fajardo, en especial, a partir de la gran renovación en el escudo que tendrá lugar durante el gobierno de Fadrique Vicente Álvarez de Toledo, primer noble en titular a la vez en las tres casas aristocráticas (Villafranca, Montalto y Vélez).

El análisis heráldico nos ha permitido detectar la función memorialística de ciertas armas en los escudos de determinados marqueses, como ocurre con las de Quiñones en la segunda mitad del siglo XVII o la más sorprendente de los Chacón a mediados del siglo XVIII. Postergación de las armas Fajardo, avanzado el setecientos, pero, a la vez, reivindicación de la memoria familiar de los fundadores del marquesado velezano; una política congruente con la recuperación y la exaltación de determinados lugares, la potenciación de ciertas obras genealógicas y la elaboración de no pocos instrumentos de gestión que se sirvieron del relato histórico y del legado Fajardo como medio de identificación de los nuevos marqueses con su señorío.

En cualquier caso, el análisis de la jerarquización y el entrelazamiento heráldico en el entorno de los marqueses de los Vélez a finales del siglo XVII y en el largo siglo XVIII debe ayudarnos, a partir de ahora, a inaugurar una nueva fase en la que sea posible descender al propio trabajo de los encargados del diseño y proyección de los escudos. Ese paso se antoja esencial para poder aproximarnos al más complejo todavía, aquel que media entre el boceto en papel y la piedra, la fidelidad con la que se replicaban los escudos, su colocación y, en definitiva, con los usos de una heráldica viva que visualizaba una identidad en permanente construcción y sometida al escrutinio de vasallos, autoridades y otros muchos privilegiados.

5. Bibliografía

Atienza Hernández, Ignacio (1987), *Aristocracia, poder y riqueza en la España Moderna. La casa de Osuna (siglos XV-XIV)*, Madrid: Siglo XXI.

Beltrán Corbalán, Domingo y Precioso Izquierdo, Francisco (2018), «Apuntes sobre la representación de la memoria nobiliaria en la España del siglo XVII: una genealogía de la casa ducal de Montalto», en Maria do Rosario Barbosa Morujão y Manuel Joaquín Salamanca López (dirs.), *A investigação sobre Heráldica e Sigilografia na Península Ibérica: entre a tradição e a inovação*, Coimbra: Centro de História da Sociedade e da Cultura e Faculdade de Letras da Universidade de Coimbra, pp. 115-132.

Beltrán Corbalán, Domingo y Precioso Izquierdo, Francisco (2023), «Para entender los blasones de armas y escudos. Saberes, información y representación heráldica en la primera mitad del siglo XVIII: los marqueses de Villafranca y Vélez», en Mari Luz

González Mezquita (dir.), *Sobre Historia Moderna: Análisis, comparaciones y cruce de perspectivas*, Buenos Aires: Editorial Biblos, pp. 281-291.

Beltrán Corbalán, Domingo y Precioso Izquierdo, Francisco (2024), «Instrumentos de conservación, artefactos de memoria. El marquesado de los Vélez en el entorno de los Toledo», en Francisco Precioso Izquierdo y María Teresa Marín Torres (eds.), *Los arcanos de la memoria familiar. Usos y proyección del pasado en la sociedad española (1650-1850)*, Madrid: Dykinson, pp. 67-84.

Carrasco Martínez, Adolfo (2015), «Introducción. Los estudios sobre nobleza en la Edad Moderna: un panorama abierto», *Magallánica: Revista de Historia Moderna*, 2, pp. 1-6.

Castillo Solórzano, Alonso de (1629), *Huerta de Valencia, prosas y versos en las academias della*, Valencia: Miguel Sorolla.

Dewald, Jonathan (2004), *La nobleza europea, 1400-1800*, Valencia: Editorial Pre-Textos.

García Carraffa, Alberto y García Carraffa, Arturo (1920-1963), *Diccionario heráldico y genealógico de apellidos españoles y americanos*, Madrid: Antonio Marzo.

Guillén Berrendero, José Antonio (2012), *La Edad de la nobleza. Identidad nobiliaria en Castilla y Portugal (1556-1621)*, Madrid: Polifemo.

Hernández Franco, Juan (2012), «Historiar e historizar la herencia», *Studia Historica: Historia Moderna*, 33, pp. 17-28.

Hernández Franco, Juan y Precioso Izquierdo, Francisco (2020), «Para más bien vincular y afianzar la unión. El largo proceso de reconstrucción de los Álvarez de Toledo en el siglo XVIII: las casas de Alba, Oropesa y Villafranca», *Hispania: Revista Española de Historia*, 80(265), pp. 439-465.

Hernández Franco, Juan y Precioso Izquierdo, Francisco (2024), «Transmisión nobiliaria, prácticas matrimoniales y decisiones testamentarias en el entorno de los Álvarez de Toledo en el siglo XVIII. Entre la razón de casa y las decisiones individuales», *Studia Historica: Historia Moderna*, 46(1), pp. 87-107.

Hernández Franco, Juan; Precioso Izquierdo, Francisco y Beltrán Corbalán, Domingo (2021), «El más grande entre los Grandes. Idea de nobleza y proyección heráldica a finales del siglo XVIII: los XIII duques de Alba», *Magallanica: Revista de Historia Moderna*, 7(14), pp. 175-203.

Hernández Franco, Juan y Rodríguez Pérez, Raimundo A. (2015), «Estrategias, prácticas y actores: avances en los estudios sobre linajes castellanos, a partir de la sociohistoria», *Magallánica: Revista de Historia Moderna*, 2, pp. 7-29.

Marí i Brull, Gerard (2006), «Heráldica medieval: una creación cultural para una sociedad laica», *Mirabilia: Electronic Journal of Antiquity, Middle & Modern Ages*, 6, pp. 128-140.

Marsilla de Pascual, Francisco y Beltrán Corbalán, Domingo (eds.) (2006), *El libro Becerro de la Casa y Estado de los Vélez. Estudios críticos y transcripción*, Murcia: Fundación Séneca.

Menéndez-Pidal de Navascués, Faustino (1993), *Los emblemas heráldicos. Una interpretación histórica*, Madrid: Real Academia de la Historia.

Metelo de Seixas, Miguel (2023), «Entrelazamientos heráldicos: la emblemática de la casa de Braganza (siglos XV-XX)», en José Antonio Guillén Berrendero, Teresa Martialay y Jorge Fernández-Santos Ortiz-Iribas (eds.), *De señal y prerrogativa de nobleza. Heráldica, honor y virtud, siglos XIV-XIX*, Madrid: Sílex, pp. 87-112.

Molina Recio, Raúl (2021), «Grandeza de España y estrategias matrimoniales: los Fernández de Córdoba entre los siglos XV y XIX», *Magallanica: Revista de Historia Moderna*, 7(14), pp. 140-174.

Pastoureau, Michel (1979), *Traité d'héraldique*, Paris: Picard.

Powis, Jonathan (2007), *La aristocracia*, Madrid: Siglo XXI.

Precioso Izquierdo, Francisco (2022), «De Fajardo y Montalto a Toledo. El proceso de incorporación de la casa de los Vélez en la casa de Villafranca (siglos XVII-XVIII)», *Mediterranea: Ricerche Storiche*, 55, pp. 431-452.

Precioso Izquierdo, Francisco (2023), «La integración del marquesado de los Vélez en el universo de los Toledo. Apropiación del legado Fajardo en la España del siglo XVIII», en José María Imízcoz Beunza, Javier Esteban Ochoa de Eribe y Andoni Artola Renedo (eds.), *Los entramados políticos y sociales en la España moderna: del orden corporativo-jurisdiccional al estado liberal*, Vitoria: Universidad del País Vasco, Fundación Española de Historia Moderna, pp. 1509-1521.

Precioso Izquierdo, Francisco y Beltrán Corbalán, Domingo (2019), *La biblioteca de José Álvarez de Toledo, XI marqués de Villafranca y duque consorte de Alba: Estudio y transcripción*, Gijón, Trea-Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII.

Precioso Izquierdo, Francisco y Beltrán Corbalán, Domingo (2024), «Incorporación, servicio clientelar y representación nobiliaria. El marquesado de los Vélez en tiempo de los Toledo», en Juan Hernández Franco y Thomas Glesener (coords.), *Pensar la sociedad. Incorporación/Desincorporación en Castilla (siglos XVI-XIX)*, Madrid: Sílex, pp. 47-71.

Rodríguez Pérez, Raimundo A.; Martínez Martínez, José Antonio y Henarejos López, Juan Francisco (2014), «De noble cuna. La heráldica en piedra de los marqueses de los Vélez y sus allegados en los antiguos reinos de Murcia y Granada (actuales provincias de Murcia y Almería)», *Revista Velezana*, 32, pp. 83-102.

Ruz Márquez, José Luis (1995), «Los escudos de los Vélez», *Revista Velezana*, 14, pp. 45-72.

Salas Almela, Luis (2016), «Estrategias económicas señoriales y matrimonio: el comportamiento nupcial de la casa de Medina Sidonia (1492-1658)», *Investigaciones Históricas: Época Moderna y Contemporánea*, 36, pp. 13-39.

Soria Mesa, Enrique (2009), «La nobleza en la España Moderna. Presente y futuro de la investigación», en María José Casaus Ballester (coord.), *El Condado de Aranda y la nobleza española en el Antiguo Régimen*, Zaragoza: Institución Fernando El Católico, pp. 213-241.

Valle Porras, José Manuel (2017), «La investigación sobre heráldica española, con especial atención a la Edad Moderna. Estado de la cuestión», *Revista de Historiografía (RevHisto)*, 27, pp. 315-340.

ISSN: 1576-7914 - e-ISSN: 2341-1902
DOI: https://dx.doi.org/10.14201/cuadieci202526145180

LA COLECCIÓN PICTÓRICA DE LOS MARQUESES DE LOS VÉLEZ EN SU PALACIO DE MULA (MURCIA) DURANTE EL SIGLO XVIII*

The Pictorial Collection of the Marquises of los Vélez in their Palace of Mula during the 18th Century

José Antonio ZAPATA PARRA
Universidad de Murcia
joseantonio.zapata@um.es

Fecha de recepción: 25/06/2024
Fecha de aceptación: 20/12/2024

RESUMEN: El marquesado de los Vélez fue, durante varios siglos, una casa nobiliaria que conformó una colección artística de relevancia, que comenzó en el siglo XVI, con el primer marqués de los Vélez, Pedro Fajardo Chacón, y que continuó con sus descendientes a lo largo de las centurias siguientes. El ascenso social y político del linaje Fajardo les permitirá estar en la corte y acceder a puestos relevantes en diferentes países de Europa, lo que influirá en el coleccionismo de algunos marqueses, incrementándose la llegada de bienes artísticos a sus residencias, entre las que se encontraba el palacio de Mula, ubicado en el reino de Murcia.

Palabras clave: marqués de los Vélez; reino de Murcia; palacio de Mula; colección pictórica; reyes de España.

ABSTRACT: For several centuries, the Marquisate of Vélez was a noble house that formed a relevant artistic collection, which began in the 16th century, with

* El presente trabajo es el resultado del proyecto I+D titulado *De Fajardo a Toledo. El marquesado de los Vélez en el siglo XVIII*, financiado por la Fundación Séneca, Agencia de Ciencia y Tecnología de la Región de Murcia, con n.º de proyecto 21883/PI/22.

the first Marquis of Vélez, Pedro Fajardo Chacón, and which continued with his descendants throughout the following centuries. The social and political rise of the Fajardo lineage will allow them to be at court and access relevant positions in different countries in Europe, which will influence the collecting of some marquises, increasing the arrival of artistic goods to their residences, among which are was the Mula palace, located in the kingdom of Murcia.

Key words: marquis of Vélez; kingdom of Murcia; Mula palace; pictorial collection; kings of Spain.

1. Introducción

El marquesado de los Vélez constituye una de las casas nobiliarias más importantes del sureste peninsular desde los inicios de la Edad Moderna. El origen de la casa de los Fajardos tuvo lugar en la Edad Media, comenzando su ascenso político al alcanzar Alonso Yáñez Fajardo el cargo de adelantado mayor del reino de Murcia a finales del siglo XIV. A partir de ese momento, los Fajardo irán acrecentando su peso político en tierras murcianas, convirtiéndose en señores de numerosas villas y aldeas del reino de Murcia, como Alhama, Librilla, La Puebla de Mula o Molina Seca. Será su hijo, Alonso Yáñez Fajardo II, también adelantado mayor, quien reciba en 1430, de la mano del rey Juan II, la villa de Mula, que incluía el lugar de Campos, por sus buenos y leales servicios en la guerra contra el rey de Aragón. De esta forma, los Fajardo, a mitad del siglo XV, dominaban todo el reino de Murcia, incluida la ciudad portuaria de Cartagena, tras la donación del rey Enrique IV en 1462. Unos años después, el señorío de los adelantados se consolidaba con la fundación del mayorazgo que Luisa Fajardo, hija y sucesora del adelantado Pedro Fajardo Quesada, fundó con su esposo Juan Chacón en 1491 (Franco Silva, 1981; Torres Fontes, 1999 y Rodríguez Llopis, 1998).

El ascenso social definitivo de los Fajardo se alcanzaría con el nombramiento de Pedro Fajardo y Chacón, en 1507, como marqués de los Vélez, lo que le permitió ampliar considerablemente sus propiedades, tanto en el reino de Murcia como en el de Granada, convirtiéndose, a imagen y semejanza de la corte real, en *un señor en sus estados* (Franco Silva, 1995). A partir del siglo XVI, el linaje de los Fajardo ira creciendo social y políticamente, alcanzando puestos de especial relevancia en la corte y ocupando cargos en el extranjero. Su posición social conllevó una mejor educación para los miembros de la casa y un incremento de la cultura de corte humanista, lo que tuvo como consecuencia la afición al arte y al coleccionismo, tanto de pinturas como de tapices, objetos artísticos y libros (Rodríguez Pérez, 2011; Marañón, 1960, ed. 2005).

A lo largo de las centurias siguientes, siglos XVII y XVIII, los marqueses de los Vélez seguirán ocupando cargos de confianza junto a la Corona y prestando servicio en el exterior, principalmente en Italia. Ello, unido a los diferentes enlaces matrimoniales, que llevarán a la casa de los Vélez a ser integrada sucesivamente

en otras casas, como la de Montalto, Villafranca del Bierzo y Medina Sidonia, serán causas del enriquecimiento de la colección artística (Precioso-Izquierdo, 2022).

En este artículo, queremos dar a conocer la colección pictórica existente a mediados del siglo XVIII en el palacio que los marqueses de los Vélez tenían en su villa de Mula, describiendo para ello el contenedor que los albergó y cómo se formó a lo largo de los siglos la colección, finalizando con la relación tipológica de las obras y su temática, con especial atención a los cuadros de reyes de España y de los señores de la antigua casa de los Vélez.

2. El palacio de los marqueses de los Vélez en la villa de Mula

Una colección pictórica como la que nos muestra la relación que Pedro de Casanova, gobernador general de los estados de los Vélez, remitió en 1754 al X marqués de Villafranca y de los Vélez, Antonio Álvarez de Toledo (1716-1773), tan solo podía estar en un lugar apropiado: «Tiene su exçelencia en esta villa unas casas principales para su abitaçion que están en la parroquia de Santo Domingo, que llaman palaçio, con un jardín» (*Libro Becerro*, 1635, f. 168v.; Marsilla de Pascual y Beltrán Corbalán, 2006).

La cita corresponde al licenciado Bernardino del Castillo Cabeza de Vaca, que también había sido gobernador general y residente en la villa de Mula un siglo antes, concretamente en 1635, cuando finalizó el *Libro Becerro de la casas y estados de los Vélez*, por encargo del V marqués, Pedro Fajardo Pimentel (1602-1647), con el objetivo de clarificar los derechos de su señor y mejorar su hacienda (Beltrán Corbalán, 2014).

No obstante, conocemos la existencia del palacio de los marqueses de los Vélez en Mula (Fig. 1) desde comienzos del siglo XVI, cuando a extramuros de la villa, frente a la puerta de los Olmos (Zapata Parra, 2023), decidieron levantar un nuevo palacio para sustituir las casas que sus antepasados tenían desde finales del siglo XV. El peligro nazarí de Granada había desaparecido y el crecimiento demográfico de la villa provocó la expansión fuera de las murallas (González Castaño, 1992). A ello, había que unir la concesión del título de marqués de los Vélez a Pedro Fajardo Chacón en 1507, que había reunido bajo su poder el mayorazgo que había fundado su padre, Juan Chacón, tras el matrimonio con Luisa Fajardo, heredera de todas las posesiones de los adelantados del reino de Murcia (Torres Fontes, 1999). El I marqués de los Vélez se convertía en el hombre más poderoso del sureste, comenzando la casa de las Tres Ortigas una actividad edilicia que le llevará a levantar entre los años 1505 y 1525 el castillo-palacio en Vélez Blanco (Ruiz García, 2002; Lentisco Puche, 2007), que se convertirá en la capital y sede de sus estados; el castillo, el palacio y la audiencia de Mula (Zapata Parra, 2015), como sede para el control y la administración de sus territorios y villas en el reino de Murcia; entre otras edificaciones (Rodríguez Pérez, 2011a).



Figura 1. Estado actual de la portada de acceso al palacio de los marqueses de los Vélez en Mula.

En el caso del palacio de Mula, sabemos de su existencia desde el año 1524, pues junto a una de las puertas de la villa, donde se iniciaba el camino de Nuestra Señora de los Olmos (González Castaño y Muñoz Clares, 1993), origen del Camino Real de Caravaca (en la actualidad calle de las Monjas), hacía esquina el palacio de los marqueses de los Vélez: «Otrosi ordenaron e mandaron que después de puesto el sol hasta ser salido, ningún sea ossado destar en los cantones de Palaçio…» (AMMula, AC, 2 de julio de 1524, f. 70r.). Desconocemos la estructura que pudo tener el palacio a lo largo del siglo XVI, pero sí sabemos que adquirió notable importancia al convertirse la villa de Mula en la capital de los estados de los Vélez, con el traslado definitivo de la residencia marquesal desde el castillo-palacio de Vélez Blanco al palacio muleño en 1602, bajo el IV marqués, Luis Fajardo Requesens y Zúñiga (1571-1631) (Sánchez Ramos, 2005). Ese mismo año, nacía su heredero, Pedro Fajardo Pimentel, fruto de su matrimonio en 1593 con María Pimentel y Quiñones, siendo bautizado en la iglesia de Santo Domingo de Guzmán el 16 de junio (Alcaina Fernández, 1993).

Si atendemos a la información contenida en el *Libro Becerro*, el palacio de los marqueses, en 1635, disponía de numerosas habitaciones que funcionaban como residencia del marqués y su familia: «unas casas principales para su abitaçion» (*Libro Becerro*, 1635, f. 168v.); contaba con espacios de representación, donde el marqués recibía a los jueces y al alcalde mayor de la villa: «que estando yo en el dicho mi palacio y casa, donde a destar el tribunal, los dichos jueces suvan y me consulten las causas y sentencias que quieren pronunciar, y, sin hacerlo, no las den ni determinen» (*Libro Becerro*, 1635, f. 169r.); con estancias de trabajo, para albergar el archivo de la Casa, que fue trasladado parcialmente en 1608 desde el castillo de Mula, donde se guardaba desde 1582 (Beltrán Corbalán, 2014): «Ya sabeis los dias que a que deseo componer el archivo de los papeles de mi casa

y estado, y que para esto se acomodó un aposento claro. Y aviendose hecho por mi mandado y puesto con distinción los originales y traslados en los lugares diputados para ellos, en las casas y en la fortaleza de aquella mi villa de Mula» (*Libro Becerro*, 1635, f. 213r.); con zonas para el servicio (casas accesorias) y los animales, principalmente para los caballos, también conocido como las caballerizas: «cavalleriça de las açemilas, que linda con la açequia de Marti Bañez» (*Libro Becerro*, 1635, f. 168v.); y, por supuesto, espacios lúdicos como el jardín.

Sin embargo, será a finales del siglo XVII cuando el palacio adquiera su estructura definitiva con una gran obra de rehabilitación que, a la vista de la documentación conservada en el Archivo General de la Fundación Casa de Medina Sidonia (en adelante, AGFCMS), fue ordenada por el VI marqués de los Vélez, Fernando Joaquín Fajardo de Requesens y Zúñiga (1635-1693) o por su hermana, María Teresa Fajardo Requesens Toledo (1645-1715), VII marquesa de los Vélez, que estaba casada con Fernando de Moncada y Aragón (1644-1713), VII duque de Montalto. El fallecimiento de Fernando Joaquín sin descendencia tuvo como consecuencia que su hermana pasara a ser la marquesa, quedando la casa de Vélez bajo el ducado de Montalto (Precioso-Izquierdo, 2022: 431-452). Precisamente, en 1699, el gobernador general escribe al duque de Montalto sobre las obras que se están llevando a cabo por el arquitecto Teodoro Ardemans[1] en el palacio de Mula, con el fin de que le aclare las dudas:

> Señor, Theodoro Ardemanus, necesita se le satisfaga a estas dudas que se le ofrezen para afianzar el mejor açierto en la disposiçion de la planta, y se servirá V.E. mandar se responda al margen de cada pregunta lo que gustare V.E. se execute.
> 1.ª Si esta fábrica ha de llevar sotanos, que parte de altura han de tener debajo de la tierra, y que parte fuera de ella. […]
> 4.ª Que si V.E. gustaré para mejor açierto que de aquí baya a su tiempo persona muy inteligente y de la satisfación de Theodoro Ardemanus, para tirar en el terreno las líneas de la planta, y sacar los cimientos asta dexar aviada la obra, esta prompto el sugeto a conferirse a la villa de Mula que se les ordene. (AGFCMS, leg. 1126)

El resultado de las obras lo conocemos gracias al levantamiento planimétrico realizado en el año 1735, que incluye el alzado de la fachada principal y el dibujo de la planta primera de palacio (Figs. 2 y 3). La planimetría fue encargada por Pedro Casanova al maestro mayor de obras de Murcia, Joseph Martínez, y a solicitud de Fadrique Vicente de Toledo Osorio y Moncada (1686-1753), IX marqués de Villafranca del Bierzo, IX marqués de los Vélez y VI duque de Fernandina:

Excelentísimo señor, mi amo.

1. Teodoro Ardemans (Madrid, 1661-1726) fue un arquitecto, pintor y tratadista madrileño que ocupó los cargos de maestro mayor de la Catedral de Granada, del Ayuntamiento de Madrid, de la Catedral de Toledo y de los Reales Sitios (Granja de San Ildefonso), en los que diseñó la mayor parte de los palacios y jardines. Trabajó además como pintor de cámara de Felipe V.

> Señor, aviendo tenido la ocasión de venir aquí Joseph Martínez, maestro mayor de obras de Murzia, a concluir la capilla mayor del combento de estas relixiosas, a que él dio principio, tengo tratado con él sobre hazer la planta deste palazio en la forma que vuestra excelencia me tiene mandado. Y aunque la asistenzia a su principal incumbencia le embaraza todos los días de trabaxo, me da palabra de ir disponiendo la planta a ratos perdidos en las fiestas. Y a este fin he mandado traer de Murzia una mano de papel de marcas mayor para que baya trabaxando, pero antes quiero que tratemos el precio de su trabaxo, no sea que después quiera tirar por mui alto. (AGFCMS, leg. 5754, doc. 1-4, f. 1r.).

Finalmente, el plano fue ejecutado por el maestro Joseph Martínez, como se desprende de la misiva que el duque de Fernandina remite, el 15 de septiembre de 1753, a su gobernador, Pedro Casanova, en la que nos da información del estado actual del palacio de Mula:

> Por la tuya de 27 del pasado quedó enterado de lo que es ese jardín, cuio mapa o diseño está en la secretaría y es el mismo que en el año de 35 hizo Joseph Martínez, alarife de la ciudad de Murcia, que por tu informe he venido en conocimiento de que es el mismo. En dicho diseño está la planta de ese palacio y en otro igual el perfil. Y aunque comprehendo que a la diestra de la puerta principal está el palacio y a la siniestra lo que llaman Contaduría, quiero que para mí maior inteligencia, me hagas una relación de todas las avitaciones altas y vajas, así del palacio como de la contaduría y casas accesorias, con expresión de todas sus oficinas, para que cotejada con dicha planta, no me quede duda de las que le componen, diciéndome al mismo tiempo qué personas ocupan palacio, contaduría y casas azesorias, y en virtud de qué ordenes, citándomelas puntualmente para que yo sepa por quién están hechas estas gracias. (AGFCMS, leg. 4460, ff. 183v.-184r.).



Figura 2. Planimetría de 1735, con indicación de planta primera y alzado de palacio: pueden verse la contaduría, el jardín de palacio, el castillo, la iglesia de Santo Domingo y el Real Monasterio de la Encarnación.



Figura 3. Detalle de la planimetría de 1735 con la puerta de acceso a palacio y la contaduría.

El palacio de Mula fue edificado a partir de una planta rectangular que sigue un eje longitudinal acorde con la geometría alargada de la parcela. Constaba de tres plantas (baja, primera y cámara) y dos anexos: el edificio de la contaduría y el jardín, que era atravesado por la acequia mayor de Mula.

Al palacio se entraba por una portada principal, de estilo barroco, cuya puerta daba acceso al gran patio de carruajes. Estaba construida con ladrillo, con el hueco principal recercado y doble dintel adovelado y en arco. La portada está coronada por el escudo de los Fajardo (González Castaño y González Fernández, 2005) y rematada por pináculos, elementos típicos de la arquitectura barroca. La fachada principal se conservó tal y como fue concebida originalmente hasta comienzos del siglo XX, como se puede apreciar en una fotografía de c. 1902 (Fig. 4), que coincide prácticamente con el dibujo planimétrico de 1735.



Figura 4. Palacio de los marqueses en Mula hacia 1902 (Archivo Municipal de Mula).

En la planta baja debían encontrarse las estancias destinadas al despacho de los asuntos de gobierno, la sala del tribunal de apelaciones y el archivo. También en esta planta, se situaban los almacenes, sótanos y demás dependencias necesarias para el servicio de palacio. En la primera planta se ubicaban las estancias principales y la zona residencial, con grandes salones, que contaban con una altura superior a los tres metros y medio, con grandes paredes para colgar la colección pictórica de la familia. Los techos

estaban cubiertos por artesonados de madera sostenidos por vigas de grandes luces, con ménsulas decoradas con motivos vegetales y con el emblema de la casa de las Tres Ortigas, perteneciente a los Fajardo. Entre los salones principales, destaca una gran sala, con tres balcones orientados al jardín, con artesonado y vigas de madera, que debió funcionar como sala de audiencias, en cuyo extremo se encuentra el acceso a una capilla u oratorio, de planta cuadrada, al que se accede a través de una portada de yesería, enmarcada por dos columnas y rematada con el escudo de los Fajardo y dos pináculos en sus extremos (González Castaño y González Fernández, 2005) (Figs. 5 y 6). En la planta segunda, o de cámaras, se localizaban los desvanes, habitaciones para el servicio que, con el paso del tiempo, debieron ser usadas como viviendas en alquiler.





Figura 5. Salón principal del palacio, probable sala de audiencias.
Figura 6. Detalle de acceso a la capilla u oratorio.

En la parte posterior de palacio existía un hermoso jardín (hoy desaparecido), adaptado topográficamente a la pendiente de la ladera, que funcionaba también como huerto, conformado por tres niveles regados por agua de la acequia mayor. Junto a la puerta, encontramos el edificio anexo de la contaduría, cuya principal función eran la administración y el gobierno de los estados de los Vélez.

Testimonio de la espectacularidad del palacio marquesal y del jardín lo encontramos en el diario de viaje de Antonio Álvarez de Toledo Osorio (1716-1773), X marqués de Villafranca y los Vélez, que en 1769 realiza un viaje desde su palacio de Madrid, ubicado en la calle Don Pedro, para visitar sus estados y posesiones en los reinos de Granada y Murcia. En el mes de diciembre llegaba a Mula:

> A su vuelta entró en su palacio, en donde estaba alojada toda su familia, vio sus grandes salas y muchas pinturas y, entre ellas, los retratos de sus antepasados,

> héroes del Reino de Murcia; y un amenísimo y delicioso jardín, con tres parterres: uno alto, adornado con murtas con varias labores, arcos y coronas, no sólo en el suelo, sino también en sus verdes paredes, formados de la misma murta, varias flores, especialmente jazmines, narcisos y azahar, como si fuera primavera, en varios naranjos, limoneros y otros frutales; otro parterre bajo, con una frondosa calle de grandes naranjeros, adornados varios cuarteles con naranjos recortados que parecen grandísimas bolas, cuatro cipreses de tamaño extraordinario, piña, carrasca, otros árboles con flores como arriba, algunos claveles de botón; habiendo otro parterre más bajo con todo su género de hortalizas. Regado todo con abundante caudal de agua. (Díaz López y Lentisco Puche, 2006)

Por lo tanto, este magnífico palacio de los marqueses de los Vélez fue el que albergó una de las mejores colecciones artísticas de la Edad Moderna en España, en la que destacaba la colección pictórica, que a continuación vamos a detallar.

3. La colección pictórica en el siglo XVIII

La colección artística que los marqueses de los Vélez tuvieron en su palacio de la villa de Mula, a tenor de la información documental y de los bienes conservados, debió de ser una de las colecciones más importantes de la nobleza hispana en Época Moderna. Si bien, en este trabajo nos vamos a centrar en el inventario de la colección pictórica que se conservaba en el palacio muleño a mitad del siglo XVIII, con especial atención a los cuadros de Reyes y Señores de la Casa de los Vélez, expuestos en las diferentes salas del palacio muleño, incluyendo en la relación algunos cuadros que se guardaban en las dependencias del archivo por su mala conservación. El total de cuadros inventariados asciende al número aproximado de 223 unidades, no incluyendo en esta relación los cuadros de tipo religioso, que debían ser abundantes, como en el resto de las grandes casas nobiliarias de la época, lo que nos muestra claramente que la colección tuvo que ser de un tamaño considerable.

Como en otras casas nobiliarias, la colección artística, y, en el caso que pasamos a exponer, la pictórica, es el resultado de un proceso de décadas, incluso siglos. Desde la Edad Media, los miembros de la casa Fajardo fueron incrementando su patrimonio inmueble y mueble (Franco Silva, 1981), sobre todo a partir de su nombramiento como adelantados mayores del reino de Murcia y, concretamente, desde la segunda mitad del siglo XV, cuando Isabel la Católica intercede en el matrimonio de Luisa Fajardo con el hijo de su mayordomo, Juan Chacón, comenzando el ascenso social de la familia y el acercamiento definitivo a la Corona, proceso que culminó con el título de marqués de los Vélez para Pedro Fajardo Chacón (1478-1546) (Rodríguez Pérez, 2011). A diferencia de sus antepasados, Pedro Fajardo se educó desde niño en la corte, acompañando a la reina y siendo paje del príncipe Juan, heredero de los Reyes Católicos. Su formación estuvo bajo la academia del dominico italiano Pedro Mártir de Anglería, un humanista que lo

educó en gramática, historia, retórica, poesía y filosofía, introduciéndolo en la incipiente cultura del humanismo renacentista (Andújar Castillo, Díaz López, Roth y Vincent, 2021; Rodríguez Pérez, 2021). Resultado de esta formación, y por influencia de su estancia en la corte, son las edificaciones que levantará en sus dominios, como la capilla de la Catedral de Murcia (1490-1507), en la que destacan la bóveda estrellada de diez puntas y la cadena pétrea del exterior, obra anónima pero que pudo estar bajo el arquitecto mayor de la Diócesis de Cartagena, el italiano Francisco Florentino, y de su hermano Jacobo, su sucesor (Gutiérrez-Cortines, 1987; Belda Navarro y Hernández Albadalejo, 2006); el castillo-palacio de Vélez Blanco (1507-1515), de estilo renacentista italiano, en el que destacan el patio de mármol blanco (actualmente en el *Metropolitan Museum*), obra vinculada a los escultores lombardos Egidio, Giovanni y Baldosare de Gandria y Antonio de Curto, que había trabajado en el castillo de La Calahorra, perteneciente a Rodrigo Díaz de Vivar y Mendoza, marqués de Cenete, e incluso vinculada al propio Francisco Florentino (Raggio, 2007), así como los diez frisos de madera que existían en los salones contiguos al patio y que muestran los trabajos de Hércules y los triunfos de Julio César en las Galias (actualmente en el Museo de Artes Decorativas de París) (Sebastián López, 2007; Blanc, 2007; Corzo Sánchez, 2012); u otras fortalezas como el castillo de Mula (1520-1531) (Zapata Parra, 2015), el de Mazarrón (1491-c. 1517) (López Martínez, Martínez López y Munuera Navarro, 2006) y el de Cuevas de Almanzora (c. 1507) (Fernández Bolea, 2009).

Junto a las edificaciones, los bienes muebles se incrementaron notablemente, tanto en las fortalezas como en los palacios construidos en las diferentes villas de su propiedad. A través del inventario de 1546-1547 (AGS, CRC, leg. 704-8), realizado tras la muerte de Pedro Fajardo Chacón (Roth, 2011a), conocemos cómo vivía el marqués, los principales bienes que atesoró y cuáles eran sus pasiones: el arte, la caza, la música (Roth, 2011b) y los libros, en cuya esplendida biblioteca, con un total de aproximadamente 200 ejemplares, encontramos obras de tipo religioso, de caballerías, de clásicos romanos, de geografía, de historia de España, de arquitectura, etc. En la biblioteca también existía un mapamundi, un mapa de Europa, tres mapas de navegación, tres planos del castillo de Mula y uno del palacio de Murcia, entre otros (Andújar Castillo, 2021; Roth, 2007). En esa relación detallada, también encontramos muebles, enseres, vestimentas, armas, joyas, una colección de curiosidades (un pedazo de unicornio; relojes de plata, hueso y de palo; un despertador de plata; medallas antiguas, una de ellas con la efigie del marqués; un tablero de ajedrez, etc.) y diferentes retratos del propio marqués, entre los que se encontraba una serie de «siete pinturas sobre las hazañas de señoría»; cuadros de tipo geográfico, con «una pintura de Polonia […], la batalla de Pavía (1526), la pintura de Pannonia y ocho pinturas de la Cosmografía», y cuadros de tipo religioso, principalmente en tabla: «una imagen con dos puertas con la imagen de San Pedro y San Pablo, otra imagen de Nuestra Señora sin puertas […], una imagen de dos puertas con Dios Padre y Nuestra Señora […] y una imagen de Nuestra Señora de los Reyes» (AGS, CRC, leg. 704-8; Roth, 2007). No es habitual en este tipo de

inventarios que junto a la descripción del cuadro aparezca el autor, por lo que es complicado saber quién realizó estas pinturas, que principalmente se ejecutaron sobre tabla, técnica que alcanzará su esplendor en el siglo XV y en la primera mitad del XVI, sobre todo por pintores flamencos e italianos. Si bien en el inventario no aparecen los autores de los cuadros, sabemos del encargo que realizó el primer marqués de los Vélez en 1536 al pintor Hernando de Llanos, concretamente el *Retablo de la leyenda de la Santa Cruz de Caravaca*, unas pinturas sobre tabla, que junto a unos relicarios y otras piezas de orfebrería, como una custodia de oro y un portacruz de plata, valorados en 1.000 ducados, embellecieron la reliquia existente en el castillo de Caravaca, donde era comendador el primer marqués, como antes lo fue su padre, Juan Chacón (Rodríguez Pérez, 2011a; Rodríguez Llopis, 1985; Melgares Guerrero, 2007).

Durante la segunda mitad del siglo XVI, los sucesores del primer marqués, su hijo Luis Fajardo de la Cueva (1508-1574) y su nieto, Pedro Fajardo Fernández de Córdoba (1530-1579), acrecentarán los bienes muebles de la familia, tanto en el castillo de Vélez Blanco como en sus residencias de Mula y Murcia. Si bien el segundo marqués, Luis Fajardo, se mantuvo alejado de la corte y del reino de Murcia, estableciendo su residencia en el castillo de Vélez Blanco hasta su muerte (Rodríguez Pérez, 2011; Sánchez Ramos, 2002), su hijo Pedro Fajardo, tercer marqués, pasó prácticamente toda su vida alejado de sus señoríos, al servicio de la Corona, prestando servicios diplomáticos y políticos, siendo embajador de Felipe II en el Sacro Imperio y Polonia (1572-1575), mayordomo de la reina Ana de Austria (1575) y miembro del Consejo de Estado y de Guerra (1576-1578), entre otros cargos (Rodríguez Pérez, 2011 y 2011b), lo que le permitió la adquisición de numerosos muebles y bienes artísticos durante sus estancias en el extranjero y en la corte, tal y como muestra su testamento (Muñoz Barberán, 1983) y la subasta en almoneda de sus bienes en Madrid, necesaria para el pago de sus deudas. Algunos de los bienes tuvieron que ser trasladados a Madrid desde Murcia, entre ellos camas con adornos de terciopelo carmesí y escudos de la casa Fajardo, sillas, bancos, armarios, baúles, arcas y escritorios de pino de estilo flamenco, comprados posiblemente durante su estancia en Viena como embajador del rey en la corte de Maximiliano II y que formaban parte de las residencias de Vélez Blanco, Mula y Murcia (Roth, 1999 y 2007). También se subastaron objetos personales, armas, orfebrería y una espléndida biblioteca con 1.100 libros, que albergaba los ejemplares de su abuelo y que el tercer marqués había ampliado considerablemente (Alvar Ezquerra y Bouza Álvarez, 1987; Andrés, 1964; Roth, 1999). Entre las obras de arte y decoración, destaca la subasta de parte de la colección de cuadros y tapices. Entre los cuadros, se subastan siete lienzos flamencos representando las Virtudes, una Encarnación, uno de la Virgen, uno de santo Tomás de Aquino, otro de san Francisco, un retrato del segundo marqués (su padre), otro del emperador Maximiliano II, otro de don Luis Requesens (su suegro) y, por último, un retrato del propio marqués a medio busto. También se subastaron un retablo con representaciones de la Virgen, san Pablo y san

Pedro, y otra tabla con la Virgen, que ya estaban presentes en el inventario de su abuelo. También se subastaron varios tapices flamencos, entre ellos una serie de seis con la destrucción de Troya y otros seis «muy viejos» con los Triunfos de César, que sin duda estaban relacionados con los frisos hallados y expuestos actualmente en el Museo de Artes Decorativas de París (AHPM 992, fols. 16r., 20v., 38v. y 237r., en Roth, 1999).

A partir de ese momento, el castillo de Vélez Blanco quedará casi vacío, a excepción de parte de la artillería y algunos muebles de escaso valor (Roth, 2007). Luis Fajardo de Requesens (1571-1631) era nombrado, en 1579, IV marqués de los Vélez, con apenas ocho años de edad (Rodríguez Pérez, 2011). Su madre y tutora, Mencía de Requesens, decidió trasladar la capital de los estados del marquesado de los Vélez a Mula, encargo que recayó sobre Domingo de Zavala, secretario de su padre. En 1580, trasladaba los archivos de la casa a Murcia y dos años después al castillo de Mula, junto a varias armaduras del tercer marqués (Beltrán Corbalán, 2004; Zapata Parra, 2015). En 1597, con la mayoría de edad, el IV marqués llegaba a Vélez Blanco, donde estuvo poco tiempo, pues en 1602 ya se encontraba residiendo en su palacio de Mula. Ese mismo año nacía su hijo, Pedro Fajardo Pimentel, V marqués de los Vélez, siendo bautizado en la iglesia de Santo Domingo de Mula. De esta forma, el palacio de Mula se convertía en el centro del poder y de la cultura de la casa Fajardo durante el primer tercio del siglo XVI. El marqués financió numerosas empresas edilicias en la villa de Mula, como las obras de la iglesia de San Miguel, finalizadas en 1618, donde establecieron una capilla propia, con cripta y decorada con un retablo y cuatro cuadros para el altar con la vida de Nuestra Señora del Consuelo, patrona de la misma (Zapata Parra, 2008 y 2010). Así mismo, contribuyó a las obras del convento de la Purísima Concepción de frailes franciscanos que había apoyado desde su creación como patrono en 1574, donde aún se conservan el escudo de la casa Fajardo y en la puerta de entrada un escudo del IV marqués (Rodríguez Pérez, Martínez Martínez, Henarejos López y Ruz Márquez, 2014). Junto al mecenazgo constructivo, que decoró con la compra de obras de arte para los referidos espacios, el IV marqués quiso recuperar la grandeza de sus antepasados, que veremos reflejados en diferentes retratos existentes en el palacio muleño; sufragó varias obras literarias, que serán dedicadas a su persona, como la *Sphera del Universo* (1599), obra de Ginés de Rocamora y Torrano, amigo de su padre y cliente suyo, y los *Discursos Históricos de la Muy Noble y Muy Leal Ciudad de Murcia* (1621), de Francisco Cascales, que ocupaba la cátedra de Gramática en el Seminario de San Fulgencio de Murcia, institución financiada por el marqués. En la obra, aparecía la familia Fajardo como la primera entre los linajes murcianos (Rodríguez Pérez, 2011a).

Tras la muerte del marqués en 1631, su hijo Pedro Fajardo Pimentel (1602-1647) seguirá los pasos de su abuelo, manteniéndose lejos de sus estados y desarrollando una carrera política bajo el rey Felipe IV. Educado en la corte, heredó de su padre los títulos y señoríos, siendo V marqués de Vélez y IV de Molina, entre otros. Estuvo al servicio de la Corona, fue mayordomo de su alteza, capitán

general y adelantado mayor del reino de Murcia y Valencia, general del Mar, virrey de Aragón (1635-38), de Navarra (1638-1649) y de Cataluña (1640-1641), embajador en Roma (1641-1644) y virrey de Sicilia (1644-1647). Falleció en Palermo, el 3 de noviembre de 1647 (Alcaina Fernández, 1993). Aunque lejos del palacio de Mula, debió de contribuir con numerosos bienes, tanto muebles como artísticos, procedentes de sus estancias en los diferentes lugares en que estuvo sirviendo a la Corona. Ejemplo de ello son las reliquias que su esposa, María Engracia Álvarez de Toledo y Portugal (1623-1686), ya viuda, trajo de su estancia en Italia, como la de san Felipe Mártir, donada a la iglesia de San Miguel de Mula en 1648 (AMMula, FMA, leg. 3-46 (2 h.), M.C.), que estaba sufriendo una epidemia de peste, siendo desde entonces patrón y protector de la ciudad (González Castaño, 1983); o la de la leche de Nuestra Señora, que posteriormente terminó siendo depositada en 1715 por su hija María Teresa, VII marquesa, en la Catedral de Murcia (Pérez Sánchez, 1999; Nicolás Martínez, 2012a y 2012b).

Doña Mariana Engracia, segunda esposa del V marqués, tuvo cinco hijos, siendo el primero de ellos, Fernando Joaquín Fajardo Requesens y Álvarez de Toledo (1635-1693), quien sucede a su padre en 1647 como VI marqués de los Vélez, V de Molina y III de Martorell, entre otros títulos nobiliarios (Nicolás Martínez, 2021). Tras volver de Sicilia por la muerte de su marido, la marquesa pasará junto a sus hijos alrededor de diez años en Vélez Blanco, hasta que el heredero alcanzó la mayoría de edad. Con la edad cumplida, se marcharon a la corte, donde la madre obtuvo el puesto de camarera mayor de la reina Mariana de Austria en 1659 y *aya* del príncipe heredero y rey Carlos II en 1661. Su estancia en la corte le permitió posicionar a su hijo Fernando Joaquín, desempeñando una prolífica carrera política bajo el rey Carlos II y el casamiento de su hija María Teresa, que tomará el título de VII marquesa de los Vélez a la muerte de su hermano, con Fernando de Moncada y Aragón, VIII duque de Montalto (Sánchez Ramos, 2006). A este momento, posiblemente, pertenecieron varios de los cuadros del palacio muleño que aparecen relacionados en la correspondencia mantenida entre Pedro Casanova y el X marqués, Antonio Álvarez de Toledo, en 1754, tales como:

> […] los quatro quadros pequeños de medios cuerpos retratos de los Reyes Don Phelipe 2.º, y la Reyna Inglesa su Muger, de Phelipe 4.º y Doña Mariana de Austria. El otro de cuerpo entero de Doña Mariana de Austria ya viuda, y a su lado el rey Carlos 2.º asido de la mano de la Señora Doña Mariana Engracia de Toledo su Aya, y mi quarta Abuela.
>
> Los quatro de cuerpo entero de los Señores Don Pedro Faxardo, Don Joseph Faxardo, Doña María Theresa Faxardo, y Doña Catalina de Moncada. (AGFCMS, leg. 1735, doc. 2, fol. 1r.)




Figuras 7 y 8. *Felipe II* (Sofonisba Anguissola, Museo del Prado, 1573) y su esposa, *María I de Inglaterra* (Antonio Moro, Museo del Prado, 1554), similares a los que existirían en el palacio de Mula.

El VI marqués, Fernando Joaquín Fajardo Requesens y Álvarez de Toledo, como su padre, se mantuvo lejos de sus estados, desarrollando su carrera política bajo el rey Carlos II (Figs. 9 y 10). La posición de sus padres, como hemos visto, facilitó la elevada posición de Fernando Joaquín, que ejerció los cargos de gobernador de Orán (1673), virrey de Cerdeña (1673) y Nápoles (1675-1685), caballerizo mayor de la reina María Luisa de Orleans; fue consejero de Estado (1680), presidente del Consejo de Indias (1688) y superintendente general de Hacienda (1687-1692) (Hernández Franco y Rodríguez Pérez, 2007). Buscó engrandecer el prestigio de la casa de los Vélez, para ello, siendo virrey de Nápoles promueve la publicación del panegírico *Gli Eroi Fassardi (Los héroes Fajardos)*, obra de fray Bonaventura Tondi en 1682, donde se realiza un repaso a la casa desde Juan Chacón hasta el propio Fernando Joaquín Fajardo (Guillamón Álvarez, Muñoz Rodríguez, Sabatini y Centenero Arce, 2004). Así mismo, solicitará la grandeza de primera clase, encargando el *Memorial de la calidad y servicios de la casa de Fajardo, marqueses de los Vélez, por el que Fernando Joaquín Fajardo de Requesens y Zúñiga, VI marqués de los Vélez, pide que la grandeza de España que tiene su casa sea considerada de primera clase* al genealogista Luis de Salazar y Castro, que terminó su obra en 1686 (Rodríguez Pérez y Hernández Franco, 2009).





Figuras 9 y 10. Grabados de *Fernando Joaquín Fajardo*, VI marqués de los Vélez (Albertus Clouwet, c. 1675-1679, y Salvatore Castaldo, 1680, BNE).

Era un amante del arte, introduciendo al pintor *Lucca Giordano* (Lucas Jordán) en la corte de Carlos II. De este autor y de *Poliodoro da Caravaggio* tenía varios lienzos en su palacio de Nápoles, que tras su regreso a España en 1685, mandó colocar en el palacio de su madre en Madrid. También era un coleccionista de escultura y orfebrería, encargando en Nápoles una imagen de Nuestra Señora de la Asunción en plata, con trono y peana, que mandó esculpir para guardar en su interior la reliquia de la leche de la Virgen, que había heredado de su madre y que él dejará, tras su muerte, a su hermana María Teresa (Nicolás Martínez, 2011; Sánchez Ramos, 2006), siendo esta última la que entregó la reliquia de la leche de Nuestra Señora a la capilla de San Lucas en la catedral de Murcia, como más arriba expresamos, así como los cuadros de Lucas Jordán: *La Adoración de los Magos* y *La visión de San Francisco*, actualmente expuestos en el Museo Catedralicio (Nicolás Martínez, 2012b).

Para su palacio de Mula, encargará al pintor oriolano Mateo Gilarte dos obras de temática religiosa: *La Huida a Egipto* y *La Adoración de los Reyes* (González

Simancas, 1905-1907, ed. 1997; Agüera Ros, 1999) (Figs. 11 y 12). Estas obras se mantuvieron en palacio hasta su traslado, en la segunda mitad del siglo XIX, a la iglesia de Santo Domingo de Guzmán, próxima a la residencia palaciega (González Castaño y Muñoz Clares, 2000). Igualmente, al pintor valenciano Senén Vila, posiblemente tras la muerte de Gilarte, le encargará varios lienzos para su capilla de Nuestra Señora del Consuelo en la iglesia de San Miguel de Mula, concretamente: una *Ascensión del Señor* y una *Asunción de la Virgen*, el primero de ellos firmado en Alicante; y un *San Miguel* para la propia iglesia. Igualmente, le encargó a Senén Vila un cuadro de *Fray Ginés de Quesada ante un calvario,* para el convento de frailes franciscanos de la localidad (Sánchez Moreno, 1949).





Figuras 11 y 12. *La Adoración de los Reyes Magos* y *La Huida de Egipto*
(Mateo Gilarte, c. 1650, iglesia parroquial de Santo Domingo de Guzmán en Mula).

Por lo tanto, durante la segunda mitad del siglo XVII, la colección del palacio de Mula debió enriquecerse considerablemente. Los cargos de los marqueses en la corte y sus destinos italianos posibilitaron la adquisición de nuevas obras. Sin embargo, tras la muerte sin heredero del VI marqués el título pasará a su hermana María Teresa, VII marquesa (1693), y, por su matrimonio con Fernando de Moncada y Aragón, la casa de Vélez quedará incorporada al ducado de Montalto. A esta época debe corresponder el encargo que la marquesa realizó al pintor Miguel Jacinto Meléndez de Ribera (Santiago Páez, 1995), en 1703, de los retratos de *Felipe V* y de su esposa *María Luisa Gabriela de Saboya*, para su palacio de Mula (Figs. 13 y 14), que posteriormente, también en la segunda mitad del siglo XIX, serán donados al Real Monasterio de la Encarnación de hermanas clarisas de Mula (González Castaño y Muñoz Clarez, 1993). Pocos años después, su hija Catalina de Moncada y Aragón, heredera del título Montalto y VIII marquesa de Vélez (1714), contrajo matrimonio en 1683 con José Fadrique Álvarez de Toledo Osorio (1658-1728), VIII marqués de Villafranca y V duque de Fernandina, quedando las diferentes casas nobiliarias bajo el marquesado de Villafranca del Bierzo (Precioso-Izquierdo, 2022).





Figuras 13 y 14. *Felipe V* y su esposa *María Luisa Gabriela de Saboya*
(Miguel Jacinto Meléndez de Ribera, 1703, Real Monasterio de la Encarnación de Mula).

Todos estos señores, con cargos en la corte, se mantendrán alejados de sus estados de los Vélez y de Mula, administrando las rentas desde Madrid, donde tenían su palacio, que incluía una gran colección de obras de arte, destacando la de pinturas y tapices, que habían reunido a lo largo de los siglos la casa Montalto (Halcón y Herrera García, 2016) y la de Villafranca del Bierzo (Halcón, 2021). La casa se acrecentó nuevamente en 1713, con el matrimonio de Fadrique Vicente Álvarez de Toledo Osorio y Moncada (1686-1753), IX marqués de Villafranca y IX marqués de los Vélez, hijo de José Fadrique y de Catalina, con Juana Pérez de Guzmán, hija del XII duque de Medina Sidonia (Álvarez de Toledo y Maura, 2003). Prueba de la grandeza, aparte de los cargos en la corte, bajo Felipe V y Fernando VI, que le concederá el Toisón de Oro, es la colección de objetos artísticos que poseyó y que se conocen gracias a los inventarios existentes, compuestos por pinturas, muebles, joyas, tapices, coches de caballos y sillas de montar. Parte de la colección, como bienes no vinculados, serán subastados a la muerte de Fadrique Vicente para satisfacer las deudas contraídas. Su hijo, Antonio Álvarez de Toledo Osorio y Pérez de Guzmán (1717-1773), no se mostrará de acuerdo con ello, pero acatará la decisión de su padre, establecida en su testamento (AGFCMS, Villafranca, leg. 416, en Halcón, 2021).

El X marqués de Villafranca y X marqués de los Vélez seguirá vinculado a la corte madrileña, con los cargos de gentilhombre de cámara de Fernando VI y mayordomo de la reina Bárbara de Braganza. Bajo el rey Carlos III será consejero de la Junta de Gobierno (1760) y presidente del despacho de Estado (1761), recibiendo el Toisón de Oro, como su padre, en 1773. A diferencia de sus antecesores, Antonio Álvarez de Toledo se interesará por la administración del gobierno y la hacienda de sus estados de los Vélez, tomando la decisión de trasladar, en 1755, toda la documentación existente en el archivo, así como algunos enseres y muebles localizados en el palacio de Mula, a su palacio de Madrid, situado en la calle Don Pedro (actual Sede de la Real Academia de Ingeniería) (Beltrán Corbalán, 2014).

Con ese propósito, se redactan las tres cartas objeto de este artículo, en las que Pedro de Casanova, gobernador general de los estados de los Vélez, remite desde el palacio de Mula el 15 de julio de 1754, al X marqués de Villafranca y los Vélez, «la relación de retratos de Reyes y Señores de la Excma. Casa que se conservan en este Palacio», incluyendo la relación de cuadros en mal estado de conservados depositados en el «quarto del Archivo» (AGFCMS, leg. 1735, doc. 1, ver apéndice documental). La misiva será respondida por el propio marqués, el 27 de julio, solicitándole que le haga una relación del estado de conservación de los cuadros de los reyes y señores antiguos de su casa de los Vélez, para considerar si deben ser trasladados a su corte madrileña (AGFCMS, leg. 1735, doc. 2, ver apéndice documental). La última de las cartas, con fecha de 5 de agosto, es la respuesta de Pedro de Casanova, detallando el estado de conservación de la referida colección (AGFCMS, leg. 1735, doc. 3, ver apéndice documental).

El X marqués de Villafranca y los Vélez había perdido parte de la colección artística del palacio de Madrid tras la subasta de los bienes de su padre hacía unos meses. Posiblemente, este fue el detonante del interés por conocer la colección pictórica existente en su palacio de Mula. En la primera de las misivas Pedro de Casanova realiza una primera relación con los cuadros que están dispuestos en las salas y en archivo de palacio, indicando como ya dio relación a su abuela, «Doña Catalina de Moncada, Marquesa de Villafranca», en 1725, un año después de tomar posesión de su cargo como gobernador, de los cuadros existentes en un cuarto de palacio, almacenados por su estado de conservación, habiendo recibido la orden de la marquesa de repararlos y colgarlos en los salones de palacio, costando un total de 150 reales:

> […] di cuenta a S.E. que me mandó que sin dilazión dispusiese que se reconozieran, se les hechase bastidores, se limpiasen y aderezasen, y se colgasen en las Salas, y todo se ejecutó con la costa según hago memoria de 150 reales y desde aquel tiempo hasta hoy se mantienen colgados en las Salas […]. (AGFCMS, leg. 1735, doc. 1, fol. 1r.)




Figuras 15 y 16. *Felipe IV* (Velázquez, 1655, National Gallery de Londres) y su esposa *Mariana de Austria* (Velázquez, 1653, Museo del Prado), similares a los que existirían en palacio de Mula.

En esa primera relación indica los cuadros de Reyes existentes, concretamente: cuatro cuadros con los retratos de los «Reies don Felipe 2.º y la Reina Inglesa su mujer (María I de Inglaterra) (Figs. 7 y 8), de Felipe 4.º y Dª Mariana de Austria su mujer» (Figs. 15 y 16) y un cuadro de cuerpo entero compuesto por la «Reina Doña Mariana de Austria ya viuda, y a su lado retratado niño el Rei Carlos 2.º asido de la mano de la Señora Doña Mariana Engracia de Toledo y Portugal su Aia, quarta Abuela de V.E. como Marquesa de los Vélez» (AGFCMS, leg. 1735, doc. 1, fol. 1v.). Este último cuadro muestra la importancia que tuvo Mariana Engracia de Toledo, esposa del V marqués de los Vélez, en la corte de Felipe IV, siendo como anteriormente expresamos, y como se puede apreciar en la cita documental, al *aya* de rey Carlos II. Este cuadro, evidentemente, se pintó en la corte entre 1665 y 1775, cuando la reina Mariana de Austria ya era viuda y actuaba como regente en la minoría de edad de Carlos II. Posiblemente, el autor de este cuadro pudo ser Juan Bautista Martínez del Mazo, que inicio una serie de retratos, con la creación de una nueva iconografía para doña Mariana, ya viuda, cuyo prototipo es el conservado en el *National Gallery* de Londres y en el Museo del Greco, de 1666 (Figs. 17 y 18). En este retrato, se observa a doña Mariana, en primer plano, de luto, situada en el Salón de los Espejos, situándose al fondo, en el Salón de los Espejos, una escena que

recuerda a *Las Meninas* de Velázquez, en la que se observa al rey niño Carlos II atendido por sus sirvientes, entre ellas su *aya*, Mariana Engracia, sosteniendo al niño por los brazos mediante el uso de unas correas; su hija María Teresa, futura VII marquesa de los Vélez, ofreciéndole un búcaro; y, completando la escena, dos enanos y otra sirvienta (Pascual Chenel, 2010). En caso del cuadro ubicado en el palacio muleño, la composición solo incluía a la reina viuda, a Mariana Engracia y al rey niño Carlos II cogido de la mano, destacando el protagonismo de la V marquesa, pues debió de ser ella quien encargó el lienzo.




Figuras 17 y 18. *Doña Mariana de Austria*, ya viuda, y detalle de la escena del fondo, donde se identifica a Mariana Engracia de Toledo, V marquesa de los Vélez, como *aya* del rey niño Carlos II y a su hija María Teresa (Juan Bautista Martínez del Mazo, c. 1666, Museo del Greco).

En la tercera misiva, en la que Pedro Casanova detalla el estado de conservación de todos los cuadros, incluye otros cuatro retratos de reyes, concretamente, dos de Felipe IV y dos de Carlos II. Se trata de «dos retratos del Sr. Phelipe quarto en dibersa calidad. Otros de su hijo el Sr. Carlos Segundo. Lo mismo y no están mui maltratados, especialmente el niño del Segundo Carlos» (AGFCMS, leg. 1735, doc. 3, fol. 2r.).

En esa primera carta también indica el número de cuadros existentes dedicados a los antiguos señores de la casa de los Fajardos. Destaca el nombre de cuatro señores, dos hombres y dos mujeres, antepasados del X marqués de Villafranca (Fig. 19). Sin embargo, confunde a los dos primeros, elevándolos a la categoría de marqueses, cuando realmente eran los hermanos del VI marqués de los Vélez, Fernando Joaquín, e hijos de Mariana Engracia. En la tercera misiva, corregirá tal categoría:

> Quatro quadros de cuerpo entero de los Señores Marqueses Don Pedro Fajardo, Don Joseph Fajardo su hermano, mi Señora Doña María Theresa Fajardo, Duquesa de Montalto, y Doña Catalina de Moncada, Marquesa de Villafranca, Abuela y Visabuela de V.E. (AGFCMS, leg. 1735, doc. 1, fol. 1v.)



Figuras 19. *María Teresa Fajardo, duquesa de Montalto y VII marquesa de Vélez* (Juan Bautista Martínez del Mazo, 1665, Museo Estatal de la Baja Sajonia, Hanover), similar al que existiría en el palacio de Mula.

El resto de señores, al desconocer quiénes son, Pedro Casanova se limita a decir la cantidad de cuadros existentes, destacando la apariencia de los retratos, vestidos con armaduras, lo que nos indica que son anteriores al siglo XVI, momento en el que cambia la moda, pasando del retrato medieval/guerrero al del renacimiento/humanista:

> Treina y dos retratos, unos de cuerpo entero, otros medianos, de señores y señoras antiguos de la Exma. Casa de los Vélez, vestidos unos a la moda militar antigua con cotas espaldares, i morriones de yerro, otros de otra forma, cuios nombres se ignoran por no manifestarse rótulo alguno.
> Catorze lienzos rretratos de los Señores antiguos de la Casa, que por no tener rrótulos se ignoran quien sean. (AGFCMS, leg. 1735, doc. 1, fols. 1v.-2r.)

Posteriormente, en la tercera misiva, nos indica el nombre de alguno de los antiguos fundadores de la casa de los Vélez, señores de la casa Fajardo, que, según indica, iban vestidos de forma antigua y con solo mirarlos causaban respeto:

> […] se alegrará V.E. ver y contemplar, retratos de los Señores fundadores hombres que mirarlos, causa respeto, venerazion y temor reberenziar Don Alonso Yáñez Faxardo, primero y Segundo, Padre e hijo. Don Pedro Faxardo primero y segundo Padre e hijo. Don Luis Faxardo primero y segundo, Padre e Hijo, y otros como Don Juan Chacón, los quales parezen gigantes hombres de Valor Ynsigne, y que sus retratos corresponden a los hechos eroicos que de ellos refieren las Ystorias; también ai algunos de Señores con estrañas y antiguas vestiduras […]. (AGFCMS, leg. 1735, doc. 3, fol. 1r.)

Junto a los cuadros de reyes y señores de la casa, las misivas incluyen la relación de otras tipologías temáticas en la colección pictórica del palacio muleño. Continuando con la serie de retratos, como son: treinta y dos retratos pequeños de medio cuerpo «que manifiestan ser de emperadores», sesenta y seis retratos pequeños «de cabezas de Pontífices, que manifiestan quien son los rótulos», nueve retratos pequeños «de medio cuerpo de los Apóstoles, que quien son dizen los rótulos», siete retratos medianos «de hermitaños, que están haciendo penitencia en los desiertos» (AGFCMS, leg. 1735, doc. 1, fol. 1v.) y cinco cuadros de «Capitanes de la fama, como Aníbal, Bernardo de Carpio, Rui Diaz de Bibar el Cid, Andrea de Oria, Gran Capitán Gonzalo Fernández de Córdova, y otros» (AGFCMS, leg. 1735, doc. 3, fol. 2v.). Este tipo de retratos, que incluían pontífices y emperadores, eran habitualmente traídos de Italia, incluidos los célebres ermitaños, que habitualmente eran comprados en Roma. Normalmente eran anónimos, aunque son conocidos los retratos de emperadores realizados por Wenzel Cobergher (Halcón, 2021).

En cuanto a las pinturas profanas, encontramos en la relación pinturas de paisajes, de países, de alegorías y mitológicas, así como bodegones. La relación es la siguiente: doce lienzos muy deteriorados que alegóricamente «se perziben ser los doze meses del año», tres pinturas «de Mapas», tres cuadros grandes «pinturas de Paries»[2], ocho cuadros viejos con representación de bodegones, cuatro medianos y cuatro pequeños «que parecen ser fruteros» (AGFCMS, leg. 1735, doc. 1, fols. 1v.-2r.) y un cuadro mitológico con la representación de «Sibillas» (AGFCMS, leg. 1735, doc. 3, fol. 2v.).

En otro grupo de cuadros hay que insertar el género estereoscópico o de perspectiva, en el que encontramos cinco cuadros, también retratos de pequeño tamaño, pintados «en tabla rraiada que hacen diferentes figuras segun por el lado que se miran» (AGFCMS, leg. 1735, doc. 1, fol. 2r.). Este tipo de cuadros estaban muy cotizados. Sabemos de la compra de seis pinturas de este tipo por Juan de la Vega en 1.700 reales, y de otros dos, por Juan González de Abarca en 564 reales, pertenecientes a la subasta de los bienes del cardenal Luis Guillermo de Moncada y Aragón (1614-1672), VII duque de Montalto, en pública almoneda entre diciembre de 1672 y 1683 (Halcón y Herrera García, 2016). En este grupo, también hay

2. El término *Paries* es una expresión latina que significa «pared» o «muro».

que incluir el lienzo antiguo «que manifiesta ser árbol de la Genealogía de los Señores de la Excma. Casa de los Vélez» (AGFCMS, leg. 1735, doc. 1, fol. 2r.).

El último grupo temático corresponde a la colección de pinturas de carácter religioso que habitualmente estaba presente mayoritariamente en las casas de la alta nobleza, como podemos ver en los inventarios de las colecciones pictóricas de la casa de Montalto (Halcón y Herrera García, 2016), de Villafranca del Bierzo (Halcón, 2021) y de Medina Sidonia (Cruz Isidoro, 2003). Sin embargo, en el caso del palacio muleño, tan solo encontramos relacionados tres de ellos. Posiblemente, esto se deba a que Pedro Casanova, siguiendo las órdenes del marqués de Villafranca, le remitió únicamente la relación de cuadros de reyes y señores, incluyendo en el listado los cuadros que, por su estado de conservación, se encontraban guardados en la sala del archivo, que un año después sería trasladado a Madrid, dejando sin relacionar parte de la colección, cuyos cuadros se encontraban colocados en los diferentes salones del palacio muleño. Los cuadros citados corresponden a un lienzo grande con la imagen de «Nuestra Señora de los Dolores, que serbia para el Oratorio» y dos cuadros pequeños con los «rretratos de San Luis Beltrán y Santa Catalina Mártir» (AGFCMS, leg. 1735, doc. 1, fol. 2r.).

Conocida la colección, el X marqués solicitó al gobernador que le comunicara el estado de conservación de los cuadros de reyes y de los señores de la casa de los Vélez y del árbol genealógico, con el objetivo de su traslado a Madrid. Quería conocer si su estado de conservación era óptimo para su transporte en cajones de madera, bien con sus marcos o enrollados:

> […] de todas estas pinturas me dirás, si están muy maltratadas, y si de desclavarlas de sus Bastidores, se maltrataran o hecharan a perder, mayormente sí se arrollan, y encajonan para conducírmelas a esta Corte, y en este caso, siendo de buena mano, no estando muy maltratadas, y no hechandose a perder desclavándolas, me dirás que coste podrá tener el conducírmelas, para que entendido de todo te mande lo que se ha de hacer con ellas. (AGFCMS, leg. 1735, doc. 2, fols. 1r.-1v.)

Con el resto de cuadros, ubicados en la sala del archivo como consecuencia de su deterioro, el marqués ordenará que se proceda al igual que lo hizo su abuela en 1724, reparándolos, comprando bastidores y colocándolos nuevamente en los salones de palacio:

> Por lo que mira a las demás que dices que con el transcurso del tiempo se han caydo y tienes en el quarto Archivo con estas practicaras la misma diligencia que se hizo en el año 1724, esto es hecharlas vastidores, limpiarlas, y aderezarlas de modo que queden servibles, y se cuelguen en las Salas […]. (AGFCMS, leg. 1735, doc. 2, fol. 1v.)

La última de las misivas corresponde a la relación completa de los cuadros que había comunicado en su primera relación, pero detallando el estado de conservación de cada uno de ellos. A nivel general, los cuadros presentaban una mala conservación, estando algunos de ellos retocados:

> […] diré a V.E. que por lo general todas están mui maltratados, desconzertadas, y levantados los colores y otros, con diversos desquinzes y roturas a exzepzion de los más modernos […] muchos ai sin vastidores porque se quebraron quando se cayeron, y me pareze que retocados y remendados los desguinzes por pintor inteligente pudieran servir de adorno en algunos quartos estas pinturas […]. (AGFCMS, leg. 1735, doc. 3, fols. 1r.-1v.)

Desconocemos si los cuadros de reyes y señores de la casa de los Vélez fueron remitidos a Madrid, pues no hay más información en el legajo que compone la información. Sabemos que un año después, el 18 de agosto de 1755, Pedro Antonio de la Fuente, visitador general de los estados de los Vélez, informa a Antonio Álvarez de Toledo, X marqués de Villafranca y de los Vélez, de la conclusión de las tareas de preparación de la documentación del archivo para su remisión a Madrid, incluyendo algunas piezas que decoraban la oficina:

> Y también remito zinco láminas mui graziosas correspondientes a la ofizina, que esttán pintadas sobre tabla en una luz y dos visos, de forma que de frentte nada se distingue. Y pasando por ellas a la derecha, sus figuras son derracionales. Y repasándolas por la yzquierda, se combiertten en esttrañas figuras; dicho y ottro, con gran propiedad pintado. (AGFCMS, leg. 2090, doc. N.º 2-9 6, en Beltrán Corbalán, 2014)

Se trataba de los cinco cuadros de retratos estereoscópicos o de perspectiva, que tras ser reparados fueron colocados en la oficina del archivo. Del resto de la colección, no tenemos noticia hasta 1769, cuando se produce el viaje del X marqués a sus estados de los Vélez. La causa del viaje, que se desarrollará entre octubre de 1769 y enero de 1770, fue asistir a la inauguración del nuevo templo parroquial de la Encarnación, en Vélez Rubio. El 15 de diciembre llegaba a la villa de Mula, donde pasará cinco días, visitando las diferentes iglesias y conventos, con especial atención al Real Monasterio de la Encarnación de hermanas clarisas, del que era muy devoto. En el palacio muleño se hospedaría toda su familia, mientras que él se alojó en la casa del licenciado Gonzalo Antonio de Castilla, vicario eclesiástico del partido de Mula. El sábado 16, tras visitar su capilla en la iglesia de San Miguel, decorada con cuatro cuadros de Nuestra Señora del Consuelo, titular de la misma, visitó a las monjas clarisas y, de regreso, entró en el palacio muleño: «A su vuelta entró en su palacio, en donde estaba alojada toda su familia, vio sus grandes salas y muchas pinturas y, entre ellas, los retratos de sus antepasados, héroes del Reino de Murcia» (Díaz López y Lentisco Puche, 2006).

La descripción, aunque sencilla, evidencia que la colección pictórica aún se encontraba en el palacio de Mula en el último cuarto del siglo XVIII. Esta será la última visita del marqués, comenzando el declive del palacio. Los diferentes marqueses se mantendrán alejados de Mula, como consecuencia de los cargos vinculados a la corte madrileña. Nuevos enlaces matrimoniales, como el de José Álvarez de Toledo Osorio y Gonzaga (1756-1796), XI marqués de Villafranca y los Vélez, con María Teresa de Silva, le convirtió en el XIII duque de Alba. Estos

enlaces favorecerían el agrupamiento y el enriquecimiento de las colecciones artísticas (Halcón, 2021). En cuanto al palacio muleño, parece que parte de la colección pictórica se conservó hasta su venta, producida a finales del siglo XIX a don Alfonso Chico de Guzmán. Pero esa es otra historia.

4. Bibliografía

4.1. Fuentes y abreviaturas utilizadas

AGFCMS (Archivo General Fundación Casa Medina Sidonia).
AGS (Archivo General de Simancas).
AHPM (Archivo Histórico de Protocolos de Madrid).
AMMula (Archivo Municipal de Mula).

4.2. Bibliografía

Agüera Ros, Juan Carlos (1999), «La Huida a Egipto y La Adoración de los Reyes», Fichas del catálogo de la exposición *El Legado de la pintura. Murcia 1516-1811*, Murcia: Centro de Arte Palacio Almudí, pp. 128-131.

Alcaina Fernández, Pedro (1993), «D. Pedro Fajardo de Zúñiga y Requesens (1602-1647). V Marqués de los Vélez. Al servicio de la corona española», *Revista Velezana*, 12, pp. 31-42.

Alvar Ezquerra, Alfredo y Bouza Álvarez, Fernando J. (1987), «Tasación y almoneda de una gran biblioteca nobiliaria castellana del siglo XVI: la del tercer marqués de los Vélez», *Cuadernos Bibliográficos*, 47, pp. 77-136.

Álvarez de Toledo y Maura, Luisa Isabel (2003), *Las casas incorporadas*, Sanlúcar de Barrameda: Fundación Casa Ducal de Medina Sidonia.

Andrés, Gregorio de (1964), «La biblioteca de don Pedro Fajardo, Marqués de Los Vélez (1581)», *Documentos para la Historia del Monasterio de San Lorenzo el Real de El Escorial*, Madrid, pp. 329-367.

Andújar Castillo, Francisco (1997), «Relación de la muerte del Excmo. Señor Marqués de los Vélez don Luis Fajardo, y del recibimiento que hizo el obispo de Almería don Diego González», *Revista Velezana*, 16, pp. 188-189.

Andújar Castillo, Francisco; Díaz López, Julián; Roth, Dietmar y Vincent, Bernard (2021), *La palabra rescatada. La correspondencia del I marqués de los Vélez (1507-1546)*, Almería: Instituto de Estudios Almerienses.

Belda Navarro, Cristóbal y Hernández Albadalejo, Elías (2006), *Arte en la Región de Murcia. De la Reconquista a la Ilustración*, Murcia: Editora Regional de Murcia.

Beltrán Corbalán, Domingo (2014), *El archivo de la Casa de los Vélez. Historia, estructura y organización*, Murcia: Universidad de Murcia.

Blanc, Monique (2007), «Los frisos olvidados del castillo de Vélez Blanco», en José Domingo Lentisco Puche (coord.), *El castillo de Vélez Blanco (1506-2006). Imagen y memoria*, Almería, pp. 288-341.

Corzo Sánchez, Jorge Ramón (2012), «Iconografía de los "triunfos" de Hércules en los frisos de Vélez Blanco», *Revista Velezana*, 30, pp. 174-191.

Cruz Isidoro, Fernando (2003), «La colección pictórica del palacio sanluqueño de la Casa Ducal de Medina Sidonia entre los años 1588 y 1764», *Laboratorio de Arte*, 16, pp. 151-169.

Díaz López, Julián Pablo y Lentisco Puche, José Domingo (2006), *El señor y sus estados. Diario de viaje de d. Antonio Álvarez de Toledo, X marqués de los Vélez, a sus posiciones de los reinos de Granada y Murcia (octubre 1769-enero 1970)*, Almería: Centro de Estudios Velezanos y Ayuntamiento de Vélez Rubio.

Fernández Bolea, Enrique (coord.) (2019), *El castillo de Cuevas de Almanzora. Cinco siglos de historia e identidad*, Cuevas de Almanzora: Arráez Editores.

Franco Silva, Alfonso (1981), «El patrimonio señorial de los adelantados de Murcia en la Baja Edad Media», *Gades. Revista del Colegio Universitario de Filosofía y Letras*, 7, pp. 47-78.

Franco Silva, Alfonso (1995), *El marquesado de los Vélez (siglos XIV-mediados XVI)*, Murcia: Real Academia Alfonso X el Sabio.

González Castaño, Juan (1983), «El apocalipsis en Mula en la primavera de 1648», Áreas. Revista Internacional de Ciencias Sociales, 3-4, pp. 181-191.

González Castaño, Juan (1992), *Una villa del Reino de Murcia en la Edad Moderna (Mula, 1500-1648)*, Murcia: Real Academia Alfonso X el Sabio.

González Castaño, Juan y González Fernández, Rafael (2005), *Mula: repertorio heráldico*, Murcia: Universidad de Murcia.

González Castaño, Juan y Muñoz Clares, Manuel (1993), *Historia del Real Monasterio de la Encarnación de Religiosas Clarisas de la ciudad de Mula (Murcia)*, Murcia: Real Monasterio de la Encarnación y Real Academia Alfonso X el Sabio.

González Castaño, Juan y Muñoz Clares, Manuel (2000), *La iglesia parroquial de Santo Domingo de Guzmán de Mula (Murcia)*, Mula: Ayuntamiento de Mula y Parroquia de Santo Domingo de Guzmán.

González Simancas, Manuel (1997), *Catálogo Monumental de España. Provincia de Murcia (1905-1907)*, Murcia: Colegio de Arquitectos de la Región de Murcia [facsímil], 3 tomos.

Guillamón Álvarez, Francisco Javier; Muñoz Rodríguez, Julio D.; Sabatini, Gaetano y Centenero de Arce, Domingo (2004), *Gli Eroi Fassardi. Los h*éroes Fajardos. Movilización social y memoria política en el Reino de Murcia (ss. XVI al XVIII), Murcia: Real Academia Alfonso X el Sabio.

Gutiérrez-Cortines Corral, Cristina (1987), *Renacimiento y arquitectura religiosa en la Antigua Diócesis de Cartagena (Reyno de Murcia, Gobernación de Orihuela y Sierra de Segura)*, Murcia.

Halcón, Fátima (2021), «La colección artística de los marqueses de Villafranca del Bierzo en el siglo XVIII», *Laboratorio de Arte*, 33, pp. 249-274.

Halcón, Fátima y Herrera García, Francisco Javier (2016), «Entre Sicilia y España: nuevas aportaciones a la colección artística de Luis de Guillermo de Moncada, duque de Montalto (1614-1672)», *Anuario del Departamento de Historia y Teoría del Arte*, 28, pp. 113-139.

Hernández Franco, Juan y Rodríguez Pérez, Raimundo A. (2007), «La casa aristocrática de los Vélez y la solicitud de la grandeza de España de primera clase», en F. Andújar Castillo y J. P. Díaz López (coords.), *Los señoríos en la Andalucía Moderna: el marquesado de los Vélez*, Almería: Instituto de Estudios Almerienses, pp. 307-319.

Lentisco Puche, José Domingo (coord.) (2007), *El Castillo de Vélez Blanco (1506-2006). Imagen y memoria*, Almería: Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía y el Centro de Estudios Velezanos.

López Martínez, Francisco Javier; Martínez López, José Antonio y Munuera Navarro, David (2006), «El castillo de los Vélez de Mazarrón. Historia, arquitectura y restauración», en María Martínez Alcalde y Magdalena Campillo Méndez (eds.), *El siglo del Milagro. Casas y Villa de los Alumbres de Mazarrón. El Exercicio del Hazer Lalum*, Murcia: Comunidad Autónoma de la Región de Murcia, Ayuntamiento de Mazarrón y Fundación CajaMurcia, pp. 59-73.

Marañón, Gregorio (2005), *Los Tres Vélez. Una historia de todos los tiempos* [1.ª ed. 1960], Almería: Instituto de Estudios Almerienses.

Marsilla de Pascual, Francisco y Beltrán Corbalán, Domingo (eds.) (2006), *El libro Becerro de la casa y estado de los Vélez. Transcripción y análisis crítico*, Murcia: Ayuntamiento de Molina de Segura y Fundación Séneca.

Melgares Guerrero, José Antonio (2007), «La relación entre el marquesado de los Vélez y la cruz de Caravaca (1536-1777)», en *III Congreso de Cronistas Oficiales de la Región de Murcia. Fajardos y marqueses de los Vélez*, Molina de Segura: Ayuntamiento de Molina de Segura y Asociación de Cronistas de la Región de Murcia, pp. 257-268.

Muñoz Barberán, Manuel (1983), «El testamento del III Marqués de los Vélez don Pedro Fajardo de la Cueva (1578)», *Revista Áreas*, 3-4, pp. 160-171.

Nicolás Martínez, María del Mar (2011), «La colección de escultura y orfebrería de don Fernando Joaquín Fajardo, Marqués de los Vélez y Virrey de Nápoles (1675-1683)», *OADI. Rivista dell'Osservatorio per le Arti Decorative in Italia*, 3, pp. 122-145.

Nicolás Martínez, María del Mar (2012a), «Sobre reliquias y relicarios pertenecientes a los Marqueses de los Vélez. Aporte documental», *Revista Velezana*, 30, pp. 192-205.

Nicolás Martínez, María del Mar (2012b), «Legados de arte y objetos suntuarios de Mariana Engracia de Toledo y María de Aragón, marquesas de los Vélez, y sus inventarios de bienes (1668)», en Jesús Rivas Carmona (coord.), *Estudios de Platería. San Eloy 2012*, Murcia: Fundación Caja Murcia/Universidad de Murcia, pp. 385-409.

Nicolás Martínez, María del Mar (2021): «"Que no las pueda oscurecer el tiempo": Fiestas en Nápoles por el matrimonio de Carlos II durante el virreinato del marqués de los Vélez (1680)», *Magallánica. Revista de Historia Moderna*, 7(14), pp. 115-140.

Pascual Chenel, Álvaro (2010), «Retórica del poder y persuasión política. Los retratos dobles de Carlos II y Mariana de Austria», *Goya. Revista de Arte*, 331, pp. 124-145.

Pérez Sánchez, Manuel (1999), «Arcas de prodigios (A propósito de tres relicarios de plata de la catedral de Murcia)», *Imafronte*, 14, pp. 195-210.

Precioso-Izquierdo, Francisco (2022), «De Fajardo y Montalto a Toledo. El proceso de incorporación de la casa de los Vélez en la casa de Villafranca (siglos XVII-XVIII)», *Mediterranea: Ricerche Storiche*, 55, pp. 431-452.

Raggio, Olga (2007), «El patio de Vélez Blanco. Un monumento señero del Renacimiento», en José Domingo Lentisco Puche (coord.), *El castillo de Vélez Blanco (1506-2006). Imagen y memoria*, Almería, pp. 206-249.

Rodríguez Llopis, Miguel (1985), *Señoríos y feudalismo en el reino de Murcia. Los dominios de la Orden de Santiago entre 1440 y 1515*, Murcia: Universidad de Murcia.

Rodríguez Llopis, Miguel (1998), *Historia de la Región de Murcia*, Murcia: Editora Regional de Murcia.

Rodríguez Pérez, Raimundo (2011), *El camino hacia la corte. Los marqueses de los Vélez en el siglo XVI*, Madrid: Sílex Universidad.

Rodríguez Pérez, Raimundo A. (2011a), «La casa de los Vélez. Mecenazgo y poder simbólico en la Edad Moderna», *Norba. Revista de Historia*, 24, pp. 97-110.

Rodríguez Pérez, Raimundo (2011b), «Bajo la sombra de don Luis de Requesens. El encumbramiento cortesano del Marqués de los Vélez», *Investigaciones Históricas*, 31, pp. 11-34.

Rodríguez Pérez, Raimundo A. (2021), «Don Pedro Fajardo, primer marqués de los Vélez. Una semblanza biográfica del antihéroe de 1521», *Aurariola. Cuadernos de Historia*, 3, pp. 42-51.

Rodríguez Pérez, Raimundo A. y Hernández Franco, Juan (2009), *Memorial de la calidad y servicios de la casa de Fajardo, marqueses de los Vélez. Obra inédita del genealogista Salazar y Castro*, Murcia: Real Academia Alfonso X el Sabio.

Rodríguez Pérez, Raimundo A.; Martínez Martínez, José Antonio; Henarejos López, Juan Francisco y Ruz Márquez, José (2014), «De noble cuna. La heráldica en piedra de los marqueses de los Vélez y sus allegados en los antiguos reinos de Murcia y Granada (actuales provincias de Murcia y Almería)», *Revista Velezana*, 32, pp. 82-119.

Roth, Dietmar (1999), «La subasta de los bienes personales del III marqués de los Vélez, con especial atención a su biblioteca», *Revista Velez*ana, 18, pp. 39-48.

Roth, Dietmar (2007), «Las propiedades del marqués y Vélez Blanco a mediados del siglo XVI», en José Domingo Lentisco Puche (coord.), *El castillo de Vélez Blanco (1506-2006). Imagen y memoria*, Almería, pp. 62-81.

Roth, Dietmar (2011a), «El inventario post mortem de los bienes del primer marqués de los Vélez (1546/47): de la hacienda, de los alumbres y los castillos de don Pedro Fajardo y Chacón», en María Martínez Alcalde y José Javier Ruiz Ibáñez (eds.), *Felipe II y Almazarrón: La construcción local de un imperio global. Vivir y defender y sentir la frontera*, vol. 1, Murcia: Universidad de Murcia, pp. 73-90.

Roth, Dietmar (2011b), «Los instrumentos de tecla en la corte del primer marqués de los Vélez en época de Antonio de Cabezón», *Revista de Musicología*, XXXIV(2), pp. 375-392.

Ruiz García, Alfonso (2002), *El castillo de Vélez Blanco (Almería)*, Almería: Revista Velezana y Ayuntamiento de Vélez Rubio.

Sánchez Moreno, José (1949), «El pintor Senén Vila (1640?-1707)», *Anales de la Universidad de Murcia*, pp. 79-121.

Sánchez Ramos, Valeriano (2002), *El II Marqués de los Vélez y la guerra contra los moriscos, 1568-1571*, Almería: Revista Velezana, Centro Virgitano de Estudios Históricos, Ayuntamiento de Vélez Rubio y Ayuntamiento de Nerja.

Sánchez Ramos, Valeriano (2005), «Sangre, honor y mentalidad nobiliaria: la casa Fajardo entre dos siglos», *Revista Velezana*, 24, pp. 31-50.

Sánchez Ramos, Valeriano (2006), «El poder de una mujer en la Corte: la V marquesa de los Vélez y los últimos Fajardo (segunda mitad del siglo XVII)», *Revista Velezana*, 25, pp. 19-65.

Santiago Páez, Elena María (1995), «Miguel Jacinto Meléndez (1679-1734), pintor de Felipe V», en Yves Bottineau (dir.), *Philippe V d'Espagne et l'art de son temps. Actes du Colloque des 7, 8 et 9 juin 1993*, Sceaux: Musée de l'Île de France, pp. 179-188.

Sebastián López, Santiago (2007), «El tema del "Triunfo del César" en la decoración del Renacimiento español», en José Domingo Lentisco Puche (coord.), *El castillo de Vélez Blanco (1506-2006). Imagen y memoria*, Almería, pp. 250-255.

Torres Fontes, Juan (1999), «Bosquejo histórico de Mula en el siglo XV», *Murgetana*, 101, pp. 9-31.

Zapata Parra, José Antonio (2008), «El hallazgo de la cripta del marqués de los Vélez en la iglesia de San Miguel Arcángel de Mula», en Manuel Lechuga Galindo, Pedro Enrique Collado Espejo y María Belén Sánchez González (coords.), *XIX Jornadas de Patrimonio Cultural de la Región de Murcia*, Murcia: Tres Fronteras, vol. 1, pp. 181-184.

Zapata Parra, José Antonio (2010), «Intervención en la cripta de la capilla de los Vélez de la iglesia de San Miguel de Mula», en José Antonio Melgares Guerrero, Pedro Enrique Collado Espejo y José Antonio Bascuñana Coll (coords.), *XXI Jornadas de Patrimonio Cultural de la Región de Murcia*, Murcia: Tres Fronteras, pp. 271-285.

Zapata Parra, José Antonio (2015), *El castillo de Mula (Murcia)*, Mula: Ayuntamiento de Mula y Fundación CajaMurcia.

Zapata Parra, José Antonio (2023), *Evolución urbana de la ciudad de Mula en época andalusí (siglos IX-XIII d. C.)*, Murcia: Universidad de Murcia.

Anexo documental

Documento 1. Relación de los retratos de Reyes y Señores de la Excelentísima Casa de los marqueses de los Vélez que se conservan en el Palacio de Mula (Murcia), remitida el 15 de julio de 1754, por el gobernador general de los estados de Vélez, Pedro Casanova, al X marqués de Villafranca y los Vélez (AGFCMS, leg. 1735, doc. 1).

+
Exmo. Sr. mi Sr./

Señor. /

Satisfaziendo el deseo de V.E. en querer / saber los retratos de Reies y de Señores de la / excelentísima Casa, que se conservan en este Palacio, di / ré a V.E. con la claridad que pueda, y se re -/ conozca por la antigüedad de las hechuras / que el año de 1724, honrrado por la Excelentísima Señora / Abuela de V.E., mi Señora (que de Dios goza) tomé po- / sesión del Gobierno de estos estados, y al siguiente / año, abiendo reconozido en uno de los quar- / tos almahazenados y rrollados gran copia / de quadros que con los tiempos al parecer / se habían caído, y quebrados los bastidores / y marcos, di cuenta a S.E. que me mandó que / sin dilazión dispusiese que se reconozieran, / se les hechase bastidores, se limpiasen y ade / rezasen, y se colgasen en las Salas, y todo / se ejecutó con la costa según hago me / moria de 150 reales y desde aquel tiempo has / ta hoy se mantienen colgados en las Salas / a exzepzión de algunos que con los tiempos / rrozadas las manillas y ataduras se / han caído, y rrollados unos por averse / quebrado los bastidores, y otros enteros ten / go conservados en el quarto del Archivo (1v), que unos y otros son los siguientes. /

- Quatro quadros pequeños de medios cuerpos re / tratos de los Reies don Felipe 2.º y la Reina In / glesa su mujer, de Felipe 4.º y Dª Mariana / de Austria su mujer /
- Otro de cuerpo entero de la dicha Reina Doña / Mariana de Austria ya viuda, y a su lado / retratado niño el Rei Carlos 2.º asido de la / mano de la Señora Doña Mariana Engracia de To- / ledo y Portugal su Aia, quarta Abuela de V.E. / como Marquesa de los Vélez. /
- Quatro quadros de cuerpo entero de los Señores / Marqueses Don Pedro Fajardo, Don Joseph Fajar / do su hermano, mi Señora Doña María Theresa Fajar / do, Duquesa de Montalto, y Doña Catalina de / Moncada, Marquesa de Villafranca, Abuela / y Visabuela de V.E. /
- Treinta y dos retratos, unos de cuerpo entero, otros / medianos, de señores y señoras antiguos de la Exma. / Casa de los Vélez, vestidos unos a la moda mi / litar antigua con cotas espaldares, i morrio / nes de yerro, otros de otra forma, cuios nombres / se ignoran por no manifestarse rótulo alguno. /
- Otros dos retratos de Señoras de cuerpo entero. /
- Treinta y un quadros pequeños de medios cuerpos / que manifiestan ser de emperadores. /
- Sesenta y seis retratos pequeños de cabezas / de Pontífices, que manifiestan quien son los rótulos. /
- Nueve rretratos pequeños de menos de medio / cuerpo de los Apóstoles, que quien son dizen / los rótulos. /
- Doze lienzos Paries mucho maltratados, y vie / jos que tasadamente se perziben ser los / doze meses del año. / (2r.)
- Ocho quadros viejos de Paries los quatro / medianos y los quatro mui pequeños, que / parecen ser fruteros. /
- Siete quadros medianos rretratos de hermi / taños, que están haciendo penitencia en los desier / tos. /
- Cinco rretratos pequeños, pintados en tabla / rraiada que hacen diferentes figuras se / gun por el lado que se miran. /
- Catorze lienzos rretratos de los Señores antiguos / de la Casa, que por no tener rrótulos se igno / ran quien sean. /
- Tres lienzos grandes, pinturas de Paries. /
- Otras tres pinturas de Mapas. /
- Un lienzo mui antiguo, que manifiesta ser árbol / de la Genealogía de los Señores de la Exma. Casa / de los Vélez. /
- Un quadro grande de Nuestra Señora de los Dolo / res, que serbia para el Oratorio. /
- Dos quadros pequeños rretratos de San Luis Bel / tran y Santa Catalina Mártir. /

Estos son Sr. las pinturas que se encontraron en esta Casa, que yo hize componer, y con ellas / adornar las Salas, como dejo dicho a V.E. / De las quales algunas se han caído y se con / serban en el Archibo de la parte donde las puse / colocadas, y quanto sobre este punto puedo de / zir a V.E. a cuios pies queda mi humildad rro / gando a Vuestro Sr. nos guarde. La Exma. persona de V.E. fe / lices años. Mula, Julio 15 de 1754. /

Exmo. Sr Marqués de Villafranca y de los Vélez, Sr. mi Sr.

Exmo. Sr mi Sr. /
Blp. de V.E. su criado fiel /
Don Pedro de Casanova (rúbrica) [2v.]

[En la parte inferior texto girado tras doblar para formato carta]

+
Mula Julio 15 de 1754

Respuesta en 22. Don Pedro Casanova
Gobernador General

Remite relación de los Retrato de los Re / yes y Señores de la Casa de Vélez que ay en / aquel Palacio, según V.E. lo mandó.

Documento 2. Carta de 27 de julio de 1745, de don Antonio Álvarez de Toledo, X marqués de Villafranca del Bierzo y de los Vélez a su gobernador general, Pedro Casanova, para que le informe del estado de conservación de los cuadros de reyes y señores antiguos de la casa de los Vélez, para decidir si son trasladados a su palacio de Madrid (AGFCMS, leg. 1735, doc. 2).

+

Por la tuya del 15 del presente, quedo entendido de las pinturas / que ay en ese mi Palacio, y para resolver en este particular es menes- / ter me digas (~~tachón~~) del modo que se hallan las pinturas siguientes: los quatro quadros pequeños de medios cuerpos retratos / de los Reyes Don Phelipe 2.º, y la Reyna Inglesa su Muger, de / Phelipe 4.º y Doña Mariana de Austria. /

El otro de cuerpo entero de Doña Mariana de Austria ya / viuda, y a su lado el rey Carlos 2.º asido de la mano de la Señora Doña Ma- / riana Engracia de Toledo su Aya, y mi quarta Abuela.

Los quatro de cuerpo entero de los Señores Don Pedro Faxardo, Don / Joseph Faxardo, Doña María Theresa Faxardo, y Doña Catalina de / Moncada. /

Los treinta y dos retratos unos de cuerpo entero y otros medianos de / señores y señoras antiguos de mi casa vestidos a la moda militar / antigua con cotas espaldares y morriones, y otros de otra forma cuyos / nombres se ignoran. /

Los catorce lienzos de retratos de los Señores antiguos de mi Casa / que también se ignoran sus nombres. /

Del árbol de la Genealogía de los Señores de mi Casa / de los Vélez, todas estas pinturas me dirás, (~~si son de buenas / manos~~) si están muy maltratadas, y si de desclavarlas de sus [1v.] / Bastidores, se maltrataran o hecharan a perder, mayormente sí / se arrollan, y encajonan para conducírmelas a esta Corte, y en este / caso, siendo de buena mano, no estando muy maltratadas, y no / hechandose a perder desclavándolas, me dirás que coste podrá tener / el conducírmelas, (~~de todo lo qual me daras individual razón~~) para que / entendido de todo te mande lo que se ha de hacer con ellas. /

Por lo que mira a los demás que dices que con el transcur / so del tiempo se han caydo y tienes en el quarto Archivo con es- /tas practicaras la misma diligencia que se hizo en el año 1724, esto es hecharlas vastidores, limpiarlas, y aderezarlas de modo que queden / servibles, y se cuelguen en las Salas, pues será lástima que por un costo tan corto se acaben de perder y así (~~en esto y otro particular / encontraras lo que llevo dicho~~) en esto no te detendrás, como / ni en darme la razón que te llevo pedida. /

Dios te guarde muchos años, Madrid, Julio 27 de 1754. /

A Don Pedro de Casanova.

Documento 3. Carta de Pedro Casanova, gobernador general de los estados de los Vélez, con fecha de 5 de agosto de 1754, remitiéndole informe detallado y relacionado, del estado de conservación de los cuadros de reyes y señores antiguos de la casa de los Vélez, que forman parte del palacio de Mula (AGFCMS, leg. 1735, doc. 3).

+

[Texto]
Exmo. Sr. mí amo y /
Señor /

Cumpliendo con lo que V.E. me manda por la / que rezibo de 27 del pasado, en orden a decir a V.E. / el estado en que están las pinturas, retratos / de algunos Reyes, y Señores de la Exma. Casa de / Los Belez que se conservan en este Palazio; / diré a V.E. que por lo general todas están mui mal / tratados, desconzertadas, y levantados los co / lores y otros, con diversos desquinzes y roturas / a exzepzion. de los más modernos, como expresa / ré en los que V.E. me señala; y es cierto Sr. qué / es lástima, porque se alegrará V.E. ver y contem / plar, retratos de los Señores fundadores hombres / que mirarlos, causa respeto, venerazion y temor / reberenziar Don Alonso Yáñez Faxardo, primero / y Segundo, Padre e hijo. Don Pedro Faxardo primero y segundo / Padre e hijo. Don Luis Faxardo primero y segundo, Padre e Hijo, / y otros como Don Juan Chacón, los quales pare

/ zen gigantes hombres de Valor Ynsigne, y que / sus retratos corresponden a los hechos eroicos / que de ellos refieren las Ystorias; también ai [1v.] / algunos de Señores con estrañas y antiguas bes / tiduras como loson las de los Reyes de su tiempo / pero todos bastantemente maltratados, muchos / ai sin vastidores porque se quebraron quan / do se cayeron, y me pareze que retocados y / remendados los desguinzes por pintor inte / ligente pudieran servir de adorno en algunos quar / tos estas pinturas; y también que no será / dificultoso desclavar delos vastidores. / Los quadreos Sr. que V.E. zita están aí como ya / refiero. /

[Margen]
Por lo general todos están maltratados /
y rotos a excepción de los más modernos. /
Don Alonso Yañez Faxardo. Padre e Hijo /
Don Pedro Faxardo Padre e Hijo /
Don Luis Faxardo Padre e Hijo /
Don Juan Chacón y otros Se /
ñores con distintas vestiduras /
bastante maltratados, pero com /
puestos podrán servir.

[Texto]
Los quatro retratos de los Reyes Don Phelipe Segundo / y la Reina Ynglesa, de Phelipe quarto y Su / muxer, en medios cuerpos, no están mui / maltratados; retocados y limpios podrán / parecer mui bien. /

[Margen]
Phelipe 2.º y 4.º con sus mujeres/
No están muy maltratados y retoca /
Dos y podrán servir.

[Texto]
El de cuerpo entero de la Reina Doña Mariana / de Austria, ya viuda del Sr. Phelipe quarto, / y su lado el Rei Carlos Segundo asido de la mano de su aya la Señora Doña Mariana Engracia de Toledo y Portugal, está casi del medio a vaxo / mucho maltratado que se perzibe mal la / pintura por descortezada. De media arriba no / está malo. /

[Margen]
Doña Mariana de Austria con la /
Señora Doña Mariana Engracia de Tole /
do que tiene de la mano a Carlos 2.º /
de medio abajo muy maltratado /
de medio arriba no está malo.

[Texto]
Los quatro de cuerpo entero de los Señores Don Pedro / Faxardo, Don Joseph Faxardo y de mis Señoras Doña María / Teresa Faxardo, Doña Chatalina de Moncada Abuela [2r.] / y Visabuela de V.E. a quien yo tuve la onrra de cono / zer, tratar, ver y servir; están bastante buenos. / De los 32 retratos de cuerpo entero unos, y otros / medianos, y de diversas edades, y de niños y ni / ñas Sres. de la Exma. Casa; aí de todo, los mayores / mui maltratados, y no tanto los menores. /

[Margen]
Don Pedro y Don Joseph Faxardo, Doña /
María Theresa Faxardo y Doña /
Cathalina de Moncada. Buenos.

[Texto]
Lo mismo suzede con los otros catorze lienzos / retratos de los Sres. antiguos de la Casa de V.E. / Siendo la desgracia mayor que por faltarles / rotulos se ignoran quienes sean, y solo por con / geturas de lo que sus echos manifiestan las histo / rias, y por los semblantes retrayados e insignias / y escudos de sus personas y casas, se puede sacar / quienes sean por los que sean curiosos de noticia. /

[Margen]
Los 32 unos de cuerpo entero y /
otros medianos de diferentes seño /
res de la Casa de Vélez; los quales /
se ignoran sus nombres por fal /
tar los rótulos, están muy maltra /
tados los mayores, y los menores /
no lo están tanto Y lo mis /
mo sucede con otros 14 también /
de señores de la Casa.

[Texto]
El quadro que contiene el árbol de las genealogías / de la Casa de los Belez, está como los otros y con tra/ baxo se puede comprehender. /

[Margen]
El Árbol de la Genealogía muy /
maltratado que con trabajo se pue /
de leer.

[Texto]
Así otros dos retratos del Sr. Phelipe quarto en diber / sa calidad. Otros de su hijo el Sr. Carlos Segundo. Lo mis / mo y no están mui maltratados, especialmente el niño / del Segundo Carlos. /

[Margen]
Dos de Phelipe 4.º y 2 de Car /
los 2.º. No están muy maltratados.

[Texto]
Si V.E. resolviese que remitan a esa Corte, se podrá / disponer arrollados, y en caxones echos a propósito, / y en quanto al coste que podrá tener su conduzion / como se hignora lo que podrá pesar, es difícil / por sí averiguar, practicaré Sr. quanto V.E., / me mandaré en este particular. /

[Margen]
Se pueden arrollar y encajonar /
Pero no puede decir el coste pues se /
rá según su peso.

[Texto]
Como también en que se compongan, limpien [2v.] / y que se echen bastidores a los demás que lo ne / zesiten quadros de apóstoles, Pontífices, empe / radores, Sibillas, y Capitanes de la fama, como / Anibal, Bernardo de Carpio, Rui Diaz de Bibar / el Cid, Andrea de Oria, Gran Capitan Gon / zalo Fernandez de Córdova, y otros; y con to / dos se volverán a componer los quartos de es / ta Casa como lo executé el año de 1724 de orden / de mi Señora Abuela de V. E. /

Por lo que informo a V.E. al marxen del memorial / de la casera de Murcia entenderá V.E. lo que ha / pasado y el estado que tiene esta dependencia. /

Nuestro Señor nos conserbe feliz por mi amor. La impor / tante vida de V.E. con dilatada suzesión para / consuelo de sus fieles criados y vasallos como / yo le suplico. Mula y Agosto 5 de 1754. /

Excmo. Sr. mi Sr. /
Exmo. Sr. Marqués de Villafranca mi señor [margen izquierdo]
Escribe su criado fiel /
Don Pedro de Casanova [rúbrica].

[Margen]
Los restantes haráse compon /
gan y hechen vastidores para /
adornar las Salas de Palacio.

[Final de la página. Fecha y remite de la carta en anverso y reverso tras doblar documento]

[Anverso]
Mula, Agosto 5 de 1754 /
Don Pedro de Casanova Go /

bernador General

[Reverso]
Avisa del estado /
en que se hallan las /
pinturas de Palacio

ISSN: 1576-7914 - e-ISSN: 2341-1902
DOI: https://dx.doi.org/10.14201/cuadieci202526181191

RECLAMACIÓN DEL PATRONAZGO Y PROPIEDAD DE LA CAPILLA MAYOR DEL CONVENTO DE SAN GINÉS DE LA JARA POR EL MARQUÉS DE LOS VÉLEZ (SIGLOS XVII-XIX)

Claim of Patronage and Ownership of the Main Chapel of the Convent of Saint Ginés de la Jara by the Marquis of Velez (17th-19th Centuries)

Pedro MARTÍNEZ CAVERO
Universidad de Murcia
pmcavero@um.es

Fecha de recepción: 20/06/2024
Fecha de aceptación definitiva: 22/11/2024

RESUMEN: El convento franciscano de San Ginés de la Jara (Cartagena) ha estado vinculado a los marqueses de los Vélez como patronos. El cuarto marqués, Luis Fajardo Requesens, pleiteó con los frailes para el reconocimiento de dicho patronazgo. Desaparecida la línea masculina, el patrimonio de los Fajardo pasó a los Álvarez de Toledo, marqueses de Villafranca, que mantuvieron dicha vinculación hasta la desamortización de los bienes eclesiásticos. No obstante, el decimotercer marqués de Villafranca y de los Vélez, Pedro de Alcántara Álvarez de Toledo, solicitó del Estado la restitución de la capilla mayor del convento por considerarla un bien privado, no afectado por la desamortización.

Palabras clave: patronazgo; marquesado de los Vélez; marquesado de Villafranca; San Ginés de la Jara; Fajardo; Álvarez de Toledo.

ABSTRACT: The Franciscan convent of Saint Ginés de la Jara (Cartagena) has been linked to the Marquises of Velez as patrons. The fourth marquis, Luis Fajardo

Requesens, litigated with the monks for the recognition of such patronage. Once the masculine succession line disappeared, the patrimony of the Fajardo family passed to the Álvarez de Toledo lineage, Marquises of Villafranca, who maintained this link until the confiscation of the ecclesiastical properties. Nevertheless, the 13th Marquis of Villafranca and Vélez, Pedro de Alcántara Álvarez de Toledo, applied for the restitution of the main chapel of the convent arguing that it was considered private property, not affected by the confiscation.

Key words: patronage; Marquisate of Vélez; Marquisate of Villafranca; Saint Ginés de la Jara; Fajardo; Álvarez de Toledo.

1. Introducción

La vinculación de la casa de los Vélez con el convento de San Ginés de la Jara se inició a finales del siglo XV. El escudo de los Fajardo se exhibe sobre la puerta de la iglesia conventual, sobrepuesto al escudo franciscano. El patronazgo fue establecido en 1491 por Juan Chacón, adelantado del reino de Murcia, y continuado por sus sucesores. No obstante, el cuarto marqués, Luis Fajardo Requesens, tuvo que renovar su estatus de patrono en pleito con los franciscanos, que venían actuando en el convento con plena autonomía. El marqués, que se había criado en Benavente, se trasladó en 1597 a Vélez Blanco y se dedicó de lleno a la administración de su herencia.

Fue este un paréntesis en la trayectoria familiar, pues el porvenir de los Fajardo estaba en la corte. En 1693 falleció Fernando Joaquín, el último varón Fajardo, y su hermana María Teresa, séptima marquesa, unió su patrimonio al de su marido Fernando de Aragón, duque de Montalto. En la siguiente generación, de nuevo por matrimonio, la octava marquesa de los Vélez, Catalina Moncada Fajardo, unió sus títulos a los de los marqueses de Villafranca del Bierzo. Con ello, los Álvarez de Toledo se convirtieron en herederos del linaje murciano (Precioso, 2022).

En el siglo XVIII se mantuvo la vinculación implícita entre el convento de la Jara y la casa de Villafranca y los Vélez, siempre en ausencia del señor. No obstante, no nos consta que, en el recorrido por sus posesiones murcianas del décimo marqués, Antonio Álvarez de Toledo, durante el cual permanece varios días en Cartagena, visite el convento de la Jara, situado a tan solo tres leguas de la ciudad portuaria.

Iniciado el siglo XIX, el decimotercer marqués de Villafranca y Vélez y duque de Medina Sidonia, Pedro de Alcántara Álvarez de Toledo, abrazó decididamente la causa carlista, por lo que sus bienes le fueron incautados por los gobiernos liberales. La desamortización supuso además la apropiación por el Estado del convento de San Ginés y sus religiosos exclaustrados. Consolidada la corona de Isabel II, el marqués abandonó el carlismo y regresó a España. En 1847 se levantó el secuestro de sus bienes, por lo que pudo retomar la administración de su patrimonio. Por esta razón, inició una gestión para que se le reconociera su propiedad de la capilla mayor del convento de San Ginés de la Jara, pues argüía que era un espacio privado y, por lo tanto, no afectado por la desamortización eclesiástica.

En este trabajo analizamos un expediente conservado en el Archivo General de la Fundación Casa de Medina Sidonia (AGFCMS, leg. 5334, doc. 18), en cuya portadilla aparece el título «Convento de San Ginés de la Jara». En él encontramos la copia de la carta que el decimotercer marqués envió al gobernador de Murcia para que se reconociera su derecho de propiedad de la capilla mayor y colaterales del convento de la Jara. A este escrito acompaña un traslado de la renovación del patronazgo que realizó su antepasado, el cuarto marqués de los Vélez, Luis Fajardo.

2. Renovación del patronazgo por el cuarto marqués de los Vélez

Mencía Requesens, viuda del tercer marqués de los Vélez, casó en segundas nupcias con el conde de Benavente, dejando el gobierno de sus señoríos a cargo del gobernador Domingo Zabala. Al alcanzar su mayoría de edad, el cuarto marqués, Luis Fajardo Requesens, quiso recuperar el poder y el predominio social de su linaje en el reino de Murcia. De Benavente regresó primero a Vélez Blanco, donde vivió algunos años, y en 1602 instaló su residencia y su pequeña corte en la villa de Mula.

Su hijo y sucesor, Pedro Fajardo Pimentel, nació en esta localidad. Preocupado también por la administración de su patrimonio, mandó redactar *El libro Becerro de la Casa y Estado de los Vélez*, escrito en 1635 (Marsilla de Pascual y Beltrán Corbalán, 2006). El *Libro Becerro* compendia la forma de administrar sus señoríos y hace una recopilación «de diversas cosas pertenecientes a los señores desta casa». Entre ellas se menciona el patronazgo de la Provincia de Cartagena de la Orden de San Francisco, el patronazgo de San Ginés de la Jara, la capilla de San Lucas de la catedral de Murcia y los alumbres de Mazarrón (*Becerro*, 2006: 393).

La vinculación de los marqueses con los franciscanos se plasmó por escrito ante Pedro Juárez, escribano público de la ciudad de Murcia, con la fundación en 1618 del citado patronazgo de la orden. Para el marqués, la detentación de patronazgos era un modo de representación, un espejo de su poder, prestigio y predominio en la jerarquía social. Los Fajardo contribuyeron a la fundación, la construcción o la renovación de numerosas edificaciones franciscanas en sus señoríos: convento de San Francisco de Mula en 1574, cuyas obras comenzaron en 1581; fundación en 1600 del convento de San Luis Obispo en Vélez Blanco, construido entre 1603 y 1615; de San Antonio de Padua en Cuevas de Almanzora (1650-1651), o del convento de la Concepción de Vélez Rubio (1689), anteriormente dependiente de Vélez Blanco. Asimismo, favorecieron a comunidades franciscanas como la de Nuestra Señora de las Huertas de Lorca (Lentisco: 2000; Rodríguez Pérez, 2011: 107).

No obstante, a principios del siglo XVII el patronazgo de San Ginés de la Jara estaba en entredicho. Aunque no consta que el marqués visitara el convento de la Jara, la defensa de sus prerrogativas tradicionales era una razón más que suficiente para sus querellas judiciales. A lo largo de su gobierno, el cuarto marqués entabló

numerosos pleitos en defensa de la jurisdicción y los derechos de sus antepasados. Pleiteó con Vélez Blanco por el cobro de las alcabalas, con las villas del río Almanzora por su derecho en el nombramiento de sus concejos, con Librilla sobre su naturaleza marquesal. Igualmente eran recurrentes sus desencuentros con el concejo de la villa de Mula, particularmente sobre las competencias del alcalde mayor.

Entre 1619 y 1622, el cuarto marqués de los Vélez tuvo que pleitear con los religiosos franciscanos para recuperar su condición de patrono de la capilla mayor del convento de San Ginés de la Jara. Para entonces, los franciscanos habían reconstruido la iglesia y buena parte de la arquitectura del convento con sus limosnas, reconstrucción promovida por el P. Diego de Arce, ministro provincial de la Provincia franciscana de Cartagena entre 1595 y 1598. También habían contado con la aportación económica del concejo de Cartagena (Muñoz Clares y García Blánquez, 2004: 257; Agüera, 2005).

Como conclusión del pleito con los franciscanos de San Ginés de la Jara, se redactó una escritura de patronazgo a favor del cuarto marqués de los Vélez, Luis Fajardo Requesens, y su escudo se colocó en la fachada de la iglesia. Dicha escritura fue realizada ante el escribano público de Murcia Pedro Fernández de Reolid el 8 de abril de 1622. Sabemos por el *Libro Becerro* que el documento original, en tiempos del quinto marqués, se encontraba en el archivo del castillo de Mula con los «papeles del mayorazgo desta casa» (*Becerro*, 2006: 393).

El conjunto documental antes citado, procedente del Archivo de la Fundación Casa de Medina Sidonia, se compone de copia de los dos escritos redactados para la reclamación de los derechos marquesales sobre el convento de San Ginés de la Jara. Están redactados por la secretaría del marqués de Villafranca y los Vélez, en nombre del marqués, y a estos dos escritos se añade una anotación dirigida al administrador en Murcia, dándole instrucciones para la reclamación ante el gobernador civil de Murcia de la propiedad del marqués sobre la capilla mayor y colaterales del convento de San Ginés. El secretario del marqués escribe al administrador de Murcia:

> Al administrador de Murcia.
> En 2 de diciembre de 1859.
> Adjunta remito a usted una exposición firmada por su excelencia y dirigida al Gobernador Civil de esa provincia reclamando la entrega de las capillas mayor y colaterales del convento de San Ginés de la Jara, y un testimonio del instrumento en que funda su derecho. Ruego y encargo a vuestra excelencia que los presente inmediatamente y que los informen también en buen tiempo la Administración de derechos y propiedades del Estado, el promotor fiscal de hacienda y la Junta Provincial de Ventas.
> Dios etc.[1].
> (AGFCMS, leg. 5334, doc. 18, 1v.)

1. Normas sobre las transcripciones: se respeta la ortografía del texto, aunque la puntuación y el uso de mayúsculas y minúsculas se adaptan a los criterios actuales. Las abreviaturas se han desarrollado. La reconstrucción de las palabras se ha hecho en su propio contexto. El cambio de folio se

El instrumento citado es una copia realizada en Madrid en 1859 de la escritura de la renovación del patronazgo de San Ginés de la Jara que había iniciado Juan Chacón en 1491 sobre «una ermita antigua cerca del mar, a tres leguas de la ciudad de Cartagena», para la instalación de ocho religiosos franciscanos de la familia amadeita, así llamada por fray Amadeo de Silva (1420-1482). Este primer edificio religioso de los siglos XV y XVI era «una pobre Iglesia, y falta de otras cosas necesarias en ella» (Cascales, 1621: 454).

Pese a todo, los frailes habían gozado libremente del convento sin reconocer patrono alguno, si bien el segundo marqués de los Vélez, Luis Fajardo de la Cueva, había mandado «edificar dentro de la cerca y muralla de dicho convento ciertos aposentos y oficinas», hospicio para seglares, así como había entregado algunos ornamentos para el culto.

Desde entonces, los frailes, con sus limosnas, habían reedificado y aumentado el edificio antiguo y reconstruido la iglesia. El convento contaba con 30 religiosos. Como los frailes pretendieron en 1613 entregar a un particular el patronazgo de la capilla mayor, el marqués de los Vélez reaccionó desde Mula y el 23 de julio de 1619 escribió al Definitorio, ofreciendo dos mil ducados de limosna, sin recibir respuesta. Entonces, Vélez demandó a los frailes ante el Nuncio de su Santidad, «en cuyo tribunal está pendiente el pleyto».

Sin esperar la respuesta del nuncio, los franciscanos y el marqués llegaron a una concordia. Esta consistía en que los primeros reconocían la fundación del convento franciscano a Juan Chacón y atribuían al marqués de los Vélez el patronazgo de la capilla mayor, nuevamente edificada, desde la primera grada, con sus tres altares, mayor y colaterales. Asimismo, pertenecía al marqués «la obra que está arriba del Altar mayor, que se llama la Gloria», y «el sepulcro del Santo, con condición de no enterrarse en él persona alguna, ni poner losa ni señal» (Apéndice, doc. 1).

La renovación del patronazgo de San Gines de la Jara, es decir, el reconocimiento por los religiosos franciscanos de los derechos de su linaje sobre los lugares más sagrados del convento, fue sin duda un triunfo del cuarto marqués de los Vélez (Agüera, 2005: 51).

El AGFCMS (leg. 2112) conserva también la noticia del enterramiento en el convento de la Jara del teniente general de la escuadra José Fajardo, hijo del quinto marqués de los Vélez, fallecido en un enfrentamiento naval con corsarios berberiscos frente a la costa de Benidorm en 1670 (Velasco, 2020: 27).

Resuelto el pleito del patronazgo, a lo largo del siglo XVII y XVIII continuaron las obras en el convento a cargo de los franciscanos, se completó el claustro y se remodelaron diversas dependencias como el refectorio y algunas celdas. La torre campanario se edificaría en el siglo XVIII (Muñoz Clares y García Blánquez,

indica con dos barras oblicuas [//], seguido del número y las letras [r] y [v] para señalar el recto y el vuelto. Se han respetado las contracciones. Se han actualizado la puntuación ortográfica y las tildes.

2004: 257), periodo al que corresponden igualmente las pinturas murales del retablo mayor realizadas por Pablo Sistori (1730-1797) (Agüera, 2005: 56). A mediados de siglo, el convento podría superar los treinta religiosos, decayendo su número en la segunda mitad.



Figura 1. Convento de San Ginés de la Jara (Cartagena): estado actual de las obras de restauración. (Fuente: pmcavero).

3. Reclamación de la propiedad de la capilla mayor y colaterales tras la desamortización

Los Álvarez de Toledo conservaron en su memoria y en su archivo su condición de patronos del convento de San Ginés de la Jara, por más que esta condición no les suponía ningún desvelo. Cuando el décimo marqués, Antonio Álvarez de Toledo, realizó un viaje de reconocimiento a sus posesiones de los reinos de Granada y Murcia entre octubre de 1769 y enero de 1770 (Díaz López y Lentisco, 2006), no consideró necesario visitar el convento franciscano. El marqués permaneció seis días en Cartagena (de 28 de diciembre a 3 de enero); allí atendió el protocolo, inspeccionó a diario las instalaciones militares, el arsenal y el puerto,

pero sorprende sobremanera que no muestre interés ninguno por el convento de la Jara. El viaje, del que un secretario levantó un detallado diario, fue la escenificación de su presencia, con ella el décimo marqués quería revitalizar su relación con las distintas piezas de su herencia.

Con la llegada del nuevo siglo XIX y la instauración del régimen político liberal, desde el aparato del Estado se impone un nuevo modelo de propiedad en la sociedad española, con la desaparición de los señoríos jurisdiccionales y los mayorazgos. La desamortización de Mendizábal (1836) suprimió el convento de San Ginés de la Jara y sus religiosos se vieron obligados a abandonarlo. El convento, junto con su huerta, salió a subasta en 1841, siendo adquirido por el empresario y político Miguel Andrés Starico, fallecido en 1866, quien decidió enterrarse en el convento de la Jara (Ortega e Irigoyen, 2019: 229).

Por su parte, el decimotercer marqués de Villafranca, Pedro de Alcántara Álvarez de Toledo (1803-1867), consideró en 1859 que podía obtener algún beneficio de la desamortización del convento cartagenero, pues argumentaba que de su venta estaban exceptuadas la capilla mayor y colaterales, que pertenecían a su familia y cuyo patronazgo había sido renovado a perpetuidad.

Villafranca había sido un activo carlista, ostentando la representación de don Carlos en San Petersburgo (1837-1839). En consecuencia, los gobiernos liberales incautaron sus bienes, que no le serían devueltos hasta 1847, gracias a las gestiones realizadas por su hijo. Por otra parte, la derrota de su bando, los gastos de la guerra y el exilio habían arruinado su hacienda.

En consecuencia, una vez fallecido don Carlos (1855), Villafranca regresó a España y se dedicó a la administración de su patrimonio. En 1859 ordenó a su secretario que diera instrucciones al administrador de sus bienes en Murcia para reclamar ante el gobernador civil de la provincia la posesión de sus tres capillas de San Ginés de la Jara, pues entendía que no estaban afectadas por las leyes desamortizadoras: «A vuestra señoría no puede ocultarse que ni las disposiciones que declararon nacionales los bienes del clero regular, ni las que publicaron con igual objeto y se refieren al secular, comprendieron aquellos que pertenecían a familias determinadas y que, solo por el objeto a que se destinaban, estaban mezclados con aquellos». A esta carta, acompaña el traslado de la renovación del patronazgo realizado por el cuarto marqués de los Vélez. «En virtud de este título… han venido los poseedores de él disfrutando de las tres capillas y disponiendo de ellas como cosa suya hasta la supresión de las comunidades de varones, época en la que, por no conocer sin duda estos hechos, la Real Hacienda se incautó del edificio-convento, bajo la errada creencia sin duda de que todo él pertenecía a la comunidad que lo había ocupado» (Apéndice, doc. 2).

No nos consta que la demanda del marqués de Villafranca fuera atendida. El convento siguió en manos privadas convertido en casa de labor agrícola. Conocidas familias murcianas, como los Codorníu y De la Cierva, han tenido su propiedad. Durante la mayor parte del siglo XX el edificio se ha ido desmoronando debido al abandono, la degradación y el expolio que ha sufrido, hasta el punto

de que su situación física ha llegado a ser calificada de «ruina inminente» (Mas, 1969: 1069). En 1992 fue declarado Bien de Interés Cultural y en 2006 la Dirección General de Bienes Culturales de la Comunidad Autónoma de la Región de Murcia aprobó diversas actuaciones de restauración y consolidación, que se continúan en la actualidad y permiten confiar en su recuperación. De los marqueses queda su memoria en los documentos y el escudo de Pedro Fajardo Requesens que adorna la fachada de la iglesia.

4. Bibliografía

Agüera Ros, José Carlos (2005), «Poder, ceremonial y aspectos artísticos en un patronazgo de Don Luis Fajardo y Requesens, IV marqués de los Vélez (1619-1622)», en Ricardo Escavy Zamora (coord.), *Amica Verba: in honorem Prof. Antonio Roldán Pérez*, vol. 1, Murcia: Universidad de Murcia, pp. 41-66.

Beltrán Corbalán, Domingo y Precioso Izquierdo, Francisco (2024), «Instrumentos de conservación, artefactos de memoria. El marquesado de los Vélez en el entorno de los Toledo», en Francisco Precioso Izquierdo y María Teresa Marín Torres (eds.), *Los arcanos de la memoria familiar. Usos y proyección del pasado en la sociedad española (1650-1850)*, Madrid: Dykinson, pp. 67-84.

Cascales, Francisco (1621), *Discursos históricos de la muy noble y muy leal ciudad de Murcia*. Ed. facsimilar, 2022, Murcia: Fundación Centro de Estudios Históricos e Investigaciones Locales Región de Murcia.

Díaz López, Julián Pablo y Lentisco Puche, José Domingo (2006), *El señor en sus estados. Viaje de D. Antonio Álvarez de Toledo, X marqués de los Vélez, a sus posesiones de los reinos de Granada y Murcia*, Vélez Rubio.

Hernández Franco, Juan y Rodríguez Pérez, Raimundo (2009), «Bastardía, aristocracia y órdenes militares en la Castilla moderna: El linaje Fajardo», *Hispania: Revista Española de Historia*, 69(232), pp. 331-362.

Lentisco Puche, José Domingo (2000), «La fundación de los conventos franciscanos en el Marquesado de los Vélez: Vélez Blanco (1600), Cuevas (1650-51) y Vélez Rubio (1690)», *Revista Velezana*, 19, pp. 203-210.

Marsilla de Pascual, Francisco R. y Beltrán Corbalán, Domingo (eds.) (2006), *El libro Becerro de la Casa y Estado de los Vélez. Estudios críticos y transcripción*, Murcia: Fundación Séneca, Ayto. de Molina de Segura.

Mas García, Julio (1987), «El Monasterio de San Ginés de la Jara. Las pinturas monocromáticas de la Ermita de los Ángeles del Monte Miral», en *Homenaje al profesor J. Torres Fontes*, vol. 2, Murcia: Universidad de Murcia, pp. 1045-1171.

Muñoz Clares, Manuel y García Blánquez, Luis A. (2004), «La arquitectura del convento franciscano de San Ginés de la Jara», *Imafronte*, 16, pp. 255-266.

Ortega del Cerro, Pablo e Irigoyen López, Antonio (eds.) (2019), *Profesiones, ciclos vitales y trayectorias familiares entre la continuidad y la transformación (siglos XVII-XX)*, Murcia: Editum.

Precioso Izquierdo, Francisco (2022), «De Fajardo y Montalto a Toledo. El proceso de incorporación de la casa de los Vélez en la casa de Villafranca (siglos XVII-XVIII)», *Mediterranea: Ricerche Storiche*, 55, pp. 431-452.

Rodríguez Pérez, Raimundo (2011), «La casa de los Vélez. Mecenazgo y poder simbólico en la Edad Moderna», *Norba: Revista de Historia*, 24, pp. 97-110.

Velasco Hernández, Francisco (2020), «Galeras del Rey Católico contra navíos corsarios de alto bordo: Una lucha desigual en el mediterráneo del siglo XVII», *Revista de Historia Naval*, 150, pp. 9-32.

5. Apéndice documental

Documento 1. 1859, noviembre, 21. Madrid. Traslado de la renovación del patronazgo del convento franciscano de San Ginés de la Jara en 1622 a favor de Luis Fajardo Requesens, cuarto marqués de los Vélez. AGFCMS, leg. 5334, doc. 18, 3r.-4v.

Traslado dado por don José Jiménez Moreno y Llamas, escribano público, su fecha en Madrid a 21 noviembre de 1859 de un testimonio de escritura de fundación del Patronato del convento de San Ginés de la Jara del Orden de San Francisco y cesión de su capilla mayor y colaterales; la cual fue otorgada su original en Murcia a 19 de noviembre de 1619 por fray Alonso de Bargas, ministro principal, y su testimonio dado en la misma a 8 de abril de 1622 ante Pedro Fernández Reolid, escribano del número, y en fabor del excelentísimo señor don Luis Fajardo de Requesens, marqués de los Vélez, por la que aparece que en las casas del señor licenciado Alonso Rodríguez Navarro, consultor del Santo Oficio y Juez de sus bienes confiscados, se juntaron este y el muy reverendo padre fray Esteban Izquierdo, calificador del dicho Santo Oficio y ministro provincial de la Provincia de Cartagena del orden de San Francisco, y García Barguen, síndico del convento de San Ginés de la Jara, para celebrar escritura, conforme a las determinaciones de los difinitorios; el uno fecho en el Convento de San Francisco de Huete en 28 de septiembre de 1620 ante Gerónimo de Guino, por los padres fray Alonso de Bargas, provincial //$^{3v.}$ de la de Cartagena, fray Pedro Vallesteros y demás; el otro en el de San Francisco de Alcázar, en 6 de febrero de 1621, y en virtud del poder que tiene de derecho señor licenciado, canónigo, del dicho excelentísimo señor marqués, e decretos de los difinitorios e título de sindicato del don Alonso García de Barguen, por lo cual, siendo patrono el excelentísimo señor don Juan Chacón, marqués de los Vélez, de una ermita antigua cerca del mar, a tres leguas de la ciudad de Cartagena, dedicada al glorioso San Ginés de la Jara, edificó en dicha ermita con facultad apostólica por 2 Bulas, una del Papa Inocencio 8.º y otra de Alejandro 6.º, un convento para 8 religiosos de la dicha orden de la familia de fray Madeo, con condición, que si no conservasen de dicha familia en el convento, le pudiese dar y entregar, como de echo le dio y entregó desde su principio dicho señor marqués a los religiosos de la Provincia, sin que lo habitasen los de dicha familia, como consta por capítulo de la historia general de la orden; de manera que desde 1491 la Provincia y sus frailes han gozado libremente y sin reconocer patrono alguno el dicho convento, haviendo con sus limosnas reedificado y aumentado el edificio antiguo, ocupado hasta por 30 religiosos, haciendo otra nueva

Iglesia, y por el año de 1613 se trató dar i //[4r.] conceder la capilla mayor con su patronazgo a cierta persona particular que la pretendía; pero no teniendo efecto por justas causas, el excelentísimo señor don Luis Fajardo de Requesens, marqués de los Vélez, pidió dicha capilla mayor i su patronazgo, por carta que su excelencia escribió desde Mula en 23 de Julio de 1619 a el Difinitorio, ofreciendo dos mil ducados de limosna; mas no resolbiéndose nada por el difinitorio, dicho señor marqués, como descendiente de don Juan Chacón, puso demanda sobre dicho patronazgo ante el ilustrísimo señor nuncio de su Santidad, en cuyo tribunal está pendiente el pleyto.

Pero conociendo los dichos padres no haver impedimento en la resolución que siempre tubieron de serbir al señor marqués con dicha capilla mayor y su patronazgo, aunque el don Juan Chacón no se reserbó dominio, propiedad ni derecho de patronazgo cuando lo entregó, ni en su edificio pusiese sus armas, con todo, en consideración de haver siempre faborecido a esta comunidad todos sus descendientes con limosnas y grandes veneficios en sus necesidades, en especial el señor marqués don Luis, mandando edificar dentro de la cerca y muralla de dicho convento ciertos aposentos y oficinas para uso del mismo, e ospicio para gente seglar, como con ornamentos para el culto divino, fue admitido como patrono verdadero y legítimo para siempre jamás, y a los descendientes //[4v.] de su casa y mayorazgo, de la dicha capilla mayor nuevamente edificada en dicho convento desde la primera grada con sus tres altares, mayor y colaterales.

Decretándose por difinitorio que no solo le es concedido el patronazgo de dicha capilla mayor del convento del San Gines de la Jara, sino la obra que está arriba del altar mayor, que se llama la Gloria, justamente con el sepulcro del santo, con condición de no enterrarse en él persona alguna, ni poner losa ni señal.

Asimismo, el poder dado por don Luis Fajardo Requesens para la aceptación de dicho patronazgo, su fecha en Valladolid a 7 abril de 1621 ante Gerónimo de Guino y en fabor del canónigo Alonso Rodríguez Navarro, juez de bienes confiscados del Santo Oficio, a don Juan González, gobernador de los estados de su excelencia y alcayde, a Antonio Sepúlbeda, su criado, y al capitán Alonso González de Sepúlbeda.

Documento 2. 1859, diciembre, 2. Madrid. Copia de la carta Pedro de Alcántara Álvarez de Toledo, decimotercer marqués de Villafranca, al Gobernador Civil de Murcia, reclamando la propiedad de la capilla mayor y colaterales del convento de San Ginés de la Jara. AGFCMS, leg. 5334, doc. 18, 1r.-v.

Muy ilustre señor Gobernador Civil de la Provincia de Murcia = El marqués de Villafranca y de los Vélez a vuestra señoría atentamente expone que, según aparece del adjunto testimonio, por escritura otorgada en Murcia a 8 de avril de 1622, ante Pedro Fernández Reolid, el provincial de la Orden de San Francisco en la provincia de Carthagena y el síndico seglar del convento de San Ginés de la Jara, en representación y debidamente autorizados por la primera y la comunidad

del segundo, cedieron a don Luis Fajardo Requesens, marqués entonces de los Vélez, para sí, sus descendientes y sucesores en su casa y mayorazgo, el patronato y propiedad y dominio de toda la capilla mayor con su gloria y las dos colaterales. En virtud de este título, y de los derechos que de él nacen y fueron agregados al mayorazgo de los Vélez, han venido los poseedores de él disfrutando de las tres capillas y disponiendo de ellas como cosa suya hasta la supresión de las comunidades de varones, época en la que, por no conocer sin duda estos hechos, la Real Hacienda se incautó del edificio-convento, bajo la errada creencia sin duda de que todo él pertenecía a la comunidad que lo había ocupado. Ausente a la sazón de España el que acude a la notoria justificación de vuestra señoría ilustrísima, no pudo deshacer la equivocación cometida ni reclamar el reconocimiento de su propiedad, y entrega de las capillas, pero hoy que su estancia en España le permite dirigir por sí sus escritos, créese obligado a pedir que se lleve a efecto una y otro. = A vuestra señoría ilustrísima no puede ocultarse que ni las disposiciones que declararon nacionales los bienes del clero regular, ni las que publicaron con igual objeto y se refieren al secular, comprendieron aquellos que pertenecían a familias determinadas y que, solo por el objeto a que se destinaban, estaban mezclados con aquellos. Tan cierto es esto que no solo se viene hablando de las propiedades del clero exclusivamente, sino que se exceptúan clara y taxativamente; y no lo es menos que si de ellas están exceptuadas, corresponden y pertenecen hoy a las mismas personas y familias que constantemente las han venido poseyendo. Fundado en esta inconcusa doctrina y resultando probado en la escritura de que se ha hecho cierto mi domi //[1v.] nio.

A vuestra señoría suplico se sirva declarar que las tres capillas dichas me pertenecen y, en su consecuencia, entregármelas en el ser y estado que tenían al suprimirse las comunidades religiosas de varones. Madrid, 2 de diciembre de 1859 = El marqués de Villafranca.

VARIA

ISSN: 1576-7914 - e-ISSN: 2341-1902
DOI: https://dx.doi.org/10.14201/cuadieci202526195237

LA REPRESENTACIÓN TEATRAL DE LA CAMPAÑA DE ORÁN DE 1732

The Theatrical Representation of the Oran Campaign of 1732

Pablo CABEZÓN GIMÓN
Programa de Doctorado en Filología, Estudios Lingüísticos y Literarios de la UNED
pablocabezon@hotmail.com

Fecha de recepción: 25/02/2024
Fecha de aceptación: 11/01/2025

RESUMEN: En verano de 1732, en el curso de una operación para la cual fueron movilizados treinta mil hombres y se emplearon medio millar de embarcaciones, la Monarquía hispánica recuperó el control de Orán-Mazalquivir a la Regencia de Argel. El triunfo dio lugar a un amplio despliegue propagandístico en diversos formatos entre los cuales se cuentan diversas representaciones teatrales de lo sucedido. Hemos identificado siete creaciones de naturaleza dramática y en este artículo hemos procedido a analizar los testimonios textuales que contamos de cuatro de ellas y no han sido estudiados hasta la fecha. Nuestro propósito es exponer cómo las obras reflejan los argumentos religiosos y económicos esgrimidos para poner en marcha la campaña, presentar aquellos aspectos bélicos que registran, así como dar a conocer las posibilidades de representación que plantean.

Palabras clave: Magreb; Orán; Felipe V; asedio; comedia heroica; propaganda.

ABSTRACT: In the summer of 1732, after a military operation involving 30,000 men and a thousand ships, the Spanish Monarchy wrested control of Oran-Mazalquivir from the regency of Algiers. The victory led to extensive propaganda in various formats, including several theatrical representations of the events. We have identified seven dramatic creations and analyzed the textual evidence provided by four of them, which have not been studied. Our purpose is to examine how these

plays reflect the religious and economic arguments that were used to launch the campaign, delineate those military aspects they record, as well as considering their staging possibilities.

Key words: Maghreb; Oran; Philip V; siege; heroic drama; propaganda.

1. La celebración de la reconquista de Orán de 1732

A mediodía del 1 de julio 1732 el conde de Montemar, José Ignacio Carrillo de Albornoz y Montiel, capitán general del ejército enviado por Felipe V para recuperar el doble presidio de Orán-Mazalquivir, recibía una carta del cónsul francés en la que se le informaba de que la plaza y los castillos de la ciudad habían sido abandonados por sus ocupantes. A última hora de la tarde, una columna alcanzaba y ocupaba Orán y al día siguiente se tomaba Mazalquivir, tras la rendición de su mando (*Relación de la conquista de Orán*, s. a.: ff. 72v.-73v. y f. 76r.v.).

La recuperación de las plazas norteafricanas, conquistadas por la Regencia de Argel en 1708, en el marco de la guerra de Sucesión (Sénéchal, 2016), sellaba el éxito de una operación militar de enormes dimensiones que implicó a cerca de 30.000 hombres y más de un millar de embarcaciones.

La empresa bélica ha sido interpretada como una maniobra de prestigio tras las pérdidas patrimoniales derivadas de la Paz de Utrecht (García Arenal y De Bunes Ibarra, 1992: 145) que completaba la imagen de regreso de la hegemonía hispana al Mediterráneo occidental, después del reconocimiento de los derechos sucesorios sobre el archiducado de Toscana y los ducados de Parma y Plasencia del príncipe Carlos (Caridi, 2015: 38-41), un logro diplomático, tras las fallidas campañas de Cerdeña (1717), Sicilia (1718, 1720) y Gibraltar (1727). Por otra parte, la conquista devolvía a la Monarquía una plaza que formaba parte de su patrimonio desde su ocupación en 1509 por un ejército encabezado por el cardenal Cisneros, estableciendo una continuidad entre la casa de Borbón y el proyecto de guerra contra el islam y el espíritu de cruzada de las casas de Trastámara y Habsburgo (Vilar y Lourido, 1994: 157-158). No obstante, ha de tenerse en cuenta, más allá de estos argumentos de prestigio o ideológicos, la motivación económica de la acción, en tanto la plaza había devenido un relevante puesto comercial para Francia e Inglaterra en el Magreb (Fé Cantó, 2016: 93-94).

La campaña fue publicitada desde su comienzo, canalizándose el discurso oficial en un primer momento a través de instrumentos tales como la difusión de la real orden que declaraba la guerra[1], el registro puntual de su desarrollo en la

1. La disposición puede consultarse en los manuscritos conservados en la Biblioteca Nacional de España (BNE): *Papeles referentes a Orán*, Ms. 18547/5/2: ff. 1r.-2r., y *Relación de la conquista de Orán*, Ms. 2318: ff. 11r.-13r.; o en la *Disertación* de Antonio de Clariana Gualbes incluida en la *Historia del reino de Argel* de Laugier de Tassy (1733: 154-156). Atestigua la difusión de este documento su

Gaceta de Madrid o las órdenes dirigidas a la práctica de rogativas o llamadas a promover el festejo del triunfo con actos religiosos y espectáculos[2] recogidas en la misma publicación.

El desarrollo de la empresa bélica y la celebración de su éxito quedaron consignados a través de diferentes medios, tales como relaciones de sucesos, poemas, sermones, comedias, estampas y pinturas[3]. En este trabajo abordamos las dramatizaciones a que dio lugar y realizamos un análisis de los títulos conservados: *Orán por Felipe Quinto* de Joseph Vallés, *La restauración de Orán por el gran Felipe Quinto* de Jorge Muñoz, *La restauración de Orán* –impresa anónima y suelta– y *Aun después de muerto vence* de Pablo Anselmo Brioso y Ossorio[4]. Nuestro interés se centra en presentar los aspectos relacionados con la transmisión de los textos, analizar cómo estos integran la justificación oficial de la operación y reflejar la selección de episodios bélicos registrados en los documentos históricos contemporáneos[5] que se escoge representar, exponiendo sus posibilidades de escenificación.

traducción al alemán, presente en *Relationis historicae semestralis autumnalis continuatio* (1732: 72) o al inglés, en *The Spanish Conquest*… (s. a.: 12-14).

2. La *Gaceta de México* informa de la llegada de la noticia a Nueva España y del festejo del triunfo (n.º 60, noviembre de 1732: 474-476). Contamos con relaciones impresas de celebraciones en diversas ciudades: Madrid en *Breve compendio y sucinta expresión*… (Catálogo Colectivo del Patrimonio Bibliográfico, CCPB, CCPB000743332-8); Segovia en *Demostraciones católicas y piadosas*… (CCPB000743332-8); o Granada en *Cadente descripción* (BNE, sig. R/31464).

3. El temprano estudio de literatura ambientada en Orán de Ahmed Abi-Ayad (1990) incluye algunos textos relacionados con el episodio. Borreguero Beltrán (2020), en su panorámica de la propaganda de las campañas de Felipe V, presenta buena parte de los productos culturales a que dio lugar la reconquista. Iván Rega Castro (2020) analiza los bocetos para tapices que Doménico Maria Sani y Andrea Procaccini hicieron de la operación. Pedro López Gómez (2018) examina una relación de fiestas organizadas en Tui y Roberto Javier López López (2007) refiere cómo se celebró en Santiago de Compostela. Los aspectos militares de la operación han sido analizados por Luis Fernando Fé Cantó (2016) y Juan Jesús Bravo Caro (2017) en tanto que Antoine Sénéchal (2016) lo hace de los antecedentes. Por último, hemos de citar los volúmenes colectivos *Las campanas de Orán, 1509-2009* (2012) y *Orán, historia de la Corte Chica* (2011), que incluyen estudios de la plaza durante el periodo de administración por la Monarquía Hispánica.

4. Queremos señalar que, de estas cuatro piezas, tan solo la de Vallés ha sido objeto de estudio. Se lo debemos a Pilar Sarrió Rubio que en *La producción del dramaturgo valenciano José Vallés* (2022) realiza una brevísima síntesis, presenta los manuscritos, da constancia de una representación y agrupa las escuetas referencias que del texto hay en repertorios, diccionarios y artículos.

5. Los propios autores del siglo XVIII reconocen el empleo que hacen de estos textos. Así, Bruno Solo de Zaldívar en el prólogo a *Triunfos del valor de España en defensa de Melilla* reconoce cómo «En lo verosímil van los hechos arreglados a lo que dijeron las gacetas y mercurios en la mayor parte» (Biblioteca Histórica Municipal de Madrid, BHMM, Tea 1-149-1, C: I, f. 1v.).

2. Las dramatizaciones de la operación

2.1. Aun después de muerto vence

Aun después de muerto vence es una zarzuela de Pablo Anselmo Brioso y Ossorio[6]. Fue impresa en Zaragoza por la viuda de Manuel Ortiz en 1736. Cotarelo y Mori informa de que fue representada aquel mismo año en dicha ciudad (1932: 802). Sus dos actos incluyen secciones musicales y exige un notable aparato escénico. La trama se articula en torno al cumplimiento del mandato de recuperar la plaza que recibe Felipe V de unos ángeles que le entregan un relicario con un dedo de Fernando III de Castilla. La operación militar se representa en una breve secuencia hacia el final del segundo acto, tras la cual Felipe V e Isabel de Farnesio agradecen la victoria al monarca castellano.

2.2. La restauración de Orán por el gran Felipe Quinto

La acción de *La restauración de Orán por el gran Felipe Quinto* comienza con una trama de enredo ambientada en Alcalá de Henares en la que participan un estudiante disoluto, un capitán y la amante de este último, una dama anónima que figura en la copia con letra diferente como Jacoba. Los tres personajes terminan participando en la expedición contra Orán que se desarrolla en las jornadas segunda y tercera, cobrando tal protagonismo que desplaza a la acción inicial. La obra está conservada en un manuscrito custodiado en la Biblioteca Nacional de España (Ms. 14803) en el que consta la autoría de Jorge Muñoz. No tenemos noticias acerca de su representación.

2.3. Orán por Felipe Quinto

En *Orán por Felipe Quinto* de Joseph Vallés se dramatiza la operación militar completa. Se desarrolla en la corte en Sevilla, teniendo por protagonistas a los reyes y al infante Fernando; en el puerto de Alicante; y en Orán y su entorno. También en este caso se inserta una trama amorosa que, en este caso, tiene por protagonistas a personajes del bando oranés: Abdalá, hijo del mago Mahomad, y Celima, prometida de Mustafá, bey de Orán.

La comedia está conservada en cuatro manuscritos (Sarrió Rubio, 2022: 47) custodiados en la Biblioteca Nacional de España (BNE), Ms. 15362; la Biblioteca Histórica Municipal de Madrid (BHMM), Tea 1-52-4[7]; la Biblioteca de la Univer-

6. Mario Méndez Bejarano informa de que el autor es natural de Sevilla (1925: 305-306).

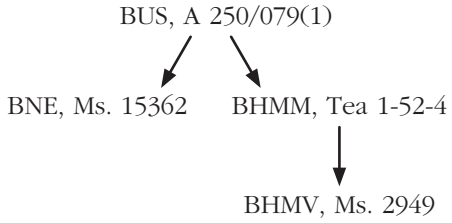
7. Utilizaremos la versión de la BHMM para las citas, salvo indicación contraria. En este ejemplar cada jornada tiene una numeración nueva, por este motivo, las referencias a los folios irán precedidas de un número romano que indicará cada una: I, II y III.

sidad de Sevilla (BUS), Ms. A 250/079(1); y la Biblioteca Histórica Municipal de Valencia (BHMV), Ms. 2949 (ff. 260-320), presente en el volumen VI de los nueve que componen la serie *Teatro Antiguo Valenciano* (TAV).

En cuanto a la representación de esta obra, consta que tuvo lugar entre el 19 y el 22 de mayo de 1735 en Valladolid, a cargo de la compañía de Dionisio de la Calle (Sarrió Rubio, 2022: 48).

Examinando las copias podemos conjeturar que la versión de la BUS registra la base de la que habrían partido las copias de la BNE y la BHMM. Ambas presentan modificaciones, especialmente notables en el segundo caso, que incluye alternativas escritas sobre palabras y frases tachadas, así como ampliaciones y modificaciones de diversa extensión, apuntadas tanto en folios añadidos como en recortes de papel pegados a las páginas originales. Por su parte, la versión de la BHMV recoge los cambios introducidos en la copia de la BHMM, si bien prescinde de un añadido que plantea un final alternativo.

Este es el esquema que proponemos de transmisión de las versiones:



En este artículo ofrecemos algunos ejemplos de las diferencias entre las versiones que ilustran la transmisión. Una muestra reveladora la encontramos en la primera jornada. En la versión de la BUS el personaje de Garrapata hace una referencia que atañe a Granada. En la de la BNE la ciudad desaparece, pero se mantiene la referencia concreta a un topónimo de la ciudad andaluza. En la copia de la BHMM las palabras están tachadas y junto a ellas se escribe la alternativa y, por último, en la versión de la BHMV aparece únicamente esta última variación.

GARRAPATA Uno que es danzante
y tiene en Granada un puesto
de pasas, junto a la puerta
de las Orejas, que miento. (BUS, A 250/079(1): f. 10v.)

GARRAPATA Uno que es danzante
y tiene en la plaza un puesto
de pasas, junto a la puerta
de las Orejas ¡qué miento! (BNE, Ms. 15362: f. 7r.)

GARRAPATA Uno que es danzante
y tiene en ~~Granada~~ Madrid un puesto
de pasas, junto a la puerta

~~de las Orejas~~ llamada del Sol, ~~que~~ yo miento. (BHMM, Tea 4 1-52-4: I, f. 10v.)

GARRAPATA Uno que es danzante
y tiene en Madrid un puesto
de pasas junto a la puerta
llamada del Sol. Yo miento. (BHMV, Ms. 2949: f. 267)

Un ejemplo del mismo proceder lo vemos en una intervención del personaje de Mahomad que se refiere a Felipe V. Aquí el «señor osado y fiero» de la BUS (A 250/079(1): f. 11v.) deviene en «señor airado y fiero» en la BNE (Ms. 15362: f. 8r.), en «señor ~~osado y fiero~~ señor Marte guerrero» en la BHMM (Tea 1-52-4: I, f. 11v.) y en «señor Marte guerrero» de la BHMV (Ms. 2949: f. 267).

Otra muestra la encontramos en la manera de nombrar al príncipe Fernando. En los manuscritos de la BUS y la BNE «príncipe de Asturias» (BUS, A 250/079(1): f. 13v.; BNE, Ms. 15362: f. 181v.) y en la BHMM y BHMV «de Asturias dueño» (BHMM, Tea 1-52-4: I, f. 14r.; BHMV, Ms. 2949: f. 269).

Un ejemplo más extenso lo vemos en la tercera jornada, donde unas correcciones alteran el sentido de un enfrentamiento entre hispanos y oraneses. Así, en la versión de la BUS:

CONDE Vamos a ver si del fuerte,
pero ¿qué alarma es aquella?
Hola ayudante.

AYUDANTE Señor
es que con una gruesa
partida alarbe
de miqueletes se empeña,
y en su defensa han salido
ya compañías diversas
de dragones valerosos
del regimiento de Belgia. (BUS, A 250/079(1): f. 58r.)

La versión de la BNE añade algún matiz:

CONDE Vamos a ver si del fuerte,
pero ¿qué arma es aquella?
Hola ayudante.

CAP[ITÁN] 1. Señor, es que con una muy gruesa
partida alarbe la tropa
de miqueletes se empeña
y en su defensa han salido
ya compañías diversas
de dragones valerosos
del regimiento de Belgia. (BNE, Ms. 15362: f. 216v.)

La versión de la BHMM realiza modificaciones significativas:

CONDE Vamos a ver si del fuerte, *Tocan*
pero ¿qué alarma es aquella?
Hola ayudante.
AYUDANTE ¿Señor?
S[ale] y *sol*[dado] *primero*
CONDE ¿Qué es aquello?
AYUDANTE ~~Es~~ que una gruesa
partida *de fusileros*[8]
de *montaña* ~~se empeña~~ se interesa
en seguir de unos alarbes
unas cáfilas muy gruesas
y en su defensa han salido
ya compañías diversas
de dragones valerosos
del regimiento de Belgia. (BHMM, Tea 1-52-4: III, f. 6r.)

La versión de la BHMV recoge lo previsto en la copia de la BHMM:

CONDE Vamos a ver si del fuerte, *Tocan*
pero ¿qué alarma es aquella?
Hola ayudante.
Sale soldado primero.
AYUDANTE ¿Señor?
CONDE ¿Qué es aquello?
AYUDANTE Que una gruesa
partida de fusileros
de montaña se interesa
en seguir de unos alarbes
unas cáfilas muy gruesas,
y en su defensa han salido
ya compañías diversas
de dragones valerosos
del regimiento de Belgia. (BHMV, Ms. 2949: f. 301)

Uno de los aspectos más singulares de la transmisión son las interpolaciones presentes en el manuscrito de la BHMM. Dos insertos resultan especialmente llamativos, pues incluyen secuencias dramáticas completas. El primero lo hallamos en la primera jornada, en un momento en el que es presentado Felipe V rezando en un gabinete. Las cuatro copias incluyen una acotación en la que se indica cómo aparece arrodillado. Los manuscritos de la BHMM (Tea 1-52-4: I, f. 15r.v.), la BUS

8. Sobreescrito.

(A 250/079(1): f. 15r.v.) y la BNE (Ms. 15362: ff. 188v.-189r.) presentan una oración enmarcada por intervenciones musicales en latín[9]. Aquí, de manera abrupta, la copia de la BHMM inserta una extensa secuencia, que cuenta con sus propias acotaciones relativas al decorado y los movimientos, en ocho caras, numeradas en el recto del 1 al 4, entre los folios 15v. y 16r. En ella el rey pronuncia un extenso monólogo y después, en sueños, recibe a una alegoría de la *Fama* que le entrega un laurel. La copia de la BHMV incluye el rezo inicial, pero sí reproduce esta escena completa (Ms. 2949: ff. 169v-271)[10].

El segundo inserto lo encontramos al final de la copia de la BHMM e incluye dos escenas (Tea 1-52-4: III, ff. 27r.-30v.), una de ellas es un final ambientado en Orán que será el recogido en la copia de la BHMV (Ms. 2949: ff. 317-320). La misma copia de la BHMM incluye, tras el inserto (Tea 1-52-4: III, ff. 31r.-33r.), el final que habría sido el original, ambientado en la corte de Felipe V, registrado tanto en la versión de la BUS (A 250/079(1): ff. 77r-79r.) como en la de la BNE (Ms. 15362: ff. 231v.-232r.).

En lo que respecta a la versión de la BNE, también encontramos variaciones respecto de la de la BUS, siendo llamativas aquellas que atañen a las acotaciones, algunas de las cuales figuran más simplificadas y otras añaden alguna precisión. Un ejemplo de la reducción lo vemos en la segunda jornada. Así en la copia de la BUS:

> Salen por la derecha granaderos al son de [la] marcha y formándose en filas. Por la iz[quierda] salen moros en trapas con gran grita y [en?]carados dan su descarga los de delante [se?] arrodillan como que cargan los de la fila de atrás, disparan y se retiran los moros sin cesar clarín, caja y caracol, much[os] tiros y grita dentro. (A 250/079(1): f. 45v.)

Esta didascalia queda reducida en la BNE a: «Salen por la derecha los cristianos en orden y por la izquierda moros, dase la batalla y se retiran los moros sin cesar adentro el fuego y la grita» (Ms. 15362: f. 31v.).

Como ejemplo de inserción de acotaciones, encontramos en una secuencia de batalla en la segunda jornada una que sirve para precisar cómo los argelinos se marchan. En la versión de la BUS consta en un margen «Ocúltanse» (A 250/079(1): f. 48v.); en las versiones de la BHMM (Tea 1-52-4: II, f. 23r.) y la BHMV (2949: f. 296): «Huyen los moros»; y en la versión de la BNE: «Van subiendo los moros por la subida izquierda tirando tiros y los cristianos escuadronados disparando» (Ms. 15362: f. 212r.).

9. En el manuscrito de la BHMM este fragmento aparece señalado con una línea y un «No» que podría explicar la ausencia del mismo en la copia posterior de la BHMV, que, como hemos visto, reproduce las correcciones presentes en la versión madrileña, pero volvemos a encontrar este «No» posteriormente (Tea 1-52-4: II, f. 3v.) y no afecta a la copia de la BHMV.

10. No todas las páginas tienen una numeración asignada y propia en esta copia.

2.4. La restauración de Orán

La acción de *La restauración de Orán* abarca buena parte de la campaña, se desarrolla en Alicante y Orán y sus alrededores y también incluye una trama amorosa. La pieza fue impresa suelta como *comedia heroica* en Barcelona por Carlos Gibert y Tutó, activo entre 1775 y 1796 (Gutiérrez del Caño, 1900: 669)[11]. En la ficha técnica de instituciones como la Biblioteca Histórica Municipal de Madrid, la Biblioteca de la Universidad de Valencia o el CCPB se identifica como autor a Pascual Esclapés de Guilló. Ximeno (1749: 275) identifica a este autor como un librero natural de Elche y residente en Valencia que «ha compuesto cuatro comedias que tiene m.[anu]s[crita]s.», una de ellas es *La restauración de Orán* de la cual dice: «la trabajó en solos cuatro días» y fue representada en Valencia[12].

2.5. La reconquista de Orán en otros espectáculos teatrales

Junto a los títulos precedentes hemos de citar la comedia anónima *Felipe Quinto en Sevilla y en Italia el infante de Castilla* (1733), impresa en Salamanca e incluida como obra de un ingenio sevillano en el volumen *Cómico miscelláneo en que un sevillano ingenio celebra la recuperada salud del rey nuestro señor Don Felipe Quinto y sus viajes a Sevilla y Aranjuez*. En esta pieza se introducen en los diálogos sucesos acaecidos entre 1729 y 1733, entre ellos la operación de Orán, cuyo desarrollo es narrado en la tercera jornada (1733: 37-40), sin que sea objeto de desarrollo escénico[13].

Además, hemos de citar los espectáculos para máquina real de los que informa Francisco J. Cornejo: *El sitio de Orán*, en tres partes, y *La toma de Orán*, que, por cercanía cronológica, probablemente versaran sobre la operación de 1732 y no sobre la librada en 1509 (Cornejo, 2017: 62-63). La primera consta en un memorial presentado en 1748 en Burgos por Félix Kinsky (Quinsqui)[14]. En lo

11. En este trabajo utilizaremos la copia impresa conservada en la BUS, A 250/170 (11).

12. Fuster (1830: 36) apunta que habría muerto en 1755, como también hace La Barrera y Leirado, que además informa de la representación valenciana (1860: 145). Lamarca (1840: 56) indica junto al nombre de Esclapés y Guilló el año 1743; al respecto ha de señalarse que este cronista indica que la fecha que consigna junto a cada autor solo indica cuándo este estaba activo. Por su parte, Manuel Rico García y Adalmiro Montero y Pérez (1888: 163) indican que falleció en 1775.

13. Pilar Bolaños Donoso al abordar esta pieza plantea que se trata de una obra parateatral, un «diálogo didáctico versificado» (2010: 261). La autora indica que habría sido una de las cuatro piezas representadas durante el periodo en el que los reyes residieron en Sevilla (1729-1733). Al respecto, desde el año 1679 se había dado una prohibición general de representaciones en la urbe (Leal Bonmati: 2001: 59).

14. Aquí informa de cómo cuenta con un decreto dado por Baltasar de Henao del Consejo Real de Castilla que le concede facultad para ejercer sus habilidades en todos los reinos de España, apuntando que «[…] con máquina real, comedias, entremeses, bailes, fiestas de toros y las tres partes de [E]*l sitio de Orán*, funciones que han merecido el aplauso en la corte y demás ciudades de España» (Miguel Gallo: 1994: 346).

que atañe a la segunda pieza, consta en un memorial de Cristóbal Franco en el que pide permiso para actuar durante la Cuaresma en la temporada 1761-1762[15].

3. La justificación de la campaña de Orán en las obras

Compuestas tanto dentro de los parámetros genéricos de la comedia nueva como del auto sacramental, las dramatizaciones de acciones bélicas contemporáneas no son extrañas durante el periodo de los Austrias[16] y acompañarán al establecimiento de la nueva dinastía[17]. Como en el caso de otras obras de materia histórica, estas piezas se integraban dentro de los mecanismos de propaganda dirigidos tanto a legitimar determinadas políticas bélicas como a exaltar los valores ideológicos dominantes (Matas Caballero, 2015: 59), aunque su gestación no fuera producto de una planificación sistemática por parte de los responsables del poder (García Hernán, 2006: 64)[18]. El teatro como técnica publicitaria «tenía la virtud de conjugar tres vehículos de expresión; por un lado, el discurso oral combinado con el lenguaje visual y, por otro, el texto escrito que divulgaba los contenidos propagandísticos antes y después del estreno de las obras» (González Cruz, 2009: 103).

15. En él informa de cómo «ha tenido la honra de ahora diez años haber demostrado al público una suntuosa máquina en que se dio gusto con ella y hallándose ahora en esta corte con dicha máquina, más completa en un todo, tanto como de regias mutaciones, fiestas de toros con nuevas invenciones, *La toma de Orán* y en la comedia de *Los celos de San José*» (Varey, 1972: 60). En 1769 y 1777 sigue representando esta obra, refiriendo que la puesta en escena tiene «truenos dentro del vestuario y unos cañoncitos de caña que no tiene trueno dentro del propio tablado de la máquina» (Varey, 1972: 29).

16. Entre los títulos que versan sobre campañas libradas durante los reinados de Felipe IV y Carlos II se cuentan *El sitio de Breda* (1636) de Calderón de la Barca, *El Brasil restituido* (Biblioteca Pública de Nueva York, Mss Col 3151) de Lope de Vega, el auto sacramental *El socorro de Cádiz* (Biblioteca de la Fundación Lázaro Galdiano, MC 6-10 [I. 15585]) de Juan Pérez Montalbán, la anónima *La entrada del marqués de los Vélez en Cataluña, rota de las tropas castellanas y asalto de Montjuïc* (1641), *El sitio de Viena* (1684) de Pedro de Arce o el auto sacramental *La toma de Buda* (BNE, Ms. 17127) de Juan de Montenegro y Neira. Un enfoque global a la presencia de lo bélico en el teatro del periodo lo aportan David García Hernán (2006) o el volumen *Guerra y paz en la comedia española* (2007), editado por Felipe Blas Pedraza Jiménez, Rafael González Cañal y Elena Elisabetta Marcello.

17. Ambientadas en la guerra de Sucesión contamos con *Sitio de Barcelona y fuga del duque de Anjou* (1706) atribuida a Josep Ribes i Fàbregues y favorable al bando austracista; *Triunfos de Felipe Quinto y efectos del rey Jacobo* (1708) de Bernardo de Arteaga y Montalván, en cuya tercera jornada se dramatiza la batalla de Almansa, o *Rey decretado en el cielo y astucias de Lucifer* (s. a.), en dos partes, de Rodrigo Pedro de Urrutia, que abarca toda la contienda, aunque los episodios bélicos no se representen. Es de subrayar que durante el gobierno de Carlos II se escenificaron en la corte dramatizaciones de sucesos bélicos contemporáneos (Sanz Ayán, 2006: 123, 143), pero esta clase de obras no está presente en las representaciones cortesanas de las primeras décadas del XVIII. Véanse López Alemany y Varey (2006), Sommer-Mathis (2007) y Lolo Herranz (2009).

18. Se cuestiona que hubiera una política cultural coherente durante el gobierno de los primeros Borbones (Mestre Sanchís, 2006: 349).

En el caso de estas cuatro dramatizaciones, todas ellas incorporan en sus diálogos y tramas los motivos esgrimidos para justificar la operación recogidos en el real decreto por el que se declara la guerra que reza:

> Siendo mi real ánimo no dejar separado del gremio de la Iglesia y de nuestra católica religión parte alguna de los dominios que la Divina Providencia entregó a mi cuidado cuando me colocó en el trono de esta monarquía, y que la superioridad y multiplicidad de mis enemigos arrancó después de mi obediencia violenta y fraudulentamente […] he resuelto no dilatar el de recobrar la importante plaza de Orán, que ha sido otras veces objeto del valor y de la piedad cristiana de la nación española, considerando muy principalmente que, estando esta plaza en poder de los bárbaros africanos, es una puerta cerrada a la extensión de nuestra sagrada religión y abierta a la esclavitud de los habitadores de las inmediatas costas de España, no sin fundado recelo de que, instruida esta nación de la guerra de mar y tierra, le facilite la situación de esta plaza y puerto formidables y fatales ventajas sobre las vecinas provincias de estos reinos. (*Relación de la conquista de Orán*, s. a.: ff. 11v.-12r.)

3.1. La restauración católica de la plaza

El primer argumento que se expone en la disposición real es la voluntad de devolver el culto católico a la plaza. En las dramatizaciones se subraya este carácter de restauración religiosa de la campaña, dos de ellas, no en vano, incorporan este término al título.

En *Orán por Felipe Quinto* el rey informa a Montemar de la puesta en marcha de la operación en términos similares a la orden:

REY
Cuando a la nave real
de mi corona asaltaba
tanta multitud de opuestas
enemigas asechanzas
por inescrutables altos
juicios de Dios, primera causa,
pudo el sarraceno alarbe
lograr la ~~furia~~ africana joya,
recobrar la más precisa
fuerte, inexpugnable plaza
antemural de la Europa
que es Orán […]. (Vallés, s. a.: I, ff. 16v.-17r.)

Seguidamente, expresa su voluntad de combatir el corso y anuncia su propósito de restituir la religión católica, llegando a calificar la campaña de cruzada, subrayando cómo es él quien financia la empresa:

REY
[…]
que unida esta con aquella

celosa, noble, cristiana
envidia de que el alarbe
mezquitas indignas haga,
de las que a Dios y a su ~~corte~~ nombre
fueron consagradas aras
Dios ha que me ~~suscitan~~ conmueven
tales fervorosas llamas
[…]
Dificultades se ven~~cen~~ [ven]zan,
imposibles se combatan,
todo se atropelle, apuren
sus venas mis reales arcas,
corroborando el tesoro
copioso de la cruzada. […] (Vallés, s. a.: I, ff. 17v.-18r.)

Tras su nombramiento Montemar anuncia:

CONDE […]
publiquemos ser vasallos
de un católico monarca,
hijos de una santa Iglesia,
fieles súbditos de un papa,
celadores de la ley,
restauradores de sacras
aras, en el vilipendio
de sarracenos manchadas […]. (Vallés, s. a.: I, f. 22r.)

En la tercera jornada, en el momento de la ocupación de Orán se proclama la restauración católica:

CONDE Salve usurpada preciosa
del África, margarita.
DUQUE Salve ya no vil mezquita
iglesia si decorosa.
DON CARLOS Salve población hermosa
nuevo templo de Sión.
1.º CAPITÁN Salve en su restauración
libre de la alarbe secta.
2.º CAPITÁN Salve, si antes imperfecta,
ya centro de religión. (Vallés, s. a.: III, f. 21r.)

En *La restauración de Orán* el personaje de Montemar expone en estos términos el cumplimiento de la orden real:

MONTEMAR […]

torció el hado,
desfiguró su carácter
otra vez con sed de agravios
esta población, volviendo
al error mahometano
[…]
pero el máximo Filipo,
[…]
intenta que el evangelio
triunfe otra vez en su estado,
porque se amplifique
o se aumente lo cristiano,
dio su real orden y en fin
venimos a ejecutarlo
briosos como españoles,
leales como vasallos. (Esclapés de Guilló, s. a.: 18)

En *Aun después de muerto vence* es el personaje de Felipe V quien verbaliza la necesidad de recuperar para el cristianismo Orán en términos similares a los empleados por Vallés:

PODER Ya sabes esposa mía
que se perdió (¡qué tormento!)
aquella gran fortaleza
de Orán, africano puerto,
por disposición divina
y quizás por yerros nuestros
el año en que los nacidos
contaron de setecientos
y tres; ganáronla moros
enemigos (¡qué gran yerro!)
de la religión cristiana
y sus divinos preceptos.
[…]
No sé qué impulso divino
ha infundido nuevo aliento
en mi alma a que ejecute
con varoniles esfuerzos
la restauración de Orán. […] (Brioso y Ossorio, 1736: 5)

La restauración es de hecho una idea común a la tradición historiográfica y literaria hispana aplicada a la expansión por la península ibérica, a costa de los musulmanes, de los reinos cristianos, cuyos gobernantes, y por extensión habitantes,

de fe católica se considerarán herederos de los visigodos[19], cuyo antiguo reino habrían procedido a reinstaurar.

El combate contra los musulmanes en la península es evocado en los argumentarios de la Europa de finales del XVII para justificar campañas contra protestantes y turcos que, entre otros, emplean los partidarios de Luis XIV (Mühling, 2018: 77)[20]. En 1700, el futuro Felipe V expondrá su voluntad de terminar con el cerco puesto sobre Ceuta como muestra de su compromiso con España (González Cruz, 2009: 19).

La empresa de Orán vincula a los Borbones con el proselitismo de la Monarquía hispánica e incardina la nueva dinastía en la tradición de esta de lucha contra el islam[21]. En este sentido, la plaza ocupa una posición simbólica eminente, ya que se integraría en el patrimonio de la Monarquía durante el reinado de los Reyes Católicos junto a otras plazas africanas[22]. Uno de los principales promotores de estas expediciones bélicas fue precisamente el arzobispo de Toledo y confesor real Francisco Jiménez de Cisneros, quien, tras impulsar la toma de Mazalquivir en 1505, dispuso la operación contra la vecina Orán. En 1508, ya siendo cardenal, fue nombrado capitán general de la campaña por Fernando II de Aragón y en mayo del año siguiente participó en la operación que concluyó con la toma y el saqueo de la ciudad (Pérez, 2015: 154-156).

En *La restauración de Orán por el gran Felipe Quinto*, *Orán por Felipe Quinto* y *La restauración de Orán* encontramos referencias a la figura de Cisneros. En los tres casos, es evocado en el arranque de la campaña y hay referencias a la legendaria parada del sol que habría favorecido a los conquistadores (Muñoz, s. a.: f. 167r.; Vallés, s. a.: I, ff. 16v.-17r.; y Esclapés de Guilló, s. a.: 15)[23], motivo procedente de la mitología hebrea (Josué, X, 12-13). Jorge Muñoz cita la fundación de la Universidad de Alcalá de Henares, ciudad en la que se desarrolla parte de su comedia (s. a.: 167r.). *Orán por Felipe Quinto* incluye la referencia al cardenal

19. Álvarez Junco y De la Fuente Monje (2013: 27; 2017: 172) subrayan la continuidad en el XVIII de la tradición goda, mecanismo de legitimación de origen medieval iniciado ya en el siglo IX en el seno del reino de Asturias (Corral, 2024: 303). De manera expresa se verbaliza en *La restauración de Orán por el gran Felipe Quinto* «[…] aquella antigua, briosa, / católica, noble sangre / de vuestros antecesores / los godos […]» (Ms. 14803: 166r.). En el avance del siglo XVIII, se observa de hecho la querencia por los episodios vinculados a la invasión de la península y en particular a la conquista musulmana y la reacción de sus habitantes en lo que se ha interpretado como una reacción a la pujanza cultural francesa (Torrecilla, 2008: 75).

20. Durante la guerra de Sucesión la propaganda borbónica insistirá en el carácter herético del partido de Carlos III (Izquierdo Labrado, 2007: 230; Mühling, 2018: 332).

21. Felipe V emprende una campaña que evoca las empresas africanas de Carlos V, que también dieron lugar a un importante aparato propagandístico, y ordena, ya en enero de 1732, una copia de los tapices de la jornada de Túnez de 1535 (Rega Castro, 2020: 269).

22. En 1497 se ocuparía Melilla, en 1508 el Peñón de Vélez de la Gomera y en 1510 Trípoli (Gutiérrez Cruz, 1997: 18-19).

23. Sobre aquella campaña se escribieron las comedias *La conquista de Orán* (1670) de Luis Vélez de Guevara y *El Gran Cardenal de España. Fray Francisco Jiménez de Cisneros. Primera Parte* (1740) de Juan Bautista Diamante y Pedro Lanini Sagredo.

al tiempo que se recuerda la pérdida de la plaza durante la guerra de Sucesión (Vallés, s. a.: I, ff. 16v.-17r.). En *La restauración de Orán* las referencias al cardenal se ponen en boca de Montemar, que se presenta como «otro Cisneros» (Esclapés de Guilló, s. a.: 17-18).

Junto a este religioso, en *Aun después de muerto vence* y *Orán por Felipe Quinto* encontramos a Fernando III de Castilla, impulsor de la conquista de Córdoba y Sevilla a sus gobernantes musulmanes. En ambos casos el recuerdo tiene un doble sentido en tanto el hijo y futuro heredero de Felipe V era el príncipe Fernando. En la obra de Vallés solo es objeto de una cita, pero vincula expresamente al Borbón con el monarca medieval:

CONDE ¡Oh, generoso señor
que propiamente retratas
de antecesores Fernandos,
virtudes, obras y hazañas […] (Vallés, s. a.: I, f. 22r.v.).

En la zarzuela, de carácter eminentemente simbólico en tanto el rey es llamado El Poder y la reina, La Hermosura, la continuidad del proyecto de restauración fernandina en la persona de Felipe V constituye el eje de la trama. Es relevante señalar que la campaña contra Orán se desarrolló durante la estancia de la familia real en Sevilla, en cuya catedral se encuentran los restos del monarca castellano y cómo estos fueron el centro de diversas ceremonias realizadas durante el periodo. Así, el cadáver fue trasladado a una nueva urna en mayo de 1729, poco después de la llegada de la familia real a la ciudad, y exhibido en el primer día y el último de la novena que se rezó durante el desarrollo de la operación de Orán (Márquez Redondo, 1994: 214). Estos ritos trazan otra línea de continuidad con el pasado, dándose la circunstancia de que los Habsburgo se habían identificado con Fernando, cuya canonización tuvo lugar en 1671 (De la Flor, 2018: 145).

En lo que atañe a la obra, ha de recordarse que Brioso Ossorio era sevillano y escribiría cuatro zarzuelas representadas entre 1738 y 1743 en el colegio universidad de Tomás de Aquino de la ciudad (Asenjo, 2014: 27). La zarzuela comienza con la divinidad reconociendo a Felipe V como continuador del proyecto castellano de evangelización por las armas[24], apareciéndosele Fernando mientras duerme, entronizado y acompañado por dos ángeles, uno de los cuales porta una palma y otro un relicario que contiene una falange. A la vista de la reliquia el rey interpreta que ha de emprender la campaña contra Orán.

PODER […]
Mas, ¡ay de mí! ¿Si es verdad
los que mis ojos durmiendo
advirtieron? ¿Si fue acaso

24. Es de destacar cómo los Borbones contribuyen a la fragua de un discurso más castellanista en tanto más cercano a «los nuevos valores del reino» (Salafranca Vázquez, 2021: 44).

ficción que engendró mi aliento?
No fue ficción, verdad es
lo que pasmado vi en sueños,
mas aquí está un relicario,
coyuntura es de algún dedo
del santo rey don Fernando,
ya se ha aclarado el portento,
ya salí de confusiones,
no se prolongue el intento,
promueva mi aliento a guerra,
gima el parche con estruendo,
al golpe de la baqueta
resuene el clarín soberbio,
el fuego haga su oficio
y todos digan a un tiempo:
¡Aun después de muerto vence
el que triunfa con un dedo! (Brioso y Ossorio, 1736: 3).

En la conclusión de la obra se descubre un altar con Fernando III mientras se canta la música del *Te deum* y los cantos le atribuyen la victoria.

3.2. La lucha contra la piratería y el corso

El segundo argumento que se esgrime en el real decreto es la necesidad de proteger las costas españolas de los ataques corsarios, práctica que continuó, si bien en decadencia, durante el siglo XVIII (Barrio Gozalo, 2003). La orden de Felipe V expone el hecho de que la pujanza económica de Orán estaba vinculada en buena medida al tráfico de seres humanos, obtenidos también en operaciones contra las costas de la península ibérica; al respecto, es de subrayar que Vallés y Esclapés de Guilló eran autores valencianos. En las cuatro piezas hay esclavos, corsarios y referencias explícitas a esta práctica. *Orán por Felipe Quinto* expone en términos similares al decreto real la necesidad de la operación:

REY […]
Quedó el mauritano alegre,
quedó pesarosa España,
llenose el Mediterráneo
de aleve chusma corsaria
[…],
desde el pescador humilde,
desde la indefensa barca,
hasta las íncolas pobres
de estas católicas playas,

bárbaramente cautivan
roban, saquean o matan. […] (Vallés, s. a.: I: f. 17v.)

En *La restauración de Orán por el gran Felipe Quinto* es el gobernador quien expone lo familiar de las acciones corsarias en términos hiperbólicos:

BEY […]
Tan dueño eres del piélago profundo
que está sobresaltado todo el mundo,
si tus fragatas se hacen a la vela
África teme, Europa se desvela. (Muñoz, s. a.: f. 153v.)

En la conclusión de la obra, al hacer balance de los despojos se refieren las embarcaciones y su empleo:

MARQUÉS […]
una galeota grande
se quedó en el muelle y cinco
bergantines en los cuales
hacían el corso, en perjuicio
grave de la cristiandad. […] (Muñoz, s. a.: f. 178r.)

En *Orán por Felipe Quinto*, el personaje de Mustafá expone el ámbito de acción del corso y el tráfico de seres humanos y, como hacía Muñoz, sobredimensiona la capacidad de los corsarios, evocando una realidad propia del siglo XVI:

MUSTAFÁ […]
Dueño de Orán y tan dueño,
que en todo el Mediterráneo
no hay cabo, cala, ni puerto
de habitadores cristianos
que no insulte con ligeros
buques, veloces fragatas
y armadas galeotas, siendo
el valenciano recinto,
el catalán hemisferio,
el andaluz horizonte,
el baleárico isleño
y aun otras naciones, que
con tráfagos y comercios
surcan todos estos golfos,
tan mis esclavos que creo,
que más que el de su náufrago,
temen de mi corso el riesgo,
pues no pudiendo en mazmorras

guardar el número inmenso
de tanto esclavo cristiano
feriante mercader de ellos,
ya que en Orán no me caben,
la tierra adentro los vendo. […] (Vallés, s. a.: I, ff. 4v.-5r.)

4. La dramatización de la operación

4.1. Los lugares de representación

En términos generales, cuando se plantean los espacios de representación permanente no cortesano en el marco español, se destaca cómo a lo largo del siglo XVIII se emprendió la transformación definitiva de los corrales de comedias en coliseos. En este proceso, el tablado de los corrales, sin embocadura ni telón y con espectadores ocupando tres de sus lados, quedaría cerrado a los laterales; el edificio del vestuario, elevado tras el tablado con uno o dos corredores, desaparecería; y el desván de los tornos, donde se guardaba la maquinaria de la tramoya, sería sustituido por el telar (Ruano de la Haza, 2000: 38; Contreras Elvira, 2018: 153). Esta evolución favoreció el planteamiento de escenografías más complejas, con una mayor agilidad en el cambio de decorados y mayores efectos lumínicos, ventajas que, por otra parte, ya tenía el teatro cortesano. Los textos de las piezas analizadas reflejan las posibilidades escénicas a disposición de los autores y, en su caso, de los responsables de su impresión o copia.

En cuanto a *La restauración de Orán por el gran Felipe Quinto*, el manuscrito reproduce la parquedad de acotaciones de las comedias del XVII (Rubiera, 2018: 33). No requiere el empleo de tramoya y presenta indicaciones exiguas, limitadas a marcar entradas y salidas, así como la producción de algún ruido y música, que mayormente señala las acciones bélicas. Este sencillo planteamiento escénico responde a los parámetros de las representaciones de los corrales. La hipótesis de este espacio parece confirmarse en una acotación que reza: «Corre Don Gerónimo la cortina y descubre a Doña tapada con el manto» (Ms. 14803: f. 159r.). Un dato que evidencia la paradigmática escena de interior cubierta por las cortinas del vestuario, al fondo del tablado (Varey, 1987: 236). Esta sencillez facilitaría incluso una representación doméstica (Ríos Carratalá, 1988: 355). Los textos de la zarzuela y las otras dos comedias sí demandarán empleo de tramoya.

En el caso de *Aun después de muerto vence*, Cotarelo y Mori apunta a su representación en 1736 en Zaragoza. En aquellas fechas, la ciudad contaba con el corral de comedias del hospital de Nuestra Señora de Gracia, reformado en 1692 y modificado a principios del XVIII (Martínez Herranz, 1997: 200, 202). La escenografía precisada en el texto impreso se ajusta a las tramoyas y decorados propios de estos espacios. Así, en varias escenas en las que figuran personajes sobrenaturales podría haberse empleado la canal en los descensos desde las alturas, el escotillón para una puntual desaparición subterránea, así como el corredor superior

para ciertas apariciones (Varey, 1987: 31). En el caso de los hechos bélicos, estos se concentran hacia el final de la obra y se resuelven mediante efectos sonoros y el descubrimiento de la plaza de Orán. Este último se podría haber ejecutado mediante bastidores o lienzos pintados (Ruano de la Haza, 2000: 211)[25].

En *La restauración de Orán* se emplean sonidos y voces que llegan desde el espacio oculto para marcar el desarrollo de acciones bélicas y algunas tienen un escueto desarrollo escénico en forma de pelea. En esta pieza el episodio más complejo a representar es el desplazamiento de la armada, una acción que, por otra parte, no era extraña en los corrales (Ruano de la Haza, 2000: 208). Al respecto, las acciones marinas se realizarían mediante una tramoya horizontal, pudiéndose haber empleado algún tipo de máquina de olas en algún espacio más equipado (Reus, Lerner, 2008: 30). Las acotaciones precisan la presencia de una embarcación junto «a los bastidores o cortinas» (Esclapés de Guilló, s. a.: 16), una ambigüedad con la que el impresor finisecular parece tener en cuenta teatros con diversa arquitectura y posibilidades. Recordemos, por otra parte, que la obra se conserva impresa en copias salidas de un taller activo entre 1775 y 1796, fechas en las que el modelo de los coliseos se había extendido por la península (Peruarena Arregui, 2013: 229). No obstante, debemos señalar que Ximeno, ya en 1749, apunta que la obra había sido representada en Valencia. Es de tener en cuenta que hasta aquel mismo año estuvo abierta la Casa de Comedias de la Olivera, un recinto del siglo XVII que, si bien tenía características de los coliseos, en lo que atañe al escenario, distaba de los desarrollos de los modernos. El tablado estaba abierto al público en tres laterales, al fondo presentaba con dos vanos entre los cuales se hallaba el foro, cubierto por cortinas, con un techo desmontable para accionar la tramoya sobre el cual se alzaba el balcón de las apariciones (Sirera, 2016: 48-49). De haberse representado el mar y las embarcaciones en este local, lo habría sido precisamente tras la cortina del foro[26].

Por último, *Orán por Felipe Quinto* presenta numerosas y extensas acotaciones que la convierten en la más exigente desde el punto de vista escénico. Se trata del caso más cercano a la comedia heroica cultivada en el primer tercio del siglo XVIII, que evoluciona precisamente de modelos espectaculares tan parcos como el de la obra de Jorge Muñoz, en los términos en los que la describe Rosalía Fernández de Cabezón, quien, en relación a las piezas de Antonio de Zamora[27] y José Cañizares[28], apunta que estas buscan la conversión del «teatro en espectáculo

25. Ha de pensarse en un fondo al que se aplicaría la perspectiva lineal, de eje único (Contreras Elvira, 2018: 169).

26. En cuanto a otras posibles representaciones en Valencia, recordemos que, entre 1761 y 1779 y entre 1789 y 1832, funcionó como espacio teatral en Valencia la *Botiga de la Balda*, un recinto de posibilidades aún más limitadas que La Olivera, aunque acogiera comedias de teatro y magia (Suréda, 2004).

27. Antonio de Zamora fue autor de espectaculares obras de materia histórica como *El custodio de Hungría san Juan Capistrano* (1722), que escenifica el asedio de Belgrado por los otomanos; *La poncella de Orleans*, que incluye asaltos a Orleans y París; o *Preso, muerto y vencedor, todos cumplen con su honor en defensa de Cremona* (1734), sobre una operación desarrollada durante la guerra de Sucesión. Bermejo Gregorio (2015) ha estudiado la vertiente musical de este autor.

28. José de Cañizares escribe precisamente *Carlos V sobre Túnez*, estrenada en Madrid en 1711 (Andioc y Coulon, 2008: 656), que trata de la Jornada de 1535. Otras obras que abordan materia

total, de ahí la multiplicación de lances bélicos, duelos, ceremonias solemnes combinadas con intrigas de capa y espada» (1990: 14)[29]. En este sentido, la pieza de Vallés incluye numerosas mutaciones en cada jornada, precisa de tramoyas y algunas de sus acciones cuentan con detalladas coreografías. En lo que atañe a los escenarios, los cambios en una misma jornada desplazan la acción a lugares diversos como la marina, el palacio, la sierra o la plaza de armas. En ocasiones la escena es descrita con detalle y se divide en tres secciones, que permiten plantear la presencia de una caja escénica con telar, bambalinas y bastidores. Así, en el comienzo de la obra se describe cómo «Estaba el teatro de fachada, a la derecha de playa y mar, y a la izquierda de monte y maleza, y en medio la ciudad de Orán y sus castillos sobre montes» (Vallés, s. a.: I, f. 2r.)[30]. Esta didascalia plantea la presencia de bastidores laterales y un telón de fondo, cada uno de ellos reproduciendo un espacio diferente (Reus y Lerner, 2008: 52-53). De hecho, hay indicaciones al respecto referidas a cómo se corre el alcahuete primero (Vallés, BUS, Ms. A 250/079(1): f. 45r. y f. 73v.; Vallés, s. a.: II, f. 18r. y III, f. 24r.). En lo que respecta a los efectos podemos identificar el uso de tramoyas de movimiento horizontal. Así, en el arranque de la obra cuando irrumpe Mustafá, «Cae de un caballo que pasará veloz por el tablado desde un monte» (I, f. 3v.) o en el desplazamiento de la armada «Van pasando navíos de recortado y pelotones de naves, todos con tal arte que, como van pasando, disparan por los cañones» (II, f. 11v.).

Es relevante tener en cuenta que se tiene constancia de que la obra fue representada en una fecha tan temprana como el año 1735 en Valladolid. Por entonces la ciudad contaba con el patio de comedias propiedad de la cofradía de San José del hospital o casa de niños expósitos, concluido en 1611 y reedificado en 1636 (Fernández Martín, 1995: 115, 120), un teatro con características propias del corral, tales como asientos a los laterales del tablado (Amigo Vázquez, 2011: 37, n. 99). Este hecho nos lleva a plantear la hipótesis de que, o bien contaba con una caja escénica, o esta se construía cuando la ocasión lo requería, como se sugiere para la representación de las comedias de espectáculo en el caso del teatro del Príncipe de Madrid (Doménech, 2023: 61). No obstante, también es plausible que el manuscrito de la BUS y sus derivados registren la representación en un coliseo moderno.

---

histórica e implican la escenificación de asaltos son, por ejemplo, *La invencible castellana* o *La heroica Antona García*. En torno a este autor, véase González Ludeña (2023).

29. Ha de destacarse el estrecho parentesco de la obra de Vallés con las llamadas comedias de magia, que también cultivan Cañizares y Zamora, y cómo estas están estrechamente vinculadas a sus propias comedias militares (Andioc, 1987: 65). *Orán por Felipe Quinto* no solo comparte la espectacularidad de aquellas, sino también la presencia de un mago, Mahomad, que interpreta presagios y hace trasladarse al gobernador Mustafá de Orán a Alicante. Sin embargo, a diferencia de la primera parte de *Marta la Romarantina* o *Don Juan de Espina en Milán* de Cañizares, en la pieza de Vallés la magia no juega ningún papel en la contienda.

30. Piezas como esta anticipan las combinaciones espaciales presentes en las comedias heroicas de autores de finales de la centuria. Véanse Escalante Varona (2019), Angulo Egea (2006), Carnero (1997: 163-177).

En este sentido, Sarrió Rubio (2022: 49) informa de que esta pieza consta en la primera temporada de 1769 de la compañía de María Hidalgo (RAE Ms. 363).

4.2. Los episodios dramatizados

4.2.1. La preparación de la armada

En la *Disertación*, que escribió el coronel Antonio Clariana Gualbes Dárdena y Senmanat e insertó como capítulo XII en la traducción que hizo de la *Historia del reino de Argel* (1733) del comisario de la marina Laugier de Tassy, se expone cómo el objetivo de la armada reunida en Alicante fue mantenido en secreto «sin que la Europa toda no quedase más tiempo alarmadamente suspensa en la incertidumbre de adónde se dirigían las líneas del amago» (1733: 154)[31]. En las tres comedias se traslada este secretismo. Así, en *La restauración de Orán por el gran Felipe Quinto* el personaje de Abderramán regresa de una misión como espía e informa de la armada reunida en Alicante planteando como posibles objetivos Inglaterra o Sicilia:

ABDERRAMÁN […]
Veintiocho mil hombres el rey tiene
que embarcación a todos les previene
y tantas son las naves que el mar baña
que parece ciudad la azul campaña.
Adónde vayan esas prevenciones
nadie lo sabe, todo es presunciones […]. (Muñoz, s. a.: f. 155r.v.)

Otro tanto sucede en *La restauración de Orán* en la que el gobernador Hozmán es informado por el capitán Mulei de que la flota reunida en España parece dirigirse contra África, sin poder confirmarlo:

MULEI Que junto al Cabo de Palos
hay un fuerte armamento,
admiración de los mares,
lisonjero de los vientos
y que pone horror a Europa y también…
HOZMÁN Calla, que temo
que a África quieres decir […]. (Esclapés de Guilló, s. a.: 13)

En *Orán por Felipe Quinto* es el propio monarca quien subraya las suspicacias que despierta en Europa la expedición:

31. Este secretismo lo registra la *Historia civil de España* (Belando, 1744: 537).

REY […]
Como sabéis y aprestadas
en Barcelona, Alicante,
Málaga y las demás aptas
playas y puertos que velan
las ondas mediterráneas,
todas las potencias tiemblan
de ver las máximas cautas
de mis grandes movimientos
y confusas al mirarlas
todas contra sí discurren
de este rayo la amenaza. […] (Vallés, s. a.: I, f. 18v.)

Este texto resulta similar a la redacción presente en *Iconismos, encomiastición o verdadera descripción y elogio de la expedición de África…* de Pedro de la Cueva, donde se expone que «Cádiz, Málaga, Cartagena, Alicante y Barcelona, ocupadas en militares prevenciones tenían suspenso el orbe y atemorizadas las potencias de Europa» (De la Cueva, s. a.: 16).

4.2.2. Los mandos

La instrucción dada en Sevilla de 9 de abril que nombraba al conde de Montemar capitán general fue confirmada en el Real Decreto del 6 de junio, circunstancia que fue difundida en *La Gaceta de Madrid* (n.º 27, 1 de julio de 1732: 116).

En *Aun después de muerto vence* (Brioso y Ossorio, 1736: 6) y *Orán por Felipe Quinto* (Vallés, s. a.: I, f. 18v.) se lleva a escena el momento en el que Felipe V lo nombra. Por su parte, en *La restauración de Orán por el gran Felipe Quinto* el conde informa del proceso:

CONDE […]
su majestad,
sin méritos qué me exalten
el bastón de general
pone en mi mano y que mande
este ejército valiente […]. (Muñoz, s. a.: f. 166r.v.)

En *La restauración de Orán* el conde subraya cómo el rey es promotor de la operación y él actúa en su nombre:

MONTEMAR […]
yo soy aquí otros Cisneros
para la empresa y, cuando
Dios me llama a la facción
y el rey que aquí es su traslado,

no ha de temer el valor,
sino que a la fe obligado
y a la lealtad de mi rey. (Esclapés de Guilló, s. a.: 18)

En las cuatro obras es protagonista Montemar y junto a él figuran otros nobles[32], sin embargo, en ninguna lo hace Francisco Cornejo, mando de la armada, que solo es citado en *La restauración de Orán* (Esclapés de Guilló, s. a.: 3).

En *La restauración de Orán por el gran Felipe Quinto* aparecen los mariscales de campo Lucas Fernando Patiño y Attendolo y Jaime Miguel de Guzmán Dávalos y Spínola, marqués de la Mina. En *Orán por Felipe Quinto*, Vallés hace que el protagonismo del ejército hispano recaiga en el duque de San Blas, mariscal de logis y general de caballería, y Carlos van der Creuzen, coronel del regimiento de Belgia. Esta elección permite introducir un elemento trágico en la trama, dramatizándose en la tercera jornada la violenta muerte de ambos militares tras la ocupación de Orán.

Aun después de muerto vence introduce a los tenientes generales Álvaro José Navia-Osorio y Vigil de Quiñones, marqués de Santa Cruz, y Antonio del Castillo Fajardo y Ventimiglia, marqués de Villadarias. Ambos aparecen en *La restauración de Orán*, junto a Enrique Magdalena de Creuzy de Bénévent, conde de Marcillac. La elección de Santa Cruz y Villadarias se explica en tanto el primero fue nombrado gobernador de Orán por Montemar y, tras fallecer en combate en noviembre de 1732 (*Gaceta de* Madrid, n.º 49, 9 de diciembre de 1732: 207-208), sucedido por el segundo.

4.2.3. El ejército y pertrechos

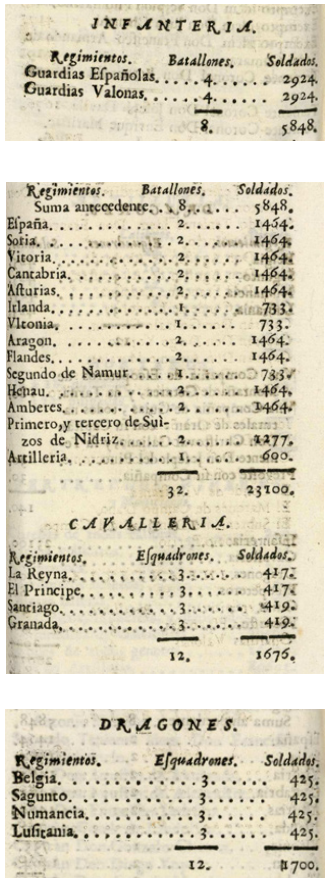
El ejército y los aspectos logísticos llamaron la atención de Vallés y del autor de *La restauración de Orán*. Así, en *Orán por Felipe Quinto* se incluye una relación de mandos y efectivos tan precisa que revela el empleo de documentos tales como la *Disertación*:

CONDE De la valona y española gloria,
ocho lucen de guardias batallones;
de España, Soria, Asturias y Vitoria,
Cantabria y Aragón, doce blasones;
Belgia y Sagunto, dan a la memoria,
Numancia y Lusitania de dragones;
cuando en pegasos montan para estrago
Reina, Granada, Príncipe y Santiago.
Un batallón de Victoria y otro de Irlanda
van a demostrar guerreros ardimientos;

32. Véanse los listados de participantes presentes en la *Disertación* (Clariana Gualbes, 1733: 157-162), la *Relación de la conquista de Orán* (s. a.: ff. 3r.-6r.) o el *Diario puntual de lo sucedido* (s. a.: 113-114).

de Henao, Flandes y Amberes la demanda
toman por blasón los regimientos,
su segundo Namur a la lid manda[33]. (Vallés, s. a.: II, f. 6r.v.)

En la *Disertación* estos datos constan así:



INFANTERIA.

Regimientos.	Batallones.	Soldados.
Guardias Eſpañolas.	4.	2924.
Guardias Valonas.	4.	2924.
	8.	5848.

Regimientos.	Batallones.	Soldados.
Suma antecedente.	8.	5848.
Eſpaña.	2.	1454.
Sotia.	2.	1464.
Vitoria.	2.	1464.
Cantabria.	2.	1464.
Aſturias.	2.	1464.
Irlanda.	1.	733.
Vltonia.	1.	733.
Aragon.	2.	1464.
Flandes.	2.	1464.
Segundo de Namur.	1.	733.
Henau.	2.	1464.
Amberes.	2.	1464.
Primero, y tercero de Suizos de Nidtiz.	2.	1277.
Artilleria.	1.	600.
	32.	23100.

CAVALLERIA.

Regimientos.	Eſquadrones.	Soldados.
La Reyna.	3.	417.
El Principe.	3.	417.
Santiago.	3.	419.
Granada.	3.	419.
	12.	1675.

DRAGONES.

Regimientos.	Eſquadrones.	Soldados.
Belgia.	3.	425.
Sagunto.	3.	425.
Numancia.	3.	425.
Luſitania.	3.	425.
	12.	1700.

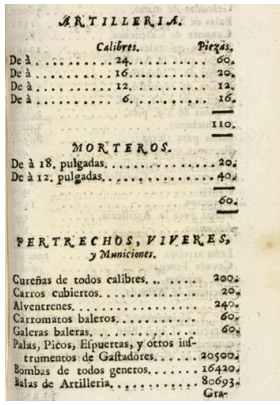
Figura 1. Infantería, caballería y dragones embarcados en Alicante (Clariana Gualbes, 1733: 162-164).

33. Esta información figura en la *Nota de los regimientos de infantería, caballería y dragones nombrados para salir a campaña y del número [de] que se compone cada regimiento* (s. a.: 11r-12v) que acompaña la (en itálica lo que está entre comillas) *Copia del Real Decreto que su majestad se ha servido de enviar al Consejo de Castilla*. Vallés refiere en los versos siguientes los números de oficiales y rangos presentes en la documentación.

La restauración de Orán, por su parte, transforma en diálogo la relación de «Pertrechos, víveres y municiones» que presenta la *Disertación* (Clariana Gualbes, 1733: 165-166) y vierte en prosa Nicolás de Jesús Belando en *Historia civil de España* (1744: 539):

CARLOS […]
La prevención de las piezas,
que correlativas se hallan,
son ciento y diez, con sesenta
morteros, […]
También doscientas cureñas
de varios calibres se hallan.
Carros cubiertos son veinte;
alventrenes, cosa es clara,
que hay doscientos cuarenta,
y juntamente se embarcan
de carromatos veleros
sesenta, con otras tantas
galeras, también veleras.
De artillería, las balas
son ocho mil setecientas,
cuyo número amedrenta.
Bombas son dieciséis mil
y* cuatrocientas […]. (Esclapés de Guilló, s. a.: 3)[34]

En la *Disertación* los contenidos anteriores figuran así:



ARTILLERIA.

Calibres.	Piezas.
De à . . . . . 24.	60.
De à . . . . . 16.	20.
De à . . . . . 12.	12.
De à . . . . . 6.	16.
	110.

MORTEROS.

De à 18. pulgadas.	20.
De à 12. pulgadas.	40.
	60.

PERTRECHOS, VIVERES, y Municiones.

Cureñas de todos calibres.	200.
Carros cubiertos.	20.
Alventrenes.	240.
Carromatos baleros.	60.
Galeras baleras.	60.
Palas, Picos, Esportas, y otros instrumentos de Gastadores.	20500.
Bombas de todos generos.	16420.
Balas de Artilleria.	80693.
	Gra-

Figura 2. Artillería, morteros, pertrechos, víveres y municiones (Clariana Gualbes, 1733: 165).

34. Esto es un ejemplo de una relación más extensa.

4.2.4. La armada

La restauración de Orán por el gran Felipe Quinto y *Orán por Felipe Quinto* incluyen cifras y términos que concuerdan con los expuestos en las crónicas de la época, tales como la *Relación de lo acaecido* y la *Gaceta de Madrid*[35]. En esta última se expone: «el armamento que se juntó en la bahía de Alicante y se hizo a la vela el día 15 del pasado en número de más de 500 embarcaciones de transporte, 12 navíos de línea, 2 fragatas, 2 bombardas, 7 galeras, 18 galeotas de remos y 12 barcos longos armados» (*Gaceta de Madrid*, n.º 28, 8 de julio de 1732: 119).

En la pieza de Muñoz consta:

CONDE […]
en la playa
de Alicante se formó
nuestra católica armada
de dieciocho galeotas
de remos, de dos fragatas,
doce navíos de línea,
de dos preciosas bombardas,
de siete fuertes galeras
que al mar le bruman la espalda,
de doce barcos armados
longos, con más otras varias
embarcaciones, que todas
seiscientas son si no pasan. (Muñoz, s. a.: ff. 168v.-169r.)

Y en la de Vallés:

MAHOMET […]
mira qué siete veloces
galeras, con los afanes
de involuntarios remeros
suplen defectos del aire,
qué bien convoyando el vulgo
de las de transporte naves,
ocho galeotas y doce
barcos longos sobresalen
entre dos bombardas fuertes
y dos fragatas reales. (Vallés, s. a.: II, ff. 11v.-12r.)

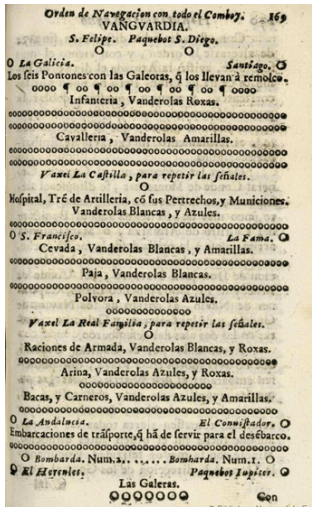
La Restauración de Orán versifica el orden de navegación del convoy:

35. La *Relación de lo acaecido* (s. a.: 1) incluye y amplía puntualmente lo publicado en la *Gaceta de Madrid*.

MONTEMAR El orden general para el viaje,
[…]
ha de ser con el orden que refiero
[…].
Por la popa de nuestra capitana,
[…]
seguirán su destino
seis pontones, guardados de galeotas
para el resguardo en todas sus derrotas;
en fila caminando
las tropas, con buen orden navegando;
y la señal distintiva, que en las naves
han de llevar por guías más suaves,
ha de ser por banderas de colores,
que de su centro expliquen los ardores.
Primeramente irá la infantería,
[…]
en la vanguardia del convoy […]
Harán lo mismo sucesivamente,
observando este orden justamente
los oficiales de caballería,
que de la infantería
ha de seguir la tropa,
contiguos navegando por la popa.
La artillería irá en su seguimiento
y en su acompañamiento,
la cebada y la paja y las fajinas
y la pólvora, estrago de las minas.
Seguirán las raciones de la armada,
la harina a ellas sin perder jornada,
siguiendo de las vacas y carneros
los barcos en lo[s] diestros marineros.
Y últimamente del convoy las naves
del desembarco seguirán las suaves,
que cerrarán el todo, las galeras. (Esclapés de Guilló, s. a.: 6-7)

En la *Disertación* la disposición de la armada figura así[36]:

36. Encontramos la disposición de la armada en un manuscrito conservado en el volumen *Papeles varios* de la BNE (Ms. 17514: 144r.-144v.).


Orden de Navegacion con todo el Combey. 169
VANGVARDIA.
S. Felipe. Paquebot S. Diego.
La Galicia. Santiago.
Los seis Pontones con las Galeotas, q̃ los llevan à remolco.
Infanteria, Vanderolas Roxas.
Cavalleria, Vanderolas Amarillas.
Vanxel La Castilla, para repetir las señales.
Hospital, Trẽ de Artilleria, cõ sus Pertrechos, y Municiones.
Vanderolas Blancas, y Azules.
S. Francisco. La Fama.
Cevada, Vanderolas Blancas, y Amarillas.
Paja, Vanderolas Blancas.
Polvora, Vanderolas Azules.
Vanxel La Real Familia, para repetir las señales.
Raciones de Armada, Vanderolas Blancas, y Roxas.
Arina, Vanderolas Azules, y Roxas.
Bacas, y Carneros, Vanderolas Azules, y Amarillas.
La Andalucia. El Conuidador,
Embarcaciones de trãsporte, q̃ hã de servir para el desẽbarco.
Bombarda. Num. 2. ..... Bombarda. Num. 1.
El Hercules. Paquebot Jupiter.
Las Galeras.
Con

Figur 3. «Orden de navegación con todo el convoy: Vanguardia» (Clariana Gualbes, 1733: 169).

4.2.5. El desplazamiento de la armada

La flota partió el 15 de junio de Alicante, tras refugiarse durante siete días en Cabo de Palos, continuó su marcha el día 24 del mismo mes (*Gaceta de Madrid*, n.º 28, 8 de julio de 1732: 119; Clariana Gualbes, 1733: 168; Belando, 1744: 541). Las tres comedias incluyen referencias a esta parada (Muñoz, s. a.: f. 169r.; Vallés, s. a.: II, f. 17r.; y Esclapés de Guilló, s. a.: 13). En *Orán por Felipe Quinto* y en *La restauración de Orán* se representa la navegación. Así, en la obra de Vallés:

Dentro.

1.º	¡Iza el áncora!
2.º	¡A la escota!
3.º	¡A las gumenas!
4.º	¡Al cable!
TODOS	¡Iza el trinquete!
1.º	¡Dispara!
2.º	¡Vira!
3.º	¡Zarpa!
UNOS	¡Leva el ancla!
TODOS	¡Buen viaje, buen pasaje!

Van pasando navíos de recortado y pelotones de naves, todos con tal arte que, como van pasando, disparan por los cañones. (Vallés, s. a.: II, f. 11v.)

En *La restauración de Orán*: «[…] *tocan y, corridas las cortinas, se verá el mar y dentro muchas embarcaciones y en ellas Mont*[emar], *Vill*[adarias], *Mars*[illac], *S*[anta] Cruz, *Carl*[os], *Chicharrón y soldados*» (Esclapés de Guilló, s. a.: 15).

4.2.6. El desembarco

El día 25 de junio la armada alcanzó las inmediaciones de Orán y el 29 comenzó el desembarco en la playa de las Aguadas, al oeste de Mazalquivir (*Gaceta de Madrid*, n. º 28, 8 de julio de 1732: 119-120; Clariana Gualbes, 1733: 170-171). Esta acción se escenifica en las cuatro piezas. En *Aun después de muerto vence* (1736: 14) y *La restauración de Orán por el gran Felipe Quinto* se dramatiza mediante efectos sonoros y voces que llegan desde el espacio oculto. Así, en la zarzuela:

Suena dentro clarín, caja y tiros y voces.

[*Dentro*] ¡Amaina, aferra, amaina!
¡Que nos socorra la piadosa tierra
del furioso combate de las olas!
¡El pie toque la arena!
¡Al agua! ¡Vaya el esquife!
¡Den ya fondo! (Briosso y Ossorio, 1736: 14)

Por su parte, en la obra de Jorge Muñoz:

Suena ruido de desembarcación y dicen dentro.

UNO ¡Iza el trinquete! ¡A la proa!
OTRO ¡Aferra!
OTRO ¡Amaina de gabia!
[…]
UNO ¡A tierra, a tierra, soldados!
[…]
CONDE Primero la infantería
vaya tomando las lanchas.

Todo esto lo han dicho dentro, ahora sale habiendo tocado cajas y clarines, timbales y demás instrumentos de guerra […]. (Muñoz, s. a.: f. 168v.)

En *Orán por Felipe Quinto* el desembarco comienza en el espacio oculto y continúa en escena:

[*Dentro*] ¡Amaina, amanina, que ya
en proporción buena estamos!
1. ¡Echa el ancla!

2. ¡Ata la vela!
3. ¡Soltad cables!
4. ¡Echad cabos!
DOS ¡Boga canalla!
DOS ¡Al alcázar!
1 ¡A la proa!
2 ¡Zafarrancho!
TODOS ¡Apriesa, que viene el día!
GARRAPATA ¡Virgen, que son los cristianos!

Con todas estas voces pasa el conde en una falúa con marineros, remando por medio del mar del lado derecho al izquierdo, diciendo.

CONDE Ea, leones de España,
pues a pesar de quebrantos
del piélago nuestra armada
felizmente fondo ha dado
ya es hora que Marte reine.
¿Qué esperáis? ¡Al desembarco!
UNOS ¡Al desembarco!
OTROS ¡A las lanchas! (Vallés, s. a.: II, f. 19r.v.)

También en *La restauración de Orán* la acción tiene su traducción escénica: «*Se habrá dispuesto que alguna embarcación esté inmediata a los bastidores o cortina, de la que irán saliendo Vill*[adarias]*, Carl*[os]*, Chich*[arrón] *y soldados perfilándose*» (Esclapés de Guilló, s. a.: 17).

4.2.7. Toma de posiciones y primeros combates

Tras el desembarco, las tropas formaron el cuadrilongo y rechazaron los ataques de los argelinos (*Gaceta de Madrid*, n. º 28, 8 de julio de 1732: 120; Clariana Gualbes, 1733: 171-172). En la zarzuela, tras la toma de tierra se resuelve la operación completa, citándose sucesivas tomas de posiciones que no se produjeron. Así, tras la salida de Montemar y Bigotillos impartiendo órdenes, se representa y constata la toma de los fuertes de Orán:

Salen dando el avance los moros y cristianos, descubriéndose la ciudad y la montaña, no cesando el estruendo, y quitan los cristianos las banderas moras y ponen en su lugar las cristianas.

[…]
[MORO 1] San Felipe y Santa Cruz
ya se han rendido al de España.
Dentro ¡Viva Fernando y sus glorias!

[…]
Sale [el] *2.º Moro y dice.*
[MORO 2] San Gregorio y San Andrés
quedan por huestes contrarias
[…]
Sale [el] *3.er Moro.*
[MORO 3] A la española Arrogancia
Alcazaba y Rosalcázar
se han rendido.
[…]
Sale el 4.º Moro.
[MORO 4] Ahora Mazalquivir
se perdió con las nombradas.
MORO 5. Con las demás está Orán. (Brioso y Ossorio, 1736: 15-16)

En la *Gaceta de Madrid* se relata lo acaecido tras el desembarco:

> Al tiempo de arrimarse a tierra este armamento, se presentaron los turcos y moros en número de diez a doce mil, divididos en diferentes tropas y pelotones, pero habiendo empezado a jugar la artillería de los navíos y galeras, en cuyo lance se llevó el primer cañonazo de la galera de San Joseph el estandarte de la tropa más numerosa de moros, se apartaron a alguna distancia. (*Gaceta de Madrid*, n.º 28, 8 de julio de 1732: 120)

La restauración de Orán por el gran Felipe Quinto Montemar narra la conclusión del desembarco, coincidiendo en sus términos con la crónica impresa:

CONDE […]
Al tiempo pues de acercarse
nuestro armamento a la playa,
se presentaron los turcos
y moros con arrogancia
a hacer a la armada frente.
Diez mil todos se contaban.
Jugaron la artillería
con destreza y suerte rara,
los navíos y galeras
de nuestra preciosa escuadra,
en cuyo lance feliz,
en cuya primera instancia,
la galera de San Joseph,
entre los nuestros nombrada,
con el primer cañonazo
que despidió, tuvo tanta
fortuna, que se llevó

de la tropa más bizarra
de moros el estandarte,
cuya casual desgracia
les obligó a retirarse […]. (Muñoz, s. a.: f. 169r.v.)

En *Orán por Felipe Quinto* (Tea 1-52-4: II, 20r.) una extensa acotación pauta la representación de la toma de posiciones y el combate con los oraneses; en el diálogo se incluye idéntica referencia a la acción de la galera de San Joseph:

> *Salen por la derecha granaderos al son de la marcha y formándose en filas, por la izquierda salen moros en tropas con gran grita y, encarados, dan su descarga los de delante, se arrodillan como que cargan, los de la fila de atrás disparan y se retiran los moros, sin cesar clarín, caja y caracol, muchos tiros y grita dentro y se da una batalla muy cruda.*

CRISTIANOS Ah perros ¡España viva!
MOROS ¡Viva Mahoma, africanos!
CONDE ¡Ea, nobles batallones
de infantería! ¡Ea, bravos
dragones! ¡Ea, españolas
y valonas guardias! ¡Alto!
¡Ah, galera heroica de
San Joseph! Que te has llevado
un estandarte y cien moros
del primer cañonazo […]. (Vallés, s. a.: II, f. 20r.)

En *La restauración de Orán*, la toma de posiciones se resuelve en el diálogo con una escueta intervención de Montemar, a la que seguirán y sonidos y voces que llegan del espacio oculto y una escena breve de combate en escena:

MONTEMAR […]
La infantería formando
una línea ocupó el puesto
de la Aguadas, y es bien
la caballería
vaya subiendo al resguardo. (Esclapés de Guilló, s. a.: 16)

Una de las acciones destacadas del día 29 fue la ocupación de una posición, hecho referido en la *Disertación* (Clariana Gualbes, 1733: 171), *Relación de lo acaecido* (s. a: 3) o la *Gaceta de Madrid*:

> Inmediatamente que los moros vieron asegurado el desembarco, intentaron caer con alguna porción de caballería sobre la fuente algo distante del ejército, donde se hallaban algunos soldados, pero habiendo sido reconocidos, destacó el capitán general dieciséis compañías de granaderos a cargo del mariscal de campo don Lucas Fernando Patiño y cuatrocientos caballos al del mariscal de campo Marqués de la Mina, para que cortasen su retirada y ocupasen un puesto muy ventajoso que

estaba sobre la derecha de nuestro ejército. (*Gaceta de Madrid*, n.º 28, 8 de julio de 1732: 120)

De nuevo Jorge Muñoz recoge lo impreso:

MARQUÉS […]
Asegurado está el campo,
ahora solamente falta
que vuestra excelencia provea
las órdenes necesarias […].
CONDE Dices bien marqués, al punto
un destacamento vaya
de dieciséis compañías
de los granaderos para
que a las enemigas tropas
cortando la retirada
ocupen el ventajoso
puesto de aquesa montaña.
Don Lucas, a vuestro cargo
esas compañías vayan.
[…]
CONDE Con cuatrocientos caballos
vos marqués a la intentada
acción acompañaréis […]. (Muñoz, s. a.: f. 170v.)

4.2.8. Combates del 30 de junio

Al día siguiente continuó el desembarco, las tropas que estaban en tierra empezaron a fortificarse junto al monte del Santo, lograron repeler a los argelinos que los hostigaban y consiguieron cortar la comunicación con el fuerte de Mazalquivir, estableciéndose en la llamada fuente de los Galápagos, cansados, hambrientos y faltos de agua. Los combates son registrados en *La restauración de Orán por el gran Felipe Quinto* y en *Orán por Felipe Quinto*. En la obra de Jorge Muñoz se resuelven con efectos sonoros y algunos de los hitos del día se constatan en los diálogos, tales como el control del paso a Mazalquivir:

ZULEMA Ya la comunicación
a nuestro ejército vedan
con el importante fuerte
de Almansa[37], mucho se arriesga,
si del todo la embarazan. (Muñoz, s. a.: f. 175r.)

37. Mazalquivir.

Por su parte, Joseph Vallés se centra en dramatizar la toma de la colina del Santo. La acción aparece narrada en la *Disertación* en los siguientes términos:

> El día 30, al amanecer se dispuso que […] al pie del monte, llamado del Santo, se empezase a construir un fuerte que dominase la marina […]. Las tropas de la izquierda […] se fueron empeñando insensiblemente con los bárbaros que bajaban a inquietarlas y cargaban con gran violencia. En cuyo lance se mandó avanzar con cincuenta dragones al capitán don Manuel Aparicio […] dispuso el conde de Montemar atacarlos por la izquierda y que subiese al mismo tiempo, por el frente y la derecha lo restante de la tropa […]. Los granaderos de la izquierda, sostenidos de los cuatro batallones de guardias valonas y demás tropa que lo seguía, fueron desalojando a los moros, hasta que los echaron del barranco […] (Clariana Gualbes, 1733: 172-173).

Vallés primero constata el comienzo del día, los ataques y la erección del fortín:

DON CARLOS Ya el día su luz descubre
y por un rato en la tienda
pueden respirar fatigas
de toda la noche entera.
[…]
CONDE […]
los bárbaros, pues con varias
avenidas nos inquietan
sin que quieran escarmientos
labrarse de sus tragedias
y cuando a construir precisa
fortificación comienza
de humilde obediente tropa
las faginas […]. (Vallés, s. a.: III, f. 2r.v.)

Seguidamente, el Conde da orden de atacar:

CONDE […] al punto
que les ataquen la izquierda
los granaderos de guardias
valonas con advertencia *(tiros dentro)*
que hagan el fuego llevando
calada la bayoneta. (Vallés, s. a.: III, f. 6v.)

La jornada avanza y la conquista del monte se lleva a escena:

CELIMA […]
los cristianos formados
en tres columnas estrechan
a los de Orán tanto que

del monte a la cumbre apelan
en su retirada.

Silvo, mutación de mar con navíos y monte. Salen Abdalá y todos los moros con Mahomad retirándose de los cristianos y dividiéndose en dos partes, tomarán los cerros que estarán en toda esta batalla caja y clarín con tiros de las naves […] (III, f. 11r.v.)

4.2.9. Incidente de fuego amigo

En la *Disertación* se narra un incidente provocado por fuego amigo la noche del 30 de junio al 1 de julio:

> […] no sucediendo aquella noche más que una falsa alarma, ocasionada de algunos fusilazos de nuestra tropa de los que murió el subteniente don Manuel Lazo y fue herido el sargento mayor don Luis Crel, ambos del regimiento de España y don Francisco Pineda, secretario del capitán general. (Clariana Gualbes, 1733: 174-175)

Este suceso, que también refiere Belando (1744: 547), adquiere relevancia en *La restauración de Orán*. Abre la tercera jornada, primero desde el espacio oculto y después en escena:

Dentro cajas, trompetas y ruido de escopetazos.

Dentro voces.	Cobarde enemigo.
OTROS	Muere, enemigo soberbio.
OTROS	¡Viva España!
OTROS	¡Viva la fe!
OTROS	¡El evangelio
	triunfe en Orán!
OTROS	¡Eternice
	lo católico su celo!

Saldrán los cristianos que puedan batallando.

CARLOS	¡Santiago y a ellos!
OTRO	¡Guerra!
CARLOS	¡Fuego, guerra!
OTRO	¡Guerra, fuego!
	[…]
MARSILLAC	Soldados
	por la fe, el laurel es cierto.
CARLOS	¿Quién nombra la fe?
MARSILLAC	Quien sino
	la tiene escrita en su pecho,
	el conde de Marsillac.
CARLOS	Luego según comprendo

nosotros mismos nos damos
la batalla. (Esclapés de Guilló, s. a.: 22-23)

4.2.10. Comunicación del abandono de Orán

Ante la derrota del día 30 de junio, el gobernador ordenó evacuar Orán llevándose sus bienes. El cónsul francés procedió a informar a Montemar mediante un mensajero (*Diario puntual*, s. a.: 120). La *Historia civil de España* lo refiere así:

> A las dos horas de la tarde se dejó ver un hombre, griego de nación, que iba contra el ejército preguntando por el general […] y estando allí, se quitó un gorro que llevaba y entregó a su excelencia un pliego. Este contenía una carta, que era del cónsul francés, el cual daba la noticia de lo que había sucedido la noche antecedente en la plaza. (Belando, 1744: 549)

La restauración de Orán dramatiza literalmente esta crónica:

Salen Carlos chicharrón y un moro de paz con gorro colorado.

CARLOS Postrado
a vuestras plantas un griego
viene de paz.
MORO Y si acaso,

Quítase el gorro y saca de dentro de él una carta.

[…]
Moro soy de paz y el cónsul
del cristianísimo, magno
congreso de los franceses
que en Orán tienen su trato
me envía con esta carta. (Esclapés de Guilló, s. a.: 27)

En *La restauración de Orán por el gran Felipe Quinto* el abandono de la plaza es comunicado por «un espía» citado en un diálogo (Muñoz, s. a.: f. 177v.). Por su parte, en *Orán por el gran Felipe Quinto* es Hamete, «un morillo» capturado, quien comunica la novedad, haciendo referencia a «los doscientos camellos» (Vallés, s. a.: III, f. 18r.) en los que el gobernador carga sus riquezas, precisión que consta en la *Disertación* (Clariana Gualbes, 1733: 174) o la *Relación de lo acaecido* (s. a.: 5).

4.2.11. Ocupación de la plaza

Tras saber que Orán había sido abandonada se procedió a su ocupación. La *Gaceta de Madrid* (n.º 29, 15 de julio de 1732: 124), la *Relación de lo acaecido* (s. a.: 7-8) o la *Disertación* precisan los hallazgos realizados en su interior:

> Halláronse en la plaza de Orán, en sus fortalezas y castillos y en el de Almarza 138 cañones, los 87 de bronce y los demás de hierro, con siete morteros, y muchos pertrechos de guerra y provisiones de boca para una dilatada defensa. Dejaron también en el mismo abandono, en la plaza, una galeota grande y cinco bergantines, con que hacían el corso, en grave perjuicio de la cristiandad. (Clariana Gualbes, 1733: 176)

La restauración de Orán por el gran Felipe Quinto concluye con la salida de soldados con despojos de guerra a los que acompaña el marqués de la Mina quien, tras realizar una recapitulación de los enfrentamientos precedentes, informa del abandono de Orán; refiere cómo ha entrado en ella; describe el botín en términos idénticos a las crónicas, y constata la rendición de los fuertes, anticipando el acuerdo para la entrega de Mazalquivir (Muñoz, s. a.: ff. 177v.-178r.):

MARQUÉS
Los despojos son preciosos,
pero los más peregrinos
señor, ciento treinta y ocho
cañones son, que cogimos,
ochenta y siete de bronce,
cuya hechura es un prodigio,
los restantes son de hierro
y siete morteros ricos.
[…]
Una galeota grande
se quedó en el muelle y cinco
bergantines, en los cuales
hacían el corso, en perjuicio
grande de la cristiandad. (Muñoz, s. a.: f. 178r.)

En *Orán por Felipe Quinto* se representan tanto la ocupación de Orán (Vallés, s. a.: III, f. 19r.v. y ff. 20v.-22r.) como la rendición por capitulaciones de Mazalquivir (Vallés, s. a.: III, f. 26r.). Entre ambos hechos se introduce el regreso de los argelinos con intención de recuperar la plaza.

En *La restauración de Orán* no se escenifica la ocupación de la plaza y la resolución de la operación se resuelve con celeridad. Así, después de que Montemar confirme el abandono de la ciudad, recibe la noticia de la rendición de Mazalquivir y concluye la obra (Esclapés de Guilló, s. a.: 35).

4.2.12. Sucesos posteriores a la conquista

Tras la ocupación de Orán-Mazalquivir, los españoles no pudieron asegurar el control del entorno y la plaza fue hostigada repetidamente. *Orán por Felipe Quinto* es la única obra que trata lo sucedido tras la toma. En ella el gobernador da la orden de abandonar la plaza para reunir efectivos y regresar (Vallés, s. a.: III, f. 14r.v.). Esta vuelta da lugar a una secuencia en la que se representa la muerte en combate del

duque de San Blas y Carlos van der Creuzen (Vallés, s. a.: III, ff. 24r.-25v.). El suceso tuvo lugar el 16 de julio (*Diario y noticia verdadera*, s. a.: f. 7; *Relación de la conquista de Orán*, s. a.: f. 110r.v.). En la comedia los personajes constatan cómo son emboscados en un barranco, detalle que aparece en el *Diario puntual* (s. a.: 127).

5. Conclusiones

Las comedias *Orán por Felipe V*, *La restauración de Orán por el gran Felipe Quinto*, *La restauración de Orán* y la zarzuela *Aun después de muerto vence* forman parte del amplio conjunto de productos culturales con los que la Monarquía hispánica conmemoró la recuperación, al menos en el plano simbólico, de la hegemonía en el Mediterráneo occidental tras la reconquista de Orán en 1732. Las piezas se insertan en la tradición teatral hispana de dramatización de campañas bélicas contemporáneas y celebran una operación con la que Felipe V podía establecer una continuidad entre la dinastía borbónica y el proselitismo tradicional a la Monarquía hispánica y su lucha contra el islam. Las obras pueden entenderse como piezas propagandísticas, en tanto sus tramas y diálogos recogen y divulgan los argumentos oficiales esgrimidos para emprender la campaña, presentes en la real orden por la que se anunciaba la expedición. Así, por una parte, vinculan al rey y por extensión a los Borbones con la lucha castellana contra los musulmanes, reivindicando la idea de restauración católica e invocando las figuras del cardenal Cisneros y Fernando III de Castilla, y, por otra, celebran la derrota de un enemigo que seguía impactando en las costas mediterráneas de la península.

El examen de los textos revela en sus acotaciones y diálogos las diversas exigencias y posibilidades escénicas a disposición de los autores y, en su caso, de los responsables de su impresión o copia. Así, *La restauración de Orán por el gran Felipe Quinto* apenas demanda desarrollo espectacular y puede adaptarse a cualquier escenario. *Aun después de muerto vence* y *La restauración de Orán* plantean mayores exigencias, pero que podrían ser resueltas con los recursos habituales en los corrales y adaptarse a los escenarios de Zaragoza y Valencia donde se apunta que fueron representados. Por su parte, *Orán por Felipe Quinto* responde a un modelo de espectáculo que entendemos que demandaría los medios propios de un coliseo moderno y difícilmente se ajustaría a las características de la casa de comedias de Valladolid donde consta que fue llevada a escena.

Nuestro análisis también se ha centrado en presentar los aspectos bélicos que atrajeron a los autores y hemos puesto de manifiesto cómo las tres comedias se sirvieron de las relaciones y crónicas contemporáneas en la redacción de sus textos. En particular, mostramos cómo el autor de *La restauración de Orán por el gran Felipe Quinto* apenas modifica los textos que aparecieron en la *Gaceta de Madrid* y después agrupó una popular relación de sucesos. Así mismo, ponemos de manifiesto cómo los autores de *La restauración de Orán* y *Orán por Felipe*

Quinto también se sirven de documentos contemporáneos y, en particular, cómo transforman listados en diálogos dramáticos.

6. Bibliografía

6.1. Fuentes primarias

Belando, Nicolás de Jesús (1744), *Historia civil de España, sucesos de la guerra y tratados de paz, desde el año de mil setecientos hasta el de mil setecientos y treinta y tres. Parte Cuarta*. Madrid: Manuel Fernández.

Brioso y Ossorio, Pablo Anselmo (1736), *Aun después de muerto vence*, Zaragoza: Viuda de Manuel Ortiz.

Clariana Gualbes, Antonio de (1733), «Disertación. Capítulo XII. Gloriosa conquista de la plaza y castillos de Orán por las victoriosas armas españolas en el año 1732. Descripción de lo que era y es aquel país y plaza y noticia del ejército, armamento y pertrechos de la expedición», en Laugier de Tassy, *Historia del reino de Argel con el estado presente de su gobierno, de sus fuerzas de tierra y mar, de sus rentas, policía, justicia, política y comercio*, Barcelona: Juan Piferrer, pp. 143-182.

Copia del Real Decreto que su majestad se ha servido de enviar al Consejo de Castilla (s.a.), BNE, VE/309/19.

Cueva, Pedro de la (s. a.), *Iconismos, encomiasticon o verdadera descripción y elogio de la expedición de África, en que las reales armas de su majestad recobraron a Mazalquivir, Orán y sus castillos, con una breve noticia de estas plazas, su situación, país y primera conquista por el rey católico*, Granada: Joseph de la Puerta.

Diario puntual de lo sucedido con las armadas terrestre y naval del rey… desde el día 16 de junio del corriente año 1732 en que se levó en la bahía de Alicante, hasta el día primero de agosto del mismo año, que se restituyeron ambas armadas a sus destinos, después de haber conseguido la gloriosa recuperación de la plaza de Orán y sus castillos en África (s. a.), BNE, AFRGFC/188/1.

Diario y noticia verdadera de todo lo sucedido desde el día 29 de junio de 1732… hasta el día 17 de julio de dicho año… (s. a.), BNE, VE/708/16.

[Esclapés de Guilló, Pascual] (s. a.), *La restauración de Orán*, Barcelona: Carlos Gibert y Tutó.

Felipe Quinto en Sevilla y en Italia el infante de Castilla. Comedia célebre historial de un sevillano ingenio (1733), en *Cómico misceláneo en que un sevillano ingenio celebra la recuperada salud del rey nuestro señor D. Felipe Quinto y sus viajes a Sevilla y Aranjuez…*, Salamanca: Eugenio García Honorat, pp. 1-40.

Gaceta de Madrid, n.º 26, 24 de junio de 1732; n.º 27, 1 de julio de 1732; n.º 28, 8 de julio de 1732; n.º 49, 9 de diciembre de 1732.

Gaceta de México, n.º 60, noviembre de 1732.

Instrucción dada en Sevilla a 9 de abril de 1732 al conde de Montemar cuando se le encargó la expedición a Orán, BNE, Ms. 18645/9.

Muñoz, Jorge (s. a.), *La restauración de Orán por el gran Felipe Quinto*, BNE, Ms. 14803.

Relación de la conquista de Orán y su plaza, castillo de Almarza y demás de sus dependencias por las armas del rey nuestro señor Don Felipe V el que comprende un puntual diario de todo lo acaecido, desde que se juntó el ejército en 1.º de junio de 1732 hasta 31 de agosto de 1733 que los turcos se retiraron a su campo (s. a.), BNE, Ms. 2318.

Relación de lo acaecido en la navegación de la armada que se congregó en la bahía de Alicante y de los gloriosos progresos del ejército del rey en la conquista o restauración de la plaza de Orán en África, en los días 29 y 30 de junio y 1 de julio de este año de 1732 (s. a.), Madrid: Juan de Ariztia.

Relationis historicae semestralis autumnalis continuatio (1732), Fráncfort del Meno: Engelhardischen Erben und Johann Balthasar Graupitzen not. caes. publ.

The Spanish Conquest: or a Journal of their Late Expedition from their first Preparation to their Embarkation, and from thence to the taking of Oran, and de Surrender of Mazalquivir (s. a.), Londres: printed for J. Roberts at the Oxford Arms in Warwick-Lane.

Vallés, Joseph (s. a.), *Orán por Felipe Quinto*, BHMM, Tea 1-52-4.

Vallés, Joseph (s. a.), *Orán por Felipe Quinto*, BHMV, TAV, vol. VI, Ms. 2949, pp. 260-320.

Vallés, Joseph (s. a.), *Orán por Felipe Quinto*, BNE, Ms. 15362.

Vallés, Joseph (s. a.), *Orán por Felipe Quinto*, BUS, Ms. A 250/079(1).

6.2. Bibliografía secundaria

Abi-Ayad, Ahmed (1990), «Oran dans la littérature espagnole: XVI-XVII-XVIII siècles», *Sharq Al-Andalus*, 7, pp. 203-213.

Alonso Asenjo, Julio (2014), «Teatro musical en festejos escolares hispánicos de la Edad Moderna», en *Rilce: Revista de Filología hispánica*, 30(1), pp. 19-43.

Álvarez Junco, José y De la Fuente Monge, Gregorio (2013), «Orígenes mitológicos de España», en Antonio Morales Moya, Juan Pablo Fusi Aizpurúa y Andrés Blas Guerrero (eds.), *Historia de la nación y del nacionalismo español*, Barcelona: Galaxia Gutenberg, pp. 3-46.

Álvarez Junco, José y De la Fuente Monge, Gregorio (2017), *El relato nacional*, Barcelona: Taurus.

Amigo Vázquez, Lourdes (2011), *De la calle al patio de comedias. El teatro en el Valladolid de los siglos XVII y XVIII*, Olmedo: Ayuntamiento de Olmedo, Valladolid: Universidad de Valladolid.

Andioc, René (1987), *Teatro y sociedad en el Madrid del siglo XVIII*, Madrid: Castalia.

Andioc, René y Coulon, Mireille (2008), *Cartelera teatral madrileña del siglo XVIII (1708-1808), Volumen II: Índices y Bibliografía*, Madrid: Fundación Universitaria Española.

Asenjo, Alonso (2014), «Teatro musical en festejos escolares hispánicos de la Edad Moderna», en *Rilce*, 31(1), pp. 19-43.

Barrio Gozalo, Maximiliano (2003), «Los cautivos españoles en Argel durante el siglo ilustrado», en *Cuadernos Dieciochistas*, 4, pp. 135-174.

Bolaños Donoso, Piedad (2010), «Felipe V y el teatro sevillano en el lustro real», en Nicolas Morales y Fernando Quiles García (eds.), *Sevilla y corte: las artes y lustro real (1729-1733)*, Madrid: Casa de Velázquez, pp. 253-270.

Borreguero Beltrán, Cristina (2020), «Guerra y propaganda en el reinado de Felipe V», *Cuadernos Dieciochistas*, 21, pp. 151-95.

Bravo Caro, Juan Jesús (2017), «Málaga en la logística de la expedición a Orán en 1732», *Vegueta. Anuario de la Facultad de Geografía e Historia*, 17, pp. 341-373.

Caridi, Giuseppe (2015), *Carlos III, Un gran rey reformador en Nápoles y España*, Madrid: La Esfera de los Libros.

Contreras Elvira, Ana (2018), *Asombros y encantos. La escenificación de la comedia de magia del siglo XVIII*, Madrid: Fundamentos.

Cornejo, Francisco J. (2017), «El repertorio de la máquina real», en Francisco J. Cornejo (ed.), *La máquina real y el teatro de títeres de repertorio en Europa y América*, s. l. [ed. digital], UNIMA Federación España, pp. 43-97.

Corral, José Luis (2024), *Covadonga, la batalla que nunca fue*, Barcelona: Penguin Random House.

Cotarelo y Mori, Emilio (1932), «Ensayo histórico sobre la zarzuela, o sea, el drama lírico español desde su origen a fines del siglo XIX», *Boletín de la Real Academia Española*, 19, pp. 753-817.

De la Flor, Fernando R. (2018), *El sol de Flandes. Imaginarios bélicos del Siglo de Oro*, vol. II. *Declinación de las armas de España*, Salamanca: Delirio.

Doménech, Fernando (2023), «De corral a coliseo: el Teatro del Príncipe en el siglo XVIII», en Eduardo Pérez Rasilla (ed.), *El Teatro Español de Madrid*, Madrid: Cátedra, pp. 55-77.

Fé Cantó, Luis (2016), «El desembarco en Orán en 1732. Aproximación analítica a una operación compleja», *Revista Universitaria de Historia Militar*, 5(10), pp. 89-110.

Fernández Cabezón, Rosalía (1990), *Lances y batallas: Gaspar Zavala y Zamora y la comedia heroica*, Valladolid: Aceña.

Fernández Martín, Luis (1995), «Construcción de nueva planta del antiguo teatro de Valladolid 1609-1610», *Castilla: Estudios de Literatura*, 20, pp. 105-124.

Fuster, Justo Pastor (1830), *Biblioteca valenciana de los escritores que florecieron hasta nuestros días. con adiciones y enmiendas a la de D. Vicente D. Vicente Ximeno*, t. segundo, Valencia: Ildefonso Mompié.

García Arenal, Mercedes y De Bunes Ibarra, Miguel Ángel (1992), *Los españoles y el norte de África. Siglos XV-XVIII*, Madrid: Mapfre.

García Hernán, David (2006), *La cultura de la guerra y el teatro del siglo de Oro*, Madrid: Sílex.

González Cruz, David (2009), *Propaganda e información en tiempos de guerra, España y América (1700-1717)*, Madrid: Sílex.

Gutiérrez Cruz, Rafael (1997), *Los presidios españoles del norte de África en tiempo de los Reyes Católicos*, Melilla: Consejería de Cultura, Educación, Juventud y Deporte.

Gutiérrez del Caño, Marcelino (1900), «Ensayo de un catálogo de impresores españoles desde la introducción de la imprenta hasta fines del siglo XVIII», *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, 3, pp. 662-671.

Izquierdo Labrado, Julio (2007), «El discurso eclesiástico en Andalucía Occidental: los lugares colombinos durante la Guerra de Sucesión», en David González Cruz (ed.), *Propaganda y mentalidad bélica en España y América durante el siglo XVIII*, Madrid: Ministerio de Defensa, pp. 229-254.

La Barrera y Leirado, Cayetano Alberto de (1860), *Catálogo bibliográfico y biográfico del teatro antiguo español, desde sus orígenes hasta mediados del siglo XVIII*, Madrid: M. Rivadeneyra.

Lamarca, Luis (1840), *El teatro de Valencia desde su origen hasta nuestros días*, Valencia: J. Ferrer de Orga.

Leal Bonmati, María Rosario (2001), *Festejos teatrales y parateatrales en el viaje de Felipe V a Extremadura y Andalucía (1728-1733)*, Sevilla: Universidad de Sevilla.

López Gómez, Pedro (2018), «Las relaciones de sucesos como tipología documental, la relación de las fiestas de Tui por la reconquista de Orán en 1732», *Boletín de la ANABAD*, 68(3-4), pp. 164-207.

López López, Roberto Javier (2007), «La propaganda bélica en Galicia a finales del Antiguo Régimen», en David González Cruz (ed.), *Propaganda y mentalidad bélica en España y América durante el siglo XVIII*, Madrid: Ministerio de Defensa, pp. 19-66.

Márquez Redondo, Ana Gloria (1994), *Sevilla «ciudad y corte» (1729-1733)*, Sevilla: Servicio de Publicaciones del Ayuntamiento de Sevilla.

Martínez Herranz, Amparo (1996-1997), «La casa de farsas del Hospital de Nuestra Señora de Gracia en Zaragoza (1590-1778): de corral de comedias a teatro a la italiana», *Artigrama: Revista del Departamento de Historia del Arte de la Universidad de Zaragoza*, 12, pp. 193-216.

Matas Caballero, Juan (2015), «La fuerza de las historias representada. Reflexiones sobre el drama histórico: Los reyes de la historia de España en los teatros del Siglo de Oro», en Isabelle Rouane Soupault y Philippe Meunier (eds.), *Tiempo e historia en el teatro del Siglo de Oro*, Aix-en-Provence: Presses Universitaires de Provence, pp. 58-101.

Méndez Bejarano, Mario (1925), *Diccionario de escritores, maestros y oradores naturales de Sevilla y su actual provincia*, t. I, Sevilla: Gironés.

Mestre Sanchís, Antonio (2006), «Clausura: Reflexiones de un historiador del siglo XVIII español», en Pablo Fernández Albadalejo (ed.), *Fénix de España. Modernidad y cultura propia en la España del siglo XVIII (1737-1766)*, Madrid: Marcial Pons, pp. 344-363.

Miguel Gallo, Ignacio Javier de (1994), *El teatro en Burgos (1550-1752) el patio de comedias, las compañías y la actividad escénica. Estudios y documentos*, Burgos: Ayuntamiento de Burgos.

Mühling, Christian (2018), *Die europäische Debatte über den Religionskrieg (1679-1714). Konfessionelle Memoria und internationale Politik im Zeitalter Ludwigs XIV*, Gotinga: Vandenhoeck & Ruprecht.

Pérez, Joseph (2015), *Cisneros, el cardenal de España*, Barcelona: Penguin Random House Grupo Editorial.

Peruarena Arregui, Juan (2013), «Entre el debate internacional y la adherencia de la tradición o sobre la arquitectura teatral española en el s. XVIII», *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo*, 19, pp. 221-251.

Rega Castro, Iván (2020), «Tejiendo la memoria del otro: Los cartones de la Toma de Orán, de 1732, y la imaginería (anti)musulmana en el contexto de las campañas hispanas en Argelia», *Eikón Imago*, 15, pp. 255-280.

Reus, Klaus-Dieter y Lerner, Markus (2008), *Faszination der Bühne, barockes Welttheater in Bayreuth*, Bayreuth: Rabenstein.

Rico García, Manuel y Montero y Pérez, Adalmiro (1888), *Ensayo biográfico bibliográfico de escritores de Alicante y su provincia*, t. 1, Alicante: Antonio Reus.

Ríos Carratalá, Juan Antonio (1988), «La obra de José Concha destinada a los teatros particulares» en *Coloquio Internacional sobre el Teatro Español del Siglo XVIII: Bolonia, 15-18 de octubre de 1985*, Bolonia: Piovan Editore, pp. 351-366.

Ruano de la Haza, José María (2000), *La puesta en escena en los teatros comerciales del Siglo de Oro*, Madrid: Castalia.

Rubiera, Javier (2018), «La edición de las acotaciones. El caso del aparte en los autógrafos de Lope de Vega», en Luigi Giuliani y María Victoria Pineda González (eds.), «*Entra el*

editor y dice»: ecdótica y acotaciones teatrales (siglos XVI y XVII), Venecia: Ca'Foscari, pp. 29-68.

Salafranca Vázquez, Alejandro (2021), «Primera parte: la conquista de México en el arte de la monarquía católica», en Alejandro Salafranca Vázquez y Tomás Pérez Vejo (eds.), *La conquista de la identidad. México y España, 1521-1910*, Madrid: Turner, pp. 19-144.

Sanz Ayán, Carmen (2006), *Pedagogía de reyes: el teatro palaciego en el reinado de Carlos II*, Madrid: Real Academia de la Historia.

Sarrió Rubio, Pilar (2022), *La producción del dramaturgo valenciano José Vallés*, vol. 9, Oviedo: Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII-Universidad de Oviedo.

Sénéchal, Antoine (2016), «El cambio dinástico, la Guerra de Sucesión y la defensa del presidio de Orán y Mazalquivir (1700-1708)», *Vegueta. Anuario de la Facultad de Geografía e Historia*, 16, pp. 335-358.

Sirera, Josep Lluís (2016), «La infraestructura teatral valenciana», en Juan V. Martínez Luciano, Rosa Sanmartín y Rodolf Sirera (eds.) *Estudios sobre el teatro de Josep Lluis Sirera*, Madrid: Academia de las Artes Escénicas de España, pp. 39-67.

Suréda, François (2004), «La Botiga de la Balda (1761-1779)», en *Le théâtre dans la société valencienne du XVIII^e siècle*, Perpignan: Presses Universitaires de Perpignan, https://doi.org/10.4000/books.pupvd.33414.

Torrecilla, Jesús (2008), *Guerras literarias del XVIII español. La modernidad como invasión*, Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca.

Varey, John Earl (1972), *Los títeres y otras diversiones populares de Madrid: 1758-1840. Estudio y documentos*, Londres: Tamesis Books Limited.

Varey, John Earl (1987), *Cosmovisión y escenografía: El teatro español en el Siglo de Oro*, Madrid: Castalia.

Vilar Ramírez, Juan Bautista y Lourido Díaz, Ramón (1994), *Relaciones entre España y el Magreb. Siglos XVII y XVIII*, Madrid: Editorial Mapfre.

Ximeno, Vicente (1749), *Escritores del reino de Valencia…*, t. II, Valencia: Joseph Esteban Dolz.

ISSN: 1576-7914 - e-ISSN: 2341-1902
DOI: https://dx.doi.org/10.14201/cuadieci202526239261

LA FORMACIÓN DE LAS BIBLIOTECAS ILUSTRADAS EN NUEVA GRANADA: UNA DONACIÓN DE LIBROS JESUITAS AL COLEGIO MAYOR DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

The Establishment of Enlightened Libraries in New Granada: A Donation of Jesuit Books to the Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Alberto José CAMPILLO PARDO
Universidad de Oslo, Noruega*
ajpardo@uio.no

Fecha de recepción: 12/08/2024
Fecha de aceptación: 27/01/2025

RESUMEN: El presente artículo tiene como objeto explicar la existencia de una donación de libros, por parte de la Junta Superior de Aplicaciones de Santafé, al Colegio Mayor del Rosario en el año de 1776. En este sentido, se mostrará que los libros provenían de los bienes expropiados a los jesuitas tras su expulsión de los territorios españoles en el siglo XVIII, y que la donación se hace en concordancia con el proyecto de reforma educativa de Francisco Antonio Moreno y Escandón.

Palabras clave: historia del libro; historia colonial; Nueva Granada; jesuitas; Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario; Francisco Antonio Moreno y Escandón.

* Financiado por la Unión Europea (ERC, BE4COPY, 101042034). No obstante, las opiniones expresadas son responsabilidad exclusiva del autor o autores y no reflejan necesariamente las de la Unión Europea o la Agencia Ejecutiva del Consejo Europeo de Investigación. Ni la Unión Europea ni la autoridad que concede la subvención pueden ser consideradas responsables de las mismas.

ABSTRACT: The purpose of this article is to elucidate the circumstances surrounding the donation of books by the Junta Superior de Aplicaciones de Santafé to the Colegio Mayor del Rosario in 1776. It will be demonstrated that the books were derived from the assets confiscated from the Jesuits following their expulsion from Spanish territories in the eighteenth century, and that the donation was made in accordance with the educational reform project of Francisco Antonio Moreno y Escandón.

Key words: history of the book; colonial history; New Granada; Jesuits; Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario; Francisco Antonio Moreno y Escandón.

1. Introducción

En 1653, el arzobispo de Santafé fray Cristóbal de Torres fundaría el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, que se convertiría en una de las principales instituciones educativas del periodo colonial neogranadino. Dicho colegio mayor fue fundado con la aquiescencia de Felipe IV, quien lo autoriza con cédula real de 1651, con el objetivo de educar a la nobleza secular del reino. Desde sus inicios, el Colegio del Rosario contó con una biblioteca, debido a que el fundador donó su biblioteca personal, junto con 40.000 ducados, con el fin de poner a disposición de los alumnos lo mejores medios para su educación[1]. Esta biblioteca fue creciendo a través de los años con las donaciones de libros hechas por profesores, colegiales y sacerdotes que tuvieron relación con el claustro.

En esta línea, el 23 de abril de 1776 el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario recibió por parte de la Junta Superior de Aplicaciones[2] una donación de libros «de los duplicados destinados para el establecimiento de la Biblioteca pública» (AHUR, 1776, ff. 234-235). La donación estaba compuesta por 108 tomos, correspondientes a 45 títulos, de diferentes temáticas. La carta de la donación viene firmada por Francisco Antonio Moreno y Escandón y cuenta con una réplica del rector del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, José Joaquín de Guzmán, agradeciéndola. Este documento es bastante curioso pues no era corriente que las instituciones virreinales hicieran donaciones de libros al colegio, lo cual lleva a preguntarnos ¿por qué se produce dicha donación?, ¿de dónde salieron los libros de esta? y ¿por qué se estaba estableciendo una biblioteca pública en Santafé en esa época?

El artículo está enmarcado dentro de la historia del libro y las bibliotecas, la cual ha emergido en las últimas décadas como uno de los temas más destacados

1. El fondo bibliográfico del Archivo Histórico del Rosario se puede consultar en https://www.urosario.edu.co/Archivo-historico/Fondos/Fondo-Bibliografico/

2. Las Juntas Superiores de Aplicaciones fueron órganos de la Corona creados con el fin de disponer y mantener los colegios jesuitas y sus bienes, tras la expulsión de la orden en 1767. Estas juntas tenían adscripciones territoriales, normalmente por virreinatos, y, en casos como el de México y Perú, contaban con juntas provinciales, dada la extensión del territorio y la amplia presencia de los jesuitas en el territorio. Al respecto, véase Abascal (2023).

en la historiografía, atrayendo el interés de investigadores de todo el mundo. Este enfoque ha puesto énfasis en el impacto social, político, económico y cultural de los libros, especialmente con la llegada de la imprenta al inicio de la Edad Moderna. En consecuencia, muchos estudios se han centrado en el análisis de los libros como objetos culturales y materiales, tanto aquellos presentes en repositorios privados como institucionales. Entre estos trabajos destacan los de Pedro Rueda Navarro (2007), Rafael Pérez García (2012), Idalia García Aguilar (2020) y Natalia Maillard y Manuel Fernández Chávez (2021).

Con respecto al caso específico que compete a este estudio, la biblioteca del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, encontramos el trabajo de María del Rosario García (2015), que hace un análisis de la biblioteca del fundador del colegio, fray Cristóbal de Torres, que tras su muerte sería el repositorio fundacional de la biblioteca general del colegio mayor. En este artículo, se analizan los contenidos de la biblioteca en el siglo XVII haciendo una comparación con otras de la misma naturaleza.

Así pues, en el presente texto buscaremos mostrar que la donación hecha al Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario por parte de la Junta Superior de Aplicaciones de Santafé es el resultado de la aplicación en la Nueva Granada de una serie de políticas ilustradas, impulsadas por la Corona de los Borbones, entre las que destacan la expulsión de los jesuitas de los territorios de la monarquía y las reformas educativas que se intentaron aplicar en los distintos territorios para hacerlos más productivos económica, política y administrativamente, a través de lo que hoy se conoce como las reformas borbónicas.

2. Las bibliotecas jesuitas en la Nueva Granada del siglo XVIII

En el momento de la expulsión de la Compañía de Jesús del Imperio español en 1767, la Compañía de Jesús contaba con aproximadamente 650 colegios distribuidos entre la península y sus colonias, que se habían convertido en auténticos centros de circulación, producción y almacenamiento de conocimiento. Según Javier Vergara, esto dio lugar a una «fiebre obsesiva por inventariar los bienes de los llamados jesuitas expulsos a partir de entonces» (Vergara, 2008: 325). Esta acción tenía dos motivaciones principales: en primer lugar, el material de las bibliotecas era crucial para el plan de la Corona de crear bibliotecas públicas en sus territorios y, en segundo lugar, se buscaban justificaciones para la expulsión en las lecturas y escritos de los jesuitas. Además, la comprensión de estas bibliotecas y archivos era fundamental para conocer los bienes de la Compañía de Jesús y disponer de ellos para su uso o venta. El proceso para ello fue recogido en la Real Cédula de Provisión del 22 de abril de 1767 que incluía una «Instrucción de lo que se deberá observar para inventariar los libros y papeles existentes en las casas que han sido de los regulares de la Compañía en todos los dominios de S.M.» (Sánchez González, 2011: 45).

Los inventarios de bibliotecas y archivos generados en este proceso se han conservado en gran medida hasta el día de hoy, lo que los convierte en una fuente histórica invaluable para comprender el desarrollo intelectual de la Compañía. Por ello, existen numerosos estudios sobre las bibliotecas jesuitas, tanto en la Península Ibérica, entre los que destacan el libro de María Dolores García Gómez (2011) *Testigos de la memoria: Los inventarios de las bibliotecas de la compañía de Jesús en la expulsión de 1767*, en el que la autora hace un profundo análisis sobre el destino de las bibliotecas jesuitas en la península, trabajando en el ejemplo concreto de las bibliotecas de la provincia de Aragón; y el trabajo de Inmaculada Arias de Saavedra (1997) sobre la biblioteca del Colegio de Granada; como en Hispanoamérica, donde cabe resaltar los trabajos de José del Rey Fajardo centrados en las bibliotecas jesuitas de las actuales Colombia y Venezuela[3].

La Nueva Granada tuvo una llegada tardía de la imprenta a su territorio, y no sería hasta mediados del siglo XVIII que las primeras prensas empezarían a funcionar allí. Esto llevó a que el territorio neogranadino se convirtiera en un mercado con buena rentabilidad para el comercio de libros, haciéndolo atractivo para mercaderes y libreros. A lo anterior, se suma la nueva legislación española que permitía las expediciones comerciales en naos sueltas, por fuera de las salidas de las flotas de Indias, de carácter anual para esta época. En este sentido, en el siglo XVIII existió una red consolidada de mercaderes de libros que contaba con agentes tanto en Nueva Granada como en España, dando pie a un intercambio constante y fluido de libros. Estos personajes eran especialistas en su comercio, por lo cual conocían de primera mano los títulos de las obras que se estaban produciendo, así como la demanda de estas en el territorio neogranadino.

Sin embargo, los principales protagonistas en la circulación de libros hacia la Nueva Granada fueron las órdenes religiosas. Para el siglo XVIII, el aporte de las estas al comercio de libros en este territorio corresponde al 34 % del total, en términos de cantidad de libros enviados. Esto se explica gracias al papel que estas órdenes cumplieron como punta de lanza de la conquista cultural española, basada en la evangelización y la enseñanza de la lengua castellana como aglutinantes culturales. En este sentido, las órdenes religiosas estuvieron, desde muy temprano, a cargo de la educación en los territorios coloniales españoles (Campillo, 2023: 241-261).

La educación en el virreinato neogranadino estuvo, sobre todo, en manos de dos órdenes: jesuitas y dominicos. Estas fundaron varios colegios mayores y universidades en el territorio, estableciendo una verdadera competencia para obtener el monopolio educativo en la Nueva Granada (Silva, 1984: 49). Los jesuitas fundaron uno de los primeros colegios mayores del territorio, el Colegio Mayor de San Bartolomé, en el año de 1604, mientras que los dominicos fundarían, medio

3. La obra de Del Rey Fajardo es extensa, y trata todos los aspectos de la cultura escrita y educativa jesuita en los territorios de la Nueva Granada y la Capitanía General de Venezuela. Entre ellos destacan Del Rey Fajardo (1999, 2008 y 2017).

siglo después, en 1653, el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario (Castillo, Leal y McCokmik, 2013: 23).

Los estudios en estas instituciones neogranadinas, durante el siglo XVII, estuvieron centrados en lo que se conoce como «estudios generales», compuestos por el *trivio*, retórica, gramática y dialéctica, y el *cuadrivio*, aritmética, geometría, astronomía y música (Uribe, 2003: 10-11). En el caso del Colegio Mayor del Rosario se buscó también la enseñanza de la teología; el derecho, dividido en cánones y leyes (canónico y civil), y con posterioridad la medicina. Al tratarse de un colegio mayor, el Rosario no tenía la capacidad de otorgar grados en estas temáticas, por lo cual la expedición de los mismos quedó supeditada a la Universidad Tomística de Santafé[4] (Rodríguez, 1973: 373). A estas instituciones se sumó la fundación de distintas casas, colegios y seminarios que permitían a los religiosos llevar a cabo sus cometidos espirituales y evangelizadores. Estas actividades educativas y evangelizadoras requirieron el envío a la Nueva Granada de grandes cantidades de libros de diversas temáticas.

La Compañía de Jesús fue la principal importadora de libros de la Nueva Granada en el siglo XVIII. Su presencia e influencia, tanto política como educativa, fue notoria gracias a sus misiones, colegios y reducciones que se extendían por todo el territorio, tanto en el entorno rural como en las ciudades. Para mantener el flujo de libros necesario para estas instituciones, los jesuitas se valieron de la figura del procurador general de las provincias de Indias, quien era el encargado de enviar de España todos los elementos necesarios para las misiones, desde ropas hasta libros. Así pues, los procuradores enviaron un total de 453 cajones de libros al virreinato neogranadino, que representaban alrededor de 40 000 volúmenes, aproximadamente (Campillo, 2023: 244-245).

Para el momento de su expulsión del Imperio español, en 1767, los jesuitas contaban en Santafé, sede de la Audiencia y la corte del virrey de la Nueva Granada, con tres casas. De estas, la principal era el Colegio Máximo, en donde estaba la Universidad Javeriana; la residencia y el noviciado, y el Real Colegio Mayor de San Bartolomé, en el cual residía y estudiaban alrededor de 100 estudiantes de diferentes lugares del virreinato (Marín, 2018: 460). Todas estas casas contaban con bibliotecas, algunas, como la de San Bartolomé, con varios miles de volúmenes en su haber.

2.1. La biblioteca del Colegio Mayor de San Bartolomé

El Colegio Mayor de San Bartolomé fue fundado por Bartolomé Lobo Guerrero, siguiendo las directrices del Concilio de Trento, lo que dio a la Compañía de Jesús el control del mismo y la subordinación del rector al superior jesuita de la provincia

4. Al respecto de la Universidad Tomística de Santafé ver Ramírez (2019).

de Santafé. Tras su fundación y mediante una bula de Gregorio XV, la cual fue confirmada por cédula real de Felipe IV en 1622, el colegio adquirió la posibilidad de expedir títulos universitarios, siendo el antecesor de la Universidad Javeriana.

San Bartolomé contaba con una inmensa biblioteca para formar a los cerca de cien estudiantes que habitaban sus aulas y residencias, que, gracias al inventario de 1767 realizado al momento de la expulsión de los jesuitas, sabemos que contaba con 3583 títulos, correspondientes a 4144 volúmenes. De estos, 2161 eran libros de religión, 831 de humanidades, 484 de derecho y política y 107 de ciencia, utilizando la clasificación propuesta por el sevillano Nicolás Antonio (Rubio, 2014: 55-56).

Es claro al analizar estas cifras que los libros religiosos dominaban ampliamente el catálogo jesuita, en donde los libros de rezo, los tratados de teología, devocionarios, entre otros, eran los principales protagonistas. Con respecto a los libros de derecho y política, encontramos cierta prevalencia del derecho canónico, pero también la presencia de tratados de derecho real y recopilaciones legales como las Leyes de Indias. Las humanidades tenían un peso importante en la educación impartida por los jesuitas, y la ciencia, aunque en números escasa, en la práctica hacía parte del devenir diario de los jesuitas en sus colegios y misiones. Estos números corresponden con los presentados para otras bibliotecas jesuitas, como el caso de la biblioteca del Colegio Máximo (Barnadas, 1974: 151-155) o la del envío hecho por el padre Tomás Nieto Polo para la provincia de Quito (Campillo, 2023: 277-330).

En el Colegio Mayor de San Bartolomé, como en las otras bibliotecas neogranadinas, encontramos una mezcla de autores religiosos españoles y extranjeros, tales como Nicolás de Arnaya, Juan de Ávila, Tomás de Kempis, Juan Eusebio de Nieremberg y, por supuesto, fray Luis de Granada. Así mismo encontramos a tres autores ascéticos, que eran partidarios de la lectura individual como forma de meditación y comunicación con Dios:

> Alonso Rodríguez, 1538-1616 (*Exercicio de perfección y virtudes cristianas*), libro de cabecera de los seguidores de Ignacio de Loyola en España e Hispanoamérica […]. El riobambeño Pedro de Mercado, 1684-1689 (*Comunicación del alma con su Dios trino y uno, Método de obrar con espíritu, Instrucción para hacer con espíritu los oficios corporales de la religión*, etc.; llegan a 19 las obras que se registran en el inventario de Bogotá), prolífico escritor que no salió de la Nueva Granada y fue una fuerte influencia en el conocimiento de la mentalidad ascética hasta bien entrado el siglo XVIII. Y el jesuita francés Antonio Le Gaudier, 1572-1622 (*De Natura et Statibus perfectionis*). (Rubio, 2014: 57)

La biblioteca era uno de los elementos principales del colegio mayor, lo cual se puede ver en el espacio físico en que se encontraba ubicada. En el inventario hecho por los jueces de la Junta de Temporalidades a la hora de la expulsión de los jesuitas encontramos la siguiente descripción:

> Entrose a la pieza de la libreria que tiene veinte pasos regulares de largo y siete de ancho, con tres ventanas grandes con sus vidrieras, su puerta de madera y cerradura,

> circunvalada de estantes de madera pintados de azul y perfiles de oro, con un cuadro de San Ignacio sobre la puerta de la entrada, y en el discurso de esta pieza dos mesas grandes aforradas de vaqueta, dos bancos de sentar, una silla de sentar, ordinaria, un atril largo de madera, una escalera, cuatro globos bien maltratados, y dos instrumentos de bronce del arte de geografía: y reconocidose el libro en que por abecedario se hizo el debido cotejo, poniéndose por inventario en la forma y manera siguiente. (Cit. Rubio, 2014: 60)

Si se analiza la cita anterior, podemos ver que el espacio de la biblioteca en el colegio no era menor. Contaba con excelente iluminación, era amplio y tenía mobiliario adecuado y suficiente para el estudio de sus usuarios, así como instrumentos para poner en práctica los conocimientos adquiridos. De hecho, los «cuatro globos bien maltratados» son una muestra de cómo estos instrumentos geográficos tenían un uso constante. Por otra parte, la decoración de los estantes, con perfiles de oro, es otra muestra de la importancia del lugar. Así mismo, el inventario habla de un cuadernillo en el cual se anotaban los libros que eran solicitados en préstamo por los miembros del colegio, lo que refleja una biblioteca amplia, bien dotada y especializada en educación y que tenía un uso constante y principal dentro de la comunidad jesuítica de San Bartolomé.

2.2. La expulsión de los jesuitas y el destino de la biblioteca de San Bartolomé

A pesar de esta gran influencia social y política que los jesuitas habían obtenido en España, o quizá debido a ella, en el año de 1767 Carlos III expulsa a la Compañía de Jesús de sus reinos y prohíbe su retorno, debido a «gravísimas causas, relativas a la obligación, en que me hallo constituido, de mantener en subordinación, tranquilidad, y justicia mis Pueblos, y otras urgentes, justas, y necesarias, que reservo en mi Real animo» (Carlos III, 1767: 1).

Además de su expulsión, el rey decretó también la captura de sus bienes para que fuesen vendidos y sus rentas pasaran a la Corona, o a mantener las obras pías que fueran consideradas justas y de «verdadera piedad» por parte de los funcionarios reales. Para llevar a cabo esta tarea de confiscar y disponer de los bienes terrenales de los jesuitas, se nombraron juntas locales por parte de las autoridades reales, que se conocieron como Juntas de Temporalidades. En el Nuevo Reino de Granada, la orden de expulsión de los jesuitas fue recibida por el virrey Pedro Messía de la Cerda de manos del conde de Aranda. El virrey designó a seis jueces ejecutores en la Junta de Temporalidades, con el fin de que ejecutaran las órdenes reales:

> Para el Colegio Máximo fueron señalados el oidor Antonio Berástegui y Saracho y el abogado y protector de indios Francisco Antonio Moreno y Escandón, para el Seminario de San Bartolomé el oidor Juan Francisco Pey Ruiz y el provisor del arzobispado Gregorio Díaz Quijano y, finalmente, para el noviciado de las Nieves el oidor Luis Carrillo de Mendoza y el fiscal José Antonio Peñalver Vequé (Marín, 2018: 462).

De estos seis, cinco eran miembros de la Audiencia de Santafé, y dos de ellos, Moreno y Díaz Quijano, habían sido colegiales del Colegio Mayor de San Bartolomé. Como lo indicaba la real orden, la mayoría de los bienes de los jesuitas fueron tasados y vendidos, sin embargo, el Colegio Mayor de San Bartolomé, y sus libros, tuvieron otro destino gracias a la figura del fiscal de la Junta de Temporalidades Francisco Antonio Moreno y Escandón.

Moreno y Escandón, nacido en Mariquita, Nueva Granada, en el año de 1736, era abogado de la audiencia de Santafé, en donde se desempeñó como protector de indios, desde 1765. Habiéndose formado como colegial en San Bartolomé y como bachiller y maestro en la Universidad Javeriana (Marín, 2018: 462), Moreno no era ajeno a las ideas de la Ilustración, y comulgaba con el espíritu de reforma que la monarquía borbónica estaba imponiendo en los reinos de España.

En este sentido, Moreno y Escandón, aprovechando la coyuntura de la expulsión de los jesuitas y con el apoyo del virrey y de la audiencia, desarrolla un plan de estudios que buscaba secularizar y reorganizar la educación superior en la Nueva Granada, llamado *Método provisional e interino de los estudios que han de observar los Colegios de Santafé, por ahora, y hasta tanto que se erige universidad pública o su Majestad dispone otra cosa*. Este plan, mejor conocido como el Plan Moreno y Escandón, era de corte claramente ilustrado y estaba influido por las reformas hechas por Pablo de Olavide a la Universidad de Sevilla. Por ende, este plan se basaba en las ideas impulsadas por las reformas de Carlos III de nacionalización de la ciencia, pragmatismo educativo, secularización de la educación, la inclusión de «nuevos saberes útiles» en la educación y la creación de universidades públicas bajo control de la Corona (Betancourt y Tovar, 2014: 145).

Estas reformas se encontraban influenciadas, a su vez, por las ideas de ilustrados españoles tales como Benito Jerónimo Feijoo, y ciertas corrientes provenientes del Enciclopedismo y la Ilustración francesa. Entre estas destacan el centralismo político, la racionalización de la Hacienda Pública, el reordenamiento económico y social que buscaba a través de la educación subordinar a la Corona las políticas y reformas culturales. Así mismo, las reformas se enmarcaban dentro del regalismo que ponía al poder monárquico sobre el eclesiástico, y la reforma de la instrucción pública, apuntando a una renovación de las artes y las ciencias de carácter utilitario, así como de la inclusión de capas sociales, hasta ahora marginadas, en la educación primaria y secundaria (Valencia y Loaiza, 2002: 13).

Como parte de este proyecto educativo, Moreno, en vez de cesar el Colegio Mayor de San Bartolomé, decide mantenerlo como una institución educativa secular, siendo nombrado jefe de estudios del mismo, según lo establecía la Real Cédula del 14 de marzo de 1769:

> Que para cada Universidad se nombre por Director un Ministro del Consejo, que no haya sido individuo de la misma; el cual se entere de sus estatutos, estado, rentas, cátedras, concurso de discípulos, cumplimiento de los catedráticos, y demás ejercicios literarios y económicos; formándose una instrucción particular, a cuyo efecto pase este expediente a los señores Fiscales para que propongan sobre ello

> las reglas prácticas que les ocurran; viendo y resolviendo el Consejo lo conveniente al establecimiento y mejoría del estudio y esplendor de las Universidades del Reino. (Pérez, 1796, tomo XI)

El proyecto buscaba así la creación de una universidad pública en las instalaciones del Colegio Mayor de San Bartolomé, desmontando los métodos de enseñanza escolásticos, propios de la universidad medieval. La biblioteca del colegio no fue ajena a la reforma de Moreno y sus contenidos encarnarían otra parte de este proyecto en favor de la educación pública.

Así pues, en el año de 1777 Moreno y Escandón entrega al ilustrado Manuel del Socorro Rodríguez 4182 libros para que fundara la primera biblioteca pública de Nueva Granada. Esta biblioteca fue fundada en los mismos salones del reformado Colegio Mayor de San Bartolomé, y contaba con numerosas obras de distintas temáticas y épocas, que incluían incunables y algunos tomos de literatura neogranadina. Además de los libros de los jesuitas, esta institución contó con donaciones de la colección particular de Manuel del Socorro Rodríguez (Campillo, 2023: 331-332).

En un principio, la biblioteca fue establecida sin autorización real, sin embargo, en 1788, gracias a la intervención del virrey Antonio Caballero y Góngora, la biblioteca es ratificada por la Orden Real del 16 de abril, tomando el nombre de Real Biblioteca Pública de Santafé (Fortich, 2015: 215). Esta aprobación tenía varias características. En primer lugar, el rey aceptaba la asignación de «cinco mil setecientos un pesos, siete reales, según lo propuso el comisionado D. Francisco Antonio Moreno» (AGN. Colegios:SC.12, 1788, f. 3 v.). Sin embargo, el rey advierte que este es un caso excepcional, que está supeditado a la ejecución de los bienes de los jesuitas por parte de la Junta de Temporalidades:

> Y atendiendo S.M. A la decadencia en que se halla este ramo, y a las crecidas cantidades que se inpenden anualmente en las pensiones alimentarias y demas gastos de su administracion, me manda prevenir a V.E. que esta condescendencia de S.M con los deseos de la Junta no debe servir de exemplar para otros casos por que ninguna aplicación sera efectiva hasta que las temporalidades no se hallen desembarazadas de sus gravámenes. (AGN. Colegios:SC.12, 1788, ff. 3 y 4v.).

De esta manera, a pesar de pretender impulsar reformas de corte ilustrado, la Corona no tenía intención de gastar dinero de sus arcas, por lo que tampoco propendía a que otras ciudades o reinos tomaran este tipo de iniciativas. A pesar de esto, la biblioteca fue llevada felizmente a término y se mantiene hasta nuestros días, como parte de la colección de la Biblioteca Nacional de Colombia.

3. La influencia del «Plan Moreno y Escandón»

El Plan Moreno y Escandón y su pretensión de considerar la educación como un asunto de Estado no afectó solamente a las instituciones jesuitas, sino a todas las instituciones educativas de Nueva Granada. Para Moreno, la enseñanza

primaria debía ser gratuita y la superior debía estar supervisada por el Gobierno. En este sentido, el plan planteaba que nadie podía abrir nuevas escuelas, colegios o universidades sin haber sido examinado y aprobado por el Gobierno, lo que generó malestar en los sectores eclesiásticos (Valencia y Loaiza, 2002: 13-14).

La reforma educativa planteada por Moreno implicaba la pérdida del poder que el clero había tenido hasta el momento sobre la educación. Debido a esto, varias voces eclesiásticas se alzaron contra este plan, siendo la de fray Antonio Romero la más influyente. La discusión no afectó solamente al fiscal, a quien se acusó de impío, sino que salpicó a otros ilustrados, como José Celestino Mutis, quien fue denunciado ante la Inquisición por parte de los dominicos, acusándolo de hereje por enseñar a Newton y Copérnico en su cátedra de Matemáticas en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario. A pesar de estas denuncias, que finalmente fueron desestimadas, el Plan Moreno y Escandón fue aprobado y su implementación comenzó en 1774, por resolución de la Junta de Temporalidades (Soto Arango, 2004: 36-40).

En términos de materias, el plan buscaba varias reformas, entre las que destacaban cursos anuales para la cátedra de Filosofía, en vez de los trienales que se venían llevando a cabo; la ampliación de la enseñanza de teología a 5 años y la inclusión de la teología especulativa en los dos años finales; el expurgo de las consideradas «cuestiones inútiles» de las cátedras de Filosofía y Teología, así como la prohibición de que los contenidos de estas se centrasen en una sola escuela; la ampliación de los cursos de jurisprudencia a 5 años y la inclusión de la enseñanza del derecho civil; el cambio de las lecciones basadas en la escolástica medieval por enseñanzas basadas en la observación y la experiencia, y, finalmente, la separación de los dominicos como examinadores de la universidad, puesto que carecían de las credenciales académicas para ello, en específico, su formación como doctores en las distintas disciplinas (Valencia y Loaiza, 2022: 16-18).

Como se puede ver, la reforma educativa planeada para Nueva Granada incluía las cátedras de todas las instituciones de educación superior, y el fiscal Moreno no tardó en empezar su implementación. De hecho, las fuentes nos muestran cómo la iniciativa de la creación de la Real Biblioteca de Santafé ayudaría al fiscal a implementar su reforma educativa en el Colegio Mayor de Nuestra señora del Rosario.

3.1. La donación de libros de Moreno al Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

El 23 de abril de 1776, un año antes de la creación no oficial de la biblioteca pública de Santafé, el rector del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, don José Joaquín Guzmán, recibe una misiva de parte del fiscal Moreno y Escandón en la cual este le hace entrega de una serie de libros como resultado de los primeros esfuerzos de clasificación del expolio de las bibliotecas de los jesuitas. Los libros fueron donados dado que existían títulos repetidos que podían ser útiles para la enseñanza impartida en el colegio, de acuerdo a los modelos ilustrados que Moreno y Escandón pretendía imponer en su reforma educativa. La misiva estipulaba lo siguiente:

Mui señor mio. A consequencia de lo acordado por la Junta superior de aplicaciones se an separado y aplicado a ese Colexio de los duplicados destinados para el establecimiento de la Biblioteca publica, hasta ahora por no haverse reconocido perfectamente sus sobrantes, los libros siguientes
2 tomos Biblia Sacra con escolios, folio pergamino[5]
2 tomos Concordancias, folio pergamino[6]
6 tomos Glosa de Lira, folio pasta antigua[7]
8 tomos Silveira, expositor, folio pergamino[8]
1 tomo Freyre, in Judicum, 4.o pergamino[9]
8 tomos Cuerpo del Derecho Civil y Canonico, en 4.o menor[10]
1 tomo Balcazar, epitome juris, folio pergamino[11]
2 tomos Villarroel, Gobierno Eclesiastico, folio pergamino[12]
2 tomos Gibalino, de Usuris, en folio pergamino[13]
1 tomo del mismo, de Clausulis, en 4.o pergamino[14]
2 tomos expurgatorio, folio pergamino[15]
5 tomos Leandro, su obra, folio pergamino[16]

5. Puede tratarse de alguna de las muchas ediciones de la Biblia presentes en el Archivo Histórico. Dado que menciona que es con escolios y que son dos volúmenes, podría tratarse de la edición de 1624: *Biblia sacra Vulgatae editionis Sixti V. Pont. Max. Iussu recognita atque edita cum scholiis plurimum auctis et emendatis Ioannis Marianae, et notationibus Emanuelis Sa. Societatis Iesu sacerdotum. Quae singulis sacri textus capitibus subiunguntir, et perpetui commentarii vicem supplent; addito Petri Lanselii eiusdem oc. Suplemento*, AHUR, E28N006 V.1 y V.2.

6. Puede tratarse de alguna de las muchas ediciones de concordancias de la Biblia presentes en el Archivo Histórico, proponemos la edición de 1638: *Sacrorum Bibliorum Vulgatae editionis Concordantiae, iussu Sixti V Pont. Max,* AHUR, E09N006.

7. Lyra, Nicolás de (1603), *Bibliorum sacrorum glossa ordinaria*, AHUR, E26N049 V.1.-V.6.

8. Seguramente haga referencia a los comentarios al evangelio llevados a cabo por João da Sylveira, de los cuales hay múltiples tomos en el Archivo Histórico. Proponemos la edición de 1664: *R. P. D. F. Ioannis da Sylveira, Commentariorum in textum Evangelicum*, AHUR, E11N080, V.1.-V.5.

9. Freire, Juan (1642), *In VII priora capita libri Iudicum commentarii*, AHUR, E19N041.

10. Puede tratarse de varias de las numerosas ediciones del *Corpus Iuris Civilis et Canonicii* presentes en el Archivo Histórico. Proponemos la edición de Denis Godefroy de 1663: *Corpus Juris civilis: Pandectis ad Florentinum archetypum expressis, Institutionibus, Codice et Novellis, addito textu grco, ut et in Digestis et Codice, Legibus et Constitutionibus Graecis, cum optimis quibusque Editionibus*, AHUR, E22N042.

11. Rodríguez Valcárcel, Francisco (1647), *Epitome Iuris Canonici*, AHUR, E13N069.

12. Villarroel, Gaspar de (1656), *Govierno Eclesiastico pacifico: y union de los dos cuchillos, pontificio y regio*, AHUR, E17N024 V.1. y V.2.

13. Gibalin, Joseph de (1656), *De Usuris, Commerciis, deque aequitate & usu fori Lugdunensis*, AHUR, E06N006, V.1. y V.2.

14. Posiblemente se trate de Gibalin, Joseph de (1631), *De universa rerum humanarum negotiatione tractatio scientifica utrique foro perutilis, ex iure naturali, ecclesiastico, civili, romano et gallico*, AHUR, E15N007, V.1. y V.2.

15. Inquisición Española (1747), *Index librorum prohibitorum ac expurgandorum novissimus pro universis Hispaniarum regnis serenissimi Ferdinandi VI regis catholici. Hac ultima editione Illustr. ac Rev. D.D. Francisci Perez de Prado*, AHUR, E11N071 V.1 y V.2.

16. Posiblemente: Leandro del Santísimo Sacramento (1654), *Quaestiones morales theologicae in septem Ecclesiae sacramenta*.

3 tomos Soto, in quartum[17] y de Justitia, folio pergamino[18]
7 tomos Diana y comp. folio pergamino[19]
2 tomos Colexio Complutense, folio pergamino[20]
1 tomo Fray Juan Ponze, su curso, folio pergamino[21]
1 tomo Arquitectura Civil, en 4.o pergamino[22]
1 tomo Ulloa elementos Mathematicos, 4.o pergamino[23]
1 tomo Pobio, Ynstituciones Philosophicas, 4.o pergamino[24]
5 tomos Curso de Fosca, en 8.o menor pergamino[25]
1 tomo Calepino de Salas, en 4.o menor pergamino[26]
1 tomo Calepino de Siete lenguas, en folio pergamino[27]
1 tomo Bocabulario de Antonio, folio pergamino[28]
1 tomo Bocabulario Eclesiastico, folio pergamino[29]
21 tomos pequeños, a su vez, 3 Virgilios, 3 Ovidios, 2 Ciceron, 1 Quinto Curcio, 1 Gramatica Griega, 1 Fabulas de Esopo, 1 Marcial, 1 Salustio, 1 Claudiano, 1 Suarez, 1 Sanchez, 1 Balerio Maximo, 1 Ausonio, 1 Lucano, 1 Mañer, 1 Selecta Patrum[30]

17. Soto, Domingo de (1556), *Commentariorum Fratris Dominici Soto Segobiensis […] in Quartum Sententiarum*, AHUR, E12N056.

18. Posiblemente alguna de las 4 ediciones de *De Iustitia & Iure libri decem* de Domingo de Soto presentes en el Archivo Histórico (AHUR, E14N073; AHUR, E09N070; AHUR, E07N076; AHUR, E04N076 V.1-2).

19. Posiblemente alguna de las 17 ediciones de *Resolutionum Moralium* de Antonino Diana, que se conservan en el Archivo Histórico, todas del siglo XVII.

20. Posiblemente: S/A (1627), *Constitutiones, insignis Collegii Sancti Ildephonsi, ac per inde totius almae Complutensis Academiae*, AHUR, E35N071.

21. Posiblemente haga referencia al libro *Iardin espiritual de monias en el qual se enseña como se criara una perfecta monia… compuesto por el maestro fray Iuan Ponce Leon*, escrito por el fraile de los Trinitarios Juan Ponce de León. El libro no se encuentra en la colección del Archivo Histórico.

22. No ha sido posible su identificación.

23. Ulloa, Pedro de (1706), *Elementos mathematicos. Que comprehenden los principios de la Arte Menor, y Mayor de la Arithmetica… los principios de la Algebra y su aplicación a la geometría. Tomo I*, AHUR, E07N036.

24. No ha sido posible su identificación.

25. No ha sido posible su identificación.

26. Se trata del libro *Compendium latino-hispanum, utriusque linguae veluti lumen* de Pedro de Salas, del cual el Archivo Histórico conserva dos ediciones. Debido a que una de ellas es posterior a los hechos analizados en este artículo, posiblemente se trate de la edición de Amberes de 1724.

27. Calepino, Ambrogio (1746), *Septem linguarum Calepinus. Hoc est Lexicon Latinum, variarum linguarum interpetatione adiecta*, AHUR, E30N040 V.1-2.

28. Se trata del famoso *Vocabularius Nebrissensis. Aelii Anthonij nebrissensis prestantissimi grammatici Lexicon i dictionarium nuperrime ex hispaniense in gallicum traductum eloquium, cum plurimis* de Antonio de Nebrija, que contó con numerosas ediciones a través de la Edad Moderna. El Archivo Histórico conserva varios diccionarios de Nebrija, pero ningún vocabulario.

29. Sin identificar.

30. Debido a que el registro solo menciona el nombre o apellido de estos autores, es imposible identificar los libros con certeza.

1 tomo Ramillete Poetico, en 4.o pergamino[31]
1 tomo Regia Parnasi, 8.o menor[32]
12 tomos en folio y 1 en 4.o pergamino de Agustin Barbosa[33].
Los quales remito a vuestra merced con encargo de que se sirva anotandolos en el libro de librería de ese Colexio, con expresion de esta aplicacion, noticiarme de su recivo con la misma individualidad para resguardo y govierno. Dios guarde a vuestra merced muchos años. Santa Fe. 23 de abril de 1776. Besa la mano de vuestra merced su atento seguro servidor. Francisco Antonio Moreno. Añadense 8 tomos folio pergamino Beyerlin, theatro de la vida humana[34]. (AHUR. Caja 6. 1776, ff. 1-2.)

Así pues, nos encontramos una donación con temáticas variadas, en donde hay una clara preeminencia en los libros de derecho (37), seguidos por los religiosos (26) y por los clásicos (21), pero que incluía otras temáticas como matemáticas, gramática y literatura, como se puede apreciar en el siguiente gráfico:

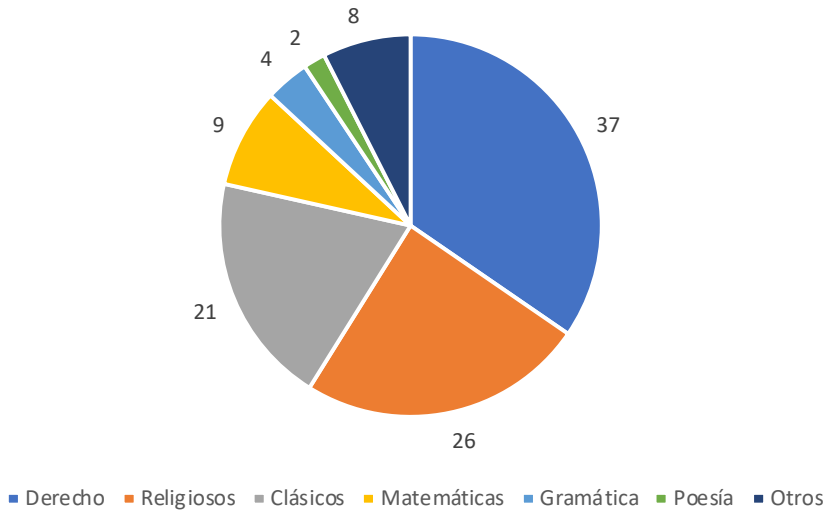


Figura 1. Temáticas de los libros donados por Moreno y Escandón.
Fuente: Elaboración propia.

31. Posiblemente: *Ramillete de varias flores poeticas, recogidas y cultivadas en los primeros abriles de sus años* escrito por Jacinto de Evia en 1676. AHUR, E19N045.

32. Vanière, Jacques (1735), *Regia Parnassi, seu Palatium Musarum. In quo synonyma, epitheta, periphrases, et phrases poeticae… ordine alphabetico continentur etc.*, AHUR, E01N085.

33. Actualmente, el Archivo Histórico conserva 24 libros de Agustín (Agostinho) Barbosa, pudiéndose tratar de varios de estos. https://catalogo.urosario.edu.co/cgi-bin/koha/opac-search.pl?q=Agostinho+Barbosa

34. Beyerlinck, Laurentius (1656), *Magnum theatrum vitae humanae: hoc est, rerum divinarum, humanarumque syntagma catholicum, philosophicum, historicum et dogmaticum ad normam Polyantheae universalis dispositum*, AHUR, E27N001, V.1.

A pesar de que esta era una donación hecha con base en el «espíritu ilustrado», la religión seguía siendo central en la vida cotidiana de los reinos de la monarquía y el hecho de pasar la educación de las órdenes religiosas al Estado tenía más que ver con razones políticas que con razones de carácter teológico. De hecho, las reformas en sí mismas seguían vinculadas con los principios dogmáticos del catolicismo, y el fiscal Moreno consideraba que «La Educación era función de la familia coadyuvada por la Iglesia». A lo anterior se sumaba la continuidad de las políticas de pureza de sangre necesarias para acceder a la educación, que fueron características en Hispanoamérica (Valencia y Loaiza, 2002: 13).

En primer lugar, aparecen los estudios bíblicos, que se basaban en tres tipos de texto. El texto bíblico en sí mismo, que en esta donación encontramos 2 tomos; las *Concordantiae Biblorum sacrorum vulgatae editionis,* que eran una herramienta vital para la interpretación de la Biblia para evitar errores de fe, sobre todo en una época en donde las traducciones de este libro a lenguas vulgares ya estaban permitidas, y de las cuales también encontramos dos tomos. Y, finalmente, los comentaristas y glosadores de la Biblia. En esta donación encontramos seis tomos de las glosas de Nicolas de Lira, fraile franciscano, reconocido por ser uno de los más importantes exégetas del cristianismo entre los siglos XIV y XV. A pesar de que este libro no se conserva hoy en día en las colecciones de la Biblioteca Antigua de Nuestra Señora del Rosario, dada la forma de catalogación, puede tratarse de la edición latina de la biblia glosada por este autor: *Textus biblie: cum glossa ordinaria / Nicolai de Lyra postilla, Moralitatibus eisdem Pauli Burgensis, additionibus Matthie Thoring replicis; prima pars* (1520). Así mismo, encontramos los 8 tomos del padre João da Silveira (1592-1687), miembro de la orden de Carmelitas Descalzos, famoso teólogo, quien publicó varias obras, entre las que destacan sus *Comentariorum in textos evangelicum* y sus *Comentaria in Apolcalypsim*. Aunque el listado no especifica el título de la obra, dado el número de volúmenes anotados, podría tratarse de alguna de las ediciones de su *Opuscula* o su *Opera* que se publicaron en el siglo XVIII[35]. Finalmente, se encuentra el libro del jesuita Juan Freire *In VII priora capita libri Iudicum commentari*. Este libro, publicado en Madrid en 1642, contiene los comentarios de Freire al Libro de los Jueces, específicamente del capítulo 1, versículo 1 al capítulo 20, versículo 20, y los dos volúmenes del Índice Expurgatorio, en su edición de 1747, que por ley era necesario tener en toda librería. Estas dos obras se conservan hoy en día en la biblioteca del Archivo Histórico de la Universidad del Rosario y tienen una marca muy interesante que prueba que los libros de la donación sí llegaron al colegio mayor: una anotación manuscrita en la portada. En el caso del libro de Freire, la nota dice «De la Compañía de Jesús de Santafé. Duplicado», y en el del

35. Al respecto se pueden consultar las entradas que sobre este hay en el Catálogo para el Patrimonio Bibliográfico Español PABI: http://catalogos.mecd.es/CCPB/cgi-ccpb/abnetopac/O12213/IDf2c1e702/NT4

Expurgatorio dice «Del Colegio Máximo de la Compañía de Jesús de Santafé. Librería» como se puede ver en la Figura 2.

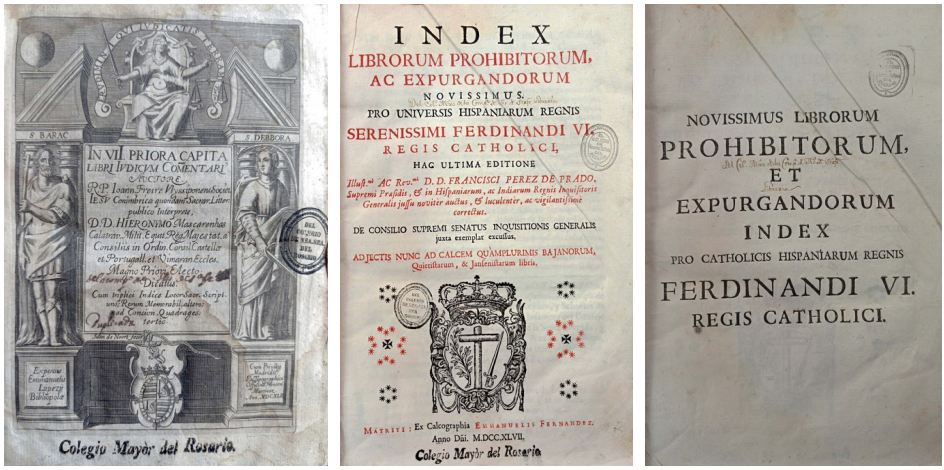


Figura 2. Portadas del libro de Juan Freire y de los dos volúmenes del Índice Expurgatorio. Fuente: AHUR, E19N41 y AHUR, E11N071, v.1 y v.2, fotografías del archivo del autor.

Adicionalmente a los anteriores, la donación anota «5 tomos de Leandro, su obra», que hacen referencia a 5 tomos del libro *Quaestiones morales teologicae in septem Ecclesiae Sacramenta,* del religioso español Leandro del Santísimo Sacramento, ministro provincial de la provincia del Espíritu Santo de la Orden de la Santísima Trinidad. Este es un tratado de filosofía y teología moral, de cuyos 8 volúmenes 5 fueron donados a la biblioteca del colegio mayor, y se conservan el volumen primero, de la edición lionesa de 1664, y los volúmenes 2 a 4 de la edición de 1654 de la misma ciudad[36].

El segundo gran rubro temático que encontramos en la donación hecha por Moreno es el de los libros de derecho. De los 108 volúmenes donados a la biblioteca del Colegio Mayor del Rosario, el 34.3 % son libros jurídicos. Esta cantidad de libros de derecho se explica en que, como se mencionó anteriormente, una de las intenciones del Plan Moreno y Escandón era la reforma de la enseñanza en las facultades de Derecho y Jurisprudencia de la época, de manera que este envío de libros fue la forma en que el fiscal Moreno daba a entender qué libros debían tenerse en cuenta para las cátedras.

De los libros de derecho contamos con «8 tomos del Cuerpo de Derecho Civil y Canónico». Esta referencia habla de dos códigos jurídicos vitales para la

36. Para un estudio a profundidad sobre los autores espirituales véase Pérez-García (2006).

enseñanza del derecho: en primer lugar, el *Corpus Iuris Civilis* de Justiniano o alguno de los comentarios sobre este, hechos por juristas posteriores, de los cuales se conservan 32 copias en el Archivo Histórico, algunas de ellas sin portada, por lo que no se ha podido identificar cuál pertenece a esta donación. En segundo lugar, refiere al *Corpus Iuris Canonici*, recopilación de normas canónicas llevada a cabo por la Iglesia entre los siglos XII y XVI. De este, al igual que con el *Corpus Iuris Civilis*, se conservan siete ediciones, pero sin rastros que las unan a la donación de Moreno.

La existencia y el paso por la biblioteca del Colegio Mayor del Rosario del siguiente ítem en la lista, el «Epitome Iuris de Balcázar», están documentados en una anotación manuscrita presente en otro libro. Se trata de la *Summa Apostica-lorum decisionum* de Agustín Barbosa, impresa en Lion en 1680, la cual tiene una anotación en la portada que dice: «Teniendo este Colegio duplicado el tomo de Balcázar, Epitome Iuris, y faltándole algunos tomos de Barbosa se le trocó al Señor Doctor Jorge Lozano el […] Epitome por éste, de Barbosa, que era uno de los que faltaba. Y queda […] del Colegio de Monserrate, Noviciado de las Nieves»[37]. Esta nota es interesante por varios motivos: en primer lugar, muestra que el libro de Balcázar hizo parte de la colección del colegio mayor y se encontraba repetido. En segundo lugar, implica un conocimiento claro de los fondos de la biblioteca por parte de funcionarios o usuarios. Finalmente, habla del uso de los libros mostrando que estos eran objeto de intercambios entre diferentes lectores de Santafé, poniendo en evidencia la existencia de una circulación del libro usado en el virreinato neogranadino.

Posteriormente, encontramos el libro *Gobierno eclesiástico pacífico y unión de los dos cuchillos pontificio y regio* de Gaspar de Villarroel (AHUR, E17N24 V.1. Ej. 1 y 2, V.2. Ej. 1 y 2.), quiteño, obispo de Santiago de Chile, Arequipa y arzobispo de la Plata. Este libro es uno de los tratados canónicos más eruditos escritos en América, por un autor criollo, en el siglo XVII (Red de Archivos y Bibliotecas del Perú, 2022, en línea) y trata de las potestades episcopales del clero secular en los territorios españoles. La edición que se conserva en el AHUR cuenta también, en el segundo volumen, con la nota «De la Compañía de su Librería»[38] que la vincula a la donación de Moreno.

Adicionalmente encontramos dos obras del jesuita francés Joseph Gibalini (1592-1671): *De Usuris, Commerciis, deque aequitate*, impreso en Lion en 1656 (AHUR E6N06), que, como lo indica su nombre, es un tratado sobre la legalidad y la moralidad de los préstamos y la usura que se puede o debe cobrar sobre ellos; y un segundo libro que se lista como «De Clausulis». Repasando la amplia obra del

37. Transcripción de la nota disponible en: https://catalogo.urosario.edu.co/cgi-bin/koha/opac-detail.pl?biblionumber=36559

38. Transcripción de la nota disponible en: https://catalogo.urosario.edu.co/cgi-bin/koha/opac-detail.pl?biblionumber=79049

jesuita, y contrastando con los ejemplares presentes en el AHUR, es posible que se trate del libro de 1648 *Disquisitiones Canonicae de clausura regulari ex veteri et novo iure* (AHUR, E22N015), pues es el único de este autor que se conserva en un volumen sencillo y es posible que la palabra «Clausulis» sea un error y quisiera decir «Clausuris», ya que este texto trata sobre las leyes que regulan a los religiosos y las monjas de clausura. Sin embargo, ni el libro de *De Usuris* ni el de *Disquisitiones Canonicae de clausura* cuentan con las marcas que permitan asociarlos a la donación.

Uno de los principales aportes de la donación al colegio, en términos de filosofía del derecho, son las obras de Domingo de Soto *In quartum Sententiarum Commentarii* (AHUR, E12N056 V.1.) y *De Iustitia et Iure* (AHUR, E14N073; E09N070; E07N076; E04N076 V.1-2), de los que se conservan en el Archivo Histórico varios juegos completos, algunos sin las portadas, por lo cual no se han podido ligar materialmente a la colección. Domingo de Soto fue uno de los principales teólogos españoles del Renacimiento. Discípulo de Francisco Vitoria, De Soto revolucionó el pensamiento jurídico y teológico de su época. En palabras de Carro (1943), «con Vitoria y Domingo de Soto en Salamanca, el Renacimiento teológico y teológico-jurídico, adquiere su forma definitiva; con ellos dos la Universidad de Salamanca será la primera universidad del mundo, arrebatando el cetro a la de París». El libro *De Iustitia et Iure* es especialmente interesante en el contexto de la donación, pues en él, además de filosofía, política y derecho, Domingo de Soto trata el tema americano desde la perspectiva de la defensa del débil, por ende, de los indígenas americanos (Cuesta Domingo, s/a, en línea).

Finalmente, los libros de derecho cuentan con la obra del padre Antonio Diana, sacerdote teatino y consultor del Santo Oficio del Reino de Sicilia, quien escribió su *Resolutiones Morales*, en las cuales trata temas de derecho eclesiástico e inquisitoriales, así como de los límites de las jurisdicciones eclesiásticas, además de otras reflexiones teológicas y morales. De este libro se conservan diecisiete tomos en el AHUR[39].

Como se ha podido ver, la donación del fiscal Moreno, en cuanto a libros jurídicos, enmarcaba una gran cantidad de temáticas tanto del derecho real como del canónico, teniendo especial importancia aquellos textos que hablaban de los límites del derecho eclesiástico en su actuar en los asuntos terrenos, y se trataban temas de interés para el desarrollo del virreinato como el derecho comercial y el estatus jurídico de los indígenas en el territorio americano.

Adicionalmente a los libros de derecho, encontramos los volúmenes de matemáticas, puesto que Moreno, en su esfuerzo de apropiación de las corrientes reformadoras de la educación pública de las Reformas Borbónicas en Nueva Granada, impulsó la inclusión de novedades temáticas, como la física y las matemáticas,

39. Al respecto ver https://catalogo.urosario.edu.co/cgi-bin/koha/opac-detail.pl?biblionumber=76153

que tenían como precedente los cursos abiertos por José Celestino Mutis algunos años antes (Valencia y Loaiza, 2002: 13). De entre estas obras la única que pudo ser identificada en la biblioteca del AHUR fue el libro de Pedro de Ulloa *Elementos mathematicos. Que comprehenden los principios de la Arte Menor, y Mayor de la Arithmetica… los principios de la Algebra y su aplicación a la geometría* (AHUR, E07N036), que fue la primera obra escrita en España en la que se trataban la geometría y la aritmética de Descartes, entre otras temáticas (Peñalver y Bachiller, 1930: 49-50).

Por otra parte, dentro de los libros enviados por Moreno se hallaba una buena donación de libros de gramática. La gramática fue una de las principales herramientas educativas de los jesuitas, y su enseñanza era obligatoria en todos sus colegios y universidades. Así mismo, fue, desde principios de la época colonial, uno de los principales métodos de evangelización y de conquista cultural utilizados por la Corona en América (Campillo, 2023: 326). Así pues, encontramos el *Compendium latino-hispanum, utriusque linguae veluti lumen* (AHUR, E02N101 y E12N028), de Pedro de Salas, mejor conocido como «Calepino de Salas», que se trataba de uno de los principales diccionarios gramaticales latín-español, cuyo uso se extendió por toda la Edad Moderna. Así mismo, encontramos el «Calepino Siete Lenguas», que hace referencia al libro *Septem linguarum Calepinus. Hoc est Lexicon Latinum, variarum linguarum interpetatione adiecta* escrito por Ambrosio Calepino (AHUR, E30N040 V.1-2), el cual se trataba de un diccionario multilingüe, que contaba además con algunos catálogos de autores latinos y sus equivalencias y traducciones en otras lenguas como griego, hebreo, alemán, francés, italiano y español. Finalmente, encontramos el «Vocabulario de Antonio», que hace referencia al *Vocabularius Nebrisensis*, del cual se conservan varios tomos en el Archivo Histórico de la Universidad del Rosario, cuya presencia fue bastante común en la América española, siendo Nebrija uno de los autores más leídos de su época (Gehbald, 2021: 195-197).

Uno de los principales apartados de la donación es el de los autores clásicos. Así pues, encontramos las obras de Virgilio, Ovidio, Cicerón, Quinto Curcio, Esopo, Marcial, Salustio, Claudiano y Valerio Máximo, puesto que la lectura de los autores de la antigüedad grecolatina, así como la enseñanza del griego y el latín, seguían siendo fundamentales en la educación europea, y por ende americana, de la Edad Moderna. En esta selección encontramos libros clásicos de poesía, política, derecho y literatura. Dado lo comunes que eran estos libros en las bibliotecas americanas, y la gran cantidad de ellos que se conservan en el AHUR, no ha sido posible identificar exactamente cuáles fueron los títulos donados por Moreno.

Finalmente, son curiosos en la donación los dos libros de poesía, uno en castellano y el otro en latín, encontrados en la donación. En primer lugar, se encuentra el *Ramillete de varias flores poeticas, recogidas y cultivadas en los primeros abriles de sus años*, escrito por Jacinto de Evia (AHUR, E19N045), sacerdote y poeta de Guayaquil. Esta obra es interesantísima pues Evia fue el primer poeta erótico de la literatura ecuatoriana, escribiendo en una época en donde estos temas eran

aún vistos con recelo. Al respecto escribió: «Nadie extrañará que los abriles de mis primeros años produxessen estos verdores. También no ignoro que ser amante y poeta es lance forzoso» (Rodríguez Castelo, en línea), como una forma de justificar sus poemas y evitar la persecución por ser algo natural en la edad en que lo escribió. Así mismo, encontramos el libro *Regia Parnassi, seu Palatium Musarum. In quo synonyma, epitheta, periphrases, et phrases poeticae… ordine alphabetico continentur etc*., del jesuita francés Jacques Vanière (AHUR, E01N085), el cual es un manual en latín para la composición de versos, a través del uso de epítetos, perífrasis y otras figuras literarias en la poesía.

4. Conclusiones

A lo largo de este texto se ha podido evidenciar de qué manera la influencia de nuevas corrientes de pensamiento ilustrado afectaron la educación en Nueva Granada, impulsadas por la Corona a través de reformas políticas, sociales y culturales. La donación de libros de Moreno y Escandón al Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario nos muestra varios elementos interesantes a este respecto.

En primer lugar, nos muestra que las corrientes ideológicas europeas llegaron a los virreinatos americanos casi al mismo tiempo que en la metrópoli, gracias a las políticas institucionales llevadas a cabo por la Corona en el siglo XVIII. La existencia de personajes como Moreno y Escandón, que encarnan los valores ilustrados, es la prueba de que dichas ideas llevaban ya largo tiempo circulando en las élites intelectuales neogranadinas, quienes pretendían aplicarlas y diseminarlas en sus territorios de acuerdo con las corrientes de la época.

En concordancia con lo anterior, este trabajo nos ha mostrado que las bibliotecas jesuitas de Nueva Granada contaban con colecciones vastísimas de las más variadas temáticas, y que estaban actualizadas en términos de ediciones, autores y temáticas. La existencia de colecciones de este nivel indica, también, la existencia de un mercado del libro consolidado y rico, que permitía la llegada de estos al territorio neogranadino en las cantidades que nos muestra el estudio. Dentro de este mercado, las órdenes religiosas fueron protagonistas, y de entre ellas los jesuitas jugaron un papel fundamental. De ahí que del expolio de sus colecciones se hubiera podido llevar a cabo uno de los proyectos ilustrados más importantes del siglo XVIII en la América española: la creación de una de las primeras bibliotecas públicas del continente.

Adicionalmente, se vio que, a pesar de ser un virreinato relativamente joven, Nueva Granada se encontraba a la vanguardia en los intentos de implementación de políticas ilustradas en su territorio. Muestra de esto es la intención de Moreno y Escandón de implantar el *Método provisional e interino de los estudios que han de observar los Colegios de Santafé, por ahora, y hasta tanto que se erige universidad pública o su Majestad dispone otra cosa*, que buscaba, en la segunda mitad del siglo XVIII, la transición del modelo educativo basado en las órdenes religiosas

a un modelo educativo público, controlado por la Corona. Y a pesar de que en última instancia dicha reforma no llegó a buen término, su influencia marcaría el desarrollo de la educación pública en la Colombia republicana del siglo XIX.

Finalmente, cabe resaltar que casos como esta donación son un ejemplo de la existencia de una circulación local de libros usados, lo que permitía que un mismo volumen llegase a diversos lectores y colecciones dentro de Nueva Granada. Esta es una temática que está aún por estudiar en la mayoría de los territorios hispanos, dada la dificultad de encontrar fuentes que la avalen, y que ayudaría a entender la forma en que las ideas circulaban y se transmitían al interior de los territorios americanos.

5. Bibliografía

5.1. Archivos y documentos utilizados

Archivo Histórico de la Universidad del Rosario (AHUR), caja 6, fosl. 234-235, 1776.

Archivo General de la Nación (AGN), Colegios: SC.12. *Santafé: destino de libros de los jesuitas*, 1788.

Beyerlinck, Laurentius (1656), *Magnum theatrum vitae humanae: hoc est, rerum divinarum, humanarumque syntagma catholicum, philosophicum, historicum et dogmaticum ad normam Polyantheae universalis dispositum*, AHUR, E27N001, V.1.

Calepino, Ambrogio (1746), *Septem linguarum Calepinus. Hoc est Lexicon Latinum, variarum linguarum interpetatione adiecta*, AHUR, E30N040 V.1-2.

Evia, Jacinto de (1676), *Ramillete de varias flores poeticas, recogidas y cultivadas en los primeros abriles de sus años*, AHUR, E19N045.

Freire, Juan (1642), *In VII priora capita libri Iudicum commentarii*, AHUR, E19N041.

Gibalin, Joseph de (1631), *De universa rerum humanarum negotiatione tractatio scientifica utrique foro perutilis, ex iure naturali, ecclesiastico, civili, romano et gallico*, AHUR, E15N007, V.1. y V.2.

Gibalin, Joseph de (1656), *De Usuris, Commerciis, deque aequitate & usu fori Lugdunensis*, AHUR, E06N006, V.1. y V.2.

Godefroy, Denis de (1663), *Corpus Juris civilis: Pandectis ad Florentinum archetypum expressis, Institutionibus, Codice et Novellis, addito textu grco, ut et in Digestis et Codice, Legibus et Constitutionibus Graecis, cum optimis quibusque Editionibus*, AHUR, E22N042.

Iglesia católica (1624), *Biblia sacra Vulgatae editionis Sixti V. Pont. Max. Iussu recognita atque edita cum scholiis plurimum auctis et emendatis Ioannis Marianae, et notationibus Emanuelis Sa. Societatis Iesu sacerdotum. Quae singulis sacri textus capitibus subiunguntir, et perpetui commentarii vicem supplent; addito Petri Lanselii eiusdem oc. Suplemento*, AHUR, E28N006 V.1 y V.2.

Iglesia católica (1638), *Sacrorum Bibliorum Vulgatae editionis Concordantiae, iussu Sixti V Pont. Max*, AHUR, E09N006.

Inquisición Española (1747), *Index librorum prohibitorum ac expurgandorum novissimus pro universis Hispaniarum regnis serenissimi Ferdinandi VI regis catholici. Hac ultima editione Illustr. ac Rev. D.D. Francisci Perez de Prado […]*, AHUR, E11N071 V.1 y V.2.

Lyra, Nicolás de (1603), *Bibliorum sacrorum glossa ordinaria*, AHUR, E26N049 V.1.-V.6.

Pérez, A. (1796), *Teatro de la Legislación Universal de España e Indias. Por orden cronológico de sus cuerpos y decisiones no recopiladas y alfabético de sus títulos y principales materias. Tomo XI,* Madrid: Imprenta de Ramón Ruiz.
Rodríguez Valcárcel, Francisco (1647), *Epitome Iuris Canonici*, AHUR, E13N069.
S/A (1627), *Constitutiones, insignis Collegii Sancti Ildephonsi, ac per inde totius almae Complutensis Academiae*, AHUR, E35N071.
Salas, Pedro de (1724), *Compendium latino-hispanum, utriusque linguae veluti lumen*, Amberes.
Soto, Domingo de (1556), *Commentariorum Fratris Dominici Soto Segobiensis […] in Quartum Sententiarum*, AHUR, E12N056.
Soto, Domingo de (s/a), *De Iustitia & Iure libri decem*, AHUR, E14N073; AHUR, E09N070; AHUR, E07N076; AHUR, E04N076 V.1-2.
Sylveira, Ioannis da (R. P. D. F.) (1664). *Commentariorum in textum Evangelicu*, AHUR, E11N080, V.1.-V.5.
Ulloa, Pedro de (1706), *Elementos mathematicos. Que comprehenden los principios de la Arte Menor, y Mayor de la Arithmetica… los principios de la Algebra y su aplicación a la geometría. Tomo I*, AHUR, E07N036.
Villarroel, Gaspar de, (1656), *Govierno Eclesiastico pacifico: y union de los dos cuchillos, pontificio y regio*, AHUR, E17N024 V.1. y V.2.

5.2. Referencias bibliográficas

Abascal, Pablo (2023), «Hacia una visión de los excolegios jesuitas reformados en algunas regiones de la Nueva España y sus nuevas funciones tras el extrañamiento de 1767», *Revista de Historia Moderna*, 41, pp. 326-359.
Barnadas, Joseph (1974), «La biblioteca jesuita de Quito en el siglo XVII. Breve panorama analítico», *Ibero-Americana Pragensia*, 8, pp. 151-161.
Betancourt-Serna, Fernando y Tovar-Torres, Carolina (2014), «Documentos históricos inéditos para la educación en Colombia», *Educación y Territorio*, 4(7), 126-151.
Bushnell, David (1994), *Colombia una nación a pesar de sí misma. De los tiempos precolombinos a nuestros días*, Bogotá: Planeta.
Campillo Pardo, Alberto José (2023), *Comerciantes, censores y bibliotecas: circulación de libros entre España y Nueva Granada en el siglo XVIII*, Bogotá: Universidad del Rosario – Universidad Javeriana – Universidad Autónoma del Estado de México.
Carro, Diego (1943), *Domingo de Soto y su doctrina jurídica: estudio teológico-jurídico e histórico*, Madrid: Academia de Ciencias Morales y Políticas.
Castillo, Lina Esmeralda; Leal de Castillo, María del Rosario y McCormick, Grace (2013), *Iconografía intelectual en el Virreinato de la Nueva Granada siglo XVIII*, Bogotá: Universidad Externado.
Cuesta Domingo, María del Pilar (s/a), «Domingo de Soto», *LETRA Literatura Española y Tradición Clásica*, en línea: https://doi.org/10.18002/dalcyl/v0i18
Del Rey Fajardo, José (1999), «La implantación del ratio studiourm en la provincia del nuevo reino de Granada», *Revista Portuguesa de Filosofía*, 55(3), pp. 275-317.
Del Rey Fajardo, José (2017), «El colegio San Francisco Javier de Mérida, modelo educativo para una ciudad pequeña colonial», *IHS: Antiguos Jesuitas en Iberoamérica*, 5(1), pp. 111-162.

Del Rey Fajardo, José y Marín Cortés, Myriam. (eds.) (2008), *La Biblioteca Colonial de la Universidad Javeriana comentada*, Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.

Fortich Navarro, Mónica (2015), «La Real Biblioteca Pública de Santa Fe de Bogotá y sus aportes a la cultura jurídica en Iberoamérica: la obra del ilustrado Manuel del Socorro Rodríguez», *Revista de Estudios Histórico-Jurídicos*, 3, pp. 211-231.

García, Idalia (2020), *La vida privada de las bibliotecas: rastros de colecciones novohispanas (1700-1800)*, Bogotá: Universidad del Rosario.

García, María del Rosario (2015), «Bibliotecas de la Nueva Granada del siglo XVII: La biblioteca de Fray Cristóbal de Torres en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario», *Historia y memoria*, 11, pp. 17-55. https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=325140735002

García Baquero, Antonio (1988), *Cádiz y el Atlántico (1717-1778): el comercio colonial español bajo el monopolio gaditano*, Chiclana: I.G. Lipper S. L.

García Gómez, María Dolores (2011), *Testigos de la memoria: Los inventarios de las bibliotecas de la compañía de Jesús en la expulsión de 1767*, Alicante: Universidad de Alicante.

Gehbald, Agnes (2021), «Nebrija en el Perú: la preponderancia del "Arte" y "Vocabulario" durante el siglo XVIII», en Natalia Maillard y Manuel Fernández Chávez (eds.), *Bibliotecas de la Monarquía Hispánica en la primera globalización (siglos XVI-XVIII)*, Zaragoza: Universidad de Zaragoza, pp. 195-197.

Maillard Álvarez, Natalia y Fernández Chávez, Manuel (eds.) (2021), *Bibliotecas de la Monarquía Hispánica en la primera globalización (siglos XVI-XVIII)*, Zaragoza: Universidad de Zaragoza.

Marcos Martín, Alberto (2000), *España en los siglos XVI, XVII y XVIII*, Barcelona: Crítica.

Marín Leoz, Juana María (2018), «Institucionalidad y poder. La expulsión de los jesuitas y los colegiales reales del Real Colegio Mayor y Seminario de San Bartolomé, Santafé de Bogotá», *Revista de Indias*, 78(273), pp. 259-503.

Ortiz, Álvaro Pablo (2003), *Reformas borbónicas: Mutis catedrático, discípulos y corrientes ilustradas 1750-1816*, Bogotá: Editorial Universidad del Rosario.

Peñalver y Bachiller, Patricio (1930), *Bosquejo de la Matemática española en los siglos de la decadencia*, Sevilla: Imp. y Librería de Eulogio de las Heras.

Pérez-García, Rafael (2006), *La imprenta y la literatura espiritual castellana en la España del Renacimiento*, España, Trea Ediciones, S. A.

Pérez García, Rafael (2012), «Consumo lector y bibliotecas privadas en Sevilla (1522-1555)», *Erebea Revista de Humanidades y Ciencias Sociales*, 2, pp. 29-52. https://rabida.uhu.es/dspace/bitstream/handle/10272/6324/Consumo_lector.pdf?sequence=2

Ramírez Barreto, Édgar Arturo (2019), «El Estudio General de la Orden de Predicadores y la Universidad Tomística de estudios generales en la Nueva Granada», en Édgar Arturo Ramírez Barreto (ed.), *Los estudios generales y la Universidad Tomística de Santa Fe de Bogotá*, Bogotá: Ediciones Usta., pp. 101-112.

Red de Archivos y Bibliotecas del Perú (2022), *El «Gobierno Eclesiástico» de Villaroel inventariado*, en línea: https://archivosybibliotecasdelperu.blogspot.com/2022/03/el-gobierno-eclesiastico-de-villaroel.html

Rodríguez Castelo, Hernán (2023), «Jacinto de Evia», *Real Academia de Historia*, en línea: https://dbe.rah.es/biografias/24950/jacinto-de-evia

Rodríguez Cruz, Águeda María (1973), *Historia de las universidades hispanoamericanas*, Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.

Rubio Hernández, Alfonso (2014), «Las librerías de la Compañía de Jesús en Nueva Granada: un análisis descriptivo a través de sus inventarios», *Información y Sociedad*, 31, pp. 53-66.

Rueda Navarro, Pedro (2007), «La biblioteca americanista de Dionisio de Alcedo y Herrera, Presidente de la Audiencia de Panamá, en 1742», *Colonial Latin American Historical Review*, 16(2), pp. 197-224.

Sánchez González, Ramón (2011), «La biblioteca del Colegio de San Bernardo de la Compañía de Jesús en Oropesa (Toledo)», *Hispania Sacra*, LXIII, 127, pp. 41-47.

Uribe Ángel, Jorge Tomás (2003), *Historia de la enseñanza en el Colegio Mayor del Rosario, 1653-1767*, Bogotá: Universidad del Rosario.

Valencia, Yasaldez y Loaiza, Eder (2002), «Plan de estudios generales de Moreno y Escandón», *Revista Historia de la Educación Colombiana*, 5, pp. 9-23. https://revistas.udenar.edu.co/index.php/rhec/article/view/1134

Vergara, Javier (2008), «El proceso de expropiación de la biblioteca de los jesuitas en pamplona (1767-1774)», *Revista de Historia Moderna*, 26, pp. 325-342.

ISSN: 1576-7914 - e-ISSN: 2341-1902
DOI: https://dx.doi.org/10.14201/cuadieci202526263289

LA POLÉMICA EN TORNO AL *DESENGAÑO DE LOS ENGAÑOS EN QUE VIVEN LOS QUE VEN Y EJECUTAN LAS COMEDIAS* (1768), EL «ARTE CÓMICO» DE ANTONIO REZANO IMPERIAL

The Polemic on the *Desengaño de los engaños en que viven los que ven y ejecutan las comedias* (1768), the «Comic Art» of Antonio Rezano Imperial

Ángel Luis CASTELLANO QUESADA
Universidad de Córdoba
p32caqua@uco.es

Fecha de recepción: 02/09/2024
Fecha de aceptación: 29/01/2025

RESUMEN: En plena reforma del conde de Aranda (1766-1773), un joven actor residente en Madrid, Antonio Rezano Imperial, comenzó a publicar un manual de interpretación por fascículos: el *Desengaño de los engaños en que viven los que ven y ejecutan las comedias* (1768). Del modesto tratado solo llegarían a la imprenta dos entregas, pero debió de alcanzar cierta repercusión, ya que mereció dos respuestas: una perdida, de Juan Antonio del Castrillo y Villamor, y otra incluida en las *Obras en prosa* (1768) de Francisco Nieto de Molina. Se analiza aquí dicha polémica a partir de los documentos disponibles, relacionándolos con el contexto literario y teórico, para lo cual se reconstruye la trayectoria vital y editorial de los participantes. Por último, se especula sobre el final de la controversia, que coincide con un cese abrupto de su actividad a causa de las medidas represivas adoptadas tras el motín de Esquilache (1766).

Palabras clave: polémica; reforma teatral; actores; tratado; censura; motín de Esquilache.

ABSTRACT: During the reform period led by the Count of Aranda (1766-1773), a young actor who lived in Madrid, Antonio Rezano Imperial, began publishing a manual on acting in installments: *Desengaño de los engaños en que viven los que ven y ejecutan las comedias* (1768). Only two issues of this modest treatise were printed, but it must have had some impact, as it received two responses: one of them being lost, by Juan Antonio del Castrillo y Villamor, and another one being included in the *Obras en prosa* (1768) by Francisco Nieto de Molina. This article analyzes the controversy based on the available documents, relating them to the literary and theoretical context, by reconstructing the life and publishing trajectory of its participants. Finally, it speculates on the causes that could explain the end of the controversy, which coincides with an abrupt interruption of their activity, due to the repressive measures adopted after the Esquilache Riots (1766).

Key words: controversy; theatre reform; actors; treatise; censorship; Esquilache Riots.

1. La institucionalización de los actores y los tratados de representación

Con la normalización del teatro en la península ibérica, la actividad actoral evolucionó hasta convertirse, en las primeras décadas del seiscientos, en una ocupación «mucho más cercana a un arte liberal que al emotivo origen artesanal y gremial que denotaban los nombres de su oficio […]: *maestros de comedias*, *oficiales de representación*, *mozos* o *ayudantes de comedia*» (Rodríguez Cuadros, 2012: 144). Sin embargo, una vez establecidos, la organización y los métodos de trabajo de las compañías teatrales no conocieron cambios significativos hasta mediados del siglo XVIII. Entre otros aspectos, la formación de los actores seguía obedeciendo a una lógica corporativa: el actor «aprendía por imitación del trabajo de sus compañeros los recursos y las soluciones dramáticas heredadas de generación en generación. Era un saber al que llamaban "tradiciones", en la órbita del secreto» (Álvarez Barrientos, 2019: 317). No obstante, la difusión de novedades en el teatro europeo –en los textos y en la forma de declamar, pero también en la escenografía y los sistemas de iluminación–[1] hizo más complejas las representaciones y cada vez más voces solicitaban la adopción de un nuevo enfoque, más racional y académico, para habilitar a los intérpretes.

El primer intento vino con la reforma del conde de Aranda (1766-1773) y desembocó en la fundación de la primera escuela de actores, con una orientación marcadamente clasicista. Se estableció en Sevilla en 1768, bajo el auspicio

1. «El avance en la declamación natural llegó a la iluminación y a la decoración, de manera que desde todos los frentes se le requerían al actor cambios en su interpretación. […] Las novedades en estas materias influían en la puesta en escena, en las salidas y las entradas, en el modo de moverse, en la intensidad» (Álvarez Barrientos, 2019: 286). Sobre las mejoras escenográficas, véase Arregui (2005a, 2005b, 2013).

de Pablo de Olavide, y contaba con el francés Louis Reynaud como maestro de declamación. Poco después, el marqués de Grimaldi, secretario de Estado, determinó que los actores pasaran a la corte para representar en los Reales Sitios. La nueva escuela, ubicada en Aranjuez, inició su actividad en 1770 y ese mismo año Reynaud fue sustituido por José Clavijo y Fajardo, que asumiría el cargo hasta su clausura en 1777[2].

La actitud de los cómicos hacia este proceso de institucionalización fue ambivalente: por un lado, favorecía la aspiración de dignificar su oficio y mejorar su imagen ante la sociedad[3]; por otro, los partidarios del teatro barroco se resistían a abandonar sus costumbres y no comulgaban con los modos de declamación ni con los repertorios que se intentaba imponer desde las escuelas –un rechazo en el que coincidían con los espectadores (Vellón Lahoz, 1997: 313-315; Soria Tomás, 2017: 397-398; Álvarez Barrientos, 2019: 222-224)–. De cualquier modo, el cambio fue muy paulatino: los centros formativos no permanecieron activos mucho tiempo y las quejas sobre el mal hacer de los representantes se repitieron sin apenas cambios durante toda la centuria. Habría que esperar hasta la aprobación de la Junta para la Reforma de los Teatros (1799) y, por fin, la fundación de la Real Escuela de Declamación (1831) para obtener resultados tangibles y duraderos (Soria Tomás, 2006, 2009, 2010).

El debate sobre la educación de los actores se vio plasmado en varios textos, no necesariamente dirigidos a los profesionales, sino a cualquier curioso del teatro. En España, fueron pioneros Ignacio de Luzán en las *Memorias literarias de París* (cap. 11) (Madrid: Gabriel Ramírez, 1751) y Agustín de Montiano y Luyando en los *Discursos sobre las tragedias españolas* (Madrid: José de Orga, 1750 y 1753), sobre todo en el segundo. Además, a través de la prensa y de traducciones, a menudo parciales, se difundieron los trabajos de teóricos europeos como Luigi Riccoboni (*Dell'arte rappresentativa capitoli sei*, 1728; *Reflexions historiques et critiques sur les différens théâtres de l'Europe*, 1738; *De la reformation du théâtre*, 1743), su hijo Francesco Riccoboni (*L'Art du Théâtre*, 1750), Rémond de Sainte-Albine (*Le Comédien*, 1747) o Gotthold Ephraim Lessing (*Hamburgische Dramaturgie*, 1767-1769).

El periodista, dramaturgo y crítico teatral Francisco Mariano Nifo desempeñó un papel fundamental en esta divulgación y realizó sus propios aportes en

2. Sobre las primeras escuelas de interpretación y sus vicisitudes, véanse Bolaños Donoso (1984), Deacon (1991) y, sobre todo, López de José (2006: 278-312).

3. En el imaginario colectivo se les habían adjudicado características del pícaro, como se ve en *El viaje entretenido* (1603) de Agustín de Rojas Villandrando, *El coloquio de los perros* (1613) o *Pedro de Urdemalas* (1615) de Cervantes, *El pícaro amante* (1624) de José Camerino, *El día de fiesta por la tarde* (1659) de Juan de Zabaleta y otros textos del Siglo de Oro. Ya entonces algunos humanistas intentaron mejorar su reputación, como López Pinciano (*Philosophía antigua poética*, 1596) o el propio Cervantes (Vellón Lahoz, 1993-1994), pero este esfuerzo se intensificó sobre todo en la segunda mitad del siglo XVIII, implicando a los propios representantes. Véanse Rodríguez Cuadros (2012: 143-194) y Álvarez Barrientos (2019: 135-196; 2022).

publicaciones periódicas como el *Cajón de sastre* (1670-1671), el *Diario extranjero* (1763) o *El Bufón de la Corte* (1767)[4]. En el número 11 de este último semanario, publicado bajo el seudónimo de José de Serna, aseguraba: «Reputándolo un negocio de chirinola, me encargaron ese otro día cuatro perillanes, perpetuos moradores del patio de las comedias, que diera en uno de mis *Bufones* las circunstancias que debe tener un buen comediante» (Nifo, 1775: 164). Finalmente, en el número 15, el turolense recogería el guante con un pequeño ensayo «Sobre las pasiones del teatro», tras el cual advertía:

> Si yo supiera que se me habían de estimar algunas advertencias, continuaría esta materia hasta dar las reglas del teatro y el conocimiento de las partes que deben tener los cómicos; pero el teatro está por convertir y los que asisten a él, por conquistar. Mientras otro no consiga este triunfo, callaremos y recogeremos materiales para cuando salga de los cimientos el edificio. (Nifo, 1775: 237)

Los artículos de Nifo coincidieron con la empresa reformista de Aranda. De hecho, por su condición de «innovador templado y a quien se suponía mucho conocimiento práctico en esta materia» (Cotarelo y Mori, 1897: 48), el corregidor Alonso Pérez Delgado le encargó un proyecto de reforma que se concretaría en el manuscrito *Idea política y cristiana para reformar el actual teatro de España* (1769)[5]. El segundo punto de dicho tratado lo dedicó a la «Formación de comediantes». En él defendía la necesidad de corregir «los despropósitos del estudio cómico» (Nifo, 1994: 135) y señalaba las claves para conseguirlo, cifradas en la instrucción de los actores, la revalorización de los ensayos y la especialización de los representantes en los tres grandes géneros dramáticos: tragedia, comedia y ópera[6].

Por las mismas fechas, un joven actor, Antonio Rezano Imperial (fl. 1768-1808), publicaba el *Desengaño de los engaños en que viven los que ven y ejecutan las comedias* (Madrid: Pantaleón Aznar, 1768). Se trata del primer texto en español que trata específicamente de la actuación –dividido en fascículos, de los cuales solo verían la luz los dos primeros–. Es difícil calcular su impacto, aunque está claro que no pasó del todo inadvertido, puesto que ese mismo año fue objeto de un ataque, por parte de Juan Antonio del Castrillo y Villamor (fl. 1768-1781) –hoy

4. Sobre los tratados de declamación y su fortuna en España, véanse Soria Tomás (2017) y Álvarez Barrientos (2019: 350-402).

5. Al alcañizano le fue denegada la licencia de impresión que solicitó el 14 de octubre de 1769 y su escrito fue archivado (Archivo Histórico Nacional, Consejos, 5530, exp. 27) (Domergue, 1980: 97). Sin embargo, parece que fue leído y aprovechado por Santos Díez González para su propio plan (*Idea de una reforma de los teatros públicos de Madrid*, 1797), que gozó de mayor alcance (Álvarez Barrientos, 2019: 327-338; Domergue, 1980: 104-106).

6. Era una clasificación popular, en la que se distinguía como «ópera» todo el teatro musical extenso: «Tres son las principales especies de representación ejecutada en el teatro: tragedia, comedia y ópera. […] La ópera es una tragedia o comedia puesta en verso y en música para excitar impresión más vehemente. Llámase absolutamente "ópera", o cuando lo que se representa en verso y música es tragedia; pero, si fuese comedia, se llama "burleta"» (Rubió, 1830: 3). Véase Palacios Fernández (2014).

perdido–, y de una apología, por Francisco Nieto de Molina (fl. 1764-1771), dentro de sus *Obras en prosa* (Madrid: Pantaleón Aznar, 1768). Sin grandes nombres en liza, la pequeña controversia atestigua el interés generalizado por tales asuntos, que trascendieron a eruditos y especialistas e incumbirían a todos los estamentos de la república literaria.

2. *Desengaño de los engaños en que viven los que ven y ejecutan las comedias* (1768) de Antonio Rezano Imperial

No es mucho lo que conocemos sobre el responsable del frustrado «arte cómico»[7]. En su mocedad, Rezano fue actor y, más tarde, poeta y dramaturgo de cierto fuste, aunque gozó de un reconocimiento limitado –lo cual pudo ser pretendido hasta cierto punto, dado que solía firmar con siglas–. Sus obras se destinaron fundamentalmente a la imprenta; entre ellas, varias piezas para el teatro doméstico (Ríos Carratalá, 1996). Sin embargo, logró llevar a las tablas *Los tres mellizos*, representada del 4 al 6 de octubre de 1790 en el Teatro de la Cruz por la compañía de Eusebio Ribera (Andioc y Coulon, 2008: 423)[8].

Es probable que fuera pariente de Juan Rezano Imperiali[9], oficial de la dirección de Correos Marítimos, natural de Génova y vecino de Coruña, investigado por el Tribunal de la Inquisición de Santiago en 1778 (Archivo Histórico Nacional, Inquisición, 3726, exp. 128) por sostener posiciones heréticas y por leer y retener libros prohibidos, concretamente de Voltaire y Rousseau (Rey Castelao, 2021: 73). Se trataría, pues, de un sujeto de extracción burguesa vinculado familiarmente con el comercio ultramarino y la exportación de libros.

Aguilar Piñal (1974: 129-130) refiere una anécdota simpática sobre Antonio Rezano. Estando destinado en la Dirección de la Real Lotería, a principios de 1769 se unió como primer galán a la compañía de José Chacón, con el seudónimo de Antonio Fernández, para actuar en los teatros de Sevilla. En abril, el conde de

7. El sintagma «arte cómico» es utilizado como pretítulo en la portada de la segunda parte del *Desengaño* (Rezano Imperial, 1768b). La voz *arte* designa «el mismo libro en que están escritas las reglas y preceptos del arte», en este caso, el oficio del actor o *cómico*, según el nuevo sentido que había tomado esta palabra: «Cosa perteneciente a la comedia, y propiamente el poeta que compone y escribe comedias. Vulgarmente se toma […] por el que las representa» *(Aut.)*. El proyecto de Rezano comprendía un tratado mucho más extenso que los dos papeles que finalmente fueron publicados.

8. Según Andioc y Coulon (2008: 880), es una traducción de *I Tre Gemelli Veneziani* (1773) de Antonio Collalto Mattiuzi, a partir de la versión francesa de Pierre Augustin Lefèvre de Marcouville (*Les Trois Jumeaux Vénitiens*, 1774/1777): adaptaciones, ambas, en última instancia, de los *Menechmi* de Plauto. Fue publicada sin pie de imprenta, con un breve prólogo del autor. Mereció la censura de Alberto Lista y Aragón (1844: 227-228) al considerarla paradigma de la denostada «escuela de [Luciano] Comella».

9. En nombre del marqués de Castelar, Juan de Rezano Imperial firmó una *Instrucción que deberán observar las escuadras de la Compañía suelta del Reino de Aragón para hacer el servicio de su destino en este reino, conforme explican los artículos siguientes* (Zaragoza, 1767). Se conserva un ejemplar en la Biblioteca de la Universidad Complutense de Madrid, con signatura BH DER 20855(15).

Aranda intervino para que regresara a Madrid y no escandalizase a su madre. Debía de ser entonces bastante joven, pues nos consta que cuidó de sus publicaciones al menos hasta 1808.

Pero antes de esta incursión hispalense, durante la primavera de 1768, había entregado a las prensas el *Desengaño de los engaños en que viven los que ven y ejecutan las comedias. Tratado sobre la cómica, parte principal en la representación*. En este papel, y en otros que con periodicidad mensual habían de sucederle, pretendía esbozar un manual sobre las técnicas de representación. La idea pudo proceder de los textos anteriormente citados de Nifo en el *Bufón de la Corte* (1767), mientras que el título parece hacerse eco de los polémicos *Desengaños al teatro español* (Madrid, 1762-1763) de Nicolás Fernández de Moratín, aunque el contenido sea bastante distinto.

De cualquier forma, Rezano reconoció la aptitud comercial del proyecto. Por ello, su destinatario explícito no eran tanto los actores como los espectadores, para que pudieran censurar o aplaudir con criterio las actuaciones de turno:

> Ansioso mi deseo, viendo lo engañado de muchos, escribo estos tratados por ver si puedo darte a conocer, si es que lo ignoras, que, si eres afecto a la diversión de la comedia, conozcas en lo vulgar los muchos errores que unos aplauden y otros ejecutan, y cuántos en el teatro español se llaman cómicos que no solamente ignoran en su oficio lo que deben saber, sino que se presentan a decir lo que saben, no sabiendo lo que se dicen. Y por ser mucha mi afición en este particular, procuraré, si acaso no me engaño, mostrarte en este papel, y otros que saldrán cada mes, lo más esencial y preciso que debe saber el que con nombre de cómico sigue esta carrera; siendo también mi intento lograr tres fines: el primero, que conozcas los infinitos errores de los que ejecutan y ven las comedias; el segundo, que sepas el modo con que se han de ejecutar; y el tercero, ver si puedo lograr que, comprando los papeles, me des los cuartos, para reírme un rato a costa de tu bolsillo en los teatros. (Rezano Imperial, 1768a: 3-4)

A decir verdad, el lector generalista era mucho más rentable que el especializado. Pero no fue esta la ventaja que adujo para su enfoque divulgativo, sino la utilidad pública, esto es, lograr la ansiada mejora de los teatros ofreciendo un incentivo para el perfeccionamiento de sus principales agentes[10]:

> Para poder motejar, aplaudir o dar una segura razón, bueno le será a cualquiera saber algo del todo, por dos razones: la primera, porque, dando el premio y aplauso,

10. La autoridad censora del público y su potencial transformador fueron apreciados positivamente, aunque con matices importantes, por autores tan dispares como Nifo, en el *Diario extranjero* (19 de abril de 1763): «El mirón, este es el más culpado en los excesos de poetas y cómicos, porque se ha olvidado del poder de una voz y del portentoso efecto de un silbo» (Nifo, 1996: 77); y Jovellanos, en su *Memoria para el arreglo de la policía de los espectáculos y diversiones públicas* (1790): «Reflexiónese que para los talentos grandes consistirá siempre el mayor premio en el aplauso, y que este jamás faltará a las obras sublimes cuando la escena se hubiere purgado y reinen sobre ella la razón y el buen gusto. ¿Quién sabe lo que puede este resorte?» (Jovellanos, 1977: 137). Véase Álvarez Barrientos (2019: 45-74).

> sea con razón y anime al actor, pues este, viéndose aplaudir con ella, va conociendo su habilidad y procurará irse esmerando; y la segunda, que conozca lo malo de lo bueno, porque, si no distingue, mal podrá concebir ni lo uno ni lo otro. (Rezano Imperial, 1768a: 12)

Sin olvidar que la domesticación del vulgo –en este caso, los espectadores– era una de las obsesiones de la mentalidad ilustrada:

> Esa misma necesidad de conformar un público, un espectador nuevo, alejado de los códigos barrocos, se muestra en los textos educativos, en los manuales, en las críticas teatrales, en bandos y reglamentos, intentando acabar con el furor participativo del auditorio mediante estrategias disciplinadoras y de concentración de la atención. (Álvarez Barrientos, 2019: 18)

Con este fin, muchos hombres de letras abogaron por la exclusión de las clases bajas en los espectáculos. Así lo manifestó Jovellanos en la *Memoria para el arreglo de la policía de los espectáculos y diversiones públicas* (1790):

> Esta carestía de la entrada alejará el pueblo del teatro, y para mí tanto mejor. Yo no pretendo cerrar a nadie sus puertas, estén en hora buena abiertas a todo el mundo; pero conviene dificultar indirectamente la entrada a la gente pobre que vive de su trabajo, para la cual el tiempo es dinero y el teatro más casto y depurado una distracción perniciosa. He dicho que el pueblo no necesita espectáculos, ahora digo que le son dañosos, sin exceptuar siquiera (hablo del que trabaja) el de la corte. […] Quizá vendrá un día de tanta perfección para nuestra escena que pueda presentar, hasta en el género ínfimo y grosero, no solo una diversión inocente y sencilla sino también instructiva y provechosa. Entonces acaso convendrá establecer teatros baratos y vastísimos para divertir en días festivos al pueblo de las grandes capitales; pero este momento está muy distante de nosotros y el acelerarle puede ser muy arriesgado; quédese, pues, entre las esperanzas y bienes deseados. (Jovellanos, 1977: 144-145)

Rezano, en cambio, no hace distinciones socioeconómicas en la audiencia, tan solo entre «el necio, que […] aplaude o moteja cualquier asunto sin más sólida razón que decir que le gusta o no le gusta», y «el discreto», que «sabe distinguir y distingue lo mejor de lo bueno» (Rezano Imperial, 1768a: 11)[11].

En efecto, la influencia de los reformadores neoclásicos queda patente en la introducción, donde Rezano ensalza la poética clasicista y denuncia el mal estado de la escena:

> Ensalzose más la comedia con el arte poética, arte racional según Aristóteles, añadiéndola cinco partes las más esenciales, cual en ninguna otra idea se halla, pues

11. Su parecer se avenía con el de Cervantes, suscrito por los autores coetáneos más afines al gusto popular: «Y no penséis, señor, que yo llamo aquí vulgo solamente a la gente plebeya y humilde, que todo aquel que no sabe, aunque sea señor y príncipe, puede y debe entrar en número de vulgo» (Cervantes, 2015: 667). Véanse Andioc (1988: 42-43), Bonilla Cerezo (2010: 335-337) y Álvarez Barrientos (2019: 75-82).

> se compone de música, poesía, arquitectura, pintura y escultura. […] Y siendo su formación de estos atributos tan generosos y nobles, hoy las nombran y vemos muchos lamentables objetos, irrisibles asuntos llenos de la mayor ignorancia, no por su idea, composición y concepto, sino por su ejecución y ejecutores, haciéndolas degenerar de su primer nacimiento y nobleza, ya por su ninguna ejecución modesta y adecuada, o ya, que es lo más común, por ignorancia en ejecutarlas, siendo causa de que se halle este divertimento –que, hecho y visto con cordura, es el más gustoso al entendimiento, pues le enseña al tiempo que le divierte– en el más deplorable estado. (Rezano Imperial, 1768a: 6-8)

Apuesta asimismo por una interpretación realista: «Si esta es un retrato de las acciones humanas, estas deben ser representadas con la mayor naturalidad y semejanza, pues vemos que en cualquiera cosa el retrato, cuanto más propio y semejante, es de mayor mérito» (Rezano Imperial, 1768a: 9-10). Sus propuestas asumen, pues, a grandes rasgos, la noción de verosimilitud defendida por Moratín padre en sus *Desengaños* (I):

> Observó Aristóteles que la representación es una imitación de lo natural, y no como la historia nos refiere lo pasado, sino que con más viveza nos hace ver lo presente en el teatro y, haciéndonoslo creer con artificio, nos interesamos más en el suceso y purgamos las costumbres y corregimos nuestra vida. […] De manera que aquella comedia o tragedia tan bien escrita y representada que no deje resquicio al auditorio por donde pueda conocer que aquello es falso, sino que lo imagine sucediendo, aquella es buena, y toda la perfección consiste en engañar a aquella gente que lo está oyendo; […] todo el afán de los actores se dirige a engañarle, como que es en lo que les va su punto, de suerte que, si no lo consiguen, no es porque no lo pretenden, sino por poca habilidad suya o mucha ignorancia del poeta. Y así vemos que buscan trajes moros o hebreos para parecerlo y engañar; se tiznan como etíopes, para engañar; el que es de genio alegre se vence a sí propio y finge triste cuando su papel lo pide, para engañar; y hacen todos los esfuerzos que vemos cada día. […] Pues ahora digo yo: ¿de qué les sirve a estos pobres toda esta diligencia si su engaño queda destruido por la ignorancia del poeta que, con estilo ridículo y metáforas extravagantes, hace ver que aquello es falso? (Fernández de Moratín, 2008: 725-726)

A propósito del último comentario, es curioso cómo invierte Rezano –entonces más actor que literato– la justificación de Moratín, otorgando casi toda la responsabilidad al cómico frente al dramaturgo[12]:

12. Otros autores, como Nifo, Mariano Luis de Urquijo o Juan Pablo Forner, «sometieron también la reforma y mejora del actor a la del poeta, que había de ser previa. El poeta hacía al actor, se comienza a oír en estos textos, mostrando la relación fuerte entre uno y otro aspecto de la realidad escénica, entre el texto literario y el espectacular» (Álvarez Barrientos, 2019: 141). Ahora bien, Nifo (1994: 133) consideraba excepcional el caso español: «Del país de los buenos poetas son oriundos los perfectos comediantes, y esto se ve a cada paso, menos hoy en España, que, sin embargo de haber comedias tan preciosas en las expresiones y efectos, apenas vemos una ejecutada con verdadero talento cómico».

> Expónense en este punto, que es el de las salidas, diferentes cosas que ignoran muchos, aun de los presentes cómicos, siendo las faltas en este asunto no solo perjudiciales al mismo actor por ignorarlas, pero son también contra el autor y autores de las comedias[13], tanto que, con hacer las salidas y entradas sin regla ni como se deben, las arruinan y pierden su entera ordenación, gusto y concepto. […]
> Varios poetas que componen sutiles versos, temerosos de la colocación de lances y salidas, no quieren componer comedias porque conocen que, sin aquellas partes, aunque el verso sea sublime y delicado, no lograría aplauso la fatiga de sus obras. (Rezano Imperial, 1768a: 24-25, 28)

De hecho, el texto dramático no parece preocuparle demasiado. Apenas se encuentran referencias, salvo una alusión historicista a los clásicos, «Eupole, Aristófane y Cratino» (Rezano Imperial, 1768a: 5), y un fugaz elogio a Carlo Goldoni acerca de las comedias italianas en prosa –aunque personalmente apuesta por el verso, «por ser más difíciles de hacer y más delicadas al oído» (Rezano Imperial, 1768b: 11)–. Enfatizaría esta preeminencia del actor sobre el dramaturgo, ahora en un sentido positivo, en la «Prevención» a *Los tres mellizos*: «El que escribe hace lo menos, y el actor hace lo más; pues la expresión, viveza y cuidado de los que han ejecutado esta traducción la han dado todo su valor» (Rezano Imperial, 1791: 2).

Centra su discurso en el galán, principal categoría en la jerarquía teatral de los siglos XVI y XVII, después del autor o empresario[14]; aunque promete atender al resto en futuras entregas:

> Aunque debiera tratar primero por política de las damas o actoras, lo suspendo por ser menos la ejecución que en el galán, y no tanta la cómica que necesita. Y así, empezaré por la parte de este, norte y guía de los demás actores, porque, aunque en los demás haya diferentes modos de ejecución y afectos, describiendo las partes necesarias del primer galán, por estas se pueden gobernar todos los demás, tomando cada uno para sí la que le convenga, ya sea el segundo, tercero, etc., menos barba, figurón y gracioso, pues de estos hablaré separadamente. (Rezano Imperial, 1768a: 15)

En el primer punto, «de la presencia», Antonio Rezano defiende que el primer galán debe encarnar las cualidades que caractericen a su personaje, para que su apariencia física no contradiga su personalidad: «Tanto que obliguen a distinguirse con solo mirarlos el auditorio, sin que sean las voces las que digan, sino solo la presencia, cuáles son los papeles de autoridad» (Rezano Imperial, 1768a: 17). En el segundo, se ocupa de la «postura y ocupación de lugares, junto con el modo de vestir», trasladando a la distribución del espacio escénico «el modelo de relación social basado en la idea del respeto: […] si se sentaban o caminaban, y eran dos,

13. Con la reiteración alude tanto al empresario teatral, «cabeza y principal de la farsa que representa las comedias en los corrales o teatros públicos», como al comediógrafo, «que escribe libros y compone y saca a luz otras obras literarias» *(Aut.)*.

14. Sobre la estructura de las compañías de título, véanse Oehrlein (1993: 77-84; 1998: 248-252) y Recasens Barberà (2001: 169-177).

la persona de más rango iba a la derecha; si eran más de dos, ocupaba el centro» (Álvarez Barrientos, 2019: 361). Insiste también en la conveniencia de guardar la verosimilitud en la indumentaria[15]: «Adecuados a la tierra, acción o asunto que ejecuta, procurando mirar menudamente qué tiempo, qué vestidura y calzado se usaba, […] pues nunca falta entre los que ven la comedia quien sepa los modos de vestir de los otros reinos» (Rezano Imperial, 1768a: 23). El tercer punto trata «del arreglo de salidas» en el escenario, haciendo hincapié en la necesidad de sincronizarlas para no perjudicar el desarrollo de la acción.

No mucho después publicaría una segunda parte, pretextando la buena acogida de la primera: «En vista de que el primer papel te ha dado en la chola, y a mí en el bolsillo» (Rezano Imperial, 1768b: f. A7r.), aunque reconocía el ataque de «algunas bastardas sombras» (Rezano Imperial, 1768b: f. A3r.). El nuevo fascículo va enderezado a José María Hugalde, «galán supernumerario de ambas compañías de la Villa de Madrid»[16]. Incluye a continuación una carta del dedicatario, fechada el 5 de julio[17], en la que elogia el tratado y sugiere a su autor que repare en la «cadencia cómica», o sea, en la modulación de la voz, a su juicio, el aspecto más relevante de toda actuación.

Rezano abunda sobre el tercer parágrafo, relativo a las salidas, y ofrece algunos consejos prácticos para disimular errores. El cuarto «trata de los afectos y el modo de ejecutarlos», en función de las diversas circunstancias[18]; posterga «el afecto tímido, […] que pondr[á] en el punto de dama por proporcionarse mejor» (Rezano Imperial, 1768b: 4). En el quinto, «de las acciones y cómo deben ser», discurre sobre la gestualidad y, excepcionalmente, defiende que hay que exceder el comportamiento natural, ya que se trata de «un adorno y realce a las palabras, así

15. Muchos teóricos atendieron a esta cuestión, advirtiendo «en nuestros representantes una suma deformidad […], nacida de no buscar en las historias o en otros monumentos lo que distingue a cada nación y empleo» (Montiano y Luyando, 1753: 29); aunque en la práctica fue soslayada, debido a que «la compra de los trajes corría a cargo de los mismos [cómicos], por lo que necesariamente se establecía un compromiso entre la afición del público a la variedad y vistosidad del vestuario y las posibilidades del presupuesto de los galanes, y no hablemos de las llamadas "partes de por medio" ni de las comparsas. En tales condiciones, ¿cómo se les había de convencer de la necesidad de una verosimilitud en la indumentaria, tan grata a los neoclásicos? ¿Ni cómo se podía persuadirle al público, acostumbrado desde largo tiempo atrás a las impropiedades de esta clase, a que se mostrase más exigente, si por otra parte no disponía en su mayoría de ningún elemento de referencia?» (Andioc, 1988: 541-542).

16. En la portada se lee: *Arte cómico. Desengaño de los engaños en que viven los que ven y ejecutan comedias. Tratado sobre la cómica, parte principal en la representación. Segundo papel, que trata de los afectos, acciones, carácter y arreglo de voz. Su autor, don Antonio Rezano Imperial, quien la dedica al señor Joseph García Hugalde, galán supernumerario de ambas compañías de la Villa de Madrid, y la respuesta de este a el autor*. Desaparece el pie de imprenta y en el colofón deja de anunciarse su venta en el taller de Aznar, dejando solo al librero Juan Yuste.

17. La carta fue reproducida por su sobrino, Manuel García Parra (1802: 324-325), quien, por cierto, había interpretado el papel principal –y triple– en *Los tres mellizos* (1790), traducción de Rezano.

18. Sobre la discusión acerca de la expresividad emocional en los tratados de la época, véanse Álvarez Barrientos (2019: 308-316) y Soria Tomás (2020).

como el poner la comedia en verso […]; pero no por esta permisión se ha de entender que esto sea con desproporción ni ridiculez» (Rezano Imperial, 1768b: 11). Finalmente, en el sexto, habla sobre el «modo de imponerse en los caracteres y el arreglo de la voz», atendiendo a la sugerencia de Hugalde[19].

No salió a la luz la tercera parte, en la que proseguiría con «todo lo que pertenece al estudio de galán, que son: lances, manejo de armas, orden y cuidado en las caídas, trato del galán con el gracioso, con la parte de cómica muda» (Rezano Imperial, 1768b: 17-18). Faltarían aún las partes prometidas para la dama, el barba, el figurón y el gracioso. Sin embargo, no consta que el joven tratadista volviese a publicar nada hasta 1778, cuando hizo una breve incursión en las prensas pamplonicas para imprimir la comedia *Acaso, astucia y valor vencen tiranía y rigor y Triunfos de la lealtad*, y con mayor asiduidad desde 1790, a partir de entonces como poeta y dramaturgo de bajo perfil, sumando hasta diez piezas dramáticas en su haber: las comedias *Los tres mellizos*, *La desgraciada hermosura o Doña Inés de Castro*[20], *Defender al enemigo en la traición que es lealtad y Defensa de Carmona* y *Acrisolar el dolor en el más filial amor*; y los sainetes *La variedad en la locura*, que consta de dos partes; *La fiesta del lugar en Navidad*; *El médico en el lugar y La sordera*, y *La elección de novios*[21].

3. El «papelón» de Juan Antonio del Castrillo y Villamor

Juan Antonio del Castrillo y Villamor (fl. 1768-1781) es el supuesto responsable de un papel que impugnaba las tesis de Rezano. Su trayectoria es aún más incógnita, aunque es probable que fuera el «escribano del rey» que estrenó en el Teatro del Príncipe la *Zarzuela bufo-cómica de figurón intitulada Jugarla de el mismo palo y amor puede más que el oro; por otro título, Las Foncarraleras* (1772), representada por la compañía de Eusebio Ribera[22]. Fue estampada ese mismo

19. Montiano ya había abordado estos aspectos en el *Discurso II*. Véase Cañas Murillo (2017).

20. En el prólogo a *La desgraciada hermosura* (Madrid: Ramón Ruiz, 1792) aflorarían sus resabios teóricos: «Este texto, dirigido polémicamente contra Mariano Luis de Urquijo [por el "Discurso sobre el estado actual de nuestros teatros y necesidad de su reforma", que antecede a su traducción de *La muerte de César* (Madrid: Blas Román, 1791), de Voltaire], admite la necesidad de la reforma, pero subraya la imposibilidad de la misma para unos autores que dependían económicamente del público» (Ríos Carratalá, 1990: 67).

21. Es difícil fechar con precisión sus obras, dado que la mayoría carecen de paratextos o datos que permitan acotar su cronología. Aguilar Piñal (1981-2001: VII, 98-100) consignó catorce títulos. Algunos se reimprimieron varias veces, hasta sumar un total de veinticinco ediciones, datadas entre 1768 y 1822; aunque sin duda existieron –y aún existen– muchas otras sin catalogar. El *Catálogo Colectivo del Patrimonio Bibliográfico* registra otros dos impresos poéticos, motivados por la invasión napoleónica: *Aviso a las potencias de Europa* y *El coronado rey del monte, en obsequio de nuestro rey Fernando el VII*.

22. Cosechó un éxito notable y permaneció en el repertorio de la compañía de Ribera durante toda la década. Subiría de nuevo a las tablas entre el 25 y el 30 de junio de 1790, esta vez interpretada exclusivamente por mujeres (Andioc y Coulon, 2008: 731, 925).

año en Madrid por Antonio Mayoral y luego en Barcelona por Pablo Campins[23]. Podría tratarse asimismo del autor del sainete *El comercio de la Puerta del Sol*, presentado por la misma compañía el 18 de agosto de 1777[24]. Por último, la Inquisición le prohibiría en 1781 otro sainete, titulado *El marido cirineo*, «por ser una pieza escandalosa, obscena e inductiva al vicio sensual, que aprueba el adulterio y amancebamiento y abusa de nombres sagrados» (Ramos Smith y Vasconcelos Chávez, 1995: 23)[25].

No ha sobrevivido ningún ejemplar de su opúsculo ni hay otras referencias, salvo la contrarréplica de Nieto de Molina, en el *Discurso V* de sus *Obras en prosa* (1768, pp. 99-116), titulado *En defensa del papel que dio a luz don Antonio Rezano y en contra del disforme papelón de don Juan Antonio del Castrillo y Villamor*. Gracias a él podemos conocerlo parcialmente, aunque ofrezca una visión muy sesgada. Primero advierte que, «aunque seco en el título, es grueso, relleno y membrudo en las estulticias». Después reproduce un par de citas:

> En primer lugar, quiere vuestra merced por fuerza encontrar un galán curioso, bien dispuesto, desahogado, sin vanidad ni presunción, amoroso, limpio de afectación, cruel, fingido, celoso y con otras perfecciones que con dificultad se hallará desde Egipto a España un solo sujeto que la tenga. […]
> ¿Las dos comedias, *El mayor monstruo, los celos* y *La lavandera de Nápoles*, ejecutadas en la presente temporada, no merecieron la común aprobación de cuantos las escucharon? […]. Pues quien ejecutó con perfección las dos comedias citadas y otras que hemos visto en tablas lo mismo practicará, si se dedica a ello, con cuantas se archivan en los caudales de ambas compañías. (Castrillo en Nieto de Molina, 1768: 105-108)

Las funciones con las que se autoriza habían tenido lugar en el Teatro de la Cruz por la compañía de María Hidalgo: *El mayor monstruo, los celos* o *El tetrarca de Jerusalén*, del 19 al 27 de abril; y *La lavandera de Nápoles*, del 28 de abril al 6 mayo y también el 19 de julio (Andioc y Coulon, 2008: 287-288). Al ser consecutivas, es de suponer que Castrillo escribió su papel poco después, seguramente en el mes de mayo.

23. No se indica la fecha de la segunda edición. No obstante, en la advertencia preliminar se actualiza el tiempo verbal para marcar distancia respecto a la fecha de estreno: «se está representando» / «se ha representado» (Andioc y Coulon, 2008: 925). En la Biblioteca Histórica de Madrid se conservan dos manuscritos (Tea 1-187-48), fechados en 1779 y atribuidos erróneamente a Ramón de la Cruz, autor del sainete homónimo de 1769.

24. «Por las fechas de las aprobaciones (13, 15 y 16 dic. 1774, 23 en. 1775) de una de las copias que conserva la BHM (ms. [Tea] 1-163-7), se había escrito para la última temporada del año anterior, volvió a ser revisado por los censores el 18 de agosto de 1777, y se estrenó entonces. […] Se pagaron […] 400 reales a Antonio Castrillo por este sainete, a pesar de haberse escrito antes […], a no ser que se trate de una segunda parte» (Andioc y Coulon, 2008: 575, 577).

25. La cita procede del edicto del 6 de julio de 1783 para Nueva España (México, AGN, Edictos, vol. II, 6.7.83). Según Aguilar Piñal, había sido prohibido el 30 de julio de 1781 (1981-2001: II, 311). En el *Índice* de Rubín de Ceballos (1790: 171) se alude al edicto del 20 de diciembre de 1782.

En cuanto al contenido, por la exigua muestra parece que solo le preocupaba el primer punto del *Desengaño*; en concreto, la elección del galán que encarnase los atributos del personaje: «Pues es uno de los errores continuos hacer carácter de rey y tener en su presencia retrato de un patán, como sucede a muchos» (Rezano Imperial, 1768a: 17). No era esta una cuestión trivial, ya que desafiaba el modelo organizativo que regía las compañías desde mediados del siglo XVII:

> Existía un organigrama jerarquizado en el que cada actor ocupaba un puesto fijo según su especialidad dramática. […] Asimismo, la gradación existente entre las distintas «damas» o «galanes» establecía de manera fija el reparto de papeles. Así, los papeles serios femeninos se solían otorgar a la «primera» y «segunda dama», al tiempo que a la «tercera dama» le correspondía hacer los personajes jocosos. Entre los primeros papeles masculinos, figuraba el de joven amante, que era interpretado por el «primer» o «segundo galán». El «tercer galán» dominaba la representación de los personajes negativos (traidor o tirano). El resto de actores y actrices –«cuarto galán», «cuarta dama», «partes de por medio»– se encargaban de los papeles inferiores. Los sobresalientes suplían un hueco que se notase en la compañía o sustituían a sus compañeros en caso de necesidad. (Recasens Barberà, 2001: 170-171)

Por lo general, los actores interpretaban el mismo tipo de papel durante toda su vida, «con dos excepciones: el cambio de *galán* a *barba* y el ascenso o descenso en la jerarquía de las *damas*, casos que se debían generalmente a la edad progresiva de los actores» (Oehrlein, 1998: 249-250); e incluso a estas mudanzas se resistían, dado que a menudo se denunciaba la «impropiedad de que un viejo haga de galán, o una mujer joven de madre de otra mujer anciana» (Luzán, 2010: 151).

Este sistema proporcionaba estabilidad, a costa de inadecuaciones entre los actores y los personajes que interpretaban, pues «no porque airosamente representen a un rendido Narciso es consiguiente que esto los gradúe para representar un esforzado Tamorlán» (Nieto de Molina, 1768: 111). Además, uniformaba la producción teatral y lastraba el progreso, «ya que los dramaturgos, en vista del ejercicio teatral tan poco flexible, seguirían suministrando piezas según un mismo modelo» (Oehrlein, 1998: 261)[26]. Así las cosas, no extraña que los ilustrados renegasen de esta práctica inveterada. Verbigracia, Luzán en su *Poética* (3.12): «Por lo que toca a las personas de los representantes, se habría de procurar que cada uno hiciese el papel más apropiado a su genio o a su habilidad, a su estatura y a su edad» (Luzán, 2008: 574); o Montiano en el *Discurso II sobre las tragedias*:

> Convendría mucho que los actores no desmintiesen con exceso la edad de las personas que representan. Comprendo que es muy difícil esta regla en la práctica, pero algo se puede corregir […]. En los teatros griegos y latinos suplían las larvas

26. «Los caracteres de nuestras comedias antiguas son un galán siempre caballeresco, espadachín y enamorado de la primera dama; un segundo competidor del primero; dos damas por igual término y siempre rivales; un gracioso que en todo se mete, sin perdonar lo más serio, y hace pasar por chistes las impertinencias y aun los despropósitos que él añade» (López del Plano, 1798: 94).

> o máscaras cualquier defecto, pero ahora no hay este recurso y es menester ajustarse, lo más que sea dable, a concordar la persona del actor con la del papel que representa […]. No se han de entender tan literalmente estos avisos que no puedan alterarse de ningún modo. Ya dejo insinuado que merece no poca indulgencia lo que se excediese en la puntualidad de la representación de los años, por la casi invencible dificultad que se suele padecer en la escasez de actores y en lo que estos mismos se obstinan en no confesar los embarazos a que los sujeta el tiempo. (Montiano y Luyando, 1753: 24-26)

El propio Rezano desarrollaría esta problemática en el prólogo a *La desgraciada hermosura*:

> Uno de los puntos que deben reformarse –y que es de los principales para conseguir la brillantez de los dramas– es abolir enteramente el abuso de que las obras se hayan de repartir por el grado y colocación que tienen los actores en las compañías. Si el papel del galán es activo, cruel, soberbio, y el que tiene esta parte es blando y de un carácter distinto al que pide la obra, ¿cómo lo podrá desempeñar? Y así igualmente en los demás […]. Ni el galán, dama, barba y demás los debemos creer capaces de hacer todo, y todo bien, luego, ¿por qué no se ha de dar –sea primero, segundo, etc.– al que se conozca que le caracterizará con la inteligencia, expresión y afectos que se requieren, como se hace en todos los teatros extranjeros? Porque es un abuso inveterado y que no se quiere desterrar, y es de los que deben reformarse, como uno de los daños más perjudiciales contra todas las obras dignas del teatro, por ser un estilo o costumbre contra el ingenio, contra el espectador y contra el actor que representa un papel que no es de su carácter, en vista de que no logra el ingenio la viveza de lo que escribe, el espectador no se llena de la ilusión que esperaba y la parte queda desairada, perdiendo parte del mérito que pudiera tener adquirido. (Rezano Imperial, 1792: 8)

De hecho, parece que esta manera de proceder también había empezado a abandonarse en España por motivos más utilitarios que artísticos, lo cual no redundó precisamente en la propiedad del reparto. Así lo denunciaba Nifo, quien atribuyó esta mudanza al autor Manuel Guerrero (m. 1754)[27], cónyuge de la antedicha María Hidalgo:

27. Manuel Guerrero se asemeja a Rezano en su polifacetismo: ambos fungieron como actores, dramaturgos y, en cierta medida, teóricos, lo que les proporcionaba una visión integral del teatro. En concreto, Guerrero es conocido por participar en la controversia sobre la licitud del teatro con su *Respuesta a la resolución que el reverendísimo padre Gaspar Díaz, de la Compañía de Jesús, dio en la consulta teológica acerca de lo ilícito de representar y ver representar las comedias como se practican el día de hoy en España, donde se prueba lo lícito de dichas comedias y se desagravia la cómica profesión de los graves defectos que ha pretendido imponerla dicho reverendísimo padre* (Zaragoza: Francisco Moreno, 1743). En esta carta defendió la moralidad de las comedias puestas en escena, tanto por su contenido como por el modo de representarlas. La réplica fue impugnada, a su vez, por el presbítero Antonio Villagómez y Escobar en *Anatomía simbólica y moral del escrito de Manuel Guerrero* (Madrid: s. i., 1743). Sobre la figura de Manuel Guerrero, remito a las ediciones y estudios de Di Pinto (2015, 2019a, 2019b). Véase también Bermejo Gregorio (2016), quien desentraña la motivación económica que subyace tras sus adaptaciones de textos ajenos.

> Otro inconveniente tiene contra sí la facultad de un comediante en el actual sistema de nuestro teatro, y es hacer cada uno mil papeles que se ofrezcan no solo en el mes, sino en la hora. Este beneficio se le debe a Guerrero porque él introdujo el bello estilo de que hicieran los galanes de graciosos, cosa que nunca se había visto en España. […] Todos los que conocen nuestro teatro y el extranjero echan de ver el despropósito de nuestra escena, en la que hace papeles tan opuestos y ridículos un solo comediante. Y es muy natural este reparo: se entra al proscenio un actor que acaba de hacer un héroe, el más apasionado, el más ilustre, y en el intermedio sale haciendo el papel de un manolillo, conjunto de ademanes ridículos y aires los más groseros, enfriando con esta relación todo el fuego en que se inflamó al representarnos la majestad de un rey. En Francia, Italia, Inglaterra y ya hoy en Alemania, el representante trágico jamás se abate a lo cómico, el grave nunca desciende a lo alegre, y así logran personificar vivamente los caracteres en uno y en otro género. (Nifo, 1994: 153-157)

De todas formas, los cambios fueron muy graduales y a principios del siglo XIX la propuesta –o la crítica– que en su día sancionara Rezano, asumida por Díez González, Leandro Fernández de Moratín y otros miembros de la Junta para la Reforma de los Teatros, aún levantaba ampollas (Álvarez Barrientos, 2019: 332).

4. El *Discurso V* de las *Obras en prosa* (1768) de Francisco Nieto de Molina

El 13 de diciembre de 1768 se anunciaron las *Obras en prosa* de Francisco Nieto de Molina en la *Gaceta de Madrid* (n.º 50, p. 404). Este coplero gaditano ya había estampado otros cinco opúsculos desde 1764: un corpus eminentemente lírico, pero con una considerable diversidad de géneros[28]. En esta oportunidad abrazaría el ensayo para intervenir en varias polémicas de su tiempo.

Es posible que los cinco discursos de las *Obras en prosa* se concibieran para su publicación independiente. De hecho, Menéndez Pelayo (2012: 866) se refiere a ellos como «papeles volantes […] que suelen andar reunidos en un volumen». No hay noticia de ninguno exento, pero lo cierto es que la *dispositio* editorial favorece su división, ya que suelen contar con portadilla –siempre en el recto de la hoja–, y alguno incluso con seudónimo: *Discurso IV. El azote crítico, por don Gil Batuecas, natural sencillo, hijo de su padre, conocido en su casa, escritor de este papel*[29].

28. Solo se le conocen dos «papeles cómicos», concebidos más bien para la lectura que para la representación: la *Inventiva rara. Difinición de la poesía contra los poetas equivoquistas* (Madrid: Pantaleón Aznar, 1767) y *Los críticos de Madrid. En defensa de las comedias antiguas y en contra de las modernas* (Madrid: Pantaleón Aznar, 1768). Para una noticia biobibliográfica y un estudio individualizado de sus *Obras completas*, remito a la edición de Rafael Bonilla Cerezo y Ángel Luis Castellano Quesada, en prensa (Nieto de Molina, 2025).

29. Con una disposición similar se articularon las diez fábulas mitológicas que componen su *opera prima*, *El Fabulero* (Madrid: Antonio Muñoz del Valle, 1764).

El más conocido es el *Discurso I. En defensa de las comedias de frey Lope Félix de Vega Carpio* (pp. 1-46), donde Nieto defiende a Lope y Calderón de los ataques de Blas Nasarre en el prólogo a su edición de las *Comedias y entremeses* (Madrid: Antonio Marín, 1749) de Cervantes. Consciente de su atractivo, el gaditano le otorga la primacía tanto en posición como en extensión, pues ocupa casi la mitad del volumen. En el segundo y tercer discurso, *Academia de los poetas* (pp. 47-60) y *Verdades que parecen disparates* (pp. 61-82), revestidos con un *cornice* o marco narrativo, censura la falta de originalidad de sus coetáneos, reproduciendo lugares comunes sobre la poesía del momento[30] –en buena medida, una autocrítica inconfesa–: «se compone de un estilo humilde, entretejido con equívocos, paranomasias, retruécanos, chistes, frioleras y necedades» (Nieto de Molina, 1768: 73). Resultan de particular interés los comentarios sobre diversos aspectos del negocio editorial, como el uso de títulos rimbombantes (Nieto de Molina, 1768: 57-59) o la asimilación entre las publicaciones literarias y las científicas (Nieto de Molina, 1768: 71-78). El *Discurso IV* (pp. 83-98) aloja una diatriba contra los «críticos», objeto de escarnio en sus obras desde *La Perromachia* (1765).

Aunque el resto de los textos son difíciles de datar por la falta de referencias internas, es muy probable que el *Discurso V. En defensa del papel que dio a luz don Antonio Rezano y en contra del disforme papelón de don Juan Antonio del Castrillo y Villamor* fuera el último que escribió. Al menos en la despedida sugiere que se trata de una adición de última hora: «No es este papel discurrido en dos semanas, sino en pocas horas, y es más acreedor que el de vuestra merced al gusto y a la prensa» (Nieto de Molina, 1768: 116). Además, es el único discurso que alude a escritores vivos.

Se abre con su habitual soflama contra los «críticos» y enseguida saca a relucir dos nombres conocidos, con sus obras bien referenciadas: «Don Agustín de Montiano y Luyando, en su *Ataúlfo* […], y don Ignacio de Luzán, en sus *Reglas de la poesía*» (Nieto de Molina, 1768: 101). El gaditano tacha de «empeño redículo» el perfeccionismo de los dos grandes teóricos del neoclasicismo español, concluyendo que, en el examen del teatro nacional, «no se advierten por lo común los [yerros] de bulto, y se reprehenden los nimios» (Nieto de Molina, 1768: 102-103). Ejemplifica la falta de criterio con el éxito del gracioso Miguel de Ayala:

> Hoy en las tablas es gracioso Ayala. Este en todas las comedias hace un excelentísimo majadero. Sale figurándose insulso, andando como preso, manifestándose turbado y preciándose de retruécanos que no son del caso. Y estas estolideces celebra el vulgo y ¡viva Ayala! Bárbaros, ¿que os mueva más el rebuzno de un asno que la dulcísima melodía del ruiseñor? ¿Que apreciéis a la dama por la cara más que por la habilidad? ¿Que ponderéis al barba por la barba y no por la destreza? Así son las opiniones del patio y de la singularísima tertulia. (Nieto de Molina, 1768: 104)

30. Sobre el carácter de la poesía bajobarroca, véanse Bègue (2008; 2010) y Ruiz Pérez (2019).

Se imponía, pues, la necesidad de instruir al público: la misma premisa con la que Rezano justificaba su *Desengaño*. Presenta, entonces, los dos papeles a los que responde y se alinea con el actor, pero distanciándose de sus pullas:

> En atención a estas nulidades, ha intentado don Antonio Rezano proponer lo que le ha parecido conducente para el mejor acierto del teatro. Expone las reglas que halla precisas para que las observen no ceñidamente los galanes, sino, en su clase y según lo que a cada uno le toca, el barba, el figurón y el gracioso. Es verdad que no perdona lo más mínimo –y en esto no le defiendo–, pero también es constante que no son infructuosos sus reparos. (Nieto de Molina, 1768: 104-105)

Así, contrapone citas de ambos textos para desmontar las objeciones de Castrillo, que considera fundadas en una reducción al absurdo:

> ¿Es lo propio expresar que el galán ha de tener, para serlo como debe, las particularidades que cita a que rigurosamente han de concurrir en el que elijan? Me persuado a que cualquiera persona de mediano entendimiento conocerá que hay mucha diferencia de lo uno a lo otro y que el sentido es muy diverso. (Nieto de Molina, 1768: 107-108)

Tampoco le convencen los casos prácticos en los que se ampara:

> Preciosísimo discurrir, ¿y habrá quien defienda acérrimamente absurdo tan disforme? No, señor mío, no es prueba la que vuestra merced ofrece y la experiencia lo manifiesta con ellos mismos excediéndose en unas comedias y descomponiéndose en otras. (Nieto de Molina, 1768: 108-109)

Generalizando la tesis de Rezano, defiende que la especialización es una constante en todas las artes y aporta varios ejemplos literarios y pictóricos[31]. Estos últimos proceden de una loa de Pérez de Montoro[32], cuya nómina incluye varias autoridades difíciles de identificar, cuando no espurias (Bègue, 2013: 46-50, 72-77).

No va más allá la sustancia de su respuesta, en la que, eso sí, prodiga los ataques personales: «balbucientes desatinos», «opositor sin sal», «absurdo tan disforme», «envaine vuestra merced su Tizona, que es poco Cid para la empresa» (Nieto de Molina, 1768: 108, 111). El último reproche se circunscribe a una cuestión terminológica: Nieto le afea que diga «estilo baladí» en lugar de «ínfimo», «que así lo nombran los maestros, y el que se gradúa por escritor ha de procurar siempre

31. «Quevedo y Cáncer no tuvieron quienes los imitase en la sátira […]; pero en las demás, aunque siempre dignas de veneración, no se ofrecieron tan sobresalientes», León Marchante y Pérez de Montoro «se alzaron con los equívocos, y poco o nada lucieron en lo serio», y Góngora «se distinguió por lo raro en lo culto, y se descuidó en lo demás» (Nieto de Molina, 1768: 110).

32. *Loa que se representó a sus majestades en celebridad de los años de la reina doña María Luisa, dignísima esposa del señor Carlos Segundo* («Si corres, si vuelas, vuelas»), de José Pérez de Montoro, publicada en el primer tomo de sus *Obras póstumas líricas humanas* (Madrid: Antonio Marín, 1736, pp. 392-408).

explicarse con las voces facultativas de lo que trata y no inventar extravagantes expresiones» (Nieto de Molina, 1768: 112-113).

En su despedida, vuelve a tachar de inútiles las pretensiones de Montiano, Luzán y sus seguidores –entre los cuales parece incluir a Castrillo–, comparándolas «con las obras de los proyectistas» (Nieto de Molina, 1768: 115). En efecto, estos sujetos serían el equivalente de los reformadores del teatro en ámbitos como la economía, la agricultura o el ejército: una serie de intelectuales –a veces, pseudointelectuales– que diseñaban «proyectos» de mejoras para distintos aspectos de la vida pública, acorde con el espíritu ilustrado. Con el tiempo, el término fue adquiriendo un matiz peyorativo, semejante al de «arbitrista» en el siglo XVII (Álvarez de Miranda, 1985).

Llama la atención que esgrima el supuesto fracaso de los reformadores neoclásicos como arma arrojadiza contra Castrillo cuando su influencia es tan manifiesta en Rezano[33], al que defiende sin ambages. De hecho, su *Desengaño* no deja de ser, al menos en parte, un proyecto de reforma del teatro, centrado en la interpretación. No parece, pues, que su apología se funde realmente en afinidades o diferencias ideológicas, como da a entender el gaditano. En la génesis del discurso confluyen, más bien, el intento de Nieto de obtener repercusión a costa de controversias candentes y una posible relación –amistosa o comercial– con Rezano o sus editores: téngase en cuenta que ambos textos salieron de la imprenta de Pantaleón Aznar, que funcionaba asimismo como librería de venta al público[34].

5. Fin de la controversia e interrupción de sus carreras editoriales en 1769

El cruce de «papeles» no se prolongó en el tiempo, aunque seguramente no por falta de ganas, sino por la interrupción repentina de la labor editorial de los tres participantes: Castrillo solo volvió a la imprenta tras llevar a las tablas *Las Foncarraleras* en 1772; Rezano tardaría más de dos décadas en volver a publicar en Madrid, de nuevo con un estreno (*Los tres mellizos*, 1790), aunque fue bastante prolífico después; y Nieto nunca regresó, pero hay motivos para pensar que en los años sucesivos barajó más de un proyecto: la *Zampoña de las musas*, posiblemente un opúsculo lírico, anunciado en una nota posliminar de las *Obras en prosa*, y

33. Sobre todo, en lo que atañe a la práctica escénica y no tanto a la dramaturgia. Álvarez Barrientos (2019: 386) lo sitúa en una «tercera vía» de reformistas que provienen de la tradición nacional.

34. En los estudios sobre sociabilidad literaria se ha atendido tradicionalmente a las academias, que eran encuentros relativamente institucionalizados y de los que han sobrevivido bastantes testimonios, o a algunas tertulias especialmente famosas; pero estas no eran las únicas circunstancias en las que se reunían los literatos, ni siquiera las más representativas. Álvarez Barrientos (2006: 373-374) advirtió que las librerías y las imprentas «fueron los espacios más específicos de los escritores, o al menos lo fueron tanto como pudieron serlo (o así parece hoy) los salones cortesanos en los que fue posible a algunos encontrar ocupaciones y soluciones a los aspectos materiales de su vida», máxime cuando se trata de la «baja literatura».

la *Fábula de Vulcano y Venus*, que se ha conservado en una copia manuscrita con fecha de 1771 (BNE, MSS/4046, ff. 80-89) (Castellano Quesada, 2024). A partir de 1769 se observa una drástica disminución, y en algunos casos el cese definitivo, no solo de la actividad de estos y otros escritores de segunda fila, sino de todos los agentes del mercado del libro con los que colaboraron, como los impresores Antonio Muñoz del Valle y Pantaleón Aznar o los libreros Antonio del Castillo, Bartolomé López o Juan Yuste.

Las causas hay que buscarlas entre las medidas adoptadas a raíz del motín de Esquilache para controlar la producción de impresos, de las que da cuenta Reyes Gómez (2000: 561-573). La primera fue la emisión de un bando el 18 de abril de 1766 que prohibía «componer, escribir, trasladar, distribuir ni expender» escritos subversivos, esto es, «pasquines, sátiras, versos, manifiestos y otros papeles sediciosos e injuriosos»; las autoridades eran conscientes de los problemas para identificar los libelos incendiarios, pues las críticas aparecían veladas, y advertían que «incautamente se leen en tertulias y conversaciones, sin conocer el artificio de sus composiciones» (Reyes Gómez, 2000: 562). Poco después, el 16 de mayo, el Consejo de Castilla prohibió que las comunidades religiosas albergasen imprentas en conventos y otros lugares exentos. Tampoco permitía que los clérigos interviniesen en ningún taller, ya que se sospechaba que los jesuitas habían instigado la revuelta, por lo cual se procedería a su expulsión en 1767.

En este contexto, la llamada «literatura de cordel» sufrió un duro revés:

> En los años sesenta […] estaba siendo infravalorada y menospreciada por la élite ilustrada al considerarla expresión de la cultura popular y antigua, distanciada de la didáctica. Son varios los testimonios contemporáneos […] que denigran estos impresos y que influirán en la actividad censoria, que deniega peticiones de licencias y recogerá abundantes pliegos. (Reyes Gómez, 2000: 563-564)

En un primer momento, la censura se dirigió sobre todo a las «historias», relaciones protagonizadas por santos, caballeros y otros personajes legendarios. Sin embargo, la supuesta predicción del motín en un *Piscator* de Diego de Torres Villarroel y su sobrino Isidoro Ortiz desembocó en la prohibición, en julio de 1767, de «pronósticos, piscatores, romances de ciegos y coplas de ajusticiados» (*Novísima recopilación*, Libro VIII, Título XVIII, Ley IV)[35]. En virtud de este decreto, se destruyeron «numerosos pliegos de cordel en diversas ciudades españolas, tanto

35. «El decreto diluye categorías de libros inútiles y dañinos cuya persecución obedece a circunstancias dispares; de hecho, que se mencionen solo motivos de instrucción pública y se defina lo prohibido de modo tan inespecífico busca seguramente armar una condena válida para todo, en vez de desglosarla. […] Por otro lado, en el paradigma jurisdiccional que define el Derecho en el Antiguo Régimen no hay que entender la ley como en el Estado moderno. Los debates y actuaciones previos y posteriores a una norma poseen tanto o más valor que ella, y esta solo se añade al gigantesco aparato legislativo superpuesto en épocas y jurisdicciones concatenadas. Cada ley expresa una voluntad gubernamental en un momento dado, pero no zanja nada definitivo y estable» (Durán López, 2022: 353-354).

las importantes desde el punto de vista editorial […] como otras más pequeñas» (Reyes Gómez, 2000: 570). También se incrementó la vigilancia sobre los impresos menores, como carteles o cédulas. Es muy interesante el testimonio de Judas Tadeo Ortiz, hermano y sucesor de Isidoro, en su pronóstico para 1771:

> Segunda vez sales, pronostiquillo mío, segunda vez sales a la tuna. Dos años hace que naciste de las obscuras entrañas de mi fantasía. Dispuse que salieras a ver mundo el año de 69 y, para que sin vergüenza pudieras parecer a vista de las gentes, te equipé de todo cuanto me pareció necesario; pero en hora menguada debiste de ser concebido, según desde tu principio te persiguió la desgracia. Envuelto en los pobres pañales del original, pasaste todo aquel año sin que lograses verte limpio de borrones[36] en la colada de la prensa, a que no llegaste por tu poca suerte. Segunda vez te dispuse para el año de 70, en el cual saliste solo a experimentar trabajos: mal pasaje tuviste entre los hombres, mal recibido fuiste. (Ortiz Gallardo, 1770: f. A4v.)[37]

A todo ello se sumarían varios cambios en el sistema de censura que pudieron reorientar o, cuando menos, ralentizar la autorización de nuevos impresos: por ejemplo, la regulación del procedimiento de censura por la Inquisición en la Real Cédula del 16 de junio de 1768 (Velasco Moreno, 2024) y el traspaso de sus competencias a especialistas individuales o instituciones, como las academias y las sociedades[38]; el cese de los subdelegados particulares y la reducción de las facultades del juez de imprentas en mayo de 1769; o la prohibición de obras particulares desde 1769, principalmente aquellas que estaban relacionadas con las ideas francesas, las regalías o la expulsión de los jesuitas (Reyes Gómez, 2000: 573-601).

Aunque los impresos de estos modestos «copleros» o aspirantes a dramaturgos quedaran fuera del espectro genérico restringido de forma explícita, la nueva censura podría haber alcanzado, siquiera temporalmente, a todas las manifestaciones de literatura popular que juzgara inútiles[39]. Irónicamente, el propio Nieto, tras criticar en el *Discurso III* (*Obras en prosa*, 1768, pp. 61-82) la falta de calidad

36. Los *borrones* son las «manchas de tinta», «testaduras» o «tachones» por el expurgo (Terreros y Pando, 1786-1788: *s. v.* borrón).

37. En el prólogo explicaba que el fracaso del año anterior se había debido a la ausencia de predicciones astrológicas, que ahora volvía a incluir «porque esto no se opone a las órdenes superiores» (Ortiz Gallardo, 1770: 5). No hubo pronóstico para 1772, y en el de 1773 dejaba claro el duro escrutinio al que lo sometían: «Necios, ¿no tengo dicho que el Real Consejo manda que no se escriban pronósticos de sucesos políticos ni cosa capaz de interpretación alguna? ¿No podéis estar satisfechos por lo dicho en mis anteriores de que yo no puedo dejar de obedecer los reales preceptos?» (Ortiz Gallardo, 1772: 1-2).

38. Los ilustrados solían quejarse de que, fruto de su ignorancia en la materia, muchos censores eclesiásticos autorizaban escritos inútiles o perjudiciales, sobre todo en el ámbito científico (Reyes Gómez, 2000: 574-575), pero era extensible al literario. Los especialistas serían más exigentes con la calidad o el rigor de los contenidos, lo que repercutiría en el tipo de obras que llegaba a las prensas.

39. En los años previos, algunos censores habían expresado su desprecio por obras que aprobaban a regañadientes, tal es el caso de Juan de Aravaca a propósito del *Fabulero* (1764) de Nieto de Molina: «Nada perdiera el público por que no se publicase esta obra; he testado algunos versos

y originalidad en las novedades editoriales, desde la poesía equivoquista y populachera hasta las pobres traducciones de tratados científicos, concluía:

> ¡Qué providencia tan justísima sería prohibir que no se imprimiesen papeles ni libros como conocidamente no se experimentase en ellos utilidad palpable en que el común necesariamente se mejorase, en que las ciencias más y más se refinasen y, en fin, que cada libro le constituyese un inmortal blasón a su autor! (Nieto de Molina, 1768: 80)

En particular, los «papeles» polémicos como los que nos han ocupado, al margen de su temática, resultarían inconvenientes para el mantenimiento de la paz social. Por lo tanto, nada extraña que a Nifo le negaran la licencia de impresión para su *Idea política y cristiana*, a finales de 1769, «con un *No ha lugar* a secas, sin que haya precedido ni siquiera la menor censura» (Domergue, 1980: 97).

Cincuenta años más tarde, al describir el contexto socioliterario en la *Vida* de su padre[40], Leandro Fernández de Moratín vincularía el progreso de las ideas ilustradas a la libertad de expresión:

> La prudente libertad que se dio a la imprenta fue un aliciente poderoso para que muchos literatos publicasen obras útiles en todos géneros, y la multitud de periódicos, que siempre excitan a que lean algo los que nada leerían si no los hubiese, empezó a fomentar el buen gusto, la sana crítica y la erudición. (Fernández de Moratín, 2008: 1123)

Y se pronunciaría sobre este periodo, achacando a la revuelta la parálisis de las reformas, concretamente del teatro y la poesía:

> Pero las turbaciones políticas ocurridas en el año de 1766 interrumpieron por algún tiempo el progreso de las letras, mudaron la suerte y las costumbres del pueblo, hicieron suspicaz al gobierno y alteraron en gran manera los planes y las ideas benéficas del soberano. (Fernández de Moratín, 2008: 1125)

De lo expuesto se deduce el afán de las autoridades por aplacar toda discusión pública, con resultados palpables en la producción impresa. Ciñéndonos a nuestra materia, lo cierto es que los debates sobre la forma de interpretar se atenuaron en la siguiente década, o al menos no se reflejaron en los impresos con tanta frecuencia hasta la reaparición de los tratados en los ochenta, en manos de autores con un perfil bastante distinto:

> Ahora son académicos, están al servicio del rey y participan en el proyecto de construcción de la nación desde la cultura, relacionando su patrimonio cultural. De este modo, […] la reforma de la interpretación se inserta en planes más amplios,

---

demasiado libres, para que tenga menos prejuicio el lector, siendo del agrado de V. A. que se imprima. En el Oratorio del Salvador de Madrid a 12 de enero de 1764» (Castellano Quesada, 2022: 572).

40. Esta noticia biográfica apareció por primera vez como delantal a las *Obras póstumas de D. Nicolás Fernández de Moratín* (Barcelona: Viuda de Roca, 1821, pp. I-LIV).

> demostrando su importancia política y la implicación de los gobiernos. (Álvarez Barrientos, 2019: 381)

6. Conclusiones

Los *Desengaños* (1768) de Antonio Rezano y las diligentes respuestas de Juan Antonio del Castrillo y Francisco Nieto de Molina ponen de manifiesto el interés generalizado entre amplios sectores de la población urbana por la reforma de la escena, particularmente en su dimensión práctica. Estos breves ensayos no pretendían satisfacer las inquietudes de los hombres de letras, sino animar la conversación de un auditorio heterogéneo y, en la medida de lo posible, instruir a los «ignorantes», pues a «los que saben y conocen lo que son teatros […] no es menester prevenirles la prudencia que en tales actos es debida» (Rezano Imperial, 1792: 4); todo con el fin último de procurar algún beneficio económico para autores, impresores y libreros. En este sentido, atestiguan el germen de la «opinión pública», la cual empezaba a abrirse camino, al menos en este espacio recreativo[41], fiscalizando el trabajo de actores y comediógrafos con una autoridad comparable, si no mayor, a la de los eruditos consagrados. De ahí los esfuerzos por orientarla desde la prensa (Álvarez Barrientos, 2019: 92-117).

De todas las propuestas del aspirante a cómico, la más controvertida, a juzgar por el *Discurso V* de Nieto y lo que este nos revela del «papelón» perdido de Castrillo, fue la de adecuar el reparto de papeles según las características físicas y temperamentales de los personajes. Esto podía deberse a que planteaba mayores dificultades para las compañías, ya que afectaba considerablemente a su organización y funcionamiento. Tal vez Rezano, consciente de su carácter problemático y de acuerdo con la lógica comercial aneja a este tipo de escritos polémicos, decidiese colocarlo como primer punto de su tratado precisamente para potenciar su repercusión.

El final de esta escaramuza, enmarcada en el debate más amplio sobre la reforma teatral, pudo venir marcado por el recrudecimiento de la censura editorial, como parte de las medidas represivas adoptadas tras el motín de Esquilache (1766). Durante la transición entre el Antiguo Régimen y el nuevo orden burgués, los vaivenes políticos fueron constantes y se vieron reflejados en todos los aspectos de la vida pública, desde la alimentación hasta la vestimenta, incluyendo las distintas formas de esparcimiento, especialmente en la corte. En periodos convulsos, el control férreo de la imprenta, medio de expresión y manipulación del sentir popular, se convertía en una necesidad.

41. «Como fenómeno social, la opinión pública emerge, pues, con el uso público de la crítica que emplean, en campos *a priori* políticamente insignificantes, los "ciudadanos sin soberanía"» (Kaufmann, 2003: 583).

7. Bibliografía

Aguilar Piñal, Francisco (1974), *Sevilla y el teatro en el siglo XVIII*, Oviedo: Universidad de Oviedo.

Aguilar Piñal, Francisco (1981-2001), *Bibliografía de autores españoles del siglo XVIII*, 10 vols., Madrid: CSIC.

Álvarez Barrientos, Joaquín (2006), «Imprentas y librerías en el Madrid del siglo XVIII: otro acercamiento a la sociabilidad literaria», en Marieta Cantos Casenave (ed.), *Redes y espacio de opinión pública. De la Ilustración al Romanticismo. Cádiz, América y Europa ante la Modernidad. 1750-1850*, Cádiz: Universidad de Cádiz, pp. 373-378.

Álvarez Barrientos, Joaquín (2019), *El actor borbónico (1700-1831)*, Madrid: Asociación de Directores de Escena de España.

Álvarez Barrientos, Joaquín (2022), «Es necesario que los actores nos ganemos, con nuestro comportamiento, con nuestro estudio, con nuestra dedicación, el respeto del público», *Anales de Literatura Española*, 36, pp. 15-35, https://doi.org/10.14198/ALEUA.2022.36.01

Álvarez de Miranda, Pedro (1985), «"Proyectos" y "proyectistas" en el siglo XVIII español», *Boletín de la Real Academia Española*, 65(236), pp. 409-429.

Andioc, René (1988), *Teatro y sociedad en el Madrid del siglo XVIII*, Madrid: Castalia.

Andioc, René y Coulon, Mireille (2008), *Cartelera teatral madrileña del siglo XVIII (1708-1808)*, 2 vols., Madrid: Fundación Universitaria Española.

Arregui, Juan P. (2005a), «Algunas reflexiones en torno a la escenografía teatral de la primera mitad del setecientos: impostación gráfica, prerrogativas técnicas y valor significante», *Cuadernos de Música, Artes Visuales y Artes Escénicas*, 1(1), pp. 115-144.

Arregui, Juan P. (2005b), «Luminotecnia teatral de la primera mitad del siglo XIX: de la herencia barroca a la introducción del gas», *Stichomythia*, 3 [En línea: https://parnaseo.uv.es/Ars/ ESTICOMITIA/Numero3/estudios/Arregui._luminacion.pdf].

Arregui, Juan P. (2013), «Entre el debate internacional y la adherencia de la tradición o sobre la arquitectura teatral española en el s. XVIII», *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo*, 19, pp. 221-251, https://doi.org/10.25267/Cuad_Ilus_Romant.2013.i19.13

Bègue, Alain (2008), «"Degeneración" y "prosaísmo" de la escritura poética de finales del siglo XVII y principios del XVIII: análisis de dos nociones heredadas», *Criticón*, 103-104, pp. 21-38, https://doi.org/10.4000/criticon.11294

Bègue, Alain (2010), «Albores de un tiempo nuevo: la escritura poética de entre siglos (XVII-XVIII)», en Aurora Egido y José Enrique Laplana Gil (eds.), *La luz de la razón. Literatura y cultura del siglo XVIII. A la memoria de Ernest Lluch*, Zaragoza: Institución Fernando el Católico/Diputación de Zaragoza, pp. 36-39.

Bègue, Alain (2013), «De Cádiz a la corte: una loa particular y su refundición palaciega en las postrimerías del siglo XVII», en Alain Bègue, Carlos Mata Induráin y Pietro Taravacci (eds.), *Comedia burlesca y teatro breve del Siglo de Oro*, Pamplona: Universidad de Navarra, pp. 7-82.

Bermejo Gregorio, Jordi (2016), «La "novelera condición del siglo": el papel de la industria teatral en la recepción del teatro barroco en la primera mitad del siglo XVIII», *Janus*, 5, pp. 166-185 [En línea: https://www.janusdigital.es/articulo.htm?id=73].

Bolaños Donoso, Piedad (1984), «La escuela-seminario teatral sevillana. Nuevas aportaciones documentales», *El Crotalón*, 1, pp. 749-767.

Bonilla Cerezo, Rafael (2010), «"Los nidos de antaño": estudio y edición del *Discurso en defensa de las comedias de frey Lope Félix de Vega Carpio y en contra del "Prólogo crítico" que se lee en el primer tomo de las de Miguel de Cervantes Saavedra* (1768) y de *Los críticos de Madrid: en defensa de las comedias antiguas y en contra de las modernas* (1768), de Francisco Nieto Molina», en Aurora Egido y José Enrique Laplana Gil (eds.), *La luz de la razón. Literatura y cultura del siglo XVIII. A la memoria de Ernest Lluch*, Zaragoza: Institución Fernando el Católico/Diputación de Zaragoza, pp. 319-383.

Cañas Murillo, Jesús (2017), «Teatros y sociabilidad en la Ilustración: la técnica del actor, y el montaje de los textos, según Montiano», en Eva María Flores Ruiz (ed.), *Casinos, tabernas, burdeles: ámbitos de sociabilidad en torno a la Ilustración*, Córdoba/Toulouse: Universidad de Córdoba/Universidad de Toulouse, pp. 79-104.

Castellano Quesada, Ángel Luis (2022), «Los *Juguetes del ingenio y rasgos de la poesía* (1768) de Francisco Nieto de Molina. Estudio y edición», *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo*, 28, pp. 567-625, https://doi.org/10.25267/Cuad_Ilus_romant.2022.i28.26

Castellano Quesada, Ángel Luis (2024), «*Vulcano y Venus*: dos fábulas burlescas de Juan de la Peña Calderón (1767) y Francisco Nieto de Molina (1771). Estudio y edición», *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo*, 30, pp. 627-285, https://doi.org/10.25267/Cuad_Ilus_romant.2024.i30.25

Cervantes, Miguel de (2015), *Don Quijote de la Mancha*, Francisco Rico (ed.), Madrid: Alfaguara/ASALE/RAE.

Cotarelo y Mori, Emilio (1897), *Iriarte y su época*, Madrid: Sucesores de Rivadeneyra.

Deacon, Philip (1991), «The removal of Louis Reynaud as director of the Madrid Theatres in 1776», *Bulletin of Hispanic Studies*, 68(1), pp. 163-172, https://doi.org/10.1080/14753829120003681 63

Di Pinto, Elena (2015), «Entremés nuevo *La burla del alcaide de la cárcel*, de Guerrero: un híbrido del quehacer teatral de los siglos XVII y XVIII», en José María Díez Borque (dir.), Álvaro Bustos Táuler y Elena di Pinto (eds.), *Miscelánea teatral áurea*, Madrid: Visor, pp. 97-140.

Di Pinto, Elena (2019a), «Ecos del teatro barroco en el siglo XVIII: el autor-actor Manuel Guerrero (II)», en Miguel Zugasti y Joseba Andoni Cuñado Landa (eds.), *Fiesta y teatro en el Siglo de Oro: ámbito hispánico*, Toulouse: Universidad de Toulouse, pp. 107-128.

Di Pinto, Elena (2019b), «Manuel Guerrero, autor y actor (III)», en Carmen Pinillos y José Javier Azanza (eds.), *Et nunc et semper festa*, Pamplona: Universidad de Navarra, pp. 105-132.

Domergue, Lucienne (1980), «Dos reformadores del teatro: Nifo y Moratín», en VV. AA., *Coloquio Internacional sobre Leandro Fernández de Moratín*, Abano Terme: Piovan, pp. 93-106.

Durán López, Fernando (2022), «La "prohibición" de 1767, la censura y el fin de la época dorada del almanaque (1766-1800)», en Fernando Durán López y Ana Isabel Martín Puya (eds.), *Torres Villarroel y los almanaques: literatura, astrología y sociedad en el siglo XVIII*, Madrid: Visor, pp. 351-398.

Fernández de Moratín, Nicolás y Fernández de Moratín, Leandro (2008), *Los Moratines. Obras completas*, vol. 1, Jesús Pérez-Magallón (ed.), Madrid: Cátedra.

García Parra, Manuel (1802), *Origen, época y progresos del teatro español: discurso histórico*, Madrid: Gabriel de Sancha.

Jovellanos, Gaspar Melchor de (1977), *Espectáculos y diversiones públicas. Informe sobre la Ley Agraria*, José Lage (ed.), Madrid: Cátedra.

Kaufmann, Laurence (2003), «Entre ficción y realidad. La opinión pública en la Francia del siglo XVIII», *Historia Contemporánea*, 27, pp. 581-600.

Lista y Aragón, Alberto (1844), *Ensayos literarios y críticos*, vol. 2, Sevilla: Calvo-Rubio y compañía.

López de José, Alicia (2006), *Los teatros cortesanos en el siglo XVIII: Aranjuez y San Idelfonso* [tesis doctoral: Emilio Palacios Fernández (dir.)], Madrid: Fundación Universitaria Española.

López del Plano, Juan Francisco (1798), *Ensayo sobre la mejora de nuestro teatro*, Segovia: Antonio Espinosa.

Luzán, Ignacio de (2008), *La poética*, Russell P. Sebold (ed.), Madrid: Cátedra.

Luzán, Ignacio de (2010), *Obras raras y desconocidas*, vol. 4, Guillermo Carnero (ed.), Zaragoza: Universidad de Zaragoza.

Menéndez Pelayo, Marcelino (2012), *Historia de las ideas estéticas en España*, 3 vols., Gerardo Bolado (ed.), Santander: Universidad de Cantabria/Real Sociedad Menéndez Pelayo.

Montiano y Luyando, Agustín de (1753), *Discurso II sobre las tragedias españolas*, Madrid: José de Orga.

Nieto de Molina, Francisco (1768), *Obras en prosa, escritas a varios asuntos y divididas en cinco discursos*, Madrid: Pantaleón Aznar.

Nieto de Molina, Francisco (2025), *Obras completas*, Rafael Bonilla Cerezo y Ángel Luis Castellano Quesada (eds.), Córdoba: Almuzara Universidad, en prensa.

Nifo, Francisco Mariano (José de Serna) (1775), *El Bufón de la Corte*, Barcelona, Pablo Campins.

Nifo, Francisco Mariano (1994), *Idea política y cristiana para reformar el actual teatro de España y conducirle en pocos años al estado de perfección que desea el magistrado y pueda constituirse por modelo de todos los de Europa*, Christiane España (ed.), Alcañiz: Centro de Estudios Bajoaragoneses.

Nifo, Francisco Mariano (1996), *Escritos sobre teatro, con el sainete El tribunal de la poesía dramática*, María Dolores Royo Latorre (ed.), Teruel: Instituto de Estudios Turolenses/Ayuntamiento de Alcañiz/Centro de Estudios Bajoaragoneses.

Oehrlein, Josef (1993), *El actor en el teatro español del Siglo de Oro*, trad. Miguel Ángel Vega, Madrid: Castalia.

Oehrlein, Josef (1998), «Las compañías de título: columna vertebral del teatro del Siglo de Oro», en Christoph Strosetzki (ed.), *Teatro español del Siglo de Oro*, Frankfurt/Madrid: Vervuert/Iberoamericana, pp. 246-262, https://doi.org/10.31819/9783964567680-014

Ortiz Gallardo, Judas Tadeo (1770), *Aventuras de antaño y avisos para hogaño. Cálculo astronómino. Pronóstico diario de cuartos de luna según el meridiano de Madrid, con todos los sucesos elementares de Europa. Cómputo eclesiástico y kalendario general de santos y festividades para el año de 1771*, Madrid: Gabriel Ramírez.

Ortiz Gallardo, Judas Tadeo (1772), *Cálculo astronómico. Pronóstico de cuartos de luna y demás movimientos celestes, según el meridiano de Madrid, con todos los sucesos elementares de Europa. Cómputo eclesiástico y kalendario general de santos y festividades para el año de 1773*, Madrid: Manuel Martín.

Palacios Fernández, Emilio (2014), «Teatro musical español del siglo XVIII: géneros mayores», en María Jesús García Garrosa y Gabriel Sánchez Espinosa (dirs.), *«El dulce Moratín fue mi maestro». Eighteenth-Century Studies in Homage to Philip Deacon*, *Bulletin of Spanish Studies*, 91(9-10), pp. 169-186, https://doi.org/10.1080/14753820.2014.962905

Ramos Smith, Maya y Vasconcelos Chávez, Tito (1995), «Censura y marginalidad en la escena novohispana», *Documenta CITRU*, 1, pp. 12-27.

Real Academia Española (1726-1737), *Diccionario de Autoridades*, 6 vols., Madrid: Francisco del Hierro y herederos.

Recasens Barberà, Albert (2001), *Las zarzuelas de Antonio Rodríguez de Hita (1722-1787). Contribución al estudio de la zarzuela madrileña hacia 1760-1770* [tesis doctoral: Philippe Mercier (dir.)], Lovain-la-Neuve: Universidad Católica de Lovaina.

Rey Castelao, Ofelia (2021), «El negocio del libro en los Correos Marítimos de A Coruña al Río de la Plata», en Lluís Agustí, Mònica Baró y Pedro Rueda Ramírez (eds.), *Redes del libro en España. Agentes y circulación del impreso (siglos XVII-XX)*, Zaragoza: Universidad de Zaragoza, pp. 63-75.

Reyes Gómez, Fermín de los (2000), *El libro en España y América. Legislación y censura (siglos XV-XVIII)*, 2 vols., Madrid: Arco Libros.

Rezano Imperial, Antonio (1768a), *Papel nuevo, intitulado: Desengaño de los engaños en que viven los que ven y ejecutan las comedias. Tratado sobre la cómica, parte principal en la representación*, Madrid: Pantaleón Aznar.

Rezano Imperial, Antonio (1768b), *Arte cómico. Desengaño de los engaños en que viven los que ven y ejecutan las comedias. Tratado sobre la cómica, parte principal en la representación. Segundo papel, que trata de los afectos, acciones, carácter y arreglo de voz*, Madrid: Pantaleón Aznar.

Rezano Imperial, Antonio (1791), «Los tres mellizos», en VV. AA., *Colección de las mejores comedias nuevas que se van representando en los teatros de esta corte. Tomo III, que comprende las representadas en el año de 1791*, Madrid: Manuel González.

Rezano Imperial, Antonio (1792), *La desgraciada hermosura o Doña Inés de Castro*, Madrid: Ramón Ruiz.

Ríos Carratalá, Juan Antonio (1990), «La polémica teatral dieciochesca como esquema dinámico», *Cuadernos de Teatro Clásico*, 5, pp. 65-75.

Ríos Carratalá, Juan Antonio (1996), «Las obras para casas particulares de Antonio Rezano Imperial», en Josep Maria Sala Valldaura (ed.), *El teatro español del siglo XVIII*, vol. 2, Lleida: Universidad de Lleida, pp. 687-705.

Rodríguez Cuadros, Evangelina (2012), *El libro vivo que es el teatro. Canon, actor y palabra en el Siglo de Oro*, Madrid: Cátedra.

Rubín de Ceballos, Agustín (1790), *Índice último de los libros prohibidos y mandados expurgar: para todos los reinos y señoríos del católico rey de las Españas, el señor don Carlos IV*, Madrid: Antonio de Sancha.

Rubió, Josep (ed.) (1830), *El teatro, o sea, el origen de la tragedia, comedia, ópera y baile*, Barcelona: Josep Rubió.

Ruiz Pérez, Pedro (2019), *Animar conceptos. Formas y modos de la poesía bajobarroca (con actitudes de autor en Andalucía)*, Madrid/Frankfurt: Iberoamericana/Vervuert.

Soria Tomás, Guadalupe (2006), «La Escuela de Declamación española: antecedentes y fundación», en Ángel Martínez Roger (ed.), *Maestros del teatro. 175 aniversario de la Real Escuela Superior de Arte Dramático (1831-2006)*, Madrid: Comunidad de Madrid/SECC, pp. 33-75.

Soria Tomás, Guadalupe (2009), «La Junta de Reforma de Teatros y la instrucción actoral (1799-1804)», *Acotaciones*, 23, pp. 9-32.

Soria Tomás, Guadalupe (2010), *La formación actoral en España. La Real Escuela Superior de Arte Dramático (1831-1857)*, Madrid: Fundamentos.

Soria Tomás, Guadalupe (2017), «De tratados y actores: el modelo francés en las interrelaciones europeas para la formulación teórico-práctica actoral en España (XVIII-XIX)», *Anagnórisis*, 15, pp. 388-418.

Soria Tomás, Guadalupe (2020), «El saber del actor español en el siglo XVIII. La expresión de las pasiones en los tratados de declamación», *Cuadernos de Estudios del Siglo XVIII*, 30, pp. 567-592, https://doi.org/10.17811/cesxviii.30.2020.567-592

Terreros y Pando, Esteban (1786-1788), *Diccionario castellano con las voces de ciencias y artes y sus correspondientes en las tres lenguas francesa, latina e italiana*, 3 vols., Madrid: Viuda de Ibarra, hijos y compañía.

Velasco Moreno, Eva (2024), «Real cédula de Su Magestad y Señores del Consejo tocante a las prohibiciones de libros», en María José Rodríguez Sánchez de León (dir.), *Biblioteca de la Lectura en la Ilustración*, Salamanca: Universidad de Salamanca [En línea: https://bibliotecalectura18.net/d/real-cedula-de-su-magestad-y-senores-del-consejo-tocante-a-las-prohibiciones-de-libros].

Vellón Lahoz, Javier (1993-1994), «El problema del actor en Cervantes: una revisión desde la preceptiva neoclásica», *Cuadernos de Estudios del Siglo XVIII*, 3-4, pp. 117-129, https://doi.org/10.17811/cesxviii.3-4.1994.117-129.

Vellón Lahoz, Javier (1997), «El "justo medio del actor": Isidoro Máiquez y sus teóricos», en Evangelina Rodríguez Cuadros (coord.), *Del oficio al mito: el actor en sus documentos*, vol. 2, Valencia: Acadèmia dels nocturns. Escenes/Universidad de Valencia, pp. 331-337.

ISSN: 1576-7914 - e-ISSN: 2341-1902
DOI: https://dx.doi.org/10.14201/cuadieci202526291312

PARA LA LIBERTAD DE LEER: TOMÁS DE IRIARTE SE ENFRENTA A LA INQUISICIÓN

For the Freedom to Read: Tomás de Iriarte Faces the Inquisition

Philip DEACON*
University of Sheffield
p.deacon@sheffield.ac.uk

Fecha de recepción: 20/03/2024
Fecha de aceptación: 04/07/2024

RESUMEN: El artículo reúne datos, algunos desconocidos, del caso abierto por la Inquisición contra Tomás de Iriarte, acusado de leer libros prohibidos además de emitir «proposiciones» relacionadas con sus creencias sobre la religión. El escritor fue denunciado por su propio hermano fray Juan Tomás a mediados de la década de 1770, lo que dio lugar a una lista de obras «peligrosas» en francés pertenecientes a Tomás que se encuentra en un documento inédito del AHN. Los primeros pasos del caso fueron comunicados a Madrid, donde se llevó a cabo el resto del proceso. El artículo examina la naturaleza de los textos denunciados: los filosóficos de Voltaire (*Dictionnaire philosophique* y el *Discours de l'Empereur Julien*) y del barón d'Holbach (*Système de la nature, Le bon sens* y la *Théologie portative*); un texto sobre el divorcio, y novelas eróticas que incluían *Thérèse philosophe* y *L'Académie des dames*. El texto concluye con la condena del autor y detalles de los castigos pedidos y posiblemente impuestos.

Palabras clave: Inquisición; Tomás de Iriarte; prohibición de libros; filosofía; erotismo; condena.

* Este trabajo es resultado del Proyecto de Investigación *Censura18-II: Censura en la España del siglo XVIII (1769-1805)* (PID2023-150112NB-I00), financiado por la Agencia Estatal de Investigación del Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades (AEI 10.13039/501100011033 / FSE+).

ABSTRACT: The brief study brings together data, some unknown, concerning the case prepared by the Inquisition against Tomás de Iriarte for reading prohibited books and expressing sceptical beliefs on the Catholic faith. The denunciation by his own brother, friar Juan Tomás, in the mid-1770s, gave rise to a list of supposedly dangerous French works belonging to Tomás contained in an unpublished document in the Madrid State Archive; initial details were sent to Madrid where the case was pursued. The article examines the works denounced: philosophical texts by Voltaire *(Dictionnaire philosophique* and the *Discours de l'Empereur Julien)* and d'Holbach *(Système de la nature, Le bon sens* and *Théologie portative)*; a book on divorce, and erotic novels which included *Thérèse philosophe* and *L'Académie des dames*. The article ends with the condemnation of Iriarte and details of the punishment proposed and possibly carried out.

Key words: Inquisition; Tomás de Iriarte; prohibition of books; philosophy; eroticism; punishment.

1. Introducción

Si nos interesa comprender en profundidad la evolución del pensamiento en la España del siglo XVIII, es preciso examinar los casos de personas que se enfrentaron a las instituciones que imponían reglas y límites a las actuaciones individuales. Para evaluar el grado de ilustración entre los intelectuales más destacados debemos adentrarnos en los documentos supervivientes que iluminan cómo pretendían ampliar los conocimientos en los terrenos en que existían trabas para el libre desarrollo del pensamiento; estas pretendían coartar posturas que cuestionaban el *statu quo* mantenido y vigilado por quienes dirigían la política, las creencias religiosas y la educación, áreas siempre relacionadas, que algunos intelectuales pretendían adaptar al nuevo espíritu del tiempo (Défourneaux, 1973). En países como Francia, Gran Bretaña y Holanda en el siglo XVIII había más libertad para dar a conocer escritos que examinaban de manera más o menos profunda los elementos de la forma política estatal, el poder de sectores como la nobleza o la Iglesia y las bases fundamentales de su hegemonía, pese al arraigo de su preeminencia entre los pilares de las sociedades en que estaban establecidos. En algunos análisis españoles dieciochescos destacan las comparaciones implícitas o explícitas entre las normas españolas y las de países que se creía que tenían mayor poder político y prosperidad económica, cuya mentalidad más abierta parecía decisiva en el éxito de su nación en comparación con España (Ward, 1982: 6 y 195; Rodríguez Campomanes, 1774: CLXXIX; Arroyal, 1971: 81).

En el reinado de Carlos III se retomaron ciertos aspectos de la renovación detectable en los años inmediatamente anteriores y algunos escritos publicados –otros, más audaces, fueron prohibidos y quedaron manuscritos– elaboraban análisis y posibles cambios orientados a los interesados por las críticas y mejoras planteadas. Los avances científicos de Francia, Gran Bretaña e Italia habían adelantado

novedades teóricas y aplicaciones prácticas que a veces contravenían creencias todavía respaldadas por la Iglesia española, pero fueron aceptadas según las circunstancias de la nación, frente a otras posibles reformas y sus justificaciones que no verían la luz hasta más tarde. Pese a ciertas reticencias los intelectuales y grupos más enterados solían conocer las razones de su aceptación o no. En varios casos el rechazo de las novedades venía de las posturas oficiales del pensamiento religioso, aunque en Francia, y hasta cierto punto en Italia, el Estado no era capaz de sofocar su debate en coloquios celebrados en círculos privados de la sociedad civil. Lo que interesa al historiador actual del pensamiento español es examinar el grado en que las ideas novedosas y reformas propuestas en el siglo XVIII llegaban a los oídos u ojos de individuos favorables a ellas en países que no ponían barreras a su difusión (Ferrone, 2019).

En España las reglas impuestas por el Gobierno sobre la impresión de escritos teóricos obligaban a los reformistas a respetar los derechos de la Corona, la Iglesia y las buenas costumbres. Si se les escapaban a los censores frases o argumentos que suponían, aunque a veces mínimamente, un ataque a las creencias o privilegios de las dos instituciones nombradas, la Inquisición solía intervenir para imponer una expurgación o prohibición, aunque en bastantes casos el ataque más peligroso parecía dirigirse contra la filosofía subyacente al poder eclesiástico, así como al deseo de avanzar reformas tendentes a basarse en la razón, palabra difícil de definir en la práctica, si bien empleada mucho en las teorizaciones (Álvarez de Miranda, 1992: 167-210, Robertson, 2020: 21-31).

El intelectual curioso por explorar ideas al margen de las tradicionales se encontraba con grandes dificultades para leer algunos escritos que circulaban en países vecinos, aunque el mercado libresco europeo distribuía textos en francés provenientes de anónimos impresores clandestinos que ponían como pie de imprenta de sus productos lugares falsos como Chipre, Londres o Venecia, e incluso ficticios como Bengodi o Foutrópolis (Darnton, 1996). Dada la naturaleza secreta de tales escritos la noticia de su existencia o contenido no era de fácil acceso. Los detalles podían conocerse en España por estancias fuera del país de personas interesadas por los mismos temas, por miembros de embajadas en España y comerciantes protegidos por el Gobierno o por conversaciones particulares con amigos o libreros de confianza. Los libros, sin embargo, solían ser caros por las dificultades para conseguirlos y su posesión no debía revelarse a personas no fiables. Por tanto, los casos posibles de documentar y examinar son escasos, aunque reveladores.

Un intelectual de la segunda mitad del siglo XVIII que se atrevió a desafiar el poder de la Inquisición en el terreno de sus lecturas, además, al parecer, de sus ideas, fue Tomás de Iriarte (1750-1791). Sus tres hermanos ocupaban puestos en el sistema sociopolítico del país: Bernardo, en la burocracia estatal en España y en el extranjero; Domingo, como diplomático; y Juan Tomás, fraile en Canarias, en la Iglesia (Cotarelo y Mori, 2006). Don Tomás trabajaba en la Secretaría de Interpretación de Lenguas desde el inicio de la década de 1770 y publicaba obras literarias

importantes, tanto dramáticas como poéticas. Sus primeras publicaciones de renombre incluían textos como las *Fábulas literarias* (1782), que se atenían a las normas al uso, pero hemos sabido posteriormente que componía versos burlescos e incluso eróticos, de los que destaca el poema «Perico y Juana». El texto sobrevivió en manuscrito y no se publicó hasta 1875, y después al lado de otras composiciones suyas en la colección de *Cuentos y poesías más que picantes* (¿1899?). Los versos de «Perico y Juana» habían atraído pronto la atención del Santo Oficio que los prohibió en 1804, pero sin atribuirlos a ningún autor concreto (Deacon, 2021). Sobrevivió otro poema corto suyo, «La barca de Simón», cuyo mensaje leído en clave alegórica suponía un ataque a la riqueza de la Iglesia católica y a la vez antipapal (Olay Valdés, 2021). Nuestro conocimiento de los poemas mencionados demuestra a las claras que, aunque clandestinamente, Iriarte era capaz de poner por escrito sus ideas sobre el erotismo humano y su rechazo del poder económico de la Iglesia, y se sabe que en este caso el poema fue compartido con personas de confianza.

El primer episodio que mostraba el deseo de Iriarte de desafiar el poder de la Inquisición se sitúa, sin embargo, en la década de 1770, aunque el avance inicial del caso fue lento (Sánchez-Blanco, 2002: 162-194). El objetivo del presente trabajo, por tanto, es reunir la evidencia incluida en tres documentos inquisitoriales, para presentar una visión conjunta de la persecución del autor. La práctica del Santo Oficio encauzada en sus categorías de «proposiciones» y «lectura de libros prohibidos» nos permite analizar las ideas del autor y examinar en detalle sus lecturas (Défourneaux, 1973), textos que nos dejan percibir la recepción de argumentos sobre las bases fundamentales de la nueva filosofía de la época y sus posibles consecuencias para las creencias religiosas en relación con la teología y el terreno personal correspondiente a la sexualidad.

2. Primeras denuncias al Santo Oficio

Nuestro conocimiento de los enfrentamientos de Tomás de Iriarte con la Inquisición parte de una denuncia contra su hermano mayor Bernardo (1735-1814)[1]; la acusación venía sorprendentemente de su hermano Juan Tomás (1735-1799), el fraile dominico que había pasado más de un año en casa de los hermanos en Madrid desde agosto de 1771[2]. Según la relación del caso redactada en torno

1. Emilio Martínez Mata, en un breve estudio sobre la libertad de escribir y publicar en las décadas de 1770 y 1780, cita la sumaria sobre Bernardo de Iriarte, publicada por el P. Miguel de la Pinta Llorente, que no se encontraba en 1999 en los legajos indicados por el investigador agustino (Martínez Mata, 1999: 593-595). El autor de este artículo ha hecho la misma búsqueda, igualmente sin éxito.

2. Fray Tomás comunicó sus opiniones por primera vez a la Inquisición de Canarias en una carta de 1774. Cito la sumaria sobre Bernardo de Iriarte según Pinta Llorente, 1961: 124-144. En adelante todas las citas del documento incluidas en el texto proceden de esta transcripción, con la página dada en él.

a las ideas de Bernardo (previamente secretario de embajada en Londres), fray Juan contó conversaciones y opiniones de dos de sus hermanos, diciendo que en cierto día «comenzó el don Tomás a disputar con el exponente [fray Juan] contra la verdad de la Escritura y de la Religión católica» (125), y añade que «lo que más le mueve a dudar de la fe de este reo [Bernardo], y de su hermano don Tomás, era que nunca le oyó decir que aquello era por hablar, ni nunca les oyó hablar a favor de la fe católica» (126). Agregó fray Juan en otra carta que «el reo no era tan afecto como don Tomás a disputar en materia de religión» (126), y añade que el 7 de junio de 1774 oyó a Tomás decir a Bernardo que «unas personas llaman a otro hereje, porque duda de algunos sucesos que la Iglesia deja libertad de disputar y que el tal no negaba tanto como otros negaban» (127).

Los datos iniciales se trasladan a Madrid por el fiscal inquisitorial de Canarias que los resume, diciendo que

> haciéndose cargo de los capítulos porque era denunciado este reo, dijo que éste, también su hermano, abunda a lo menos en los sentimientos de los nuevos filósofos, cuando no siga enteramente el detestable sistema de ellos, y que según sus expresiones y argumentos en puntos de religión maneja con aplicación sus obras. (127)

Posteriormente la Inquisición de Canarias recibió otra carta de fray Juan por la que «delatando con nuevo motivo a su hermano don Tomás en 24 de mayo de 76 remitió el Tribunal de Canarias las diligencias practicadas, y en su vista mandó V. A. en 7 de octubre del mismo que se remitiesen al Tribunal de Corte» (128). Prosigue la investigación en Madrid y el Santo Oficio convocó al presbítero Antonio Torres para que presentara evidencia sobre Bernardo que incluía referencias importantes sobre Tomás. Torres alega que «entre los hermanos Iriarte se suscitaron en diversas ocasiones diferentes disputas sobre puntos concernientes a la religión y costumbres, en que propusieron don Bernardo y don Tomás los argumentos de los herejes y de los filósofos» (128). Y como resultado del mismo testimonio el secretario de la Inquisición añade que Torres «sigue diciendo otras cosas contra don Tomás que se han puesto en su sumaria» (130). Esta es la primera vez que se habla de una sumaria redactada sobre Tomás, documento que no parece haber sobrevivido, aunque algunas consecuencias se conocerían más tarde.

A continuación, el 8 de mayo de 1777, don José Antonio de Rojas, capitán de milicias en Chile, compareció voluntariamente ante el inquisidor don José Escalzo y

> denunciaba que habría cosa de dos años que concurriendo con don Bernardo y don Tomás Iriarte a solas, les oyó a entrambos hablar con libertinaje y con aire de superioridad, afirmando que la ignorancia de España no venía de otra causa que del Tribunal de Inquisición, sobre cuyo asunto se habló también otras veces, pero no acuerda del tiempo, ni de más circunstancias. Sigue declarando otras cosas contra el Tomás [sic], y concluye en cuanto a este reo que su conducta es en concepto del declarante enteramente libre y que no tiene más que declarar. (131)

Después de oír el testimonio de otros testigos sobre las palabras y creencias expresadas por Bernardo, el encargado de redactar la sumaria añade que «[s]e ha puesto también en esta sumaria lista de los 16 volúmenes de libros prohibidos o dignos de prohibirse que, por encargo de don Tomás Iriarte, hermano de este reo, presentó al Tribunal el Padre Guzmán» (141).

3. La denuncia contra Tomás de Iriarte

La lectura de los dos documentos relevantes del Santo Oficio hace suponer que en la segunda mitad de la década de 1770, si no antes, se había iniciado un caso contra Tomás de Iriarte que dio lugar a una sumaria cuyos detalles no se revelan en la redactada contra Bernardo. El segundo documento archivado por la Inquisición permite precisar aspectos del caso contra el hermano menor por tenencia de libros prohibidos o dignos de prohibirse (AHN, Inquisición, leg. 4486, exp. 7 y Cotarelo, 1900). La lista se menciona en la sumaria contra don Bernardo, sin precisar títulos, pero su lectura, posible hoy, permite reconstruir la naturaleza de los textos que poseía su hermano (Apéndice 1, abajo). La delación se había presentado ante la Inquisición el 1 de octubre de 1778 por fray Francisco de Guzmán, religioso franciscano de la provincia de Canarias, y parece haber sido mandada a la Inquisición de Corte el 5 de noviembre de 1778.

La delación es un listado muy breve de los títulos de 12 obras en 16 tomos, posiblemente perniciosas en la opinión del Santo Oficio (Apéndice 1, abajo). Aparte de la traducción al castellano de sus títulos y número de los volúmenes, el documento no revela detalles importantes sobre los textos. Faltan los nombres de sus autores, a veces la fecha y lugar de su impresión y, como sería de esperar, no daban los nombres de sus impresores, sin duda por no revelarse en los impresos. Una vez analizada y completada con los datos que el investigador actual es capaz de añadir *a posteriori* la lista resulta impresionante, como se verá.

4. Los libros denunciados: filosóficos y contra la religión

Los textos entregados a la Inquisición suponen una mezcla de muchos libros considerados peligrosos por el Santo Oficio en la segunda mitad del siglo XVIII. Es posible calificarlos simplemente como filosóficos o eróticos, pero tales simplificaciones distorsionan la realidad, como veremos (Sánchez-Blanco Parody, 1992: 230-255, 309-316). Un aspecto significativo es que no se publicaron con los nombres de los autores auténticos en las portadas, práctica frecuente en aquella época en casi todos los países de Europa, especialmente España. Desde luego, ninguna de las ediciones pertenecientes a Iriarte se publicó en territorio español y solo fueron traducidos más tarde y sus ediciones castellanas se introdujeron clandestinamente en fechas oportunas. De las obras más destacadas en el momento de su publicación original, los dos autores más célebres en la docena de títulos eran

Voltaire y Paul-Henri Thiry, barón d'Holbach (Bas Martín, 2023: 67), los dos criticados duramente en vida, con textos suyos condenados por las autoridades e incluso quemados públicamente, y en el caso de Voltaire sometido a la prohibición total de sus escritos por la Inquisición española (Lafarga, 1989: 28-46).

Para entender claramente la naturaleza de las ideas leídas por pensadores españoles en el siglo XVIII es preciso examinar estos libros, por ser denunciados más de una vez a la Inquisición y conocidos por personas en desacuerdo con la mentalidad tradicional (Bas Martín, 2023: 39-97). Si empezamos por el texto filosófico más famoso (y accesible) de la pequeña colección de Iriarte tenemos el *Dictionnaire philosophique: ou la raison par alphabet*, de Voltaire (Voltaire, 1964), llamado en la lista *La razón por el alfabeto*. Apareció primero en 1764, aunque con el título que tiene en la denuncia española no salió hasta 1769. Como la obra entera de Voltaire había sido condenada por la Inquisición española en el edicto del 18 de agosto de 1762, sabría Iriarte que leía una obra prohibida (*Índice último*, 1790: 222). Estaba prohibida por exponer «proposiciones heréticas, erróneas, escandalosas, y temerarias, que inducen al deísmo y naturalismo, con notable perjuicio de la religión y experimentada ruina de las almas» (Lafarga, 1989: 31).

Hay que entender la palabra «philosophique» del título de acuerdo con su significado dieciochesco, es decir, relacionado con el pensamiento y la búsqueda de la verdad (Darnton, 1996: 85-114). Los temas de las entradas son muy variados y el autor pretende ser principalmente un historiador intelectual y su técnica obedece a la razón tal como él la entendía. Que el autor buscaba tratar los temas más candentes de la época, aunque en muchos casos la Iglesia pretendía afirmar una verdad diferente, es evidente a primera vista: las primeras tres entradas *abbé, Abraham* y *Adam* preceden a *âme*, cuya existencia y significado fue debatido en muchos textos clandestinos de la época, además de ocupar espacio en impresos publicados fuera de Francia, como entre las obras de Julien Offray de la Mettrie (1751, pp. 85-208). Varios asuntos tratados –*ange, athée, bêtes, christianisme, divinité de Jésus, enfer, Genèse, liberté de penser, miracles, péché originel, superstition, tolérance*– tienen mucha importancia en los debates del siglo XVIII por contrastar las creencias de la Iglesia católica con las conclusiones de pensadores de mentalidad secularizada de toda Europa. Los argumentos esgrimidos por Voltaire resultaban peligrosos, sin embargo, en la opinión de algunos gobiernos y la Iglesia, por lo que no hay duda de por qué José Nicolás de Azara recomendó su lectura a Bernardo de Iriarte (Pinta Llorente, 1953: 98-99).

La intención autorial parece querer plantear los elementos centrales de un tema tradicional e incitar al lector a cuestionar las aparentes verdades y elaborar sus propias ideas a partir de lo que razona Voltaire. Sobresale el deseo de este de adoptar un método histórico; demuestra un conocimiento profundo de muchos asuntos, incluyendo la teología y la historia sagrada; recurre frecuentemente al Antiguo Testamento, a varias fuentes extranjeras e incluso a trabajos suyos publicados antes. A ojos de un lector neutro el texto no parece querer ofender a

fieles cristianos a pesar de presentar y cuestionar profundamente muchas de sus creencias.

Otro libro filosófico célebre de la época que pertenecía a Iriarte era el extenso tratado del barón d'Holbach titulado *Système de la nature*, aparecido en 1770[3]. Al principio pretende explicar la teoría de los conocimientos humanos de acuerdo con el sensismo proclamado por John Locke y el segundo tomo se dedica a debatir y oponerse a las creencias cristianas. Tuvo mucho éxito en Europa y fue traducido pronto a otras lenguas europeas; se condenó en un edicto inquisitorial español el 20 de marzo de 1779, quizás como consecuencia de la denuncia a Iriarte por su posesión (*Índice último*, 1790: 261). Lo leyeron también varios españoles detectados en las denuncias a la Inquisición (p. ej., AHN, Inquisición, legajo 3726, núm. 5 y legajo 3731, núm. 48). Se la puede calificar como una obra atea, que apela a la razón filosófica laica y a la naturaleza como base de los conocimientos. D'Holbach critica los males que la religión encierra (I, 30), y, siguiendo el ejemplo de Voltaire, trata la cuestión del alma que cree material, rechazando también la creencia en fuerzas ocultas como los ángeles, demonios y dioses. Elogia el poder del cerebro y los nervios que posibilitan los sentimientos que se nutren de las sensaciones, a la manera de Locke o Condillac. D'Holbach proclama que el objetivo del hombre es la felicidad y debe buscarse la virtud en una vida guiada por la verdad. Afirma que los soberanos deben servir a la sociedad; que las leyes pueden traer ventajas como la libertad, la propiedad y la seguridad, y que la utilidad debe ser la piedra de toque de «los sistemas, las opiniones y las acciones de los hombres» (Thiry, 1990: I, 247), no las creencias teológicas del catolicismo.

Como queda dicho, la segunda parte del *Système* se dirige a la Iglesia cristiana, y en ella d'Holbach arremete contra el concepto de divinidad, trata de la mitología junto con la teología y critica a los dioses por ser «bizarros, injustos y sanguinarios» (Thiry, 1990: II, 54). El capítulo 4 rechaza la exposición del pensador Samuel Clarke de las pruebas de la existencia de dios (Thiry, 1990: II, 91-135), alegando que, en su texto en defensa de Dios, esa palabra puede ser sustituida casi siempre por «la naturaleza» (Thiry, 1990: II, 174). El autor afirma que, en la práctica, el hecho de que los humanos tengan distintos conceptos de divinidad prueba que derivan de sus propias mentes y opiniones, y, por tanto, se trata de un concepto de invención humana. El capítulo 11 critica el papel de los inquisidores (sin decir de qué país) que se apoyan en los monarcas para juzgar a sus enemigos y entregarlos a las llamas (Thiry, 1990: II, 361). Es evidente que casi todas las ideas principales examinadas por d'Holbach iban en contra de las creencias y prácticas de la Iglesia católica de ese momento.

Si el *Sistema* resultaba ser demasiado filosófico y extenso, d'Holbach presentó sus argumentos de manera más breve y directa en otro texto poseído por Iriarte, *Le bon sens; ou idées naturelles opposées aux idées surnaturelles* ([Thiry], 1772). El

3. Thiry, 1990: en adelante todas las citas de las obras indicadas se harán dentro del texto.

Prefacio del texto explica que «toda religión es un edificio en el aire, que la teología no es más que la ignorancia de causas naturales reducidas a un sistema y que no es más que un extenso tejido de quimeras y contradicciones»[4]. El método del autor se basa muchas veces en plantear pensamientos del cristianismo y demostrar sus incongruencias o contradicciones que el autor cree claras al examinarlos en detalle. Declara que los que se olvidan del sentido común «atribuyen sus vicios a la imperfección de su naturaleza, y sus desgracias a la ira de los dioses» (vi-vii)[5]. A veces el razonamiento del libro supone un tipo de conversación con quien se opone a las ideas del autor, alguien que alega las ideas tradicionales sostenidas por la Iglesia, cuya verdad d'Holbach rechaza de manera sistemática (Bas Martín, 2023: 69).

En cuanto a la Iglesia, dice que «[l]os que inventaron los dogmas sobre la eternidad de los castigos del infierno han hecho de dios, que ellos creen tan bueno, el más detestable de los seres»[6]. Sobre dios señala una gran contradicción:

> Dios es autor de todo; sin embargo, nos aseguran que el mal no viene de Dios. ¿De dónde viene entonces? De la humanidad. ¿Quién ha creado la humanidad? Es Dios. Entonces el mal viene de Dios. Si no hubiera creado la humanidad como es, el mal moral y el pecado no existirían en el mundo[7].

En cuanto a las virtudes, d'Holbach razona que «la sociabilidad, la indulgencia, la humanidad, estas primeras virtudes de toda moral, son totalmente incompatibles con los prejuicios religiosos»[8]. La obra trata todos los temas más importantes según el parecer del autor, temas que expone y en seguida demuestra por sus razonamientos de que las ideas religiosas carecen de sentido común.

Las opiniones expuestas en el libro habrían sido juzgadas como heréticas por los censores de la Inquisición española. El autor trata los asuntos siguientes supuestamente peligrosos: la maldad y el crimen, los castigos empleados por la religión y el Estado, la proximidad de la Iglesia a los monarcas, el infierno, la finalidad de la vida, la felicidad, la providencia, el error humano, el alma, la transustanciación, los demonios, los milagros, la razón, la libertad de pensar, las pasiones,

4. «[T]oute Religion est un édifice en l'air; que la Théologie n'est que l'ignorance des causes naturelles réduite en système; qu'elle n'est qu'un long tissu de chimères et de contradictions» (Thiry, 1772: ii).

5. «[A]ttribuent leurs vices à l'imperfection de leur nature, et / leurs malheurs, à la colère des Dieux» (Thiry, 1772: vi-vii).

6. «Les inventeurs du dogme de l'éternité des peines de l'enfer, ont fait du Dieu, qu'ils disent si bon, le plus détestable des Êtres» (Thiry, 1772: 55).

7. «Dieu est l'auteur de tout: cependant on nous assure que le mal ne vient point de Dieu. D'où vient-il donc? des hommes. Mais qui a fait les hommes? C'est Dieu. C'est donc de Dieu qui vient le mal. S'il n'eût pas fait les hommes tels qu'ils sont, le mal moral ou le péché n'existeroit pas dans le monde» (Thiry, 1772: 61).

8. «La sociabilité, l'indulgence, l'humanité, ces premiers vertus de toute morale, sont totalement incompatibles avec les préjugés religieux» (Thiry, 1772: 185).

el placer, los santos, el amor al prójimo, el pecado, la ignorancia, la incredulidad y las ciencias. Todas son cuestiones cuyos detalles y supuestas verdades o interpretaciones la Iglesia española quería reservar para sus propios teólogos, rechazando a la vez que un pensador no cristiano opinara de otra manera.

Los dos libros siguientes pertenecientes a Iriarte se parecen en parte a recopilaciones de las ideas de varios pensadores. El primero se centra en un texto del emperador romano Juliano del siglo IV de la era cristiana (Voltaire, 1994: 331-363), en una publicación a veces atribuida a Voltaire, aunque las notas que se adjuntan al texto principal pertenecen a varios pensadores destacados por sus ataques contra la teología católica del siglo XVIII. Se titula *Discours de l'Empereur Julien contre les chrétiens* y se cree ahora que se imprimió exento en francés por primera vez en 1769 (Voltaire, 1994). Los calificadores inquisitoriales españoles lo atribuyeron a Boyer (marquis d'Argens). Fue condenado en un edicto del Santo Oficio del 20 de junio de 1779, recogido bajo el nombre del mismo Boyer en el *Índice* de 1790 (*Índice último*, 1790: 14 y 147). José-Michel Moureaux demuestra en el estudio preliminar a su edición que Voltaire ni es el autor del texto supuestamente del emperador Juliano ni su traductor, y que solo proporciona ciertos comentarios al texto central, un tercio de los cuales son de Boyer (Voltaire, 1994: 3). La finalidad más destacada de la edición de 1769 es su ataque en las notas contra las invenciones de los historiadores eclesiásticos, es decir, sus falsificaciones y distorsiones de la verdad en beneficio de la Iglesia.

Otro libro misceláneo de la biblioteca de Iriarte que atacaba el cristianismo, al que Voltaire contribuyó mucho, se llamaba *Recueil nécessaire, avec L'Évangile de la raison*[9]. Salió primero en 1768, pero no parece constar su prohibición en el *Índice* de 1790, aunque todas las obras que se le atribuían se prohibieron en la condena total de los libros de Voltaire en 1762. La recopilación contiene textos de Du Marsais, Rousseau, Voltaire, el llamado «Testamento de Jean Meslier» (clérigo francés famoso por renegar de la fe católica), y de Henry Saint-John, Lord Bolingbroke. Es una mezcla de materia clandestina cuyo efecto en conjunto es cuestionar muchas verdades de la fe católica y proponer otras maneras de tratar los temas planteados.

El último libro denunciado de los que tenía Iriarte –en el grupo de textos filosóficos más bien anticristianos– se publicó bajo el nombre del abbé Bernier, aunque se cree generalmente hoy que se debe al barón d'Holbach, una atribución respaldada por la Bibliothèque nationale de France en su catálogo actual. Es una publicación sin pretensiones de erudición, aunque bien razonada en sus explicaciones y claridad, y ataca de manera sencilla muchas de las creencias propagadas por las iglesias cristianas del XVIII; se titula *Théologie portative, ou dictionnaire abrégé de la religion chrétienne*, y parece seguir la misma técnica que la empleada por el *Diccionario* de Voltaire, aunque se dedica exclusivamente a las creencias

9. Probablemente *Recueil nécessaire. Avec L'Évangile de la raison*, Londres: s. i., 1766.

cristianas. Apareció en 1768 con el nombre de Bernier en la portada, descrito como «licencié en théologie» (Bernier [d'Holbach], 1768). Con este nombre de autor fue condenado en edicto de junio de 1781, recogido en el *Índice* de 1790 (*Índice último*, 1790: 26). También sabemos que el diccionario fue quemado públicamente por el Parlamento de París en 1776.

Al igual que Voltaire en el *Dictionnaire philosophique*, d'Holbach trata los temas de manera breve por orden alfabético. Su *Advertencia (Avertissement)* inicial pretende facilitar el conocimiento de temas nunca tratados de esta manera antes en relación con la teología y acusa a sus defensores de envolver el asunto en nubes *(nuages)* (Bernier [d'Holbach], 1768: 1 y 3). Proclama que se debe juzgar a las personas por sus acciones en favor del prójimo, acciones que deben contribuir a la felicidad nacional (5-6). El autor subraya el poder económico de la Iglesia, cuyos ritos resultan útiles para los placeres, avaricia y pasiones de los que han tomado el hábito (9). Critica los ataques eclesiásticos contra la tolerancia y señala la hipocresía que les hace despreciar en la práctica las virtudes que de otra manera predican (32), y el autor llama absurda la división teológica entre la razón divina y humana (44). Alma *(Âme)* se califica como materia desconocida (47). Afirma que la curiosidad para la Iglesia es un pecado muy grande *(très grand péché)* (92), aclara lo que en realidad es el deísmo (94) y describe las denuncias que existen en países donde los espías de la Iglesia obligan a los fieles a delatar a familiares, amigos y criados a la Inquisición (94 y 143). Declara «Bernier» que la Iglesia se cree obligada a sofocar la ética humanista (127) y la libertad de pensar, llama libertinos a todos los que no creen en la religión (150-151) y considera que los misterios religiosos son cosas de fe que la mayoría no entiende (167); critica que la Iglesia desprecie las pasiones de los hombres (181) supuestamente ya corrompidos por el pecado original, crea perniciosa la ciencia (216) e impía la tolerancia (231). En suma, d'Holbach defiende una mentalidad secular; explica los elementos del pensamiento eclesiástico y religioso que cree absurdos, carentes de sensatez, lógica o razón, y defiende el pensamiento no religioso. A la vez emplea el desprecio y la razón para proclamar la verdad y la sensatez del pensamiento secular.

5. Un texto de tema sociológico

Entre la docena de libros de Iriarte denunciados se encuentra un texto curioso en prosa a favor del divorcio titulado *Législation du divorce*, sin nombre de autor en la portada, pero atribuido a De Cerfvol. Se conoce una edición de 1769 y, aunque la portada indica Londres, se cree publicada en París. Al principio se encuentra una «Advertencia» que declara que el libro se publica a favor del «orden y reposo de las familias y para la felicidad de los hombres», revelando pronto en el texto cierta parcialidad a favor de maridos y menos de las esposas (*Législation du divorce*, 1769: v). El primer discurso del libro es el *Grito de un hombre de bien, que […] cree actuar por derecho natural y divino al repudiar a su esposa (Cri d'un*

honnête homme, qui se croie fondé en droit naturel et divin à répudier sa femme). Su finalidad es hacer constar ante la legislación francesa los motivos tanto morales como políticos a favor de la disolución del matrimonio en ciertas circunstancias (xi)[10]. El protagonista y su esposa se conocieron unos siete u ocho años atrás; ella dio a luz un hijo que el marido no cree suyo, y alega que ella tuvo después varios amantes. Dos años después le pidió que se fuera, por lo que ella volvió a vivir con su familia. El marido echa la culpa de su situación a la legislación. Alega que circunstancias como la suya no pueden corregirse según la legislación del país, y resume su posición afirmando que en su caso «el beneficio se localiza enteramente en el lado de la culpable, y la desventaja total del lado del inocente», es decir él (lxxix), y en apoyo suyo cita un argumento de Montesquieu (lxxxviii)[11]. De esta manera se plantea el caso.

Una segunda parte del libro, titulada «Législation du divorce», razona el estado de la cuestión en (se supone) Francia. Primero echa la culpa a la costumbre, declarando que los primeros cristianos aceptaban la disolución del matrimonio, y afirma que esa práctica legal no se opone a la religión y que los magistrados podrían supervisarla. El divorcio permitiría más casamientos y un incremento de la población, acciones que los gobiernos de la época creían muy positivas. Afirma que las esposas disolutas creen que el matrimonio les permite grandes libertades. Más adelante se traza la mala fortuna de mujeres que no puedan divorciarse (101-107). Una cuarta sección esboza la manera de reglamentar el divorcio en la práctica (131-151), empezando por colocarlo en un contexto religioso. Trata los derechos de sucesión, el consentimiento mutuo, el arreglo financiero y las condiciones previas necesarias. Una sección final del libro agrega «El divorcio reclamado por Madame la Comtesse de ***» (151-170), que proporciona los detalles de un matrimonio infeliz, sin precisar dónde ocurre. Al conocer la historia, un magistrado proclama que el caso justifica el divorcio, pero la ley no lo permite. Con esto concluye la curiosa obra. Se prohibió por la Inquisición española por contener «doctrinas […] temerarias, erróneas, cismáticas y heréticas», favoreciendo una medida prohibida por la Iglesia católica; el edicto se publicó el 20 de junio de 1777 (*Nos los Inquisidores*: entrada 7).

6. Los libros denunciados: textos eróticos

Si los libros calificables de filosóficos en la biblioteca de Iriarte son muy variados, también lo son los textos eróticos. Iriarte conocía, desde luego, algunas de las obras más importantes de la vanguardia filosófica francesa, pero sus libros

10. «Représenter à la législation françoise les motifs de justice tant ecclésiastique que civile, et les vues d'utilité tant morale que politique, qui militeroit pour la dissolution du mariage dans de certaines circonstances données».

11. «[T]out l'avantage est du côté du coupable, et tout le désavantage du côté de l'innocent».

literarios eróticos no son menos importantes, *L'Académie des dames* (1680), *Les Délices du cloître, ou la nonne éclairée* (¿1683?), *Thérèse philosophe* (1748), *Histoire de Mademoiselle Brion, dit[e] comtesse de Launay* (1754) y *Vie voluptueuse entre les capucins et les nonnes* (1755); de estos los tres primeros se consideran obras destacadas en su género. *L'Académie des dames* se prohibió tarde por el Santo Oficio, en 1779; *Les Délices du cloître, ou la nonne éclairée*, igualmente tarde, en el edicto de 1779, y *Thérèse philosophe* (atribuido hoy a Jean-Baptiste de Boyer, marquis d'Argens) había sido condenado en 1769 (Deacon, 2004). La cuarta insinúa su carácter auténtico en su título: *Histoire de Mademoiselle Brion, dit[e] comtesse de Launay*, pero no se sabe si es verdadera o no, e igual el otro –*Vie voluptueuse entre les capucins et les nonnes*– atribuido a «un frère de l'ordre», y de carácter erótico, y, por tanto, prohibido en España en 1766 (*Índice último*, 1790: 276).

La novela *Thérèse philosophe* fue uno los tres títulos franceses más populares pedidos por los lectores clandestinos del tercer cuarto del siglo XVIII, según Robert Darnton, y su examen demuestra por qué (Darnton, 1995: 178, 208). Trata de la historia de Thérèse, cuya vida de aprendizaje sobre las relaciones sexuales la educa también en las ideas filosóficas relacionadas con la sexualidad; solo al final ella se presta a la actividad heterosexual cuando se ve obligada por una apuesta a tener relaciones sexuales con un conde, de apellido no revelado (*Thérèse philosophe*, 1986: 33-190). El libro lleva el subtítulo de *Mémoires pour servir à l'histoire du Père Dirrag et de Mademoiselle Éradice*, historia que llena la parte central del escrito que relata las actividades de dicha Éradice, muchos de cuyos datos proceden de un caso real de 1730. En su juventud Thérèse observa el comportamiento de mujeres como ella en un convento y cómo los directores espirituales se aprovechan sexualmente de ellas en nombre de la religión. El texto permite que Thérèse exprese sus conclusiones sobre temas candentes del momento en cuanto a las pasiones físicas y sexuales, además de sobre el poder de la religión y de la Iglesia, y narra una vida conventual en que las devotas reciben latigazos e incluso la penetración sexual por ciertos eclesiásticos. El clérigo que debía instruir a las jóvenes justifica sus acciones diciendo que «los hombres y las mujeres solo deben procurarse los placeres que no alteren las bases de la sociedad establecida» (94)[12]. Thérèse afirma poco después que «Dios no ha querido solamente la felicidad de una persona en concreto, sino la felicidad de todos», y «[t]odas las religiones, sin exceptuar ninguna, son obra de los hombres» (112)[13]. En una segunda parte se hace amiga de una prostituta libertina cuyas aventuras sexuales cuenta, antes de conocer al conde del que se hará amante en la parte final del libro, aunque no se

12. «[L]es hommes et les femmes ne doivent se procurer que les plaisirs qui ne peuvent pas troubler l'intérieur de la société établie». Desde aquí daré la paginación de todas la obras eróticas en el texto.

13. «Dieu n'a pas voulu seulement le bonheur de quelques particuliers, il veut le bonheur de tous» y «Toutes les religions, sans en excepter aucune, sont l'ouvrage des hommes. Il n'y en a point qui n'ait eu ses martyrs, ses prétendus miracles».

indica cómo termina la historia. La obra cobra fuerza por considerar las actividades sexuales correspondientes a las creencias filosóficas detalladas que declara la protagonista. Aunque las relaciones sexuales entre las personas son inmorales, los detalles más íntimos de la actividad sexual no ocupan el primer plano del libro y las reflexiones filosóficas sobre la sexualidad cobran mucha importancia.

L'Académie des Dames (1680) de Nicolas Chorier (1988: 401-639), en cambio, sigue el modelo de varios coloquios italianos anteriores de conversaciones en torno al erotismo entre dos mujeres, que aquí se llaman Octavie y Tullie. La obra podría describirse como un manual de conocimientos sobre cómo puede funcionar la dedicación a la actividad sexual en la sociedad. Tullie, «una joven de las más ilustradas de nuestro sexo» (404)[14], instruye a Octavie sobre el matrimonio y la sexualidad. Demuestra la utilidad de un consolador, habla del dolor físico inicial del sexo, de los penes y su tamaño, los nombres de las partes sexuales y del acto sexual. Ella quita importancia a la fidelidad sexual y detalla los acoplamientos con su nuevo marido Pamphile, que lo dejaron agotado. Habla de aventuras sexuales en Roma y con dos hombres de Florencia que prefieren el sexo anal (556); el libro comenta también las posturas y preferencias sexuales contadas en la historia y en otros países. Tullie defiende la igualdad sexual entre los sexos: «¿No admiras la inhumanidad de los hombres que nos prohíben los placeres a los que ellos se abandonan de manera indiferente?» (638)[15], y termina añadiendo que «no hay nada justo o injusto en sí mismo, nada bueno o malo en las costumbres, los usos solos matizan todas las cosas», y «[p]ara vivir felices en este mundo, debemos quitar todos los prejuicios de nuestras mentes, eliminar todo lo que la tiranía de una mala costumbre puede haberle impuesto, y ajustar nuestra vida después a lo que la naturaleza pura e inocente exige de nosotros»[16]. Y sin más conversaciones termina el libro.

La corta y anónima *Vie voluptueuse entre les capucins et les nonnes* (1759) finge ser auténtica, y su finalidad parece ser atacar la orden mencionada y la seducción practicada en sus conventos como normal. El libro pretende revelar las oportunidades sexuales de la vida conventual, y el autor afirma que «los confesionarios existen para ser escuelas de impureza y sitios de encuentros amorosos» (27)[17].

El cuarto texto erótico en posesión de Iriarte pretende ser la historia de una prostituta o actriz que cuenta sus experiencias sexuales para entretener al lector;

14. «… une fille des plus éclairées de notre sexe».

15. «N'admires-tu point l'inhumanité des hommes qui nous défendent des plaisirs auxquels ils s'abandonnent indifféremment?».

16. «[I]l n'y a rien de juste ou injuste de soi-même, rien de bon ou de mauvais dans les moeurs, l'usage seul qualifie toutes choses» y «pour vivre heureuses dans ce monde, nous devons ôter toutes les préventions de notre esprit, en effacer tout ce que la tyrannie d'une mauvaise coutume peut y avoir imprimé, et conformer ensuite notre vie à ce que la nature pure et innocente demande de nous».

17. «… les confessionnaux, qui ne sont établis que pour retirer les pécheurs du crime, sont par eux convertis en des écoles d'impureté, & des rendez-vous pour recevoir des assignations amoureuses».

se llama *Histoire de Mademoiselle Brion, dit[e] comtesse de Launay* y la narradora relata «diez años de libertinaje y la confesión de los errores de una larga juventud» (n. d.: 3)[18]. A continuación, el texto describe las experiencias sexuales de la protagonista, sus aventuras, sus compañeros sexuales y su vida libertina. Finalmente, en una fiesta-cena conoce a Mr. le Comte de P. y se convierte en condesa, aunque los detalles no se incluyen. El libro supone una serie de relaciones sexuales con hombres de elevada categoría social que la autora conoce en fiestas de París. Ella cambia mucho de casa, a veces para vivir con un amante, mientras que en algunas ocasiones pasa hambre. Desde luego, el aspecto supuestamente biográfico no evita contar los problemas económicos de la protagonista, aunque la historia se enfoca principalmente en la vida libertina.

La quinta novela erótica perteneciente a Iriarte se titula *Vénus dans le cloître*, publicada también con el título de *Les Délices du cloître, ou la nonne éclairée*. Apareció primero en la década de 1680, probablemente en 1683, y siguiendo el formato tradicional practicado por escritores italianos como Aretino, Veniero y otros, consta de coloquios (aquí tres *entretiens*) que tratan de monjas y su vida. La ternura de las monjas se transmite en los constantes besos y abrazos, centrándose en Soeur Agnès y Soeur Angélique. Angélique comenta el ardor que siente al abrazar a la hermana[19], pero, como otros textos anticatólicos, se resalta la importancia de los latigazos como disciplina[20]. En el segundo coloquio Angélique califica los ritos religiosos de supersticiosos (345) y habla de los libros que algunos emplean para ilustrarse: *L'École des Filles,* el *Examen de la Religion* de Saint-Evremond, *L'Académie des dames* y *Les Sept Entretiens satiriques d'Aloysia* (388-389). El texto es corto y todo transcurre dentro de las paredes de un convento. Faltan descripciones íntimas de la sexualidad, aunque las conversaciones subrayan el peligro para las monjas de las acciones de religiosos.

Desde luego, los libros eróticos reunidos por Iriarte enseñan una variedad de experiencias y ofrecen conclusiones moralistas opuestas a las doctrinas católicas. Algunos habían sido prohibidos ya por la Inquisición y, por tanto, Iriarte habría sabido, al igual que en muchos casos de libros más filosóficos, que transgredía las reglas del Santo Oficio; otros títulos no condenados antes aparecieron en edictos precisamente después de su denuncia por fray Juan.

7. Las consecuencias inmediatas de la denuncia según un documento inquisitorial

En un documento de fecha posterior al 11 de agosto de 1779 se presentan brevemente las recomendaciones de dos oficiales de la Inquisición, a consecuencia

18 «[L]e tableau de dix années de libertinage, et l'aveu des erreurs d'une longe jeunesse».
19. «Ah! tu me mets toute en feu».
20. «[À] la fin de ce bel exercice j'avais le derrière tout en feu».

de la acusación contra Iriarte por «delitos de proposiciones y leer libros prohibidos sin licencia, como también, después de tenerla varios, que con la general no pueden ser retenidos, ni leídos, y asimismo otros que absolutamente no pueden leerse y por otros crímenes» (AHN, Inquisición, libro 1169, f. 151). Su recomendación es que en secreto

> se lea su sentencia, sin méritos, abjure *de levi*, sea absuelto *ad cautelam*, gravemente reprehendido, advertido y conminado; haga unos ejercicios espirituales por el tiempo de quince días, pudiéndolo ejecutar sin nota […] y al fin de ellos una confesión general. Que por el tiempo de dos años confiese y comulgue en las tres Pascuas a lo menos, y se le exhorte a que ejecute lo mismo y frecuente los Sacramentos en el resto de su vida. Que por el mismo tiempo de dos años ayune todos los viernes y rece en los sábados una parte de rosario a Nuestra Señora y un Credo los Domingos, haciendo los actos de Fe, esperanza y caridad, y lea cada día media hora en [sic] la *Guía de pecadores* de Fray Luis de Granada u otro libro espiritual; y, reteniéndosele las licencias de leer libros prohibidos, se le haga entender el grave delito que cometería, si se arroja á leerlos […][21].

Las consecuencias dictadas definitivamente después por el Santo Oficio no se conocen, aunque podrían ser las prescritas en el documento que se acaba de citar.

8. Las consecuencias finales para Iriarte según Juan Antonio Llorente

Afortunadamente la posterior historia crítica del Santo Oficio español redactada por Juan Antonio Llorente, que tenía permiso del rey en ese momento para consultar los papeles inquisitoriales archivados, relata someramente los resultados finales para Iriarte, después de estudiar la documentación existente, incluso, es de suponer, el documento que se ha acaba de citar. La extensa historia de Llorente publicada primero en francés en el país vecino, al igual que su primera versión española, aclara detalles sobre el caso de Iriarte y los de otras personas destacadas del siglo XVIII, denunciadas, perseguidas o castigadas por el Santo Oficio. Suele ocupar un párrafo cada entrada, y la del escritor canario relata así su caso:

> *Iriarte* (Don Tomás), […] fue procesado en la Inquisición de corte en los últimos años del reinado de Carlos III, por sospechoso de los errores de los falsos filósofos modernos; se le asignó la corte por cárcel con obligación de presentarse en la sala de audiencias del tribunal cuando se le avisara; se prosiguió su proceso en secreto; dio satisfacción a los cargos, pero los inquisidores creyeron que no era completa, por lo que lo declararon sospechoso con sospecha leve. Abjuró, y se le absolvió en el tribunal a puerta cerrada, sin asistencia de personas de fuera, con penitencia secreta y suave, de manera que pocos supieron en la corte su proceso. (Llorente 1822: vol. 5, 192-193).

21. Se transcribe el texto entero en el Apéndice 2.

Como se percibe en la versión de Llorente –que no tenía por qué suavizar las medidas dictadas por la Inquisición–, el historiador detalla más elementos: el tratamiento de Iriarte en el tiempo anterior a leerle el veredicto final, la supuesta satisfacción que dio el «reo» a los cargos alegados y la absolución final, pese a no mencionar lo incluido en la «penitencia secreta», lo que podría coincidir en parte con lo sugerido en el documento de oficio anterior (Villanueva, 1825: 28)[22]. Es posible que el tratamiento de Iriarte sirviera como escarmiento, de la misma manera sugerida por Godoy respecto a lo que pasó con Olavide, casi en la misma época (Godoy, 2008: 500-501, especialmente notas 42 y 43; Gómez Urdáñez, 2015: 373-400), aunque no significó su encarcelamiento en una institución eclesiástica como ocurrió en el caso anterior.

9. Reflexiones finales

Si los dictámenes citados arriba de los dos oficiales inquisitoriales José Escalzo y Bernardo Loygorri nos dan la impresión de contener medidas duras, tenemos que recordar que les parecían correctas y apropiadas. El relato abreviado de Llorente unas décadas más tarde puede ser más acertado por acceder a más documentos oficiales, aunque no tenía razones para ser indulgente con la Inquisición. Declara claramente que, a pesar del secreto de los castigos, Iriarte tuvo que comparecer con frecuencia ante los inquisidores como parte de su penitencia, que podría haber consistido en la práctica de ejercicios espirituales, la recepción de instrucción religiosa y confesiones durante dos años por lo menos. Otras medidas se describen como exhortaciones: ayunos, rezos y lectura de textos espirituales. En términos modernos suponen una conducta estricta y reglamentada que el acusado debía reconocer y, por tanto, obedecer. Suponen un plan de adoctrinamiento y coerción impuesto para que Iriarte no tuviera libertad de pensar ni leer libros que el Santo Oficio consideraría peligrosos para su alma. Estas medidas imperiosas podrían caber en lo que Llorente califica de «penitencia secreta», aunque no dejan de ser autoritarias por quitarle libertad a la persona a quien se dirigen.

Desde una perspectiva humana resulta difícil creer que el denunciante de Tomás de Iriarte fuera su hermano fray Juan Tomás. Su acción le convierte en espía de la Inquisición, como había calificado tales casos anteriormente d'Holbach en su *Théologie portative* (94). El episodio no se encuentra en los relatos históricos posteriores de la vida de Iriarte (p. ej., Aguirre, 1916: 200-252), pese a figurar en la *Historia crítica de la Inquisición en España* de Llorente a partir de 1822.

Desde luego, este caso y otros parecidos nos iluminan sobre cómo funcionaba el Santo Oficio antes de su abolición definitiva en 1834. Como saben los

22. «Esto llegó a noticia de pocos. Ni aun yo que estaba en otros secretos del santo oficio, llegué a saberlo hasta mucho tiempo después».

lectores de los procesos dados a luz o en los documentos de archivo, una persona acusada se llama invariablemente «reo» en sus páginas, sin suponerle el «acusado» hasta que se pronunciara la sentencia final. En el caso de Iriarte los inquisidores que recomiendan la sentencia revelan que tenían en cuenta otros «crímenes» del autor canario. Cuando Iriarte fue sentenciado quedaba todavía medio siglo antes del final de la Inquisición, después de dos periodos de prohibición (1808-1814 y 1820-1823), por razones de liberalización política.

Al meditar sobre la posible ilustración española del reinado de Carlos III debemos reconocer que, pese a que el Santo Oficio estaba sujeto oficialmente al poder monárquico, la prohibición del libro *De los delitos y de las penas* de Beccaria y el fin de la carrera política de Pablo de Olavide obedecían a intervenciones inquisitoriales en que la Corona permitió imponer duros castigos en contra de las normas humanitarias. La debilidad personal de Carlos III y Carlos IV puede ser descrita como hizo Luis Gutiérrez en 1800: tenían «la flaqueza y debilidad de aprobar y apoyar la persecución, la prisión y el maltratamiento de aquellos sujetos que, usando de su más legítimo derecho, se atreven a pensar» (Gutiérrez, 1990: 345-400; la cita en 349). En el caso de Tomás de Iriarte esta libertad incluía la libertad para leer, en concreto, libros cuya mentalidad se oponía a la Iglesia católica tanto en las opiniones como en las lecturas de materias que se les prohibían a los fieles. Por su enfrentamiento con la Inquisición el escritor canario puede considerarse otra víctima de la represión del absolutismo dieciochesco que necesita tenerse en cuenta al evaluar los supuestos progresos llevados a cabo en el reinado de Carlos III (Gómez Urdáñez, 2020).

10. Apéndices[23]

10.1. Delación por fray Francisco de Guzmán de los libros de Tomás de Iriarte, transmitida a la Inquisición de Madrid

+

Don Antonio Galbes [¿Gálvez?][24] López Salces del Consejo de S. M. su Secretario y del Secreto del Santo Oficio de la Inquisición de Corte.

Certifico que con delación presentada en este Santo Oficio en primero de octubre de este presente año [1778] por el Padre Fray Francisco de Guzmán, religioso franciscano observante, lector jubilado, y custodio de la provincia de Canarias, presentó igualmente los libros siguientes: *Discurso de el Emperador Juliano contra los Cristianos*, 1 tomo; *Legislación del Divorcio*, 1 tomo; *Colección necesaria con*

23. Modernizados en su puntuación y ortografía, excepto en los nombres propios donde aquí se añaden acentos.

24 El nombre se recoge con esta grafía en *Memorias* 1787, IV: VII.

el Evangelio de la razón, 2 tomos; *El buen sentido*, 1; *La Teología Portátil*, 1; *El Sistema de la Naturaleza,* 2; *La Academia de las Damas*, 1 tomo; *La Teresa Filósofa*, 1; *Vida Voluptuosa de los Capuchinos* 1; *La razón por alfabeto*, 2; *Las Delicias del Claustro*, 1; *Historia de M^e^.* [sic] *Brion* 1 tomo; y en todos diez y seis volúmenes, en cuya consecuencia, por decreto de tres de dicho mes, determinó el Tribunal que, reteniéndose, como expresamente prohibidos, *La Legislación del Divorcio*, *La Teresa Filósofa*, y la *Vida voluptuosa de los Capuchinos*, se diesen a calificar los demás, como se hizo, reconociese dicho Padre su delación y expresase el dueño de dichas obras cómo la ejecutó, declarando (ser don Tomas de Iriarte, Oficial Traductor de la Secretaría del Despacho Universal de Estado y Archivero del Real Consejo de Guerra), según resulta de su declaración a que me remito, y para que conste firmo esta de orden de este Santo Oficio en la Cámara de su Secreto de la Inquisición de Corte a cinco de noviembre de mil setecientos setenta y ocho.

Don Antonio Galbes López Salces Secretario [con rúbrica].

(AHN, Inquisición, legajo. 4486, exp. 7, f. 1)

10.2. El documento relativo a la condena inquisitorial de Tomás de Iriarte

En el Santo Oficio de la Inquisición de Corte, a once días del mes de agosto de 1779, estando en su audiencia de la mañana los señores inquisidores licenciado don Joseph Escalzo, y Dr. don Bernardo Loygorri; habiendo visto la causa seguida contra don Tomás de Iriarte, Oficial traductor de la Secretaría del Despacho Universal de Estado y Archivero del Consejo de Guerra, por delitos de proposiciones, y leer libros prohibidos sin licencia, como también después de tenerla varios, que con la general no pueden ser retenidos, ni leídos, y asimismo otros que absolutamente no pueden leerse; y por otros crímenes.

Dijeron: Que a este sujeto, en la posada del señor más antiguo, presente este y un Secretario del Secreto, se lea su sentencia sin méritos, abjure *de levi*, sea absuelto *ad cautelam*, gravemente reprehendido, advertido y conminado; haga unos ejercicios espirituales por el tiempo de quince días, pudiéndolo ejecutar sin nota, y a lo menos por el de ocho, con la persona docta que se le señalare, la cual le instruya y fortifique en los misterios y dogmas de nuestra Santa Fe Católica, y al fin de ellos una confesión general. Que por el tiempo de dos años confiese y comulgue en las tres Pascuas a lo menos, y se le exhorte a que ejecute lo mismo, y frecuente los Sacramentos en el resto de su vida. Que por el mismo tiempo de dos años ayune todos los viernes y rece en los sábados una parte de rosario a Nuestra Señora y un Credo los domingos, haciendo los actos de fe, esperanza y caridad, y lea cada día media hora en la *Guía de pecadores* de Fray Luis de Granada u otro libro espiritual, y, reteniéndosele las licencias de leer libros prohibidos, se le haga entender el grave delito que cometería si se arroja a leerlos, no solo por la contravención a los mandatos del Santo Oficio, sino es por el particular daño que causará a su alma, y que en caso de contravención será castigado con todo rigor

de derecho; y antes de ejecutarse se remita a los señores del Consejo; y lo rubricaron, de que certifico. [con doble rúbrica]

Antonio Gómez de Lázaro, Secretario. [con rúbrica]

(AHN, Inquisición, libro 1169, f. 151)

11. Bibliografía

Aguirre, Antonio de (1916), «La notice de Carlos Pignatelli sur Thomas de Yriarte», *Revue hispanique*, 36, pp. 200-252.

Archivo Histórico Nacional, Inquisición, legajo 3.726, exp. 5; legajo 3.731, exp. 48; legajo 4.486, exp. 7; y libro 1.169.

Arroyal, León de (1971), *Cartas económico-políticas (con la segunda parte inédita)*, José Caso González (ed.), Oviedo: Cátedra Feijoo.

Bas Martín, Nicolás (2023), «Un infierno bibliográfico: los *best sellers* prohibidos del XVIII», en *Fuego en la biblioteca. Libros que incendiaron la Europa de las Luces*, Valencia: Biblioteca Històrica de la Universitat de Valencia, pp. 39-97.

Bernier, Abbé [Paul-Henri Thiry, Baron d'Holbach] (1768), *Théologie portative, ou dictionnaire abrégé de la religion chrétienne*, Londres: s. i.

Chorier, Nicolas (1998), *L'Académie des dames*, en *Oeuvres érotiques du XVII^e siècle. L'Enfer de la Bibliothèque Nationale*, 7, París: Fayard, pp. 401-639.

Cotarelo y Mori, Emilio (1900), «Proceso inquisitorial contra D. Tomás de Iriarte», *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, 4, pp. 682-683.

Cotarelo y Mori, Emilio (2006), *Iriarte y su época*, Madrid: Artemisa.

Cuentos y poesías más que picantes (Samaniego, Iriarte, anónimos) (1899), «Un rebuscador de papeles viejos» [Raymond Foulché-Delbosc] (ed.), s. l. n. i. n. a. [sin embargo, Barcelona: L'Avenç].

Darnton, Robert (1995), *The Corpus of Clandestine Literature in France 1769-1789*, Nueva York-Londres: W. W. Norton.

Darnton, Robert (1996), «Philosophical Pornography», en *The Forbidden Best-Sellers of Pre-Revolutionary France*, Nueva York-Londres: W. W. Norton, pp. 85-114.

Deacon, Philip (2004), «El libro erótico en la España dieciochesca», en *La memoria de los libros. Estudios sobre la historia del escrito y de la lectura en Europa y América*, Pedro Manuel Cátedra García, María Luisa López-Vidriero y María Isabel de Páiz Hernández (eds.), Salamanca: Instituto de Historia del Libro y de la Lectura, I, pp. 825-837.

Deacon, Philip (2021), «*Perico y Juana* de Tomás de Iriarte y la Inquisición», *Dieciocho*, 44(1), pp. 73-91.

Défourneaux, Marcelin (1973), *Inquisición y censura de libros en la España del siglo XVIII*, trad. J. Ignacio Tellechea Idígoras, Madrid: Taurus.

Ferrone, Vincenzo (2019), *The Enlightenment and the Rights of Man*, Liverpool: Liverpool University Press.

Godoy, Manuel de (2008), *Memorias*, Emilio La Parra y Elisabel Larriba (eds.), Alicante: Universidad de Alicante.

Gómez Urdáñez, José Luis (2015), «Con la venia de Carlos III. El castigo "ejemplar" de Olavide, consecuencia de la venganza de Grimaldi contra el conde de Aranda», *Vegueta. Anuario de la Facultad de Geografía e Historia*, 15, pp. 373-400.

Gómez Urdáñez, José Luis (2020), *Víctimas del absolutismo. Paradojas del poder en la España del siglo XVIII*, Madrid: Punto de Vista.

Gutiérrez, Luis (1990), *Cartas amistosas y políticas al rey de España por un apasionado suyo*, Claude Morange (ed.), en *Siete calas en la crisis del Antiguo Régimen español*, Alicante: Instituto de Cultura «Juan Gil-Albert», pp. 345-400.

Histoire de Mademoiselle Brion, dit[e] comtesse de Launay (s. a.), Toulon: Les Filles du bon ton.

Índice último de los libros prohibidos y mandados expurgar para todos los reinos y señoríos del católico rey de las Españas el Señor Don Carlos IV (1790), Madrid: Antonio de Sancha.

Iriarte, Tomás de, «Poesías lúbricas», BNE, Mss. 3744.

Kors, Alan (1976), *D'Holbach's Coterie. An Enlightenment in Paris*, Princeton: Princeton University Press.

Lafarga, Francisco (1989), *Voltaire en Espagne (1734-1835)*, Oxford: The Voltaire Foundation.

La Mettrie, Julien Offray de (1751), *Traité de l'âme*, en *Oeuvres philosophiques*, Londres: Chez Jean Nourse, pp. 85-208.

Législation du divorce, précédé du cri d'un honnête homme qui se croit fondé en droit naturel et divin à répudier sa femme (1769) [atribuido a de Cerfvol], Londres: s. i.

Llorente, Juan Antonio (1822), *Historia crítica de la Inquisición de España*, Madrid: Imprenta del Censor (aunque a todas luces París: Fermin Didot).

Martínez Mata, Emilio (1999), «Censura y autocensura en la España del siglo XVIII: Cadalso y las *Cartas marruecas*», en *Corona spicea. In Memoriam Cristóbal Rodríguez Alonso*, Oviedo: Universidad de Oviedo, pp. 585-600.

Memorias de la Sociedad Económica (1787), Madrid, Antonio de Sancha, IV.

Nos los Inquisidores apostólicos, contra la herética pravedad y apostasía (1777), Madrid: s. i.

Olay Valdés, Rodrigo (2021), «Nuevos testimonios del poema *La barca de Simón*, de Tomás de Iriarte: historia, ediciones y reelaboraciones», *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo*, 27, pp. 493-517.

Pinta Llorente, Miguel de la (1961), *Aspectos históricos del sentimiento religioso en España. Ortodoxia y heterodoxia*, Madrid: CSIC.

Recueil nécessaire. Avec L'Évangile de la raison (1766), Londres: s. i.

Robertson, Ritchie (2020), *The Enlightenment. The Pursuit of Happiness, 1680-1790*, Londres: Allen Lane.

Rodríguez Campomanes, Pedro (1774), *Discurso sobre la industria popular*, Madrid: Antonio de Sancha.

Sánchez-Blanco, Francisco (2002), *El Absolutismo y las Luces en el Reinado de Carlos III*, Madrid: Marcial Pons.

Sánchez-Blanco Parody, Francisco (1992), *Europa y el pensamiento español del siglo XVIII*, Madrid: Alianza.

Suplemento al Índice expurgatorio del año de 1790 que contiene los libros prohibidos y mandados expurgar en todos los reinos y señoríos del católico rey de España el Sr. D. Carlos IV, desde el Edicto de 13 de diciembre del año de 1789 hasta el 25 de agosto de 1805 (1805), Madrid: Imprenta Real.

Thérèse philosophe (1986), en *Oeuvres anonymes du XVIII^e siècle, III*, París: Fayard, pp. 33-190.

Thiry, Paul-Henri, barón d'Holbach (1772), *Le bon sens* [*ou idées naturelles opposées aux idées surnaturelles*], Londres: s. i. [sin embargo se cree que Ámsterdam: Marc-Michel Rey].

Thiry, Paul Henri, barón d'Holbach (1990), *Système de la nature*, Joséane Boulad-Ayoub (ed.), París: Fayard.

Topazio, Virgil (1956), *D'Holbach's Moral Philosophy*, Ginebra: Institut et Musée Voltaire.

Vénus dans le cloître (1998), [o *Les Délices du cloître, ou la nonne éclairée*], en *Oeuvres érotiques du XVII^e siècle. 7*, París: Fayard, pp. 311-392.

Vie voluptueuse entre les capucins et les nonnes (1759), Colonia: Pierre le Sincère.

Villanueva, Joaquín Lorenzo (1825), *Vida literaria de Don Joaquín Lorenzo Villanueva*, Londres: Dulau.

Voltaire (1964), *Dictionnaire philosophique*, René Pomeau (ed.), París: Flammarion.

Voltaire (1994), *Discours de l'empereur Julien contre les chrétiens*, José-Michel Moureaux (ed.), Oxford: The Voltaire Foundation.

Ward, Bernardo (1982), *Proyecto económico*, Juan Luis Castellano (ed.), Madrid: Instituto de Estudios Fiscales.

ISSN: 1576-7914 - e-ISSN: 2341-1902
DOI: https://dx.doi.org/10.14201/cuadieci202526313348

LOS LÍMITES DE LA MONARQUÍA HISPÁNICA Y DEL MODELO PROVINCIAL VASCO A FINALES DEL ANTIGUO RÉGIMEN: RESISTENCIAS DE LOS SECTORES POPULARES DE VIZCAYA ANTE LA GUERRA CONTRA LA REVOLUCIÓN FRANCESA (1793-1795)*

The Limits of the Spanish Monarchy and of the Basque Provincial Model at the End of the Ancien Régime: Resistances of the Popular Sectors of Biscay during the War against the French Revolution (1793-1795)

Edurne GARRIDO CONDE
Universidad del País Vasco/ Euskal Herriko Unibertsitatea
edurne.garrido@ehu.eus

Fecha de recepción: 10/06/2024
Fecha de aceptación: 03/12/2024

RESUMEN: En este trabajo se analizarán, a partir de abundantes fuentes documentales inéditas, una serie de acciones colectivas de protesta que tuvieron lugar en Vizcaya en el marco de la guerra que enfrentó a la Monarquía Hispánica contra la recién creada República francesa (1793-1795) y que, entre otras cuestiones, buscaban evitar el envío de soldados al frente. Ello llevará a cuestionar la interpretación perpetuada por la historiografía acerca de la popularidad de la contienda y, por consiguiente, de la naturaleza intrínsecamente contrarrevolucionaria de la población

* Este trabajo es resultado del proyecto «Disrupciones y continuidades en el proceso de la modernidad, siglos XVI-XIX. Un análisis multidisciplinar (Historia, Arte, Literatura)» (PID2020-114496RB-I00), así como del Grupo de investigación del Sistema Universitario Vasco IT1465-22: «Sociedades, Procesos, Culturas (siglos VIII-XVIII)».

peninsular. Igualmente, mediante el análisis de la resistencia protagonizada por la población y de los discursos que afloraron en este convulso periodo, será posible aportar una novedosa perspectiva con la que poder reinterpretar el desarrollo –y los límites– del absolutismo reformista y de la constitución provincial vasca durante la crisis del Antiguo Régimen.

Palabras clave: monarquía absoluta; Vizcaya; clases populares; resistencias; Revolución francesa; guerra de la Convención.

ABSTRACT: Based on abundant unpublished archival records, in this paper we aim to analyse a series of collective protest actions that took place in Biscay (Spanish Basque Country) during the war between the Spanish Monarchy and the newly created French Republic (1793-1795). These actions intended, among other things, to avoid military recruitment against the Revolution. This will lead us to question an interpretation perpetuated by scholars, namely the popularity of this conflict against revolutionary France and, consequently, the intrinsically counter-revolutionary nature of the peninsular population. Likewise, by analysing the resistance led by the population and the discourses that emerged during this turbulent period, we will be able to provide a new framework for reinterpreting the extent –and the limits– of the so-called Spanish reformist absolutism and the Basque provincial structures at the crisis of the *Ancien Régime*.

Key words: absolute monarchy; Biscay; popular sectors; resistances; French Revolution; War of the Pyrenees.

1. Introducción

La aceptación del elevado grado de maduración de las estructuras de la Monarquía absoluta hispana para finales del Setecientos es un punto de encuentro entre gran parte de los investigadores del periodo. Esto conlleva, igualmente, aceptar la creciente capacidad movilizadora de la Corona y su suficiencia para imponer su autoridad y poder efectivo por encima de los cuerpos intermedios del entramado político. Esta idea, a nuestro modo de ver, precisa de una reinterpretación –o, al menos, de una matización–, algo que creemos posible mediante la inclusión en el debate historiográfico de nuevas fuentes, actores, espacios y preguntas.

Dentro de los sucesos ocurridos a finales del siglo XVIII que nos permitirían ampliar el conocimiento sobre el desarrollo de la Monarquía Hispánica, destaca el periodo bélico que enfrentó a esta con la recién creada República francesa entre 1793 y 1795[1]. Lejos de ser un acontecimiento irrelevante, se trata de la primera

1. Este episodio bélico ha suscitado una abundante bibliografía, aunque son escasas las obras que nos ofrecen una visión general sobre él. La única monografía moderna que trata el asunto para

ocasión en que la Monarquía española se vio cara a cara con la Revolución y tuvo que enfrentarse a ella no solo para conseguir una victoria táctica, sino para hacer prevalecer y legitimar las estructuras del Antiguo Régimen y el sistema ideológico edificado por los Borbones a lo largo del Setecientos.

Las autoridades de la Monarquía contemporáneas a la guerra construyeron una imagen del conflicto en la que los naturales del reino se habrían movilizado masivamente «en defensa de la Religión, el Rey y la Patria». Parte de la historiografía posterior, lejos de cuestionar esta visión proyectada de manera interesada, ha continuado perpetuando, bajo distintas formas, esta interpretación de la *popularidad* de la guerra[2]. La consecuencia de esta deriva ha sido la asimilación generalizada de que las clases populares hispánicas habrían sido intrínsecamente contrarrevolucionarias. En nuestra opinión, estos planteamientos provienen, por una parte, de emplear, en su mayoría, fuentes documentales que privilegian los discursos oficiales producidos por la élite de la época –decretos reales, bandos, sermones, periódicos oficiales, etc.– y, por otra parte, de llevar a cabo una

el conjunto de los territorios peninsulares de la Monarquía Hispánica es la del renombrado hispanista J.-R. Aymes (1991). A su vez, existen otras obras que se centran en aspectos más estrictamente militares –reclutamiento militar, abastecimiento, campañas, etc.–; especialmente, consúltense los diferentes estudios que fueron presentados en el III Congreso Internacional de Historia Militar celebrado en Zaragoza en mayo de 1994. Son los análisis regionales los que han logrado mayores frutos cuantitativa y cualitativamente. Para el ámbito vasco, véanse, a título de ejemplo, Aragón Ruano (2011); Artola Renedo y Aragón Ruano (2021); Elorza Domínguez (1988); Feijoo Caballero (1991); Goñi Galarraga (1979); Portillo Valdés (1994). Se trata de un episodio que continúa despertando el interés de numerosos investigadores –como es el caso de la tesis doctoral en proceso de elaboración de Tarek Nejjar Bollain–, lo que, sin duda, permitirá ampliar el conocimiento que tenemos sobre la contienda. En fin, es remarcable el vacío que nos encontramos en la historiografía francesa, algo que ya fue destacado en tono de alarma por el historiador francés Gérard Dufour (1994), quien, asimismo, ofrece una breve relación de las pocas obras francesas que abordan la contienda.

2. Hecho que fue denunciado en su día por L. Roura (1988: 57-58) al apreciar cómo el carácter que los contemporáneos atribuyeron al conflicto es el que, con matices, podemos hallar en la mayor parte de escritos que se refieren al tema. A modo ilustrativo, afirmaciones de este calado podemos encontrarlas en autores clásicos como Ángel Ossorio y Gallardo (1913: 6), quien sentenció que «puede asegurarse que difícilmente habrá otra [guerra] que estalle en un ambiente más popular […] no deja de ser sorprendente y consolador que encontrase amparo en el sentimiento del pueblo, lejos de estrellarse en su indiferencia. Están sobre tal punto conformes todos los historiadores». Igualmente, J. Goñi (1979: 27) llegó a escribir que «pocas veces un monarca habrá podido decidir una guerra sobre bases de popularidad y solidaridad tan firmes como Carlos IV en 1793». En nuestra opinión, más llamativo resulta el hecho de que algunas investigaciones recientes continúen manteniendo interpretaciones semejantes. Este es el caso, por ejemplo, de C. Borreguero (2021: 332), quien afirma que «la guerra contra la Convención Francesa suscitó una adhesión a la causa y a la Corona como nunca se había visto hasta entonces», o de P. Rújula (2023: 260) quien, en su reciente libro, afirma que «para hacer frente a la guerra la monarquía tuvo que recurrir a una amplia movilización social. Lo consiguió fomentando un patriotismo monárquico que ofrecía a la población la posibilidad de implicarse en la suerte de los ejércitos del rey. La de la Convención fue así una guerra muy popular que demostraba la capacidad movilizadora de la monarquía». Asimismo, en dicha obra, el autor se refiere a la guerra contra la Convención como un primer hito contrarrevolucionario que culminaría cuatro décadas más tarde con la primera carlistada.

interpretación unidireccional y vertical de los mecanismos de politización popular por la cual el común de la población habría asimilado de forma pasiva el enfoque ideológico en clave reaccionaria construido y difundido por las élites gubernamentales y eclesiásticas[3].

No cabe duda de que desde las instancias de poder se trató de politizar a la población en sentido contrarrevolucionario con el objetivo de despertar su entusiasmo para combatir en contra de una ideología que socavaba las bases legitimadoras del Antiguo Régimen y de la propia Monarquía. Nos preguntamos, sin embargo, si todos estos empeños lograron sus frutos o si, en cambio, la población de los diferentes territorios de la Monarquía afrontó este convulso periodo a partir de sus propios intereses y expectativas.

Por tanto, consideramos necesario superar la interpretación tradicional de la contienda, analizando con una nueva mirada los hechos y recuperando las acciones de sus actores anónimos[4]. Para ello, tomaremos como observatorio el Señorío de Vizcaya: no solo fue una de las zonas que vivió de manera más directa el conflicto y sus consecuencias, sino que su particular constitución política nos permitirá observar de qué manera tanto la población, como los cuerpos intermedios del entramado político reaccionaron ante la deriva absolutista de la Monarquía y el aumento de sus exigencias. En efecto, la guerra provocará que la población vasca sufra fuertes presiones tanto por parte de las fuerzas de poder monárquicas como provinciales, lo que supondrá un desafío para la estructura comunitaria tradicional y para las relaciones de poder preexistentes. De hecho, algunos autores han llegado a afirmar que este encuentro con la Revolución contribuirá decisivamente a la crisis de las estructuras del Antiguo Régimen en la zona (Artola Renedo y Aragón Ruano, 2021: 230).

A tal efecto, partiremos del análisis cruzado de una amplia gama de fuentes documentales –judiciales, epistolares y administrativas–, en su mayoría inéditas[5].

3. A modo ilustrativo, P. Rújula (2023: 26-27) afirma que «los años de guerra fueron un tiempo de amplia politización que tuvo lugar sin que existiera un marco libre de información, de modo que la monarquía pudo controlar perfectamente los discursos». Así, esta guerra «tuvo como resultado […] un reforzamiento de la relación entre monarquía y pueblo en sentido contrarrevolucionario», lo que, según el autor, habría permitido reforzar el liderazgo de la Corona y actualizar su hegemonía sobre el país (*ibid.*, 29, 233).

4. La necesidad de una aproximación más compleja a la guerra contra la Convención y a sus implicaciones ya fue puesta de relieve por investigadores como J. Goñi (1979) o J.-R. Aymes (1991: especialmente, 13-15), tarea que han afrontado autores como P. Feijoo (1991), L. Roura (1993), J. M.ª Portillo (1994) o A. Artola y Á. Aragón (2021), entre otros.

5. Los fondos custodiados en el Archivo Histórico Foral de Bizkaia [AHFB] han sido la base fundamental de nuestra investigación, puesto que el marco geográfico elegido así lo ha exigido. A su vez, se ha procedido a la consulta de otras fuentes documentales procedentes del Servicio de Archivos de Álava [AHPA], del Archivo Histórico Nacional [AHN] o el Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores francés [AMAE]. Querría expresar mi agradecimiento al profesor Andoni Artola por haberme facilitado la documentación de estos dos últimos archivos para su consulta. Advertir, asimismo, al lector de que las citas literales que aparezcan en el presente trabajo conservan su ortografía original.

El enfoque analítico de carácter cualitativo que proponemos nos permitirá acercarnos a las realidades concretas que se vivieron durante el periodo bélico: desde las acciones y los discursos populares que emergieron durante estos tres años, podremos reconstruir ya no solo la propia guerra y el grado de maduración de las estructuras monárquicas y provinciales, sino, asimismo, los valores que conformaban la cultura política de los sectores populares en un periodo crucial como es el del ocaso del Antiguo Régimen. Igualmente, la gran cantidad de expedientes judiciales analizados concernientes a más de una treintena de municipios vizcaínos nos permitirá realizar una cartografía de los sucesos ocurridos durante estas fechas y, de esta forma, sustentar cuantitativamente las aseveraciones que realicemos.

2. La Monarquía Hispánica a finales del siglo XVIII

Durante la Edad Moderna, la Monarquía Hispánica no constituía una entidad política unitaria ni centralizada, sino que en su seno albergaba una gran variedad de cuerpos y poderes plurales y policéntricos que concurrían y se yuxtaponían en un mismo espacio político (Imízcoz Beunza, 1996: 19-20). Era, en definitiva, lo que la historiografía ha venido en llamar una monarquía compuesta y jurisdiccional. Eso sí, a lo largo del siglo XVIII esta vivirá un proceso de fortalecimiento del poder real y emergencia de una lógica administrativa que desencadenará, para finales de la centuria, toda una dinámica estatal (Garriga Acosta, 2004: 18-20).

En efecto, a lo largo de Setecientos, la Corona necesitará cada vez más de un aparato administrativo sólido y eficiente para poder ejercer un poder intensivo y extensivo sobre el territorio por encima de particularismos y privilegios varios y, de esta forma, optimizar sus recursos y satisfacer sus crecientes necesidades surgidas fruto de la dinámica global de competición entre imperios europeos. Así, desde la llegada de los Borbones al trono, pero, sobre todo, desde época carolina, los monarcas trataron de dejar el antiguo orden heredado de los Habsburgo, uno con robustas entidades corporativas, abundancia de privilegios y semiautonomía regional, en favor de, en palabras de Gabriel Paquette (2008: 2), «a unified nation state, subservient to the monarchy, and fashion it into the generator of a new patriotic spirit».

Siguiendo a J.-P. Dedieu (1992: 56), los Borbones crearon e implantaron –no sin dificultad, pero con continuidad en la acción– instituciones que debían dar al rey los medios para administrar efectivamente el territorio a través de sus propios agentes, sin tener que recurrir a los servicios de intermediarios. Entre otras cuestiones, se irá progresivamente relegando a un segundo plano a los tradicionales Consejos, de carácter judicial y consultivo, en favor de la nueva planta administrativa –secretarías e intendencias–, de carácter más ejecutivo y formada por una nueva élite política e intelectual procedente de la baja nobleza y de la creciente mesocracia, más cualificada y fiel a la Corona y a sus proyectos reformistas (Calvo Maturana, 2013: 29-30).

Para legitimar las reformas del sistema y la afirmación del poder del rey, la Monarquía impulsará todo un programa propagandístico e ideológico que buscaba crear un nuevo vínculo afectivo directo entre el monarca y sus súbditos. En palabras de A. Calvo (*ibid*.: 151): «por encima de los tradicionales argumentos teocráticos, el monarca se erigió como padre de la patria, legitimado por su carácter de protector de la misma y garante de la pública felicidad». En este nuevo *arte de reinar*, se construye la imagen del *rey patriota* y se fomentan conceptos como *sociedad*, *patria* y *nación*, estrechamente ligados con la propia figura del rey y la Monarquía y a los cuales toda la población debía contribuir a conservar (*ibid*.).

Llegados a este punto, cabe preguntarse en qué medida ese «patriotismo monárquico», tal y como P. Rújula (2023) lo ha definido en su reciente obra, promovido a lo largo del siglo XVIII llegó a calar entre la gran mayoría de la población. A. Calvo (2013: 83) llega a reconocer que «quizá no se pueda hablar de un pueblo verdaderamente *nacionalizado* y homogeneizado hasta el asentamiento del –por otra parte fallido– estado liberal español», aunque, al mismo tiempo, puntualiza que episodios de gran intensidad propagandística como la guerra contra la Convención o la de Independencia pudieron contribuir a *hacer patria*.

Tal y como analizaremos a continuación, ante el estallido revolucionario francés y su cuestionamiento de las bases legitimadoras del Antiguo Régimen, la Monarquía española tendrá ocasión de poner a prueba la eficacia del programa ideológico proyectado hasta entonces tendente a edificar una *patria* unida y consustancial a la propia figura del monarca. No solo eso, sino que, ante el inicio de la contienda que enfrentó a la recién creada República francesa con la Monarquía Hispánica, esta tratará de agilizar sus mecanismos ideológicos y de movilización, yendo más allá de los privilegios y costumbres de cada lugar, para obtener los recursos suficientes –en hombres y en dinero– que le permitiesen encarar una *guerra total*[6]. A nuestro modo de ver, las reacciones que suscitó en ciertos territorios de la Monarquía la llamada a las armas pueden ser consideradas indicadores de la ineficacia, al menos para la altura de finales del Setecientos, de los intentos borbónicos de construir una «Patria en Monarquía»[7].

6. La Revolución llevará consigo una forma nueva de entender y hacer la guerra: en un mundo dominado por el principio monárquico, el establecimiento de un nuevo sistema de gobierno en Francia –el republicano– iba unido a la necesaria búsqueda de una *paz victoriosa* para lograr su supervivencia y, por tanto, a emprender una *guerra total* –presentada como defensiva– contra las dinastías dominantes que amenazaban con la invasión e intervención en los asuntos de la nación naciente. La necesaria defensa armada de la joven patria frente a los enemigos exteriores e interiores llevaba consigo la construcción de la figura del ciudadano-soldado: un ciudadano que contribuyese activamente a defender la nación en construcción y los ideales a ella ligados y, por tanto, que se hallase potencialmente en pie de guerra. Véase Serna (2013: 8-18).

7. Retomamos la expresión empleada por P. Fernández Albaladejo (2002: 520). Nos remitimos a dicha obra para una mayor profundización acerca de la aplicación y la evolución de conceptos como *patria*, *nación* o *sociedad* durante los reinados de los diferentes monarcas borbones a lo largo del siglo XVIII.

2.1. ¿En defensa de la religión, del rey y de la patria? La Monarquía Hispánica frente al desafío de la Revolución francesa

El ascenso al trono de Carlos IV en 1788 coincidirá con el inicio de una etapa de inestabilidad para la Monarquía. A un contexto internacional desfavorable, habríamos de sumar una verdadera situación de crisis interna, tanto en el plano político –con continuos reajustes ministeriales, intrigas en el seno de la élite política y un progresivo aumento de la crítica velada de ciertos intelectuales ante las limitaciones del reformismo ilustrado– como económico (Giménez López, 2004; La Parra López, 1994). A este respecto, el estancamiento y la posterior caída de la producción agraria, unidos a ciclos de malas cosechas, provocarán una verdadera situación de desabastecimiento y subida progresiva de precios a partir de 1789. Un contexto, por tanto, de dificultades agrarias que, como señala B. Barreiro (1991: 90), agudizará los tradicionales conflictos sociales, los cuales «llegaron a alterar el orden público o simplemente intensificaron la presión sobre el ordenamiento jurídico-social establecido».

Frente a esta tesitura de crisis y descontento social generalizado, la Corona tratará de blindar su territorio frente al contagio revolucionario optando por un régimen de silencio que impidiese la propagación de información sobre los sucesos que se estaban desarrollando en Francia (Aymes, 1991: 31). Entre otras cuestiones, se reforzará el papel de la Inquisición como *auxiliar policial* de la Monarquía, se impondrá censura en la prensa y se suspenderán todos los periódicos no oficiales, se elaborará una lista de libros prohibidos y se emitirán numerosas reales órdenes dirigidas a los oficiales de aduanas con el objetivo de retener todo escrito u objeto que tuviese relación con los hechos revolucionarios o que fuese considerado subversivo (Anes, 1981: 134-161). Asimismo, se controlará el tránsito de personas, manteniendo especial cautela hacia todos los franceses residentes y transeúntes en territorio español, incluidos los emigrados, tanto laicos como eclesiásticos.

Pese a los esfuerzos de la Corona, el *cordón sanitario* impuesto resultará insuficiente, algo especialmente notorio en los territorios fronterizos, los cuales ya antes del estallido revolucionario estaban habituados a un trasvase continuo de personas, mercancías e información. El propio Floridablanca, aún en su puesto como secretario de Estado, afirmará:

> El Yncendio de Francia va creciendo, y puede propagarse como la Peste, hallando dispuesta la materia en los Pueblos de la Frontera. […] los muchos franceses q[e] se introducen por aquella parte sembrando máximas de libertad […] forman una multitud capaz de seducir toda clase de Personas y estados, y especialmente en los Pueblos, y Vasallos ignorantes atrahidos de las dulces esperanzas de libertad, de no pagar tributos, y de igualarse las gentes mas humildes a las mas Grandes y elevadas[8].

8. *Informe autógrafo que leyó al Rey en el año 1791 el Conde de Floridablanca*. AHN, Estado, legajo 3959, carpeta n.º 41; consultado en Anes (1981: 184-186).

En este testimonio no solo podemos apreciar los temores del conde ante el aluvión de noticias que llegaban a los territorios de la Monarquía, sino que, a su vez, en él se percibe el recelo de las autoridades ante la posible buena acogida por parte de ciertos sectores de la población de las máximas revolucionarias. No en vano, los círculos cortesanos eran conocedores de las agitaciones que se estaban dando en diferentes lugares de la Monarquía[9], algo de lo que se percatará Bourgoing, embajador de Francia en la corte de Madrid, y así lo hará saber en un despacho redactado en febrero de 1791, en donde informaba acerca de la profunda preocupación que la mínima muestra pública de descontento causaba en el monarca y sus allegados (La Parra López, 2002: 92). Asimismo, agentes franceses destinados en diferentes puntos de la península comunicarán al Ministerio de Asuntos Exteriores de su país la situación de inestabilidad que, según su parecer, estaba atravesando la Monarquía e incluso conjeturaban sobre un futuro cercano en el que la población podría llegar a comenzar una insurrección revolucionaria:

> El impulso que [el duque de la] Alcudia [*i. e.* Godoy] ha dado a la maquinaria de este gobierno es demasiado terrible como para que pueda seguir por mucho más tiempo. Mi opinión es que todas estas gentes terminarán su carrera de una manera aterradora: una vez que el pueblo comience, nunca parará. Ya se le teme, pues el rey no tiene ningún deseo de volver a Madrid, y se está fortificando en Aranjuez como si fueran a asediarla. Él tiembla[10].

En esta coyuntura, el 7 de marzo de 1793 la Convención declarará la guerra a la Monarquía Hispánica. Esta lo hará, por su parte, dieciséis días más tarde, a pesar de que «excepto por motivos estrictamente de defensa de los principios monárquicos y familiares, no había razón política que justificara comenzar la guerra» (Giménez López, 2004: 643)[11]. La Corona española fue consciente desde el inicio de que, para conseguir frenar la pretensión francesa de lograr una victoria total y salvar así las estructuras de la Monarquía, debía lograr una opinión pública sólida y unánime. Así, en paralelo a las operaciones militares, se desarrolló una *guerra de opinión* que enfrentó a ambos contendientes en una lucha eminentemente ideológica (Aymes, 1991: 13-15).

9. G. Anes (1981), en su obra, da cuenta de algunas de estas agitaciones.

10. Despacho del ciudadano Taschereau al Ministerio francés de Asuntos Exteriores a fecha de 30 de abril de 1793. AMAE, Correspondance Politique, Espagne, vol. 636, 130r.º-v.º; texto original en francés. A pesar de la inevitable subjetividad e imparcialidad –aspectos, por otra parte, comunes a todas las fuentes documentales– de esta clase de testimonios producidos por agentes republicanos franceses, tendentes a sobreestimar los males de la Monarquía Hispánica, consideramos que pueden aportarnos una visión externa y complementaria de lo sucedido en suelo español siempre y cuando afrontemos su análisis de forma crítica y los confrontemos con otro tipo de fuentes.

11. A pesar de que la ruptura de la tradicional alianza hispano-francesa dará inicio a un nuevo e inusitado pacto ofensivo-defensivo que vinculará brevemente a la Monarquía Hispánica con Inglaterra con el objetivo de hacer frente a la joven República, geopolíticamente, la verdadera enemiga de la Monarquía continuaba siendo la potencia inglesa puesto que era esta la que amenazaba sus intereses materiales en los territorios americanos (Goñi Galarraga, 1979: 22-28).

Tres serán los pilares sobre los que la Corona construirá su arsenal ideológico y que aparecerán de manera recurrente tanto en esta guerra como en todos los conflictos contrarrevolucionarios que se desatarán en la primera mitad del siglo XIX: «Religión, Rey y Patria» (Rújula López, 2023). Por una parte, se tratará de legitimar el conflicto tematizando su carácter religioso y presentándolo como una guerra de religión en defensa del catolicismo (Goñi Galarraga, 1979: 28). El púlpito en manos de los eclesiásticos se convirtió en un aparato ideológico fundamental e intermediario entre el poder monárquico y la población: desde él no solo se leerán sermones exhortativos, sino que, igualmente, se transmitirán las proclamas y órdenes emanadas por las autoridades políticas (Aymes, 1991: 416-417). Por otra parte, y siguiendo con la deriva adoptada por los Borbones a lo largo del siglo XVIII, el rey tratará de reforzar su propia figura y consolidar su poder asociando los intereses del reino con los de su persona y presentándose como el garante del orden, verdadero protector de sus súbditos y de la *patria* en peligro –entendida esta no ya como el municipio o provincia natal, sino como el vasto territorio de la Monarquía–.

En consonancia con este despliegue ideológico, las autoridades del periodo proyectarán una imagen de la guerra en la que todos los naturales del reino habrían luchado de manera unánime contra el enemigo francés. Así, Godoy en sus *Memorias* ([1836] 1965: 41-42) escribiría:

> No fue en 93 un partido quien aprobó la guerra, sino la nación entera; y no sólo la aprobó, sino que clamó por ella con entusiasmo generoso, y no clamó tan sólo, sino que corrió delante de ella con las personas, con sus riquezas, […] Baste decir acerca de esta devoción y de este impulso general de lealtad, de patriotismo y de instinto también conservador que no hubo necesidad de hacer sorteos y que el Ejército se puso en pie de guerra con tan solo gente prometida y voluntaria.

Lo cierto es que, a pesar de sus esfuerzos y del discurso proyectado, la Corona no hallará un apoyo unánime en la guerra por parte de sus súbditos –hecho, por otra parte, nada extraordinario en lo que a reclutamiento militar se refiere–[12]. En abril de 1793, cuando todavía no se había cumplido un mes desde el inicio de las hostilidades, el encargado de negocios de Francia en la corte de Madrid,

12. En efecto, los actos en contra del reclutamiento militar obligatorio no serán exclusivos del marco geográfico y cronológico que nosotros presentamos. De hecho, C. Borreguero (1989) ha analizado el aumento de motines en la Monarquía a lo largo del XVIII como consecuencia del establecimiento de un sistema de reclutamiento obligatorio mediante sorteo –las *quintas*–. Igualmente, L. Roura (1993: 191) pone de manifiesto el hecho de que las resistencias a los reclutamientos, la indisciplina y la deserción serán algo común a los ejércitos y a las sociedades del Antiguo Régimen. Siendo esto cierto, consideramos que la especificidad de esta guerra –al fin y al cabo, nos hallamos ante el enfrentamiento de dos sistemas ideológicos contrapuestos y mutuamente excluyentes– y, en general, del contexto en el que se inserta hace que tengamos que poner en valor la existencia de estos actos de resistencia y analizar sus verdaderas motivaciones e implicaciones dentro de la coyuntura más amplia en la que se producen.

Montbréton d'Urtubise, informará a la Convención del carácter doméstico de la defensa de los territorios de la Monarquía y de las dificultades que esta estaría encontrando para formar un frente común –ideológico y militar– que le permitiese encarar la guerra:

> Hasta el momento Galicia no ha aportado donativos patrióticos ni voluntarios para el ejército. En esta Provincia están muy descontentos con el Gobierno actual. En Vizcaya, los habitantes no quieren salir de su Provincia, ni ser destinados a los Regimientos de línea, es uno de sus privilegios y son muy reacios a ello. Los Aragoneses han declarado que ellos defenderán sus casas, pero que no irán más allá […][13].

En efecto, a pesar de la propaganda emanada desde los círculos cortesanos, tanto el voluntariado como los donativos de particulares resultarán insuficientes para afrontar la guerra, lo que provocará, por una parte, un progresivo endurecimiento del sistema de reclutamiento militar y de las medidas encaminadas a frenar la indisciplina y la deserción entre las tropas españolas y, por otra parte, la necesidad de recurrir a préstamos forzosos y la emisión repetida de vales reales (Roura i Aulinas, 1993: 191-240). Por tanto, un considerable aumento de las exigencias monárquicas hacia sus súbditos que, en un contexto límite como el presente, despertará no pocas resistencias, y es que, como indica B. Barreiro (1991: 90), las gentes «se resistían, más de lo que se ha dicho, al reclutamiento, llegando a provocar serios alborotos, como los asturianos de 1795».

En nuestra opinión, todos estos indicios apuntan a que, lejos de un *patriotismo monárquico*, con lo que en realidad nos estaríamos encontrando en esta cronología es con un localismo que se compadece mal con la idea de compromiso hacia una comunidad política de amplio rango –la *patria communis*– consustancial a la Monarquía que, como señala P. Fernández Albaladejo (2002), ciertos intelectuales y la propia Corona trataron de impulsar a lo largo del Setecientos. La pretendida capacidad de movilización de la Corona contará, como analizaremos en profundidad para el caso concreto de Vizcaya, con ciertas fisuras, unas fisuras que evidenciarán las limitaciones del absolutismo reformista y la existencia, en numerosos frentes, de resistencias a tal proceso reformador.

3. El Señorío de Vizcaya, ¿una *comunidad de hidalgos* dentro de la Monarquía?

Como hemos señalado en el anterior apartado, en el Setecientos, el conservar la identidad territorial y constitucional intacta dentro de la Monarquía española será, cada vez más, una excepción. Para el caso concreto del territorio vasco, tal y como afirmó J. M.ª Portillo (1994: 77-78), el encuentro entre reforma y privilegio

13. AMAE, Correspondance Politique, Espagne, vol. 636.; texto original en francés.

provincial no tendrá como resultado el *asalto final* del absolutismo borbónico sobre los privilegios y constitución de dicho territorio, sino, al contrario, la imposición de la lógica provincial frente a la ministerial. En efecto, ante el fallido intento de la Monarquía por ejercer un control directo sobre el territorio vasco mediante la imposición de nuevos oficiales reales o la ampliación de la capacidad jurisdiccional de los existentes, esta se valdrá de las instituciones provinciales como intermediario entre los poderes locales y la Corona (*ibid*.: 78).

En lo que concierne al Señorío de Vizcaya, en la segunda mitad del siglo XVIII es posible detectar, en paralelo a las dinámicas de fortalecimiento del poder real y construcción de una imagen *nacional* de la Monarquía, «una más precisa definición del modelo provincial […]. Es decir, […] un reforzamiento de las señas de identidad provinciales y de una estructura interna de poderes y jurisdicciones tendencialmente dominada por sus diputaciones» (*ibid*.: 77). Proceso en el cual el Fuero, asimilado como derecho propio de la comunidad provincial y patrimonio indisponible vinculado a ella, jugará un rol fundamental (*ibid*.: 74-75).

En esta dinámica de afianzamiento y articulación del espacio político y jurisdiccional del Señorío, tendrá lugar el fortalecimiento de la administración provincial y la consolidación de la posición directiva de Juntas Generales y Diputación General[14] sobre el resto de los cuerpos que componían Vizcaya[15]. Así, mientras que con anterioridad estas comunidades aún funcionaban de manera relativamente autónoma y, en buena medida, al margen de poderes superiores, desde mediados del XVIII la administración provincial irá ampliando su control sobre materias antes en manos del poder local –como la fiscalidad, el control del orden público o la política forestal y viaria–.

Ello, lejos de ser un hecho insignificante, tendrá fuertes repercusiones en la vida cotidiana de la población vizcaína. No en vano, estas comunidades vecinales, al igual que las de otros territorios de la Monarquía, se habían regido

14. Las Juntas Generales eran asambleas provinciales en las que, una o dos veces al año, se reunían los representantes enviados por las comunidades territoriales que componían Vizcaya para la designación de las autoridades forales del Gobierno Universal y la resolución de diversos asuntos concernientes al Señorío. Ante la necesidad de una mayor eficacia, surgirá un órgano estable delegado de las Juntas, conocido a partir de 1630 como Gobierno Universal. Este será más reducido y estará formado por el corregidor, diputados generales, regidores, síndicos, secretarios, consultores y tesoreros. Con el tiempo, se creará un regimiento más reducido y delegado de este: la Diputación General. Pese a que la legitimación de esta provenía directamente de las Juntas Generales, acabará actuando de manera independiente y convirtiéndose en la verdadera autoridad suprema del Señorío. Información extraída de Feijoo Caballero (1991: 87-100).

15. Vizcaya estaba compuesta por una gran variedad de realidades territoriales con personalidad jurídico-política propia: la Tierra Llana, esto es, el espacio rural organizado en comunidades vecinales conocidas como anteiglesias; las villas, de fundación regia, pero con autonomía jurisdiccional y, por lo tanto, de gobierno y administración; el valle de Orozco, sujeto a la jurisdicción señorial del conde de Ayala hasta entrado el Setecientos; y los bloques periféricos del Duranguesado y de los concejos y valles de las Encartaciones, con un régimen jurídico propio, unas propias autoridades jurisdiccionales e instituciones particulares (Martínez Rueda, 1994: 23-25).

tradicionalmente por unas normas propias que gobernaban el funcionamiento colectivo y que condensaban el código de valores compartido por la propia comunidad, esto es, sus usos y costumbres consuetudinarios (Martínez Rueda, 1994: 118-140; González Dios, 2013: 41-42). Igualmente, estas comunidades contaban con instituciones organizativas del poder local: el concejo o ayuntamiento abierto de vecinos[16] y el regimiento u oficialías municipales[17]. La injerencia, por tanto, de un modelo de autoridad exterior alterará no solo sus cotas de autonomía y autogestión sino, igualmente, la propia costumbre compartida por todos sus miembros.

A ello habríamos de sumar otra deriva política acentuada en la segunda mitad del Setecientos: la aristocratización de los marcos de poder político local y provincial y, por ende, la exclusión efectiva de la gran mayoría de la población de la vida política del Señorío. En efecto, las provincias vascas estaban lejos de parecerse al retrato idealizado realizado por el general en jefe del Ejército de los Pirineos Occidentales francés, Monçey, tras su estancia en el territorio:

> […] el pueblo en este país ejerce su soberanía. La constitución se parece infinitamente a la nuestra. Todas las autoridades son anualmente nombradas por el pueblo. No existen privilegios familiares, ni distinciones de casta. El feudalismo jamás les afligió […] En una palabra […], todo es democrático entre ellos[18].

Para comenzar, debemos comprender que, en concordancia con la concepción corporativa del entramado social del Antiguo Régimen, la lógica que guiaba la participación política era la de la *casa*, célula base de la organización

16. Asamblea en la que los cabezas de familia se reunían para tratar los principales asuntos de la localidad: el nombramiento de los cargos municipales, la revisión de cuentas, la imposición de repartimientos y arbitrios, el otorgamiento de poderes para enviar representantes a las Juntas Generales, la gestión de los terrenos comunales y los caminos, la lectura de los acuerdos tomados en instancias provinciales o monárquicas, etc.

17. Regimiento propiamente dicho existía tan solo en las villas y en los valles y concejos de las Encartaciones. Aunque su composición variaba, sus principales cargos eran: el alcalde y juez ordinario, principal autoridad de la comunidad, administrador de justicia y con ciertas atribuciones gubernativas; el síndico procurador general, encargado de gestionar la hacienda municipal y defender legalmente los derechos de la comunidad; un número variable de regidores responsables del control de abastos, precios, pesos, medidas, etc., y de auxiliar al alcalde y al síndico; y variados cargos administrativos menores. En las anteiglesias, al ser núcleos de menor población y en los que el protagonismo del concejo abierto era mayor, la oficialía municipal era más simple: se componía de uno o dos fieles –máxima autoridad municipal, encargado de presidir las asambleas vecinales y con ciertas facultades como la administración de la hacienda local, atribuciones judiciales menores, el control del orden público, la representación de la anteiglesia ante otras instancias, etc.– y, en algunos casos, de regidores que auxiliaban al fiel. Para más información, Martínez Rueda (1994).

18. Memoria de Monçey a los representantes del pueblo sobre el restablecimiento del gobierno popular de Guipúzcoa, a 21 de marzo de 1795. AMAE, Correspondance Politique, Espagne, vol. 637, ff. 121-123. Texto original en francés. Igualmente, citado y comentado en Goñi Galarraga (1982: 794; 1985); Artola y Aragón (2021: 256-259).

política, social y económica de las comunidades tradicionales (Imízcoz Beunza, 2004: 66-67; Achón Insausti, 2018: 151). Ello se materializaba en el hecho de que tan solo el cabeza de familia –*etxekojaun*– poseía derechos políticos y, como tal, podía participar en la vida política de la comunidad y, por extensión, del Señorío. Consecuentemente, muchos eran los individuos marginados –al menos en teoría– de la vida política tanto local como provincial: las mujeres, los dependientes –criados, parientes del jefe de familia, etc.–, los no propietarios y los que no poseían la vecindad. Con el avance del siglo XVIII, el número de excluidos será aún mayor. No en vano, la situación de la gran mayoría de los vizcaínos se verá notablemente degradada como consecuencia de la deriva sufrida en la segunda mitad de la centuria: estancamiento y caída de la producción agraria, aumento de los precios agrícolas y encarecimiento general de la vida, endeudamiento campesino, pérdida de la propiedad de la tierra y su concentración en terratenientes, privatización de los bienes comunales, aumento del número de arrendatarios, jornaleros e individuos *marginales*, etc.[19]. Como resultado, muchos antiguos pequeños propietarios, otrora miembros de pleno derecho de la comunidad política, se verán despojados de la capacidad de participar en los marcos políticos locales –y, por ende, provinciales–, en tanto en cuanto habían pasado a engrosar las filas de los arrendatarios.

Por otra parte, a medida que avanzaba la época moderna, cada vez serán más los requisitos exigidos para poder participar en las instituciones de gobierno: poseer hidalguía originaria –aspecto que, aunque todos los vizcaínos cumplían[20], no siempre era sencillo demostrar por los considerables gastos que suponía la obtención de la ejecutoria de hidalguía–, disfrutar de la vecindad, saber leer y escribir en castellano –lo que, en la práctica, suponía la exclusión de la gran mayoría de la población vasca–, ser persona *idónea* y *capaz*, no ejercer oficios mecánicos o *viles*, disponer de la suficiente riqueza en bienes raíces, etc. (Feijoo Caballero, 1991: 88; Martínez Rueda, 1994: 48-52). Igualmente, a partir de la segunda mitad del siglo XVIII se acentuará la ofensiva contra el concejo abierto de vecinos protagonizada por los notables de ciertas villas, los cuales, influenciados por las ideas ilustradas, propugnarán la necesidad de apartar a los sectores populares del

19. Para un acercamiento a los aspectos económicos y sus consecuencias sociopolíticas, consúltense, entre otros: Fernández Albaladejo (1975); Zabala Uriarte (1985); Otaegui Arizmendi (1991); Gracia Cárcamo (1993); Reguera Acedo (2002).

20. La generalización de la hidalguía para todos los vizcaínos vendrá de la mano de la promulgación del Fuero Nuevo de Vizcaya en 1526 y, tal y como señala J. R. Díaz de Durana (2002), no hay una sola causa que explique dicha universalización. Entre los factores que dicho autor brinda se encuentran: la no penetración, a partir del siglo XIII, de nuevas figuras fiscales castellanas; su ubicación fronteriza y, por tanto, estratégica para la defensa del reino; el desarrollo y solución de los conflictos sociales frente a los cabeza de linaje o Parientes Mayores; la gestación de una nueva ideología igualitarista por parte de las oligarquías de las villas como instrumento de dominación sobre la población; y la idea de limpieza de sangre y nobleza originaria inherente a los vizcaínos (*ibid*.: 57-63). Para un acercamiento crítico a la cuestión, nos remitimos a la citada obra.

gobierno de las comunidades y, en cambio, reservarlo a los más instruidos (Imízcoz Beunza, 2017: 101-102).

Por tanto, el poder efectivo del conjunto de Vizcaya quedará en manos de un número reducido de familias estrechamente conectadas entre sí (Feijoo Caballero, 1991: 345-414). Desde las instancias provinciales, estas élites conseguirán no solo controlar aspectos cruciales de la vida comunitaria de los diferentes cuerpos del Señorío, sino, igualmente, regir las relaciones entre estos y la Corona. Muchas de estas familias tenían intereses compartidos con la Monarquía: bien por ser inversores de rentas reales; por hallarse sus segundones ocupando cargos en la milicia, Iglesia o administración, o por contar con intereses comerciales sujetos a las disposiciones reales, la situación económica y social de estos grupos dependía, en gran medida, del favor del monarca, hecho que explicaría su tendencia a plegarse ante sus crecientes peticiones.

En definitiva, esta *comunidad de hidalgos*, aparentemente igualitaria, encerraba una gran variedad de realidades socioeconómicas y políticas que, en la práctica, desvirtuaban el contenido de una nobleza generalizada. El contemporáneo Manuel de Larramendi ([1754] 1969: 155-156) sentenció a mediados del siglo XVIII: «Puede decirse que tiene Guipúzcoa los dos órdenes de patricios y plebeyos, siempre con el aditamento de nobles»[21], afirmación perfectamente aplicable a Vizcaya. Como *nobles*, la gran mayoría de la población del Señorío tenía plena conciencia de los privilegios que iban asociados a su naturaleza vizcaína, pero, como *plebeyos*, también lo eran de las diferencias existentes en la comunidad provincial. Así, ante una coyuntura especialmente adversa como la iniciada ante el estallido de la guerra contra la Convención en la que la población se verá sometida a demandas excepcionales exigidas por el monarca y canalizadas por medio de las autoridades provinciales, estos *nobles plebeyos* resistirán y, en su resistencia, harán emerger su cultura política.

4. La guerra a través de sus protagonistas anónimos

Las prestaciones militares que Vizcaya debía a la Corona se regían por unas normas propias recogidas en su ordenamiento foral[22]. Entre otras cuestiones, esta normativa establecía que, debido a su situación fronteriza, su obligación militar se limitaba a la defensa del propio territorio provincial en tiempos de guerra. El servicio debía realizarse en unidades propias –los *tercios*– independientes del ejército

21. Según la justificación que da el jesuita, estas «diferencias igualitarias» –tal y como en su día las denominó Alfonso de Otazu (1973: 222)– vendrían motivadas por factores económicos: «La riqueza, la industria, las herencias, con el tiempo han levantado las unas; y la pobreza, y los contratiempos, y el desgobierno y la prodigalidad […] han arruinado las otras» (Larramendi, [1754] 1969: 156).

22. La información del presente párrafo ha sido extraída de Guevara Urkiola (1994); Longares Alonso (1997); Martínez Ruiz (1995). Nos remitimos a dichas obras para una mayor profundización.

real tanto en los mandos como en la organización. Estas eran puestas en pie por orden de las instituciones provinciales, las cuales se encargaban, asimismo, de su mantenimiento. Por su parte, eran los ayuntamientos de cada localidad los que se ocupaban del reclutamiento de los hombres, así como de adiestrarlos en el manejo de las armas. Siguiendo con la metáfora empleada por A. Artola y A. Aragón (2021: 240), se trataba, por lo tanto, de un sistema *doméstico*, en que cada *casa* debía organizar su protección y, por agregación, la *gran casa provincial* acababa siendo capaz de defenderse.

Sin apenas resistencia, en julio de 1794 las tropas revolucionarias conseguirán traspasar la frontera pirenaica y avanzar por el territorio guipuzcoano. Tan pronto las autoridades de Vizcaya tuvieron noticia de la invasión de la provincia vecina, dispusieron la reunión de los representantes de las diferentes comunidades del Señorío en Junta para los días 7 y 8 de agosto. Ante las peticiones monárquicas, «todos los vocales animados de un mismo espiritu de derramar hasta la ultima gota de su sangre en defensa de la religion, de S.M. (que Dios guarde) y de este M.N. y M.L. Señorío de Vizcaya»[23] acordaron que los hombres vizcaínos en edad de tomar las armas se repartiesen en tres tercios: uno de ellos habría de acudir a la villa guipuzcoana de Tolosa para efectuar la defensa de dicha provincia; el segundo tercio debía permanecer en la frontera de Vizcaya, y, el último, quedar de reserva (Ibáñez de la Rentería, 1795: 38).

De modo que, con ocasión de este conflicto, la población vizcaína asistirá a un acto de contrafuero por parte de las autoridades provinciales, las cuales, cediendo a las peticiones de la Corona, exigían a sus hombres realizar el servicio militar más allá de la frontera del propio territorio de Vizcaya. Será precisamente a raíz del decreto adoptado en esta Junta cuando los acontecimientos se precipiten: en apenas una semana se pasará de la aparente calma al estallido casi simultáneo en cerca de una veintena de villas y anteiglesias vizcaínas de fuertes alborotos que, entre otras cuestiones, pretendían evitar el envío de soldados al frente[24].

4.1. El fantasma de una guerra inminente

Si hemos aludido a una aparente calma ello se debe a que ya antes de agosto de 1794, cuando la guerra era un hecho relativamente lejano para Vizcaya, ciertas

23. Creemos necesario recalcar el hecho de que, en la mayoría de las ocasiones, la proclama construida por la Corona para movilizar a sus súbditos aparece en el caso del Señorío algo modificada: en lugar de aludir a la necesaria defensa de la *patria* –entendida esta como la Monarquía–, tan solo se hará referencia al propio Señorío de Vizcaya. Ello nos lleva a considerar que, a pesar de los intentos de la Corona por crear un nuevo concepto ampliado de *patria*, tanto los diferentes cuerpos políticos existentes en su seno como la propia población no llegaron verdaderamente a asimilar dicha mutación conceptual, al menos en lo que concierne a la cronología y al marco geográfico objeto de nuestro estudio.

24. Una primera aproximación a la cuestión la encontramos en Feijoo Caballero y Ormaechea Hernáiz (1990).

acciones protagonizadas por la población evidenciarán la existencia de un clima de inestabilidad social más o menos generalizado en el territorio. Así, nos encontramos ante la fijación de varios pasquines en Bilbao entre los meses de marzo y abril de 1793 en los que se exigía la salida inmediata de todos los franceses –en su mayoría, comerciantes– que aún permanecían en la villa[25]. Asimismo, se amenazaba de muerte al principal oficial real en Vizcaya, el corregidor don Gabriel Amando Salido, a quien se acusaba de no estar cumpliendo debidamente con sus obligaciones y de estar brindando protección a ciertas familias francesas acomodadas en perjuicio de los «pobres»[26]. Incluso se amenazaba con que un gran número de vecinos optaría por no acudir al servicio de armas exigido: «Ya estamos mas de 400 por no levantar arma ninguna sino para echarte a ti el Primero [*i. e.* al Corregidor]». El propio Amando, al referirse tanto a los pasquines como a las «voces que […] se vierten públicamente», afirmará:

> Su Señoría nada cree de semejantes amenazas; pero […] reconoce el desafecto con que el publico mira por dicha razon a su Señoría, y el insulto que acaban de experimentar en el robo executado en su Casa, y tambien a noticias de que a principios de este siglo se causó en esta Villa al parecer por los Aldeanos […] algunos insultos contra la Diputación General, de que resultó muerto violentamente uno de los Diputados, no deja de causar a su Señoría algún recelo[27].

El hecho de que el corregidor hiciese referencia directa a la machinada –*i. e.* revuelta– que había agitado la villa en 1718 y no ocultase su recelo ante la posibilidad de que un movimiento así pudiese volver a repetirse setentaicinco años después evidencia que, al margen de una posible lucha de intereses entre los diferentes grupos de poder de Bilbao, nos encontramos ante una manifiesta situación de malestar social en la villa y sus alrededores. El propio contenido de los pasquines nos lleva a preguntarnos si, bajo la apariencia de un brote xenófobo, ciertos sectores sociales bilbaínos no estarían enmascarando reivindicaciones más profundas contra la hegemonía económica y política de algunas de las familias de la villa y sobre el injusto modo de proceder de ciertas autoridades en perjuicio del común de la población –algo que, por otra parte, estaría sucediendo igualmente,

25. El contenido de dos de los pasquines es posible encontrarlo en AHFB. JCR4077/018 y en AHN, Consejos, legajo 6323. Para el tercero, véase AHFB, AJ00398/001, ff. 60-62; este último aparece, igualmente, mencionado en Aymes (1991: 250); Feijoo Caballero (1991: 250); Ribechini (1996: 22).

26. Mientras que en uno de ellos se amenazaba con que «se le acortará el poderío [al Corregidor] de defender a los franceses (no a los Pobres) y morirá en medio de ellos», en otro podemos leer «Señor Gabriel Amando te ago Saber Como no Ejequtas la Justisia como lo manda la orden de Carlos 4 […] y vemos que Cada dia ba peor ya vemos como ban marchando los Pobres y quedando los ricos». AHFB. JCR4077/018.

27. Exposición del Señor Corregidor del Señorío de Vizcaya, don Gabriel Amando Salido, ante el Alcalde, Justicia y Regimiento de la villa de Bilbao, reunidos en Ayuntamiento. AHFB, AJ00398/001 (Actas de Juntas de Merindades del Señorío de Vizcaya, de dos a ocho de mayo de 1793, pp. 60-62). Este documento aparece transcrito, igualmente, en Ribechini (1996: 147-148).

tal y como apunta el reciente estudio de F. Muñoz y R. Franch (2022), en otros puntos de la Monarquía–[28].

En el resto de las localidades del Señorío la situación no será más sosegada. Numerosos serán los oficios enviados en 1793 y comienzos de 1794 por las autoridades municipales y los capitanes de las compañías a la Diputación General quejándose de la desobediencia y la resistencia de algunos de los hombres a recibir la instrucción militar: «Si esta inobediencia y a este mal esemplo no se le pone freno […] se les presta margen a todos los soldados […] para que en lo futuro no puedan mandar los jefes y oficiales con la autoridad que exige el asunto» advertirá, de forma casi clarividente, el capitán de una de las compañías[29]. El desacato a la oficialía irá acompañado, en numerosas ocasiones, de expresiones de burla hacia los mandos militares, cargos que, no olvidemos, eran ocupados por los personajes distinguidos de cada localidad. Así, en uno de los testimonios recogidos, los vecinos de la anteiglesia de Abando:

> no solo perdieron el respecto y obediencia a los exponentes [el capitán y el teniente de la compañía], espresando Antonio de Larrea, que tenia mas auctoridad, y que a nada quería obedecer; […] y al mismo tiempo vertían algunas expresiones contra la estimación, y empleo de los exponentes, habiendo propalado el Juan de Larrea, que tenia mucho pesar en no haber sacudido quatro sopapos al Capitan[30].

Igualmente, en agosto de 1794, por Bilbao y sus alrededores se esparcía cierta «boz sediciosa» sobre la presunta entrada de los franceses a la villa. Estos rumores provocarían el estallido de una «grande revolución» en Bilbao, cuya noticia llegaría a la cercana anteiglesia de Urdúliz –en donde también sobrevendrá un alboroto similar–[31] y a Sestao, cuyo cura informará que la población estaría llena de «recelos de que van a ser entregados fraudulentamente en manos de los franceses»[32]. Las autoridades eran conscientes de que el rumor era un tipo de contrainformación que circulaba rápido, que era difícil de domesticar y que frecuentemente era el origen de fuertes conmociones (Rújula López, 2011: 186). Igualmente, solía ser

28. Según estos autores, los motines antifranceses ocurridos en Valencia entre 1793 y 1794 habrían venido motivados por el empeoramiento de las condiciones de vida del artesanado valenciano como consecuencia de la crisis que desde la década de los ochenta del siglo XVIII estaría atravesando la industria sedera. De este modo, las tensiones sociales se concentrarán sobre todos aquellos que se dedicaban a la comercialización de géneros textiles extranjeros por ser considerados culpables del mal estado económico de la ciudad. Igualmente, algunos escritos anónimos habrían revelado actitudes de oposición al poder local y monárquico: en un pasquín aparecido en 1791, se amenazaba con «quemar la ciudad y hacer lo mismo que en Francia», y en marzo de 1793 habrían circulado anónimos en los que se cuestionaba la labor de los tribunales de justicia y se amenazaba con la guillotina a los miembros de la Real Audiencia.

29. AHFB. AQ00856/019, ff. 59r.-60r.

30. AHFB. AQ00870/002, ff. 3r.-6r. Expediente mencionado en Feijoo Caballero y Ormaechea Hernáiz (1990: 11-12).

31. AHFB. JCR1002/003, ff. 32v.-33r.

32. AHFB. AQ00856/234, f. 579r.

un fiel reflejo del estado de opinión general: disfraz del discurso oculto de los sectores plebeyos, aparece como vehículo mediante el cual insinuar críticas al poder bajo el amparo del anonimato y la presunta irracionalidad (Scott, 2018: 20). No es de extrañar, por tanto, que estos sucesos preocuparan a las autoridades del Señorío, las cuales «para evitar los graves perjuicios […] como efectivamente sobrevinieron ya ciertos alborotos, y conmociones entre las gentes», mandaron rápidamente despachar un correo por todo el territorio que «a la mayor brevedad fuese desengañando a los vecinos»[33].

Lo que queda patente es que, tal y como en su día señalaron J. Enríquez y E. Sesmero (2001: 41), al margen de los medios oficiales de información, los sectores populares de Vizcaya contaban con canales efectivos de comunicación alternativos, en su mayoría orales, que permitían a la población de las diferentes localidades mantenerse informada y crear una conciencia compartida acerca de lo que estaba ocurriendo a su alrededor: conversaciones en las plazas públicas, en los días de mercado, en la taberna, a la entrada de misa, en el ámbito doméstico, por los caminos, etc. Asimismo, un factor importante en la trasmisión de información será la propia movilidad de las personas, movilidad que, para unos territorios de pequeñas dimensiones como Guipúzcoa y Vizcaya, y más en el contexto de una guerra y ocupación enemiga, será elevada. Así, numerosos serán los individuos guipuzcoanos que acaben adentrándose en territorio vizcaíno y, con ellos, lo hagan sus impresiones acerca de lo que estaba sucediendo en la recientemente invadida Guipúzcoa. Este es el caso del amarrador Pardo Garde quien, a su paso por la costa vizcaína en agosto de 1794, habría andado, según la acusación, seduciendo a las gentes con máximas revolucionarias, llegando a expresar que en Francia «no había más que libertad, igualdad, y excepción de paga de Diezmos», así como que «los Franceses a todos tomaban bien, y que a él lo mismo le daba que le mandase el Francés, como el Español, siempre que tuviese qué comer, o qué trabajar»[34]. Lo cierto es que no debemos minusvalorar la capacidad de propagación por territorio vizcaíno de este tipo de máximas favorables al sistema francés. Aunque, por el momento, no nos es posible valorar la acogida dada por la población vizcaína a estas ideas, la aparición de ciertas nociones igualitarias y subversivas durante algunos de los actos de protesta colectiva que se dieron a partir de agosto de 1794 hace que no podamos ignorar, por de pronto, su existencia.

4.2. La población vizcaína frente a la guerra: resistencias y contradiscursos

> Armados con palos y uno que otro con navaxa, o cuchillo, tumultuariamente y con el maior arroxo, los amenazaron, a los que opinaban la execuxion puntual del dicho decreto de xral Junta […] de quitarles la vida si se empeñaban en realizar el serbicio

33. AHFB. AQ00856/233, f. 578r.
34. AHFB, JCR1806/014.

> prevenido en el citado Decreto; que por ningun caso le harían fuera de este territorio y su costa marítima, aunque lo mandase SM (que dios guarde), el señorío, ni señores de su gobierno […] aseguravan a una boz que antes de executarse este havian de quitar algunas vidas o perder las suias[35].

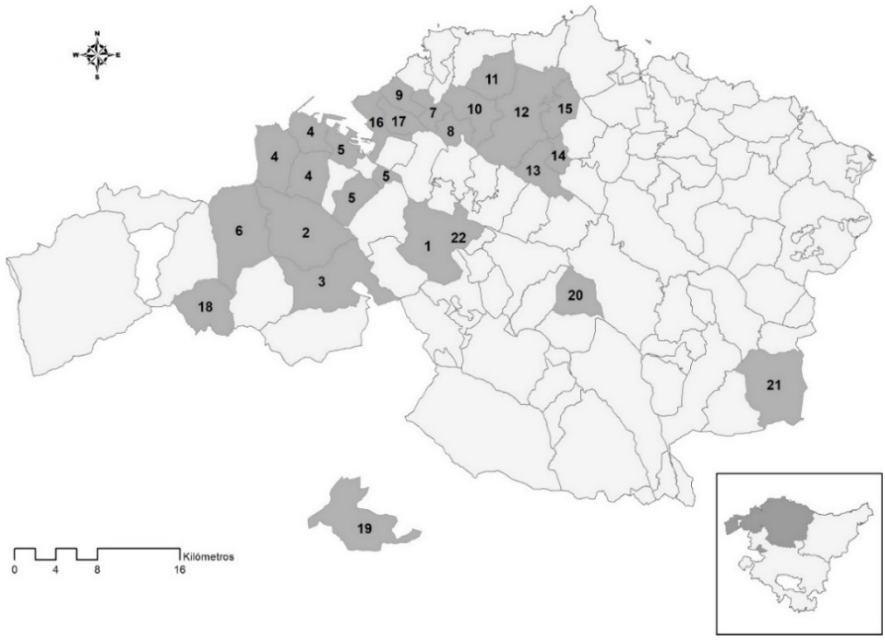
Tras el inicio del avance francés por Guipúzcoa, en las diferentes localidades de Vizcaya tendrá lugar la reunión en concejo abierto de sus respectivos vecinos con el objetivo de dar a conocer el ya mencionado decreto del 7 de agosto de 1794 adoptado por el poder provincial, en el cual se ordenaba, entre otras cuestiones, la salida de un tercio de soldados a Guipúzcoa para efectuar su defensa armada –una orden que, como ya se ha señalado, atentaba contra las leyes forales del Señorío–. Reunida la comunidad, sus reivindicaciones no tardarán en dejarse oír: amparados por unos criterios valorativos compartidos y por el recurso para la cooperación y la acción colectiva que la comunidad les brindaba (Sánchez León, 2007), las gentes –tanto hombres como mujeres–[36] de numerosas localidades se negarán, a veces de manera violenta, a proceder con el sorteo para el envío de hombres al frente (véase Mapa 1).

La sucesión de los acontecimientos será similar en las diferentes comunidades, hecho que revela hasta qué punto estas se hallaban interconectadas gracias a canales efectivos de comunicación. Conocedora la comunidad de que su poder se hallaba en actuar de forma coordinada, la búsqueda de una actuación conjunta será constante: un joven aprendiz de entallador de la anteiglesia de Gatica, al referirse a la resistencia protagonizada en ella, explicará que «algunos salieron diciendo que tampoco los de Munguia y otras tierras no havian hecho el sorteo, y que no harían tampoco ellos hasta que se verificasen los de estos»[37]. Igualmente, numerosos serán los individuos acusados de andar pueblo por pueblo «seduciendo» a las gentes para que se resistiesen a los decretos de Junta General y no tomasen las armas.

35. Autos incoados de oficio por el alcalde de Sopuerta para la realización de sumaria información sobre el tumulto armado promovido por varios vecinos y residentes en la localidad en la sesión del Ayuntamiento en que iba a efectuarse el sorteo de los comprendidos en el servicio militar para la guerra de la Convención. AHFB. AQ00870/004, ff. 10r.-22v. El caso aparece mencionado en Feijoo Caballero y Ormaechea Hernáiz (1990: 14), aunque no todos los fragmentos citados en el presente trabajo.

36. Vemos necesario incidir en la elevada participación femenina tanto en los marcos políticos locales –a pesar de que, como hemos visto, estos les estaban vedados– como en las protestas. Algo que, por otra parte, no habría de extrañarnos, pues, tal y como afirmó A. Farge (1993: 541): «La presencia femenina es tan evidente en el conjunto de las rebeliones rurales y urbanas de la Europa moderna, que vuelve […] poco pertinente, el tono de asombro de quienes […] escriben sobre este tema». Pese a ello, escasas son las obras que se detienen a analizar la intervención de las mujeres en las violencias colectivas, la cual no solo se basaba en la estimulación verbal –con amenazas e insultos, pero también expresiones orientadas a la crítica social–, sino también en una participación en la primera línea del conflicto. Una excepción la hallamos, para el ámbito vasco, en obras como las de Mendieta Garrote y Molina Martos (2018), Ruiz Astiz (2010) o en la reciente comunicación presentada por González Trueba (2023).

37. AHFB. AQ00870/013, ff. 197r.-203v. Expediente mencionado, asimismo, en Feijoo Caballero y Ormaechea Hernáiz (1990: 14-18).



Mapa 1. Alborotos ocurridos en el Señorío de Vizcaya entre agosto y diciembre de 1794. Fuente: AHFB. Autoría: Elaboración propia[38]. Software: ArcGIS.

Lugares mencionados: Bilbao (1) / Galdames (2) / Güeñes (3) / Cuatro Concejos del Valle de Somorrostro (4) / Tres Concejos del Valle de Somorrostro (5) / Sopuerta (6) / Urdúliz (7) / Lauquíniz (8) / Sopela (9) / Gatica (10) / Maruri (11) / Anteiglesia y villa de Munguía[39] (12) / Gámiz (13) / Fruiz (14) / Meñaca (15) / Guecho (16) / Berango (17) / Balmaseda (18) / Orduña (19) / Lemona (20) / Elorrio (21) / Begoña (22).

Esta respuesta simultánea y pareja dada por la población de las diferentes localidades vizcaínas evidencia, asimismo, que todas ellas eran partícipes de una misma subcultura de la protesta. En este sentido, un aspecto esencial para

38. Quisiera expresar mi agradecimiento a la Dra. Ana Ugalde Zaratiegui por la ayuda prestada para la elaboración de los mapas. Asimismo, advertir al lector de que los límites territoriales que aparecen corresponden a las demarcaciones municipales actuales, lo que hace que en ellos no se reflejen fielmente los términos territoriales de anteiglesias y villas del periodo analizado. Algo que, por otra parte, no desvirtúa la información que pretendemos plasmar a través de estos mapas: la extensión territorial que los actos colectivos de resistencia llegaron a tener durante los años de la guerra contra la Convención.

39. Si hablamos diferenciadamente de *anteiglesia* y de *villa* de Munguía es porque éstas no conformaban una misma comunidad territorial políticamente institucionalizada: cuando en la segunda mitad del siglo XIV se crea la villa de Munguía, se toma para ello parte del territorio de la anteiglesia homónima preexistente; a partir de entonces, ambas entidades existirán de forma autónoma y se regirán por órganos políticos independientes. La fusión de la villa y la anteiglesia no se producirá hasta 1900.

comprender la actuación plebeya es la importancia que en las comunidades del Antiguo Régimen tenía la tradición: cuando los miembros de una comunidad consideraban que los usos y costumbres habían sido transgredidos de tal manera que ello podía constituir un peligro para el equilibrio comunitario, se veían legitimados a actuar para restablecer su normal funcionamiento (Thompson, 1995a: 216-217). Fuese cual fuese la forma de protesta adoptada –desde el insulto, los rituales simbólicos, el desacato o boicot, hasta acciones colectivas de protesta que cristalizaban en alborotos, motines o incluso el homicidio– se trataba de actuaciones selectivas, punitivas, reparadoras y disciplinarias, esto es, reacciones ejercidas solo contra aquellos sujetos tenidos como culpables de quebrantar las normas consuetudinarias y cuyo objetivo era tanto recomponer el equilibrio positivo de la comunidad como disciplinar *desde abajo* las acciones desviadas (Dupuy, 2002: 113-114; Mantecón Movellán, 2021: 56, 71-80).

Para el caso concreto de Vizcaya, la *costumbre* aparecía objetivada y sancionada en el Fuero, cuerpo normativo que recogía los privilegios, libertades y buenos usos que regían el funcionamiento de la *gran casa provincial* y de sus comunidades. Eso sí, tal y como señaló en su día P. Fernández Albaladejo (1985: 562), «los fueros, más allá de su dimensión positiva, constituían la "legitimación moral de la comunidad"». Aspecto en el que incide igualmente J. M.ª Iñurritegui (1996) al acuñar la expresión «economía moral del fuero», pues, según dicho autor: «aunque tanto las élites provinciales […] como los grupos más desfavorecidos […] empleaban e interiorizaban el lenguaje y espíritu del Fuero, no necesariamente escrito, su comprensión, la de los propósitos sociales y morales por los cuales había sido creado, podía discrepar vivamente» (*ibid*.: 14-15). No nos ha de extrañar, por tanto, que uno de los principales argumentos esgrimidos por la población a la hora de rechazar el servicio militar demandado por la Monarquía y exigido por el poder provincial fuese precisamente el considerar que este atentaba contra los privilegios de los vizcaínos y la «costumbre inmemorial» de los diferentes cuerpos políticos existentes en el Señorío:

> Resistieron generalmente todos los vecinos concurrentes sin distinción alguna y a una voz diciendo que por privilegios que tenian los vizcaínos no podían ser obligados a salir en defensa fuera del districto y que de ningun modo concurrirían aunque si dentro de el[40].
>
> Dicho acuerdo no abla con estas Encartaciones en atencion a que estas de inmemorial tiempo a esta parte ha tenido y tiene la precisa obligacion en toda Guerra a asistir personalmente al manejo y cuidado de […] los Puertos, calas, y costas de estas mismas Encartaciones[41].

40. Diligencias promovidas de oficio contra varios vecinos de Urdúliz ante los alborotos ocurridos en la localidad en rechazo del servicio durante la guerra contra Francia. AHFB. JCR1002/003, f. 52r.

41. Primera pieza del expediente criminal promovido ante el corregidor y diputados generales de Vizcaya por José Antonio de Llaguno, como síndico procurador del concejo de Galdames, contra Manuel de Urioste González, procurador, vecino de él, sobre varios insultos y desobediencia a los

En consecuencia, la actitud de las autoridades locales y provinciales será percibida por la población como un acto de traición: «Por quatro Picaros que habían concurrido y dispuesto en Juntas Generales baxo el árbol de Guernica, querian exponer a las gentes a que los Franceses los matasen marchando al servicio de tercios en la Frontera»[42], puesto que «si los Fieles y Alcaldes que asistieron a la Junta general hubieran querido podrian haber resistido el Decreto»[43]. En efecto, en los discursos que emergen en los alborotos, es posible observar cómo las gentes consideran que las familias que monopolizaban los oficios públicos, en lugar de gobernar por el bien común de la gran comunidad provincial, se valían de su posición para su propio beneficio, empleando e incluso modificando con «novedades» las convenciones compartidas según sus intereses particulares –unos intereses que, como ya se ha señalado, dependían en gran medida de las disposiciones emanadas de Madrid–: «Han hecho venta de los hombres del lugar por ciertos yntereses que han recibido con el designio de hacerse ricos, y de llevar al matadero a los alistados»[44], expresarán los vecinos de Guecho. Asimismo, Francisca de Gana, viuda sexagenaria vecina de Urdúliz, inquirirá «quiènes han dado las disposiciones para tantas nobedades, y con qué poder y facultades, y que el tal ò tales debian ser desbarrigados», por lo cual «hera necesario […] cortar las cabezas a dichos superiores»[45].

A estas *traiciones* habríamos de sumar la sensación de que las élites locales y provinciales no estarían cumpliendo con sus obligaciones como *cabezas* de la comunidad. Así, el antes mencionado aprendiz de entallador, en medio del alboroto ocurrido en Gatica, interpelará a los fieles acerca de que «podía uno de ellos ir también al servicio dejando su chuzo o insignia[46] a otro que le administra y esto lo hizo asi el confesante por que obserbo que […] ellos no decían vamos, sino ios». Observamos cómo la lógica de la *casa* seguía siendo operativa: los fieles, como *pater familias*, debían cumplir con sus obligaciones y ponerse al frente de ella, liderándola y sufriendo junto con el resto de los vecinos los rigores de la guerra. El hecho de que las autoridades locales no solo hubiesen propiciado el decreto adoptado en la Junta, sino que, igualmente, estuviesen recayendo las obligaciones

decretos y veredas dirigidas por los señores del gobierno universal del Señorío de Vizcaya para el servicio de la actual guerra con Francia. AHFB. JCR4079/005, ff. 105r.-107v.

42. AHFB. JCR4081/003, ff. 88v.-90v.

43. AHFB. JCR1002/003, f. 26r.

44. AHFB. AQ00870/006, f.26r.

45. AHFB. JCR1002/003, ff. 14r.-21v.

46. El «chuzo» –arma blanca compuesta por una asta alargada de madera con una punta de hierro redonda y alargada como remate– al que alude el fragmento era el símbolo de la autoridad municipal en las anteiglesias vizcaínas y, como tal, era portado por los fieles durante los acontecimientos públicos. Así, cuando el fiel de la anteiglesia de Gatica denuncie que varios vecinos le habrían acorralado «para quitarle el chuzo» y «ponerle en el campo en calidad de preso donde le mantuvieron como tres quartos de hora con grande ignominia», a lo que en realidad estaríamos asistiendo es a una acción que atentaba contra la propia autoridad del fiel. AHFB. AQ00870/013, ff. 91v.-92v.

militares en el resto del vecindario, motivará la pérdida de legitimidad de dichas figuras e incluso el cuestionamiento de su autoridad. De este modo, los vecinos de la anteiglesia de Gatica expresarán «que fuesen [al servicio] los Fieles y Alcaldes de los Pueblos que hicieron el decreto en las Juntas generales de Guernica» y que «cortarían los Pescuezos, lo primero a los tres [al fiel y los regidores], y después a los del Gobierno del Señorío»[47].

El cuestionamiento de la autoridad de los poderes superiores llegará a tal extremo que incluso se rechazará el poder efectivo que el monarca y sus agentes tenían sobre el Señorío: «en vizcaia no havia Rey ni xusticias que los pudiesen obligar a salir del Pais en calidad de soldados ni en otra forma por Guerra ni otro motibo […] allí nada mas havia de hazerse, que lo que ellos dispusiesen, pues no reconozian Juez ni otro superior alguno» sentenciarán los vecinos amotinados del concejo de Sopuerta, quienes, según varios testigos, habrían asimismo proferido: «Nada les quería decir se internasen los Franceses en Vizcaia y observasen las leies de su asamblea, porque con ellas vivirían mexor los Pobres que con las demas Religiosas anteriormente obserbadas»[48]. Expresiones igualitarias, subversivas o favorables al sistema revolucionario francés que han sido halladas, aunque de manera minoritaria, en otros de los expedientes analizados[49].

Esta grieta abierta en la autoridad de las élites con ocasión de un suceso extraordinario como es la guerra permitirá, asimismo, que emerjan reivindicaciones más profundas en materia económica y social. Así, cuando el fiel de la anteiglesia de Gatica reconvenga a un tal Juan Antonio Urquijo, labrador de 28 años, el que todos los vecinos hubiesen generado tales alborotos expresándole que «si vosotros que no tenéis que perder, os metéis en estas cosas…», Urquijo, en desafío a la preeminencia socioeconómica del fiel, le habría contestado, según él mismo afirma en su confesión, «que si lo que tenia [el fiel] no lo hubieran dejado sus antepasados, tampoco tuviera, o tendría dicho fiel mas que el confesante»[50]. Testimonio que revela hasta qué punto los *nobles plebeyos* vizcaínos eran conscientes de las desigualdades existentes en el seno de sus comunidades, desigualdades socioeconómicas y políticas –que no jurídicas– sancionadas por el poder del dinero y de la tierra y agudizadas generación tras generación. Una deriva de la que se percatará, asimismo, la anteriormente citada Francisca de Gana: «No habia en el dia hombres que hablasen en Aiuntamiento sino entre estradas y a sus mujeres, y que otra cosa hubiera sido en las actuales reboluciones si su Padre y otros hubieran vivido»[51]. Referencia, por tanto, a un pasado modélico –real o intencionadamente

47. AHFB. AQ00870/013, ff. 89v.-90r.

48. Todas las citas han sido extraídas de AHFB. AQ00870/004, ff. 10r.-22v.

49. A modo ilustrativo, la ya mencionada Francisca de Gana habría presuntamente manifestado en medio de los alborotos de su localidad que «no necesitaban de Yglesia ni de sus ministros, ni contribuirles con pan, ni otros emolumentos, y que aquella hera menester quitarla» (AHFB. JCR1002/003, f. 4v.).

50. AHFB. AQ00870/013, ff. 183r.-187r.

51. AHFB. JCR1002/003, f. 19v.

construido– en el que los cabezas de familia habrían tenido voz y voto en las esferas políticas del Señorío y un presente degradado en el que se habrían resignado a la marginación política y a manifestar su parecer en las calles, en las tabernas y en lo privado de sus casas.

Igualmente, en uno de los concejos abiertos celebrados en Gatica, se trató acerca de que «los diezmos de dicha Anteiglesia de Gatica los tenia arrendados Andres de Alzaga escribano vecino de Urdúliz en mui bajo precio, y que hera menester que la Republica o Anteiglesia los tomase a su quenta y custiodiase en una de sus Casas, para que tuviesen los pobres vecinos de ella algun alivio». En un contexto en el que las familias no solo se veían agobiadas por las demandas originadas ante el conflicto militar, sino que, además, sufrían dificultades derivadas de una sucesión de malas cosechas, no nos ha de extrañar que la problemática sobre el abastecimiento de la comunidad emerja. Los vecinos estaban observando cómo parte importante de su producción acababa en manos de un individuo forastero, el cual «podía llevarlos fuera [los granos], y en este caso tendrían los vecinos que andar comprando fuera de la anteiglesia» en un momento en el que los precios habían aumentado sobremanera. Una demanda, por tanto, plenamente política si, siguiendo a E. P. Thompson (1995b: 323-324), tenemos en cuenta que el hambre no puede atribuirse simplemente al descenso de la disponibilidad de alimentos, sino que es el sistema de poder, propiedad y leyes vigente el que provoca un diferencial acceso a ellos.

Reivindicaciones económicas que emergerán, asimismo, en las acciones colectivas de protesta protagonizadas en otras localidades, como en la villa de Munguía. En ella, el conjunto de los vecinos, arengados por Domingo de Eguia y Nicolás de Aguirre –respectivamente, oficial y maestro de obra prima– no solo se habrían resistido a realizar el servicio militar, sino que, igualmente, habrían tratado de asaltar la casa de uno de los franceses aún residentes en la villa, don José Joaquín Saucal Alday[52], con el objetivo de expulsarlo de ella, puesto que, según manifestaban, «si su merced no quería administrar justicia era preciso que ellos lo hiciesen». En medio del alboroto, Domingo de Eguia habría expresado que «havia oculto otro decreto, que no se quería manifestar», el cual «contenía la ymposicion de Aduana o de un seis por siento»[53] y que sería muy gravoso y perjudicial, ade-

52. De origen francés, llegará a desempeñar distintos cargos en el Señorío, como el de procurador de número de la Merindad de Uribe –una de las regiones administrativas en las que estaba dividida la Tierra Llana de Vizcaya–. El alcalde de Munguía denunciará que, desde su llegada en 1789, no habría presentado testimonio alguno de ser «cristiano viejo, de limpia sangre, y no descendiente de Judíos, Moros, ni recién convertidos», algo necesario para adquirir la vecindad en Vizcaya. Igualmente, en 1791 no habría prestado el juramento de fidelidad requerido. Finalmente, Saucal conseguiría presentar un testimonio de la ejecutoria de nobleza y oriundez expedida en Bilbao en 1776 y el Consejo mandará que no se le vuelva a molestar. AHN, Consejos, legajo 6328.

53. El «seis por ciento» al que se refiere es una nueva imposición fiscal aprobada en la mencionada Junta General de 1794 para hacer frente a los ingentes gastos producidos por la guerra: se acordó

más de que «los de capa, o personas de algun carácter tenian empeñados a los artesanos y labradores»[54]. El testimonio revela, por una parte, hasta qué punto la conmoción popular de 1718 originada, entre otras cuestiones, por el traslado de la aduana a la costa continuaba plenamente vigente en el imaginario colectivo vizcaíno, pasando a convertirse en recurso fundamental de la acción colectiva plebeya; y, por otra parte, que los actores populares vizcaínos estaban lejos de acatar nuevas imposiciones fiscales exigidas por la Diputación –ante una coyuntura extraordinaria impulsada por la Monarquía– sin presentar previa resistencia.

Las protestas y la resistencia a acudir al frente de batalla se alargarán en las diferentes localidades por más de una semana y todo ello a pesar de que, ante el avance de la guerra y la invasión francesa de la mayor parte de Guipúzcoa, la Diputación de Vizcaya había expedido un nuevo decreto por el cual los naturales vizcaínos ya no debían acudir a Guipúzcoa, sino que tan solo debían efectuar la defensa de la propia frontera del Señorío. A duras penas y con gran retraso –y, en ocasiones, empleando la fuerza–[55], la Diputación conseguirá que las diferentes localidades realicen el sorteo de hombres y envíen los respectivos tercios para efectuar la defensa armada de Vizcaya.

Eso sí, estos altercados no caerán en saco roto: tanto las acciones protagonizadas como la amenaza existente a que estas se repitiesen condicionarán a partir de entonces las decisiones tomadas por las autoridades provinciales. Así, cuando el diputado general de Álava solicite el 13 de agosto de 1794 al Señorío 2.000 hombres armados para que, junto a guipuzcoanos y alaveses, procediesen a fortificar y defender el alto de Descarga, situado en Guipúzcoa, la Diputación vizcaína se verá en la precisión de no satisfacer dicha petición alegando «dos dificultades gravísimas». La primera de ellas, la falta de armas y, la segunda, si cabe

imponer un 6 % sobre las rentas de los pueblos –obtenidas de propios y arbitrios–; sobre las rentas de particulares procedentes de bienes inmuebles y sobre las ganancias de la industria, del comercio, de las artes liberales y de cualquier otro oficio (Ibáñez de la Rentería, 1795: 41).

54. Expediente extraído de AHFB. AQ00870/014, ff. 243r.-264v. Igualmente, aparece mencionado en Feijoo Caballero y Ormaechea Hernáiz (1990: 18-22).

55. Tan solo el envío de una tropa de soldados desde la villa de Bilbao con la orden de la Diputación de «evitar toda revolución y conseguir el q[ue] amilanando estas gentes se preparen para hir a su destino» logrará que en las localidades de Munguía, Gámiz, Maruri, Gatica y Meñaca se procediese con el sorteo de hombres. En palabras del propio capitán de la tropa enviada, Juan José de Abona: «Estamos en la Casa Consistorial de estta villa de Munguia con una tranquilidad de haver conquisttado unos Yndios ttan vravos que quando oyeron ttocar las Campanas de las Ermitas se alborotaron de ttal suerte que unos venian con Escopettas otros con Machettes otros con Ayoches y otros con Valos». La equiparación entre los aldeanos de Munguía y unos «indios bravos» no es en absoluto fortuita, sino que debemos comprenderla en el contexto político y cultural de las Luces: impregnadas de la corriente ilustrada, las élites del periodo construirán un modelo de humanidad civilizada frente al que contrapondrán la figura del bárbaro o salvaje, primero en referencia a las poblaciones extraeuropeas no cristianas y, posteriormente, para designar a los *bárbaros interiores*, el *populacho rústico*, sin ley ni educación, más próximo a la animalidad que al prototipo de humanidad civilizada. Para un acercamiento a la cuestión, consúltese Serna (2019: 9-28, 227-359).

más determinante que la anterior, «la repugnancia increíble, que observo en mis naturales para salir fuera de Vizcaya»[56]. Un testimonio revelador que nos permite observar hasta qué punto las autoridades actuaban condicionadas por las acciones del común de la población.

4.3. La guerra en casa. La resistencia continúa

A pesar de que las mayores conmociones populares tuvieron lugar en el mes de agosto de 1794, la resistencia y actos de desobediencia continuarán en lo que resta de guerra. Constantes serán los oficios que los comandantes dirigirán a la Diputación informando acerca de la falta de disciplina de las tropas y de las dificultades halladas para hacer efectivas sus órdenes: «Es tanta y tan repetida la falta de subordinación de esta gente […] que qualesquiera pequeño motibo les basta para conmoverse; de modo que me veo comprometido a no poder tomar resolución ninguna contraria a su natural modo de pensar», afirmará el comandante Juan Guillermo de Gortázar, quien, asimismo, solicitaba la intervención de la Diputación para que tomase «todas quantas medidas sean apropósito para contener la quasi sublevación de esta gente»[57]. Igualmente, frecuentes serán los desaires cometidos contra la oficialidad, como el protagonizado por los miembros de los tercios de varias anteiglesias, quienes habrían tratado «ignominiosamente a la oficialidad con las expresiones de que fuesen a pie como los demas soldados, y no a caballo, y que aun trabajasen en las trincheras con otras voces que indicaban alboroto, o sublevación»[58].

Numerosos serán, también, los expedientes expedidos ante las dificultades que estarían hallando los poderes locales para satisfacer el número de hombres exigidos[59]. «No han cumplido ni hacen caso antes bien se sabe que en algunos Pueblos en lugar de un tercio han embiado a la sexta parte de gente; en otros la quarta parte; y así respectivamente de modo que es un abuso intolerable» se lamentarán a finales de 1794 los síndicos procuradores generales del Señorío ante la actitud de varias de las localidades de las Encartaciones[60].

56. Correspondencia entre la provincia de Álava y el Señorío de Vizcaya sobre los Tercios de Gente para la guerra con Francia. AHPA, DH-253-11, f. 11r.-v.

57. AHFB. AQ00849/055. Oficio del comandante Juan Guillermo Gortázar enviado el 2 de septiembre de 1794 a la Diputación general informando de la escasa instrucción y disciplina de sus tropas.

58. AHFB, AQ00860/134.

59. Véase, a modo ilustrativo, los legajos insertos en AHFB, AQ00841. A su vez, algunas localidades «para tener mas gente en quien repartir su servicio, han incluido ahora en sus listas muchos asi ynvalidos, como reconocidos por aquel cirujano […]. Los hacen venir para abultar el numero al tiempo de la llegada, y por que saben que, aunque se vahian a sus casas no los remplazan» AHFB. AQ00828/011.

60. Véase AHFB. AQ00841/005.

Una vez los vizcaínos se hallen en el frente, la resistencia no amainará. Ya en noviembre de 1794, los capitanes de las compañías de diversas localidades se vieron imposibilitados a realizar el servicio en los puntos estipulados debido a que todos sus hombres se habrían negado a acudir por «hallarse estropeados, cansados y sin haber comido mas que solo pan en aquellos dos días»[61]. Además, habrían afirmado que no acudirían «aunque les diesen a ochenta pesos cada uno porque havian cumplido su mes de servicio y se les seguían muchos perjuicios en sus casas de detenerse mas tiempo a causa de que tenian que recoger los mayzes y hacer otras labores»: abonar las tierras para la siembra de trigos y «la necesidad de muchos renteros en las mutaciones de nuevos Arriendos»; aspecto este último que nos ilustra acerca de la condición socioeconómica de estos soldados, en su mayoría campesinos y, al parecer, muchos de ellos arrendatarios, algo que no ha de extrañarnos ante el ya mencionado proceso de pérdida de la propiedad sufrida a lo largo del Setecientos.

Todas estas noticias reflejan que, a pesar de que en determinadas localidades no llegasen a estallar verdaderos tumultos contra las órdenes provinciales, una gran parte de sus vecinos sí que desobedecían sus mandatos al evadir acudir al frente de batalla o, aun llegando a él, tratar de retornar a casa. Actos estos que, por camuflarse tras los más llamativos episodios violentos de protesta, no han de ser subestimados, pues, como afirma T. Mantecón (2018: 14), «la desobediencia […] vendría a mostrar una faceta del contrapoder que, al fin, en su relación de aceptación o controversia y conflicto, afectó al transcurso de los acontecimientos y cambios históricos».

Otro aspecto especialmente conflictivo será la constatación de que la carga del servicio militar estaría recayendo únicamente en el común de la población y que, en cambio, los patricios locales estarían logrando eximirse de ella. Así, en marzo de 1795, el fiel de la anteiglesia de Munguía enviará un memorial al Señorío expresando la imposibilidad de cumplir con el servicio de armas ante las quejas de que «los tristes labradores en medio de su indigencia abandonando su casa, muger y familia» debían acudir al frente, mientras que «muchos caseros y personas pudientes […] con muchos bienes de fortuna asi raíces»» no acudían al servicio y se negaban a poner sustitutos[62]. En definitiva, a pesar de que todos los vizcaínos debían participar en la defensa del Señorío, aquellos con la fortuna suficiente lograban eximirse de tales cargas. Como consecuencia, los que se veían obligados *de facto* a acudir al frente serán aquellos sectores que más perjudicados habían salido de los procesos de pauperización, endeudamiento y concentración de la propiedad que se habían dado en la segunda mitad del siglo XVIII. En este sentido, la guerra tan solo será un nuevo y extraordinario escenario en el que las diferencias y desigualdades ya

61. Para toda la información y las citas véase AHFB, AQ00851/003.
62. AHFB. AQ00853/037.

existentes en el seno de las comunidades vizcaínas vuelvan a aflorar, pero, a su vez, será un nuevo elemento que ahonde aún más dicha fractura.

Continuos serán, por tanto, los actos de protesta protagonizados en contra de aquellos individuos que habían conseguido permanecer en sus casas: «Ellos estaban padeciendo aquellas intemperies y el estaría a lo abrigado de su casa» habría afirmado uno de los soldados en referencia al fiel de su localidad, a quien, según la acusación, habría, asimismo, amenazado de muerte[63]. Todo ello era algo de lo que eran conscientes las propias autoridades provinciales, como revela el hecho de que los diputados generales se viesen obligados a anular la exoneración de don Ignacio de Mendieta, capitán de las compañías de Orduña, porque «VSS saben muy bien el clamor de las gentes y la resistencia que hacen a no ir [a luchar al frente] siempre que se exceptue alguno»[64].

Una conflictividad que no se dirigirá tan solo hacia los patricios locales, sino que repercutirá directamente incluso a las autoridades provinciales. Ante el avance francés a finales de noviembre de 1794, las tropas vizcaínas recibieron la orden de adentrarse en el Señorío y abandonar las alturas defensivas situadas en la frontera con Guipúzcoa. Furiosos por considerar que las autoridades militares no estaban cumpliendo con su obligación de proteger el Señorío como debieran y que les estaban dejando indefensos frente al enemigo, los vecinos de la fronteriza villa vizcaína de Elorrio hicieron sonar las campanas de la iglesia y el tambor a rebato y «empezaron a amotinarse, gritando voces, diciendo que los de Pelucas serian causa de que entrase el enemigo, y abrasase toda aquella villa de Elorrio, porque habían desamparado a dicho Punto de Campazar, y otras alturas». Entonces, los amotinados se habrían dirigido a la casa en la que se encontraban comiendo el diputado general, don Ramón de Gacitua, y la plana mayor de las tropas vizcaínas, quienes, tal y como ha analizado D. Bermejo (2022: 183-184), eran, a su vez, los patricios mayorazgos del Señorío provenientes de los grupos que, desde comienzos del siglo XVIII, habían logrado elevarse en las carreras y negocios de la Monarquía. Tras entrar en tropel a la casa, los vecinos «trataron mui mal a los señores oficiales […] maltratando de palabra, y aun de obra a los oficiales», obligándoles con amenazas a levantarse de la mesa y dirigirse inmediatamente a pie, sin oportunidad de montar en caballería, hasta las alturas defensivas[65].

Con el inicio de la definitiva ofensiva francesa sobre el territorio vizcaíno a finales de junio de 1795, el diputado y comandante general don Ramón de Gacitua expedirá órdenes a todos los pueblos inmediatos para que enviasen toda su gente armada a la línea de defensa de Vizcaya (Ibáñez de la Rentería, 1795: 150).

63. AHFB. AQ00870/008.

64. AHFB. AQ00863/070.

65. Caso extraído de AHFB. AQ00870/018, ff. 435.r-473v. Igualmente, aparece en Feijoo Caballero y Ormaechea Hernáiz (1990: 25-28); Bermejo Mangas (2022: 181-186).

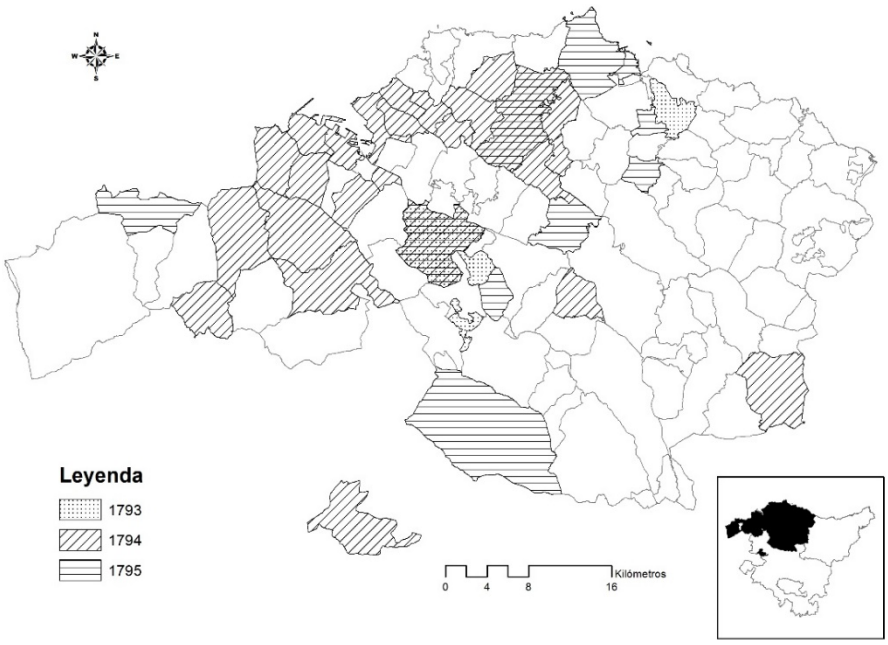
La respuesta de la población no será, en algunos casos, tan satisfactoria como el Señorío hubiese anhelado: «Encontré mas hombres sublevados que soldados para defender el País» sentenciará el comandante don José Antonio Gaitán de Ayala, quien, asimismo, informará a la Diputación acerca de que varios de los hombres de Marquina y Bolívar de su compañía «clamaban contra los comandantes, contra los magnates prorrumpiendo especies sediciosas como que se les vendia, y se les tenia engañados». A su modo de ver, «esta gente lejos de servir para defender el pais es mas para trastornar toda buena operación»[66].

Al parecer, la ocupación francesa del Señorío no frenó a sus naturales de continuar actuando en contra de los patricios locales. En Orduña, en vísperas de la entrada del enemigo, sus vecinos atacarán a aquellos sujetos acomodados de la ciudad que trataban de huir del avance francés y que, en su éxodo, pretendían llevarse consigo las reservas del lugar. Según relata Mariño, consejero de Castilla enviado al Señorío en noviembre de 1794 para informar a la Corona acerca de lo que estaba sucediendo en dicho territorio:

> Algunos vecinos de la ínfima extracción no permitieron con las armas en la mano que los caballeros sacasen sus muebles y caudales ni aún los del administrador de la aduana […], bajo el pretexto de que extraían trigo a pesar de haber reconocido por sí mismos que los carros no llevaban más que fanega y media de harina para el consumo de la familia de los amos, faltando al respeto al alcalde y profiriendo la expresión de que ya eran todos iguales y se debían repartir los bienes de los ricos[67].

En apenas dos semanas, los franceses lograrán avanzar sobre las principales plazas vizcaínas, llegando a Bilbao el día 19 de julio. Ante su ocupación, y siguiendo las órdenes reales, la villa firmará un acuerdo de capitulación con el Gobierno francés. De manera casi simultánea, el día 22 el general en jefe Moncey desarrollará un proyecto de neutralidad generalizado a las provincias vascas; para ello, llamaba a la convocatoria de Juntas Generales en Guernica con el objetivo de nombrar una Diputación que negociase los acuerdos del Señorío con la República. Dicha reunión se hará efectiva el 28 de julio, pero, ante la negativa de los pueblos de elegir nuevas autoridades provinciales, en la Junta tan solo se nombrará a ciertos apoderados que debían trasladarse a Vitoria (Álava) para negociar la neutralidad con Francia. La publicación oficial de paz firmada hacía más de una semana entre la Monarquía y la potencia francesa llegará a comienzos de agosto de 1795, precisamente en el momento en el que los representantes vizcaínos acababan de llegar a la capital alavesa para iniciar las conversaciones con los republicanos.

66. AHFB. AQ00827/026.
67. AHN, Estado, legajo 4040, 2 (cit. Domergue, 1988: p. 87).



Mapa 2. Alborotos y acciones de resistencia ocurridos en Vizcaya durante la guerra contra la Convención francesa (1793-1795).
Fuente: AHFB. Autoría: Elaboración propia. Software: ArcGIS

5. Conclusiones

En las acciones protagonizadas por la población de Vizcaya que hemos analizado a lo largo del trabajo no observamos un simple rechazo al servicio militar obligatorio impuesto por la Monarquía a través de las autoridades provinciales del Señorío. Es cierto que la guerra fue el contexto en el que la población se vio inmersa y que la exigencia de un servicio militar fue el detonante de sus reivindicaciones, pero, como hemos tratado de mostrar, los actos colectivos de protesta protagonizados aluden, de forma más profunda, a las tensiones internas arrastradas a lo largo de la centuria. Unas tensiones que la guerra hará emerger y profundizar.

En este sentido, tampoco observamos una verdadera oposición ideológica de tipo moderno a un proceso revolucionario que, en este caso, aparecería personificado en la Convención francesa. La población se vio envuelta en una guerra en contra de una potencia exterior –la República francesa– y se vio obligada a participar en ella –como hemos visto, no sin presentar resistencia– porque así lo exigieron las autoridades monárquicas y, por extensión, las provinciales. Eso sí, que el *enemigo* encarnase los valores de una nueva ideología contraria a

los fundamentos del Antiguo Régimen poco importaba a los naturales vizcaínos, puesto que, para ellos, el verdadero conflicto que atravesaba sus vidas no era, al menos en este contexto en concreto, aquel que aparece representado bajo el binomio demasiado simplista de revolución-contrarrevolución.

En cambio, consideramos que las acciones protagonizadas por la población vizcaína pueden ser comprendidas como actos de resistencia frente a un doble proceso íntimamente relacionado. Por una parte, una resistencia frente a los intentos reformadores de la Corona tendentes a obtener más recursos de sus súbditos. Así, cuando el absolutismo monárquico trate a lo largo del XVIII de agilizar sus mecanismos de movilización, yendo más allá de los privilegios y costumbres de cada lugar, se hallará con resistencias de variados actores, entre ellos, los sectores populares. No en vano, tal y como hemos analizado para el caso de Vizcaya –pero igualmente perceptible en otros puntos de la península–, a pesar de sus esfuerzos ideológicos y propagandísticos, la Monarquía española no hallará en sus súbditos el apoyo esperado durante la guerra contra la Convención. Ello, lejos de ser un hecho baladí tiene, a nuestro modo de ver, una significación mucho más profunda, puesto que, precisamente, evidencia hasta qué punto los límites del absolutismo reformista no solo vendrían impuestos por la tectónica global o por un sector de la élite política ilustrada, sino, igualmente, *desde abajo*, desde el común de la población. Aspecto este que nos lleva a cuestionarnos, para la altura de finales del Setecientos, no solo las limitaciones de los intentos de la Corona por edificar una *patria* unida y consustanciada con la propia figura del monarca, sino, igualmente, el grado de maduración de las estructuras del absolutismo reformista hispánico y su poder efectivo sobre los diferentes cuerpos y actores políticos.

Por otra parte, nos hallamos ante una resistencia frente a las dinámicas que se estaban produciendo en el seno de Vizcaya protagonizadas por ciertos individuos internos a la comunidad –los «caseros y personas pudientes», los «pelucas», «desbarrigados», «los de capa»–, pero perfectamente imbricados en las estructuras de la Monarquía, los cuales, mediante su trasgresión de los usos y costumbres compartidos, estaban fracturando el marco de consenso comunitario que regulaba las relaciones entre gobernantes y gobernados. Los argumentos esgrimidos por los propios protagonistas dejan meridianamente claro que no nos hallamos ante una simple obstinación ciega, aunque legitimada por los privilegios sancionados en el Fuero, a no salir a combatir fuera de las fronteras del Señorío. En cambio, la aparición de reivindicaciones mucho más profundas en materia política, económica y social revelan las disfunciones del sistema provincial ante el aumento de las desigualdades internas y la existencia de una fractura en el seno de las comunidades. Así, frente a la dinámica de *provincialización* del Señorío, el auge de una Diputación aristocratizada como el principal marco de autoridad de Vizcaya y correa de trasmisión de las cada vez mayores demandas monárquicas y la degradación económica vivida a lo largo del Setecientos, estos vizcaínos decidieron luchar por detener esta deriva, por restablecer el tradicional funcionamiento de sus comunidades y por acabar con las desigualdades que el siglo XVIII había traído consigo.

De lo que no hay duda es de que la guerra contra la Convención evidenciará de qué manera ya no solo la Monarquía, sino también las élites provinciales y locales, se habrán de enfrentar a numerosos obstáculos, muchos de ellos infranqueables, a la hora de imponer su voluntad a la población de sus respectivas comunidades. Continuar con esta línea de investigación, esto es, atender a la resistencia ejercida *desde abajo* por los sectores populares de la Monarquía permitirá, a nuestro modo de ver, abrir nuevas líneas interpretativas que permitan comprender mejor un periodo clave como es el de la crisis de los entramados del Antiguo Régimen hispano. Así, la historiografía será capaz de transitar por los numerosos caminos que los propios actores abrieron en la época frente al desafío de un mundo de inestabilidad y crisis, de cambios y permanencias, de guerra y revolución.

6. Bibliografía

6.1. Fuentes primarias

Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores francés [AMAE]. Correspondance Politique, Espagne, vols. 636 y 637.

Archivo Histórico Foral de Bizkaia [AHFB]

— Administración de Bizkaia. Gobierno y asuntos eclesiásticos. AJ00398/001.

— Administración de Bizkaia. Seguridad Pública, Guerras y Servicio Militar. AQ00827/026; AQ00828/011; AQ00841/005; AQ00849/055; AQ00851/003; AQ00853/037; AQ00856/019; AQ00856/234; AQ00856/233; AQ00860/134; AQ00863/070; AQ00870/002; AQ00870/004; AQ00870/008; AQ00870/013; AQ00870/014; AQ00870/018.

— Judicial. Alcalde de Bilbao. Criminal. JCR1806/014.

— Judicial. Corregidor. Criminal. JCR1002/003; JCR4077/018; JCR4079/005; JCR4081/003.

Archivo Histórico Nacional [AHN], Consejo, legajos 6323 y 6328.

Archivo Histórico Provincial de Álava [AHPA], Fondo Diputación. Catálogo de Documentación Histórica [DH], 253-11.

Godoy, M. de [1839] (1965), *Príncipe de la paz. Memorias (v. I). Edición y estudio preliminar de D. Carlos Seco Serrano*, C. Seco Serrano (ed.), Madrid: Ediciones Atlas.

Ibáñez de la Rentería, J. A. (1798), *Manifiesto Histórico de los servicios que ha hecho el M. N. y M. L. Señorío de Vizcaya en la última guerra con la Francia. Escrito de órden del mismo, en el año de 1795*, Francisco de San-Martín, Impresor de dicho M.N. Señorío.

Larramendi, M. de. [1754] (1969), *Corografía o descripción general de la muy noble y muy leal provincia de Guipúzcoa*, J. I. Tellechea Idígoras (ed.), San Sebastián: Sociedad Guipuzcoana de Ediciones y Publicaciones, S. A.

6.2. Fuentes secundarias

Achón Insausti, José Ángel (2018), «El "contrato callado". Sobre Manuel de Larramendi y la transformación del vínculo comunitario», *Sancho el Sabio: Revista de Cultura e Investigación Vasca*, extra 2, pp.149-175.

Anes, Gonzalo (1981), «La Revolución francesa y España. Algunos datos y documentos», en Gonzalo Anes, *Economía e «ilustración» en la España del siglo XVIII*, Barcelona: Ariel, pp. 139-198.

Aragón Ruano, Álvaro (2011), «La Guerra de la Convención, la separación de Guipúzcoa y los comerciantes vasco-franceses y bearneses», *Pedralbes*, 31, pp. 167-229.

Artola Renedo, Andoni y Aragón Ruano, Álvaro (2021), «Competizione imperiale, repubblicanessimo e reti transfontaliere. La Rivoluzione francese nel Paese Basco spagnolo», *Mo.Do Digitale. Rivista di Storia, Scienze umane e Cultural heritage*, 3-4, pp. 227-261.

Aymes, Jean-René (1991), *La guerra de España contra la revolución francesa (1793-1795)*, Alicante: Instituto de Cultura Juan Gil-Albert.

Barreiro Mallón, Baudilio (1991), «La conflictividad social durante el reinado de Carlos IV», en Pere Molas Ribalta (ed.), *La España de Carlos IV. Actas de la I Reunión Científica de la Asociación Española de Historia Moderna, Madrid, 11 al 13 de diciembre de 1989*, Madrid: Ediciones Tabapress, pp. 75-90.

Bermejo Mangas, Daniel (2022), *La caída de una clase política: Los reformistas vascos en la crisis del Antiguo Régimen, 1764-1814*, Bilbao: Servicio Editorial Universidad del País Vasco.

Borreguero Beltrán, Cristina (1989), «Los motines de quintas», *Cuadernos de Historia Moderna*, 10, pp. 145-177.

Borreguero Beltrán, Cristina (2021), «La guerra sutil de sugestiones y persuasiones: propaganda y opinión pública en algunos conflictos de la segunda mitad del siglo XVIII», *Investigaciones Históricas: Época Moderna y Contemporánea*, Extra 1 (Ejemplar dedicado a: Homenaje a la profesora Rosa M.ª González Martínez), pp. 297-344.

Calvo Maturana, Antonio (2013), *Cuando manden los que obedecen. La clase política e intelectual de la España preliberal (1780-1808)*, Madrid: Marcial Pons Historia.

Dedieu, Jean-Pierre (1992), «La haute administration espagnole au XVIIIe siècle. Un projet», en Johannes-Michael Scholz (ed.), *El tercer poder. Hacia una comprensión histórica de la justicia contemporánea en España*, Fráncfort: Vittorio Klostermann, pp. 51-65.

De Otazu Llana, Alfonso (1973), *El «igualitarismo» vasco: Mito y realidad*, San Sebastián: Editorial Txertoa.

Díaz de Durana Ortiz de Urbina, José Ramón (2004), «La hidalguía universal en el País Vasco; sus orígenes y causas de su desigual generalización», *Cuadernos de Alzate: Revista Vasca de la Cultura y las Ideas*, 31, pp. 49-64.

Domergue, Lucienne (1988), «Note sur l'occupation française des provinces basques au temps des guerres de la Convention (1794-1795)», *Revista de História das Ideas*, 10, pp. 69-98.

Dufour, Gerard (1994), «La historiografía francesa y la Guerra de la Convención», *Studia Historica. Historia Moderna*, 12, pp. 17-22.

Dupuy, Roger (2002), *La politique du peuple. Racines, permanences et ambiguités du populisme*, París: Albin Michel.

Elorza Domínguez, Antonio (1988), «Los vascos y la Revolución Francesa», *Revista de História das Ideias*, 10, pp. 101-113.

Enríquez Fernández, José Carlos y Sesmero Cutanda, Enrique (2001), «Orden urbano, protesta y movimientos sociales en el Bilbao preindustrial. Un ensayo de interpretación», *Bidebarrieta: Revista de Humanidades y Ciencias Sociales de Bilbao*, 10, pp. 25-46.

Farge, Arlette (1993), «La amotinada», en Georges Duby y Michelle Perrot (dirs.), *Historia de las mujeres. Tomo 3. Del Renacimiento a la Edad Moderna*, Madrid: Taurus, pp. 525-544.

Feijoo Caballero, Pilar (1991), *Vizcaya y Bilbao en tiempos de la Revolución francesa*, Bilbao: Diputación Foral de Vizcaya.

Feijoo Caballero, Pilar y Ormaechea Hernáiz, Ángel María (1990), «Protestas en Vizcaya al tiempo de la Revolución francesa», *Letras de Deusto*, 20(46), pp. 5-32.

Fernández Albaladejo, Pablo (1975), *La crisis del Antiguo Régimen en Guipúzcoa, 1766-1833: Cambio económico e historia*, Madrid: Akal.

Fernández Albaladejo, Pablo (1985), «El País Vasco: algunas consideraciones sobre su más reciente historiografía», en R. Fernández (dir.), *España en el Siglo XVIII. Homenaje a Pierre Vilar*, Barcelona: Crítica, pp. 536-564.

Fernández Albaladejo, Pablo (2002), «Dinastía y comunidad política. El momento de la patria», en Pablo Fernández Albaladejo (coord.), *Los Borbones: Dinastía y memoria de nación en la España del siglo XVIII. (Actas del coloquio internacional celebrado en Madrid, mayo de 2000)*, Madrid: Marcial Pons, Casa de Velázquez, pp. 485-532.

Garriga Acosta, Carlos (2004), «Orden jurídico y poder político en el Antiguo Régimen», *Istor. Revista de Historia Internacional*, 16, pp. 13-34.

Giménez López, Enrique (2004), «La crisis del Antiguo Régimen: Carlos IV (1788-1808)», en Alfredo Floristán Imízcoz (coord.), *Historia de España en la Edad Moderna,* Madrid: Ariel, pp. 637-660.

González Dios, Estíbaliz (2013), «La costumbre no escrita en las comunidades guipuzcoanas durante la Edad Moderna», *Historia Agraria*, 60, pp. 39-60.

González Trueba, Eloy (10 de octubre de 2023), «Entre incitadoras y atizadoras del fuego: participación femenina en la matxinada de las aduanas (Bilbao, 1718)», comunicación en *II Seminario Internacional «Formas y actores de la resistencia en el Mundo Atlántico»*, Santander.

Goñi Galarraga, Joseba María (1979), «La Revolución francesa en el País Vasco: La guerra de la Convención (1793-1795)», en VV. AA., *Historia del Pueblo Vasco 3*, San Sebastián: Erein, pp. 5-69.

Goñi Galarraga, Joseba María (1982), «Guipúzcoa en la paz de Basilea (1795)», *Boletín de Estudios Históricos sobre San Sebastián*, 16-17(II), pp. 761-803.

Goñi Galarraga, Joseba María (1985), «Imagen política del País Vasco en algunos documentos franceses de la Guerra de la Convención (1793-1795)», en VV. AA., *Historia del País Vasco (siglo XVIII)*, Bilbao: Universidad de Deusto, pp. 247-295.

Gracia Cárcamo, Juan Antonio (1993), *Mendigos y Vagabundos en Vizcaya (1766-1833)*, Bilbao: Servicio Editorial Universidad del País Vasco.

Guevara Urkiola, José Ramón (1994), «La guerra de la Convención (1793-1795). Ejército Real y Milicias forales», en Francisco Rodríguez (coord.), *Los ejércitos*, Vitoria-Gasteiz: Besaide Bilduma, pp. 147-182.

Imízcoz Beunza, José María (1996), «Comunidad, red social y élites. Un análisis de la vertebración social en el antiguo régimen», en José María Imízcoz (coord.), *Élites, poder y red social: Las élites del País Vasco y Navarra en la Edad Moderna (estado de la cuestión y perspectivas)*, Bilbao: Universidad del País Vasco, Servicio de Publicaciones, pp. 13-50.

Imízcoz Beunza, José María (2004), «El entramado social y político», en Alfredo Floristán (coord.), *Historia de España en la Edad Moderna*, Barcelona: Ariel, pp. 53-77.

Imízcoz Beunza, José María (2017), «Una modernidad diferencial. Cambio y resistencias al cambio en las tierras vascas, 1700-1833», *Historia Social*, 89, pp. 79-102.

Iñurritegui Rodríguez, José María (1996), *Monstruo indómito: Rusticidad y fiereza de costumbres. Foralidad y conflicto social al final del Antiguo Régimen en Guipúzcoa*, Bilbao: Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco.

La Parra López, Emilio (1994), «La inestabilidad de la monarquía de Carlos IV», *Studia Historica. Historia Moderna*, 12, pp. 23-34.

La Parra López, Emilio (2002), *Manuel Godoy. La aventura del poder*, Barcelona: Fabula Tusquets Editores.

Longares Alonso, Jesús (1997), «Guerra, nación y revolución en territorio foral (1793-1795)», en VV. AA., *III Congreso de Historia Militar*, Zaragoza: Diputación Provincial de Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», pp. 37-87.

Mantecón Movellán, Tomás Antonio (2018), «Morfología de la desobediencia en el Antiguo Régimen. Prólogo del libro», en Gregorio Salinero, Manuela Águeda García y Radu G. Paun (eds.), *Paradigmes rebelles. Pratiques et cultures de la désobéissance à l'époque moderne*, Bruselas: Peter Lang, pp. 11-28.

Mantecón Movellán, Tomás Antonio (2021), «Acciones comunitarias y cultura plebeya en la España rural del Antiguo Régimen», *Millars. Espai I Història*, 2(51), pp. 47-80.

Martínez Rueda, Fernando (1994), *Los poderes locales en Vizcaya del antiguo régimen a la revolución liberal (1700-1853)*, Bilbao: Servicio Editorial, Universidad del País Vasco.

Martínez Ruiz, Enrique (1995), «Ejército y milicias de la guerra de la Convención a la Guerra de la Independencia», *Boletín de la Real Sociedad Bascongada de Amigos del País*, 29, pp. 45-60.

Mendieta Garrote, Eva y Molina Martos, Isabel (2018), «Revuelta social en la Edad Moderna europea: participación y discurso de las mujeres en la matxinada de la sal de Bilbao (1631-1634)», *Vasconia: Cuadernos de Historia-Geografía*, 42, pp. 5-27.

Muñoz Navarro, Daniel y Franch Benavent, Ricardo (2022), «Ecos de revolución. Tumultos antifranceses, desobediencia civil y gobierno urbano en Valencia (1793-1795)», *Cuadernos de Historia Moderna*, 47(2), pp. 543-562.

Ossorio y Gallardo, Ángel (1913), *Historia del pensamiento político catalán durante la guerra de España con la República francesa (1793-1795)*, Barcelona: Oliva impresor.

Otaegui Arizmendi, Arantxa (1991), *Guerra y crisis de la hacienda local. La venta de bienes comunales y de propios en Guipúzcoa 1764-1814*, San Sebastián: Diputación Foral de Guipúzcoa.

Paquette, Gabriel (2008), *Enlightnement, Governance, and Reform in Spain ans its Empire, 1759-1808,* Nueva York: Palgrave Macmillan.

Portillo Valdés, José María (1994), «Las Provincias Vascas y la Guerra de la Convención. Primer encuentro con la Revolución», *Studia historica. Historia moderna*, 12, pp. 71-90.

Reguera Acedo, Iñaki (2002), «Marginación y violencia armada: Bandolerismo vasco y salteamiento de caminos en la crisis del Antiguo Régimen», en Ernesto García (coord.), *Exclusión, racismo y xenofobia en Europa y América*, Bilbao: Universidad del País Vasco, Servicio Editorial, pp. 153-177.

Ribechini, Celina (1996), *De la Guerra de la Convención a la Zamacolada*, San Sebastián: Txertoa.

Roura i Aulinas, Lluís (1988), «La "unanimidad española" frente a la Francia de la revolución», *Revista de Historia das Ideias*, 10, pp. 57-68.

Roura i Aulinas, Lluís (1993), *Guerra Gran a la ratlla de França: Catalunya dins la guerra contra la Revolució Francesa 1793-1795*, Barcelona: Curial.

Ruiz Astiz, Javier (2010), «La participación de las mujeres en los desórdenes públicos: análisis de su presencia en la Navarra moderna», *Sancho el Sabio: Revista de Cultura e Investigación Vasca*, 33, pp. 11-34.

Rújula López, Pedro (2011), «La densificación del universo político popular durante la Guerra de la Independencia», en Pedro Rújula y Jordi Canal (coords.), *Guerra de ideas. Política y cultura en la España de la Guerra de la Independencia*, Madrid: Marcial Pons Historia, pp. 173-190.

Rújula López, Pedro (2023), *Religión, Rey y Patria. Los orígenes contrarrevolucionarios de la España contemporánea, 1793-1840*, Madrid: Marcial Pons, Ediciones de Historia.

Sánchez León, Pablo (2007), «El poder de la comunidad», en Ana Rodríguez (ed.), *El lugar del campesino: En torno a la obra de Reyna Pastor*, Valencia: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, CSIC: Universidad de Valencia, pp. 331-358.

Scott, James C. (2018), *Los dominados y el arte de la resistencia*, Tafalla: Txalaparta.

Serna, Pierre (2013), «Introduction: War and Republic: "Dangerous Liaisons"», en Pierre Serna, Antonino De Francesco y Judith A. Miller (eds.), *Republics at War, 1776-1840. Revolutions, Conflicts, and Geopolitics in Europe and the Atlantic World*, Basingstoke: Palgrave Macmillan, pp. 1-23.

Serna, Pierre (2019), *Como animales: Historia política de los animales durante la Revolución francesa (1750-1840)*, Zaragoza: Prensas de la Universidad de Zaragoza.

Thompson, Edward Palmer (1995a), «La economía "moral" de la multitud en la Inglaterra del siglo XVIII», en Edward P. Thompson, *Costumbres en común*, Barcelona: Crítica, pp. 213-293.

Thompson, Edward Palmer (1995b), «La economía moral revisada», en Edward P. Thompson, *Costumbres en común*, Barcelona: Crítica, pp. 294-394.

VV. AA. (1997), *III Congreso internacional de historia militar: actas*, Zaragoza: Institución Fernando el Católico.

Zabala Uriarte, Aingeru (1985), «Notas sobre la crisis del Antiguo Régimen en Vizcaya», en VV. AA., *Historia del País Vasco (siglo XVIII)*, Bilbao: Universidad de Deusto, pp. 295-303.

ISSN: 1576-7914 - e-ISSN: 2341-1902
DOI: https://dx.doi.org/10.14201/cuadieci202526349385

ENTRE LA FIDELIDAD AL REY Y LOS SUPLICIOS DEL COMBATE. LA TRAYECTORIA DE DANIEL MAHONI Y SU REGIMIENTO EN LA GUERRA DE SUCESIÓN ESPAÑOLA (1704-1708)*

Between Loyalty to the King and the Hardships of the Battle: The Trajectory of Daniel Mahoni and his Regiment in the War of the Spanish Succession (1704-1708)

Mario Luis LÓPEZ DURÁN
Universidad Autónoma de Madrid
marioluis.lopez@uam.es

Fecha de recepción: 09/09/2024
Fecha de aceptación: 22/03/2025

RESUMEN: La integración de soldados irlandeses en el ejército de la monarquía de España ha sido puesta en valor por la historiografía reciente. A pesar de los esfuerzos realizados, ciertos militares de relevancia adolecen de estudios sistemáticos que indaguen en su *cursus honorum* y su desempeño en el campo de batalla. El objetivo del presente artículo es presentar la primera parte de la carrera de Daniel Mahoni, el oficial más renombrado entre los de su nación que combatieron en la guerra de Sucesión Española, y el regimiento a su cargo en el período 1704-1708. El estudio se centra en una aproximación desde tres aristas: las actuaciones más destacadas de Mahoni, su percepción tanto de los ascensos en el escalafón militar como de los reconocimientos reales y las dinámicas internas de los dragones irlandeses bajo su comando.

* Este trabajo es resultado del proyecto «Una monarquía policéntrica de repúblicas urbanas ante la rivalidad europea en el Atlántico ibérico (1640-1713)» (PID2022-14501NB-I00), financiado por el MCIN/AEI/10.13039/501100011033/FEDER, UE.

Palabras clave: guerra de Sucesión Española; irlandeses; Mahoni; cursus honorum; regimiento de dragones.

ABSTRACT: The integration of Irish soldiers in the army of the Spanish monarchy has been highlighted by recent historiography. Despite the efforts made, certain military men of relevance lack systematic studies that investigate their *cursus honorum* and their performance in the battlefield. The aim of the present article is to present the first part of the career of Daniel Mahoni, the most renowned officer among those of his nation who fought in the War of the Spanish Succession, and the regiment under his command in the period 1704-1708. The study focuses on a triple approach: Mahoni's most outstanding performances, his perception of both promotion in the military ranks and royal acknowledgment and the internal dynamics of the Irish dragoons under his command.

Key words: War of Spanish Succession; Irishmen; Mahoni; cursus honorum; Irish dragons.

Una de las grandes áreas temáticas de la Edad Moderna en las cuales ha indagado la historiografía de las últimas dos décadas ha sido el componente extranjero en el ejército de la monarquía de España (Ribot, 2004; Recio Morales, 2006, 2012; Andújar Castillo, 2010). Desde esta perspectiva, la composición humana de las huestes reales ha tomado un cariz particular al considerar que militares alemanes, británicos, flamencos, franceses, italianos, polacos y suizos, entre otros, formaban parte de un ejército del que durante mucho tiempo se obvió el componente foráneo (García Hernán, 2015, 2020; Blanco Núñez, 2016; Calleja Leal, 2018; Martínez Ruiz, 2018; Bragado Echeverría, 2019; Tauler Cid, 2021, 2022; Glesener, 2024). En este contexto, los estudios sobre la nación irlandesa adquirieron una marcada notoriedad a comienzos del siglo XXI, cuando el cuarto centenario de la fallida invasión de Kinsale de 1602 incentivó la puesta en práctica de proyectos de investigación mancomunados, reuniones científicas y distintas publicaciones (García Hernán *et al.*, 2001). De esta forma, autores como Declan Downey (2010, 2014), Diego Téllez Alarcia (2003), Eduardo de Mesa Gallego (2014, 2020), Enrique García Hernán (2008), Francisco Andújar Castillo (2007), Igor Pérez Tostado (2006, 2020) y Óscar Recio Morales (2007, 2010), entre otros, se adentraron en un campo que, al menos en la historiografía española, había sido escasamente explorado.

En este sentido, un repaso general de la bibliografía disponible permite afirmar que hacia fines del siglo XVII la participación irlandesa en los tercios de Carlos II era poco más que nula. Por caso, las contribuciones de Manuel Herrero Sánchez (2002), Davide Maffi (2002, 2020), Antonio José Rodríguez Hernández (2007), Antonio Espino López (2020). Han demostrado que los tercios irlandeses poseían escasa relevancia y una presencia casi testimonial. Sin embargo, la guerra de Sucesión Española representó un punto de inflexión para la nación irlandesa desde una perspectiva cuantitativa y cualitativa: prueba de ello es que durante

los años centrales del conflicto hubo seis regimientos activos y que numerosos oficiales tuvieron actuaciones destacadas en batallas o procesos claves, tales como el avance borbónico sobre la región valenciana de 1706 y las batallas de Almansa y Villaviciosa (De Pablo Cantero, 2001).

Siguiendo dicho patrón, Downey ha propuesto la división entre «viejos» (siglo XVII) y «nuevos» (siglo XVIII) irlandeses, reforzando la noción de que la guerra fue una ocasión propicia para la promoción individual y la consolidación de un colectivo extranjero del recién formado ejército filipino (2014: 86). Entre los «nuevos irlandeses» que adquirieron un protagonismo notable durante aquellos años cabe mencionar la figura de Daniel Mahoni, quien aún carece de un estudio monográfico que contemple sus años de formación militar, su madurez como oficial y el paulatino alejamiento del campo de batalla. Por el contrario, sí contamos con semblanzas reducidas (O'Mahony, 1912; Rowe, 1916) y menciones en obras generales (O'Conor, 1845; O'Callaghan, 1885). Al igual que tantos otros paisanos, la derrota del bando jacobita frente a las fuerzas del estatúder Guillermo III de Orange en la guerra de los Dos Reyes (1691) empujó a Mahoni al exilio. Ya en Francia, rápidamente se destacó en las huestes de Luis XIV por su desempeño durante la guerra de los Nueve Años y en el norte de la península itálica en el período 1701-1702. Tiempo después, bajo las órdenes de Felipe V, Mahoni estuvo al frente de sucesivos sitios, asedios y ataques a fortalezas enemigas. Su primer período de servicio en territorio español, que se extendió desde enero de 1704 hasta abril de 1708, llegó a su fin de forma abrupta cuando recibió órdenes de trasladarse a Sicilia. Teniendo en consideración lo mencionado previamente, el objetivo del presente artículo es reconstruir su *cursus honorum* en el lapso indicado atendiendo a tres aspectos: en primer lugar, la labor estrictamente militar; en segunda instancia, la subjetividad del personaje ejemplificada a través de una correspondencia que mostraba opiniones contradictorias sobre la satisfacción respecto al reconocimiento recibido, la voluntad de regresar a Francia cuanto antes y el progresivo desencantamiento respecto a la vida militar; por último, las dinámicas internas del regimiento a su cargo, cuyas necesidades más acuciantes en términos de provisiones demandaban la intervención de Mahoni y que en más de una ocasión le trajo problemas de deserción, malos comportamientos y baja moral generalizada. En última instancia, el recorrido de Mahoni se propone como un caso de estudio que podría potencialmente extenderse a otros oficiales extranjeros de comienzos de siglo, cuya contribución al bando borbónico es cada vez más notoria.

1. Primeros años en Irlanda

En cuanto a los datos biográficos de Daniel Mahoni, su entrada en el *Diccionario Biográfico Español* de la Real Academia de la Historia (RAH) sugiere que nació en el año 1664 y en el *Dictionary of Irish Biography* (DIB) se indica que

era oriundo de Dromore, condado de Kerry. El clan de los Mahoni pertenecía a lo que se ha denominado «linaje gaélico» –*Old Irish*–, es decir, aquellas familias nativas, con idioma propio y que hasta comienzos del siglo XIV permanecieron fuera de la influencia de Dublín (De Mesa Gallego, 2015: 365). Asentado en el sur de la isla, el clan se mantuvo y logró traspasar sus bienes a través de las sucesivas generaciones a pesar de las recurrentes invasiones inglesas. No fue hasta la guerra de los Dos Reyes (1689-1691), en el contexto más general de la guerra de los Nueve Años (1688-1697), que Daniel y su hermano mayor Dermot –Demetrio en su versión castellanizada– comenzaron su carrera como militares: ambos lucharon en las filas del destronado Jacobo II frente a las tropas del estatúder Guillermo de Orange destacando en el enfrentamiento de Boyne (1 de julio de 1690), el sitio de Limerick (agosto-septiembre de 1690) y la derrota final en Aughrim (12 de julio de 1691). Aunque se ha sugerido que Dermot, por entonces coronel del regimiento de los *Irish Foot Guards*, murió en la batalla de Aughrim (O'Callaghan, 1885: 204), una versión alternativa ha propuesto que Dermot sobrevivió en Aughrim, emigró hacia los Países Bajos y murió en Italia en 1710 (O'Mahony,1912: 163). Por otra parte, los autores que han realizado semblanzas de Mahoni han obviado la presencia de un tercer hermano. Su existencia se advierte, por ejemplo, a través del registro de nacimientos, defunciones y casamientos de la parroquia de Saint Germain-en-Laye, epicentro del exilio jacobita a partir de 1691. Allí figura que «Jacques de Mahony, hermano del esposo» actuó como testigo en el segundo matrimonio de Daniel, con Charlotte Bulkeley, cuñada del duque de Berwick, acontecido el 19 de julio de 1712 (Lart, 1912: 17).

Mahoni atravesó la coyuntura bélica de 1689-1691 como capitán en el mismo regimiento que su hermano y, al igual que otros tantos militares, abandonó la isla tras el Tratado de Limerick firmado el 3 de octubre de 1691. Bajo el liderazgo de Patrick Sarsfield, los denominados *wild geese* arribaron a las costas del norte de Francia entre fines de 1691 y comienzos de 1692 (Rowlands, 2001; Genet-Rouffiac, 2007). Durante el siguiente lustro Mahoni formó parte del regimiento de Limerick, pero la firma de la paz de Ryswick y las consecuentes transformaciones en las huestes de Luis XIV forzaron su traspaso al regimiento de Dillon (Rowe, 1916: 84)[1]. Unos años más tarde, el desencadenamiento de la guerra de Sucesión Española representó un espaldarazo definitivo en su carrera.

1. El puesto de Mahoni como capitán del regimiento Limerick se deduce de dos entradas del *Hotel des Invalides*, el hospital militar creado por Luis XIV a fines del siglo XVII. Los registros se hallan en el Service Historique de la Défense (SHD), en Vincennes (París). El primero de ellos, que data del 15 de enero de 1693, pertenece a Edmond Kelly, «soldat du sieur de Mahony» que servía en el regimiento desde 1688 y que había recibido dos golpes de mosquete: uno el sitio de Limerick (1691) y otro en las afueras de Briançon (1693) (GR/2xy11, acta n.º 6650). El segundo registro, fechado en 20 de julio de 1693, pertenece Guillaume Scolé, soldado que fue herido en el muslo izquierdo mientras perseguía a los enemigos por las montañas entre Briançon y Guillestre (GR/2xy11, acta n.º 6994).

2. Servicio en Italia: batalla de Cremona, defensa de las posesiones y primer intento por crear una guardia irlandesa

Para los ejércitos franceses, el norte de la península itálica se había convertido en un territorio estratégico dada la cercanía de las fuerzas imperiales (Murgia, 2009: 193). Aconsejado por su abuelo Luis XIV, el joven monarca Borbón emprendió el camino hacia dicha región a comienzos de 1702. Tras haber arribado a Nápoles el 18 de abril y con la noticia de que las potencias aliadas habían declarado la guerra el 15 de mayo, Felipe V viró su rumbo hacia el Estado de Milán, donde llegó el 18 de junio (Albareda Salvadó, 2010: 89-90).

La batalla de Cremona, plaza situada unos cien kilómetros al sureste de Milán, fue uno de los enfrentamientos más relevantes de aquel año. Asimismo, los hechos de Cremona pusieron de manifiesto el valor de dos regimientos irlandeses (Dillon y Bourke) que componían el ejército francés (Ó hAnnracháin, 2006). Los relatos más difundidos sostienen que, dada la ausencia del coronel Arthur Dillon, Mahoni estaba al mando del regimiento. El ataque imperial, llevado adelante durante la medianoche, tomó por sorpresa al contingente borbónico que custodiaba la ciudad. Mahoni, quien rápidamente se percató de la situación adversa, organizó la defensa y comandó las tropas. Tras un violento encuentro, los austracistas abandonaron el campo de batalla y se replegaron hacia el sur del río Po[2]. El desempeño del militar irlandés redundó en sendos beneficios personales: fue escogido para llevar la noticia de la victoria a Luis XIV en Versalles, obtuvo el cargo de coronel y recibió una pensión de 1000 «livres»[3]. A continuación, el militar irlandés participó en la reducción de Castiglione delle Stiviere durante la última semana de mayo (cincuenta kilómetros al noreste de Cremona) y en la batalla de Luzzara del 15 de agosto (setenta kilómetros al este de Cremona, junto al río Po).

La destacada actuación de Mahoni en conjunto con la difusión de sus aptitudes militares luego de Cremona facilitaron los primeros contactos con la monarquía de España, cuya manifestación más evidente fue el fallido intento por crear una guardia irlandesa al servicio de Felipe V (Glesener, 2005). De acuerdo con una carta remitida por Mahoni el 2 de septiembre desde Luzzara, la propuesta que se le había realizado sobre levantar una recluta de irlandeses al servicio de Felipe V le parecía razonable,

2. Una buena síntesis de lo sucedido en Cremona, donde además se describe detalladamente el rol de Mahoni y las tropas irlandesas que lo acompañaban, puede hallarse en *Relation de la journée de Cremone et de la défaite des troupes impériales avec la suite des affaires d'Italie* (1702). Asimismo, la imagen del oficial irlandés como estratega de la defensa frente al ataque imperial fue inmortalizada en los poemas «The surprise of Cremona», de Thomas Osborne Davis (s/f), y «Cremona», publicado por Arthur Conan Doyle en 1898.

3. Biblioteca Nacional de Francia (en adelante, BNF), *Recueil des nouvelles ordinaires et extraordinaires. Relations et récits des choses avenues tant en ce royaume qu'ailleurs, pendant l'année mil sept cent deux* (en adelante, *Gazette*), París, 18 de febrero de 1702, p. 84.

aunque restaba confirmar ciertos detalles[4]. En primer lugar, era imprescindible saber con seguridad si el objetivo era reclutar un regimiento de dragones o de infantería. Esta diferenciación obedecía al hecho de que, en caso de escoger la segunda opción, Mahoni se comprometía a levantar un regimiento de *gardes irlandoises* bajo el mando del destinatario de la carta[5], al mismo tiempo que él actuaría como teniente general. Junto con ello, exigía que tanto oficiales como soldados cobrasen lo mismo que las *gardes angloises* y aseguraba que el nuevo cuerpo atraería a aquellos irlandeses que se hallaban al servicio del emperador, Inglaterra y Holanda. De esta forma, Mahoni planteaba la recluta de un cuerpo que tendría similitudes con aquel liderado por Mountcashel en Francia[6].

Unas semanas más tarde, la propuesta original parecía más consolidada. En una nueva carta escrita el 26 de septiembre desde Luzzara[7], y cuyo destinatario, aunque no figura, parecería ser el mismo que en la precedente, Mahoni afirmaba que, siguiendo los consejos del conde de Marcin[8] y el marqués de Louville[9], había presentado el memorándum de levantamiento del nuevo cuerpo a los ministros del rey de España. Según Mahoni, el cuerpo de irlandeses sería de utilidad dado que

> como la política no permite a Su Majestad tener tropas francesas a su servicio, somos los únicos extranjeros que podemos servir en España, sin dar lugar a disgustos por parte de los súbditos, teniendo allí los mismos privilegios que los naturales del país[10].

Tras haber luchado durante años al servicio de Luis XIV, los soldados irlandeses hallaban en el servicio de su nieto «la oportunidad de derramar [su] sangre por sus intereses». Sin embargo, Mahoni mostraba ciertas dudas sobre su traslado. Más concretamente, el irlandés sugería que se trataba de un «país demasiado triste» como para obligar a un hombre como él, habituado a las costumbres francesas, a pasar los próximos meses en España.

4. Archive de Ministère des Affaires Étrangères (en adelante, AMAE). Correspondance Politique – Espagne (en adelante, CP37)/93, ff. 42-44. La propuesta original no se ha hallado entre la documentación, aunque pueden deducirse sus lineamientos principales en función de la respuesta de Mahoni.

5. Cabría pensar que el interlocutor era Carlos Enrique de Lorena, príncipe de Vaudémont, por aquel entonces gobernador de Milán.

6. El ejército de Luis XIV poseía, desde 1690, una brigada irlandesa bajo el comando de Justin Macarthy, vizconde de Mountcashel. Dicho cuerpo estaba compuesto, a su vez, por tres regimientos: Clare, Dillon y Lee. Este contingente irlandés había sido enviado por Jacobo II a cambio de fuerzas francesas para hacer frente a la guerra que lo enfrentaba al estatúder Guillermo de Orange (Murtagh, 1997: 295-296).

7. AMAE, CP77/10 (Milán), ff. 244-245.

8. El conde de Marcin ejerció como primer embajador francés ante Felipe V. Permaneció en España desde agosto de 1701 hasta abril de 1702 (Kamen, 1974: 57).

9. El marqués de Louville formó parte, junto con la princesa de los Ursinos y el padre Daubenton, del entorno francés más cercano a Felipe V durante los primeros años de reinado. Su rol consistía en actuar como tutor y confidente del nuevo rey (López Anguita, 2015: 87).

10. Los irlandeses fueron reconocidos de manera oficial como *naturales españoles* a partir del Real Decreto de Felipe V promulgado el 16 de abril de 1701 (Bravo Lozano, 2013: 693).

La carta concluía con el pedido de Mahoni para que el receptor informase al monarca francés sobre el memorial adjunto puesto que, en vistas de la búsqueda de reclutas, sería provechoso enviar oficiales a España con el objetivo de que recogieran desertores del ejército inglés. Pocos meses antes, en julio de 1702, una fuerza expedicionaria aliada había sido enviada con instrucciones para apoderarse de Cádiz y, si este objetivo fallaba, intentar tomar otro puerto de importancia. Las tropas transportadas para el desembarco, constituidas por unos catorce mil hombres, estaban lideradas por el duque de Ormond, irlandés protestante (González Beltrán, 2003: 82). Justamente, Mahoni veía en los desertores de dicha fuerza la potencial base humana para el nuevo cuerpo a formar. En sus palabras, Ormond había reclutado los soldados «en la misma provincia de la que soy miembro» y, «como [su] nombre les es conocido», Mahoni se mostraba capacitado para atraer cuantos desertores pudiera y debilitar el ejército enemigo.

Dado el contexto bélico de comienzos de siglo, el reclutamiento militar había cobrado especial relevancia durante los primeros meses del reinado de Felipe V. En tal sentido, Francisco Andújar Castillo (2003) ha expuesto que, aunque siempre se ha entendido que esta era una función estatal, el monarca Borbón apeló a la privatización del reclutamiento de soldados mediante la firma de asientos que respondían a dos fórmulas diferenciadas. Por un lado, estarían los asientos para la formación de nuevos regimientos mediante los cuales los asentistas reclutaban, armaban y vestían un nuevo cuerpo a cambio del grado de coronel para ellos y de las patentes de oficiales vacantes para su venta privada; y, por otro, se encontrarían los asientos firmados por la monarquía con «empresarios de soldados» para la recluta de hombres allende las fronteras peninsulares con destino a las unidades extranjeras que se encontraban al servicio de la monarquía[11].

Por cuanto refiere al memorándum en cuestión, la propuesta se asemejaba a la segunda fórmula establecida por Andújar Castillo, aunque con variaciones que obedecían al contexto. Mahoni se comprometía a establecer para el comienzo de la próxima campaña un regimiento de dragones irlandeses compuesto por tantas compañías como Felipe V considerase oportuno, cada una de las cuales estaría formada por un capitán, un teniente, un corneta y setenta dragones. Junto con ello, Mahoni exigía que el regimiento se mantuviese tanto en épocas de guerra como de paz y que el marqués de Bedmar, comandante general de las tropas en

11. Junto con la privatización del reclutamiento, la cual databa del siglo XVII, la formación del regimiento de Mahoni se enmarca en el debate más amplio sobre el *contractor state* y su aplicabilidad para la monarquía de España (Hernández Rodríguez, 2023). Los estudios llevados a cabo por el Grupo de Investigación liderado por el profesor Rafael Torres Sánchez han puesto de manifiesto cómo, al igual que la vestimenta, la pólvora o los pertrechos militares, la provisión de hombres para el ejército era una actividad en la que el recurso al asentista podía cubrir las falencias (sobre todo, lentitud) de los sistemas «públicos» de reclutamiento: levas, voluntarios y quintas (Andújar Castillo, 2013). Sobre el reclutamiento de soldados desde la perspectiva del *contractor state*, véanse Rodríguez Hernández (2016: 23-45), Pascual Ramos (2020: 312-314) y González Enciso (2020: 15-43).

Flandes, prestase la mayor asistencia posible a los oficiales que serían eventualmente enviados allí para recoger a los desertores y el dinero necesario para el enrolamiento y subsistencia de las tropas. Con el objetivo de concentrar la mayor cantidad de hombres de su nación, Mahoni solicitaba una orden real para que todos los soldados irlandeses del ejército español que se encontraban sirviendo en Italia o Flandes se pusiesen a las órdenes de los oficiales encargados de la recluta. No satisfecho con esta medida, y considerando que el número de irlandeses que en aquel momento se hallaba sirviendo solo cubrían la cuarta parte del regimiento a levantar, Mahoni pedía 42 «livres» por cada hombre que habría de traer de Irlanda o de otros sitios y 108 para la vestimenta y pertrechos de cada dragón. Asimismo, el coronel exigía tres cuarteles de asamblea (uno en España sobre la frontera con Portugal, el segundo en Flandes y el tercero en Milán) y que los fondos destinados para la formación del regimiento estuviesen en manos del gobernador o comandante de tales plazas. Mahoni especificaba que los oficiales serían escogidos entre los que se hallaban reformados al servicio de Luis XIV, priorizando el nacimiento, el mérito y la antigüedad en el servicio. Este último requisito era imprescindible: la presencia de un capitán y un teniente reformado adscripto a cada compañía serviría para facilitar el levantamiento del cuerpo y fomentar la buena disciplina, al mismo tiempo que propiciaba la formación de oficiales para otros regimientos en el futuro. Respecto a los soldados, Mahoni se comprometía a no tomar ningún desertor de las tropas irlandesas al servicio de Francia.

A pesar de la aparente aceptación del proyecto, la idea de crear un cuerpo de guardias irlandesas fue rechazada por Luis XIV. De acuerdo con Pierre Louis Coudray, un oficial superior francés llamado Chartogne juzgó que la propuesta era perjudicial para el servicio de quienes estaban bajo las órdenes del *Roi Soleil*, demostrando así el deseo del monarca de conservar a los irlandeses en sus ejércitos y, en consecuencia, no aprobó la proposición, continuando el oficial hibérnico sus servicios unos meses más en la península itálica (2018: 226).

Tras la batalla de Luzzara, Mahoni permaneció en la frontera del río Po. Durante el invierno de 1702-1703 estuvo al mando del cuartel establecido en Gualtieri, plaza al sur de Luzzara permanentemente asediada por las tropas de Eugenio de Saboya[12]. En una carta del 8 de diciembre de 1702 Mahoni indicaba a Chamillart que le había llegado la noticia de que el príncipe saboyano pretendía enviar refuerzos para la guarnición de Brescello a través del puente de Santa Vittoria, razón por la cual partió con trescientos hombres y sesenta caballos a la espera de un cuerpo fijo[13]. Cuatro días después, Mahoni relataba que el arcipreste de Boretto

12. BNF, *Mercure Gallant. De Die' a mon seigneur Le Dauphin* (en adelante, *Mercure Gallant*), noviembre de 1702, p. 263. «Département des troupes françoises qui hiverneront en Italie et des officiers eneraux qui les commanderont. […] A Gualtieri Monsieur de Mahoni, irlandois, coronel reformé».

13. Service Historique de la Défense, Vincennes (en adelante, SHD), GR 1 A 1586, carta n.º 240 de Mahoni a Chamillart.

le había indicado que el 10 de diciembre partiría desde Brescello un importante contingente de cartas para el ejército imperial[14]. Mahoni preparó una emboscada, asesinó al portador de las misivas e hizo prisionero al guía que lo acompañaba.

La toma de Brescello se había convertido en el nuevo objetivo militar de las fuerzas francesas. Mahoni había recibido órdenes de ocupar dicho enclave y fortificarlo pensando en el próximo invierno, para lo cual contaba con dos batallones del regimiento de Limoisin, uno del Royal Contois, uno de Galmoy, 60 caballos de Guastalla y la escuadra d'Espinchal. El 16 de diciembre llegó el contingente a Boretto[15]. Mahoni intuía que, dado el control que las tropas borbónicas poseían del río Po hasta Borgoforte, la conquista no se prolongaría mucho más.

Sin embargo, la conquista de Brescello (diez kilómetros al este de Gualtieri) no se concretó hasta mediados de 1703. En parte, las dificultades para mantener el asedio retrasaron el avance. El 20 de enero, por ejemplo, Mahoni escribía que el desembarco en el puerto parecía poco factible a pesar de la escasa distancia con Boretto (tres kilómetros) y que la guarnición local estaba exhausta[16]. Desde su mirada, la toma de Bondanello evitaría la llegada de refuerzos y facilitaría la conquista, que el irlandés imaginaba con cerca de 6000 hombres. Tres meses más tarde, mientras se hallaba en Santa Croce, Mahoni recibió órdenes de Vendôme para continuar tanto el asedio como el bombardeo de Brescello[17]. Para comienzos de mayo Mahoni había conseguido construir dos reductos a «medio cañón» de distancia de la muralla de Brescello y tenía proyectados otros cinco[18]. Se esperaba, además, la llegada de cinco batallones liderados por el mariscal de campo conde de Torralva. En la carta del 4 de junio de 1703 Mahoni daba cuenta del avance del asedio, que ya contaba con 1800 hombres y cuatro escuadrones de caballería[19]. Tal vez, un signo evidente del estado de los asuntos fue el rumor que circulaba sobre que el conde Starhemberg había dicho al gobernador de Brescello que, de no recibir ayuda, tenía orden de capitular. Para comienzos de julio los enemigos solo poseían granos, habas, pan y agua, aunque estos mismos bienes comenzaban a escasear[20]. Finalmente, Brescello capituló el 27 de julio. Los prisioneros enfermos fueron enviados con sus esposas e hijos hacia Ostiglia, mientras que los restantes cruzaron el río y se alojaron en Viadana a la espera de que los generales acordasen su intercambio. Por último, y siguiendo las órdenes de Luis XIV, Vendôme designó a Mahoni como comandante de la plaza[21].

14. SHD, GR 1 A 1586, carta n.º 248 de Mahoni a Chamillart, Gualtieri, 14 de diciembre de 1702.
15. SHD, GR 1 A 1586, carta n.º 249 de Mahoni a Chamillart, Boretto, 18 de diciembre de 1702.
16. Biblioteca Nacional de Irlanda (en adelante, BNI), Microfilm p. 184, carta n.º 16.
17. BNF, *Gazette*, París, 17 de marzo de 1703, p. 135.
18. BNI, microfilm p. 184, carta n.º 8 de Mahoni a Chamillart, Santa Croce, 1 de mayo de 1703.
19. BNI, microfilm p. 184, carta n.º 61 de Mahoni a Chamillart, Santa Croce, 4 de junio de 1703.
20. SHD, GR 1 A 1685, carta n.º 39 de Mahoni a Chamillart, Brescello, 7 de julio de 1703.
21. BNI, microfilm p. 184, carta n.º 83 de Mahoni a Chamillart, Brescello, 28 de julio de 1703.

A pesar del nombramiento, la insatisfacción no tardó en manifestarse. Aquejado por una fiebre producto de los nueve meses de asedio, el irlandés comentaba a Chamillart que su puesto en la comandancia no se prolongaría dado que Vaudémont había decidido realizar un nuevo nombramiento[22]. En consecuencia, y considerando el hecho de que sus ingresos se reducían a cincuenta escudos como coronel reformado de infantería irlandesa, Mahoni reclamaba al funcionario francés que mantuviera su sueldo como comandante o que, en su defecto, pasase a cobrar como coronel del regimiento de infantería de Dillon. Dicha súplica parecería no haber sido respondida por Vendôme, quien llevó consigo a Mahoni en las conquistas de San Sebastiano y Castelnovo de Bormida, pequeñas plazas ubicadas entre Génova y Turín, en enero de 1704 (Rowe, 1916: 366).

3. 1704-1705: DE LA FRONTERA PORTUGUESA A LA CORONA DE ARAGÓN

Aunque la fecha de traslado a España es incierta, el nombramiento de Mahoni como coronel de regimiento, que pasaría a llamarse «de dragones irlandeses», registrado el 26 de enero de 1704, es útil como referencia[23]. Su estancia en Madrid fue breve y coincidió con la movilización de tropas hacia la frontera portuguesa bajo el liderazgo de Felipe V y el duque de Berwick. Tal y como este último reflejó en sus memorias, el emperador había proclamado al archiduque Carlos como rey de España y lo había embarcado a Holanda para que, desde allí, se dirigiese a Portugal. Observando el panorama, Luis XIV «envió a España dieciocho batallones y diecinueve escuadrones en ayuda de su nieto Felipe V» (Molas Ribalta, 2007: 193). El objetivo final de la empresa consistía en la conquista de Lisboa, para lo cual se organizó un ataque en múltiples frentes con la ayuda del príncipe Tserclaes Tilly, Francisco Ronquillo, el duque de Híjar y el marqués de Villadarias (Kamen, 1972: 22; Cardim, 2009: 231).

El regimiento de dragones irlandeses participó en la toma de Castelo Branco[24], que siguió a las de Salvatierra, Segura y Rosmaninhal en la frontera con Extremadura (Molas Ribalta, 2007: 198-199). Sin embargo, tales victorias fueron efímeras. En una carta escrita el 13 de junio desde Zarza la Mayor, plaza borbónica al noroeste de Cáceres, Mahoni relataba a Chamillart que cuatro días antes el general portugués marqués das Minas había ingresado en Monsanto –unos kilómetros al norte de Castelo Branco– con la ayuda de la población local. Tras enterarse de las noticias, Ronquillo abandonó su cuartel en Zarza la Mayor y organizó un consejo de guerra con Joffreville, Francisco Gaetano de Aragón y Mahoni a las afueras de Monsanto. Mientras aguardaban la llegada del marqués de Risbourg, enviado por Berwick como refuerzo, se decidió unánimemente atacar a Monsanto la mañana

22. SHD, GR 1 A 1685, carta n.º 20 de Mahoni a Chamillart, Brescello, 15 de agosto de 1703.
23. Archivo Histórico Nacional (en adelante, AHN), Estado, libro 279, f. 71.
24. BNF, *Gazette*, Castelo Branco, 30 de mayo de 1704, p. 281.

siguiente. La batalla concluyó con una dura derrota del bando borbónico, de cuya retirada a Zarza la Mayor estuvo a cargo Mahoni[25]. Pocos días más tarde, la campaña se dio por finalizada y Felipe V emprendió el regresó a Madrid.

En dicha tesitura, el centro del conflicto bélico se trasladó al sur peninsular. Durante los meses de junio y julio, la escuadra aliada se dedicó a recorrer la costa mediterránea con el objetivo de atacar Cádiz, aunque finalmente el almirante inglés Rooke se decantó por Gibraltar. El príncipe Jorge de Hesse-Darmstadt asumió el cargo de gobernador el 6 de agosto, lo que marcó un claro punto de inflexión en el desarrollo de la guerra (Albareda Salvadó, 2010: 135). Desde Alcántara, al sur de Zarza la Mayor, Mahoni advertía a Chamillart el estado de las fuerzas españolas en la frontera de Extremadura[26]. La situación era lamentable: a las reducidas guarniciones en Albuquerque, Alcántara, Zarza la Mayor y Moraleja (España) y Salvaterra (Portugal), se sumaba un elevado nivel de deserción en la infantería derivado de la tardanza de los pagos; la ausencia de directores, inspectores o comandantes, y la desidia generalizada entre los capitanes generales. Por todo ello, Mahoni bregaba por poner fin a la guerra con Portugal. Sin embargo, el panorama desolador descrito contrastaba con la descripción que Mahoni hacía de su propio regimiento, al cual representaba como «el más numeroso y el único extranjero en el ejército de España», pero que desde hacía tres meses no recibía los emolumentos correspondientes. Daba comienzo, así, una temática recurrente en la correspondencia del oficial irlandés, cuyos prolegómenos ya se habían evidenciado en Brescello: las dificultades de todo tipo que atravesaría su regimiento en los años sucesivos y la, a su juicio, escasa correlación entre su propio desempeño y el reconocimiento real.

La posición española en la zona mediterránea se tornó aún más endeble tras la batalla en las costas de Málaga, uno de los enfrentamientos navales más relevantes durante la guerra y por el cual, a pesar de su «dudoso resultado», Lisboa y Gibraltar se consolidaron como dos enclaves estratégicos para los aliados (Pérez Aparicio, 2009a: 339-340). En paralelo, el regimiento de dragones irlandeses se enfrentaba a una realidad adversa. Nuevamente, las pretensiones individuales y colectivas se combinaban en un discurso único. Ya instalado en el peñón, el coronel insistía a Chamillart con el retraso de las pagas de los capitanes y del cuerpo en general (siete meses) y enfatizaba que en su caso particular se le adeudaban ocho sueldos como brigadier[27]. Asimismo, Mahoni enfatizaba lo difícil que resultaba formar un regimiento en dicha coyuntura y aseguraba que él era responsable de

25. BNI, microfilm p. 184, carta n.º 92, Carta de Mahoni a Chamillart, Zarza la Mayor, 13 de junio de 1704.

26. BNI, microfilm p. 184, carta n.º 94, Carta de Mahoni a Chamillart, Alcántara, 12 de agosto de 1704.

27. SHD, GR 1 A 1883, carta n.º 134 de Mahoni a Chamillart, Gibraltar, 26 de enero de 1705. Esta afirmación permite deducir que Mahoni era brigadier desde, al menos, abril o mayo de 1704. Sin embargo, en los libros de registro del Archivo General Militar de Madrid (en adelante, AGM) no se hallan referencias a su nombramiento.

haber logrado mantener el cuerpo unido, a pesar de no poseer ni salud ni dinero, y de entregar ocasionalmente un pequeño socorro a los soldados. Tales argumentos justificaban que Chamillart se pusiese en contacto con el abate d'Estrées, embajador francés, con el objetivo de que protegiese al regimiento para mantenerlo en pie e, incluso, aumentar su potencial, dado que «no hay rey que tenga más necesidad de soldados extranjeros como los irlandeses». Al mismo tiempo, el oficial dejaba ver sus aspiraciones al indicar que un pequeño grupo de generales y grandes –sin nombrarlos– había mostrado insatisfacción tras comprobar que ciertos brigadieres habían sido ascendidos a mariscales antes que él. Tal estado de insatisfacción parecía mantener cierta correlación con la aspiración de que «la bondad del rey [Luis XIV] y la compasión de Vuestra Grandeza [lo] llamasen de nuevo a Francia». Las dudas que habían asaltado a Mahoni sobre el traslado a la monarquía de España mientras se hallaba en Luzzara parecían, por el momento, confirmarse.

La permanencia de los dragones irlandeses en Gibraltar, que se extendió hasta junio de 1705, no estuvo exenta de inconvenientes. La reclamación de los soldados reformados por cobrar los meses debidos (de los últimos once sólo habían cobrado cuatro) chocó con la negativa del marqués de Villadarias, capitán general de Andalucía. Al exponer sus argumentos al marqués de Mejorada, Villadarias sostenía que la ausencia de patentes o revistas que confirmaran la inclusión de los soldados en el cuerpo de dragones le impedía autorizar el pago[28]. Aun así, unos días más tarde recibió la orden de entregar al regimiento la totalidad de los débitos caídos desde el día que habían llegado a Gibraltar[29]. Las dificultades con los reformados no se agotaron allí. A comienzos de abril, Mahoni representó a Mejorada el crecido número de oficiales de dicha condición dentro del cuerpo, que, a su juicio, generaba desorden y confusión. En su lugar, proponía que estos se dividiesen entre los diferentes cuerpos de caballería que había en el ejército, solución con la que Villadarias acordó, puesto que, en ocasiones, se desconocía el sueldo e incluso el grado de los oficiales en cuestión[30].

Por otra parte, las misivas del 18 de abril y el 8 de mayo son ilustrativas del creciente malestar de Mahoni. En la primera de ellas informaba sobre las conversaciones que mantuvo con el mariscal de Tessé, quien desde noviembre de 1704 ocupaba el puesto de capitán general de las tropas hispanofrancesas en lugar del duque de Berwick (Molas Ribalta, 2009: 476)[31]. El mantenimiento del regimiento a su cargo era una de las preocupaciones principales de Mahoni, a lo que Tessé respondió que, en un reino donde «no había ministerio de guerra ni dinero», no

28. AHN, Estado, legajo 753, Carta del marqués de Villadarias al marqués de Mejorada, Gibraltar, 26 de febrero de 1705.
29. AHN, Estado, legajo 572, Gibraltar, 1 de marzo de 1705.
30. AHN, Estado, legajo 577, Gibraltar, 13 de abril de 1705.
31. SHD, GR 1 A 1884, carta n.º 302 de Mahoni a Chamillart, Gibraltar, 18 de abril de 1704.

era sencillo conservar, menos formar, un cuerpo de esas características. Por cuanto refiere a su propia carrera militar, las quejas de Mahoni iban en aumento. En veintidós años de servicio, jamás había sufrido tanto como desde su llegada a España, sitio el que había venido solo por obediencia. Las consecuencias de su traslado excedían el ámbito castrense: en Saint-Germain habían quedado su esposa Cecilia Weld y sus cuatro hijos, que vivían de la pensión de mil francos que Luis XIV le había entregado tras la batalla de Cremona.

En la correspondencia del 8 de mayo, Mahoni relataba que el día siguiente partiría al puerto de Santa María junto con el marqués de Villadarias, dado que este le había prometido un permiso para ir a Madrid con el fin de ocuparse de la vestimenta, la remota y las cuentas de su regimiento[32]. La paciencia y la perseverancia, creía el irlandés, le alcanzarían para llegar a su objetivo, es decir, regresar a Francia. Más concretamente,

> Preferiría ser coronel reformado y servir como brigadier en Francia antes que ser mariscal de campo con un regimiento en España, pero como no veo otra voluntad que la del rey, haré todo lo que me ordene.

El deseo de abandonar el territorio peninsular no obstaba para que Mahoni se preocupase por el mantenimiento del regimiento. Aun así, ciertas referencias parecen indicar que existían desacuerdos entre el coronel y sus oficiales. Pocas semanas antes de la llegada de Mahoni a Madrid había hecho su entrada a la capital imperial el enviado de Jacobo III, Toby Bourke. Irlandés de nacimiento, Bourke había abandonado la isla tan pronto como comenzó el enfrentamiento entre los seguidores del destronado Jacobo II y las tropas del estatúder Guillermo de Orange. Tras estudiar en el Colegio de Irlandeses de la Universidad de Bordeaux, Bourke se trasladó a Saint-Germain. Fue durante aquellos años que forjó su relación con quien sería su patrocinadora y protectora, la reina María de Módena. Bourke participó activamente en las negociaciones con Luis XIV para facilitar el retorno de la princesa de los Ursinos a Madrid (había sido expulsada en abril de 1704), el cual se concretó en agosto de 1705. En función del éxito cosechado en este y otros negociados, así como también para mantener informados a Jacobo III y su madre, Bourke fue designado como enviado jacobita en España (MacSwiney, 1939; Kearney Walsh, 1995). Su correspondencia con John Cargyll, quien durante aquellos años actuó como representante de doña María, aporta valiosa información sobre los militares irlandeses más relevantes en el ejército de la monarquía de España.

En el caso de concreto de Mahoni, Bourke indicó a Cargyll que «habló con Orry sobre la queja de los capitanes de su regimiento»[33]. El problema se retrotraía, cuando menos, al mes de abril de 1705, cuando los oficiales del regimiento

32. SHD, GR 1 A 1885, carta n.º 43 de Mahoni a Chamillart, Gibraltar, 8 de mayo de 1704.

33. Bodleian Library (en adelante BL), Manuscriptes Carte (en adelante MS Carte) 209, 489r.-493v. Madrid, 10 de junio de 1705.

presentaron al teniente general Bonifacio Manrique un memorial contra el coronel. En aquella tesitura, Mahoni recibió órdenes de Felipe V de trasladarse de Cádiz, donde llegó a mediados de julio[34]. Las diferencias con los capitanes continuaban, tal como expresaba Bourke a Cargyll en sus cartas del 22 de julio y 8 de agosto. De hecho, el deseo del enviado jacobita era entrometerse lo menos posible y bregar por que las diferencias se resolviesen en suelo gaditano para, de esta forma, evitar que los oficiales viniesen a Madrid y lo forzasen a tomar partido[35]. La travesía de los dragones irlandeses continuó en la isla de León, sitio en el cual se asentaron temporalmente tras evitar un conato de motín en el puerto (O'Callaghan, 1885: 235).

Para mediados de 1705, el foco de conflicto en el territorio peninsular se había trasladado a la región valenciana: el 10 de agosto se produjo el desembarco aliado en Altea y, una semana más tarde, tuvo lugar el sitio de Denia (Casey, 2009: 385). Consciente del peligro que ello conllevaba, Felipe V ordenó que los dragones irlandeses y cuatro compañías del mariscal de campo Miguel Pons marchasen a Almansa para, desde allí, entrar en Valencia bajo las órdenes del inspector general Juan Antonio Hurtado de Amezaga. El rey hizo mucho hincapié en que, por ningún motivo, «se cometa por los oficiales y soldados el más leve desorden ni agravio a los paisanos, marchando con regla y disciplina» y accedió a enviar dos mil doblones para remontar el regimiento y pagar los sueldos adeudados. En una clara referencia a las ya citadas diferencias dentro del cuerpo de dragones, Felipe V exhortaba que se restableciera «la concordia y unión entre los oficiales» y que «[fuesen] evacuadas todas las disputas y controversias»[36].

Es evidente que las rispideces dentro del regimiento afectaban directamente su desempeño. Así lo sugería el propio Mahoni, quien de paso por Málaga hacia Valencia explicitó a Grimaldo su versión de los hechos[37]. En primer lugar, el coronel irlandés creía que quienes debían recibir amonestaciones por socavar la concordia y la unión del cuerpo eran ciertos capitanes amotinados y sediciosos. De haber ocurrido lo mismo que en Francia, señalaba, las quejas sin fundamentos contra su persona hubiesen derivado en castigos ejemplares. La situación, ya de por sí problemática, se agravaba aún más dado que Mahoni no había venido a España «para pedir empleos», sino «por distinción de entre muchos buenos oficiales de su nación en Francia para poner este regimiento sobre un buen pie», renunciando a 120 «livres» como coronel de infantería y la comandancia de Brescello. Creyendo que no poseía la autoridad necesaria en el ámbito cortesano para castigar a los que él describía como «individuos indignos», Mahoni propuso un intercambio de oficiales con el otro regimiento irlandés activo, comandado por Enrique Crafton. Más concretamente, la propuesta consistía en que Hugo O'Rourke, Pedro Walcott

34. SHD, GR 1 A 1885, carta n.º 249 de Mahoni a Chamillart, Madrid, 21 de junio de 1705.
35. BL, MS Carte 209, 503r.-509v.
36. AHN, Estado, legajo 746, Madrid, 22 de agosto de 1705.
37. AHN, Estado, legajo 268, Málaga, 31 de agosto de 1705.

y Baltasar English, «capitanes, amigos y parientes» de Crafton, fuesen enviados a cambio de Guillermo Barry, Francisco Talbot y «don Burck»[38].

Mahoni y Amezaga arribaron a Valencia el 17 de septiembre, desde donde se informó a Chamillart que habían recibido órdenes del teniente general José de Salazar para partir de inmediato a Lérida[39]. Sin embargo, noticiado Salazar sobre el peligro de la travesía había decidido dilatar la partida y redirigirla a Teruel, puerta de entrada de la corona de Aragón, para, desde allí, marchar a Tarragona, ocupada por campesinos sublevados. Mahoni se mostraba partidario de una acción contundente contra los traidores, contraria a la actitud que se había tomado en la efímera resistencia de Denia. En su opinión, el castigo ejemplar ineludible debía ser seguido por la clemencia del rey. Criticaba, asimismo, «la corrupción y malicia de Valencia», en particular, aquella generada entre los miembros del clero. Por último, Mahoni esperaba que su celo, los continuos servicios y los sufrimientos en España derivaran en su retirada a Francia. Dicha esperanza, junto con las promesas de Luis XIV y Chamillart, le impedían «morir de pena y del servicio más triste e ingrato del mundo». Tales suplicios, en cambio, coincidían con noticias auspiciosas en cuanto a reconocimientos. Tras la muerte del marqués de Villafranca el 9 de junio, Mahoni había solicitado una merced de hábito en cualquiera de las tres órdenes militares castellanas y una pensión en una de las encomiendas que habían quedado vacas por la defunción del citado marqués. Tal distinguido honor fue concedido en septiembre del mismo año[40].

Durante los meses siguientes, Mahoni encabezó una veloz campaña en dirección a la corona de Aragón. Tras su paso por Valencia, que se extendió hasta mediados de octubre de 1705, realizó sendas paradas en Segorbe y Alcañiz hasta arribar a Caspe el 31 del mismo mes[41]. Su presencia obedecía a numerosos factores, siendo el más relevante el asalto de Barcelona de fines de agosto, lo que a su vez explicaba la preocupación por el mantenimiento de las posiciones borbónicas en la costa mediterránea y el interior aragonés (García Cárcel, 2009: 56)[42]. Desde su perspectiva, el trabajo que habían realizado con Amezaga había impedido que, hasta ese momento, el interior valenciano se declarara a favor del archiduque. Los regimientos de Nebot y Pozoblanco se habían estacionado allí para contener a los rebeldes, pero lo que Mahoni desconocía era que, en las semanas posteriores a la ya referida toma de Denia, los pueblos de Benidorm, Finestrat, Orchata, Jalón y Relleu, al norte de Alicante, se habían declarado a favor del bando aliado. Junto con ello, la toma de Tortosa y Vinaroz a fines de septiembre debilitó la posición

38. O'Rourke y Walcott fueron trasladados, no así English.

39. SHD, GR 1 A 1887, carta n.º 104 de Mahoni a Chamillart, Valencia, 17 de septiembre de 1705.

40. AHN, Órdenes Militares, expediente n.º 4760.

41. Archivo Histórico de la Nobleza de Toledo (en adelante AHNOB), Osuna, CT. 124, D9, Carta de Juan Alfonso Borgoño Remiro al X duque de Gandía, Valencia, 20 de octubre de 1705; AHN, Estado, legajo 279, Alcañiz, 29 de octubre de 1705, Carta de Mahoni a Grimaldo.

42. SHD, GR 1 A 1887, carta n.º 304 de Mahoni a Chamillart, Caspe, 31 de septiembre de 1705.

de Valencia, cuyas fronteras norte y sur lindaban con el ejército enemigo. Frente a dicha situación, la cual forzaba a los borbónicos a optar entre guarnecerse en Valencia o rechazar la invasión, la opción escogida por el comandante Tserclaes Tilly se orientó hacia el reagrupamiento de las fuerzas cerca de Vinaroz. Tal medida provocó ira y resentimiento entre los valencianos, cuya ciudad quedaba bajo la defensa de reclutas sin entrenamiento (Kamen, 1972: 305).

A pesar de no estar al corriente de tales movimientos, Mahoni percibía la situación crítica del bando borbónico y, al mismo tiempo que exhortaba a Chamillart a reforzar los mensajes de alerta para Felipe V, aseguraba que la conservación de la monarquía de España dependía de la unión con Francia. Sin embargo, también advertía que Luis XIV no dejaría de hacer las paces por su cuenta si persistía la tendencia de los españoles a concretar su «propia destrucción». La descripción del escenario bélico y la endeble situación de las fuerzas filipinas en suelo peninsular no obstaban para que los reclamos particulares perdieran intensidad. Mahoni insistía con que, desde hacía veinte meses (febrero de 1704), su regimiento no tenía descanso y se le adeudaban siete sueldos del año anterior y tres del presente. En relación con ello, el futuro del cuerpo a su cargo le preocupaba: dando por descontado que, en breve, sería ascendido a mariscal de campo (era el brigadier más antiguo), Mahoni informaba a Chamillart sobre los rumores que circulaban acerca de quién sería el nuevo coronel de los dragones irlandeses cuando, eventualmente, llegase su ascenso y traía a colación la supuesta tradición real de que los oficiales extranjeros conservaban sus regimientos[43].

Durante los meses de noviembre y diciembre Mahoni participó activamente de la toma de la ciudad y el castillo de Mequinenza, asediada por los migueletes[44]. Lo hizo bajo las órdenes de Tserclaes Tilly, quien había sido designado por Felipe V para asegurar la frontera de Aragón. Es evidente que el oficial irlandés observaba con preocupación el futuro de su regimiento. Sosteniendo la hipótesis del ascenso al rango de mariscal de campo, Mahoni buscaba mantener el sueldo y el rol de coronel, a pesar de los esfuerzos por desvincularlo del mismo. Lo más sorprendente era que, en teoría, su teniente coronel Lucas Keating pretendía hacerse con el control del cuerpo, oficial considerado poco competente e incapaz de mantener el regimiento[45].

El año 1705 concluyó con la causa felipista seriamente amenazada, al menos, en territorio peninsular. Al avance sobre la costa catalana y la toma de Barcelona se sumaron las capitulaciones de Gandía, Alcira y Valencia en diciembre, que se rindieron ante las tropas lideradas por Juan Bautista Basset y Ramos (Pérez Aparicio, 2009b: 139). De este modo, para comienzos del año siguiente, la coyuntura

43. SHD, GR 1 A 1887, carta n.º 304 de Mahoni a Chamillart, Caspe, 31 de octubre de 1705.
44. BNF, *Gazette*, Madrid, 18 de diciembre de 1705, p. 5.
45. SHD, GR 1 A 1888, carta n.º 75 de Mahoni a Chamillart, Mequinenza, 16 de noviembre de 1705.

bélica demandaba al bando borbónico dividir esfuerzos entre dos frentes: la frontera portuguesa y el asedio de Barcelona.

4. Primera capitulación y ascenso en el escalafón

El 2 de febrero arribaron a Valencia tropas inglesas y catalanas al mando del general Peterborough, relegando a Basset a un segundo plano en el generalato austracista (Pérez Aparicio, 2009b: 154). Dos días antes, Mahoni habría recibido órdenes del duque de Arcos, virrey de Valencia, para dirigirse desde Paterna hacia Murviedro[46]. Al llegar junto con su regimiento y doscientos caballos, divisó al ejército enemigo en Almenara y organizó la persecución de los migueletes que ocupaban Murviedro. Aun así, el estado de las fuerzas a su cargo dificultaba el mantenimiento de una posición segura: la cantidad de heridos, la escasa disponibilidad de caballos y la falta de cebada condicionaban fuertemente sus posibilidades. Al día siguiente, la conservación del territorio ganado se había tornado casi imposible, máxime si se consideraba que Peterborough se hallaba en la entrada de Murviedro junto con el regimiento de Rafael Nebot, oficial borbónico que en diciembre de 1705 se había rebelado contra Felipe V, y campesinos locales (Albareda Salvadó, 2010: 186-187). En dicha tesitura, Peterborough ofreció nombrar a Mahoni como teniente general del ejército de Carlos III de Austria, estar al mando de cuatro mil hombres («oficiales y soldados de su nación y religión»), obtener dos mil pistolas en mano y gozar de rentas en Ámsterdam o Venecia bajo la garantía del emperador o el príncipe Eugenio de Saboya. Mahoni, argumentando que Peterborough creía que él se comportaría igual que el «indigno traidor» Nebot, rechazó la oferta. Tras esta negativa, se procedió a la firma de la capitulación, en la cual se establecía que los locales no sufrirían daño alguno y que sus haciendas permanecerían indemnes, que los enfermos y heridos serían bien tratados y que la guarnición derrotada partiría al día siguiente (3 de febrero) para juntarse con el duque de Arcos en Torrente.

El siguiente destino de Mahoni fue Madrid, donde llegó el 12 de febrero por orden del conde de las Torres para exponer a Felipe V el estado de la situación en Valencia (Díaz Paredes, 2022: 320). En paralelo a su arribo, Bourke se encargaba de defender la actuación de su paisano. En una de sus misivas a Chamillart, afirmaba que «cumplió allí [Murviedro] con su deber, salió de la situación con gran conducta, destreza y valor»[47]. Más aún, Bourke sostenía que si Mahoni hubiese recibido ayuda de las tropas borbónicas estacionadas en Sorrento la entrada de Peterborough hubiese sido más dificultosa[48]. Por otra parte, el informe del oficial a Chamillart no

46. El relato de los sucesos en Murviedro constituyó el núcleo de la carta de Mahoni a Grimaldo fecha el 5 de febrero desde Torrente. AHN, Estado, legajo 296.

47. SHD, GR 1 A 1976, carta n.º 98 de Bourke a Chamillart, Madrid, 12 de febrero de 1706.

48. SHD, GR 1 A 1976, carta n.º 106 de Bourke a Chamillart, Madrid, 17 de febrero de 1706.

difería, en gran medida, del que había sido remitido a Grimaldo, aunque sí agregaba una razón adicional a su estancia en la corte –«la campaña en Madrid vale por tres contra los enemigos»– y recordaba la petición de licencia que se le había garantizado[49]. Asimismo, Mahoni permanecía expectante frente a la posibilidad de ser nombrado mariscal de campo[50]. Por lo pronto, el irlandés debió conformarse con la orden de prestar ayuda a los obispos de Orihuela y Murcia para contribuir a calmar los ánimos de «campesinos sin disciplina y oficiales sin subordinación». La situación de su familia en Saint Germain, por otra parte, lo forzaba a pedir algún tipo de auxilio y la continuación de la remesa de 1000 francos, únicos ingresos que su esposa e hijos podían recibir. En relación con ello, sería factible suponer que el encuentro con su familia era uno de los motivos por los cuales imploraba que, una vez contribuido a la causa de los obispos, «aliviase la crueldad de sus circunstancias prometiendo retirarme de una vez por todas de este país»[51].

El tan anhelado ascenso a mariscal de campo se materializó el 25 de febrero, unos días antes de su partida hacia la región murciana[52]. La primera parada de Mahoni fue Villena, desde donde escribió a Grimaldo que la situación era crítica[53]. Tras ponderar la relevancia del sitio y la imposibilidad de conservarlo, dada la falta de caballería, solicitaba que se le enviase su regimiento junto con trescientos caballos, debido a que, de lo contrario, no solo no podría atacar a los enemigos, sino que no habría forma siquiera de organizar una defensa. Unas semanas más tarde, Mahoni avanzaba sucesivamente sobre Cofrentes, Mogente, Vallada, Montesa y Enguera, ocupando dichas villas y tomando los respectivos castillos[54].

5. La defensa del castillo de Alicante y la retirada a Cádiz

Al igual que los sucesos de Cremona y Murviedro, el papel de Mahoni en Alicante representó una bisagra en su carrera militar. Por referencias indirectas, es posible deducir que su arribo se produjo a comienzos de marzo y que, pocos días después, fue nombrado gobernador militar del enclave costero[55]. Según la declaración del propio irlandés dirigida a Grimaldo un año después de los acontecimientos, «apenas llegué […] sabiendo que dentro de él [lugar amenazado] había varios infidentes […] me pareció tomar exactísimos informes se los sujetos más sospechosos y de monta […]», en cuya labor colaboraron el cónsul francés y

49. SHD, GR 1 A 1976, carta n.º 107 de Mahoni a Chamillart, Madrid, 17 de febrero de 1706.
50. SHD, GR 1 A 1976, carta n.º 106 de Mahoni a Chamillart, Madrid, 17 de febrero de 1706.
51. SHD, GR 1 A 1976, carta n.º 107 de Mahoni a Chamillart, Madrid, 17 de febrero de 1706.
52. AGM, Libro de Registro n.º 71, folio 140.
53. AHN, Estado, legajo 296, Villena, 28 de febrero de 1706.
54. BNF, *Gazette,* Madrid, 16 de abril de 1706, p. 210.
55. AHN, Estado, legajo 190. El documento a partir del cual se hace la mencionada deducción es el conjunto de cartas de vecinos que «por marzo del año pasado de 1706 fueron mandados pasar a Orán, desde donde se les ha encaminado al castillo de […] y desde allí escriben».

eclesiásticos de la Iglesia Colegial[56]. En total, diez hombres acusados de cargos tan diversos como «favorecer al partido contrario», «[mantener] estrecha comunicación con los padres capuchinos» y «[demostrando] una suma aversión a que se conservara el lugar, queriendo se entregara luego», fueron enviados a Cartagena para, allí, embarcarlos con dirección a Orán, presidio en el que permanecieron, por lo menos, hasta enero de 1707.

Por aquel entonces, el avance de Basset y Peterborough en el interior valenciano representaba una seria amenaza para las escasas posesiones borbónicas en un contexto general favorable a la causa aliada. De forma indirecta, Mahoni propició el cambio de bando en una de las villas que debía defender. Al comenzar la guerra, el marqués de Rafal, gobernador de Orihuela, mostró una fidelidad indefectible a Felipe V. En diciembre de 1705, la amenaza de las tropas imperiales motivó el envío de tropas a Alicante, lo que consecuentemente diezmaba la capacidad defensiva de Orihuela. Los recurrentes ruegos a Felipe V fueron en vano, dejando a la ciudad librada a su propia suerte. En tal contexto, el 26 de marzo Mahoni ordenó a Rafal que enviara todas las fuerzas a su cargo para contribuir a la defensa de Villena (donde se hallaba el cuartel general), a lo que se sumó tres días más tarde otra misiva reclamando un subsidio de quinientos doblones (marqués de Rafal, 1910: 35-38). Acto seguido, Rafal se acercó hasta Elche, donde se hallaba Nebot. Tras una breve deliberación, el gobernador acordó la sumisión y se procedió a la proclamación pública de Carlos III (Kamen, 1972: 312).

La mencionada desafección no pudo menos que dificultar más aún, si cabía, la situación de Mahoni. Al mismo tiempo que intercambiaba correspondencia con Rafal, el irlandés recibía órdenes de Grimaldo de organizar la defensa de Alicante, dado que el gobernador local, marqués del Bosque, había recibido información de que la flota enemiga se hallaba en Valencia aguardando la llegada del archiduque[57]. La confianza de Mahoni, por otra parte, se mantenía imperturbable, tal como lo demuestra la carta del 25 junio enviada a Bourke y redirigida a Chamillart. Allí, aseguraba que «[defenderé] esta plaza o la [perderé] con mi regimiento, que es el mejor que el rey católico tiene a su servicio»[58]. Sus preocupaciones iban desde los movimientos rebeldes en Cartagena y el interior valenciano hasta las naves enemigas que se divisaban en Altea. A pesar de su voluntad, el escaso ánimo que tenía sobre la guarnición de napolitanos que lo acompañaban en el castillo de Alicante y la escasez de medios lo inducían a creer que la defensa costaría «más sangre que en Alcántara»[59].

56. AHN, Estado, legajo 190, Carta de Mahoni a Grimaldo, Madrid, 9 de febrero de 1707. El informe incluye los nombres de los acusados, así como también parte de sus declaraciones.
57. AHN, Estado, legajo 504, Madrid, 13 de junio de 1706.
58. SHD, GR 1 A 1977, carta n.º 217 de Bourke a Chamillart, Jadraque, 2 de julio de 1706.
59. AHN, Estado, legajo 281, Alicante, 30 de junio de 1706.

Al igual que en Murviedro, Mahoni tuvo la oportunidad de evitar el asedio y la invasión a cambio de una capitulación forzada. Los días que precedieron al comienzo del bombardeo del castillo de Alicante estuvieron signados por el intercambio de correspondencia entre Mahoni y tres oficiales ingleses: el almirante John Leake, el vicealmirante George Byng y el ya referido comandante lord Peterborough. En su carta del 26 de junio, Leake comentaba que tenía el poder para negociar si es que advertía cierta predisposición, aunque no podía ayudarlo si la intención de Mahoni era resistir[60]. Byng, quien le escribió el 29, afirmaba que solo pretendía dialogar[61]. A diferencia de los primeros, las palabras de Peterborough tenían una relación directa con lo que había acontecido en Murviedro el año anterior[62]. En su opinión, Mahoni se hallaba rodeado por enemigos y con aliados inútiles e imprevisibles. En su primer encuentro, recordaba, «el horror o los asuntos con Francia» habían impedido al irlandés considerar las propuestas del comandante inglés; ahora, sabiendo que Felipe se hallaba en Navarra, Peterborough no veía salida alguna excepto pactar[63]. La propuesta consistía en llegar a un acuerdo en Jativa para así evitar el tipo de castigos que habían recibido Villena y Requena. En su respuesta del 5 de julio, Mahoni fue tajante: «ninguna revolución en ningún reino por alterar [mis] principios»[64]. Entre otros argumentos para justificar su negativa, el irlandés agregaba que Villena tenía órdenes de resistir y que Felipe V ya había abandonado la capital en otra ocasión. Por otra parte, fuentes coetáneas confirman las esperanzas depositadas en las habilidades del militar irlandés. Si Bourke aseguraba a Torcy que Mahoni «daría pruebas de su celo y capacidad» y «reduciría a la obediencia a Cartagena y todos los sitios que han reconocido la usurpación [del trono]»[65], el *Mercure Gallant* sugería que

> si Peterborough, con sus tropas, marcha a Madrid, Mahoni con su regimiento y el generoso y fiel arzobispo de Murcia con sus tropas, que se le unirán a toda costa, obrarán con éxito y sin obstáculos y regresarán a la obediencia del rey las ciudades y los pueblos que han tenido la debilidad de someterse al usurpador[66].

La encarnizada resistencia de Mahoni favoreció el desembarco enemigo en Alicante, el cual tuvo lugar el 5 de agosto. La retirada de la guarnición al castillo coincidió con el permanente bombardeo, del cual el mariscal de campo se quejaba

60. BL, MS Carte 209, 555r., Carta enviada a bordo del buque «Prince George».
61. BL, MS Carte 209, 556r., Carta enviada a bordo del buque «Royal Ann».
62. BL, MS Carte 209, 553r.-553v., Valencia, 3 de julio de 1706.
63. Mientras Felipe V regresaba a Madrid a través del camino de Navarra tras el intento fallido por tomar Barcelona en abril, el marqués de Galway y el marqués das Minas lograron entrar juntos con sus tropas el 27 de junio. Unos días antes, la reina, la Corte y todos los órganos de gobierno abandonaron la capital y se retiraron más al norte, a Burgos (Albareda Salvardó, 2010: 192).
64. BL, MS Carte 209, 553v.
65. AMAE, 37CP/160, f. 41v.
66. BNF, *Mercure Gallant*, Jadraque, 12 de julio de 1707, pp. 323-324.

frente a Grimaldo: «Yo duermo debajo de unas vigas sobre un peñasco que solo pueden preservar los golpes de los cascos pero no el de las bombas». A la escasez de medicamentos, paños para hilar e instrumentos de cantería se añadía el saqueo por parte de los soldados ingleses (los cuales dejaron únicamente dos iglesias en pie) y la falta de víveres. Desde la perspectiva de Mahoni, la preservación de Alicante era igual de importante que una eventual rendición de Barcelona, dado que, de lo contrario, los enemigos podrían afianzar sus posesiones en el reino de Valencia, conquistar territorios en Murcia y la provincia de Cuenca e ingresar por Toledo hasta Madrid, lo que se complementaría con el paso libre hacia Andalucía y el avance sobre los puertos más relevantes en la costa mediterránea[67].

Para comienzos de septiembre, la situación era apremiante[68]. Muy rápidamente surgieron diferencias entre Mahoni y los integrantes de los tres regimientos napolitanos acuartelados en el castillo: Dentici, Caracholi y Mariconda (marqués de Rafal, 1910: 44). Tanto los tres coroneles como los soldados italianos, «enemigos de dentro», eran partidarios de la capitulación, la cual justificaban afirmando que no era justo que Mahoni, un hombre *sans feu ni lieu*, fuese hecho teniente general «a costa de la vida, libertad y lengua de tantos otros de la nobleza de Nápoles». Asimismo, el militar irlandés aseguraba recibir amenazas frecuentes de diverso tipo: desde ser golpeado con un garrote en caso de continuar con su obstinada defensa hasta recibir acusaciones de entregar el castillo a cambio de ser nombrado *lord* de Inglaterra. De sus palabras se deduce que pocos días antes había negociado una capitulación con Byng, la cual, por otra parte, fue aceptada por la guarnición sin quejas. Tanto el marqués del Bosque, gobernador local, como la nobleza alicantina increparon a los napolitanos acusándolos de traidores y cobardes, lo que en nada modificó su actitud. Tras la capitulación, firmada el 8 de septiembre, la guarnición comenzó su retirada hacia Cádiz (Echarri Iribarren, 2014: 7-8).

El 19 de septiembre tuvo lugar el desembarco en el puerto gaditano. El día siguiente, Mahoni y los soldados a su cargo fueron recibidos en el Puerto de Santa María por el marqués de Villadarias, capitán general de Andalucía. La acogida no podría haber sido menos cálida: Villadarias no ofreció ningún tipo de sustento para los soldados bajo la premisa de que Mahoni había arribado junto con 257 oficiales y 140 soldados solicitando cuartel, pero sin mediar orden, según lo cual el marqués interpretaba que no estaba obligado a dárselo (Díaz Paredes, 2022: 322). Al mismo tiempo, Villadarias insistía con que la guarnición no gozaría de alojamiento hasta que la población local no fuese indemnizada por los daños cometidos durante el sitio de Gibraltar[69]. Paralelamente, Mahoni recordaba que no

67. AHN, Estado, legajo 504, Alicante, 14 de agosto de 1706.

68. AMAE, 37CP/165, ff. 173-176, Carta de Mahoni a «mi querido primo», Alicante, 7 de septiembre de 1706. En su ya referida semblanza sobre Bourke, Kearney Walsh indica que él y Mahoni eran primos (1995: 147).

69. AMAE, 37CP/165, ff. 229-231, Carta de Mahoni a Torcy, Cádiz, 27 de septiembre de 1706.

cobraba su sueldo desde febrero pasado y que tenía una deuda de cien pistolas, a la cual se le sumó una nueva que contrajo con Richard Hore, comerciante oriundo de Waterford que estaba afincado en Cádiz[70]. En sus palabras,

> [estoy] bien cansado de las miserias que sufro, no ser pagado, obligado a pedir [dinero] prestado para sostener y conservar un regimiento que sin exageración ha hecho mejor que cualquier regimiento español. Temo que el maltrato supere su pasión[71].

Aun en una coyuntura tan apremiante, Mahoni mantenía como objetivo principal ofrecer su ayuda a Luis Antonio de Belluga y Moncada, obispo de Cartagena[72]. Tras solicitar un préstamo de 185 doblones en Cádiz y un socorro de seis mil reales de vellón en Sevilla a cargo de la Real Hacienda, el militar irlandés arribó a Granada el 12 de octubre. Tal como había acontecido con anterioridad, las pretensiones personales se entremezclaban con el cumplimiento de las órdenes recibidas. Por aquel entonces, Mahoni poseía el rango de mariscal de campo. Luego de los hechos del castillo de Alicante, el propio militar había solicitado una muestra de la gratitud real. A pesar de que ciertos conocidos habían intercedido frente a Felipe V con el fin de lograr su ascenso al cargo de teniente general, el rey había desistido de hacerlo, decisión que Mahoni atribuía a las posibles quejas que recibiría por parte de otros oficiales de su mismo rango, pero con mayor antigüedad e, incluso, de quienes habían sido promovidos con él. En función de ello, Mahoni solicitaba una encomienda, hábito o título sobre «el país rebelde de Valencia, si fuese posible Alcoy», cuya expugnación comenzaría con gusto. Para reforzar su petición traía a colación los ejemplos del conde de las Torres, quien había recibido el título de marqués de Cullera, y otro militar irlandés llamado Enrique Nugent de Colaimbert, teniente coronel del regimiento del príncipe de D'Armstadt que se había destacado en la defensa de Barcelona en 1698 y que había recibido los títulos de vizconde de Colaimbert y conde de Valdesoto[73].

70. SHD, GR 1 A 1978, carta n.º 115 de Mahoni a Chamillart, Cádiz, 30 de septiembre de 1706.
71. AMAE, 37CP/165, ff. 229-231, Carta de Mahoni a Torcy, Cádiz, 27 de septiembre de 1706.
72. AHN, Estado, legajo 300, Sevilla, 5 de octubre de 1706.
73. AHN, Estado, legajo 300, Carta de Mahoni a Grimaldo, Granada 12 de octubre de 1706. La historia de Nugent es reveladora sobre cómo las circunstancias bélicas podían poner en discusión las lealtades y las fidelidades construidas previamente. Oriundo del condado de West Meath, durante el período 1690-1691 luchó en el bando de Jacobo II, aunque tras la toma de Limerick se unió al regimiento irlandés bajo el mando del príncipe Jorge de Hesse-Darmstadt. Luego de su destacada actuación en la defensa de Barcelona y el consecuente reconocimiento de Carlos II, el estallido del conflicto sucesorio lo llevó a posicionarse en el bando del archiduque Carlos de Austria. En agosto de 1704 fue nombrado gobernador de Gibraltar por el príncipe Jorge, pero murió pocos meses tarde, el 9 de noviembre, luego de recibir una herida mortal mientras defendía del peñón del ataque del marqués de Villadarias. Al respecto, *veáse* Parnell (1888: 51-58) (second period. Gibraltar, 1704-1705); Ruvigny (1909: 128).

6. Octubre de 1706-enero de 1708: avance borbónico sobre Valencia

Mahoni llegó a Murcia del 20 de octubre, desde donde se dirigió a Orihuela, primero, y Elche, después. Allí, se encontró con el duque de Berwick, quien se acercaba desde Villena, y con el resto de su regimiento, «falto de caballos y de confianza en algunos soldados y oficiales»[74]. En aquellas semanas, presumiblemente a mediados de octubre, Mahoni obtuvo el tan deseado reconocimiento por parte de Felipe V, quien le dio el título de conde «en consideración por la defensa que hizo en Alicante»[75]. Un mes más tarde, ya en Cartagena, Mahoni pedía a Grimaldo que le agradeciera al rey la «honra y merced de título con que se ha dignado expresar su real agrado»[76]. Esa correspondencia, sin embargo, contrastaba con la opinión que el propio irlandés expresaba en otra carta fechada el mismo día. En ella, argumentaba que el título era «sin renta» y que él era «un pobre oficial sin las riquezas que publican en mí las malas lenguas». En consecuencia, solicitaba que le fuese entregada una de las nueve encomiendas repartidas[77]. Pocas semanas más tarde, recibió una compensación de otro tipo: Felipe V le nombró gobernador de Cartagena (Guillamón Álvarez y Muñoz Rodríguez, 2007: 103)[78].

Tras una estancia de un mes en Madrid, el oficial irlandés emprendió el regreso hacia Cartagena[79]. Lo hizo, por otra parte, al mismo tiempo que su propio regimiento se dirigía a Cádiz[80]. Los movimientos de Mahoni durante los meses de febrero, marzo y abril estuvieron signados por traslados frecuentes entre Cartagena,

74. AHN, Estado, legajo 504, Carta de Mahoni a Grimaldo, Murcia, 27 de octubre de 1706.

75. BNF, *Gazette*, Villena, 16 de octubre de 1706, p. 547; Madrid, 9 de noviembre de 1706, p. 571. La edición de *Mercure Gallant* de diciembre de 1706 (pp. 171-172) describía el reconocimiento de la siguiente forma: «[…] El rey entregó a Mahoni un título de Castilla para él y sus hijos. Sirvió en los ejércitos de Su Majestad Católica desde el comienzo de la presente guerra y en el asunto de Cremona, donde fracasó la empresa del príncipe Eugenio de Saboya y donde el Sr. Mahoni se distinguió de una manera en que toda Europa habló con admiración […] En efecto, el título con que Su Majestad Católica le honró es de muy grande distinción en España y solo se concede ordinariamente a personas que han prestado grandes servicios o que son de nacimiento considerable […]».

76. AHN, Estado, legajo 237, Carta de Mahoni a Grimaldo, Cartagena, 29 de octubre de 1706 (I).

77. AHN, Estado, legajo 237, Carta de Mahoni a Grimaldo, Cartagena, 29 de octubre de 1706 (II).

78. La fecha del nombramiento es incierta, aunque la documentación consultada permitiría deducir que fue durante la primera semana de noviembre: en la edición de *Gazette* del 22 de noviembre se indica que «el rey le ha dado a Mahoni, mariscal de campo, la gobernación de Cartagena» (p. 594), información confirmada por el propio Mahoni en una carta a Chamillart fechada el 20 de diciembre, aunque aludiendo a que fue el duque de Berwick quien lo designó (SHD, GR 1 A 1978, carta n.º 84).

79. Según Bourke, Mahoni estaba en Madrid desde el 7 de enero. Madrid, 10 de enero de 1707. Carta a Chamillart (SHD, GR 1 A 2048, carta n.º 30).

80. SHD, GR 1 A 2048, carta n.º 69 de Bourke a Chamillart, Madrid, 24 de enero de 1707. AMAE, 37CP/166, ff. 123-124, Carta de Bourke a Torcy, Madrid, 25 de enero de 1707.

Murcia, Orihuela y Elche con el objetivo de afianzar la defensa y facilitar la provisión de bienes para las fortificaciones[81].

En este contexto, la batalla de Almansa, acontecida el 25 de abril de 1707, constituyó uno de los acontecimientos más decisivos del conflicto[82]. Las fuerzas borbónicas, lideradas por el duque de Berwick, estaban compuestas por 52 batallones y 76 escuadrones de caballería. Las aliadas, bajo el mando de lord Galway y el marqués das Minas, presentaban 44 batallones y 57 escuadrones de caballería. Pese a las dificultades para hacer una equivalencia en soldados, las últimas estimaciones sugieren que el bando borbónico desplegó en Almansa cerca de 34.000 hombres frente a los poco menos de 20.000 que componían el ejército enemigo (Díaz Paredes, 2022: 330). Los dragones irlandeses, que habían llegado desde Cartagena, estaban encargados de cubrir el ala izquierda de la segunda línea de infantería, la cual estaba integrada por regimientos franceses[83].

La victoria en Almansa fue el primer paso del avance de las fuerzas filipinas en el interior de la región valenciana. Las capitulaciones se fueron sucediendo a medida que los duques de Berwick y Orléans avanzaban. Requena, Buñol y Chiva cayeron los primeros días de mayo. Todos estos movimientos adelantaron la rendición de la ciudad de Valencia, acontecida el 8 del mismo mes (García Cárcel, 2009: 58-59).

Los meses siguientes fueron, quizás, los más intensos en la carrera militar de Mahoni al servicio de Felipe V. El 27 de abril partía junto a Charles François Bidal, marqués D'Asfeld, con dirección a Fuente de la Higuera. La primera ciudad que sufrió el embate del general francés fue Játiva, que cayó el 24 de mayo tras tres semanas de asedio. Se trató de un caso paradigmático de la represión borbónica puesto que D'Asfeld ordenó la evacuación e incendio de la ciudad, además de la confiscación de monasterios y edificios eclesiásticos (González Cruz, 2012: 133; Pérez Aparicio, 2019).

Unas semanas después, el 5 de junio, Mahoni se hacía con el control de Alcira siguiendo el objetivo de reducir a los enemigos ubicados al sur del río Júcar y hasta Alicante (O'Callaghan, 1886: 249)[84]. Evidentemente su conducta durante el asedio se alejó de lo que solía suceder en aquel tipo de incursiones, dado que su actuación «derivó en críticas sin conocer los detalles de su situación»[85]. En concreto, Mahoni «había dejado los vecinos a disposición» y la guarnición fue evacuada

81. AHN, Estado, 317, Cartas de Mahoni a Grimaldo, Murcia, 27 de febrero de 1707; Cartagena, 28 de febrero de 1707; Murcia, 15 y 22 de marzo de 1707.

82. Sobre la batalla de Almansa, veáse Díaz Paredes (2022).

83. *Relación diaria y singular de la gran batalla que dieron las armas del Rey nuestro Señor en los campos de Almansa, el día 25 de abril de este año de 1707 hasta la feliz restitución de los reynos de Valencia y Aragon, y todo lo sucedido hasta el día de hoy 14 de julio, con las listas de prisioneros y heridos de los enemigos*, p. 3.

84. SHD, GR 1 A 2049, n.º 107, Carta de Bourke a Chamillart, Madrid, 6 de junio de 1707. AMAE, 37CP/168, ff. 212-213, Carta de Bourke a Torcy, Madrid, 6 de junio de 1707.

85. SHD, GR 1 A 2049, s/n, Carta de Bourke a Chamillart, Madrid, 13 de junio de 1707.

bajo capitulación con «las ordinarias honras de la guerra» a Cataluña, pasando antes por Aragón para ponerse a disposición del duque de Berwick[86]. Según Bourke, las disposiciones adoptadas respondían a numerosos factores, entre los cuales cabía mencionar las «pocas tropas y muchos puestos considerables para atacar y defender»; el hecho de que «los rebeldes entre el Júcar y Alicante animarán al sur la resistencia de Játiva y Alcira»; que Basset, los migueletes y tropas regulares se dirigían a defender dichos sitios, y que el objetivo final consistía en bloquear Alicante antes de que los aliados pudieran desembarcar la ayuda inglesa que esperaban del norte[87]. Bajo estas premisas, la decisión del mariscal de campo irlandés parecía responder más al pragmatismo propio de un oficial preocupado por avanzar en territorio enemigo antes que al de uno atado a las costumbres en el campo de batalla. Prueba de ello es que, incluso teniendo órdenes del duque de Berwick de enviar a todos los habitantes como prisioneros a la Mancha y quemar la villa, Mahoni solo se limitó a dejar en Alcira un oficial de su regimiento y a 150 hombres de guarnición en el castillo[88].

La última semana de junio fueron reducidos «todos los sitios ocupados por rebeldes entre Játiva y Denia», siendo Gandía y Oliva las plazas más importantes[89]. Ello había sido posible por las capitulaciones que había concedido a las guarniciones enemigas en Játiva y Alcira: al no tener que preocuparse por la presencia de soldados enemigos en aquellos sitios, podía focalizar toda su atención en la recuperación de las plazas costeras bajo control aliado[90].

Durante el verano Mahoni osciló entre Gandía y Denia. Dicho período estuvo marcado, en primer lugar, por nuevos pedidos de reconocimiento: desde vizcondados sobre la villa de Alcoy como recompensa por la rendición de Alcira o pensiones sobre Cartagena «atendiendo a la necesidad de mi esposa en hijos»[91], pasando por la recomendación del duque de Gandía a Felipe V dado que «conocerá bien que los buenos servidores del rey estamos abandonados de medios de que otros abundan tal vez con menos méritos»[92], hasta la solicitud de «alguna señal de la real magnificencia» por la toma del castillo de Játiva[93]. En ocasiones, las demandas de Mahoni traían consigo sospechas en torno a la idea de que la supuesta

86. AHNT, Osuna, CT. 137, D1, Játiva, 12 de junio de 1707.
87. SHD, GR 1 A 2049, s/n, Carta de Bourke a Chamillart, Madrid, 13 de junio de 1707.
88. SHD, GR 1 A 2049, n.º 138, Carta de Bourke a Chamillart, Madrid, 20 de junio de 1707. AMAE, 37CP/168, ff. 268-269, Carta de Bourke a Torcy, Madrid, 20 de junio de 1707.
89. AMAE, 37CP/168, s/n, Carta de Bourke a Torcy, Madrid, 27 de junio de 1707.
90. SHD, GR 1 A 2049, n.º 149, Madrid, 29 de junio de 1707.
91. AHN, Estado, legajo 508, Carta de Mahoni a Grimaldo, Denia, 7 de julio de 1707.
92. AHNT, Osuna, CT. 137, D1, Carta de Mahoni al duque de Gandía, Játiva, 12 de junio de 1707.
93. AHN, Estado, legajo 508, Carta de Mahoni a Grimaldo, Játiva, 12 de junio de 1707.

ausencia de reconocimiento por parte de Felipe V surgía de un intento deliberado por mantenerlo lejos de los círculos de poder[94].

En segundo lugar, a lo largo del mes de julio se advirtió la posibilidad de que Mahoni pudiese tomarse licencia para pasar a servir a Flandes bajo el mando del duque de Baviera. A pesar de que el propio militar irlandés insistía a Grimaldo con esa posibilidad (siempre y cuando retuviese su título de mariscal de campo y su regimiento), otros dos personajes solicitaban encarecidamente que no obtuviese la gracia real[95]. Desde Denia, Pedro Borgoño Remiro comentaba al duque de Gandía que la ausencia de Mahoni sería dañina porque «faltando su grande conocimiento de sujetos y buena distribución no nos quedará ningún alivio a los buenos»[96]. Por su parte, Félix Visedo, capellán jesuita, argumentaba que su partida irritaría tanto a soldados y oficiales, «que le aman como si fuese padre de cada uno», como a los paisanos, «que con solo Mahoni se contentan»[97].

En tercer lugar, la presencia de soldados y oficiales del regimiento de Mahoni, así como también su conducta, fueron objeto de crítica por parte de las pequeñas comunidades de Gandía y Oliva. Tal como ha sugerido González Cruz, la cercanía de los ejércitos despertaba rechazo entre la población civil, principalmente por la carga que representaba en términos del alojamiento y los víveres que se debían proporcionar a los soldados (2012: 134). El 27 de junio de 1707, por ejemplo, Luis Jerónimo Pastor escribía que, junto con la contribución de quinientos doblones que Mahoni había exigido a Gandía, la ciudad debía soportar el alojamiento de «cerca, si no excede más, de diez mil hombres y dos mil caballos que han consumido más de la mitad de la cosecha de trigo»[98]. Un mes más tarde, los jurados de Gandía informaban al duque sobre que los cabos continuaban aprovechándose de los recursos locales. No obstante, D'Asfeld había abandonado la ciudad[99]. El comportamiento de algunos miembros del regimiento molestó particularmente al padre Antonio Borja, quien criticaba la admisión de desertores que vivían «como

94. Por ejemplo, el 19 de septiembre escribía a Grimaldo que, habiendo tomado conocimiento de que el conde de Charny había sido nombrado gentilhombre de cámara, no podía menos que sospechar que había en él «algún demérito que [lo] hacía indigno de esta gracia». La situación «[lo tenía] inquieto y poco menos que dudoso de la gracia de Su Majestad» e incluso llegaba al punto de cuestionar la fidelidad de Grimaldo puesto que «no lograr este [favor] por la misma mano engendra vivísima sospecha de que hay alguna otra que la estorba y que tal vez es más poderosa la emulación que la verdad». AHN, Estado, legajo 508.

95. AHN, Estado, legajo 508, Carta de Mahoni a Grimaldo, Denia, 7 de julio de 1707.

96. AHNT, Osuna, CT. 124, D30, Carta de Pedro Borgoño Remiro al duque de Gandía, 6 de julio de 1707.

97. AHNT, Osuna, CT. 163, D63, Carta de Félix Visedo al duque de Gandía, 6 de julio de 1707.

98. AHNT, Osuna, CT. 142, D2, Carta de Luis Jerónimo Pastor al duque de Gandía.

99. AHNT, Osuna, CT. 133, D5, Carta de los jurados y justicia de Gandía al duque, Gandía, 1 de agosto de 1707. D6, Gandía, 8 de agosto de 1707.

luteranos» y que «deshonraban mujeres sin temor de Dios»[100]. Asimismo, Borja reprochaba la conducta del propio Mahoni al indicar que hacía pagar a los vasallos los caballos que huían. Todo lo anterior llevaba al eclesiástico a sugerir que el regimiento de dragones era más nocivo que útil y que, de leer todos los memoriales que había remitido, Felipe V no tendría otra opción más que desterrarlo. En respuesta, Mahoni coincidía en que «las tropas traen siempre gran incomodidad consigo y que […] aunque siendo amigos los soldados, no son buenos alrededor […]», pero justificaba sus acciones tras comprobar que los vasallos de Oliva y Pego eran de «mala calidad» y que los medios, «así de benignidad como de rigor», no habían bastado para apartarlos de la rebeldía.

Por último, es interesante notar las diferentes interpretaciones del poder ejercido por Mahoni como coronel de regimiento y gobernador de la región. En su correspondencia con el duque de Gandía, Mahoni contraponía la conducta de D'Asfeld, quien había exigido una contribución de mil doblones, con la suya propia: «[…] jamás hubiera consentido yo en semejante cosa; antes bien, mi ánimo era de buscar medio como aliviar aquellas familias que tan de corazón aman a su legítimo rey»[101]. El ya citado Visedo reforzaba esa imagen al contraponer un D'Asfeld tirano con la «dulzura y el buen genio de conde, que es el asilo de todos los afligidos». Esta visión idealizada de Mahoni contrastaba con la que poseían de él los habitantes de Oliva, sobre todo, después de que el mariscal de campo les exigió que pagasen cincuenta doblones bajo amenaza de que, si no lo hacían, uno de los jurados sería enviado a Játiva y el otro a Montesa[102]. No conforme con ello, Mahoni también advirtió que por cada soldado que fuese asesinado o tomado como prisionero, Oliva estaría forzada a pagar cien doblones. Para una villa que ya poseía una «grave extorsión», y cuyos vecinos carecían de medios para sembrar dada la falta de caballos y simientes, la situación era ya insoportable[103]. En síntesis, la actitud de Mahoni para con Oliva no podía menos que decepcionar a los jurados locales, quienes esperaban del irlandés «lo contrario de lo que experimentamos»[104].

El próximo objetivo de las fuerzas borbónicas consistía en recuperar Alicante, que se hallaba en manos aliadas desde agosto de 1706. Para ello, los hombres de Mahoni tomaron Bocairente, Cocetaina y Planes entre fines de agosto y comienzos de septiembre y establecieron base en Mogente. Según el oficial irlandés, el

100. AHNT, Osuna, CT. 127, D2-3, Carta del padre Antonio Borja a s/r, Gandía, 30 de agosto de 1707.

101. AHNT, Osuna, CT. 137, D2, Carta del conde Mahoni al duque de Gandía, Denia, 27 de junio de 1707 (II).

102. AHNT, Osuna, CT. 123, D12, Carta del doctor José Vicente Aguilar al duque de Gandía, Gandía, 12 de septiembre de 1707.

103. AHNT, Osuna, CT. 158, D26, Carta de los justicia y jurados de la villa de Oliva al duque, Oliva, 19 de septiembre de 1707.

104. AHNT, Osuna, CT. 158, D30-31, Carta de los justicia y jurados de la villa de Oliva al duque de Gandía, Gandía, 20 de septiembre de 1707.

camino a Alicante estaba liberado, aunque antes debían ocuparse Alcoy y Penaguila. Por lo pronto, Mahoni disponía la ocupación del castillo de Santa Pola, ordenaba la puesta en funcionamiento de los molinos de Elche y solicitaba tres regimientos de infantería y dos escuadrones de caballería para reforzar sus tropas[105]. Una semana más tarde, Mahoni comentaba a Grimaldo que la fortificación del castillo de Elche se había vuelto su prioridad[106]. Pedro Corbi fue dejado a cargo de la frontera con Alicante, donde los enemigos poseían mil doscientos reglados y dos mil migueletes provenientes de Cartagena, Orihuela, Murcia y Játiva[107]. Los últimos movimientos de Mahoni en la campaña levantina consistieron en el traslado a Cartagena para dialogar con los obispos sobre la defensa de la costa, el paso por el Vall de Gallinera y el regreso a Carcagente (O'Callaghan, 1886: 251)[108]. Para fines de 1707, entonces, el militar irlandés podía comunicar a Grimaldo que las fronteras de Elche, Alicante y Denia estaban cubiertas, Pego estaba demolida y continuaba la construcción de las fortificaciones de Oliva y Gandía[109].

7. Mahoni en Alcoy: última intervención antes del embarque a Sicilia

La conquista de Alcoy fue el hecho más relevante en el que Mahoni intervino en la primera mitad de 1708. Desde el 2 de enero, se hallaba frente a la ciudad con 6000 tropas regulares entre las cuales se incluían los regimientos irlandeses de Berwick, Bourke y Dillon, que durante los primeros años de la guerra habían servido en Francia (O'Callaghan, 1886: 261). En su relato sobre la conquista, Mahoni enfatizó la obstinación y la temeridad de los sitiados, que en conjunción con el terreno irregular y las fortificaciones que circundaban la villa dificultaron el asedio[110]. El 3 de enero llegó la artillería, el 4 se bombardearon las dos torres y el 5 avanzaron las tropas sobre la plaza. Tal fue el «diluvio de balas y granadas» por parte de los sitiados que los borbónicos debieron retirarse, dejando un saldo de casi 25 muertos y entre 90 y 100 heridos. Entre el 6 y el 8, tuvo lugar la reorganización de las fuerzas y la construcción de las baterías. Finalmente, el 9 se produjo el ataque y la conquista final. La guarnición prisionera, compuesta por 130 reglados y 35 oficiales, fue enviada a Almansa.

Las consecuencias del avance sobre Alcoy se percibieron muy rápidamente. En primer lugar, Mahoni se mostró confiado de que la reducción de los castillos

105. AHN, Estado, legajo 508, Carta de Mahoni a Grimaldo, Mogente, 25 de septiembre de 1707.
106. AHN, Estado, legajo 287, Carta de Mahoni a Grimaldo, Novelda, 2 de octubre de 1707.
107. AHNT, Osuna, CT. 151, D17, Carta de Pedro Corbi al duque de Gandía, Elche, 7 de octubre de 1707.
108. AHNT, Osuna, CT. 198, D46, Carta de Pedro Corbi al duque de Gandía, Elche, 23 de octubre de 1707.
109. AHN, Estado, legajo 287, Carta de Mahoni a Grimaldo, Carcagente, 14 de noviembre de 1707.
110. AHN, Estado, legajo 345, Carta de Mahoni a Grimaldo, Alcoy, 9 de enero de 1708.

de Játiva y Alcira, las dos heridas en el sitio de Denia y la vigilancia de la región valenciana inducirían al rey a otorgarle un nuevo adelantamiento o gratificación, razón por la cual se encomendaba a Grimaldo[111]. En segundo lugar, durante las dos semanas que siguieron a la mencionada conquista, Mahoni llevó a cabo un *raid* sobre el interior valenciano que le permitió tomar treinta y dos «burgos o villas» y por consiguiente extender los dominios, aumentar las rentas del rey y reforzar las guarniciones de Denia y Alicante[112]. En tercer lugar, Mahoni se preocupó por conseguir remuneraciones para algunos paisanos: entre otros, el mariscal de campo intercedía por Mateo O'Callaghan, teniente de su regimiento que contaba con catorce años de experiencia en el ejército de Felipe V, a lo que debía agregarse el período bajo las órdenes de Luis XIV. Había sido herido en la batalla de Almansa y, desde hacía cinco meses, se hallaba como comandante del castillo de Villena sin cobrar su sueldo[113].

8. ¿Destierro o una nueva oportunidad? Mahoni y su regimiento hacia Sicilia

En este contexto, ¿por qué se tomó la decisión de enviar a Mahoni a Sicilia? La misiva que el irlandés envió a Chamillart días antes de que le fuese anunciada su próxima misión es indicativa de que el malestar generalizado continuaba permeando su espíritu[114]. Su queja principal radicaba en que, aun después de tres años seguidos de asedios, traslados e incursiones en territorio enemigo, sentía que en España se prestaba poca atención a su celo y sus servicios. En relación con ello, Mahoni comentaba que no había recibido ni una de las ocho encomiendas que el rey había donado y de las que creía ser digno, al mismo tiempo que recordaba que el título de conde de Castilla era estéril. Asimismo, afirmaba que, dado que en el ejército español no era usual que se pagase a un oficial por dos empleos, Mahoni había debido optar por el sueldo de mariscal de campo sobre el de gobernador de Cartagena. Todo ello, además, habiendo recibido solo dos pagas como coronel en 1707.

Fue en este contexto de marcada insatisfacción que Mahoni recibió orden para embarcarse rumbo a Sicilia con su regimiento y cuatro batallones españoles. Su primera reacción fue mostrarse dispuesto a acatar la decisión real, aunque con resignación y sacrificando su salud «en un país del que desconoce tanto su costumbre como su lengua». Desde un primer momento, Mahoni apeló a Chamillart

111. AHN, Estado, legajo 345, Carta de Mahoni a Grimaldo, Callosa d'en Sarrià, 14 de enero de 1708. Carta de Mahoni a Grimaldo, Jávea, 29 de enero de 1708. Carta de Mahoni a Grimaldo, Alcoy, 5 de febrero de 1708.

112. SHD, GR 1 A 2104, carta n.º 35 de Bourke a Chamillart, Valencia, 24 de enero de 1708. AMAE, 37CP/178, ff. 103-104, Carta de Bourke a Torcy, Valencia, 24 de enero de 1708.

113. AHN, Estado, legajo 345, Carta de Mahoni a Grimaldo, Alcoy, 4 de febrero de 1708.

114. SHD, GR 1 A 2104, carta n.º 40 de Mahoni a Chamillart, Gandía, 29 de enero de 1708.

y Grimaldo para que intercedieran e intentaran revocar la decisión real. Entre los motivos que esgrimía para evitar la partida se encontraba el de que un regimiento como el suyo sería más útil «en lo principal que en una provincia remota e incierta», prefiriendo incluso servir en el continente americano antes que en el sur de la península itálica[115].

La opinión de Bourke iba en la misma dirección, aunque con otros argumentos[116]. Para él, la habilidad de Mahoni como oficial estaba fuera de discusión. Por el contrario, la dificultad radicaba en que era factible que el regimiento se perdiese por completo cuando los oficiales y soldados supiesen que el destino era Sicilia. Por otra parte, la utilidad del regimiento era mayor que la de un simple cuerpo del ejército filipino: la reputación del coronel atraía a numerosos desertores del ejército enemigo y atemorizaba a los rebeldes que aún rondaban en las cercanías de Valencia.

El 25 de marzo Mahoni llegó a Cartagena donde, de acuerdo con la información que había recibido, hallaría todo dispuesto para embarcar. La realidad era otra: «no había ni una onza de galleta, madera, agua u otro barco de escolta que la fragata "La Perla"» y las tropas partirían solo con dos meses de paga[117]. El periplo se había diseñado para que, partiendo de Cartagena el 12 de abril, el convoy hiciese una parada en Mazalquivir y, desde allí, continuase el rumbo hacia Sicilia[118]. Finalmente, Mahoni y sus tropas desembarcaron en Palermo el 28 de abril, habiendo hecho la parada intermedia en Cagliari (Ligresti, 2008: 322). Comenzaba, entonces, una nueva etapa en la carrera militar del oficial irlandés. En relación con ello, las posibles interpretaciones en cuanto a las intenciones de Felipe V al enviarlo a Sicilia no deben ocultar los sentimientos del propio Mahoni. Escribiendo desde Palermo, la lectura que hacía de los hechos recientes no dejaba lugar a dudas:

> Aquí está el teniente general don Lucas Espínola y en los pliegos que yo traje le vino la orden de Director General y como en ellos no ha venido para mí ninguna de las honras que V.S. me ofreció de parte del Rey para en llegando a este Reino, esto me afianza que el haber enviado pasar a él me da más muestras del destierro que de aquellas honras que yo esperaba recibir de Su Majestad en recompensa del celo con que he procurado servirle[119].

115. SHD, GR 1 A 2104, carta n.º 57 de Mahoni a Chamillart, Valencia, 18 de febrero de 1708.

116. SHD, GR 1 A 2104, carta n.º 60 de Bourke a Chamillart, Madrid, 20 de febrero de 1708. AMAE, 37CP/178, ff. 188-189, Carta de Bourke a Torcy, Madrid, 20 de febrero de 1708.

117. SHD, GR 1 A 2104, carta n.º 130, Carta de Mahoni a Chamillart, Cartagena, 2 de abril de 1708.

118. BNF, *Gazette*, Madrid, 10 de abril de 1708, p. 199.

119. Archivo General de Simancas, Estado, legajo 6117, Carta de Mahoni a Grimaldo, Palermo, 30 de abril de 1708.

9. Reflexiones finales

El objetivo del presente artículo ha sido presentar el *cursus honorum* de uno de los militares irlandeses más influyentes en la transición del siglo XVII al XVIII, temática que aún permanece inexplorada en su totalidad. El caso de Daniel Mahoni es particular dado que comparte características con el resto de oficiales (exilio, servicio en Francia, mudanza al ejército de Felipe V, movilidad permanente entre los frentes bélicos), pero, al mismo tiempo, destaca sobre el resto dado el grado que alcanzó en el escalafón militar, su liderazgo e influencia y la cantidad de batallas en las que intervino. Su caso, además, resulta paradigmático no solo dentro de la comunidad hibérnica, sino entre la oficialidad extranjera en general. Entre otros interrogantes, el ejemplo de Mahoni permite plantear preguntas sobre la transición de la oficialidad en el ejército de la monarquía de España entre los siglos XVII y XVIII; la presencia de oficiales generales suizos, franceses, italianos al servicio de Felipe V, o cómo influyó la guerra de Sucesión Española en la formación y la consolidación de los regimientos de nación.

La derrota del bando jacobita en 1691 representó un punto de inflexión en la vida de Mahoni dado que jamás regresó a su tierra natal. Durante los trece años siguientes construyó una imagen de un oficial fiel y diligente en el seno de las fuerzas francesas, cuyo cénit fue la batalla de Cremona. En este sentido, sería factible afirmar que la relación entre Mahoni y el ejército filipino data de ese mismo año puesto que, visto en retrospectiva, el frustrado proyecto para la formación de las *gardes irlandoises* fue el preludio de su nombramiento como coronel en el ejército español.

Al igual que para otras comunidades de extranjeros, la guerra de Sucesión Española supuso un punto de inflexión en las carreras de los militares irlandeses exiliados, quienes vieron en el servicio al joven monarca Borbón una oportunidad para ascender social y profesionalmente. Dicho escenario prometedor, no obstante, coexistía con las múltiples dificultades propias de una coyuntura bélica, tales como la tardanza en los pagos, el desabastecimiento, la deserción y la movilidad permanente. Así, la trayectoria de Mahoni y sus hombres durante los primeros años del conflicto dinástico muestra que la posibilidad de medrar en el ejército filipino no estaba exenta de tensiones, disputas y desavenencias permanentes.

Entre enero de 1704 y abril de 1708 Mahoni y su regimiento de dragones irlandeses se movieron por los diferentes frentes abiertos en el territorio español, siendo la frontera portuguesa, la región levantina y la corona de Aragón los más relevantes. Una visión general del desempeño de Mahoni demuestra que alternó actuaciones destacadas (la batalla de Almansa, la conquista de Alcoy o el avance sobre las villas lindantes con Valencia) con situaciones en que debió capitular (Murviedro o Alicante) o emprender retirada (Monsanto). En paralelo, Mahoni recibió mercedes y ascensos en el escalafón militar. El despacho del título de conde de Castilla y el ingreso en la orden de Santiago, por un lado, y el nombramiento como mariscal de campo, por otro, posibilitaron que Mahoni adquiriese

un rol protagónico entre la comunidad de militares irlandeses. Asimismo, no debe menospreciarse el rol de Toby Bourke como impulsor de los éxitos bélicos de su paisano ni la circulación de información en los ámbitos cortesanos, que podía poner condicionamientos al ascenso del militar irlandés.

La correspondencia de Mahoni muestra realidades contradictorias en cuanto a la percepción que él mismo tenía de su servicio. Más aún, es posible argumentar que su *cursus honorum* y sus reflexiones al respecto ilustran la lucha constante entre el deber militar y el deseo personal de reconocimiento y estabilidad. En este sentido, la correspondencia con diversos personajes aporta una dimensión personal al estudio de la trayectoria en cuestión, perspectiva que suele ser relegada, pero que permite adentrarse en los pensamientos, aspiraciones y frustraciones del oficial irlandés. En primer lugar, las cartas enviadas a Chamillart sugieren que Mahoni aborrecía cumplir sus funciones como militar en un territorio que consideraba ajeno y desconocido. Las recurrentes súplicas para regresar a Francia cuanto antes, el alejamiento de su familia asentada en Saint-Germain y las dificultades cotidianas de la vida como militar permiten afirmar que Mahoni no se sentía especialmente encantado por batallar en territorio español. Si a eso se le agregan ciertas muestras de desconcierto por la dinámica de ascensos y las diferencias con el sistema militar francés (por caso, el mantenimiento del grado de coronel para los oficiales extranjeros, aunque ascendieran en el escalafón), no sería erróneo pensar en el pedido de traslado a Flandes como una forma de tomar distancia del teatro bélico peninsular para acercarse a una realidad más familiar. Al mismo tiempo, Mahoni comprendía a la perfección que en la fidelidad a Felipe V y el buen desempeño en el campo de batalla residía la posibilidad de ascender socialmente y obtener las tan deseas muestras de reconocimiento. Como se ha visto, Grimaldo se convirtió en el vehículo de solicitudes y pedidos en un contexto marcado por la permanente búsqueda de engrandecimiento personal. De este modo, Mahoni se hallaba inmerso en una realidad que al mismo tiempo que lo incitaba a reclamar el regreso a Francia también le propiciaba oportunidades para ascender entre las élites militares borbónicas.

En este contexto, la orden del traslado a Sicilia alteró la dinámica que tanto Mahoni como su regimiento habían construido en los primeros cuatro años de servicio. La decisión real, que tomó por sorpresa al propio coronel, tuvo como primera respuesta una reacción negativa. Como se verifica en la correspondencia poco antes de partir, Mahoni pidió encarecidamente a Grimaldo y Chamillart que intercedieran para evitar dirigirse a un territorio desconocido y alejado del ámbito peninsular. Sin duda, la idea de «destierro» rondaba en los pensamientos de Mahoni cuando se le informó de su nuevo destino. Junto con ello, la amenaza de una deserción generalizada y la pérdida de un regimiento que había demostrado su valía en reiteradas oportunidades funcionaban como factores disuasorios. En otras palabras, el desembarco de las fuerzas irlandesas en Palermo significaba el comienzo de una nueva etapa tanto para el coronel como para el regimiento a su cargo. Sin embargo, lo que restaba por saber era si dicha oportunidad permitiría

confirmar el valor de los militares irlandeses al servicio de Felipe V o si, por el contrario, sería la excusa perfecta para poner en discusión la utilidad de los hombres de armas de dicha nación.

En conclusión, el estudio de la figura de Daniel Mahoni ilumina no solo sobre el recorrido de uno de los oficiales extranjeros más relevantes del ejército de Felipe V durante los primeros años de su reinado, sino que también contribuye a una mejor comprensión de la dinámica interna del ejército borbónico y de la importancia de los contingentes extrapeninsulares que se incorporaron en los albores del siglo XVIII. La historia de Mahoni es un reflejo de los sacrificios, estrategias y desafíos que enfrentaron los militares en una de los conflictos bélicos más trascendentales de la monarquía de España. Su trayectoria nos recuerda que, más allá de las victorias y derrotas en el campo de batalla, la guerra era también un escenario de aspiraciones individuales, luchas por el reconocimiento y decisiones difíciles que marcaron la vida de aquellos que participaron en ella.

10. Bibliografía

Albareda Salvadó, Joaquim (2010), *La Guerra de Sucesión de España (1700-1714)*, Barcelona: Crítica.

Andújar Castillo, Francisco (2003), «La privatización del reclutamiento en el siglo XVIII: el sistema de asientos», *Studia Historica. Historia Moderna*, 25, pp. 123-147.

Andújar Castillo, Francisco (2007), «Familias irlandesas en el ejército y la Corte borbónicas», en Enrique García Hernán y Óscar Recio Morales (coords.), *Extranjeros en el ejército. Militares irlandeses en la sociedad española, 1580-1818*, Madrid: Ministerio de Defensa, pp. 271-295.

Andújar Castillo, Francisco (2010), «Las naciones en el ejército de los Borbones», en D. González Cruz (coord.), *Extranjeros y enemigos en Iberoamérica. La visión del otro: del Imperio español a la Guerra de la Independencia*, Madrid: Sílex Ediciones, pp. 137-154.

Andújar Castillo, Francisco (2013), «Guerra, venalidad y asientos de soldados en el siglo XVIII», *Studia Historica: Historia Moderna*, 35, pp. 235-268.

Blanco Núñez, José María (coord.) (2016), *Presencia italiana en la milicia española*, Madrid: Ministerio de Defensa.

Bragado Echeverría, Javier (2019), *Los regimientos suizos al servicio de España en el siglo XVIII (1700-1755)*, Madrid: Ministerio de Defensa.

Bravo Lozano, Cristina (2013), «La "fidelitas" hibérnica y la dinastía borbón, 1700-1709», en José Martínez Millán, Concepción Camarero Bullón y Marcelo Luzzi Traficante (coords.), *La corte de los Borbones: crisis del modelo cortesano*, Madrid: Ediciones Polifemo, pp. 691-713.

Calleja Leal, Guillermo (coord.) (2018), *Presencia suiza en la milicia española*, Madrid: Ministerio de Defensa.

Cardim, Pedro (2009), «Portugal en la guerra por la sucesión de la Monarquía española», en Francisco García González (ed.), *La guerra de Sucesión en España y la batalla de Almansa. Europa en la encrucijada*, Madrid: Sílex, pp. 231-282.

Casey, James (2009), «La guerra de Sucesión en la perspectiva catalano-valenciana», en Francisco García González (ed.), *La guerra de Sucesión en España y la batalla de Almansa. Europa en la encrucijada*, Madrid: Silex, pp. 379-395.

Coudray, Pierre Louis (2019), *Mourir à la guerre, survivre à la paix: les militaires irlandais au service de la France au XVIIIe siècle, une reconstruction historique*. Tesis doctoral inédita, Université de Lille 3 Charles de Gaulle.

De Mesa Gallego, Eduardo (2012), «Irlanda y la política de la Monarquía Hispánica, siglos XVI y XVII», en Eduardo Pedruelo Martin y Julio Rodríguez de Diego (coords.), *Los irlandeses y la Monarquía Hispánica (1529-1800)*, Madrid: Ministerio de Defensa, pp. 41-49.

De Mesa Gallego, Eduardo (2014), *The Irish in the Spanish Service in the Seventeenth Century*, Woodbridge: The Boydell Press.

De Mesa Gallego, Eduardo (2015), «La pervivencia de la Irlanda gaélica en el exilio», en Liborio Ruiz Molina, José Javier Ruiz Ibáñez y Bernard Vicent (eds.), *El Greco… y los otros. La contribución de los extranjeros a la Monarquía hispánica,1500-1700*, Murcia: Editum, pp. 371-384.

De Mesa Gallego, Eduardo (2020), «Soldado de "naciones" para el ejército de Flandes: el tercio de irlandeses, 1605-1620», *Cuadernos de Historia Moderna*, 45(1), pp. 145-175.

De Pablo Cantero, Antonio (2001), «Los regimientos irlandeses de infantería en la Guerra de Sucesión», en Paulino Castañeda Delgado y Emilio González Piñol (coords.), *La guerra de Sucesión en España y América. Actas de las X Jornadas Nacionales de Historia Militar. Sevilla, 13-17 de noviembre de 2000*, Madrid: Deimos, pp. 399-411.

Díaz Paredes, Aitor (2022), *Almansa. 1707 y el triunfo borbónico en España*, Madrid: Desperta Ferro ediciones.

Downey, Declan (2010), «Whether Habsburgs or Bourbons. Some reflections on the alignments of nobles of Irish origins in the War of Spanish Succession, 1713-1723», en Igor Pérez Tostado y Enrique García Hernán (coords.), *Irlanda y el Atlántico ibérico: movilidad, participación e intercambio cultural*, Valencia: Albatros, pp. 243-252.

Downey, Declan (2014), «Beneath the Harp and Burgundian Cross: Irish regiments in the Spanish Bourbon Army, 1700-1818», en Hugo O'Donnell (coord.), *Presencia irlandesa en la milicia española. The Irish Presence in the Spanish Military Service – 16th to 20th centuries*, Madrid: Ministerio de Defensa, pp. 83-105.

Echarri Iribarren, Víctor (2014), «El sitio de Alicante y la mina que hicieron las tropas hispano-francesas bajo el castillo en 1708-1709: "une des plus fortes que jamais ait eté faitte"», *Tiempos Modernos*, 28(1), pp. 1-34.

Espino López, Antonio (2020), «Irlandeses en la frontera del Pirineo: las guerras de Cataluña, 1640-1700», en Igor Pérez Tostado y Declan Downey (eds.), *Ireland and the Iberian Atlantic: migration, military and material culture*, Valencia: Albatros, pp. 375-393.

García Cárcel, Ricardo (2009), «La Guerra de Sucesión en España», en Francisco García González (ed.), *La guerra de Sucesión en España y la batalla de Almansa. Europa en la encrucijada*, Madrid: Sílex, pp. 51-70.

García Hernán, Enrique (2008), «Irlandeses en el ejército español. Aproximación a las fuentes archivísticas», *Boletín Informativo del Sistema Archivístico de la Defensa*, 15, pp. 3-14.

García Hernán, Enrique (coord.) (2015), *Presencia germánica en la milicia española*, Madrid: Ministerio de Defensa.

García Hernán, Enrique (coord.) (2020), *Presencia polaca en la milicia española*, Madrid: Ministerio de Defensa.

García Hernán, Enrique; De Bunes, Miguel Ángel; Recio Morales, Óscar y García García, Bernardo José (eds.) (2002), *Irlanda y la Monarquía Hispánica: Kinsale 1601-2001. Guerra, política, exilio y religión*, Madrid: CSIC y Universidad de Alcalá.

Gennet-Rouffiac, Nathalie (2007), *Le grand exil: les jacobites en France, 1688-1715*, París: Service Historique de la Défense.

Glesener, Thomas (2024), *El imperio de los exiliados. Los flamencos y la militarización del gobierno de España en el siglo XVIII*, Granada: Universidad de Granada.

González Beltrán, Jesús Manuel (2003), «El asalto angloholandés de 1702 a la bahía de Cádiz. Entre la política internacional y las repercusiones locales», en Jesús Manuel González Beltrán (ed.), *El asalto angloholandés de 1702 a la bahía de Cádiz. Entre la política internacional y las repercusiones locales*, Puerto de Santa María: Ayuntamiento del Puerto de Santa María, pp. 75-117.

González Cruz, David (2012), «Las fuerzas armadas españolas y extranjeras en el tratamiento a la población civil durante la Guerra de Sucesión», en Manuel-Reyes García Hurtado (ed.), *Soldados de la Ilustración. El ejército español en el siglo XVIII*, A Coruña: Universidade da Coruña, pp. 131-143.

González Enciso, Agustín (2020), «Guerra y movilización de recursos económicos en el siglo XVIII. Un ensayo historiográfico», *Cuadernos Dieciochistas*, 21, pp. 15-43.

Guillamón Álvarez, Francisco Javier y Muñoz Rodríguez, Julio (2007), «Las milicias de Felipe V. La militarización de la sociedad castellana durante la guerra de Sucesión», *Revista de Historia Moderna*, 25, pp. 89-112.

Hernández Rodríguez, Alfonso J. (2023), «Contractor State, Carrera de Indias y militares-empresarios en la segunda mitad del siglo XVII», *Anuario de Estudios Americanos*, 80(1), pp. 141-147.

Herrero Sánchez, Manuel (2002), «La perduración de la cuestión irlandesa: un obstáculo en las relaciones anglo-españolas durante la segunda mitad del siglo XVII», en Enrique García Hernán, Miguel Ángel de Bunes, Óscar Recio Morales y Bernardo José García (eds.), *Irlanda y la Monarquía Hispánica: Kinsale 1601-2001. Guerra, política, exilio y religión*, Madrid: CSIC y Universidad de Alcalá, pp. 401-422.

Kamen, Henry (1974), *La Guerra de Sucesión en España, 1700-1715*, Barcelona: Ediciones Grijalbo.

Kearney Walsh, Micheline (1995), «Toby Bourke, Ambassador of James III at the court of Phillipe V, 1705-1713», en Eveline Cruickshanks y Edward Corps (eds.), *The Stuart Court in the exile and the Jacobites*, Londres: The Hambledon Press, pp. 143-153.

Lart, Charles Edmund (1912), *The parochial registers of Saint Germain-en-Laye. Jacobite extracts of births, marriages and deaths. Volume 2*, Londres: Saint Catherine Press Limited.

Ligresti, Domenico (2008), «Viceré, senato, nobilità, maestranze. Popolo e plebe bella sommossa di Palermo del 1708», en Fabrizio Sciacca (ed.), *Studi in memoria di Enzo Sciacca*, Milán: Dottore A. Giuffre Editore, pp. 317-330.

López Anguita, José Antonio (2015), *Poder e influencia política de una reina de España durante la Guerra de Sucesión: María Luisa Gabriela de Saboya, primera esposa de Felipe V.* Tesis doctoral inédita, Universidad Complutense de Madrid.

MacSwiney, Patrick (1939), «Two distinguished Irishmen in Spanish Service, sir Toby Bourke and Dr. John Higgins», *Studies: an Irish Quarterly Review*, 28, pp. 63-84.

Maffi, Davide (2002), «Una chimera nella storia lombarda: Milano e gli irlandesi nel secolo XVII», en Enrique García Hernán, Miguel Ángel de Bunes, Óscar Recio Morales y

Bernardo José García (eds.), *Irlanda y la Monarquía Hispánica: Kinsale 1601-2001. Guerra, política, exilio y religión*, Madrid: CSIC y Universidad de Alcalá, pp. 469-484.

Maffi, Davide (2020), *Los últimos tercios: el ejército de Carlos II*, Madrid: Desperta Ferro Ediciones.

Martínez Ruiz, Enrique (coord.) (2018), *Presencia de flamencos y valones en la milicia española*, Madrid: Ministerio de Defensa.

Molas Ribalta, Pere (2007), *Memorias del duque de Berwick*, Alicante: Universidad de Alicante.

Molas Ribalta, Pere (2009), «El duque de Berwick, vencedor de Almansa», en Francisco García González (coord.), *La guerra de Sucesión en España y la batalla de Almansa. Europa en la encrucijada,* Madrid: Sílex, pp. 475-485.

Muñoz Rodríguez, Julio David (s/f), «Mahony Moriarthy (o McCarthy), Daniel», en *Diccionario biográfico* de la Real Academia de la Historia.

Murgia, Giovanni (2009), «La Guerra de Sucesión Española en Italia», en Francisco García González (coord.), *La guerra de Sucesión en España y la batalla de Almansa. Europa en la encrucijada*, Madrid: Sílex, pp. 187-227.

Murtagh, Harman (1997), «Irish soldiers abroad, 1600-1800», en Thomas Barlett y Keith Jeffrey (eds.), *A military history of Ireland*, Nueva York: Cambridge University Press, pp. 294-314.

O'Callaghan, John Cornelius (1885), *History of the Irish brigades in the service of France*, Glasgow: Cameron and Ferguson.

Ó Ciardha, Éamonn (s/f), «O'Mahony, Daniel», en *Dictionary of Irish Biography*.

Ó hAnnracháin, Eoghan (2006), «Irish involvement in the 'surprise of Cremona', 1702», en Thomas O'Connor y Mary Ann Lyons (eds.), *Irish Communities in Early-Modern Europe*, Dublín: Four Courts Press, pp. 429-456.

O'Mahony, John (1912), *History of the O'Mahony septs*, Cork: Guy and Company limited.

Parnell, Arthur (1888), *The war of Spanish Succession in Spain during the reign of Queen Anne, 1702-1711*, Londres: George Bell and Sons.

Pascual Ramos, Eduardo (2020), «Presentación. La movilización imperial de soldados y marineros (siglos XVII-XVIII). Dinámicas de reclutamiento para la defensa de la Monarquía Hispánica», *Tiempos Modernos*, 10(40), pp. 312-314.

Pérez Aparicio, Carmen (2009a), «El reino de Valencia en el conflicto internacional por la sucesión de la Monarquía», en Francisco García González (coord.), *La guerra de Sucesión en España y la batalla de Almansa. Europa en la encrucijada*, Madrid: Sílex, pp. 325-357.

Pérez Aparicio, Carmen (2009b), «Don Juan Bautista Basset y Ramos. Luces y sombras del líder austracista valenciano», *Estudis*, 35, pp. 133-164.

Pérez Aparicio, Carmen (2019), «De Xàtiva a San Felipe. La conquesta borbònica y les primeres passes de la "colonització"», en Purificació Mascarell (ed.), *Memòria de la destrucció. La crema de Xàtiva i altres urbicidis*, Valencia: Institució Alfons el Magnànim, pp. 201-222.

Pérez Tostado, Igor (2006), «Por respeto a mi profesión: disciplinamiento, dependencia e identidad en la formación de las comunidades militares irlandesas e inglesas en los ejércitos hispanos», en Enrique García Hernán y Davide Maffi (coords.), *Guerra y sociedad en la Monarquía Hispánica: política, estrategia y cultura en la España moderna (1500-1700)*, Madrid: CSIC, Laberinto y Fundación Mapfre, pp. 681-706.

Pérez Tostado, Igor (2020), «Biografías imperiales irlandesas y trayectorias colectivas: el tormentoso y breve gobierno de Guillermo Murfi en la isla española (1709-1711)», en Igor

Pérez Tostado y Declan Downey (eds.), *Ireland and the Iberian Atlantic: migration, military and material culture*, Valencia: Albatros, pp. 461-483.

Rafal, marqués de (1910), *El marqués de Rafal y el levantamiento de Orihuela en la Guerra de Sucesión (1706)*, Madrid: Establecimiento Topográfico de Jaimes Ratés.

Recio Morales, Óscar (2006), «La gente de naciones en los ejércitos de los Austrias hispanos: servicio, confianza y correspondencia», en Enrique García Hernán y Davide Maffi (eds.), *Guerra y sociedad en la Monarquía Hispánica. Política, estrategia y cultura en la Europa moderna (1500-1700)*, Madrid: Fundación Mapfre, pp. 651-679.

Recio Morales, Óscar (2007), «El "modelo irlandés" en los ejércitos de los Austrias y Borbones: continuidad y diferencias», en Enrique García Hernán y Óscar Recio Morales (eds.), *Extranjeros en el ejército: militares irlandeses en la sociedad española, 1580-1818*, Madrid: Ministerio de Defensa, pp. 203-233.

Recio Morales, Óscar (2010), *Ireland and the Spanish Empire (1600-1825)*, Dublín: Four Courts Press.

Recio Morales, Óscar (2012), «Los extranjeros del rey. La nueva posición de los extranjeros en el comercio y ejército borbónico de Felipe V (1700-1746)», *Dieciocho: Hispanic Enlightment*, 35(1), pp. 49-74.

Ribot, Luis (2004), «Las naciones en el ejército de los Austrias», en Bernardo José García García y Antonio Álvarez-Ossorio Alvariño (coords.), *La monarquía de las naciones. Patria, nación y naturaleza en la monarquía de España*, Madrid: Fundación Carlos de Amberes, pp. 653-678.

Rodríguez Hernández, Antonio José (2009), «El ejército que heredó Felipe V: su número y composición humana», en José Manuel de Bernardo Aires (coord.), *La sucesión de la Monarquía Hispánica, 1665-1725: biografías relevantes y procesos complejos*, Madrid: Sílex, pp. 265-301.

Rodríguez Hernández, Antonio José (2016), «Reclutamiento y operaciones de enlace y transporte militar entre España y Milán a finales del siglo XVII (1680-1700), *Revista Universitaria de Historia Militar*, 5(10), pp. 23-45.

Rowe, John G. (1916), «Count Daniel O'Mahony», *The Irish Monthly*, 44(516), pp. 358-370.

Rowlands, Guy (2001), «An army in exile: Louis XIV and the Irish Forces of James II in France, 1691-1698», *Royal Stuart Papers*, LX, pp. 1-31.

Ruvigny, Raineval (1909), *The nobilities of Europe*, Londres: Melville and Company.

Tauler Cid, Benito (coord.) (2021), *Presencia británica en la milicia española*, Madrid: Ministerio de Defensa.

Tauler Cid, Benito (coord.) (2022), *Presencia francesa en la milicia española*, Madrid: Ministerio de Defensa.

Téllez Alarcia, Diego (2003), «El grupo irlandés bajo el ministerio Wall», en María Begoña Villar García y Pilar Pezzi Cristóbal (dirs.), *Los extranjeros en la España Moderna: actas del I Coloquio Internacional,* Málaga: Gráficas Digarza, pp. 737-750.

ISSN: 1576-7914 - e-ISSN: 2341-1902
DOI: https://dx.doi.org/10.14201/cuadieci202526387415

IMÁGENES DEL NIÑO EN LA POESÍA DEL GRUPO DE SALAMANCA: EL MOTIVO DE LA INFANCIA EN MELÉNDEZ VALDÉS E IGLESIAS DE LA CASA

Images of the Child in the Poetic Group of Salamanca: The Motif of Childhood in Meléndez Valdés and Iglesias de la Casa

Noelia LÓPEZ-SOUTO*
Universidad de Salamanca
noelials@usal.es

Fecha de recepción: 09/03/2024
Fecha de aceptación: 06/12/2024

RESUMEN: Este trabajo explora antecedentes del discurso poético de infancia en la llamada Segunda Escuela de Salamanca. Centra su atención en el corpus poético de dos miembros del grupo, los jóvenes Meléndez Valdés e Iglesias de la Casa, cuya codificación poética acerca de la niñez tratamos de definir. ¿Qué representación de los sujetos infantiles nos transmiten los versos de ambos autores? ¿En qué medida la poesía española de finales del siglo XVIII refleja las nuevas ideas y preocupación europea hacia la infancia? ¿Qué interés o función movió a estos poetas a reflejar un tiempo de niñez? Descubriremos dos miradas e imágenes de la niñez, una más delicada, nostálgica e introspectiva frente a otra más realista, gozosa y exógena, acordes ambas al perfil poético de Meléndez e Iglesias.

Palabras clave: poesía española; siglo XVIII; discurso poético de infancia; Meléndez Valdés; Iglesias de la Casa.

* Artículo realizado durante mi período como Visiting Scholar en Queen's University Belfast (2024).

ABSTRACT: This work explores antecedents of the poetic discourse of childhood in the so-called Second School of Salamanca. This study will focus on the poetic corpus of two members of the group, Meléndez Valdés and Iglesias de la Casa, whose poetic coding of childhood we will attempt to define. What representation of children do the verses of these young poets convey? To what extent does Spanish poetry of the 18th century reflect new ideas and European concern for children? What interest or function moved these poets to depict childhood? We will discover two views and images, one more delicate, nostalgic and introspective in contrast with another more realistic, joyful and exogenous, both in accordance with the poetic profile of the authors Meléndez and Iglesias.

Key words: Spanish poetry; 18th century; poetic discourse of childhood; Meléndez Valdés; Iglesias de la Casa.

1. Introducción

Las transformaciones sociopolíticas y filosófico-culturales producidas en el siglo XVIII, con la nueva escala de valores y preocupaciones de la centuria –relacionadas con la razón frente a los saberes establecidos, la educación y la reforma pedagógica ilustrada, la sensibilidad y el reconocimiento del sujeto y lo subjetivo, la búsqueda de la felicidad colectiva e individual, la configuración del espacio de las relaciones humanas, público o privado (social y familiar), los avances de la filosofía–, erigieron al niño en centro de atención desde diversos discursos y ámbitos de acción (teórico-pedagógico, filosófico, político, cívico, artístico-cultural, etc.). Su consideración, además, se volvió un imperativo: por un lado, en la realidad del momento ese colectivo de menores se había convertido en un problema público (elevada mortalidad, abandonos y niños expósitos, violencia, desatención familiar y vandalismo…)[1]; y, por otra parte, el eslabón central de la política y del pensamiento ilustrados, esto es, la educación, focalizó en ellos su interés –con motivaciones no solo pedagógicas; también político-sociales y simbólicas– en tanto que se concibió esa etapa infantil como período formativo ideal y potencialmente moldeable al servicio de las aspiraciones –e imagen– de progreso y de reforma de cada Estado, ciudad o institución[2]. Esta concepción instrumental del niño, realidad no biológica sino creada por los adultos (Gittins, 2004: 26), entonces constituía la esencia de su idea: «Lo decisivo es qué función tienen los niños para los padres y viceversa» (Elias, 1998: 414). Con todo, es en el siglo XVIII cuando, por primera

1. A propósito de esta realidad historiográfica, resulta imprescindible Ariès (2007 [1987]) y también trabajos más recientes sobre el abandono infantil en el siglo XVIII –análisis exhaustivos, aunque parciales, centrados en un área específica de la geografía nacional–, desde Valverde Lamsfús (1986) a Pérez Álvarez (2009), León Vegas (2015) o Barbero (2021).

2. *Cfr.* López-Souto (2020: 354). Sobre la atención de la infancia desde los discursos pedagógicos véase Mayordomo Pérez y Lázaro Lorente (1989); y, desde estos y otros, Durán (2020).

vez, surge la noción de *cuidado* de los padres para con sus hijos y nace el constructo cultural de *infancia* o *niñez*, que comenzó a definir sus márgenes como edad o etapa vital *per se* y diferenciada de la condición de hombre adulto. Su protagonismo fue indiscutible dado el concepto de regeneración social y progreso proyectada en ellos, pues los jóvenes eran los ciudadanos del futuro y sostenían el bienestar de la nación:

> […] ahora se concebirá con otra jerarquía de valores, en que progresivamente el prestigio se desplaza de las edades más avanzadas a las más tempranas. La glorificación de la juventud flanqueada, necesariamente, de la formulación de la infancia como un período de pureza natural e inocencia social que ha de recibir un trato distintivo y preferente por las familias, la sociedad y el Estado. (Durán, 2020: 11)

En este trabajo atenderemos a la representación de los niños o la niñez desde la poesía cultivada en España en las últimas décadas del siglo, cuando el cambio de paradigma sobre la infancia estaba ya en curso e incluso empezaba a asentarse en países como Francia o Reino Unido, donde encontramos ya una temprana literatura infantil dirigida a ese público específico[3]. En concreto, nuestro análisis se centrará en la mirada al niño dentro de la llamada –con no pocos y motivados cuestionamientos– Segunda Escuela Salmantina, grupo cuya creación se establece convencionalmente en 1773, con la llegada de José de Cadalso a Salamanca y su influencia, sobre todo, en dos jóvenes poetas universitarios, Juan Meléndez Valdés y José Iglesias de la Casa, con los que conforma el núcleo de un grupo poético integrado por otros jóvenes y miembros de la Universidad (Forner, Diego Tadeo González o Cáseda)[4]: la formación humanista y clásica; el cultivo de una poesía de temática amoroso-pastoril y de gusto anacreóntico, abierta a la nueva tendencia rococó de influencia europea, y el cultivo entre ellos de una rica poética y sentimiento de la amistad son algunos de los rasgos más distintivos de esta ideología[5]. Su desintegración temprana, debido a las diversas trayectorias de sus miembros, ya desde finales de la década de 1770 o hacia 1782 para el caso de Meléndez e Iglesias, vuelve abarcable el estudio de su quehacer poético, más cuando aquí nos limitaremos solo a los dos citados. Ahora bien, aunque cabe subrayar que el

3. Véase Grenby (2014) y Grenby y Reynolds (2011) sobre el nacimiento y el florecimiento de la literatura infantil en la Europa del siglo XVIII.

4. Resulta imprescindible considerar la profunda revisión del marbete «escuela poética salmantina» realizada por Lorenzo Álvarez, para quien la noción se fortalece solo si acotamos la trayectoria de la *escuela* a 1773-1782 y a un círculo de miembros –entre ellos Meléndez e Iglesias– con una unidad de estilo concretada entre el Neoclasicismo y la poesía rococó (2023: 299-300). Ante la problemática del término (ya señalada, entre otros, por Cueto, 1869: I, 1-237, part. 107-119; Arce, 1981: 153; o Vallejo, 1992: 177), en este trabajo adoptaremos una de las propuestas alternativas expuestas por Lorenzo Álvarez (2023: 300-301), en concreto, «grupo» o *escuela* solo desde su sentido más limitado y arriba circunscrito.

5. Empleamos en este trabajo el término «rococó» como modo o tendencia neoclásica equivalente a lo que Philip Deacon prefiere denominar «estilo anacreóntico», según la forma genérica constitutiva de ese estilo, en temática y tono (1995: 214-215).

limitado período de actividad de este grupo no le restó protagonismo en el panorama poético nacional, donde la crítica a menudo ha reconocido que constituyó un importante foco de nueva poesía (Real de la Riva, 1948; Rodríguez de la Flor, 1982; Carnero y Polt, 1995: 778-781), no perderemos de vista, como puntualiza Lorenzo Álvarez, que ese nuevo modo de la poesía rococó no fue «privativo de este grupo» ni se definió en su seno (2023: 302-303). Por último, conviene indicar que también somos conscientes de que atender al tratamiento del *topos* infantil o tema de la infancia desde su expresión poética comporta, como advierte Chacón Jiménez, «corre[r] el riesgo de hacerlo desde los propios objetivos y fines de dichas manifestaciones» (2020: 19-20; Shiba, 2014), si bien nuestra intención en este artículo es preguntarnos, por primera vez, cómo en esos versos de Meléndez e Iglesias se recrea el concepto de niñez, desde qué referentes o ideas y, sobre todo, contraponer dos enfoques (o acercamientos) sobre el mismo motivo y desde una manifestación literaria común, en la que tendremos en consideración incluso los matices de los subgéneros literarios empleados por los autores, con independencia del estado teórico e historiográfico real de la niñez en nuestro país entonces.

Para llevar a cabo ese análisis hemos delimitado un corpus de poemas que tratan el tema de la infancia: para Meléndez, hemos partido de la edición de sus poesías realizada por Polt y Demerson (1981-1983), que a su vez se basa en la última edición preparada por Batilo, fechada en 1820; en cambio, para el caso de Iglesias hemos seguido su segunda edición de *Poesías póstumas* (1798) –porque resulta la más completa– y, dado el carácter selectivo de esa publicación, a causa de la censura practicada sobre los textos por sus editores[6], hemos considerado oportuno incluir también el manuscrito de la Real Biblioteca de Madrid (II/628, ff. 105r.-158v.) y el poema exento *La niñez laureada* de 1785 (conforme a su edición más reciente: López-Souto, 2022). El resultado derivado del vaciado de esas fuentes ha dado lugar a un corpus significativo de 8 poemas de Meléndez (de 19 poesías con cita a algún niño o niña)[7] y 11 composiciones de Iglesias (de 18 poemas con alusiones), que han sido ordenadas en una tabla en orden conforme a las líneas temáticas o rasgos, distintivos o compartidos, que cada poeta manifiesta en su tratamiento de la niñez. De esos ejes temáticos pueden derivarse las dos nociones de infancia presentadas por Iglesias y Meléndez, más o menos influenciadas, como se detallará, por la recepción de ideas europeas de Rousseau y Locke en la Salamanca del último tercio del siglo XVIII. Esta tabla se proporciona al final del artículo a modo de Anexo[8].

6. Para más detalles sobre la intervención editorial censora en *Poesías póstumas* considérese López-Souto (2024).

7. En este trabajo se incluye y cita un poema más, posterior a 1784, la Silva IV, para profundizar en rasgos ya presentes en poesías de juventud de Batilo, como la introspección y la idealización del tiempo de niñez.

8. La cita de los versos de Meléndez e Iglesias en este artículo remitirá a estas ediciones de manera abreviada, esto es, con la omisión de los apellidos de Batilo (1981-1983) o Arcadio (1798), dada la innecesaria redundancia en este dato.

2. Miradas a la infancia de Meléndez Valdés e Iglesias de la Casa

Dada la renovación que, junto con su melliza Escuela Sevillana, Moratín, Jovellanos e incluso Trigueros, el grupo salmantino introdujo en la poesía española del último tercio del siglo XVIII y dada la presencia en su producción del motivo de la niñez, concepto redefinido y revalorizado en esa centuria de las Luces, reparar en la representación de la infancia o del niño en sus versos permitirá apreciar en qué medida ese terreno poético de la infancia y sus imágenes codifican, o no, las transformaciones histórico-culturales y teórico-filosóficas ocurridas, en especial, en la segunda mitad del siglo XVIII, dominada por el llamado «culto a la infancia».

La elección de las poesías de Meléndez e Iglesias para explorar esta temática o imagen infantil se debe, en primer lugar, a que quizá ambos sean, junto con Cadalso, las figuras con mayor repercusión e impacto de ese grupo poético, llamado por Juan de Iriarte en 1774 «Academia de Meléndez y su compañero [Iglesias]» (Cadalso, 1979: 85). En segundo término, estos poetas, disímiles entre sí en su poética, estilo y trayectoria, alcanzan a abarcar la variada práctica –en su mayoría– de poesía de estilo anacreóntico escrita en este joven parnaso: desde un refinado y lírico gusto hasta su exageración mediante una poesía erótico-obscena o satírica que, sostiene Gies, «pierde en delicadeza lo que gana en humor» (1995: 299). Por tanto, este trabajo pondrá de manifiesto y visibilizará antecedentes o rudimentos del discurso poético moderno de infancia y juventud (conocido también por la crítica literaria como «relato de infancia»), con una introspección –Batilo– o distanciamiento –Arcadio– en la posición de la voz poética hacia el motivo del niño o la niñez. Afirma Fernández Romero (2007: 119):

> El relato de infancia y juventud constituye una notable novedad dentro de la escritura autobiográfica del siglo XIX. […] uno de los primeros ejemplos de exploración del yo más allá de la figura pública […] [y] aparece primero, desde la mitad del siglo XIX, como tema, en la lírica, y como asunto marginal […]. Pero poco a poco habrá de ganar el interés de la sociedad literaria, y pasará a la prosa autobiográfica.

En las siguientes páginas trataremos de explorar y mostrar cómo en la poesía de finales del siglo XVIII, en concreto en la del grupo de Salamanca, se están dibujando ya imágenes de infancia y en ellas es posible identificar precedentes a la construcción discursiva plena sobre la niñez o los sujetos infantiles que, como refiere Fernández Romero para el caso español, es aceptada como «notable novedad» del siglo XIX. Por supuesto, podría objetarse que ya antes del Siglo de las Luces un Góngora –en el romancillo «Hermana Marica»– o un Lope –en «Canción a la muerte de Carlos Félix»– habían abordado el tema de la infancia y habían reproducido, respectivamente, la psicología de un niño o elaborado un delicado retrato infantil sobre un hijo fallecido con solo siete años. De hecho, podríamos retrotraernos todavía más allá de los Siglos de Oro y seguiríamos hallando la presencia

de la infancia en nuestras letras[9]. Ahora bien, la novedad en estas poesías de finales del siglo XVIII, al igual que en los «relato[s] de infancia y juventud […] del siglo XIX», reside en el concepto y la condición de niñez que subyace a ellos. Tanto en el Siglo de Oro como en épocas precedentes la infancia carecía de delimitación conceptual y de legitimidad pública, más allá del ámbito privado o de la experiencia cotidiana, de ahí que el cordobés opte por una muestra, en forma de diálogo, de la mentalidad infantil del hermano de «Marica» (puesto que ese mundo y perspectiva de los pequeños ofrecía una puerta a una escena tradicional, o sea, completaba la imagen buscada de lo popular; Ariès, 2007: 62-63) y, en el caso del poeta madrileño, el interés se sostiene desde la condición afectiva del niño como *hijo* y, de hecho, Ariès [2007: 66] especifica que el retrato del niño muerto fue muy importante en la historia de los sentimientos hacia la –no tan lejana ya– noción de infancia moderna). En esas visiones de la niñez, en fin, no existiría aún un marco conceptual propio ni una delimitación de esa edad como etapa de todo ser humano, autónoma en sus características y reconocida a la par que la adultez, sin dependencia de ella para constituirse en plenitud: esta sí sería la comprensión y el tratamiento del niño que podríamos tener en Meléndez e Iglesias y que, en ese caso, sostendría el valor y la novedad de la imagen infantil en sus versos, puesto que la inclusión de este motivo en sus poesías –en mayor o menor medida–sería testimonio de una precoz asimilación literaria de la nueva idea de niño. «L'enfance a des manières de voir, de penser, de sentir, qui lui sont propres», sostenía Rousseau en su *Émile* (1762: libro II, 191). ¿Son, pues, los niños de Meléndez e Iglesias herederos de esa revalorización, atención y conceptualización dieciochesca de la infancia? ¿Su mirada al niño sugiere ya un concepto autónomo y desprovisto del interés costumbrista o de afecto familiar? ¿Son acaso, por el contrario, todavía protagonistas de escenas de costumbres o personajes pintorescos, graciosos y agradables, como los anecdóticos niños representados durante los siglos XV, XVI e incluso XVII? Estas respuestas son las que nos interesa alcanzar.

En todo caso, no debe extrañar que el interés por la infancia en el Siglo de las Luces traspasase los discursos pedagógicos y los cambios contextuales para repercutir en el empleo o configuración literaria del motivo del niño, tendencia hacia el «relato de infancia» que se desarrollará en plenitud en el siglo XIX y que florecerá en el XX y XXI (Fernández Romero, 2007; Chacón Jiménez, 2020). En la centuria de las Luces, de hecho, el tratamiento y el protagonismo de ese tema fueron propicios porque coincidieron con el exitoso cultivo y consumo de la poesía de estilo anacreóntico; y en relación con ella, ciertamente, veremos que surge en la obra de Meléndez e Iglesias. El proyecto estético de esa poesía no está solo vinculado con escenas del Amor niño –bien inmortalizado con sus atributos por Étienne Maurice Falconet en su *Cupido amenazante*–; también con la figura aniñada y deleitosa

9. Sobre la representación del niño en la literatura medieval véase la monografía de Martínez Blanco (2003).

de Anacreonte e, incluso, del yo lírico. Ese niño dios o viejo poeta del vino y del amor conduce, en el arte, a estados y escenas dominadas por la inocencia y la gracia natural propias de los niños, de los Cupidillos que inundan los poemas o de la embriaguez placentera que devuelve a los adultos una condición infantil esencial. Sostiene Gómez Castellano que «el tema de la niñez como motivo poético, como máscara del yo […] puede contextualizarse dentro del impulso rococó hacia la miniaturización» y dentro del llamado «culto a la infancia», que se produce a finales de siglo (2012: 140); y debe de responder, asimismo, a una preocupación cultural más amplia: la del siglo XVIII con el acto de enmascararse poéticamente. Polt concluye, en relación con la niñez y el arte (1987: 44-45):

> La niñez es […] la época de la inocencia, y por esto puede relacionarse con el gusto rococó y también con el culto ilustrado, algún tanto sentimental, de la virtud y la inocencia. El anhelo de la infancia lo vemos repetidamente en las artes de la época. […] Lo imponente y sobrehumano se ha vuelto pequeño, delicado, tierno y, en una palabra, blando. Real o fingida, perdida o añorada, la inocencia es un motivo frecuente.

3. La mirada introspectiva y retrospectiva: Meléndez Valdés y su retrato del «yo niño tierno»

Juan Meléndez Valdés (1754-1817) inició su carrera poética en Salamanca, durante su formación en la Universidad como estudiante de Leyes y su integración en el grupo de jóvenes poetas surgido bajo el magisterio de José de Cadalso, Diego González y el contacto con Jovino. Desde el comienzo, su talento para la poesía fue muy apreciado: a finales de 1773, Dalmiro equiparaba en su famoso endecasílabo la pluma de Batilo a la del mismísimo Garcilaso (Cadalso, 1979: 78) y, tras la marcha de Cadalso en 1774, con el grupo de Salamanca bajo la influencia de Diego González, la figura del extremeño descolló en alto grado sobre sus demás compañeros. En ese crecimiento, el contacto, la mentoría y la amistad con Jovellanos hubieron de ser determinantes para el joven Meléndez, influencia del magistrado asturiano que incluso llegaría a suplantar o superar la del poeta militar –ya que su relación fue más duradera–, como Demerson apunta en su monografía (1971: 73-83). Pero sería con el premio otorgado por la Academia Española en 1780 (convocado un año antes) cuando la calidad de la poesía de Batilo consagró su reconocimiento dentro y fuera del grupo salmantino, hasta el punto de convertirse en referente poético para otros poetas coetáneos[10]. La publicación de sus versos, por vez primera en 1785, describirá un proceso complejo de sucesivas ediciones y versiones hasta la última por él preparada (la antes citada de 1820), y que no será críticamente completa hasta que los especialistas John Polt y

10. Sobre esta primera etapa de juventud de Meléndez, consúltese Demerson (1971) y también López-Souto (2023).

Georges Demerson la culminen con la edición de sus *Obras en verso* (Meléndez, 1981-1983)[11].

En la poesía de juventud de Meléndez, emparentada con la tendencia anacreóntica y bucólica –conforme a la práctica característica del grupo salmantino (Lorenzo Álvarez, 2023: 281-283)–, la representación de la niñez se despliega mediante una visión ideal del motivo de la infancia, marcado por tres ejes de interés que moldean su imagen: la inocencia y el juego, la temporalidad de esa edad mítica y la introspección o conciencia de sí mismo. En efecto, será en los poemas de marco anacreóntico donde la infancia, en Batilo, adquirirá mayor protagonismo y atención –como era, por otro lado, propio de la tradición del poeta de Teos–; y, aunque sus versos no descubren un pensamiento de la niñez radicalmente novedoso, sí su tratamiento y formulación poética estarán en el autor, de un lado, muy marcadas por la profundidad del factor tiempo (pues en él la infancia es fruto del recuerdo y se trata de una época fugaz); y, por otro lado, se hallarán muy en consonancia con los conceptos teórico-filosóficos que se difundían desde y por la Europa de ese momento (dado que se evoca como edad de la vida humana, etapa de inocencia).

En primer lugar, cabe señalar que el tiempo de niñez es recreado por Batilo como un territorio de felicidad, vitalista y de disfrute puro, sencillo y ajeno a toda maldad o picardía. A menudo la referencia a esta niñez se acompaña de calificativos tópicos como «dulce», «amable», «inocente», «alegre», «tierno», «de juegos y delicias», etc. Esta pintura de la infancia constituye una formulación idealizada, heredera del paradigma rousseauniano: la niñez se dibuja como un período de pureza natural e inocencia social, con niños que gozan felices en su paraíso incontaminado e inmerso en un presente intemporal, mítico. En su recuerdo de la niñez, el poeta –ya maduro– destaca la etopeya (el retrato interno, de sensaciones o de conducta) más que el físico del menor, sobre el que apenas nos aporta datos[12]: «la inocente llaneza, / y sus sencillos juegos y alegría / de cuidados exento / venturoso gocé […] / La hermosa juventud me sonreía, / y de fugaces flores / ornaba entonces mis tranquilas sienes, / […] ¡Días alegres, de esperanza henchidos / de ventura inmortal!» (Silva IV, 1981-1983: II, 541-542, vv. 43-50, 58-59)[13]. Ocurre lo mismo en la oda XXIX, «Mis ilusiones», donde vuelve a exaltar esa edad. En ese poema de su primera etapa salmantina evoca ya su tiempo de niñez y la felicidad

11. Sobre este asunto de las ediciones de Meléndez véase, en mayor detalle, Deacon (2017) y Olay Valdés (2017). También resulta imprescindible considerar, sobre la obra de Meléndez, el estudio de Lama sobre la ordenación de sus versos (2005) y la monografía clásica de Colford (1942: 17-43 y, en especial, sus tablas finales, 352-353).

12. Meléndez sí repara más en la descripción física en poesías de tono anacreóntico inspiradas en la lírica tradicional y protagonizadas, en especial, por zagalas. Ejemplo de esto son el conjunto de romances de XLVIII a LXII (1981-1983: I, 414-429), con alguna alusión a la hermosura de la protagonista.

13. Nótese que, en concreto, esta silva debió de componerse tras la etapa salmantina de Meléndez, entre 1789 y 1797 (1981-1983: II, 540-544).

e «inocencia amable», el «descuido y alegría» que la caracterizaban, lo cual le lleva a concluir: «¡Oh tiempo afortunado! / ¡oh edad de amor y risas! / ¡sabrosas ilusiones, / que aun la razón fascinan!» (1981-1983: I, 106, vv. 41-44).

Meléndez busca trasladarnos a ese ambiente pasado infantil y quizá conectar con el yo niño del receptor mediante pinceladas sencillas y generales, evocadoras de un tiempo glorioso, idealizado y que apreciamos mediante un filtro estético, a menudo un estilizado marco pastoril o natural, puesto que «la actitud [que se nos presenta] del niño ante la realidad es la del artista» (Fernández Romero, 2007: 169) que recuerda y proyecta su visión nostálgica de la niñez. En la oda XV, fechada en 1777, leemos: «Siendo yo niño tierno, / con la niña Dorila / me andaba por la selva / cogiendo florecillas, / […] Así en niñeces tales / de juegos y delicias / pasábamos felices / las horas y los días» (1981-1983: I, 92, vv. 1-4). Entonces, ¿podría haber conocido Meléndez las teorías de Rousseau sobre el concepto de niño o se trata solo de rasgos convencionales de la poesía anacreóntica? Aunque parece exceder la atención convencional, prosigamos el análisis.

La temporalidad estará muy presente en la mirada adulta del yo lírico de Meléndez, que gusta de detenerse en la idea de infancia como tránsito, debido a la asociación de la niñez con un período de formación hacia la constitución de un individuo adulto, bien por el crecimiento personal del niño –su despertar al amor o a la conciencia del tiempo que rige la vida en sociedad– o bien por su formación educativa y la configuración de su personalidad de cara a servir como sujeto útil a su patria. Por lo que se refiere a este último cambio, lo apreciamos con claridad en la oda XX «El nacimiento de Jovino» (datada antes de 1784): «Será de niño de sus padres gozo; / después, creciendo, de su patria gloria» (1981-1983: I, vv. 37-38). En relación con el otro tránsito a la vida adulta, en el terreno personal, el amor sirve a Batilo como motivo para reflejar el cambio de un comportamiento afectuoso o juego infantil (ingenuo) a otro dominado por el deseo erótico, dado el despertar sexual que cierra la niñez. La oda VII «De lo que es amor» o la oda XV «De mis niñeces» (fechadas ambas en la década de 1770) son buenos ejemplos de esta mutación, que se recrea mediante anécdotas que implican más directamente al lector en la transformación del yo lírico protagonista (1981-1983: I, 83-84 y 92-93, respectivamente)[14]:

> Pensaba cuando niño
> que era tener amores
> vivir en mil delicias,

14. La versión del poema proporcionada en Meléndez (2004: oda anacreóntica XV) destaca aún más el tránsito de una edad a otra, de la inocencia a atributos de madurez: «Pasábamos felices / las horas y los días. / […] Y fue de la inocencia / saltando la malicia. / Yo no sé; mas al verme / Dorila se reía, / y a mí de solo hablarla / también me daba risa. / Luego al darle las flores / el pecho me latía, / y al ella coronarme / quedábase embebida. / Una tarde, tras esto, / vimos dos tortolitas, / que con trémulos picos / se halagaban amigas, / […] Alentonos su ejemplo».

morar entre los dioses.
Mas luego rapazuelo,
Dorila cautivóme,
muchacha de mis años,
envidia de Dïone,
que inocente y sencilla,
como yo lo era entonces,
fue a mis ruegos la nieve
del verano a los soles.
Pero cuando aguardaba
no hallar ansias ni voces
que a la gloria alcanzasen
de una unión tan conforme,
cual de dos tortolitas
que en sus ciegos hervores
con sus ansias y arrullos
ensordecen el bosque,
probé desengañado
que amor todo es traiciones
y guerras y martirios
y penas y dolores.

En la oda XV, además, se hace hincapié en la brevedad de la niñez, reflexión en torno al factor tiempo que muestra la perspectiva subjetiva desde la que leemos esta oda (o sea, desde la voz del yo) y subraya el valor concedido por el yo adulto a la etapa infantil: «la edad corrió de prisa, / y fue de la inocencia / saltando a la malicia» o «Voló de nuestra vista / la niñez, mas en torno / nos dio el Amor sus dichas» (1981-1983: 92-93, vv. 15-16, 38-40).

La conciencia del transcurso del tiempo de la infancia, paraíso perdido, vuelve más intimista e introspectivo el discurso del yo lírico en Meléndez cuando aborda el motivo del niño o la niñez (y es claro, por tanto, que va más allá del tópico anacreóntico). El propio poeta hará explícita esta actitud ante la infancia en la arriba citada silva IV (1981-1983: II, 542, vv. 59-66, 69-76):

¡Amables juegos
de la niñez! ¡Memoria,
grata memoria de los dulces fuegos
de amor! ¿Dónde sois idos?
¿Decidme, Musas, quien ajó su gloria?
Huyó niñez con ignorado vuelo
y en el abismo hundió de lo pasado
el risueño placer. ¡Desventurado!
[…] La amable inexperiencia, la alegría,
el ingenuo candor, la paz dichosa
que ornaron, ay, mi primavera hermosa.
Mas nada alcanzo con mi amargo lloro.

La edad, la triste edad del alma mía
lanzó tan hechicera / magia, y a mil cuidados
me condenó por siempre en faz severa.

El reconocimiento del trazado de la línea de vida de los sujetos (y del propio yo lírico) se visibiliza en esos poemas: la feliz edad infantil se halla al inicio del curso vital, seguida de una etapa de juventud y una edad adulta que desembocará en la vejez. El yo lírico se reconoce en ese tiempo adulto y desde él proyecta su mirada hacia atrás, de modo que su discurso se vuelve un acto autobiográfico o autoficcional, íntimo y personal, porque el recuerdo de la infancia le hace tomar conciencia de sí y de su propia temporalidad vital: el «relato de infancia y juventud», como lo teoriza Fernández Romero (2007), se enuncia desde la intimidad y adquiere connotaciones existenciales en tanto que supone pensarse a uno mismo y construir (o considerar) una identidad personal. Pensar en el niño (que el yo lírico y todos hemos sido) implica pensar en nuestra vida (temporal): estos juveniles planteamientos al lector de un acto autorreflexivo muestran la madurez y calidad poética con la que Batilo aborda la infancia en sus versos.



Figura 1. Vladimir Lukich Borovikovsky,
Retrato de Yelena Naryshkina como niña (inicios de 1790).
Fuente: Museo Estatal Ruso.

En sus epístolas, Meléndez refiere asimismo el territorio de la niñez: lo hace en la número II, «Al Sr. D. Gaspar de Jovellanos, dedicándole el primer tomo…» (1981-1983: II, 763-766), donde la imagen de la infancia se presenta en alusión a los versos de juventud que Batilo dedica a Jovino en 1784, los cuales adoptan los calificativos de la misma edad que representan o poetizan: «dulce fruto / de la alegre niñez, juegos amables / que en las orillas de un undoso Tormes / canté algún día, entre Dorila y Filis […] / los consagra, / cual suele al padre el inocente hijuelo / con los dones brindar que su oficioso / afecto le procura» (vv. 4-7, 11-13). La hipálage permite que los versos y su temática mezclen sus calificativos con los propios de la edad infantil. En esta representación de la niñez se repiten rasgos ya definidos en otros poemas como los anteriores: la edad idealizada, feliz, inocente y necesitada de afectos y cuidados, según el modelo de Rousseau; así como la ambientación arcádica o pastoril de la niñez, e incluso la asociación a un tiempo de formación («el camino / me descubriste en que marchar debía / […] enseñándome a herir las dulces cuerdas», vv. 14 y 25) o la conciencia del poeta sobre la temporalidad de ese paraíso perdido: «¿Adónde, adónde / habéis ido, momentos deliciosos! / Disputas agradables, ¿dó habéis ido?» (vv. 82-84).

La poesía de juventud de Meléndez, en suma, acoge el motivo del niño y la infancia en diversos textos de su producción poética, muy en especial en los anacreónticos debido a la relación convencional de ese modo poético con el tema de la niñez[15]. Ahora bien, aunque es cierto que no adquiere un sobresaliente protagonismo en el conjunto de su obra, el tratamiento poético del motivo refleja, en sus varias recurrencias, un cierto interés y, sobre todo, la redefinida escala de valores que su siglo aplicó a la infancia, puesto que el poeta la dibuja como un tiempo mítico, de plena felicidad y que recuerda con melancolía, como un yo adulto pensativo y consciente de sí, muy alejado del eterno niño vitalista, natural e inconsciente más propio de la tradición literaria precedente y de sesgo popular. Por tanto, es evidente la sintonía de la poesía de Meléndez con las transformaciones socioculturales y conceptuales vividas en el Siglo de las Luces y, desde esta perspectiva, el motivo sí adquiere importancia: el poeta, en sus versos salmantinos, es claro que distingue, identifica y otorga personalidad propia a la infancia como una

15. En un sentido más tópico y conforme al motivo de la niña que despierta amores, procedente de la poesía tradicional, encontramos en Meléndez la letrilla II, «A unos ojos» que «siempre, niña hermosa, / me matan de amor» (1981-1983, I, 218-219); y también la XIX, «Zagaleja mía», aunque en esta la referencia a los cautivadores «ojuelos» figura con el mensaje complementario de «la risa dejad, / que tanto reir / parece ya mal / […] Componed el rostro, / que es hecho vulgar / indigno de vos / en tan tierna edad», lo cual incide en la condición joven de la protagonista e, indirectamente, muestra un acto correctivo del yo lírico, quizás autorizado dada esa «tierna edad» de la mozuela (1981-1983: I, 240-241). Conecta asimismo con un motivo tradicional muy conocido la oda XXVIII, en heptasílabos y fechada en 1775 (en este poema «la muchacha Dorila, / […] cuando fue por flores / perdió la que tenía») y el romance «Si tan niña te casaron», probablemente anterior a 1782 y que se ajusta al motivo de la queja de la malmaridada.

etapa del ciclo de la vida humana; e, incluso, en su definición de esta emergen ideas coincidentes con las teorías rousseaunianas. Además, Batilo le dedica en varias ocasiones –tan disímiles como una silva, una epístola, dos letrillas o en varias odas– atención a ese grupo de edad: los niños son, de hecho, protagonistas de varios de sus poemas y, si en la poesía anacreóntica podía resultar convencional, en ningún caso era tema obligado. Así, el propio Polt (1987: 44-51) advirtió una atención especial en Meléndez hacia la infancia[16].

Por consiguiente, tras la revisión de su poesía de juventud y la documentación de casos expuesta, parece probada la afirmación de que Meléndez hubo de conocer las nuevas ideas sobre la niñez difundidas mediante las corrientes pedagógicas y filosóficas provenientes de Europa y entonces en circulación con tratados representativos como los del abate de Condillac, John Locke y, sobre todo, textos de Rousseau –en especial, su *Émile*–. De hecho, es casi seguro que leyó alguno o, desde luego, que tomó contacto con su noción de niñez a partir del privilegiado y aperturista ambiente filosófico, humanístico, científico, universitario, político, etc., existente en ciertos círculos aperturistas de la ciudad y referido como «escuela iluminista salmantina» (Beneyto Pérez, 1949) o «escuela ilustrada salmantina» (García Pérez, 2013), y dentro del que debieron de tener un papel fundamental –catalizador del cambio– la recepción de libros extranjeros, las tertulias y las opiniones críticas contra los planes anquilosados de estudios, que, como señala Robledo Hernández, en esos años se abrieron a influencias y a la recepción de Condillac, Locke y otros (2005: 444)[17].

4. La mirada extrovertida y social: Iglesias de la Casa y la instantánea del «tierno pimpollo»

Natural de Salamanca y cinco años mayor que Batilo, José Iglesias de la Casa (1749-1791) descubrió su inquietud por el cultivo de la poesía también durante su etapa como estudiante en la Universidad, en su caso matriculado en Teología, y debido a su estrecha relación de amistad y sus frecuentes tertulias con Cadalso y Meléndez, dos importantes miembros del grupo poético de la ciudad y con quienes mantuvo estrecha relación[18]. Iglesias destacó por componer con destreza versos ingeniosos y de carácter satírico-burlesco, vena poética que tanto sus

16. Cabe mencionar los romances «El niño dormido» (número V) o «El cariño paternal» (número XX) para reafirmar esta idea de una voluntaria atención en la obra de Meléndez hacia el motivo de la infancia (1981-1983: I, 323 y 354). No se incluyen estos dos poemas en el corpus trabajado porque están fechados antes de 1814 y, por tanto, exceden al marco temporal objeto de este estudio.

17. Sobre el contexto histórico-cultural del grupo poético salmantino, véanse lo anotado por Lorenzo Álvarez (2023: 254-255, y su nota 8) y los estudios de Robledo Hernández (2003 y 2005).

18. Para una mayor exploración de esta relación de juventud con Meléndez, véase López-Souto (2023). En marzo de 1775 Cadalso todavía retrata nostálgico a Iglesias y Meléndez como «amigos ambos y consuelos míos, […] cuyos nombres dan delicia/ gozo, dulzura y paz a mi memoria» (1979: 100).

coetáneos como la crítica posterior exaltaron en su producción (Quintana, 1838: 420; Cueto, 354; Real de la Riva, 264; Senabre, 1979: 283). En su obra sobresale la poesía de gusto e influencia popular, como letrillas, romances y epigramas, con abundante temática erótico-pastoril y también burlesca o satírica (a menudo, con un trasfondo de crítica a su realidad social), aunque supo también cultivar versos de estilo culto como en su única epístola conocida, dirigida a Meléndez, y sobre asuntos de erudición literaria y del panorama poético nacional (López-Souto, 2023). A excepción de ese poema, toda su práctica poética de carácter profano responde al *nouveau goût* propugnado por Cadalso y característico del grupo salmantino, si bien Iglesias publicó en su primera etapa también poemas de circunstancias que cabría incluir entre la poesía denominada «ilustrada» o de interés ilustrado (Arce, 1966, 1981; Deacon, 1995: 230-258), fechados en 1775, 1779 y 1785. Se trata, en suma, de un poeta cuya obra (profana y religiosa) se adscribe a un marco general neoclásico, con expresión y estilo sencillo.

Su ordenación como sacerdote en Madrid en 1783 y su dedicación pastoral desvincularon a Arcadio de la evolución que siguieron otros colegas de su mismo grupo, como Meléndez[19]. Su poesía, por tanto, se mantuvo en el estilo anacreóntico ya reflejado en sus versos de juventud, satíricos, epigramáticos y amoroso-pastoriles, y por consiguiente en la publicación de sus *Poesías póstumas* (1793, 1798) se vuelve complejo deslindar etapas poéticas. No obstante, en su caso toda esta obra puede estudiarse bajo el paradigma de la poesía de «estilo anacreóntico» (Deacon, 1995) del grupo poético de Salamanca que aquí nos ocupa. Autor menos canónico que el celebrado Meléndez, sin embargo, el éxito de público y de ediciones alcanzado por sus poesías en el siglo XIX erigen a Iglesias como figura significativa del grupo salmantino y, además, muy leído y difundido entre la población, tanto en ediciones populares como en colecciones de bibliofilia, e incluso mediante la circulación de copias manuscritas[20].

En la poesía de Iglesias la representación de la niñez se propone a menudo desde un punto de vista no intimista ni personal (esto es, no introspectivo), sino anónimo y con cierto distanciamiento de la imagen de niño que se aborda, sea este alejamiento una máscara literaria (la retórica pastoril) o una posición elevada de observador hacia la realidad de los sujetos infantiles, abordados por la voz poética como otros –bien por no reconocerse en un ser que fue y ya no es, bien por

19. Consúltese, a propósito de esto, López-Souto (2022).

20. Prueba del éxito de consumo de las *Poesías* de Iglesias no solo son sus sucesivas publicaciones o los datos sobre el agotamiento de las tiradas de las ediciones de Tójar (López-Souto, 2023: 339-340), sino también el interés manifestado por el público hacia sus versos: por ejemplo, antes de la edición de 1837, los editores Oliva especifican que «algunos suscriptores [de la colección de Novelas Escogidas] han manifestado que desearían poseer las acreditadas obras de Iglesias» (1836, V). Asimismo, Quintana, en el prólogo a las *Poesías* de Meléndez, alude al «festivo Iglesias, cuyos versos corren por las manos de todo el mundo, y que tan desigual a Meléndez […] se ha hecho un nombre tan conocido» (1820: I, XXIII).

aplicar una mirada externa y que constata una realidad factual–. Este posicionamiento permitirá al poeta enfrentarse al tema con una mirada más exógena, desafecta y, en consecuencia, más verídica y en tensión con el tópico, que sí aflora en sus versos en el retrato físico y conductual de los pequeños (de apariencia lozana, dulces, de pensamiento inocente, asociados al juego, la alegría, etc.). En este sentido, su pintura de la niñez nos propondrá diversas tipologías de sujetos infantiles que, en su mayoría, serán presentados mediante escenas o relatos fragmentarios, a modo de capturas de una vivencia de niñez y con una pintura impresionista del pequeño y corpóreo «pimpollo». Los ejes que estructuran, por tanto, su imagen de la infancia, serán: la descripción general tópica, la visión realista de la voz poética (hacia su presente social o hacia una realidad infantil atemporal, que no mítica) y la estratégica ambientación arcádica o pastoril de muchos de sus niños.

Por lo que se refiere al retrato tópico de la niñez en las poesías de Iglesias, se acerca a la imagen dulcificada de Meléndez y conecta con el paradigma genérico de niño presentado por Rousseau e incluso por las artes neoclásicas, en tanto que sujeto inscrito en un momento de vitalidad y lozanía, de condición vulnerable y delicada, en un estado de pureza natural debido a su falta de desarrollo en sociedad (en moral, conducta y saberes), marco público opuesto al espacio privado al que se le asocia –familiar y de los afectos–. Esta pintura de la niñez, previsible y reiterada, se reproduce en Iglesias con una pincelada impresionista e interesada en la corporeidad o físico del niño, siempre hermoso y primoroso en su temprana edad e introducido mediante la vista: «vile tierno niño», «mi pastorcillo / en su edad florida, / del cielo y del prado / beldad es y envidia» (1798: I, 21; letrilla XIX), «aspecto lindo» (1798: II, 73; letrilla I), «con más cariño / coge en brazos el niño / que tiene de mantillas» (1798: II, 203; trova V), «en la flor de sus abriles mora» (1798: I, 205; égloga VIII), «su hermosura [de niña]» (1798: II, 27; epigrama LIII), «niña agraciada» (1798: I, 39; letrilla I), o «Dicen que florido / traigo mi cabello, / y el seno y el cuello / de rosas guarnido» (1798: I, 40; letrilla I). En *La niñez laureada*, la extensión del poema permite a Iglesias ahondar en esta imagen externa y pictórica del «tierno pimpollo», referente metafórico que refleja, en sus diferentes acepciones, las claves con las que el poeta concibe su visión ideal de niñez: una imagen física, naciente al mundo de los adultos, todavía sin desarrollar y bella en su estado[21]: «tierno angelito, amor tan delicado», «cupido de amatistas, / […] con su apacible vista deliciosa. / que era como una rosa, / rojito y blanco, bien como si en leche / un fresco clavel se eche, / o en flores de niñez ángel divino / con un colmo de gracias peregrino» (Iglesias, 1785: 80). La idealización de la imagen infantil es plena y destaca la visualidad pictórica del retrato físico, trasunto de la pureza y vitalidad de la niñez. La asociación, asimismo, de esta edad al juego o a

21. Nótese que el diccionario de la Academia define pimpollo como «"El vástago o tallo nuevo que echa la planta", "La rosa por abrir" (protohombre), "El sujeto galán, airoso y bizarro, y por traslación se dice de las cosas que son muy perfectas, curiosas y lucidas en su línea"» (RAE, 1780: 725).

conductas que evidencian la prematura formación del sujeto se muestra, pero en este caso esas acciones son calificadas negativamente porque ese niño prodigio Picornell –como después explicaremos– pretende lucirse, en su examen público, con una formación mental y un comportamiento propios de un sujeto adulto: «dejar no puede / de jugar con los pies, cabeza y manos. / ¡Oh, defectos livianos, / prueba de la niñez y su ternura!» (1785: 101).

Frente a esta idealización de la pintura de la niñez, con calificativos o descripciones tópicas, a menudo Iglesias ofrece otra imagen contrapuesta del niño mediante su captación en una escena concreta, realista y poco convencional. La posición distanciada que adopta la voz poética hacia el sujeto infantil, al que mira, le permite deformar el tópico mediante la captura de una realidad cotidiana infantil. Abordar al niño como «otro» evita la mirada introspectiva y retrospectiva, personal, si bien el diálogo con el público lector se suscita porque los fragmentos infantiles presentados remiten a la realidad de los receptores, que reconocen su espacio compartido con el poema y conectan con la voz poética. No obstante, en la unión del territorio literario y real, la perspectiva alejada hacia el niño se mantiene, de modo que, si bien el lector vive de cerca la escena del poema, hereda la visión desengañada de la voz poética (a mayor altura que el niño retratado), lo cual propicia el efecto humorístico o satírico buscado por el poeta (frente a la empatía afectiva o intimista lograda por Meléndez). Así pues, en la letrilla VII (1798: II, 86) apreciamos una representación infantil realista y deconstructora del ideal rousseauniano debido a las tachas de esa niñez, edad de un ser prematuro y dependiente del cuidado de los padres: «Váyase el señor, / casero y lampiño, / a pasear su niño / por el corredor; / y con el babador / a limpiarle el moco, / que yo a mi taberna / me voy poco a poco». El distanciamiento de «su niño», pintado como un ser otro, es evidente, al igual que emerge la vena satírica y humorística también en el Epigrama XX, donde el poeta visibiliza lo menos poético y menos atractivo de la niñez, como los continuos trabajos del cuidado o la incontinencia excretora infantil, ya que la idílica edad de pureza significa falta de civilización, de autonomía y de formación en normas de comportamiento. Iglesias satiriza: «Un casado se acostó / y con paternal cariño / a su lado puso al niño, / pero sucio amaneció. / Entonces, torciendo el gesto, / mirose uno y otro lado / y exclamó desconsolado: / ¡Ay, amor, cómo me has puesto!» (1798: II, 10). Visibiliza una imagen del niño como ser necesitado de educación y contención racional, todavía no educado para su comportamiento en sociedad, a la que está llegando. El compromiso de cuidado y de afecto paterno hacia el niño, actitud consolidada en el Siglo de las Luces, se manifiesta con claridad en este teatral retrato de infancia.

De igual modo, esa conciencia de cuidado y de formación del sujeto infantil puede relacionarse con la identificación de niñez y necesidad de educación. Esta asociación, que en el siglo XVIII alcanzó un gran protagonismo teórico, político y social, en Iglesias da lugar a otra imagen de niño, sujeto en edad de aprendizaje. En este punto es obligado citar de nuevo *La niñez laureada*: la mirada de Arcadio hacia la realidad infantil de su presente le hizo autor de este poema de

circunstancias, en 1785, en el que da cuenta de un caso del fenómeno de niños prodigio, moda desatada en la Europa de su época. El poema narrativo, si bien posterior a la disolución del grupo salmantino, merece ser mencionado aquí por su temática y singularidad: aunque debió de ser un encargo del padre-preceptor del menor, examinado con tres años en la Universidad de Salamanca, la elección de Iglesias para registrar por escrito esa exhibición probó ser acertada dada la destreza del poeta para capturar literariamente un hecho o fragmento real de su tiempo. Arcadio inmortaliza la exhibición pública del niño en ochenta estancias, descriptivas y encomiásticas sobre la demostración de conocimientos del pequeño Picornell, fruto esta de la educación recibida desde su temprana edad. La imagen de niñez representada en el poema –instrumento al servicio del padre pedagogo– transmite un concepto que revaloriza al niño como sujeto capaz de aprender y de poder ser útil a la patria si sus padres le dotan de una adecuada formación (como la aplicada al niño Picornell). Más que el modelo infantil teorizado por Rousseau, partidario de una educación natural y respetuosa con el comportamiento propio del niño conforme a su edad («L'enfance a des manières […] qui lui sont propres», afirma, 1762, libro II, 191)[22], esta representación infantil es la de un «puer senex» o niño sabio, figura excepcional en la que los límites entre rasgos infantiles y de hombre adulto se difuminan. Este retrato de niño rompe el manido tópico de niñez, aunque en este caso no por satirizar sus defectos, sino por visibilizar otro extremo de la realidad de la infancia: Iglesias muestra un referente infantil excepcional, el niño prodigio, que a finales de la centuria triunfó por el fenómeno europeo de los *enfants prodiges* (López-Souto, 2022: 13-21).

Esta visión realista de la infancia en su tiempo conduce al poeta a plasmar, junto con las loas de los prodigios, también prácticas sociales objeto de su pluma crítico-satírica. La pintura de estas otras infancias o juventudes más desfavorecidas, vulnerables a los abusos sexuales, revela una cierta conciencia (social o moral) en Iglesias, que entre agudezas no deja de presentar realidades silenciadas en su época por delicadas. Si bien el empleo del sustantivo «niña» por Arcadio a menudo debemos entenderlo como «moza o muchacha joven», en sintonía con la acepción aplicable «en el común modo de hablar, al que tiene pocos años» (RAE, 1780: 648)[23], en la letrilla XXIV hallamos un ejemplo de esta temprana sexualidad de una mozuela: «De que una niña se ponga / opilada algunos meses, / y nunca de

22. Consúltese más en López-Souto (2022: 29-30).

23. Nótese, en relación con esto, la puntualización de Ariès, que vincula las voces de niñez con rango social. Explica: «A nadie se le hubiera ocurrido limitar la infancia con la pubertad. La idea de infancia está vinculada a la de dependencia: los términos hijos, mocitos, muchachos, son también términos del vocabulario utilizado en las relaciones feudales o señoriales de dependencia. Solo se salía de la infancia saliendo de la dependencia o, por lo menos, saliendo de los grados inferiores de dependencia. Por ello, los términos de la infancia subsistirán para designar familiarmente, en la lengua hablada, a las personas de baja condición que continúan totalmente sometidas a otros […]. Un muchacho [*petit garçon*] no es necesariamente un niño, puede ser un criado joven» (2007: 48-49).

nueve pase / y siempre a los nueve llegue / ¿Qué se infiere?». La propia voz lírica reconoce en esta letrilla satírica, explícitamente, que se trata de temas acallados por la sociedad y los poderes públicos: «asuntos / de que habla bajo la gente / y siendo justificados / ninguno alzar la voz quiere», lo cual incide en su voluntad crítica (1798: II, 130). Es más, a partir del poema se sugiere una cierta cadencia o recurrencia en el embarazo («y nunca de nueve pase / y siempre a los nueve llegue») y una *ilicitud justificada* de los «asuntos», de modo que «¿Qué se infiere?»: parece clara la sátira indirecta hacia una práctica de prostitución o negocio similar. Con igual claridad, el poeta arroja luz sobre esos peculiares tratamientos hacia la infancia o juventud en otra letrilla satírica con casos de canjes sexuales y en la que se refiere una violación: «De fuente en que cierta niña, / por más que la había guardado / la flor del pelo perdió; / miento, que se la quitaron, / guarda, Pablo» (RB, mss. II/628, fols. 119-121)[24]. El empleo por Iglesias de la voz «niña», en estos casos, no parece gratuito, sino que sugiere una voluntad de incidir en la precoz edad de esas participantes en el negocio sexual y, de igual modo, en la condena ética de ese comercio.

En un siglo de gestación y delimitación del concepto de infancia, la separación de los períodos de niñez y juventud o inicios de la vida adulta a veces no fue fácil. Iglesias reflejó este uso difuso de términos en poemas como el epigrama LIII, donde se diluye la niñez con la idea de un ser ya sexual (adulto): «Viéndola, dije a Malena / no sé qué de su hermosura: / Niña, deja de ser dura / y dale alivio a mi pena». Ciertamente, no es propio de una niña ni «ser dura» ni corresponder a requiebros amorosos, y aun menos tomar la iniciativa para mantener una relación sexual: «Mas la niña no mintió / que no gasta fingimiento» (1798: II, 27), pero esta misma realidad de mezcla de edades o una terminología difusa volvemos a encontrarla en la oda VIII («Me metí en una danza / donde con ciertas niñas / muchos mozos bailaban / y que unos bien bebidos, / con lengua desbocada, / de mi testa decían / injurias y alharacas», 1798: II, 48). También en las odas VI y XXX, a partir del tema de la infidelidad a una pareja, advertimos un pensamiento impropio de sujetos infantiles y acerca del que conocemos su opinión: «Pensé cuando era niño, / que ser cornudo un hombre / fuera con mil pesares / vivir, y sinsabores. / Mas después mozalbete / Dorila encabrestome / […] y hallé desengañado / que, aunque cuernos me sobren, / también me sobra el vino, / las truchas y pichones» (1798: II, 46; oda VI) y «¿Qué será, Don Hernando, / me dicen muchas niñas / que siempre cuernos cantas / y nunca sus heridas» (1798: II, 68; oda XXX). En estos poemas la imagen de niñez parece servir a Iglesias para mostrar una idea simple, general y no experimentada sobre el asunto de los cuernos, mientras que el personaje del yo poético, que habla ya desde una perspectiva de mozalbete o adulto, resta valor a ese engaño amoroso y nunca canta «sus heridas» porque comprende

24. Podrá consultarse la edición de esta letrilla en un próximo trabajo, en *Cuadernos de Estudios del Siglo XVIII*, todavía en prensa.

esas infidelidades sexuales como parte de la opción de vida con libres placeres mundanos que ha elegido, con sus beneficios y riesgos.

Esta noción laxa de niño, sujeto de pocos años e inexperimentado en –aunque no desconocedor de– asuntos sexuales, evidencia un concepto de niñez en proceso de definición y de comprensión con independencia del modelo de adulto: esto es, como etapa plena en sí misma. El diccionario de la Academia refleja estas mismas realidades con imprecisión y límites oscilantes: *niñez* se define como edad «hasta los siete años, y por el común modo de hablar se extiende hasta la juventud» (RAE, 1780: 648) e igual ocurre con *infancia*, que «rigurosamente es la primera edad del hombre, mientras no habla; aunque algunos la extienden hasta la juventud» (1780: 550). Ariès explica: «como juventud significaba plenitud de la vida, "mediana edad", no había cabida para la adolescencia, por lo que ésta se confundió, hasta el siglo XVIII, con la infancia» (1987: 47), de ahí la vacilación que todavía se advierte en Iglesias.

Al contrario que en Meléndez, donde el empleo del yo poético propicia un relato de infancia introspectivo y de recuerdo del paraíso perdido, en Iglesias la utilización de la voz en primera persona solo acentúa el juego de ambigüedades y provocativo hacia el lector (esto es, la confusión entre el yo real estudiante de teología –o ya sacerdote– y el yo poético libertino)[25], pues evita el enfoque intimista, y además acerca las escenas presentadas en sus poemas –en las que nos introducimos a través de ese yo– para lograr una mayor incidencia sobre el lector, con el que busca dialogar mediante la identificación de la realidad poética presentada con su realidad contextual o mediante la sonrisa suscitada al reconocer la agudeza o el erotismo del poema. La imagen de un sujeto infantil, en esos casos –como se ha visto– sirve a la escritura poética y se pone al servicio del mensaje, foco central de esas poesías porque con él se trasmite la sátira social, el humor o la sugerencia erótica.

Por último, la representación de niños y niñas en una ambientación pastoril o rústica incide de nuevo en las fronteras difusas con las que Iglesias muestra la niñez. El marco bucólico parece remitir a la atemporalidad mítica de la infancia como paraíso puro e inocente, pero el encuadre natural de esta imagen infantil más bien será un recurso para fomentar el tono lúdico y sugerente de unas relaciones erótico-amorosas presentadas como niñerías, esto es, «acción propia de los niños. Dícese regularmente de sus divertimentos y juegos» (RAE, 1780: 648). Esta visión bucólica de los niños está influida, más que por el paradigma rousseauniano, por la pastoral clásica, composición literaria (musical o pictórica) que remite

25. Hay en Iglesias solo un caso de mirada que pudiese parecer introspectiva, la anacreóntica XVI añadida en la segunda edición, «En tanto que fui niño» (1798: I, 112-113), pero enseguida el lector advierte que el enfoque sigue siendo exógeno porque el yo lírico alude a su pasado («no supe», «ignorante») para mostrar su aprendizaje, con el tiempo, acerca de las bondades y «alegres tragos» de Baco, los cuales exalta y le permiten volver «a ser muchacho».



Figura 2. *Retrato de los hermanos Plymouth como Amor y Psique*, de Angelica Kauffman (1795). Fuente: colección privada.

a un escenario natural donde se desarrollan relaciones amorosas o disputas musicales, y en el que los niños de Iglesias aprenden y emulan el comportamiento propio de sujetos de mayor edad, adultos y sexuados, de ahí que a menudo surja en esas poesías la ambigüedad sobre la definición de niñez. En la letrilla primera (1798: I, 39) la voz lírica explica y justifica en esta su temática amoroso-pastoril: «Cantar yo cantara / los campos y flores, / la niñez y amores / con que me criara. / Mas si es cosa clara, / trivial y sencilla, / como vengo del campo / no es maravilla». También en la Anacreóntica I afirma su poética amoroso-pastoril: mediante una escena infantil donde «yo niño tierno / iba cogiendo flores / con otra tierna niña», el encuentro con Anacreonte cantando amores a Venus despertó en él el deseo de emularle y, explica, «desde entonces / mi blanda Musa solo, / solo me inspira amores» (1798: I, 101). Las inquietudes amorosas de ese yo niño se vuelven más claras, en su deseo o tono erótico, en otros poemas como la glosa «Antes de amar tuve celos»: «Siendo niño, en nuestro prado / Florinda hermosa te vi / dar abrigo a un alhelí / entre tu seno nevado. / De verle tan regalado / empecé a sentir recelos; / y en mis años pequeñuelos, / sin saber lo que era Amor, / de aquella inocente

flor / *antes de amar tuve celos*» (1798: I, 304). En la letrilla XIX la voz lírica femenina muestra una escena de amores entre pastores niños que suscita un erotismo impropio de una mirada infantil: «De solo adorarle / vivo desde el día / que amor puso en ello / mis mayores dichas. / Vile tierno niño, / siendo aún tierna niña, / cuando aún de él no supe / lo que apetecía» (1798: I, 21). La sugerencia del deseo erótico-sexual, con la ambigüedad conseguida con el contrapunto de la supuesta ingenuidad o pureza amorosa de esos niños pastores, ofrece una estampa bucólica en la que los juegos erótico-amorosos se vuelven naturales y lícitos. La pureza infantil sigue fomentando las ambigüedades sobre la conciencia erótica de la voz lírica en la letrilla I, poema donde la percepción física del otro y la correspondencia de canciones tensiona con la idea de un amor puro: «Si niña agraciada, / un niño pastor / cantaba a mi amor / más de una tonada. / Y yo, de picada, / más de otra letrilla. / Como vengo del campo / no es maravilla» (1798: I, 39).

El carácter lúdico, los juegos de ambigüedades y la diversidad de imágenes infantiles, bien con una visión realista –en un territorio formativo o de escena cotidiana deconstructora de una imagen ideal–, o bien con una mirada más tópica –aunque focalizada en lo corpóreo–, los niños de Iglesias se mueven en territorios exógenos, impersonales, desde los que sirven de propaganda a una pedagogía infantil, una función satírico-crítica o humorística e incluso de entretenimiento con lecturas erótico-amorosas de escenas bucólicas.

5. Conclusiones

En este artículo hemos ahondado en la imagen de niño o niñez generada en el grupo poético de Salamanca a través de dos de sus principales poetas: Juan Meléndez Valdés y José Iglesias de la Casa. El estudio se sustenta sobre el establecimiento de un corpus de poesías que, *per se*, evidencia la atención y las recurrencias al motivo del niño presentes en la obra poética de ambos autores –en especial, en sus versos vinculados con el modo y paradigma poético practicado en esa *tertulia* salmantina–, interés y tratamiento que documenta el conocimiento y la asimilación (por parte de ambos poetas) del concepto moderno de niño e infancia que, por influjo europeo y desde otras disciplinas, estaba ganando visibilidad, construyéndose y asentándose en la España del último tercio del siglo XVIII.

Mediante la contraposición del acercamiento al tema del niño en Batilo y Arcadio constatamos, en primer lugar, un retrato tópico de esos pequeños conforme al modelo de infancia transmitido por Rousseau, si bien en Meléndez el foco será la pureza e inocencia de esa edad, mientras que Iglesias incidirá más en la corporeidad y lozanía física de los menores. No hemos de considerar irrelevantes estas dos formulaciones porque, en esas décadas, Meléndez e Iglesias estaban sintonizando con las nuevas imágenes de niñez que también la pintura europea e incluso la española estaban introduciendo y reproduciendo, al igual

que con los conceptos presentes en tratados filosóficos y de teoría pedagógica –de un lado, la noción rousseauniana de un tiempo edénico e ideal, inocente por su natural estado y por carecer de aprendizajes preconcebidos; de otra parte, la idea de una apariencia física y conductual propia de su condición infantil y autónoma en cuanto tal (porque los *niños* ya dejan de ser considerados adultos a pequeña escala)–.

En segundo lugar, frente a la mirada introspectiva y retrospectiva de Batilo hacia el niño, perspectiva intimista hacia un yo pasado, Arcadio mostrará una visión exógena, impersonal y más realista hacia la imagen de niño, satírica incluso con sus tachas o espejo de casos de su contexto social (por ejemplo, de abusos o de prodigios de educación). Estos tratamientos opuestos son coherentes con las diferencias existentes entre las prácticas poéticas o la concepción de la poesía que caracterizarán a uno y otro. Así pues, el gusto delicado del ojo de Meléndez hacia el final de la niñez con el despertar erótico o la conciencia como adulto hacia la brevedad de esta etapa contrasta con la ambigua mezcla de edades presentada por Iglesias, en cuyos versos domina la sugerencia erótica con protagonistas de difusa condición infantil o juvenil y, una vez alcanzado su estado adulto, los personajes prueban tener más experiencia en esos temas amoroso-sexuales y no manifiestan, en absoluto, ninguna nostalgia hacia su ingenuidad de niñez.

El territorio pastoril cobra diferentes sentidos según los niños que lo transitan y habitan. Para Batilo simboliza un paraíso de pureza, felicidad y candor no recuperable: es el espacio donde el niño feliz acabará su edad con el conocimiento del amor. Para Arcadio, en cambio, se trata de un marco de belleza y un ambiente de sugerencia erótica, con infancias ambiguas y, sin la retórica pastoril, realistas o más correspondientes con la juventud o edad adulta. La reevaluación personal del recuerdo infantil se vuelve, en Iglesias, una mirada crítica y en presente. Pero es la focalización interna o externa del poeta la que determina las dos pinturas de infancia de Meléndez e Iglesias: esto es, al niño tierno o al pimpollo.

En cierto modo, si adoptamos un lenguaje plástico y referentes pictóricos, podríamos ilustrar estas dos miradas hacia la niñez con la contraposición de las escenas infantiles dulces, intimistas e idealizadas de Antonio Carnicero Mancio –en *Retrato de niño*, *Retrato de niño con un canario* y *Un infante con tambor y pandereta*, considerado antes obra de Carnicero, pero recientemente atribuida a Ramón Bayeu y Subías, al igual que *Infanta María Luisa Carlota de España*– frente a las escenas realistas, corpóreas y alegres o de denuncia social de Goya –en *Niños cogiendo fruta*, *Muchachos trepando a un árbol*, *Pequeños gigantes*, *Niños jugando al balancín* o *La gallina ciega*–. Dos modos opuestos, en suma, de poetizar la infancia y de tratar el motivo del niño, pero ambos visibilizadores de los cambios conceptuales que estaban ocurriendo en torno a ese tema –en las artes, la pedagogía, la filosofía, etc.– y que convierten al joven grupo poético de Salamanca, representado en este artículo por Meléndez e Iglesias, en generador de lo que podríamos denominar, si partimos de la terminología de Fernández Romero (2007), primeras muestras de *poéticas modernas de infancia y juventud*.



Figura 3. Antonio Carnicero (atribuido a), *Retrato de niño con un canario*.
Fuente: colección privada.



Figura 4. Francisco de Goya, *La gallina ciega* (1788).
Fuente: Museo del Prado.

6. Bibliografía

Ariès, Philippe (2007 [1987]), *El Niño y La Vida Familiar En el Antiguo Régimen*, Madrid: Taurus.

Barbero, Paula (2021), «El abandono infantil en Tenerife a finales del Antiguo Régimen», *Vegueta: Anuario de la Facultad de Geografía e Historia*, XXI(1), pp. 345-371.

Beneyto Pérez, Juan (1949), *La escuela iluminista salmantina*, Salamanca: Universidad de Salamanca.

Cadalso, José de (1979), *Escritos autobiográficos y epistolario*, Nigel Glendining y Nicole Harrison (eds.), London: Tamesis Books.

Carnero, Guillermo y Polt, John (1995), «Poetas entre dos siglos», en Guillermo Carnero (coord.), *Historia de la Literatura Española, Siglo XVIII*, Madrid: Espasa-Calpe, pp. 771-788.

Chacón Jiménez, Francisco (2020), «La construcción de la categoría infancia en España y el contexto del cambio social. Siglos XVIII-XX», en Fernando Durán (ed.), *La invención de la infancia*, Cádiz: Universidad de Cádiz, pp. 17-44.

Colford, W. E. (1942), *Juan Meléndez Valdés. A study in the transition from Neo-Classicism to Romanticism in Spanish Poetry*, New York: Hispanic Institute.

Cueto, Leopoldo Augusto de (1869), *Poetas líricos del siglo XVIII* (BAE), Madrid: M. Rivadeneyra, t. I.

Deacon, Philip (1995), «La maleabilidad del neoclasicismo: aproximaciones a la poesía española del siglo XVIII», en *Estudios dieciochistas en homenaje al profesor José Miguel Caso González*, I, Oviedo: Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII, pp. 207-218.

Deacon, Philip (2017), «Presentación», *Cuadernos Dieciochistas* [monográfico sobre Juan Meléndez Valdés], 18, pp. 17-22. https://doi.org/10.14201/cuadieci2017181722

Demerson, Georges (1971), *Don Juan Meléndez Valdés y su tiempo (1754-1817)*, Madrid: Taurus.

Durán, Fernando (ed.) (2020), *La invención de la infancia*, Cádiz: Universidad de Cádiz.

Elias, Norbert (1998), *La civilización de los padres y otros ensayos*, Santa fe de Bogotá: EUN.

Fernández Romero, Ricardo (2007), *El relato de infancia y juventud en España (1891-1942)*, Granada: Ediciones Universidad de Granada.

García Pérez, Arcadio (2013), *La escuela ilustrada salmantina: Miguel Martel (1754-1837)*, Salamanca: Universidad de Salamanca/UNED.

Gies, David (1995), «El Rococó poético», en Guillermo Carnero (coord.), *Historia de la Literatura Española, Siglo XVIII*, Madrid: Espasa-Calpe, pp. 221-229.

Gittins, Diana (2004), «The historical construction of childhood», en *An introduction to childhood studies*, Mary Jane Kehily (ed.), England: Open University Press, pp. 25-38.

Gómez Castellano, Irene (2013), *La cultura de las máscaras: disfraces y escapismo en la poesía española de la Ilustración*, Madrid: Iberoamericana Editorial Vervuert.

Grenby, M. O. (2014), «The origins of children's literature», *Discovering Literature, Romantics and Victorians*, British Library. En línea: https://www.bl.uk/romantics-and-victorians/articles/the-origins-of-childrens-literature. Último acceso julio 2023.

Grenby, M. O. y Reynolds, Kimberley (eds.) (2011), *Children's Literature Studies: A Research Handbook*, London: Palgrave.

Iglesias de la Casa, José (1793), *Poesías póstumas*, Salamanca: Francisco de Tójar.

Iglesias de la Casa, José (1798), *Poesías póstumas*, Salamanca: Francisco de Tójar.

Lama, Miguel Ángel (2005), «La ordenación de las Poesías de Meléndez Valdés», en *Juan Meléndez Valdés y su tiempo (1754-1817)*, Jesús Cañas Murillo, Miguel Ángel Lama y José Roso Díaz (eds.), Mérida: Editora Regional de Extremadura, pp. 183-200.

León Vegas, Milagros (2015), «Un estudio de caso sobre abandono infantil en la Andalucía Moderna. Los expósitos de la inclusa antequerana», *Revista de Demografía Histórica-Journal of Iberoamerican Population Studies*, XXXIII(1), pp. 99-133.

López-Souto, Noelia (2020), «Andanzas y desventuras de un niño prodigio de la Ilustración española: apuntes biográficos sobre Juan Antonio Picornell y Obispo», *Investigaciones Históricas. Época Moderna y Contemporánea*, 40, pp. 353-382.

López-Souto, Noelia (2022), *Prodigios de la Ilustración española. La niñez laureada, de José Iglesias de la Casa*, Salamanca: Delirio.

López-Souto, Noelia (2023), «Una epístola inédita de José Iglesias de la Casa dirigida a Juan Meléndez Valdés», *Revista de Literatura*, 85(170), pp. 423-454. https://doi.org/10.3989/revliteratura.2023.02.017

López-Souto, Noelia (2024), «Censura y proceso editorial en las *Poesías póstumas* de Iglesias de la Casa: erotismo, homoerotismo y sátira», en Elena de Lorenzo Álvarez y Rodrigo Olay Valdés (coords.), *La censura en la España del siglo XVIII: Nuevas aproximaciones*, Gijón: Trea/Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII.

Lorenzo Álvarez, Elena de (2023), «La escuela poética salmantina del siglo XVIII: la historia de un concepto y algunas reflexiones finales», en María Luzdivina Cuesta Torre

(coord.), *El legado literario de Castilla y León desde la Edad Media al Romanticismo*, pp. 251-319.

Martínez Blanco, Carmen María (2003), *El niño en la literatura medieval (para una historia social y de las mentalidades de la infancia)*, Madrid: Universidad Complutense de Madrid.

Mayordomo Pérez, Alejandro y Lázaro Lorente, Luis M. (coords.) (1989), *Escritos pedagógicos de la Ilustración*, Madrid: Ministerio de Educación Cultura y Deporte, Centro de Publicaciones.

Meléndez Valdés, Juan (1785), *Poesías*, Madrid: Joaquín Ibarra, 1785.

Meléndez Valdés, Juan (1797), *Poesías*, Valladolid: Viuda e hijos de Santander, t. I.

Meléndez Valdés, Juan (1820 [1821]), *Poesías*, Martín Fernández de Navarrete y Manuel José Quintana (eds.), Madrid: Imprenta Real.

Meléndez Valdés, Juan (1981-1983), *Obras en verso*, edición crítica, prólogo y notas por Juan H. R. Polt y Jorge Demerson, Oviedo: Cátedra Feijoo. Centro de Estudios del Siglo XVIII.

Meléndez Valdés, Juan (2004), *Poesías*, Emilio Palacios Fernández (ed.), Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, t. I. https://www.cervantesvirtual.com/obra/poesias-tomo-i--0/

Olay Valdés, Rodrigo (2017), «Meléndez Valdés: una carrera poética en los circuitos del poder», en Elena de Lorenzo (coord.), *Ser autor en la España del siglo XVIII*, Oviedo: Trea, pp. 347-371.

Pérez Álvarez, María José (2009), «La otra infancia en León en el Antiguo Régimen: los niños expósitos», en Juan J. Bravo Caro y Juan Sanz Sampelayo (eds.), *Población y grupos sociales en el antiguo régimen*, II, pp. 1077-1095.

Polt, John H. R. (1987), *Batilo: estudios sobre la evolución estilística de Meléndez Valdés*, Oviedo: Centro de Estudios del Siglo XVIII/University of California Press. https://www.cervantesvirtual.com/obra/batilo---estudios-sobre-la-evolucin-estilstica-de-melndez-valds-0/

Quintana, M. J. (1820), «Noticia histórica y literaria de Meléndez», en Juan Meléndez Valdés, *Poesías*, Madrid: Imprenta Nacional, t. I, pp. XV-LXXVIII.

RAE (1780), *Diccionario de la lengua castellana compuesto por la Real Academia Española, reducido a un tomo para su más fácil uso*, Madrid, Joachín Ibarra.

Real de la Riva, César (1948), «La escuela poética salmantina del siglo XVIII», *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*, 24, pp. 321-364.

Robledo Hernández, Ricardo (2003), «Tradición e Ilustración en la Universidad de Salamanca: sobre los orígenes intelectuales de los primeros liberales», en Ricardo Robledo *et al.* (eds.), *Orígenes del liberalismo. Universidad, política, economía*, Salamanca: EUSAL, pp. 49-80.

Robledo Hernández, Ricardo (2005), «La difusión del pensamiento moderno en la Universidad de Salamanca a fines del siglo XVIII», *Historia Constitucional*, 6, pp. 427-450.

Rodríguez de la Flor, Fernando (1982), «Aportaciones al estudio de la Escuela Poética Salmantina (1773-1789)», *Studia Philologica Salmanticensia*, 6, pp. 193-229.

Shiba, Hiroko (2014), «Evolución pictórica de las sagradas imágenes en la España moderna: la política adoctrinadora de la iglesia acerca de la familia y género», en Francisco Chacón Jiménez y Cosme Gómez Carrasco (eds.), *Familias, recursos humanos y vida material*, Murcia: Editum, pp. 645-693.

Vallejo, Irene (1992), «La escuela poética salmantina», en *La poesía del siglo XVIII*, Madrid: Júcar, pp. 177-207.

Valverde Lamsfus, María Dolores (1986), «El abandono y la exposición de niños en la segunda mitad del siglo XVIII y comienzos del XIX: situación y reforma en la inclusa de Pamplona», *Príncipe de Viana*. *Anejo*, 4 (Ejemplar dedicado a: I Congreso de Historia de Navarra de los siglos XVIII-XIX y XX: t. I), pp. 93-118.

7. Anexo

Nota bene: Se destacan con fondo de color los poemas donde el motivo del niño resulta más significativo y no obedece solo a una referencia a Cupido ni a una mera convención literaria (sin elementos genuinos). En el caso de las líneas temáticas, se marcan las presentes en cada poema y se destacan con color las que en él sobresalen de modo singular. Pueden inferirse así, de manera visual, las columnas temáticas que en cada poeta cobran mayor peso y están más desarrolladas.

Juan Meléndez Valdés (mirada interior)	Poesías	Edición / fuente	Ethos idealizado (inocencia y juego)	Motivo de la lírica tradicional (preclaro modelo)	Erotismo (en marco pastoril)	Edad de tránsito (despertar al amor/conocimiento, edad de formación)	Introspección, autoconciencia, hacia el yo
	A Dorila Oda VI	Ed. 1981-1983, I, pp. 82-83	x		x		x
	De lo que es amor Oda VII	Ed. 1981-1983, I, pp. 83-84	x		(imágenes naturales, evocadoras del amor: «tortolillas»)	x	x
	De mis niñeces Oda XV	Ed. 1981-1983, I, pp. 92-93	x		x	x	x
	De Dorila Oda XXVIII	Ed. 1981-1983, I, p. 105		x		x (tras violación, «No responde; / riñenla: no replica»)	
	Mis ilusiones Oda XXIX	Ed. 1981-1983, I, p. 106	x			x («que la corriente sube / del río de la vida»)	x
	De un Cupido Oda XXXIII	Ed. 1981-1983, I, pp. 110-111			x		
	A las muchachas Oda LXIV	Ed. 1981-1983, I, p. 145			x		
	Iba a cantar de Marte Oda LXVI	Ed. 1981-1983, I, p. 146			x («Amor»)	x («Canta, / muchacho, mis delicias»)	x
	Volando blandamente Oda LXXII	Ed. 1981-1983, I, pp. 148-149			x («hermoso niño», [Cupido])		
	¿Cómo, Cupido, cómo…? Oda LXXIV	Ed. 1981-1983, I, pp. 149-150			x («dios y tan niño» [Cupido])		
	Por más, Belisa mía Oda LXXV	Ed. 1981-1983, I, p. 150			x («niño de Citeres»)		
	No estés simple paloma Oda XVI (en *La insconstancia*)	Ed. 1981-1983, I, p. 178			x		
	El nacimiento de Jovino Oda XX (o *canciones*)	Ed. 1981-1983, II, pp. 654-656	x			x (creciendo, de su patria gloria)	
	Ya siento, alado niño Oda XXXVIII	Ed. 1981-1983, II, p. 695			x (Cupido)		
	Al Sr. D. Gaspar de Jovellanos Epístola II	Ed. 1981-1983, II, pp. 763-767	x			x («el camino / me descubriste»; «enseñándome»)	x
	A unos ojos Letrilla II (139a y 139b)	Ed. 1981-1983, I, pp. 218-219		x	x		
	«Zagaleja mía» Letrilla XIX	Ed. 1981-1983, I, pp. 240-241		x	x		
	Romance Si tan niña te casaron	Ed. 1981-1983, I, p. 375		x	x		
	Las vendimias Romance XXXVIII	Ed. 1981-1983, I, pp. 394-397		x	x		
	Perdón, amables musas: ya rendido Silva IV[1]	Ed. 1981-1983, II, pp. 540-544	x			x («mi alegre frente / de torvo ceño oscureció»)	x

[1]. Único poema de Batilo que excede el tiempo abordado en este artículo (de juventud en Salamanca), pues es fechado por Polt y Demerson entre 1789-1797 (1981-1983: 540).

	Poesías	Edición / fuente	Físico idealizado	Motivo amoroso (en marco pastoril)	Formación (conductual e intelectual)	Presentación realista	Introspección, autoconciencia, hacia el yo
José Iglesias de la Casa (mirada exógena)	De sus cantares Letrilla II	Ed. 1798, I, p. 4		x («Amor niño»)			
	De su pastorcillo Letrilla XIX	Ed. 1798, I, p. 21	x	x			
	El desvelo Letrilla XX	Ed. 1798, I, p. 22		x («Amor niño»)			
	Si el estilo en mis letras Letrillas segundas. Letrilla I	Ed. 1798, I, p. 39-41	x	x			
	En la floresta un pastor Letrillas segundas. Letrilla IX	Ed. 1798, I, p. 55-56		x («niño traidor, Amor»)			
	El ramo de la mañana de San Juan Romance I	Ed. 1798, I, p. 63-65	x	x			
	Siendo yo niño tierno Anacreóntica I	Ed. 1798, I, p. 101	x	x	x («me dio su lira / toquéla y desde entonces […]»)		(*Puede parecer*)
	Bajaba por los vientos Anacreóntica XII	Ed. 1798, I, p. 109-110		x (Cupido)			
	En tanto que fui niño Anacreóntica XVI	Ed. 1798, I, p. 112-113		x	x («luego que he sabido / del mundo los engaños / […] tú, oh Baco, me enseñaste / […] con tus alegres tragos»)		(*Puede parecer*)
	Era la noche y en sereno vuelo Égloga V	Ed. 1798, I, p. 190-194	x	x			
	Divina Euterpe, que en el blando coro Égloga VI	Ed. 1798, I, p. 195-199	x	x («un sin igual mancebo / a un pastorcillo», «crudo niño Amor»)			
	La suavidad del céfiro amoroso Égloga VII	Ed. 1798, I, p. 200-204	x («tu figura / tan gentil»	x («cuando niña llegué a verte / mi primer dicha fue rendirte el alma»			
	Un casado se acostó Epigrama XX	Ed. 1798, II, p. 10		(amor o cuidado paternal)	x	x («a su lado puso al niño / pero sucio amaneció»)	
	Óiganme, que empiezo Letrilla I	Ed. 1793, II, p. 73-75		x («niño arrapiezo»)			
	Yo que nada bueno Letrilla VII	Ed. 1793, II, p. 85-88			x	x («pasear su niño por el corredor»)	
	¿Tú que no sabes…? Letrilla XIII	Ed. 1798, II, p. 103-106	x	x (Cupido o niño)	x		
	La niñez laureada *Poema en loor de D. Juan Picornell…*	1785	x	(amor o cuidado paterno y materno)	x	x	
	De una fuente, Pablo mío,	RB, Mss. II/628, ff. 119-121. S. f.		x (*locus horribilis*)		x	

ISSN: 1576-7914 - e-ISSN: 2341-1902
DOI: https://dx.doi.org/10.14201/cuadieci202526417441

DRAMATURGIAS LÉSBICAS EN EL SIGLO XVIII: *LA MAYOR DESCONFIANZA O AMAR DEIDAD A DEIDAD* COMO TEXTO SUBVERSIVO*

Lesbian Dramaturgies in the 18th Century: La mayor desconfianza o amar deidad a deidad *as Subversive Text*

Eva MORENO LAGO
Universidad de Sevilla
emoreno3@us.es

Fecha de recepción: 01/09/2024
Fecha de aceptación: 07/12/2024

RESUMEN: La comedia *La mayor desconfianza o amar deidad a deidad*, atribuida a «una dama sevillana» y conservada en un manuscrito de la BNE, constituye uno de los primeros ejemplos de representación de las experiencias lésbicas en la literatura del siglo XVIII. En este estudio se explora cómo, por medio de una relación homoerótica entre dos personajes femeninos, la obra desafía, de manera sutil, las normas sociales y literarias de su contexto cultural, insinuando una resistencia a las estructuras patriarcales y heteronormativas. Utilizando un enfoque interdisciplinar que fusiona la crítica literaria feminista, el análisis intertextual y los estudios de identidad sexual, se han examinado las dinámicas de poder y las representaciones de género en torno a la obra. A pesar de las críticas estilísticas, los resultados evidencian que esta obra es relevante para la historia del teatro español y merece una mayor atención por abordar las experiencias y deseos lésbicos de una manera compleja y temprana. Se concluye que la obra es fundamental para los estudios de género y la literatura, al visibilizar experiencias históricamente marginalizadas.

* Este trabajo se ha realizado al amparo de un Contrato de Acceso al Sistema Español de Ciencia, Tecnología e Innovación para el Desarrollo del Programa Propio de I+D+i de la Universidad de Sevilla financiado por el VI PPIT-US.

Palabras clave: identidades lésbicas; teatro español del siglo XVIII; crítica literaria feminista; resistencia patriarcal; intertextualidad; teatro privado.

ABSTRACT: The comedy *La mayor desconfianza o amar deidad a deidad*, attributed to «a Sevillian lady» and preserved in a manuscript of the BNE (National Library of Spain), constitutes one of the earliest examples of lesbian experiences represented in 18th-century literature. This study explores how, through a homoerotic relationship between two female characters, the work subtly challenges the social and literary norms of its cultural context, suggesting resistance to patriarchal and heteronormative structures. Using an interdisciplinary approach that combines feminist literary criticism, intertextual analysis, and sexual identity studies, the dynamics of power and gender representations surrounding the work have been examined. Despite stylistic critiques, the findings demonstrate that this work is relevant to the history of Spanish theater and deserves greater attention for addressing lesbian experiences and desires in a complex and early manner. It concludes that the work is fundamental to gender and literary studies by making historically marginalized experiences visible.

Key words: lesbian identities; 18th-century Spanish theater; feminist literary criticism; patriarchal resistance; intertextuality; private theatre.

La comedia *La mayor desconfianza o amar deidad a deidad*, atribuida a «una dama sevillana», ofrece una ventana poco común al tratamiento de las identidades disidentes en la literatura del siglo XVIII. Esta obra presenta una relación amorosa entre dos mujeres como eje central de la trama, lo que supone un desafío a las normas literarias y culturales de la época. A pesar de la marginación histórica de las voces femeninas y lésbicas en la narrativa literaria y en la historia, este texto emerge como una pieza fundamental para la reconstrucción de un pasado poco conocido.

El análisis de esta comedia es especialmente relevante en un contexto en el que las representaciones de relaciones entre mujeres han sido tradicionalmente ignoradas o eliminadas de los registros literarios españoles. A diferencia de la literatura anglosajona, donde los estudios sobre el lesbianismo han tenido una mayor difusión, la literatura española e hispanoamericana aún carece de un corpus de textos de temática lésbica (cuya ausencia se multiplica si se busca que estén escritos por mujeres) y, como consecuencia, de estudios y análisis sobre la representación de las identidades sexuales femeninas no normativas. Esto convierte a *La mayor desconfianza o amar deidad a deidad* en un eslabón clave para entender no solo el discurso lésbico en la literatura española, sino también para cuestionar la construcción de género y deseo en una sociedad profundamente marcada por el patriarcado.

A pesar de su relevancia, ya que esta comedia es, hasta la fecha, la primera pieza teatral escrita por una mujer que aborda la temática lésbica, ha recibido

escasa atención crítica. Las pocas veces que ha sido mencionada, como se verá en el siguiente apartado, ha sido objeto de severas críticas por sus supuestas deficiencias estilísticas, lo que ha llevado a minimizar su valor literario. No obstante, un enfoque contemporáneo desde la crítica literaria feminista permite reevaluar la obra más allá de su estética y considerar su capacidad para visibilizar identidades disidentes y cuestionar las jerarquías de poder impuestas por la sociedad.

Este artículo busca recuperar el valor cultural, social y literario de este manuscrito mediante un análisis centrado en la representación del amor entre mujeres, las tensiones de clase y poder y el uso de las estructuras convencionales del teatro mitológico y cortesano para desafiar las normas sexuales y de género. A través de esta lectura, se argumentará que *La mayor desconfianza o amar deidad a deidad* no solo debe ser considerada por su lugar en la historia del teatro español, sino también por su contribución a la representación temprana de identidades disidentes, lo que la convierte en un texto relevante tanto para los estudios de género como para la historia de la literatura.

1. Del canon a la disidencia: estado de la cuestión y nuevas lecturas

La primera vez que se menciona este manuscrito es en la pionera publicación de Manuel Serrano y Sanz (1903-1905), titulada *Apuntes para una biblioteca de escritoras españolas desde el año 1401 al 1933*. Este registro inicial sitúa el manuscrito dentro del ámbito de la literatura femenina, marcando un hito en la documentación de autoras españolas. Más recientemente, en el volumen I de *Autoras en la historia del teatro español (1500-1994)*, este manuscrito y las cuatro obras que alberga (dos comedias y dos sainetes) vuelven a ser referenciados. En concreto, el capítulo dedicado a las «Autoras en el teatro español. Siglos XVI-XVIII», escrito por Fernando Doménech, ofrece una relación de los personajes de las cuatro obras atribuidas a «Una dama sevillana», un resumen y un breve comentario. La evaluación de Doménech sobre la comedia que aquí se analiza es negativa:

> Es una comedia torpe, artificiosísima, prolija, lenta hasta la exasperación y tópica sin paliativos. Evidentemente a su autora, poco hábil, se le escapa constantemente de las manos la acción y la sustituye por larguísimos parlamentos declarativos, en que los personajes vuelven a contar lo que acabamos de ver, o por repetitivas escenas de galanteo, todas iguales.
> La versificación es vulgarísima. El lenguaje, pobre, de un barroquismo tardío, sin brillo y sin emoción. El resultado, insufrible. (Doménech, 1997: 417)

Este juicio destaca las limitaciones estilísticas y estructurales que comprometen la calidad de la obra, aunque también valora previamente el «planteamiento asombroso» de la comedia. Sin embargo, es precisamente esta crítica la que abre un espacio para un análisis más profundo y matizado, que va más allá de la valoración estética para explorar la innovación temática y contextual de la comedia. El presente estudio se propone analizar la originalidad temática de la obra y su

relevancia dentro del contexto teatral y social de la época. Se examinará cómo la obra ofrece una perspectiva valiosa sobre una realidad social que ha sido históricamente opacada por el canon literario. Al abordar estas cuestiones, se pretende reivindicar la importancia de esta comedia dentro de un marco más amplio de estudios literarios y culturales.

El único estudio previo centrado en este manuscrito es el análisis de la primera comedia, *Comedia Famosa El Exemplo de Virtudes y Santa Isabel, Reyna de Ungría* (Soufas *et al*., 2005), que defiende la obra por su sofisticación y complejidad dramática. Según este análisis, la comedia es capaz de mantener la intriga a la vez que entrelaza la vida de una santa del siglo XIII con los acontecimientos políticos del Estado español del siglo XVIII. Este enfoque contrasta significativamente con la valoración de Doménech, quien la describe como «superficial, tópica, aburrida y profundamente vieja» (1997: 415). Mientras que Doménech subraya las limitaciones estéticas de la obra, el estudio colectivo encabezado por Soufas adopta una perspectiva desde la crítica literaria feminista, apreciando cómo la dramaturga cuestiona la legitimidad de las figuras de poder y ofrece un análisis que va más allá de los criterios estéticos convencionales, valorando la obra por su capacidad de desafiar las normas sociales y su relevancia temática.

2. Hacia una identidad lésbica en el siglo XVIII: hipótesis y enfoques metodológicos

Como ya se ha mencionado, este manuscrito representa un eslabón clave en la recuperación de una voz literaria femenina y lesbiana que ha sido silenciada durante siglos. A través de su estudio, es posible empezar a reconstruir un lenguaje propio y una narrativa que permita explorar las experiencias e identidades lésbicas en el pasado, más allá de las normativas impuestas por la sociedad patriarcal. La autora anónima utiliza las estructuras teatrales existentes, en concreto las del teatro cortesano y las referencias mitológicas, para explorar identidades femeninas disidentes, cuestionando las expectativas matrimoniales y la legitimidad del deseo de las mujeres. La relación entre Celia y Lucrecia refleja una temprana manifestación de lo que hoy entendemos como identidad lesbiana, y su tratamiento dentro de la obra sugiere una resistencia velada a los sistemas tradicionales que limitan las expresiones de amor entre dos mujeres pertenecientes a una clase social alta.

La pregunta de investigación que guiará este estudio es la siguiente: ¿de qué manera permite la comedia reconstruir un lenguaje propio y una representación de las experiencias e identidades lésbicas en el siglo XVIII? Este análisis busca explorar cómo la obra abre un espacio para visibilizar relaciones disidentes y elaborar una dramaturgia que, a pesar de las restricciones sociales de la época, refleja las vivencias de las mujeres que amaron a otras mujeres. Para analizar el manuscrito siguiendo la hipótesis planteada, se enfoca el estudio desde una perspectiva de identidad y contexto. El análisis de la identidad de los personajes se puede llevar a

cabo mediante las categorías sexuales como construcciones culturales e históricas, tal como señalan autores como Foucault (1989) y Weeks (1987). A pesar de que el concepto de lesbianismo no existía como tal en el siglo XVIII, la relación entre Celia y Lucrecia refleja una atracción que se puede interpretar a través de la lente de las identidades disidentes. Las dinámicas de poder y los obstáculos sociales que enfrentan, como el matrimonio concertado entre Lucrecia y el Príncipe de Inglaterra, reflejan cómo las expectativas sociales limitan la libre expresión de las relaciones amorosas entre mujeres.

Desde la perspectiva de Olga Viñuales (2000), la relación entre Celia y Lucrecia refleja un proceso de negociación constante de sus identidades (de clase, de género y de edad) en el contexto social. La imposibilidad de concretar la relación dentro de los parámetros sociales muestra cómo la heterosexualidad institucionalizada excluye las relaciones no normativas, relegando el deseo erótico entre mujeres a una esfera marginal. Sin embargo, se analizará cómo las identidades más fuertes son las de clase y de edad, ya que el deseo lésbico sí puede expresarse de manera más abierta entre personajes de clases bajas, como las criadas, donde las restricciones sociales del matrimonio no son tan estrictas.

El enfoque de Goffman (1993) sobre el estigma y la revelación de la identidad también es relevante para el análisis de esta obra. A diferencia de lo que postula Goffman, Celia y Lucrecia no ocultan sus sentimientos durante la obra. De hecho, Celia anuncia su amor por Lucrecia desde el comienzo y, en momentos clave (como el final de la obra), Lucrecia revela esta relación en presencia de otros personajes. Sin embargo, la estructura social y la identidad de clase de ambas dificultan la posibilidad de que su relación prospere, puesto que los intereses familiares prevalecen sobre el amor personal.

Además, se puede aplicar la idea de constructo cultural de la identidad lesbiana, como plantea Plummer (1995), a la relación entre Celia y Lucrecia. A pesar de la falta de una categoría sexual definida en la época, la atracción entre ellas puede entenderse como un desafío a la normatividad de género. Este proceso de identificación y su significado cultural pueden interpretarse como un intento de las protagonistas de vivir de acuerdo con sus deseos, aunque finalmente deban ceder a las presiones sociales de su entorno.

Asimismo, la temática sáfica abordada en la comedia entronca inevitablemente con los conceptos de «heterosexualidad obligatoria» y «heteronormatividad», acuñados por Adrienne Rich (1996) y que se utilizarán en el análisis de la comedia. Rich argumenta que la existencia lesbiana ha sido sistemáticamente borrada de la historia y que la heterosexualidad ha sido impuesta y mantenida a la fuerza como norma. Define la heterosexualidad obligatoria como una institución, es decir, un conjunto de las relaciones de poder que han normalizado la sexualidad, equiparando las relaciones heterosexuales con lo que significa ser humano. Este marco teórico es crucial para entender cómo, en la comedia, la heterosexualidad femenina obligatoria ha suprimido tanto la resistencia de las protagonistas ante esta imposición como la posibilidad lesbiana. Además, Rich aboga por el uso de la

expresión «existencia lesbiana» puesto que «sugiere tanto el hecho de la presencia histórica de las lesbianas como también nuestra continua creación del significado de esa existencia» (Rich, 1996: 13).

El concepto de heterorrealidad propuesto por Janice Raymond (1986) es también fundamental para comprender las dinámicas que se desarrollan en la comedia. Este término se refiere a una visión del mundo que concibe a la mujer siempre en función de su relación con el hombre, de modo que, cuando las mujeres están juntas, se las percibe como mujeres solas. Esta visión contribuye a ocultar lo que Raymond denomina la «realidad real», es decir, el «ginecoafecto», incluso para las propias lesbianas.

Además de los enfoques ya desarrollados, se utilizará también la intertextualidad como herramienta crítica para evidenciar las posibles influencias literarias que han moldeado la construcción de la obra. Este enfoque permitirá analizar cómo la autora dialoga con otras tradiciones y textos del Siglo de Oro, en particular, con las obras de Calderón de la Barca y otros dramaturgos barrocos, cuyas estructuras temáticas y estilísticas parecen resonar en su obra.

3. Autoría, lenguaje y datación del manuscrito

El manuscrito conservado en la Biblioteca Nacional de España contiene dos sainetes y dos comedias. La primera, titulada *Comedia Famosa El Exemplo de Virtudes y Santa Isabel, Reyna de Ungría*, está «compuesta por una dama sevillana a los 14 años de edad» (f. 1)[1]. Esta obra, que abarca aproximadamente 70 páginas, refleja la precocidad literaria de la autora, que manifiesta su edad como signo distintivo de su vocación en la escritura. El estudio que encabezó Teresa Soufas acepta la identidad femenina de la autora, aunque se desconozcan más datos. Su defensa se debe a «la intrigante perspectiva feminocéntrica del drama y en parte porque no hay ninguna razón obvia que explique por qué un dramaturgo masculino considerara necesario firmar su obra con tal rúbrica» (Soufas *et al*., 2005: 127). Entre la primera y la segunda jornada se incluye el *Sainete I* y entre la segunda y tercera, el *Sainetillo*, ambos en romance. Estos sainetes, protagonizados por dos «viejas», refuerzan la perspectiva feminocéntrica que destaca Soufas en su análisis.

1. El manuscrito, identificado con la signatura MSS/17430 (BNE), presenta una foliación moderna realizada a lápiz. No obstante, se ha detectado un error en la secuencia de numeración, ya que salta de la página 111 a la 113, omitiendo la 112. Para referenciar la obra en este trabajo, se empleará la numeración de esta foliación moderna, utilizando la abreviatura «f.» seguida del número correspondiente de página. La referencia a la autora será omitida, ya que su identidad (nombre y apellidos) permanece desconocida. Del mismo modo, no se incluirá la fecha de creación de la obra, dado que nunca fue publicada y no existe un registro preciso que determine su cronología exacta.

La segunda comedia, *La mayor desconfianza o amar deidad a deidad*, es considerablemente más extensa y está firmada por la misma autora, aunque sin especificar la edad. La diferencia en la extensión y el detalle de estas obras sugiere un posible desarrollo en la habilidad y la madurez de la autora. Mientras que la primera comedia fue escrita en su juventud, exhibiendo un talento temprano, la segunda parece haber sido compuesta en una etapa más madura de su vida, evidenciando una evolución en su estilo y comprensión dramática.

La variación lingüística presente en el manuscrito refuerza el origen de la autora anónima. Se aprecia un uso sistemático de la letra «s» en lugar de la «c» o «z», en palabras como «forsoso», «complaser», «finesa», «hise», etc. También se observa una confusión entre los fonemas «r» y «l» en ciertas palabras, como «artas» en lugar de «altas»[2]. Además de las variaciones fonéticas, el texto presenta ejemplos de falta de concordancia gramatical, como en la frase donde «faltan» no concuerda en género y número con «enseñanza». El seseo constante es una marca distintiva del habla andaluza y, en particular, del habla sevillana, aunque el rotacismo no es exclusivo de esta ciudad, ambas juntas sugieren la influencia local de la autora. Además de las variaciones fonéticas, las discordancias incrementan la influencia del habla coloquial. A falta de una gramática que unificara la escritura, la autora transcribía las palabras en el dialecto que le era natural, reflejando su entorno geográfico y cultural. Se entiende, además, que esta «dama sevillana» no solo evidencia en el texto su identidad regional, sino también la del público para el que probablemente escribía. Este registro lingüístico, por lo tanto, es una forma de conectar con su audiencia y situar la obra en un contexto que es, al mismo tiempo, local y familiar para sus contemporáneos. Asimismo, este rasgo puede denotar una formación autodidacta de la escritora.

En cuanto a la datación del manuscrito, aunque la BNE lo ha catalogado dentro del siglo XVIII, en un amplio rango que abarca desde 1701 hasta 1800, las referencias a la guerra de Sucesión de la primera comedia permiten ubicar la escritura de los textos en la década de 1710 o de 1720. Además, la aparición de la palabra «chichisveo» en el *Sainete I* y la propia temática del cortejo sitúan este manuscrito indudablemente en el siglo XVIII. Según Martín Gaite, esta moda entró en España con este término proveniente del italiano «cicisveo», y «luego vino a llamarse más castizamente cortejo» (2017: 29). La circulación de este término es común en los textos de finales de la década de 1710 y «desapareció con el correr del siglo XVIII» (Martín Gaite, 2017: 21), lo que proporciona un indicio para ubicar más precisamente la redacción del manuscrito. Estos dos elementos, es decir, las referencias históricas y el uso léxico, son los principales indicativos que permiten realizar una aproximación sobre la fecha de composición de los textos.

2. Esta variación es típica del dialecto andaluz, conocida como rotacismo, donde a menudo se producen intercambios entre estos sonidos.

4. Censura y resistencia en el teatro sevillano del siglo XVIII

Si se tiene en cuenta la datación aproximada del manuscrito y el origen de la autora, esta comedia se sitúa en un contexto histórico y social particular marcado por la prohibición de las representaciones teatrales públicas en Sevilla. Este periodo es significativo no solo por las restricciones impuestas al teatro, sino también por la adaptación y evolución del mismo a través de medios alternativos como la lectura en espacios privados.

En el último tercio del siglo XVII, algunos enemigos del teatro emprendieron algunas campañas para prohibirlo en la ciudad de Sevilla. En 1677, las representaciones teatrales fueron prohibidas temporalmente, una medida influenciada por la prédica del jesuita padre Tirso González, quien proclamó desde el púlpito: «mientras en Sevilla no hubiese comedias estaría libre de la peste» (Molina García, 2017: 101). Esta declaración fue tomada casi como una profecía, y el Ayuntamiento de Sevilla suprimió las representaciones teatrales durante un tiempo prolongado. Más tarde, con la intervención de Miguel de Mañara, se prohibieron definitivamente. En consecuencia, tres generaciones de sevillanos, entre los siglos XVII y XVIII, crecieron sin experimentar el teatro en vivo[3]. Solo se permitía la lectura de obras o algunos espectáculos privados, pero no su representación en teatros profesionales.

La prohibición de las representaciones teatrales abrió paso a una época dorada para las comedias impresas, estableciendo el teatro leído como la norma. Vega García-Luengos afirma que las imprentas de la ciudad ostentaron «una de las más nutridas producciones teatrales de la geografía peninsular» con un formato de comedia suelta para facilitar su distribución, habiéndose localizado más de setecientas cincuenta obras impresas durante este siglo (1991: 47-48). Aguilar Piñal permite aventurar que las impresiones fueron de un millón y medio de comedias, sin contar con entremeses y otros subgéneros entre las cuatro imprentas hispalenses (Aguilar Piñal, 1974: 28). El hecho de que *La mayor desconfianza y amar deidad a deidad* esté en formato manuscrito sugiere que estaba destinada a ser leída o representada en espacios privados, posiblemente en salones de familias pudientes de Sevilla. Esta práctica de realizar lecturas privadas permitió que el teatro continuara influyendo culturalmente, a pesar de las restricciones. Esta modalidad de recepción del teatro explica, en parte, la presencia de «larguísimos parlamentos declarativos» (Doménech, 1997: 417) y la riqueza en las descripciones de los elementos visuales. La obra bebe de la tradición del teatro cortesano porque seguramente podría haber sido escenificada en un salón nobiliario. Sin embargo, es probable que esta representación se realizara sin la opulencia de la corte, lo que implica una mayor dependencia de lo verbal para suplir la falta de elementos escénicos costosos.

3. No fue hasta la llegada de Pablo de Olavide a la ciudad, en 1767, que se emprendió un proyecto de reforma teatral en la tertulia del Alcázar. Un año después fundó la «Escuela-seminario» de actores y se emprendió la construcción del Teatro de San Eloy (Barrera y Bolaños, 1985).

Es posible que este texto, aunque se representara en una casa o palacio privado, fuera interpretado por una compañía profesional de cómicos y cómicas. Esta hipótesis se refuerza al considerar el contexto histórico: el 25 de noviembre de 1755, tras el terremoto que afectó gravemente a Andalucía, se suspendieron todas las diversiones públicas y eventos. Un dictamen real ordenó que «absolutamente se prohíba para siempre en esa Ciudad toda representación de comedias, óperas, serenatas y máquina real en Teatros públicos o casas particulares por farsantes, cómicos, empresarios u otros de cualesquiera clase que sean, naturales o extranjeros»[4]. Esta prohibición sugiere que las representaciones en casas particulares eran, hasta entonces, una práctica común y que, frecuentemente, eran realizadas por compañías profesionales tanto españolas como extranjeras. Este documento es fundamental para entender la difusión y la recepción que pudo haber tenido la comedia estudiada en Sevilla, donde la representación de obras en espacios privados, incluso con la participación de actores profesionales, era una forma de mantener viva la tradición teatral a pesar de las restricciones impuestas por la censura y las circunstancias políticas y religiosas de la época.

La censura, aunque severa en cuanto a las representaciones, no se extendió a la impresión y la lectura de las comedias. Según Aguilar Piñal (1974: 30), las prohibiciones nunca afectaron a la impresión de comedias, solo a sus representaciones en espacios profesionales. Esto explica cómo obras como *La mayor desconfianza* pudieron circular en forma manuscrita, esquivando el escrutinio de las autoridades teatrales. Nunca se publicó en imprenta, lo que sugiere que su transmisión se dio principalmente en círculos privados y restringidos. Este contexto de restricciones teatrales en Sevilla pudo haber favorecido la aparición de temáticas innovadoras, dirigidas a un público reducido y selecto. Así, se puede inferir que cuando una obra no está destinada a la impresión ni a la representación pública, existe una mayor cuota de libertad para explorar temas menos convencionales.

En el contexto de las imprentas sevillanas, predominaban las obras de Calderón de la Barca, cuyas piezas dramáticas eran altamente valoradas y reproducidas. Esto lleva a pensar que, pese a la innovación temática, la autora de *La mayor desconfianza* pudiera estar influenciada por Calderón, puesto que se alinea con algunos tópicos utilizados por este dramaturgo. Su influencia se refleja, especialmente, en la exploración de temas como el amor, los celos, las normas sociales y los recursos visuales, como el retrato, como dispositivo para dinamizar la trama y las tensiones amorosas. La dama sevillana, por lo tanto, puede considerarse una discípula o seguidora de Calderón, empleando un lenguaje dramático similar, compartiendo los códigos amorosos y la sofisticación en las descripciones detalladas que ofrecen los personajes[5].

4. Archivo Municipal de Sevilla, Sección del Conde del Águila, t. 62, 44.

5. Una de las piezas calderonianas que más parecen haber influido a la autora es *El pintor de su desbonra*, en la que se pueden identificar claras resonancias y paralelismos. En esta obra aparecen

Por otro lado, el trabajo de González-Ruiz (2009) evidencia las relaciones homoeróticas presentes en algunas obras de Lope de Vega como *La prueba de los ingenios* (1617), *La boda entre dos maridos* (1595-1601) y *El mesón de la corte* (1588-1595). Estas representaciones de las disidencias sexuales en obras del Siglo de Oro, aunque visibles en la relación entre los personajes, se codificaban a través de metáforas y símbolos, como la figura del monstruo en *La prueba de los ingenios* (1617). La sexualidad disidente en el teatro de Lope, si bien nunca era plenamente aceptada en las obras, ofrecía una vía para la exploración de identidades de género y deseos fuera de las normas establecidas.

En este sentido, es posible que la autora sevillana de *La mayor desconfianza y amar deidad a deidad* se haya visto influenciada por este tipo de representaciones homoeróticas, especialmente en un momento histórico en el que las tensiones sobre la sexualidad y el género comenzaban a aflorar en la literatura, pero todavía dentro de un marco que obligaba a la disimulación y la ambigüedad. Al igual que en la obra de Lope, la autora construye un «tercer espacio» de transgresión, similar al descrito por González-Ruiz (2009), donde lo prohibido y lo permitido coexisten de forma ambigua. En la comedia de la autora sevillana se evidencia la influencia de este tipo de discurso subversivo que permeaba la narrativa de la época, al presentar una relación entre mujeres sin transgredir explícitamente las normas sociales.

La circulación de obras como las de Lope en las imprentas sevillanas del XVIII probablemente ofreció un espacio de reflexión para las escritoras contemporáneas, quienes, aunque no podían posicionarse abiertamente a favor de las relaciones homoeróticas, sí encontraban maneras de explorarlas y mostrarlas a su público. Así, la autora sevillana podría haber sido consciente de los matices homoeróticos en la obra de Lope de Vega y otros autores como Álvaro Cubillo y, al mismo tiempo, adaptar estas influencias a las restricciones sociales de su propio contexto.

También es probable que, en el debate intelectual y filosófico surgido en la Edad Media, y muy presente en el siglo XVIII español, la querella de las mujeres

---

personajes como el Príncipe de Ursino, Porcia y la criada Flora, nombres que se repiten en la comedia estudiada, sugiriendo una intertextualidad deliberada. En ambas obras, el puerto es un elemento clave para el desarrollo de la trama puesto que las ciudades en las que transcurre la acción son marítimas. El uso de equívocos y engaños es otro elemento compartido. Calderón, experto en crear situaciones de confusión y malentendidos para intensificar el conflicto dramático, parece haber influido en la construcción de *La mayor desconfianza y amar deidad a deidad*, donde los equívocos, como el intercambio de retratos o las identidades falsas (el Príncipe de Ursino finge ser un vasallo), juegan un papel crucial en el desarrollo de la trama. Otro aspecto calderoniano que resuena en la comedia de la dama sevillana es la representación de las relaciones amorosas que se desarrollan en la clandestinidad por no ser aceptadas. En las obras de Calderón, las relaciones prohibidas o secretas revelan la falta de libertad para elegir una pareja, reflejando una sociedad corrupta y atrapada en sus propias convenciones. Al igual que en muchas obras calderonianas, la comedia analizada termina con un retorno al orden social establecido, aunque este desenlace no conlleva una verdadera resolución emocional. Las protagonistas se ven obligadas a someterse a sus responsabilidades nobiliarias, dejando a un lado sus deseos personales en favor del deber.

(Arriaga Flórez y Moreno-Lago, 2022) pudiese haber condicionado a la autora sevillana. En el contexto de la comedia *La mayor desconfianza*, el amor lésbico no solo es una crítica a las estructuras patriarcales, sino que también responde a la construcción social del deseo y la identidad de las mujeres. Las protagonistas de la obra, Celia y Lucrecia, se oponen a los mandatos familiares y sociales que dictan sus destinos, lo que puede interpretarse como una manifestación indirecta de la querella de las mujeres, que luchaba por los derechos, el reconocimiento y la autonomía femenina.

5. La trama del deseo: la complejidad de las identidades disidentes

La obra sigue una estructura típica de las comedias del Siglo de Oro español, divida en tres jornadas, siendo la tercera la más corta. A lo largo de sus 4002 versos, despliega una narrativa compleja de amor, celos y desconfianza, utilizando los recursos propios del teatro de enredo para mantener la tensión y el interés dramático. La autora utiliza una variedad de formas métricas, aunque predominan el verso octosílabo (en los diálogos más dinámicos) y el verso endecasílabo (en los momentos de mayor lirismo). La rima sigue diferentes patrones, siendo en su mayoría asonante, realizando numerosos cambios a lo largo de las tres jornadas. El manuscrito que se conserva probablemente sea un borrador y no la versión definitiva, ya que presenta frecuentes correcciones y tachaduras. Además, se observan irregularidades métricas, con versos que no encajan perfectamente en el esquema métrico esperado, y algunas palabras están divididas entre dos versos, con alguna sílaba al final de un verso y las restantes al inicio del siguiente. Estos detalles sugieren que la obra podría haber estado en proceso de revisión.

El escenario de la comedia es Chipre, un lugar recurrente en varias obras de Calderón que exploran temas amorosos. Este ambiente se enriquece con la inclusión de un personaje alegórico, la música, que participa en diversas escenas acompañadas de cantos y melodías. Como señala Sabik: «Las escenas de amor, acompañadas de música y coros, muchas veces cantadas por sus protagonistas –sobre todo si estos son dioses–, tienen como marco el tópico "locus amoenus", representado, en la mayoría de los casos, por el decorado de jardín o selva florida de una Sicilia o Chipre alegres y festivos» (Sabik, 2002: 296). En *La mayor desconfianza y amar deidad a deidad*, estas características se manifiestan claramente, reforzando la atmósfera idílica y sensual que envuelve las relaciones amorosas en la obra.

La comedia presenta una intrincada red de relaciones amorosas enmarcadas en un contexto semimitológico, ya que los dioses van a interceder en los vínculos afectivos de los personajes. El inicio nos presenta a Celia y Lucrecia como una pareja de enamoradas que simbolizan el amor correspondido, desafiando las normas heteronormativas de su tiempo. El propio título de la comedia sugiere claramente que su temática principal es el amor entre dos mujeres. Según el diccionario de

autoridades, el término «deidad» se utiliza para hacer referencia a las damas: «Suele llamar la lisonja o la passión desordenada (aunque con la impropriedad que se dexa reconocer) a las Damas, para explicar sus perfecciones en la hermosúra, y otras prendas y circunstancias» (*Diccionario de Autoridades*, 1732, definición 3). En este contexto, el título indica una relación amorosa entre dos mujeres, explorando la idea de un amor divino o excepcional entre ellas. El monólogo que inicia la obra muestra a Celia explicando su situación amorosa a su criada y confidente, Flora:

> y al fin en esto, mi Flora,
> muchos días a enteradas
> las dos solas contra todos
> estamos, y porque faltas
> no nos hagan rendimientos
> ni en que finezas emplearlas
> yo fingiendo de galán
> caricias que no son falsas
> lugar a correspondencias
> doy a mi Lucrecia amada. (f. 70)

El uso de la palabra «correspondencias» destaca la reciprocidad en la relación de estos dos personajes. Las une una relación de parentesco, ya que Celia aclara «Soy prima en fin» (f. 69) y, tal y como se deduce de este monólogo, ambas han compartido su vida desde pequeñas en la corte de Chipre: «siendo en Chipre mi crianza» (f. 69). Sin embargo, tal y como señala Rougment, el conflicto dramático no puede ocurrir con un amor pleno y satisfecho:

> El amor feliz no tiene historia […] sólo el amor amenazado y condenado por la propia vida. Lo que el lirismo occidental no es el placer de los sentidos ni la paz fecunda de la pareja. Es menos el amor colmado que la *pasión* de amor. Y pasión significa sufrimiento. Tal es el hecho fundamental. (Rougemont, 1978: 16)

La primera amenaza, por lo tanto, con la que se topan es que Celia y Lucrecia están juntas en un mundo que no las comprende ni las acepta, lo que se deduce con el verso «las dos solas contra todos». Este sentimiento de aislamiento refuerza la idea de que su amor, en cuanto experiencia lésbica, es un acto de resistencia y complicidad frente a las normas sociales. Celia asume un rol en la línea de la tipología de mujer hombruna o varonil dominadora al «fingir de galán» que, tal y como describe Marcello, es «descendiente de las mujeres guerreras» (1996: 235). Esta representación desafía las normas de género de la época porque, a diferencia de otras comedias, ella no se disfraza de hombre, sino que asume ese rol desde su propia apariencia femenina. Esto permite a Celia actuar con una libertad que de otro modo no tendría y, por lo tanto, buscar soluciones para impedir el matrimonio forzado de Lucrecia.

Según Bravo Villasante la única obra del Siglo de Oro que no disfraza a su mujer hombruna es la de Álvaro Cubillo, titulada *Añasco el de Talavera*, aunque lo hace con la intención de caricaturizar al personaje y exagerar su monstruosidad. El propósito es magnificar el caso «contra natura» y destacar su condición como anormal. La protagonista adquiere rasgos extremadamente masculinos: mata por celos, muestra una furia excesiva y comete actos atroces que la sitúan fuera de los parámetros tradicionales del comportamiento femenino y la convierten en una criminal. Este tratamiento busca reforzar la noción de lo negativo en asumir características que no son propias de las mujeres. Estos gestos exagerados no se corresponden con el carácter de Celia, quien nunca actúa de forma violenta ni desmesurada. Otro elemento que contrasta con *La mayor desconfianza y amar deidad a deidad* es que la protagonista de Cubillo, Dionisia, expresa su amor por su prima Leonor abiertamente, pero recibe un rechazo absoluto, ya que «Leonor no quiere aceptar esta pasión de un ser que está entre varón y mujer» (Bravo Villasante, 1988: 109). Esta diferencia subraya un contraste significativo en la representación de la identidad femenina en ambas obras.

A través del personaje de Celia se construye una identidad lésbica que se escapa de los patrones configurados hasta el momento. En un contexto dominado por la heteronormatividad, la pareja de lesbianas a menudo se representa bajo la estructura de la pareja heterosexual, con una de las mujeres asumiendo un rol masculino *(butch)* y la otra un rol más femenino *(femme)*. La figura de *butch* se corresponde con la lesbiana masculinizada cuyo comportamiento y vestimenta se asemejan a los de un hombre, mientras que la de *femme* se asocia con el arquetipo de mujer pasiva, dulce y entregada al hombre, similar a la figura femenina en las parejas heterosexuales (Simonis, 2009: 14). Aunque la actitud decidida y activa de Celia en varias situaciones, como cuando miente al Rey para ganar tiempo y evitar la boda de Lucrecia, podría asociarla con el estereotipo de la *butch*, su identidad es mucho más compleja. Celia misma reconoce su papel activo y asume que es algo propio de los hombres, como cuando dice: «hice papel de galán, / mentir al fin, diciendo qué hacer» (f. 84). Además, ella explica y reflexiona sobre cómo estos roles han sido impuestos desde la infancia, moldeando tanto su identidad como la de Lucrecia y afectando a su relación. Al hacerlo, atribuye parte de su conducta y su carácter a la influencia de la sociedad, reconociendo que estos factores externos han jugado un papel determinante en la formación de su personalidad y en la dinámica de su relación: «Ya la corte nos nombraba / a mí el galán por rendido, / y a ella por lo firme dama, / quedándome de mi celo / la exactitud con que amarla» (f. 69).

Celia se presenta también como una mujer culta e inusual, cuya inclinación por la lectura es una parte esencial de su rutina diaria, describiéndola como «la regular tarea / de todas las noches». Este hábito no solo subraya su intelecto, sino que también la distingue dentro del contexto de la obra como un personaje atípico para la época y el único que aparece leyendo. Su conocimiento de la mitología grecolatina se muestra en una escena de la segunda jornada en la que, antes de

dormir, se dispone a leer un capítulo sobre la diosa Minerva. Durante la obra, aparecen constantes referencias mitológicas, lo que puede ser visto como un guiño a los gustos y formación cultural de la autora anónima de la comedia.

Además, es esta sabiduría adquirida a través de la lectura la que permite a Celia encontrar la solución definitiva al conflicto dramático. Su erudición no es meramente decorativa, sino que juega un papel crucial en el desarrollo de la trama. No obstante, a pesar de estos comportamientos que podrían asociarla con el estereotipo *butch*, Celia también es descrita en términos muy femeninos por otros personajes que se enamoran de su belleza. El Duque de Mantua, Celeuco, al ver su retrato, exclama:

> qué deidad es esta, Dioses,
> oro brillante es su pelo,
> su frente tersa y con punta
> sus ojos grandes y negros
> su nariz en proporción
> carmín su boca excediendo
> sus mejillas ya de rosas
> adelantando el concepto
> las tres hermosas deidades
> de Juno, Palas y Venus
> que por ser privilegiadas
> sus bellezas compusieron
> que litigar no tuvieran
> si vieran este diseño. (f. 102)

Este elogio a su apariencia física, con referencias a deidades femeninas de la cultura grecolatina, muestra que Celia no encaja en una categoría fija. Su belleza es admirada tanto en el contexto femenino (Rosimunda también elogia su hermosura tanto cuando se topa con su retrato como al conocerla en persona) como en el masculino, creando un personaje que muestra la diversidad y la complejidad de las identidades lésbicas. Además, Celia es frecuentemente descrita como una «rara beldad», un término que sugiere que su belleza y su identidad son difíciles de encasillar y que no se ajusta a los moldes tradicionales. Asimismo, el acto de «fingir de galán» también introduce una dialéctica de ilusión y verdad, propia en las comedias del Siglo de Oro. Mientras Celia aparentemente asume un papel masculino, sus sentimientos y acciones hacia Lucrecia son genuinos. Esto refleja un tema central de la obra: la lucha entre las apariencias externas y la verdad interna de los personajes.

La relación entre Celia y Lucrecia se enmarca, aparentemente, dentro de los convencionalismos del amor caballeresco-cortés. Tanto es así que Celia, al describir su propio enamoramiento, recurre a este lenguaje del amor cortés en el que el nacimiento del amor se produce, de forma inmediata e inevitable, a través de la vista a lo que luego sigue un pensamiento moderado (Bruno Nardi, 1990: 13). En palabras de Celia, su amor entró: «con facilidad bien alta / por los ojos, luego

el pecho / da al saqueo: qué desgracia». A pesar de esto, se percibe un complejo juego entre el amor cortés y el amor carnal, revelando las diferentes dimensiones de su vínculo. En diversos pasajes, Celia idealiza a Lucrecia, utilizando un lenguaje elevado y diversos gestos de adoración, como en el siguiente fragmento en el que destaca que la beldad de Lucrecia es probada por los dioses:

> Beldad que el mundo idolatra,
> hermosura en quien los dioses
> prueba hicieron de su alta
> sabiduría de Chipre.
> Reina y dueño de las almas
> que rendidas a su rey
> y postradas a su azar
> hacen holocausto proprio
> en el incendio abrasadas,
> que ellas mismas fomentaron
> a el pedernal de la ingrata
> belleza. (ff. 68-69)

Sin embargo, también se aprecia una dimensión física y tangible de su amor, que trasciende la mera adoración platónica, al ofrecerse entre ellas «caricias que no son falsas». Este amor se presenta a su audiencia como sincero y fuerte, enfrentándose a múltiples amenazas externas, como la imposición matrimonial por parte del Rey de Chipre, padre de Lucrecia.

La imposición del Rey empuja a ambas amantes a contemplar la muerte como la única salida frente a la desesperación que les provoca la heterosexualidad obligatoria. Cuando Celia se entera de esta noticia expresa su dolor convirtiendo a la muerte como un símbolo de escape para no aceptar la vida que se les impone: «el ya forzoso precepto / que mi vida ha de acabarla» (f. 71). Lucrecia muestra su impotencia frente al poder tiránico de su padre, que posee la autoridad para decidir sobre su destino. Por eso, Lucrecia no ve diferencia entre la muerte y el matrimonio, ya que ambos significan el fin tanto de su libertad y como de su amor por Celia: «y que no pueda mi anhelo / de mi padre detener / lo tirano y suspender / mi muerte o mi casamiento» (ff. 78-79)[6]. A Celia también se le presenta la posibilidad de un casamiento con el Duque, aunque en su caso no es una imposición inmediata. Sin embargo, ella rechaza esta idea, afirmando que preferiría

6. Un recurso dramático que también evidencia la influencia no solo de Calderón, sino de otros dramaturgos barrocos, es la utilización del desmayo como accidente que desencadena momentos cruciales en la trama. En Calderón, estos pequeños incidentes inesperados suelen precipitar momentos de revelación o crisis emocional. Lucrecia se desmaya al enterarse de que su padre ha comprometido su mano al Príncipe de Inglaterra y con ese pacto se intensifica la conciencia de las protagonistas sobre su destino inevitable. Este desmayo simboliza el profundo deseo de muerte que aflora ante la imposibilidad de escapar al matrimonio impuesto, un tema que se había anticipado en los parlamentos previos, donde la muerte se plantea como la única salida frente a la heterosexualidad obligatoria.

morir antes que someterse a los designios heterosexuales que se le plantean. Su respuesta es clara y contundente:

> porque primero arrojada
> del pirámide mayor
> y de la almena más alta
> acabara con mi vida
> porque con ella acabara
> tantas ansias, tantos sustos,
> tantos sobresaltos, tantas
> angustias, y porque al fin
> el morir aun más me agrada. (ff. 71-72)

A pesar del sufrimiento que está generando este amor, se entiende que alguna vez fue fuente de alegría. Celia intenta explicar y justificar su relación con Lucrecia. Cuando le está contando su experiencia a Flora reconoce la confusión que puede generar una situación tan inusual, tanto para la criada como para la sociedad en general. De esta forma, evidencia el frecuente ocultamiento de la experiencia lesbiana. Celia reconoce que una de sus criadas ha vigilado a Lucrecia para asegurarse de que esta rechaza a sus pretendientes. Esta acción sirve como una manera de demostrar a Flora que el rechazo de Lucrecia hacia los hombres es una manifestación de su inclinación por las mujeres, algo que, aunque extraño y poco común en la sociedad de la época, es real y significativo:

> Confusa[7], es fuerza que atiendas
> una idea tan extraña
> tan nueva, tan nunca vista
> y, al parecer, desusada.
> Mas para tus confusiones
> poder pues apaciguarlas
> hasta decirte que nacen
> de idea que en mi criada
> quiso seguir la princesa,
> y es que en hombres no se halla
> ninguno que sea constante
> y tan bien prendado
> de los casos que refieren
> historias, fecunda tantas. (f. 69)

Celia intenta aclarar las dudas de su criada explicando que la conducta de Lucrecia surge de la idea de que ningún hombre es constante o digno de su afecto. Celia no solo valida el comportamiento de Lucrecia, sino que también lo justifica

7. La ausencia de acotaciones en el manuscrito abre espacio para la especulación sobre el contexto de estas palabras. Se podría pensar que expresan un gesto de asombro por parte de Flora, ante la confesión de su ama, Celia, acerca de su amor por Lucrecia.

como una respuesta racional y consciente frente a la actitud masculina que busca siempre una «presa fácil», sugiriendo que su amor por las mujeres es una alternativa más fiel y constante. La protagonista busca una forma de legitimar y defender su vínculo, incluso en un contexto donde las relaciones entre mujeres eran vistas como idea «tan nueva, tan nunca vista»[8].

6. El juego del amor, los celos y la desconfianza

Desde el comienzo de la obra, los temas de los celos y la desconfianza se presentan como elementos centrales en la relación entre Celia y Lucrecia y en las tensiones amorosas que se plantean en la dramaturgia. Tras el monólogo inicial de Celia, aparece su pretendiente, Astolfo, el Duque de Moscovia, a quien Celia rechaza con firmeza. Sin embargo, cuando Lucrecia entra en escena, la criada Flora ya anuncia la inevitable aparición de los celos: «Aquí celos ha de haber / y riña» (f. 73). La primera interacción amorosa entre Celia y Lucrecia está impregnada de un galanteo mutuo que confirma la reciprocidad de su amor[9], aunque, inevitablemente, los celos se filtran en su relación. Lucrecia, al ver al Duque junto a Celia, confiesa su desconfianza: «Celosa estoy, / Astolfo con Celia estaba / si habrá mudar dictamen / temor tengo, susto y drama» (f. 74). La autora utiliza al Duque para ilustrar la naturaleza destructiva de los celos, en contraste con el amor honesto y puro que une a las protagonistas. Esta dualidad crea una tensión entre los sentimientos opuestos, como el amor y los celos, que define el conflicto principal de la obra.

El Duque también percibe algo extraño entre las dos mujeres y, sospechando una relación amorosa, decide observarlas en secreto para confirmar sus dudas: «Confesar se miran y esto / sobre aquel modo de entradas / tan extraño no sé qué / el imaginar me haga» (f. 74). Este es el primer indicio claro de que los celos serán el motor de muchas de las acciones de los personajes y acarrea desconfianza, tal y como se destaca en el título de la propia comedia. De hecho, en la obra, los celos no son solamente una emoción corrosiva, sino también un ingrediente dramático que intensifica el conflicto amoroso.

En las comedias de autores como Tirso de Molina y Lope de Vega, los celos no siempre conducen a la tragedia, sino que a menudo sirven como vehículo para confirmar el amor. Gurméndez defiende que «Tirso de Molina entiende los celos como ardides para llegar a conocerse, saber cuál es nuestra verdadera sustancia y tener conciencia lúdica que el amor es el descubrimiento de nuestra realidad escondida, subyacente, misteriosa» (1997: 94) y en la obra que se analiza sucede algo similar. Los celos de Lucrecia no son solo una fuente de sufrimiento, sino también un indicador de la fuerza de sus sentimientos hacia Celia. Esta dinámica recuerda

8. La criada, cuando termina de escucharla, también le confiesa que «en todo es tu historia rara» (f. 72).

9. «Lucrecia.- Garbosa estás. Celia.- Y tú bella. / Lucrecia.- Qué discreta. Celia.- Qué bizarra.» (f. 74).

las concepciones clásicas de los celos en el teatro barroco, donde sentir celos es parte del juego amoroso, agregando profundidad y complejidad a la relación. Sin embargo, en *La mayor desconfianza y amar deidad a deidad*, la desconfianza no se disuelve fácilmente, y la relación entre Celia y Lucrecia es constantemente amenazada por las dudas y la presión social.

Un elemento clave en esta dinámica de celos y desconfianza es el retrato de Celia, que juega un papel simbólico en la trama. Celia, en su intento por recuperar la confianza de Lucrecia, decide colocar su retrato en un camafeo, aparentemente destinado a ella, grabando una inscripción que promete felicidad si la desconfianza desaparece:

> Quién de mi dueño por mano
> a merecerme llegare
> será felice su amor
> su desconfianza yace. (f. 87)

Este objeto representa tanto el compromiso amoroso como la esperanza de superar las barreras emocionales y sociales que amenazan su relación. El retrato en el camafeo es una metáfora del amor idealizado y de la necesidad de confianza para alcanzar la felicidad. Tradicionalmente, el retrato en la literatura barroca es una extensión de la persona amada: «Tener el retrato de la persona amada es tenerla "en presencia"; es índice de fidelidad o infidelidad» (Rodríguez Vianna Peres, 2004: 1509). Sin embargo, antes de que pueda entregar el camafeo a Lucrecia, el Rey interviene, presionando a Lucrecia para que acepte casarse con el Príncipe de Inglaterra. Ante esta presión, Lucrecia queda paralizada y recurre a Celia en busca de ayuda. Celia, con ingenio, elabora una estrategia para ganar tres días, pero, en medio de estos acontecimientos, olvida el asunto del retrato y lo pierde. Mientras tanto, el Duque, que ha estado escuchando la conversación, encuentra el camafeo. Aprovechando la oportunidad, añade su retrato junto al de Celia, lo que provoca que otros personajes piensen que existe un compromiso entre ellos. Estas escenas también ofrecen la idea de que el retrato puede ocupar el lugar de un amor no correspondido.

Más tarde, Celeuco, el duque de Mantua, le roba el retrato y se enamora de la imagen. Luego pasa a manos de Rosimunda y, finalmente, del Príncipe de Inglaterra. Ninguno de estos tres personajes conoce a Celia ni a Lucrecia, por lo que asumen que tal hermosura solo puede pertenecer a la princesa de Chipre. Esta suposición errónea genera aún más confusión en la trama, por lo que el camafeo se convierte en catalizador de conflictos amorosos y celos. Por lo tanto, se puede apreciar en este elemento una herencia de las comedias de Calderón, donde el retrato se configura como un foco escénico y un resorte dramático para dinamizar las relaciones sentimentales (Balestrino, 2010: 9)[10].

10. La comedia de la dama sevillana establece un diálogo intertextual con diversas obras de Calderón en las que el retrato actúa como catalizador de enamoramiento, como es el caso de *El pintor*

El honor, por su parte, es otro tema central en la obra, pero se presenta de una manera distinta a como suele tratarse en las tragedias del Siglo de Oro[11]. En *La mayor desconfianza y amar deidad a deidad*, el honor no está directamente relacionado con el amor entre Celia y Lucrecia, sino con las obligaciones sociales que recaen sobre Lucrecia como princesa de Chipre. La presión por cumplir con los designios de su padre, el Rey, y casarse con un hombre poderoso para asegurar la continuidad del poder es la verdadera fuente de conflicto. Lucrecia se siente atrapada por los pactos matrimoniales que ignoran sus deseos, algo recurrente en las obras del Siglo de Oro donde aparecen relaciones concertadas por los padres de las protagonistas[12].

Sin embargo, es importante señalar que el amor entre Celia y Lucrecia no amenaza el honor de los personajes masculinos, como sucede en otras obras del Siglo de Oro donde los celos entre hombres llevan a la venganza y al duelo. El Duque de Moscovia, aunque celoso, no percibe a Celia como una amenaza a su honor debido a que su rival es una mujer, y, además, una princesa. Esto refleja la lógica de la heterorrealidad, en la que la relación entre dos mujeres no se concibe como una amenaza real a las normas sociales ni a la estructura patriarcal del honor masculino. Incluso con la certeza de que el afecto entre ellas es recíproco, la rivalidad amorosa no sigue las convenciones del teatro barroco, donde los rivales masculinos deben enfrentarse para defender su honor. Esta situación también alude al concepto de ginecoafecto de Raymond, que reconoce los vínculos afectivos entre mujeres, aunque estos queden oscurecidos o minimizados por la normatividad heterosexual. En este contexto, las relaciones entre mujeres no se pueden concebir como una realidad real y refuerzan así la imposición de la heterosexualidad obligatoria.

De hecho, la única escena de duelo con espada en la obra ocurre entre el Duque de Moscovia y el Príncipe de Ursino, quienes se enfrentan al darse cuenta de que ambos pretenden a la misma dama, lo que desata los celos y los sentimientos de agravio[13]. El Duque, al darse cuenta de que este personaje ha hablado a solas con Celia, siente que su honor está en juego, a pesar de no tener ningún compromiso con ella. En esta escena se revela cómo la percepción del honor masculino

de su deshonra y *Darlo todo y no dar nada*. En esta última, también aparece la Reina de Chipre relacionada de manera simbólica con los retratos, lo que refuerza la conexión entre ambas obras.

11. Entre las obras de Calderón donde los celos son un tema central que desencadena el conflicto dramático se destacan *El médico de su honra, El pintor de su deshonra* y *A secreto agravio, secreta venganza*.

12. En el *El médico de su honra* de Calderón, Doña Mencía es uno de los pocos personajes femeninos de las obras de Calderón que denuncia la imposición paterna al señalar cómo su padre ha atropellado su libertad para elegir esposo.

13. El Príncipe de Ursino llega a las costas de Chipre tras una tormenta, arrastrado por el mar. Al despertar ve a una dama (Celia) y deslumbrado por su belleza asume, como lo hacen otros personajes, que se trata de la princesa Lucrecia.

está profundamente arraigada en el comportamiento de los hombres nobles. En su mente, cualquier interacción masculina que comprometa la exclusividad de su cortejo con su amada es motivo para considerar una acción violenta en defensa de su honor. Él mismo expresa su indignación y la necesidad de vengarse:

> Este fue el que a Celia hermosa
> le habló y los sentimientos
> que hoy de su ingratitud
> haserían[14] y no he hecho
> que su muerte así declare
> lo mismo que le prometo
> pues dije si proseguía
> en tan grande atrevimiento
> le vengaría. (f. 115)

A pesar de la complejidad emocional que enfrentan las protagonistas, el amor entre Celia y Lucrecia no trasgrede el orden social de la misma manera que lo haría un adulterio o una relación prohibida (es decir, extraconyugal) en otras comedias barrocas. Aunque todos los personajes son conscientes de su relación, la honra de Celia y Lucrecia permanece intacta. Lucrecia es constantemente descrita como una dama discreta, principalmente porque es conocida por rechazar a todos los hombres. Esta discreción y el hecho de que su relación con Celia no sea vista como una amenaza al honor revelan la falta de implicación política y de poder en este vínculo amoroso. Aquí cobran especial relevancia las palabras de Charlotte Bunch, quien argumenta que la lesbiana, al rechazar la relación con los hombres y elegir a otras mujeres, desafía el sistema político establecido. Según Bunch, las relaciones entre hombres y mujeres son inherentemente políticas porque implican poder y dominio (Bunch, 1975). En este sentido, la relación entre Celia y Lucrecia desafía y redefine las bases del poder y la lealtad dentro de la estructura social. Sin embargo, esta subversión no es plenamente reconocida ni sancionada porque las mujeres, al carecer de poder real (no gestionan propiedades, tierras, negocios ni pueden participar de los acuerdos entre reinos, familias nobles o comerciales), son concebidas como figuras pasivas dentro del orden social. Esta concepción de la mujer, relegada al margen de las relaciones de poder, hace que la relación no sea vista como una amenaza directa al orden establecido, permitiendo que su honra permanezca intacta. Esto contrasta con los encuentros carnales entre las amadas, que, a pesar de constituir una relación fuera del matrimonio, no se le otorga importancia. Su amor, aunque desafía las convenciones sociales, no compromete su honor femenino, lo que diferencia esta obra de otras donde la pérdida de la honra (a través del encuentro carnal con un hombre) implica la marginación social de las mujeres y la reclusión en el convento.

14. Vulgarismo: «harían».

Finalmente, el desenlace de la obra trae consigo un retorno a la ortodoxia social. Celia y Lucrecia, conscientes de su responsabilidad como miembros de la nobleza, aceptan su destino y se resignan a la separación. La presión del poder patriarcal, representado por el Rey, y las obligaciones sociales asociadas a sus roles como mujeres nobles, las llevan a cumplir con los matrimonios impuestos. Sin embargo, la obra deja en evidencia la falta de libertad de los personajes femeninos para elegir a sus parejas, una crítica sutil que conecta la obra con los grandes temas del teatro barroco sobre el poder, el amor y la imposición social.

7. La intervención divina en el amor y la autonomía de los criados: un contrapunto en el desenlace

El desenlace de la obra presenta una resolución aparentemente feliz que, paradójicamente, pone fin a la relación amorosa introducida al inicio de la obra entre Celia y Lucrecia. El intríngulis amoroso se resuelve gracias a la intervención divina de Mercurio, quien actúa como un clásico *Deus ex machina* para restablecer el orden y alinear las uniones afectivas según las convenciones sociales.

Venus, conocedora del engaño de Celia, decide no ayudarlas y no ofrece ninguna respuesta respecto al matrimonio concertado por el Rey de Chipre. Entonces, Celia encuentra la respuesta en su lectura nocturna. En este libro se explica que el dios Mercurio puede ofrecer una solución. Lucrecia realiza la consulta y expone frente a todos los personajes la resolución dictada, que se ajusta a la ortodoxia y a la heteronormatividad predominantes. De esta forma, se establecen las siguientes uniones matrimoniales: el Príncipe de Inglaterra contrae matrimonio con Lucrecia, el Duque de Moscovia (Astolfo) se une con Celia, Rosimunda se casa con el Duque de Mantua (Celeuco), incluso la sacerdotisa Astrea encuentra pareja en el Príncipe de Ursino (Fadrique). Estas uniones no solo resuelven las tensiones amorosas, sino que también reflejan las preocupaciones morales y éticas inherentes al tema del amor, especialmente en las comedias del Siglo de Oro. En ellas, se puede apreciar una constante oposición entre razón y pasión, un tópico «de tradición senequista» (Sabik, 2002: 296), que también se manifiesta en nuestra comedia.

Sin embargo, no todos los personajes encuentran pareja. El Rey de Chipre, debido a su edad avanzada, permanece soltero y fuera de cualquier acuerdo amoroso. Del mismo modo, los tres criados, Roberto, Porcia y Flora, quedan sin compromiso matrimonial, generando una dinámica interesante, puesto que entre tres personas solo dos podrían formar una pareja, dejando inevitablemente a uno sin compañía.

A diferencia de la nobleza y de las familias cercanas a las cortes de los distintos reinos, cuyos destinos amorosos son dictados por la intervención divina, los criados ejercen su autonomía en asuntos del corazón. Este contraste se evidencia en el siguiente fragmento:

> Roberto.- Que tan solamente a mí

por ruin será me deja
suelto Mercurio, si Baco
hablase el primero fuerza
pero ya que en escoger
despacio tengo a la venta,
señora Porcia.
Porcia.- Pues soy
yo traste, acaso si él fuera
estaba bien.
Roberto.- Quieres tú.
FLORA.- Tampoco.
ROBERTO.- Pues porque ellas
no queden desconsoladas
si a mí consolado dejan
densen la mano las dos.
FLORA.- ¿Quieres tú?
PORCIA.- Si quiere ella
esta es.
FLORA.- Y aquí auditorio
se da fin a la comedia. (f. 161)

En este pasaje, que es el que cierra la comedia, Roberto intenta primero conquistar a Porcia y luego a Flora, pero ambas rechazan sus propuestas. Ante estas negativas, sugiere que Porcia y Flora se unan entre sí, idea que ellas aceptan, sellando así su relación y cerrando con esta unión la comedia. Este final ilustra cómo, sin la intervención de los dioses, los hombres (y especialmente los de clases sociales inferiores) carecen de la capacidad suficiente para seducir a las mujeres, una temática que se repite en la obra con las constantes negativas de Lucrecia al Príncipe de Inglaterra y de Celia a sus pretendientes.

La acción de Roberto transciende su propio desengaño amoroso, actuando como mediador y facilitador del amor entre Porcia y Flora. Aunque podría interpretarse como un aliado del amor homosexual femenino, también se percibe un matiz paternalista en su razonamiento, ya que justifica este amor para que ellas «no queden desconsoladas». Además, él busca su propio consuelo al aceptar su soledad, pero también pretende beneficiarse de algún modo y por eso permite la unión «si a mí consolado dejan». Esta actitud de Roberto no sorprende puesto que durante la comedia ha ayudado a Rosimunda en varias ocasiones solo con la intención de recibir algún regalo a cambio.

La interacción directa entre Flora y Porcia, en la que Flora pregunta «¿Quieres tú?» y Porcia responde afirmativamente, evidencia la reciprocidad afectiva. Esta correspondencia amorosa refleja la relación inicial entre Celia y Lucrecia, otorgando a la obra una estructura cíclica que comienza y termina con el amor mutuo entre mujeres. Hay que destacar que la obra no presenta ninguna condena hacia el amor homosexual femenino cuando este se materializa. Al contrario, permite que las mujeres, especialmente aquellas de rango social más bajo, elijan libremente sus parejas.

8. Conclusiones

La mayor desconfianza o amar deidad a deidad es un ejemplo de cómo las restricciones pueden dar lugar a nuevas formas de expresión cultural. Esta obra, conservada en un manuscrito y caracterizada por influencias calderonianas e incluso lopescas, ofrece una ventana al teatro alternativo del siglo XVIII, donde las identidades disidentes y las pasiones ocultas encontraron un espacio seguro en la privacidad de la lectura colectiva. Es, por lo tanto, un texto pionero en la literatura española por ser la primera obra teatral escrita por una mujer que aborda explícitamente la temática lésbica. Se enmarca dentro de una dialéctica entre el amor cortés y el carnal. A través de la fusión de estos dos elementos, la obra presenta una relación que es tanto idealista como tangible, ofreciendo una visión compleja y matizada del amor lésbico, permitiendo explorar la autenticidad y la resistencia de las identidades amorosas.

A diferencia de otras obras en las que el personaje de la mujer varonil que mantiene encuentros amorosos con otra mujer se enfrenta al rechazo por razones racionales o morales, en *La mayor desconfianza* no existe tal oposición explícita al amor entre mujeres. En su lugar, este amor se ve truncado por la imposición de matrimonios forzados, reflejo de las obligaciones sociales que recaen sobre las clases altas. Así, el desenlace restaura el orden tradicional, imponiendo el retorno a la ortodoxia.

Si, tal y como afirma Viñuales, «la identidad lésbica se empieza a construir en la revelación, implica conciencia de diferencia y apela al "yo mismo"» (2000: 49), entonces la comedia, aunque no desarrolle una concepción clara de la identidad lésbica tal como la entendemos hoy, ofrece un recorrido por la construcción de esta identidad. Este proceso comienza con el acto de hacer públicos los sentimientos de Celia hacia Lucrecia y la afirmación de la reciprocidad de ese amor, lo que marca un proceso de autoafirmación identitaria más ligado a lo que estos personajes sienten que a una definición categórica de lo que son.

A lo largo de la comedia, se ofrece una interpretación alternativa del lesbianismo, que contrasta con los estudios del siglo XIX realizados por médicos y psicólogos, quienes intentaron establecer ciertos atributos comunes a todas las lesbianas. Aquí, no se presenta un modelo idealizado o prototípico de lesbiana, incluso aunque Celia pudiera encajar con algunos estereotipos de la lesbiana masculinizada o *butch*. La reacción social frente al amor entre mujeres ha contribuido históricamente a la formación de una identidad sexual con características específicas construidas por terceros, pero estas no se evidencian de manera explícita en este texto teatral.

En cambio, las identidades más estables dentro de la obra están más relacionadas con el estatus social, la edad, el género y el nivel de instrucción de las protagonistas. En este contexto, el sentimiento amoroso entre las protagonistas se ve limitado por las identidades que las atraviesan, a pesar de que intenten reflexionar y buscar maneras de escapar a esas limitaciones. Las cuatro lesbianas identificadas

en la obra representan la diversidad de estilos de vida que pueden tener las mujeres que aman a otras mujeres, sugiriendo que la experiencia lésbica es múltiple y no puede no puede reducirse a una representación estereotipada única.

A pesar de las críticas estilísticas, esta comedia es un eslabón clave en la historia del teatro español no solo por su valor literario, sino también por su contribución al desarrollo de una identidad lésbica en la dramaturgia española. Esta obra se presenta como un texto fundamental para los estudios de género y la literatura, ya que ofrece una perspectiva única sobre las complejidades del deseo y la resistencia a las imposiciones sociales, estableciendo un precedente importante en la representación de las identidades disidentes en la literatura.

9. Bibliografía

Arriaga Flórez, Mercedes y Moreno-Lago, Eva (2022), «La Querella de las Mujeres en la deconstrucción del imaginario patriarcal», en María Eduarda Mirande, María Soledad Blanco, Álvaro Fernando Zambrano (coords.), *Literatura e imaginarios sociales: problemas, revisiones y propuestas*, San Salvador de Jujuy: Tiraxi Ediciones, pp. 69-100.

Balestrino, Graciela (2010), «Visualidad y (meta)teatralización del poder en Darlo todo y no dar nada de Calderón», en *IX Congreso Argentino de Hispanistas, 27-30 de abril de 2010, La Plata, Argentina. El hispanismo ante el bicentenario*, La Plata: Asociación Argentina de Hispanistas, pp. 1-13.

Barrera López, Trinidad y Bolaños Donoso, Piedad (1985), «La labor teatral en Sevilla del peruano Pablo de Olavide», en *Andalucía y América en el siglo XVIII: Actas de las IV Jornadas de Andalucía y América*, Sevilla: Editorial Escuela de Estudios Hispano-Americanos de Sevilla, pp. 23-56.

Bravo Villasante, Carmen (1988), *La mujer vestida de hombre en el teatro español (Siglos XVI-XVII)*, Madrid: Editorial Mayo de Oro.

Bunch, Charlotte (1975), «Lesbians in Revolt», en Nancy Myron y Charlotte Bunch (eds.), *Lesbianism and the Women's Movement*, Oakland: Diana Press, pp. 29-39.

Doménech, Fernando (1997), «Autoras en el teatro español. Siglos XVI-XVIII», en Juan Antonio Hormigón (dir.), *Autoras en la historia del teatro español (1500-1994)*, vol. I, Madrid: Asociación de Directores de Escena.

Foucault, Michel (1989), *Historia de la sexualidad*, Madrid: Siglo XXI.

Goffman, Erving (1993), *Estigma. La identidad deteriorada*, Buenos Aires: Amorrortu.

González-Ruiz, Julio (2009), *Amistades peligrosas: el discurso homoerótico en el teatro de Lope de Vega*, Berna: Peter Lang.

Gurméndez, Carlos (1997), *Tratado de las pasiones*, Madrid: Fondo de Cultura Económica.

Marcello, Elena Elisabetta (1996), «Álvaro Cubillo de Aragón, Añasco el de Talavera», en *III Congreso de la AISO*, II, Toulouse-Pamplona: Studia Aurea, pp. 231-241.

Martín Gaite, Carmen (2017), *Usos amorosos del dieciocho en España*, Madrid: Siruela.

Molina García, Leonardo (2017), «Misiones populares de los jesuitas en Andalucía: de 1554 a la actualidad», *Anuario de Historia de la Iglesia andaluza*, 10, pp. 73-148.

Nardi, Bruno (1990), *Dante e la cultura medievale*, 2.ª ed., Roma: Laterza.

Plummer, Ken (1995), *Telling Sexual Stories. Power, Change and Social Words*, London: Routledge.

Raymond, Janice (1986), *A Passion for Friends: toward a Philosophy of Female Affection*, London: The Women's Press.

Real Academia Española (1726-1739), *Diccionario de Autoridades*, t. III [Repositorio Diccionario Histórico de la Lengua Española: https://apps2.rae.es/DA.html].

Rich, Adrienne (1996), «La heterosexualidad obligatoria y la existencia lesbiana», *Duoda: Revista d'Estudis Feministes*, 11, pp. 13-37.

Rodríguez Vianna Peres, Lygia (2004), «El retrato en la expresión barroca del teatro del Siglo de Oro: emblemática y teatralidad», en Francisco Domínguez Matito y María Luisa Lobato López (eds.), *Memoria de la palabra: Actas del VI Congreso de la Asociación Internacional Siglo de Oro. Burgos-La Rioja 15-19 de julio 2002*, Madrid: Iberoamericana Vervuert, pp. 1507-1522.

Rougemont, Denis de (1978), *El amor y occidente*, Barcelona: Editorial Kairós.

Sabik, Kazimierz (2002), «El tema del amor en los dramaturgos cortesanos de la escuela de Calderón», en Domenico Antonio Cusato y Loretta Frattale (coords.), *La penna di Venere. Scritture dell'amore nelle culture iberiche. Atti del XX Convegno della Associazione Ispanisti Italiani. Firenze 15-17 marzo 2001*, vol. I, Firenze: Andrea Lippolis Editore, pp. 287-296.

Serrano y Sanz, Manuel (1903-1905). *Apuntes para una biblioteca de escritoras españolas desde el año 1401 al 1833*, Madrid: Biblioteca Nacional.

Simonis, Angie (2009), *Yo no soy esa que tú te imaginas: El lesbianismo en la narrativa española del siglo XX a través de sus estereotipos*, Alicante: Universidad de Alicante.

Soufas, Teresa; Dixon, Abreu; Barbas, Laura; Crespo, Isabel; Farmer, Ángeles; Flesler, Daniela; Moser, Shani; Ortiz, Roberto; Rinka, Marcie; Sisk, Christina; Vaca, Paulina; Wang, Juping y Whitlock, Nancy (2005), «Juegos con Santa Isabel: drama de la pluma de una adolescente desconocida», en Lisa Vollendorf (ed.), *Literatura y feminismo en España (s. XV-XXI)*, Barcelona: Icaria, pp. 127-140.

Una dama sevillana (1710-1720), *La mayor desconfianza y amar deidad a deidad*, BNE, Ms. 17430.

Vega García-Luengos, Germán (1991), «Teatro e imprenta en Sevilla durante el siglo XVIII: los entremeses sueltos», *Archivo Hispalense: Revista Histórica, Literaria y Artística*, 74(226), pp. 47-98.

Viñuales, Olga (2000), *Identidades lésbicas. Discursos y prácticas*, Barcelona: Ediciones Bellaterra.

Weeks, John (1987), «Question of identity», en Pat Kaplan (ed.), *The Cultural Construction of Sexuality*, New York: Tavistock, pp. 30-51.

ISSN: 1576-7914 - e-ISSN: 2341-1902
DOI: https://dx.doi.org/10.14201/cuadieci202526443459

LA PENA DE MUERTE SEGÚN VACA DE GUZMÁN EN SU *SUPLEMENTO* AL *ENRIQUE WANTON* (1778)*

Death Penalty According to Vaca de Guzmán in his Suplemento *to* Enrique Wanton *(1778)*

Javier Muñoz DE MORALES GALIANA
Universiteit Gent
javier.munozdemoralesgaliana@ugent.be

Fecha de recepción: 27/02/2024
Fecha de aceptación: 20/09/2024

RESUMEN: El presente trabajo pretende indagar en el punto de vista que el abogado dieciochesco Vaca de Guzmán tenía sobre la pena de muerte. Para ello hemos utilizado como fuente principal su *Suplemento* al *Enrique Wanton*, la continuación de una novela italiana en la que vertía diferentes opiniones. Nos hemos detenido en un pasaje relativo a la pena de muerte y hemos comparado lo ahí expuesto con la filosofía de la época. Tras esto hemos podido determinar que Vaca de Guzmán fue un pensador reaccionario cercano a Hobbes y a Lardizábal que apoyaba la pena capital en contra de autores como Beccaria o Jovellanos.

Palabras clave: pena capital; Hobbes; Beccaria; Seriman; Jovellanos.

ABSTRACT: This paper aims to delve into the eighteenth-century writer Vaca de Guzmán's perspective on the death penalty. To do so, we have primarily relied on his *Suplemento* to *Enrique Wanton*, a continuation of an Italian novel where he expressed various opinions. We have focused on a passage regarding the death penalty and compared his views with the philosophy of the time. Through this

* El presente trabajo es resultado de investigación del proyecto «Re-importing the novel: free and unacknowledged translations of foreign fiction in Spain (1769-1845)» (1228924N), financiado por el Fonds Wetenschappelijk Onderzoek (FWO).

analysis, we have determined that Vaca de Guzmán was a reactionary thinker aligned with Hobbes and Lardizábal who supported capital punishment, contrary to authors like Beccaria or Jovellanos.

Key words: death penalty; Hobbes; Beccaria; Seriman; Jovellanos.

En 1749 el escritor italiano Zaccaria Seriman publicó su primera versión del *Viaggi di Enrico Wanton alle terre incognite australi, ed al paese delle scimie*, una novela de viajes maravillosos escrita a imitación de Jonathan Swift y el modelo de *Los viajes de Gulliver* (Rojas, 2012: 773). Décadas después, Gutierre Joaquín Vaca de Guzmán, que fue abogado y escritor español (Almanza-Gálvez, 2020: 465), pudo leer el texto italiano y decidió llevar a cabo una traducción de este publicada entre 1769 y 1771, a la que agregó posteriormente una continuación de su propia autoría, el *Suplemento, o sea, tomo tercero de los viajes de Enrique Wanton al país de las monas* y el *Suplemento, o sea, tomo cuarto de los viajes de Enrique Wanton al país de las monas* (1778) (Álvarez Barrientos, 1991: 133-134). Durante el siglo XVIII, la novela como género no gozaba de demasiado prestigio literario, ya que por ser prosa había quedado excluida de las preceptivas y no se tenía en gran estima (Álvarez Barrientos, 1991: 11). Sin embargo, Vaca de Guzmán advirtió numerosos motivos por los que considerar el interés de los *Viajes de Enrique Wanton a las tierras incógnitas australes y al país de las monas* en suelo hispano, y en el prólogo a su versión de la obra introdujo la *captatio benevolentiae* que podemos apreciar a continuación:

> El *Viaje al país de las monas*, que ofrezco trasladado del idioma italiano al español, es una aguda sátira que mezclada de morales documentos ridiculiza los vicios que de todas las naciones abundan. Tuvo desde luego esta obra tal aceptación en el orbe literario que inmediatamente fue necesario reimprimirla. Las pocas copias que llegaron a España merecieron la estimación de nuestros literatos de buen gusto; no sin motivo, pues a la verdad, parece quiso su autor, ya sea inglés, como él supone, ya sea de otra provincia, como se cree, imitar en cierto modo a nuestros nunca bien alabados españoles, Quevedo en la sátira, Calderón en los enlaces, Cervantes en las ficciones, Saavedra en las moralidades, y Gracián en las críticas, usando de los primores de todos estos en sus lugares oportunos. (Vaca de Guzmán, 1778: v. 1, III)[1]

En el fragmento citado podemos apreciar cómo Vaca de Guzmán no concibe el *Enrique Wanton* tanto como un texto novelesco a imitación de Swift, sino más bien como otro tipo de obra cuya filiación sería propiamente hispana. En concreto, se refiere a la composición italiana como una «aguda sátira» que le resulta muy similar a, entre otros, Cervantes y Baltasar Gracián. El género novelesco estaba en muy baja estima, y hasta el propio Vaca de Guzmán lo criticó abiertamente en su

1. Todas las citas de la novela llevadas a cabo en este artículo provienen de esta misma edición.

propia obra al juzgarlo inútil y destinado a los «necios», al igual que los «sainetes ridículos» (v. 3, p. 51). Pero una obra como el *Quijote* estaba muy valorada en el XVIII no ya como epítome de la novela, sino también –y, sobre todo– como sátira moral (Martínez Mata, 2016).

No ha de extrañar, por ello, la actitud ambivalente del escritor al juzgar, por un lado, que las novelas son algo propio de «necios» y publicar, por otro lado, él mismo una obra en ese género. Vaca de Guzmán no concibe el *Enrique Wanton* tanto como una creación novelesca, sino como una «aguda sátira». Pocas páginas después de introducir su crítica hacia las novelas, el mismo autor agrega una reflexión sobre las sátiras en la que reflexiona sobre cómo una obra de ese género puede ser buena o mala (v. 3, pp. 54-55). Este detalle explica que pueda coincidir con Cervantes en el modo de emplear la ficción, la prosa narrativa, pero la afinidad para con Gracián se basa, según anuncia explícitamente, en el carácter crítico que le atribuye a estos *Viajes*.

Esta alusión a «las críticas» nos remite, inequívocamente, a *El criticón*, un libro que podría incluirse en el cómputo de las novelas bizantinas hispanas, si bien el trasfondo filosófico primaba sobre el novelesco debido a la densidad del contenido (Cruz Casado, 2000: 11-13). En realidad, algo más o menos parecido puede advertirse en Swift y en Seriman. Sus correspondientes novelas aprovechan el motivo del viaje, como el que tuvieron Critilo y Andrenio en la obra graciana, para reflexionar sobre distintas cuestiones de índole política, filosófica o moral. Las ficciones en torno a reinos lejanos y países extraños propiciaban fácilmente la crítica social de un modo indirecto (Álvarez Barrientos, 1991: 131-132); en el caso de *Los viajes de Gulliver* y textos similares, el componente más acusador brota con el «realce satírico del modelo utópico» (Almanza-Gálvez, 2020: 471). El potencial satírico de la novela quedó también advertido por Vaca de Guzmán:

> Nada tuvieron de adivinos Persio, Juvenal y otros espíritus festivos, y satíricos, y notando muchos siglos hace las viciosas ridiculeces de su era y de su patria, parece, si se leen con reflexión, que solo escribieron para nuestra edad y país. En todo tiempo y en todas las naciones se han fulminado las más rígidas invectivas contra los desarreglos de un mal aconsejado joven; las avaricias de un ambicioso anciano; las ficciones de un áulico adulador; las corrupciones de un depravado juez; los enredos de un abogado revoltoso; los engaños de una vieja astuta; las disoluciones de una moza desenvuelta; los despropósitos de un afeminado pisaverde; las extravagancias de una dama zalamera; las erratas de un médico ignorante; las patrañas de un alguacil interesado; la hinchazón de un sabio a la antigua; los disparates de un doctor a la moderna; el lujo de un rico de mala conducta; las altanerías de un pobre soberbio; las pesadeces de un nuevo litigante; las desconfianzas de un rústico malicioso; las vanidades de un caballero ciudadano; los artificios de un cortesano refinado; y finalmente (para no molestar con otra caterva semejante) las preocupaciones de un ciego vulgo: y en verdad, que no por esto se dará por ofendido el joven bien criado, el viejo virtuoso, el palaciego ingenuo, el juez íntegro, el abogado literato, etc., antes bien, a vista de los desaciertos de aquellos, tendrán mayores brillos las bondades, y buen manejo de cada uno en su especie.

> Generalmente es uno mismo el material en la sátira universal arreglada; la diversidad está en el condimento: no es el más desabrido el presente, en que, figurándose ciertos nuevos descubrimientos, se fingen con racionalidad unos brutos, que crio la naturaleza con acciones tan semejantes a las nuestras. (v. 1, pp. IV-V)

En una actitud muy afín al Neoclasicismo, Vaca de Guzmán se retrotrae a Persio y a Juvenal para exponer el trasfondo crítico de las sátiras y compara con esos autores clásicos la obra que él mismo ofrece al público. Los monos parlantes y antropomórficos que aparecerán en el texto serán solo un «condimento», en palabras del autor, mediante el cual atacar comportamientos propios de los humanos reales. El novelista se muestra sincero y directo, por tanto, al declarar que está empleando una sátira para ridiculizar vicios reales que pudieran apreciarse en la sociedad de su momento.

Una obra con semejante potencial crítico podía resultar, a pesar de las sutilezas que lo satírico implica, motivo de posibles controversias. El mismo Vaca de Guzmán se muestra muy consciente de lo arriesgado que puede ser iniciar debates o polémicas cuando afirma, por ejemplo, que tal vez entre sus lectores «haya muchas personas que [se] encuentren con su copia», pero se disculpa diciendo que «si hallan algunas el modelo de sí mismas en esta historia, culpen a sus vicios, pero no a quien, publicando la verdad, no piensa en la idea crítica de dibujar sus costumbres» (v. 1, pp. III-IV). El autor parece asumir las consecuencias que pudieran derivar de cada crítica social que se haga. Vaca de Guzmán mostrará, de hecho, una actitud aún más extrema en el apéndice que agrega al final de su *Suplemento*, esto es, los *Retazos del gran diccionario de ciencias y arte de corte que compuso el experimentado señor Tomate*, un diccionario satírico compuesto por un personaje de la novela. En concreto, es muy reveladora la entrada correspondiente a la palabra «sinceridad», que permite dar cuenta de la personalidad que tenía Vaca de Guzmán y de su actitud en esta versión del *Enrique Wanton*: «arma prohibida; está expuesto a grandes penas el que la usa. Ya se halla muy rara» (v. 4, p. VIII).

Según apreciamos, este escritor contempla un plausible riesgo, exagerado hasta lo hiperbólico, en emitir una opinión sincera con respecto a cualquier particular[2]. Pero la misma obra del *Enrique Wanton*, si damos por cierta la carga crítica que él mismo señala en el prólogo, no puede concebirse como un texto «inocente» o ajeno de toda controversia. Contaba, pese a todo, con una evidente ventaja respecto de los textos más abiertamente moralistas, esto es, que nada de lo ahí expuesto parece –en principio– remitir a ninguna problemática del mundo real, un país ficticio ubicado en las tierras australes y habitado por monos antropomórficos dotados con la capacidad del habla. Tal entorno está a caballo entre la utopía y la distopía (Almanza-Gálvez, 2020: 471); precisamente por ello será innegable –y él

2. La novela estuvo, de hecho, sometida a un complejo proceso de censura, pero recibió elogios por parte de los censores según detalla Almanza-Gálvez (2020: 473-477).

mismo lo admite en el prólogo– que el ambiente exótico o fantasioso no cohíbe posibles críticas mordaces o controversiales, pero la obra ya no se titula, como la de Gracián, *El criticón*, sino *Viajes de Enrique Wanton a las tierras incógnitas australes y al país de las monas*. El contexto fabuloso de la utopía satírica en la que se ambienta la totalidad de la trama implicaba, necesariamente, algo de lejanía con respecto de los temas tratados, tal como ocurre con cualquier ficción utópica o distópica. No puede haber una apelación directa a ningún individuo concreto o problemática puntual de la sociedad humana, sino que toda carga crítica queda relativamente disimulada o vedada por el escenario ficticio establecido en la novela.

Pero este «viaje», como ocurría en los de Gulliver o en cualquiera de corte utópico, es tan solo un pretexto con el que introducir, de manera algo acumulativa, diversas reflexiones explícitas o implícitas con respecto a diferentes asuntos. A nivel novelesco, los *Viajes* son una composición algo pobre en la que el argumento carece de demasiada cohesión. La estructura nos puede resultar esencialmente acumulativa y basada en el encuentro del protagonista, Enrique, con diversos fenómenos de la sociedad simiesca, lo que suscita numerosos diálogos y reflexiones que abarcan la mayor parte de la «novela». Seriman y Vaca de Guzmán se distancian de Swift en otorgar a sus personajes mayor consistencia y evolución, como señala Álvarez Barrientos (1991: 140), pero la acción y el argumento pasan a un segundo plano durante muchos pasajes del texto en los que prima el exordio o la reflexión moral o social, a veces introducida en forma de diálogo. Por consiguiente, resultaría algo ingenuo sopesar el interés del *Enrique Wanton* solo en función de sus rasgos novelescos. Consideremos que el libro consta de cuatro largos tomos; si se llevase a cabo una antología que seleccionase solo los fragmentos imprescindibles para el relato, el resultado sería una obra mucho más breve. Más coherente sería, en cambio, valorar el grueso del texto como compilación vedada de opiniones controvertidas. Los dos primeros tomos, publicados en español en 1769 y 1771 respectivamente, se corresponderían sustancialmente con las opiniones de Seriman, el autor italiano que originalmente los había escrito[3]; en cuanto al *Suplemento*, esto es, los dos últimos, al ser originales del propio Vaca de Guzmán guardarían un interés añadido para la historia del pensamiento español.

En este contexto conviene aclarar que tanto el autor italiano como su adaptador español eran ambos de tendencia conservadora. Seriman «criticaba la arrogancia de la Ilustración y el, a su juicio, falso andamiaje filosófico y jurídico del liberalismo» (Rojas, 2012: 773); en cuanto a Vaca de Guzmán, nos resulta muy

3. No podemos hablar, en cualquier caso, de una afinidad absoluta hacia Seriman por parte de Vaca de Guzmán. Este último comenta lo siguiente en el prólogo: «El curioso que haga cotejo entre la obra y la traducción hallará una u otra cosa con alguna variación, u omitida, y acaso alguna página entera; porque si el traductor italiano por contemporizar separó (según dice) del original inglés muchas expresiones que no podría tolerar el genio de su nación, a nuestro delicado paladar desazonarían tal vez otras que él dejó esparcidas» (v. 1, pp. V-VI). Un cotejo entre el original italiano y la versión española revelaría las principales discrepancias entre estos dos escritores.

revelador que establezca cómo el «verdadero filósofo» es aquel que está «desimpresionado de las ilusiones de los sentidos» (v. 3, p. 87). Tengamos presente que la Ilustración radical se sustentó, mayormente, en la idea de que los sentidos constituían la única fuente de acceso al conocimiento, a partir fundamentalmente de autores como Spinoza, Locke y Condillac (Israel, 2012: 641-642). Si partimos de este reaccionarismo, su *Suplemento* nos vendría a revelar en mayor detalle sus opiniones y puntos de vista, tal como los dos primeros tomos hacían lo propio con respecto al mismo Seriman. La traducción casi íntegra de la primera versión del *Enrique Wanton* sugiere una evidente afinidad para con la visión del mundo que tenía el novelista italiano, pero los temas tratados en la continuación agregarían nuevos matices de los que carecía el texto original.

De todas estas cuestiones abordadas, quizá la perspectiva más radical y reaccionaria de Vaca de Guzmán aparece en lo tocante a la pena capital. Dado el carácter «utópico», aunque satírico, de la novela, no será de extrañar que este sea uno de los puntos abordados, porque ya en la *Utopía* de Tomás Moro se abordaba de manera muy crítica la pena de muerte (Suzzarini y Belandria, 2013: 170). Por consiguiente, este tema se convierte en motivo de reflexión durante el capítulo XVII del tomo tercero, «Enrique y Tulipán son asaltados de una tropa de bandoleros», a partir de un diálogo entre el protagonista, Enrique, y un mono llamado Tulipán, quien expone una serie de opiniones cercanas a la filantropía ilustrada y contrarias a las sentencias de muerte contra los ladrones:

> Esta es una de las leyes nuestras, me dijo inmediatamente Tulipán, que siempre me han parecido duras; imponer pena de la vida al que hurta; me parece que contra ella están gritando perpetuamente las leyes de la naturaleza. ¿Por qué se ha de derramar la sangre de aquel que no conspiró contra la conservación ni contra la vida de su prójimo? A una sola de estas, a la del más oscuro individuo de la república no es comparable todo el oro del mundo; ¿y será bien que se escuchen las voces de algunos millares de adoradores de este metal y que a su contemplación se sacrifiquen las vidas de tantos desdichados a quienes cegó y arrastró (cuando no la necesidad) una codicia no tan afortunada como la de sus poseedores? Ellos quitan unos bienes de corta consideración y se les despoja de lo más precioso; de lo más sagrado de su vida. ¡Bella compensación entre la pena y el delito! (v. 3, pp. 245)

Vaca de Guzmán decide recopilar buena parte de los argumentos contrarios a la pena capital que proliferaban en el debate filosófico europeo y español de esos años. Puesto que nuestro autor era alcalde del crimen (Almanza-Gálvez, 2020: 479), no sorprende que en este punto se muestre como un buen conocedor de la terminología empleada y de los razonamientos proporcionados por quienes, en realidad, son escritores contrarios a su propio punto de vista. La alusión a pensadores reales se hace directa y evidente cuando las sutilezas en la sátira desaparecen casi del todo con la respuesta de Enrique: «¡Qué pomposos clausulones! ¡Qué aparato de voces! Y ¡qué discursos tan patéticos no podríais añadir a ese vuestro corto razonamiento si estuvieseis ilustrado con la lectura de ciertos papelitos, que

acerca de esta materia tenemos por allá en nuestros países de los hombres!» (v. 3, pp. 245-246).

Vaca de Guzmán consigue, de esta manera, hacer muy explícita la referencialidad que estas cláusulas filosóficas esconden. La intervención de Tulipán no puede leerse como la ideología ficticia de un personaje inventado, ya que el propio Enrique Identifica estas ideas con otras aparecidas en «ciertos papelitos» propios de los «países de los hombres»[4]. Por la terminología empleada no resulta difícil identificar a los posibles autores de esos «papelitos», palabra con la que el protagonista parece estar aludiendo, aunque de manera despectiva, a las obras de autores como Jeremy Bentham o Cesare Beccaria. El primero de estos había reflexionado sobre la pena de muerte a partir del utilitarismo en su *The Rationale of Punishment*, un ensayo publicado en 1775 (Bedau, 1983), es decir, solo tres años antes del *Suplemento*. Pero el segundo tal vez sea una fuente más probable para Vaca de Guzmán si tenemos en cuenta cómo su obra *Dei delitti e delle pene* se publicó en 1764, más de una década antes.

El buen conocimiento que el abogado español tenía del idioma italiano hace que sea más plausible el acceso a esa última obra; en cualquier caso, se había traducido al español antes, en 1774, por Juan Antonio de las Casas. A esto le podemos sumar la alusión, nada casual, que Tulipán hace a las «leyes de la naturaleza». Para Beccaria, el mundo estaba regido por tres códigos diferentes: «la revelación, la ley natural y los convencionalismos ficticios de la sociedad» (2011: 196-197). En una actitud cercana a la que tendría Rousseau, el pensador italiano considera que «la virtud natural sería siempre límpida y manifiesta si no la obscureciesen la imbecilidad o las pasiones de los hombres» (Beccaria, 2011: 197). Si consideramos este supuesto, el paralelismo con el discurso de Tulipán será claro una vez nos detengamos en la perspectiva de Beccaria sobre la pena de muerte, que en la traducción de De las Casas es como sigue:

> Esta inútil prodigalidad de suplicios, que nunca ha conseguido hacer mejores a los hombres, me ha obligado a examinar si es la muerte verdaderamente útil y justa en un gobierno bien organizado. ¿Qué derecho pueden atribuirse estos para despedazar a sus semejantes? Por cierto no el que resulta de la soberanía y de las leyes. ¿Son estas más que una suma de cortas porciones de libertad de cada uno, que representan la voluntad general como agregado de las particulares? ¿Quién es aquel que ha querido dejar a los otros hombres el arbitrio de hacerlo morir? ¿Cómo puede decirse que en el más corto sacrificio de la libertad de cada particular se halla aquel de la vida, grandísimo entre todos los bienes? Y si fue así hecho este sacrificio, ¿cómo se concuerda tal principio con el otro en que se afirma que el hombre no es dueño de matarse? Debía de serlo si es que pudo dar a otro, o a la sociedad entera, este dominio.

4. La amistad de Enrique con Tulipán, hijo de su protector, es central en el *Suplemento* en tanto que permite «enfatizar el enfoque crítico de los códigos morales y sociales españoles» (Almanza-Gálvez, 2020: 469).

> No es, pues, la pena de muerte derecho, cuando tengo demostrado que no puede serlo, es solo una guerra de la nación contra un ciudadano, porque juzga útil o necesaria la destrucción de su ser. Pero si demostrase que la pena de muerte no es útil ni es necesaria, habré vencido la causa en favor de la humanidad.
> Por solo dos motivos puede creerse necesaria la muerte de un ciudadano. El primero, cuando aun privado de libertad, tenga tales relaciones y tal poder que interese a la seguridad de la nación; cuando su existencia pueda producir una revolución peligrosa en la forma de gobierno establecida. Entonces será su muerte necesaria, cuando la nación recupera o pierde la libertad o, en el tiempo de la anarquía, cuando los mismos desórdenes tienen lugar de leyes; pero durante el reino tranquilo de estas, en una forma de gobierno por la cual los votos de la nación estén reunidos, bien provista dentro y fuera con la fuerza y con la opinión (acaso más eficaz que la misma fuerza), donde el mando reside solo en el verdadero soberano, donde las riquezas compran placeres y no autoridad, no veo yo necesidad alguna de destruir a un ciudadano, a menos que su muerte fuese el verdadero y único freno que contuviese a otros y los separase de cometer delitos, segundo motivo por que se puede creer justa y necesaria la muerte de un ciudadano. (Beccaria, 2011: 230-231)

Tras establecer una prioridad de las leyes «naturales» por encima de las civiles, Beccaria abomina de la pena de muerte por concebirla resultado de un convenio social que debería contemplar también los derechos del ajusticiado. Al igual que Tulipán en su discurso, la autoridad humana resulta insuficiente para condenar de esa forma a ningún semejante. El pensador italiano se plantea este castigo como remedio extremo para situaciones bastante delicadas, como la rebelión o poner en peligro la sociedad; pero esto implicaría, en última instancia, que criminales menores como los ladrones o los bandidos no deberían ser ajusticiados. Justo esto último es lo que plantea el personaje de *Enrique Wanton*.

La intervención de Enrique en respuesta a Tulipán propiciará, de hecho, una respuesta algo contundente a esta perspectiva filantrópica, que en última instancia redundará en una lanza a favor de la pena capital. Si mantenemos la identificación del discurso citado con el que pudieran tener Beccaria o afines, veremos que realmente no estamos ante una respuesta de Enrique contra Tulipán, sino más bien de Vaca de Guzmán contra los detractores de la pena de muerte. Esta crítica no solo iría dirigida contra quienes así se han pronunciado en obras ensayísticas, sino que también sería achacable a quienes hubiesen compuesto obras de ficción con esa tesis de fondo; en concreto, tragedias sobre ese tema:

> ¡Cómo podríais exornar vuestro parecer con el follaje y juego de brillantes voces y epítetos como: espada vengadora, mano sangrienta; sacrosantos derechos; ley natural inviolable; humanidad ultrajada; odioso espectáculo; afrentosa barbarie; atropellada sociedad; y otros infinitos de esta jaez, que con solo daros a leer una tragedia de moda, hallaríais en cada página, o podríais (como hacen otros con la misma facultad que la vuestra) inventarlas a vuestro capricho! (v. 3, p. 246)

Dado que Enrique se refiere a una «moda» por componer tragedias de esa índole, resultaría arriesgado plantear que pueda referirse a ninguna en concreto; sin

embargo, es muy posible que esté apelando a una aparecida muy poco antes que el *Suplemento* y también contraria a la pena de muerte: *El delincuente honrado*, de Gaspar Melchor de Jovellanos, compuesta en 1773 y estrenada en 1774. La obra plantea cómo resulta excesiva la pena capital para castigar a los duelistas, lo cual se ejemplifica en la situación de Torcuato, el honrado protagonista al que el título alude. La ideología general de la obra se alinea con la nueva sensibilidad dieciochesca en torno al derecho penal, y en concreto se puede apreciar una influencia directa de Beccaria en la forma de plantear el conflicto legal y su resolución (Caso González, 1964: 111-114). La respuesta de Enrique, por tanto, será un ataque no ya solo a estas ideas, sino a su utilización en obras ficticias. Para combatir el pensamiento de Beccaria, Jovellanos y escritores similares, Vaca de Guzmán se expresará, por boca de su personaje, en los siguientes términos:

> Yo contemplo a (sic) los delitos bajo diversas consideraciones, ya respecto de la maldad que en sí incluyen, por la parte que quebrantan la ley natural: ya respecto del perjuicio que traen a la ligación, unión o sociedad del resto de nuestros semejantes, en lo cual quebrantando las leyes positivas; ya respecto del mal ejemplo y sus consecuencias: de la misma manera las penas en la justicia distributiva, creo, que se deban considerar ya absolutamente igualándolas al delito; tales son las del Talión; tal es la que prescribe que muera el que culpablemente mató; ya respectivamente en consideración a la comunidad; ya proporcionalmente en razón de escarmiento, según la mayor, y menor necesidad de él en atención a la frecuencia del delito, desobediencia de la ley y menosprecio de las penas más leves. Las repúblicas y comunidades en sus principios necesitan menos leyes, porque sus individuos viven más arreglados; de estas muy raras son de pena capital, porque los mismos no han perdido aún de vista el derecho natural, y en su consecuencia, ni son perjudiciales a sus hermanos, ni se burlan de los castigos por suaves que sean; pero luego que estas crecen, se aumenta el número de sus individuos, e inmediatamente empiezan estos a declinar ya en uno, ya en otro vicio, en cuyo caso el legislador, que es el alma de aquel todo, se ve precisado a remediar el daño con más o menos violencia, según las circunstancias; y de aquí proviene el irse aumentando las leyes penales. ¿Creéis por ventura que vuestros principales legisladores, y los soberanos que después les siguieron, formaron sus determinaciones sin premeditación, o perdiendo de vista los preceptos de la ley natural? ¿Os habéis persuadido a que no se habían oído en el mundo hasta la nueva presente ilustración esos aparentes argumentos en contra de las más sabias y meditadas determinaciones? Pues os engañáis. En la materia, porque se ha suscitado esta conversación, hallaréis suficientes pruebas de todo lo dicho. (v. 3, pp. 246-247)

Apreciamos, por todo lo citado, que Vaca de Guzmán parte de cuestionar tanto la «nueva presente ilustración» como la «ley natural»[5]. Nuestro autor descree de que los filósofos contemporáneos a su tiempo estén realmente desarrollando

5. Tal vez esta crítica a la «ley natural» haya recibido influencia de Gregorio Mayans y Siscar en la *Filosofía cristiana*, que aborda el derecho natural y se sitúa «en contra del espíritu ilustrado que

ideas nuevas; por el contrario, considera que igualar las penas a los delitos es algo propio del Talión, es decir, hundiría sus raíces en la Edad Antigua. Admite, de hecho, que esta forma de proceder pudiera haber sido eficaz en sociedades primitivas, pero que se vuelve insuficiente cuando la población aumenta. Este afán antiilustrado y contrario a los avances de su tiempo se desarrolla en las propuestas alternativas que a continuación ofrece el personaje de Enrique:

> Los dos grandes legisladores, de cuyas sabias disposiciones tomó norma el mundo en lo sucesivo, hallaron tan diversa necesidad de cohibir el desenfreno de los mortales, en cuanto al vicio del hurtar, que uno lo prohibió bajo la pena solo de la restitución doble de la cosa hurtada, y el otro impuso pena de la vida contra los ladrones; de aquí es que todos los príncipes en sus respectivos dominios, según la diversidad de tiempos, de cualidades de sujetos, y de otras circunstancias, han variado en las penas fulminadas contra tales delitos; unas veces se han contentado con un destierro; otras con la restitución cuádrupla; otras con la pérdida temporal de la libertad en una cárcel, en un presidio, o en las obras públicas; pero en algunas temporadas que han experimentado en sus estados el exceso del vicio, han exacerbado las penas, mandando ya que sean azotados, ya atenaceados, ya precipitados de lo alto de un peñasco, y ya ahorcados, y aún en la severidad de estas mismas penas han tenido muchas veces diversas consideraciones, atendidas las circunstancias de la edad del delincuente, o cualidades del robo, como diestros cirujanos del cuerpo místico de la república, que no por cualquiera llaga cortan aquel miembro que enfermó; antes procuran con remedios suaves sanarle; si estos no bastan, usan el cauterio, o (sic) otros más violentos, hasta que, temiendo que la gangrena infeccione lo restante del cuerpo, le cortan y separan. De aquí se infiere que es imposible dar una regla general en la materia; y asimismo, que la proporción que debe mediar entre el pecado y la pena no mira precisamente a la mera y absoluta materia del delito, esto es, a que el bien de que la pena priva sea equivalente al bien de que el delito privó a su prójimo, sino que debe estimarse la dicha pena con respecto a cierto fin, que es la desobediencia o quebrantamiento de la ley, de la perturbación del público sosiego, y recíproca quietud de los ciudadanos: nada más conforme al derecho natural, o sea de gentes, supuesta la división de las cosas, que velar sobre la pacífica posesión y goce de lo que es de cada individuo; por lo que, según la mayor o menor turbación de esta tranquilidad, se debe aumentar, o disminuir el castigo de quien la causa: en una palabra, una cosa es castigar el delito según es en sí, y otra dar ejemplo para lo sucesivo, sirviendo la pena de escarmiento al resto de la comunidad y sujetando el orgullo y la incontinencia de los malvados. (v. 3, pp. 247-249)

La argumentación entera que se desarrolla parte de aludir a «dos grandes legisladores», cuyos nombres no aparecen, pero sí las leyes que estos promulgaron con respecto al robo. Por estas últimas podemos conocer que se está refiriendo, en concreto, a Moisés y a Dracón. La ley mosaica establecía que los ladrones

pretendía elaborar la ciencia y la filosofía (también la filosofía práctica) al margen de cualquier verdad o elemento dogmático que impidiera el uso de la libertad sin ataduras» (Rus Rufino, 2001: 242).

tuviesen que pagar el doble de lo robado (Vegas Montaner, 2004: 134); en cuanto al legislador griego, «estableció la pena de muerte prácticamente para todas las faltas que se cometieren» (García Falconi, Orna Peñafiel y Alba Zurita, 2016-2017: 102). Por esta vía, Vaca de Guzmán pretende evidenciar que la ley del Talión pudo quedar superada en tiempos muy remotos. Si damos crédito a este razonamiento, pretender condenar los delitos con castigos proporcionales sería retrotraerse a un tiempo casi prehistórico, anterior incluso a Moisés y Dracón. Esta manera de discurrir se basa en un *argumentum ad verecundiam*, es decir, remitirse acríticamente a una autoridad considerada como competente en una determinada materia para defender una postura concreta (Woods y Walton, 1974: 140-141).

Por lo demás, la actitud de Enrique se resume en un pesimismo antropológico muy contrario a la filantropía ilustrada. Para este personaje la principal prioridad de los Estados debe ser lograr el orden social, es decir, poder asegurar la integridad de los ciudadanos y el respeto a la propiedad privada. Un castigo desproporcionado, tal como pueda serlo la pena de muerte, será necesario si por esa vía se asegura, mediante el miedo, la tranquilidad general. Dicho de otra manera, el autor parece considerar que el terror es una de las emociones principales en los seres humanos y que estos podrán moderar sus costumbres y reprimir los actos criminales siempre que estén lo suficientemente asustados.

De esta manera se descarta la idea dieciochesca de obtener el progreso o la civilización mediante la educación. Por el contrario, vemos una visión más desengañada. Si las personas funcionan mediante pulsiones primarias tales como el miedo, parece más conveniente estimular ese pánico a fin de contener sus conductas. En este sentido, Vaca de Guzmán se aproxima a otro novelista que también publicaría obras muy desengañadas con respecto de la Ilustración: Pablo de Olavide. El escritor limeño ofrecería una perspectiva antropológica muy similar en su novela póstuma, *El inconstante corregido* (1817)[6]. La tesis fundamental de esta otra obra es parecida a la que defiende Enrique, esto es, que son fútiles los intentos ilustrados por educar a la población, ya que el miedo resultaría un medio más eficaz con el que reparar los comportamientos. Olavide, al igual que Vaca de Guzmán, también apuesta por el terror como correctivo, si bien es cierto que su perspectiva resulta menos radical. El escritor limeño no escribe tanto en favor de un gobierno autoritario que inspire pánico a la pena de muerte, sino que se decanta por una fuerte educación religiosa que asegure el horror al infierno, es decir, a los castigos ultraterrenos como correctivo del comportamiento civil (Muñoz de Morales Galiana, 2020).

Tras todas estas razones proporcionadas por Enrique, Tulipán queda convencido de que el miedo es un medio eficaz y de que resulta lógico suministrar

6. *El inconstante corregido*, al igual que los *Viajes de Enrique Wanton*, provenía de un texto extranjero, en este caso francés (Muñoz de Morales Galiana, 2020: 387), pero en ambos casos el trasfondo filosófico antiilustrado se debe a los desengañados refundidores españoles.

castigos no proporcionales a los delitos cometidos. Sin embargo, el simio prosigue emitiendo objeciones a la pena capital a partir de una perspectiva utilitarista cercana a Bentham y otros autores de esa misma tendencia ideológica:

> Bien comprehendo, replicó Tulipán, aunque no he sido instruido en mi juventud en la facultad legal, lo que acabáis de decirme; y me hace fuerza que deba imponerse mayor pena que la que corresponde al delito en sí, cuando esta no basta a sujetar el desenfreno de los que le cometen y que por tanto es necesario horrorizarlos con el escarmiento; pero ¿no bastaba con privarlos perpetuamente de su libertad? ¿Ha de ser lícito quitarles la vida? ¿Quién ha dado a los legisladores esa facultad? Yo tengo concebido que estos no tienen otra que la que se depositó en ellos por medio del pacto, o contrato, con que cada uno se despojó de sus naturales derechos, poniéndolos en manos de los dichos respectivamente, para que usasen de ellos como fuese necesario en conveniencia del todo de la comunidad; y en verdad que nadie tiene facultad para contratar con otro, consintiendo en que se le quite la vida, en caso de que le robe sus bienes, pues el tal contrato sería injusto, porque disponía de su vida, sobre la que no tiene imperio; sería bárbaro por la desproporción de las cosas en que recaía; sería insensato, porque es incomparablemente más útil que viva un individuo de la república que no el que otro goce de algunos bienes y comodidades tal vez exclusivas o superfluas. (v. 3, pp. 249-250)

Para Tulipán, el mismo efecto de amedrentar a la población puede obtenerse con un castigo que, aunque desproporcionado, no redunde en el asesinato de nadie; en concreto, propone la cadena perpetua como correctivo eficaz. Para ello, se sirve sobre todo del utilitarismo, esto es, que es más útil la vida de un individuo que no la posesión de bienes por parte de otro. A esto se le agrega otro argumento de corte contractualista, es decir, se basa en la idea de «contrato» o pacto social entre individuos como principio regulador de la sociedad. Tal perspectiva era relativamente común en el debate ilustrado, sobre todo en filósofos como Hobbes, Locke y Rousseau (Riley, 1982). Vaca de Guzmán tendrá en cuenta, por boca de Enrique, tanto la idea de «utilidad» como la de «contrato» en el contraargumento que a continuación emplea:

> Por cierto, amigo mío, le respondí, que aunque no habéis estudiado [en] la facultad, apuntáis muy bien las dificultades en que aparece el tropiezo del presente asunto; pero brevemente quiero deciros, prescindiendo de la verdad del supuesto en que largamente pudiera hablaros, que dado caso que el príncipe no obrara (como obra) por el poderío que la providencia le ha dado sobre sus súbditos, ni los legisladores decretaran sus justos y saludables establecimientos por medio de los altos designios de la misma; dado el caso, repito, que no tuvieran otra facultad que la que mera y temporalmente resulta del todo de las sociedades, no obstante justamente pueden y deben imponer pena capital en los delitos que no logran evitar por los medios más suaves: haced cuenta que el contrato que hizo cada individuo encierra en sí la obligación de no hacer con otro lo que no quiere que otro haga con él; cualquiera que tácitamente a lo menos no se hubiera aligado a esta obligación, no hubiera sido admitido en la comunidad o compañía: ahora bien, para afianzar este individuo el

> cumplimiento de esta obligación, es necesario que se sujete no al castigo que él se quiera imponer, que sería ridícula obligación, sino al que atendidas las circunstancias parezca a la compañía o al que hace cabeza, en quien está depositada la voz común y pública: en esta inteligencia, si el conjunto de circunstancias y tiempos lo pide, publica este legislador que nadie hurte, so pena de muerte al que cometa este delito, no con proporción a su materia, sino al escarmiento y pública necesidad; y ved ligado a esta observancia a cada uno de los individuos, mediante el contrato con que entró en compañía con el resto de sus semejantes, sin que este contrato sea injusto, pues dispone de su vida, no él precisamente, sino la comunidad, o su cabeza, representándola que tiene facultad para ello; y de otra suerte probaría vuestro argumento o reparo más de lo que intenta, pues si por tanto no puede ser condenado un individuo de la sociedad a muerte por hurto, por cuanto él no tiene imperio sobre su vida, tampoco podría ser condenado a pena capital, por haber hecho una muerte culpable; y si en este caso debe ser condenado a perder la vida, porque la naturaleza y la recta razón gritan que muera el matador, también gritan que muera el ladrón a quien no corrigen las penas más suaves; y que perturba el orden y tranquilidad pública. (v. 3, pp. 250-251)

La actitud contractualista de Enrique en el fragmento citado es muy cercana a la del filósofo Thomas Hobbes en el *Leviatán* (1651). Para el filósofo inglés, los pactos o contratos establecidos entre humanos solo son posibles «cuando existe un poder común sobre ambos contratantes, con derecho y fuerza suficiente para obligar al cumplimiento», por lo cual en el Estado debe haber «un poder apto para constreñir a quienes, de otro modo, violarían su palabra» (Hobbes, 2017: 125-126). En esta misma línea de pensamiento vemos que Vaca de Guzmán juzga cómo el Estado dispone de la vida de cada individuo para garantizar el cumplimiento de los pactos sociales, es decir, de las leyes.

Por lo demás, la filosofía utilitarista que demuestra el personaje parte de considerar como imprescindible un castigo tan grande para mantener el orden «si el conjunto de circunstancias y tiempos lo pide». No queda claro qué «circunstancias» o «tiempos» son estos a los que se alude, pero plantea la posibilidad de que en un determinado contexto sea imprescindible la pena de muerte como único correctivo viable. También advierte Enrique de los peligros que supone cuestionar esta manera de castigo, porque podrían emplearse los mismos argumentos para desaconsejarla contra los asesinos. Tal punto de vista queda resumido en una metáfora médica, según la cual un criminal, por leve que sea su delito, representa un miembro agangrenado que debe ser separado del cuerpo para evitar peligros mayores: «Considerad, ¿qué utilidad sacará el público de un miembro tan perjudicial y agangrenado? Ved ¿si no será juiciosa y acertada providencia separarle del cuerpo para siempre para que no infeste a los restantes?» (v. 3, pp. 251-252).

Tras todo lo aquí expuesto y considerado, parece muy clara la postura de Vaca de Guzmán con respecto a la pena de muerte, su rechazo a autores como Beccaria, Bentham o Jovellanos y su afinidad para con el contractualismo de Thomas Hobbes. Todo el discurso político introducido en la novela que aquí hemos

analizado hubiera podido extraerse y desarrollarse, de un modo más explícito, en un panfleto destinado exprofeso a este particular; con todo, ya mencionamos el rechazo del autor a la sinceridad explícita y el uso de la utopía como forma de enmascarar pensamientos controvertidos. Estos juicios aparecen en un pasaje muy avanzado de una novela sobre viajes y aventuras; de esta manera, las opiniones del abogado podrían pasar más desapercibidas. De hecho, Vaca de Guzmán también es consciente de cómo este asunto es, de todos los tratados en la obra, uno de los más polémicos. Podemos apreciarlo en el último consejo que Enrique proporciona a Tulipán:

> No os quiero molestar más, aunque pudiera dilatarme, si fuera haciendo memoria de las grandes reflexiones que acerca de este punto he oído hacer en favor de mi instrucción a mi amado compañero Roberto; este fue quien me arrebató de las manos algunos librillos, que me iban llenando la fantasía de ilusiones y sofisterías; y a él debo el aviso que os comunico ahora por el cariño que os tengo; este es, que cuando concurráis en los estrados, cafés y puertas de tiendas, que es en donde encontraréis a los alumbrados por la moderna instrucción y, por consiguiente, en donde se agita este punto con todo el condimento del nuevo arte, os abstengáis de oponeros a sus dictámenes, produciendo las razones que acabáis de oír u otras que vuestro discurso vaya deduciendo; lo primero, porque son gente incorregible, caprichuda, novelera, y más que todo, osada; y lo segundo, porque os quitarán bonitamente el crédito, pasaréis por un mono falto de ilustración, imbuido en las rancias ideas de vuestros mayores, forastero en el país de la crítica, ignorante de la bella lección de libros extranjeros y patrios extranjerados; y últimamente preocupado por las leyes que os gobiernan y contra las que ellos descaradamente levantan el grito. (v. 3, pp. 252)

La disertación concluye, según vemos, con una crítica a cómo falta, según Vaca de Guzmán, libertad de expresión en su sociedad. El autor, en palabras de su personaje, menciona que podría «dilatarse» sobre este particular; es decir, que podría continuar desarrollando razones al respecto o incluso escribir un ensayo. Sin embargo, es muy consciente de que proceder así o debatir con sus contemporáneos le granjearía la enemistad o el desprecio de los demás, e incluso anticipa posibles críticas e insultos que recibiría. La novela de *Enrique Wanton* sirve, en este punto, como forma de encontrar un equilibrio entre la necesidad de expresar su opinión y su afán por pasar desapercibido. En cualquier caso, con el presente trabajo queda clarificada la perspectiva del abogado sobre la pena capital, lo que podría tenerse en cuenta en futuras obras sobre la evolución de esta idea en la filosofía occidental.

En la historia del pensamiento europeo en general, y español en particular, la pena de muerte ha sido uno de los asuntos más polémicos y más abordados tanto en la filosofía como en las artes y la literatura. La explosión del liberalismo decimonónico y del Romanticismo facilitaría, en cierta manera, la proliferación de perspectivas más progresistas y contrarias a este castigo. A nivel europeo destacó el filósofo y poeta ateo Percy Shelley, quien en su ensayo *Sobre la pena de*

muerte (1815) recopiló numerosos argumentos en contra de este castigo (Shelley, 2002: 71-74). En España, artistas como Goya, Espronceda o Larra se manifestaron también como detractores de tales extremos punitivos (Arroyo Zapatero, 2011). Lo novedoso de estos últimos se aprecia si sopesamos las dificultades que tuvo el desarrollo del pensamiento ilustrado en España. Ya Israel advirtió cómo en suelo hispano se vivió la tesitura de no querer, por un lado, quedar atrás en lo filosófico con respecto de Europa, pero cómo tampoco se pretendía quebrantar el dogma católico (2012: 655-656). Esta actitud ambivalente parece cristalizar en obras como este *Suplemento* al *Enrique Wanton*. Vaca de Guzmán no es capaz de pronunciarse abiertamente en favor de la pena de muerte; si lo hubiese hecho, habría evidenciado un conservadurismo claramente contrario a las corrientes más novedosas de la Ilustración. Por el contrario, prefiere insertar sus opiniones de manera sutil en una novela utópica con carácter satírico. La lectura que aquí hemos hecho permite dejar constancia de cómo, pese a las sutilezas, podemos aseverar que un discurso partidario de la pena capital pudo haber predominado en el pensamiento de ese abogado, quien, a su vez, pudo emplear su obra como caja de resonancia para convencer a sus lectores.

En concreto, resulta muy llamativo localizar que tan solo cuatro años después de publicarse el *Suplemento* apareció una obra teórica que sin reparos ofrecía sobre la pena de muerte un punto de vista muy similar al explicitado por Vaca de Guzmán: el *Discurso sobre las penas* de Lardizábal, donde se dedica una extensa sección a reflexionar sobre este castigo (Lardizábal y Uribe, 1782: 164-188). Mucho de lo desarrollado presenta una clara afinidad con las ideas insertas en la novela aquí analizada; de entrada, porque la metáfora empleada sobre amputar un miembro gangrenado es idéntica: «La pena de muerte es como un remedio de la sociedad enferma, y hay casos en que es necesario cortar un miembro para conservar su cuerpo» (Lardizábal y Uribe, 1782: 166). Lardizábal también señala, aunque de manera explícita, a Beccaria como uno de sus objetivos contra los que argumentar (1782: 167). De igual manera, también incide sobre el miedo a morir como forma de garantizar el cumplimiento de las leyes, lo que justificaría la severidad de un castigo semejante (Lardizábal, 1782: 178-179).

Estos puntos en común no tienen por qué garantizar que Lardizábal haya leído a Vaca de Guzmán, pero tampoco deberíamos descartar algún tipo de intercambio o afinidad entre estos dos autores. Consideremos que Lardizábal había sido alcalde del crimen de Granada en 1777 (Orella Unzué, 2009: 239), mientras que Vaca de Guzmán ocupó este mismo cargo, también en Granada, al año siguiente (Aguilar Piñal, 1995: 237), justo cuando se publicó su *Suplemento*. Dicha vinculación, por consiguiente, quizá debería considerarse en futuros trabajos que aborden el pensamiento de Lardizábal, cuyas posiciones sobre la pena de muerte han recibido la atención de una tesis doctoral defendida muy recientemente (Saldaña Badilla, 2023).

Bibliografía

Aguilar Piñal, Francisco (1995), *Bibliografía de autores españoles del siglo XVIII. Tomo VIII T-Z*, 1.ª ed., Madrid: CSIC.

Almanza-Gálvez, Carla (2020), «La censura y publicación de los *Viajes de Enrique Wanton al país de las monas*: nuevos datos sobre un texto utópico-satírico del siglo XVIII», *Cuadernos Dieciochistas*, 21, pp. 463-486.

Álvarez Barrientos, Joaquín (1991), *La novela del siglo XVIII*, 1.ª ed., Madrid: Júcar.

Arroyo Zapatero, Luis Alberto (2014), «Francisco de Goya contra la crueldad del sistema penal y de la pena de muerte», en Beatriz García Moreno (coord.), *Pena de muerte: una pena cruel e inhumana y no especialmente disuasoria*, 1.ª ed., Cuenca: Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, pp. 213-228.

Beccaria, César (2011), *De los delitos y de las penas. Facsimilar de la edición príncipe en italiano de 1764, seguida de la traducción de Juan Antonio de las Casas de 1774*, ed. electrónica [1.ª ed. original: 1764], México D. F.: Fondo de Cultura Económica.

Bedau, Hugo Adam (1983), «Bentham's Utilitarian Critique of the Death Penalty», *The Journal of Law & Criminology*, 74(3), pp. 1033-1065.

Caso González, José (1964), «El Delincuente honrado, drama sentimental», *Archivum*, 14, pp. 103-133.

Cruz Casado, Antonio (2000), «Introducción y notas», en Vicente Martínez Colomer, *Los trabajos de Narciso y Filomela*, 1.ª ed., Córdoba: Diputación de Córdoba.

García Falconí, Ramiro J.; Orna Peñafiel, Ángel y Alba Zurita, Eliana (2016-2017), «La reedición de la discusión de la pena de muerte en América Latina», *Revista Penal México*, 11-12, pp. 99-111.

Hobbes, Thomas (2017), *Leviatán o la materia, forma y poder de una república eclesiástica y civil*, ed. electrónica [1.ª ed. original: 1651], México D. F.: Fondo de Cultura Económica.

Israel, Jonathan I. (2012), *La ilustración radical. La filosofía y la construcción de la modernidad 1650-1750*, 1.ª ed. en español [1.ª ed. original: 2001], México D. F.: Fondo de Cultura Económica.

Lardizábal y Uribe, Manuel (1782), *Discurso sobre las penas contrahido a las leyes criminales de España para facilitar su reforma*, 1.ª ed., Madrid: Joaquín Ibarra.

Maciucci, Raquel (2011), «De cárceles, reos y garrote: el título V de la Constitución de 1812 y la pena de muerte en la literatura», en Christian Wentzlaff-Eggebert (ed.) y Martín Traine (coord.), *Cádiz y la Constitución de 1812. Esbozos para la construcción de una identidad cultural europea*, La Plata: Del lado de Acá Ediciones, pp. 241-261.

Martínez Mata, Emilio (2016), «El Quijote como sátira moral», *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*, 92, pp. 311-323.

Muñoz de Morales Galiana, Javier (2020), «Olavide, Rousseau y la crianza de los hijos: la novela El inconstante corregido (1817)», en Fernando Durán López (ed.), *La invención de la infancia. XIX Encuentro de la Ilustración al Romanticismo: Cádiz, Europa y América ante la modernidad, 1750-1850*, 1.ª ed., Cádiz: Editorial UCA, pp. 385-401.

Orella Unzué, José L (2009), «Manuel y Miguel de Lardizábal y Uribe y el Estatuto de Bayona», *Revista Internacional de Estudios Vascos*, 4, pp. 233-254.

Riley, Patrick (1982), *Will and Political Legitimacy: A Critical Exposition of Social Contract Theory in Hobbes, Locke, Rousseau, Kant, and Hegel*, 1.ª ed., Cambridge: Harvard University Press.

Rojas, Rafael (2012), «Viaje de un panfleto. Lorenzo Ignacio Thjtulen y la lengua de la revolución», *Historia Mexicana*, 2(246), pp. 749-793.

Rus Rufino, Salvador (2001), «Evolución de la noción de derecho natural en la Ilustración española», *Cuadernos Dieciochistas*, 2, pp. 229-259.

Saldaña Badilla, Adonis (2023), *Dios, soberanía y castigo: Manuel de Laridázabal y sus concepciones acerca de la pena de muerte (1759-1782)*, Universidad de Chile (Tesis doctoral inédita).

Suzzarini, Andrés y Margarita Belandria (2013), «Tomás Moro y el origen del concepto de utopía», *Dikaiosyne*, 28, pp. 161-177.

Shelley, Percy Bysshe (2002), *Crítica filosófica y literaria*, 1.ª ed., Madrid: Akal, pp. 71-74.

Vaca de Guzmán y Manrique, Gutierre Joaquín (1778), *Viajes de Enrique Wanton a las tierras incógnitas australes y al país de las monas, en donde se expresan las costumbres, carácter, ciencias y policía de estos extraordinarios habitantes* (4 vols.), 1.ª ed. ampliada con el *Suplemento* [1.ª ed. en español: 1769-1771], Madrid: Don Antonio de Sancha.

Vegas Montaner, Luis (2004), «La ley en el Antiguo Israel», *Ilu. Revista de Ciencias de las Religiones*, 11, pp. 119-141.

Woods, John y Douglas Walton (1974), «Argumentum ad Verecundiam», *Philosophy & Rethoric*, 7(3), pp. 135-153.

ISSN: 1576-7914 - e-ISSN: 2341-1902
DOI: https://dx.doi.org/10.14201/cuadieci202526461484

CAÑONES DE PAPEL. LA *GAZETA DE MURCIA* EN LA PROPAGANDA BORBÓNICA DURANTE LA GUERRA DE SUCESIÓN

Paper Cannons. The Gazeta of Murcia *in Bourbonic Propaganda during the Spanish Succession War*

Julio D. MUÑOZ RODRÍGUEZ
Universidad de Murcia
juliomuro@um.es

Fecha de recepción: 20/06/2024
Fecha de aceptación: 30/04/2025

RESUMEN: La aparición de la *Gazeta de Murcia* en el verano de 1706 constituye un elemento de gran interés para acercarse al aparato propagandístico borbónico, no solo por su oportunidad para compensar la interrupción de noticias procedentes de un Madrid bajo poder austracista, sino por su capacidad para mostrar el orden político que se estaba construyendo en aquella frontera de guerra movilizada hasta el extremo. En nuestro análisis de este medio de prensa destacaremos sus vínculos con los principales delegados de Felipe V en el territorio, así como la trascendencia de los discursos emitidos desde sus páginas, relacionándolos con los publicados en otras gacetas de la época y valorando los referidos a los hechos de armas de carácter más local. Un instrumento de comunicación con el que las autoridades borbónicas pretendieron reforzar la activa participación de estos súbditos en la defensa de su propio territorio, que enarbolaban con inusitado entusiasmo la causa de Felipe V.

Palabras clave: propaganda; gaceta; guerra; Felipe V; movilización social.

ABSTRACT: The appearance of the *Gazeta of Murcia* in the summer of 1706 constitutes an element of great interest in approaching the Bourbon propaganda apparatus, not only for its opportunity to compensate for the interruption of news

coming from a Madrid under Austrian power, but for its ability to show the political order that was being built on that frontier of war mobilized to the extreme. In our analysis of this press media, we will highlight its links with the main delegates of Felipe V in the territory, as well as the significance of the discourses issued from its pages, relating them to those published in other gazettes of the time and evaluating those referring to the made of weapons of a more local nature. An instrument of communication with which the Bourbon authorities sought to reinforce the active participation of these subjects in the defence of their own territory, that championed the cause of Philip V with unusual enthusiasm.

Key words: propaganda; gazette; war; Felipe V; social mobilization.

> […] La palabra, por su fuerza y sus efectos, ilusiona lo real hasta lograr que la idea acabe cobrando vida, manipula esa realidad hasta hacer de ella parte de la teatralidad y la ambigüedad […]
>
> (G. Balandier, 1994: 28)

1. Tiempo de guerra, tiempo de gacetas

La Europa de principios del siglo XVIII vivió unos años de intensa actividad propagandística a través de una prensa en expansión (Downie, 1979; Black, 1987; Feyel, 2000; Chartier y Espejo, 2012; Ettinghausen, 2015). El estallido de la guerra por la sucesión española implicó una gran producción de escritos políticos que tenían como objetivo principal influir en las poblaciones de aquellas sociedades abocadas a un choque de intereses por la hegemonía europea y el dominio de los mares. Panfletos de todo tipo impresos en ciudades francesas, inglesas, holandesas, alemanas, portuguesas o italianas circularon por las capitales europeas en torno a las ambiciones de Luis XIV y la consiguiente resistencia de los Estados aliados –Inglaterra, Austria, Holanda y Portugal– al poderío borbónico que pretendía imponerse por la fuerza de las armas (Haran, 2000; Onnekink, 2015). Las imprentas se convirtieron en una herramienta fundamental de la guerra siguiendo el ritmo incesante marcado por los combates de Luzzara (1702), Blenheim (1704), Ramillies (1706) o Malplaquet (1709).

En toda Europa circularon infinidad de escritos políticos sobre la sucesión española y la marcha de los combates. Aunque el diverso origen geográfico de los soldados participantes ha llevado a denominar esta guerra como «mundial» (Frey y Frey, 1983; Herrero Sánchez, 2014), tal calificativo habría que otorgárselo más bien por la amplia repercusión que alcanzó en la memoria de los europeos del primer Setecientos. La crisis sucesoria hispánica generó una amalgama de opiniones a escala global, por cuanto apenas quedó sociedad que no estuviese involucrada de manera directa o indirecta en este conflicto que amenazaba con alterar el deseado equilibrio continental. Las noticias, los rumores y la conversación sobre las más

dispares circunstancias bélicas dilataron una *esfera pública* que prefiguraba algunas de las características de los estados de opinión que se darían en vísperas de la Revolución francesa[1]. La formación de una cierta percepción personal sobre los acontecimientos inmediatos, a pesar de realizarse a partir de un utillaje conceptual rudimentario e incluso a través de medios pasivos –lecturas colectivas (Burke, 1991: 167-173; Davis, 1993: 186-224)–, comenzó a debilitar las bases de la cultura política basada en los principios de orden y obediencia consustanciales al mundo barroco. Esta «crisis de la conciencia europea», en expresión de Paul Hazard, anunciaba la *revolución de los espíritus* que traería consigo el racionalismo de la primera Ilustración y el resquebrajamiento de los pilares del absolutismo confesional predominante hasta entonces (Hazard, 1988; Burke, 2002; Israel, 2012); *crisis*, por otro lado, que no sería ajena por completo en círculos intelectuales del mundo hispánico (Pérez Magallón, 2002).

Junto a esta dimensión europea, la guerra de Sucesión española adquirió un significado específico en el espacio peninsular y, muy posiblemente, en sus agregados americano y asiático (Del Barrio, 2016; Olivas, 2018): la controversia dinástica que había surgido décadas antes –primero en los medios cortesanos para después deslizarse a la mayoría de territorios– estaba provocando una lucha entre filipistas y austracistas que se agravó conforme se produjeron las primeras conquistas del ejército aliado. Estas lealtades enfrentadas surgían de concepciones diversas, aunque, casi siempre, constituían la expresión de intereses personales, políticos, económicos o corporativos amenazados por el dominio de uno de los bandos; su contraposición de un modo más o menos explícito bastó para desestabilizar el orden establecido y mostrar la división social existente en muchas localidades peninsulares.

A pesar de que la realidad de la guerra no se hizo presente en España hasta el verano de 1704, con la toma de la plaza de Gibraltar y la amenaza de la costa mediterránea por la flota inglesa, en los meses siguientes, el candidato austriaco lograría imponerse en Barcelona (1705) y desde allí continuar sus conquistas por los reinos levantinos con ayuda de las tropas de las potencias aliadas (Albareda, 2010: 138-211). Desde el momento en que el lenguaje de la guerra se impuso en el debate político, las autoridades dependientes de Felipe V o *Carlos III* trataron de controlar la información que llegaba a la población y elaborar los discursos propagandísticos que apoyasen con más eficacia su respectiva posición.

Es verdad que la publicística generada en las ciudades españolas –especialmente, en los focos de Madrid y Barcelona, aunque no solo– participaba de

1. El llamado *debate Habermas*, denominado así por el seminal libro de Jurgen Habermas (*Historia y crítica de la opinión pública*, 1962), derivó en una extensa historiografía surgida desde hace años, de la que destacamos Chartier, 1995; Farge, 1995; Burke, 2002; Fernández Sebastián y Chassin, 2004; o el más reciente de Darnton, 2023; para el caso español, algunas de sus motivaciones fueron tratadas por Egido, 2002; Bouza, 2008; Hermant, 2012; y Olivari, 2014.

muchos de los *topoi* difundidos en la extensísima propaganda europea –las ambiciones hegemónicas de Luis XIV, el dominio del comercio de las potencias marítimas, por ejemplo–, puesto que no eran pocas las publicaciones de más allá de los Pirineos que circulaban por el interior de estos reinos gracias a su comercio legal o clandestino (García Cárcel, 2002: 59-73; Camprubí, 2016: 85-97). Pero, a pesar de estos lugares comunes que se reproducían insistentemente en toda Europa, las imprentas peninsulares difundieron otros discursos de fuerte impacto emocional (Pérez Picazo, 1966; González Cruz, 2002 y 2009; Borreguero Beltrán, 2003 y 2020): el movimiento de tropas y la conquista de territorios, el levantamiento de compañías de milicias, la violencia de los soldados aliados protestantes hacia los símbolos católicos –templos e imágenes religiosas–, la generalización de acontecimientos milagrosos que anunciaban la proximidad del enemigo o profetizaban una victoria armada, la rendición de localidades a partir de acuerdos con sus elites o la identificación de clérigos con algunos de los dos bandos, bien a través de su participación activa en las operaciones militares, o bien con el uso del sermón o la confesión ante sus fieles católicos. La publicística española terminó adquiriendo un perfil propio como reflejo de las experiencias de una guerra cada vez más inmediata, así como por su intención de promover una mayor adhesión social a través de imágenes de gran valor persuasivo. No era una cuestión meramente circunstancial, sino la consecuencia lógica del tipo de guerra que se estaba desarrollando en los reinos peninsulares, esencialmente de carácter civil, en la que ambos bandos tenían necesidad de generar adhesiones entre la población.

En ese contexto bélico ha de situarse el surgimiento de gacetas en diversas ciudades españolas (Aguilar Piñal, 1978; Sáiz García, 1996; González Cruz, 2009). Es cierto que desde 1661 se contaba con la *Gazeta de Madrid*, que funcionaba como órgano de expresión oficial de modo parecido a lo que sucedía en la corte francesa (Cal Martínez, 2002); y a partir de 1695 con la *Gazeta de Barcelona*, que supuso el colofón de diversas publicaciones de noticias surgidas en la capital catalana a lo largo de esa centuria (Camprubí, 2016: 29-44). Sin embargo, los años que comprenden la guerra de Sucesión, y especialmente el año decisivo de 1706, fueron los más fructíferos en este tipo de publicaciones periódicas. Tanto los territorios controlados por el archiduque Carlos –Valencia, Zaragoza, Palma o fugazmente Madrid (Benedicto Gimeno, 2006; Robles Valverde, 2017; Escartí, 2017)– como aquellos dominados por Felipe V –Sevilla, Burgos, Alcalá de Henares, Cádiz, Salamanca o Granada (García Puente, 2013; Valverde Robles, 2015; Montoya Rodríguez, 2020)– contaron con noticieros más o menos efímeros que compartían los objetivos de difundir acontecimientos favorables a cada una de las partes, censurar los abusos del enemigo y alentar a la población a seguir un bando dinástico concreto mediante la propagación de modelos de heroísmo popular.

Precisamente, en las páginas siguientes, pretendemos analizar el caso de uno de estos noticieros, la *Gazeta de Murcia*, como ejemplo de esta estrategia de comunicación del partido de Felipe V. En medio de su peor coyuntura bélica, el largo verano de 1706, la impresión de este periódico pretendía contrarrestar la

falta de noticias de la corte madrileña, recién caída a manos austracistas –28 de junio de 1706–, así como movilizar a una sociedad murciana que asistía confusa y crecientemente dividida al excepcional peligro de la proximidad del ejército del archiduque Carlos. Analizando los cuatro números de que disponemos hasta ahora –fechados los días 10 y 24 de agosto, 23 de septiembre y 12 de octubre de 1706–[2] de una serie que presumiblemente debió ser más dilatada[3], nos acercaremos a los discursos emitidos por un aparato de propaganda borbónico que trataba de movilizar a la población en la defensa de la frontera murciana. En ese objetivo el primer noticiero murciano fue un instrumento realmente eficaz, si bien no fue el único componente de la notable actividad publicitaria que se desarrolló en este territorio peninsular para defender las posiciones borbónicas.

La *Gazeta de Murcia*, como las producidas en otras ciudades castellanas en aquellos momentos, mantenía muchas de las características usuales en este tipo de prensa (Infelise, 2016; Espejo Cala, 2016): estaba realizada bajo una concepción formal próxima a las tradicionales *relaciones de sucesos* habituales en no pocas ciudades europeas; se hallaba promovida y controlada por el poder político y/o religioso –el obispo de Cartagena, don Luis Antonio Belluga, virrey de Valencia y capitán general de las tropas murcianas–, que, como en otros casos, solía suministrar los contenidos, procedentes a su vez de diversas gacetas, testimonios de particulares llegados de otros lugares o de la propia correspondencia recibida por las autoridades locales[4]; su publicación recaía en impresores, que, al igual que sucedería aquí con Vicente Llofríu, actuaban como agentes o portavoces del poder establecido[5]; carecía de numeración, lo que, junto a la escasez de ejemplares conservados, hace difícil determinar el comienzo y las ocasiones en las que se pudo editar[6]; y, por último, poseía una aparición variable –periodización semanal

2. Sus reproducciones pueden verse en Gómez de Salazar, 1954 (para las gacetas correspondientes al 10 y 24 de agosto y 23 de septiembre de 1706); y Muñoz Rodríguez, 2024 (para la del 12 de octubre de 1706), donde remitimos para las citas, cuya grafía se ha actualizado, que aquí se realicen.

3. En el caso de que la *Gazeta de Murcia* hubiese salido al menos una vez a la semana entre el mes de julio y octubre de 1706, la serie no debería tener menos de una quincena de números, por lo que es posible que puedan hallarse más en cualquier fondo bibliográfico.

4. La subordinación de la *Gazeta* con el obispo Belluga viene expresada en el colofón de los diversos números conservados hasta ahora: «Por mandado de Su Excelencia» (10 y 24 de agosto); «Con permiso de Su Excelencia» (23 de septiembre); y «Con licencia» (12 de octubre). Pero, además, a partir de una lectura atenta de los contenidos se puede deducir esta dependencia al proceder de informaciones contenidas en fuentes oficiales, muy probablemente la diversa correspondencia recibida por las autoridades borbónicas.

5. El inicio y el fin de las relaciones de dependencia entre el obispo Belluga y el impresor Vicente Llofríu están tratados en García Cuadrado, 2012: 81-84.

6. No disponemos de datos para una enumeración fiable, ya que los ejemplares no fueron numerados a diferencia de la *Gazeta de Granada* (varios números pueden consultarse entre los fondos digitalizados del Fondo Antiguo de la Universidad de Sevilla y en la Hemeroteca Municipal de Madrid) o de la *Gazeta de Burgos* (la del 1 de octubre, que lleva el número 13, en la Biblioteca Nacional de España [en adelante BNE], HNB/7463).

o quincenal y día de la semana elegido para su salida–, que explicaría su estrecha dependencia con la evolución de la guerra[7].

Este carácter circunstancial hace que la *Gazeta de Murcia*, como el resto de gacetas surgidas durante la guerra de Sucesión, no puedan entenderse más que en su contexto. Tan importante es lo que dicen como el modo en que lo dicen o cuándo lo dicen, ya que es a través de la narración de esas noticias de los frentes de guerra como podemos acercarnos a las intenciones del emisor y al imaginario que pudo crearse el público receptor. Sus descripciones aportan relevantes aspectos de las tácticas propagandísticas perseguidas por las autoridades locales –amplificar el valor de los borbónicos, desdeñar al enemigo o exagerar los daños por él ocasionados–, así como de los valores –valentía, sacrificio, heroísmo, cohesión o amor al rey– que de ellas se desprendían. No se trataba de razonar las novedades de la guerra, ni de atender a un auditorio demandante de hechos objetivos, sino de convencer a los posibles lectores y, sobre todo, a los numerosos oyentes, de la legitimidad de un bando y de la obligación de obediencia que adquiría de modo natural el súbdito ante Dios y el rey. En esa dramatización de los textos en la *esfera pública* es donde más impacto podían provocar estas gacetas, por lo que se convierten en un vehículo excepcional para acercarnos a los discursos persuasivos extendidos por una monarquía en guerra.

2. Asomándose al abismo…

Entre 1706 y 1707 la frontera murciana adquirió un protagonismo inusitado en la estrategia militar. El avance de las tropas aliadas desde el reino de Valencia hacia la meseta –camino de la corte de Madrid– y hacia el sur –con dirección a Sevilla– repercutió en una centralidad del espacio murciano que funcionaría como «antemural» del interior castellano y los reinos andaluces. En su resistencia es cierto que participaron algunas tropas profesionales del ejército de «ambas coronas» al mando del duque de Berwick, el caballero D'Asfeld o el irlandés Daniel Mahoni, pero el protagonismo defensivo recayó más bien en unas milicias compuestas por vecinos del propio reino o procedentes de los territorios cercanos –Granada y Jaén, además de la zona manchega más próxima–, levantadas por diversos medios y plenamente identificadas con la defensa del monarca borbónico. La colaboración andaluza fue especialmente cuantiosa y respondía a la «unión de reinos» o «liga»[8] formada por los respectivos delegados territoriales de Felipe V –el

7. Los números conservados hasta ahora salieron más bien los martes (gacetas del 10 y 24 de agosto, y 12 de octubre), día que solían celebrarse los ayuntamientos en el concejo de Murcia y la junta de guerra en el palacio episcopal con el obispo Belluga, aunque también se conserva un número editado en jueves (23 de septiembre).

8. Archivo Histórico Nacional (en adelante AHN), Estado (E), legajo 504, Murcia, 24-VII-1706: el obispo Belluga a don José Grimaldo.

obispo Belluga en el reino de Murcia, así como don Juan Miguélez de Mendaña, presidente de la Chancillería de Granada; don Francisco del Castillo, marqués de Villadarias y capitán general del Mar Océano y costas de Andalucía; y don Juan Pacheco de Padilla, corregidor de Jaén–, que consiguieron generar unos vínculos de solidaridad plasmados en la publicística originada en estas ciudades más meridionales; ese fue el caso de la *Gazeta general, y especial noticia de los cinco Reynos de las dos Andaluzias, y lo que cada Ciudad vá executando en servicio de* […] *FELIPE QVINTO* […], publicada en Sevilla en la imprenta de Francisco Garay probablemente en el verano de 1706, simultáneamente a la movilización andaluza realizada para sostener la frontera murciana[9].

Con el dominio austracista de Cataluña y de la mayor parte del reino de Valencia en 1705, la posibilidad de un ataque aliado al reino de Murcia se hizo cada vez más real: ya no solo a través de un hipotético desembarco en su litoral, sino también por medio de una ofensiva terrestre con los contingentes que se estaban organizando en las localidades valencianas controladas por el archiduque (Pérez Aparicio, 2008: vol. 2, 229-490). La falta de noticias fiables favoreció la circulación de numerosos rumores en la sociedad murciana, referidos a la disimulada lealtad a la casa de Austria de poderosos locales, así como a sus frecuentes reuniones con emisarios austracistas. Aunque se implantaron rondas nocturnas en algunas localidades, se fortificó la capital y se procuró aumentar la vigilancia en la costa para impedir que algunas personas «[…] siembren la mala doctrina»[10], fue imposible evitar que penetrase «[…] algún hombre inquieto que secretamente vaya conmoviendo los ánimos y esparciendo cartas de [don Juan Bautista] Basset»[11]. La influencia de este caudillo valenciano llegaría, incluso, hasta la misma ciudad de Murcia, donde alcanzaba su extensa red de fidelidades y donde es probable que se entrevistase en secreto con miembros de su activo foco austracista que preparaban con sigilo la sublevación de la capital (Pérez Aparicio, 2008: vol. 2, 263-273; Cervera Torrejón, 2003: 77-82).

En el otoño de 1705 ya era perceptible la inestabilidad política que se había instalado en todo el sureste castellano. La difusión de rumores y pasquines

9. Un ejemplar puede consultarse en el Fondo Antiguo de la Biblioteca de la Universidad de Sevilla con la signatura A 109/025(07), aunque erróneamente se le atribuye su impresión en 1711. Es curioso anotar que se incluye al reino de Murcia en las «dos Andalucías», lo que no se ajustaba a ninguna tradición jurisdiccional y era, más bien, consecuencia de las dramáticas circunstancias por las que pasaban las sociedades castellanas meridionales.

10. Archivo Municipal de Cartagena (en adelante AMC), Acta Capitular (AC) 1705, Ayuntamientos Ordinarios (AAOO) 25-VIII y 25-XII-1705, y Archivo Municipal de Murcia (AMM), AC 1705 AO 28-XI-1705.

11. AMM AC 1705 AO 24-XI-1705. Una de estas cartas en AHN E 504, Denia, 9-XI-1705: don Juan Bautista Basset al conde de Santa Cruz de los Manueles, cuatralbo de las galeras de España; éste hizo acompañar esa carta con una suya a don Francisco Ronquillo, presidente del consejo de Castilla, informando de la existencia de más cartas de Basset y de la posibilidad de que la anterior se hubiese enviado desde la misma ciudad de Murcia (AHN E 504, Cartagena, 30-XI-1705).

propiciaba la manifestación de un debate político hasta entonces soterrado en el ámbito privado en el que no solo participaron los grupos letrados, sino también gentes del común que se convertían en ávidos transmisores de noticias recibidas a través de lecturas colectivas de pliegos de cordel, conversaciones o hasta el mismo confesionario[12]. A pesar de los esfuerzos de las autoridades borbónicas por mantener la disputa política en unos límites controlables, un número mayor de vecinos comenzó a conocer y opinar sobre la marcha de la guerra y la débil situación de la monarquía, interpretando incluso la voluntad de Dios e incrementando la sensación de desorden e incertidumbre sobre el futuro más inmediato (Muñoz Rodríguez, 2014: 81-88).

Los acontecimientos parecían precipitarse a finales de 1705, y los principales resortes del poder borbónico intentaban impedir que esa *vox populi*, que se expresaba por múltiples medios, se terminase percibiendo como *vox Dei*. En esas circunstancias, el obispo don Luis Antonio Belluga, que terminaría convirtiéndose en el principal agente de Felipe V en aquel reino, tuvo que intervenir para prevenir sobre el «sacrílego error» que estaban cometiendo algunos eclesiásticos en sus confesiones cuando afirmaban que solo se debía rendir acatamiento al archiduque Carlos, a quien había que ayudar para su proclamación en los reinos castellanos. En una carta pastoral dirigida a los fieles de la diócesis denunció esas opiniones como «abominables» y «diabólicas», y se propuso «desengañarlos» explicando el mejor derecho a la Corona española que asistía al nieto de Luis XIV y la obligación que tenían de seguir prestándole obediencia bajo la pena de «pecado mortal»[13].

Las advertencias del mitrado distaron de satisfacer a todo el mundo. El orden político parecía derrumbarse en vísperas del nuevo año: el ascenso de lo incontrolable desmoronaba la imagen de fortaleza del poder filipista. Los casos de adhesión al partido del archiduque comenzaron a despojarse del secretismo en que se habían envuelto hasta entonces para hacerse más explícitos: los vecinos pudieron comprobar la presencia cada vez más habitual de «sediciosos valencianos» y la divulgación de todo tipo de «voces», panfletos e impresos propagandísticos que apoyaban al candidato Habsburgo[14]. El reino bullía en una amplia conspiración que fue de momento reducida mediante la prisión de algunos conocidos austracistas –el regidor don José Felices Montijo o el escribano mayor de la ciudad don José Azcoitia y Loyola– y el arrepentimiento de otros individuos menos comprometidos. La correspondencia incautada tiempo después al marqués de Rafal,

12. Así lo denunció el propio obispo Belluga en su carta titulada *Viva Jesús. Carta pastoral que* […] *escrive à los fieles de su Obispado, principalmente a la gente sencilla, previniéndolos del riesgo de dar crédito a una falsa doctrina y error, que, en conversaciones privadas, y hasta en el confesionario mismo, en esta Ciudad y en algunos lugares de la Diócesis, se pretendido sembrar*, s. l.: s. a., s. i. (incluida en Pérez Gómez, 1962: 39-63).

13. En la misma carta titulada *Viva Jesús. Carta pastoral que* […] *escrive à los fieles de su Obispado, principalmente a la gente sencilla* […], s. l.: s. a., s. i. (incluida en Pérez Gómez, 1962: 40-41).

14. AMM AC 1705 Ayuntamientos Extraordinarios (en adelante AAEE) 14-X, 20 y 22-XII-1705.

gobernador de Orihuela, daba cuenta de la inestabilidad del dominio borbónico, al considerar que «[…] la mayor parte de la Nobleza de aquella ciudad [de Murcia] está dispuesta a abrirnos las puertas»[15].

Durante el invierno de 1706 fue patente la debilidad del orden borbónico. Una parte importante de la población esperaba expectante la llegada del ejército austracista, mientras se levantaban por todas las localidades del reino compañías de milicias para detenerlo. Cuantos más esfuerzos se empleaban en fortalecer la autoridad de Felipe V con milicianos y recursos económicos, más evidencias de fragilidad mostraba el régimen filipista ante escollos imprevistos, como fue el caso de las revelaciones de un franciscano que afirmaba el deseo de Dios de ver proclamado a *Carlos III* (Muñoz Rodríguez, 2014: 85). La confrontación dinástica se instaló en la esfera pública con el aumento de la circulación de propaganda política favorable a los derechos de la augusta casa, a pesar de los intentos por limitar el alcance de estos «papeles melancólicos» que contrarrestaban la movilización colectiva. Tanto los gobiernos locales, como especialmente los inquisidores que actuaban en este reino, confiscaron todo impreso que fuese en contra de la sucesión borbónica o mostrase alguna crítica a los acontecimientos que estaban ocurriendo en el interior regional o en el conjunto de la Monarquía; pero fue el obispo Belluga quien más se empeñó en construir un discurso favorable al soberano borbónico que estimulase la resistencia de la población. Ante la inacción de otras instancias políticas –corregidores, gobernador de Cartagena– por interés o incompetencia, sería el prelado el que añadiese a su legitimidad de origen el liderazgo de una sociedad fracturada por la guerra.

En marzo de 1706 salió a la luz en Murcia un pliego en verso relatando la campaña llevada a cabo un par de meses antes por las milicias murcianas en diversas localidades del sur valenciano, especialmente en la ciudad de Alicante, además de Muchamiel, Relleu y Onteniente[16]. El relato exaltaba el valor, la unión y la nobleza de los vecinos y, sobre todo, realzaba la *cruzada* del obispo contra los soldados protestantes –culpados de diversos ataques contra símbolos religiosos–, hasta el punto de acudir personalmente en defensa de Dios y su rey como un prelado medieval al frente de las tropas. Los modelos de conducta –valentía, fidelidad y cohesión– que se desprendían de los sucesos narrados eran, precisamente, los que más podían ayudar a una sociedad que manifestaba, por el contrario, cierta falta de ímpetu unánime para oponerse a los proyectos de conquista aliada.

15. AHN, Inquisición (en adelante I), legajo 2.846, Murcia, 16-XI-1706: auto del oidor don Juan Riaño, donde se inserta la carta (Orihuela, 28-VII-1706) al conde de Cardona que contiene la cita. Si bien pudo ser una exageración, la *Gazeta de Granada* del 10 de julio de 1706 [una copia puede verse en la biblioteca digital de la Hemeroteca Municipal de Madrid] aseguraba que se tenía noticia que «[…] dentro de la ciudad había algunos desafectos» (f. 3).

16. Lleva por título *Celebre pompa, magnifico aparato, y festivas demostraciones* […] *por los felices sucesos conseguidos por el Ilustrisimo señor Don Luis Belluga* […] *en el socorro de Alicante* […] *en este año de 1706*, s. l.: s. i. (incluida en Pérez Gómez, 1962: 65-72).

El impacto social que debió alcanzar el mencionado texto no pasó desapercibido a los agentes austracistas que actuaban en la sombra. Pronto –finales de mayo de 1706–[17] salió a la luz otro impreso anónimo y en verso que intentaba contrarrestar implícitamente la labor del obispo Belluga como promotor ideológico de la publicística generada y, al mismo tiempo, sembrar dudas entre el público acerca de la verdadera situación del reino; se trataba de un ejercicio interesado para introducir confusión y aumentar la inestabilidad política ante la proximidad de un cambio de lealtades en una ciudad que, por otro lado, pretendía convertirse en el principal bastión del filipismo. El documento, llamado *Impulso métrico*, parecía una nueva relación elogiosa de la intervención militar de las milicias murcianas encabezadas por Belluga en el sur valenciano, pero, además de que en algunos pasajes las supuestas alabanzas rezumaban ironía y exageración, la composición se iniciaba con una estrofa cuyo acróstico –anunciado en el mismo título– formaba la palabra VETE dirigida a Felipe V:

> «[…] **V**iva a pesar de la envidia
> **E**ternidades de siglos,
> **T**riunfante, y felice siempre,
> **E**l Grande Philipe Quinto»[18].

La intención subversiva que poseía el pliego –«[…] por contener cosas injuriosas de impostura, escandalosas y contrarias a la verdad […]»[19]– debió acompañar los rumores que inundaban aquel reino dividido en sigilosa hostilidad. Su publicación no solo confirmaba las veladas acusaciones de disidencia a algunos miembros de la elite local[20], sino que, además, llevó a la cárcel al impresor Vicente Llofríu por su responsabilidad en la edición de este nuevo «papel melancólico» (García Cuadrado, 2012: 79-81). Aunque la prisión de Llofríu no tuvo que ser muy prolongada, ya que

17. AMM AC 1706 AO 22-V-1706.

18. *Impulso métrico, con violencia acróstica, en romance heroico, encomiástico, aplaudiendo las celosas, importantísimas y exactas operaciones, de que usaron* […] *don Luis Antonio de Belluga y Moncada,* […]. En Murcia: Vicente Llofriu, s. a. (incluida en Pérez Gómez, 1962: 73-86). Las negritas de las primeras letras son nuestras.

19. AMM AC 1706 AO 29-V-1706.

20. Entre ellos, destacamos al regidor don Diego Rejón de Silva y Verastegui, procurador general del concejo y, en nuestra opinión, probable autor del impreso; en este líder austracista se unían el ejercicio de las armas, que demostraría poco tiempo después en una dilatada carrera al servicio de *Carlos III*, y las letras, que había intentado en la década de 1690 en la corte madrileña y seguramente no abandonaría hasta su muerte. Rejón, a pocas semanas de declararse en rebeldía, restó importancia en sesión de ayuntamiento a la circulación de este tipo de «papeles melancólicos y contrarios al Real Servicio», por cuanto […] no harán más impresión que la de quedarse en los límites de la curiosidad en aquellos que les dieren acogida […]» (AMM AC AO 1-VI-1706); Rejón de Silva es un personaje notable del que llevamos tiempo preparando un estudio biográfico. Sobre los seguidores austracistas en el reino remitimos a Muñoz Rodríguez, 2014: 137-170.

unas semanas después –probablemente en el mes de julio–[21] se incorporó a su taller a las órdenes del obispo sacando la *Gazeta de Murcia* –la primera que conocemos está fechada el 10 de agosto–[22], las circunstancias de este texto demostraban la lucha latente que subyacía en una sociedad aparentemente en calma.

En medio de esta *guerre de plumes*, el enfrentamiento armado se aproximaba a las fronteras del reino de Murcia. El 24 de junio la armada inglesa tomaba Cartagena, tras la entrega de la ciudad por los líderes locales, manteniéndose bajo el dominio de *Carlos III* hasta su conquista por el duque de Berwick y el obispo Belluga el 18 de noviembre de ese año. El 17 de julio el marqués de Rafal proclamaba al archiduque desde el balcón de su palacio de Orihuela, abriendo una vía de comunicación por la costa entre ambas ciudades austracistas, que los borbónicos trataron de contener situando un «cordón» defensivo[23]. Estas conquistas coincidían con la caída de importantes sectores del interior de Castilla –Toledo, Cuenca, Guadalajara, Ciudad Rodrigo, Extremadura o Salamanca– y Madrid, lo que provocó la rápida salida de la corte de Felipe V y de todos los burócratas de los consejos y tribunales que le apoyaban.

Aquel verano de 1706 fue adverso para la causa del nieto de Luis XIV. La siguiente pieza a batir en el sureste peninsular era la ciudad de Murcia, para lo que el ejército austracista contaba con los efectivos militares aliados llegados desde Alicante –en especial, ingleses–, auxiliados por las tropas milicianas levantadas en el sur valenciano y la propia huerta de Murcia. En el mes de agosto, los enemigos se encontraban prácticamente a las puertas de la ciudad, sembrando el miedo entre sus habitantes y proyectando su temido avance hacia Granada; las viejas murallas medievales habían olvidado ya la última vez que tuvieron que hacer frente a una amenaza semejante y es posible que por su estado no resistieran un nuevo asedio; como Roma ante Aníbal, Murcia parecía para muchos borbónicos perdida, condenada y asomada al abismo.

3. La *Gazeta de Murcia* o la noticia como arma de guerra

La aparición del primer número que se conserva de la *Gazeta* –fechado el 10 de agosto de 1706– coincide con los momentos más críticos del régimen borbónico en Murcia. Todo parecía presagiar un rápido asalto aliado de la capital, a pesar de

21. AMM AC 1706 AE 1-VIII-1706, noticia de la impresión de una carta del rey alentando a la resistencia contra los enemigos.

22. Tampoco sufriría especiales represalias desde el momento que pasó a estar bajo la protección del obispo Belluga, pues en 1709 obtenía la cesión por seis años de Gerónimo de Estrada, vecino e impresor de Madrid con privilegio real, para imprimir y vender el calendario y pronóstico diario: Archivo Histórico Provincial de Murcia (en adelante AHPM) protocolo 3.107, Murcia, 12-XI-1711: poder de Vicente Llofríu a Félix Pelegrín.

23. AHN E legajo 504, Murcia, 27-VII-1706: el obispo Belluga a don José Grimaldo.

los trabajos que había mandado realizar su concejo en las semanas precedentes para fortificar, cerrar portillos y establecer vigilancias a lo largo de su recinto amurallado[24]. Parte de su población había abandonado el núcleo urbano en dirección a localidades cercanas o a los numerosos caseríos dispersos por su amplia jurisdicción, ya fuese porque seguían a escondidas el bando del archiduque o porque buscaban una cierta seguridad en una ciudad que se preparaba para el asedio[25]. Al mismo tiempo, una gran cantidad de borbónicos valencianos arribaban huyendo de la violencia desatada en sus localidades de origen, lo que incrementaría la sensación de peligro (Giménez López, 2007; Muñoz Rodríguez, 2015). Pero, con todo, la ciudad distaba de rendirse ante esas adversas circunstancias: su verdadera fuerza se escondía tras sus muros, desde el momento en que se convirtió en un fortín atestado de vecinos en armas, del refuerzo creciente de milicianos andaluces y, en mucha menor medida, de soldados regulares, todos animados por una maquinaria mediática que llevaba meses promoviendo reiteradamente la lealtad más apasionada a Felipe V.

No hay duda de que el momento más crítico del choque de discursos se alcanzó en ese verano de 1706, por cuanto las autoridades locales borbónicas trataban de contener las noticias de la inminente llegada de los enemigos con una intensificación de alegatos defensores de la causa filipista: la multiplicación de ceremonias públicas –rogativas, procesiones o misas– trataba de asegurar un dominio del espacio público que ahogase las opiniones más negativas sobre el futuro de la monarquía. Por otro lado, se controló el correo con los lugares ocupados por el enemigo, especialmente Madrid, con el fin de evitar «[…] la introducción de cartas sediciosas y gazetas […] llenas de falsedades, sólo a fin de desalentar los pueblos […]»[26]. En ese contexto dramático ha de entenderse la salida de los primeros números de la *Gazeta de Murcia*, dentro de una estrategia de comunicación que trataba de contrarrestar la propagación de noticias y rumores adversos al partido borbónico. El control austracista de la corte madrileña desde finales de junio también influyó en el surgimiento de este periódico (Quirós Rosado, 2016), por cuanto la *Gazeta de Madrid*, que llegaba a muchas ciudades castellanas, pasó a ser controlada por el archiduque hasta el mes de agosto, lo que interrumpía la recepción de noticias para el público situado en los territorios dependientes de Felipe V. Es por esta razón que el inicio del periódico murciano coincida con la aparición de otros similares en Granada, Alcalá de Henares o Burgos, ciudades que se mantenían bajo domino borbónico, por lo que todos ellos se presentaban como alternativas fiables frente a las novedades difundidas en esos momentos por el altavoz madrileño controlado por el archiduque (Valverde Robles, 2017).

24. Belluga dio título a don Juan Fernández de Ojeda «maestro de arquitectura y de las fortificaciones del reino» en 1709, aunque hacía las funciones desde 1706 (AHN E legajo 370², Peñas de San Pedro, 17-I-1709: el obispo a don José Grimaldo, donde se inserta el título).

25. AMM AC 1706 AAOO 14 y 16-VIII-1706.

26. *Gazeta de Granada*, martes 13 de julio de 1706, fols. 1-2 [una copia puede verse en la Biblioteca Digital de la Hemeroteca Municipal de Madrid].

La publicación de la *Gazeta de Murcia* fue un elemento novedoso no solo porque se adoptase un instrumento comunicativo propio de ciudades de mayor tamaño –la población murciana no superaba en esos momentos los 25.000 habitantes–, sino porque se configuró desde el principio como un arma propagandística de especial relevancia. Por la gravedad de los acontecimientos de ese verano es muy probable que se imprimiese algún número anterior al primero que se conserva, que lleva fecha de 10 de agosto; dada la frecuente correspondencia entre el obispo Belluga y el presidente de la chancillería de Granada, don Juan Miguélez de Mendaña, que desarrollaron durante ese verano una intensa colaboración, reconociendo el primero que «[…] a cuyo celo [de Miguélez] se le debe todo, que el santo caballero ha hecho más que hombre […]»[27], no sería extraño que el prelado adoptase este instrumento de movilización que ya se había puesto en práctica en Granada desde el 13 de julio[28]. Es una lástima que no dispongamos de toda la serie completa de la *Gazeta de Murcia* –tan solo de cuatro números de un total que aún desconocemos–, así como de otros muchos escritos que debieron salir de esa imprenta murciana en pie de guerra, pero, como ocurre frecuentemente con las obras de circunstancias, sus testimonios no surgen con la necesidad de su permanencia, sino por su utilidad en esos momentos.

La *Gazeta de Murcia* del 10 de agosto debió generar ciertas esperanzas a los seguidores de Felipe V. Después de los infortunios de los últimos dos meses, el noticiero abría su primera hoja con la entrada del soberano borbónico en la corte de la monarquía –3 de agosto–, así como su reconocimiento en la vecina ciudad de Toledo –25 de julio–. Los frecuentes choques entre tropas de ambos candidatos por el centro de Castilla parecían de nuevo favorables al nieto de Luis XIV, lo que sin duda contribuyó a elevar la moral a un bando filipista que en ese momento apenas resistía la presión en la frontera murciana. Esa fue la intención de la publicística borbónica al reivindicar a un monarca que acudía a los frentes de guerra encabezando *animoso* su ejército, imagen que se explotaría mediante cartas exhortando a la población a su resistencia –como la fechada en el campo de Atienza el 27 de julio y enviada a muchas ciudades–[29] o en forma de grabados que circularon con frecuencia entre la sociedad castellana (González Cruz, 2002: 197-209).

Las operaciones militares desarrolladas en el sureste peninsular recibieron especial atención en esa primera *Gazeta* que conocemos. Aunque la armada aliada bombardeaba intensamente Alicante, que se mantendría a duras penas bajo obediencia borbónica, el redactor de la noticia aseguraba con entusiasmo que «[…] las bombas [estaban] dirigidas de superior impulso, para no hacer más daño

27. AHN E legajo 504, Murcia, 25-VIIII-1706: el obispo Belluga a don José Grimaldo. Sobre Mendaña, Contreras Gay, 2001: 15-78; y Gómez González, 2003: 198-199.

28. Esa *Gazeta de Granada*, que lleva el número 1, puede consultarse en la Biblioteca Digital de la Hemeroteca Municipal de Madrid.

29. AMM AC 1706 AO 14-VIII-1706.

considerable que en las casas de algunos imperiales […]», mientras que los «diez mil cañonazos» lanzados a la ciudad y su castillo habían causado «más pavor que daño». No menos suerte tuvieron los borbónicos alicantinos en los intentos de conquista por tierra de las tropas austracistas: los cinco avances efectuados habían sido rechazados, según se indica, «[…] con pérdida, prisión y muerte de muchos [asaltantes]». Solo «una ligera contusión» del coronel Daniel Mahoni ponía cierto contrapunto en la narración de los hechos, pero inmediatamente se aseguraba que había sido «de ningún cuidado» y solo había servido para recordarle que «[.] no entre tan dentro de los riesgos [a pesar de] que tiene a la fortuna de parte de su valor […]». La imagen del héroe Mahoni se amplificaría en los meses siguientes por un aparato propagandístico necesitado de referentes cercanos que promoviesen la lucha contra los austracistas; tras su destacada participación en la conquista de Cartagena –18 de noviembre de 1706–, este militar de origen irlandés sería nombrado su primer gobernador militar, distinción que se sumaría a otras muchas que recibiría de Felipe V en los años posteriores (Muñoz Rodríguez, 2014: 225-228)[30].

Lógicamente, la *Gazeta* no podía obviar los sucesos que estaban ocurriendo en las proximidades de la capital murciana. El frente estaba situado en la misma raya de los reinos de Valencia y Murcia, siendo la aldea de Santomera y la sierra de San Pedro –extremo oriental de la cordillera que cierra por el sur el valle capitalino– los dos lugares donde se concentraban los ataques entre tropas de ambos bandos. La descripción de las hostilidades en las cercanías de Orihuela constituye un auténtico panegírico de la actuación de dos personajes que cobrarían cierta fama en aquellos momentos de euforia armada: don Baltasar Fontes de Albornoz, hijo del I marqués de Torre Pacheco, que sería nombrado por Belluga coronel de uno de los regimientos formados con las milicias levantadas en la ciudad; y el también coronel don Antonio Montoliú, segundo esposo de doña Josefa Puxmarín y Fajardo, que sería reconocida poco después por Felipe V como condesa de Montealegre y su hijo mayor como marqués de Albudeite (Muñoz Rodríguez, 2014: 293-313). En ambos casos se trataba de miembros de antiguos linajes murcianos que, gracias a la reactivación de sus servicios al rey, lograron reforzar el capital simbólico de sus respectivas familias en una coyuntura de fuerte inflación de honores; pero, para la mayor parte de sus contemporáneos, no dejarían de ser valerosos adalides de una ciudad que se resistía a ser conquistada.

El último asunto de importancia del que se hacía eco este número trataba de la alianza defensiva que se estableció entre las principales autoridades de Murcia y de los reinos andaluces: Granada, Jaén, Córdoba y, en menor medida, Sevilla. Debido al carácter de «antemural» que adquiriría el territorio murciano, muchas localidades andaluzas –especialmente de los reinos de Granada y Jaén– enviaron considerable número de milicias y recursos económicos para apoyar la resistencia borbónica ante el temible avance aliado. La *Gazeta* daba cuenta de las gestiones

30. En el texto de la *Gazeta* aparece como general, cuando en ese momento era coronel.

del presidente de la chancillería de Granada, don Juan Miguélez de Mendaña, con el marqués de Villadarias, capitán general de Andalucía, lo que permitiría al fin la llegada de abundantes tropas a la ciudad: en este número se anunciaba la presencia de cuatro compañías de infantería de Granada y otras cuatro de caballería que se encaminaban desde Málaga, cantidad que se incrementaría notablemente en las semanas siguientes[31].

La *Gazeta* correspondiente al 24 de agosto también contiene relevantes noticias sobre la marcha de la guerra que pudieron contribuir a exaltar los ánimos del público. El número arranca informando sobre la salida del ejército aliado de Madrid y la supuesta explosión de alegría de sus moradores cuando «[…] todos soltando los diques a sus reprimidos afectos, inundaron toda la corte de aclamaciones a Felipe Quinto». Se da cuenta del nombramiento del nuevo corregidor de Madrid don Alonso Pérez de Saavedra, conde de la Jarosa, procedente de una familia cordobesa de veinticuatros, así como de la represión desatada en Madrid a los colaboradores con el dominio austracista, a quienes esperaban «[…] seis horcas en diferentes plazas, cuya vista no alegra menos a los afectos del rey, que las mismas luminarias que arden todas estas noches»[32]. No obstante, si un aspecto resalta en la narración encomiástica del triunfo filipista en Madrid es el error que, al parecer, cometieron los austracistas, «tan ciegos de su pasión», como indica el redactor del periódico, que creyeron ver en el ejército hispanofrancés que tomaba la corte madrileña las tropas que escoltaban al mismo archiduque, lo que precipitó su salida de la villa y el posterior apresamiento por los soldados de Felipe V. Poco más de un mes estuvo la corte madrileña bajo control de *Carlos III* (Quirós Rosado, 2016), tiempo que coincidió con el máximo apogeo de su poder y de sus más elevadas expectativas de victoria en territorio peninsular.

Las noticias favorables procedentes de Madrid contrastaban con las producidas en Alicante, menos estimulantes para los sentimientos populares borbónicos: el segundo número conservado de la *Gazeta* describe con gran detalle la pérdida de esa ciudad –8 de agosto–, a la que se sumaría un mes después la de su castillo[33]. El interés informativo priorizaba el saqueo de las iglesias alicantinas, en donde debieron refugiarse muchos vecinos ante la entrada del ejército austracista; los murcianos pudieron leer o escuchar estupefactos que «[…] se perdió del todo el respeto a Dios y a los hombres, desnudando las sagradas imágenes y altares, y

31. La mediación de Mendaña sirvió para superar las iniciales resistencias de Villadarias para derivar recursos a la frontera murciana por considerar más importante la frontera de Cádiz-Sevilla: AHN E legajo 504, Murcia, 27-VII-1706: el obispo Belluga a don José Grimaldo. Una aproximación global a la colaboración andaluza en Muñoz Rodríguez, 2014: apéndice 4; también, Contreras Gay, 2001.

32. Los diversos mecanismos empleados por la represión borbónica en la frontera murciana están tratados en Muñoz Rodríguez, 2023.

33. Hechos de los que Belluga, también virrey de Valencia, disponía de gran conocimiento y transmitía pormenorizadamente al secretario de Estado don José Grimaldo, AHN E legajo 504, Murcia, 5, 12 y 17-VIII-1706.

despojando a los hombres de sus vestidos, con circunstancias que no se pueden permitir a la relación sin ofensa de la modestia […]». Estos abusos de las tropas aliadas –en concreto, las inglesas– fueron aprovechados por la maquinaria propagandística borbónica para sugerir los estragos que cometerían en el momento en que cayese la ciudad de Murcia y exaltar, de este modo, los sentimientos católicos de resistencia. El mismo obispo Belluga utilizó los ataques a las imágenes religiosas de Alicante para interpretar favorablemente las supuestas lágrimas de una talla de la Virgen situada en una casa de la huerta murciana, convirtiendo este *milagro* en una invocación de Dios a la defensa de la ciudad frente al enemigo (Muñoz Rodríguez, 2014: 194-196); un hecho prodigioso que alcanzaría amplia repercusión en el imaginario local, así como un abierto debate en la publicística producida en uno y otro bando dinástico[34].

Todo confluía para que Murcia se convirtiese en un teatro destacado de la guerra peninsular. Por esas fechas, se dio a conocer la conferencia que tuvieron dos comisarios –eclesiástico y secular– de Orihuela con el obispo Belluga el 18 de agosto, unos días antes de que se iniciase el ataque a la capital. El propósito de esta entrevista consistía en convencerle de la inutilidad de la resistencia a la que parecían conducir los preparativos militares que se estaban efectuando en la capital murciana, alegando la antigua «amistad» entre ambas ciudades y la actuación de los soldados ingleses –herejes anglicanos– en la violación de los templos alicantinos, como detalladamente describía la *Gazeta*. Belluga, aunque los escuchó, señala en una carta al secretario Grimaldo que «[…] no les dejé ver a los dos cabildos, y con el motivo de lo mismo que me referían y yo ya sabía les dije cosas, que no sé cómo no se cayeron muertos […]»[35].

Este intento por socavar las fuerzas del prelado y sus seguidores en vísperas del asedio obtuvo una inmediata respuesta en las páginas impresas del que hacía de portavoz gubernamental: «[…] la representación, en lugar de abatir los ánimos […], no sirvió más que de azorar los espíritus y encender de nuevo la noble sangre de los murcianos para defender su Religión, su Rey y Patria […]». Mas esta resistencia desesperada no derivaba tanto del coraje de las principales autoridades locales, que, de hecho, escaparon en los instantes más aciagos del asedio[36], cuanto

34. Belluga escribió una carta pastoral: *Don Luis Belluga* […] *A nuestros muy amados en Christo los Fieles de esta nuestra Diócesis; salud en el Señor*, s. l.: Diego Martínez Abad, 1706 (incluido en Pérez Gómez, 1962: 89-96); mientras que desde el bando austracista fue respondido en diversos impresos, como *La verdad sin doblez, copia de una carta escrita por un professor de sagrada theología. A un amigo suyo, en respuesta de la que con título de Carta Pastoral, ha salido en nombre del Ilustrísimo Señor el Señor D. Luis Belluga* […], s. l.: s. i., s. a.; y *Manifiesto y desengaño en el qual se impugna el arrojo del Ilustrísimo Señor Obispo de Cartagena Don Luis Belluga, y Moncada* […], Barcelona: Rafael Figueró, 1706; hay copias de ambos en la Biblioteca Histórica de la Universidad de Valencia en volumen de Varios 137 (04 y 05). El debate que generaron algunos temas entre ambos bandos enfrentados es una cuestión que todavía no ha sido suficientemente abordada por la historiografía.

35. AHN E legajo 504, Murcia, 22-VIII-1706: el obispo Belluga a don José Grimaldo.

36. Lo que sería motivo de crítica: AMM AC 1706 AE 6-IX-1706.

respondía a las órdenes expresas que poseía el obispo y capitán general procedentes del secretario Grimaldo para evitar un rápido triunfo aliado en el sureste peninsular que arrastrase al vecino reino de Granada[37].

El tercer número que poseemos de la *Gazeta de Murcia* está fechado el 23 de septiembre de 1706, casi un mes después de haber salido el segundo y cuando los momentos más dramáticos para este bastión borbónico en el que se había convertido el reino de Murcia se habían superado con asombrosa fortuna. Aunque las noticias que se insertan en este ejemplar son también de relevante interés y no dejan de estimular la lealtad filipista, los días más críticos de la guerra –en torno al 4 de septiembre– escaparon de la narración periodística seguramente por ser tratados en noticieros anteriores que –todavía– desconocemos. Atrás quedó el choque en el Huerto de las Bombas –la *mítica* batalla que todavía perdura en la memoria colectiva local– y el asedio al que se sometió a la ciudad con las diversas tropas enviadas por el archiduque –entre ellas, milicias austracistas integradas con vecinos del mismo reino–, que a punto estuvieron de terminar venciendo la resistencia de los murcianos[38]. Pero, si es cierto que el primer furor del ejército aliado había pasado, el peligro estaba lejos de haber concluido: los hechos demostrarían que los soldados imperiales volverían a intentar ganarse la pieza del tablero que les flanqueaba su codiciado paso hasta Granada.

Mientras tanto, en esta *Gazeta* se informaba de la llegada de desertores y prisioneros a Madrid, del regreso de los burócratas a los consejos y tribunales cortesanos o de los éxitos del duque de Vendome en la frontera de Flandes. Con estas y otras noticias tan proclives a las expectativas de Felipe V parecía percibirse un cambio de signo en el desarrollo de la guerra. No solo los borbónicos madrileños, sino todos en general, podían suscribir las palabras que iniciaban con cierta euforia este ejemplar del periódico al señalar que se hallaban «[…] gozosísimos con los buenos sucesos que van logrando las armas de Su Majestad». El rumbo de la guerra parecía haber cambiado, al menos por el momento.

Por esos días, en concreto, se obtuvieron destacados éxitos militares en la zona manchega del reino de Murcia. Los 300 milicianos comandados por el coronel don Tomás Gisbert, gobernador del valle de Cofrentes, junto a los 250 soldados de caballería que estaban bajo las órdenes del capitán de dragones don Hugo «Urroirch»[39], consiguieron conquistar la población valenciana de Caudete, punta de lanza hasta ese momento de los ataques enemigos a las localidades murcianas de Villena y Yecla. Su acción sería exaltada por la *Gazeta*, cuyo público los vería

37. AHN E legajo 504, Murcia, 28-VIII-1706: el obispo Belluga a don José Grimaldo.

38. Una interesante crónica de lo ocurrido desde el bando austracista es la del impreso titulado *Puntual y verídica relación de los sucesos de nuestras armas en el campo de Oribuela* […], Valencia: Vicente Cabrera, 1706 (reproducido en Bernabé Gil, 2007: 21-35).

39. Sobre Gisbert, AHN E legajo 504, Murcia, 29-VII-1706: el obispo Belluga a don José Grimaldo; acerca del segundo, probablemente perteneciese al regimiento de irlandeses de Mahoni, que se había convertido en el principal asesor militar del obispo.

equiparados a la consideración de héroes del partido borbónico. La lealtad austracista de los caudetanos les supondría ser separados del reino de Valencia e integrados en el de Murcia primero como aldea de Villena y posteriormente constituyendo concejo propio (Azorín Abellán, 2008). El éxito militar de Caudete no sería el único que en esos instantes efectuarían las partidas de milicianos borbónicos, ya que la propia *Gazeta* aludiría a otros enfrentamientos igualmente victoriosos en la ciudad de Villena contra convoyes del ejército austracista que se dirigían hasta Alicante.

Las dos páginas finales de esta *Gazeta* –de las cuatro que la componen– están dedicadas a noticias originadas en la capital murciana. Se resalta la carta enviada por Felipe V para agradecer a «[…] sus moradores el levantamiento del sitio, influido del gran valor, dirección [y] fidelidad […]» que habían mostrado, y se anuncia el envío del duque de Berwick para reforzar la contención de las tropas enemigas e intentar la conquista de Cartagena y Orihuela[40]. Estas muestras de cercanía y reconocimiento a la población que había logrado resistir a los ataques aliados constituían un importante refuerzo al discurso de lealtad generado en esta frontera. Lealtad que sería también premiada en los meses siguientes con la concesión de numerosas mercedes a quienes más se habían destacado en los trabajos de la guerra. La propia ciudad recibiría la séptima corona para incorporar a su escudo, lo que simbolizaba la especial y antigua relación de fidelidad que mantenía con la monarquía (Muñoz Rodríguez, 2014: 293-313).

No obstante, el episodio que más atención recibía en esta gaceta era el choque armado ocurrido en la pequeña población de El Albujón, en el mismo límite entre las jurisdicciones de Murcia y Cartagena. Todo aquel sector de la marina se había convertido desde junio en un espacio dominado por los austracistas, que poseían vía libre hasta el sur valenciano, además de constituir una zona rural de abundante producción agrícola que ambos bandos pretendían controlar para su propio beneficio. Con ese propósito acudió hasta allí el 21 de septiembre, pocos días después de levantarse el sitio de la capital, una partida de milicianos al mando de los capitanes don José Hernández y don Patricio Morán, encontrándose con varios «escuadrones de infantería y caballería enemiga». Aunque la entidad del enfrentamiento fue más bien reducida, pese a los 150 muertos en total y en torno a un centenar de prisioneros que nos asegura el periódico, la imaginación popular la elevó a la categoría de batalla de El Albujón y consideró al fallecido capitán Hernández como un héroe borbónico que: «[…] perdió su hacienda, que era cuantiosa, su casa y ahora su vida por el rey; y nosotros perdimos en él sólo muchos y buenos soldados […]» (Muñoz Rodríguez, 2021). La fabricación de héroes forma parte de cualquier estrategia propagandística que pretenda ofrecer modelos de conducta a una población amenazada, lo que constituyó un objetivo fundamental de este noticiero; porque los héroes cohesionan la sociedad y refuerzan su respuesta armada ante el enemigo.

40. AHN E legajo 504, Murcia, 3-X-1706: el obispo Belluga a don José Grimaldo.

El último número de la *Gazeta*, que hemos recientemente localizado en el fondo antiguo de la biblioteca de la Universidad de Sevilla, está fechado el 12 de octubre de 1706, tres semanas más tarde del último conocido –23 de septiembre de 1706–; en él se retoma la narración del segundo intento de asedio de la capital murciana y, sobre todo, la toma de la vecina Orihuela –10 de octubre de 1706–, que había pasado al bando austracista por voluntad de su gobernador, el marqués de Rafal. Se trata de dos de los episodios –el tercero correspondería a la conquista borbónica de Cartagena, producida el 18 de noviembre de 1706, posiblemente objeto de otro número– que durante ese otoño mantendrían el ambiente de hostilidad todavía en un grado elevado en el sureste peninsular.

Pese a que el asedio se inició el día 3 de octubre, como bien señala la *Gazeta*, este quedó finalmente reducido a distintas acciones virulentas por algunos caseríos de la huerta, sin conseguir poner en serio peligro la resistencia de la ciudad[41]. Como temía el conde de Peterborough, al mando de los efectivos ingleses, Murcia fue auxiliada por el duque de Berwick, que venía persiguiendo sin éxito desde Madrid al ejército del conde de Galway, el cual encontraría finalmente refugio en el interior del reino de Valencia. El segundo sitio de Murcia terminó levantándose –el 7 de octubre– y con él el ánimo de una población que, liberada del peligro enemigo, produciría los discursos de lealtad más entusiastas a Felipe V.

La toma de la ciudad valenciana de Orihuela se produjo el 10 de octubre con gran violencia de las fuerzas borbónicas al mando del mariscal de campo Francisco Gutiérrez de Medinilla, subordinado del duque de Berwick, lo que permitiría al periódico contarla con una evidente intención encomiástica que eludía los aspectos más feroces y violentos del saqueo filipista[42]. Como se puede leer en la misma *Gazeta*, después de la acción de la artillería, las fuerzas atacantes «[…] tuvieron poco que trabajar, porque no hubo resistentes que vencer en los enemigos […]», dado que muchos «[…] habían abandonado sus puestos y casas y se retiraron al asilo de las iglesias, cuyas puertas quisieron defender con el sagrado escudo del Santísimo Sacramento […]». Aunque es cierto que la previsible derrota debió contribuir a la huida de los principales agentes de *Carlos III* –especialmente del marqués de Rafal, que salió con su familia llevando en 12 galeras todas sus alhajas–[43], el noticiero contrasta la actitud derrotista de los defensores oriolanos con el valor mostrado por los soldados de Felipe V, que, además, según se afirma, dirigieron su pillaje exclusivamente «contra los enemigos del rey y respetando los templos de la ciudad».

Orihuela quedó moralmente devastada, con familias rotas por los estragos de la guerra, con muchos vecinos muertos, heridos o refugiados según el caso en zonas austracistas o borbónicas y, sobre todo, presa de la furia de los vencedores

41. AHN E legajo 504, Murcia, 7-X-1706: el obispo Belluga a don José Grimaldo.
42. AHN E legajo 504, Murcia, 10-X-1706: el obispo Belluga al secretario Grimaldo.
43. AHN E legajo 504, Murcia, 7-X-1706: el obispo Belluga al secretario Grimaldo.

(Pardo y Manuel de Villena, 1910: 59-67; Miñana, 1985: 157-158; Pradells Nadal, 1984: 93-206; Pérez Aparicio, 2008: vol. 2, 470-490; Montojo Montojo, 2009: 99-117). Se les acusaba, como se hace en esta *Gazeta*, de haber quedado «solos» en su defensa del archiduque, después de que las tropas inglesas los abandonasen para retroceder hasta Elche –que se tomaría el 21 de octubre–[44] y Alicante. Esta soledad de los combatientes oriolanos, fanatizados a ojos de los borbónicos murcianos[45], se entendía que debía servir para su general «escarmiento», pues «[…] cuando pensaban poner los pies en la cabeza de este reino para penetrar hasta lo último de las Andalucías, vio con asombro pisado su suelo de nuestras victoriosas tropas para hacer tránsito a otras aún mayores conquistas». Lo ocurrido pretendía servir, en primer lugar, para desengañar a la sociedad conquistada de sus antiguas obediencias e incorporarlas al nuevo orden político que empezaba a construirse; y, en segundo lugar, fijándose en la población de los propios territorios borbónicos, debía cohesionar al público lector –u oyente– en torno al triunfo de su causa.

4. A modo de conclusiones. Hacia la cristalización de la opinión pública

La aparición de la *Gazeta de Murcia* no fue un hecho casual, ni tampoco original, sino que responde a unas circunstancias concretas que se dieron en algunas ciudades peninsulares a lo largo de esa primera década del siglo XVIII: la necesidad de elaborar una propaganda desde el poder para organizar consensos sociales en torno a las incesantes demandas militares. Su empleo como herramienta de guerra distó de circunscribirse al aparato mediático de un bando dinástico concreto, ya que ambas monarquías enfrentadas compartieron similares dispositivos propagandísticos para movilizar a la población. Tanto en las ciudades bajo dominio de Felipe V, como en las que reconocían a *Carlos III*, se publicaron gacetas que se encargaban de difundir noticias de la guerra, crear opinión y, sobre todo, cohesionar sus sociedades frente al enemigo.

El carácter de frontera del reino de Murcia durante el bienio 1706 y 1707 se tradujo en una multiplicación de los canales de persuasión controlados por las autoridades borbónicas –teatro, panfletos, ceremonias públicas, imágenes o luminarias–, cuyo común denominador consistía en generar opiniones, emociones, actitudes y comportamientos, que contribuyesen a mantener con hombres y recursos los costes de la guerra. Todos los medios propagandísticos confluían en construir este discurso de lealtad que buscaba convencer a los vecinos de la legitimidad de Felipe V y de la obligación de los súbditos de defenderlo.

Pero esos canales de persuasión tenían que hacerse presentes no solo en los ámbitos letrados, sino también en otros espacios públicos donde participaban

44. AHN E legajo 504, Murcia, 26-X-1706: el obispo Belluga al rey.
45. AHN E legajo 504, Murcia, 12-X-1706: la ciudad al rey.

todo tipo de gentes. Las plazas y las calles se convirtieron en lugares privilegiados de divulgación, percepción y comentario de multitud de noticias, rumores y mensajes, que poseían una notable influencia en la conformación de los sentimientos generales: bien fuese directamente, bien a partir de vías indirectas de recepción de informaciones, la mayor parte de la población participaba de un imaginario colectivo que permitía posicionar al individuo ante los principales acontecimientos del mundo que le rodeaba. El efecto acumulativo de todas esas representaciones contribuyó a establecer una esfera pública bien nutrida de imágenes, sonidos y palabras capaz de condicionar el tipo de respuesta de la sociedad a la inmediatez de la guerra.

El surgimiento de opiniones contrarias provocaba una preocupación constante en las autoridades borbónicas que en muchas ocasiones debieron actuar reprimiendo los excesos argumentativos de individuos que se extralimitaban de los márgenes del discurso oficial. En la labor de represión de estos excesos destacaron los inquisidores, que cambiaron la persecución de herejes y conversos por la vigilancia de la cohesión social; pero también se dispuso para estos menesteres de una gama diversa de agentes y alguaciles colaboradores con las instituciones locales cuya labor vigilante alcanzaba la misma base de la población. De un modo más simbólico, el empleo frecuente de manifestaciones públicas de lealtad sirvió para difundir un ambiente de exaltación que promovía la legitimidad de los discursos oficiales frente a cualquier otra propuesta alternativa.

La existencia de este público activo, variable y plural es, por consiguiente, causa y consecuencia de la eclosión de gran número de gacetas en las ciudades españolas, seguramente las muestras más brillantes de la propaganda en estos tiempos de hostilidades. Como los soldados en los campos de batalla, estos *cañones de papel* se convirtieron en piezas relevantes del aparato propagandístico que bombardeaba la conciencia de los súbditos y contribuía a la cristalización de la opinión pública. Su impresión en Murcia supuso que esta ciudad se convirtiese en un foco productor de noticias en el bando filipista y no solo en un mero receptor de las informaciones elaboradas en otros centros de difusión; una ventana pequeña a un mundo en guerra y un testimonio fundamental de la propaganda borbónica en esta parte de la monarquía.

5. Bibliografía

Aguilar Piñal, Francisco (1978), *La prensa española en el siglo XVIII, Diarios, revistas y pronósticos*, Madrid: CSIC.

Albareda Salvador, Joaquim (2010), *La Guerra de Sucesión de España (1700-1714)*, Barcelona: Crítica, 2010.

Azorín Abellán, José (2008), *Entre la nostalgia y la realidad de una identidad rota: Caudete tras la Guerra de Sucesión (1707-1758)*, Albacete: Diputación.

Balandier, Georges (1994), *El poder en escenas. De la representación del poder al poder de la representación*, Barcelona: Paidós.

Benedicto Gimeno, Emilio y Solís, José (eds.) (2006), *Y Dios apoyará al César: la Guerra de Sucesión en Aragón a través de las relaciones de sucesos (1706-1707)*, Calamocha: Centro de Estudios del Jiloca.

Bernabé Gil, David (2007), «De Orihuela a Murcia. Un informe austracista sobre la campaña militar aliada en un territorio fronterizo», *Uryula. Revista de Investigación del Centro de Estudios Históricos de Orihuela*, 1, pp. 21-35.

Black, Jeremy (1987), *The English Press in the Eighteenth Century*, Filadelfia: University of Pennsylvania Press [Londres: Routledge, 2011].

Borreguero Beltrán, Cristina (2003), «Imagen y propaganda de guerra en el conflicto sucesorio (1700-1713)», *Manuscrits. Revista d'història moderna*, 21, pp. 95-132.

Borreguero Beltrán, Cristina (2020), «Guerra y propaganda en el reinado de Felipe V», *Cuadernos Dieciochistas*, 21, pp. 151-195.

Bouza, Fernando (2008), *Papeles y opinión. Políticas de publicación en el Siglo de Oro*, Madrid: CSIC.

Burke, Peter (1991), *La cultura popular en la Europa Moderna*, Madrid: Alianza Universidad [1978].

Burke, Peter (2002), *Historia social del conocimiento I. De Gutenberg a Diderot*, Barcelona: Paidós [2000].

Cal Martínez, Rosa (2002), «La Gazeta de Madrid y la Guerra de Sucesión», *Cuadernos Dieciochistas*, 3, pp. 33-56.

Camprubí, Xevi (2016), *La prensa a Catalunya durant la Guerra de Successió*, Valencia: Universidad de Valencia.

Cervera Torrejón, José Luis (2003), *Basset: mite y realitat de l'heroi valenciá*, Valencia: Edicions 3 i 4.

Chartier, Roger (1995), *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII*, Barcelona: Gedisa.

Chartier, Roger y Espejo, Carmen (eds.) (2012), *La aparición del periodismo en Europa. Comunicación y propaganda en el Barroco*, Madrid: Marcial Pons.

Contreras Gay, José (2001), «La unión defensiva de los reinos de Andalucía en la Guerra de Sucesión», en *La Guerra de Sucesión en España y América*, Madrid: Deimos, pp. 15-78.

Davis, Natalie Z. (1993), *Sociedad y cultura en la Francia moderna*, Barcelona: Crítica [1975].

Darnton, Robert (2023), *The Revolutionary Temper. Paris, 1748-1789*, Londres: Allen Lane.

Del Barrio Muñoz, José Ángel (2016), *Filipinas y la Guerra de Sucesión Española*, Valladolid: Castilla ediciones.

Downie, J. Alan (1979), *Robert Harley and the Press. Propaganda and Public Opinion in the Age of Swift and Defoe*, Cambridge: Cambridge University Press.

Egido López, Teófanes (2002), *Opinión pública y oposición al poder en la España del siglo XVIII (1713-1759)*, Valladolid: Universidad de Valladolid [1971].

Escartí, Vicent (2017), «Memories valencianes de la Guerra de Successiò», *eHumanista/IVITRA*, 11, pp. 474-491.

Espejo Cala, Carmen (2016), «The Invention of the Gazette. Design standardization in Spanish newspapers, 1600-1650», *Media History*, 22, pp. 296-316.

Ettinghausen, Henry (2015), *How the press began. The preperiodical printed news in Early Modern Europe*, La Coruña: SIELAE. Disponible en https://www.janusdigital.es/anexo.htm?id=7. Consultado el 15 de enero de 2024.

Farge, Arlette (1995), *Suversive words. Public opinion in Eighteenth century France*, Pennsylvania: The Pennsylvania State University Press [1992].

Fernández Sebastián, Javier y Chassin, Joëlle (coords.) (2004), *L'avenement de l'opinion publique. Europe et Amerique XVIIIe-XIXe siecles*, París: L'Harmattan.

Feyel, Gilles (2000), *L'Annonce et la Nouvelle. La presse d'information en France sous l'Ancien Régime (1630-1788)*, Oxford: Fundación Voltaire.

Frey, Linda y Frey, Marsha (1983), *A Question of Empire: Leopold I and the War of Spanish Succession, 1701-1705*, Boulder (Colorado): Brooklyn College Studies on Society in Change.

García Cárcel, Ricardo (2002), *Felipe V y los españoles. Una visión periférica del problema de España*, Barcelona: Plaza y Janés.

García Cuadrado, Amparo (2012), «Vicente Llofriú Blasco: un impresor entre dos siglos», *Murgetana*, 127, pp. 67-94.

García Puente, Roberto (2013), «La Guerra de Sucesión española en Alcalá de Henares hacia 1706», *Anales Complutenses*, XXV, pp. 59-85.

Gómez González, Inés (2003), *La justicia, el gobierno y sus hacedores. La Real Chancillería de Granada en el Antiguo Régimen*, Granada: Universidad.

Gómez de Salazar y Alonso, Julio (1955), «Gazeta de Murcia de 1706. Notas sobre los orígenes de la prensa murciana», *Murgetana*, 7, pp. 9-21.

González Cruz, David (2002), *Guerra de religión entre príncipes católicos. El discurso del cambio dinástico en España y América (1700-1714)*, Madrid: Ministerio de Defensa.

González Cruz, David (2009), *Propaganda e información en tiempos de guerra: España y América (1700-1714)*, Madrid: Sílex.

Haran, Alexandre (2000), *Le lys et le Globe. Messianisme dynastique et Rêve Impérial en France aux XVIe et XVIIe Siècles*, París, Champ Vallon.

Hazard, Paul (1988), *La crisis de la conciencia europea*, Madrid: Alianza [1935].

Hermant, Héloïse (2012), *Guerres de plumes. Publicité et culture politique dans l'Espagne de la fin du XVIIe siècle*, Madrid: Casa de Velázquez.

Herrero Sánchez, Manuel (2014), «La Guerra de Sucesión en su dimensión internacional: antecedentes, continuidades y modelos en conflicto», en Marina Torres Arce y Susana Truchuelo García (eds.), *Europa en torno a Utrecht*, Santander: Universidad de Cantabria, pp. 35-64.

Infelise, Mario (2016), «The History of a Word: Gazzetta/Gazette», en Joad Raymond y Noah Moxham (coords.), *News networks in early modern Europe*, Leiden: Brill, pp. 243-260.

Israel, Jonathan (2002), *Radical Enlightenment: Philosophy and the making of Modernity*, Cambridge: Cambridge University Press [México, 2012].

Miñana, José Manuel (1985), *La Guerra de Sucesión en Valencia*, F. J. Pérez y J. M. Estellés (eds.), Valencia: Institución Alfonso el Magnánimo.

Montojo Montojo, Vicente (2009), «Confiscación de bienes en Orihuela desde Murcia durante la Guerra de Sucesión», *Murgetana*, 121, pp. 99-117.

Montoya Rodríguez, María del Carmen (2020), «Relaciones, gacetas y papeles públicos sevillanos sobre la guerra de Sucesión (1700-1714)», *Tocina Estudios Locales: Revista de Investigación Local*, 9, pp. 243-257.

Muñoz Rodríguez, Julio D. (2014), *La séptima corona. El reino de Murcia y la construcción de la lealtad castellana en la Guerra de Sucesión (1680-1725)*, Murcia: EDITUM.

Muñoz Rodríguez, Julio D. (2015), «Una lealtad a contracorriente. El exilio borbónico y la Guerra de Sucesión española», en J. J. Ruiz Ibáñez e I. Pérez Tostado (eds.), *Los refugiados del rey de España*, Madrid: Fondo de Cultura Económica, pp. 307-328.

Muñoz Rodríguez, Julio D. (2023), «Combatir la peste de la desafección y la disidencia. El uso de la justicia extraordinaria en la frontera murciana durante la Guerra de Sucesión», en María López Díaz y Carmen Saavedra Vázquez (eds.), *Gobernar reformando: los primeros Borbones en la España del siglo XVIII*, Granada: Comares, pp. 273-296.

Muñoz Rodríguez, Julio D. (2024), «En primera línea de fuego: un nuevo número de la Gazeta de Murcia (1706)», *Murgetana*, 150, pp. 131-148.

Olivari, Michele (2014), *Avisos, pasquines y rumores. Los comienzos de la opinión pública en la España del siglo XVII*, Madrid: Cátedra.

Olivas, Aaron A. (2018), «Globalizing the War of the Spanish Succession: Conflict, Trade, and Political Alliances in Early Bourbon Spanish America», en Matthias Pohlig y Michael Scaich (eds.), *The War of the Spanish Succession. New Perspectives*, Oxford: Oxford University Press, pp. 411-430.

Pardo y Manuel de Villena, Alfonso (1910), *El marqués de Rafal y el levantamiento de Orihuela en la Guerra de Sucesión*, Madrid: Imprenta J. Ratés.

Pérez Aparicio, Carmen (2008), *Canvi dinastic i Guerra de Successió. La fi del Regne de València*, Edicions 3 i 4, 2 vols.

Pérez Gómez, Antonio (1962), *El Cardenal Belluga. Pastorales y documentos de su época*, Valencia: Caja de Ahorros del Sureste de España.

Pérez Magallón, Jesús (2002), *Construyendo la modernidad. La cultura española en el «tiempo de los novatores» (1675-1725)*, Madrid: CSIC.

Pérez Picazo, María Teresa (1966), *La publicística en la Guerra de Sucesión*, Madrid: CSIC, 2 vols.

Sáiz García, María Dolores (1996), *Historia del periodismo en España 1. Los orígenes. El siglo XVIII*, Madrid: Alianza.

Valverde Robles, Antonio (2015), «La verdad en los seis números austracistas de la Gaceta de Madrid del verano de 1706», en Jorge García López y Sonia Boadas Cabarrocas (coords.), *Las relaciones de sucesos en los cambios políticos y sociales de la Europa Moderna*, Barcelona: Universidad Autónoma de Barcelona, pp. 219-230.

Valverde Robles, Antonio (2017), «La conjura austracista de 1705 en Granada en las noticias de España y Europa», en Giovanni Ciappelli y Valentina Nider (coords.), *La invención de las noticias: las relaciones de sucesos entre la literatura y la información (Siglos XVI-XVIII)*, Trento: Università degli Studi di Trento, pp. 213-254.

ISSN: 1576-7914 - e-ISSN: 2341-1902
DOI: https://dx.doi.org/10.14201/cuadieci202526485508

LAS REFLEXIONES SOCIOECONÓMICAS DE FÉLIX DE AZARA SOBRE EL VIRREINATO DEL RÍO DE LA PLATA

The Socioeconomic Reflections of Félix de Azara on the Viceroyalty of the Río de la Plata

Luis PERDICES DE BLAS
Universidad Complutense de Madrid
perdices@ccee.ucm.es

José Luis RAMOS GOROSTIZA
Universidad Complutense de Madrid
ramos@ccee.ucm.es

Fecha de recepción: 23/07/2024
Fecha de aceptación: 18/11/2024

RESUMEN: Félix de Azara es sobre todo reconocido por sus aportaciones como naturalista, geógrafo o antropólogo, pero también realizó reflexiones socioeconómicas de gran interés sobre el Virreinato del Río de la Plata. El origen de dichas reflexiones hay que buscarlo en la vinculación de Azara con la Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País y con su hermano José Nicolás. En este trabajo se analizan sus ideas económicas y sus propuestas reformistas y de colonización, contextualizándolas en el marco del pensamiento de los economistas ilustrados. Al igual que otros miembros de la Ilustración tardía, como Campomanes o Jovellanos, Azara no puede ser considerado estrictamente un liberal, sino más bien un reformista con rasgos liberales que abogó por «más Estado y más mercado».

Palabras clave: Félix de Azara; Ilustración tardía; Virreinato del Río de la Plata; liberalismo económico; reformismo; Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País.

ABSTRACT: Félix de Azara is mainly recognized for his contributions as a naturalist, geographer or anthropologist, but he also made socioeconomic reflections of great interest on the Viceroyalty of the Río de la Plata. The origin of these reflections is to be found in Azara's connection with the Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País and with his brother José Nicolás. This paper analyzes his economic ideas and his reformist and colonization proposals, contextualizing them within the framework of the thinking of the Enlightenment economists. Like other members of the late Enlightenment, such as Campomanes or Jovellanos, Azara cannot be considered strictly a liberal, but rather a reformist with liberal traits who advocated «more State and more market».

Key words: Félix de Azara; Enlightenment; Viceroyalty of the Río de la Plata; economic liberalism; reformism; Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País.

1. Introducción

El ingeniero militar aragonés Félix de Azara (1742-1821) es una figura clave de la Ilustración española. Auténtico sabio polifacético, hoy es sobre todo reconocido por sus valiosas aportaciones como geógrafo, naturalista y antropólogo derivadas de su estancia de veinte años en la América meridional (1781-1801), adonde llegó como miembro de una comisión que debía delimitar las fronteras con las posesiones portuguesas. Entre otros aspectos, destacan –por ejemplo– su importante labor cartográfica, su descripción de nuevas especies, su anticipación del concepto de mutaciones o variaciones fortuitas (que posteriormente influiría en Charles Darwin) o su estudio de las «naciones indias». Asimismo, los viajes de Azara pueden verse como precursores de una serie de célebres viajes-naturalistas a América que se sucederían durante las primeras décadas del siglo XIX, como los de Alexander von Humboldt (1799-1804), Alcide D'Orbigny (1826-1833) o el propio Darwin (1832-1836)[1] (Mones y Klappenbach, 1997: 83).

No obstante, en informes diversos y en obras tales como *Viajes por la América meridional* (publicada originalmente en francés en 1809) o *Memorias sobre el estado rural del Río de la Plata en 1801* (aparecida póstumamente en 1847), Azara realizó también interesantes observaciones socioeconómicas que hasta ahora han recibido escasa atención, sin que ello responda a una razón concreta. Sobre dichas observaciones se centrará específicamente el presente trabajo, contextualizándolas en el marco de la formación del autor y del pensamiento de los economistas de la Ilustración. En particular, se analizarán sus propuestas reformistas y de colonización.

1. También Azara tuvo una serie de precursores. Por ejemplo, Charles-Marie de La Condamine, que entre 1735 y 1744 lideró una expedición francesa a la zona ecuatorial para la medición del meridiano, en la cual participaron Antonio de Ulloa y Jorge Juan. O Pehr Löfling, discípulo de Linneo, que formó parte de la expedición de límites al Orinoco entre 1754 y 1761.

Las reflexiones de Azara sobre la realidad socioeconómica del joven Virreinato de la Plata –creado en 1776– deben entenderse en unas determinadas coordenadas. En primer lugar, la concepción del viaje ilustrado: al igual que en el caso de Jorge Juan y Antonio de Ulloa o de Alejandro Malaspina, que renovaron la mirada sobre la América española, en Azara también se dio la unión de ciencia y política[2] (Capel, 2006: 96). El viaje debía proporcionar a la Corona la información necesaria para poder llevar a cabo reformas (Lucena y Barrueco, 2006: 228); de hecho, las relaciones de viaje por América se convirtieron en un instrumento indispensable al servicio del reformismo borbónico[3] (Lollo, 2010: 139). En el ámbito concreto rioplatense, hubo asimismo otros destacados viajeros, como Francisco Millau, Francisco de Paula Sanz o Alonso Carrió de la Vandera, que –al igual que Azara– realizaron sus itinerarios y anotaron sus impresiones al hilo de viajes oficiales, logrando transmitir un valioso conocimiento directo de aquellos territorios[4].

En otro orden de cosas, durante el siglo XVIII existió en Europa un notable interés por América. Si América fue esencial para la ciencia europea en general, también resultó importante para la economía política en particular, como nueva disciplina que entonces estaba afianzándose. Por ejemplo, fue relevante para el desarrollo de la teoría de los cuatro estadios, defendida por autores de la talla de Adam Smith o A. R. J. Turgot, o para ilustrar los debates sobre el buen gobierno, puesto que –como apuntó el propio Smith– la diferente organización político-institucional de las colonias americanas acababa reflejándose en su distinto desempeño económico (Smith, 1987: 598-679). En este sentido, Azara pudo contrastar el marco conceptual de la teoría de los cuatro estadios –al que se hará referencia al final del tercer apartado– con lo que le sugería su experiencia directa en América; además, como hombre ilustrado preocupado por el desarrollo de su nación, mostró interés por los problemas derivados de la administración colonial y planteó posibles mejoras desde un enfoque pragmático.

Por último, detrás de la obra de Azara no hay solo un esfuerzo individual, sino también colectivo: es preciso abandonar la idea romántica del genio aislado cuyos logros responden exclusivamente a una titánica labor individual, pues ello supone olvidar «el tejido social y la voluntad política favorables a la ciencia ilustrada» (Lucena y Barrueco, 2006: 225). De hecho, entre las condiciones que posibilitaron el proyecto científico de Azara estarían las «redes sociales e intelectuales» en las que se integró, «compuestas por peninsulares y criollos» (Deckmann, 2022: 87, 90). En el caso concreto de sus reflexiones socioeconómicas sobre la situación del virreinato, su base esencial hay que buscarla en su formación, en el vínculo con su

2. Al contrario que en el caso de Malaspina, que recibió instrucciones específicas y una misión clara, Azara –más allá de la labor de demarcación de la frontera– no tuvo un encargo concreto de comunicar informaciones empíricas sobre América, sino que fue él mismo quien sintió la necesidad de realizar y transmitir sus observaciones.

3. Sobre el reformismo borbónico pueden consultarse Sarrailh (1992) y Paquette (2008).

4. Véanse las obras de estos viajeros: Paula Sanz (1977), Millau (1947) y Concolorcorvo (1942).

hermano José Nicolás y –sobre todo– en su participación en los círculos ilustrados de la Sociedad Aragonesa de Amigos del País, aspectos que se analizarán en el siguiente apartado.

2. La forja de un ilustrado

Azara nació en el seno de una familia hidalga aragonesa, lo que les permitió a él y a sus hermanos recibir formación académica y alcanzar cargos de cierta cualificación y relevancia: Eustaquio, obispo de Ibiza y luego de Barcelona; José Nicolás, diplomático; Lorenzo, presidente del Cabildo catedralicio de Huesca y maestrescuela de la universidad de esa ciudad; y Mateo, oidor de la Audiencia de Barcelona. Por su parte, su hermana Mariana fue madre de un ministro de Fernando VII, un cardenal y un ilustre marino. Los biógrafos de Azara también inciden en que realizó estudios en la Universidad Sertoriana de Huesca[5] –aunque se duda de que los finalizase (Contreras, 2010-2011, I: 118)– y en la acreditada Real Academia Militar de Matemática de Barcelona (entre 1765 y 1767). En la primera institución estudió leyes y filosofía, y en la segunda matemáticas, cosmografía, topografía, dibujo y levantamiento de planos, entre otras materias (Capel, 2006: 58; Contreras, 2010-2011, I: 105-137).

Azara fue un naturalista autodidacta, pero en el ámbito económico partió de unos conocimientos previos que le ayudaron a formarse un criterio propio para valorar determinadas medidas y situaciones. Es decir, si bien Azara no recibió formación académica como naturalista antes de embarcarse hacia América, tal como subrayan las monografías sobre sus aportaciones a esta disciplina, sí que disfrutó –en cambio– de una buena base para analizar las cuestiones socioeconómicas, como se refleja en sus escritos, en los que criticaba el despilfarro de fondos públicos o analizaba la viabilidad económica de diversas propuestas (Azara, 1994: 187-191, 227). En estas materias, como en el resto de su obra, primero observó para formarse una idea general, y luego intentó evitar lo que él mismo denominaba «estilo de novela», en el que primaban las palabras sobre los hechos (Azara, 2020, I: 78). Esto es, se trataba de recoger información empírica para más tarde –una vez analizado un problema– poder plantear soluciones y actuar. Sin embargo, se desconocen las fuentes precisas de su pensamiento económico, pues no ha quedado ningún rastro del contenido de la biblioteca que dejó en San Sebastián en 1781, cuando partió apresuradamente hacia América. No obstante, ha habido intentos de reconstruirla recopilando los libros citados en sus obras, como el de Mones y Klappenbach (1997: 9-31). En dicha reconstrucción no figura ningún economista, aunque sí Jorge Juan y Antonio de Ulloa, dos científicos españoles que

5. De esta universidad fue catedrático y rector, posteriormente, el economista Victorián Villava, que llegó a ser fiscal de la Real Audiencia de Charcas en 1791 y publicó un *Discurso sobre la Mita de Potosí* (1793).

en sus informes sobre América reflexionaron sobre asuntos socioeconómicos, y que Azara pudo conocer en una época temprana porque sus obras estaban en la biblioteca de la Real Academia Militar de Barcelona (Amodio, 2006: 19)[6].

Las lagunas documentales sobre la trayectoria vital de Azara y, en concreto, respecto a cómo adquirió sus dotes para observar y analizar las cuestiones socioeconómicas, se pueden suplir aproximativamente acudiendo al ambiente intelectual en el que se desenvolvió antes de su partida a América. Por un lado, su vínculo con su tierra natal, aunque fuera indirecto a través de la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País; y, por otro, su vínculo familiar, en particular con su hermano José Nicolás. Fueron años en los que, tras regresar a la península en 1775 convaleciente de las graves heridas sufridas en la campaña de Argel –que casi le costaron la vida–, se le asignaron trabajos más serenos; y fue precisamente en este periodo en el que se conformaron sus bases intelectuales en el terreno económico, tal como cabe deducir de sus datos biográficos conocidos (Contreras, 2010-2011, I: 165). Su posterior experiencia americana no parece que contribuyera de forma relevante a su formación en temas económicos, pues, como se verá más tarde, en el virreinato sólo se tiene constancia de su contacto –muy limitado– con un economista, Manuel Belgrano. Además, aunque durante su larga estancia en la América meridional también pudiera haber derivado algún aprendizaje de la mera observación de hechos económicos concretos, lo cierto es que dicho afán de observación lo había adquirido ya en España.

Azara se formó en humanidades y leyes en la Universidad de Huesca, en materias técnicas en la Real Academia Militar de Barcelona, y como ilustrado en torno a la Sociedad Aragonesa de Amigos del País, a la que perteneció desde su constitución en 1776, aunque sin tener una participación continua debido a sus diversos destinos, principalmente en Cataluña (Contreras, 2010-2011, I: 227)[7]. En esta sociedad los economistas desempeñaron un papel relevante y sus miembros se preocuparon por la observación minuciosa del medio natural y socioeconómico local.

La primera sociedad económica de amigos del país fue la Bascongada, fundada en 1765, pero luego –a partir de 1775– fueron proliferando otras gracias al impulso dado por el *Discurso sobre el fomento de la industria popular* del conde de Campomanes. Publicado a costa del Estado en 1774 con una tirada de 30.000 ejemplares, y distribuido entre diferentes administraciones estatales y locales, se convirtió en uno de los libros europeos de economía del siglo XVIII de mayor

6. Sobre las reflexiones económicas de estos dos marinos, Perdices de Blas y Ramos Gorostiza (2016); y sobre las lecturas de Azara, Amodio (2006: 19-20).

7. Contreras resta importancia a la influencia en Azara de la Sociedad Aragonesa, y lanza la hipótesis –sin fundamentarla– de que también contribuyó a su formación –cuando estuvo destinado en Cataluña– el contacto con el círculo ilustrado catalán, que no logró fundar una sociedad económica. En concreto, alude al entorno supuestamente jansenista de su hermano Eustaquio, obispo de Barcelona (Contreras, 2010-2011, I: 171).

difusión, por lo que ninguna persona de cierta cultura y al servicio público –como Azara– podía desconocer su contenido[8].

Dos debían ser las prioridades de las sociedades de amigos del país según Campomanes, al que Vicent Llombart (1992) llamó «el economista de Carlos III». Por una parte, dichas sociedades debían ser «una escuela pública de la teórica y práctica de la economía política en todas las provincias de España» (Rodríguez Campomanes, 1975: 112). Por otra, las sociedades, tomando «noticia de lo más notable que [hubiera] en los tres reinos, vegetal, mineral y animal, [y] valiéndose de los Socios dispersos por las Provincias, [llegarían] a ponerse en estado de conocer las primeras materias de las artes, tintes, minerales y usos que [pudieran hacerse] de las producciones propias, y cuales [serían] más apreciables o inferiores a las extrañas» (Rodríguez Campomanes, 1975: 65). Fruto de estas observaciones se formaría el estado de cada provincia, distinguiendo los ramos decadentes y prósperos; así, se estaría «en disposición de discurrir con cálculo y acierto» sobre las medidas económicas a tomar (Rodríguez Campomanes, 1975: 104). Es más, el gabinete de historia natural de cada provincia debería ser uno de los principales cuidados de dichas sociedades, a fin de componer «un sistema general de la historia natural de España», ya que las «especulaciones abstractas sobre las cosas físicas, cuando no se [fundaban] en el conocimiento real y analítico de las mismas cosas, [quedaban] expuestas a notables yerros» (Rodríguez Campomanes, 1975: 116)[9].

La Sociedad Aragonesa –que reunió a ilustrados de la talla de Ramón Pignatelli, el conde de Aranda o Juan Antonio Hernández Pérez de Larrea– cumplió plenamente ambas prioridades marcadas por Campomanes. En 1784 fundó la primera cátedra de España de Economía Civil y Comercio, agrupando a economistas como Anzano, Normante, Arteta, Generés, Asso, Villava, Barberi o Calomarde (Sánchez Hormigo, Malo y Blanco, 2003). Todos ellos han sido estudiados por Javier Usoz (1996), incidiendo en que hubo una ilustración económica aragonesa con personalidad propia y problemas específicos[10]. En sintonía con este interés común en promover la economía, Azara incluso se decidió a escribir al final de su vida unas

8. Lo que se plantea es la más que probable conexión entre lo que proponía Campomanes en su libro (ampliamente leído en el seno de las sociedades de amigos del país, que se crearon –salvo la Bascongada– a instancias del asturiano), la adopción y puesta en práctica de esas ideas de Campomanes en la Sociedad Aragonesa, y la forma de aproximarse a las cuestiones económicas de Azara –miembro de dicha sociedad–.

9. Este planteamiento de Campomanes se inscribía dentro de un empeño más general de la Corona. Por ejemplo, buscar plantas útiles por todo el imperio, promoviendo misiones botánicas a América o creando jardines botánicos y gabinetes de historia natural. La figura de Azara debe situarse en dicho contexto. Sobre la movilización del individuo para los fines del Estado en la Ilustración española véase Pietschmann (2004).

10. Pretendía conocer y desarrollar las fuentes aragonesas de riqueza, dedicando especial atención a temas locales relacionados con la agricultura, la manufactura, las infraestructuras (caminos y canales), la salud pública, la asistencia a los desfavorecidos, la educación o el fomento de los conocimientos útiles (química, botánica, dibujo, etc.). El interés por los temas económicos era evidente.

Reflexiones económico-políticas sobre Aragón (1818)[11], cuyo título es semejante al del libro de uno de los aludidos economistas aragoneses: las *Reflexiones políticas y económicas sobre la población, agricultura, artes, fábricas y comercio del Reyno de Aragón* (1793) de Generés.

La segunda prioridad marcada por Campomanes –establecer un estado de la región recopilando información y datos de primera mano– también la cumplió sobradamente la Sociedad Aragonesa. A modo de ejemplo, se puede citar la *Historia de la Economía Política de Aragón* (1798) de Asso, que, tras un amplio periodo de recopilación de información, analizó con minuciosidad –aportando numerosos datos– la agricultura, la industria, la población, el comercio, la moneda y los tributos de los diferentes partidos judiciales en los que estaba dividido el Reino de Aragón. Para este ambicioso ejercicio de economía aplicada, consultó archivos locales y fuentes secundarias. En definitiva, el objeto de las «observaciones» de Asso era ser de utilidad a los gobernantes, «para encaminar los habitantes de una provincia a aquel punto de opulencia y prosperidad que [permitiese] la flaqueza humana» (Asso, 1983: 4)[12].

Azara compartió plenamente esta preocupación de Campomanes y la Sociedad Económica Aragonesa por recopilar datos para tener un buen conocimiento de una determinada región[13] (como el Virreinato de la Plata), y poder así proponer las reformas adecuadas: sostuvo la necesidad de conocer «el manantial» de la verdadera riqueza local, y para ello –como Asso– acudió previamente a fuentes primarias manuscritas (archivos locales) y secundarias (monografías sobre América) (Azara, 1994: 229, 231; Azara, 2020, I: 71-72).

Otro destacado aspecto del contexto intelectual en el que se desenvolvió Azara antes de su partida a América fue su vínculo con su hermano José Nicolás. Debido a la diferencia de edad entre ambos –José Nicolás era doce años mayor– y a la necesidad de salir de su pequeño pueblo para formarse, no tuvieron ocasión de tener una relación directa hasta la madurez. No se conserva la correspondencia entre ambos, aunque algunos apuntan que debió ser escasa y fría (Contreras, 2010-2011, I: 134). Solo tuvieron un contacto más profundo cuando vivieron juntos en París entre 1802 y 1804: el primero era entonces embajador de España en

11. Esta obra, según su sobrino el marqués de Nibbiano, no se publicó nunca y de su manuscrito solo se conservaba una pequeña parte (Mones y Klappenbach, 1997: 81).

12. El aragonés Eugenio Larruga, en la misma línea que Asso, dio a conocer el estado del país en las *Memorias políticas y económicas sobre los frutos, comercio, fábricas y minas de España* (1787-1800). Son 45 volúmenes que recogen amplia información con numerosos cuadros, donde se aportan cifras y datos de interés sobre la situación económica de Madrid, ambas Castillas, Extremadura y Galicia. En concreto, se incluyen la población y la producción mineral, vegetal y animal.

13. Es cierto que esta preocupación era generalizada en el gobierno y entre los ilustrados, pero lo que se mantiene en este trabajo es que es muy probable que dicho interés por la recopilación de datos lo adquiriese y desarrollase Azara, precisamente, en el seno de la Sociedad Aragonesa y en contacto con sus miembros.

Francia, mientras el segundo se documentaba, gracias a su hermano –que le puso en contacto con los naturalistas franceses–, para completar su obra basada en las observaciones recogidas en la América meridional. No obstante, hubo un periodo previo en el que ambos vivieron en la península: la vida de José Nicolás entre 1768 y 1780 estuvo marcada por una activa labor diplomática en Roma, pero entre 1774 y 1776 residió en Madrid, en donde conoció a William Bowles, al que se hará referencia más adelante; por su parte, Félix regresó a la península desde Argel en 1775 y se vio con su hermano en una ocasión.

La inquietud intelectual que caracterizó a Félix no pudo ser ajena a los hitos y triunfos de su hermano José Nicolás como diplomático, erudito, editor y escritor, pues este fue un importante referente para él. Así, cuando le repusieron como embajador en París en 1801 –después de una campaña de intrigas– Félix expresó su alegría, pero también su pesar por el trato recibido por un excelente servidor público objeto de «tantos odios», que eran «prueba eterna del mérito de un simple particular»[14]. En esa misma fecha, el propio Félix estaba experimentando similar incomprensión e intrigas por su labor de fundación del pueblo de Batoví.

Anteriormente, en 1775, José Nicolás había contribuido a editar y corregir el libro de un científico con el que Félix tuvo notables similitudes: *Introducción a la Historia Natural y a la Geografía Física de España* de William Bowles[15]. En el prólogo a las ediciones póstumas de 1782 y 1789, José Nicolas ensalzó la labor de «observación» del irlandés, al tiempo que criticaba los *Travels through Spain in the years 1775 and 1776* (1779) de Henry Swinburne por la precaria fundamentación de su «pobre», «puerca» y «melancólica» visión de España, que proyectaba una imagen superficial del país sin apenas haber pisado la península. Por el contrario, y aun conociendo las lagunas intelectuales de Bowles, José Nicolas consideraba que el libro de este resultaba útil por las detalladas observaciones que contenía, ya fueran –en palabras del propio irlandés– «hechos» ciertos o discutibles «raciocinios»; su intención era reunir un conjunto de noticias para el adelantamiento de las ciencias naturales con un fin claramente económico: «el cultivo de las minas y las artes» (Bowles, 1789: 1-2, 5). En este sentido, podemos apreciar una clara similitud entre Bowles y Félix de Azara, pues ambos realizaron prolijas observaciones (el primero sobre la riqueza mineral de las coronas de Castilla y Aragón, y el segundo sobre los reinos animal y vegetal del Virreinato del Río de la Plata), persiguiendo –entre otros fines– conocer los recursos naturales disponibles para sacarles el mayor provecho económico. Resultaría extraño que Félix de Azara no hubiera

14. Véase la carta de Azara escrita antes de su regreso a Europa: Contreras (2010-2011, II: 335).

15. Bowles vino a España gracias a Antonio de Ulloa, al que conoció en París en 1752; vivió en Madrid y Bilbao y colaboró con el Jardín Botánico y el Gabinete de Ciencias Naturales. Su libro se tradujo al francés en 1776 y al italiano en 1783. Las ediciones póstumas y corregidas, de 1782 y 1789, están precedidas –a modo de prólogo– por cuatro cartas de José Nicolás fechadas en Roma en 1781 y 1782, en las que este narra cómo conoció a Bowles y cómo le prestó «auxilio» para la primera edición de 1775, debido a su escaso dominio del español (Bowles, 1789: 44).

tenido noticias de la obra de Bowles gracias a la relevante labor que su hermano desempeñó en sus tres ediciones españolas (1775, 1782 y 1789). Es cierto que «observar para mejorar» era una actitud muy propia de la época ilustrada, pero parece razonable pensar que la lectura del libro de Bowles, con su hábil forma de manejar los hechos, hubiera reforzado en Félix su propio empirismo, influyendo además en su manera de llevarlo a la práctica. En definitiva, el perfil erudito y libresco de José Nicolás se complementaba con el de Félix, curioso, pragmático y no gustoso de «conjeturas, sino de hechos» (Azara, 2020, II: 1).

Resumiendo, en el ámbito de la Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País y en la relación con su hermano José Nicolás –es decir, en los vínculos con su tierra natal y sus familiares, aunque fuesen débiles en algunos momentos– es donde hay que situar el origen de las ideas socioeconómicas de Azara contenidas en sus obras sobre el Virreinato del Río de la Plata. Se trata de un contexto cercano en el que los temas económicos estaban emparentados con las ciencias naturales, y en el que la observación de primera mano era la base para tomar decisiones.

Por tanto, en vez de situar a Azara en el ámbito general de la España ilustrada de Carlos III (pragmatismo, reformismo, optimismo, empirismo, etc.), parece más lógico situarle en el entorno más próximo en el que se desenvolvió: la ilustración aragonesa, la Sociedad Aragonesa de Amigos del País y su hermano. Y ante la falta de fuentes documentales e información sobre su vida, se ha planteado una hipótesis razonable y contextualizada sobre cómo pudo adquirir su formación en temas económicos.

Es evidente que el aspecto económico es secundario en Azara, pero puede enriquecer su ya rico perfil. Esto es, si bien Azara es principalmente apreciado como gran naturalista, sus reflexiones socioeconómicas son dignas de atención, tal como se expondrá en los dos próximos epígrafes. Por último, es importante resaltar que este trabajo no se centra en las ideas de Azara sobre América y en su contraste con las ideas entonces dominantes respecto a dicho continente, sino en cómo el ilustrado aragonés articuló sus propuestas socioeconómicas reformistas y colonizadoras.

3. Reformismo e ideas socioeconómicas

Azara realizó una detallada evaluación de las grandes posibilidades económicas asociadas a los numerosos recursos del territorio virreinal, incluyendo propuestas de mejora de la explotación de cultivos, posibles aplicaciones de plantas diversas y naturalización en Europa de algunas especies. Por ejemplo, se refirió a los árboles de Paraguay, «notables por su utilidad» y cuya madera permitía una durabilidad tres veces mayor de los barcos, o a la abundancia de productos forestales (resinas, frutos, lianas, raíces, etc.) con muy distintos usos (Azara, 2020, I: 132, 135-153). También aludió a la elevada productividad del trigo en la región

de Buenos Aires, al vino de Mendoza, a cultivos «muy útiles» que prosperaban «bien en todas las zonas» (como maíz, judías, habas, lentejas o cacahuetes), o a la rica variedad de frutas, que a veces alcanzaban una alta calidad (como naranjas, manzanas o melocotones). Asimismo, señaló lo ventajoso que podría resultar el traslado a España, entre otros, del cultivo de la mandioca («para asegurar la alimentación del pobre») o de las numerosas especies de batatas y calabazas (Azara, 2020, I: 154, 156, 158, 160-163).

En distintas partes del virreinato, Azara identificó importantes oportunidades para el laboreo de productos potencialmente lucrativos, a menudo asociados a una posterior elaboración manufacturera, como algodón, caña de azúcar, cáñamo, lino, añil, seda, cacao, café, etc. (Azara, 2020, I: 157, 163-164). Pero dichas oportunidades quedaban en gran medida frustradas por un cúmulo de razones, que iban desde «la falta de instrucción» y «la increíble imperfección de los instrumentos» de producción, a «la carestía de los jornales» y «la nulidad de los gobernadores», pasando por ciertas características habituales entre la población de la provincia del Río de la Plata (tendencia al despilfarro, escasas necesidades, falta de ambición, desprecio al trabajo, etc.). Similar estado de cosas afectaba en general a los oficios (elaboración de velas, jabones, tintes, cuerdas, etc.) (Azara, 2020, I: 164). Por ejemplo, «el hilado y los telares» de algodón eran tan imperfectos que solo permitían elaborar una tela de algodón muy basta; y en Paraguay las herramientas agrícolas (azadas, arados, etc.) eran extremadamente toscas y rudimentarias, y faltaban también «máquinas para fabricar azúcar en grande» (Azara, 2020, I: 157). Por tanto, el margen de mejora, por distintas vías, era inmenso.

En cuanto a la posibilidad de emplear esclavos africanos como fuente básica de mano de obra, Azara no parecía considerarla una opción deseable, pues rechazaba el «vil y asqueroso tráfico»; de cualquier modo, subrayaba un trato más humano hacia el creciente número de esclavos respecto al que se les daba en las colonias americanas de otras naciones[16] (Azara, 2020, I: 155; Azara, 1994: 236).

Prácticamente «no se [encontraban] minerales» en el virreinato (al no haber «más que un pequeño número de montañas, poco elevadas»), pero –en contraste– la pesca era abundante y variada (Azara, 2020, I: 99, 122). No obstante, donde verdaderamente residía uno de los mayores potenciales de riqueza era en la ganadería. En las pampas al sur del Río de la Plata había grandes pastos para la explotación ganadera asociada a la producción de cueros, sebo, astas y carnes saladas, que podría proveer «toda la Marina del mundo» y encontrar un buen mercado en Europa, de suerte que llegara a convertirse en una fuente de ingresos

16. El número de esclavos en el Virreinato del Río de la Plata aumentó de modo exponencial mientras Azara vivió allí. Pudo llegar a suponer casi un cuarto de la población a comienzos del siglo XIX. En relación con esto, véanse Andrews (2000), Andrews (2010) y Borucki (2011). La postura de Azara opuesta al tráfico de esclavos es notable por poco común. Los economistas españoles de la Ilustración apenas prestaron atención a la cuestión de la esclavitud, pero los pocos que la abordaron no se mostraron contrarios a la trata (Perdices de Blas y Ramos Gorostiza, 2015: 29-36).

parangonable a «todas las minas […] de ambas Américas»; a ello había que sumar «quesos y mantequilla, que podrían hacerse tan buenos como en Holanda», «buena lana para todas las fábricas del mundo» y «pieles finas» (de zorros, hurones, nutrias, etc.) (Azara, 1994: 237). Se trataba, en muchos casos, de «primeras materias […] de primera necesidad e infinito consumo en todo el mundo, y que ningún país […] [podía] dar en tanta abundancia, de mejor calidad y a tan moderado precio» (Azara, 1994: 237). Además, el traslado de estos productos a los puertos no sería costoso ni problemático: las «vastas campañas» estaban atravesadas por «tres o cuatro ríos de primer orden y por otros muchísimos que les tributan siendo navegables»; y los caminos eran muy llanos, disponiéndose de «bestias de transporte» que costaban «poquísimo» (Azara, 1994: 237)[17]. En cualquier caso, para Azara las comunicaciones, combinando navegación fluvial y vías terrestres, resultaban fundamentales para una integración efectiva del territorio. En este sentido, se mostraba además favorable a un tráfico comercial más libre de trabas dentro del propio virreinato, pero sin apelar a una completa liberalización del comercio[18] (Azara, 1994: 233).

En relación con el remunerativo cultivo del tabaco en Paraguay, Azara condenó de plano el monopolio establecido en 1779: aunque hubiera contribuido a introducir el uso de la moneda, rendía poco al Tesoro, empleaba «una multitud de gentes que podrían hacer otra cosa», y daba lugar a menor producción y exportación. Además, iba asociado a burocracias y corruptelas: «El gobierno [estaba] acosado de reclamaciones, de cuentas y de papelotes, los comerciantes […] [estaban] sujetos a mil formalidades», y el crecido gasto en numerosos funcionarios no garantizaba el control del contrabando (Azara, 2020, I: 156-157)[19].

Como se incidirá en el siguiente apartado, Azara fue un firme agrarista que veía en el sector primario la principal –pero no única– actividad productiva. Sin embargo, no enfatizó explícitamente el papel de la agricultura como base para el posterior desarrollo de actividades complementarias en la industria y el comercio, que sí destacó el distinguido agrarista rioplatense Manuel Belgrano (1913a, 1913b)[20]. En cualquier caso, para Azara nunca debería fomentarse artificialmente la manufactura[21]: «No quiero decir […] que se proscriban todas las artes y oficios,

17. El hecho de que el territorio fuera en general «muy llano» también suponía que «el país no [podría] nunca ser regado por canales artificiales»: Azara (2020, I: 88).

18. Estas opiniones de Azara deben contextualizarse, entre otras cosas, en el marco de los intentos de Buenos Aires de controlar el acceso al Río.

19. La exoneración del servicio militar de los cosecheros dio lugar a un conflicto entre el virrey y el gobernador de Paraguay: Caballero (2006: 48-51). Azara (1994: 213-223) abogó por controlar los abusos y el fraude en las contratas para no comprometer la defensa.

20. Sobre la relación de Azara con los economistas rioplatenses se tienen pocas noticias; respecto a su encuentro con el economista y militar Manuel Belgrano, a partir de 1796, véase Contreras (2010-2011, II: 37, 382-384).

21. Lo que Azara buscaba era un posicionamiento entre el «mercantilismo» de la era Gálvez (América agrícola, y no industrial, para que dependiera de las manufacturas españolas) y una postura que veía necesario el desarrollo industrial también en América.

sino que se abandonen a sí mismos para que se reduzcan a lo necesario» en pueblos y ciudades; y estas últimas también debían ser *solo* aquellas imprescindibles: había que evitar «ciudades populosas» sin «fábricas ni cosa que [pudiera] contribuir al comercio», y donde la gente fuera «más perjudicial que útil y no [hiciera] más que subsistir a costa de la gente del campo» (Azara, 1994: 232). En términos más tajantes:

> Las ciudades roban al campo los brazos, de que tiene una extrema necesidad y que es la verdadera riqueza del país. El mal no sería tan grande si hubiera fábricas, pero estas son absolutamente desconocidas y la mayoría de los habitantes no deben sus medios de vida más que al bajo precio de la carne y a la facilidad que tienen de vivir casi sin trabajar. (Azara, 2020, II: 179)[22]

Azara también criticó abiertamente la mala administración virreinal, denunciando los «excesos burocráticos», el «despilfarro en sueldos de funcionarios incompetentes» que solo buscaban sus propios intereses, y las carencias de información (Fanjul, 2006: 173). Así, desde que en 1776 se había creado el virreinato, se habían multiplicado «de tal modo los empleados de todas clases que sería imposible contarlos»; y las remuneraciones del gobernador y los oficiales reales en Paraguay se habían doblado, hasta el punto de que «el producto de la provincia no bastaba para pagar el tercio de los sueldos» (Azara, 2020, II: 181). Esto llevaba al aragonés a exclamar: «¡Qué súbito trastorno emplear para el mismo objeto tantos hombres, cuyos brazos son perdidos para la prosperidad pública!» (Azara, 2020, II: 181). La situación era tal que, «a pesar de todo este aparato, [era] imposible al ministro […] saber si este virreinato [producía] algo o no al Tesoro público, porque en toda su extensión apenas [había] una […] administración que no [hubiera] hecho bancarrota», y un gran número ni siquiera había rendido aún sus cuentas (Azara, 2020, II: 181-182). Por otra parte, al norte del Río de la Plata la falta de instrucción era total, no habiendo «un maestro de escuela en parte alguna», lo que «debería [llevar al] gobierno [a] pensar en esto muy seriamente» (Azara, 1994: 230). Por consiguiente, si bien Azara era un convencido del elevado valor económico de las posesiones americanas para España, era consciente de que este solo podría hacerse realmente efectivo bajo una buena administración virreinal, eficaz y relativamente poco costosa; de ahí la necesidad de llevar a cabo significativas reformas y mejoras en este ámbito[23].

Por último, hay que destacar la reformulación que hizo Azara de la teoría de los cuatro estadios, vinculada al desarrollo de la idea de progreso y situada –según

22. Las ciudades planteaban para Azara otro problema adicional: allí los criollos mostraban una creciente «aversión» hacia el «Gobierno español» que resultaba preocupante.

23. En *Libraos de ultramar*, manuscrito inédito escrito entre 1820 y 1822, Jeremy Bentham pretendió precisamente transmitir a los españoles que las colonias –dada su administración– habían sido muy costosas para España y habían supuesto una creciente carga fiscal para los peninsulares (Rodríguez Braun, 1989: 120).

Ronald Meek– en los orígenes de diversas ciencias sociales (Meek, 1981). Entre sus proponentes, en la segunda mitad del siglo XVIII, hubo economistas tan destacados como Adam Smith, James Steuart o Anne-Robert-Jacques Turgot, junto a diversos autores británicos, franceses o italianos (Menudo, 2015). Aunque con diferentes matices y versiones, la teoría básicamente afirmaba que la sociedad transitaba por sucesivas etapas caracterizadas por un tipo de actividad económica dominante (caza-pesca, pastoreo, agricultura y comercio), donde las particularidades económicas de cada etapa condicionaban los aspectos sociales, jurídico-políticos e incluso artísticos (tales como costumbres, normas morales, tipos de propiedad, formas de gobierno, etc.). Smith (1982: 14-16) hizo una exposición canónica en este sentido en sus *Lecciones de Jurisprudencia* de 1762-63, y se refirió asimismo a la región de Buenos Aires en *La Riqueza de las Naciones* para ilustrar la primera etapa «cazadora», partiendo de las observaciones –indirectas– sobre dicha región recogidas en la *Relación histórica del viaje a la América meridional hecho por don Jorge Juan* […] *y Antonio de Ulloa* (1748)[24].

En cualquier caso, la referencia al indio americano había sido fundamental en la formulación inicial de esta teoría de los cuatro estadios por parte de unos autores europeos que nunca habían estado en América, pero que habían bebido de fuentes derivadas del contacto directo con aquel continente (Meek, 1981: 3, 35-67). De hecho, uno de los precedentes clave de la teoría, auténtica «historia conjetural con la que se inició la interpretación evolucionista del proceso de la civilización», había sido la célebre *Historia natural y moral de las Indias* (1590), del jesuita José de Acosta (Pino-Díaz, 2021: 111).

En estas circunstancias, la visión de Azara resultaba de particular importancia, dada su observación sobre el terreno de la realidad americana y su conocimiento de primera mano de distintas «naciones indias». Ello le llevó a aseverar que, cuando los españoles llegaron a América, los indios que habían alcanzado la etapa agrícola no habían pasado por la fase pastoril[25]. De hecho, esta había sido tardía:

> Parece, pues, que la primera ocupación del hombre libre fue la caza; la de la pesca depende menos de la elección que del azar, que motiva el estar colocado al borde el agua […] La agricultura y la vida pastoril sólo vienen después: lo que prueba que esta vida [pastoril] es bastante posterior a la del hombre salvaje y que éste es el último de los medios de subsistir que adopta. (Azara, 2020, II: 108-109)

24. En un principio, las tierras bonaerenses apenas estarían pobladas y el ganado vacuno salvaje se reproduciría libremente, de modo que el coste de una cabeza de ganado se reduciría al trabajo de atraparla. Con el tiempo se iba incrementando la población, la disponibilidad de mano de obra y la demanda de alimentos, con lo que se iban extendiendo los cultivos y la tierra dejaba de ser un factor libre y empezaba a generar renta según su fertilidad y localización: Smith (1987, I: 227-228, 266). Véase asimismo Newland y Waissbein (1984: 163-166).

25. «Cuando llegaron los primeros españoles ninguna de ellas [las naciones indias] era pastora, ni vivía de los frutos espontáneos de la tierra» (Azara, 1994: 157).

De este modo, Azara redefinió una idea ampliamente aceptada por muchos pensadores europeos, añadiendo que, si bien «la vida pastoril [era] la última que el hombre había abrazado», ello no significaba necesariamente que correspondiera al «más alto punto de civilización» (Azara, 2020, II: 186-187). También rechazó Azara que los pueblos indígenas americanos –entre los que identificó una amplia variedad, sin caer en tópicos o generalizaciones sobre su supuesta pereza o su incapacidad para el trabajo– hubieran seguido una senda de degradación desde una supuesta Edad de Oro. Del mismo modo, estuvo lejos de suscribir la idea rousseauniana del «buen salvaje» (Capel, 2006: 86).

4. La propuesta colonizadora

Uno de los grandes problemas españoles del Dieciocho fue la defensa de los territorios de América y, en particular, la delimitación de la frontera con las posesiones portuguesas. Esta cuestión dio lugar a la firma de dos tratados –el de Madrid de 1750 y el de San Ildefonso de 1777–, y Azara sería precisamente destinado a América como miembro de una comisión de límites.

La preocupación por la defensa y las fronteras ya había sido expresada por Campomanes en sus *Reflexiones sobre el comercio español a Indias*, redactadas en 1762[26]. Su objeto era promover una liberación del comercio imperial que permitiese a todos los puertos peninsulares comerciar con los territorios americanos. Campomanes abogaba por abolir el sistema de flotas y se mostraba muy crítico con las compañías monopolísticas de comercio. Además, denunciaba que hubiera territorios americanos «totalmente abandonados» por carecer de metales preciosos (Rodríguez Campomanes, 1988: 22). Este era el caso –por ejemplo– de California, en la que estaban establecidos los jesuitas que la manejaban «sin Gobernar por el Rey»; pero también era el caso del Virreinato del Río de la Plata, que era uno de los territorios más descuidados y menos conocidos de la América meridional (Rodríguez Campomanes, 1988: 26, 101). El resultado había sido que, en este virreinato, los portugueses habían tomado ventaja en dichas tierras practicando el contrabando, a lo que se añadía que los ingleses atraían a los indios más pacíficos de la zona, con lo que se agravaba el problema defensivo. Estos indios, «civilizados» por otra nación europea, podrían acabar llevando a España a perder estos territorios rioplatenses, e incluso Chile y Perú (Rodríguez Campomanes, 1988: 109, 122).

La solución para mantener estas posesiones, según el economista asturiano, era repoblar como estrategia defensiva. Precisamente, los ingleses habían recuperado el territorio francés en Norteamérica (Acadia) repoblando con soldados y marineros: «Vino a establecer allí un Ejército sin necesidad de sueldo con repartirles

26. No se publicaron hasta 1988, aunque el manuscrito había circulado por los ambientes ilustrados y el autor había reproducido algunas de sus ideas en el *Discurso sobre la educación popular de los artesanos y su fomento*, de 1775: Rodríguez Campomanes (1975: cap. XIX).

las tierras y pagar los gastos para poblar» (Rodríguez Campomanes, 1988: 263). Ya en la década de los cincuenta, Campomanes había incidido en establecer agricultores en zonas no habitadas para añadir nuevos territorios «perpetuamente, sin conquistar[los] ni necesitar un solo hombre de guarnición para mantener[los], ni un solo ministro o tribunal más que los establecidos para gobernar[los]» (Rodríguez Campomanes, 1984: 166). Y en la década de los sesenta se embarcó en una empresa de gran envergadura –la de Sierra Morena, iniciada en 1767– a la que se hará mención más adelante.

Según Campomanes, la repoblación del Virreinato del Río de la Plata sería también ventajosa para España porque, aunque no poseyera metales preciosos, sí disponía de otras riquezas como hierba mate, tabaco y diversidad de animales y árboles. De hecho, realizó una descripción prolija y «enojosa» de estas riquezas porque ningún país se podía «gobernar sin tener conocimiento de sus producciones y costumbres»; además, en el caso de los árboles se podrían trasplantar al Jardín Botánico y a los Jardines Reales (Rodríguez Campomanes, 1988: 120).

Azara coincidió con Campomanes en el problema de la indefensión del Virreinato del Río de la Plata y en su solución mediante la repoblación. Así, por ejemplo, analizó los proyectos repobladores para contener a los indios pampas (1796) o a los portugueses en El Chaco (1799), y fundó San Gabriel de Batoví (1800) en la frontera hispanoportuguesa[27]. Sin embargo, la creación de este pueblo fue un proyecto modesto comparado con la dimensión de la empresa colonizadora que se llevó a cabo en España con la creación de nuevas poblaciones en Sierra Morena, donde se introdujeron seis mil pobladores centroeuropeos católicos bajo las condiciones recogidas en el fuero aprobado en 1767. Se pretendía promover la proliferación de pequeños labradores dispersos, con el dominio útil de la tierra gracias a un censo enfitéutico, y operando en explotaciones cercadas y con medios suficientes –proporcionados por el Estado– para mejorar sus predios y aplicar los nuevos métodos de cultivo en los diversos ramos de la agricultura; además, los colonos contarían con ganado estabulado y una actividad complementaria para los ratos de ocio: la industria popular (Perdices de Blas, 1992: 517-518).

Esta empresa colonizadora de Sierra Morena involucró a tres de las grandes figuras de la Ilustración española: Campomanes como ideólogo y supervisor, Pablo de Olavide como ejecutor, y Miguel de Múzquiz como ministro de Hacienda que asignaba las partidas presupuestarias. Por su parte, aunque Azara propuso y

27. En concreto, se trataba de frenar los avances portugueses y sus asentamientos ilegales en las zonas fronterizas con Brasil. La fundación de Batoví se inició también para ahorrar dinero al tesoro público, debido al gasto que le suponía al Estado el mantenimiento –desde 1771– de unas familias traídas de España para el poblamiento de las costas patagónicas: Azara (1994: 227). Para una amplia reseña de la fundación de Batoví a través de una selección de la correspondencia de Azara, en la que se aprecian la incomprensión y los obstáculos que se interpusieron en su empresa colonizadora, Contreras (2010-2011, II: 299-340). Azara también informó en 1820 sobre la posibilidad de establecer una nueva población en las Pardiñas del Alto Aragón: Contreras (2020-2011, III: 214-217).

evaluó diversos proyectos de colonización, finalmente el único pueblo que pudo fundar –debido a su regreso a España en 1801– fue Batoví.

No obstante, las dos colonizaciones –Sierra Morena y Batoví– compartieron algunos rasgos significativos a pesar de sus diferencias de escala. Por un lado, a ambas las guiaba un fin pragmático, muy alejado de planteamientos utópicos. En Sierra Morena se pretendía crear unos pueblos –sin latifundios, mayorazgos o manos muertas– que fuesen modelo para el resto de España, y que además permitiesen proteger la ruta del oro llegado a Sevilla desde América (que se dirigía a Madrid por un camino inseguro y con grandes despoblados). En Batoví, Azara quiso igualmente ofrecer pautas de referencia para la creación de nuevas poblaciones, pero sobre todo asegurar la frontera de los territorios españoles y así contener a los portugueses o a los indios más «salvajes». Por otro lado, en ambos casos se aseguraba a los colonos la posesión de la tierra: Azara propuso el reparto de tierra en régimen de propiedad privada, y en Sierra Morena se estableció un censo enfitéutico que dejaba al poblador el dominio útil de la tierra siempre que la cultivase (Perdices de Blas, 1992: 199-203).

Tanto la defensa de la propiedad privada como la facilitación de su registro fueron primordiales para Azara, tal como lo expuso extensamente al tratar dos temas todavía hoy muy polémicos: la defensa del régimen colonizador español –tan desacreditado por ilustrados como Cornelius de Pauw, William Robertson o Guillaume-Thomas Raynal, entre otros (Villaverde y Castilla, 2016)–[28] y la crítica al sistema comunitario jesuítico –tan alabado por algunos «sabios» europeos, quizá en referencia a Voltaire o Rousseau (Azara, 1994: 165)–. Esta crítica de Azara al comunitarismo de los jesuitas en Paraguay pudo estar algo sesgada por su pertenencia al bando antijesuita, del que formó parte de modo destacado su hermano José Nicolás[29].

28. En sus *Investigaciones filosóficas sobre los americanos* (1768), el clérigo renegado holandés Cornelius de Pauw (1739-1799) hizo una crítica radical de la naturaleza americana, de los indios y de la colonización española, crítica que tendría luego cierta influencia en los dos historiadores de América más reconocidos del Dieciocho, Robertson y el abate Raynal. El contraste de Europa con América –según De Pauw– era entre fuerza y debilidad, entre civilización y salvajismo. América era un «continente antiguo y degenerado», «estéril, cubierto de aguas estancadas y vegetación que se pudría». Por su parte, los indios eran «una raza de niños crecidos», mientras que los conquistadores españoles habían sido unos «aventureros brutales y crueles que habían perpetrado matanzas sin número, destruyendo todo lo que habían encontrado», y los misioneros unos «curas ignorantes, cegados por el interés egoísta, en cuyos relatos de la cultura y la conversión de los indios no se podía confiar» (Brading, 2015: 486-488). Azara pondría en cuestión, en todos sus extremos, esta negativa visión. Sobre la posición de De Pauw, su notable influencia y la amplia controversia en torno a sus opiniones, véanse los capítulos 3 a 6 de Gerbi (1982).

29. Aunque los dos hermanos no se trataron personalmente hasta el final de la vida de José Nicolás, eran prejuicios comunes que, en el caso de Félix, pudieron contribuir a que ignorase los logros económicos de las misiones jesuíticas en aspectos fundamentales para la economía de la región (como, por ejemplo, el comercio y la comercialización de la hierba mate). No obstante, como se muestra luego en el texto principal de este artículo, el verdadero fundamento de la crítica de Azara a estos proyectos de base comunal reside en sus ideas individualistas y en su defensa de la propiedad privada.

Azara (1994: 158) defendió la colonización española porque había creado pueblos sin esclavizar a los indios ni venderlos como esclavos, al contrario de lo que habían hecho los portugueses. Asimismo, la iniciativa privada había desempeñado un papel relevante mediante las encomiendas. En el caso de que los indios hubieran cometido alguna injusticia con los españoles después de ser vencidos por las armas, habían sido repartidos y obligados a servir como criados (las encomiendas yanaconas), pero sin permitir su venta o maltrato ni tampoco su esclavización o despido por «malos, inútiles o enfermos», estando además supervisados por un régimen de visitas para comprobar si los encomenderos cumplían sus obligaciones (Azara, 1994: 159). En cambio, si los indios se habían sometido pacíficamente o por capitulación en la guerra, se les había permitido formar un pueblo bajo la jurisdicción de una encomienda de mitayos, donde los hombres de entre 18 y 50 años estaban obligados a trabajar por turnos durante dos meses al año (en los que eran mantenidos), quedando también bajo la supervisión de un régimen de visitas anuales. Esta había sido, por ejemplo, la forma de poblar del conquistador vasco Domingo Martínez de Irala (1509-1556), muy elogiado por Azara (1994: 159) por llevarla a cabo con el «menor costo al erario». La duración de todas las encomiendas se había fijado en la vida del primer encomendero y su heredero, por lo que se dieron pequeños excesos y hubo «poca sangre derramada» (Azara, 1994: 160). Por tanto, las encomiendas habían «incitado» a sus titulares a conquistar sin los inconvenientes del procedimiento portugués, que –como queda apuntado– había permitido vender a los indios como esclavos (Azara, 1994: 160-161). En suma,

> ¿procedieron mejor los ingleses, holandeses, franceses y portugueses y los alemanes que envió a América su paisano Carlos V? Digan lo que quieran, pero sólo los españoles han compuesto un código de leyes que rebosa en humanidad y que protege tanto a los indios como que les iguala a los españoles, y aún se prefiere en muchas cosas. (Azara, 1994: 166)

Según Azara, algunos autores extranjeros de la época habían contraargumentado diciendo que no se habían aplicado esas leyes, pero el ilustrado aragonés fue contundente al señalar que, tras consultar los archivos y «catastros originales», se constataba con claridad un hecho: «los indios netos» habían aumentado en las zonas bajo el régimen de encomiendas con respecto a los primeros años de la conquista (Azara, 2020, II: 173).

En cambio, en opinión de Azara, la otra forma de repoblar a través de misiones jesuíticas había tenido menos éxito, porque no había logrado que los indios se valiesen por sí mismos ni adquiriesen «ciencia ninguna» o desarrollasen las artes, pues solo tejían «lienzos para vestirse y para esclavos o gentes muy pobres» (Azara, 1994: 167). Sin embargo, los indios que no habían estado bajo el mandato jesuítico sí habían podido prosperar vendiendo y comprando sus campos y bienes libremente, o aprender español y españolizarse en su forma de vestir y sus costumbres (Azara, 1994: 210). Azara llegó incluso a afirmar que el régimen comunitario

jesuítico había dejado a los indios en «la esclavitud y la miseria», y que nada había «más contrario a la instrucción humana que esa especie de gobierno» (Azara, 1994: 207). En definitiva, aunque las «ideas de los jesuitas eran bellas», sus pueblos eran en la práctica «miserabilísimos», pues su «pobreza, miseria y desnudez» excedía todo lo «que [se pudiera] decir» (Azara, 1994: 43, 64, 75). Y, por si esto fuera poco, la colonización jesuítica había sido además más costosa, porque se habían solicitado continuamente fondos públicos con resultados pésimos. Es decir, se había malgastado el dinero (Azara, 1994: 149-150, 161-162).

El problema de las misiones jesuíticas había radicado en su régimen comunitario, que había que evitar a toda costa en próximas colonizaciones. No daban «licencia a nadie para trabajar en utilidad propia, precisando a todos, sin distinción de edad ni de sexo, a trabajar para la comunidad del pueblo, cuidando el mismo cura de alimentar y vestir igualmente a todos» (Azara, 1994: 165). Y como ningún indio podía aspirar a tener propiedad privada, se quitaban «todos los estímulos de ejercitar la razón y los talentos», y se estimulaba a la «languidez» en el trabajo (Azara, 1994: 165). Es cierto que luego se había expulsado a los jesuitas, pero se había seguido con el mismo sistema comunitario dirigido por un gobernador militar, dando lugar incluso a peores resultados (Azara, 1994: 168)[30].

La idea jesuítica de partida para instaurar el sistema comunitario –que había sido muy elogiado en Europa– radicaba en que ningún indio era capaz por sí mismo de obtener sus medios de vida, dada su falta de «economía y previsión para conservar nada en tiempos de escasez»; sin embargo, Azara (1994: 165) aseveraba que los indios no eran «niños» y sí tenían capacidad para proveerse de todo lo necesario sin dicho sistema[31]. Por otra parte, Azara se reafirmó en la importancia de la propiedad privada cuando descubrió que los portugueses, para poblar la frontera, repartían tierras en régimen de propiedad privada, lo que no solo incitaba a «edificar, cultivar, plantar y mejorar las posesiones, sino que también [era] una cadena que [fijaba] a los hombres para siempre» al territorio (Azara, 1994: 182).

La colonización propuesta por Azara para el virreinato coincidía con la proyectada por Campomanes y Olavide para Sierra Morena en el hecho de estar ambas alejadas de planteamientos utópicos y cimentadas sobre el dominio privado de la tierra. Pero también compartían, al menos, otros tres rasgos importantes:

30. En 1793 Azara señaló que los pueblos bajo gobierno civil o militar habían tenido mejores resultados en cuanto aumento de la población que los dirigidos por franciscanos y, sobre todo, por jesuitas (Azara, 1994: 130). La defensa de la encomienda y la crítica a las misiones jesuitas la realizó en diversos escritos recopilados en Azara (1994) y también –en los mismos términos– en su famoso *Viaje por la América meridional*: Azara (2020, II: caps. XI-XV).

31. Como se ha señalado anteriormente, la visión de Cornelius De Pauw de los indios americanos como inmaduros «niños crecidos» fue habitual en la Europa ilustrada. El escocés William Robertson, por ejemplo, los describía de forma similar como indolentes, pueriles e incapaces de razonamiento especulativo (Brading, 2015: 488, 494). En este sentido, resulta notable que Azara se apartara de tan extendida idea.

establecer población útil –dedicada a una actividad productiva–, asentada preferentemente en el sector agrícola y dispersa por el campo[32].

En efecto, en primer lugar, para colonizar se prefería población útil, joven y con familia. Pero este era un perfil muy alejado de los ociosos y despilfarradores gauchos que se dedicaban a la ganadería extensiva. Y Azara tampoco podía contar con aquellos indios «salvajes» que no había sido posible reducir; en este caso, la única opción era comerciar con ellos para que, «por su propio interés, [conservasen] la paz» (Azara, 1994: 190). Por todo ello, en la fundación del pueblo de Batoví asentó principalmente a los colonos que habían venido de España en 1771 para poblar la costa patagónica, pero desechando a aquellos que ya eran inútiles por haber envejecido o por no estar dispuestos a iniciar un nuevo proyecto de vida (pues perseguían ser mantenidos sin trabajar)[33].

En general, Azara prefería a pobladores casados, militares o civiles –sin excluir a los indios «pacíficos»–, a los que se debía ayudar a establecerse con fondos públicos para construir una casa. Además, a los civiles incluso se les proporcionaría una paga el primer año hasta que recogiesen los primeros frutos (que los militares no necesitaban por percibir ya un sueldo). A cambio, los colonos no podrían enajenar sus casas hasta pasados ocho años y los que incumplieran sus obligaciones tendrían que devolver las ayudas recibidas (Azara, 1994: 183). Un hecho diferenciador con las poblaciones de Sierra Morena fue que Azara no proponía un reparto igualitario de la tierra: se tenía que dar más a los militares según su rango –más a los oficiales– y menos a los civiles, pues «la riqueza en el reparto [debía] equilibrar las graduaciones y los respetos» (Azara, 1994: 183).

Un segundo rasgo de la colonización del agrarista Azara –que no fisiócrata– fue que tenía una base agrícola. Prefería la labranza sobre la ganadería extensiva. Tanto en su *Descripción e Historia del Paraguay y del Río de la Plata* de 1806 (publicada póstumamente en 1847) como en su *Viaje a la América meridional* (1809) Azara distinguió entre labradores y pastores o estancieros. Estos últimos decían de los primeros que eran unos «mentecatos», porque si se hiciesen pastores vivirían más cómodamente (Azara, 1994: 173). Sin embargo, la evidencia mostraba que los labradores tenían mejores casas, vestían adecuadamente y seguían una dieta alimenticia variada (Azara, 1994: 173-174); en cambio, los que se dedicaban a la ganadería extensiva vivían en casas con apenas muebles, vestían mal, seguían una dieta alimenticia basada en la carne, e incluso se daban al juego, la vagancia y el robo (Azara, 1994: 174; Azara, 2020, I: 155; II: 186-202).

32. Sin embargo, Azara no desarrolló la idea de establecer una industria popular. En los territorios americanos en general no se prohibió el establecimiento de manufacturas, pero sí se pusieron limitaciones, como expuso Campillo (1993: 149-157). Sobre los rasgos de las nuevas poblaciones fundadas en Sierra Morena y Andalucía, véase Perdices de Blas (1992: 187-240).

33. En total desechó a 146 familias por «inútiles»: véase Contreras (2010-2011, II: 313-314).

Sin embargo, Azara reconocía que –según fueran las condiciones físicas– la labranza no siempre era la actividad más productiva o aquella que prefería la población: «El manantial más abundante de riqueza para cualquier provincia es el cultivo de las producciones más análogas a su terreno, y a las inclinaciones y caprichos de sus habitantes» (Azara, 1994: 231). En estos casos, estaba a favor de una ganadería de explotaciones más pequeñas e intensivas en régimen de propiedad privada, facilitando el registro de la propiedad a aquellos ganaderos que hubieran poblado efectivamente una zona, pero que aún no tuvieran un título oficial de posesión (Azara, 1994: 232-234). También habría que permitirles comerciar con los territorios portugueses para dar mejor salida a sus producciones (Azara, 1994: 235).

Un tercer rasgo de la colonización de Azara –similar a la de Sierra Morena– fue la dispersión de la población por el campo para trazar una red defensiva tupida en las zonas fronterizas. Además, el aragonés consideraba que la dispersión era más acorde a la labranza y la ganadería intensivas, al tiempo que alejaba a la población de las aglomeraciones urbanas, que veía como focos de corrupción y vicio (Azara, 1994: 172). Uno de los efectos favorables de conceder la libertad a los indios sometidos al régimen comunitario jesuítico era, precisamente, que así podrían vivir «desparramados» por el campo (Azara, 1994: 211).

En suma, los proyectos colonizadores de los ilustrados Campomanes, Olavide y Azara tuvieron elementos comunes, principiando por los obstáculos e intrigas que hubieron de vencer para llevarlos a cabo.

5. Conclusión: reformismo borbónico con rasgos liberales

Probablemente, Félix de Azara adquirió en gran medida sus dotes para analizar las cuestiones socioeconómicas en el seno de la Real Sociedad Aragonesa de Amigos del País, donde se reunía un notable grupo de economistas (Asso, Normante, Generés, etc.). Allí debió aprender la importancia de tener un buen conocimiento de los recursos naturales de un territorio para así poder sacar de ellos el mayor provecho económico, evaluar las posibles producciones y plantear actuaciones adecuadas, todo ello con un enfoque eminentemente práctico. Como se ha señalado en este trabajo, la afirmación anterior es una hipótesis razonable y contextualizada: ante la falta de fuentes documentales e información biográfica, no parece descabellado pensar que el entorno más próximo en el que se desenvolvió en los momentos formativos de su vida –la ilustración aragonesa, la Sociedad Aragonesa de Amigos del País y su hermano– tuviera una significativa influencia en él.

Azara no puede ser definido como un liberal. Pero, como otros miembros de la última generación de ilustrados a la que perteneció –y que tan bien representa Jovellanos–, propuso medidas para liberalizar la economía. Como señaló Llombart, en realidad estos ilustrados propugnaron «más mercado y más Estado»: liberalización económica interior, robustecimiento del Estado y proteccionismo (Llombart, 1992: 356).

Entre los rasgos liberales de los planteamientos de Azara destaca, dentro de su modelo de colonización, su firme defensa de la propiedad privada y de la iniciativa individual apoyada en ella –en línea con el *Informe de Ley Agraria*–[34], facilitando el reparto de tierras y su registro, pero evitando los latifundios. Por tanto, rechazó el modelo de las misiones jesuíticas, con su organización comunal de la producción sin propiedad particular, donde los indios, en situación de absoluta igualdad, carecían de estímulos al trabajo y al desarrollo de artes y oficios. Azara también criticó del monopolio del tabaco en Paraguay, que –entre otras cosas– daba lugar a una disminución de la producción y rendía poco al Tesoro, y denunció los problemas de la administración colonial (exceso de funcionarios y formalismos burocráticos, corrupción, despilfarro de fondos públicos, etc.). Por último, fue partidario de fomentar el tráfico comercial eliminando trabas (pero sin proponer una libertad absoluta) e identificó además el comercio como vía de pacificación de los indios más belicosos, a los que no cabía asentar como agricultores. Es decir, abogó por un comercio más libre dentro del propio virreinato, pero sin apelar a una completa liberalización del comercio interior; además, probablemente fuera favorable a mantener el comercio exclusivo de España con sus territorios americanos, aunque no llegó a manifestarse explícitamente al respecto.

Al igual que Campomanes, Azara vio en el poblamiento la mejor forma de asegurar las fronteras del virreinato, cumpliendo así con la función de defensa que Adam Smith asignaba al Estado como uno de sus cometidos básicos. Además, su modelo de colonización en Batoví tuvo importantes similitudes con el planteado en Sierra Morena –a mayor escala– por Campomanes y Olavide. Azara fue un convencido agrarista –no un fisiócrata– que subrayó la superioridad de la labranza sobre el pastoreo siempre que las condiciones físicas fuesen adecuadas, destacó el desaprovechamiento de tierras y recursos del virreinato, y abogó por la dispersión de las explotaciones ganaderas por el campo. Sin embargo, no hizo referencia a la industria popular (que sí estaba en el modelo de Sierra Morena). Del mismo modo, si bien Azara nunca defendió la idea de la productividad exclusiva de la tierra, tampoco aludió explícitamente a la interdependencia y complementariedad de la agricultura respecto al desarrollo de otras actividades económicas (que sí destacó el economista rioplatense Belgrano).

Por último, merece la pena destacar que, a la luz de sus observaciones directas de las «naciones indias» de la América meridional, Azara reformuló la teoría de los cuatro estadios, que sostuvieron destacados autores franceses e ingleses de la segunda mitad del siglo XVIII e influyó en el desarrollo de diversas ciencias sociales. El aragonés afirmó que cuando los españoles llegaron a América los indios que habían alcanzado el estadio agrícola no habían pasado por la fase pastoril. Esto suponía poner en cuestión algo ampliamente admitido en Europa,

34. Véase, por ejemplo, Jovellanos (2008: 708-709, 711, 713, 726).

al igual que la idea de Buffon de la decadencia de la naturaleza americana[35]. En este sentido, Azara cuestionó igualmente la visión crítica que mantuvieron influyentes autores como De Pauw, que subrayaban la supuesta inferioridad del continente americano, el carácter indolente e inmaduro de los indios o la perniciosa colonización española: él, por el contrario, reivindicó América y la capacidad y la autonomía indígenas, así como la labor llevada a cabo por los españoles pese a sus errores. Además, se posicionó claramente en contra del tráfico de esclavos.

6. Bibliografía

Amodio, Emanuele (2006), «Etnografías de Frontera. Los indígenas en la obra etnográfica de Félix de Azar», en Ignacio Ballarín, Julio Contreras y Manuel Español (coords.), *Tras las huellas de Félix de Azara (1742-1821)*, Huesca: Diputación de Huesca, pp. 14-29.

Andrews, George Reid (2000), *The Afro-Argentines of Buenos Aires*, Madison: University of Wisconsin Press.

Andrews, George Reid (2010), *Blackness in the White Nation: A History of Afro-Uruguay*, Chapel Hill: University of North Carolina Press.

Asso, Ignacio de (1983) [1798], *Historia de la Economía Política de Aragón*, J. M. Casas Torres (ed.), Zaragoza: Guara.

Azara, Félix de (1979): «Memoria sobre el estado rural del Río de la Plata en 1801», en José Carlos Chiaramonte (ed.), *Pensamiento de la Ilustración: economía y sociedad iberoamericanas en el siglo XVIII*, Caracas: Biblioteca Ayacucho, pp. 112-124.

Azara, Félix de (1994), *Escritos fronterizos*, Manuel Lucena y Alberto Barrueco (eds.), Madrid: ICONA.

Azara, Félix de (2020) [1809], *Viajes por la América meridional*, edición facsímil de 1941, Valladolid: Editorial Maxtor.

Belgrano, Manuel (1913a) [1796], «Medios generales de fomentar la agricultura, animar la industria, proteger el comercio en un país agricultor», en Museo Mitre (ed.), *Documentos del Archivo de Belgrano*, vol. I, Buenos Aires: Coni, pp. 57-80.

Belgrano, Manuel (1913b) [1810], «Dedicatoria a los labradores, artistas y comerciantes» [*Correo de Comercio*, 3.III.1810], en Museo Mitre (ed.), *Documentos del Archivo de Belgrano*, vol. II, Buenos Aires: Coni, pp. 13-14.

Borucki, Alex (2011), «The slave trade to the Río de La Plata, 1777-1812. Trans-imperial networks and Atlantic warfare», *Colonial Latin American Review*, 20(1), pp. 81-107.

Bowles, Guillermo (1789) [1775], *Introducción a la Historia Natural y a la Geografía Física de España*, 3.ª edición, Madrid: Imprenta Real.

Brading, David A. (2015), *Orbe indiano: de la monarquía católica a la república criolla, 1492-1867*, México: Fondo de Cultura Económica.

Caballero, Herib (2006), «Félix de Azara y la explotación tabacalera en el Paraguay (1748-1805)», en Ignacio Ballarín, Julio Contreras y Manuel Español (coords.), *Tras las huellas de Félix de Azara (1742-1821)*, Huesca: Diputación de Huesca, pp. 38-53.

35. Sobre la visión de América por parte del conde de Buffon véase Gerbi (1982: 3-31).

Campillo, José del (1993) [1789], *Nuevo sistema de gobierno económico para la América*, Manuel Ballesteros (ed.), Oviedo: GEA.

Capel, Horacio (2006), «El ingeniero militar Félix de Azara y la frontera americana como reto para la ciencia española», en Ignacio Ballarín, Julio Contreras y Manuel Español (coords.), *Tras las huellas de Félix de Azara (1742-1821)*, Huesca: Diputación de Huesca, pp. 54-103.

Concolorcorvo [Alonso Carrió de la Vandera] (1942), *El lazarillo de ciegos caminantes desde Buenos Aires hasta Lima, 1773*, Buenos Aires: Ediciones Argentinas Solar.

Contreras, Julio R. (2010-2011), *Félix de Azara. Su vida y su época,* 3 vols., Huesca: Diputación de Huesca.

Deckmann, Eliane C. (2022), «Doblemente en la frontera: Félix de Azara y sus viajes por la América Meridional», *Boletín Americanista*, 84, pp. 85-104.

Fanjul, Serafín (2006), «Etnografía y política en Félix de Azara», en Ignacio Ballarín, Julio Contreras y Manuel Español (coords.), *Tras las huellas de Félix de Azara (1742-1821)*, Huesca: Diputación de Huesca, pp. 168-175.

Gerbi, Antonello (1982), *La disputa del Nuevo Mundo. Historia de una polémica, 1750-1900*, México: Fondo de Cultura Económica.

Jovellanos, Gaspar Melchor de (2008) [1795], «Informe de Ley Agraria», en Gaspar Melchor de Jovellanos, *Obras Completas: X. Escritos Económicos*, Vicent Llombart y Joaquín Ocampo (eds.), Gijón: Ayuntamiento de Gijón-Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII-KRK Ediciones, pp. 689-848.

Llombart, Vicent (1992), *Campomanes, economista y político de Carlos III*, Madrid: Alianza.

Lollo, María Soledad (2010), *Diarios de viaje por América: un instrumento del reformismo borbónico en el Río de la Plata*, Huelva: Universidad de Huelva.

Lucena, Manuel y Barrueco, Alberto (2006), «"Por la ciencia y la gloria nacional". Félix de Azara y la exploración de las fronteras americanas», en Ignacio Ballarín, Julio Contreras y Manuel Español (coords.), *Tras las huellas de Félix de Azara (1742-1821)*, Huesca: Diputación de Huesca, pp. 225-235.

Meek, Ronald L. (1981), *Los orígenes de la ciencia social: el desarrollo de la teoría de los cuatro estadios*, Madrid: Siglo XXI.

Menudo, José Manuel (2015), «Las historias de los estadios de la sociedad en el siglo XVIII», en *IX Encuentro de la Asociación Ibérica de Historia del Pensamiento Económico*, Valencia 4-5 de diciembre, https://adeit-estaticos.econgres.es/2015aihpe/menudo.pdf

Millau, Francisco (1947) [1772], *Descripción de la provincia del Río de la Plata*, Madrid: Espasa-Calpe.

Mones, Álvaro y Klappenbach, Miguel Á. (1997), *Un ilustrado aragonés en el Virreinato del Río de la Plata: Félix de Azara (1742-1821)*, Montevideo: Museo Nacional de Historia Natural.

Newland, Carlos y Waissbein, Daniel (1984), «Una nota sobre Adam Smith, Ulloa y la economía de Buenos Aires», *Revista de Historia Económica*, 2(1), pp. 161-167.

Paquette, Gabriel (2008), *Enlightenment, Governance, and Reform in Spain and its Empire, 1759-1808*, Londres: Palgrave Macmillan.

Paula Sanz, Francisco de (1977) [1779-1781], *Viaje por el virreinato del Río de la Plata: El camino del tabaco*, Buenos Aires: Librería Editorial Platero.

Perdices de Blas, Luis (1992), *Pablo de Olavide (1725-1803), el ilustrado*, Madrid: Editorial Complutense.

Perdices de Blas, Luis y Ramos Gorostiza, José Luis (2016), «Rediscovering America: Political Economy of Spanish Colonies According to the Explorers Juan-Ulloa, Malaspina and Humboldt», *Revista de Historia Económica*, 34(1), pp. 135-159.

Perdices de Blas, Luis y Ramos Gorostiza, José Luis (2025), «Slavery and the slave trade in Spanish economic thought, sixteenth to eighteenth centuries», *History of Economic Ideas*, XXIII(2), pp. 11-40.

Pietschmann, Horst (2004), «Consciencia de identidad, legislación y derecho. Algunas notas en torno al surgimiento del "individuo" y de la "nación" en el discurso político de la monarquía española durante el siglo XVIII», *Revista de Estudios Histórico-Jurídicos*, 26, pp. 1341-1362.

Pino-Díaz, Fermín del (2021), «"Los cuatro estadios", una teoría ilustrada de la evolución social con precedente hispano», *Araucaria. Revista Iberoamericana de Filosofía, Política, Humanidades y Relaciones Internacionales*, 23(47), pp. 111-130.

Rodríguez Braun, Carlos (1989), *La cuestión colonial y la economía clásica*, Madrid: Alianza.

Rodríguez Campomanes, Pedro (1975) [1774-1775], *Discurso sobre el fomento de la industria popular. Discurso sobre la educación popular de los artesanos*, John Reeder (ed.), Madrid: Instituto de Estudios Fiscales.

Rodríguez Campomanes, Pedro (1984) [c. 1750], *Bosquejo de política económica española*, Jorge Cejudo (ed.), Madrid: Editorial Nacional.

Rodríguez Campomanes, Pedro (1988) [c. 1762], *Reflexiones sobre el comercio español a Indias (1762)*, Vicente Llombart (ed.), Madrid: Instituto de Estudios Fiscales.

Sánchez Hormigo, Alfonso; Malo, José L. y Blanco, Luis (2003), *La cátedra de Economía Civil y Comercio de la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País (1794-1846)*, Zaragoza: Ibercaja-Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País.

Sarrailh, Jean (1992), *La España ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII*, México: Fondo de Cultura Económica.

Smith, Adam (1982), *Lectures on Jurisprudence*, Indianapolis: Liberty Fund.

Smith, Adam (1987) [1776], *Investigación sobre la Naturaleza y Causas de la Riqueza de las Naciones*, 2 vols., Barcelona: Oikos-Tau.

Usoz, Javier (1996), *Pensamiento económico y reformismo ilustrado en Aragón, 1760-1800*, Tesis doctoral, Zaragoza: Universidad de Zaragoza.

Villaverde, María José y Castilla, Francisco (dirs.) (2016), *La sombra de la leyenda negra*, Madrid: Tecnos.

ISSN: 1576-7914 - e-ISSN: 2341-1902
DOI: https://dx.doi.org/10.14201/cuadieci202526509537

CARLOS RUTA: CORTESANO Y ARTISTA AFICIONADO EN LA CORTE BORBÓNICA (1725-1794)

Carlos Ruta: Courtier and Amateur Artist at the Bourbon Court (1725-1794)

Carlos RAMÍREZ RAYA
Universidad de Córdoba
l72rarac@uco.es

Fecha de recepción: 17/07/2024
Fecha de aceptación: 29/03/2025

RESUMEN: En el presente artículo se aborda la figura de Carlos Ruta, un italiano que entró al servicio de Carlos III durante su estancia en Nápoles y llegó hasta España, donde continuó su labor al servicio de este rey y su hijo Carlos IV. Las noticias que hasta ahora han llegado sobre su persona son muy fragmentarias y abordadas desde prismas muy alejados. Siendo fundamentalmente un cortesano cerca del rey, de entre todas sus actividades sobresale su labor como maestro de dibujo del príncipe Carlos y del infante Gabriel, así como su desempeño en el mundo del arte y la arquitectura amateur, aspectos que más nos interesan en este caso. Estas facetas nos acercan al asunto del ejercicio diletante del arte en la Corte española, cuestión que este artículo pretende desarrollar.

Palabras clave: Academia; diletantismo; educación artística; siglo XVIII; corte de España.

ABSTRACT: This article deals with the figure of Carlos Ruta, an Italian who entered the service of Charles III during his stay in Naples and arrived to Spain, where he continued his work in the service of this king and his son Charles IV. The information that has so far come down to us about him is very fragmentary and approached from very different perspectives. Although he was basically a courtier close to the king, his work as drawing master to the prince Carlos and the Infant

Gabriel stands out among all his activities, as does his work in the world of amateur art and architecture, which is the aspect that interests us most in this case. This facet brings us closer to the issue of Ruta's dilettante exercise of art in the Spanish Court, a question that this article aims to develop.

Key words: Academia; dilettanticism; artistic education; 18th century; Spanish Court.

1. La consideración de la práctica amateur del arte en las cortes europeas

La sociedad de la monarquía hispánica en el siglo XVIII reflejó un constante pero pausado dinamismo social que progresivamente fue alterando las pautas establecidas en el Antiguo Régimen. Este aspecto dio lugar a una modificación de las bases sociales con la entrada de nuevos grupos de pecheros entre las elites y, en ocasiones, entre el grupo privilegiado que conformaba la nobleza. Los métodos utilizados para este ascenso social fueron diversos, entre ellos la realización de matrimonios hipergámicos o la compra de oficios y títulos (Soria Mesa, 2013). El cénit de esta práctica se alcanzó a lo largo del siglo XVIII especialmente en lo que al servicio a la Corona se refiere. De tal modo, los Borbones premiaron las virtudes y el mérito de sus servidores a través de su ascenso social, consiguiendo en algunos casos que gentes del estado llano alcanzasen diferentes cargos de responsabilidad de los reinos, sustituyendo a la alta nobleza (García Hernán, 1992: 24).

Por otra parte, tanto para los antiguos linajes como para estos grupos emergentes existieron el interés y la necesidad de emplear toda una serie de recursos que sirvieron como estrategias de legitimación social, la justificación de su estatus. Entre los modos de vida de la elite, siempre ha resonado el concepto *Imagen del poder* (Soria Mesa, 2013: 270-275), que engloba todas estas estrategias de representación, la creación de una imagen externa a modo de propaganda que simbolice el poder adquirido. En este sistema, sin duda, el arte y su promoción gozaron de un papel primordial como elemento representativo.

Sin necesidad de analizar en profundidad los ejemplos de patronazgo de obras artísticas, que en muchos casos son sobradamente conocidos, en el caso que tratamos aquí se plantea una perspectiva diferente. A partir del Renacimiento (Baxandall, 1978; Burke, 1995; Welch, 1997), y en especial a partir del siglo XVII, hubo una nueva actitud por parte de la nobleza (Haskell, 1987) que fue más allá de esta promoción, acercándose poco a poco al hecho artístico en sus diversas variantes (Alonso, 2019: 60-61). Existió un progresivo cambio de consideración del arte y el artista (Gállego, 1976) entre las esferas de mayor nivel cultural a lo largo del Seiscientos, pasando de considerarse una actividad artesanal a dotar de un aura de liberalidad (Rodríguez de Rivas, 1941; Marías, 1989) e incluso nobleza a las artes, especialmente la pintura. Todo ello conllevó que cada vez se diese con más frecuencia la práctica del dibujo, la pintura y otras artes entre los personajes de mayor consideración social, como nobles y reyes (Martín González, 1993), sin

que ello afectase a su condición, al no estar vinculada esta práctica a una actividad económica y comercial (González Ramos, 2019b: 108-109). Surgió entonces el concepto de artista diletante o aficionado (Gállego, 1976; Martín González, 1993), con claros paralelos europeos (Bermingham, 2000; Sloan, 2000; Rosenbaum, 2010), figura que, a diferencia del artista profesional, llevaba a cabo la práctica de las artes plásticas como parte de la educación estamental, rasgo elitista, e incluso por puro placer (Chatelus, 1991: 217-284). En el siglo XVIII este fenómeno del diletantismo artístico se asentó de manera definitiva entre las grandes elites y alcanzó las cotas más elevadas (González Ramos, 2019a: 175).

No obstante, la práctica artística pronto comenzó a darse entre aquellos nuevos grupos bien situados que, sin ser nobles, aspiraban al ennoblecimiento. Si el cambio de consideración de la práctica del arte había ido despojándolo de ese carácter artesanal, impropio de las elites, pronto se fue convirtiendo en una actividad que ennoblecía a sus practicantes. Tal es el caso de destacados pintores como Velázquez, quienes a través de la práctica del arte alcanzaron un estatus social mucho más elevado del de su punto de partida, llegando incluso a obtener hábitos de órdenes militares (Méndez Rodríguez, 1999: 126; Sánchez Quevedo y Morán Turina, 1999: 123-134). Muchos de ellos contaron además con las facilidades que les otorgaba su posición en las distintas cortes europeas del momento (Warnke, 1991). Del mismo modo, además de la dedicación al arte, la enseñanza de sus técnicas y formas a los miembros del estamento nobiliario contribuyeron a que, por una doble vía, el servicio a las elites y la práctica de un ejercicio ennoblecedor, impulsaran socialmente a estos grupos medios en vías de ascenso.

Ejemplo de ambos paradigmas es el caso de nuestro personaje, Carlos Ruta, un italiano de familia acomodada que entró al servicio de Carlos III en la Corte de Nápoles como ayuda de cámara y que también desempeñó una destacada actividad en el mundo del arte, como artífice y docente de los infantes. Algunos autores lo han definido como artista profesional. Otros, sin embargo, se decantan por su papel como aficionado a las artes plásticas. A través de lo aportado en este texto, se propone una actualización de los postulados tanto de estos como de otros autores sobre este personaje, reflexionando sobre aspectos relacionados con su cometido como cortesano y como personalidad en el mundo artístico español de la segunda mitad del siglo XVIII.

2. Carlos Ruta: de Parma a la Corte de Carlos III

Carlos Ruta y Pasqualini nació el 31 de octubre de 1725 en la ciudad de Parma[1]. Procedía de una familia de reconocido prestigio entre la sociedad italiana de

1. Al parecer, nació en la «calle de San Andrés» de la ciudad italiana. Archivo Histórico Nacional (AHN), «Ruta y Pasqualini Bañara y Pilastrini, Carlos», Estado-Carlos III, exp. 226, s. f.

este momento[2]. Por vía paterna, fue hijo de Clemente Ruta, reconocido pintor que estuvo al servicio del rey de las Dos Sicilias, futuro Carlos III de España, y de la duquesa de Parma, Dorotea Sofía de Neoburgo, entre 1741 y 1759 (Urrea, 1989: 120-130; Cirillo y Crispo, 2012: 238). En fecha incierta, Clemente fue honrado por el «Serenissimo Principe Farnesio» con el título de caballero, lo cual lo situaría en el ámbito del artista ennoblecido. También es posible encontrar otros reconocimientos destacados una generación atrás, en la figura del abuelo de nuestro personaje, «el muy ilustre» don Josef Ruta, capitán de Bombarderos y jefe del Cuerpo de Artilleros de Parma. Además, el resto de sus ascendientes habrían sido tenidos por reputados nobles según los testigos que pudieron conocerlos y que fueron interrogados para constatar la nobleza de Carlos Ruta cuando se le concedió la Orden de Carlos III, aunque estos testimonios hay que tomarlos con las debidas precauciones. Siendo hijo de Mariana Pasqualini, también resulta muy interesante el estatus de la rama materna, algunos de cuyos miembros, según el expediente de la Orden de Carlos III, estuvieron al servicio de algunas de las grandes familias del momento y detentaron oficios propios de su situación de medianía social en el campo administrativo. Así, el abuelo materno, Sigismundo Pasqualini, fue secretario de los serenísimos duques de Parma, los Farnesio, mientras que el padre de este, Tomás Pasqualini[3], ejerció como juez –esto es, alcalde mayor– de la ciudad de Rocabianca. Por su parte, el otro bisabuelo materno, el ilustrísimo Pedro Francisco Pilastrina, fue tenido por noble natural, siendo caballero de la ciudad de Viadana. Tal habría sido el estatus social adquirido, que según el citado expediente una de las ramas de sus descendientes emparentó con los Landini, de la casa de los condes de Castelnovo[4].

Al estatus y reconocimiento social de la familia deben sumarse todos aquellos vínculos, círculos sociales y relaciones clientelares que los ubicaban entre la elite, la burguesía y los grupos en ascenso de la sociedad italiana y española de este tiempo. A los mencionados duques de Parma, para quienes trabajaron, o los condes de Castelnovo, con quienes emparentaron[5], se unieron otro tipo de relaciones con habitantes destacados de las ciudades de Plasencia y Parma. Por ejemplo, personajes como el ilustrísimo Gerónimo Nicelli o los muy ilustres don Cosme Ángel Anguisola y doña Ángela Sacchi fueron padrinos en los bautismos de Clemente y

2. Así lo confirmaban numerosos testigos en el memorial que se realizó para su nombramiento como caballero de la Orden de Carlos III. AHN, «Ruta y Pasqualini Bañara y Pilastrini, Carlos», Estado-Carlos III, exp. 226, s.f.

3. Tanto en este caso como en los demás para dicha familia se conservan los nombres castellanizados que aparecen en el citado expediente, no los originales nombres italianos que ciertamente tendrían.

4. AHN, «Ruta y Pasqualini Bañara y Pilastrini, Carlos», Estado-Carlos III, exp. 226, s. f.

5. A este caso de vínculo con algunas importantes casas nobiliarias tituladas puede sumarse la relación personal de Emilia Dioni, nieta de Gerónimo Ruta, con la señora doña Margarita D'Este, que además de formar parte de su servicio «fue particularmente favorecida», AHN, «Ruta y Pasqualini Bañara y Pilastrini, Carlos», Estado-Carlos III, exp. 226, s. f.

Carlos Ruta respectivamente, según consta en dicho expediente. De igual forma, los familiares habían entroncado matrimonialmente con otros destacados miembros de la elite burócrata local, como Antonio Malaspina, abogado fiscal de la cámara ducal, desposado con Bárbara Ruta, hermana de Josef Ruta. El propio Carlos casaría en 1752 con María Antonia Sorgo, hija de un noble de Ragusa[6].

Además, la economía de los Ruta Pasqualini gozaba de cierta salud en aquel entonces. Entre las propiedades familiares se experimentó un incremento progresivo desde los tiempos de Josef Ruta con la adquisición de algunas casas en Parma, casas de campo, tierras adquiridas y arrendadas, o algún censo anual. La dote matrimonial aportada para el enlace del propio Carlos Alcanzó los dos mil ducados e incluía ricos vestidos, alhajas y varias herencias de los padres de su esposa. A la muerte de Clemente, Carlos Ruta pasó a ser el heredero universal y particular de todos sus bienes muebles y raíces, dejando para sus hermanas Ángela y Bárbara dotes de treinta mil libras[7]. Todo ello ofrece muestras de la buena posición social y económica de la familia todavía en ascenso, premiada en determinadas ocasiones con enlaces matrimoniales hipergámicos (Goody, 1986) y con varios reconocimientos, oficios y honores.

Ruta debió pasar los primeros años de su vida en Parma, hasta mayo de 1741, momento en el que su padre aparece en la Corte de Nápoles al servicio del rey de las Dos Sicilias, futuro Carlos III de España, quien quizás lo hizo venir de Parma y pudo conocerlo cuando detentaba ese ducado[8]. El pintor parmesano trabajó realizando varios retratos a miembros de la familia real, como la infanta Isabel o el mismo rey (Urrea, 1989: 120-130). A partir de entonces, su hijo Carlos fue puesto al servicio de su majestad, encargándose al parecer, entre otras cosas, del cuidado de los infantes, en especial del príncipe don Carlos Antonio, a quienes probablemente sirvió ya durante esta primera etapa en la Corte napolitana[9]. Además, parece que también habría sido nombrado ayuda de cámara del rey en este primer periodo[10] (Dávila y Collado, 1893: 33-34).

La estancia en dicha Corte llegó a su fin en 1759, momento en que trasladó su estancia de manera definitiva a España tras el ascenso al trono de la monarquía hispánica de Carlos III. Durante el viaje a bordo del real bajel «El Fénix», Ruta se encontraba entre los que acompañaron a la familia real en su travesía junto con otro personal del servicio (Dávila y Collado, 1893: 33-34). También fue

6. AHN, «Ruta y Pasqualini Bañara y Pilastrini, Carlos», Estado-Carlos III, exp. 226, s. f.

7. AHN, «Ruta y Pasqualini Bañara y Pilastrini, Carlos», Estado-Carlos III, exp. 226, s. f.

8. Conviene recordar que el futuro Carlos III de España fue duque de Parma y Piacenza entre 1731 y 1735 con el nombre de Carlos I.

9. AHN, «Ruta y Pasqualini Bañara y Pilastrini, Carlos», Estado-Carlos III, exp. 226, s. f.; Archivo General de Palacio (AGP), «Expediente de Carlos Ruta», C2670/3, s. f.

10. Según su expediente de la Orden de Carlos III, Ruta «Vino a esta Corte de la de Nápoles, sirviendo al Rey nro señor en el empleo de su Ayuda de Camara». AHN, «Ruta y Pasqualini Bañara y Pilastrini, Carlos», Estado-Carlos III, exp. 226, s. f.

el momento en que se despidió de su padre, quien moriría en Parma unos años después, en 1767 (Urrea, 1989: 167). A su llegada al puerto de Barcelona fue nombrado ayuda de cámara de su majestad mediante real orden del 17 de octubre de 1759, jurando su plaza al día siguiente y cobrando desde entonces un sueldo anual de 160 reales[11]. Así continuaba en su nuevo lugar de destino con la misma distinción y cometido que habría comenzado en Nápoles años atrás. Además de esta función, se encargó especialmente del cuidado y la educación de los infantes[12]. El viaje de Ruta a España junto a la familia real no es un asunto baladí, pues el monarca debió de tener sólidos argumentos para decidir que le acompañase en esta nueva etapa en la Corte española. Quizás esto lo determinase su posible carácter cercano ya que desde tiempo atrás gozaba de la confianza del rey hasta el punto de convertirse en uno de sus ayudas de cámara.

Según Covarrubias, los ayudas de cámara se definían como «los gentiles hombres que se dan por ayudas a los caualleros de la llaue dorada, que son de la Cámara de su Magestad, para que acudan a los ministerios ordinarios: en que no se han de ocupar los señores» (Covarrubias, 1611: 27v.). Sus labores principales consistían en el servicio ayudando a vestir, desvestir o asear al rey, además de preparar su cama. Debían cumplir con su presencia constante en palacio, siendo obligatoria la presencia de todos ellos en las comidas del rey. Por lo general, sus tareas se ejecutaban en silencio, aunque había ciertas excepciones que permitían un acercamiento al monarca (López Rodríguez, 2016: 149-150). Por tanto, era una labor que llevaba implícita una cercanía física y personal con la figura del rey, lo que los llevaba a un sistema que se definió como *economía política* (Martínez Millán y Hortal Muñoz, 2015: 443). Con ello se alude a una serie de signos de protección o de tutela que derivaban en un sistema de economía interna basado en relaciones que se definían a través de la fidelidad, el servicio o la amistad, fuera de la jurisprudencia establecida en las leyes de la Corte (Martínez Millán, 2006: 17-61). Además, este mecanismo podía establecerse a través de otro tipo de personalidades de menor calado social que gozaban de este aprecio gracias a la pertenencia al séquito cortesano (Martínez Millán y Hortal Muñoz, 2015: 443-445).

En cierto modo, su papel como funcionario al servicio de la monarquía también ofrecía ciertas sombras. La pertenencia a la Corte, con los beneficios sociales que ello reportaba, requería de una representación externa que reivindicase su papel como tal. Esto traía como consecuencia una inversión económica muy importante destinada a mantener un estilo de vida adecuado a su posición social (Soria Mesa, 2013: 261). Dicha inversión provocó que en algunas ocasiones nuestro personaje se encontrase con dificultades económicas para «vivir decentemente», sumando a ello los posibles retrasos en los pagos de su sueldo por parte de las arcas

11. AGP, «Expediente de Carlos Ruta», C2670/3, s. f.
12. Referido en numerosas ocasiones en su expediente de la Orden de Carlos III y en los citados documentos del Archivo General de Palacio.

reales. En este sentido, Ruta llegó a afirmar que a pesar de estar bien colocado en España no podía dejar de valerse de sus rentas de Parma «por los muchos gastos que debe hacer, para mantenerse decentemente con su familia»[13]. Este hecho le llevó incluso a tener problemas con sus hermanas, a quienes solo pudo dejar el usufructo de la dote que les otorgó su padre. Trataron de solventar la situación reclamando al rey el sueldo que cobraba Clemente en Nápoles, de 92 ducados y 98 ¼ granos al mes, aunque les fue denegado, recibiendo únicamente un pago de ayuda de costa de 50 doblones[14]. Estos problemas económicos llegarían a agravarse en determinados momentos. Ejemplos de ello son la ayuda que Ruta pidió al rey para la educación de su hija en 1764 por hallarse «con estrecheces»[15] o la reclamación de un aumento de sueldo por parte de la hija «en la mayor aflicción por no poder pagar las deudas que contrajo durante las pasadas ocurrencias»[16].

A través del desempeño de sus labores de servicio y gracias a la fidelidad mostrada, Ruta pudo medrar en la Corte, gozando de la confianza de los monarcas Carlos III y Carlos IV, quienes le encomendaron numerosas comisiones que ejecutó con total exactitud[17]. Su posición social también trascendió a su descendencia. Tras un primer matrimonio en 1752 con doña María Antonia Sorgo, sin hijos conocidos, tomaría segundas nupcias en fecha incierta con doña Gertrudis Valle Pecorini, posiblemente una italiana de condición burguesa, con quien debió tener varios hijos[18]. Entre ellos, su hija Rosa Ruta continuó con las distintas labores de servicio a la casa real que ofrecía la familia Ruta desde hacía varias décadas atrás. Así pues, su heredera principal se convirtió en camarista de la princesa de Asturias María Luisa de Parma, a su servicio desde el año 1785 y a la que seguiría sirviendo en dicho cometido siendo ya reina. Con posterioridad, en 1797, Rosa tomaría el hábito de religiosa, ingresando en el convento de las comendadoras de Santiago de la villa de Madrid, aunque conservando el sueldo y los privilegios de los que gozaba hasta entonces en la Corte[19].

A lo largo de su vida, Carlos Ruta fue premiado con varios reconocimientos civiles y militares que le otorgaron finalmente el estatus nobiliario. Gracias a las capitulaciones matrimoniales de su enlace con María Antonia Sorgo, hija de don Miguel Sorgo, se conoce que poseía el cargo de capitán del puerto de Taranto, un importante e histórico enclave comercial y militar del sur de Italia[20].

Su consideración definitiva como perteneciente al estamento nobiliario italiano llegó en enero de 1773. El año anterior había pedido al monarca español

13. AGP, «Expediente de Clemente Ruta», C937/1, s. f.
14. AGP, «Expediente de Clemente Ruta», C937/1, s. f.
15. AGP, «Expediente de Carlos Ruta», C2670/3, s. f.
16. AGP, «Expediente de Carlos Ruta», C937/2, s. f.
17. AGP, «Expediente de Carlos Ruta», C937/2, s. f.
18. AGP, «Expediente de Carlos Ruta», C2670/3, s. f.
19. AGP, «Expediente de Rosa Ruta», C937/2, s. f.
20. AHN, «Ruta y Pasqualini Bañara y Pilastrini, Carlos», Estado-Carlos III, exp. 226, s. f.

una licencia por seis meses para emprender viaje a Parma, que se extendió con una nueva prórroga de otros seis meses para su regreso, además de las respectivas ayudas económicas acordadas. Según su expediente, conservado en el Archivo General de Palacio, las principales motivaciones recaían en la restauración de algunas dependencias de su casa y, especialmente, «al arreglo de intereses propios»[21]. En el transcurso de esta estancia, Carlos Ruta presentó una súplica al trono de Parma en la que solicitaba su nombramiento como noble de la ciudad. Parece, pues, que el viaje de Ruta fue premeditado, pudiendo haber entablado contacto con la burocracia parmesana previamente para la puesta en marcha de dicho procedimiento a su llegada. El tiempo pasado en la ciudad fue muy fructífero, pues en estos momentos pudo llevar a cabo las distintas gestiones requeridas para tal trámite. Tras aportar diferentes documentos y atender a los testigos que dieron fe de su calidad social, el 25 de septiembre de 1772 el duque de Parma don Fernando de Borbón emitió una cédula de la Real Secretaría en la que mandaba su declaración como «Noble de nobleza hereditaria» de la ciudad de Parma[22]. Este, sin duda, no fue un reconocimiento casual, sino una herramienta buscada que posteriormente contribuyó a abrirle otras puertas en su escalada social en los territorios de la monarquía hispánica, donde ya se había asentado.

Efectivamente, la condecoración más reseñable le llegó en la última década de su vida. Tras la publicación de un real decreto de 17 de julio de 1785 y mediante las diferentes pesquisas llevadas a cabo por la comisión creada al efecto, Carlos Ruta fue nombrado caballero de la Orden de Carlos III[23] (Ezquerra y Trullenc, 1786: 383; Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, 1793: 110; Cadenas y Vicent, 1987: 120). Creada en 1771, fue una orden militar que tuvo como principales premisas la recompensa del mérito y la virtud a través del servicio al rey (Real y Muy Distinguida Orden de Carlos III, 1863; Fernández Dueñas, 1998: 71-73; Ceballos-Escalera y Gila, 2016). Se insertaba dentro de esta dinámica de la monarquía borbónica que premiaba los servicios de sus súbditos con gracias y mercedes. En el caso concreto de las órdenes, estas gozaron de una gran importancia en esta labor reafirmando los ascensos sociales y la distinción simbólica de nobleza de los personajes condecorados (Gorraiz Gonzalo, 2017: 123-124).

Según las constituciones de la Orden de Carlos III, entre sus requisitos se encontraba el manifiesto de su buena vida y costumbres, la limpieza de sangre de sus antecesores –esto es, la confirmación de que descendía de *cristianos viejos*, no conversos– y, por supuesto, su pertenencia a la nobleza de sangre –demostrar su proveniencia de familias de origen noble– (Orden de Carlos III, 1845: 23-24). El reconocimiento oficial de Ruta como noble italiano años atrás sirvió para abrirle las puertas de esta orden y, por consiguiente, convertirse también en noble

21. AGP, «Expediente de Carlos Ruta», C2670/3, s. f.
22. AHN, «Ruta y Pasqualini Bañara y Pilastrini, Carlos», Estado-Carlos III, exp. 226, s. f.
23. AHN, «Ruta y Pasqualini Bañara y Pilastrini, Carlos», Estado-Carlos III, exp. 226, s. f.

español. La fundación de la orden se encuadraba precisamente en el momento justamente anterior al comienzo de sus gestiones para la obtención del ennoblecimiento en su tierra natal. Quizás dicha fundación se mostró a Ruta como una vía para obtener ese estatus en la monarquía hispánica, lugar en el que se había instalado y acomodado definitivamente. En consecuencia, llevó a cabo este dilatado trámite, de más de una década, con el fin último de ocupar un puesto entre la nobleza española, sirviéndose para ello de su cercanía al rey y las posibilidades que le ofrecía la recién creada orden.

Dentro de sus diferentes categorías internas, nuestro personaje fue considerado para el rango de caballero supernumerario, la categoría de caballero de menor valor dentro de la organización de la Orden (Ezquerra y Trullenc, 1786: 383-384). Conviene considerar que, por lo general, esta pretendía establecer una jerarquización interna acorde a las necesidades de un sistema como el del Antiguo Régimen. De esta forma, distinguía entre dos categorías principales, esto es, las grandes cruces, con una mayor presencia del estamento noble titulado, y los caballeros pensionados, destinada a funcionarios y militares. En ambos casos estaban sujetos a una pensión que recibían de la orden. El caso de los caballeros supernumerarios era algo diferente. Fue una distinción creada el 14 de julio de 1783 y que gozaba de los mismos beneficios que los caballeros de número o pensionados, a diferencia de que, en este caso, no obtenían una pensión (Ceballos-Escalera y Gila, 2016: 102). No obstante, en algunos documentos posteriores de su expediente de palacio, la hija de Carlos Ruta menciona que gozaba de la distinción de caballero pensionado[24], por lo que cabe la posibilidad de que pasase a formar parte de dicha nómina años después.

Bajo estas premisas, el nombramiento de Ruta gratificó especialmente la validez de los servicios prestados a su majestad y su arreglada vida y costumbres de nobleza, una exteriorización de un estatus necesaria para el ascenso social. No bastaba con ser noble, había que parecer noble. Su expediente de ingreso a la orden llegó a concretar que don Carlos «ha vivido siempre como buen Cristiano Católico Romano, dando pruebas de ello con su buen exemplo y señaladamente entre los demás el expresado Señor d.ⁿ Carlos, el qual vive en España; y sin embargo ha llegado aquí la fama de su probidad, prudencia, juicio y buenas costumbres»[25]. Según los análisis de Gorraiz Gonzalo, los oficios de palacio constituían uno de los sectores más considerados a la hora de conceder la condecoración de caballero de esta orden. Tan solo eran superados en número por los miembros de la administración de justicia y, como institución primaria, los del gobierno ministerial (Gorraiz Gonzalo, 2017: 127-128).

Ruta había trazado en su vida un camino enfocado al ascenso en el escalafón social a través de sus dedicaciones aprovechando sus virtudes y las posibilidades que su familia le ofrecía en cuanto a la posición social y acercamiento a la Corte.

24. AGP, «Expediente de Carlos Ruta», C2670/3, s. f.
25. AHN, «Ruta y Pasqualini Bañara y Pilastrini, Carlos», Estado-Carlos III, exp. 226, s. f.

Por tanto, la distinción, además de reconocer su estatus social, que había ido *in crescendo* en los últimos años, confirmaba la calidad de los servicios prestados al rey, así como la cercanía personal que le otorgaba su puesto y que le había facilitado finalmente ese buscado ennoblecimiento.

El de 1788 fue sin duda un año de cambios para los Ruta. El fallecimiento Carlos III dio paso al reinado del último rey al que el italiano pudo servir, Carlos IV. Con el nuevo monarca gozaba de una estrecha relación que había forjado desde muchos años atrás, a quien había cuidado y servido desde que era tan solo un niño. El nivel de implicación de Ruta con Carlos IV tuvo además su claro reflejo en los oficios y cargos que ocupó desde entonces hasta su fallecimiento. Apenas un año atrás, el 14 de enero de 1787, Carlos Ruta fue nombrado jefe de la real guardarropa (Descalzo, 2009: 375-387) para servir al que aún era príncipe heredero, sustituyendo al anterior encargado, D. Manuel de Larrea. Con la subida al trono del nuevo rey, continuó en el ejercicio de dicho cargo, al igual que el de ayuda de cámara que ostentaba desde 1759[26]. Sin embargo, uno de los cargos que hablan de lo polifacético de su persona fue su dedicación en el cargo de tesorero del bolsillo secreto, desde fecha incierta, tal y como se afirma en el expediente de palacio de su hija[27]. El bolsillo secreto o privado del rey fue sin duda una institución trascendental en el funcionamiento de la Corte y el propio Estado, cuyo precedente parece encontrarse en época de Felipe IV. Era un fondo económico vinculado con la figura del monarca que tuvo la finalidad de cubrir toda una serie de gastos extraordinarios, personales, donativos o limosnas (León Sanz, 1998: 579). En ocasiones, en la historiografía han existido confusiones entre dos entes diferentes, el bolsillo privado del rey y los gastos secretos. El primero era gestionado por el secretario de la cámara del rey, mientras que el segundo dependió del «secretario de Despacho Universal» (Sánchez-Montes, Lozano Navarro y Jiménez Estrella, 2016: 17). No obstante, en cuanto a la repercusión social de los personajes que lo administraban, influyó de manera significativa en ambos casos. La implicación en estos cargos administrativos de tanto calado estuvo marcada por unas relaciones personales de total confianza y fidelidad entre sus encargados y el rey, pudiendo hablar prácticamente de una familiaridad entre ambos (Seiz Rodrigo, 1997: 260-263; Sánchez-Montes, Lozano Navarro y Jiménez Estrella, 2016: 17). Por tanto, no es casual que un personaje como Carlos Ruta terminase accediendo a un oficio de este tipo, considerando el historial de vínculos personales estrechos con el monarca a lo largo de todo su desempeño en el palacio.

En los últimos años de su vida parece que esta cercanía con Carlos IV le llevó a estar implicado en uno de los casos sonados de la política de este momento, como fue su presencia en el caso de la sátira contra Floridablanca a manera de epístola, titulada *Confesión del conde de Floridablanca*, escrita el 12 de mayo de

26. AGP, «Expediente de Carlos Ruta», C2670/3, s. f.
27. AGP, «Expediente de Rosa Ruta», C937/2, s. f.

1789. En ella se vertían toda una serie de calumnias dirigidas al secretario de Estado, quien contaba con numerosos detractores. Los autores hicieron llegar este texto al rey a través de dos de los personajes más destacados del momento: Godoy, quien lo transmitió a la reina, y Ruta, que hizo lo procedente con Carlos IV. Ruta, el «favorito del rey», y Godoy, el «favorito de la reina» (Anónimo, 1869: 190), recibieron las epístolas con un ánimo ciertamente opuesto, pues beneficiaba al que sería conocido como «Príncipe de la Paz» que, según sus contemporáneos, pretendía aspirar a ocupar el puesto de Floridablanca. Ambos personajes fueron fundamentales en el desarrollo de las pesquisas para descubrir a quienes se encontraban tras dichas líneas, entre ellos el marqués de la Manca y Vicente Salucci (Gil Dorregaray, 1864: 74-78; Carlos Aribau, 1867: 259-434; Anónimo, 1869: 157-198; Real Academia de la Historia, 1893: 216-218; Vallejo, 2003: 195).

Finalmente, Carlos Ruta falleció el 10 de octubre de 1794, según indica Llaguno basándose en la documentación de la Real Academia de Bellas Artes (Llaguno, 1829: 284). Su vida encarnó la escalada social de un personaje venido de una familia italiana que progresó en los ámbitos privados del mundo cortesano hasta adquirir cierta incidencia incluso en las implicaciones políticas y económicas del Estado. Su cercanía con los reyes Carlos III y Carlos IV hizo que su huella en la Corte trascendiese durante más de cuarenta años, ganándose la confianza de sendos monarcas, a quienes sirvió fielmente.

3. Ruta y las artes: su profesionalidad a debate

A pesar de la escasa importancia que Carlos Ruta ha tenido en la historiografía hasta el momento, dados los insuficientes datos que se conocían sobre su vida, sobresale especialmente una cuestión fundamental. Como ya se ha indicado, son numerosos los autores que coinciden en hablar de un claro interés de Ruta por las artes en sus diversas formas. Entre ellos, Llaguno plantea que fue un arquitecto profesional, a pesar de no conocerse obras suyas, planteamiento que también sigue Sambricio (Llaguno, 1829: 283-284; Sambricio, 1986: 185, 191). Sin embargo, otros como González Ramos han tomado en consideración que fuese una persona con cierto interés en el arte, pero sin llegar a ese nivel de profesionalidad, más vinculado a la práctica *amateur* (González Ramos, 2023: 283). A pesar de que dicho planteamiento se encuentra lleno de dudas, parece posible esclarecer la tendencia que siguió a través de la consulta de las fuentes documentales. No obstante, queda claro que su interés por las artes fue manifiesto.

Su vinculación con el mundo artístico no fue casual. En su familia paterna existió ciertamente un interés por la práctica de las artes plásticas y el diseño de estructuras arquitectónicas. Clemente, su padre, había sido un artista con una larga trayectoria de producción de obras en Italia desde sus primeros encargos en 1715-1716 y como pintor de cámara del futuro Carlos III durante su estancia en la Corte de Nápoles desde 1741. Además, no solo destacó por su habilidad para la

práctica de la pintura (Urrea, 1989: 167), sino también por el amplio conocimiento que tuvo de ella. Se encargó de evaluar obras de otros autores o incluso confirmar la autoría de obras de autores como Annibale Carracci (Cirillo y Crispo, 2012: 245-250). Sin embargo, su mayor muestra de erudición tuvo lugar con la redacción de su obra *Guida ed esatta notizia a forastieri delle più eccellenti pitture che sono in molte chiese della cittá di Parma*, escrita en 1739, en la que realizaba un recorrido de las principales obras pictóricas que se conservan en los templos de su ciudad (Ruta, 1739). Si por su padre Carlos Ruta contaba con la cercanía del mundo de la pintura y el dibujo, debe considerarse también la importancia de su abuelo en las cuestiones vinculadas con el desarrollo arquitectónico y de estructuras de ingeniería. Don Josef Ruta había sido el director del Cuerpo de Ingenieros de la ciudad de Parma, además de ostentar otros títulos militares ya referidos[28]. Aunque no se conoce con exactitud, probablemente su actividad estuvo vinculada sobre todo al desarrollo de estructuras relacionadas con el mundo de la guerra, debiendo gozar de importantes conocimientos sobre ingeniería. Por lo tanto, Carlos Ruta era un individuo procedente del mundo artístico profesional y, como es lógico, daría sus primeros pasos en el aprendizaje de estas disciplinas en su casa, con su padre y quizás con su propio abuelo, si no murió antes de poder hacerlo. No obstante, el desarrollo de su carrera profesional se centró en exclusiva en el servicio al rey.

Sin restar mérito a sus avances en el estudio familiar, según indica Llaguno Ruta se había formado durante la primera etapa en Nápoles con uno de los arquitectos más destacados del momento, Luigi Vanvitelli, por lo que debió de recibir una formación artística de primer nivel (Llaguno, 1829: 283). Es posible que en su estudio coincidiera con toda una serie de artistas italianos que se encontraban bajo su tutela, tales como Bernasconi o Fontón, así como Francisco Sabatini, con quien Ruta entabló una relación más estrecha, según indican autores como Sambricio (Sambricio, 1986: 185, 191).

Junto con otros artífices como Ravaglio, Sermini o Sani, Carlos Ruta formó parte de esa generación de italianos vinculados con el arte que finalmente acabaron recalando en España e introduciendo las tendencias artísticas del momento (Pulido López y Díaz Galdós, 1898: 34; Urrea, 1977; Sambricio, 1986). Esta dinámica había sido frecuente desde el reinado de Fernando VI con la presencia de algunos nombres como Sachetti, que trabajaron en el palacio real. Sin embargo, el fenómeno terminó asentándose en época de Carlos III, que trajo consigo a toda una serie de arquitectos que se instalaron en la Corte (Vega Oncins, Gutiérrez Contreras y Serrano, 1997: 425). Aunque son varios los autores que mencionan a Ruta entre este grupo de arquitectos (Pulido López y Díaz Galdós, 1898: 34; Sambricio, 1986: 191; Vega Oncins, Gutiérrez Contreras y Serrano, 1997: 425), su consideración como tal aún es una incógnita que pretende resolverse, considerando la escasa implicación que tuvo a lo largo de su carrera en este ámbito según la información con la que contamos.

28. AHN, «Ruta y Pasqualini Bañara y Pilastrini, Carlos», Estado-Carlos III, exp. 226, s. f.

Si no llegó a materializar ninguna obra, o al menos no se le conoce, sí que tuvo unos conocimientos hábiles sobre la materia que le podrían haber llevado a comportarse como un arquitecto auxiliar. Esta es una teoría que tiene su origen en Llaguno, quien planteó que pudo haber contribuido al trazado de algunas de las obras de Sabatini, quien fue su amigo y habría sido condiscípulo en el estudio de Vanvitelli. De esta noticia se hacen eco algunos autores como Sambricio o la obra colectiva de Arias Arlés, Bassegoda, Sancho Gaspar y otros investigadores, que también han tanteado la posibilidad de que se tratase de un auxiliar de Sabatini (Sambricio, 1986: 185; VV. AA., 1999: 20). El planteamiento es cuando menos interesante, aunque difícilmente demostrable sin una documentación que lo confirme. En el caso de Sabatini, parece que sí existe un proceso colaborativo con otros arquitectos, como Fontón, lo que en ocasiones ha llevado a una atribución de obras equívoca (VV. AA., 1999: 20-21). Sin embargo, la obra de Ruta es muy escasa como para poder establecer puntos de conexión firmes entre dichos autores, más aún si se considera que ambos fueron discípulos de Vanvitelli y probablemente siguieron un estilo similar.

La única prueba de que Carlos Ruta terminó por relacionarse con el ámbito artístico a nivel institucional la tenemos en su ingreso en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando (Llaguno, 1829: 283; Sambricio, 1986: 162-163; Martínez Cuesta, 1991: 42; González Ramos, 2023: 283). La Academia ejerció como un organismo estatal que puso en relieve la relación entre aristocracia y arte, y permitió que numerosos cortesanos se aventuraran en el mundo del arte practicado por afición (González Ramos, 2019a: 187). Cabe destacar que numerosos nobles aficionados al arte pertenecieron a la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando no solo ostentando los cargos del gobierno de la institución, tales como el conde de Fernán Núñez, el marqués de Villafranca, el conde de Aranda o el duque de Osuna, entre otros, sino también practicando personalmente sus diversas formas artísticas (González Ramos, 2019a: 175-188).

Tres años después de llegar a España, Ruta presentó un total de tres dibujos para acreditarse como académico, con los que ofrecía muestras de su formación en el ámbito de la arquitectura y el dibujo. En ellos se planteaba un proyecto de un pequeño palacio para dentro de un jardín, trazado en planta, alzado y sección que fueron bien considerados por los miembros de la junta que los evaluó. El grupo allí reunido estaba compuesto por un total de diecinueve académicos entre los que se encontraban figuras tan destacadas como Ventura Rodríguez o Roberto Michel, así como otros ilustres miembros de la institución como el marqués de Sarria, el marqués de Villafranca o don Ignacio de Hermosilla. Como consecuencia, Carlos Ruta fue nombrado académico de mérito y de honor por la Arquitectura el 9 de enero de 1763[29] (Arbaiza Blanco-Soler y Heras Casas, 2006: 179).

29. Archivo de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando (ARABASF), 82/3, Junta Ordinaria del 9 de enero de 1763, ff. 158v.-159r.

Las circunstancias de este nombramiento no son casuales. Como afirmaba González Ramos, la distinción de «académico de honor» estaba muy condicionada a la calidad social y las circunstancias de este personaje según consta en el acta, con independencia del mérito de los dibujos presentados. Más que el reconocimiento al valor de un artista, de un arquitecto profesional, el nombramiento debe seguramente comprenderse como un honor que se concedía a uno de esos cortesanos aficionados al arte que durante esta época comenzaban a abundar en el entorno de la Academia (González Ramos, 2020; González Ramos, 2023: 283).

Esta apreciación debe tomarse en cuenta si se pretende realizar una valoración del papel de Carlos Ruta como académico desde 1763. Llaguno afirmaba que durante el tiempo que estuvo viviendo en Madrid, siempre que su situación de servidumbre al rey se lo permitiese, Ruta asistía con frecuencia a las juntas de la Academia. Además, en ellas habría mostrado repetidas veces su conocimiento sobre la arquitectura, así como su amor por las demás artes (Llaguno, 1829: 284). La sensación que dejan las palabras de Llaguno es la de un Ruta arquitecto, cercano al rey, muy implicado en el mundo del arte y con una entidad destacable en este ámbito. Sin embargo, en los libros de actas de la Academia apenas existen referencias reseñables que hagan mención a la presencia de Carlos Ruta en los actos de la institución. De hecho, en los 31 años que fue académico hasta su muerte, tan solo asistió a seis juntas, todas ellas de carácter general o público. En cuanto a las fechas en las que concurrió –a excepción de una junta general a la que asistió el 23 de junio de 1763–se concentran entre 1777 y 1784[30]. A tal efecto, hemos revisado los libros de actas de las sesiones particulares y de gobierno entre los años que fue académico, obteniendo resultados más claros aún, puesto que no aparece referido en ninguna sesión, lo que confirma su rango y que no formó parte del cuerpo docente ni del gobierno de la institución[31]. Resulta llamativo este hecho si se considera que coincide con el momento en que el infante Gabriel, a quien servía y cuidaba, cumplió los veinticinco años, es decir, su mayoría de edad, y también dejó de ser su maestro. Por tanto, la presencia de Ruta en la Academia tuvo un impacto limitado, como también lo tuvo su contribución y asistencia a las juntas. Parece que la «inmediata servidumbre al rey» de la que hablaba Llaguno (Llaguno, 1829: 284) le ocupó un mayor tiempo que debió restar a su dedicación en las labores como académico. No se conoce si pudo tener alguna influencia más allá de las reuniones, pero en los textos de las propias actas o los libros de

30. ARABASF, 82/3, Junta General del 23 de junio de 1763, f. 187v.; ARABASF, 84/3, Junta General del 31 de diciembre de 1777, f. 69v.; ARABASF, 84/3, Junta Pública del 25 de julio de 1778, f. 98r.; ARABASF, 84/3, Junta General del 10 de enero de 1779, f. 117r.; ARABASF, 84/3, Junta Pública del 14 de julio de 1781, f. 189r.; ARABASF, 84/3, Junta Pública del 17 de julio de 1784, f. 256r. Véase Bédat (1982).

31. ARABASF, 121/3 (juntas particulares entre 1757-1769); ARABASF, 122/3 (juntas particulares entre 1770-1775); ARABASF, 123/3 (juntas particulares entre 1776-1785); ARABASF, 124/3 (juntas particulares entre 1786-1794).

distribución de premios de la Academia tampoco se le menciona a excepción de su nombramiento de ingreso en la institución.

Si se pretende explorar la senda que conduzca al conocimiento de Carlos Ruta como un artista o arquitecto de este momento, resulta fundamental poder llevar a cabo un análisis de sus obras, pero no se conoce ninguna más allá de los tres citados dibujos que presentó en la Real Academia, y mucho menos la materialización física de algunos de estos proyectos. Por su parte, los dibujos presentan un planteamiento arquitectónico interesante. En ellos se plasma una casa de campo (Fig. 1) que presenta una planta centralizada protagonizada por una gran cúpula circular que se flanquea por una serie de estancias, cercana a los modelos palladianos. Mientras que, por un lado, se genera una cruz con pequeñas estancias de planta cuadrada cubiertas por cúpulas semiesféricas, se crea un contraste con el juego de grandes estancias situadas en las esquinas que aparecen giradas en un ángulo de 45º, creando así un aspa de mayor tamaño sobre la cruz central que sobresale hacia el exterior. Con ello se genera un dinamismo interno y externo de tipo barroco que proporciona movimiento hacia el exterior, creando juegos de entrantes y salientes y una distribución circular al interior con la que dispone todas sus estancias como un cinturón que rodea el espacio de la cúpula central.

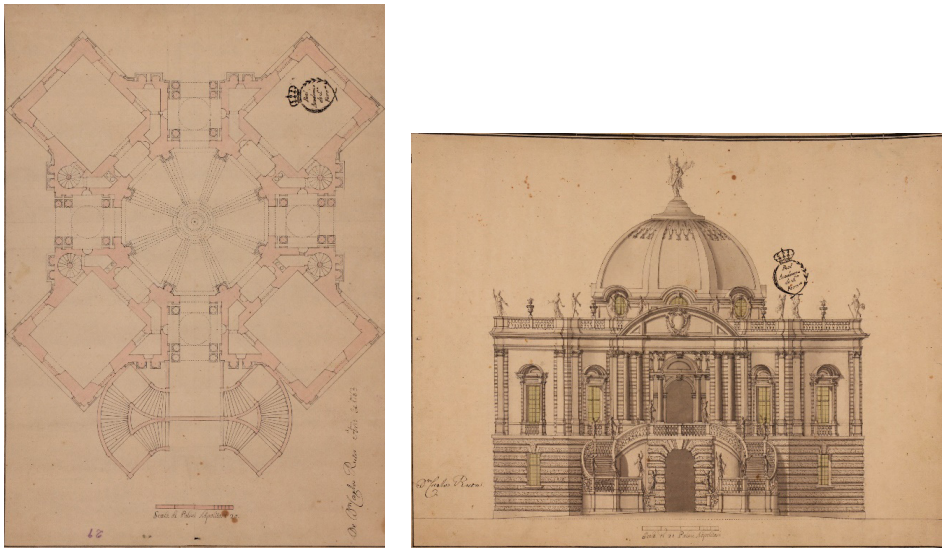


Figura 1. Carlos Ruta, Planta y alzado del proyecto para una casa de campo, 1763, Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, Madrid, Inv. A-3520, A-3521[32].

32. Disponible en https://www.academiacolecciones.com/dibujos/mostrar-autores.php?id=ruta-carlos

La fachada queda dividida por la superposición de dos esquemas constructivos. Por su parte, en la zona inferior se destaca un potente orden rústico, que recuerda a los postulados de Vignola[33], que otorga cierto peso a la estructura. Sin ser necesariamente una inspiración directa, este recurso pone la obra en el contexto en el que Ruta se formó, pues fue muy empleado por numerosos arquitectos contemporáneos cercanos a él. Ejemplo de ello puede ser su presencia en obras de Sabatini, como las numerosas puertas que ejecutó en Madrid, entre ellas la de Alcalá (Goitia Cruz, 2006); el Palazzo Madama de Turín, de Juvara; o el Albergo dei Poveri de Nápoles, proyectado por Fuga. En contraposición, en el piso principal se aboga más por la limpieza de los paramentos, con algunos despieces de los sillares tras los juegos de columnas y pilastras. En él se suceden toda una serie de ventanas rematadas con frontones que pueden recordar al modelo empleado por Fuga en el cuerpo superior del Palazzo della Consulta de Roma. Ambos pisos quedan conectados con un interesante juego de escaleras curvas de tres tramos que flanquean un espacio central inferior y dan acceso al piso principal, modelo similar al de algunas villas italianas, como por ejemplo la Villa Medici de Poggio a Caiano. El modelo de la escalera, por su parte, presenta un planteamiento poco habitual, siendo quizás una derivación de algunos de los modelos proyectados por Guarino Guarini en su tratado de arquitectura civil (Zerlenga y Cirillo, 2023).

Centrando el piso principal se sitúa la gran entrada al edificio, compuesta una portada con un vano cubierto por un arco de medio punto con una venera en la clave, enmarcado por dobles columnas en los laterales. Sobre este, dando paso al entablamento se colocan igualmente dobles estípites creando un segundo cuerpo de mucho menor tamaño al inferior. Acogiendo la portada se encuentra una estructura conformada por un gran frontón curvo sobre pares de columnas con capitel jónico con el que se crea cierto juego de entrantes y salientes. Todo el piso principal queda rematado por una balaustrada ornada con movidas esculturas –posiblemente alegóricas o mitológicas– y jarrones. Finalmente, el edificio se cierra con una cúpula sobre tambor con óculos que está rematada por otra figura alegórica o mitológica de movidos ropajes. En su estructura se destaca especialmente el remarcado de los nervios a nivel externo, así como la decoración de la parte superior que parece imitar las bambalinas de un dosel con borlas.

En suma, a través de los dibujos de Ruta se pone de manifiesto su conocimiento de la arquitectura italiana de su momento, así como su capacidad para el dibujo arquitectónico, lo que podría acercarlo a un cierto nivel de profesionalidad. Planteaba un proyecto interesante que quedó simplemente en el papel. De haber seguido explorando esta vía y haber materializado sus proyectos, posiblemente se hablaría de un arquitecto que sin ser excelente resultase ciertamente sugestivo. No obstante, parece que sus implicaciones en el ámbito artístico marchaban por otros senderos.

33. Apenas un año después, Diego de Villanueva, director de Arquitectura de la Real Academia, editó nuevamente este tratado que se conserva en la biblioteca de dicha institución (Villanueva, 1764).

4. Maestro de dibujo: la instrucción en las artes del príncipe y del infante

Una de las facetas de la vida de los príncipes e infantes que sin duda ocupó buena parte de la atención de las monarquías en el Antiguo Régimen fue, precisamente, su educación. En palabras de Gonzalo Sánchez-Molero, principal investigador sobre la educación de Felipe II, «en la España moderna la política y la cultura tenían un punto de encuentro en la educación palatina» (Gonzalo Sánchez-Molero, 2004: 541). El proceso educativo no consistió en un modelo fosilizado, sino que fue adaptándose y evolucionando en función del desarrollo histórico de la educación. Era pues uno de los tres puntos esenciales de la formación de los sucesores al trono en su infancia y juventud, junto con la formación política y el aprendizaje social. Tal fue su importancia que requirió incluso de una diversificación de personajes designados para encargarse de cada uno de estos pilares, el maestro para la educación, el rey para la política y el ayo para la sociabilidad (Gonzalo Sánchez-Molero, 2004: 541-542). En este sentido, la cuestión de la educación de las elites en general, y de los futuros reyes en particular, no fue pasada por alto por los principales intelectuales de cada época. En concreto, durante el Setecientos llegaron a España y se reprodujeron diversos tratados que fueron muy influyentes en dicho asunto. Conviene destacar la importancia de autores como John Locke, con su obra *Some thoughs concerning education*, de 1693, conocido probablemente a través de su traducción francesa (1721) o italiana (1735). De igual forma influyeron autores castellanos como el conde de Fernán Núñez, Francisco Gutiérrez de los Ríos, con su obra *El hombre práctico* (1686) y Alonso de Azebedo (1731) u otros como el francés Brucourt (1747) (González Ramos, 2022). Considerando tales premisas, se planteaba un programa educativo que contenía materias de disciplinas muy diversas. Entre ellas, pueden destacarse los conocimientos sobre teología, filosofía, historia, anticuaria, geografía o lenguas clásicas (Gonzalo Sánchez-Molero, 1997).

Dentro de este programa educativo se dio especial relevancia al desarrollo artístico, con una importante presencia de la música[34] y, por supuesto, las bellas artes (Martínez Cuesta, 1991: 41). En este sentido, el aprendizaje del arte y el dibujo se constituyó como un pilar fundamental para el desarrollo personal de estas elites dentro del estrato social que ocupaban. Este planteamiento había seguido una línea humanística desde el siglo XVI, a través de los postulados de Castiglione, quien planteaba el dibujo y la pintura como conocimientos y habilidades propios del cortesano (González Ramos, 2022: 1-2). Ya desde finales del siglo XVII el conocimiento y práctica del arte se materializaba como una forma de distinción entre la sociedad del momento, una demostración de pertenencia a una elite bien educada. Desde los Austrias mayores se conoce la enseñanza y el ejercicio habitual de muchos reyes en dicha materia, aunque fue a partir de

34. Para ello contaban con maestros de clavicordio, violín y baile.

finales del Seiscientos cuando comenzó a asentarse esta práctica. Confluyó en esta situación la llegada a España de la casa real francesa, máximo exponente de los diletantes regios en el panorama europeo y que sin duda dejarían su impronta en España. También conviene reseñar el papel de Isabel de Farnesio, esposa de Felipe V, quien terminó de asentar la idea de la necesidad del aprendizaje y práctica del arte entre los miembros de la casa real durante el siglo XVIII (González Ramos, 2023: 280-281).

En el caso de Carlos Ruta, sus dos facetas, de cortesano y de hombre instruido en el arte, terminaron confluyendo en el servicio que prestó al príncipe y al infante. Para la instrucción de estos jóvenes en el ámbito artístico era necesario el papel de un profesor que introdujese la práctica del dibujo en los planes de estudio de los infantes. En consecuencia, al poco de su llegada a España se nombró maestro de dibujo de ambos a Carlos Ruta (Martínez Cuesta, 1991: 42; Sancho, 2009: 19; González Ramos, 2023: 283) tras la reestructuración interna de los oficios de la Corte en 1760 (Martínez Cuesta, 1991: 41-42). Lo confirman las primeras facturas de los libros de gastos del palacio real desde esa fecha, habiendo cobrado desde 1761 una asignación anual de 750 reales por «imponer a S.A. en el dibujo» (Jordán de Urríes y de la Colina, 2009: 72). Considerando la edad del príncipe y del infante Gabriel al llegar –once y siete años respectivamente–, así como el pronto desempeño de la labor de Ruta en la nueva Corte, es posible que dicha docencia ya hubiera comenzado durante sus últimos años en Nápoles. A pesar de no conocer los motivos que impulsaron el nombramiento de Ruta como maestro, quizás habría estado avalado por su trayectoria y cualidades. Fue un hombre instruido en el arte, que tuvo relación con buena parte de los principales artífices del momento, muchos de ellos del agrado del monarca. De hecho, este nombramiento parece confirmar que Ruta era conocedor del dibujo –y, por supuesto, la arquitectura– a nivel profesional o cercano a esto. Además, no deben olvidarse las destacadas habilidades sociales de nuestro personaje, que sin duda junto con sus aptitudes para la materia artística le abrieron muchas puertas dentro del mundo cortesano. El oficio de maestro de dibujo para el aprendizaje y ejercicio de las artes era una labor fundamental en el desarrollo de estas personalidades. Implicaba un alto grado de responsabilidad pedagógica que no podía encargarse a cualquiera y que, por supuesto, también repercutía en sus relaciones personales. La posición que ocupó Ruta durante más de quince años quizás sea la que justifique sus logros cortesanos a *posteriori*, además del resto de servicios ofrecidos a Carlos III.

El príncipe y el infante, de esta forma, compartieron maestro de dibujo, quien ejerció su oficio desde esta fecha hasta al menos 1776, momento en el que Ruta es sustituido por un segundo maestro, el pintor Antonio Martínez, quien entró a servir a don Gabriel. Los motivos de este cese aún son desconocidos. No debe olvidarse el periodo que pasó en Parma entre 1772-1773, que sin duda hizo que se ausentara de sus obligaciones pedagógicas. Sin embargo, parece que se debe más bien a la culminación de un proceso educativo de larga trayectoria que debía ser completado con otras actividades más avanzadas. El cronograma educativo

planteaba una formación previa en el dibujo y, con posterioridad, el aprendizaje de la pintura con un pintor en sí. No obstante, también parece que ambos alumnos habían recibido clases de diferentes artistas de la Corte como Antonio de la Vega o José de Santiusti, aunque esto no queda muy claro en función de la información de archivo (Martínez Cuesta, 1991: 42). Si bien ya no ejercía como maestro, a partir de su cese en 1776 Ruta continuó recibiendo el mismo sueldo a modo de ayuda de costa, ya que seguía desempeñando funciones importantes en palacio (Martínez Cuesta, 2003: 373-447). Curiosamente, el momento en el que dejó de ser maestro de dibujo, aunque mantuvo un trato cercano con sus regios discípulos hasta la muerte, coincidió con la época en la que Ruta comenzaba a asistir a la Academia, aliviado de la carga de tiempo que le había ocupado hasta entonces, aunque su asistencia tampoco fue excesivamente reseñable.

Dentro de la práctica artística, el aprendizaje del dibujo gozó de un particular favor desde los propios planteamientos intelectuales. Locke abogaba por un uso práctico, debiendo ser el siguiente paso que un joven debía dar tras aprender a escribir, pues la imagen permitía transmitir más que las palabras. En un punto de vista opuesto, para Brucourt, lejos de esa utilidad, el dibujo podía emplearse como modo de acceso a las bellas artes, la contemplación e imitación a la naturaleza, un dibujo artístico. Incluso incidía en segmentar su aprendizaje en distintas fases u objetivos, distinguiendo el dibujo de arquitectura, de paisaje y de figura animada, debiendo comenzar por esta última ya que le daría más facilidades para aprender las otras dos. Sea como fuere, en el proceso de aprendizaje resultó fundamental el desempeño de esta habilidad, para lo que diversas instituciones y autores se manifestaron al respecto del método a seguir en dicha instrucción. Así, el plan de estudios de 1785 propuesto para los seminarios que se iban a fundar en las provincias establecía para la enseñanza del dibujo que durante los tres primeros años se copiaría a lápiz la figura humana por partes –ojos, orejas, boca, nariz, cabezas, brazos…–. Tras esto, se dedicaría un año al dibujo por modelo, al siguiente año dibujos de adornos, a continuación, el paisaje y, por último, el dibujo de arquitectura civil, para finalmente poder dedicarse al dibujo libre que también sería corregido por los maestros encargados (Cuenca, Hernández Pugh y Matilla, 2019; González Ramos, 2022). Parece claro que estos planteamientos fueron seguidos por la casa real, tal y como manifestaron los planes de estudios de los hijos de Carlos IV. De hecho, se han conservado en Aranjuez los llamados *Ejercicios de dibujo de los príncipes*, fechados en 1802 (Matilla, 2019: 22). En ellos pueden observarse una serie de ejercicios que atendían a los planteamientos anteriormente mencionados, tales como el dibujo de partes del rostro, medallas antiguas, edificios o paisajes, entre otros (González Ramos, 2023: 289-290).

No se conoce con exactitud cómo pudo haberse desarrollado ese proceso de aprendizaje de la disciplina artística por parte de los infantes. Se intuye que, como indican los pagos a su persona, Ruta los instruiría en el dibujo enseñando distintas técnicas y procesos para su correcta ejecución y comprensión. Tanto Carlos como Gabriel estuvieron interesados en la pintura y en el dibujo mediante estampas

como tal (Sancho, 2009: 19; Enciso, 2013: 125-126; González Ramos, 2023: 284), especialmente el príncipe, quien siguió con dicha práctica incluso después de contraer matrimonio (González Ramos, 2023: 284). Así lo atestiguan diferentes gastos llevados a cabo por Ruta entre 1760 y 1766 compilados en los libros de palacio que justifican la instrucción en estas materias. Dan fe de ello las referencias a compras de estampas, cajas de colores, pinceles, cristales para la pintura e incluso «marquitos de talla de madera de alisso y dorados, que sirben para dibujos de Su Alteza» (Jordán de Urríes y de la Colina, 2009: 72), entre otras noticias.

La labor de Carlos Ruta en la educación de los infantes gozó de una importancia fundamental con la transmisión de unos gustos que fueron más allá del periodo formativo. Fruto de la experiencia con el maestro italiano y sumado a la docencia impartida por otros profesores, don Gabriel ejecutó toda una serie de obras pictóricas reseñables. Por suerte, algunas de estas obras se han conservado pudiendo contemplar el desarrollo alcanzado a nivel técnico por parte del infante. Sin embargo, no se han conocido más obras pictóricas que hubiese llevado a cabo el príncipe Carlos, aunque fue manifiesta su inclinación por la práctica del arte, como atestigua el interés que tuvo por los frescos de Bayeu y su intento, poco afortunado, de ayudar al pintor (Enciso, 2013: 125-126).

Gabriel llegó a ser un pintor prolífico y consumado, con el desarrollo de cuadros en paño de borra, cuadros al óleo y dibujos. A su muerte se conservaban más de veinte pinturas de su autoría que se dispersaron en su almoneda, aunque algunas pasaron a la colección de su hermano Carlos. Entre ellas, se encontraban numerosas copias de cuadros de Rafael, Leonardo, Murillo o Ribera (Martínez Cuesta, 1991: 59; González Ramos, 2023: 285), como por ejemplo los dibujos de dos cabezas inspiradas en Rafael realizadas en lápiz encarnado y negro que entregó a la Academia el 1 de septiembre de 1782[35] (Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, 1804: 34r.-34v.; González Ramos, 2023: 285). No serían las únicas obras entregadas a la institución, pues durante una visita a la Real Academia en 1775 se citan bajo dosel dos dibujos, uno de su autoría y otro de la infanta Isabel de Borbón, esposa del emperador José II del Sacro Imperio Romano Germánico (González Ramos, 2023: 283). También se conocen dos cuadros con cabezas de apóstoles que el infante entregó a la Real Academia según atestigua el catálogo de 1817, aunque no se han conservado (Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, 1817: 9). Sin embargo, los cuadros más interesantes son los que se conservan en el Museo de Bellas Artes de Córdoba (Morel D'Arleux, 1998: 411-423), en paño de borra (Jordán de Urríes y de la Colina, 2011: 102), que representan personajes en escenas costumbristas como la vendimiadora o el vinatero (Fig. 2).

35. ARABASF, 84/3, Junta Ordinaria del 1 de septiembre de 1782, ff. 212v.-213r.



Figura 2. Gabriel de Borbón, *Vendimiadora* y *Vinatero*, Museo de Bellas Artes de Córdoba, Córdoba, Inv. CE2421P, CE2422P[36].

De la faceta docente de Carlos Ruta se ha destacado principalmente su labor en la instrucción en el dibujo. Sin embargo, puede subrayarse un hecho muy llamativo y que ha pasado desapercibido para la historiografía hasta el momento. Martínez Cuesta aportó algunas noticias documentales en su monografía sobre el infante Gabriel que resultaban, cuando menos, sugestivas (Martínez Cuesta, 2003). Entre las anotaciones de los libros de gastos del palacio se encuentran una serie de noticias que aluden a la compra de determinados instrumentos o pagos para el desarrollo de un «estudio de arquitectura» vinculado con Carlos Ruta, datos que el propio autor pasó por alto. Según la documentación, las noticias se concentran entre 1761 y 1767. En 1760 ya existe una factura «A don Carlos Ruta por los estuches y demás instrumentos de matemática que compró para S.A.: 203 rs.» (Martínez Cuesta, 2003: 259) que, si bien no conocemos la finalidad de estas adquisiciones, es posible que pudieran ser destinadas a este proyecto. No obstante, la primera noticia con certeza que refiere el «estudio» es de julio de 1761, en concreto una «Factura de Carlos Ruta por gastos de S.A. por el estudio de la arquitectura: 147 rs.» (Martínez Cuesta, 2003: 262). Desde entonces se llevó a cabo una

36. Disponibles en https://www.museosdeandalucia.es/web/museodebellasartesdecordoba/restauracion-conservacion/-/asset_publisher/GRnu6ntjtLfp/content/vendimiadora?inheritRedirect=true y https://ceres.mcu.es/pages/Main

inversión en diferentes instrumentos matemáticos e instrumentos de arquitectura que se prolongarían en el tiempo hasta 1767, además de otra serie de gastos menores indeterminados que quizá también hubieran estado destinados a esta labor (Martínez Cuesta, 2003: 259-299).

Por tanto, es posible deducir que existiera un estudio de arquitectura en la Corte dirigido por Ruta. Dicha iniciativa estaría destinada a completar la formación artística del príncipe y el infante, como un paso más dentro del estudio del dibujo, centrado en este caso en el diseño arquitectónico. La creación de este proyecto cobraba sentido si se entiende la inclinación de Carlos Ruta por la práctica de la arquitectura y su dibujo. Conviene recordar en este punto su formación y dedicación en este ámbito, tanto con Vanvitelli como la posible influencia de su abuelo, ingeniero militar, al igual que el conjunto de relaciones que estableció con sonados arquitectos como Sabatini.

A pesar de la inversión en todo el equipamiento y desarrollo del estudio de arquitectura, no se conocen documentos escritos que vinculen determinadas obras con él, ya sean dibujos, proyectos o, por qué no, ediciones de tratados de arquitectura. No obstante, sí que existen algunos dibujos arquitectónicos concretos presentados en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando que podrían sustentar esta hipótesis, ya que se produjeron entre estas fechas y estuvieron vinculados al príncipe, el infante o a Carlos Ruta.

Ejemplos de la producción mencionada pueden ser los dibujos que este último presentó para su aceptación como académico en 1763, que mostraban ese proyecto de palacete para un jardín. A estos habría que añadir otros dibujos de arquitectura ejecutados precisamente por el príncipe y el infante que también llegaron a la Academia (Fig. 3). En los libros de actas puede encontrarse la realización de dos diseños arquitectónicos por parte de los hermanos que representan la planta y el alzado de una fachada de orden dórico, entregados en la junta general del 22 de junio de 1763. Fueron tan admirados que se decidió que fuesen colocados bajo el dosel en la próxima distribución de premios de la Academia[37]. Ambos dibujos están conservados aún en el archivo de la institución, habiendo sido inventariados con posterioridad (Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, 1804: 34r.-34v.; Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, 1817: 9). El ejemplar perteneciente al futuro rey Carlos ha sido referido en algunas publicaciones (Tormo, 1929; Velasco Aguirre, 1941; Pérez Sánchez, 1967: 49), aunque su autoría aún se pone en duda, pues según Belda Navarro debió haber sido trazado por el propio Carlos Ruta (Belda Navarro, 2008), planteamiento seguido también por Sancho (Sancho, 2009: 18). Por tanto, quizás sea posible pensar que se tratase de una obra conjunta del maestro con su alumno. Sin embargo, había pasado más desapercibida la aportación del infante Gabriel, mencionada por Pau Pedrón, quien pensaba erróneamente que fue entregada en 1784, cuando fue nombrado académico de honor por la pintura [1](Pau

37. ARABASF, 82/3, Junta General del 22 de junio de 1763, ff. 186v.-187r.



Figura 3. Dibujos de un edificio de orden dórico del príncipe Carlos (arriba) y del infante Gabriel (abajo) entregados a la Real Academia de Bellas Artes el 22 de junio de 1763, Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, Madrid. Inv. D-2137, D-2790.

Pedrón, 2006: 93). Esta última obra es, cuando menos, llamativa, ya que, al igual que en el dibujo presentado por Ruta en 1763, se plantea un edificio de carácter civil con el empleo del almohadillado rústico que en este caso se extiende a lo largo de toda la fachada principal en una sola planta. La influencia de Ruta se aprecia igualmente en el tratamiento del almohadillado tras las pilastras lisas que se observan en los cuerpos laterales del conjunto. Todo ello, además, remitiría a los postulados de Vignola, así como de Palladio en lo que a las formas arquitectónicas se refiere, lo que quizás indica el alto grado de formación que recibían en este estudio de

38. Disponibles en https://www.academiacolecciones.com/dibujos/mostrar-autores.php?id=carlos-iv-rey-de-espana y https://www.academiacolecciones.com/dibujos/mostrar-autores.php?id=borbon-gabriel-de-infante-de-espana

arquitectura. De la misma manera, con posterioridad se ha podido atestiguar la entrega por parte del infante Gabriel de otro diseño arquitectónico localizado en el inventario de 1804 (Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, 1804: 34v.). En esta ocasión, se trata de un dibujo una ciudad fortificada hexagonal que fue entregado a la Academia en la sesión del 22 de diciembre de 1765[39].

No existe documentación que confirme o desmienta la posible vinculación de estos dibujos con el estudio de arquitectura que refieren las fuentes aportadas por Martínez Cuesta. No obstante, por temática, fecha de realización y similitudes formales, todos presentan unas características comunes que permiten pensar que resultasen de esta iniciativa cuyo origen aún es incierto. Podría pensarse que formase parte del proceso de este periodo educativo del príncipe y el infante bajo la instrucción de Ruta, un modo de introducir los saberes en arquitectura mediante su desarrollo y experimentación de manera aficionada.

Consecuencia quizás de la esmerada educación artística recibida, entre otros factores, el príncipe Carlos se convirtió a la postre en un destacado impulsor de las artes, implicado en algunos proyectos y cercano a grandes artífices del momento, como Francisco Bayeu o Goya, a quien nombró pintor de cámara. Además, mostró un gran interés por estar al día en la materia artística, procurando imponer sus gustos y deseos a los artistas de la Corte (Enciso, 2013: 125-127). El infante Gabriel también mantuvo una estrecha relación con las artes, que ya hemos comentado y nos relata Ceán Bermúdez, que pone de manifiesto su interés desde pequeño, pues se había formado con un «gusto delicado y afición extraordinaria» en materia artística (Ceán Bermúdez, 1800: I, 160-161).

5. Conclusiones

La vida de Carlos Ruta presenta sin duda toda una serie de características que lo convierten en un hombre de su tiempo. Encarnó a la perfección el funcionamiento y los mecanismos sociales propios del siglo XVIII. Fue una persona en constante ascenso que fue capaz de entrar a servir a la Corte y desde ahí ir ascendiendo en el escalafón social de manera progresiva. De ser hijo de un pintor, aunque venido de una familia acomodada de Italia, llegó a ser nombrado noble, caballero y una de las personas de mayor confianza tanto de Carlos III como de su hijo Carlos IV, ostentando una serie de cargos destacados en palacio. Fue una figura poliédrica que, además, supo combinar su faceta cortesana con su dedicación a las artes.

Sin duda, estuvo implicado en numerosos asuntos de la Corte a través del desempeño de sus funciones. La cercanía que le otorgaba su posición como ayuda de cámara, jefe del real guardarropa o incluso tesorero del bolsillo secreto hicieron que directamente estuviese implicado en el día a día de la Corte e incluso tuvo cierta presencia

39. ARABASF, 82/3, Junta Ordinaria del 22 de diciembre de 1765, ff. 321r.-321r.

en algunos acontecimientos políticos como la *Confesión* de Floridablanca. A pesar de ello, al ser una figura secundaria su nombre había quedado relegado a algunas menciones o noticias que no pusieron en relieve su importancia como cortesano.

Entre sus implicaciones al servicio de Carlos III sobresalió especialmente su labor como cuidador y docente de sus hijos Carlos y Gabriel, a quienes enseñó el arte del dibujo. Para desempeñar esta función, como es lógico, debió ser una persona que conociese y fuese capaz de transmitir aquellos saberes para la correcta educación de los infantes. Su desempeño durante más de quince años y las noticias sobre el posible estudio de arquitectura, cuestión de enorme interés, pueden avalar precisamente estos saberes artísticos de Ruta. Sin embargo, parece complicado determinar que, como habían afirmado algunos autores, se dedicase al arte y en concreto la arquitectura de manera profesional. Diversos motivos, en especial la carencia de obras de su autoría, más allá de un dibujo que le acreditaba como académico de mérito y honor, impiden considerar su profesionalidad. Además, no solo estaría muy implicado en las cuestiones de palacio, sino que el tiempo que le ocupaban le impedirían la práctica del arte. Por tanto, parece lógico pensar que se tratase sobre todo de un personaje de posición acomodada aficionado a la arquitectura, que recibiría una gran formación casi profesional y que sin duda se sirvió del arte como medio de ennoblecimiento en su progresivo ascenso social, faceta que nunca dejó de lado. Se sumaba, por tanto, a una larga lista de diletantes que encontraron en la creación artística no solo un medio para el placer, sino también una forma de representación externa de los valores culturales de las elites.

6. Bibliografía

Alonso, Begoña (2019), «Comitentes, diletantes y arquitectos: Nobles y Arquitectura en la Edad Moderna», en Roberto González Ramos y Jesús María Ruiz Carrasco (eds.), *Arte y nobleza. El diletantismo artístico en la Edad Moderna*, Córdoba: UCOPress, pp. 51-75.

Anónimo (1869), *Los ministros en España desde 1800 a 1869: historia contemporánea*, Madrid: J. Castro y Compañía.

Arbaiza Blanco-Soler, Silvia y Heras Casas, Carmen (2006), «Inventario de los dibujos de arquitectura (de los siglos XVII y XIX) en el Museo de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando (VI)», *Academia: Boletín de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando*, 102-103, pp. 151-332.

Aribau, Buenaventura Carlos (1867), *Biblioteca de Autores españoles desde la formación del lenguaje hasta nuestros días*, tomo 59, Madrid: Rivadeneyra.

Baxandall, Michael (1978), *Pintura y vida cotidiana en el Renacimiento*, Barcelona, Gustavo Gili.

Bédat, Claude (1982), *Los Académicos y las Juntas*, Madrid: Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.

Belda Navarro, Cristóbal (coord.) (2008), *Floridablanca: 1728-1808: la utopía reformadora [exposición]*, Madrid-Murcia: Comunidad Autónoma de la Región de Murcia; Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales; Ayuntamiento de Murcia y Fundación Cajamurcia.

Bermingham, Ann (2000), *Learning to Draw. Studies in the Cultural History of a Polite and Useful Art*, New Haven: Yale University Press.
Burke, Peter (1995), *El Renacimiento italiano*, Madrid: Alianza Editorial.
Cadenas y Vicent, Vicente (1987), *Extracto de los expedientes de la orden de Carlos III 1781-1847*, Madrid: Hidalguía.
Ceán Bermúdez, Juan Agustín (1800), *Diccionario Histórico de los más ilustres profesores de las Bellas Artes*, tomo I, Madrid: Imprenta de la Viuda de Ibarra.
Ceballos-Escalera y Gila, Alfonso (2016), *La Real y Distinguida Orden Española de Carlos III*, Madrid: Ed. Boletín Oficial del Estado.
Chatelus, Jean (1991), *Peindre à Paris au XVIII^e siècle*, Nimes: Ed. J. Chambon.
Cirillo, Giuseppe y Crispo, Alberto (2012), *Clemente Ruta (Parma 1685-1767)*, Parma: Grafiche Step editrice.
Covarrubias, Sebastián (1611), *Tesoro de la lengua castellana o española*, Madrid: Luis Sánchez Impresor de N. S.
Cuenca, María Luisa; Hernández Pugh, Ana y Matilla, José Manuel (2019), *El maestro de papel. Cartillas para aprender a dibujar de los siglos XVII al XIX*, Madrid: Museo del Prado.
Dávila y Collado, Manuel (1893), *Reinado de Carlos III*, Madrid: El Progreso Editorial.
Descalzo, Amalia (2009), «Carlos IV y María Luisa de Parma: vestidos para reinar», en Elena Lorenzo Álvarez (ed.), *La época de Carlos IV (1788-1808)*, Oviedo: Ediciones Trea S.L., pp. 375-387.
Enciso Recio, Luis Miguel (2013), *Compases finales de la cultura ilustrada en la época de Carlos IV*, Madrid: Real Academia de la Historia.
Ezquerra, Joaquín y Trullenc, Pedro Pablo (1786), *Memorial literario, instructivo y curioso de la corte de Madrid*, Madrid: Imprenta Real.
Fernández Dueñas, Ángel (1998), «Órdenes militares de la Inmaculada Concepción. "La Real y Distinguida Orden de Carlos III"», *Boletín de la Real Academia de Córdoba de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes*, 134, pp. 71-73.
Gállego, Julián (1976), *El pintor de artesano a artista*, Granada: Universidad de Granada.
García Hernán, David (1992), *La nobleza en la España Moderna*, Madrid: Istmo.
Gil Dorregaray, José (1864), *Historia de las Órdenes de Caballería y de las Condecoraciones Españolas*, Madrid: Imprenta de Tomás Rey.
Goitia Cruz, Aitor (2006), «Diseños de Sabatini para las puertas de Madrid», *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, XLVI, pp. 195-228.
González Ramos, Roberto (2019a), «Academia, Nobleza y ejercicio del dibujo y la pintura en la España del siglo XVIII», en Roberto González Ramos y Jesús María Ruiz Carrasco (eds.), *Arte y nobleza. El diletantismo artístico en la Edad Moderna*, Córdoba: UCOPress, pp. 175-229.
González Ramos, Roberto (2019b), «Nobleza y ejercicio de las artes en el Seiscientos hispano. Educación, placer y función social», en Roberto González Ramos y Jesús María Ruiz Carrasco (eds.), *Arte y nobleza. El diletantismo artístico en la Edad Moderna*, Córdoba: UCOPress, pp. 107-157.
González Ramos, Roberto (2020), «Nobles, damas, aficionadas y diletantes en las exposiciones de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando (1793-1808)», *Arte, Individuo y Sociedad*, 32(2), pp. 405-430.
González Ramos, Roberto (2022), «Educación y praxis artístico-visual de la nobleza hispana en los tratados y planes de estudios del siglo XVIII», *Quintana*, 21, pp. 1-18.

González Ramos, Roberto (2023), «La educación en el ejercicio de las artes visuales en la familia de Carlos IV», *Cuadernos Dieciochistas*, 24, pp. 279-302.

Gonzalo Sánchez-Molero, José Luis (1997), *El erasmismo y la educación de Felipe II (1527-1557)* (Tesis doctoral inédita), Madrid: Universidad Complutense de Madrid, https://hdl.handle.net/20.500.14352/61739

Gonzalo Sánchez-Molero, José Luis (2004), «La educación del príncipe», en Alfredo Alvar Ezquerra (dir.), *La cultura española en la Edad Moderna*, Madrid: Istmo, pp. 539-567.

Goody, Jack (1986), *La evolución de la familia y del matrimonio en Europa*, Barcelona: Herder.

Gorraiz Gonzalo, Naiara (2017), «La clase política en la Orden de Carlos III: servicio al rey y redes de relaciones en la alta administración», *Magallánica. Revista de Historia Moderna*, 1-7, pp. 121-144.

Haskell, Francis (1987), *Patronos y pintores. Pintura y sociedad en la Italia barroca*, Madrid: Cátedra.

Jordán de Urríes y de la Colina, Javier (2009), «El gusto de Carlos IV en sus casas de campo», en Javier Jordán de Urríes y de la Colina y José Luis Sancho (coords.), *Carlos IV, mecenas y coleccionista*, Madrid: Ediciones El Viso, pp. 53-74.

Jordán de Urríes y de la Colina, Javier (2011), «Las casitas de Carlos IV», en Alfonso Rodríguez Gutiérrez de Ceballos y Ángel Rodríguez Rebollo (coords.), *Actas de las Jornadas de Arte e Iconografía sobre Carlos IV y el arte de su reinado*, Madrid: Fundación Universitaria Española, pp. 95-116.

León Sanz, Virginia (1998), «Patronazgo político en la corte de Viena: Los españoles y el Real Bolsillo secreto de Carlos VI», *Pedralbes: Revista d'historia moderna*, 18(2), pp. 577-594.

Llaguno, Eugenio (1829), *Noticias de los arquitectos y arquitectura de España desde su Restauración*, tomo IV, Madrid: Imprenta Real.

López Rodríguez, María Encarnación (2016), *Etiqueta y ceremonial. Aproximaciones a la imagen del rey en la Corte de los Austrias* (Tesis doctoral inédita), Madrid: Universidad Complutense de Madrid, https://hdl.handle.net/20.500.14352/27355

Marías, Fernando (1989), *El largo siglo XVI*, Madrid: Taurus.

Martín González, Juan José (1993), *El artista en la sociedad española del siglo XVII*, Madrid: Cátedra.

Martínez Cuesta, Juan (1991), «El Infante don Gabriel de Borbón y su actividad como mecenas de pintura», *Boletín del Museo del Prado*, 12(30), pp. 39-61.

Martínez Cuesta, Juan (2003), *Don Gabriel de Borbón y Sajonia: mecenas ilustrado en la España de Carlos III*, Valencia: Pre-Textos.

Martínez Millán, José (2006), «La corte de la Monarquía Hispánica», *Studia Historica. Historia Moderna*, 28, pp. 17-61.

Martínez Millán, José y Hortal Muñoz, José Eloy (2015), «El funcionamiento diario de Palacio: los oficios de la casa», en José Martínez Millán y José Eloy Hortal Muñoz, *La corte de Felipe IV (1624-1665): reconfiguración de la Monarquía católica*, Madrid: Polifemo, pp. 440-473.

Matilla, José Manuel (2019), «El maestro de papel», en María Luisa Cuenca, Ana Hernández y José Manuel Matilla (eds.), *El maestro de papel: Cartillas para aprender a dibujar de los siglos XVII a XIX*, Madrid: Museo del Prado-CEEH, pp. 11-27.

Méndez Rodríguez, Luis Rafael (1999), «Un pintor ennoblecido: "la nobleza y lustroso linaje" de los padres de Velázquez», *Laboratorio de Arte*, 12, pp. 125-134.

Morel D'Arleux, Antonia (1998), «Los cuadros de borra de paño del infante D. Gabriel de Borbón: un original testimonio de las nuevas tendencias artísticas», en *I Congreso Internacional «Pintura española siglo XVIII»*, Madrid: Museo del Grabado Español Contemporáneo, pp. 411-423.

Orden de Carlos III (1845), *Constituciones de la real y distinguida Orden Española de Carlos III, instituida por el mismo augusto rey á 19 de setiembre de 1771, en celebridad del felicisimo nacimiento del infante*, Madrid: Imprenta Real.

Pau Pedrón, Antonio (2006), *Los retratos del Infante don Gabriel*, Madrid: Real Academia Matritense de Heráldica y Genealogía.

Pérez Sánchez, Alfonso (1967), *Catálogo de dibujos*, Madrid: Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.

Pulido López, Luis y Díaz Galdós, Timoteo (1898), *Biografía de don Ventura Rodríguez Tizón como arquitecto y restaurador del Arte Clásico en España en el siglo XVIII*, Madrid: Imprenta del Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús.

Real Academia de Bellas Artes de San Fernando (1793), *Al Rey nuestro señor* (reimpresión del original en 2022), Fráncfort: Outlook Verlag GmbH.

Real Academia de Bellas Artes de San Fernando (1804), *Inventario de las obras de las tres Nobles Artes y de los Muebles que posee la Real Academia de San Fernando*, Madrid: Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.

Real Academia de Bellas Artes de San Fernando (1817), *Catálogo de los cuadros, estatuas y bustos que existen en la Real Academia de San Fernando en este año de 1817*, Madrid: Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.

Real Academia de la Historia (1893), *Memorial Histórico Español. Colección de documentos, opúsculos y antigüedades que publica la Real Academia de la Historia*, tomo XXIX, Madrid: Imprenta y Fundición de Manuel Tello.

Real y Muy Distinguida Orden de Carlos III (1863), *Constituciones de la real y muy distinguida orden de Carlos tercero*, Madrid: Imprenta Nacional.

Rodríguez de Rivas, Mariano (1941), «Consideración social de los artistas en los pasados tiempos. Índice del siglo XV al XIX», *Arte Español*, XIII, pp. 17-25.

Rosenbaum, Alexander (2010), *Der Amateur als Künstler. Studien zu Geschichte und Funktion des Dilettantismus im 18. Jahrhundert*, Berlín: Gebr. Mann Verlag.

Ruta, Clemente (1739), *Guida ed esatta notizia a forastieri delle più eccellenti pitture che sono in molte chiese della città di Parma*, Parma: Stampería del Gozzi.

Sambricio, Carlos (1986), *La arquitectura española de la Ilustración*, Madrid: Consejo Superior de los Colegios de Arquitectos de España e Instituto de Estudios de Administración Local.

Sánchez Quevedo, Isabel y Morán Turina, Miguel (1999), *Pintura y sociedad en la España de Velázquez*, Madrid: Akal.

Sánchez-Montes González, Francisco; Lozano Navarro, Julián José y Jiménez Estrella, Antonio (2016), *Familias, elites y redes de poder cosmopolitas de la Monarquía Hispánica en la Edad Moderna*, Granada: Editorial Comares.

Sancho, José Luis (2009), «"Tan perfectas como corresponde al gusto y grandeza de sus majestades". Las artes en la Corte de Carlos IV», en Javier Jordán de Urríes y de la Colina y José Luis Sancho (coords.), *Carlos IV, mecenas y coleccionista*, Madrid: Ediciones El Viso, pp. 15-52.

Seiz Rodrigo, David (1997), «El bolsillo privado de su Majestad: la oeconómica en la casa del Rey en los siglos XVII y XVIII», en James Casey (ed.), *Familia, parentesco y linaje:*

Congreso Internacional Historia de la Familia: Nuevas perspectivas sobre la sociedad europea, Murcia: Universidad de Murcia, pp. 259-267.

Sloan, Kim (2000), *'A Noble Art'. Amateur Artist and Drawing Masters, c. 1600-1800*, Londres: British Museum.

Soria Mesa, Enrique (2013), *La nobleza en la España moderna: cambio y continuidad*, Madrid: Marcial Pons Historia.

Tormo, Elías (1929), *Cartillas excursionistas VII. La visita a las colecciones artísticas de la Real Academia de San Fernando*. Madrid.

Urrea, Jesús (1977), *La pintura italiana del siglo XVIII en España*, Valladolid: Publicaciones del Departamento de Historia del Arte.

Urrea, Jesús (1989), *Itinerario italiano de un monarca español. Carlos III en Italia 1731-1759*, Madrid: Museo del Prado.

Vallejo García-Hevia, José María (2003), «La última máscara del Rey. Las Cortes de Castilla de 1789 en la España del Antiguo Régimen», en María Dolores del Mar Sánchez González (coord.), *Corte y monarquía en España*, Madrid: UNED, pp. 191-258.

Vega Oncins, Francisco; Gutiérrez Contreras, Francisco y Serrano, Victoria (1997), *Historia de España*, Madrid: Espasa Calpe.

Velasco Aguirre, Miguel (1941), *Catálogo de la sala de dibujos de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando*, Madrid: Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.

Villanueva, Juan de (1764), *Regla de las cinco órdenes de Jacome de Vignola, con licencia en Madrid en la Oficina de don Joaquín Ibarra, acosta de don Gabriel Segura, director de la Compañía de los Cinco Gremios Mayores en Cádiz y de don Manuel Rodríguez, abridor de láminas. Delineado por don Diego de Villanueva, director de Arquitectura de la Academia de San Fernando año de 1764*, Madrid: Imprenta de Joaquín Ibarra.

VV. AA. (1999), *Del Neoclasicismo al Impresionismo*, Madrid: Akal.

Warnke, Martin (1991), *Artisti di corte. Preistoria dell'artista moderno*, Roma: Istituto dell'Enciclopedia Italiana.

Welch, Evelyn (1997), *Art in Renaissance Italy*, Oxford: Oxford University Press.

Zerlenga, Ornella y Cirillo, Vincenzo (2023), «Guarino Guarini and the design of staircases in Italian treatises», *Informes de la Construcción*, 75(572), e. 517.

ISSN: 1576-7914 - e-ISSN: 2341-1902
DOI: https://dx.doi.org/10.14201/cuadieci202526539556

VIDA DE MONECILLO. LOS MONAGUILLOS EN LAS PARROQUIAS SEVILLANAS DESDE MEDIADOS DEL SIGLO XVII HASTA LA CRISIS DEL ANTIGUO RÉGIMEN

The Life of an Altar Boy. Altar Attendants in Sevillian Parishes from mid-17th Century to the Crisis of the Ancient Régime

Víctor Daniel REGALADO GONZÁLEZ-SERNA
Universidad de Sevilla
victordanielregalado@gmail.com

Fecha de recepción: 11/02/2024
Fecha de aceptación: 09/07/2025

RESUMEN: Los estudios sobre la Historia Social del alto clero urbano poco a poco han ido proliferando dentro de la historiografía española. Sin embargo, aunque el conocimiento del bajo clero también ha avanzado, existe una importante carencia respecto al estudio de los monaguillos. Este fue el colectivo más débil de todos los individuos vinculados con el bajo clero urbano moderno. Así, se pretende en el presente artículo comprender mejor las características de este grupo de niños y jóvenes que formaban, en cierto modo, una cantera de sujetos relacionados con las parroquias y que con el tiempo aspiraban a ocupar otras responsabilidades como las sacristías o sochantrías.

Palabras clave: monaguillos; Sevilla; parroquias; historia Moderna; historia social.

ABSTRACT: Studies on the Social History of the high urban clergy have bit by bit been proliferating within Spanish historiography. However, although knowledge of the lower clergy has also advanced, there is an important lack regarding the study of altar boys. This was the weakest group of all the individuals linked to the modern urban lower clergy. Thus, the aim of this article is to grasp a better understanding

of the characteristics of this group of children and young people who formed, in a certain way, a pool of subjects related to the parishes and who over time, aspired to occupy other responsibilities such as sacristies or sochantries.

Key words: altar boys; Seville; parishes; modern history; social history.

1. Introducción

En la presente investigación el objetivo es acercarnos todo lo posible al último eslabón de la Iglesia como institución colectiva: los monaguillos o monecillos, tal como se les denominaba en la Sevilla moderna y que conformaban la cantera de buena parte de los puestos laicos y del bajo clero que nutría a las parroquias. Esto supone metodológicamente una dificultad considerable al acercarnos a este objeto de estudio que dejó un menor rastro documental. Este colectivo infantil ciertamente se encontraba en la situación más débil dentro de la estructura eclesiástica. Aunque civilmente pertenecieran al estado laico por su relación laboral y de dependencia con la Iglesia, además de por la condición infantil y generalmente humilde, debemos considerarlos por ello como la posición más baja dentro de las instituciones conformadas por el clero secular.

Con este trabajo se extiende la línea de investigación que en los últimos años se está desarrollando respecto a la historia social del clero hispalense, centrada hasta ahora fundamentalmente en el alto clero urbano[1]. No obstante, aunque el bajo clero urbano se ha estudiado, el escaso rastro documental referido a monaguillos complica considerablemente poder establecer comparaciones con otras investigaciones[2]. Asimismo, por la ausencia de información se advierte una importante carencia historiográfica respecto a este colectivo[3].

Los monaguillos formaron parte del clero secular con un desempeño auxiliar en las distintas actividades religiosas desarrolladas en el templo y con una múltiple variedad de responsabilidades en el día a día de las diferentes iglesias de la ciudad. Sus funciones abarcaban, por lo tanto, un amplio abanico desde el auxilio al sacerdote en los diferentes rituales hasta actividades de limpieza, recados, vigilancia y demás cuestiones que surgieran diariamente en el templo.

1. El alto clero urbano en los últimos años ha recibido cada vez una mayor atención historiográfica destacando en este mismo ámbito geográfico para Cádiz el trabajo de Morgado, 1989; para Murcia, Irigoyen, 2000, o para Córdoba, Díaz, 2012. Para el caso específico de la Sevilla moderna y del siglo XIX debemos mencionar a Regalado, 2023.

2. Sobre bajo clero urbano a nivel general en el mismo contexto geográfico podemos destacar a Candau, 1993 y 1994; Benítez, 2001; Morgado, 2000; Valenzuela, 2006; Barrio, 2010: 139-191. Asimismo, se ha señalado la riqueza de establecer una metodología comparativa al analizar esta cuestión concreta en Valenzuela, 2006: 744.

3. No ocurre así a los estudios sobre la infancia en un sentido general. Por la relación con el tiempo y lugar de estudio debemos mencionar para una mayor información sobre la situación a Núñez, 2011.

Además de estas responsabilidades realmente primordiales en el funcionamiento cotidiano de una parroquia, al crecer en numerosas ocasiones continuaron estos jóvenes su desarrollo profesional como mozos de capilla, pasando luego algunos a sacristanes menores. Posteriormente, también se convertirían algunos en sacristanes mayores o sochantres. Además, este grupo de individuos podría considerarse como una pequeña cantera de futuros clérigos que formarían más tarde parte del bajo clero urbano. El papel del monaguillo se convertía así en una colocación interesante para niños humildes con la esperanza familiar de que pudieran prosperar bajo la protección de la Iglesia conformando los estratos bajos del clero urbano, aunque alguno pudiera realizar alguna carrera más amplia bajo la protección de la institución a la que estuviera adscrito[4].

Para evitar confusiones se debe precisar en esta introducción que en las fuentes podía alternarse a veces como sinónimos monaguillo y acólito. Siendo estrictos realmente un acólito estaría ya instituido como un aspirante a proseguir la vida eclesiástica y podría incluso instruir a otros monaguillos sobre sus funciones en la cotidianidad del templo. Sin embargo, en el día a día no distaba mucho un acólito respecto a un monaguillo, salvo en cuestiones precisas como poder dar la comunión para ayudar al sacerdote responsable de la misa. Así, en numerosas ocasiones se usaron por las fuentes ambos términos indistintamente, por lo que en este estudio consideramos en buena medida como un conjunto ambas figuras.

Gracias a diversas fuentes, fundamentalmente procedentes del Archivo General del Arzobispado de Sevilla y del Archivo Catedral de Sevilla, hemos podido reunir en los últimos años diferentes rastros documentales que permiten estudiar la vida cotidiana de los monaguillos, utilizando también para ello la información conservada gracias a la actividad judicial del arzobispado. Esto ha facilitado que conozcamos numerosos aspectos conflictivos, pero también las diferentes circunstancias concernientes al día a día de los monaguillos hispalenses, tal como expondremos a continuación.

2. Vida de monecillo. Consideraciones previas

En primer lugar, antes de abordar los distintos apartados que permitan reconstruir el perfil de los monaguillos debemos presentar cierta información preliminar. No conocemos completamente la composición del cuerpo de monaguillos de todas las parroquias, por lo que debemos ser conscientes de la posible variabilidad que podría haber entre unos templos y otros según las necesidades internas.

4. Podemos vincular esto con el desarrollo de las carreras eclesiásticas en la España moderna, Morgado, 2020.

De hecho, tras el barrido de gran parte de las series documentales de la catedral de Sevilla, de la colegial del Salvador y de la Justicia Arzobispal se han encontrado documentos sobre ellos en 52 ocasiones. Podemos destacar que numerosa información es referida al caso concreto de la colegial del Salvador, aunque se ha reunido una muestra que cubre buena parte de la ciudad. Esto se debe a que al ser un cabildo colegial con función parroquial el cuerpo de canónigos dirimía en sus cabildos ordinarios multitud de aspectos cotidianos del templo recogiéndose las decisiones en las actas capitulares. En el caso de las parroquias la dirección de las mismas por los párrocos y beneficiados provocaba que fuera mucho más autoritario el gobierno de las mismas y, sobre todo, no existía la necesidad de dejar constancia escrita de gran parte de aspectos. Escapa así de nuestro conocimiento multitud de información sobre la vida cotidiana de los templos parroquiales.

No obstante, debemos entender que hubiera varios niños ocupando esta responsabilidad en cada iglesia de la ciudad, aunque según su tamaño el número debió ser realmente versátil. Por ejemplo, en la colegial del Salvador, segundo templo de la ciudad en importancia, solía haber un cuerpo de nueve acólitos o monaguillos[5]. De esta manera, se trataría de un grupo de aproximadamente más de un centenar de niños dedicados coetáneamente en Sevilla a esta función solo teniendo en cuenta a las parroquias. Escapan de nuestro estudio aquellos muchachos que ejercieran en templos relacionados con el clero regular. Como incluiremos parcialmente en este estudio a aquellos acólitos que promocionaron como mozos de capilla, siendo este su ascenso natural aun a una edad muy joven, debemos considerar que posiblemente ya la cifra total rondase los 200 varones jóvenes vinculados con las iglesias parroquiales de forma coetánea.

Respecto al marco cronológico de análisis señalamos que extendemos el estudio desde el año 1644 alcanzando en el otro extremo el año 1835, cubriéndose por lo tanto la segunda mitad de la Edad Moderna y crisis del Antiguo Régimen[6]. Casualmente ambas referencias extremas las conocemos gracias a juicios motivados por las agresiones de dos sacristanes a monaguillos que estaban bajo su responsabilidad. Desgraciadamente respecto a los asuntos judiciales anteriores del siglo XVII existen muy pocos documentos conservados y, además, entonces el aparato judicial del arzobispado de Sevilla aún se encontraba en pleno desarrollo. No fue hasta entrado el siglo XVIII cuando la maquinaria arzobispal aparece realmente como completa mejorando además considerablemente la conservación de los distintos asuntos dirimidos[7].

5. AGAS, CS, Sec., AACC, 18, f. 208r., 15-XI-1757.

6. Nos referimos respectivamente a AGAS, Just., 10.703, *Autos contra Juan Díaz, sacristán de la parroquia de San Nicolás*, 1644 y AGAS, Just., 10.106, *Autos contra Antonio Fernández Groso, sacristán de San Julián*, 1835.

7. Esto se ha advertido en Pineda, 2021: 67-82.

2.1. Orígenes de los monaguillos y acceso a las parroquias

Es difícil conocer los orígenes de los monaguillos, aunque sí podemos mencionar varios casos que sirven de modelo del perfil habitual. Sabemos que, por ejemplo, en la parroquia de San Julián a finales del siglo XVIII los monaguillos procedían de diferentes familias de un perfil socioeconómico bajo que vivían en la propia collación y, por lo tanto, relacionadas en su práctica cotidiana de la religión con dicho templo[8]. Consta por aquellos años que solamente un muchacho que estuvo un tiempo sirviendo en San Julián, hasta ser despedido por ladrón, procedía de San Gil, una collación ajena pero vecina[9].

Aunque no podamos contrastar habitualmente este dato sí podemos considerar como lógico, y en cierto modo previsible, que la mayor parte de monaguillos fueran reclutados en la misma collación de la parroquia o, como mucho, que alguno procediera de las más próximas. Es así puesto que la relación de vecindad debió influir mucho en los procesos de selección para nuevos candidatos a monaguillos y, por lo tanto, debió jugar un papel frecuentemente determinante conocer al sacristán o algún beneficiado de la parroquia gracias a la asistencia cotidiana al templo.

En ocasiones se comprueba la humildad de la familia del muchacho por la necesidad que demostraban de percibir el pequeño salario que les correspondía por las diversas tasas parroquiales que conllevaban reparto de dinero entre los monaguillos o acólitos. Así, cuando el sacristán de la parroquia de San Nicolás castigó sin darle su salario mensual a Pedro, acólito que servía de mozo de coro, por coger unas naranjas del patio de la iglesia, su familia quedó en un severo apuro económico. Un tío del muchacho que era ciego acudió a protestar para que le dieran a su sobrino el salario del mes pasado, suplicando que en cambio lo castigasen físicamente por coger las naranjas de la parroquia. Bien es cierto que podemos añadir que no solo no consiguió que el sacristán pagara a su sobrino, sino que además recibió el ciego dos o tres golpes con un cetro dorado para echarlo de la sacristía sufriendo además los insultos del sacristán. Y parece ser que si no hubieran intervenido unos testigos las consecuencias hubieran sido mayores para el ciego por la terrible furia que expresó el sacristán[10].

En cierto caso muy concreto se conoce un niño de origen noble con consideración de acólito que fue promovido muy rápidamente a prebendado de la catedral antes de iniciar su formación eclesiástica pertinente, aunque debemos descartar en este caso el servicio parroquial como monaguillo por su elevado nacimiento. Por lo tanto, no se incluye en el conjunto de monaguillos de la ciudad, aunque por gozar de la consideración de acólito sería posible que actuase

8. AGAS, Just., 12.318, *Autos contra José Barrera, sacristán menor de San Julián*, 30-VIII-1797.
9. AGAS, Just., 12.318, *Autos contra José Barrera…*, 30-VIII-1797, f. 19v.
10. AGAS, Just., 10.703, *Autos contra Juan Díaz…*, 1644, ff. 9r.v.

habitualmente como monaguillo de su tío cuando este oficiaba misa. Así, el arzobispo Llanes presentó el 27 de marzo de 1787 a un sobrino suyo, Francisco Javier Cienfuegos, de solo once años de edad, para una ración de la catedral vacante por muerte de José Antonio Pastor[11]. Sin el presbiterado no podría formar parte del cuerpo de canónigos de la catedral, y realmente a finales del siglo XVIII la presencia de niños como expresión manifiesta de nepotismo se encontraba en retroceso[12]. La propuesta fue aceptada por el cabildo y el joven recibió la prebenda mientras iniciaba su formación eclesiástica, tal como solía ocurrir en estos casos. Este ejemplo permite apreciar que un destacado origen social facilitaba evitar servir de monaguillo o de desarrollar un acolitado realmente práctico.

Respecto a la edad de acceso de estos muchachos según el derecho canónico para ser acólito había que dejar de ser párvulo, teniendo, por lo tanto, en torno a los 12 años de edad[13]. Así, los monaguillos serían frecuentemente individuos aún más jóvenes que aspiraban en buena medida a dar un primer paso de la carrera eclesiástica como acólitos. No obstante, en la práctica debemos considerar que esta limitación posiblemente se aplicase de forma flexible. Asimismo, encontramos pruebas de jóvenes que ya como mozos de capilla estaban unos diez años con esta nueva función. Se trataba de la promoción habitual para los monaguillos que mostrasen aptitud para el canto. Así que dependiendo de la edad del ascenso a mozo de capilla no debía ser extraño que lo fueran hasta aproximadamente los 20 años[14]. Esta posición de mozo de capilla o de coro además del canto en el templo mantenía aún muchas responsabilidades comunes con los monaguillos.

Por norma general era el sacristán mayor o sochantre el encargado de seleccionar a los nuevos acólitos de la parroquia y, como veremos más abajo, también solía ser quien los promovía para mozos de capilla. En el caso del Salvador, aunque se perciben muestras de independencia en los sacristanes en esta cuestión no era una responsabilidad bien definida puesto que era habitual que el cabildo colegial tomase decisiones al respecto. Al menos en cuestiones de importancia como la expulsión de algún monaguillo o acólito por comportamiento inadecuado, tratándose dentro de las sesiones de cabildo ordinario en el Salvador. Fuera de esta excepción, en el resto de las parroquias de Sevilla la responsabilidad de seleccionar, formar y supervisar a los monaguillos y mozos de capilla correspondía a los sacristanes mayores o sochantres.

11. ACS, Cap. Sec., AASS, 7.327, f. 53v., 27-III-1787.

12. Para el caso del nepotismo en el cabildo catedral hispalense véase Regalado, 2023: 62 y 73. Para una mayor información referenciamos a Díaz, 2009: 291 e Iglesias, 2016.

13. Barrio, 2010: 143.

14. Por ejemplo, constan algunos mozos de capilla en la colegial con 12 años de servicio como José Andrés o 9 en el caso de José de Salas, véase AGAS, CS, Sec., AACC, 12, f. 240r., 23-VIII-1709.

2.2. Funciones de los monaguillos en las parroquias y su vida cotidiana

Una de las principales responsabilidades de los monaguillos y acólitos era acompañar al clero parroquial en los distintos cortejos y celebraciones. Por ejemplo, fue muy frecuente su presencia en los cortejos fúnebres o de cualquier otro tipo que implicaran al cuerpo eclesiástico de la parroquia, teniendo además derivado de ello distintos derechos salariales. No obstante, en la práctica la función quedaría mucho más marcada por el ritual surgido por la tradición interna de cada parroquia, ya que se constata una gran independencia en cada templo para las cuestiones cotidianas[15].

Esta función relacionada con los cortejos y procesiones de diversa índole era muy interesante para los monaguillos puesto que les correspondía por ella cierta remuneración que, aunque posiblemente se turnasen o no siempre asistieran todos los adscritos al templo, sí podía convertirse en un ingreso necesario para el sostenimiento de sus familias. Respecto a los turnos se constata en algún templo la existencia de semaneros, es decir, monaguillos que ejercían la responsabilidad mediante turnos semanales[16]. Al menos esto debió organizarse de manera rotativa en el caso del Salvador por su mayor tamaño, siendo posiblemente en las parroquias más pequeñas un cuerpo de monaguillos con menos rotaciones o, tal vez, incluso con ausencia de alternancia.

Otra posibilidad es que el turno en la parroquia se hiciera para las procesiones con asignación salarial y no para las actividades cotidianas del templo que no conllevaban repartos. Encontramos monaguillos o acólitos encargados de portar ciriales, velas o hacheros por ejemplo en los funerales y solían rondar un real por individuo en cada caso[17].

También entraban los monaguillos y acólitos a beneficiarse de los repartos de propinas extraordinarias que hubiera en el templo. Así ocurría, por ejemplo, cuando el nuevo titular de algún beneficio o pieza eclesiástica tomaba posesión. Desgraciadamente la mayor parte de propinas no dejan rastro documental. Sin embargo, la práctica de las propinas sí se ha constatado en la catedral y en la colegial del Salvador[18]. No podemos desechar la posibilidad de que también sucediera en las parroquias. En el Salvador cuando algún nuevo canónigo recibía la posesión de su prebenda repartía una cantidad estipulada previamente por las actas del cabildo, con el fin de evitar abusos o grandes dispendios para los nuevos provistos, pero que permite conocer las cifras entregadas en este concepto. Así,

15. Se ha constatado al menos para Sevilla que en la forma de los cortejos, aunque con una estructura base común, podía variar ligeramente el proceder de unas parroquias u otras, así como las tasas percibidas por idénticos rituales, véase Regalado, 2023b.

16. AGAS, CS, Sec., AACC, 20, f. 225r., 22-V-1774.

17. Por citar una referencia a modo de ejemplo tenemos a AGAS, Just., 12.814, *Autos por derechos de cobro en procesiones funerales*, f. 3r., 1723.

18. Regalado, 2023: 86-87.

los acólitos recibían cada uno un real, en el caso de que ya hubieran sido promovidos a mozos de capilla entonces la propina aumentaba a dos reales[19].

Como vemos, los muchachos encargados de esta función contaban con un salario muy variable según la demanda de su presencia en los distintos ritos que surgieran en la parroquia. Sin embargo, debemos considerar, por una parte, la posibilidad de turnos en la asistencia a lo mismo en el cuerpo de monaguillos o acólitos para servir en estos actos. Asimismo, podría ocurrir también entre los mozos que llevasen ciriales o cirios, según el caso y el lustre de la procesión.

Por otra parte, debemos tener presente que se observa que los monaguillos pertenecían habitualmente a familias que requerían del salario que percibían los muchachos para el sostenimiento de la casa. Así, en el caso de que en la familia contaran con algún miembro laboralmente activo el ingreso extra percibido por el monaguillo realmente suponía un importante alivio económico. José Rodríguez, conocido como Pepe, hasta ser expulsado de la carrera eclesiástica con 17 años estuvo vinculado desde muy niño a la parroquia de San Gil, teniendo su padre una casa mercería a escasos metros del templo. Sus ingresos no eran vitales para la unidad familiar, significando más bien un complemento económico[20]. En casos más extremos, como ser huérfano de padre, podría llegar a ser un sustento primordial, tal vez el único ingreso recurrente en la familia, pudiendo así incluso contribuir de manera más determinante al sostén de sus parientes.

A pesar de todo, no es posible establecer una media de percepción por la dificultad que conllevaría estimar las percepciones que de promedio recibían los monaguillos y, además, sería necesario contar con un número de casos suficientes como para poder establecer una labor estadística al respecto. Sin embargo, solo teniendo en cuenta los funerales que en cada parroquia se celebraban casi diariamente podían significar varios reales semanales para cada monaguillo, si no hubiera una rotación larga ese real podría ser casi diario. Quizás, sumando los reales percibidos por otras funciones que conllevaban tasas parroquiales podríamos encontrarnos en un nivel quizás algo inferior al de los aprendices en la ciudad, que solían tener un salario de aproximadamente 4 reales el jornal[21]. No podemos afirmar ni apuntalar esta cuestión con datos suficientes por la ausencia de los mismos, pero sí es factible al menos señalar estas posibilidades. Además, debe considerarse que en caso de que el salario aproximadamente no fuera interesante, así como la esperanza de promoción a mozos de coro, muchos jóvenes no tendrían posiblemente interés en formar parte del cuerpo de monaguillos por la necesidad de contar con algún ingreso mayor.

19. AGAS, CS, Sec., AACC, 18, f. 208r., 15-XI-1757.

20. AGAS, Just., 10.881, *Causa de oficio contra José Rodríguez, clérigo tonsurado*, 1740.

21. Se establece el salario medio del jornal de un peón o aprendiz en 4,2 reales de media, mientras que un mandadero de media percibía 1,1 rs. por jornal o un guarda unos 2 rs., véase Regalado, 2022: 386. También se ha tratado esta cuestión en Hamilton, 2000 (edición consultada): 420.

Otra función frecuente de los monaguillos fue la de ayudar en el funcionamiento cotidiano del templo, por ejemplo, como recaderos o para cumplir con encargos. Constan casos en los que eran enviados los monaguillos a recoger el vino de gasto diario en las misas u otros enseres necesarios para la celebración de los oficios[22]. A veces se les encargaba llevar recados escritos o cartas de parte de la parroquia o de alguno de sus miembros a otras partes de la ciudad[23]. Asimismo, solían hacerse cargo también de labores de limpieza cotidiana en el templo parroquial, aunque fuera de manera auxiliar[24]. En ocasiones incluso si era necesario hacían labores de vigilancia del templo cuando estaba abierto y no se encontraba el sacristán presente, aunque esto se procuró evitar por parte de los párrocos y beneficiados parroquiales por los peligros que conllevaba[25].

2.3. Futuro laboral del monaguillo

Debemos considerar que en un gran número de casos el monaguillo después de un tiempo de servicio de mayor o menor duración volvía, por así decir, al ámbito laico de la sociedad. Esto podía motivarse por diversas razones. Una causa frecuente sería por encontrar alguna colocación laboral con mejores condiciones o mayores posibilidades de promoción. Desgraciadamente los abandonos de monaguillos no han dejado apenas rastro documental salvo cuando fue por despido o por incomodidad del muchacho ante tal vez un sacristán duro con los castigos. Así, no es posible conocer los detalles al respecto. Sin embargo, teniendo en cuenta que el número de mozos de coro era mucho más reducido proporcionalmente respecto al de los monaguillos significa que tanto los despidos como los abandonos fueron numerosos constatándose una relativa rotación de muchachos en el cuerpo de monaguillos de cualquier parroquia hispalense.

También debemos considerar aquellos casos que abandonen la vida de monaguillo por presiones internas. Esto debió ocurrir habitualmente a causa de un sacristán demasiado estricto o violento. Además, esta circunstancia provocaría en la parroquia en cuestión una elevada rotación de monaguillos tanto por los despidos como por desavenencias o mejores alternativas laborales. Así, un cuerpo estable de monaguillos podría equivaler a una parroquia de trato más pacífico con los niños que desarrollaban esta función reflejando la existencia de unas mejores condiciones laborales.

Sin embargo, pasado el tiempo el futuro natural de un monaguillo era recibir en algún momento el acolitado y, cuando tuviera alguna oportunidad, ascender principalmente a mozo de coro, así como a otras posibles funciones. Cuando se

22. AGAS, CS, Sec., AACC, 22, f. 114v., 26-XII-1781.
23. AGAS, Just., 12.791, *Autos contra Juan de Polvorín, presbítero*, f. 1v., 1754.
24. AGAS, Just., 10.106, *Autos contra el sacristán…*, f. 5v., 1835.
25. AGAS, Just., 10.470, *Autos contra el sacristán Francisco Garrido*, f. 1r., 1793.

producía alguna vacante entre los mozos de coro los jóvenes vinculados a la parroquia procurarían presentar su candidatura siendo seleccionado teóricamente el que mejores aptitudes tuviera. Así, en el Salvador tras producirse cierta vacante en el coro el joven Dionisio Romero presentó en marzo de 1721 una súplica para recibir el puesto de mozo de coro dejando, por lo tanto, su función de acólito de ciriales en el mismo templo. El cabildo colegial aceptó la propuesta[26].

Cuando en el Salvador fue despedido el 20 de abril de 1740 el mozo de capilla Juan López por sus problemas con la bebida hubo dos posibles acólitos para promocionar. Los canónigos dudaron entre José de Morales y Felipe Villalba, ya que ambos habían servido suficiente tiempo en el templo mostrando además una buena aptitud. Finalmente se inclinó la balanza a favor de José de Morales porque Juan Nicolás Cavaleri, canónigo de la catedral, intercedió a su favor[27].

Una vez que los jóvenes promocionaban a mozos de capilla, además de funciones cotidianas en el templo pasaban a conformar el coro musical debiendo formarse adecuadamente. Para ello recibían lecciones de canto por parte del sochantre de la parroquia o en el caso de la colegial del Salvador por algún individuo dedicado específicamente a ello, tal como parece constatarse. En este segundo caso al menos a finales del siglo XVII figura que se hacía cargo de la enseñanza de los mozos de capilla uno de los capellanes de la colegial, concretamente Juan de los Santos Correa de la Vega[28].

Asimismo, los muchachos presentaban una mayor dificultad al aprender a leer el latín para poder interpretar las piezas adecuadamente. A veces esto se manifestaba con el valor añadido de deber aprender a leer castellano por no saber tampoco, ralentizando las tareas de enseñanza básica. Esto suponía ciertamente una inversión de tiempo considerable estimada en unos seis meses de preparación para cada mozo de capilla, aunque se intentaba adelantar parcialmente aprendiendo a cantar de memoria la diversidad de piezas utilizadas habitualmente implicaba que debieran aprender lo antes posible a leer con agilidad tanto en castellano como en latín. Por esta dificultad en el aprendizaje se procuraba por

26. AGAS, CS, Sec., AACC, 13, f. 204r., 15-III-1721.

27. AGAS, CS, Sec., AACC, 15, f. 202r., 20-IV-1740. Es complicado conocer la razón que llevaría a este canónigo de la catedral para pedir ese favor al vecino cabildo del Salvador, pero sí se ha constatado cierta relación personal con prebendados del cabildo colegial, por lo que podría hacer uso de ese capital relacional para colocar a algún muchacho protegido; por ejemplo, demostró una estrecha relación con el canónigo de la colegial Feliciano Antonio Sánchez Guillena, teniendo poderes para testar en su nombre, AHPS, PN, 8.207, f. 483r., 27-XI-1746. También el canónigo Cavaleri pagaba una pensión de 1.100 rs. cargada sobre su canonicato a favor de Sánchez Guillena, AHPS, PN, 8.748, f. 526, 20-VII-1742.

28. Por el apellido De la Vega podemos relacionar este presbítero capellán con los canónigos del Salvador llamados Cristóbal y Pedro de la Vega, con los que debió tener algún tipo de relación familiar. También cabe añadir que la familia De la Vega se vinculó mucho con la colegial del Salvador patrocinando numerosas obras. De hecho, el padre de los dos canónigos citados fue tesorero de la obra de la iglesia colegial del Salvador debiéndole el cabildo tras la obra más de 4.000 pesos que adelantó para la construcción, AGAS, CS, Sec., AACC, 12, f. 172v., 10-XII-1707.

todos los medios que al menos siempre hubiera algún mozo con experiencia para que pudieran seguir celebrándose adecuadamente las misas cantadas mientras se formaban los nuevos fichajes de la capilla musical[29]. Una vez en pleno ejercicio el servicio de los mozos de coro se extendía durante una serie de años, a veces se constata que incluso un poco más de una década.

Tras unos años ejerciendo como mozos de coro estos jóvenes se encontraban ante una posible doble vía laboral. Podría ser orientarse hacia la sochantría, como laico o como sacerdote, pero también comenzar la formación como clérigo. Así podrían iniciar una carrera correspondiente al bajo clero hispalense como servidores de beneficios cuyos titulares estuvieran ausentes o que no pudieran atender a las obligaciones pertinentes[30].

Asimismo, durante estos años de servicio en ocasiones podrían ejercer como sacristanes interinos mientras el titular debía ausentarse de la plaza por motivos de salud o por alguna otra cuestión personal que temporalmente le impidiera servir la responsabilidad en el templo. Así ocurrió cuando el sacristán José Matajudíos necesitó ausentarse 15 días de la ciudad proponiendo al cabildo de la colegial del Salvador que en su lugar ejerciera temporalmente el mozo de capilla Juan Suárez[31]. Estos pequeños periodos como servidores interinos suponían en la práctica una oportunidad de aprendizaje, pero también de demostración de habilidades para poder postularse en el futuro cuando surgiera alguna oportunidad. Se trataba así de una interesante manifestación de aptitudes correctas como futuro candidato.

En definitiva, con suerte el antiguo monaguillo después de un tiempo desempeñando la función de mozo de coro podría promocionar dentro de la institución logrando ser tal vez sacristán menor. Por ejemplo, en 1799 José María de Lara, tras 16 años sirviendo a la colegial del Salvador como mozo de coro, recibió el puesto de sacristán menor[32]. El ya citado más arriba Dionisio Romero en algún momento desconocido también fue promovido a sacristán menor del Salvador, puesto que sí sabemos con certeza que lo poseía al menos ya en 1744[33]. Luego sería natural que si sus aptitudes eran las correctas el clero parroquial premiase su largo tiempo de servicio nombrándolo sochantre o sacristán mayor en algún momento. Nuevamente podemos mencionar a Dionisio Romero como caso prototípico puesto que fue promovido a sacristán mayor unos años más tarde, constándonos que lo fuera al menos para 1760[34]. Se mantuvo finalmente en ese puesto hasta su muerte

29. AGAS, CS, Sec., Corresp., 467, sin foliar, *Carta del presbítero capellán Juan de los Santos Correa de la Vega al cabildo colegial del Salvador sobre la formación de los mozos de capilla*, 12-VI-1682.

30. Para una mayor información sobre el sistema de capellanías en las parroquias de Sevilla véase Duro, 2023.

31. AGAS, CS, Sec., Corresp., 470, *Carta del sacristán José Matajudíos a la colegial del Salvador*, 13-I-1687.

32. AGAS, CS, Sec., AACC, 23, f. 121v., 2-IV-1799.

33. AGAS, CS, Sec., AACC, 16, f. 228v., 7-VI-1743.

34. AHPS, PN, 12.072, f. 834r., 2-VII-1760.

ya en 1772[35]. Se trata así de un buen ejemplo de cómo en numerosas ocasiones los monaguillos quedaban vinculados toda su vida al templo donde comenzaron su servicio en la niñez. En el caso de Dionisio Romero tenemos constatado que desde que recibió su puesto como mozo de capilla, tras un tiempo desconocido como monaguillo, se mantuvo el resto de su vida vinculado a la colegial del Salvador. Sumó un mínimo de 51 años de servicio.

Es más difícil rastrear información de los individuos que promocionaban trasladándose a otras parroquias de la ciudad, aunque en algunas ocasiones ha sido posible documentar estos movimientos entre templos parroquiales. En septiembre de 1715 Pedro Sebastián de los Reyes, mozo de capilla en la colegial del Salvador, dejó su puesto porque le surgió la oportunidad de pasar como sacristán a la parroquia de Santa Catalina[36]. Inmediatamente este movimiento lo intentaron aprovechar a su favor los monaguillos Diego Ramos, Isidro Camacho y Juan Miguel Fernández, que suplicaron al cabildo promocionar a mozo de capilla, siendo elegido por el cabildo colegial el último de los muchachos[37].

Por otro lado, tras un tiempo como mozo de coro podría tener el joven la fortuna de recibir algún tipo de padrinazgo que le permitiera iniciar sus estudios sacerdotales para alcanzar el grado de clérigo de menores y, más tarde, el presbiterado[38]. Esto podría ocurrir mientras seguía el *cursus honorum* que llevaban a cabo numerosos sacristanes y otros individuos que conformaban el servicio ordinario de una parroquia.

2.4. Cotidiana conflictividad

Como se ha podido venir apreciando a lo largo de esta investigación destaca la oscuridad documental que existe en las fuentes respecto a los monaguillos o acólitos. Esto está motivado a causa de su última posición en el cuerpo parroquial. De esta manera, es la Justicia Eclesiástica una de las fuentes que proporciona más información cercana a los sujetos por la implicación de los monaguillos en diversos pleitos, aunque sin dejar de ser una rareza documental. Así, las cuestiones derivadas de la conflictividad son las que mejor han llegado a nuestras manos y su importancia para este estudio resulta capital[39].

Encontramos algunos problemas derivados del mal comportamiento o malas aptitudes de los monaguillos y acólitos. Un problema podría ser un mal cuidado de los ornamentos como, por ejemplo, usar para secarse y limpiarse en cualquier

35. AGAS, CS, Sec., AACC, 20, f. 105v., 4-III-1772.
36. AGAS, CS, Sec., AACC, 13, f. 60r., 27-IX-1715.
37. AGAS, CS, Sec., AACC, 13, f. 60r., 27-IX-1715.
38. Barrio, 2010: 171.
39. Para un mayor conocimiento sobre la Justicia Arzobispal en Sevilla véanse Candau, 1993; Pineda, 2021.

momento las toallas utilizadas por los sacerdotes para depurarse antes y después de celebrar misa. Otra falta importante que solía cometerse era la no asistencia cuando correspondía dejando el templo sin el debido servicio, sobre todo en horas incómodas como en los momentos de apertura matinal[40]. En ocasiones estas faltas percibidas procedían en realidad no de actitudes estrictamente irresponsables, sino más bien por el pluriempleo con otras parroquias de la ciudad y que a la postre suponía no poder desarrollar adecuadamente sus funciones laborales[41].

Muchas otras veces las faltas cometidas procedían, realmente, de la poca edad y madurez de los individuos más que por faltas reales. El 21 de mayo de 1774 a la hora de la siesta tras cerrarse las puertas de la colegial del Salvador dos monaguillos se quedaron dentro porque se escondieron en las taquillas usadas por los capellanes en la sacristía. Esto respondía simplemente a que ambos niños estaban jugando cuando se cerró la iglesia. El cabildo colegial consideró que, aunque no hubo mala fe, daba un mal ejemplo lo sucedido por mostrar las posibilidades de robo en el templo. Debido a esto dio orden al sacristán mayor para que despidiera a ambos monaguillos sin posibilidad de reingreso, aunque disponiendo que se hiciera de manera caritativa y sin calumniarlos públicamente[42]. También un defecto relacionado con la corta edad de los monaguillos fue ser víctimas del robo por el despiste ocasionado por diferentes juegos. De esta manera, en noviembre de 1781 unos monaguillos se dirigían con canastos a recoger el vino diario para la misa y otros encargos. Eran tan pequeños que debían circular por la calle arrimados a un lado de la vía para evitar accidentes con otros viandantes. En cierto momento los monaguillos comenzaron a jugar entre ellos despistándose y siendo robado el vino necesario para los oficios de esa misma jornada[43].

Ahora nos centramos en problemáticas que sí podrían relacionarse con defectos derivados de comportamientos inapropiados y no por la joven edad. En este sentido, un efecto muy perjudicial podría ser algún vicio pernicioso como el alcoholismo, ya mencionado más arriba al referirnos a otra cuestión, y que impedía una correcta función laboral[44]. En una fecha indeterminada de la segunda mitad del siglo XVII un monaguillo llamado Juan parece ser que hurtó de la sacristía del Salvador una espada que allí se guardaba. Sin embargo, un mozo de capilla, el sacristán y un pobre hombre que frecuentaba el templo acusaron del robo a Juan de Rueda, sepulturero del Salvador. Además, el sepulturero desarrollaba esa misma función en las parroquias de San Bartolomé, San Pedro o Santa Catalina entre otros templos de Sevilla. Los tres acusadores por cuenta propia incluso llegaron a atar y agredir al sepulturero para conseguir su confesión del delito. Según añadió

40. AGAS, CS, Sec., AACC, 20, f. 225r., 22-V-1774.
41. AGAS, CS, Sec., AACC, 22, f. 232, 4-III-1786.
42. AGAS, CS, Sec., AACC, 20, ff. 224r.v., 22-V-1774.
43. AGAS, CS, Sec., AACC, 22, f. 114v., 26-XI-1781.
44. AGAS, CS, Sec., AACC, 15, f. 202r., 20-IV-1740.

Juan de Rueda a él mismo le habían robado dinero del templo imputando en ello también que lo pudiera hacer el muchacho que se llevó la espada[45]. Desgraciadamente no pudo saberse nada sobre el robo del dinero.

En numerosos casos se percibe cierta benignidad por parte de los responsables, aunque proporcionalmente menos que como se ha constatado en las esferas medias y altas del clero. En cierto modo no debería sorprender que la Iglesia como institución extendiera la tradicional benignidad también a los monaguillos. Se procuró establecer en cierto momento la norma de sancionar con la mitad de salario a los monaguillos que incurriesen en penas menores sin llegar al despido[46]. A veces si los motivos no eran de gravedad tras despedirse al monaguillo era inmediatamente readmitido convirtiendo el castigo realmente en una especie de amonestación o advertencia de un despido firme si volvía a incurrir en la falta. Se trataba de una forma de escarmiento mediante la demostración del poder de expulsión del individuo, bien es cierto que esta fórmula de castigo o advertencia era extensible en el Antiguo Régimen a numerosos individuos involucrados con la Iglesia[47]. Sin embargo, cuando se constataba que un monaguillo no respondía a lo esperado, a veces incluso de manera ejemplarizante, no era extraño que se optase por el despido irreversible, tal como también hemos podido comprobar.

Habitualmente los monaguillos cuando fueron protagonistas de pleitos esto se motivó por ser víctimas de algún tipo de crimen o abuso. Algunas veces se constatan los abusos físicos por parte del sacristán responsable de la parroquia. En San Julián el sacristán José Barrera destacó por su violencia contra los monaguillos. De manera considerada como inhumana por los testigos cualquier pequeño defecto lo castigaba con numerosos azotes. A veces lo hacía incluso solo por sospechar alguna falta, como cierto día que faltaron doce cuartos en el cepillo. Entonces culpó sin pruebas a los monaguillos de haberlos cogido para comprar arropía[48]. En cierta ocasión al monaguillo más pequeño le propinó 36 azotes con una correa quedando el niño sin poder sentarse muchos días e incluso siendo necesario que un médico le sanase las heridas[49]. En aquel mismo día se constató que también castigó físicamente a otro monaguillo mayor en edad que, aunque no quedó tan dañado, sí estuvo convaleciente bastantes días como consecuencia de la dura agresión.

Esta destacada agresividad provocaba una alta rotación de muchachos en la parroquia de San Julián que no soportaban tantos castigos. Según informaron algunos testigos parecía que el sacristán Barrera «tiene gusto y complacencia en

45. AGAS, CS, Sec., Corresp., 462, *Carta de Juan de Rueda, sepulturero, a la colegial del Salvador*.

46. AGAS, CS, Sec., AACC, 21, f. 4r., 2-I-1775. Respecto a esta norma se advierte que se hizo extensible al resto de individuos vinculados con la colegial del Salvador.

47. AGAS, Just., 12.318, *Autos contra José Barrera, sacristán de San Julián*, f. 19v., 30-VIII-1797.

48. AGAS, Just., 12.318, *Autos contra José Barrera…*, f. 45r., 30-VIII-1797.

49. AGAS, Just., 12.318, *Autos contra José Barrera…*, ff. 13r.v., 30-VIII-1797.

castigarlos», motivo que provocaba que muchos vecinos de la collación sintieran animadversión por él ya que llegaban muchos a opinar que este gusto excesivamente violento debería tener «algún principio malo». Además, era habitual que este sacristán denigrara a los monaguillos de la parroquia incluso en el altar mayor utilizando numerosas palabras indecentes al insultarlos[50].

Entre los insultos abundaban «las palabras más impuras e impúdicas, los tratamientos más bajos, de hijo de tal, arrastrado, etc., incluyendo a sus padres y madres»[51]. En otra ocasión sabemos que propinó otra fuerte agresión a uno de los monaguillos mencionados antes provocando la huida del muchacho a la casa de sus padres, siendo a causa de esa razón despedido por el sacristán[52]. Los malos tratos eran tan frecuentes que consta que otra vez la abuela de un monaguillo, junto al hermano de otro, acudieron a protestar ante el párroco Francisco Cano. Y parecía que más padres y madres comenzaban a quejarse con insistencia en la collación[53]. Este sacristán fue finalmente despedido de su puesto, pero cabe añadir que el abuso contra los monaguillos no fue más que una de las faltas demostradas, siendo también constatadas otras como no saber bien sus funciones, hacer cobros indebidos, no saber canto llano o sentarse en bancos de la iglesia a fumar y beber junto a otros hombres entre muchos otros defectos.

A veces se percibe cierta inquina y ánimo de revancha por parte del sochantre hacia algún monaguillo o acólito concreto. Así, este constatado odio podía llevar incluso al intento de asesinato en alguna ocasión. En la tarde del 11 de febrero de 1835 el monaguillo Antonio Fernández, de 12 años de edad, se encontraba en la parroquia de San Julián cumpliendo sus funciones. En esos momentos el otro monaguillo de la parroquia se encontraba fuera, posiblemente efectuando algún recado, al igual que el sacristán Groso. Este no tardó en regresar al templo y entonces acusó al monaguillo de haber estado jugando en vez de limpiando el templo, tal como le había ordenado hacer. Tras la llamada de atención el monaguillo acudió a por aceite y volvió junto al sacristán, que se encontraba entonces junto a una de las capillas laterales de la parroquia, volviéndole a recordar en esos momentos que debía barrer y dándole posteriormente otro recado advirtiendo al niño que todo era por su bien[54].

En cuanto el monaguillo le dio la espalda al sacristán, pasando junto al altar mayor para dirigirse a la sacristía, aprovechó Groso para lanzarle un atril que golpeó fuertemente al niño en la cabeza sobre la oreja derecha. Como muestra de la fuerza del golpe el atril se rompió en dos pedazos. El sacristán recogió inmediatamente uno de ellos lanzándolo de nuevo alcanzando esta vez al monaguillo en la espalda.

50. AGAS, Just., 12.318, *Autos contra José Barrera…*, f. 13v., 30-VIII-1797.
51. AGAS, Just., 12.318, *Autos contra José Barrera…*, f. 19v., 30-VIII-1797.
52. AGAS, Just., 12.318, *Autos contra José Barrera…*, ff. 14r.v., 30-VIII-1797.
53. AGAS, Just., 12.318, *Autos contra José Barrera…*, f. 19v., 30-VIII-1797.
54. AGAS, Just., 10.106, *Autos contra el sacristán Antonio Fernández Groso por su agresión al acólito Antonio Fernández*, f. 5v., 13-II-1835.

Le lanzó también el otro trozo, pero en esta ocasión falló el tiro. El joven estaba aturdido sangrando profusamente por la herida en la cabeza. El sacristán recogió entonces uno de los pedazos y lo utilizó para asestar numerosas puñaladas al monaguillo por diversas partes de su cuerpo, aunque parece que sin causar heridas profundas. Luego, a pesar de las quejas, lamentos y palabras del niño sobre que acudiría al párroco el sacristán lo pateó y arrastró por los suelos a lo largo del templo. Cuando finalmente el niño salía por su propio pie de la parroquia el sacristán le dijo: «Anda ve y díselo al cura» añadiendo cierto insulto al monaguillo[55].

El monaguillo quedó malherido debiendo guardar una larga convalecencia en casa de su tía, con quien vivía. Necesitó asistencia médica dada por el facultativo Francisco Pérez y que le ordenó además guardar cama durante varias semanas[56]. Asimismo, el parte médico informaba que la principal herida del monaguillo era en la cabeza con una contusión sobre el hueso parietal derecho con una longitud de tres pulgadas, es decir, unos 7 centímetros[57].

En principio el sacristán Groso fue suspendido provisionalmente de su empleo en cuanto se notificó la agresión con el agravante de ocurrir todo además en suelo sagrado, concretamente junto al altar mayor de la parroquia de San Julián[58]. Sin embargo, el sacristán negó ante el provisor todas las acusaciones alegando que había lanzado el atril solo para asustarlo, sin dar al monaguillo, y que el niño con el susto se había caído golpeándose desafortunadamente y haciéndose la herida en la cabeza por accidente[59]. Bien es verdad que no se hizo ningún comentario al respecto de las numerosas puñaladas asestadas al niño. Aunque fueran sin profundidad estas heridas debieron dejar pruebas físicas. Sin embargo, unos meses después el provisor encargado del caso archivó la causa por la falta de más pruebas y la ausencia de testigos, restituyendo al sacristán en su puesto[60].

No podemos descartar que en ocasiones los monaguillos respondieran a las agresiones con algún tipo de acto violento. En un momento indeterminado de la década de 1660 el sacristán menor del Salvador, llamado Francisco José de la Estrella, denunció ante el cabildo colegial el peligro que corría. Parece ser que un monaguillo que hacía de mozo de cirial estaba jugando y hablando mientras se celebraba misa en el templo; además, todo ello sin atender a las reprimendas del sacristán. Así, este optó por castigarle posteriormente con unos azotes en la sacristía delante del resto de monaguillos con el fin de que aprendieran todos a cumplir sus respectivas obligaciones. Enterado el sacristán mayor de la aplicación del castigo físico acudió muy molesto para decirle que era solo a él a quien correspondía castigar a los mozos y que si lo repetía les mandaría apedrear y abrir la

55. AGAS, Just., 10.106, *Autos contra el sacristán Antonio Fernández Groso…*, f. 6r., 13-II-1835.
56. AGAS, Just., 10.106, *Autos contra el sacristán Antonio Fernández Groso…*, f. 3v., 20-II-1835.
57. AGAS, Just., 10.106, *Autos contra el sacristán Antonio Fernández Groso…*, f. 9r., 20-V-1835.
58. AGAS, Just., 10.106, *Autos contra el sacristán Antonio Fernández Groso…*, f. 1v., 13-II-1835.
59. AGAS, Just., 10.106, *Autos contra el sacristán Antonio Fernández Groso…*, f. 11r., 20-V-1835.
60. AGAS, Just., 10.106, *Autos contra el sacristán Antonio Fernández Groso…*, f. 20v., 16-XI-1835.

cabeza al sacristán menor[61]. Bien es cierto que se constata que habitualmente los monaguillos fueron los receptores de los hechos violentos.

3. Conclusión

En el presente trabajo se ha procurado dar mayor luz sobre un colectivo que por su vulnerabilidad y orígenes sociales queda realmente poco representado en las fuentes primarias pese a su cierta importancia en el funcionamiento cotidiano de las parroquias modernas. Los monaguillos conformaban un colectivo débil ante cualquier abuso de poder, tal como se ha constatado cuando se analiza la violencia o la actividad judicial. La presencia en algún pleito de algún monaguillo suele motivarse por ser la víctima de algún sacristán con actitudes violentas.

Asimismo, ha sido posible aportar información sobre los orígenes de estos sujetos y sus responsabilidades cotidianas dentro de cada parroquia. Por las propias fuentes se comprueba que se mezclan indistintamente los términos acólito y monaguillo prefiriendo unificarlos en este estudio para evitar confusiones. En parte esto hemos visto que se debe a la enorme similitud de sus funciones más frecuentes en el día a día de una parroquia. Estos jóvenes aspiraban en numerosas ocasiones a poder demostrar su valía para recibir alguna plaza de mozo de coro o de capilla cuando surgiera alguna vacante en el templo. Así, promocionarían dentro de los puestos laicos vinculados con el bajo clero urbano. Podían también adquirir gracias a esta formación además de un mejor salario una cierta formación musical y de lectura, por lo que suponía una interesante manera de conseguir una mínima educación. Asimismo, por el origen humilde de los monaguillos en numerosas ocasiones los ingresos recibidos por sus funciones podrían llegar a suponer un ingreso de vital importancia para sus núcleos familiares, llegando a ser en ocasiones incluso la única renta constante y más o menos segura para su familia.

En el caso de presentar el joven condiciones adecuadas como monaguillo entonces comenzaba habitualmente a servir en el coro musical del templo. Tras unos años la promoción natural era la sacristía menor de la misma iglesia o de otra de la ciudad, pasando ya con el tiempo a la sacristía mayor o sochantría. Además, como hemos apreciado aquí en ocasiones no fue extraño que los individuos quedasen vinculados con un mismo templo desde la infancia hasta la ancianidad. Con suerte, algunos sujetos podrían recibir algún patrocinio para también formarse como clérigos de órdenes menores y, más tarde, adquirir el presbiterado pudiendo recibir alguna capellanía que mejorase su capacidad económica y sustento propio.

61. AGAS, CS, Sec., Corresp., 467, *Carta de Francisco José de la Estrella al cabildo de la colegial*, f. 1r.

4. Bibliografía

Barrio Gozalo, Maximiliano (2010), *El clero en la España moderna*, Córdoba: CSIC-Caja Sur.

Benítez Barea, Avelina (2001), *El bajo clero rural en el Antiguo Régimen. Medina Sidonia en el siglo XVIII*, Cádiz: Universidad de Cádiz.

Candau Chacón, María Luisa (1993a), *La carrera eclesiástica en el siglo XVIII: modelos, cauces y formas de promoción en la Sevilla rural*, Sevilla: Universidad de Sevilla.

Candau Chacón, María Luisa (1993b), *Los delitos y las penas en el mundo eclesiástico sevillano del XVIII*, Sevilla: Diputación de Sevilla.

Candau Chacón, María Luisa (1994), *El clero rural de Sevilla en el siglo XVIII*, Sevilla: Caja Rural de Sevilla.

Díaz Rodríguez, Antonio J. (2009), «El precio del nepotismo. Coadjutoría y resigna en las catedrales andaluzas (ss. XVI-XVIII)», *Chronica Nova*, 35, pp. 287-309.

Díaz Rodríguez, Antonio J. (2012), *El clero catedralicio en la España Moderna: Los miembros del cabildo de la catedral de Córdoba (1475-1808)*, Córdoba: Universidad de Murcia.

Duro Garrido, Rafael (2023), *«Por las ánimas del Purgatorio». Las capellanías parroquiales en la Sevilla barroca*, Sevilla: Diputación de Sevilla.

Hamilton, Earl J. (2000, edición consultada), *El tesoro americano y la revolución de los precios en España 1501-1650*, Barcelona: Crítica.

Iglesias Ortega, Arturo (2016), «Nepotismo y patronazgo eclesiástico en la Galicia Moderna: El cabildo catedralicio de Santiago de Compostela», *Hispania Sacra*, 137, pp. 259-280.

Irigoyen López, Antonio (2000), *Entre el cielo y la tierra, entre la familia y la institución, el cabildo de la catedral de Murcia en el siglo XVII*, Murcia: Universidad de Murcia.

Morgado García, Arturo (1989), *Iglesia y sociedad en el Cádiz del siglo XVIII*, Cádiz: Universidad de Cádiz.

Morgado García, Arturo (2000), *Ser clérigo en la España del Antiguo Régimen*, Cádiz: Universidad de Cádiz.

Morgado García, Arturo (2020), «Las carreras eclesiásticas en la Espala moderna: ¿vocación o modo de vida?», *Cuadernos de Historia Moderna*, 46, pp. 419-440.

Núñez Roldán, Francisco (2011), *La infancia en España y Portugal. Siglos XVI-XIX*, Madrid: Sílex.

Pineda Alfonso, José Antonio (2021), *Sanar o matar. El poder arzobispal en la Sevilla de la Edad Moderna (siglos XVI-XVII)*, Sevilla: Universidad de Sevilla.

Regalado González-Serna, Víctor Daniel (2022), «Impacto del terremoto de 1755 en los protocolos notariales de la ciudad de Sevilla», *Chronica Nova*, 48, pp. 367-390.

Regalado González-Serna, Víctor Daniel (2023a), *Vivir con decoro. Una biografía colectiva del alto clero urbano hispalense en el siglo XVIII*, Sevilla: Diputación de Sevilla.

Regalado González-Serna, Víctor Daniel (2023b), «Pleitos sobre entierros de párvulos en la Sevilla de los siglos XVII y XVIII», *Trocadero. Revista del Departamento de Historia Moderna, Contemporánea, de América y del Arte*, 35, pp. 29-49.

Valenzuela García, Catalina M.ª (2006), «Una aproximación al conocimiento del bajo clero secular en la Andalucía del siglo XVIII», *Anuario Jurídico y Económico Escurialense*, 39, pp. 741-770.

ISSN: 1576-7914 - e-ISSN: 2341-1902
DOI: https://dx.doi.org/10.14201/cuadieci202526557578

EXALTACIÓN DINÁSTICA EN LAS COMPOSICIONES DE JUAN INTERIÁN DE AYALA SOBRE EL NACIMIENTO DEL PRÍNCIPE LUIS FERNANDO DE BORBÓN

Dynastic Exaltation in the Compositions of Juan Interián de Ayala on the Birth of Prince Luis Fernando de Borbón

María RUIZ SÁNCHEZ
Universidad de Murcia
mrs4@um.es

Fecha de recepción: 19/03/2024
Fecha de aceptación: 03/12/2024

RESUMEN: Juan Interián de Ayala compuso un poema en latín dedicado al nacimiento del príncipe Luis Fernando de Borbón, hijo de Felipe V. El texto se publicó en la *Relación de las demostraciones de acción de gracias y regocijo* que la Universidad de Salamanca editó con motivo del nacimiento del príncipe en 1707, y en *Humaniores atque amoeniores ad Musas excursus: sive Opuscula poetica*, obra editada por Francisco de Ribera en 1729, que recoge la poesía de Interián de Ayala. El argumento del poema es tanto la victoria del rey Felipe V en la guerra de Sucesión como las festividades por el nacimiento del príncipe. El contenido sobrepasa el marco de un poema *genethlíaco* y la composición funciona como testimonio de lealtad al rey, quedando patente el apoyo de Interián de Ayala a la nueva dinastía de los Borbones instaurada en España.

Palabras clave: siglo XVIII; Juan Interián de Ayala; poesía neolatina; hexámetros; Luis Fernando de Borbón.

ABSTRACT: Juan Interián de Ayala composed a poem in Latin dedicated to the birth of Prince Luis Fernando de Borbón, son of Felipe V. The text was published in the *Relación de las demostraciones de acción de gracias y regocijo* that the University

of Salamanca published on the occasion of the birth of the prince in 1707 and in *Humaniores atque amoeniores ad Musas excursus: sive Opuscula poetica* (1729), a work that collects the poetry of Interián de Ayala. The plot is both the victory of King Philip V in the War of Succession and the festivities for the birth of the prince. The content goes beyond the framework of a Genethlian poem and the composition functions as a testimony of loyalty to the king, making clear Interián de Ayala's support for the new Bourbon dynasty established in Spain.

Key words: 18th century; Juan Interián de Ayala; neo-latin poetry; hexameters; Luis Fernando de Borbón.

1. Introducción

Juan Interián de Ayala (1656-1730) compuso un poema latino en hexámetros sobre el nacimiento en 1707 del príncipe Luis Fernando de Borbón, hijo de Felipe V y de María Luisa Gabriela de Saboya. El texto fue editado en dos ocasiones. La primera, en 1707, en la *Relación de las demostraciones de acción de gracias y regocijo que celebró la Universidad de Salamanca, por el deseado y feliz nacimiento del Serenissimo Principe nuestro Señor Luis Primero deste nombre en España* (Interián de Ayala, 1707: 148-156); y la segunda en 1729, en *Humaniores atque amoeniores ad Musas excursus: siue Opuscula poetica quae quondam lusit aut pinxit R.A.P.M. Fr. Ioannes Interian de Ayala*, edición que hizo de la obra poética del autor el mercedario Francisco de Ribera (Interián de Ayala, 1729: 13-22).

Prescinde el autor del uso de las rebuscadas figuras retóricas que estaban de moda en la poesía de su época, inspirándose igualmente en los poetas clásicos de la Antigüedad y en los poetas clásicos de su tierra, y siendo tanto sucesor de una tendencia clásica como precursor del neoclasicismo (Sebold, 1989).

En 1718 publicó la traducción del *Catecismo histórico* de Fleury, editado por primera vez en Francia en 1683. Su traducción fue reeditada en numerosas ocasiones y contribuyó a la reforma de la predicación sagrada de su tiempo (Garau, 2023: 304).

Interián de Ayala pertenecía a la Orden de la Merced desde 1673 y en 1712 fue nombrado vicario provincial de Castilla. Tuvo el autor una estrecha relación con las diversas manifestaciones culturales e intelectuales de su época. Entre 1708 y 1722 mantuvo correspondencia con Manuel Martí, deán de Alicante, y desde 1722 con el humanista Gregorio Mayans. Los tres personajes basaron su relación literaria en el cultivo de las lenguas clásicas (Mestre Sanchis, 2002: 302).

Es también autor Interián de Ayala de varios discursos pronunciados en la Real Academia, para cuya fundación había sido convocado por el marqués de Villena en 1713, y de numerosas censuras de libros entre las que podemos destacar la del segundo tomo del *Teatro crítico universal* de Benito Jerónimo Feijoo (1727).

En 1730, coincidiendo con la muerte de Interián, vio la luz *Pictor Christianus eruditus. Siue de erroribus qui passim admittuntur circa pingendas, atque*

effingendas Sacras Imagines[1], su obra más importante, destinada a corregir los errores de pintores y escultores al representar las imágenes sagradas.

2. Trasfondo histórico del poema en latín

Como escenario del poema dedicado al nacimiento del príncipe Luis Fernando de Borbón tenemos la llegada de los Borbones a España y la guerra que estalla con el cambio de dinastía a comienzos del siglo XVIII. El texto dedica mucho más espacio a la explicación de acontecimientos cruciales que rodean el nacimiento del heredero, y que le confieren profundas implicaciones históricas, que a la temática propia de un poema *genethlíaco*, que es lo que corresponde a la situación retórica. El poema sirve como testimonio de lealtad al rey y de apoyo a la nueva dinastía de los Borbones recién instaurada en España[2]. No es contradictorio que sea, como poesía ocasional, un poema de celebración de un nacimiento, y, al tiempo, la maniobra retórica del autor haga que la temática gire en torno a la nueva dinastía, porque el género demostrativo por excelencia, el *basilikòs lógos*, la celebración del rey, se basaba en el elogio. El género demostrativo sirve de modelo a los otros. A partir de esa jerarquización entre los géneros discursivos es fácil ese recurso retórico de pasar de una situación concreta al tema político.

Los temas tratados en el poema son los siguientes:

1-4 exhortación al niño para que nazca
5-30 esterilidad de Carlos II
31-49 muerte de Carlos II, llegada de Felipe V y matrimonio con María Luisa Gabriela de Saboya, mujer de gran belleza y virtud
50-79 las Furias provocan el estallido de la guerra, que, con un desenlace incierto, se extiende por Europa para expulsar a Felipe V. Deslealtad de los reinos sometidos a la monarquía hispana, contrastando con la agresión extranjera
80-91 guerras civiles asociadas con la Gigantomaquia
92-98 las consecuencias de la guerra afectan a toda Europa
99-111 el propio Felipe V participa en los combates de una guerra que no se decanta por ningún bando
112-122 victoria sobre los enemigos en la batalla de Almansa y otros progresos bélicos
123-136 se divulga la noticia de que la reina espera un hijo
137-165 celebraciones para festejar el embarazo real
166-190 exhortación al niño para que crezca. El niño en brazos del padre limpiará de su frente el polvo de las batallas

1. Luis de Durán y de Bastero la tradujo del latín al castellano en 1782. Sobre esta obra y la figura de Interián de Ayala pueden consultarse los estudios recientes de Argelich Gutiérrez (2013, 2014 y 2021).

2. Las diversas formas del género epidíctico fueron codificadas ya por los rétores griegos y más tarde por toda la retórica posterior. La obra esencial al respecto es la de Menandro el Rétor. Estudios modernos que han abundado en esos temas son los de Burgess (1902) y Cairns (1972: 98-124).

191-210 vuelta a la Edad de Oro paralela al crecimiento del niño
211-225 exhortación reiterada al niño para que crezca y siga las enseñanzas de sus padres

Carlos II muere en 1700 sin haber tenido hijos y deja en su testamento como heredero a Felipe de Borbón, duque de Anjou y futuro Felipe V. En el poema, Interián de Ayala alaba la llegada al trono del nuevo rey y su matrimonio con María Luisa Gabriela de Saboya, mostrando su apoyo incondicional a la nueva dinastía (Interián de Ayala, 1729: 15, vv. 31-44):

Ergo ut iam merito Carolus succedere coelo
Iussus, et efusis populorum Hispania votis
Magnanimum heroem suscepit laeta Philippum
Borbonium Austriacum, cui cum cognomine Quinti
Cessit Martis honos, victrixque ex omine palma.
Paulatim rediere animis per corpora vires:
Atque astro meliore dies decurrere visi,
Maxima spondebant pacis bona, faustaque cuncta.
Praecipue cum castus hymen iam foedere sancto
Egregium virtute virum, regemque decorum
Iunxit Aloisae; qua femina celsior orbe
Non forma aut virtute fuit, licet omnis in illo
Contendat de laude decor, licet ardua rursus
Gloria vincendi trahat in certamina divas.

[Así pues, tras haber recibido Carlos la orden de alcanzar el cielo que ya había merecido, y vertidos los votos de las gentes, España recibió alegre al magnánimo héroe Felipe, Borbón Austriaco, ante quien, con el sobrenombre de Quinto, se inclinaron el honor de la guerra y la palma de buen augurio de la victoria. Poco a poco recobraron los espíritus las fuerzas en sus cuerpos y pareció que los días empezaron a transcurrir bajo un mejor astro; prometían los mayores bienes y la total prosperidad de la paz, sobre todo cuando ya un casto himeneo unió bajo un sagrado sacramento al héroe egregio por su virtud y glorioso rey con Luisa, mujer tal que no hubo otra más excelsa en el mundo ni en belleza ni en virtud, aunque todo el decoro compita por la alabanza, aunque la gloria de vencer arrastre a competir de nuevo a las diosas][3].

Felipe V sería rey de España hasta su muerte en 1746, con una breve interrupción en 1724 por causa de la abdicación en su hijo Luis I, fallecido el 31 de agosto de 1724, a los pocos meses de subir al trono. La llegada de Felipe de Borbón al trono de España provoca una guerra europea que se prolonga hasta la firma del Tratado de Utrecht en 1713. La contienda se ve favorecida por las pretensiones al trono español de Carlos de Habsburgo, hijo de Leopoldo I. Este a su vez era

3. Las traducciones son propias.

hijo de una hermana de Felipe IV. La unión dinástica de España con Francia tiene como consecuencia la formación de una alianza antiborbónica, en la que Inglaterra y Holanda apoyan al candidato austríaco y la guerra se extiende (1729: 17, vv. 99-103):

> Ipse et multoties visus fulgentibus armis
> Hispanas aut ante acies, aut Francica circum
> Agmina, magnanimus concurrere Marte Philippus
> Et domuit bello multas, aut terruit urbes
> Hostiles populatus opes.
>
> [El noble Felipe fue visto muchas veces con resplandecientes armas combatir en persona o ante las filas hispanas o alrededor de los escuadrones franceses, y venció en la guerra, o aterrorizó muchas ciudades y devastó los dominios enemigos].

Si en el exterior España se enfrenta al resto de potencias europeas, en el interior del país la guerra de Sucesión se convierte en una auténtica guerra civil, en la que luchan los castellanos, que apoyan a Felipe V, contra los territorios de la Corona de Aragón, que favorecen las pretensiones de Carlos de Habsburgo (1729: 16, vv. 73-79):

> Sed foret, o superi, rebus tolerabile nostris,
> Externo quod bella gravi sub Marte, ruentum
> Effera nostrorum maculassent sanguine campos
> Ni maior grassata lues, nisi pessima nostros,
> In mutuas caedes miseros armasset Erynnis.
> Multorum collapsa fides: sed parce tacendis
> Musa precor, fatis concede silentia nostris.
>
> [Pero hubiera sido tolerable para nuestros intereses, por todos los santos, el que las guerras emprendidas por iniciativa extranjera hubieran manchado con fiera sangre de los nuestros, que acudían en defensa, los campos, si no hubiera campado a sus anchas una peste mayor, si la Erinia no hubiera armado a los desdichados para darse mutuamente muerte. Desfalleció la fidelidad de muchos. Pero no toques, Musa, por favor, temas que deben ser silenciados; concede silencio a nuestros hados].

3. Contexto literario

3.1. El poema en la *Relación* de la Universidad de Salamanca

Como hemos mencionado anteriormente, este poema forma parte de una obra colectiva titulada *Relación de las demostraciones de acción de gracias y regocijo que celebró la Universidad de Salamanca*, editada por Juan Interián de Ayala en 1707, para conmemorar el nacimiento del príncipe Luis, hijo de Felipe V.

Siendo profesor en la Universidad de Salamanca, destacó Interián de Ayala como orador, y antes de editar esta obra ya había estado a su cargo en el año 1696

la *Relación de las reales exequias que la muy insigne Universidad de Salamanca celebró a la inmortal memoria y Augusto nombre de la Serenissima Señora Doña María-Anna de Austria*, esposa de Felipe IV y madre de Carlos II[4].

Debido a que había adquirido fama de buen predicador, el autor fue nombrado Predicador y Teólogo de la Real Junta de la Concepción, encargándose de la redacción del libro oficial de las exequias reales y de todo lo relacionado con el aparato iconográfico y simbólico que se utiliza en estas ceremonias, a la muerte de María Luisa Gabriela de Saboya[5], primera esposa de Felipe V (1715); al fallecimiento de Luis XIV[6], rey de Francia (1717); a la muerte de Luis I (1725)[7], y de Francisco de Farnesio (1728)[8].

La relación entre Interián y Fernández Pacheco fue muy estrecha, y el marqués de Villena en 1713 convocó al autor mercedario para la fundación de la Real Academia Española. Cuando falleció el marqués de Villena en 1725 Interián de Ayala se ocupó del *Sermón* en la *Relación de las exequias que la Real Academia Española celebró por el Excelentísimo Señor Don Juan Manuel Fernández Pacheco, Marqués de Villena, su primer fundador y director*. Con Interián de Ayala y el marqués de Villena se inicia la formulación de la nueva imagen del monarca en las honras, vinculada con el absolutismo ilustrado de la Francia de Luis XIV (León Pérez, 2012: 223).

Con motivo del nacimiento del príncipe Luis se oficiaron numerosas celebraciones por toda España. La Universidad de Salamanca se suma, pues está interesada en dar muestras de su lealtad. Además del poema en latín para conmemorar el nacimiento del príncipe Luis, en la *Relación* que se edita es autor también Interián de Ayala del *Sermón* (1707: 37-67) y la *Canción Real* (1707: 157-159), dos composiciones en castellano en las que encontramos continuas referencias a la guerra que se está desarrollando y al nacimiento del príncipe. También se incluyen en el libro una oración en latín cuyo autor es Manuel Martínez Carvajal (1707: 24-34), un discurso en latín de Pedro Núñez Flores (1707: 85-90) y una *Canción Real* cuyo autor es Joseph del Castillo, que hacía oficio de rector (1707: 95-100).

En el *Sermón* pronunciado por el autor y que parece parte obligada de este tipo de obras colectivas, se destaca la importancia del nacimiento del príncipe.

4. La Universidad de Salamanca encarga al agustino Manuel Vidal un sermón en memoria de Juan Interián de Ayala para las honras fúnebres celebradas en la capilla de san Jerónimo en 1731. Vidal articula el sermón sobre el tema de la sabiduría y hace un repaso a los aspectos más relevantes de la vida, obra y virtudes del fallecido (Lazcano González, 2014).

5. *Relación de la Enfermedad, Muerte, y Exequias de la Serenissima Señora Doña Maria Luisa Gabriela de Saboya, Reyna de España y primera dignísima Esposa de la Magestad (que Dios guarde) de D. Felipe Quinto de este nombre.*

6. *Relacion de las Reales Exequias, que se celebraron por el Serenissimo Señor Luis XIV el Grande, Rey Christianissimo de Francia, Abuelo de la Magestad del Rey nuestro Señor, Dios le guarde.*

7. *Relación de las Reales Exequias que se celebraron por el Señor D. Luis Primero rey de España, nuestro señor que esta en el cielo.*

8. *Breve elogio, y ceñida relacion de la vida enfermedad, y muerte del serenissimo señor Francisco Farnesio.*

Cuando en abril de 1707 llega a Salamanca la noticia de la victoria histórica sobre los enemigos, que había tenido lugar el 25 de ese mes, cuatro meses antes de nacer el príncipe, Interián de Ayala lo considera un signo de buen augurio. Un ejército aliado anglo-luso-holandés es derrotado por las tropas borbónicas al mando del duque de Berwick en la llanura de Almansa, donde el enemigo sufre cuantiosas pérdidas en uno de los enfrentamientos más decisivos de la guerra. De esa batalla, tan destacada en el poema, y sus consecuencias se habla en el *Sermón* (Interián de Ayala, 1707: 57)[9]: «el fuego de sus rayos, mejor que el fuego de el bronce, y de las armas, abraso el orgullo, y el furor de sus enemigos en los campos de Almansa, con la batalla mas feliz, y cumplida, que se ha dado».

El autor da cuenta también del nacimiento del príncipe el 25 de agosto, día dedicado a san Luis, rey de Francia. Tras el fallecimiento en 1661 con cuatro años de Felipe Próspero, hijo de Felipe IV y Mariana de Austria, y la muerte sin descendencia de Carlos II en 1700 a los 39 años, tras haber reinado 35, con el nacimiento de Luis, Felipe V consigue, en el séptimo año de su reinado, un heredero después de cuarenta y seis años sin haberlo tenido, logrando así la continuidad y afianzamiento de la dinastía. Es el primer Borbón que nace en España y el autor lo celebra en el *Sermón* (Interián de Ayala, 1707: 44):

> En fuerça de el Real, prudente, justo, y santo nombramiento de su Real Tío, y de sus derechos incontestables, la Magestad de Fhelipe V nuestro Monarcha, fue servido de conceder Dios este gran favor al séptimo año de su Reynado, y poco menos de su Real, y esclarecido vínculo.
> Y qual os parece, que estaría, y ha estado España el dilatado espacio de quarenta y seis años, en que ha carecido de este solicitado, y suspirado bien?

El discurso destaca la línea dinástica de la que procede el príncipe, que será el lazo de unión entre las dos monarquías, la francesa y la española, y que ha nacido en Madrid, no en París:

> El príncipe niño, que tenemos, no ha nacido, no, en el castillo real de Versalles, ni cerca de las impetuosas olas de la Sena, sino en el Palacio de Madrid, festejado de las corrientes de Mançanares, criándose y alimentándose está con leche Española, y de tierra de Campos. (Interián de Ayala, 1707: 59)

Después de los dos días de celebración, se acuerda continuar con algún acto que fuese lucido, pero no supusiera gasto excesivo para la universidad, que tenía una economía muy precaria. Por ello, se decide otorgar el grado de doctor con una ceremonia solemne y llena de pompa, que Interián de Ayala describe detalladamente. Cuando se da por terminado el acto, el cortejo de la universidad se dirige entonces a la plaza, donde se celebra un espectáculo taurino.

9. Mantenemos la ortografía original de los textos en castellano.

Concluye el autor diciendo que generalmente en estas ocasiones se hubiera recurrido a un certamen poético para terminar el libro. Pero, debido a la guerra, y confiando la universidad en que no faltarían ingenios, se decide hacer una selección prescindiendo de ese certamen e incluir en la *Relación* esas colaboraciones literarias de diversos autores.

Cierran la *Relación* el poema latino de Interián de Ayala sobre el nacimiento del príncipe, del que nos ocupamos en este trabajo, y un poema en castellano que lleva por título *Canción Real* (Interián de Ayala, 1707: 157-159) sobre el mismo tema.

3.2. El poema en *Opuscula Poetica*

En *Humaniores, atque amoeniores ad Musas excursus, sive Opuscula Poetica* (1729) se publicó también el poema en latín dedicado al nacimiento del príncipe. En esta obra organizada por géneros, en la que se recogen los poemas latinos de Interián de Ayala, figuran en primer lugar los versos heroicos, nombre que se da a composiciones escritas en hexámetros, que es lo que quiere decir aquí el término *heroica*. Siguen a los hexámetros las composiciones líricas, las elegías y los epigramas. Tanto en las elegías como en los epigramas de Interián están presentes los autores clásicos, pero mediatizados por los gustos de la época y las creencias religiosas del autor, que rechaza la temática amorosa de la elegía y obscenidad del epigrama. La presencia de elementos iconográficos y emblemáticos adquiere gran importancia (Ruiz Sánchez y Ruiz Sánchez, 2018, 2019a y 2019b).

Opuscula Poetica contiene cuatro poemas en hexámetros. Los tres primeros son de temática fúnebre, calificados con el término *epicedion*, dedicados a personajes de la realeza, y el cuarto es el que está consagrado al nacimiento del príncipe Luis Fernando de Borbón.

Esos poemas en hexámetros, ordenados cronológicamente, se inician con la composición dedicada al asesinato en 1610 de Enrique IV de Francia, fundador de la dinastía de los Borbones en ese país (Interián de Ayala,1729: 1-5). Le siguen a continuación los poemas consagrados a María Luisa de Borbón, esposa de Carlos II, fallecida en Madrid en 1689 (Interián de Ayala,1729: 6-9) y a Mariana de Austria, esposa de Felipe IV y madre de Carlos II, fallecida en 1696 (Interián de Ayala, 1729: 9-12)[10]. El cuarto lugar y cerrando el ciclo lo ocupa el poema sobre el nacimiento del príncipe Luis. Vemos, pues, cómo se inician estas composiciones en hexámetros con el poema dedicado al asesinato del fundador en Francia de la dinastía de los Borbones y se cierra con otro consagrado al nacimiento del primer Borbón de la rama española. Entre ambos quedan los dedicados al fallecimiento de los dos personajes femeninos. Teniendo en cuenta la relación temática y la

10. Del segundo texto, en honor de Mariana de Austria, dice Ribera en la introducción de su edición que figura impreso también en la *Relación* de las exequias organizadas por la Universidad de Salamanca (Interián de Ayala, 1696: 107-110).

oposición masculino-femenino, los cuatro poemas en hexámetros adoptan una clara disposición anular.

4. Intertextualidad y género

El género de estas composiciones en hexámetros está indicado en el encabezamiento de la primera, el poema fúnebre en honor de Enrique IV. Dos son los términos utilizados para designar el género del poema: *sylva sive epicedion*. El vocablo *epicedio* corresponde al carácter de composición fúnebre y es común a las tres primeras composiciones del bloque; el último poema, el de celebración del nacimiento de Luis, es calificado como un *carmen panegyricum augurale* y comienza así (Interián de Ayala, 1729: 13-14, vv. 1-4):

> Hispaniarum recens nato principi Ludovico huius nominis primo carmen panegyricum augurale.
> Nascere iam optatum superis votum: inclyta magni
> Hesperii fortuna soli, quam Martia tellus
> Ardua sollicito suspectans sidera vultu
> Quaesiit, atque decem speravit sedula lustris.
>
> [Al recién nacido príncipe de España, Luis, el primero de este nombre, poema panegírico augural.
> Procura nacer ya, tú, voto pedido a los poderes celestiales, ínclita fortuna del gran suelo Hesperio, que la tierra de Marte buscó, levantando su rostro preocupado hacia los elevados astros, y esperó constante durante diez lustros].

El autor califica sus poemas en hexámetros de *Heroica sive quae huiusmodi videri possunt*, «poemas heroicos o que casi pueden ser considerados de esta clase» (1729: 1). El término *heroica* designaba en esta época evidentemente también la poesía épica.

En el poema sobre el nacimiento del príncipe vemos que Interián de Ayala utiliza un tipo de interrogaciones característico del estilo de las epopeyas clásicas, si bien habitualmente se encuentra en los proemios, en el anuncio del tema de las obras[11]. Es, pues, otro elemento que aproxima el poema a la épica y que justifica el término *heroica* más allá de la forma métrica (Interián de Ayala, 1729: 17, vv. 94-98):

> quot urbes
> Prostratae tum Marte fero? quot saeva vicissim
> Praelia? quot clades? hominum quot volverit undis
> Corpora magnanimum, calido tum sanguine mixtus
> Rhenus, purpureoque exundans Mincius alveo?

11. *Cf.*, por ejemplo, Virgilio (*Égloga* III. 16-19, 25-27) o Lucano (*Farsalia* I. 314-323).

> [¿Cuántas ciudades se vieron entonces postradas por causa del fiero Marte? ¿Cuántas terribles batallas con la victoria cayendo de un lado y otro? ¿Cuántos desastres? ¿Cuántos cadáveres de hombres valientes arrastró el Rin, mezcladas sus aguas con la caliente sangre, y el Mincio desbordándose de su enrojecido lecho?].

El uso del hexámetro y la alta relevancia social y la condición de personajes de la realeza de aquellos a quienes el autor dedica su poesía fúnebre (Enrique IV, María Luisa de Borbón y Mariana de Austria) justifica el calificativo de poesía heroica. Los temas de los poemas primero y cuarto (los dos poemas masculinos en contraste con los dos femeninos que ocupan la parte central) justifican la elevación del tono, que se acerca claramente a la épica clásica.

En la poesía religiosa los *heroicorum libri* incluyen sobre todo poesía narrativa relativa a temas religiosos. Sigue vigente, por lo demás, la concepción panegírica de la épica. De esta forma, la poesía heroica religiosa neolatina consta por lo general de poemas sobre santos, que en la poesía neolatina son denominados habitualmente *héroes*.

El modelo del siguiente pasaje del poema de Interián de Ayala sobre el nacimiento del heredero lo encontramos, sin duda, en los episodios de la poesía épica latina en que, a partir del libro VII de la *Eneida*, una divinidad infernal, a la que recurren los poderes superiores, siembra la locura de la guerra entre los mortales (Interián de Ayala, 1729: 15-16, vv. 50-64):

> Interea totis Erebi turbatus iniquis
> Viribus, et late furiis agitatus Avernus
> Horrendam stragem populis, infandaque regnis
> Bella movet: cladesque parans, et funera mundo
> Tisiphone impatiens torvae sociata Megaerae,
> Alectoque gravi, saevas exsuscitat iras.
> Terribiles visu species, ingrataque monstra
> Luminibus, tetro sordent queis sanguine vultus
> Tartareaeque faces manibus: micat igne tremendo
> Vertex, et diri fluitant pro crinibus hydri.
> Quae, postquam inferni pestes ab sedibus imis
> Excivere, volant; lateque per aethera pennis
> Errantes, incauta hominum praecordia circum
> Ferales spargunt flatus, implentque veneno
> Pectora lethifico, Stygiisque vaporibus afflant.
>
> [Entre tanto, el Averno, turbado por todas las inicuas fuerzas del Érebo y agitado ampliamente por las Furias, provoca una gran carnicería en perjuicio de las gentes y horrendas guerras en contra de los reinos. Preparando desastres y muertes para el mundo, la indomable Tisífone, aliada a la torva Megera y a la severa Alecto, suscita crueles iras, espectros de terrible apariencia, monstruos ingratos a los ojos, cuyos rostros están manchados de sangre y cuyas manos agitan tartáreas antorchas. Brilla la punta con el fuego que provoca temblor, y sus crueles serpientes ondean en lugar de cabellos. Ellas, después de que hicieron brotar tales epidemias de las más

> profundas sedes del infierno, vuelan, y yendo errantes con sus alas por el cielo, extensamente diseminan por todas partes sus funestos hálitos en los corazones incautos de los hombres, y llenan los pechos con su mortífero veneno y les insuflan los vapores estigios].

La encargada de sembrar la locura en la *Eneida* de Virgilio (*Aen*., VII, vv. 324-571) es Alecto. En las *Metamorfosis* de Ovidio (*Met*., IV, vv. 464-511), en el *Hercules furens* de Séneca (*HF*., vv. 980-987) y en la *Tebaida* de Estacio (*Theb*., I, vv. 114-123), este papel lo hace Tisífone, que es en Interián la nombrada como personaje principal, pero se añaden eruditamente las otras dos Furias, Alecto y Meguera. Las tres Furias nacieron de las gotas que cayeron a la tierra al castrar a Urano, tienen cabellera de serpientes y un aspecto horrible. Estacio había contaminado este tema con el de la Fama virgiliana, de modo que era fácil su utilización como ficción alegórica y como parte fija del código épico.

El término *silva* tiene raíz puramente literaria y puede aplicarse a las cuatro composiciones en hexámetros. Las *Silvas* de Estacio combinaban los poemas escritos en hexámetros con los escritos en versos líricos. En este caso, los cuatro poemas en cuestión están solo en hexámetros. Por otra parte, el modelo literario clásico de este tipo de poesía será el maestro por excelencia de la poesía hexamétrica, Virgilio, cuyas *Églogas* sirven de referente a la obra.

Como hemos comentado anteriormente, el cuarto poema viene definido como *carmen panegyricum augurale*. En principio, dada la ocasión del poema, este debería ser un *genethliakón*. Y, en efecto, en la *Relación* existen varios poemas (Interián de Ayala, 1707: 106 y 109) que incorporan en el título el término retórico. Sin embargo, el poema de Interián es de tono más elevado y tiene por auténtico tema la propia guerra, el significado que en dicho contexto histórico tiene el nacimiento del heredero y el elogio de la nueva monarquía. Funde así la celebración del nacimiento con la del triunfo de la dinastía borbónica. Es importante en este sentido el término *augurale* y el carácter de profecía que tienen tanto el *Sermón* como el poema en latín. La *Égloga* IV de Virgilio combinaba ambos aspectos.

El que Interián utilice como modelo del último poema la *Égloga* IV es posible que vaya más allá de las implicaciones con respecto al género y que posea cierta fuerza alusiva, al igual que la denominación de «Augusto» que le da a Felipe V (vv. 184-185): «Te crescente, sacrae pacis bona, magnaque crescet / Augusti fortuna patris» («Creciendo tú, crecerán los bienes de la sagrada paz y la magna fortuna de tu padre augusto»). Virgilio habla, según una de las interpretaciones más habituales de la *Égloga* IV, del nacimiento de un hijo de Augusto. En ambos casos se trata de una paz tras las guerras civiles y de la instauración de un nuevo régimen imperial. El Imperio austriaco, rival de los Borbones, relacionaba su poder simbólicamente con el Imperio romano. Sin embargo, a Felipe V se le ha llamado Borbón-Austria en el poema, y los dos poemas centrales del conjunto, dedicados a la muerte de las reinas, parecen subrayar la continuidad de la nueva dinastía con la monarquía anterior.

Otra coincidencia más con la *Égloga* IV (vv. 18-30) es el tema de la vuelta de la Edad de Oro, paralela al crecimiento del niño (Interián de Ayala, 1729: 21, vv. 203-207):

> Proveniet iam tum nostris pinguissima campis
> Vel raro cultore seges, pecorumque frequenter
> Alma Pales gemino complebit viscera partu.
> Hortorum vix culta manu tunc area dives
> Floribus, et dulci sudabunt nectare quercus.

> [Brotará entonces espesísima la mies en nuestros campos, aunque apenas la trabajen los agricultores y la nutricia Pales llenará frecuentemente las entrañas del ganado con doble parto. El terreno dedicado a los jardines producirá flores en abundancia, sin ser apenas cultivado por la mano humana, y las encinas destilarán dulce miel].

También en el *Sermón* (Interián de Ayala, 1707: 56) está presente el tema de la Edad de Oro y el principal autor clásico continuamente citado es Virgilio (tanto *Eneida* como *Églogas*):

> Amanecerà, pues, ò amaneciò ya desde la mañana del día veinte y cinco de Agosto, à nuestra España, la luz, y el resplandor de el siglo de oro: nectar sudaran copiosos los troncos, coronaránse los campos, aun sin que el arado los peine, de flores, y de frutos; verterà el cielo sobre ellos la hermosa copia de sus delicias, sirviendoles los zefiros de jardineros, y de agricultores las luces de los Astros.

En el *Sermón* (Interián de Ayala, 1707: 62-63) se comenta detenidamente el nombre del príncipe. Quedan aquí claros los intereses dinásticos que estaban detrás de los nombres impuestos a los hijos de Felipe V. Ya antes se ha vinculado al heredero con Fernando III y con san Luis, dos reyes santos y parientes (eran primos, lo que venía muy bien a un rey de origen francés) y además enfrentados a los musulmanes y encarnación, por tanto, de la asociación entre corona y catolicismo. En este *Sermón* se dice que el rey había decidido llamar a su primogénito Fernando, pero cambia su decisión y le llama Luis al producirse el nacimiento a las diez y 16 minutos del 25 de agosto, hora en la que en las iglesias se celebra la festividad de san Luis IX de Francia. Pero recuérdese que el hijo siguiente, futuro rey de España, habría de llamarse precisamente Fernando.

La peroración del *Sermón* apela a los afectos y se dirige directamente al niño. La exhortación reiterada a crecer recuerda tanto el poema en latín como la *Égloga* virgiliana (Interián de Ayala, 1707: 66):

> Creced, para que vuestras tiernas manos limpien, y enjuguen al gran Philipo, nuestro Real dueño, y vuestro heroico Padre, el polvo, y el sudor de la guerra. Y mientras se llega el tiempo, de que vuestra excelsa, y Real Madre inspire la primera en vuestro pecho los sentimientos mas puros de religion, y piedad Christiana.

Este pasaje tiene su equivalente en el final del poema en latín, que transforma la exhortación al niño y la imagen del niño que sonríe al padre al final de la

Égloga IV en una exhortación a mostrarse dócil ante las enseñanzas del padre, lo que le permite plantear nuevamente el tema de las controversias religiosas y la fidelidad a la fe católica (1707: 21-22, vv. 211-215):

> Interea pulchrae in gremio, pulcherrima proles,
> Matris, quam divis geniti coelestibus aulis
> Optarent habuisse suam; iam prima loquentis
> In morem, conare modis suavissima miris
> Reddere verba patri. 215
>
> [Entretanto tú, hermosísima prole, en el regazo de tu hermosa madre, que los hijos de los dioses habrían deseado tener como propia en los palacios celestiales, esfuérzate por devolver, a la manera del que habla por primera vez, las palabras dulcísimas que te dirige tu padre].

Retórica y poética coinciden, pues se trata de la sección en que se imita claramente la *Égloga* IV de Virgilio. En la parte final del poema en latín (vv. 184 y 192) utiliza Interián de Ayala como estribillo el ablativo *te crescente* («con tu crecimiento»). La fórmula imperativa aparece, en cambio, en los primeros versos con la exhortación a nacer (Interián de Ayala, 1729: p. 13): «Nascere iam optatum superis votum: inclyta magni / Hesperii fortuna soli» («Procura nacer ya, tú, voto pedido a los poderes celestiales, ínclita fortuna del gran suelo Hesperio»).

Sermón y poema en latín son fruto de la misma inspiración. Estamos ante lo que podemos denominar «bloque genético». Si bien no hemos conservado los testimonios manuscritos, las evidencias nos muestran que ambas composiciones se basan en las ideas que rondaban la mente del escritor en un mismo periodo temporal, que corresponde a la etapa prerredaccional de ambos textos. Parte de ese elemento común prerredaccional es la idea de profecía. En ella se fundamenta toda la justificación del papel del predicador en el *Sermón*. El autor se presenta como el intérprete de un intérprete. El emisor último es la propia divinidad, que habla a través de signos. El papel de la universidad, con su doctrina, es interpretar esos signos, e Interián de Ayala es el portavoz del colectivo. Todo el *Sermón* se centra en las implicaciones como signo del nacimiento del heredero.

En cierto modo, podemos decir que todos los escritos de los otros profesores que participan en la *Relación* hacen un papel análogo de bloque genético a nivel colectivo, y todo el *Sermón* se presenta como un continuo diálogo entre Dios y la sociedad. En el *Sermón,* evidentemente, las fuentes bíblicas y patrísticas son las principales. Sin embargo, sistemáticamente la cita de un autor pagano da paso a las citas cristianas. Virgilio es el autor más citado, tanto la *Eneida* como las *Églogas*; también se cita a Teócrito. Los paralelos del poema destacan el juego de los afectos retóricos, la parte emocional, privilegiada frente a la racional, que ocupa el lugar primordial en el *Sermón*. Por eso, el paralelo fundamental está en la sección final, correspondiente a la *peroratio*. La poesía se concibe, pues, en Interián de Ayala como más emocional que el *Sermón*. La utilización del Virgilio bucólico era natural, pues la pastoral cortesana formaba parte de la tradición de este género

desde antiguo. Dado el tema del nacimiento de un niño de estirpe real, y el carácter profético que adopta el autor implícito, es evidente que el modelo de la *Égloga* IV, la égloga «mesiánica», se imponía.

Más allá de las coincidencias concretas entre el *Sermón* y el poema en latín, como el tema de la vuelta de la Edad de Oro, está el espíritu de ambos textos y el estilo. Otros motivos comunes son:

- Los llantos del niño son más eficaces que los clarines guerreros.
- Las palmas y los laureles que aguardan los futuros triunfos y cuyo crecimiento es paralelo al del niño.
- El niño en brazos del padre, limpiará de su frente el polvo y el sudor de las batallas.
- La madre enseñará a rezar al niño en su regazo y le inspirará los sentimientos de la auténtica religión.

5. Iconografía

El interés por los aspectos iconográficos es básico en la obra del autor. Lo iconográfico constituye la forma interior de su poesía. Tampoco su faceta de predicador es ajena a este mismo carácter, ya que, como encargado en varias relaciones de sucesos, es autor del aparato iconográfico y simbólico empleado. La imagen (el símbolo) es un núcleo común a las distintas artes. La predilección por la iconografía es evidente en las tres composiciones de Interián de Ayala (*Sermón*, poema en latín y *Canción Real)* que aparecen en la *Relación* dedicada al nacimiento del príncipe.

El *Sermón* (Interián de Ayala, 1707: 37-67) representa el momento cumbre en este tipo de celebraciones. Recurre el autor para componerlo, como es habitual en estos discursos, a citas de las Sagradas Escrituras, de los Padres de la Iglesia y de los autores clásicos. El exordio empieza con la *captatio benevolentiae* y el tópico de falsa modestia (Interián de Ayala, 1707: 37):

> Grande accion, grande assumpto, grande expectacion! Pedian sin duda Oracion, y Orador à todas luzes, y por todas consideraciones grande. Pero olvidòse en ese caso la Universidad de Salamanca de su propria grandeza, ò juzgò, que la de la materia hablaria suficientemente por si; ò quiso, que el merito, y dignidad imponderable de la causa luciesse acaso mas con la tibieza de mi ponderación, al modo, que en la artificiosa tabla de excelente mano el desmayo, y obscuridad de las sombras, sirve, y contribuye à demostrar la fineza del matiz, y la perfeccion de los colores, y las luces.

Responde al dogma literario de la correspondencia entre materia y estilo. Gira, por lo demás, en torno al carácter elevado («grande») del tema. Recordemos que el poema en latín está escrito en hexámetros y en poesía la forma «heroica» se aplica a los poemas que utilizan dicho verso.

Hace también una comparación con una imagen pictórica: la sobriedad del pintor permite advertir mejor los matices. Aquí debemos destacar, en primer lugar,

el gusto del autor por la pintura y la iconografía, que debe ser algo personal y que tantas veces advertimos en su obra. El mensaje del *Sermón* se reforzaba iconográficamente mediante las imágenes dentro de un contexto festivo. Por otra parte, el símbolo actúa como una especie de núcleo literario, común a los diversos géneros, previo al mismo «concepto» literario.

El tema de la elevación temática y la correspondencia de estilo es tanto más interesante, al estar vinculado, de forma aparentemente paradójica, a una poética de contención. Es como una especie de *recusatio* (algo natural, por otra parte, en un exordio). El tema sería apropiado para desplegar todos los artificios del estilo. Pero el orador, escudándose en sus propias condiciones, elige una vía de contención. Esta poética de la sobriedad la encontramos también en toda la poesía del autor, como ya hemos podido comprobar (Ruiz Sánchez y Ruiz Sánchez, 2018, 2019a y 2019b).

Más adelante, retoma la misma idea para justificar su papel como portavoz de la universidad (Interián de Ayala, 1707: 38): «la explicación de sus profundos y doctos sentimientos! Verdaderamente parece, que es confiarlo todo de su grandeza, y la de el assumpto, ò ostentar en cierto modo la soberania del impulso con la flaqueza, y vulgaridad del instrumento».

La justificación del papel del predicador al final del exordio resulta sumamente interesante para entender el arte de la predicación tal y como la concibe Interián de Ayala, y la importancia de lo iconográfico en sus sermones. Recurre a la comparación con la Biblia, y más concretamente al papel de Moisés y su hermano Aarón. El mensaje proviene de Dios, y Aarón (= Interián) es el intérprete del intérprete: «subdelegando Dios a Moyses ciertas señas de su Divinidad, le dice, y añade, que su hermano menor sera su interprete» (Interián de Ayala, 1707: 38-39).

A Luis, hijo de Felipe V cuyo nacimiento se celebra, lo califica de «pimpollo tierno», y vemos igualmente la acumulación y reiteración de imágenes (Interián de Ayala, 1707: 38):

> Pimpollo tierno, y feliz que otro dia Arbol, y Tronco pomposo, y robusto llenara la tierra colmado de los frutos de sus virtudes, y adornado de los trofeos de sus victorias: Espejo terso, y puro, en quien reververando las luces heroicas de tantos ascendientes, Heroes Reales, y Reyes Santos, ha de retratar al vivo sus proezas, y glorias.

Nuevamente pura retórica y práctica de acumulación de imágenes y símiles. Sin embargo, los trofeos colgados del árbol como símbolo de la victoria apuntan a una contaminación con otro tipo de imágenes, en las que el árbol simboliza la decadencia. Así, en *Eneida* II (vv. 626-631), Eneas compara la destrucción de Troya con la caída de un fresno derribado tras repetidos golpes de los leñadores, y en la *Farsalia* (I. 135-140), Lucano, con la imagen de la encina fijada al suelo no por raíces, sino por su propio peso, cargada con los despojos de un pueblo antiguo y con las ofrendas de los caudillos, evoca la decrepitud de la vejez de Pompeyo.

Sigue la imagen del espejo, que corresponde a la comparación del hijo como espejo o retrato del padre, que subraya la legitimidad. El niño reflejará no solo

los rasgos físicos, sino, sobre todo, los morales. Lo compara con la imagen de Hércules, que alude al mito del héroe durante su undécimo trabajo, sosteniendo el universo en sustitución de Atlas, con claro simbolismo político: «Alcides tierno, à cuyos delicados ombros se destina, para que en ellos, despues de la duracion entera de un siglo, descanse sin fatiga, y repose sin sobresalto la basta esfera de la dominación Española, y el peso de la Monarquía de dos mundos» (Interián de Ayala, 1707: 38).

La transición entre el exordio y el discurso mismo se hace aprovechando la petición de inspiración a la Virgen María, lo que crea una analogía sugerida entre el nacimiento del Mesías y el del heredero del reino. Del mismo modo, la sección siguiente se inicia con la reflexión sobre el maná y la eucaristía. La comparación entre el maná antiguo y la eucaristía permite pasar a la ponderación del suceso actual por muy deseado.

Mucho más adelante, vuelve a aparecer en dos ocasiones el héroe griego, evocándose esta vez el prodigio de la niñez con la muerte de las serpientes enviadas por Hera, estranguladas por Hércules con sus manos cuando todavía está en la cuna, asimilando así las virtudes de héroe a las del príncipe: «Serà mucho, pues, que digamos, que los brazos delicados deste tierno Alcides han de ser, los que vençan los monstruos, quando ya empieza à destrozar serpientes en la cuna?» (Interián de Ayala, 1707: 58).

La figura de Hércules ofrece muchas posibilidades para el elogio en este tipo de sermones, permitiendo exaltar la personalidad de algún personaje destacado: «Pues aguardad Españoles felices; nobles y sabios esperad, y si viereis, que aun mamando el pecho, o recien dexado, el nuestro, ni se espanta, ni se amedrenta de las serpientes, antes juega con ellas, para burlar su ferocidad, y su veneno, conocereis, que ha heredado el valor inclito de los suyos» (Interián de Ayala, 1707: 59).

La influencia de lo emblemático en el autor podemos verla también en varios pasajes del poema en latín. Así, por ejemplo, la Gigantomaquia unifica este poema con el del asesinato de Enrique IV. Se trata de un tema eminentemente épico y de claro simbolismo político (Interián de Ayala, 1729: 16-17, vv. 80-91):

Sic (aiunt) vesana parens immania monstra;
Ceumque, Enceladumque gravem, saevumque Typhaea,
Aegaeonaque terribilem, dirumque Ephialtem,
Innumerosque altis invisa, heu! nomina regnis,
Montibus impositis, sublimis culmen Olympi
Scandere terrigenas quondam temeraria iussit,
Efferaque in Superos accendit terra Gigantes.
Sed non mortales tutum est committere vires
Numinibus: funesta movent dum bella trisulci
Fulminis immemores, vibratis ignibus, alto
Disiecit suprema poli vaga culmine monstra,
Obruit et scopulis manus implacata Tonantis.

> [Así (dicen) la enloquecida madre Tierra ordenó en otro tiempo temeraria a los monstruosos gigantes, Ceos, el pesado Encélado y el cruel Tifeo y al terrible Egeón, y al siniestro Efialtes y a otros, muchos innumerables, ¡ay!, nombres enemigos de los reinos celestiales, hijos suyos, escalar la cima del sublime Olimpo, poniendo los montes unos sobre otros y fiera encendió a los Gigantes contra los dioses. Pero no es seguro que los mortales pongan a prueba sus fuerzas frente a los dioses. Mientras provocan guerras funestas olvidándose del triple rayo, lanzando sus fuegos, la mano todopoderosa del Tonante dispersó los monstruos errantes, alejándolos de la cumbre del cielo, e implacable los sepultó bajo peñascos].

Una referencia más a la Gigantomaquia podemos ver en el mismo poema un poco más adelante. Las guerras civiles, asociadas ya antes con la Gigantomaquia, como conflicto entre el orden y el caos, se verán sepultadas en el inframundo. Es el destino de los rebeldes de la Gigantomaquia y la Titanomaquia. Los Titanes son sepultados en el Hades y los Gigantes lo son bajo las montañas (Interián de Ayala, 1729: 21, vv. 201-202): «Ac terris depulsa tuis civilia tandem / Horrida Taenario claudentur bella sub Orco» («Y, expulsadas de tus tierras, las hórridas guerras civiles serán encerradas bajo el Orco del Ténaro»).

Tanto en el poema sobre el asesinato de Enrique IV como en el del nacimiento del príncipe Luis, hallamos referencias a la Victoria alada, poniendo de nuevo de manifiesto la importancia de lo emblemático en el autor. Hay, además, una clara contraposición entre la Victoria alada/sin alas y la Fortuna. La iconografía de ambas personificaciones es parcialmente coincidente en los dos poemas, lo que refleja su relación[12]. La figura del héroe estoico no debe depender de la fortuna (Interián de Ayala 1729: 18, vv. 112-116):

> Donec ad Almansae campos (notissimus olim
> Hinc locus) Hesperiae fausto se tollere regna
> Sidere visa satis superisque faventibus, altum
> Exeruisse caput; totas dum Marte fecundo
> Inclyta sacrato sociatas foedere gentes
> Flexit ad Hesperias volucris victoria plumas.

> [Hasta que, en los campos de Almansa[13] (lugar famosísimo desde entonces), parecieron alzarse y levantar su cabeza los reinos de Hesperia bajo un astro propicio y con el favor de los poderes divinos, mientras la alada Victoria, por el favor de Marte, dirigió ínclita sus alas por entero hacia las gentes hesperias, aliadas bajo un pacto sagrado].

12. Los versos del poema dedicado al asesinato de Enrique IV, en los que hallamos la referencia a la Victoria alada, son los siguientes (Interián de Ayala, 1729: 2, vv. 10-13): «Iam Dea praepetibus positis Victoria plumis; / Regali semper iuveni, signisque suorum / Fida comes, scelerum vindex, bellique ministra, / Francigenum ingentem sceptris pacaverat orbem» («Ya la diosa Victoria, perdidas sus rápidas alas, siempre fiel compañera del joven príncipe y de las banderas de los suyos, vengadora de crímenes, servidora de guerra, había pacificado todo el gran territorio de los franceses bajo su cetro»).

13. Se refiere a la célebre batalla de Almansa (1707), en la que las tropas de Felipe V vencieron a las del archiduque Carlos de Austria.

6. *Canción real*

Concluye la *Relación* con la *Canción Real*, poema en castellano, obra también de Interián según la *Relación*. Los paralelos con el *Sermón* y el poema en latín son evidentes, así como la importancia de la iconografía. Para no extendernos demasiado, enumeramos algunos ejemplos:

- Suerte y Fortuna con su rueda (vv. 16-30): destaca el aspecto iconográfico.
- Victoria de Almansa y recuperación de ciudades de Aragón (v. 45). La coincidencia en este caso es mayor con el *Sermón* que con el poema latino.
- Las risas y gorjeos del niño tienen un gran efecto sobre la guerra (v. 46). Casi igual en el *Sermón* y en el poema.
- Las plumas y las lenguas de la fama (v. 48): iconografía, evocación del tópico tradicional de la fama y del de las cien lenguas que debería tener el poeta.
- El calificativo de «Pimpollo real» (v. 49) se encuentra en el *Sermón*.
- La referencia al Segre está en el poema latino. Aquí, sin embargo, está en contraste con el Turia y el Duero (v. 57). Los ríos son emblema de los distintos reinos oficiales de la España tradicional: el Duero (Castilla y León), el Turia (Valencia), el Segre (Cataluña). Pero las circunstancias son, tal vez, distintas a las del poema latino, en el que se habla del Segre y el Llobregat como en manos enemigas, y aquí del Segre como vencido (v. 60).
- La doble referencia a Hércules corresponde a la iconografía del *Sermón* (vv. 62 y 67).
- La referencia a las lejanas fronteras del imperio (vv. 70-71) es similar a la que encontramos en el poema latino.
- La forma interior del pensamiento, acostumbrado al desarrollo iconográfico, está presente en el verso «Mavorte armado, quando Amor desnudo» (v. 65). El contraste entre los dos dioses traduce iconográficamente el motivo del efecto político-militar del nacimiento del heredero de la nueva dinastía. El niño desnudo es comparable a Cupido y está asociado a la paz, en contraste con el efecto que la noticia tiene sobre la guerra, que sirve de trasfondo a su nacimiento.
- Si la imagen del árbol se encuentra en el *Sermón*, aquí en la *Canción Real* (vv. 76-78) se resalta el aspecto de la encina de la que cuelgan los trofeos bélicos, comparable al robusto guerrero. En el poema se contempla también la posibilidad de que el heredero, llegado a la edad adulta, se dedique a las labores de la paz, gobernando el reino pacificado por su padre.
- Nuevamente puede comprobarse el gusto por la iconografía en los siguientes versos: «Quantas seràn tus glorias, / Si las Musas, abejas eruditas, / Con oficioso afan dexan escritas / Tus inclytas memorias, / Quando el penacho en tu luciente yelmo / De paz se ostente placido Santelmo?» (vv. 83-88).

– La comparación con la Gigantomaquia, que encontramos en la *Canción Real* (vv. 89-92), está en el poema latino de forma muy similar: «Exaltadas al solio las virtudes; / El furor, y la guerra aprisionados / Con cien cadenas de inviolable azero, / En horrida caverna sepultados».
– En los versos finales de la *Canción Real* (vv. 104-109), el autor plantea de nuevo el tema del estilo sublime o elevado: «Canción à donde buelas, / Llevada del impulso de tus alas? / Mira que el riesgo con tu amor igualas; / Si incauta no recelas, / Que avecindar al Sol debiles plumas. / Es dar funesto nombre à las espumas». Estamos ante una adaptación del motivo heredado de las *Odas* de Horacio (*Oda* IV 2, vv. 1-4), cuando declara que Píndaro es inimitable y que el destino de quien lo intenta es similar al de Ícaro. Una vez más, comprobamos la importante presencia en la obra del autor de lo iconográfico.

En definitiva, se trata de una silva, lo que confirma nuestra identificación de todos los poemas *heroicos* en hexámetros de Interián de Ayala con ese género. Esto implica una equiparación entre los sistemas genéricos antiguos y modernos, y la combinación en nuestro autor de la doble tradición clásica, latina y española. Hay que recordar que la silva, género latino que podía utilizar hexámetros o versos líricos, se adaptó a la poesía castellana en composiciones de heptasílabos y endecasílabos.

7. Conclusiones

Desde el punto de vista histórico, es evidente que el contenido del poema en latín sobre el príncipe Luis sobrepasa el mero marco de retórica *genethlíaca*. El argumento es tanto la victoria del rey como las festividades por el nacimiento del príncipe, y la *Relación de las demostraciones de acción de gracias y regocijo que celebró la Universidad de Salamanca* funciona como testimonio de lealtad al rey, y este es el tema dominante de la obra.

Desde el punto de vista literario, los tres textos de la *Relación (Sermón*, poema en latín y *Canción Real)* presentan una curiosa circunstancia en lo relativo al proceso de escritura. Los dos primeros han sido compuestos, probablemente, en el mismo periodo, a partir de motivos comunes en la etapa previa a la redacción. Se diferencian, naturalmente, por pertenecer a distintos géneros. A la *Canción Real*, la silva en castellano, es imposible considerarla como una mera traducción o incluso adaptación del texto latino. Sin embargo, el parentesco en cuanto a los temas y motivos es tal que podemos calificarla como una recreación del texto latino a partir de elementos muy similares.

Las distintas composiciones que forman parte de la *Relación* son un conjunto editorial sobre un tema común. Eso ya las hace interesantes para su estudio. Pero, como ocurre también frecuentemente en este tipo de literatura, el parentesco va más allá de la relación en la fase editorial. Por una parte, tales composiciones se

hacen eco de estados de opinión comunes y comparten, además, una misma relación con el programa festivo e iconográfico. Por otra parte, unas adoptan una relación paratextual con otras a las que sirven de corolario y comentario. Finalmente, puede existir auténtica relación genética entre las distintas composiciones. Así, el *Sermón* y el poema en latín de Interián comparten muchos elementos con la *Oratio in natalitio plausu Serenissimi hispaniar. Princip. habita coram conscrip. Academ. PP. a Doct. D. Emmanuele Martinez Caravajal*, discurso en latín, previo al pronunciado en castellano por Interián (Relación, 1707: 24-34).

La segunda edición del poema en latín fue publicada en 1729 en la recopilación que hizo Francisco de Ribera del poemario de Interián. El texto figura junto a otros tres poemas en hexámetros, cuyo modelo son las *Églogas* de Virgilio. Estas composiciones en hexámetros están ordenadas cronológicamente y adoptan una disposición anular. La relación temática entre los cuatro poemas es evidente, quedando patente el apoyo de Interián de Ayala a la nueva dinastía establecida en España a principios del siglo XVIII.

8. Bibliografía

Argelich Gutiérrez, María Antonia (2013), «Perfil intelectual de Juan Interián de Ayala, autor de "El pintor cristiano y erudito"», en Carme López Calderón, María de los Ángeles Fernández Valle e Inmaculada Rodríguez Moya (eds.), *Barroco iberoamericano: identidades culturales de un imperio*, Santiago de Compostela: Andavira, pp. 455-464.

Argelich Gutiérrez, María Antonia (2014), *El Pintor cristiano y erudito de Juan Interián de Ayala: entre el moralismo post-tridentino y el racionalismo pre-ilustrado*, Tesis doctoral, Universitat de Lleida, Facultat de Lletres.

Argelich Gutiérrez, María Antonia (2021), *La erudición del pintor. Juan Interián de Ayala y los nuevos propósitos de la imagen religiosa en el Siglo de las Luces*, Lleida: Servei de Publicacions de la Universitat de Lleida.

Burgess, Theodore Chalon (1902), «Epideictic Literature», en *Studies in Classical Philology*, Edited by a Committee representing the Departmens of Greek, Latin, Archaeology, and Comparative Philology, Chicago: The University of Chicago Press.

Cairns, Francis (1972), *Generic Composition in Greek and Roman Poetry*, Edinburgh: Edinburgh University Press.

Fleury, Claude (1718), *Catecismo histórico que contiene en compendio la Historia Sagrada y la Doctrina Cristiana escrito en Francés por el muy ilustre Señor Claudio Fleuri* […] *y traducido en español por fray Juan Interián de Ayala*, Madrid: Manuel Román.

Garau, Jaume (2023), «La fe leída: el Catecismo histórico de Claudio Fleury traducido al español por fray Juan Interián de Ayala (Madrid, 1718)», *Hipogrifo*, 11/2, pp. 289-307.
DOI: http://dx.doi.org/10.13035/H.2023.11.02.23

Interián de Ayala, Juan (1696), *Relación de las reales exequias que la muy insigne Universidad de Salamanca celebró a la inmortal memoria y Augusto nombre de la Serenissima Señora Doña María-Anna de Austria* […], Salamanca: Imprenta de María Estévez.

Interián de Ayala, Juan (1707), *Relación de las demostraciones de acción de gracias y regocijo que celebró la Universidad de Salamanca, por el deseado y feliz nacimiento del*

Serenissimo Principe nuestro Señor Luis Primero deste nombre en España, Salamanca: Imprenta de María Estévez.

Interián de Ayala, Juan (1715), *Relación de la Enfermedad, Muerte, y Exequias de la Serenissima Señora Doña Maria Luisa Gabriela de Saboya, Reyna de España y primera dignísima Esposa de la Magestad (que Dios guarde) de D. Felipe Quinto de este nombre*, Madrid: Imprenta de Francisco Villadiego.

Interián de Ayala, Juan (1717), *Relacion de las Reales Exequias, que se celebraron por el Serenissimo Señor Luis XIV el Grande, Rey Christianissimo de Francia, Abuelo de la Magestad del Rey nuestro Señor, Dios le guarde*, Madrid.

Interián de Ayala, Juan (1725a), *Relación de las Reales Exequias que se celebraron por el Señor D. Luis Primero rey de España, nuestro señor que esta en el cielo*, Madrid: Imprenta de la Música.

Interián de Ayala, Juan (1725b), *Relación de las exequias que la Real Academia Española celebró por el Excelentísimo Señor Don Juan Manuel Fernández Pacheco, Marqués de Villena, su primer fundador y director*, Madrid: Imprenta de Francisco del Hierro.

Interián de Ayala, Juan (1728), *Breve elogio, y ceñida relacion de la vida enfermedad, y muerte del serenissimo señor Francisco Farnesio*, Madrid: Imprenta de la Música, por Miguèl de Rèzola.

Interián de Ayala, Juan (1729), *Humaniores atque amoeniores ad Musas excursus: siue Opuscula poetica quae quondam lusit aut pinxit R.A.P.M. Fr. Ioannes Interian de Ayala*, F. de Ribera (ed.), Matriti: ex Typographia Conuentus praefati Ordinis.

Interián de Ayala, Juan (1730), *Pictor Christianus eruditus. Siue de erroribus qui passim admittuntur circa pingendas, atque effingendas Sacras Imagines*, Madrid: Typographia Conuentus praefati Ordinis.

Interián de Ayala, Juan (1782), *El Pintor Christiano y erudito, o tratado de los errores que suelen cometerse frequentemente en pintar, y esculpir las imágenes sagradas*, traducción del latín al castellano de Luis de Durán y Bastero, Madrid: Imprenta Joaquín Ibarra.

Lazcano González, Rafael (2014), «La oración fúnebre por el mercedario Juan Interián de Ayala (1656-1730) compuesta por Manuel Vidal, OSA», en Francisco Javier Campos y Fernández de Sevilla (eds.), *El mundo de los difuntos: culto, cofradías y tradiciones*, San Lorenzo del Escorial: Ediciones Escurialenses, pp. 385-398.

León Pérez, Denise (2012), «La pervivencia del gusto barroco y su implicación política en los actos festivos del siglo XVIII: las exequias cortesanas madrileñas», en Ernesto Carlos Arce Oliva, Alberto Castán Chocarro, Concha Lomba Serrano y Juan Carlos Lozano López (eds.), *Simposio Reflexiones sobre el gusto*, Zaragoza: Institución Fernando el Católico, pp. 221-234.

Menandro el Rétor (1996), *Dos tratados de Retórica Epidíctica*, trad. Manuel García García y Joaquín Gutiérrez Calderón, Madrid: Gredos.

Mestre Sanchis, Antonio (2002), «Juan Interián de Ayala, un humanista entre los fundadores de la Real Academia», *Bulletin Hispanique*, 104/1, pp. 281-302.

Ruiz Sánchez, Marcos y Ruiz Sánchez, María (2018), «Elementos iconográficos y emblemáticos en la obra de Interián de Ayala», *Imago. Revista de Emblemática y Cultura Visual*, 10, pp. 217-228. DOI: https://doi.org/10.7203/imago.10.13132

Ruiz Sánchez, Marcos y Ruiz Sánchez, María (2019a), «Contención poética en la poesía lírica latina de Interián de Ayala», *Liburna*, 14, pp. 377-389.

Ruiz Sánchez, Marcos y Ruiz Sánchez, María (2019b), «Distanciamiento e identificación en la poesía latina de Juan Interián de Ayala», *Archivum. Revista de la Facultad de Filología*, LXIX, pp. 313-341. https://doi.org/10.17811/arc.0.2019.313-341

Sebold, Russell P. (1989), «Interián de Ayala en el neoclasicismo español», en *El rapto de la mente. Poética y poesía dieciochesca*, 2.ª ed., Barcelona: Anthropos, pp. 203-220.

Vidal, Manuel (1731), *Oracion funebre en las solemnes exequias, que la Athenas celebre en el mundo, Universidad de Salamanca celebrò en su Real Capilla de San Geronymo, por la muerte y apreciable memoria de su illustre hijo Fr. Juan Interian de Ayala, del Real y Militar Orden de N. Señora de la Merced*, Salamanca: Colegio de la Vera Cruz.

ISSN: 1576-7914 - e-ISSN: 2341-1902
DOI: https://dx.doi.org/10.14201/cuadieci202526579596

LAS BAILARINAS TRÁGICAS DEL BALLET DE ACCIÓN DE JEAN-GEORGES NOVERRE: SUBVERSIÓN Y ESPECTACULARIDAD EN LA CONSTRUCCIÓN DEL CUERPO DANZANTE FEMENINO EN LA FRANCIA DEL SIGLO XVIII

The Tragic Female Dancers of Jean-Georges Noverre's ballet d'action: Subversion and Spectacularity in the Construction of the Female Dancing Body in 18th-Century France

Juan Ignacio VALLEJOS
Universidad Provincial de Córdoba (Argentina), CONICET
juanignaciovallejos@upc.edu.ar

Fecha de recepción: 05/04/2024
Fecha de aceptación: 12/11/2024

RESUMEN: El siguiente artículo examina el lugar otorgado a los personajes femeninos en la tragedia-ballet de Jean-Georges Noverre. El ballet pantomima del siglo XVIII reproduce la dominación patriarcal de forma simbólica a través de la caracterización de los personajes femeninos como encarnaciones de una civilidad inacabada. Las bailarinas apasionadas de la tragedia noverriana están siempre en conflicto con las instituciones: la Familia, la Iglesia, el Estado. Sin embargo, paradójicamente, son ellas mismas quienes representan el ideal expresivo del ballet de acción, lo cual plantea el interrogante de hasta qué punto el gesto expresivo de la danza noverriana es funcional a la dominación simbólica y al patriarcado como sistema.

Palabras clave: historia del ballet; ballet pantomima; danza y género; danza y política; Jean-Georges Noverre.

ABSTRACT: This article examines the place given to female characters in Jean-Georges Noverre's tragedy-ballet. In the pantomime ballet of the 18th century, patriarchal domination is symbolically established through the characterization of female roles as embodiments of an unfinished civility. The passionate female dancers of the Noverrian tragedy are always in conflict with the institutions: the Family, the Church, the State. But, paradoxically, they themselves represent the expressive ideal of the *ballet d'action*, raising the question of to what extent the expressive gesture of the Noverrian dance serves the symbolic domination and the patriarchal system.

Key words: ballet history; pantomime ballet; dance and gender; dance and politics; Jean-Georges Noverre.

1. Introducción

La aparición del ballet pantomima o ballet de acción en la segunda mitad del siglo XVIII propició el desarrollo de discursos y prácticas artísticas en torno al gesto y sus posibilidades narrativas en el ámbito de la danza escénica. Las ideas poéticas sobre el ballet durante la Ilustración se inscriben en el proceso iniciado por la monarquía absoluta con miras a la instauración de formas de dominación simbólicas (Marin, 1981; Chartier,1998). Sus técnicas expresivas movilizan implícitamente formas de autocontención coherentes con un orden social (Elias, 2008). Teniendo en cuenta ese marco social e histórico, examinaremos el lugar que se le otorga a los personajes femeninos en el género de la tragedia-ballet del maestro Jean-Georges Noverre. Nuestra tesis sostiene que si, en el siglo XIX, la dominación patriarcal se manifiesta a través de la transformación del cuerpo danzante femenino en objeto de deseo y de consumo, en consonancia con un cierto voyerismo espectatorial masculinizado, en el ballet pantomima del siglo XVIII, la misma dominación se establece de manera simbólica a través de la caracterización de los personajes femeninos como encarnaciones de una moral inacabada. Las mujeres simbolizan el acechante peligro de una subversión en el proceso de construcción del sujeto moderno, necesario para la pacificación del espacio social. Resta evaluar, sin embargo, las contradicciones ligadas a su lugar prominente en la escena.

Las bailarinas apasionadas de las tragedias de Noverre están siempre en conflicto con autoridades institucionales como son la Familia, la Iglesia o el Estado. Es a través de este recurso dramatúrgico como el maestro de ballet representa la superioridad moral del género masculino en sus creaciones, delineando, al mismo tiempo, una caracterización de la mujer como un actor disruptivo en el espacio público[1]. Sin embargo, esta condición, palpable desde el punto de vista

1. En el siglo XVIII, el término *maestro de ballet* se utiliza para designar al compositor de ballets, para el cual hoy en día utilizamos el término *coreógrafo*. En este sentido, el maestro de ballet se

del discurso de la obra, choca con la racionalidad inherente a la técnica de danza y su espectacularidad. Para la técnica expresiva de la danza de acción, la representación de las pasiones en escena constituye su forma más refinada. Y este es un modo de comportamiento escénico que encarnan brillantemente las bailarinas. Paradójicamente, son las intérpretes femeninas quienes plasman el ideal expresivo del ballet de Noverre, lo que nos hace pensar hasta qué punto el gesto expresivo de la danza pantomímica es funcional a la dominación simbólica y al patriarcado. El estudio de casos que desarrollaré a continuación nos permitirá identificar dos vías de análisis. La primera, de carácter sincrónico, se refiere al rol de las mujeres en los motines contra la autoridad monárquica por parte de las clases populares en el siglo XVIII en Francia y su presencia subrepticia en el escenario de ballet, y la segunda, diacrónica, se asocia a la medicalización del cuerpo (danzante) femenino en el siglo XIX, lo cual revela su conexión con los fundamentos poéticos de la escenificación de las pasiones y la sujeción del cuerpo danzante en el siglo anterior. La danza funciona en ambos casos como un instrumento del poder, pero también como un acto de resistencia, como una desviación con respecto a la norma social impuesta. Paradójicamente, es a través del ojo del censor que se vislumbra el reflejo de un destello emancipatorio.

2. Diferencia de género y expresividad

En sus análisis de las representaciones de ballet en la Ópera de París durante la Monarquía de Julio, entre 1830 y 1848, autoras como Susan Leigh Foster (1998a: 219) y Vannina Olivesi (2008: 6) llegan a una misma conclusión. Durante este periodo, se produce una masculinización de la mirada sobre el escenario del ballet, algo que coincide con la aparición de un cuerpo femenino que deviene objeto de deseo para el espectador varón. Como señala Lynn Garafola (1985: 35), confluyen en un mismo periodo el éxito del Romanticismo, el mercado del espectáculo y la virtual desaparición del bailarín de la escena. El ballet deviene un arte simbólicamente femenino. Sin duda, un cambio drástico en el siglo XIX es el lugar que ocupa la danza en la sociedad como disciplina, así como su relación con el género. Marian Smith (2007: 36) recuerda que, solo dos generaciones antes, la danza todavía formaba parte de la educación del cortesano y se la consideraba un signo de prestigio. Como señala Ramsay Burt (1995), la desaparición del bailarín masculino se debió, en gran medida, a un cambio en la manera en que la burguesía concebía la masculinidad. Por un lado, este fenómeno reflejaba un distanciamiento con respecto a los modales de la nobleza, y, por el otro, una asociación del ballet romántico con ideales de gracia y belleza, considerados atributos

diferencia del *maestro de danza*, ya que este último se especializa en la enseñanza de la danza social y el primero se focaliza en la danza escénica.

eminentemente femeninos. En el siglo XIX se consolidó el rechazo hacia la práctica de la danza entre los hombres, una reacción frente a la idea de masculinidad previa a la Revolución que, en alguna medida, sigue vigente hasta hoy.

Ahora bien, siguiendo a Vannina Olivesi (2008: 5), la emergencia del cuerpo danzante femenino como objeto de deseo alimenta todo un imaginario alrededor de la dudosa moralidad de las bailarinas y esto, a su vez, se ve reflejado en las ideas estéticas de los teóricos del ballet. Carlo Blasis, por ejemplo, manifiesta en sus escritos su preocupación por la decencia y la honestidad de las intérpretes femeninas. Sus observaciones se centran fundamentalmente en la calidad de sus movimientos o gestos, que deben ser flexibles, ágiles, encantadores, pero no lascivos. En este sentido, define en su *Manuel complet de la danse* la manera de bailar según el género:

> Les hommes doivent danser d'une manière différente des femmes; les temps de vigueur, et l'exécution mâle et énergique des premiers seraient d'un effet désagréable chez les dernières, qui doivent se distinguer et nous recréer par des pas brillants et des mouvements gracieux, par des terre-à-terre élégants et par un mol abandon décent et voluptueux à la fois dans toutes leurs attitudes. (Blasis, 1830: 101)

La descripción de Blasis señala un campo de trabajo para los Estudios de Danza, aquello que Susan Leigh Foster denomina «coreografías de género», para referirse a la cualidad genérica de la «tradition of codes and conventions through which meaning is constructed in dance» (Foster, 1998b: 5). De hecho, más allá de las críticas de Foster a la idea butleriana de *performance*, los aportes de Judith Butler (2007 [1990]) y su conceptualización del género en términos performativos han promovido un análisis del movimiento atento a esta cuestión. En todo caso, existe un acuerdo alrededor de la idea de que el lugar de la mujer en la escena ha reflejado históricamente la dominación patriarcal en la sociedad y esto se ve reflejado, por ejemplo, en los trabajos de Barbara Sparti (2017) y Marina Nordera (2004)[2].

Volviendo al discurso de Blasis, si comparamos la imagen del cuerpo danzante femenino que el maestro de ballet italiano delinea en el siglo XIX con la de personajes femeninos de las creaciones trágicas de Jean-Georges Noverre en la segunda mitad del siglo XVIII, podríamos afirmar que son diametralmente opuestas. Blasis describe a una mujer sumisa, sutil y comedida que actúa como complemento perfecto de la virilidad masculina, mientras que en la obra de Noverre la bailarina es, por el contrario, la intérprete privilegiada del arrebato y del exceso patético que parece caracterizar la estética del ballet de acción.

2. Algunos de estos trabajos han sido criticados por Ludmila Acone (2017: 136), quien señala que las investigaciones sobre la diferencia de los movimientos de danza en función del género, entre los siglos XV y XVI, han abordado el problema casi exclusivamente desde el punto de vista del comportamiento femenino y este es un enfoque que, según ella, debería enriquecerse con investigaciones que tomen como objeto de estudio las masculinidades.

En la última edición de sus *Cartas sobre la danza y los ballets*, publicada en 1807 –es decir, veintitrés años antes de la publicación del manual de Blasis–, Noverre dedica un capítulo a los bailarines de la Ópera y otro a las bailarinas. Sus notas sobre los intérpretes siguen siempre la misma estructura: describe su talla y su morfología, a veces da alguna información acerca de su recorrido artístico y luego habla de sus capacidades expresivas. Es fundamentalmente en este último punto en el que el maestro de ballet suele centrar sus críticas. Dice de la bailarina Clotilde: «Sa danse a de la noblesse, de la fermeté et il serait à désirer que n'ayant plus des recherches à faire pour la perfection de l'exécution mécanique, elle s'attachât à l'expression si nécessaire aux grands rôles qu'offrent l'histoire, la mythologie et les poètes» (Noverre, 1807: 158). En el mismo sentido, al elogiar a la bailarina Chevigny, sostiene:

> […] la Nature ne s'est pas contentée de lui donner de la grâce, de la vigueur et de l'agilité, elle a été prodigue envers elle: figure noble, meublée de deux beaux yeux qui disent tout ce qu'ils veulent exprimer; physionomie mobile, propre à recevoir l'empreinte de toutes les passions; gestes éloquents, parce que l'âme en est le ressort actif, et qu'elle les fait mouvoir dans des sens justes, propres à peindre tous les sentiments et toutes les affections. (Noverre, 1807: 160)

El maestro de ballet hace lo mismo con su crítica a la bailarina Saulnier: «Elle danse agréablement, et montre des dispositions pour la pantomime, mais il faut qu'elle se pénètre plus vivement des passions qu'elle doit exprimer» (Noverre, 1807: 163). En el caso de los bailarines varones aplica la misma lógica. Noverre no advierte una diferencia de género en lo que se refiere a la técnica de la danza pantomímica y, en particular, a la expresión de las pasiones. Hablando del bailarín Goyon, escribe que lo que ha perdido en la ejecución mecánica de las danzas «il l'a regagné par l'action et l'expression de sa pantomime. Il saisit parfaitement l'esprit et le caractère des personnages qui lui sont confiés» (Noverre, 1807: 175). Por último, critica al bailarín Saint-Amand porque «il lui manque cette mobilité des traits et ce langage expressif des yeux qui seuls peuvent donner de la valeur à la pantomime» (Noverre, 1807: 176-177).

En sus comentarios, Noverre parece no hacer distinción entre la expresividad de los bailarines y las bailarinas. Sin embargo, esta igualación se reduce al aspecto técnico aludido. Como veremos más adelante, en sus ideas se advierte implícitamente una superioridad masculina en términos morales. De hecho, al referirse a los bailarines varones, destaca y evalúa sus cualidades como compositores de ballet, algo que no aplica en el caso de las bailarinas. El estudio de Vannina Olivesi (2017: 60) sobre la obra coreográfica de Marie Taglioni demuestra que, para tener éxito como maestra de ballet en esa época, no era suficiente saber componer piezas de danza; también era necesario legitimar su autoridad como creadora y ejercer poder frente a los bailarines varones, lo cual no resultaba fácil para una mujer en un contexto sociocultural reticente. Asimismo, es en el capítulo dedicado a las bailarinas mujeres en donde Noverre se expresa acerca de la necesidad

de combatir la indecencia en el escenario de la ópera, es decir, atribuye esa falta moral fundamentalmente al género femenino.

Todos estos elementos dan cuenta de una ideología patriarcal en Noverre, pero, en cualquier caso, la técnica expresiva y la interpretación de las pasiones en escena son evaluadas y exigidas por el coreógrafo en los mismos términos a bailarines y bailarinas. En lugar de pedir a estas últimas un «suave abandono a la vez decente y voluptuoso» en sus interpretaciones, como haría Carlo Blasis, Noverre les pide que se dejen penetrar profundamente por las pasiones que deben encarnar. A través de su propuesta estética, el coreógrafo fomenta la presencia en escena de una bailarina fuerte y exuberante, capaz de concentrar la mirada del público a través de su magnitud expresiva. En este punto, se percibe la contradicción entre una dimensión escénica ligada a la representación teatral, que destaca la presencia espectacular de la bailarina, y una dimensión dramatúrgica moral, ligada al discurso trágico, donde la mujer representa un modelo social inacabado. Se trata de una tensión sobre la cual vale la pena detenerse para analizar sus matices e implicancias.

3. La expresión de las pasiones en el ballet de acción

El ballet pantomima promueve una nueva forma de observar el cuerpo danzante que implica la incorporación de conocimientos específicos sobre la calidad y el significado de los gestos por parte del intérprete. Siguiendo el artículo «Passions» escrito por Louis de Jaucourt para la *Encyclopédie*, publicado algunos años después de las cartas de Noverre, podemos reconocer que el estudio de la representación de las pasiones en la época se establece relacionando los órdenes externo e interno del cuerpo (Jaucourt, 1765: 150). Este enfoque compromete una especie de protopsicología del alma destinada a su control o manipulación. En todo caso, aplicada al trabajo interpretativo del bailarín-actor, esta teoría suele fundamentar una forma específica de autocontrol que contiene la posibilidad de un desborde controlado. La representación de las pasiones exige que el intérprete estudie y manipule su propia interioridad emocional. El bailarín debe acostumbrar su cuerpo a sentir, pero desarrollando una técnica de gestión del exceso emocional y simbólico.

En sus escritos sobre la técnica del ballet de acción, Noverre postula la existencia de un cuerpo neutro que actúa a través de la voluntad interna de las pasiones. La irreductibilidad de las pasiones es sinónimo de verosimilitud en la interpretación: «Les passions sont les ressorts qui font jouer la machine» (Noverre, 1760: 266). En este punto, Noverre parece asumir como fundamento al dualismo cartesiano «alma-máquina», analizado por Joseph Roach (1993: 64). Según este postulado, las pasiones primarias del alma, como el amor, el odio o el deseo, se materializan en acciones mecánicas del cuerpo claramente identificables. De hecho, las ideas de Noverre sobre la expresión de las pasiones pueden cotejarse

con las teorías de la interpretación teatral del mismo periodo[3], estudiadas por Roach (1993). El trabajo de Roach explora cómo la inspiración lleva al actor a expresar las pasiones, fundamentándose en un «dualismo interactivo» entre alma y cuerpo-máquina. En ese ámbito, Roach identifica dos mecanismos expresivos. El primero, asociado con las ideas de Aaron Hill (1753), propone el funcionamiento de una «imaginación plástica» mediante la cual la imagen o idea de una pasión en el intérprete ejercería una presión física que necesariamente se exteriorizaría en el cuerpo. El segundo, vinculado a la teoría de Lessing en su *Dramaturgia de Hamburgo* (1993), sugiere que el actor debe comenzar reproduciendo acciones externas ligadas a pasiones –aunque no las experimente vívidamente en su alma–, ya que la práctica física podría, de manera involuntaria, desencadenar una vivencia interna. Si, para Hill, el origen de la expresión de las pasiones se relaciona con la imaginación del intérprete; para Lessing, en cambio, es la experimentación física externa la que provoca una vivencia internalizada. En todo caso, Roach (1993: 91) advierte que tanto David Garrick como Noverre expresaban su insatisfacción respecto a estas formas mecanizadas de concebir la interpretación de las pasiones. El primero manifestaba su descontento frente a los actores autómatas, mientras que el segundo afirmaba que, si bien admiraba la técnica del hombre-máquina, no le generaba ninguna sensación particular, y consideraba que el propósito fundamental del ballet de acción era emocionar al espectador. Roach concluye que la idea de una expresión mecanizada de las pasiones resultaba insuficiente para los artistas de la época. En este sentido, como ya hemos afirmado, en el ballet de acción la expresión de las pasiones implica una instancia de exceso que desborda cualquier mecanismo premeditado.

Claudia Jeschke (1991) caracteriza la transición del ballet de corte al ballet de acción como un fenómeno vinculado al énfasis puesto en la representación de las pasiones en escena por parte de teóricos como Claude-François Ménestrier a finales del siglo XVII. Su descripción de los movimientos corporales y faciales que expresan las diferentes pasiones pretende desarrollar un código de comunicación gestual entre el intérprete y el espectador. Se trata de un modelo que inspira una parte muy importante de las creaciones del ballet pantomima, el cual puede identificarse, por ejemplo, en las composiciones del coreógrafo inglés John Weaver. Sin embargo, existe un nuevo desarrollo, esta vez señalado por Sarah McCleave (2007), que diferencia este dispositivo de codificación de otro dispositivo que da por sentada la universalidad de los gestos expresivos. Según McCleave, Ménestrier postuló el uso de gestos codificados, mientras que Noverre inauguró una nueva escuela al evitar indicar a los bailarines cómo debían representar los estados

3. En lo referido a una posible recreación histórica de las obras teatrales de este periodo, Dene Barnett (1977) ofrece elementos de reflexión y trabajo escénico a partir de citas de fuentes históricas. No obstante, este artículo no se propone brindar elementos técnicos para una recreación escénica de las obras estudiadas.

emocionales y al animarlos a sentir profundamente las pasiones para poder transmitirlas al público.

Según la historiadora, la técnica de Ménestrier puede caracterizarse como una imitación de las pasiones, mientras que la de Noverre se propone seguir a la *naturaleza* –un concepto característico de la estética del siglo XVIII–. McCleave (2009: 9) establece así una diferencia entre *racionalistas* como Menestrier –pero también como John Weaver o Gasparo Angiolini– y *sentimentalistas* como Noverre. Se trata de una diferenciación fundamental, aunque también hay que señalar que la idea de naturaleza en el siglo XVIII engloba una hipótesis protoantropológica que sirve para interpretar fenómenos sociales e históricos contemporáneos de la época. Es el caso, por ejemplo, de las ideas de *hombre natural* en Rousseau y de *lenguaje de acción* en Condillac. Para Noverre, seguir a la naturaleza significa llegar a una codificación de los gestos mediante un discurso tendiente a *naturalizar* ciertos comportamientos y *desnaturalizar* otros. Sin embargo, es innegable que la expresión de pasiones en sus obras supone una instancia de exceso gestual que busca ir más allá de cualquier código preestablecido.

Siguiendo a Juan Ignacio Vallejos (2014), esta diferencia entre racionalistas y sentimentalistas fue el origen de la famosa polémica del ballet pantomima que opuso a Noverre y al maestro de ballet italiano Gasparo Angiolini. Este último critica el párrafo en las cartas de Noverre en el que se afirma que no deben darse preceptos fijos para la acción pantomímica. Según Angiolini, es sobre la sistematización de nuestros afectos que descansa la pacificación del espacio público y el orden general de todas las naciones (Angiolini, 1998 [1773]: 81). El maestro de ballet otorga a la técnica expresiva del bailarín, y fundamentalmente a su codificación, una dimensión social y política que, hoy en día, remitiríamos a la teoría de Norbert Elias (2008) sobre el proceso de civilización y los mecanismos de autocontrol que le son inherentes. Las artes, en este contexto, coinciden con los preceptos que regulan el orden social y tienen cierta eficacia para el gobierno de la sociedad desde el punto de vista simbólico. Angiolini concibe el cuerpo danzante como un agente social sometido a una regla externa cuya expresión está conformada por un esquema formal que lo encapsula. La idea noverriana de un cuerpo danzante que sigue naturalmente sus impulsos expresivos como camino hacia la verosimilitud del gesto le parece totalmente perturbadora y contraria a la función social y política de las artes.

Según Vallejos (2014), Noverre no da instrucciones sobre los movimientos que deben representar las pasiones, pero reconoce como modelo expresivo al «homme bien né» es decir, al cortesano, al hombre inscrito en el orden social y devenido modelo de conducta. Así, afirma que, para pintar los celos o la furia, el maestro de ballet debe tomar como modelo a un hombre corregido por la educación cortesana, ya que le brindará matices y figuras que no existen en las personas sin educación (Noverre, 1760: 85-88). El estudio de las pasiones, concebido originalmente como una especie de introspección creativa, revelaría así su función social, la de validar estéticamente modelos legítimos de comportamiento

social. Noverre justificaría por medio de valores estéticos los mismos preceptos que Angiolini afirma por razones sociopolíticas. Sin embargo, el análisis propuesto por Vallejos (2014), que equipara ambas técnicas expresivas, pasa por alto un elemento central. Más allá de las referencias a los modelos de conducta cortesanos, es innegable que dentro de la concepción noverriana del gesto hay un espacio de indefinición y, por consiguiente, de exploración de los límites expresivos del cuerpo danzante.

Si bien en sus Cartas Noverre manifiesta su admiración por el célebre actor inglés David Garrick, no cita ni comenta escritos sobre la técnica actoral como los de Aaron Hill, Lessing o Riccoboni. No obstante, siguiendo a Guadalupe Soria Tomás (2020), es necesario tener en cuenta que la idea de *lo natural* en el siglo XVIII no coincide necesariamente con el sentido que le damos hoy en día. En el ámbito escénico, podía considerarse natural la interpretación en la que «los gestos se realizaban sin dificultad gracias al hábito», es decir, que se huía de la afectación, pero «precisamente porque se [ajustaba] con maestría a unos códigos artificiales» (573). En el terreno teatral, la manera en la que Noverre conceptualiza la expresión del gesto coincide con las ideas de Rémond de Saint-Albine. Para él, los actores «deben ilusionarse a sí mismos» (Soria Tomás, 2020: 578) para poder representar las pasiones en escena. Noverre es partidario de la vivencia emocional como clave para la verisimilitud.

El ballet pantomima representa al mismo tiempo la coronación de un proceso de transformación del poder en potencia –asociada a una construcción del sujeto moderno coherente con la dominación simbólica– y su subversión latente. Es verdad que existe una diferencia entre Noverre y Angiolini sobre la forma en que conciben la sujeción del intérprete. En el caso del maestro italiano, se la concibe como una coacción externa que codifica el gesto haciéndolo legible, mientras que en el del francés indicaría el efecto externo de un lenguaje coreográfico ya internalizado. Para el francés, la sujeción de las emociones ya ha sido incorporada a la teatralidad del bailarín o de la bailarina, es decir, que es constitutiva de su técnica expresiva. Sin embargo, su forma de conceptualizar esta misma técnica habilita una instancia de desregulación: la eventual posibilidad de que emerja un *gesto sin nombre*. En este análisis, coincidimos con Mark Franko en la idea de que «la danza puede absorber y retener los efectos del poder político, así como resistir, en el mismo gesto, esos efectos que parece incorporar, [es decir que] puede codificar tanto las normas como su desviación» (Franko, 2019: 207). El cuerpo danzante siempre dice más de lo que quiere o debe. Los discursos citados reflejan el hecho de que el rol de las artes en la reproducción del orden social es un tema presente para los maestros de ballet de la época, lo cual nos permite pensar igualmente en que eran conscientes de su potencialidad política como agentes de una posible subversión simbólica.

A continuación, analizaremos el modo en que estas ideas se relacionan con el fenómeno de la desigualdad de género, ya que si, para cierto discurso, el cuerpo de la danza debe ser el encargado de representar códigos expresivos coherentes

con el orden social, la asociación del género femenino con la subversión de estos códigos conlleva una visible connotación política. La mujer, en su civilidad inacabada, tiene un innegable potencial expresivo que determina su centralidad en el escenario, pero al mismo tiempo el carácter moralmente disruptivo de sus acciones corre el riesgo de poner en peligro el propio orden que, en teoría, estaría contribuyendo a establecer. Es quizás por esta razón que la bailarina trágica es la intérprete perfecta del ballet de acción noverriano, ya que es capaz de encarnar el conflicto irresoluble entre orden y exceso que fundamenta la expresión escénica.

4. Las danzas de Medea, Camila y Clitemnestra

La relación del ballet de acción de Noverre con el control de las pasiones se desarrolla en dos niveles diferentes y en cierto modo complementarios: en la práctica expresiva de los intérpretes y en el discurso de las composiciones líricas. La tragedia de Noverre es, en definitiva, una representación del conflicto irremediable entre las pasiones y los deberes. En este contexto, las figuras femeninas siempre encarnan el desborde. Son el símbolo inconfundible de las pasiones que deben ser controladas. Es así como en el teatro lírico los hombres, a diferencia de las mujeres, encuentran más a menudo la manera de controlar sus emociones internas.

En el caso del ballet del siglo XVIII, dada la escasez de documentos visuales, los programas de ballet o libretos son prácticamente la única fuente histórica de la que se dispone. Estos pequeños documentos impresos, que circulaban antes de la representación, pretendían guiar la mirada del espectador describiendo el argumento, la organización de las escenas, las acciones de los intérpretes y, en algunos casos, su vivencia interna. Las obras que se analizarán aquí son *Médée et Jason, Les Horaces* y *Agamemnon Vengé*; las mismas formaban parte del repertorio principal de Jean-Georges Noverre y se representaron en Stuttgart, Viena, Milán y París. La idea no es hacer un análisis exhaustivo de cada obra –lo cual incluiría el análisis de las partituras musicales o del vestuario–[4], sino utilizarlas para reflexionar acerca

4. La opción de análisis propuesta en este artículo no aborda un estudio musicológico o iconográfico sobre las fuentes del mismo periodo. En el primer caso por falta de acceso a partituras musicales de las obras citadas y en el segundo caso porque no tenemos conocimiento de que existan fuentes visuales que brinden elementos plausibles de enriquecer este análisis. La historiadora Flavia Pappacena (2012: 114-116) comenta dos ilustraciones de vestuarios correspondientes al personaje de Medea en la obra de Noverre publicadas en los años 1766 y 1791. Sin embargo, la fuente utilizada por la autora, que son las ilustraciones presentes en las ediciones de lujo de las *Cartas sobre la danza y el ballet* que Noverre envió oportunamente a los reyes de Suecia y de Polonia, no buscaban representar gestos expresivos, ni funcionar como una referencia de la representación de las pasiones para sus intérpretes, sino dar cuenta de la fastuosidad del vestuario como elemento visual. Las obras de Noverre eran generalmente obras de gran impacto escénico y, por ende, muy costosas y sofisticadas en lo referido al vestuario y al decorado.

de lo que constituye el elemento central de nuestro artículo: las diferencias de género en la representación de las pasiones por parte de los diferentes intérpretes de la danza escénica en la segunda mitad del siglo XVIII.

Según el programa del ballet *Médée et Jason* de Noverre en su versión vienesa, la obra simboliza la tensión entre los deseos pasionales como el amor, el odio, la rabia, la furia o el miedo y las leyes que rigen el gobierno de los sujetos. El personaje de Jasón, marido de Medea, se siente atraído por Creúsa, princesa de Corinto. Su padre, Creonte, que teme la pretensión de Medea al trono de Corinto, desea favorecer este noviazgo ya que le permitiría conservar el trono para su familia. Como sabemos, Jasón acaba sucumbiendo a los encantos de Creúsa y abandona a Medea y a sus hijos, lo que desemboca en un trágico final con el asesinato de los niños y de otros personajes.

En particular, en la adaptación de Noverre, existe un fuerte contraste entre las dos últimas escenas del programa. En la penúltima escena, que representa la boda de Jasón y Creúsa, Medea finge aceptar su compromiso: «Elle aborde ses ennemies avec les marques de la plus parfaite résignation, elle leur sourit agréablement, comme pour leur faire entendre qu'ils doivent se rassurer […] elle montre les présents qui sont entre les mains de ses enfants» (Noverre, 1776: 12). Como sabemos, los regalos son venenos que matarán a Creúsa y a su padre. Sin embargo, en esta escena Medea finge actuar de la manera correcta, parece capaz de controlar el odio que le produce el abandono de Jasón y de aceptar la derrota de su ambición política. En cambio, la escena final muestra todo lo contrario: Medea, dominada por la furia, apuñala a sus hijos delante de Jasón, que se suicida con el mismo puñal. El último párrafo relata: «Le ciel s'obscurcit, la terre tremble, le Palais s'embrase, & s'écroule, tout fuit, & l'exécrable Médée se frayant une route dans les airs, s'envole, en s'applaudissant de l'énormité de ses forfaits» (Noverre, 1776: 15-16).

Más allá del contraste exagerado entre la agradable resignación de una escena y la furia desmedida de la otra, probablemente vinculado a las técnicas narrativas de la pantomima y la utilización de máquinas en el decorado, existe una diferencia entre los personajes en cuanto a la convicción con la que actúan. Si comparamos el carácter de Medea con el de Jasón, observamos que mientras Jasón es propenso a la duda –en la escena III, por ejemplo, está casi decidido a abandonar a Creúsa debido a que añora la ternura de su antigua esposa–, Medea actúa con astucia y determinación. Ella simplemente se deja llevar por sus deseos, los cuales la conducen a una calculada maquinación. El uso de la apariencia que Medea despliega en la penúltima escena es otro aspecto digno de destacar. Este es, precisamente, el tipo de mecanismo que Jean-Jacques Rousseau (2012 [1754]) condena en su tratado sobre la desigualdad. La apariencia es el símbolo de la decadencia moral de la sociedad cortesana, denunciada por el filósofo, y en la obra de Noverre es representada por un personaje femenino. Sin embargo, en el caso de Medea la apariencia no invalida la posesión maléfica, es quizás la versión razonada de ese mismo desborde patético.

El personaje de Camila, en el ballet trágico *Les Horaces*, presenta una vez más a la mujer como un sujeto invadido por las pasiones y opuesto de forma casi involuntaria a los deberes de la urbanidad. Recordemos brevemente la historia según la versión de Noverre: Camila es hermana de los Horacios y amante del mayor de los Curiacios. Una guerra entre Roma y el pueblo de Albes enfrenta a las dos familias. El mayor de los Horacios gana la batalla y mata al amante de Camila. En el marco de las celebraciones por la victoria, Camila hace una aparición que es descrita por Noverre en los siguientes términos:

> C'est au milieu de cette fête, que Camille paraît pour y semer l'horreur & la confusion: elle veut que ce jour d'allégresse soit changé en un jour de deuil & de désolation […]. Cette fière Romaine désespérée d'un triomphe qui lui enlève son amant, se livre sans ménagement à ce que l'amour au désespoir peut inspirer de barbare. (Noverre, 1777: 23)

Así, en un confuso episodio, Horacio mata a su hermana Camila que había «proféré les imprécations les plus terribles contre la patrie» (Noverre, 1777: 24). El suceso horrendo da paso a la cuarta parte del ballet, que representa el dolor de Horacio, ya que «L'amour de la Patrie ne ferme cependant pas son âme à la douleur qu'il éprouve d'avoir immolé Camille; il ne peut se souvenir de l'atrocité de son crime, sans frémir d'horreur» (Noverre, 1777: 27-28). Sin embargo, en el último acto, Horacio es perdonado por el Rey y la historia termina con una gran fiesta que lo absuelve. Una vez más, el personaje masculino expone un mecanismo de introspección y culpa. Aunque su acción está justificada e incluso es celebrada desde un punto de vista político, no puede evitar sentirse afligido por la muerte de su hermana. En cambio, Camila decide seguir el influjo directo de sus pasiones, priorizando el amor por su amante sobre el deber hacia su patria, una elección que la lleva a ser asesinada por su propio hermano. Se podría añadir que el asesinato de Camila es una metáfora, quizá involuntaria por parte del autor, de la exclusión de las mujeres del espacio público y de la arena política de la época. Según el discurso patriarcal, la debilidad emocional las haría incoherentes para el ejercicio de las responsabilidades institucionales del Estado. Horacio se ve obligado a matar a su hermana para revalidar la estructura patriarcal que subyace al orden social. En este sentido, la obra funciona como un discurso que legitima en términos estéticos y políticos la condición de minoridad atribuida a las mujeres en la época.

Por último, en el caso de *Agamemnon Vengé* –que narra la traición de Agamenón por parte de su esposa, Clitemnestra, y de su amante, Egisto–, el rol de la mujer vuelve a estar ligado al deseo amoroso y al abandono de sus deberes. En su versión, Noverre combina esta historia con la de la venganza de Orestes, hijo de Agamenón, de modo que el último acto del ballet represente el castigo de los amantes. En el prefacio del programa, el propio Noverre afirma que optó por este cambio para que el crimen de Agamenón no quedara impune durante la narración escénica, un deseo que expone la importancia que el maestro atribuye a la

representación de la sujeción femenina a las normas. Esta creación revela una vez más la tensión interna de los personajes al momento de controlar sus pasiones, una lucha en la que las mujeres parecen dar el mal ejemplo. En el acto que representa la llegada de Agamenón, leemos:

> [la] Reine [Clytemnestre] & Égisthe, dans les instants où ils ne sont pas aperçus, laissent éclater la fureur impatiente qu'ils brûlent d'assouvir, en s'immolant les objets qui pourraient s'opposer à leur bonheur. Agamemnon qui partage la félicité de sa Famille & la joie de son Peuple, ordonne à ses Guerriers de commencer des Fêtes. (Noverre, 1776: 32-33)

Hay un contrapunto entre el deseo traicionero de la mujer y la generosidad del hombre, que alude a su apego a la familia y a su pueblo. Además, en el transcurso del relato volvemos a ver la vacilación masculina caracterizada en el personaje de Egisto y la determinación y crueldad de la mujer en Clitemnestra. En el acto III, leemos:

> Clytemnestre […] paraît avec Égisthe: elle lui offre d'une main sa Couronne & de l'autre un poignard avec la condition barbare qu'il tranchera tout à la fois les jours de son Époux & ceux de l'Esclave Troyenne. Elle veut armer les mains d'Égisthe du Fer homicide: celui-ci quoiqu'accoutumé au Meurtre, voyant de plus près l'instant de le commettre, n'en reçoit la proposition qu'avec effroi. (Noverre, 1776: 36-37)

Es la mujer quien asume la responsabilidad del crimen sin vacilación. El asesinato se basa en el deseo, un deseo que ignora los deberes de Clitemnestra para con su familia. En contrapartida, la venganza de Orestes castiga el incumplimiento por parte de su madre del deber familiar y fundamentalmente religioso que es establecido por el matrimonio.

Vemos así, en los tres casos que hemos mencionado, tres modelos de subversión encarnados por los personajes femeninos: el abandono de sus deberes como madre, en Medea; como ciudadana, en Camila, y como esposa, en Clitemnestra. Se trata de tres roles sociales que los personajes trágicos encarnados por las bailarinas ponen en peligro por su incapacidad para controlar sus pasiones. Desde el punto de vista de la narrativa del espectáculo, el mensaje es claro: las mujeres deben someterse al orden patriarcal porque poseen una moral insuficiente, incompleta. La imprevisibilidad de sus deseos atestigua su conexión directa con las pasiones, es decir, con su pasividad –como muestra la etimología de la palabra pasión– ante las fuerzas emocionales que las habitan. Por otra parte, la vacilación en los personajes masculinos está vinculada, como señala la historiadora Helen P. Foley, a una condición poética aristotélica según la cual para que un personaje genere empatía moral en el espectador no debe situarse en una posición ética extrema (Foley, 2001: 110). La vacilación sería una estrategia para suscitar la afinidad moral del espectador con el personaje en cuestión. Por el contrario, en el caso de los personajes femeninos, se impone una lógica opuesta, sus posturas extremas buscan cerrar cualquier mecanismo de identificación. Es una lógica poética

que, en todo caso, parece tener ramificaciones en el estudio de las pasiones y su tratamiento.

5. Motín, subversión y medicalización del cuerpo danzante femenino

Las bailarinas solistas desempeñaron un papel esencial en el desarrollo del ballet pantomima. En 1765, en su programa para el ballet *Semiramis*, Gasparo Angiolini informa de que la llegada de «Mademoiselle Nency, qui a exécuté à Stuttgart les Ballets de Médée, & des Danaïdes [crées par Noverre], [l'a] déterminé à [s]'essayer dans la composition d'une Tragédie en Ballet» (Angiolini, 1765: 2). El ejemplo permite medir la importancia de las intérpretes femeninas en el género trágico, ya que es la llegada de la bailarina a su *troupe* lo que funciona como un factor determinante para el proyecto coreográfico de Angiolini. Su evidente centralidad en el desarrollo narrativo parece dar cuenta de una presencia femenina fuerte y decisiva en el escenario. También Noverre concede mucho espacio a los personajes femeninos, permitiéndoles mostrar estados emocionales extremos que, según sus escritos, deben conmover al público. Sin embargo, su eventual éxito en el campo de las artes escénicas se produce a costa de un refuerzo simbólico de la dominación patriarcal que oprime a las mujeres en la sociedad. Se las considera estrellas del repertorio, pero esto se hace a costa de un refuerzo simbólico del discurso que justifica la dominación.

En el siglo XVIII las mujeres son menos punibles que los hombres desde el punto de vista jurídico. En términos generales, se las considera sujetos inferiores o una versión inacabada del hombre. Sin embargo, esta situación de minoría de edad legal las coloca en una posición especial con respecto a las prácticas de resistencia política. Privadas del derecho a la palabra, las mujeres de extracción popular actúan a menudo en el espacio público recurriendo a la violencia. La presencia de la mujer trágica en las obras de Noverre puede relacionarse con dos fenómenos sociales e históricos que caracterizan el mismo periodo. El primero es sincrónico y se refiere a la participación de las mujeres en las revueltas populares y en los actos criminales que se registran en los distintos archivos judiciales de la época en Francia. El segundo es diacrónico y se refiere a la medicalización del cuerpo femenino, una práctica que se originó a finales del siglo XVIII y se desarrolló principalmente durante el siglo XIX.

La participación de las mujeres en actos de violencia en el siglo XVIII ha sido estudiada por Arlette Farge, Karine Lambert y Martine Lapied, entre otras, a través del análisis de diversos archivos judiciales de París y del sur de Francia. Farge destaca especialmente el tono de las crónicas administrativas que describen a las mujeres que participaron en los motines como furiosas, crueles y sanguinarias. A este respecto, subraya el hecho de que las actas fueran escritas principalmente por hombres (Farge, 1991: 493). En el caso de Lambert y Lapied, que trabajan sobre archivos del sur de Francia (Aix en Provence, Marsella y Tolón), se describen

algunas de las principales características del ejercicio de la violencia pública por parte de las mujeres. Por ejemplo, las actas de un juicio del 31 de mayo de 1743 en la Sénéchaussée de Arles, Aix en Provence, describen un caso en el que la comunidad se movilizó para proteger a dos de sus miembros. En concreto, se relata el accionar de la mujer y la hija de un presunto contrabandista que se resistieron a su detención y, según la fuente: «elles battent des poings, mordent, décoiffent le brigadier et lui arrachent les cheveux en criant: il faut le tuer, on ne vole pas et on ne tue pas, il faut les tuer, ce sont des canailles» (Lambert y Lapied, 2004: 160). Su condición de minoría legal las sitúa en un lugar de exposición y resistencia feroz. Las mujeres rara vez son condenadas por delitos graves y suelen recibir penas menores que los hombres, pero son acusadas de la mayoría de los delitos «contra la moral», como «la vida escandalosa, la prostitución y el libertinaje». Las bailarinas apasionadas en las obras de Noverre parecen reflejar un conflicto social que ocurre fuera del escenario. Los lugares comunes del discurso escénico ficcional ligados a la descalificación moral y cívica del género femenino son reproducidos por la narración presente en las actas judiciales. El discurso de la autoridad legal se hace eco de esos postulados acerca de las vivencias pasionales femeninas para naturalizar un conflicto social o transformarlo en una cuestión ligada a la diferencia de género.

Según la historiadora Helene P. Foley, la tragedia es originalmente un espectáculo concebido por hombres y para hombres. La figura de la mujer es más bien una metáfora a través de la cual los hombres de la Antigüedad exploraban temas problemáticos de forma indirecta. La mujer, como objeto más que como sujeto, les ayudaba a reflexionar sobre los límites del orden social y a enfrentarse a cuestiones filosóficas profundas que no querían encarar de manera directa (Foley, 2001: 4). En las creaciones de Noverre, la mujer cumple una función similar, es la herramienta de una reflexión masculina. A través de ella, el maestro estudia los límites inalienables de la pasión humana y su presencia subrepticia en el comportamiento social.

Existen estudios sobre la mujer trágica basados en la teoría de Aby Warburg, desarrollados por la historiadora argentina Paulina Antacli (2017 y 2018). El *pathosformeln* warburguiano concibe a la ninfa como un personaje bipolar. Es símbolo de vitalidad y deseo, pero también de desbordamiento y locura. La simbolización a través del cuerpo femenino de aquello que transgrede la norma tiene una raíz histórica y cultural claramente identificable en Occidente. Si en el siglo XVIII se utilizó a la mujer para tratar la irreductibilidad de las pasiones, en el siglo siguiente se la utilizó como objeto de estudio de los mecanismos internos de esas desviaciones pasionales. Las mujeres son la puerta de entrada al análisis y control de las pasiones humanas desde un punto de vista médico cientificista. Un ejemplo de ello son las investigaciones de Elizabeth Claire (2009) sobre la dansomanía femenina relacionada con la práctica del vals en la sociedad victoriana del siglo XIX. El baile se concibe como una manía social contagiosa asociada a patologías del imaginario femenino.

Como señala Felicia McCarren, la danza es una metáfora del orden, pero también de la locura y el caos. Este doble simbolismo la convierte en un lugar potencialmente subversivo capaz de promover una representación crítica del poder (McCarren, 1998: 3). McCarren señala un doble pasaje que caracteriza las patologías femeninas asociadas a la danza, como la histeria. En el siglo XIX fueron concebidas como enfermedades físicas y en el siglo XX, con la aparición de la teoría freudiana, se convirtieron en un síntoma de enfermedad mental, mediada por la palabra (McCarren, 1998: 36). Nuestro aporte en este sentido propone que la raíz de ambas patologías del cuerpo danzante femenino es decididamente política. El uso de lo femenino como símbolo de la subversión política del orden en el siglo XVIII fue correspondido por la patologización del cuerpo femenino danzante en el siglo XIX. Los hombres se sirvieron de las mujeres para representar los límites del orden social y las dinámicas conflictivas ligadas a él, tanto a nivel individual como colectivo. No es ninguna novedad afirmar que existe una gran influencia de la poética teatral en la construcción del discurso médico en el siglo XIX. Sin embargo, el análisis del ballet de acción contribuye a hacer visible la íntima relación entre las prácticas de representación, sometimiento y metaforización del cuerpo danzante femenino y la reproducción del orden político patriarcal enraizado en la subjetividad moderna.

6. Bibliografía

Acone, Ludmila (2017), «Entre Mars et Vénus. Le genre de la danse en Italie au XVe siècle», *Clio. Femmes, Genre, Histoire*, 46, pp. 135-148.

Angiolini, Gasparo (1765), *Dissertation sur les ballets pantomimes des Anciens, pour servir de programme au ballet pantomime tragique de Semiramis*, Vienne: Jean-Thomas de Trattner.

Angiolini, Gasparo (1998 [1773]), «Lettere a Monsieur Noverre sopra i balli pantomimi», en Carmela Lombardi (ed.), *Il ballo pantomimo. Lettere, saggi e libelli sulla danza (1773-1785)*, Torino: Paravia/Scriptorium.

Antacli, Paulina (2017), «Pina Bausch y el paradigma de la ninfa posmoderna», *Avances*, 26, pp. 71-87.

Antacli, Paulina (2018), «El caso Guernica: límites y excesos de la representación», *Avances*, 27, pp. 45-57.

Barnett, Dene (1977), «The Performance Practice of Acting: The Eighteenth Century Part I: Ensemble Acting», *Theatre Research International*, 2(3), pp. 157-186.

Blasis, Carlo (1830), *Manuel complet de la danse*, Paris: Roret.

Burt, Ramsay (1995), *The Male Dancer: Bodies, Spectacle, Sexualities*, London y New York: Routledge.

Butler, Judith (2007 [1990]), *El género en disputa*, Buenos Aires: Paidós.

Chartier, Roger (1998), *Au bord de falaise*, Paris: Albin Michel.

Claire, Elizabeth (2009), «Monstrous Choreographies: Waltzing, Madness and Miscarriage», *Studies in Eighteenth-Century Culture*, 38, pp. 199-235.

Doménech Rico, Fernando; Soria Tomás, Guadalupe y Conte Imbert, David (eds.) (2011), *La expresión de las pasiones en el teatro del siglo XVIII*, Madrid: Fundamentos.

Elias, Norbert (2008), *La société de cour*, Paris: Flammarion.
Farge, Arlette (1991), «Évidentes émeutières», en Natalie Zemon Davis y Arlette Farge (dirs.), *Histoire des femmes XVIe-XVIIIe siècles*, vol. III, Paris: Plon, pp. 555-575.
Foley, Helene P. (2001), *Female Acts in Greek Tragedy*, Princeton: Princeton University Press.
Foster, Susan Leigh (1998a), *Choreography and Narrative: Ballet's Staging of Story and Desire*, Bloomington: Indiana University Press.
Foster, Susan Leigh (1998b), «Choreographies of Gender», *Signs*, 24(1), pp. 199-232.
Franko, Mark (2019), *Danzar el modernismo/Actuar la política*, Buenos Aires: Miño y Dávila.
Garafola, Lynn (1985), «The Travesty Dancer in Nineteenth-Century Ballet», *Dance Research*, 17-18, pp. 35-40.
Hill, Aaron (1753), *The Works of the Late Aaron Hill*, London: Printed for the benefit of the family.
Jaucourt, Louis de (1765), «Passions», en Denis Diderot y Jean le Rond D'Alembert, *Encyclopédie ou dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers*, tomo 12, Paris: Briasson.
Jeschke, Claudia (1991), «From Ballet de Cour to Ballet en Action: The Transformation of Dance Aesthetics and Performance at the End of the Seventeenth and Beginning of the Eighteenth Centuries», *Theatre History Studies*, XI, pp. 107-122.
Lambert, Karine y Lapied, Martine (2004), «Femmes du peuple dans les archives judiciaires», *Dix-huitième Siècle*, 36, pp. 155-170.
Lessing, Gotthold Ephraim (1993), *Dramaturgia de Hamburgo*, trad. de Feliu Formosa, Madrid: ADE.
Marin, Louis (1998), *Le portrait du roi*, Paris: Minuit.
McCarren, Felicia (1998), *Dance Pathologies: Performance, Poetics, Medicine*, Stanford: Stanford University Press.
McCleave, Sarah (2007), «Marie Sallé and the Development of the Ballet en action», *Journal of the Society for Musicology in Ireland*, 3, pp. 1-23.
Nordera, Marina (2004), *La construction de la féminité dans la danse, XVe-XVIIIe siècle*, Pantin: Centre national de la danse.
Noverre, Jean-Georges (1760) *Lettres sur la danse, et sur les ballets*, Lyon: Aimé Delaroche.
Noverre, Jean-Georges (1776), «Agamemnon Vengé. Ballet tragique en cinq actes», en *Recueil de programmes de ballet de M. Noverre*, Vienne: Joseph Kurzböck, s. l.: s. e.
Noverre, Jean-Georges (1776), «Médée et Jason. Ballet tragique en un acte», en *Recueil de programmes de ballet de M. Noverre*, Vienne: Joseph Kurzböck, s. l.: s. e.
Noverre, Jean-Georges (1777), *Les Horaces. Ballet-Tragique*, Paris: Delormel.
Noverre, Jean-Georges (1807), *Lettres sur les arts imitateurs en général et sur la danse en particulier*, tomo II, Paris: Léopold Collin.
Olivesi, Vannina (2008), «La nudité des danseuses professionnelles au théâtre de l'Opéra, 1830-1850», *Rives nord-méditerranéennes*, 30, pp. 93-100.
Olivesi, Vannina (2017), «Entre plaisir et censure, Marie Taglioni chorégraphe du Second Empire», *Clio. Femmes, Genre, Histoire*, 46, pp. 43-64.
Pappacena, Flavia (2020), *Le langage de la danse classique: Guide à l'interprétation des sources iconographiques*, Roma: Gremese.
Roach, Joseph (1993), *The Player's Passion*, Ann Arbor: University of Michigan Press.
Rousseau, Jean-Jacques (2012 [1754]), *Discours sur l'origine et les fondements de l'inégalité parmi les hommes*, Paris: Flammarion.
Smith, Marian (2007), «The Disappearing Danseur», *Cambridge Opera Journal*, 19(1), pp. 33-57.

Soria Tomás, Guadalupe (2020), «El saber del actor español en el siglo XVIII. La expresión de las pasiones en los tratados de declamación», *Cuadernos de Estudios del Siglo XVIII*, 30, pp. 567-592.

Sparti, Barbara (2017), «Isabella and the Dancing Este Brides, 1473-1514», en Lynn M. Brooks (dir.), *Women's Work: Making Dance in Europe before 1800*, Madison: University of Wisconsin Press, pp. 19-48.

Vallejos, Juan Ignacio (2014), «La técnica de las pasiones del ballet-pantomima: construcción de saberes sobre la danza durante los siglos XVII y XVIII», *Cuadernos Dieciochistas*, 15, pp. 297-320.

RESEÑAS

AMORES FÚSTER, Miguel; MARTÍN GONZÁLEZ, Pablo y RODRÍGUEZ SÁNCHEZ DE LEÓN, M.ª José (eds.), *Cultura de corte en el siglo XVIII español e italiano: diplomacia, arte, música y literatura. II. Arte, Literatura y Música*, Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 2024, 400 pp.

Se trata del segundo volumen de las actas del Segundo Congreso Internacional de la Sociedad Española de Estudios del Siglo XVIII y de la Società Italiana di Studi sul Secolo XVIII, celebrado en Salamanca del 16 al 18 de marzo de 2022, que aparece bajo el subtítulo de *Arte, Literatura y Música*. Tres secciones bastante homogéneas en las que investigadores de distintas universidades españolas e italianas, e incluso independientes, presentan una serie de estudios que en general se centran en la política cultural española borbónica en la época de Felipe V, y particularmente de Carlos III que, como es conocido, coincide con el máximo compromiso ilustrado español.

La temática de los distintos estudios, que es en las tres secciones de tipo histórico y sobre todo artístico, cubre las líneas de investigación que se habían impuesto el congreso y la mayor parte de los estudios. No obstante esto, los distintos capítulos pueden leerse de manera independiente al tratar cuestiones muy particularizadas, y en la mayor parte de los casos realmente interesantes. Es decir, se abordan las relaciones entre España e Italia en la última fase de la dominación política de los Borbones y las iniciativas reformistas de Carlos III tanto en Madrid como en Nápoles, siempre dirigidas a la modernización y la mejora de la vida social y cultural de ambos países, en un intento extremo de situar su corte a la altura del resto de cortes europeas e impedir el atraso cultural y científico en España.

La primera sección, dedicada al Arte, comienza con un estudio de Francesca Capano sobre la construcción del nuevo Palacio Real napolitano en Capodimonte, que inauguraba la nueva fase borbónica del Reino de Nápoles. Aquí la erudición está al servicio del interés de la autora por mostrar el entusiasmo y el esfuerzo de los ciudadanos napolitanos del momento por construir un espacio moderno y plenamente napolitano. A este sigue otro estudio de Anna Còccioli Mastroviti sobre las soluciones decorativas de Ferdinando Galli y Domenico Valmigini en la arquitectura impulsada por la familia Farnese en Parma y Piacenza, donde abundan las imágenes en color que muestran con mucho detalle esta fase importante de la experimentación artística en el siglo XVIII que la autora documenta de manera muy minuciosa. La figura de Lorenzo Tiepolo en la corte de Carlos III la propone poco después Marcos Narro Asensio, haciendo un recorrido por la obra del retratista, y poniendo de relieve los profundos cambios que se hacen con la entrada de las ideas ilustradas en la corte madrileña. Esta conexión entre erudición y valoración histórica, entre erudición y resultados de la investigación, la encontramos también en el estudio de Paola D'Alconzo, sobre la relación entre Manuel Napoli y un inédito eco español de la *Lettera sull'uso della vernice* de Jacob Philipp Hackert, que realiza un viaje de ida y vuelta por

las cortes de Madrid y Capomonte (Nápoles) o, más ampliamente, por la corte borbónica de Nápoles. También aquí se discute sobre la problemática ilustrada del momento, también en el entorno borbónico, sobre la dificultad de superar las prácticas artísticas tradicionales. Termina la primera sección el estudio de Alejandro Elizalde García sobre Camillo Rusconi, Agostino Cornacchini y Bernardino Cametti, artistas que realizaron trabajos para el Noviciado de los Jesuitas de Madrid; trabajo que documenta en profundidad, más allá de los intereses artísticos del «Noviciado», la problemática de la Orden Jesuita en la política borbónica del momento.

La segunda parte del libro está dedicada a la Literatura, y cuenta con estudios en los que se puede apreciar el esfuerzo de sus autores por redactar con claridad lo que en principio fue una comunicación a un congreso. El primero lo propone Vincenzo Trompetta sobre la problemática inherente al mundo de la imprenta en el Reino de Nápoles, es decir, los libros para el progreso y las muchas iniciativas en este sentido. A este sigue el documentado estudio de Noelia López Souto sobre la abortada colección de clásicos latinos que Estanislao II de Polonia propuso al eminente tipógrafo e impresor Giambattista Bodoni, así como la actividad política y cultural (artística) de José Nicolás de Azara para la Corona española, que fue realmente relevante y merece mucha atención. A este estudio sigue el que propone María Cardillo, también sobre la incansable actividad no ya política y cortesana de Azara, sino más bien sobre su actividad profundamente antijesuítica, promoviendo una reforma educativa de gran interés y contundencia para su época y abogando por una renovación de la enseñanza artística, muy bien detallada en estas páginas. La sección que comento cuenta a continuación con un estudio de María José Rodríguez Sánchez de León sobre la «teoría del entusiamo» del crítico literario Saverio Bettinelli, que como informa la estudiosa pone la imaginación como fundamento de la creación artística, y se abre un espacio entre los teóricos italianos y europeos del momento ilustrado digamos más conocidos y citados. El estudio que propone seguidamente Ismael López Martín ahonda en la compilación de la *Historia literaria de España (1766-1791)* de Rafael y Pedro Mohedano, y con esta, en las discusiones que dieron origen a la historiografía española en la segunda mitad del Setecientos. Una temática que de algún modo nos acerca a la actividad de Jovellanos y su *Elogio de Carlos III* que propone Enrico Lodi en un denso estudio que viene a continuación, y que está repleto de cuestiones relevantes para entender la actividad siempre inteligente del político y literato Jovellanos, y entender así su derrota al menos en la zona «política». A continuación, Miguel Amores Fúster trata la problemática de la novela realista inglesa y la teoría de la ficción en la segunda mitad del siglo XVIII en Inglaterra, poniendo de relieve la influencia de la poética aristotélica para su consideración a falta de una teoría de la ficción propiamente dicha en ese momento. Dando paso al estudio que propone Pablo Martín González sobre la traducción de las *Novelas ejemplares* que realizó el médico francés

Jean-Baptiste Lefebvre de Villebrune, que es un recorrido lleno de interés sobre la adaptación macarrónica y viciada e interesada al francés de las novelas cervantinas por parte de un pseudointelectual ilustrado y moralista, que busca emblemáticamente una explicación del atraso secular de la sociedad española en la obra de Cervantes. Muy interesantes también son las páginas de la investigadora independiente Rosella Folino Gallo sobre la figura de Saverio Mattei en la corte de Nápoles y su presencia en la reforma de la enseñanza musical en los conservatorios del reino. Una reforma que favoreciera la apertura de esta enseñanza hacia una preparación mucho más completa y rigurosa, a través de la propugnada «Biblioteca de música», que ofrecía a los estudiantes una preparación en profundidad y menos frívola. Seguidamente, José Donoso Cortés realiza un informado estudio sobre la familia y el conflicto social en la comedia española de buenas costumbres, que pone también de manifiesto la continuidad en España del teatro barroco en la comedia española «ilustrada» pese a la idea predominante de ruptura con las ideas anteriores que este teatro propugna.

La tercera parte del volumen está dedicada a la Música, naturalmente en el ámbito cultural ilustrado español-italiano. En esta, Jordi Bermejo Gregorio realiza una síntesis muy informada sobre la italianización musical que propuso la presencia en la corte madrileña de Isabel de Farnesio y el surgimiento de la primera zarzuela popular. Un estudio que va mucho más allá, ya que el investigador catalán ahonda también en muchos aspectos de la cultura musical española e italiana de la época. Sobre el Madrid dieciochesco se detiene el documentado estudio de Jonathan Mallada Álvarez, que aborda la importancia que el cambio dinástico realiza en lo referente a la nueva arquitectura, la noción de corte y la planificación de una nueva Madrid. A este trabajo siguen unas relevantes páginas que propone la bibliotecaria napolitana María Gabriella Mansi sobre las fiestas napolitanas para la boda del infante de España Felipe de Borbón con Isabel de Borbón, donde creo que habría que resaltar la reconstrucción minuciosa del evento que en realidad informa ampliamente de la realización de este tipo de espectáculos, que en el fondo escondían muchas otras iniciativas políticas y culturales. Más adelante, Marco Antonio Moreno Esquinas propone un estudio sobre las composiciones para flauta dulce en el entorno cortesano madrileño del siglo XVIII, haciendo hincapié en la alternancia y la posterior sustitución de la flauta dulce por la travesera, y ofreciendo un estudio sobre obras que prescriben la flauta dulce en los años 1764, 1766 y 1773. El tema de los «villancicos» en los tiempos de Felipe V y la influencia de los Borbones sobre este género musical lo propone a continuación Mónica García Quintero en un documentado estudio que concluye afirmando la capacidad del género villancico para adaptarse a los gustos de la nueva dinastía. Seguidamente, la estudiosa Adela Presas presenta un trabajo sobre el teatro musical, esta vez en el compromiso de la infanta María Ana Victoria de Borbón con Luis XV, y particularmente sobre la obrita *Eurotas y Diana*, abordándola en su construcción

dramatúrgico-musical, que implica en un tema de enredos amorosos a personajes de inspiración mitológica en un entorno arcádico propio de la comedia de magia, y que accede al público selecto precisamente por el entramado experimental poco común. La música fue claramente el espectáculo príncipe de la época ilustrada, como también pone de relieve el estudio de Carlos González Ludeña, más bien técnico, sobre las primeras asimilaciones del aria «da capo» en el teatro musical de la corte española (CA. 1701-1738). Concluye la sección, y el volumen, un estudio de Lucía Magán Abollo sobre las actrices-cantantes en el teatro palaciego de Felipe V y la ópera escénica *Angélica y Medoro*, una ópera palaciega que la autora estudia con mucho detenimiento, así como otras piezas, como *Loa nueva para la fiesta* y *El Montañés*, del famoso compositor José de Cañizares, indicando el mucho protagonismo que adquirieron a partir de estas obras las actrices-cantantes en España.

Los estudios a los que he ido aludiendo van acompañados de una bibliografía muy completa, que favorece sin duda la consulta de muchas de las cuestiones interesantes que allí se tratan de manera resumida o sintética. Es algo que, junto a la generosidad del formato con que cuenta el libro, facilita mucho la lectura, y hace de estas actas un instrumento muy útil para para el acercamiento a la cultura ilustrada de este periodo y, especialmente, para entender la compleja política cultural de Carlos III en España y en Italia.

José MUÑOZ RIVAS

ANTÚNEZ LÓPEZ, Sandra, *Los artífices de la confección. La industria del vestido en el Palacio Real (1789-1829)*, Madrid: Sílex, 2024, 307 pp.

Detrás del vestido de las soberanas existió todo un entramado de relaciones sociolaborales y comerciales. Sastres, bordadores, cotilleros, modistas, lavanderas, zapateros, sombreros, abaniqueros, proveedores de textiles, entre muchos otros oficios, estuvieron al servicio de la imagen de las reinas. Con este libro, *Los artífices de la confección. La industria del vestido en el Palacio Real (1789-1829)*, Sandra Antúnez López coloca en primer plano las condiciones de vida y las trayectorias de esos artesanos y artistas en el Madrid de los reinados de María Luisa de Parma (1788-1808), María Isabel de Braganza (1816-1818) y María Josefa Amalia de Sajonia (1819-1829), es decir, durante el tránsito del Antiguo Régimen al período liberal.

Ciertamente, estamos ante una *rara avis*, como apunta José Antolín Nieto Sánchez en el prólogo, no solo por el tema de investigación, sino sobre todo por la originalidad de sus planteamientos. Así, la autora nos presenta una obra poliédrica que, partiendo de un análisis social y económico del mundo de la confección en la villa y corte, contempla aspectos de gran interés para la historia política y cultural como el impacto de la guerra de Independencia o la transición de los modelos neoclásicos a la difusión del Romanticismo.

Esta investigación sobre el mundo de la confección, el mercado y el consumo del vestido en la corte española implicó el análisis de 4.000 cuentas facturadas y el registro de más de 400 artífices. A este respecto, la base de la investigación descansa en el Archivo General de Palacio, pero también en el Archivo Histórico Nacional, el Archivo Histórico de la Nobleza en Toledo, el Archivo Histórico de Protocolos de Madrid, el Archivo de Villa de Madrid y el Archivo Histórico Diocesano de la capital española. De esta manera, la autora nos brinda un magnífico ejemplo de cruce de fuentes documentales a fin de ampliar las posibilidades de estudio de las cuestiones planteadas.

La apariencia de las reinas suponía un importante coste económico. Así, como estima la autora, mantener la imagen de María Luisa de Parma costó casi 60 millones de reales entre 1789 y 1808. Ahora bien, esta obra también explora el consumo de las mujeres de la alta aristocracia como la duquesa de Osuna, la duquesa de Benavente, la duquesa de Frías, la condesa de Bornos, la condesa de la Puebla o la condesa de Fernán Núñez. Esta perspectiva permite rastrear la actividad de los artífices. Es el caso de la modista Philiz Krevel, que compaginó su trabajo para la reina con los encargos de la duquesa de Osuna. En este sentido, Antúnez abre la puerta al estudio de los estrechos lazos de sociabilidad y difusión cultural que existían entre las monarcas y las élites cortesanas.

El primero de los seis capítulos que componen el libro está dedicado a explicar la dualidad del mercado laboral de la Real Casa o, dicho en otras palabras, las condiciones laborales de los artesanos de corte y de villa. Así pues, había un mercado primario cuyos

trabajadores contaban con una nómina como artesanos reales y se distinguían por una clientela selecta. Además, esta condición profesional conllevaba el disfrute de honores y privilegios como el tratamiento de don, el uso de uniforme y la disponibilidad de carruaje propio, así como también el acceso a médico, cirujano y boticario. Otra característica fundamental de este mercado primario eran las relaciones endotécnicas, es decir, la transmisión de los conocimientos y el oficio entre miembros de una misma familia. Por este motivo, hablamos de auténticos clanes familiares que trabajaron en Palacio durante generaciones como los Robredo (bordadores), Viant (plumista), Lorel (botoneros), Ubón (medieros), Pandeavenas-Beotas (costureras) y Esquirol (zapateros), entre otros. Ahora bien, pese a ser un conjunto de artesanos selectos, no es menos cierto que trabajar en el mercado primario no excluía la posibilidad de caer en dificultades económicas, pues los pagos de la corte solían llegar tarde y mal.

Por otra parte, había un mercado secundario, sin nómina, precario y al servicio de una clientela diversa. Precisamente, la Casa Real tendió a reducir el número de artesanos reales en favor de este último grupo en la medida en que resultaba más barato. En este sentido, el mercado primario se veía en la necesidad de subcontratar trabajo del mercado secundario. Siguiendo esta misma lógica, la Casa Real prefirió pagar por obra realiza (a destajo) en lugar de mantener un mayor número de artesanos en nómina.

Las reinas tenían a su servicio al personal del guardarropa, entre los que se contaron sastres de cámara como Pedro Alcántara García y Jorge Martín. Este personal acompañaba a la soberana a lo largo del año en sus desplazamientos a los Reales Sitios de Aranjuez, San Ildefonso, El Escorial y El Pardo.

El segundo capítulo ahonda en las condiciones laborales de los artífices de la confección, marcadas por la demanda de las distintas dependencias de palacio. Así, por ejemplo, la Real Cámara precisaba de un sastre para el rey y otro para la reina; la Real Casa necesitaba sastres para la confección de uniformes para el personal; y la Real Capilla y las Reales Caballerizas demandaban a los sastres encargos específicos.

Así pues, no era inusual la pluriactividad puesto que un artesano podía desempeñar su labor en dos o más dependencias palatinas, amén de prestar sus servicios a miembros de la nobleza.

Ciertamente, existían diversas formas de acceder a un puesto en la Real Casa, si bien los factores más importantes eran el favor real, las recomendaciones, la antigüedad, las relaciones paternofiliales y el matrimonio. En cualquier caso, el ritmo de trabajo era frenético, marcado por la presión de los plazos de entrega de las prendas solicitadas.

Como decíamos, la Casa Real prefirió el mercado secundario en la medida en que resultaba más económico, aunque también era más precario e inestable. Así, una afamada modista como María Moulinier y Darguins carecía de nómina y dependía del trabajo de su taller y del cobro de las facturas presentadas. Así, desde tiempos de la guerra de Independencia, la modista sufrió el retraso de una factura de más de 22.000 reales que no fue pagada hasta 1830.

El tercer capítulo constituye una rica recopilación de biografías de sastres, bordadores, cotilleros, modistas, proveedores, lavanderas y planchadoras. Este recorrido pone de relieve el carácter endotécnico del mercado primario y el frenético ritmo de producción, pero también nos permite profundizar en las estrechas relaciones entre el mundo de las reinas y la alta aristocracia. De esta manera, antes de servir a María Luisa de Parma, el sastre Pedro de Alcántara trabajó para la duquesa de Benavente y la marquesa de Peñafiel. Así pues, las recomendaciones y la buena fama desempeñaron un papel fundamental en el ascenso de los artífices.

La vida de los artesanos de la confección está llena de conquistas de fama y distinción, pero también de fracasos. Así, muchas aspiraciones terminaron frustradas. De esta manera, en 1807 fue rechazado un memorial del bordador Enrique Sulau conforme al cual solicitaba ser bordador de la Real Cámara, a pesar de su larga trayectoria de más de dos décadas trabajando en Madrid y en la Real Fábrica de bordados.

Incluso los artesanos encumbrados en la corte podían caer rápidamente si perdían el favor real. Este fue el caso del mencionado Pedro Alcántara, cuyos encargos de la reina disminuyeron desde 1794 coincidiendo con el aumento de los encargos realizados al modista José Martín.

Algunos artesanos de la corte terminaron reducidos a la pobreza. Tras la guerra de Independencia, el sastre Jorge Martín se vio sumido en la indigencia y en la enfermedad, razón por la cual tuvo que solicitar socorro a cuenta de los sueldos atrasados. En 1808, el cotillero Antonio Pérez de la Vega se declaró pobre y tiempo más tarde se vio obligado a trabajar como peón de albañil en el Casino de la reina.

Un aspecto fundamental del mercado y la difusión cultural es la influencia que ejerció la moda francesa en la corte española. Así, la princesa María Luisa de Parma realizó encargos a Rose Bertin, la modista de María Antonieta. De igual modo, algunas proveedoras de la Casa Real española tenían tienda en París como las modistas Luisa Biorella y Andra Falconet. Asimismo, cabe tener en cuenta que a fines del Antiguo Régimen la nacionalidad francesa era la más habitual (65 %) entre las modistas que sirvieron a la Real Casa y Cámara en España.

Como muestra el capítulo cuarto, el enorme gasto económico que suponía la imagen de las soberanas representó un incentivo para proveedores nacionales e internacionales como la firma francesa *Camille Pernon, Peyron et compagnie*.

Asimismo, las reinas tenían a su disposición un amplio sector dedicado a los accesorios como zapateros, manguiteros, medieros, peluqueros, plumistas, abaniqueros, guanteros y sombrereros. Cabe destacar el caso de la familia Viant (plumistas), que se asentaron como un importante clan a lo largo de la primera mitad del siglo XIX.

El capítulo quinto nos invita a reflexionar sobre el reconocimiento de artistas del que gozaron ciertos artífices como los bordadores, al tratarse de un trabajo complejo y creativo. Un caso paradigmático fue Juan López de Robredo, considerado el mejor bordador

español a fines del siglo XVIII, el cual firmó sus obras.

Debido a las tensiones y conflictos políticos que marcaron el reinado de Fernando VII, la acreditación de buena conducta se convirtió en un requisito fundamental entre los artífices. Así, el sastre Miguel Bellón tuvo que probar su participación en la guerra contra Napoleón.

En cualquier caso, la biografía de los artífices de la confección en tiempos de María Isabel de Braganza (1816-1818) y María Josefa Amalia de Sajonia (1819-1829) pone de manifiesto la formación de nuevos clanes como el de los Navarro en el mundo del bordado.

Junto a los bordadores, los peinadores pueden ser calificados como los artífices de la corte con nóminas más elevadas. No es para menos, teniendo en cuenta que el peinado fue una importante forma de distinción y representación social. Así lo expresó Santiago Bartolomé Mouchez, peluquero de cámara de la reina, en los años veinte del siglo XIX.

A fines del Antiguo Régimen, se detecta una mayor presencia de mujeres en el mundo del comercio y la confección. A la muerte del cordonero Manuel de Yela, fue nombrada cordonera de la Real Casa y Cámara su viuda, María Arroyo, encargada además de cobrar las obras pendientes de su difunto marido.

La figura de la modista Vicenta de Mormín (1776-1841) resume de manera elocuente el mundo de la confección en la villa y corte española como nos muestra el sexto y último capítulo. Hija de napolitanos y nacida en París, la vida de Mormín ilustra muy bien la importancia de la fama y las recomendaciones en el mundo cortesano. Así, la modista comenzó su trayectoria al servicio de la duquesa de Benavente.

En 1816, comenzó a servir a la reina María Isabel de Braganza. No obstante, su período más prolífico coincidió con el reinado de María Josefa Amalia de Sajonia (1819-1829), durante el cual compitió con el sastre Juan Domingo Bernedo. A lo largo de los años veinte, Mormín desarrolló una intensa actividad en su casa-tienda *La Pelletería*. Las obras realizadas, que a buen seguro se reflejan en los retratos de la reina, son un buen ejemplo de la introducción del Romanticismo en España.

No obstante, el éxito de Vicenta de Mormín se desvaneció con la muerte de la soberana y la llegada al trono de María Cristina de Borbón. A partir de entonces, fue su hija, Teresa Balcaren Mormín, la que ocupó durante un tiempo su lugar. Un magnífico ejemplo de cómo el triunfo o el fracaso de estos artífices dependió de la voluntad de los soberanos.

En definitiva, estamos ante una obra fundamental para comprender las condiciones de vida y las trayectorias de los artesanos que estuvieron al servicio de la imagen de las reinas, así como también ante una valiosa aportación para el estudio de la difusión cultural en las cortes europeas.

Daniel MENA ACEVEDO

AZARA, José Nicolás de, *Correspondencia confidencial con Manuel de Roda (Roma, 1768-1780)*, Introducción, edición y notas de Gabriel Sánchez Espinosa, 2 vols., Zaragoza: IFC, 2024, 1464 pp. (vol. I, 776 pp.; vol. II, 688 pp.).

La edición de epistolarios, una herramienta fundamental para recuperar a nuestros escritores y, con ellos, el pasado histórico, cultural y literario, acoge ahora la de 528 cartas enviadas por José Nicolás de Azara (1730-1804) a Manuel de Roda (1708-1782) a lo largo de doce años. A su responsable, Gabriel Sánchez Espinosa, le debemos el rescate de la segunda y tercera memoria de ese diplomático aragonés, editadas conjuntamente (Peter Lang, 1993; IFC, 2000), el catálogo anotado de su biblioteca (Calcografía Nacional/RABASF, 1997) y diversos estudios sobre algunas de las publicaciones que realizó en vida, un valioso conjunto incardinado en un resurgir del «azarismo» a finales del siglo pasado, que establecía una línea de continuidad con los singulares precedentes de Carlos Corona y Rafael Olaechea, entre otros. El editor asume esta vez el reto que propusiera hace ya 40 años Pere Gimferrer, en 1984, de retomar con criterios filológicos modernos una edición de estas cartas sin anotar, publicada en 1846, y con ello recuperar al «raro» Azara, una empresa que reputaba de gran envergadura. Lo ha sido sin duda por las dimensiones y la densidad del corpus, con un feliz resultado, desde la exhaustiva introducción a la transcripción y profusa anotación del corpus, así como por la cuidada presentación de los dos volúmenes –con la única objeción de los diminutos números de página–, estupendamente acompañados con una pertinente selección de imágenes relacionadas con las empresas culturales del remitente.

La introducción se centra en dos aspectos clave: su papel como diplomático reformista ilustrado y su faceta de hombre de letras, en sendos apartados, a los que sigue un tercero sobre la primera edición de esta correspondencia. El primero, «José Nicolás de Azara en la Roma de los papas: un diplomático al servicio del reformismo ilustrado» (pp. 13-54), constituye un recorrido biográfico del personaje en dos etapas, comenzando con sus primeros años en España. Aquí se pone el énfasis en su formación como oficial en la Secretaría de Estado madrileña, con el repaso a sus actividades políticas y sus relaciones con otros ilustrados, sobre la base de documentos o de conjeturas congruentes. Seguidamente, la época de Azara como agente de Preces desde enero de 1768 hasta noviembre de 1784, al ser nombrado ministro plenipotenciario, reteniendo ambos cargos– se analiza con más detención, en buena lógica, pues constituye el marco de este carteo con Manuel de Roda, su predecesor en el cargo y ministro de Gracia y Justicia a la sazón, de quien se convierte en informante para contribuir a las políticas regalistas borbónicas frente al poder eclesiástico vaticano, con el que ambos corresponsales estaban comprometidos. El editor comenta los principales núcleos temáticos y destaca la mirada nada neutral y muy satírica con que Azara los abordó, desde sus noticias sobre el cónclave que eligió a Clemente XIV, su antijesuitismo y lo relacionado con las negociaciones

para suprimir la Compañía de Jesús, como también sus relaciones con los sucesivos superiores al frente de la legación española: Tomás de Azpuru, José Moñino y el marqués de Grimaldi, mientras trataba de labrarse una buena carrera. Para ello se revisan sus acciones significadas al frente de la Agencia, entre las cuales la memoria que redactó en 1777 para reactivar la beatificación del obispo Palafox y su concienzudo plan de reforma económica de la misma. Al hilo de este recorrido, que no descuida los viajes del diplomático por la península italiana, se caracteriza esta correspondencia como «confidencial» –tal como indica el título– y «de trabajo» (p. 28), explicando pormenores de su periodicidad, tono y estructuración habitual.

En el segundo apartado, «Un hombre de letras español en la Europa de las Luces» (pp. 54-101), se examina con profundidad la faceta intelectual de Azara, considerado un mediador cultural entre los ilustrados españoles y las corrientes culturales y sociopolíticas europeas. El minucioso análisis dibuja un perfil de «moderno hombre de letras, en sentido ilustrado» (p. 55), que se trasluce en el retrato que de él pintó Mengs en Florencia y en sus lecturas y que se concretó en una intensa labor editorial en España y en Italia. La española contó con su edición de Garcilaso o varias traducciones, ayudado por sus amigos Bernardo de Iriarte y Eugenio de Llaguno, y es muestra para Sánchez Espinosa de su «patriotismo cultural ilustrado» (p. 59). En el lado italiano, en distintas líneas, comprendió sus incentivos a publicaciones de los jesuitas expulsos que pudiesen servir a la imagen exterior de España, y la tutela a pintores y arquitectos españoles pensionados en Roma, pero también se evidenció en una red de relaciones con artistas afincados allí –Winckelmann, Milizia y Canova– o en correspondencia con eruditos como Paciaudi, el conde de Rezzonico o Giambattista Bodoni, y en las ediciones que acometió al frente de un equipo formado por los abates Fea, Visconti, Arteaga y Márquez.

Esas ediciones impulsadas por don José Nicolás se analizan título a título, señalando sus profundos alcances ideológicos, sin olvidar la mención de proyectos no ejecutados como las obras de Villegas o la *Odisea*. De las *Obras de Garcilaso* se subraya su apuesta por la regeneración lingüística y el casticismo. De las *Obras de D. Antonio Rafael Mengs* se recuentan las traducciones a varios idiomas, indicadoras de su gran repercusión, y se revisa detenidamente la polémica que generó el *Comentario al tratado de la belleza de Mengs* (p. 74), añadido del propio Azara, expresión de su discordancia con el platonismo de Mengs y Winckelmann y de su voluntad de conectar al pintor «con las grandes líneas de la reflexión estética contemporánea» (p. 77). Fuera del terreno estético, la *Introducción a la historia natural y a la geografía física de España* de Bowles, que Azara tradujo, sirve para valorar su novedad como obra centrada en el paisaje no urbanizado español y con un interés tanto científico como económico. Otra traducción suya, la de la *Historia de la vida de Marco Tulio Cicerón*, de Middleton, es caracterizada como un ejemplo de «neoclasicismo editorial» (p. 81) y, a la vez, propuesta ideológica de un

modelo estoico y político. Ello da pie al editor a reflexionar sobre la concepción de Azara de la traducción como un ejercicio de adaptación o apropiación, criticado por los puristas. De su etapa posterior tras ser nombrado ministro plenipotenciario de España en Roma, a finales de 1784, se comenta la *Relación de las exequias… a la memoria del Rey Carlos III*, impreso de lujo con motivo de los funerales romanos que él dirigió en 1789, que permite conocer su apuesta estética, de nuevo, por «un neoclasicismo radical» (p. 84), con el aparato efímero que mandó erigir en la iglesia de Santiago, además de su visión del monarca fallecido como hombre de bien.

El perfil del Azara hombre de letras se redondea con otros aspectos que desarrolló en momentos vitales posteriores, como su relación epistolar con el mencionado Bodoni, tipógrafo director de la Stamperia Reale de Parma, con quien realizó en los 80 y 90 importantes ediciones de clásicos latinos, orientando la estética bodoniana (p. 87). La composición de su biblioteca romana –tan conocida por Sánchez Espinosa, quien llega aquí a describir su espacio físico– abunda en la conformación de su pensamiento y su lugar dentro del *establishment* político y cultural del siglo XVIII (p. 91). Finalmente, su pasión anticuaria y su participación en varias excavaciones del momento, que le llevó a reunir unas cuantas colecciones artísticas –y que se expresó incluso en sus tarjetas de visita–, sirven para mostrar la amplitud de su curiosidad intelectual, bien justificada con detalladas referencias de archivo y bibliográficas, además de las ilustraciones.

El tercer y último apartado de la introducción, «La publicación de *El espíritu de don José Nicolás de Azara*» (pp. 101-128), estudia detenidamente las circunstancias en torno a la citada edición de esta correspondencia en 1846. Resulta muy oportuno y novedoso vincularla con la tradición protestante española, representada por Luis Usoz, poseedor de un ejemplar, cuyas notas sobre los anónimos editores permiten al nuevo editor identificar a Juan Antonio de Aguirre, colaborador de aquel en la Biblioteca de Reformados Antiguos Españoles, y conjeturar la identidad del segundo, Tomás Fernández Vallejo, del Partido Progresista. A partir de ahí, se aborda el contexto del conflicto entre la Iglesia y el Estado liberal, enmarcando la publicación del epistolario en los esfuerzos de los liberales españoles de comienzos de Isabel II de recuperar la tradición regalista de Carlos III: unos presupuestos ideológicos que, según se resalta, denotaban tanto el título elegido, *El espíritu de D. José Nicolás de Azara*, como los índices finales, en realidad, extractos de cada carta con «finalidad antirromana» (p. 112). Se revisa, asimismo, la contraofensiva que emprendió su sobrino nieto Agustín de Azara mediante una serie de encargos editoriales al historiador Castellanos de Losada con el objeto de prestigiar a la familia desde posiciones conservadoras y que comenzaron con la aparición manipulada de las memorias de don José Nicolás en 1847.

Con esta concienzuda introducción se presenta la edición, fiel a los originales conservados en el Archivo Histórico Nacional, cuya ortografía se moderniza, aunque no la de los adjuntos que Azara

incluía en algunas cartas, algunos tan extensos como una sátira «cruel» y «muy reservada» al cardenal Zelada (carta 296, n.º 171, pp. 993-999). El trabajo de anotación, prolijo y riguroso, se despliega en varios niveles: el lingüístico comenta vocablos particulares o identifica frases hechas; el hermenéutico traduce las muchas expresiones en italiano, además de anotar precisiones del manuscrito o diferencias con la edición de *El espíritu*; y el erudito procede a la identificación de una enorme cantidad de personajes, de libros citados y de las muchas citas latinas –que no se traducen– o de otra procedencia y a explicar variados aspectos contextuales. Una evidencia del esfuerzo anotador realizado es el uso documental de fuentes contemporáneas como el *Diario Ordinario* romano o la *Gaceta de Madrid*, que en algunos pasajes se amplía a otras cartas de archivo –por ejemplo, la correspondencia con Vítores de Elías y Zaldívar, el agente de Preces en Madrid (carta 2, n. 16)–. El índice onomástico, imprescindible para orientar al lector en la compleja red de nombres y referencias históricas, refleja un rico universo epistolar y real, el de la Roma vaticana de tres papados: los meses finales de Clemente XIII, el de Clemente XIV y los primeros años de Pío VI. El permiso oficial que disfrutó Azara entre junio de 1774 y agosto de 1776 nos priva de dos años de cartas y de su visión del cónclave que eligió al último pontífice.

Entre uno y otro, Azara nos brinda sabrosas pinceladas de la vida romana mediante alusiones a sus teatros o al famoso carnaval, detalles políticos y mundanos de la alta sociedad –así la boda del senador Abbondio Rezzonico, sobrino de Clemente XIII–, las visitas extraordinarias de monarcas como José II de Austria o el gran duque de Toscana al cónclave de 1769 y los regalos y fastos recibidos y también el cónclave mismo, una «cueva de Caco» (c. 60). Nos cuenta episodios particulares de la política vaticana, buen retratista de las debilidades personales y de las facciones de los prelados, con los jesuitas en el punto de mira, crítico con las corrupciones y con lo que pudiese perjudicar a su país. Se detiene en anécdotas risibles, por ejemplo, la «famosa *cavalcata*» de Clemente XIV, el día de su toma de posesión, «en su caballo blanco tan guapo como un Roldán» que dio con él en el suelo (c. 99). Informa de sus lecturas y de publicaciones de distinto signo dentro de las luchas entre facciones eclesiásticas. Atiende al juego diplomático de las otras naciones ante la Santa Sede. Refiere las llegadas de compatriotas a los que acompaña, entre ellos los jóvenes aristócratas que acudían a Roma a formarse. Y, en fin, ofrece una visión de España en la distancia, deseando su progreso ilustrado. Correspondencia «de trabajo», como bien advierte su editor, deja poco espacio a las pasiones intelectuales de quien la escribió, cuyas actividades arqueológicas emergen concisa y puntualmente en cartas como la 447 y cuya amistad con Mengs se limita a varias menciones: un encargo artístico del papa (c. 220) o la tristeza que le ocasionó su muerte (c. 452) –en Roma en junio de 1779– con alguna indicación del proyecto que emprendió de editar sus obras. Ese carácter utilitario no obsta para que resplandezca el estilo epistolar de Azara,

lúcido e irreverente, cuya confianza con su interlocutor hace fluir una prosa fresca y aguda.

Así este voluminoso y tan bien editado corpus, con la bibliografía azarista puesta al día, constituye un punto de llegada, a la vez que abre una prometedora perspectiva a los ya asentados estudios en torno al polifacético y singular personaje, que puede interesar tanto a quienes los hemos practicado como a toda la comunidad dieciochista. Entre los desarrollos que se adivinan estaría la atención específica a la rica materialidad de su prosa, ejemplo de una correspondencia «confidencial» llena de apelativos humorísticos, trufada de referencias eruditas y literarias del canon hispánico o de los clásicos antiguos, con una impecable sintaxis y un léxico coloquial salpicado de italianismos y aragonesismos. Tendrían recorrido las alusiones de tipo científico, desde los principios de Newton comparados con la infalibilidad del papa (c. 122) a su impronta en el vocabulario: «este autómata de Almada», apelativo para el embajador portugués a partir de un ajedrecista autómata que suscitó gran curiosidad en Europa (c. 132, n. 174). Junto a ello, pueden repasarse los mecanismos epistolares de la amistad, circunscrita al compromiso político, con sus ritmos semanales, aunque para ello haya que imaginar la voz ausente de Roda sin sus respuestas y las razones de la interrupción del carteo, dos años antes de la muerte de este. Asimismo, el gran número y variedad de personajes que se congregaban en aquella Roma permite dibujar el *Grand monde* de la época, escrutado sin conmiseración por el agente Azara. O también, de forma comparada, podrían contrastarse estas cartas con las que intercambiaron al mismo tiempo el embajador José Moñino y el ministro de Estado Grimaldi sobre la supresión de la Compañía de Jesús, porque muestran a un Azara poco informado, como bien se indica (p. 42).

En definitiva, Gabriel Sánchez Espinosa nos vuelve a acercar a la poderosa figura de José Nicolás de Azara gracias a esta monumental edición de más de medio millar de cartas, con su imprescindible anotación, precedida de una pormenorizada y útil introducción, que perfila con profundidad al diplomático español e intelectual europeo. Un encomiable *tour de force* del que su autor reemerge con voz propia, para convertirse en una referencia imprescindible del contexto romano en que vivió y escribió, y el hispano de procedencia y recepción, y una valiosa fuente para el estudio del reformismo ilustrado y de la cultura epistolar en el siglo XVIII.

María Dolores GIMENO PUYOL

DÍAZ ÁLVAREZ, Juan. (coord.), *Pedro Rodríguez de Campomanes (1723-2023)*, Gijón: Ediciones Trea, 2024, 199 pp.

El volumen misceláneo *Pedro Rodríguez de Campomanes (1723-2023)*, coordinado por el profesor Juan Díaz Álvarez como anejo 14 para *Cuadernos de Estudios del siglo XVIII* y publicado por Ediciones Trea en colaboración con el Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII de la Universidad de Oviedo, recoge las investigaciones presentadas en el Congreso Internacional que, con el mismo nombre, se celebró en Oviedo los días 29 y 30 de junio de 2023, bajo la dirección de Elena de Lorenzo, Joaquín Ocampo y Ramón Rodríguez. Un acontecimiento con motivo del tricentenario del nacimiento del pensador ilustrado que tuvo lugar tres décadas después de la publicación de la obra *Campomanes, economista y político de Carlos III* por Vicent Llombart (Alianza, 1992); dos decenios desde la celebración del congreso *Campomanes, doscientos años después* (IFESXVIII, 2002), bajo la coordinación de Dolores Mateos, y del ciclo sobre *Campomanes en su II centenario* (RAH, 2003), dirigido por Gonzalo Anes.

Las aportaciones de una decena de especialistas permiten al lector actualizar la biografía del erudito asturiano, junto a su producción literaria en los campos económico, político, jurídico e histórico, así como la difusión y la proyección de su obra en el ámbito internacional.

El primero de los trabajos corresponde a Joaquín Álvarez Barrientos, en el que analiza un informe inédito del propio Campomanes sobre las razones por las cuales la isla de Menorca representaba un activo importante para España tras su conquista a los británicos en el año 1782, examinando la visión reformista e ilustrada de Campomanes, enfocada en fortalecer la posición española en el Mediterráneo a través de la economía, la diplomacia y la planificación estratégica.

A continuación, el estudio de José Cebrián aborda el papel desempeñado por Campomanes en su interesante faceta como arabista y su relación con la recopilación y la interpretación de inscripciones árabes en España durante el siglo XVIII, materializada en el estudio del epígrafe cúfico de la puerta Real de Jerez. La colaboración con Miguel de Casiri y la posterior incorporación de sus estudios en los trabajos de Bartolomé Gutiérrez evidencian la manera en que el conocimiento sobre la herencia islámica de España se construyó a través de redes intelectuales y esfuerzos colectivos, reflejando el interés ilustrado por la recopilación de fuentes históricas y la reinterpretación crítica del pasado.

Jorge Chauca García se adentra en el pensamiento del ilustrado respecto a América dentro del reformismo dieciochesco, contando con una particular visión integral del continente no solo como fuente de recursos, sino como parte de una monarquía que debía modernizarse. Su pensamiento combinó reformas económicas, defensa del legado hispano y estrategias para fortalecer el control sobre el continente, conformándose como un personaje clave para entender la relación existente en estos momentos entre España y sus colonias.

Guillermo Fernández Ortiz y Juan Díaz Álvarez hacen lo propio para el

caso de su papel en los comienzos de la Sociedad Económica de Asturias a través de la localización de novedosa documentación con la que estudian la labor desempeñada por el asturiano en la estructuración de la Económica, dejando un gran calado en el diseño de sus estatutos, la captación de socios y la promoción de la educación económica como pilar del progreso. La incorporación de nuevos documentos en este estudio aporta una visión más detallada de su relación con esta institución tan relevante para entender el reformismo ilustrado.

Elisa Martín-Valdepeñas Yagüe pone de manifiesto la relevancia de Campomanes y la Real Sociedad Económica de Amigos del País mediante su activa participación en la fundación, la organización y el funcionamiento de la institución madrileña, materializada en la elaboración de sus estatutos a través de la redacción de los elogios académicos –fúnebres y gratulatorios–, su colaboración en el funcionamiento de las clases o comisiones de la corporación y en el establecimiento de las escuelas patrióticas.

La labor de Campomanes en el plano jurídico es examinada por Marta Rodríguez Duarte en el estudio dedicado a su vertiente como jurista, en el que, partiendo del análisis de su pensamiento jurídico, se ahonda en sus reflexiones acerca de la amortización eclesiástica y de su repercusión en el liberalismo decimonónico, promoviendo una reforma moderada de la propiedad de la tierra, enfocada en dinamizar la economía sin socavar el poder de la nobleza y la monarquía.

En el caso de su posicionamiento político, Christian Rodríguez Mellado analiza la labor de Campomanes en su faceta como diplomático durante su periodo como consejero de Estado, con especial atención a su influencia en el breve ministerio del conde de Aranda, en el que defendió una diplomacia cautelosa basada en la estabilidad y el fortalecimiento del poder español, evitando conflictos innecesarios y promoviendo la modernización de las colonias.

Las influencias de la ideología de Campomanes en diferentes obras dramáticas se plasman en el estudio de Óscar Ruiz Hernández, en el que da a conocer cómo su posicionamiento influyó en el teatro como vehículo de educación popular, alineando el entretenimiento con la difusión de ideas ilustradas. Sin embargo, su impacto acabó siendo un tanto desigual, y muchas de las obras con mensajes económicos explícitos resultaron impopulares.

El contexto en el que se editó una de sus obras más conocidas se evidencia en el trabajo de Gabriel Sánchez Espinosa, en el que el autor aporta una nueva perspectiva sobre la impresión y la difusión del afamado *Discurso sobre el fomento de la industria popular* del año 1774, mostrando cómo la obra fue objeto de múltiples ediciones y planteando dudas sobre su autoría. Además, destaca la importancia de la bibliografía material para resolver problemas históricos en la edición de textos ilustrados.

Para finalizar, el posicionamiento político de Miguel Antonio de la Gándara es analizado por Francisco Sánchez-Blanco, estudiando el pensamiento político del abate, un ilustrado reformista cuya visión fue marginada

en favor del reformismo moderado de Campomanes y Floridablanca, consolidando un absolutismo ilustrado que limitaba la posibilidad de cambios más profundos en la España del siglo XVIII.

Cada una de las contribuciones del volumen se completa con una bibliografía específica sobre los temas objeto de estudio, dando lugar a una cuidada edición en acceso abierto. Una obra que ofrece al lector una amplia y documentada visión sobre Pedro Rodríguez de Campomanes, destacando su papel en el desarrollo del Estado moderno y su contribución al pensamiento ilustrado, incorporando nuevas fuentes y enfoques multidisciplinares que enriquecen el estudio de su legado. Un trabajo necesario para la investigación, la actualización y la puesta en valor de la trayectoria del instruido ilustrado que está llamado a convertirse en una necesaria referencia para la historiografía campomanista.

Jorge MARTÍNEZ MONTERO

DÍAZ DE ZAPPIA, Sandra L., *«Para la buena administración de justicia y mejor policía de esta ciudad». Los alcaldes de barrio en San Francisco de Quito*, Oviedo: IFESXVIII/Ediciones Trea, 2024, 152 pp.

Resulta esclarecedor que la primera cita con la que abre su trabajo Sandra L. Díaz de Zappia no sea otra sino una del profesor Alfonso García-Gallo, *factotum* de la Historia del Derecho y de las Instituciones hace años, con una vertiente sobre el derecho indiano fundamental, pero que, en la actualidad, no es tan citado ni recordado como antiguamente. En ella, el profesor García-Gallo llamaba la atención sobre la necesidad de estudiar a los que participaban «en las funciones de gobierno en nombre propio o de otro en el ejercicio del poder» que dejaba «un amplio campo abierto a la investigación, si queremos saber cómo se organiza y funciona la administración en tiempos pasados, en vez de conformarnos con enumerar o describir una serie de funcionarios o juntas cuya verdadera posición y actuación en el gobierno desconocemos»[1].

Tal afirmación no solo denota la todavía mayor presencia de los estudios de García-Gallo en el derecho indiano, sino que también, más importante en lo que aquí nos ocupa, sirve a la autora para justificar en primera instancia su labor al analizar la creación y la evolución de los alcalde de barrio de la ciudad de Quito desde 1729 a 1809.

Pero, además, de manera quizá subconsciente, marcará los límites en los que desarrollará su labor en un estudio, sin que ello deba ser valorado negativamente, de corte marcadamente institucional. Y aquí es, precisamente, cuando el trabajo adquiere un valor más importante.

La autora, siguiendo las directrices y las divisiones de un trabajo anterior [Díaz de Zappia, Sandra L. (2018), *Conduciendo al orden y felicidad pública. Los alcaldes de barrio en la ciudad de Buenos Aires (1772-1821)*, Buenos Aires: Instituto de Investigaciones de Historia del Derecho, 2 vols.], se afana por delimitar con la mayor precisión posible los diferentes apartados en los que divide su estudio intentando delimitar y pormenorizar lo que las fuentes permiten dilucidar, llegando hasta sus últimas consecuencias dentro del marco de la historia institucional.

Este cuidado por los detalles le permite una descripción absolutamente pormenorizada de las peculiaridades de la Alcaldía de Barrio de Quito que, desde lo conscientemente local, le posibilita sentar las bases para un futuro trabajo de carácter más general que ya se barrunta en otras aportaciones y se apunta al final de las propias conclusiones de este trabajo[2].

1. García-Gallo, Alfonso (1976), «Cuestiones y problemas de la historia de la administración española», en *Actas del I Symposium de Historia de la Administración*, Madrid: Instituto de Estudios Administrativos, p. 51 (citado por Díaz de Zappia en la p. 6 de este estudio).

2. Como realiza la autora en: Díaz de Zappia, Sandra L. (2020), «Proyectismo y alcaldías de barrio en Hispanoamérica: El caso de Tuja (ss. XVIII-XIX)», *Revista Mexicana de Historia del Derecho*, 42, pp. 61-92 y Díaz de Zappia, Sandra L. (2020), «Una institución castellana en Indias: las alcaldías de barrio en el virreinato de Nueva Granada», *Boletín de Historia y Antigüedades*, CVII(870), pp. 53-86.

Siendo consciente del marco institucional en el que se inscribe el libro, la autora desarrollará una estructura eminentemente clásica en una introducción, tres capítulos, unas conclusiones y dos apéndices documentales a los que se añaden la correspondiente bibliografía y los cada vez más raros índices de ilustraciones y onomástico de las personas citadas en el trabajo.

La Introducción (pp. 6-9) le servirá para presentar, como ya se ha visto, su propuesta, rastrear la bibliografía existente sobre el tema, citar las fuentes archivísticas utilizadas, describir la división del trabajo y hacer alguna que otra consideración de la terminología utilizada.

Rápidamente, se pasa al primer capítulo, bajo la denominación de «Genealogía normativa de las alcaldías de barrio quiteñas» (pp. 10-18), en donde se analizarán las principales normas emitidas por la autoridad relacionadas con los alcaldes de barrio de Quito: «El bando de 15 de diciembre de 1729 del presidente Dionisio de Alcedo y Herrera, el auto de buen gobierno de 31 de diciembre de 1767 dictado por el entonces presidente José Diguja y Quiñones y, finalmente, el auto de 29 de diciembre de 1778 del presidente regente y visitador general José García de León y Pizarro» (p. 10).

A través de su análisis se fijan los dos periodos de existencia de las alcaldías (1729-1732 y 1768-1809) para, en el siguiente capítulo, «Determinantes históricos de la evolución de la alcaldía de barrio» (pp. 19-28), enmarcar la evolución legislativa en el proceso histórico general pretendiendo explicar los motivos de la sucesiva creación y supresión del oficio. En este apartado la hipótesis planteada para la doble creación –el pretendido control de la conflictividad urbana a través de la institución– no justificaría, por lo menos de manera exclusiva, desde nuestro punto de vista, la propia creación de la institución, mostrándose más certera la autora, con los datos disponibles, en la explicación de la supresión del oficio en 1732 por los enfrentamientos entre la elite civil y eclesiástica.

Tras la presentación de este doble marco temporal, el estudio entra en el tercer capítulo, el más largo y sustancial, cuyo título, «La alcaldía de barrio en perspectiva institucional» (pp. 29-108), remite claramente a un estudio pormenorizado del oficio desde el punto de vista institucional.

Tras una necesaria revisión nominativa de las denominaciones bajo las que aparece el oficio (pp. 29-30), imprescindible cuando tratamos cargos en el Antiguo Régimen que en numerosas ocasiones tienen varias denominaciones en relación con sus diferentes funciones, Díaz de Zappia pasa a describir su ámbito geográfico de actuación (pp. 30-41) ofreciéndonos la primera sorpresa del cargo pues los alcaldes de barrio, literalmente, ejercerán sus funciones en los diferentes barrios de Quito y no en el centro de la ciudad. Tal demostración, además de la importancia que tiene para el análisis de este oficio, debe alertar al investigador sobre el análisis minucioso de las fuentes que establece diferencias muy significativas de un supuesto mismo cargo en las diferentes localidades en donde se instaura.

El siguiente apartado del capítulo (pp. 41-56) aborda los diferentes

requisitos exigidos para el desempeño del oficio plasmando, pero no analizando, el soterrado enfrentamiento entre el cabildo de la ciudad y la Audiencia real –a través de su presidente– por ejercer el control en el nombramiento de los alcaldes, como pone de manifiesto el cambio de los mecanismos de elección de 1791, cuando de manera breve y fracasada el concejo consigue la competencia de presentar a los candidatos. Más allá del fracaso de la medida se constata con la misma tanto la capacidad de maniobra que todavía conservaba el municipio para intentar controlar un nuevo cargo como el de alcalde de barrio como el, en la práctica, incremento del poder central, a través de la Audiencia y su presidente, dentro de las prácticas absolutistas de los Borbones que no solo creará el cargo, sino que lo consolidará entre sus prerrogativas de nombramiento. La segunda parte de este apartado recopila, dentro de las fuentes consultadas, una primera aproximación prosopográfica a la procedencia de los alcaldes de barrio estudiados.

El cuarto apartado (pp. 56-66) se centrará en los procedimientos de designación, volviendo al enfrentamiento planteado, la duración anual del cargo y el proceso de juramento de este ante el cabildo quiteño, que acercaría el oficio a una de las comisiones anuales municipales si no fuera por la trascendental diferencia del proceso de nombramiento.

El quinto apartado, «Títulos, atributos y pertrechos. Remuneración» (pp. 66-69), enumera el aspecto exterior de los alcaldes de barrio, la posibilidad de portar armas y la ausencia de remuneración que se limitaba, como en otros cargos de justicia, a un porcentaje sobre las penas pecuniarias en las que participasen. Más significativo, sin embargo, en el siguiente apartado (pp. 69-77), centrado en los «subalternos y ayudantes», en donde la autora constata el imparable desarrollo de una estructura de dependientes del propio alcalde que se debe vincular, aunque no se señale en el texto, con el desarrollo teórico de la ciencia de la policía (entendido este término en su vertiente dieciochesca) vinculado al intento ilustrado de control social.

Para el siguiente apartado, titulado de «Desempeño y funciones» (pp. 77-85), la autora, quizá por falta de fuentes alternativas porque nunca se produjeron o porque hayan desaparecido, utiliza exclusivamente documentación procedente de los bandos de gobierno de la institución y documentación administrativa, lo que, a la postre, no llega a ofrecer una visión global ni coherente de las competencias del oficio ni de su funcionamiento.

La descripción de los dos tipos de ceses, la remoción y las peticiones de los alcaldes, el siguiente jalón en el recorrido del cargo (pp. 85-96), se realiza con una pulcritud encomiable. El capítulo termina con un análisis de la «Eficacia» (pp. 96-108) del oficio que vuelve a adolecer de las fuentes adecuadas y, desgraciadamente, de una consideración teórica más incisiva.

El trabajo termina con unas «Conclusiones» (pp. 96-108) claramente divididas en dos partes en donde se resume la labor investigada y se vincula, como ya se ha dicho, esta alcaldía con otras del ámbito indiano.

Entramos así en el apartado de los dos apéndices en donde se enumeran los alcaldes identificados (pp. 114-119) y se aportan los datos recopilados sobre cada uno de ellos (pp. 123-133). Una bibliografía (pp. 134-146) y dos índices, uno de ilustraciones y tablas (p. 147) y otro onomástico (pp. 148-152), completan la edición.

Se presenta así un trabajo de investigación que, basado en una amplia investigación archivística, un consolidado marco conceptual de tipo institucional y un modo de presentación contrastado, quizá solo peque de una cierta falta de ambición interpretativa que lo vinculara con los grandes temas de la investigación dieciochesca como la expansión absolutista en su vertiente hispana o la paulatina necesidad de incrementar el control social que palpita en los orígenes de la ciencia de la policía.

Manuel Amador GONZÁLEZ FUERTES

GONZÁLEZ HERAS, Natalia, *Habitar en el Madrid del siglo XVIII. Formas de residencia y cultura material entre los servidores de la monarquía*, Gijón: Ediciones Trea, 2023, 380 pp.

Si bien es cierto que la casa ha sido casi siempre un epicentro de estudio para la historia de la vida cotidiana, pocas veces ese escenario logra trascender lo doméstico propiamente dicho para comprender las formas de vida de un colectivo social o dibujar, incluso, el retrato de una ciudad. Así lo hace Natalia González Heras en esta publicación premiada por la Sociedad Española de Estudios del Siglo XVIII como mejor monografía científica del año 2023, donde se estudian las prácticas de habitación de los servidores de la monarquía en la corte española de los Borbones. El sujeto de estudio del libro está formado por un heterogéneo grupo de figuras que sirvió a la Corona desde diversas posiciones, cometidos y funciones: ya fueran miembros de la alta aristocracia que ejercían cargos de confianza junto al rey en palacio, empleados públicos de las diferentes oficinas e instituciones de la monarquía, miembros de la carrera militar y del cuerpo diplomático, juristas y un nutrido conjunto de profesionales en los ámbitos del comercio y las finanzas que velaban por los intereses de la Corona. Hablamos de una población que, en el contexto urbano de la villa y corte, se movió en diferentes registros económicos y representaba una variada procedencia social, formando parte de una élite dinámica que este libro busca definir a través de la vivienda y que refleja, entre otras muchas cosas, los mecanismos de movilidad y ascenso social de los que se beneficiaron para proyectarse como vecinos distinguidos de Madrid. La obra es la culminación de una paciente labor de investigación llevada a cabo por su autora desde el inicio de su trayectoria académica: quien ya entonces supo abrir una línea de trabajo novedosa y pionera, aporta ahora un sugerente y ameno libro de referencia para todos los dieciochistas interesados en el fenómeno de la vivienda como elemento desde el que articular, en un sentido amplio, las formas de vida de la época.

La primera parte de la obra nos aproxima a la múltiple y compleja realidad de la vivienda de estos servidores atendiendo a tres cuestiones clave tratadas en sus correspondientes capítulos. El primero explica las distintas tipologías habitacionales que coexistieron durante el siglo XVIII en la corte madrileña en función de sus cualidades arquitectónicas y espaciales, que definían entre otros elementos la condición y el estatus de sus habitantes. Para ello la autora revisa las diferentes realidades que conformaron casas, cuartos, casas principales y palacios durante el periodo, aclarando al mismo tiempo el uso confuso y ambiguo que, en muchas ocasiones, se ha hecho de estas voces por parte de la historiografía. Esta revisión permite, además, comprender la rica diversidad de soluciones adoptadas en la arquitectura doméstica del periodo, desde las casas de varias alturas donde convivían vecinos de muy diferente condición social y económica –adecuadamente distribuidos por plantas y, en algunos casos, con accesos y cuerpos de escalera diferenciados– a

las soluciones empleadas por los nobles en la construcción y la reforma de sus viviendas. Allí se aclaran igualmente los matices con los que se entendió en la época el paso gradual de la antigua casa principal que habitaba la nobleza desde la centuria anterior al concepto todavía incipiente de palacio, sin olvidar las distintas fórmulas edilicias adoptadas por este estamento en función del estatus, la ubicación de la vivienda o el modo de hacer más rentables las propiedades inmobiliarias.

Esta última cuestión centra el interés del segundo capítulo, donde se dan a conocer los regímenes de ocupación empleados por las élites administrativas de la monarquía en el doble contexto que supuso el nuevo ordenamiento en torno a la regalía de aposento a mitad de siglo –elemento distintivo de la villa de Madrid desde su condición de capital de la monarquía en 1561 y marco donde comprender las dinámicas del alquiler– y las novedades experimentadas en el mercado inmobiliario con motivo del proceso de desamortización que se llevó a cabo a finales de los años noventa. En ambos casos, y afrontando la heterogeneidad del grupo social formado por los servidores de la monarquía, la autora hace una apuesta por superar los enfoques cuantitativos con los que se ha estudiado normalmente la propiedad inmobiliaria en Madrid: el resultado alumbra un atractivo panorama sobre los regímenes de ocupación que coexistieron entre estas élites y los elementos que compartieron en su faceta de propietarios y arrendadores.

Finalmente, en el tercer capítulo se analiza en detalle la distribución de este heterogéneo colectivo de servidores públicos en las diferentes demarcaciones de parroquias, barrios y cuarteles de Madrid. González Heras ofrece una mirada amplia sobre el urbanismo de la ciudad y la distribución de su población independientemente del estamento o condición económica de sus habitantes y vecinos. En este punto rompe la imagen preconcebida que teníamos de algunas zonas de la ciudad al asociarlas a determinados grupos sociales, reflejando así la coexistencia y la vecindad habitual de diferentes clases y estamentos en los distintos cuarteles y barrios. Muestra representativa de ello es el estudio que se realiza en torno a estos personajes en el castizo barrio de Lavapiés tras estudiar los datos de la matrícula de vecinos pudientes y distinguidos residentes en la capital en el año 1798. Encontramos allí uno de los focos urbanos donde, pese al imaginario que aún prevalece como barrio de clases populares, se concentró una mayor presencia de estas élites durante el reinado de Carlos IV, cuando se alcanzó la cifra de 729 vecinos, de los cuales un 32,09 % ocupaba un puesto al servicio de la monarquía.

La segunda parte del libro se adentra en los interiores de las residencias atendiendo a su cultura material y las prácticas de vida de sus moradores. Estudiar la realidad de la casa desde la óptica de su cotidianeidad permite a la autora ofrecer una visión interconectada de los espacios domésticos de las élites urbanas de la corte comprendidos de nuevo en un sentido amplio, lo que hace superar antiguas lecturas y abrir nuevas vías de estudio. Así, pues, el capítulo cuarto plantea una nueva mirada a la teoría de la arquitectura

doméstica reflejada en tratados y manuales de época que entra en diálogo con la práctica real de las ordenanzas municipales y los nuevos principios experimentados en materia de edificación y habitabilidad, sin dejar de lado el impacto de estas construcciones en la propia proyección de la ciudad como capital de la monarquía. Para quienes nos hemos interesado por estas cuestiones desde disciplinas como la historia del arte o el urbanismo, el libro de González Heras es una excelente aportación que enriquece nuestro propio campo de estudio al poner sobre la mesa nuevos enfoques sobre las prácticas arquitectónicas en el entorno doméstico y su impacto en la ciudad, saliendo así de los rígidos modelos que, en tantas ocasiones, han limitado la comprensión de estos espacios.

El quinto capítulo nos adentra, por su lado, en el interior doméstico de estas viviendas para comprender la distribución de sus principales estancias a partir del estudio de más de un centenar de casos que permiten al lector comprobar la variedad de soluciones adoptadas en función de las circunstancias personales y familiares de sus habitantes, pero también de las condiciones espaciales y arquitectónicas de los propios edificios y solares donde se levantaron estas residencias. Su análisis se realiza a partir del estudio de una amplia selección de planos reflejando distintos proyectos de construcción custodiados en el Archivo de Villa y el Archivo de Protocolos de Madrid, donde se analizan las estancias que conformaban el interior de las viviendas estudiadas. La documentación aportada permite comprender la evolución del espacio doméstico de estas élites sociales y el amplio registro que existía entre las mismas cuando valoramos cada tipo de pieza, así como la versatilidad de usos que se hacía de los espacios más allá de la forma de denominarlos. La autora invita de este modo a recorrer el interior de estas casas y descubrir los usos y cualidades de recibimientos, salas y alcobas –piezas básicas de cualquier unidad habitacional–, dormitorios, comedores, cocinas y despensas, piezas reservadas al servicio doméstico o a los hijos, galerías, librerías, despachos y gabinetes, oratorios y aquellas infraestructuras necesarias para el abastecimiento de una vivienda distinguida.

Finalmente, el capítulo sexto está destinado a abordar el significado de los objetos que llenaban de contenido la casa y comprender el papel que jugaron en la vida cotidiana de sus habitantes, una nueva ventana para explorar la vida de los propios objetos a la luz de los modernos hábitos, usos y modas que se abrieron paso con el proceso civilizador de las costumbres en todas las dimensiones del día a día, dentro y fuera del hogar. Se trata sin duda de una cuestión que ha cobrado enorme protagonismo durante los últimos años desde los intereses multidisciplinares de la historia cultural, y de la que nuevamente González Heras ofrece una detenida visión que invita a reconocer sus posibilidades de estudio en el futuro. La autora aborda para ello las fórmulas que empleó la sociedad madrileña para acceder a los objetos, los muebles y los adornos de sus casas mediante transmisiones patrimoniales, compras y alquileres, y recupera contextos específicos como la adquisición

de artículos de segunda mano en prenderías y almonedas, el alquiler puntual de muebles y enseres para la población que residía temporalmente en la corte o aquellas familias que precisaban de los mismos para una celebración. La mirada cotidiana que se ofrece de todos estos artefactos y su circulación por la ciudad lleva al lector a recorrer nuevamente los espacios de la casa atendiendo en esta ocasión a las funciones desempeñadas: bien sean aquellos elementos destinados a proyectar la distinción de sus dueños, bien los que permiten recuperar las necesidades básicas de alimentación, descanso y aseo personal, sin dejar de lado las tareas domésticas o las prácticas culturales y devocionales. Este periplo aúna la propia vida de los servidores con la de los objetos que formaron parte de sus hogares, llevando a conocer con un detalladísimo nivel de profundidad el nivel de vida de estas familias privilegiadas, así como la expansión de un comercio de artículos adaptado a las posibilidades de cada bolsillo, siendo cada vez más numerosos los grupos sociales que participarían de su consumo.

El libro viene acompañado de una serie de apéndices en los que se proporciona detallada información de las casas y personajes estudiados a lo largo de la obra. Entre ellos destaca el interés de la reproducción de los ya citados planos y alzados procedentes de las licencias de obra conservadas en el Archivo de Villa y de las escrituras de propiedad custodiadas por el Archivo de Protocolos de Madrid. Se trata de una cuidada selección de material gráfico que permite al lector visualizar los diferentes modelos de distribución de casas de particulares y viviendas de vecinos, así como las reformas acometidas en muchas de ellas para adaptar el espacio a los nuevos hábitos y rentabilizar el precio del suelo. La selección es igualmente una oportunidad para comprender las fórmulas y las soluciones empleadas por arquitectos y maestros de obra para adaptarse a la irregularidad de las parcelas y encontrar soluciones a los nuevos desafíos domésticos que fueron sucediéndose en materia de confort, comodidad y salubridad. Aunque la inclusión de estas imágenes hubiera sido más cómoda para el lector en el propio texto, su separación en un apéndice al final facilita una visión de conjunto a los materiales, reconociendo su valor documental y autónomo como fuentes gráficas. Se trata de una información esencial para identificar una infinidad de asuntos y temas complementarios, desde la proyección de nuevas estancias y piezas en la distribución de los interiores hasta la organización de las alturas de las casas y sus acabados al exterior, lo que permite recuperar el estilo que predominó en el paisaje urbano de los edificios de casas reformados o levantados de nuevos. Un corpus, en definitiva, de enorme interés al que se suma una completa relación de datos sobre los propietarios de las viviendas analizadas, y un último apéndice que recopila la información existente de los mismos en la documentación notarial. Estos últimos elementos hacen de la obra de González Heras un útil instrumento de referencia que, lejos de cerrar el objeto de estudio, nos invita a seguir explorándolo.

Álvaro MOLINA

MARTÍNEZ MONTERO, Jorge (coord.), *Las Reales Sociedades Económicas de Amigos del País. Nuevas aproximaciones (siglos XVIII-XXI)*, Oviedo-Gijón: Instituto Feijoo de Estudios del siglo XVIII y Ediciones Trea, 2024, 408 pp.

El *Congreso Internacional Las Reales Sociedades Económicas de Amigos del País: 240 aniversario de la constitución de la Real Sociedad Económica de Amigos del País de León*, celebrado a finales de marzo y comienzos de abril del año 2022 en la ciudad de León, es el origen del presente volumen colectivo, coordinado por Jorge Martínez Montero. Sus páginas contienen 15 estudios dedicados a aspectos diversos sobre las Reales Sociedades, agrupados en 4 bloques y bajo una horquilla cronológica que llega hasta nuestros días, aunque buena parte de los casos se concentran en el siglo XVIII y las primeras décadas del XIX. Como puede comprobarse a lo largo de esta monografía, el objeto principal de los estudios cuenta con un amplio volumen de referencias bibliográficas y una tradición investigadora sobre el asunto bien consolidada. Sin embargo, haciendo gala al título de la publicación, se demuestra cómo no solo este no es un tema agotado, sino que aún quedan nuevas visiones que arrojar sobre las Sociedades de Amigos del País tanto en estudios conjuntos sobre las mismas como en análisis de casos y aspectos más concretos.

Tras una breve introducción realizada por el coordinador de la obra, en la que se exponen las líneas generales que rodean al volumen, se da comienzo al primero de los bloques en el que se analizan dinámicas generales sobre el funcionamiento y la consolidación de las sociedades, bajo el título *Siglo XVIII. La puesta en marcha*. En primer lugar, Inmaculada Arias de Saavedra actualiza una de sus anteriores investigaciones, publicada en 2012, para aportar una completa síntesis sobre las Económicas hasta los albores de la guerra de la Independencia. Esta contribución, titulada «Educación y economía. Las Sociedades Económicas de Amigos del País en el reformismo de la Ilustración», repasa cuestiones como el carácter pionero de la Bascongada, siendo esta una de las tres Sociedades que se desarrollaron sin el auspicio de la Corona; la divergencia de ritmos de crecimiento y expansión geográfica de estos cuerpos patrióticos; sus complejas composiciones sociales y la tendencia al desarrollo de una mentalidad burguesa por parte de sus miembros; el debate en torno a la participación de las mujeres, que desembocó en la limitación del papel de estas relegado a órganos paralelos; o las diferencias entre los dos principales modelos de organización, es decir, el de la Matritense y el de la Bascongada. No obstante, el foco principal del estudio se centra en los proyectos que las Sociedades Económicas de Amigos del País acometieron, tanto los destinados a la educación como forma de progreso social en sus distintas vertientes, como los orientados al desarrollo económico de forma teórica y práctica, sin olvidar las aportaciones al campo de la política y la beneficencia. Actuaciones cuyo alcance se vio limitado, lo que hace que la autora concluya apuntando al «modesto» balance que puede extraerse de estas iniciativas.

En «Estrategias de funcionamiento de las Sociedades de Amigos del País durante la Ilustración», Elisa Martín-Valdepeñas Yagüe continúa ahondando sobre muchos de los temas ya señalados. Partiendo desde los primeros postulados de Campomanes, en torno a la fundación de las Sociedades, y analizando la desorganizada implantación de estas y sus impulsores, así como su funcionamiento, el estudio pasa a centrarse en las a menudo conflictivas dinámicas regionales de las Económicas, dentro de las cuales las pequeñas agrupaciones locales buscaron mantener su independencia respecto a las de mayor entidad, en un marco en el que las pretensiones de la Matritense y del Consejo de Castilla no dejaron de desestabilizar estas relaciones en muchos de los casos. Finaliza el capítulo incluyendo un interesante apunte en el que se reconoce que, al igual que ocurre en el caso de la Ilustración en España, el estudio de las Sociedades ha de plantearse de forma plural, desde la suma de ópticas regionales como forma correcta de atender a las singularidades concretas de cada caso.

Analiza el papel de las Sociedades dentro del campo de la economía política Jesús Astigarraga Goenaga en su contribución «Las Sociedades Económicas y la política de desarrollo económico en la Ilustración española». Las aportaciones de los diferentes grupos de Amigos del País se verían a menudo lastradas por conflictos y limitaciones planteadas desde instituciones previas, los consulados y juntas de comercio. Así, la coexistencia entre estos órganos y las Sociedades, que se implicarían en los campos del desarrollo económico donde las entidades existentes no llegaban, fue complejo. La falta de una definición clara de las competencias de estas instituciones, así como la ausencia de reformas en la Junta de Comercio, lastraron esta situación. Ello impidió la creación de una «política económica de dimensión nacional» apoyada en un órgano centralizado, lo que tuvo como consecuencia la ausencia de una estrategia de crecimiento económico bien definida, al tiempo que las Sociedades iban perdiendo su fuerza inicial, tras los resultados de unas iniciativas que por lo general fueron limitados.

El segundo de los bloques del libro, titulado *Siglo XVIII. Los protagonistas*, se dedica al estudio de distintos perfiles sociales relacionados con las Reales Sociedades. Óscar González García refleja, en «Extraños compañeros en la Sociedad Patriótica de Amigos del País de León: la confluencia de corrientes ideológicas antagónicas entre las élites leonesas», la conformación social de la agrupación leonesa por parte de unas élites locales que con el paso del tiempo se verían a menudo enfrentadas ideológicamente. Aunque los acontecimientos derivados de la invasión francesa fomentarían la cohesión entre los miembros de la Sociedad leonesa, las posteriores luchas entre absolutistas y liberales acabaron por romperla. Así, mediante el uso de fuentes diversas, como los propios escritos de los miembros, algunos de ellos presentados en los apéndices, o documentación de archivo en la que se da cuenta de las conductas de estas personas, por ejemplo, su pertenencia a la Milicia Nacional Voluntaria o a los Voluntarios Realistas, el autor estudia a una amplia nómina de

miembros con perfiles muy diversos. Sirvan de ejemplos casos como los de Jacinto Lorenzana, intendente de León en 1808 y sospechoso de ser afrancesado; Bernardo Escobar, firmante del *Manifiesto de los Persas*, aunque familiar y amigo de otros miembros con tendencias liberales; o Carlos María Bermejo, escribano, liberal, editor de un periódico y uno de los iniciadores del campo de la fotografía en León.

En «La burguesía comercial irlandesa en las Reales Sociedades Económicas de Amigos del País de Málaga y Cádiz», Salvador David Pérez González apunta a las Sociedades como un agente integrador de las familias irlandesas dedicadas al comercio. Así las familias Quilty, Power y Terry, en Málaga, y los Costello, Fallón, Bucet y otra rama de los Terry, en Cádiz, serían algunas de las parentelas que formasen parte de las Sociedades de estos dos grandes puertos. Dada la tendencia de estos grupos de irlandeses a realizar matrimonios entre parientes o entre otros comerciantes de su misma procedencia, como forma de proteger sus intereses profesionales, las Económicas jugarían un importante papel a la hora de estimular su integración dentro de las dinámicas políticas de estas ciudades. En algunos casos, además, con importantes resultados, como el de Santiago Terry y Bucet, socio fundador de la Real Sociedad Económica Gaditana y posteriormente presidente de la misma. De esta manera, se advierte el interés en elevar el estatus familiar mediante este mecanismo, lo que se ve reforzado por la acumulación previa de importantes capitales como resultado de las actividades comerciales.

Manuel Hernández González analiza en «Los Gálvez: proyección de una familia ilustrada en las Reales Sociedades Económicas españolas» las aportaciones de la mencionada familia a estos cuerpos patrióticos. A pesar de la pertenencia de José de Gálvez, secretario de Indias y presidente del Consejo de Indias, y su hermano Miguel a la Matritense, sus aportaciones fueron muy puntuales, reservadas únicamente al caso de Miguel, algo que se entiende por las muchas obligaciones de su hermano. Fueron las mujeres de la familia las que con mayor interés contribuyeron a la Matritense desde la Junta de Damas; así María Concepción Valenzuela, marquesa viuda de Sonora, y su hija María Josefa Gálvez, condesa de Castroterreño, colaboraron activamente en los proyectos de esta institución, desde la gestión de centros educativos hasta la dirección de la Inclusa de Madrid. Con el paso del tiempo Concepción Valenzuela llegaría a presidir la junta dentro del complicado contexto de la guerra de la Independencia. La muerte de madre e hija a lo largo de la década de 1810 pondría final a sus relevantes papeles. Matías Gálvez, hermano mayor del secretario de Indias, llegó a ser miembro de la Sociedad Tinerfeña durante su estancia en la isla, lo que años más tarde propiciaría el nombramiento de su hijo Bernardo como socio honorario, tras hacer escala en las Islas Afortunadas en su último viaje a América. Por último, Felicitas de Saint Maxent, condesa de Gálvez y esposa del último de los mencionados, tomaría contacto con las tertulias ilustradas y la Sociedad de Valladolid durante su destierro en esta ciudad, aunque no se

llegaría a integrar en la misma. Sí lo harían sus hijas en la Real Sociedad Económica Aragonesa durante su destierro en Zaragoza, siendo unas de las pocas mujeres que pudieron hacerlo.

«La "Sociedad de Amantes del País" de Lima: reforma ilustrada al servicio del monarca de ambos hemisferios», texto de Jorge Chauca García, cierra el segundo bloque del libro con un estudio de las contribuciones de la Sociedad de Lima al proyecto ilustrado y al reformismo borbónico. Tanto desde la Sociedad como desde su periódico *El Mercurio Peruano* se fomentarían el estudio y la difusión de la realidad americana, siempre desde una óptica que acepta cambios, pero que no plantea rupturas, al mantener el respeto por la religión católica y la figura del monarca. Bajo estos postulados se desarrollarían estudios en los que se investiga la historia prehispánica, sin un afán de exclusión a la hora de reivindicar una identidad concreta; así se entendería a «la peruanidad» como la suma de «andinidad e hispanidad». Serían varios los pensadores peruanos que analizasen las conquistas españolas y el pasado indígena con la intención de enfrentarse a la «leyenda negra», aunque finalmente estas iniciativas reformistas se marchitarían cuando la coyuntura bélica y económica truncase el alcance del proyecto reformista ilustrado.

El tercero de los bloques es llamado *Siglo XVIII. La trama cultural*. El coordinador de la obra, Jorge Martínez Montero, abre el mismo con la contribución «La promoción artística de la Real Sociedad Económica de Amigos del País de León». Tras repasar brevemente los orígenes de esta Sociedad, pasa a centrarse en las iniciativas acometidas en pro del fomento de las artes, algunas de ellas directamente ligadas al desarrollo de instituciones educativas: es el caso de la escuela de dibujo y la academia de música, la primera creada en 1783 y destinada a la educación práctica de los hijos de artesanos leoneses en esta disciplina; la segunda, fundada en 1859, contaría además con el sostén del Ayuntamiento y la Junta de Beneficencia. Finalmente, ambas se verían integradas en la Escuela de Artes y Oficios en 1881. Otras de las iniciativas de la Económica de León fueron la organización de la Exposición Regional Leonesa de 1876, con todo el diseño de mobiliario y obras efímeras que ello conllevó; el desarrollo de conferencias, premios y similares, y la renovación del urbanismo de la ciudad con iniciativas como la apertura de la calle Renueva o la creación de nuevos monumentos.

Daniel Sanz Platero estudia en «Artífices relojeros, campaneros y sus obras en la órbita de las Reales Sociedades Económicas de Amigos del País en Castilla y León (1765-1808)» las actividades de estos artesanos, aportando una amplia nómina de nombres, así como sus ámbitos de actuación, que en el caso de los campaneros resultan más difusos por su habitual carácter itinerante. De entre todos estos personajes pueden destacarse figuras como la de Ramón Durán, relojero instalado en Madrid, colaborador de la Matritense y socio de mérito. Este artesano instalaría a finales del XVIII artefactos como los relojes de las catedrales de León y Oviedo o el que albergaría el consistorio burgalés hasta 1923. Concluye su contribución con un apéndice documental en el que

se aporta la edición de 5 contratos notariales, mayormente obligaciones y fianzas, de un marco geográfico variado, en los que se da cuenta de distintos negocios relacionados con la instalación de campanas y relojes.

Finaliza el bloque con «La Aritmética Política a través de Nicolás de Arriquíbar y la Sociedad Bascongada en el Virreinato de la Nueva Granada» de Carlos Manuel Olano Paredes, quien estudia el papel de la Sociedad Bascongada en la divulgación de los conocimientos estadísticos en el continente americano. En este proceso sería clave Nicolás de Arriquíbar, pues su *Recreación Política*, publicada de forma póstuma, contenía la traducción de la *Aritmética Política*. El manuscrito circuló por diferentes miembros de la Sociedad establecidos en las provincias vascas y Madrid, lo que sin duda fomentó la circulación de las ideas que en este se contenían, a lo que se unieron las alusiones a esta obra en los *Extractos* que anualmente publicaba la Bascongada. La labor de la Sociedad con la publicación definitiva de la obra sería fundamental para la llegada de estas ideas al Virreinato de Nueva Granada, gracias a lo cual se documenta la presencia de la *Recreación Política* en varias de las bibliotecas de este territorio, influyendo no solo a sus propietarios, sino a todo su círculo social. Todo esto se complementaría con otras formas de circulación, como la publicación de otras obras en las que estas ideas son apropiadas por terceros, la discusión oral sobre las mismas o la publicación de temas relacionados en periódicos.

El último de los bloques de este libro se titula *Siglos XIX-XXI* y en él se atiende a los avatares vividos por parte de las Sociedades a lo largo de este periodo. Francisco Javier Díez Morrás pone de manifiesto, en «De la Ilustración al Liberalismo. La Real Sociedad Económica de Cosecheros de la Rioja Castellana y el proceso de creación de la provincia de Logroño», el papel de esta agrupación en la definición administrativa de este territorio. La creación de esta Sociedad respondería al interés de los grandes propietarios y cosecheros en fomentar una remozada red de caminos con la que buscaban propiciar el comercio de su vino. El papel de Juan Antonio Llorente, miembro de la Sociedad de Cosecheros, con su crítica a los mapas riojanos de Tomás López, sentaría las bases de las reivindicaciones provinciales de la Rioja. Fernández de Navarrete usaría estos argumentos para consolidar estas aspiraciones durante el Trienio Liberal, contando con el apoyo de los representantes de la Sociedad en Madrid para influir en el proceso de creación de una nueva división territorial de España, en la que se reconocía la existencia de la provincia de Logroño, que abarcaba un espacio mayor al que se les señalaba en el XVIII.

La investigación «Antonio José Valdés y su proyecto de creación de la Sociedad Filantrópico-Literaria de Amigos del País (Buenos Aires, 1815)» de Sandra L. Díaz de Zappia repasa la historia de un proyecto fallido, el de la Sociedad que Antonio José Valdés intentó llevar a cabo en 1815. Previamente había naufragado el intento de Francisco Antonio Cabello de crear la Real Sociedad Universal de la Argentina en 1801. La fundación que Valdés pretendía se vería influenciada por las

experiencias previas de este en otra agrupación como era la de La Habana, y se apoyaría en los periódicos dirigidos por el propio Valdés a la hora de promocionar los avances en la creación de la Sociedad. El proyecto acabaría decayendo en 1817 con la marcha a Europa de Valdés. La autora interpreta este fenómeno como una pervivencia de las formas hispánicas en la Argentina tras la independencia, la cual prolonga dinámicas anteriores de una forma no estática, utilizando las experiencias previas para dar lugar a un proyecto nuevo. Esto se observa en las apreciaciones de Valdés sobre el carácter superador de los estatutos que él había desarrollado respecto a los de la Matritense y la Bascongada.

Olegario Negrín Fajardo se introduce en la educación decimonónica con su contribución «Joaquín Costa, la educación popular de las misiones científicas educativas y el método de enseñanza natural reflexivo». En ella se analizan las concepciones sobre la educación de un joven Joaquín Costa, valiéndose para ello de la memoria que este presentó en 1871 a un certamen propuesto por la Matritense, con el que la Económica madrileña buscaba premiar las mejores iniciativas para propagar la instrucción primaria en las poblaciones agrícolas y clases jornaleras. Bajo el título «Ensayo sobre el fomento de educación popular», Costa plantea un avanzado proyecto en el que se incide en cuestiones básicas como la generalización de los conocimientos de lectoescritura y operaciones matemáticas simples, al tiempo que se plantea un innovador modelo basado en las misiones o conferencias ambulantes, que propiciarían el desarrollo de la instrucción primaria en las zonas agrarias abarcando unos conocimientos generales y otros relacionados con las actividades económicas del entorno. La metodología educativa que Costa proponía en su escrito se correspondería con una adaptación de las ideas de Joseph Jacotot y su teoría de la «educación universal». A partir de ello Costa desarrolla el «método natural reflexivo», que considera superior al poder aplicarse tanto a sabios como ignorantes, al tiempo que las enseñanzas no se limitan a la memorización, sino que se permite una profundización en los contenidos. De las cinco memorias presentadas a la Matritense, ninguna recibiría el primer premio, aunque tres de estas recibieron la medalla de bronce, rechazándose este galardón para la memoria de Costa por sus limitaciones para el desarrollo práctico de la misma, a pesar del correcto fundamento teórico aportado.

Natividad Pan Gómez y Sara Castañón Martínez presentan, en «Archivo FUNDOS: el fondo documental de la Real Sociedad Económica de Amigos del País de León y su conservación preventiva», la historia archivística de esta institución, al mismo tiempo que exponen las últimas líneas de trabajo y futuras actuaciones a acometer sobre este depósito documental. El Archivo Histórico de la Fundación Obra Social de Castilla y León (FUNDOS) deriva de la desintegración de las antiguas cajas de ahorros de esta comunidad autónoma y alberga fondos de distinta índole en varias sedes. La presencia de la documentación de la Sociedad Leonesa entre estos procede del hecho de que el Monte de Piedad y Caja de Ahorros

de León fuesen fundaciones de la Económica de esta ciudad, por lo que a la desaparición de esta fueron las mencionadas instituciones las que heredaron de forma íntegra el archivo. Desde el año 2007 se ha venido trabajando sobre el mismo con la clasificación de los documentos y la mejora de las condiciones de conservación, a partir de la creación de un depósito realizado *ex profeso* para esta misión. No obstante, todavía son varias las actuaciones que se plantean para mejorar la situación presente, tanto a nivel organizativo con el desarrollo de una clasificación de los documentos más completa, como a nivel de conservación preventiva actuando sobre los propios documentos y desarrollando digitalizaciones con las que impedir el deterioro de los fondos por la consulta de los mismos.

Cierra el bloque Antonio Martín Mesa, presidente de la Red de Reales Sociedades Económicas de Amigos del País de España, bajo el título «Las Reales Sociedades Económicas de Amigos del País de España en el siglo XXI». En sus párrafos nos detalla la situación que en la actualidad viven estas instituciones, que han pretendido adaptar sus actividades a la realidad presente, pues muchas de sus funciones iniciales han sido ocupadas por otros organismos. Actualmente son 18 las Sociedades que permanecen activas, fomentándose la colaboración entre las mismas gracias a los medios digitales y a iniciativas conjuntas (es el caso de sus congresos anuales o la concesión del Premio Carlos III). A pesar de la delimitación progresiva del papel de las Reales Sociedades Económicas de Amigos del País, su amplio bagaje histórico y la renovación de sus actividades siguen haciendo de ellas unas instituciones de utilidad para la sociedad actual.

El volumen finaliza con un epígrafe que reúne todos los resúmenes y palabras clave de las contribuciones. A ello le sigue un índice con todas las siglas utilizadas a lo largo de la obra, así como un índice onomástico completo, tanto de personajes históricos como de investigadores.

En conjunto, todas estas «nuevas aproximaciones» a las Reales Sociedades Económicas de Amigos del País destacan por presentar un amplio recorrido a lo largo de la historia de estas instituciones, tanto a nivel cronológico como geográfico, pues junto a la realidad de la España peninsular se atiende también a las manifestaciones ultramarinas. Huelga decir que la variada temática que se recoge en los capítulos del volumen no supone un problema para este libro, ya que en muchos casos pueden encontrarse aspectos complementarios entre las distintas contribuciones, al tiempo que se plantean nuevas líneas de investigación sobre el objeto de estudio.

Carlos OTERO BUSTA

POMERANZ, Kenneth, *La gran divergencia. China, Europa y el nacimiento de la economía mundial moderna*, Barcelona: Arpa, 2024, 509 pp.

En el año 2000, Kenneth Pomeranz publicó *La gran divergencia…*, una obra que se convertiría en referencia obligada para entender la historia económica moderna y contemporánea a nivel global. Si, dos años antes, Andre Gunder Frank había defendido en su *ReOrient* (1998) que Asia en general y China en particular habían sido el gran centro y motor económico mundial hasta el siglo XIX (hasta entonces, Europa solo había podido comprar vagones en el tren asiático gracias a la plata americana), Pomeranz explicó por qué China, la gran potencia económica durante siglos (e incluso, milenios), no dio el salto tecnológico y económico europeo (que ocasionó esa «gran divergencia»), y pasó en pocas décadas de ser ese imperio que le dijo que «no» con displicencia a la embajada de Jorge III de Inglaterra (1793) a ser forzada en 1842 (tras la Primera Guerra del Opio) a firmar sus primeros tratados desiguales en el inicio de lo que más tarde se conocería como «el siglo de la humillación». Late en el libro una cuestión que, en 2011, plantearía Prasannan Parthasarathi con su título *Why Europe Grew Rich and Asia did not?*

El motivo de esta reseña es la publicación, en 2024, de la primera traducción de la obra de Pomeranz al español, realizada además a partir de la edición de 2021, que contenía un nuevo prefacio del autor. Una iniciativa, la de Arpa Editores, aún más digna de elogio si tenemos en cuenta el escaso catálogo sinológico modernista (con honrosas excepciones, como varios de los títulos de la amplia obra de Jonathan Spence) volcado a la lengua de Cervantes.

La base del argumento de Pomeranz es que «Europa en su conjunto no parecía más próspera que Asia Oriental antes del siglo XIX» (p. 9). Las zonas más florecientes de las economías europea y asiática presentaban a finales del siglo XVIII un panorama similar con «una economía agraria relativamente sólida y fuertemente mercantilizada con mucha industria artesanal» (p. 10), por lo que las interpretaciones de largo recorrido (las que defienden que la divergencia fue paulatina en el periodo moderno o a lo largo del XVIII) están contaminadas por el conocimiento del final de la Historia (la crisis china y el auge europeo del XIX) y encuentran particularidades europeas en aspectos que no eran muy distintos en Asia o no resultaron significativos.

A través de un intenso estudio comparativo, el autor constata una y otra vez que los que se consideraban «logros europeos únicos» resultan «cada vez más ordinarios» (p. 32), y que las particularidades y ventajas de partida para la gran divergencia no se encuentran en el interior de las áreas estudiadas, sino en elementos externos (vinculados con la explotación del Nuevo Mundo, como veremos) en los que inciden también no pocos factores fortuitos. Procura Pomeranz de esta manera refutar todas las argumentaciones eurocéntricas y a posteriori (lo que llama «viejos caballos de batalla historiográficos», p. 14) que retrotraen el despegue europeo al Renacimiento y lo achacan

a cuestiones latentes identificables en el espíritu, la naturaleza y la identidad de los europeos (la libertad, el medio, la apertura mental, el modelo económico, tecnológico y/o científico, etc.) o –en negativo– de los chinos.

Para esta comparación, la obra propone regiones equivalentes y coherentes (económica, demográfica o socialmente) a la hora de la contraposición. Entiende el autor que hablar de Europa es una generalización, puesto que fue sobre todo Gran Bretaña el país que (acompañado, después, de Francia) realizó el gran despegue en la primera mitad del XIX, pero no así ámbitos como el mediterráneo o el oriental. Igualmente, carece de sentido comparar China o la India –que son, prácticamente, dos subcontinentes– con países europeos; por lo que tiene más sentido, por ejemplo, cruzar a Inglaterra o los Países Bajos, las regiones más prósperas de Europa a finales del XVIII, con su equivalente chino-asiático: el valle del Yangtsé. El propio Japón debe ser dividido por áreas para una óptima interpretación de cómo evolucionaron sus polos de desarrollo. Tiene también en cuenta Pomeranz, aunque en menor medida, las periferias continentales de esas regiones ricas de Europa y Asia, importantes para entender las dinámicas de desarrollo e interactuación comercial. Todas estas comparaciones (tanto continentales como regionales) deben ser, además, «recíprocas» o «bidireccionales», sin los tradicionales hombres de paja: «sería más fructífero preguntarse (por ejemplo) por qué el delta del Yangtsé era como Gran Bretaña si uno se preguntaba simultáneamente por qué Gran Bretaña no se había convertido en un delta del Yangtsé» (p. 20); los dos lados de la comparación son «"desviaciones" cuando se contemplan a través de las expectativas del otro, en vez de dejar uno al margen, como siempre se ha hecho» (p. 28).

Como es habitual en la historiografía global (a la que tiene sentido excusar la investigación de archivo), el autor apoya sus argumentaciones en la interpretación de fuentes secundarias, que en el caso de esta obra generan un listado de más de cincuenta páginas (que la editorial ha sabido ahorrar al coste de edición y al ya de por sí considerable tamaño de la obra impresa haciéndolas accesibles a través de su página web). Apoyado en los hombros de investigaciones a diferentes escalas (imperiales, nacionales, regionales, locales), Pomeranz se hace estas grandes preguntas y saca las conclusiones globales mencionadas. Es también, por otra parte, la bibliografía disponible la que limita las áreas geográficas estudiadas (principalmente, Europa occidental, la India, China y Japón), como explica el mismo autor (p. 59).

La primera parte del libro, «Un mundo de tremendas semejanzas», se centra en los recursos: el capital físico, la tecnología y la producción. Pomeranz, como en el resto de la obra, no cree que se dieran aquí diferencias sustanciales. Si los europeos tenían más ganado, los chinos dependían menos de él pues disponían de mejores comunicaciones fluviales y el arroz requiere menos fuerza animal para su cultivo (pp. 66-67); si los asiáticos orientales vivieron más catástrofes naturales, los europeos libraron considerablemente más guerras; si

Europa produce más energía, los hogares chinos la administran de manera más eficiente. La esperanza de vida y las tasas de natalidad eran también equiparables. En todo caso, a la altura de 1750, la ventaja habría sido china y japonesa en términos de productividad agrícola, cantidad y calidad artesanal, así como de eficiencia estatal en la gestión de la salud pública (pp. 83-85).

Si nos fijamos en la economía de mercado, Pomeranz niega a Europa occidental la ventaja tradicionalmente concedida por una supuesta relajación de los monopolios, las prebendas y la fijación de la propiedad de la tierra. Por el contrario, la agricultura de China habría tenido un mayor stock de tierra alienable y menos trabas para su roturación. En cuanto al mercado de trabajo, Europa presentó una mayor movilidad de la mano de obra artesanal, pero se vio aventajada por China en el desplazamiento del campesinado a las zonas menos explotadas del interior (pp. 140-144). El declive de los gremios europeos se produjo en paralelo a la decadencia del sistema chino de artesanía hereditaria. Tampoco fue una excepción europea el aumento del poder adquisitivo de la población trabajadora. Respecto al papel de las mujeres en la economía, la menor reticencia a que las europeas trabajasen fuera de casa se compensaba en el ámbito chino con el peso de la labor textil femenina (pp. 164-174). De nuevo, ni una ni otra región presentaban en estos aspectos una clara ventaja que explique la divergencia del XIX, ya que ambas vivieron una «revolución industriosa», lo que, a la vez, demuestra que estas pautas de desarrollo no tenían que conducir necesariamente a una «industrial».

La segunda parte de la obra, «¿De la nueva ética a la nueva economía? Consumo, inversión y capitalismo», pone el foco en los patrones de consumo «innecesario», fijándose en la demanda comercial y en los factores culturales (tejido empresarial, acumulación de capital, materialismo…) e institucionales. Frente a la visión tradicional del europeo individualista, emprendedor y consumidor de lujo, Pomeranz afirma que «el consumo chino era significativamente mayor» en lo concerniente a los «lujos cotidianos» como el azúcar y el tabaco, más asequibles para la población (pp. 188-202), y que no eran muy distintos a los patrones en China, Japón y Europa occidental respecto a otros bienes de consumo más duraderos («muebles, platería, ropa de cama, etc.», p. 203). De hecho, en la China dieciochesca se detecta un mayor acceso a la producción textil y de libros, si bien Europa la aventajó en el mercado de la construcción de vivienda y presenta en el XVIII una aceleración del consumo a partir del pujante sentido de «la moda» (también criticado por los moralistas chinos, por cierto).

En cuanto al tejido empresarial, el autor refuta la teoría generalizada sobre las ventajas europeas en términos de longevidad, contabilidad o separación entre la empresa y el linaje (p. 258). Sí que aprecia una gran diferencia en cuanto al papel jugado por los Estados europeos a la hora de incentivar (con privilegios como exenciones y monopolios) y apoyar (si era necesario, con la fuerza) a sus mercaderes para luego poder lucrarse a través de los impuestos.

Las masacres de comerciantes chinos en Manila o Batavia son una muestra de hasta qué punto el emperador chino se lavaba las manos en estos asuntos.

La tercera y última parte, «Más allá de Smith y Malthus: de las limitaciones ecológicas al crecimiento industrial sostenido», sopesa la influencia de los factores internos y externos que pudieron afectar al desequilibrio, y compara los intentos de comercio a larga distancia por parte de las zonas más ricas de Asia Oriental con otras fórmulas europeas, tanto en el este continental como en el Nuevo Mundo. El crecimiento preindustrial de las regiones de su entorno habría llevado a China a un callejón sin salida que igualmente habrían tenido que afrontar las potencias europeas si no hubiesen dispuesto de un mercado ultramarino en el que imponerse. Se trata de una «tensión ecológica» propia de un estadio de desarrollo y un crecimiento demográfico que no cuenta con más recursos que los internos, de «un importante problema compartido por los centros del Viejo Mundo: que antes de los fertilizantes sintéticos, las fibras sintéticas y la energía mineral barata que hace que los productos sintéticos sean económicos, había límites en la capacidad de la mano de obra y el capital para sustituir la tierra» (p. 323).

Así pues, a finales del siglo XVIII, las zonas más productivas de Eurasia presentaban unas similares (o equivalentes) pautas de crecimiento (incluso inferiores para Europa en ámbitos como el agrícola) sin factores endógenos diferenciales que expliquen la divergencia. Todas se encontraron –y esto es fundamental en la argumentación de la obra– con las mismas «limitaciones medioambientales». Pomeranz da un gran peso a las argumentaciones maltusianas (marcadas por las cuatro necesidades: alimento, combustible, fibra y materiales de construcción) y considera que europeos y asiáticos enfrentaron a finales del XVIII los mismos riesgos y paradojas de la presión ecológica, los propios derivados de la necesidad de mantener el equilibrio entre la población y la producción. Si el crecimiento demográfico debe ser sostenido con el cultivo de alimentos, este requiere campesinos trabajando en una cantidad considerable de terreno, lo que condiciona el porcentaje de población dedicada a la artesanía y los cultivos empleados en la plantación de fibra para la producción textil. A esto hay que sumar los recursos de construcción y combustible aportados por los bosques, con el riesgo ecológico que supone la deforestación (pp. 345-370). Esa tensión ecológica habría sido aún más acuciante, por cierto, en Europa occidental que en China a la altura de 1800, pues afrontaba una situación especialmente poco prometedora por causas varias, como unas mayores tasas de agotamiento en los bosques o unos mercados periféricos (de «mano de obra libre») menos propicios para la colocación de manufacturas debido al crecimiento productivo de Europa oriental (p. 392); si bien Gran Bretaña contaba con su privilegiado acceso al carbón (pp. 104-109).

En definitiva, ambas regiones marchaban, en el cambio de siglo, hacia el precipicio, pero una despegó y evitó la caída, y la causa principal no fue, en un primer momento, la maquinización y la adopción de los combustibles

fósiles, que luego intensificarían esa divergencia, sino la disponibilidad europea de los recursos («lo que realmente escaseaba: la tierra y la energía», p. 53) de ultramar. En América y el resto del ámbito colonial, las potencias europeas encontraron una fuente de materias primas que alivió la presión sobre el campo y liberó a la propia población para trabajar en la protoindustria; una mano de obra forzosa conseguida a través de la explotación de los indígenas y de la exportación de esclavos africanos; y un mercado cautivo al que vender materias primas. Todo un espacio de riqueza basado en la imposición por la fuerza y el subdesarrollo («en aquellos lugares en donde las organizaciones comerciales de los europeos del siglo XVIII –supuestamente superiores– tuvieron que competir con los comerciantes de otras regiones del Viejo Mundo sin utilizar la fuerza, sus resultados fueron mediocres») con el que no contaba, por ejemplo, el valle del Yangtsé, obligado a equilibrar el crecimiento con el riesgo de agotamiento ambiental y a ser competitivo en el marco de los mercados que lo rodeaban (para empezar, dentro de la propia China, pero también en Japón, Corea o el sudeste asiático).

Fue, en consecuencia, el Nuevo Mundo el que permitió a Europa escapar de la tragedia ecológica: «Es evidente que gran parte del logro europeo en la Revolución industrial fue escapar de un patrón de larga duración en el que todo crecimiento suponía un aumento significativo de las demandas sobre la tierra», haciendo que su crecimiento fuese ecológicamente sostenible (pp. 101-102).

Factores, pues, que no fueron endógenos europeos, que permitieron superar el cuello de botella ecológico y que además se vieron sustentados por otra serie de circunstancias casuales, como la falta de inmunidad de los amerindios a las epidemias europeas (que abrió las puertas de la conquista y la ocupación del continente) o la monetarización de China tras la caída del papel moneda en tiempos de los Ming, que dio salida a la plata americana y evitó en parte su devaluación (pp. 410-417).

En el prefacio de la edición de 2021, donde hace un repaso historiográfico que viene a refrendar la influencia y la vigencia de su obra, Pomeranz está dispuesto a admitir las voces que adelantan a principios del XVIII el inicio de la divergencia, pero nunca por factores europeos. El descenso de la renta per cápita china se habría debido a su aumento demográfico.

Se trata, en definitiva, de una obra dieciochista de referencia obligada y que –gracias al brillante análisis multicausal realizado por su autor– sigue vigente más de veinte años después. Un periodo, por cierto, en el que la preocupación por el agotamiento ambiental se ha hecho más pertinente y acuciante que nunca, y en el que China se ha vuelto a aupar (a pesar de las dudas suscitadas en los últimos años) como gran potencia económica, creando la sensación de que, tras la gran divergencia, se produjo una convergencia, y que aquel «siglo de la humillación» pudo ser una excepción dentro del milenario devenir del gigante asiático.

Antonio CALVO MATURANA

RAMÍREZ LUENGO, José Luis y GARCÍA ARANDA, María de los Ángeles (eds.), *Construyendo la lengua de hoy. Nuevos estudios sobre el español del siglo XIX*, Madrid: Visor Lingüística, 2024, 348 pp.

Una vez superada la creencia de que los siglos XVIII y XIX resultaban poco interesantes para estudiar los procesos de cambio en la lengua española (p. 16), la escasa atención prestada por los historiadores al estudio en profundidad del español moderno se ha transformado en una rica constelación de trabajos enmarcados en la lingüística histórica que ayudan a comprender en toda su complejidad la historia de la lengua y, especialmente, a entender cómo se configura el español actual.

José Luis Ramírez Luengo y María de los Ángeles García Aranda, editores de *Construyendo la lengua de hoy. Nuevos estudios sobre el español del siglo XIX* (2024), sintetizan los motivos para acabar con la *opacidad* de la imagen del español del Setecientos y el Ochocientos señalando fenómenos políticos, demográficos y sociales que en gran medida tuvieron influencia sobre la configuración actual del idioma y las tradiciones discursivas que, como en el caso jurídico o periodístico, aún hoy podemos observar en uso y circulación como resultado de este momento histórico.

A este propósito se dirige la obra que nos ocupa reseñar, un volumen colectivo compuesto por dieciocho estudios de autores en diversas etapas académicas, especializados desde el punto de vista diacrónico en el estudio de fuentes de distinto origen, cuyo objetivo común es servir de trabazón para una creciente cadena de trabajos científicos y monografías que, desde hace dos décadas, se interesan por rescatar la mirada hacia el español moderno. Previamente, en el citado prólogo, los editores ofrecen una contextualizada justificación de la necesidad de conocer la lengua del Ochocientos «como puente necesario hacia nuestra contemporaneidad lingüística» (p. 19).

Así pues, este noble propósito se aborda desde la conveniencia del enfoque metodológico que aporta la tradicionalidad discursiva, con el estudio de la calidad de la información lexicográfica especializada durante la centuria de mayor esplendor académico, desde la lingüística de corpus epistolares, examinando la lengua en la prensa decimonónica y en la literatura de viajes, revisando aspectos morfosintácticos y fonéticos del español de América, así como la preeminencia de las gramáticas decimonónicas, tanto por sus paratextos y su papel en la enseñanza del español como por el ideario lingüístico manifestado entre sus páginas. Todo ello, naturalmente, unido a una necesaria inclusión de trabajos que versan sobre la práctica de la escritura por mujeres y su olvidado protagonismo en la historiografía de la lengua en un periodo de hallazgos científicos y lingüísticos sin precedentes.

El primer estudio, firmado por Jenny Brumme, está dedicado a las «Gramáticas castellanas impresas en Cataluña entre 1876 y 1899: una aproximación a través de sus paratextos» y presenta una valiosa aportación de las ideas lingüísticas finiseculares que se insertan en una consolidada línea de investigación cuyo objetivo es acercarse

a «la percepción del contacto entre el castellano y la lengua autóctona» de Cataluña (p. 21). En esta ocasión, la autora aborda cuestiones como los glotónimos empleados en las portadas de las obras prescriptivas, la mención o ausencia del catalán en algunas de ellas, al igual que la postura que los autores adoptan con respecto a la imposición de la enseñanza del «castellano como lengua nacional, obligada e indispensable» (p. 35). Le sigue el trabajo de Elena Carpi, que revisa la inclusión de tecnicismos y neologismos en la decimotercera edición del *DRAE* (1899) a propósito de una de las medidas tomadas por los académicos al considerar necesario incluir los avances técnicos y científicos de la época. Así, Carpi revisa el posible proceso de inclusión de léxico especializado en arquitectura al diccionario e indaga sobre la aportación de los «eruditos que conjugan los saberes humanistas y técnicos» (p. 53), con la convicción de que en futuras investigaciones esta pueda ser una forma de enriquecer la historiografía lexicográfica española.

Mario Salvatore Corveddu continúa en la línea de los estudios lexicográficos decimonónicos. En este caso, nos sitúa en una etapa decisiva para la economía cubana, en un momento en que el «modelo económico basado en un sistema de plantación esclavista» (p. 58) determina la historia de Cuba hasta finales del s. XIX y, según defenderá a lo largo del tercer capítulo, también supone un factor extralingüístico que el investigador puede poner en relación con la historia del léxico en Cuba y la génesis de palabras que dan nombre a nuevas realidades. En concreto, Corveddu se basa en el repertorio lexicográfico de las cuatro ediciones del *Diccionario provincial* de Esteban Pichardo. Del continente americano viajamos a la Península Ibérica mediante el capítulo siguiente, titulado «La lengua de la literatura de viajes en el siglo XIX». En esta aportación, Francisco Alonso de la Torre ofrece un análisis inter- y supraoracional de un corpus de obras de la literatura hispánica decimonónica que, además, contrasta con estudios previos sobre la lengua del XVIII en el mismo género literario.

En el siguiente estudio, Catline Dzelebdzic presenta un análisis diacrónico centrado en la vitalidad del adverbio *seguro*, al que atiende en conexión con dos marcadores discursivos de extensa utilización durante el siglo XIX, *de seguro* y *a buen seguro*. Basando su investigación en los datos extraídos del *Corpus del Diccionario Histórico de la Lengua Española*, observa el registro y el uso progresivo del adverbio epistémico de seguridad y propone un paradigma en el que se integran los tres elementos especializados con sus respectivos rasgos distintivos.

Para abordar las costumbres gráficas de *scriptores* infrarrepresentados en la historia de la lengua, Livia Cristina García Aguiar analiza las abreviaturas en cincuenta cartas decimonónicas emitidas por mujeres al Ayuntamiento de Málaga durante el primer cuarto de siglo. Además de ser la abreviatura uno de los rasgos que ayudan a filólogos y paleógrafos a determinar el nivel socioeducativo de quienes escriben, su uso en los siglos XVIII y XIX, como señala la autora, es resultado de una convención propia de distintas tradicionalidades discursivas, que además resulta

productiva para el historiador de la lengua por permitir observar la evolución de distintas fórmulas de tratamiento honorífico propias de este momento.

También se dedica al análisis de las prácticas de escritura femenina, aunque en su caso el objeto de estudio es una tipología textual académica, Rosario González Pérez, autora del séptimo capítulo del volumen, en el que contrasta la tesis doctoral defendida en 1882 por Dolores Aleu y Riera, la primera mujer doctorada en Medicina en España, con las tesis doctorales de Antonio Porras y Gaitán, coetáneo de esta, y la de Ana García Rubio, aunque leída en 2019, incluida en el corpus para incorporar la variable de género al análisis.

Las construcciones ¿verdad que…?, *¿verdad?*, ¿verdad que sí/no? cobran especial protagonismo en el estudio de Francisco Javier Herrero Ruiz de Loizaga, que se centra en la frecuencia de uso, los orígenes y la difusión de estos y otros marcadores de pregunta orientada y de confirmación a lo largo del siglo XIX.

Para Olga Julián Mariscal, por otro lado, resulta productivo estudiar un corpus epistolar andaluz perteneciente al primer tercio del siglo XIX para explorar los parámetros lingüísticos internos y externos que condicionan la aparición o elipsis del nexo *que* en las oraciones completivas. Tras analizar las cincuenta misivas que conforman su corpus documental, entre las que encontramos cartas privadas y públicas procedentes del fondo documental de los marqueses de Valdemoro del Archivo Histórico Provincial de Córdoba, la autora aventura la posibilidad de que la elipsis del nexo completivo constituya una marca de cortesía propia del ámbito epistolar.

Acercándonos al ecuador del volumen, Araceli López Serena aporta un capítulo centrado en desgranar lo que considera «todo un golpe de suerte» para los estudios lingüísticos y filológicos del español moderno. La autora se refiere a la fortuna de la postergación misma por parte de los investigadores de este objeto de estudio, en tanto que gracias a él la disciplina se ha podido beneficiar del marco metodológico que ofrecen el paradigma de las tradicionalidades discursivas y el concepto de variación en el *continuum* concepcional. Así, López Serena profundiza en la importancia de aplicar estos parámetros a través de la valoración de los trabajos sobre el español decimonónico de México y de Uruguay realizados por María Eugenia Vázquez Laslop y por Virginia Bertolotti.

A esta contribución sigue el que probablemente es de los primeros entre muchos estudios lingüísticos e historiográficos que se publicarán con el objetivo de rescatar la vida y la obra de la mexicana Catarina Farías. Carmen Martín Cuadrado ofrece una necesaria revisión biográfica de esta maestra de instrucción elemental y defensora de la educación infantil, aunque, principalmente para este estudio, también autora de «uno de los pocos tratados gramaticales que encontramos en el siglo XIX escritos por una mujer» (p. 236). Su aportación enriquece no solo la historiografía lingüística del español en México, sino que abre una puerta a la historia de la alfabetización de niños y niñas en el ámbito público y privado mexicano.

A otro propósito distinto, siempre en el marco del español moderno,

se dirige el trabajo que presenta María Méndez Orense, donde se detiene a estudiar «El *Correo Mercantil de España y sus Indias* (1792-1808) en los albores del español decimonónico». Mediante un corpus documental periodístico constituido por 25 números de la última etapa de este diario, la autora propone observar la heterogeneidad discursiva y la variación lingüística de fenómenos morfosintácticos propios del tránsito entre el siglo XVIII y el XIX que la prensa especializada, como *El Correo Mercantil*, contribuyó a difundir entre los hablantes.

El siguiente capítulo está firmado por Wiaczesław Nowikow, quien aporta un recorrido histórico desde los Siglos de Oro hasta el primer tercio del siglo XX, con especial atención a la centuria del Ochocientos, para demostrar la especial relevancia cobrada en esta centuria por la consolidación de la forma verbal *cantara* tras su proceso de subjuntivización.

Por otra parte, Ana Recio Doncel trabaja con un corpus gramatical decimonónico para revisar las definiciones de la categoría adverbial durante el Ochocientos, definida en trabajos precedentes «como un "cajón de sastre"» (p. 275). Así, presenta las obras de Juan Manuel Calleja (1818), Vicente Salvá (1835), Andrés Bello (1847), Gregorio Herráinz (1885) y las gramáticas académicas de 1771 y 1796, en un análisis que rastrea los orígenes de la profundización demostrada en obras posteriores en esta cuestión.

Dedicado a un estudio desde el nivel fonético del español decimonónico de Campeche, en la Península de Yucatán, José Armando San Martín Gómez lleva a cabo un primer acercamiento diacrónico hacia los principales fenómenos de este nivel lingüístico que dejan entrever «aquellos rasgos escriturarios que rompen las tendencias gráficas propias de la época» (p. 288). Así, presenta un corpus de estudio de carácter notarial y epistolar que analiza y pone en relación con otros fenómenos del resto del continente americano.

Como señala Paloma Serrano García, «en los siglos XVIII y XIX se fijan muchos de los marcadores discursivos que usamos hoy asociados a los nuevos géneros del ensayo de la Ilustración y de la novela del Romanticismo y del Realismo» (p. 301). En su estudio, Serrano García se ocupa de la gramaticalización de un mecanismo de recuperación informativa entre los siglos XVIII y XIX. Concretamente, trata de la construcción *(ir) al grano* y sus primeras documentaciones, así como su posterior proceso de fijación que, aunque llega hasta nuestros días, continúa ofreciendo valores diversos a través del uso.

Otra contribución significativa para la historia del español de América es la aportada por Witold Sobczak en este volumen, donde estudia uno de los tiempos verbales compuestos menos atendidos por la diacronía, el antepresente de subjuntivo *(haya cantado)* del Ochocientos. Para ello, ofrece un recorrido descriptivo de los usos verbales predominantes según la historiografía del español americano, tras lo cual expone un análisis de los datos extraídos del CORDE y CORDIAM. Establece, por último, el estado marginal del antepresente de subjuntivo y concluye atisbando una situación preponderante de la forma simple frente a la compuesta en el modo subjuntivo, que

atribuye a su «distribución semántico-sintáctica y la pluritemporalidad». A través de este trabajo, afirma, se abren puertas a nuevas investigaciones acerca de la intrahistoria del sistema verbal español.

En el último capítulo del volumen que reseñamos Delfina Vázquez Balonga presenta un «Análisis lingüístico de las cartas dirigidas a la Junta de Damas de Honor y Mérito (1805-1820)». Con esta investigación se contribuye al establecimiento de rasgos lingüísticos propios de la oralidad madrileña durante el s. XIX y se presenta el aprovechamiento que ofrece una vez más la documentación del Archivo Regional de la Comunidad de Madrid, concretamente, la de los Fondos de la Diputación Provincial madrileña.

En definitiva, estamos ante un ambicioso monográfico que ha logrado incorporar un coherente diálogo de fuentes y metodologías para la diacronía lingüística y la historiografía, cuya lectura ofrece una aproximación acertada del camino a seguir para continuar estudiando los procesos de construcción del español decimonónico, que afortunadamente nos habla también del español de hoy.

Soledad GUERRERO GONZÁLEZ

ZULAICA LÓPEZ, Martín, *El largo intervalo. Historia de la recepción de «El Bernardo» de Balbuena (1624-1832)*, Madrid: Iberoamericana, 2024, 268 pp.

Es paradójico que, frente al olvido general de los lectores, estemos asistiendo a un renacer del estudio de la épica culta después de un amplísimo periodo de relegamiento. Este desdén, herencia de los prejuicios ilustrados y decimonónicos, pasaba por alto el prestigio extraordinario del que, entre los siglos XVI y XVIII, gozó la épica. Por eso, un enfoque actual no puede prescindir de la comprensión de ese carácter excelso que ayuda a conocer mejor los posicionamientos de los autores dentro del campo literario del Siglo de Oro. Abordar un género dominado por Homero, Virgilio, Lucano, Ariosto o Tasso era un desafío que determinaba la imagen del autor que se prestara a ello. Por eso, el siempre ambicioso Lope lo intentó varias veces, a Ercilla le bastó una *Araucana* para consagrarse y Balbuena dedicó gran parte de su vida a elaborar su *Bernardo*.

En este sentido, uno de los mayores méritos de *El largo intervalo. Historia de la recepción de «El Bernardo» de Balbuena (1624-1832)* reside en la calidad de su recorrido por las valoraciones, reescrituras y olvidos de cerca de setenta autores desde el Barroco tardío hasta el primer Romanticismo, pasando por el Neoclasicismo. De hecho, la serie abarca toda clase de figuras representativas: Nicolás Antonio, Mayáns y Síscar, Nipho, Luzán, Moratín hijo, Forner, Jovellanos, Meléndez Valdés, Iglesias de la Casa, Marchena, Hermosilla, Quintana, Álvarez Cienfuegos, Lista, Böhl de Faber, Durán o Martínez de la Rosa, entre muchos otros. Tan exhaustivo panorama solo puede confirmar el hondo interés que tuvo la obra de Balbuena, por más que apenas circulasen escasos ejemplares de la prínceps entre 1624 y 1808.

Tres secciones dividen el estudio, cada una organizada en torno a uno de los tres siglos tratados: XVII, XVIII y comienzos del XIX. En el primer capítulo se recorre la floja recepción del poema en el siglo XVII con la excepción de dos hitos: el apoyo probable de Lope de Vega en su edición y, sobre todo, la lectura admirativa de Nicolás Antonio, cuyo prestigio salva al *Bernardo* del completo olvido. El bibliófilo sevillano acuña la expresión del «largo intervalo» de valor artístico que existe entre el poema de Balbuena y las muestras más destacadas de la épica hispánica.

Y así, en el comienzo del siglo XVIII se manifiesta la distancia que le queda a Balbuena para ir escalando puestos en el canon español. Zulaica hace un recuento de las veces que se le cita como «autoridad» en el primer *Diccionario* de la Real Academia Española: 36 veces frente a las 4209 de Quevedo, 3503 de Cervantes, 1748 de Lope… O las 266 de Ercilla, su rival más directo. Este desconocimiento se trasluce también en las primeras antologías y colecciones poéticas que van formando el canon.

Sin embargo, como el estudio detalla con agudeza y erudición, *El Bernardo* se va abriendo paso en círculos selectos que deben de tener a su disposición algunos ejemplares de la prínceps o copias manuscritas de parte de

él: es lo que ocurre con la granadina Academia del Buen Gusto, la escuela salmantina o la sevillana. Una muy oportuna lectura comparada de distintos fragmentos de poetas dieciochescos con los pasajes del *Bernardo* demuestra la valoración positiva que estos hicieron de aquel. Tal y como muestra Zulaica, queda patente la influencia real de Balbuena en Porcel, Iglesias de la Casa o Jovellanos. No menos importante es el estudio atento que le dedica Alberto Lista.

Todo esto no impide que, desde los parámetros neoclásicos, Balbuena sea atacado por los defectos que atañen a todo el corpus épico sin que se salven ni Ercilla ni Lope: la excesiva extensión, la ausencia de un plan narrativo o los detalles de «mal gusto». Aquí se señalan puntos de vista especialmente intransigentes como los de Luzán o Velázquez de Velasco. En algunos casos señalados, eso sí (Forner o Moratín hijo), se descubre una evolución desde el desconocimiento y el prejuicio al aprecio real de sus condiciones poéticas.

Sin duda el tercer capítulo es el más relevante por sus aportaciones. Zulaica se vale de todo tipo de discursos para sustentar el avance en el aprecio de Balbuena y, por tanto, no solo atiende a los puramente textuales, sino a los icónicos. De acuerdo con el sentimiento protonacionalista que va emergiendo en el siglo XVIII, el conde de Floridablanca encarga una colección de retratos de españoles ilustres entre los que se contaban Hernán Cortés, Francisco Pizarro, Diego Velázquez, Esteban Murillo, Juan de Mariana, Juan de Palafox, Bartolomé de las Casas, el duque de Alba, Jorge Juan, Antonio de Ulloa y un largo etcétera de nombres de las ciencias, la política, las armas y las letras entre los que se cuenta también Bernardo de Balbuena. La inclusión no es casual y refleja la progresiva afirmación del autor en el Parnaso heroico de la nación. En este proceso juega una labor fundamental Manuel José de Quintana, quien redacta la semblanza biográfica que acompañaba al retrato, pero que, sobre todo, va a ser el artífice de la segunda edición del poema en 1808. La fecha no es azarosa. De hecho, Quintana, como intérprete del sentimiento surgido con la guerra de la Independencia, va a encumbrar al *Bernardo* dentro de su Musa épica (1833) como el poema más representativo de la épica nacional. No cabe duda de que el mensaje imperial que reproduce Balbuena, así como el enfrentamiento de Bernardo del Carpio contra las fuerzas de Carlomagno, eran dos argumentos fuertes para establecer lazos políticos con la España contemporánea, entonces invadida de nuevo por el francés. La inquietud patriótica de Quintana le llevó a escribir algunos de sus poemas más célebres, «A España después de la revolución de marzo», casi al mismo tiempo que aparecía la edición del *Bernardo*. Como señala Zulaica (166-167), algunos versos de esta oda imitan a Balbuena.

Resulta especialmente interesante la lectura que se hace del famoso cuadro de Goya *El coloso*. Considerado muchísimas veces como un enigmático símbolo de la guerra, aquí se plantea una lectura intertextual del episodio del gigante Pirineo (*Bernardo* XXIV, 19-20) con la mediación de versos contemporáneos

de Arjona o, sobre todo, del propio Quintana, amigo personal del pintor. La convincente argumentación de Zulaica (174-177) ilumina de forma muy concreta la inspiración goyesca, aunque no sea posible determinar completamente si Goya leyó *El Bernardo* o lo hizo a través de Arjona, como cierta crítica ya puso de relieve.

Curiosamente, las valoraciones políticas contemporáneas también contribuyeron a realizar nuevas lecturas negativas en las que se solapaban viejos prejuicios ilustrados con las circunstancias del momento. *El Bernardo* como lectura patriótica del liberal Quintana podía ser motivo de denuesto para afrancesados como el abate Marchena o, sobre todo, Gómez Hermosilla, campeón de la preceptiva neoclásica superviviente aún en el siglo XIX. El influjo de su *Arte de hablar*, pese a las muchas críticas recibidas por su estrechez de miras, contribuyó al descrédito de la épica culta española, muy especialmente en los manuales escolares.

Por último, la recepción romántica de *El Bernardo* traspasó fronteras, tal y como se revela en los versos de Robert Southey, quien debió de leerlo, siquiera parcialmente. Sin embargo, nunca alcanzó resonancia internacional, como se deduce de los silencios de varias historias de la literatura española redactadas por estudiosos europeos.

Aunque el panorama resulte muy variado, con avances y retrocesos permanentes, el interés que guía el estudio es la reivindicación de *El Bernardo* como obra canónica de la épica en español. En este sentido, la afortunada expresión de Nicolás Antonio inspira una idea que se ve repetida en varios autores. Muy en particular esta distancia suele apuntar a la comparación con la *Jerusalén conquistada*, encumbrada por el prestigio intrínseco de Lope, y, sobre todo, con *La Araucana*, cuyo éxito (25 ediciones en 50 años desde su primera parte de 1569) fue arrollador en su día. Sin embargo, creo que la crítica, en general, no ha insistido lo suficiente en que, a partir de la década de 1630, la obra va entrando en un aletargamiento del entusiasmo lector, de tal manera que ya no surgen más ediciones hasta bien entrado el siglo XVIII y el puesto de Ercilla va descendiendo en la estimación del campo literario peninsular. Aquí la lectura de *El largo intervalo* resulta reveladora. En realidad, el combate sordo por el podio entre *El Bernardo* y *La Araucana* es uno de los hilos secretos (a mi entender) de Zulaica, quien, de forma sigilosa pero evidente, toma partido por el primero. Como es obvio, esto es totalmente legítimo, aunque en alguna ocasión el autor se permita tomar como defecto asumido por el propio Ercilla lo que no es más que un tópico de falsa humildad (p. 90, n. 81).

Otra cuestión del mayor interés que se deduce del estudio de caso de *El Bernardo* es cómo el género épico contribuyó a la formación del sentimiento nacional español. Es ya un lugar común de buena parte de la historiografía considerar a las Cortes de Cádiz como el acontecimiento clave a partir del cual se genera la invención de la identidad española en la modernidad. Sin embargo, las fuentes del espíritu patriótico ya se van sedimentando a lo largo de los siglos XVI y XVII. La lectura de *El Bernardo* en el contexto de la

guerra de la Independencia, así como la participación intelectual de Quintana en las Cortes, no son dos puras coincidencias.

En conjunto, pues, la investigación de Zulaica refleja un exhaustivo rastreo por tratados, cartas personales, volúmenes de historia literaria, antologías, índices de colecciones, manuales escolares, artículos de prensa y ensayos literarios. Incluso hace referencia a material iconográfico. Asimismo, la lectura atentísima de muchos textos refleja el creciente y oculto magisterio de Balbuena en poetas del siglo XVIII y XIX: Porcel, Iglesias de la Casa, Jovellanos, Arjona, Quintana, etc. Por último, esta monografía no solo contribuye de modo excelente al conocimiento de la recepción de Balbuena, sino que sigue abriendo caminos en la valoración del género épico en el mundo hispánico.

Javier DE NAVASCUÉS

LIBROS DIECIOCHISTAS

La Sociedad Española de Estudios del Siglo XVIII edita la colección Libros Dieciochistas, cuyas características se encuentran en la página web

http://www.siglo18.org/publicaciones/coleccion-libros-dieciochistas/

La colección pretende dar salida a aquellas publicaciones punteras que no siempre encuentran acomodo en editoriales comerciales o que tienen objetivos distintos de los de la promoción del Dieciochismo español. La SEESVIII anima a todos los investigadores a que presenten sus originales.

PREMIO SEESXVIII

La Sociedad Española de Estudios del Siglo XVIII convoca el Premio SEESXVIII (http://www.siglo18.org/premio-seesxviii/). El Premio tiene una periodicidad anual y quiere distinguir aquellos trabajos que sean aportaciones notables a nuestro campo de estudio.

CUADERNOS
DIECIOCHISTAS

NÚMERO 27 (2026)

La sección monográfica llevará el título Hablar y escribir desde la audiencia de Guatemala: las lenguas y la literatura en la Centroamérica del siglo XVIII. Será coordinado por los profesores José Luis Ramírez Luengo (Instituto de Lengua, Literatura y Antropología – CSIC) y Alexánder Sánchez Mora (Universidad de Costa Rica / Academia Costarricense de la Lengua).

SUBMISSION GUIDELINES FOR AUTHORS

Cuadernos Dieciochistas, the journal-yearbook of the Spanish Society of 18th Century Studies, came into being as a channel of expression for scholars of this period, with no limitations other than approval by the Editorial Board. This respects the authors' intellectual freedom but does not necessarily support their opinions.

The articles must be unpublished, preferably in Spanish, and will not exceed 15.000 words, including tables, diagrams, maps, notes and bibliography. Each article should be preceded by a page with the title and subtitle (if it has one) in Spanish and English, name and surname of the author/authors, academic or professional details, e-mail address, and URL ORCID according to https://revistas.usal.es/index.php/1576-7914/meta_aut —please bear in mind that personal data should be omitted in the first submission in order to facilitate anonymous peer review. The author must send, together with the article, a short ABSTRACT of 10 lines (150 words maximum) in Spanish and English. Content descriptors or key words (maximum of 6) to facilitate location should be included.The text of the article will be fully justified, the first line of each paragraph indented, with single spacing and no spaces between paragraphs, except before and after long citations. The main text will be typed in a 12-point font, long citations (of more than three lines) and the bibliography in an 11-point font, and footnotes in a 10-point font. Footnotes will be numbered consecutively using Arabic characters. They will be superscripted and placed before the punctuation marks. The first line of the text in each footnote will be indented.Spanish or angular quotation marks will be used for short quotations («»), and successively, for quotations within these, the double quotation marks ("") and single quotation marks ('') will be used. Em dashes (—) will be used with a parenthetical value and in order to mark enumerations or dialogues.The modernization of spelling for literal quotes or bibliographical references is left to the authors' discretion, who must be consistent throughout the manuscript. Other than that, spelling and orthographic issues should follow the current regulations of the RAE.The title (and possible subtitle, if there is one) of the article will be written in capital letters in Spanish, followed by the English version in round font, aligned to the left. The headings of the different sections will also be aligned to the left, numbered in Arabic. The first level of heading will be written using small capital letters, whereas second and subsequent levels will be in round font. Headings will be numbered consecutively, starting with 1. Periods will always be used to separate the numbers that indicate the division of different levels. Tables, images, graphs and maps will be numbered consecutively using Arabic numbers. They will have a short title that identifies it. Authors are also expected to take responsibility for obtaining permission to reproduce any illustrations, tables, etc. from other publishers and to properly acknowledge other authors' works.*Italics* will only be used for emphasis.

The most common abbreviations are: p. and pp. for pages, n.º for numbers, f. and ff. for folios.

Bibliographical references will always be placed at the end of the text, in a separate section, which may be subdivided into primary and secondary sources. French indentation will be used.

- When citing more than one work by the same author with the same year of publication, letters a, b, c, etc. will be used after the year of publication.
- In foreign titles, the spelling conventions of each language will be followed.
- Manuscripts, contemporary press and, in general, material from archives will contain the necessary information that facilitates their location. For example:
  - *Actas de la Academia de Letras Humanas de Sevilla del periodo 1793-1797*, ms. A 333/209, Fondo Antiguo de la Universidad de Sevilla.
  - AHN, Estado, legajo 2847.BNE, Ms. 20156, n.º 51.
  - *Gaceta de Madrid*, n.º 32, 30 de abril de 1769; n.º 44, 29 de octubre de 1771; n.º 9, 3 de marzo de 1778.

The corresponding citations in the body of the text for these references will be made in a clear and concise way. Authors may use acronyms, which will be explained the first time they are mentioned.

- Printed documents obtained from repositories will be cited like any other reference, without indicating the internet address. In the case of digital documents and journals, the corresponding URL or, preferably, the DOI will be included at the end. In these cases, the date of access should not be provided. Dates will only be indicated in less stable sources, such as personal blogs.

As a general rule, bibliographical references will include the following information:

Monographic studies: Surname/s, Name, *Title* (Year of publication), [Name Surname/s (ed.)], [trad. Name Surname/s]. [Number Edition], Place: editor [(Collection)].

Ameneiros Rodríguez, Rocío (2015), *La biblioteca de Martín Sarmiento: recepción de la Ilustración en España*, Universidade da Coruña, Departamento de Humanidades (Teses de doutoramento, 1713) [Repositorio da Universidade da Coruña: https://ruc.udc.es/dspace/handle/2183/15946].Vasari, Giorgio (2004), *Las vidas de los más excelentes arquitectos, pintores y escultores italianos desde Cimabue a nuestros tiempos*, Luciano Bellosi y Aldo Rossi (eds.), trad. Helena Aguilà, 3.ª ed., Madrid: Cátedra.

If only part of a complete collection is referred to, authors will cite all relevant information. For example:

Farge, Arlette y Zemon Davis, Natalie (dirs.) (2000), *Del Renacimiento a la Edad Moderna. Historia de las mujeres en Occidente*, vol. 3, Georges Duby y Michelle Perrot (dirs.), trad. Marco Aurelio Galmarini, Madrid: Taurus.

Feijoo, Benito Jerónimo (2018), «La elocuencia es naturaleza y no arte», en *Obras completas III. Cartas eruditas y curiosas…*, carta 6, t. II, Inmaculada Urzainqui, Eduardo San José Vázquez y Rodrigo Olay Valdés (eds.), Oviedo: Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII / Ayuntamiento de Oviedo / KRK Ediciones, pp. 90-103.

Journal articles: Surname/s, Name (Year of publication), «Title of the article», *Journal*, issue (volume), pages.

Chartier, Roger (1998), «Prácticas de sociabilidad. Salones y espacio público en el siglo XVIII», *Studia Historica. Historia Moderna*, 19, pp. 67-83.

Molina, Álvaro y Vega, Jesusa (2018), «Adorno y representación: escenarios cotidianos de vida a finales del siglo XVIII en Madrid», *Cuadernos Dieciochistas*, 19, pp. 139-166, https://doi.org/10.14201/cuadieci201819139166.Chapters in edited books: Surname/s, Name (Year of publication), «Title of the chapter»,in Name Surname/s (ed.), *Title of the book*, [volume], [edition.], Place: editor, pages.

Álvarez de Miranda, Pedro (1997), «Los proyectos enciclopédicos en el siglo XVIII español», en Ángel Vaca Lorenzo (ed.), *Europa: Proyecciones y percepciones históricas. Octavas Jornadas de Estudios Históricos organizadas por el Departamento de Historia Medieval, Moderna y Contemporánea,* 1.ª ed., Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, pp. 87-106.

Rodríguez Gutiérrez, María (2006), «Las modalidades literarias en la prensa de las Cortes de Cádiz: el caso de *El Procurador General de la Nación y del Rey* (1812-1813)», en Marieta Cantos Casenave, Fernando Durán López y Alberto Romero Ferrer (eds.), *La Guerra de Pluma. Estudios sobre la prensa de Cádiz en el tiempo de las Cortes (1810-1814). Tomo I. Imprentas, Literatura y Periodismo*, Cádiz: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, pp. 305-385.

In-text references will follow the Harvard referencing style (Surname/s, year: page). Footnotes that only include bibliographical references should be avoided.

Book reviews will be preceded by a paragraph containing the reference of the book under review. The information provided should be same as in the monographic studies discussed above, indicating the number of pages of the volume as well. Footnotes will not be used in book reviews. The author will include his/her name and surname/s at the end of the review.

Cuadernos Dieciochistas will acknowledge receipt of originals within a period of thirty working days after their reception and the Editorial Board will decide on their publication within a period of six months. The authors will receive only one print proof. When sending back the final file that will be used in the copyediting process, all changes derived from the reviewers' recommendations should be highlighted in red to facilitate their verification. The authors commit themselves to correct the proofs in a period of 15 days, counted from the day they are handed over to them.

The authors retain copyright, although the publishing rights correspond to *Cuadernos Dieciochistas*, for which it is always necessary to cite the origin of the journal. Authors assign to Ediciones Universidad de Salamanca the right of publication under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivs 4.0 International license (CC BY-NC-ND 4.0), which allows third parties to distribute, copy and display the article as long as they acknowledge the authorship of the article and its original publication in *Cuadernos Dieciochistas*.

NORMAS PARA LA PRESENTACIÓN DE ORIGINALES

Cuadernos Dieciochistas, revista de la Sociedad Española de Estudios del Siglo XVIII, surge como cauce de expresión de los estudiosos de dicho periodo sin más limitaciones que la aprobación por el Consejo de Redacción. Respetuoso este con la libertad intelectual de los autores/as no se solidariza, sin embargo, con sus opiniones.

El autor/a enviará su propuesta de artículo en un fichero Word o de formato compatible a través de «eUSAL Revistas» gestor OJS, debiéndose registrar como tal (y comprobar que no existe un perfil anterior, para evitar duplicidades).Los artículos habrán de ser inéditos, preferentemente en español, con una extensión máxima de 15.000 palabras, incluidos cuadros, gráficos, mapas, notas y bibliografía. Cada texto irá encabezado por el título y subtítulo (si lo tiene) en español e inglés, el nombre y apellidos del autor o autores, su institución académica, dirección de correo electrónico y URL ORCID, si bien se omitirán del primer envío los datos personales para facilitar la evaluación anónima. A continuación, primero en español y luego en inglés, se incluirá un breve resumen de 10 líneas (150 palabras como máximo), seguido de los descriptores o palabras clave (hasta un máximo de 6) del contenido.El texto irá completamente justificado, sangrada la primera línea de cada párrafo, con espaciado simple y sin espacios entre párrafos, a excepción de antes y después de las citas exentas. El texto principal será en cuerpo 12, las citas exentas (para pasajes de más de tres renglones) y la bibliografía en cuerpo 11, y las notas a pie de página en cuerpo 10. Estas irán numeradas correlativamente en caracteres arábigos y voladas sobre el texto, con las llamadas ante los signos de puntuación; y su texto, sangrado en su primera línea.Se usarán las comillas españolas o angulares para citas breves («»), y sucesivamente, para citas dentro de estas, las redondas (“”) y las simples (‘’). Se usarán los guiones largos (—) con valor parentético y para encabezar enumeraciones o fragmentos dialogados.La modernización ortográfica para citas literales o referencias bibliográficas queda a criterio de los autores, debiéndose verificar su coherencia en todo el texto. El resto debe sujetarse a la normativa vigente de la RAE.El título y posible subtítulo del artículo irán en mayúsculas en español, seguidos de la versión inglesa en letra redonda, y alineados a la izquierda. Los epígrafes de los distintos apartados también irán pegados a la izquierda, numerados en arábigos. Cada división del primer nivel irá en versales, y sus subdivisiones en redonda, numeradas consecutivamente, empezando por el 1. Siempre se colocará un punto entre las cifras relativas a las divisiones de los distintos niveles.Los cuadros, imágenes, gráficos y mapas irán numerados en arábigos, correlativamente, y cada uno llevará un título breve que lo identifique y las fuentes de origen. Cada autor/a deberá comprobar los derechos de reproducción de las imágenes.Con finalidad de énfasis solamente se acepta la letra *cursiva*.

Las abreviaturas más usuales son: p. y pp. para páginas, n.º para números, f. y ff. para folios.

Las referencias bibliográficas se situarán siempre al final del texto, en un apartado separado, que puede subdividirse en fuentes primarias y bibliografía secundaria. Se usará la alineación francesa de párrafo.

- Cuando se cite más de una obra de un mismo autor/a con el mismo año de edición, se indicará tras el año a, b, c…
- En los títulos extranjeros se seguirán los usos ortográficos de los respectivos idiomas.
- Los manuscritos, prensa contemporánea y, en general, materiales de archivo, procurarán recoger los datos habituales de modo que faciliten su localización. Ejemplos:
  - *Actas de la Academia de Letras Humanas de Sevilla del periodo 1793-1797*, ms. A 333/209, Fondo Antiguo de la Universidad de Sevilla.
  - AHN, Estado, legajo 2847.
  - BNE, Ms. 20156, n.º 51.
  - *Gaceta de Madrid*, n.º 32, 30 de abril de 1769; n.º 44, 29 de octubre de 1771; n.º 9, 3 de marzo de 1778.

Las citas correspondientes en el cuerpo del texto tratarán de realizarse de manera clara y concisa, pudiéndose adoptar siglas, que se explicarán en la primera alusión.

- Los documentos impresos obtenidos de repositorios se citarán como el resto, sin indicar la dirección de internet. En los documentos y revistas digitales se incluirá al final la url correspondiente o, preferentemente, el DOI, sin fecha de consulta. En cambio, esta se indicará en aquellos recursos menos estables como blogs personales.

Como norma general, las referencias incluirán siempre que sea posible los elementos que se indican a continuación según cada tipo de documento:

- Monografías: Apellidos, Nombre (Año), *Título*, [volumen o tomo], [Nombre Apellido/s (ed.)], [trad. Nombre Apellido/s], [N.º ed.], Lugar: Editorial [(Colección, n.º)].

Ameneiros Rodríguez, Rocío (2015), *La biblioteca de Martín Sarmiento: recepción de la Ilustración en España*, Universidade da Coruña, Departamento de Humanidades (Teses de doutoramento, 1713) [Repositorio da Universidade da Coruña: https://ruc.udc.es/dspace/handle/2183/15946].Vasari, Giorgio (2004), *Las vidas de los más excelentes arquitectos, pintores y escultores italianos desde Cimabue a nuestros tiempos*, Luciano Bellosi y Aldo Rossi (eds.), trad. Helena Aguilà, 3.ª ed., Madrid: Cátedra.

Si se alude solo a una parte o a títulos dentro de una colección, se intentarán reflejar los datos pertinentes:

Farge, Arlette y Davis, Natalie Zemon (dirs.) (2000), *Del Renacimiento a la Edad Moderna. Historia de las mujeres en Occidente*, vol. 3, Georges Duby y Michelle Perrot (dirs.), trad. Marco Aurelio Galmarini, Madrid: Taurus.

Feijoo, Benito Jerónimo (2018), «La elocuencia es naturaleza y no arte», en *Obras completas III. Cartas eruditas y curiosas…*, carta 6, t. II, Inmaculada Urzainqui, Eduardo San José Vázquez y Rodrigo Olay Valdés (eds.), Oviedo: Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII / Ayuntamiento de Oviedo / KRK Ediciones, pp. 90-103.

- Artículos en publicaciones en serie: Apellido/s, Nombre (Año), «Título del artículo», *Título de la Revista*, número (fascículo), pp. del artículo.

Chartier, Roger (1998), «Prácticas de sociabilidad. Salones y espacio público en el siglo XVIII», *Studia Historica. Historia Moderna*, 19, pp. 67-83.

Molina, Álvaro y Vega, Jesusa (2018), «Adorno y representación: escenarios cotidianos de vida a finales del siglo XVIII en Madrid», *Cuadernos Dieciochistas*, 19, pp. 139-166, https://doi.org/10.14201/cuadieci201819139166.

- Capítulos en monografías: Apellido/s, Nombre (Año), «Título», en Nombre Apellido/s (ed.), *Título*, [volumen o tomo], [N.º ed.], Lugar: Editorial, pp. del capítulo.

Álvarez de Miranda, Pedro (1997), «Los proyectos enciclopédicos en el siglo XVIII español», en Ángel Vaca Lorenzo (ed.), *Europa: Proyecciones y percepciones históricas. Octavas Jornadas de Estudios Históricos organizadas por el Departamento de Historia Medieval, Moderna y Contemporánea,* 1.ª ed., Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, pp. 87-106.

Rodríguez Gutiérrez, María (2006), «Las modalidades literarias en la prensa de las Cortes de Cádiz: el caso de *El Procurador General de la Nación y del Rey* (1812-1813)», en Marieta Cantos Casenave, Fernando Durán López y Alberto Romero Ferrer (eds.), *La Guerra de Pluma. Estudios sobre la prensa de Cádiz en el tiempo de las Cortes (1810-1814). Tomo I. Imprentas, Literatura y Periodismo*, Cádiz: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, pp. 305-385.

Las citas bibliográficas seguirán el sistema Harvard (apellido/s, año: página). Se evitarán notas que tan solo incluyan referencias bibliográficas.

Las reseñas destacarán en un primer párrafo separado la referencia bibliográfica correspondiente con los mismos datos y formato que las monografías, indicando además el número de páginas del volumen. No llevarán notas al pie. El autor/a incluirá su nombre y apellidos al final de la reseña, sin más datos.

Cuadernos Dieciochistas acusará recibo de los originales en el plazo de treinta días hábiles desde la recepción y el Consejo de Redacción resolverá sobre su publicación en el plazo de seis meses.

En el envío del archivo final para editar, los cambios derivados de las sugerencias de los revisores deberán ser destacados en color rojo para facilitar su comprobación. Los autores/as recibirán una sola prueba de edición, comprometiéndose a corregirla en un plazo de 15 días contados desde su entrega, y a no incluir variaciones o adiciones significativas al texto.

CUADERNOS DIECIOCHISTAS

Fecha de publicación de este volumen: octubre - 2025

ISSN: 1576-7914 - eISSN: 2341-1902 - DOI: https://doi.org/10.14201/cuadieci202526 - CDU: 940 - IBIC: Estudios literarios: c. 1500-c. 1800 (DSBD) - BIC: Literary studies: c 1500 to c 1800 (DSBD) -BISAC: LITERARY CRITICISM / General (LIT000000) HISTORY / Modern / 18th Century (HIS037050)

Vol. 26, 2025

ÍNDICE

Teoría y práctica de la nobleza y lo nobiliario en el siglo XVIII

Precioso Izquierdo, Francisco, *Presentación* 7-12

Carrasco Martínez, Adolfo, *¿Cómo pensar en la nobleza señorial española del siglo XVIII? Una cuestión de perspectiva* 13-26

Guillén Berrendero, José Antonio, *De virtudes, reyes de armas y tratados de nobleza en el siglo XVIII: las ediciones de tratados de nobleza como polémica sobre la virtud* 27-53

Haddad, Élie, *Parenté, transmission et devenir social des maisons de la moyenne noblesse française au XVIII^e siècle. L'exemple des faudoas de Sérillac* 55-83

Irigoyen López, Antonio y Hernández Franco, Juan, *La virtud nobiliaria no puede ser más que virtud cristiana. Notas sobre el pensamiento eclesiástico español del siglo XVIII* 85-104

Giorgi, Arianna, *Entre la écfrasis nobiliaria y la hipotiposis del individuo finisecular: José Álvarez de Toledo y la fabricación de su identidad visual* 105-124

Beltrán Corbalán, Domingo y Precioso Izquierdo, Francisco, *Jirones del cambio entre Fajardo y Toledo. La proyección heráldica de los marqueses de Villafranca y Vélez en el largo siglo XVIII* 125-144

Zapata Parra, José Antonio, *La colección pictórica de los Marqueses de los Vélez en su palacio de Mula (Murcia) durante el siglo XVIII* 145-180

Martínez Cavero, Pedro, *Reclamación del patronazgo y propiedad de la capilla mayor del convento de San Ginés de la Jara por el marqués de los Vélez (siglos XVII-XIX)* 181-191

Varia

Cabezón Gimón, Pablo, *La representación teatral de la campaña de Orán de 1732* 195-237

Campillo Pardo, Alberto José, *La formación de las bibliotecas ilustradas en Nueva Granada: una donación de libros jesuitas al colegio mayor de Nuestra Señora del Rosario* 239-361

Castellano Quesada, Ángel Luis, *La polémica en torno al* Desengaño de los engaños en que viven los que ven y ejecutan las comedias *(1768), el «arte cómico» de Antonio Rezano Imperial* 263-289

Deacon, Philip, *Para la libertad de leer: Tomás de Iriarte se enfrenta a la Inquisición* 291-312

Garrido Conde, Edurne, *Los límites de la monarquía hispánica y del modelo provincial vasco a finales del Antiguo Régimen: resistencias de los sectores populares de Vizcaya ante la guerra contra la Revolución francesa (1793-1795)* 313-348

López Durán, Mario Luis, *Entre la fidelidad al rey y los suplicios del combate. La trayectoria de Daniel Maboni y su regimiento en la guerra de sucesión española (1704-1708)* 349-385

López Souto, Noelia, *Imágenes del niño en la poesía del grupo de Salamanca: el motivo de la infancia en Meléndez Valdés e Iglesias de la Casa* 387-415

Moreno Lago, Eva, *Dramaturgias lésbicas en el siglo XVIII:* La mayor desconfianza o amar deidad a deidad *como texto subversivo* 417-441

Muñoz de Morales Galiana, Javier, *La pena de muerte según vaca de Guzmán en su* Suplemento *al* Enrique Wanton *(1778)* 443-459

Muñoz Rodríguez, Julio D., *Cañones de papel. La* Gazeta de Murcia *en la propaganda borbónica durante la guerra de sucesión* 461-484

Perdices De Blas, Luis y Ramos Gorostiza, José Luis, *Las reflexiones socioeconómicas de Félix de Azara sobre el Virreinato del Río de la Plata* 485-508

Ramírez Raya, Carlos, *Carlos Ruta: cortesano y artista aficionado en la corte borbónica (1725-1794)* 509-537

Regalado González-Serna, Víctor Daniel, *Vida de* Monecillo. *Los monaguillos en las parroquias sevillanas desde mediados del siglo XVII hasta la Crisis del Antiguo régimen* 539-556

Ruiz Sánchez, María, *Exaltación dinástica en las composiciones de Juan Interián de Ayala sobre el nacimiento del príncipe Luis Fernando de Borbón* 557-578

Ignacio Vallejos, Juan, *Las bailarinas trágicas del ballet de acción de Jean-Georges Noverre: subversión y espectacularidad en la construcción del cuerpo danzante femenino en la Francia del siglo XVIII* 579-596

Reseñas 599-643

SOCIEDAD ESPAÑOLA DE ESTUDIOS DEL SIGLO XVIII SEES XVIII

VNiVERSiDAD D SALAMANCA